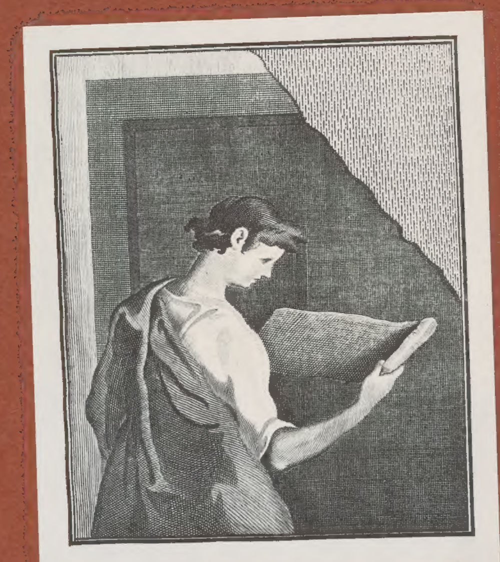
LA ILUSTRACION ARTISTICA



ILUSTRACION ARTÍSTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR NOTABLES ESCRITORES NACIONALES COMO

ALARCON, ALÁS, ANGELON, BARBIERI, BARRERA, BENOT, BRÚ, CASTELAR, ECHEGARAY, FERNANDEZ Y GONZALEZ,

FRONTAURA, GINER DE LOS RIOS, MADRAZO, MONREAL, MORENO GODINO, ORTEGA MUNILLA,

PEREZ ESCRICH, TRUEBA, VALERA, ETC., ETC.

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO II.—AÑO 1883

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1883

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL SEGUNDO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LOS GBABADOS CONTENIDOS EN EL SEGUNDO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LAS LAMINAS QUE FORMAN EL ALBUM ARTISTICO DE 1883



AÑO II — BARCELONA 1.° DE ENERO DE 1883 — NÚM. 53

TIPO DE BELLEZA, cuadro de A. Ebert

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL

D. José Echegaray se encarga de conmover al público con sus grandiosas concepciones; su hermano D. Miguel se dedica á hacerle reir, lográndolo cumplidamente con su ingenio lozano y jugueton, con sus chistes y sus donaires. Pero su última obra, *Sin familia*, oportuna pintura de un solteron disipado, es una comedia que participa algo del drama, sobre todo en los actos segundo y tercero, y no puede decirse que el autor se haya estrellado; pero sí que el acto primero esencialmente cómico, da quince y raya á los dos restantes. Nada tan chistoso al par que humano como la presentacion de un solteron envejecido prematuramente en la crápula y el desórden, víctima de sus amigos que le saquean y de una criada jóven y lista que le domina y áun pretende pescarle en las redes matrimoniales. Pero el asunto se complica con la súbita aparicion de una hija natural del protagonista, colegiala de un convento, y con las pretensiones á su mano de un desalmado libertino y de un muchacho honrado, de lo que arrancan un duelo y una serie de enojosas máximas morales, que chocan con el gracejo y la soltura que campean en el primer acto. El amor á su hija convierte á la postre al solteron empedernido, que despide á la impertinente doméstica, da con la puerta en los hocicos á sus malos amigos y concede la mano de su hija al que la pretendia con buen fin, proponiéndose en adelante vivir la vida honesta y arreglada de la familia.

Esta obra ha valido á su autor un gran triunfo, y la crítica considera el primer acto como uno de los trozos más notables que cuenta la comedia castellana.

El oficial de marina Sr. Novo y Colson, con su drama *Vasco Nuñez de Balboa* estrenado en *Apolo*, ha hecho gala de ser á la vez que distinguido poeta, acendrado patriota. La produccion tiene no obstante un defecto capital: carece casi por completo de condiciones escénicas. *De todo un poco* es una ocurrente revista de circunstancias debida á Miguel Echegaray y Vital Aza y estrenada con éxito en el *Teatro de la Comedia*. Añádase á estas producciones los juguetes *La primera guardia* y *La filoxera* estrenados en *Lara* y se tendrá el catálogo de las obras nuevas que han visto la luz de las candilejas, desde mi última revista.

La prensa se ocupa estos dias con predileccion del niño Luis Gonzalez, precoz pianista, hijo de un humilde tocador de bandurria. Parece que las asombrosas facultades de este niño han movido á algunas personas pudientes á costear su educacion artística, enviándole al Conservatorio de Bruselas. ¡Bien hayan los que saben emplear tan útilmente una parte de su fortuna!

Los principales teatros italianos se aperciben á inaugurar la próxima temporada de Carnaval, que es en aquel país la más importante del año. El *Pergola* de Florencia se abrirá con el *Faust*; el *Politeama* de Génova con *La Affricana*; la *Scala* de Milan con *La Stella del Norte*; el *San Cárlos* de Nápoles con *Il Re di Lahore*; el *Regio* de Turin con *Rienzi*; el *Rossini* de Venecia con *Mignon* y el *Regio* de Parma con *La Regina di Cipro* de Halevy, que de todas las partituras enumeradas, es la única nueva en Italia.

En el *Dal Verme* de Milan se hacen preparativos para poner una ópera inédita *I Gladiatori*, del maestro Foroni, muerto hace algunos años en la flor de la edad. Foroni era un compositor de mérito relevante: su sinfonía *en do* figura en el repertorio de las primeras sociedades orquestales de Europa, y esto hace que se cifren grandes esperanzas en su obra póstuma.

Los conciertos y las *féeries* hacen el gasto en Lóndres: unos y otras son el obligado, el tradicional acompañamiento de la semana de Navidad.

La *Redencion* de Gounod ha sido ejecutada en New-York por una masa de 300 coristas con éxito colosal.

—Telégramas de América ponderan los triunfos que alcanza la Nilsson en San Francisco de California: en aquella ciudad que debe su rápido desarrollo á la explotacion de las minas de oro, hoy agotadas, ha hallado la egregia cantante copiosos veneros de oro acuñado y de aplausos entusiastas.

El gobierno ruso está en vías de desentenderse de los teatros lírico-italiano y dramático francés que venia sosteniendo á sus expensas y á fuerza de considerables dispendios. En esta resolucion que han de deplorar los artistas de *primissimo cartello* que hallaban allí pingües contratas, parece que no influye tanto el decantado patriotismo, como el afan de hacer economías.

Una noticia triste: Flotow, el inspirado autor de *Marta*, ha perdido inopinadamente el precioso órgano de la vista. Los que admirais las frescas melodías de aquella hermosa partitura, compadeced al venerable anciano, que á los sesenta y cinco años de edad se ve afligido de tan irreparable desgracia!

La *Comedia Francesa* y el *Odeon* han celebrado el aniversario del natalicio de Racine; aquella poniendo algunas obras del célebre poeta; el segundo, intercalando con ellas un apropósito, *Le Mariage de Racine*, debido á MM. Livet y Vautrey. Racine, desesperado por un descalabro escénico que acaba de sufrir, resuelve retirarse del mundo. Camino del convento, encuéntrase en una hospedería con una muchacha linda y discreta, que á su vez quiere tambien enclaustrarse afligida por la reciente pérdida de sus padres. La niña gusta de la poesía, Racine se goza recitando sus versos, y tras discretísimos diálogos, la niña y el poeta se enamoran, renunciando á sus proyectos religiosos, y se casan. Como se ve, el argumento aunque sencillo es á propósito para reproducir los rasgos más salientes de la índole poética de Racine.

Dos obras poco ménos que fracasadas: *Ninetta*, ópera cómica de Hannequin y Bisson, con música de Pugno, y *Le reveil de Vénus*, vaudeville de Burani y Ordonneau, estrenada aquella en la *Renaissance* y el último en el *Ateneo*. La accion de *Ninetta* transcurre en Alemania y contiene las bufonadas que Offenbach animaba con sus estupendos acordes. Desgraciadamente para los autores del libro, la música de Pugno, más que alegre es funeraria, si se atiende á su enojosa é hinchada solemnidad. —El vaudeville del *Ateneo* es la milésima primera edicion de los equívocos puestos en boga en este género de producciones, que si no caen en gracia desde el primer momento, naufragan sin remedio. Y ahora decidme: ¿por qué no habrá gustado *Le reveil de Vénus*, cuando tantas obras que se le parecen tienen el don de alborotar al público? Pues no ha gustado porque no ha gustado, y no hay otra razon valedera que lo explique, tratándose de un linaje de obras, sin condiciones literarias, cuyo éxito pende siempre de los caprichos de un público tornadizo.

Habíase puesto en estudio en el *Gimnasio* la comedia de Claretie *Monsieur le Ministre;* Alejandro Dumas la leyó y quedó tan prendado de ella, que solicitó de su autor que le permitiera retocar algunas escenas susceptibles de mejora. No hay que decir con cuánta solicitud acogió Claretie esta halagadora proposicion del maestro de los maestros, y con cuánta impaciencia espera el público parisiense el estreno de una obra de índole política en que Dumas se digna poner sus expertas manos. Ya tenemos pues un acontecimiento en perspectiva.

García Ladevese, ilustrado periodista español residente en Paris, ha terminado la letra de una opereta titulada *Les jupes grises* (Los picos pardos), que pondrá en música uno de los compositores más en boga. La obra transcurre en España, y será quizás la primera en que se pinten nuestras costumbres tales como son y no como generalmente creen nuestros vecinos.

Adelina Patti ha sido condecorada con las insignias de la órden de Kapirlaui, por Kalakaua, rey de las islas de Sandwich. El buen monarca oceánico nombra á la célebre diva *caballero-compañero* de aquella órden, concediéndole el goce de todos los derechos, preeminencias y privilegios á ella anejos y el uso de las correspondientes insignias.

Por lo que tiene de curiosa termino con esta noticia mis crónicas teatrales, deseando á los lectores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA un próspero año nuevo.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA, cuadro de A. Ebert

El distinguido pintor vienés presenta como tipo de belleza una candorosa doncella de nívea tez, dorados cabellos y ojos azules: un artista español ó italiano hubiera figurado dicho tipo en una airosa morena de aterciopelado cútis, cabellos negros como las alas del cuervo y ojos de mirada brillante y fascinadora. La diferencia entre uno y otro es cuestion de temperamento, ó mejor dicho, de latitud geográfica; pero de todos modos hay que conceder á monsieur Ebert que ha tratado con acierto el lindo busto de su tipo y que el admirable perfil de la jóven, su correcta nariz, su diminuta boca, su torneada garganta, los abundantes bucles que se escapan bajo el caprichoso tocado, y la expresion de virginal pureza impresa en su rostro forman un conjunto de atractivos que lo mismo pueden trastornar el seso de un hijo de la ardiente Andalucía que el de un habitante de las heladas estepas de Rusia.

ODALISCA, cuadro de F. Steffens

Los tipos orientales son los predilectos de los modernos pintores.

El que representa nuestro cuadro es verdaderamente seductor. La odalisca goza aún y se siente feliz con la posesion de preciosas joyas, que hacen resaltar su irreprochable belleza. Se conoce que es muy jóven, tan jóven que aún no ha tenido tiempo de fastidiarse de la vida del Serrallo. No hay porqué envidiarla, á pesar de todo: harto vendrán, demasiado pronto para ella, las interminables horas del tedio y las terribles muestras de la implacable enemistad de sus rivales. En el Serrallo no se puede ser favorita, ni haberlo sido. La odalisca olvidada se alimenta del veneno de la envidia; la odalisca preferida se alimentará un dia del tósigo comprado por los celos y servido con la sonrisa en los labios.

DE SOBREMESA, cuadro de Cárlos Hermans

Como escena de la vida moderna, como muestra de realismo, es el cuadro que reproducimos un ejemplar de primer órden, embellecido cuanto lo permite el trivial asunto que representa. Sin embargo hay que desengañarse; nuestras costumbres domésticas, áun realzadas por el atractivo de la más distinguida sociedad, distan de ser poéticas; los faldones de una casaca, siquiera sea cortada por el primer sastre de Paris, siempre parecerán la cola de un ave tonta.

Las damas del cuadro son ciertamente hermosas y elegantes..... Tanto peor para la mayoría de esos caballeros que no paran grandes mientes en sus adorables compañeras. En resúmen, la culpa no es del pintor, es del tiempo: el dia en que las bellas artes, renunciando á los ideales que inspiraron el *Moisés* de Miguel Ángel y las *Concepciones* de Murillo, rastree debajo de las mesas del festin, los artistas podrán producir cuadros y estatuas agradables, como lo es el cuadro de nuestro grabado; pero que raras veces decorarán otras piezas más nobles que el comedor de sus inteligentes dueños.

UN MORO DE TANGER, por Fortuny

Varios son los trabajos de tan insigne artista que hemos tenido la satisfaccion de reproducir en las páginas de esta publicacion: al describirlos hemos procurado realzar en lo que vale el genio y el talento del malogrado pintor; por consiguiente, es ocioso añadir una palabra más á lo ya dicho, limitándonos á llamar la atencion del lector hácia el grabado de la pág. 8, en el cual, así como en los anteriores, descuella la vigorosa ejecucion é inimitable estilo de nuestro célebre compatriota.

Objetos de cerámica de estilo antiguo.

Estos objetos proceden de la acreditada fábrica de loza y porcelana de los Sres. Zsolnay de Funfkirchen en Hungría. Los dos jarros representados en el centro y á la derecha son de gusto eslavo: el jarron de la izquierda y las dos fuentes de segundo término, de estilo persa, y los objetos restantes, ó sean el plato, la taza y los dos floreros, de dibujo indio.

EL GENERAL BRUNE en casa de Camilo Desmoulins (cuadro de F. Flameng)

La pintura moderna ha reproducido en estos últimos tiempos muchos asuntos de la turbulenta época de la Revolucion francesa; pero la mayoría de los artistas han representado con preferencia escenas violentas. M. Flameng ha tenido la oportuna idea de escoger un episodio que, sin dejar de ser conmovedor, no lleva en sí la expresion terrible y sangrienta de dichas escenas. Hé aquí cómo lo describe el historiador Luis Blanc, en cuyo relato se ha inspirado el pintor francés: «El general Brune fué á avisar á Camilo Desmoulins de los peligros que le amenazaban; pero este le contestó chanceándose, y le convidó á almorzar. Sentáronse á la mesa: Camilo estaba muy animado, pues contaba con la opinion pública y con sus amigos. Su esposa Lucila le abrazaba, le animaba con sus dulces palabras, salidas de su corazon intrépido, y decia á Brune:—Dejadle hacer; todo lo debe á su patria. —Camilo, que tenia á su hijo sobre sus rodillas, lo levantó exclamando alegremente:—*Edamus et bibamus, cras enim moriemur.*

Por lo que respecta al cuadro, está trazado con mano maestra y con la conciencia que distingue al artista cuyo pincel ha producido obras de sumo interés, alguna de las cuales ha reproducido ya la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

PARIS

MEDIO INTELECTUAL COSMOPOLITA

Antes de empezar mis crónicas, en las que daré cuenta de todo cuanto sobresalga en este inmenso centro, voy á dar á los lectores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA una idea del medio ambiente que aquí circuye á todo el que se dedica á desarrollar las facultades de su espíritu y en qué estriban las condiciones favorables de la atmósfera moral. Cuando una planta crece, se desarrolla y fructifica de una manera ufanosa en un país determinado, prueba que este país contiene en su suelo y en su atmósfera elementos químicos propios para el desarrollo del organismo cuyo gérmen allí se fijara. Paris da á conocer continuamente talentos privilegiados de todas las naciones que en él hallan desarrollo adecuado. ¿Cuáles son, pues, las condiciones morales de este medio ambiente?

*

El que llega á Paris, no para divertirse como esos extranjeros que en traje de viaje pululan por el boulevard, sino para trabajar y perfeccionarse en cualquier ramo de los conocimientos humanos para el cual se siente dispuesto, experimentará al poco tiempo una tristeza y descorazonamiento con nada comparables. ¡Qué solo se sentirá en este cáos humano! Al primer golpe de vista únicamente verá una multitud de gentes de todas condiciones y edades que, impacientes, febriles y jadeantes, corren cual si las persiguieran á través de los grupos que el continuo movimiento de transeuntes forma y disipa, deslizándose por entre la multitud de carruajes que andan disparados por las anchas vias, carruajes que á su vez conducen otras gentes, impasibles unas, pensativas otras, infatuadas varias, alegres y bulliciosas muchas; al parecer medio locas casi todas. Tropezones, empujones, el chasquido de los

látigos de los cocheros, el relincho de los caballos, ruidos de ruedas que se deslizan rápidas sobre el *macadam* ó el embaldosado, dicharachos y canciones de los pilluelos, desvergüenzas de las *cocottes*, sonrisas y miradas equívocas de las pseudo-damas del *demi-monde*, palabras en mil lenguas diversas que contrastan con el *argot* parisien del *boulevardier*, en fin un barullo delirante; hé aquí el conjunto de impresiones que recibirá el que por primera vez éntre en esta Babel moderna, con un espíritu observador y un carácter serio.

Esas gentes que circulan ávidas por las calles como impulsadas por un vértigo, pasarán rozando con el recien llegado, sin advertir su tristeza, ni sospechar que tal vez mañana lo aplaudirán en un teatro, lo admirarán en un salon de pinturas ó seguirán con interés su estilo en un periódico, en una revista, en un libro, y contribuirán á levantarle el pedestal de su gloria.

¡Cómo sufrirá los primeros meses al hallarse aislado entre dos millones de habitantes, al pasar desapercibido entre tanta gente que todo lo nota y todo lo convierte objeto de sus conversaciones!

En su país natal, cuando se presentaba en el café ó en el teatro, con el semblante alterado ó con la fisonomía algo inquieta, todos le preguntaban: ¿Le aqueja á V. algo? ¿está V. enfermo? Nadie hablaba de otra cosa en la ciudad; sus numerosos amigos acudian á consolarlo á la primera sombra de tristeza que venia á afligir su ánimo.

En Paris nadie se pára á mirar al desconocido; nadie le pregunta por la secreta causa de su melancolía; ni siquiera una fugitiva mirada se fija en su semblante; y al recien llegado le dan tentaciones de volverse á su país natal y acusa amargamente á Paris de ingratitud é indiferencia. Nada más injusto. Esta indiferencia que maldice el que llega en los primeros tiempos de su residencia en la populosa capital, es lo que le salva. En su país natal consolaban sus penas y adivinaban las más pequeñas afecciones que podian causarle tedio, es verdad; pero reparaban tambien en su manera de vestir, si era elegante ó desaliñado; sabian quiénes eran sus amigos, con qué personas se trataba; con qué capitales podia contar, si es que tenia alguno; conocian su procedencia humilde ó elevada y de ella sacaban á veces mil consecuencias contrarias á sus aptitudes ó aspiraciones; y llevábase, por decirlo así, un público registro de sus actos, en los cafés, ateneos, círculos, tertulias y casas particulares, de manera que nada se les escapaba de la vida del que tenia la desgracia de sobresalir un poco entre sus compatriotas. En las pequeñas ciudades las gentes se entretienen en averiguar la vida del que se hace notar por algo; se le espía, se le investiga su vida privada, se le desmenuza su conducta; y desgraciado de él si tan sólo tiene un pariente lejano que haya faltado al honor, que han de tomar pié de ello para vengarse del ultraje de sobresalir, puesto que el valer más entre el comun de los hombres es un ultraje á los demás, como entre las mujeres lo es el ser más bella. Además, así como hay tribus salvajes que sólo saben contar con los dedos de las manos hasta diez, y en pasando de diez, para ellas toda cantidad es igual, y la llaman *muchos*; así tambien en las pequeñas poblaciones la generalidad sólo sabe contar hasta diez en materia de inteligencia. El que vale once, para ellas vale lo mismo que el que vale once mil. Spencer ha demostrado muy bien que el progreso es sólo la *diferenciacion* de tejidos en los órganos, de impresiones é ideas en los séres humanos, y de funciones en las sociedades; y en las pequeñas ciudades se diferencia muy poco. Para diferenciar un talento superior de una medianía se necesita una aptitud especial que no se adquiere sino por el hábito, y este sólo puede tenerlo el público de los grandes centros de civilizacion, puesto que en estos centros no se repara en lo que los hombres tienen de comun, sino en lo que tienen de extraordinario. En Paris nadie sabe cómo se llama el vecino del cuarto de enfrente ni si es rico ó pobre. Hay quien vive en la misma casa que Daudet ó Bastien le Page ó Berthelot, y siendo admirador suyo ignora que los tiene por vecinos. Esto que parece no tener importancia, es todo, todo lo que puede desear el que se siente poseido de esa fiebre sagrada del saber ó del crear. Paris mira alto y no escucha los ruidos pequeños ni ve los gusanos que se arrastran por el suelo; presta atencion sólo al estruendo y saluda únicamente al águila que se eleva hasta el sol, ó por servirme de la frase gráfica y realista de un crítico francés, no busca los piojos en la cabeza de los débiles, sino las ideas dentro de la de los fuertes.

En Paris hay cierto público cosmopolita que está muy alto y este es el que da al mundo la idea de todo lo que sobresale en algo. En una ciudad pequeña, estos séres distinguidos capaces de emprender lo verdaderamente grande son contados, y casi siempre, por desgracia, han de callar, ante el inmenso número de los séres vulgares. La brutalidad del sufragio universal apaga su voz; una mayoría de pigmeos los abruma; y como estos apénas se levantan del suelo, al que se eleva lo ven pequeño. Toda idea grande, toda innovacion, todo invento científico, no cabe dentro de la estrechez de su cerebro, y como no lo comprenden, no reparan en él, ó les parece malo. Luego toda gran cualidad presupone un gran defecto, pues la actividad desmesurada en un sentido produce un desequilibrio en nuestras facultades. Los griegos llamaban al talento enfermedad divina, y los latinos dijeron: *Nulla est sapientia sine mixtura dementia.* Por consiguiente todo el que sobresale mucho en un sentido, tiene caidas en otro; toda ave voladora, anda mal. El gran botánico Decandolle no conocia las coles, La Place equivocaba las sumas y Rossini no sabia tocar el piano. En general todo el que se dedica á la vida especulativa, tropieza á cada paso en la vida práctica. No saluda á los conocidos que pasan, abstraido como está en sus meditaciones; no hace visitas; olvídase á veces de dar el tratamiento á ciertas nulidades que lo tienen; ó no se acuerda del dia en que vive ó de la hora que es; ó no da importancia á la política de partido, etc., etc.; etc.; y todo esto hace que lo considere como inferior ó extravagante esa masa de gente trivial, que por estar demasiado cerca de él repara en todas las pequeñeces. Toda grande cualidad tiene algo de incomprensible y los vulgos á todo talento serio le niegan los aplausos que conceden fácilmente á las medianías correctas.

No es que en Paris no existan estos vulgos banales é ignorantes, los hay como en todas partes y aún más, pero no son ellos los que dan la tónica á la pública opinion, sino los que la reciben de ese público superior, formado por la aristocracia de las inteligencias, que sólo repara en lo extraordinario, aceptándolo venga de donde venga.

Al que presenta un invento, al que emite una idea, publica un libro, ó expone un cuadro, nadie le pregunta en Paris de dónde procede, quién fué su padre, con qué recursos cuenta, qué religion profesa, á qué partido político pertenece, ni siquiera se repara en si es blanco, negro, malayo ó mogol.

Es ciudadano de Paris, más que el que nació dentro de las fortificaciones, el que se ha conquistado el derecho de ciudadanía por la parte que ha tomado en el combate de la actividad humana que tan alto aquí llega. La carta de naturaleza se obtiene á veces despues de muchos años de una vida oscura consagrada á incesante trabajo, pero en cuanto la obra aparece, á nadie se le niega el título de parisien, pues se le considera tal por el mero hecho de haber dado á conocer su actividad en este centro. En Paris el que vale jamás es *provinciano* ni *extranjero*; aquí es casi una impertinencia y sin casi, una grosería, el pronunciar tales palabras. Al contrario, el ménos parisien y á veces el verdadero extranjero en Paris es el hijo del *Faubourg Saint Martin*, del de *Saint Germain* ó del de *Saint Antoine*. No es la sangre de la raza, ni la cuna las que dan fatalmente, como en la mayor parte de las demás ciudades, su calidad al sér que se desarrolla bajo este cielo que parecen perforar la aguja de la *Sainte Chapelle* y el *Cimborrio del Panteon*, nó; lo que hace á un hombre parisien es la intensidad que ha dado á la vida bajo este cielo. El parisien nativo, las más de las veces se distingue por ser mediano y frívolo, y á veces por ignorar lo grande y lo bello que Paris encierra hasta no saber lo que Paris vale, pues no lo ha comparado con otro país alguno, y como toda idea se adquiere sólo por medio de la comparacion, no tiene idea del país en que ha nacido.

Entre este conjunto de inteligencias que nada tienen de comun, ni como raza, ni como hábitos, costumbres, etc., más que el nivel de la idea, es muy difícil el fabricar una reputacion falsa ó elevar una personalidad á un nivel que no le corresponda. En Milan, en Roma, en Viena, en Madrid, en Barcelona, en Ginebra ó en Munich, hay un café, ó una cervecería, un círculo, ó un ateneo, en una palabra, un centro donde todas las eminencias de la ciudad se reunen; hay sólo dos, tres ó pocos más periódicos que están encargados de formar las reputaciones; en captándose las simpatías del centro, en teniendo influencia en los órganos de la opinion pública, una medianía traviesa é intrigante puede llegar á eminencia provincial ó nacional. En Paris esto es imposible; son tantos los centros, tantos los órganos de la opinion pública, se crean tantas asociaciones de ciencias, artes y letras continuamente; en fin, es tan grande el movimiento intelectual, que no le es dado á un hombre solo el poder imponerse si no es por su verdadero mérito. Si álguien consigue sorprender á uno ó más periódicos, ó si logra hacerse una reputacion en un grupo, que no sea bien merecida, hay otros mil, prontos á examinársela y á contradecírsela. Además, hay tantos que valen verdaderamente en Paris, que ha de valer mucho el que sobresalga un poco.

Siempre hay aquí una idea en gérmen, latente en el cerebro de un hombre, á punto de fructificar, como siempre hay una que acaba de salir á la luz, á la que todos le prestan su apoyo y que irradia inmediatamente á todos los puntos del mundo para hacer lugar á otra idea próxima á nacer. Porque en Paris germina todo y todo crece, con tal que no sea vulgar ó insignificante; no importa que una empresa parezca insensata ó ideal, siempre ha de encontrar partidarios y dinero con tal que se separe de lo comun. Los mismos adjetivos que se emplean para calificar una cosa de sublime, indican lo que priva aquí todo lo que se aparta de la regla, todo lo que es original, aunque peque de extravagante. *C'est renversant, abracadabrant, epatant, insensé*; hé aquí las exclamaciones que suele arrancar todo lo que en Paris sobresale.

Hay en la ciudad del Sena un tribunal inmenso é invisible que escogiendo lo que verdaderamente vale, eliminando todo lo que no vale, conspira así contínuamente á la entronizacion de la aristocracia de la inteligencia.

Este es el que diferencia á cada momento todo lo que ve la luz pública. Cuando se trata de apreciar una cualidad intelectual, no toma para nada en cuenta ni la nacionalidad, ni la conducta, ni la amistad, ni el orígen, ni una infinidad de cualidades que confunden otros países. En tal nacion se le ha hecho á un patricio ministro de la Guerra por ser orador ilustre, ó presidente de un gobierno al que habla un tecnicismo filosófico-cabalístico, ó diputado y áun gobernador á un guerrillero; sastre ha habido á quien se le ha dado un alto empleo científico sólo por ser muy liberal.

La conciencia de Paris, la conciencia de este tribunal anónimo no deja pasar ninguna de semejantes anomalías; no mira si el que comparece ante él tiene las manos finas ó callosas; no averigua de dónde vienen las voces; pero sabe muy bien apreciar si el que se presenta sirve para lo que pretende servir, y adivina el genio aunque se esconda dentro del bullicioso cerebro de un estudiante de veinte años, lo mismo que descubre el idiotismo asomando las orejas detrás de las gafas de oro de un académico. ¿Y quiénes son los jueces de este tribunal? El provinciano de ayer, el extranjero que llegó hace dos años, el empleado que ha pasado su dia encorvado sobre su pupitre, el obrero que acaba de salir de su taller, el escolar de la normal, el discípulo de *l'Ecole d'hautes études*, un prófugo del clero, un militar estudioso, un profesor, un artista, una mujer de sensibilidad exquisita ó de aficiones literarias, en fin todos y nadie. Hé aquí el tribunal supremo que en Paris concede la patente de la aristocracia de la inteligencia.

Paris encorvado sobre un banco de herramientas, ó sobre una mesa llena de libros, de pié encima de un monton de leña, ó corriendo por las avenidas; con la cabeza bajo la lluvia, ó dentro de lujosa carretela; en buhardilla, cuarto de hotel ó alfombrado gabinete de un palacio; de frac ó de blusa; gastando cien libras por dia ó sólo un franco cincuenta; Paris hace flotar como en oceánicas oleadas la barca que lleva al nuevo César con su fortuna, hundiendo á las que no tienen condiciones para llegar á puerto. Así ha presentado coronados de gloria al mundo entero, lo mismo á *Fortuny* que á *Munkachski*, á *Victor Hugo* que á *Theine*, á *Litré* que á *Maspero*, á *Claudio Bernard* que á *Brown-Sequard*, á *Meyerbeer* que á *Massanet*.

Hé aquí porqué en esta metrópoli florecen tantas notabilidades que en sus respectivos países hubieran muerto ignoradas, pospuestas á celebridades de campanario; hé aquí porqué todo el que siente germinar algo de grande en su interior, acude á este centro; y aunque duro para él en sus primeros tiempos, cuando le conoce lo quiere hasta el punto de preferir vivir en él en medio de privaciones á volver á su país, donde sentado en el hogar paterno y rodeado de dulces recuerdos de familia podria beber el vino de su propia cosecha. Y es que en esta ciudad formada de pedazos de todos los países, se encuentra lo que difícilmente se encuentra en otra ciudad alguna, la apreciacion justa de lo que cada uno vale, y por tanto, camino abierto á todos para llegar á donde sus fuerzas les permiten.

POMPEYO GENER.

1883

Año 6596 de la Creacion del Mundo, segun el Padre Petavio, 5866 del Diluvio Universal, 4212 de la poblacion de España, 636 de la invencion de la imprenta y 2.° de la publicacion de la *Ilustracion Artística* de Barcelona.

Es decir, un año todo nuevo, como sus hermanos; que comenzará por uno de los siete dias de la semana y terminará con San Silvestre.

Cuando nace un año, las horas se desnudan, es decir, se visten de ligeras gasas como si fueran damas en traje de baile y esperan al recien nacido, que viene al mundo reclinado en un rayo de luna de enero.

¡Cómo laten los corazones de los hombres al verle llegar tan fresco, tan rozagante y tan hermoso!

Un año nuevo es un presente misterioso del tiempo, un jiron del porvenir que se muestra poco á poco á nuestros ojos; una caja misteriosa como la de Pandora, que no siempre suele contener plagas ó pájaros.

Por eso los habitantes de la isla de Java remontan, al morir diciembre, sus cometas, símbolo de la ilusion que pende de un hilo, y los japoneses arrojan de sus casas á los malos espíritus, apedreándolos con habas negras durante la última noche; por eso nosotros admitimos los plácemes y las felicitaciones con ceremoniosa sonrisa y damos la última peseta de aguinaldo al primer adulador que nos sale al paso.

Con el año nuevo sueñan el bachiller en ser doctor, el cadete en ser general, la viuda en un nuevo consorte que *le saldrá* pasados los trescientos sesenta y cinco dias de luto; el Tenorio en una nueva serie de conquistas amorosas y el hombre público en una victoriosa etapa parlamentaria.

La vírgen de rostro pálido y ojos azules, *la bella creatura de bianco vestita*, espera *la vitta nuova*, la florida juventud del año, la estacion de los sueños color de rosa con fimbrias de oro; sin embargo, podrá acontecerle lo que á aquella poetisa que se le pasó un año sin mayo conversando con los tiestos de flores de su ventana.

Podrá escapársele la primavera.

¡ Cómo se van los años
y tras ellos los dias
y las alegres horas
de nuestra pobre vida!



ODALISCA, cuadro de F. Steffens



DE SOBREMESA, cuadro de Cárlos Hermans

decia Melendez Valdés, dejando correr la pluma melancólicamente.

¡Malditos treinta años
funesta edad de amargos desengaños!

exclamaba Espronceda, pasándose la mano por su melena romántica, y recordando cómo Lope lloraba la vejez de su sotana en un soneto lleno de Plutarcos, Platones y Jenofontes.

Uno y otro se quejaban sin razon; ni el tiempo se va, ni tiene nada de maldito; nosotros somos los pasajeros y los maldicientes.

El tiempo no es más que la sucesion de las cosas, dicen unos; el tiempo es lo que las acaba, dicen otros; el tiempo no es más que el complemento del espacio, digo yo para acabar de involucrar el asunto.

Al finalizar el año se borran todas las fechas. Las efemérides, sin embargo, vuelven con notable pertinacia otra vez; no hay memoria, por rebelde que sea, que logre escapar al incesante martilleo del calendario.

La viuda reincidente, por ejemplo, duerme mal la noche de difuntos, come peor el dia del santo de su muerto y se levanta al amanecer la mañana que lleva la fecha de su primer dia de matrimonio.

El asesino recuerda la hora del dia ó de la noche en que hirió á su víctima, y suele ver su rostro al resonar las inflexibles campanadas. Si fué en octubre, las hojas secas están como sus mejillas; si fué en abril, las amapolas parecen empapadas en su sangre.

No ocurre lo propio al que hace víctimas amorosas.

El asesino de honras suele recordar las circunstancias del crímen con fruicion ú olvidarlas completamente.

La razon de este fenómeno la halló Becquer en esta admirable frase:

¡Como el muerto está en pié!..

De un año á otro adquieren las cosas, para nosotros, ciertos lineamientos especiales de que no podemos darnos cuenta.

Es que la fantasía se encarga de pintarlo todo: hasta lo que no hace sombra.

Yo tuve un amigo que vivia en una preciosa casita semejante á las que encantaban á Juan Jacobo Rousseau; con su precioso jardin, su templado hogar y sus puerta-ventanas verdes; pues bien, sólo conoció lo que valia aquel nido de santos placeres viviendo en un espléndido hotel léjos de España.

No conoció esto solo. Conoció además lo que valia su esposa, jóven, bella y honrada, á quien abandonó villanamente escapando bajo el corpiño de una bailarina italiana que cantaba en la mano como las alondras.

Corriendo los años pasan cosas estupendas. He visto á los hombres cambiar de pelo, de fisonomía y de conciencia.

No son así los árboles que ofrecen todos los años los mismos frutos y las propias hojas, picadas por los silfos.

Sé que hay quien pide peras al olmo, constancia á la cocotte y adhesion perpetua á los parásitos y á los cortesanos; pero aunque me presenten el ingerto del olmo de Jauja, la cocotte inmortalizada por Dumas y los ministros del rey que rabió, no lograrán conveneerme de que piden lo que puede dar la naturaleza.

Hay una razon en pro de los que tal creen:

Las aficiones que se inician en la primera edad se acentúan en la plenitud de la existencia.

Domiciano atravesaba moscas con alfileres y las perseguia aún con su estilete ciñendo la corona del imperio. Casi todos los jóvenes comienzan persiguiendo mariposas multicolores en la campiña y acaban por perseguir mujeres hermosas en los salones y en las alamedas.

Hay algunos que se entretienen en clavar hombres como si fueran insectos y en poner trampas á sus semejantes como si se las pusieran á los pájaros.

De esa madera salen los duelistas, los diplomáticos y los conquistadores.

El inventor del reloj dejó tamañito á Falaris, aquel tirano que tostaba á sus súbditos metiéndolos en un toro de bronce ardiendo.

Esas agujas puntiagudas destinadas á señalar con imperturbable calma las horas que pasan para no volver, son áspides que nos complacemos en abrigar en el bolsillo de nuestro chaleco.

Los tomadores nos hacen un gran favor cuando logran librarnos de uno de esos vampiros mecánicos, encerrados en cajas de plata y oro y destinados á chupar las horas de nuestra existencia.

Hay hasta quien les suelte un agente de policía.

Esto no hubiera pasado en Esparta, donde era permitido robarlo todo ménos los relojes.

Para los que gozan no existe el tiempo. Recuérdese la piadosa leyenda del monje que pasó su vida oyendo el canto del ave del paraíso.

Que el tiempo no existe puede probarse metafísicamente, siempre que hagamos abstraccion del que empleamos en probar este aserto.

¿Qué es el pasado? lo que no pasa ya. ¿Qué es el presente? lo que está pasando. ¿Qué es el porvenir? lo que pasará.

Pues si lo que fué no es, lo que es está dejando de ser al propio tiempo, y de lo que será no puede decirse que sea, ¿en dónde está el tiempo presente?

Yo conocí un filósofo que se murió queriendo investigar la causa de la vida: él me contó el cuento de la esfinge plantada en el sendero de las tumbas y abriendo el libro del porvenir á los muertos.

Pero voy á callar ántes de que me digan *que estoy metafísico*. No quiero, como Enrique Heine, hacer nido en la peluca de los filósofos.

Suenan las doce. El año nuevo se entra por las puertas ó por las ventanas con su cortejo de ninfas juguetonas. Las unas cubiertas con la careta de carnaval, las otras ceñidas con el cilicio de la santa semana; estas coronadas con las rosas de abril, aquellas mostrando las campanillas tristes que han recogido en el cementerio.

Mi vecina Laura, interesante jóven á la que devora una pertinaz calentura, siente el tic-tac del reloj cercano y el repetido golpear de la campana.

¡Qué felicidad! Asoma el año nuevo.

Sobre el guarda-joyas brillan sus diamantes, cerca del piano entreabierto se ve su traje de raso blanco y su sombrerillo adornado de plumas y flores: ¡qué de triunfos para cuando luzca el sol! ¡qué de cuidados cuando amanezca!

Y amanece, y se escabullen los tristes sueños, y mi vecina, que está pálida como los nardos que perfuman su gabinete, se levanta trémula del lecho.

Las músicas que atruenan las calles, regalan sus oídos dulcemente; el volteo de las campanas ensancha su pecho destrozado por una tosecita pertinaz y fastidiosa

La camarera alisa sus rubios cabellos y coloca sobre sus hombros el peinador blanco como el ampo de la nieve. Su novio ha de llegar aquel dia de lejanas tierras y quiere mostrarse engalanada y hermosa.

Aún no ha concluido su tocado cuando el cartero llama á la puerta.

Presenta su tarjeta con filete de oro en señal de felicitacion cumplida y entrega una carta voluminosa que ha cruzado el océano.

Mi pobre vecina se pone lívida y rompe la nema sollozando.

La misiva es un poema de amor en el que se han apurado todos los matices de la amargura y todas las galas del deseo; el nombre de la jóven está repetido cien veces; la firma parece estar borrada por las lágrimas.

Hé aquí su última línea: *No puedo verte hasta el año próximo.*

La niña arroja léjos de sí los prendidos y las flores y pide á su camarera una taza de tisana.

Entretanto el sol se remonta, las músicas se acercan cada vez más: á las puertas de la casa resuenan los pífanos y las panderetas.

Todo parece que grita en torno: *tengan Vds. felices Pascuas.*

BENITO MAS Y PRAT.

Diciembre 1882

EL REAL SITIO DEL PARDO

El Real sitio del Pardo es un gran parque de caza, propio de la Corona y situado al N. de Madrid, siguiendo el curso del Manzanares que lo atraviesa. Extiéndese desde las tapias de la Casa de Campo á la orilla derecha del rio, por una parte, y desde las de la Moncloa ó Florida (hoy Escuela de Agricultura) á la izquierda, por otra, hasta el puente y cerro de Marmota (término de Colmenar Viejo), que se levanta ya en la misma base de la sierra del Guadarrama, y donde se despeña el Manzanares, este mismo Manzanares, que todos conocemos, tan liso y tan manso, formando una hirviente cascada de blancos y verdosos encajes.

En esta direccion, ó sea de N. á S., mide el Pardo una longitud aproximada de 20 kilómetros, por unos 14 de ancho, que viene á contar de E. á O.; 80 kilómetros de circunferencia y 200 kilómetros cuadrados en total.

Este hermosísimo parque, último resto casi, con la Viñuela, la Escorzonera de Remisa, el monte de Boadilla y algun otro manchon insignificante, de la espléndida selva que un tiempo rodeaba á Madrid y que el atraso, la preocupacion y la ignorancia han ido talando y reduciendo hasta dejarla trasformada en pobrísima tierra de pan llevar, ofrece todavía, gracias á haberse librado de las impru-dencias de la desamortizacion, un admirable paisaje, donde el sombrío verdor de las encinas, la esmeralda de los pinos, la plateada seda de las retamas, las zarzas, jaras, rosales, espinos, sauces, fresnos, chopos y álamos blancos, cuyo pié alfombran con inagotable profusion el tomillo, el cantueso, el romero, la mejorana y otras olorosas labiadas, que huellan sin cesar gamos y conejos, forman una vista grandiosa, coronada por la vecina sierra con su cresta de nieve en el invierno, sus radiantes celajes en el verano, y en todo tiempo con su imponente masa y graves tintas.

Un poco más acá de la mitad de su longitud, y á la márgen izquierda del rio, se halla situado el palacio, rodeado por unas cuantas casas, las más de ellas con ese aspecto triste, ese color seco y esa suciedad y mal cuidado que son característicos de los pobres pueblos de Castilla, los ménos risueños, pintorescos y áun *rurales*, si vale la expresion, de todo el orbe. Hasta la puerta de ese palacio llega una carretera, paralela al rio por la márgen dicha y que en el Puente de San Fernando (á 7 kilómetros de la Puerta del Sol) arranca de la general de la Coruña y brinda las más hermosas perspectivas en todo su trayecto: como si la Naturaleza, piadosa con el hombre, á pesar del dicho del poeta

so che natura è sorda
che miserar non sà,

se esforzase por compensar con su gallarda pompa y lozanía el miserable aspecto de las pobres casuchas, cuya proximidad y vasallaje sufre impertérrito el decaido alcázar.

Fué este edificado por Cárlos V, de cuyo tiempo aún conserva parte de la fábrica, en especial el lienzo de Poniente, con su puerta y cinco lindas rejas, del estilo del Renacimiento, como otras cuatro de la fachada N. y los grandes escudos de las esquinas, con sus águilas y coronas imperiales. No subsiste, en lo exterior, mucho más que esto, por haberse quemado en 1604, pereciendo entónces, á lo que se dice, hermosos cuadros de Tiziano, Moro, Sanchez Coello y otros pintores de nota. El conjunto actual, reparado por Mora en el reinado de Felipe III y cuyo estilo, harto inferior, puede verse sobre todo en la fachada S. y en la cubierta del edificio, fué perfilado por Cárlos III y presenta una masa de buenas proporciones —hijas del plano antiguo— mixta de castillo y palacio, circundada de un ancho foso y en todo lo demás insignificante. Un paso cubierto, que atraviesa el foso y la calle, pone al palacio en comunicacion con la capilla, de gusto neo-clásico y más insignificante todavía.

Entremos por la puerta de Poniente, surmontada aún por la inscripcion cesárea al uso de su fundador *(Imp. Caes. Car. V.)*—Tras del ancho vestíbulo, se abre un patio, que de los tres del palacio es el que más vestigios guarda del siglo XVI; y subiendo por la escalera de la derecha, se admira un hermoso retrato de D. Juan de Austria, por Ribera, cuadro al cual no suele dársele toda la importancia que merece, y que es el único interesante que queda hoy en la casa; sin ofender á dos cacerías en el estilo de Voss, algun retrato y otros dos lienzos modernos de historia, á cuyos distinguidos autores hace bastante mal servicio la compañía del de Ribera, colocado entre ambos.

Las salas del alcázar sólo ofrecen algun interés bajo el punto de vista del mobiliario y los tapices, salvo la pieza inmediata al salon principal, donde se conserva un techo pintado en el siglo XVI, quizá algo retocado despues y ejecutado en el estilo clásico rafaelesco, si bien con cierto prurito de imitacion arcáica. Las fajas que dividen los cuadros son muy curiosas. Los demás techos y algunos lienzos de pared pintados desde la época de Cárlos III hasta la de Isabel II, son por extremo flojos; el mejor es el de Bayeu, en el salon cuadrado.

A igual tiempo y estilo, esto es, al neo-clásico, corresponden los muebles y tapices, así como los bronces y porcelanas de Sèvres y el Retiro, y las arañas colgadas de las bóvedas. Casi todos los tapices y alfombras son de la fábrica de Madrid. Representan aquellos los asuntos de costumbre, diseñados por Goya y demás autores de la época, ó copiados de composiciones de Teniers, Vanloo y otros pintores flamencos y franceses; siendo de notar el cambio de estilo que los cuadros de estos últimos han sufrido (como los mismos tapices flamencos en las copias españolas del Palacio de Madrid) en manos del artífice, que en su telar ha sustituido los tonos vivos y un tanto agrios y falsos que caracterizan los vistosos productos de nuestras fábricas modernas, á los más neutros y blandos de los originales. Es curioso comparar con estos tapices los de otra procedencia; v. g. los de Dido y Eneas, que se encuentran en la primera sala, aun-

que no son de mucho mejor tiempo. Entre los modernos españoles, los pequeños paisajes parecen quizá los más finos. En cuanto á las alfombras, son como siempre superiores, verdaderamente régias.

Visten las paredes de otros cuartos y decoran en cortinajes y mamparas los huecos, sedas de Talavera, hermosísimas por su calidad, dibujo y entonacion. Entre los muebles, pueden citarse los sillones barrocos de la sala segunda, todos los del gran salon, sencillos, clásicos y de damasco carmesí sobre armaduras blancas y doradas; el sillon del despacho; los sofás del 12.° salon; los bronces franceses de esta misma pieza, alguna araña y una ó dos mesitas. Las porcelanas son muchas, pero de poca importancia: la mayoría son pequeños bustos de biscuit y vasos dorados y pintados. El salonteatro no merece la atencion más pequeña.

En cuanto á muebles, no es, sin embargo, el palacio lo más interesante del Pardo; sino la *Casita del Príncipe*, pabellon erigido por Cárlos IV á unos 300 metros del alcázar, hácia el N. sobre el camino de Colmenar, y dotado de un pequeño jardin. Es una de esas construcciones, eminentemente fastidiosas, de que el gusto dominante en las córtes á principios del siglo ha poblado nuestros sitios reales y áun las principales residencias campestres de los cortesanos de aquel tiempo. Pero, aparte de esto, no hay quizá en España otra coleccion de muebles neo-clásicos tan importante. En especial, el penúltimo gabinete, vestido de seda bordada con dibujos y sobrepuestos al modo de las decoraciones romanas y pompeyanas, presenta en sus lindas sillas y mesitas, los más elegantes y ricos ejemplares, superiores á los de otro gabinetito, forrado de raso blanco con las fábulas de Lafontaine bordadas en colores y que, á pesar de citarse como el *capo di lavoro* de la casa, es de bastante mal gusto. Las arañas son todas lujosas y muy características.

En estilo análogo, aunque mucho más modesto, se hallan arregladas otras dos casas de campo dentro de la régia posesion: la Quinta y la Zarzuela. La primera está situada al S. E. del alcázar y pueblo, á la orilla izquierda del Manzanares y en medio de un olivar, mezclado de viña; la segunda, famosa por haber dado nombre al género de obras lírico-dramáticas que todavía nos envenenan y reducida á la más humilde condicion, se encuentra, por el contrario, al S. S. O., á la márgen derecha del rio y cerca ya del último cuartel, ó sea, plantío de los Infantes.—En una y otra casa, hoy desguarnecidas y punto ménos que abandonadas, se ven todavía figurillas y grupos de porcelana, probablemente del Retiro, muchos de ellos enteros y dignos de mejor suerte. La parte de monte desde el Palacio á la Zarzuela, es de las más pobladas de arbolado, junto con la del camino hácia la sierra y Marmota, formando los más pintorescos sitios de aquel hermoso paisaje.

Este paisaje, el retrato de Ribera, los muebles de la *Casita*, bien valen la pena del agradable y corto paseo que hay de Madrid al Pardo. Lo demás es de escasa importancia; pero cualquiera de esas tres cosas, cada una en su género, paga con creces la molestia que la gente muelle y perezosa—la que entre nosotros más se estila—necesita tomarse para verlas.

F. GINER DE LOS RIOS.

EL ENTIERRO DE UN VIOLIN

CUENTO INVEROSÍMIL

Allá por los años de 185... recorria las principales ciudades de Alemania dando conciertos con buena fortuna, un jóven violinista que se hacia anunciar con el nombre de Martin Bogen, á quien muchos empezaban á señalar como el inmediato sucesor de Paganini. Su sola presencia interesaba en alto grado al auditorio: era su figura alta y escurrida; veíasele de ordinario envuelto en un paletó pardusco, nada garboso, pero admirablemente dominada toda su persona por una testa romántica, angulosa, de intenso y osado mirar, oscurecida por una cabellera aborrascada y rebosante; y así por lo extraño y llamativo de su facha, como por su estilo fogoso y desigual, presentaba algunos puntos de semejanza con aquel artista extraordinario, que, cual un duende de la música, habia cruzado la Europa, poniendo en conmocion á los espíritus algo dados á lo excepcional y maravilloso, y aun infundiendo pavor á las gentes timoratas y meticulosas.

Ya queda dicho que Bogen era jóven, muy jóven: no contaba más allá de veinticinco años. A esta edad cuesta poco ser feliz, sobre todo cuando la suerte empieza á mostrarse propicia. Bogen, que en sus mocedades habia conocido todo linaje de privaciones y penurias, se consideraba ya completamente dichoso, y el mudable viento de la fortuna, vuelto ahora en su favor, se complacia en llenarle las velas del deseo. Casado hacia pocos meses con una mujer que le adoraba tanto como él á ella, mujer guardosa y diligente en el gobierno del hogar, vivian contentos, aun en medio de esas penalidades que suelen acompañar á los artistas en sus primeros pasos, y muchas veces en los primeros y en los últimos. Ganar gloria y laureles no es ganar dinero, y como el porvenir de nuestro novel concertista se cifraba en sus correrías artísticas, la continua necesidad de viajar consumia una buena parte del producto de su trabajo.—«Pero, qué diantre!—solia decir á su mujer.—En el poco tiempo que llevo de vida artística no puedo quejarme de mi fortuna. No bien me veo libre de una contrata, se me ofrece otra; mi nombre empieza á correr en boca de todos, y á este andar ántes de algunos años podré imponer condiciones, en vez de aceptar las que me propongan. Lo primero es darse á conocer.»

Un dia, una niña rubia como las mieses que dora el sol del Mediodía, vino á iluminar con los angelicales destellos de su inocencia aquel hogar venturoso. Pero la salud de la jóven madre quedó de las resultas tan hondamente quebrantada, que la pobre tuvo que guardar cama por espacio de algunos dias. Bogen no se separaba un momento de la cabecera de su esposa, pasando dias y noches sin plegar los ojos; y tuvo que rehusar proposiciones muy ventajosas que se le hicieron para presentarse en una importante capital. La enferma iba empeorando rápidamente, y el artista, al fin y al cabo, no podia dejar de subvenir á sus crecientes necesidades. Resolvió dar un concierto. Precisamente el dia anunciado, Carlota estaba, al parecer, algo aliviada. Bogen se dirigió al teatro con el corazon lleno de ansiedad: estaba nervioso, y de su violin saltaban notas acres y enérgicas como chispas inflamadas. El público se sintió fascinado por aquella ejecucion nueva y subyugadora; y acabado que fué el concierto, aguardó al artista á la salida del teatro, para acompañarle con vítores y aplausos hasta su morada. Pero Bogen no veia nada, y así como llegaron á su casa, se desprendió de sus admiradores y subió desalado al cuarto de su mujer.... Carlota estaba agonizando: habíale sobrevenido una crísis funesta, y pocos momentos despues espiraba en los brazos de Bogen. Y en aquel trance supremo de dolor, cuando el artista sin ventura se abrazaba frenético á aquel cuerpo tibio aún, y lo besaba locamente en los labios, como para recoger el último hálito de vida, hasta aquella modesta alcoba, apénas alumbrada por la claridad mortecina de una vela, llegaba como un eco lejano el clamoreo entusiasta de la muchedumbre, que desde la calle queria saludar al nuevo artista.

Éste quedó al pronto sumido en un dolor paroxístico que le mantuvo alejado por algun tiempo del teatro y de los salones. Pero habia un sér que aun le encadenaba á la existencia: aquella niña rubia y pálida, que habia recibido el mismo nombre que su madre, y que presentaba con ella, ó á lo ménos se lo figuraba así el bueno de Bogen, una semejanza física prodigiosa. Él, que habia venido al mundo sin padres conocidos, que acababa de perder en su esposa el amor único de toda su vida, concentró en la tierna niña una adoracion desatentada, ciega y exclusiva.

Tomó una buena nodriza, y á pesar de que esto encarecia y complicaba su vida, hizo que ama y niña le siguieran á todas partes. Volvió á exhibirse, y á recoger aplausos, y á acrecentar su fama. Nada queria para sí de las glorias del mundo; todo habia de ser para la niña idolatrada. A veces se encerraba á solas con su Carlotilla para llorar con el recuerdo de su esposa; otras trataba de adormecerla con improvisaciones tristes y plañideras que brotaban de su instrumento, melodías hijas del corazon, que el mundo no debia conocer. Y cuando alguna vez por efecto de un fenómeno nervioso raro, la niña se acuitaba y afligia al oir los sonidos del violin, Bogen se pasaba dias enteros sin estudiar, embebecido y absorto en esa adoracion sin límites.

Carlotita tendria ya siete ú ocho meses, y los asuntos de Bogen seguian al par de sus deseos. Pero ese período de calma no habia de ser duradero: la niña enfermó, primero levemente, despues agravándose hasta llegar á inspirar serios temores. Es imposible describir la desesperacion, ó más bien la rabia que se apoderó de Bogen á la idea de perder el último puñado de dicha que en este mundo le quedaba. Y ¿quién iria á quitársela? ¿Con qué derecho? A Carlota, al fin y al cabo, la habia recibido del mundo, y éste podia reclamársela; pero aquella niña, aquel ángel inocente era suyo, le pertenecia desde que nació, era el fruto de un amor santo y desventurado; ¿cómo privarle de su único tesoro?

Más de un mes estuvo la niña luchando entre la vida y la muerte. Tuvo unos dias de mejoría. Bogen, que se aferraba á la esperanza como á su única salvacion, vió el cielo abierto; y con el fin de ir allegando recursos, anunció un concierto para la próxima semana en el teatro Gran-ducal, con asistencia de la Córte.

Pero la niña tuvo una recaida, y la víspera del mismo dia del concierto, en medio de un acceso de fiebre devoradora voló á la region luminosa donde viven los ángeles. Bogen quedó esta vez como entontecido: sólo cuando al caer de la tarde se presentaron el empresario y un gentil-hombre de palacio para ultimar algunos detalles referentes á la funcion, volvió á la realidad de la vida. Entónces le encontraron junto al lecho de su hija, tocando, poseido de un arrebato de insensatez, arpegios y acordes estridentes, como si quisiera galvanizar con ellos aquel cadáver adorado. En la estancia reinaba el mayor desórden; sobre una silla un ataud de madera sencillísimo, y en el suelo entre un revoltijo de papeles de música, la caja-estuche del violin, una de esas cajas que, por una coincidencia singular, se semejan con tanta verdad en forma y dimensiones un ataud de niño.

Bogen contestó resueltamente que no daba el concierto. Pero habia gravísimas dificultades para suspenderlo: de una parte la etiqueta rígida é inflexible de las córtes alemanas; de otra el público ya prevenido que habia tomado casi todos los billetes. Tanto insistieron y tanto porfiaron los dos interlocutores, que Bogen cedió; no sabemos si por un impulso de energía ó por un acto de debilidad; cedió tal vez con resignacion suicida, resuelto á presentarse en el teatro, y aceptar el reto que el mundo le dirigia, para legar á ese mundo sin entrañas con las postreras inspiraciones de su genio, el testamento desgarrador de sus ilusiones perdidas.

El primer cuidado del empresario fué llevarse á Bogen á su propia casa, situada no léjos del teatro. Importaba en gran manera evitar que el atribulado artista presenciase las últimas tareas de los operarios de la muerte: Bogen no tenia ya voluntad propia y se dejó llevar como un niño.

Aquella misma noche unas piadosas mujeres pusieron en órden la habitacion, vistieron el cuerpecito helado de Carlota, colocáronle en el ataud, y á la mañana siguiente dos hombres vestidos de negro se llevaron la corporal envoltura de aquel ángel..... Por la noche, su padre debia presentarse á un auditorio nuevo. La vida pública tiene á menudo ocurrencias inhumanas.

. . . .

El teatro empieza á llenarse de un público ansioso y aguijoneado de febril curiosidad. Pero llega la hora anunciada; pasan cinco minutos, pasan diez, todo el mundo está ya acomodado en sus asientos y nada parece indicar que se dé principio al concierto.

¿Qué ocurria? En el momento de ir á empezar, echó de ver el empresario que con el agobio de los últimos preparativos nadie se habia acordado de traer el violin del concertista. Despachó en seguida un mozo á la casa de éste, con órden de traer volando el instrumento.

Pero los espectadores empiezan á mirarse sorprendidos: la Córte se escandaliza de aquella tardanza; era un caso inaudito en los anales del teatro Gran-ducal.... Por fin se levanta el telon; allí, sobre una mesa, está, metido en su caja, el violin mágico. Bogen se presenta con ese aire arrogante y confiado del que ya no quiere nada del mundo: el público, á su vez, le recibe con un sordo murmullo de mal contenida impaciencia, que el artista oye sin inmutarse. Se acerca con paso firme á la mesa, abre la caja, y en este momento, al ir á sacar de ella el violin, levanta la cabeza con una mirada extraviada, y despues de tambalearse breves segundos, cae desplomado al suelo, como herido de una centella. Al acudir presurosos los asistentes de la escena, miéntras unos auxilian á Bogen accidentado, reparan otros con horror que lo que encierra la caja es el cuerpo inanimado de la niña rubia, con su vestidito blanco y algunas flores mustias ya, y sin aroma.

Aquellas buenas mujeres encargadas de vestir á la niña y arreglar la cámara mortuoria, colocaron, por un error deplorable, el violin en el ataud destinado á Carlota, encerrando el cadáver de ésta en la caja del instrumento. Desde ese dia, Bogen no empuñó el arco una sola vez; y si alguno le instaba para que volviese á la vida de concertista, contestaba con amarga sonrisa:—No puede ser. ¿No ve V. que han enterrado mi violin?

JOAQUIN MARSILLACH



UN MORO DE TANGER, por Fortuny

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

LA CIUDAD DE SAN PETERSBURGO.—Segun el *Anuario estadístico de San Petersburgo*, la superficie ocupada actualmente por esta capital es de 22.896,751 sagenas cuadradas; 19.107,453 corresponden á la tierra firme, y 3.789,298 constituyen el espacio cubierto de agua. Del censo de 1881 resulta que la poblacion ascendia en este año á 861.920 habitantes; en 1869 sólo se contaban 667,963; de modo que el aumento ha sido de 193,957 en un período de doce años.

* * *

LA EXPLORACION DE M. WIENER AL RIO NAPO.—Para que se vea hasta qué punto puede llegar la audacia de algunos hombres que, ansiosos de ocupar elevados puestos ó de adquirir celebridad, no temen usurpar glorias ajenas, sin que les arredre el ridículo en que deben caer forzosamente cuando se descubra su engaño, véase la carta que el señor Luigi Pozzi, misionero apostólico en Napo (República del Ecuador), dirige al Rdo. Padre T.... residente en Paris. En ese curioso documento, despues de dar cuenta de la favorable acogida que se dispensó á M. Wiener, vice-cónsul de Francia en Guayaquil, y de las atenciones de que fué objeto por parte de los padres misioneros del Colegio de Quito, á quienes dicho señor manifestó que se proponia emprender una exploracion por las regiones del rio Napo, el autor de la carta hace las siguientes observaciones:

«M. Wiener, á quien no hemos vuelto á ver desde que se presentó en nuestro Colegio á fin de obtener informes para emprender una expedicion científica, ha escrito el relato de su viaje y lo ha enviado á la Sociedad de Geografía de Francia. Yo mismo he leido un artículo sobre el particular en la *Ilustracion Hispano-Americana*, en el cual se dice lo siguiente:

1.° Que ha sido *uno de los primeros* que fueron desde Quito al Napo. Debo advertir que todos los años, 400 personas al ménos, indios y blancos, recorren ese trayecto desde hace dos siglos, siguiendo el mismo camino que los indígenas indicaron á M. Wiener; y que los PP. Misioneros emprenden este viaje continuamente.

2.° M. Wiener habla de las enfermedades y de las defunciones de algunos de los que le acompañaban. Todo esto es mentira.

He visto en el mismo periódico un grabado que representa á Mr. Wiener franqueando un puente sobre el rio Napo. *Risum teneatis, amici!* Ni ese viajero, ni ninguna otra persona cruzaron jamás dicho rio por un puente, ni tampoco es necesario, porque no falta barca para pasar.

3.° El supuesto viajero, termina diciendo que *ha descubierto* que el rio Napo es navegable hasta el Amazonas; y el articulista añade:

Por el intrépido M. Wiener, sabemos al fin que la República del Ecuador se puede comunicar directamente con Europa por el Océano Atlántico.

No sé verdaderamente qué admirar más, si el descaro de M. Wiener ó la ignorancia del periodista, y de cuantos hayan creido que era nuevo descubrimiento, una cosa que, mucho ántes de nacer el famoso *descubridor* Wiener, era conocida de todos los muchachos que en el Ecuador frecuentan las escuelas. En la Geografía del Dr. Villavicencio, impresa en la América del Norte en 1848, y que sirve de libro elemental para aquellas, léese, en efecto, que «desde el Ecuador se puede ir á Europa por la vía acuática sin doblar el cabo de Hornos, por el rio Napo, que es navegable en canoa, y hasta en balsa, desde el pié de la Cordillera de los Andes hasta su desembocadura en el Amazonas.»

Mi objeto al dirigir á V. esta carta, Rdo. Padre, no es demostrarle de qué modo Mr. Wiener, al dar noticias geográficas sobre su viaje, ha querido hacer creer que las vejigas son linternas, sino darle á conocer el ruin corazon y menguados sentimientos de un hombre que despues de haber recibido de los Padres Misioneros numerosos favores y obsequios, ha tenido el valor, por vía de agradecimiento, de calumniarlos indignamente en un artículo del *Universo*, si es verdad lo que se dice.»

Este artículo está tomado de la acreditada Revista francesa *La Exploracion*, correspondiente al mes de noviembre último, y por lo tanto declinamos en ella toda la responsabilidad de las inexactitudes que pudiese haber en las anteriores afirmaciones.

* * *

LAS POSESIONES PORTUGUESAS EN AFRICA.—El último número del Boletin de la Sociedad de geografía de Lisboa contiene un documento del más alto interés relativo al patronato de Portugal en Africa. Es una memoria redactada por el secretario de dicha Sociedad, en la cual se afirma que los derechos de Portugal están consagrados desde el siglo XVI, y definidos por el concilio de Trento; reconociéronse por las bulas de 1472 (Sixto IV) de 1514 y 1516 (Leon X), y por la declaracion de 1577 (Gregorio XIII).

La cuestion del patronato secular de Portugal se halla determinada históricamente. El papa Paulo IV declaró de una manera terminante que este derecho es positivo, justo y riguroso; en todas las bulas pontificias publicadas desde 1550 á 1719 se repite que el patronato portugués en Africa es perpétuo y no podria derogarse ni sufrir cambios bajo ningun pretexto, sin el asentimiento ó la sancion de Portugal.

La ocupacion ó el dominio efectivo, directo y permanente ha sido, ó es una condicion del ejercicio, del derecho ó de la vigilancia del patronato, independientemente del dominio y del derecho de soberanía temporal.

Portugal posee en Africa las diócesis de Funchal (bula de Leon X, de 1514), del Cabo Verde (Clemente VII, 1536), de Santo Tomé (Paulo III, 1534), de Angola y del Congo (Clemente VIII, 1596) y de Mozambique (1612). *(Gaceta de Portugal)*

* * *

POBLACION DE SUIZA.—De los 2.846,100 habitantes que este país contiene, 2.635,000 son suizos, y 211,000 extranjeros: 1.667,100 profesan la religion protestante; 1.160,782 la católica; 7,300 son israelitas, y 10,838 pertenecen á diversas sectas: 2.030,700 hablan el aleman; 608,000 el francés; 161,900 el italiano, y 38,705 el romanche.

* * *

EL CANAL DE SIRHIND.—El virey de las Indias acaba de presidir el acto de apertura del canal de Sirhind, cuya terminacion es un hecho de gran importancia para el Pundjab, y hasta para todo el país. Este canal, el más considerable de todo el mundo, está destinado al riego de 1,200 millas cuadradas; su longitud es de 500, á las cuales se deben agregar otras 2,000 de canales de segundo órden para regar todo el Pundjab. Las dificultades inherentes al riego de aquel suelo abrasador han sido considerables, sobre todo para hacer llegar las aguas al rio Sutlej.

* * *

La costumbre de aplicar nombres iguales á diferentes lugares ha sido y sigue siendo causa de disgustos y contratiempos, lo cual sucede con más frecuencia que en otra parte en la América del Norte.

Al terminar allí la guerra de la Independencia, los yankees creyeron justo y patriótico dar á las poblaciones que fundaban los nombres de los héroes de aquella lucha; mas por desgracia el número de estos no bastaba para designar todas las ciudades nacientes. Hé aquí porqué hay 27 condados y 150 aldeas, villas y ciudades que se llaman Washington, sin contar los Washington Hall, Washingtonville, Washington Lake, Washington River. Lo propio sucede con los Franklin, Jefferson, Madison, etc., así como con los nombres de poetas y otros personajes célebres, habiendo 37 Milton, 3 Miltonsville, 1 Miltonsburg, y con los de las ciudades antiguas ó modernas, por ejemplo, 22 Paris.



Objetos de cerámica de estilo antiguo.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 8 DE ENERO DE 1883 — NÚM. 54

LAS PEQUEÑAS FLORISTAS cuadro de E. Kurzbauer

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Madrid convertido en Lóndres.—Efectos de la niebla.—El *lord corregidor* y los reyes Magos.—La liga contra la ignorancia.—Año nuevo, vida nueva.—Renovacion de las Sociedades.—El Ateneo y la Protectora de animales y plantas.—Madrid *piadoso*.—La virtud de un carpintero.—Breton y su *Apocalipsis*.—¡Por las desgracias de Cuba y Filipinas!

No me atrevo á asegurar que fecho esta revista en la capital de España. En vano he recorrido varias veces la calle de Valverde para asegurarme de que allí se levanta el edificio de la Academia Española, donde segun voz y fama se depura y se acrisola la lengua castellana: la espesa niebla que gravita hace dias sobre las calles de la poblacion, me ha impedido ver la ilustre morada de los inmortales.

Madrid se halla en estos momentos disfrazado de Lóndres. Al salir de la calle de Valverde tropecé con un autor dramático, que, segun supe despues, no era otro que D. Manuel Tamayo, pero á quien tomé por un individuo de la familia de Shakespeare. Las calles son verdaderos *street;* y parece que la sociedad madrileña está celebrando todavía las fiestas del *Cristmas* á juzgar por el peligro que hay de romperse la crisma resbalando sobre las húmedas aceras.

Desde un extremo cualquiera de la puerta del Sol, (llamada así por respeto á los usos antiguos), se ve que al lado opuesto concluye la capital entre un horizonte de comedia de magia.

En efecto, la imaginacion se acostumbra á suponer, por ejemplo, que el Ministerio de la Gobernacion ha partido para climas mejores, y que las casas del rededor se han declarado en asueto. La niebla lo cubre todo: penetra por nuestras fosas nasales, entra á registrarnos los pulmones, descansa en la concha de nuestros oídos y humedece con sus impalpables vejiguillas la superficie de nuestra ropa.

La niebla todo lo achica; en todas partes hace el vacío.

Anoche, para conmemorar el desestanco del tabaco en las Islas Filipinas, traté de encender un cigarro en medio de la calle. Ví un punto rojo á poca distancia mia: creí que era un fumador; acerquéme para pedirle fuego, y el presunto fumador por poco me atropella.

¡Era el farol de un tranvía!

Sé que el rio Manzanares ha enviado una instancia al *lord corregidor*, vulgo alcalde primero de Madrid, para que lo elevara á la categoría del *Támesis;* y en el Parque *of* Madrid se ha oido pronunciar muy claramente la sílaba *yes* á las cotorras de la coleccion zoológica. La montaña rusa es ya montaña inglesa; y si la niebla que nos abruma persiste en estar colgada de nuestras chimeneas unos dias más, la casa de la Moneda tendrá que empezar la acuñacion de chelines y libras esterlinas.

Pero la obra más importante que habrá que emprender es la siguiente:

Hacer un canal en la Mancha.

***

Mister Abascal no ha podido aún atender las justas pretensiones del rio Manzanares, por hallarse ocupado en dictar el bando que con permiso de la niebla, y aplicando bien las narices sobre el papel, se puede leer en gran número de esquinas de esta corte.

Miéntras todas las corporaciones sábias de Madrid se entretienen hojeando pergaminos y libros de remota antigüedad, con el objeto de averiguar qué cosa era el Sol que, segun dicen, siglos atrás no se ponia nunca en nuestros dominios, y el cual sólo es conocido ahora de reputacion y por vía de referencia por todos los madrileños, miéntras los sabios, digo, pasan el tiempo en esas investigaciones anticuarias, el *lord corregidor* de Madrid ha abarcado tambien de una mirada retrospectiva el tiempo trascurrido desde la Noche Buena hasta la era presente; ha recordado la algazara precursora de la misa del gallo, y á fin de que el alboroto no se repitiera en la víspera del dia de Reyes, ha dispuesto poner trabas á tan inculta y molesta costumbre.

No habrá ninguna persona sensata que deje de aplaudir la determinacion del presidente del excelentísimo ayuntamiento.

Los concejales de Madrid velan por el reposo público.. Además ellos habrán dicho:

«Este año no vienen los reyes magos... ¡Ni cómo han de emprender la caminata desde el espléndido y luminoso Oriente, montados en sus camellos de lustroso pelo y cubiertos con sus vestiduras de púrpura y armiño, para venir á este país brumoso y sombrío! .. ¿En qué trozo del oscurecido cielo se ve la rutilante estrella que ha de guiarles?... Es inútil, pues, que los rústicos hijos de varias provincias de España recorran con la escalera tradicional, con las humeantes antorchas y á són de cencerro las principales calles de esta corte, turbando la tranquilidad y el sosiego de sus moradores.»

Todo esto se habrá dicho el ayuntamiento; y está *excelentísimamente* pensado.

Pero la prohibicion no es absoluta.

Las vocingleras y ruidosas comparsas pueden satisfacer su costumbre anual mediante el pago de cinco pesetas.

Es decir:

«Vecindario de Madrid, yo reconozco el absurdo de esa práctica; sé que el extranjero que la presencie juzgará muy mal de nuestra cultura; comprendo que no hay en ello ni asomo de belleza, ni tradicion religiosa, ni espíritu humanitario...; pero, á pesar de esto, no la quiero suprimir de golpe. ¡Taso en veinte reales la molestia pública!»

Si se junta una comparsa numerosa, atronadora, que intercepte el tránsito y siembre chispazos de cuerda embreada sobre los pacíficos transeuntes, esa comparsa estará dentro de la legalidad si tiene la consabida licencia.

¡Cinco pesetas entre tantos!... Les saldrá barato.

Puede tocarles á diez céntimos cada uno

Antes, las rondas ó comparsas iban fraccionadas. Hoy se juntarán varias en una. La union hace la fuerza.

¡El ayuntamiento, sin sospecharlo, ha creado el falansterio de víspera de Reyes!

***

¿De qué sirve despues que la famosa *Liga contra la ignorancia*, creada en Madrid hace lo ménos dos años, se disponga á visitar los pueblos de la provincia para dotar de los medios necesarios de enseñanza á las escuelas?

La luz sideral se propaga con gran velocidad; las luces intelectuales son tardías y dificultosas.

Las sociedades de instruccion abundan en extremo, y estos dias, principalmente, han dado grandes muestras de existencia.

De nada pueden decirse cosas tan viejas como del año nuevo. Iguales fórmulas se usan desde tiempos remotos en cuanto suena la última campanada del mes de diciembre.

La humanidad suele exclamar al despertarse en frente del primer dia del año:

¡Año nuevo, vida nueva!

Y como el hombre no puede variar de temperamento á la par que varía de año; como la sangre que circula por las venas no ha adoptado aún la cronología gregoriana; como ya han dicho nuestros antepasados con gran sentido práctico: «genio y figura, hasta la sepultura,» las pasiones, ni los sentimientos, ni las tendencias del hombre sufren cambio alguno al sustituir en la pared de nuestro gabinete la última hoja del calendario americano por otro almanaque, rozagante, ventrudo, rodeado de pintorescos cromos y repleto de salidas y puestas de sol, de efemérides, de santos del dia, de charadas y acertijos.

Pero no importa: al llegar el año nuevo parece que asoma la primavera para todas las sociedades. Hay renovacion en las juntas; se reforman los reglamentos, se hace balance, se pagan cuentas... Si tuviéramos gran sutileza de oido, escucharíamos el sordo rumor de las papeletas de votacion cayendo en el fondo de las urnas.

Flotan por el aire cargos presidenciales y secretarías, como aquellas palabras de Rabelais que se deshelaban en la atmósfera.

¡Siempre es algo coger una presidencia, aunque sea solo honorífica cuando no se ha podido coger el premio gordo de Noche Buena!

Esas reformas de Junta directiva han constituido estos dias la ocupacion de gran número de madrileños.

El Ateneo científico y literario ha renovado parte de su junta reeligiendo como presidente á D. Antonio Cánovas del Castillo.

Diré, entre paréntesis, que la política no ha entrado en esta reeleccion para nada.

Ha sido más bien una medida *edificante*

El Sr. Cánovas es uno de los socios que más han contribuido al acopio de recursos para la edificacion del que será dentro de pocos meses nuevo Ateneo.

Efectivamente, la construccion de la calle del Prado marcha con gran rapidez, y no es aventurado esperar que ántes de que termine su nuevo plazo presidencial, el Sr. Cánovas podrá inaugurar las sesiones del docto edificio.

Hasta la *Sociedad protectora de animales y plantas* ha renovado parte de los individuos de su junta.

Yo tengo un perro muy inteligente que si no habla es por no disfrazar y oscurecer su pensamiento con las voces del diccionario.

Pues bien; ayer le encontré con la mirada fija en un número de la *Correspondencia*.

¡Estaba aprendiendo de memoria los nombres de sus recien elegidos protectores!

—¿Y cómo se van ustedes á arreglar para que las plantas conozcan el resultado de la nueva votacion? —pregunté á un socio.

Y me contestó:

—Colgaremos en las escuetas ramas las hojas periódicas en que se han publicado los nombres.

Dejando bromas á un lado, esa Sociedad crece y toma incremento entre nosotros. Su propósito es dignísimo: sus fines nobles y levantados.

Sobre todo, cuando viene la primavera, esa Sociedad organiza en el Parque de Madrid todos los años una Exposicion de plantas y flores encantadora.

Entónces, todas las mujeres están de su parte.

¡Y ya se sabe; con el apoyo del sexo femenino, aunque le llamamos débil, se puede conquistar el mundo!

***

Desde principio de año Madrid es ocho veces más piadoso que ántes.

Sólo teníamos un Monte de Piedad;... ahora se han abierto ocho sucursales que dan á la institucion *orográfica* el carácter de una sierra, ¡y además hemos descubierto un carpintero digno de manejar esa herramienta de su oficio.

He de estampar su nombre: estas crónicas no se escriben solamente para el poderoso; y cuando la vara de la virtud florece en manos de algun carpintero, justo es que consignemos su nombre para que la posteridad sepa que ha habido obreros de buena madera.

Víctor Ortega, se llama. Encontró uno de estos últimos dias en la calle Mayor una cartera que contenia 106,000 reales en billetes, y no paró hasta dar con el dueño y devolverle aquella cantidad que para él era fabulosa.

El honrado artesano pudo ir inmediatamente á cambiar los billetes al Banco de España; pero prefirió volver á su banco de carpintero. ¡Merece no trabajar más que en madera de palo santo!

***

Hácense grandes elogios en los círculos artísticos del trabajo musical que ha remitido el pensionado D. Tomás Breton desde Roma.

Parece que el inspirado maestro ha compuesto una obra maestra. Titúlase *Apocalipsis*, y ha sido enviada para su exámen á la Academia de San Fernando.

Sin ser música celestial, la obra del Sr. Breton puede producir en el cielo un conflicto entre dos santos, como la obra de D. José Echegaray que con tanto éxito sigue representándose en el teatro Español produce un *Conflicto entre dos deberes*.

Es posible que San Fernando y San Juan se disputen la propiedad de dicho trozo de música.

—La pieza es mia—dirá San Fernando;—yo soy el dueño de la Academia.

—Sí,—contestará San Juan;—pero yo tengo el derecho de prioridad. Se necesita haber perdido por completo la memoria para no recordar que yo soy el autor del Apocalipsis.

***

Entre tanto, el salon del Conservatorio de Madrid seguirá dedicado á las obras benéficas.

Brillantísimo fué el baile que allí se dió ántes de las fiestas para contribuir al socorro de las víctimas del último ciclon en Cuba y Filipinas.

El producto líquido de ese baile ha arrojado un total de 59,000 reales.

Una señora que habia bailado con gran fervor á beneficio de aquella calamidad transatlántica y *archipiélaga*, decia á su pareja:

—¡Qué fiesta más hermosa! ¡Es una lástima que esas catástrofes tarden cinco años en reproducirse!

—¡Cómo cinco años!.. ¡O veinte ó ciento! No hay regla fija.

—No señor; permítame usted... ¿No se les llama ciclon? Pues la misma palabra lo dice. Se reproducen de ciclo en ciclo.

¡De cómo se puede dar oro para hacer una obra de caridad sin entender una palabra de meteorología!

PEDRO BOFILL

Madrid 3 enero 1883

PARIS LITERARIO Y ARTÍSTICO

La tendencia artística de las ediciones de lujo.—Estadística curiosa.—Una sesion de la Academia Francesa.—Fallecimiento de cuatro poetas notables.

La semana que acaba de trascurrir ha sido fecunda casi exclusivamente en libros de *étrennes*. Unos cuantos volúmenes muy bien ilustrados y mejor encuadernados, hé aquí las últimas novedades literarias. Dejando aparte diez ó doce obras de gran lujo, la librería francesa en nada ha sobresalido estos dias. No obstante, tenemos que hacer notar que las principales casas editoriales muestran una laudable tendencia hácia los procedimientos prácticos de la tipografía y de la talla dulce; á partir de la última *exposicion de artes decorativas*, se ha manifestado una emulacion febril para decorar los libros, áun los que tratan de asuntos más serios y abstractos. El Renacimiento, que es el estilo que hoy dia priva en el mueblaje y en el decorado de la casa, ha invadido tambien el libro. El elzeviriano más puro para los caractéres es lo que está de moda en las ediciones de las mejores casas, en Francia, Inglaterra y Alemania. Los frisos decorativos, iniciales adornadas, *culs de lampe*, y orlas de página, dibújanse y grábanse hoy dia á lo Holbein, ó á lo Alberto Durero, con una pureza de estilo que admira: así es que hoy las ediciones esmeradas compiten y aún superan las ediciones *princeps de Venecia*.

Y nada hay más justo que esta reforma, y este renacimiento del buen gusto en el libro, más justo si cabe que el que hoy dia experimenta el mueblaje y decorado de la casa, pues si esta guarda nuestra persona temporalmente, el libro contiene nuestras ideas de una manera indefinida.

Además la primera cualidad para que un libro mueva á leerlo al comun de las gentes, es que su aspecto sea agradable. Un libro mal presentado, ó de caracteres dificultosos, es sólo leido por las gentes que de él necesitan imperiosamente. Por fin, y esta es la principal de las razones, la educacion de nuestro espíritu no se verifica de una manera completa, si no es por una doble vía: la de la inteligencia ó sea la de las abstracciones, comparaciones, generalizaciones, etc., etc., y la de las impresiones ó sea de las imágenes. Por bien que se describa un país ó un monumento histórico, nunca la descripcion superará á una fotografía ó á un grabado que de ello se nos presente. A la descripcion de un hecho podrá darle movimiento el escritor, pero el relieve se lo dará sólo el artista. Todo lo relativo á la sucesion en el tiempo entra más de lleno en el dominio de la pluma, pero lo que se refiere al espacio, es de incumbencia del lápiz y del pincel; de aquí el que sea necesario, en toda obra que no trate un asunto puramente abstracto, la colaboracion del arte representativo; así lo han comprendido los pedagogos modernos, al enseñar al niño hasta el abecedario y el silabario por medio de imágenes; así lo entienden todos los que enseñan ciencias y artes al reclamar museos, ó al ménos reproducciones plásticas de los objetos á que se refieren sus abstracciones, y que motivan las leyes que ellos han de formular.

* * *

La sociedad de *L'Avancement des Sciences* acaba de publicar una estadística curiosísima. Resulta que de todas las naciones, Francia es la que publica más libros originales proporcionalmente á la respectiva poblacion. Toca á un libro por cada 1600 habitantes. Inglaterra viene despues, luégo Holanda, Dinamarca, y Noruega, ocupan el tercer lugar, Polonia y Suecia el cuarto, Italia el quinto, Alemania el sexto, pues publica sólo un libro por cada 2800 habitantes, pero con la diferencia de que casi todos los libros que publica son científicos, quedando un reducidísimo lugar para la mera literatura. La Rusia ocupa el último lugar en la lista, pues publica solamente un libro por cada 10.000 habitantes. España, ¡pobre España! no ha sido ni siquiera tenida en cuenta, pues en cuanto á libros originales publica muchos ménos que Rusia. Es de advertir que en esta clasificacion no se cuentan ni las segundas ediciones, ni las traducciones; solamente los primeros originales.

* * *

La última sesion de la Academia Francesa fué presidida por Alejandro Dumas, leyendo el duque de Aumale un trozo de su libro *Historia del gran Condé*, el relato de la batalla de Rocroy, en el cual reveló su autor conocimientos nada comunes en el arte militar, así como un francés castizo y correcto.

* * *

Cuatro son los poetas de gran nombradía y de verdadero genio que acaban de morir.

Janos Arany, el poeta favorito de los húngaros, cuya reputacion iguala á la del célebre Petœfi-Chandór, acaba de morir en Pesth. Era el primer artista de su país, y habia escrito poemas geniales, entre ellos el de la *Invasion de los hunos*.

En Copenhague acaba de suicidarse el poeta Edmond Lobedanz, el cual ocupaba un rango eminentísimo en la literatura escandinava, siendo muy conocido tambien en Alemania. Se colgó de un árbol del Jardin Zoológico, ignorándose las causas de este suicidio.

En el Luxemburgo belga ha muerto otro poeta notable, Augusto Poupart, el cual deja una magnífica traduccion francesa en verso del poema de Goethe *Faust*, primera y segunda parte.

Finalmente en Zurich ha fallecido M. Godofredo Kinkel, el célebre poeta revolucionario aleman cuya evasion del presidio de Spandau hizo tanto ruido en 1858. Desde entónces hallábase emigrado en Suiza desde donde enviaba á su patria sus cantos.

P. G.

NUESTROS GRABADOS

LAS PEQUEÑAS FLORISTAS, cuadro por E. Kurzbauer

No todos los pájaros nacen en los bosques, ni todas las flores crecen en los jardines; pero es indudable que las aves buscan los frondosos bosques y que las flores crecen más lozanas en el campo. Los hierros, siquiera dorados, de una jaula, el ambiente de un invernadero, por mucho arte y ciencia que haya presidido en su construccion, no convienen á la naturaleza, esencialmente libre, de los séres nacidos para saturarse del aire purísimo de las selvas y de los prados.

La niñez tiene mucho del pájaro y de las flores: como ellos, necesita libertad, y cuando la encuentra, se complace en oir los trinos del ave y en aspirar el aroma de las flores. Pero en algo revela su condicion destructora: el acento del pájaro que pia, le impulsa á buscar el nido para desbaratarlo; la vista de las flores la induce á arrancarlas de su tallo para deshojarlas friamente. Es condicion terrible de la naturaleza: de una ú otra manera, todo perece á manos del hombre.

El autor del cuadro que reproducimos ha compuesto una escena, llena de gracia y de verdad, pero que no desmiente nuestra teoría. Las niñas de Kurzbauer, aprovechando la época de la siega, han hecho suyas las flores campestres, sentando sus reales en el pajar. Allí tejen una rústica guirnalda, que no carece de arte.... Pero las amapolas que la componen carecen de vida; ellas se la han arrebatado..... Así se empieza: la flor es el *anima vilis* de la coquetería temprana. ¿Cómo se acaba?.... *Hé aquí el problema.*

UN CONCIERTO DE FAMILIA, cuadro por J. Uhde

Concierto titula el autor de este cuadro á la escena que en él se representa, y por cierto que ha estado sobradamente lisonjero con algunos de los artistas, pues algo más exacto hubiera sido emplear la palabra descon cierto. La inmixtion de la chiquillería en la música ejecutada de buena fe por dos instrumentistas, cambia por completo la fisonomía de los oyentes; quienes ménos *dilettanti* que cariñosos allegados, léjos de estremecerse con el inesperado aditamento de la gente menuda, hállanlo muy original y muy de su gusto. Tal es la expre sion del auditorio.

Esta graciosa composicion está llena de verdad y de vida: la gravedad de los músicos, así los de veras como los de mentirijillas, el risueño semblante de los que en su interior aplauden la intrusion de los niños en el concierto familiar; todo palpita y vive merced á un dibujo tan correcto como seguro. Estamos por decir que hasta se hallan en su debido sitio los animales del cuadro: el perro, parte integrante de la familia, contempla á los muchachos con expresion cariñosa; al paso que la urraca parece estremecerse gozosa y disponerse para agregar su graznido al rumor discordante que puebla la estancia.

Es un cuadro que no tiene desperdicio: conjunto y detalles corren parejas de bondad.

A LA VEJEZ, VIRUELAS, dibujo de J. Llovera.

—La carne es flaca....—dicen los ascéticos.

—El hombre es débil....—lleva por título una zarzuela.

Pero cuando la carne es, además de flaca, dura de puro vieja, y la debilidad de la decrepitud se agrega á la debilidad propia de todas las edades; entónces la escena toma un tinte ridículo y algunas veces hasta repugnante

Siempre el hombre está obligado á ser hombre, es decir, á demostrar que no en balde es calificado de la obra más perfecta de la creacion; y este deber es tanto más de respetar y cumplir en cuanto los años imprimen mayor autoridad y dominio sobre sí mismo al mortal que traspasó los umbrales de la ancianidad.

Por esto la figura del viejo verde de nuestro dibujo nos inspira cierta lástima no distante de la repulsion. El contraste de su decrepitud con las gracias juveniles de las dos reales mozas que le acompañan, la expresion lúbrica de su rostro al lado de la expresion burlesca de las dos mujeres, el lugar de la escena, lo que se ve y lo que se presume de los tres personajes que la componen, constituyen no tan sólo una buena composicion artística, sí que tambien una fina sátira contra el vicio trasnochado. Desgraciadamente esta clase de chocheces no son privativas de ninguna época: el Sr. Llovera ha elegido la de principios de este siglo; pero nosotros entendemos ser mucho más antigua la frase que lleva por título su precioso dibujo.

LABOREMUS, estatua por D. Juan Roig

La linda estatua reproducida con dicho título en nuestro grabado ha sido presentada por su autor á la Real Academia de Ciencias y Artes de esta ciudad, como trabajo del turno académico correspondiente.

Como se ve, representa una niña de unos seis años, dedicada al trabajo propio de su tierna edad, es decir, á hacer calceta, pero con tal formalidad, tan absorta en su tarea, que olvidando por completo sus juguetes, ni siquiera repara en la muñeca, hábilmente abandonada á sus piés. *Laboremus*, trabajemos, parece decirle una voz interior, y la niña obedece instintivamente á este misterioso mandato, sin comprender tal vez que al obedecerlo, hace germinar en su corazon las semillas del bien futuro, y extirpa en él la cizaña de la perniciosa ociosidad.

El pensamiento del artista ha sido tan delicado, como levantado y trascendental, su representacion sencilla y espontánea, y los medios empleados de exquisita naturalidad, ofreciendo un conjunto de condiciones que han valido al Sr. Roig, escultor ventajosamente conocido ya, el aplauso de sus compañeros de arte y de las personas inteligentes.

Artes suntuarias. Objetos de estilo del siglo XVI

Son estos dos bonitos bustos, modelados por Boerner, fundidos en bronce por Gladenbeck, y destinados al adorno de una consola, mármol de chimenea ó rinconera; y un ancho sillon de brazos y un velador de tres piés construidos en el establecimiento de Giani de Viena. Por los primeros se puede formar idea del caprichoso tocado usado en la Europa central, durante la época de la Reforma, por las personas nobles de uno y otro sexo, así como de las alhajas con que se engalanaban, pues el artista ha trazado ambos bustos con presencia de originales de rigurosa autenticidad: los segundos son asimismo una muestra del gusto dominante en dicha época en cuestion de mueblaje, estando forrados de riquísimo terciopelo carmesí con bordados de oro, cuyos dibujos se han copiado del traje de un magnate fallecido en 1566.—Hoy, que tanto predomina la aficion á imitar las obras de arte de siglos anteriores, creemos de oportunidad la reproduccion de dichos objetos.

Procesion del tapiz sagrado en el Cairo

Todos los años se envia desde el Cairo á la Meca un inmenso tapiz de seda negra, orlado de una ancha franja en la cual hay bordadas con seda verde varias citas del Coran. Dicho tapiz está destinado á cubrir enteramente la Kaaba, el *Sancta Sanctorum* de la Meca, templete cuadrado situado en el centro de los cuerpos de edificio que forman la gran mezquita mahometana. La salida de aquella ofrenda da motivo á una ceremonia religiosa llamada la fiesta del Mahmal, la cual da principio con una salva de veintiun cañonazos anunciando que el camello sagrado portador de tan rica prenda emprende la marcha; al llegar á la plaza mayor da éste siete vueltas en torno de ella, detiénese delante del Khedive, quien besa respetuosamente el santo cordon que le presenta el conductor del camello, y en seguida, continúa éste su marcha, seguido de una numerosa muchedumbre de peregrinos que le acompañan en su viaje á la ciudad santa, repitiéndose la salva de veintiun cañonazos al salir de las puertas del Cairo

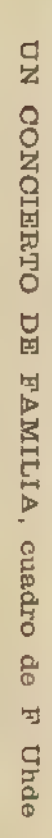
—

GALAS Y DUELOS

VISIONES DEL AÑO 1648

Estuve entretenido todo el dia, ya revolviendo añejos apuntes sacados de un grande archivo, ya repasando las interesantes *cartas de padres de la Compañía de Jesus* sobre los sucesos de la monarquía entre los años 1634 y 1648, y me acosté con la cabeza llena de ideas, personas y cosas de aquel desgraciado período de nuestra historia, en que todo lo grande es puro remedo de lo pasado y todo lo pequeño parece triste añadidura presente. En la balumba de recuerdos que con vertiginosa rotacion conmovian mi cerebro durante mi intranquilo sueño, descollaban vivas y enérgicas, como brillantes flores sobre el fondo oscuro de un viejo y deslustrado tapiz de Persia, las imágenes de los reyes y príncipes, de los grandes y titulados, de todos aquellos individuos de la alta y baja servidumbre de Palacio, con cuyos nombres y actos me tenian ya familiarizado mis notas, incluyendo en esta inmensurable *via lactea* del firmamento monárquico austro-hispano, los magnates con cargo en la real servidumbre, los superintendentes, grefieres, guardajoyas, guardaropas, conserjes de los reales sitios, pagadores de las obras reales, artistas, artífices, comediantes, plateros, oficiales de manos de todo género, —es decir, luceros, estrellas y nebulosas,—y hasta los mismos bufones y truhanes, llamados *hombres de placer*, y enanos de ambos sexos, llamados *sabandijas*, y demás gente baladí, criados á la sombra de las bóvedas palacianas como el hongo al amparo del majestuoso olmo, ó como las arañas en los recónditos huecos de los altos lacunares. Mi fantasía exaltada evocaba involuntariamente los actores que intervinieron en aquellas ya olvidadas escenas de la vana ostentacion y falsa grandeza que tan triste celebridad han obtenido en la historia del reinado de Felipe IV, y los traia á la vida presente con sus propias figuras, sus ademanes, sus gestos y su peculiar lenguaje, forjando con lo histórico y lo imaginativo un compuesto preternatural que realmente no carecia de interés, porque no eran personajes del todo verosímiles, ni del todo fantásticos como héroes de cuento oriental los que yo me forjaba, sino que en cada sujeto conocido veia algo de lo que acerca de él callan los libros, aunque no siempre me fijase en lo que estos revelan.

Y como al fin y á la postre toda agitacion tiene su término, de manera que hasta el mismo demente en sus delirios acaba por serenarse refugiándose en una monomanía, y el calenturiento, á quien en lo recio de la fiebre se le venia el mundo encima, concluye con fijarse en una figura, ó sonido, ó recuerdo, con apariencias de pesadilla; en mi cerebro trepidante sucedió á aquel revuelto y exótico conjunto de sombras, más heterogéneo que el *pandemonium* de Milton, la vision viva, intensa, casi tangible, de una escena única, de un único cuadro, de un determinado *momento histórico*, como dicen hoy algunos sabios de estofa alemanisca, de aquel ostentoso y mísero reinado.—Cuando el peon, girando sobre el plano en que fué lanzado, traza su espiral para venir á fijarse en un punto, quedando allí inmóvil cual si estuviera clavado, su punta de hierro va lentamente taladrando aquel plano. Pues del mismo modo mi imaginacion, toda reconcentrada en los sucesos de fines del año 1648 por la singularidad de sus circunstancias, ahondó en lo recóndito de ellos de tal manera, que logré en mi sueño la percepcion más clara y distinta de su preparacion y de su proceso, de sus causas, concausas y accidentes; siendo lo más singular que se me hicieron manifiestas aquellas cosas en que no suelen parar mientes los narradores de los hechos históri-



UN CONCIERTO DE FAMILIA, cuadro de F Uhde



A LA VEJEZ, VIRUELAS, dibujo de J Llovera

cos, y que quedan reservadas á los zahorís, espiritistas y sonámbulos.

Creo yo que en medio de mi sueño, á mí mismo me causaba risa el fenómeno extraordinario de que no podia fijar la mirada en personaje alguno de aquella corte, sin que me saltasen á la vista su nombre, su calidad, su empleo, lo que le habia costado su vestido, las prendas de que este se componia. Así, no me era dado gozar del espectáculo de las corridas de toros, máscaras y fiestas de la corte y del Palacio, porque si mis miradas recorrian las galanas tapicerías, al punto me venian á la memoria los tapices prestados á diferentes señores y casas que no los devolvian; si contemplaba á las personas reales, veia en sus trajes las cuentas no satisfechas de Francisco Soria, sastre de la difunta reina doña Isabel y de Sus Altezas las infantas doña María y doña María Teresa, de la verdugadera María Ximenez, de la labrandera que habia suministrado la ropa blanca, del platero Juan Hales que habia fabricado muchas de las alhajas de su prendido. El tener noticia cabal y minuciosa de todas las obras que se habian ejecutado para los salones del regio alcázar, de los ajustes hechos con los pintores que los habian exornado con cuadros, y hasta de la cantidad de escarpias doradas que se habian comprado para colgar estos cuadros y aquellas tapicerías; el no poder cerrar los ojos á las malditas facturas por cobrar de las damas y galanes, en que figuraban por cuentos de maravedís los objetos entregados para aquellos, las ropas de filaste, los bebederos cuajados de ribetes, los mantos de Sevilla con sus puntas, y las piezas de gorguerán, y los pasamanos de Santa Isabel, y los manteos de Olanda, y los corpiños de raso y las manguillas cuajadas de caracolillos de oro menudo, las mangas con musaquíes, las mangas en arpon, los jubones de yerba y otras mil zarandajas de subido precio; llegaron á producir en mí verdadera congoja, ni más ni ménos que si hubiera yo de pagar todo aquel gasto, con el aditamento de las libreas de un ejército de lacayos puesto en campaña en las fiestas públicas por los caballeros rejoneadores de toros, y de las ropas de gala distribuidas á las enanos y bufones, verbigracia, el vestido de terciopelo negro para Sebastian de Morra, las valonas de Cambray para el Primo, géneros varios para la loca Catalina del Viso, y el vestido enviado de Zaragoza para D. Pedro el loco. ¡Hé aquí el triste fruto de la pícara manía de roer legajos de archivos que se ha apoderado de nosotros! Á fuerza de revolver papeles y de rebuscar datos y noticias, se nos va de entre las manos la sustancia de la historia, que está en la síntesis, y nos quedamos con el esqueleto.

* * *

Oí de repente grande estrépito de clarines, chirimías y otros instrumentos más ó ménos desacordados.—Ya la tenemos armada, pensé para mí: esto va á ser loa ó comedia de Calderon con apariciones mitológicas y gran tramoya. Pero me engañé, porque se hizo á mi vista una inmensa esplanada de forma circular, rodeada de apiñada muchedumbre de espectadores. Se estaba dando una corrida de toros, que decian era la más lucida de cuantas habia presenciado Madrid en muchos años. Mas no lograba yo enterarme de lance ninguno, y sólo veia que toreaba el Almirante de Castilla con el rejon y con la espada, habiendo metido en la plaza para su defensa cien lacayos y un lacayuelo chorreando plata. El público aplaudia, se sucedian las explosiones de la descomunal vocería con la uniformidad misma con que reiteran sus estampidos la ola penetrando en las cavernas de la roca, ó el trueno rodando por el espacio. Oia pronunciar los nombres de *Mantuano* y de *Valdepeñas*, caballos de regalo cuyas vidas dejó el Almirante en los cuernos de las fieras; pero no ví esas suertes tan celebradas; me habia encarnizado en el recuento de los lacayos.—Salió luégo á la plaza el marqués de Priego, que hizo su acatamiento al rey, y soltó en ella el vistoso aluvion de otros cien lacayos y otro lacayuelo, no ménos lujosos que los primeros.—Despues salió el duque de Uceda, con otros cien lacayos y un lacayuelo chispeando oro. Tampoco ví sus suertes; los lacayos y lacayuelos eran mi insoportable pesadilla.—Y salió D. Diego Gomez de Sandoval, hijo del conde de Saldaña, con otros cien lacayos.... pero este afortunadamente no traia un lacayuelo, sino dos, vestidos de turcos y muy lucidos.—La voluntad ejerce su imperio áun en los dormidos: el deseo de variar de espectáculo hizo que pasaran por delante de mí, rápidos como fantasmas que ahuyenta la primera luz de la alborada, D. Francisco Lasso, el primer caballerizo de D. Juan de Austria y gentil hombre de su cámara, con un lacayuelo muy lindo y bien vestido; D. Fernando de Carvajal, que dió un gran zaparrazo á la primera embestida del toro; el portugués D. Franciseo de Meneses, conocido con el nombre de *Barrabás*, y D. Diego de Padilla, cuya comitiva, si la llevaba, que no lo sé, se me disfumó en el pensamiento: dejándome aquellas abigarradas sombras, á modo de piadosa encomienda que me hizo saltar en el lecho como una rana, la cuenta de lo gastado y no pagado por aquellos señores, en varas de tela de plata, azul, verde, rojo y noguerado, pasamanos de hojuela y demás relumbrones para las libreas de sus lacayos.

Como arrebatado por una legion de brujas, me ví transportado desde la plaza donde se lidiaron aquellos famosos toros, que no sé si fué la Mayor de Madrid, ó la de Palacio, ó la del Buen Retiro, al suntuoso Salon de Comedias del restaurado Alcázar; en el cual se estaba representando ante la grave presencia del rey y de su prima la princesa doña Margarita, duquesa de Mantua, la expulsada de Portugal, la pieza alegórica compuesta para festejar el cumpleaños de la nueva reina, que aún no habia venido á España. La infantita doña María Teresa, niña de diez lacios abriles á la sazon y futura reina de Francia, no figuraba al lado de aquellos dos mustios y solitarios príncipes, porque tenia su papel en la loa. Pero ¿te figuras, oh lector, que voy á entretenerte haciendo el análisis crítico ó refiriéndote el argumento de la pieza representada, ó describiéndote el vistoso personal de damas y meninas que en ella tomaron parte; y las magnificencias de aquella fiesta áulica? Te equivocas si tal imaginas, porque lo único que se apoderó de mi atencion, siempre propensa al oficio de raton de biblioteca, fué la traza ó arquitectura del teatro de madera y tela, pintado, dorado y plateado, que en aquella ocasion se armó en el magnífico Salon de Comedias del Real Alcázar-Palacio. Es cosa particular: sólo ví lo que nadie ha descrito; pero eso mismo que ví es de tan difícil descripcion por lo intrincado y borroso de las composiciones arquitectónicas de Francisco Rizi, autor y trazador, y además pintor y dorador, en compañía de Pedro Nuñez, del teatro palaciano, que lo mejor que puedo hacer para que tú mismo te despaches á tu gusto, es suministrarte los elementos del conjunto que él ofrecia, segun se desprende de una tasacion de sus diversas partes, que yo tengo copiada por mí de la original, cuyo paradero no quiero descubrir por razones de prudencia que sabrá apreciar mi amigo D. J. G.: tasacion que hicieron el pintor Angelo Nardi por S. M. el rey, y Gabriel de Terrasa, asimismo pintor (hasta hoy oculto á las miradas escudriñadoras de otros ratones ménos afortunados que yo), por Francisco Rizi y Pedro Nuñez (1). Si de su texto, que fiel y escrupulosamente te pongo á la vista, llegas á deducir con claridad la disposicion y forma de aquella máquina arquitectónica, te reconoceré por hombre de muy agudo entendimiento, y yo me confesaré rudo y modrego.—Dice así el viejo papel, cuyas palabras estaban grabadas en mi memoria como caractéres de fuego miéntras contemplaba en sueños la inextricable armazon artística que servia de escena á la augusta mojiganga. Fué el ajuste de 8,535 reales, y las obras las siguientes (y aprende de paso á escribir con claridad y buena gramática).

«Ciento sesenta y seis varas de un lienzo que »hubo en toda la obra, á tres y medio maravedís »la vara;

»Por las dos puertas de arriba con sus frontispi»cios, con todas las labores de plata: cuatrocientos »reales;

»Jaspeado é imprimado de dichas dos puertas: »doce reales;

»Seis trozos de columnas salomónicas con un »pedestal, y basa, y muro, y capitel, arquitrabe, fri»so y cornisa con sus dos medias puertas hasta »donde se juntaban, que tapaba una tarjeta la pin»tura (2), labrado todo de plata y las columnas re»vestidas todas de racimos de uvas, y hojas y sar»mientos, todo de plata escurecido: mil seiscientos »cincuenta reales;

»Cuatro trozos que hacen esquina, labrados como »los demás: ochocientos ochenta reales;

»Dos lienzos de adentro (3) con una corona y »una guirnalda, y un cetro y una palma, y arriba »una tarjeta y un serafin con un paño, todo de oro, »labrado y jaspeado: seiscientos veintidos reales;

»Otro lienzo que era la puerta cuadrada donde »salia la señora Infanta (4) en el trono, que ántes »estaba plateado y ahora de oro: sesenta reales;

»Un cielo sobre la silla, con un sol grande y ca»torce serafines grandes, con sus alas y rayos de »oro, todo de oro y escurecido: doscientos cincuen»ta reales;

»Dos puertas cuadradas, con las mismas colum»nas y con las demás labores que las otras, por las »cuales salian las damas á representar: setecientos »reales;

»Diez y seis jeroglíficos para las diez puertas (5): »mil setecientos sesenta reales;

»Por la tarja del medio, que sostenian dos niños, »de plata, y encima un leon y un águila dorados, »con las demás labores de plata y jaspeadas: cien»to ochenta y ocho reales;

»Por el frontispicio del medio con sus remates, »con dos niños, todo labrado: doscientos treinta y »cuatro reales;

»Por una peaña donde estaba la silla y una gra»dilla donde la señora Infanta tenía los piés, con »serafines y labores, todo de oro: cuarenta y cua»tro reales;

»Por un cielo todo azul, cuajado de estrellas de »todos tamaños: ciento cincuenta reales;

»Por ocho tarjetas que tapaban las junturas de »las puertas, todas de plata, labradas y escurecidas: »doscientos cuarenta y cuatro reales;

»Por tres tablones que servian de pedestales, la»brados y pintados de jaspe, con unos perfiles de »plata escurecidos: noventa reales;

»Por veintiseis vigas que servian de pilares en el »de las galerías, todas de plata escurecida: dos»cientos sesenta reales;

»Por un liston que habia en lo alto de la gale»ría, plateado y escurecido: sesenta reales;

»Por una tarjeta de oro con dos niños que la »sostenian y una corona grande que servia de res»paldar de la silla, toda escurecida: ciento cincuen»ta reales;

»Por un espejo que tuvo diez panes de oro, que »hacen mil panes de oro (6): doscientos reales.»

Por asociacion de ideas, de la gala teatral iba á pasar mi pensamiento, como sin sentirlo, á la gala de la gran mascarada que hubo en el mismo mes de diciembre de 1648, y con la misma fausta ocasion del cumpleaños de la reina doña Mariana de Austria; pero comprendí en medio de mi sueño que por natural reaccion pasaba insciente la fantasía, de la gala y los festejos, al duelo y á la tristeza; de las escenas de regocijo y risa, á escenas de pavor y sangre!

* * *

Y en verdad no faltaba razon para ello. ¡La capa de oropel de aquel reinado cubria tantas miserias! Enflaquecido el Estado con la insurreccion de Cataluña, la pérdida de Portugal, los reveses sufridos en los Países-Bajos y en los mares de Europa y de las Indias; Nápoles en rebelion so color de amor al rey y de odio á los ministros que tenian parte en las gabelas; derrochadas las rentas públicas en diversiones, placeres y gastos de mera ostentacion; desustanciadas las provincias á fuerza de tributos; áun lo poco que á Felipe IV le quedaba de rey estaba de continuo amenazado. Vencida la antigua lealtad española por la ambicion y el interés, á quienes la misma debilidad del gobierno servia de incentivo, fueron muchos los grandes y títulos y los caballeros de linaje que no retrocedieron ante la traicion y la perfidia en su propósito de erigirse en reyezuelos. Mucho ántes del tumulto de Nápoles, conspiraron para alzarse con la Andalucía el duque de Medinasidonia y el marqués de Ayamonte; despues conspiraron tambien para alzar un trono independiente en Aragon, el duque de Hijar; D. Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra; D. Cárlos de Padilla, teniente general que fué de la caballería de Flándes; el hijo segundo del conde de Linares; y de gente de ménos viso, un cierto Domingo Cabral, D. Diaz de Solís, hijo del tesorero del Almojarifazgo de Indias en Sevilla, y un hombre de negocios de ignorado nombre.

(1) Ni Palomino, ni Cean Bermudez, ni Stirling tuvieron noticia de esta obra del teatro ejecutada por los profesores Rizi y Nuñez para el Salon de Comedias del Real Alcázar-Palacio de Madrid. De Nuñez no se conserva hoy ningun cuadro auténtico, y era, sin embargo, pintor que gozaba de gran crédito en la corte de Felipe IV. Lope de Vega le nombra con elogio en su *Laurel de Apolo*:

«Juntos llegaron á la cumbre hermosa,
Sulcando varios mares,
Vincencio, Eugenio, Nuñez y Lanchares.»

(2) Creo debe entenderse que cada uno de estos seis trozos comprendia una columna con su pedestal y su parte correspondiente de entablamento, con media puerta á cada lado: de esta manera, unidos los seis trozos con los de la partida siguiente que servian para las esquinas, formarian una vistosa decoracion ó columnata salomónica con puertas en los intercolumnios, todas adornadas de elegantes aunque barrocos tarjetones en su parte superior, de estilo berninesco.

(3) Aquí perdemos la pista.

(4) Y aquí continuamos desorientados.

(5) No acertamos con la cuenta de estas diez puertas: sírvase ilustrarnos quien lo entienda. Lo mismo decimos de las demás partidas que siguen.

(6) Suponemos que querrá decir que entraron en el espejo diez librillos de panes de oro de á cien panes, que hacen mil panes de oro.

El duque de Medinasidonia, aunque convicto y confeso de su crímen, salió del mal trance siete años há con un simulacro de desafío á su cómplice el intruso rey de Portugal, sugerido por su deudo el conde-duque de Olivares, que no pudo tolerar fuese deslustrado con la mancha de la traicion y de la lesa majestad el limpio blason de los Guzmanes. —En Valencia de Alcántara, nuevo D. Suero de Quiñones, se estuvo ochenta dias manteniendo el campo contra quien de seguro no habia de ir á buscarle. Pero aquella ridícula farsa, con la cual pudieron quedar convencidos de su inocencia y de su acendrada lealtad al rey los tontos y los niños, tenía su segunda parte terrible y sangrienta, encomendada al ambicioso y malhadado D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, que no alcanzó subterfugio como el de Medinasidonia ántes de la caida del famoso valido. Siete años há que vive este desventurado reducido á estrecha prision, primero en Córdoba, luégo en Montanchez, despues en Santorcáz, y en el Alcázar de Segovia desde el año 1645.

La causa del duque de Hijar y sus cómplices se ha llevado con mayor diligencia.—Levantado está el cadalso en la plaza Mayor de Madrid.—Dieron al duque tormento riguroso el dia 1.° de diciembre de este año 1648, y lo sufrió como bizarro caballero, negando el delito que se le imputa. Condénanle á reclusion perpetua en un castillo, con las guardas que sean necesarias, y á pagar 10,000 ducados para la Cámara de S. M. y los gastos de justicia.—No columbro lo que resultó de la causa respecto del hijo del conde de Linares y demás gente menuda. Veo sólo que Domingo Cabral murió en la cárcel seis dias ántes de que se dictase sentencia. El cadalso, pues, se ha armado solamente para D. Cárlos de Padilla y D. Pedro de Silva. Predestinado nació el primero á la cuchilla del verdugo. Con ese hombre se estrenó la cantera de donde han salido los regicidas del siglo XIX: véase lo que escribia no hace aún cuatro meses á su hermano D. Juan, castellano de Vercelli: «Más deben los príncipes de este tiempo á nuestros vicios, que á nuestra fidelidad. ¡Líbrelos Dios de que haya un abstinente!» —Estamos en el dia 5 de diciembre.

Tiene el siniestro tablado como unas dos varas de alto y unas diez en cuadro. No hay sobre él más que dos sillas de mano y dos gradillas. Tanta es la gente y tan apiñada está, que no hay donde echar una manzana y parece aquel cadalso una negra góndola flotando en un mar de cabezas. Los balcones de las casas se ven atestados tambien de curiosos. Al sordo murmullo de la humana marejada sucede un momento de silencio: óyese la voz del pregonero que grita: «Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á estos hombres, por traidores y porque trataban y solicitaban que se cometiese traicion contra su corona: mándalos degollar y que les sean cortadas las cabezas por detrás, y les sean confiscados todos sus bienes y derribadas sus casas.» —Arremolínase la gente hácia la parte de levante: por allí vienen los personajes del terrible drama: D. Cárlos y D. Pedro en sendas mulas, calados los capuces y con las cadenas al pié, acompañados de los seis jesuitas P. Castro, P. Castilla, P. Iguarza, P. Pimentel, P. Zapata y P. Celada; á los lados cien alguaciles á caballo, haciendo calle, despues el escribano, y detrás el verdugo. Ábrense paso hasta llegar al pié de la escalera del cadalso: allí los dos caballeros se carean, arrimando sus mulas una á otra, cabeza con cola: las cosas graves y tiernas que se dicen, se repiten de boca en boca, y rompen en llanto los que las escuchan. Apéase Padilla con valor, y sube sin vacilacion la escalera; siéntase en una de las sillas de mano, y tres padres de la Compañía se sitúan á su lado.—Hace lo mismo D. Pedro de Silva, sentándose en una de las gradas y como temiendo ocupar la silla, y le acompañan los otros tres padres. Suben luégo tres alguaciles, el escribano y el verdugo, y desaparece la escalera. El pueblo rompe en salva de aplausos celebrando con vítores la caritativa abnegacion de aquellos buenos sacerdotes.—Dirígese el verdugo á D. Cárlos de Padilla: los tres jesuitas que le asisten se hincan de rodillas y con gran uncion le dicen la recomendacion del alma. El frio ejecutor de la ley aplica el afilado cuchillo al cuello del reo y hace velozmente su oficio.—Sigue D. Pedro de Silva, el cual, aturdido por la vocería de la plebe, y sin comprender que su compañero ha dejado de existir, al pasar de la grada á la funesta silla, encarga al P. Pimentel que lleve su despedida á D. Cárlos. Hace tambien con él su oficio el verdugo, y el sabio P. Pimentel dirige al pueblo una fervorosa y conmovedora plática, repitiendo á su conclusion el gentío: «¡Viva la Compañía!» Y publícase luégo el siguiente pregon: «Manda el rey nuestro señor que ninguno sea osado de quitar los cuerpos de estos hombres del cadalso y tablado donde han sido ajusticiados, pena de la vida, sin haber precedido órden ni licencia para ello, para efecto de que sean llevados á sepultar; y mándase pregonar para que venga á noticia de todos.»

Aquí acabaron las visiones de mi sueño, del cual salí como el que escapa de una lluvia de palos.

PEDRO DE MADRAZO

EL PRIMER APUNTE

No sé si Vds. conocerán el tipo; no sé si alguno de Vds. habrá sido ó será en estos momentos históricos apuntador en teatro de primer órden ó consueta de aficion.

Es el tipo de un héroe desconocido, á quien la muchedumbre no hace justicia por esa misma ignorancia de los servicios que le debe la humanidad cómica ó teatral.

Tipo espiritual, sér fantástico que existe, aunque la multitud no le vea ni le oiga, salvo algunas excepciones en que el público intolerante le reprende sin conocerle y le exige aún que hable más bajo, ¡á él, que apénas se atreve á hablar de modo que le oiga el cuello de su camisa!

Injusticias de las colectividades: imponen silencio á un sér humilde que no osaria siquiera sacar la cabeza de su *concha* y permiten los bramidos del primer actor ó los mugidos del barba.

El primer apunte, como le llamamos ahora, el apuntar, como le denominaron en otro tiempo, ó el *consueta*, arrastra una existencia oscura, sirviendo al arte, y permaneciendo anónimo y desconocido de las muchedumbres que ignoran los esfuerzos, los sacrificios heróicos de aquel caracol artístico, sumido constantemente en su concha, de donde no sale sino para la eternidad.

Si el mundo le conociera, si pudiese apreciar cuánto debe el arte escénico á ese modesto artista de la palabra, la fama inmortal del apuntador se trasmitiria de generacion en generacion hasta el fin ó la *cola* de los siglos.

No sirve para primer apunte cualquier ciudadano: esa mision es privilegio de un puñado de individuos; no se aprende en aulas, ni se explica en ateneos; nace con la criatura, representa cierta superioridad sobre las demás personas.

Nace el *consueta*, crece y se desarrolla, aunque esto último parezca difícil sabiendo que pasa lo mejor de su vida en el *agujero*.

Para él no hay plácemes ni aplausos de las muchedumbres, incapaces de comprender tanta abnegacion.

Los consuetas como los saludadores, nacen con una gracia especial: es inútil la pretension de hacerse apuntador, si no se ha nacido con esa gracia.

Se necesita poseer condiciones excepcionales para apuntar por oficio: mucha paciencia, lo primero; despues facilidad paleográfica, para conocer todas las clases de letras ó de notas, segun sea el apuntador *de verso* ó *de música;* y principalmente mucha soltura de lengua y cierta media voz penetrante como la del *mosquito artístico*, llamado vulgarmente *de trompetilla*, cuando entona esas playeras nocturnas rondando á su víctima.

Las obras nuevas, los artistas líricos ó dramáticos, nuevos tambien en esta ó en otra plaza, todo se confia al talento y á la honradez y caballerosidad del primer apunte.

Desde su nacimiento hasta su muerte ó su salvacion, dramas y partituras quedan á merced de los apuntadores.

En algunas ocasiones son los encargados de la primera lectura para que *las partes* que han de interpretar la obra, conozcan el conjunto y sus respectivos papeles ó *particellas*.

Durante los ensayos estudia con avidez el original ó copia corregida que ha de servirle, miéntras indica á los artistas las equivocaciones en que incurren.

Consulta con el autor ó con el maestro, las dificultades que se ofrecen y se permite dirigir algunas observaciones al padre de la obra.

¡Gigantesca figura!

Solo, entre dos velas como un cadáver, sentado junto á una mesa cubierta con tapete verde forzosamente, porque parece el color indicado para el arte, aquel modesto cuanto inteligente lector pasa las mañanas repitiendo con frecuencia escenas enteras y actos de una obra, no por culpa suya sino por torpeza de los actores.

Una persona profana que viese al apuntador sentado junto á la mesa del tapete verde y rodeado de cuatro ó cinco actores, diria:

—Ese caballero está *tallando:* los que le rodean son los *puntos*.

En noche de estreno, cuando la obra, despues de *pasar al agujero*, locucion que indica que ya está adelantada de ensayos, y despues del general *con todo*, esto es, con decorado, muebles y demás pormenores, se halla en disposicion de soltársela al público, el primer apunte es la clave.

Cuando se presenta un artista por primera vez al público, el apuntador es el único apoyo, el padrino de lo que salga al proscenio.

De su voluntad depende el triunfo del autor ó del artista.

Pensar en esto estremece y consuela al mismo tiempo: que el apuntador cierre el ejemplar, que la perspectiva de los piés pequeños de una actriz ó los preludios de una pantorrilla para él desconocida por pertenecer á una dama ó *prima donna* que *debuta*, le impresionen ó distraigan su atencion, porque aunque primer apunte tambien es pecador y *frágil*, y adios obra y éxito.

Que las ratas que habitan en los fosos de los coliseos, y que todas las noches, al ver aquellos piés y aquellas piernas independientes, arderán en deseos de probarlos para convencerse de que tienen dueño, se aventuren una vez, y la consecuencia inmediata será la interrupcion de la representacion teatral.

Sin embargo, la historia del arte escénico no acusa ni un solo caso de este género, y lo que es más, nunca se ha suspendido la representacion de una obra por enfermedad del apuntador.

Es el amigo de todos; no hay *parte principal*, ni áun *parte por medio* que no le mime y agasaje.

Nadie se atreve á indisponerse con el primer apunte, ni áun con el segundo, aunque ya pertenece á otra categoría.

Las empresas cambian de artistas, de peluqueros, de maquinistas; procuran no cambiar de apuntador.

¡Con cuánto entusiasmo le contemplo cuando saca las manos, á modo de tortuga, para arreglar la concha, ó se permite asomar un tanto la cabeza con cierta timidez, para enterarse de *la entrada* que hay aquella noche.

Y, á pesar de tantos merecimientos, no parece sino que las muchedumbres «le tienen mala voluntad» porque en cuanto oyen su voz, por acaso, otras ciento protestan y le imponen silencio, gritando:

—¡Más bajo ese apuntador!

¡Qué injusta es la sociedad!

¡Más bajo él, que no tiene sobre el nivel del tablado más que la cabeza y esa invisible, porque la oculta la concha!

¡Tanta crueldad con quien puede, con un sencillo movimiento, hacer sonar la campanilla para que los maquinistas suelten la cortina, cortando el espectáculo!

En cambio de los servicios que presta, nadie se acuerda de él sino para imponerle silencio.

¿Cuántos primeros apuntes, no contando á los políticos, han pasado á la posteridad?

Se habla de la Malibrand, de Rubini, de Maiquez, de Latorre, de Romea, pero no de los apuntadores que los sacaron adelante.

Se cita á Rossini, á Bellini, á Meyerbeer, y no hay una palabra para los artistas que apuntaron sus obras en las primeras representaciones.

Es un verdadero escándalo que se hable de Hartzenbusch, de Zorrilla, de Ayala y no se diga ni una palabra de los apuntadores que *los ayudaron* á sacar la cabeza.

¡Siempre en la concha! separados del público por un aparte forrado de bayeta roja, ó de hoja de lata; colocados bajo el nivel de los artistas más ínfimos que sacan la cara en el proscenio, pasan la vida oscurecidos, sin ser espectadores y sin ser partes.

Pero la humanidad empieza á hacer justicia á la clase.

Ya figuran los nombres de los primeros apuntes en las listas que publican las empresas teatrales al principio de cada temporada.

Es verdad que tambien figuran los nombres de sastres, *atrezzistas*, peluqueros y dentro de poco figurarán igualmente, los de acomodadores, y señores de la *claque*.

Es un alarde de soberbia de las empresas de teatros y un justo tributo en lo que se refiere al primer apunte, otorgado al mérito, á la modestia y á la heroicidad artística.

A uno de ellos, amigo mio, que perdió casi totalmente la vista, le decia, para consolarle, un empresario:

—No le importe á V., Fulano, que ya no se escriben obras como aquellas que V. leia: en fin, yo puedo hacer algo por V.: tráigase V. á su niño, si sabe leer, y que él lea el ejemplar y V. apunta.

¡Si seria lanar el empresario!

EDUARDO DE PALACIO

NOTICIAS VARIAS

En el momento en que el estudio de la electricidad atmosférica llama la atencion de los físicos, parece oportuno dar á conocer algunos efectos del rayo en la cima del Puy de Dome. En este punto se ha establecido una torre circular de 8 metros de altura, que remata en un mástil de forma cuadrada hecho con fajas de hierro angulares de 6 metros de elevacion y sostenido sólidamente por fuertes tirantes tambien de hierro. En este mástil hay un anemómetro del sistema de Mr. Hervé Mangon, con cuatro hemisferios Robinson de cobre rojo, de dos milímetros y medio de grueso. Una escala formada con planchas de hierro conduce á una plataforma construida del mismo al rededor de la parte superior del mástil, á fin de poder limpiar el anemómetro siempre que sea necesario. El conjunto constituye una mole de hierro de varios miles de kilógramos de peso.

Dos cables metálicos de 0^m,02 de diámetro enlazados con otros de 0^m,03, que penetran en una capa de tierra siempre húmeda, en una longitud de más de cien metros, terminando por placas de cobre de una superficie de 15 decím. cuadrados, establecen la comunicacion con la tierra.

En estas condiciones, el fuego de San Telmo aparece con frecuencia en las partes más salientes del mástil, de sus tirantes y de la escala de hierro, produciendo á veces un ligero silbido. Esto sentado, indiquemos algo acerca de las descargas eléctricas que se han notado en los hemisferios Robinson de cobre rojo. Sus mitades superiores son las únicas en que ejerce influencia la chispa eléctrica, y en todas se ven vestigios de fusion, cuyo número asciende á doce en uno, á quince en el segundo, á diez y ocho en el tercero y á veinte en el cuarto. El círculo de hierro que los enlaza, de 4 milímetros de espesor, ha quedado fundido en seis puntos diferentes, efectuándose la fusion, lo mismo en las partes redondas que en las angulares, y siempre del mismo modo. La materia, cobre ó hierro, se ha fundido en una extension variable y despues se ha levantado en forma de cono, semejante á los que se ven en medio de los cráteres de los volcanes.

No parece sino que una fuerza atractiva y exterior levanta la materia fundida en la superficie de los hemisferios. Seria interesante reproducir, con poderosas máquinas ó baterías eléctricas, análogas fusiones en hemisferios y globos de aleacion fusible ó de metal.

La causa de estos fenómenos de fusion ¿consistirá en que los metales en que ocurren comunican imperfectamente con la tierra, ó en que los rodean nubes tempestuosas por todas partes? Para averiguarlo, los distinguidos físicos adscritos á aquel observatorio preparan experimentos junto al mástil, que resolverán, á no dudarlo, tan interesante problema.

* * *

EXHUMACION DE UNA CIUDAD ROMANA.—La *Gaceta de Augsburgo* publica la noticia siguiente, reproducida por la *Exploracion*:



LABOREMUS, estatua por D. Juan Roig

«Se acaba de descubrir una ciudad romana en Baviera, cerca del sitio donde comenzaba el famoso atrincheramiento que los romanos habian levantado contra los invasores germanos, desde Ratisbona hasta Colonia.

»Cerca de esta ciudad existe tambien una antiquísima fortaleza romana más importante, segun dicen, que la famosa Stalbourg, en el Tamus Castrum, del mismo orígen, y que hace mucho tiempo es un lugar de peregrinacion para los arqueólogos.»

* * *

ERUPCION VOLCÁNICA.—Segun escriben de la isla de Stromboli (Sicilia), el volcan de este nombre está ofreciendo el espectáculo de una espantosa erupcion, acompañada de terribles detonaciones, semejantes al estampido de varios centenares de piezas de artillería.

Las piedras abrasadas cubren la montaña; una de ellas, de varios quintales de peso, ha sido lanzada á más de dos millas de distancia del cráter. La erupcion continúa. El espectáculo es sobre todo imponente por la noche.

* * *

EL REY OUMURU, que gobernaba en Bibda, en el Nupé, y que últimamente castigó á los Kedas porque estos habian maltratado á los traficantes franceses é ingleses establecidos en las orillas del Niger, ha muerto hace poco, dejando 700 mujeres y 77 hijos.

El harem del primo génito encierra 400 mujeres, y así como el de su padre es muy *mezquino*, comparado con el del rey Mtesa del Ouganda, que tiene 7,000 mujeres.

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

LA HOLANDA COLONIAL.—Las posesiones holandesas en las Indias orientales tienen una extension de 131,733 kilómetros cuadrados, con 19.068,600 habitantes para Java y Madura solamente; el número de indígenas en estos dos puntos pasa de 7.800,000, siendo el territorio de 1.700,000 kilómetros cuadrados. La capital, Batavia, contiene 97,585 almas.

En las Indias occidentales, es decir en las Antillas y en la América del Sur, Holanda posee la Guayana, que cuenta 68,507 habitantes, en una extension de 119,321 kilómetros cuadrados; y Curazao, de una extension de 113,300 kilómetros, con 42,447 almas.

En Java hay en estudio y construccion 388 kilómetros de camino de hierro, y además se trata de abrir otras nuevas líneas de una extension de 514 kilómetros.

La red de líneas telegráficas del Estado tiene una longitud de 5,879 kilómetros, siendo el movimiento anual de 500,000 telégramas, que producen 483,498 florines líquidos.

* * *

NICARAGUA.—Nicaragua tiene ahora ocho provincias en vez de siete, habiendo servido una parte de la de Granada para formar otra nueva, la de Managua.

* * *

CHILE.—El arreglo de fronteras con la República Argentina respecto á la Patagonia, de la que Chile posee ahora la vertiente occidental, aumenta la extension de este país en 21.572,500 hectáreas. Con el antiguo territorio, ó sea Chile propiamente dicho, la «patria chilena» tendrá, pues, 53.718.700 hectáreas, exactamente la extension de Francia, pero con 2.500,000 habitantes no más. De este modo Chile se ensancha mucho por el sur; y cuando arregle sus cuentas con Bolivia y el Perú no dejará de agrandarse tambien mucho por el norte.





Artes suntuarias.—Objetos de estilo del siglo XVI

COMPLEMENTO DE LA RED TELEGRÁFICA.—Los hilos telegráficos recorren hoy dia toda la superficie del globo, extendiéndose por todos los mares, y sólo falta enlazar dos puntos para que la obra sea completa. Hace largo tiempo se habian practicado estudios para reunir el Japon con la América del Norte, pero la inmersion de un cable en el Océano Pacífico ofrece grandes dificultades á causa de la profundidad, pues sólo á 400 kilómetros del Japon se encuentran ya fondos de 8,000 metros. Los estudios, abandonados hacia cinco años, se han vuelto á proseguir por el gobierno de los Estados-Unidos, que ha ordenado al capitan Belknap, comandante de la *Alaska*, practicar en el Océano Pacífico las pruebas necesarias con la sonda, como trabajo preparatorio para completar la comunicacion telegráfica en el globo.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 15 DE ENERO DE 1883 — NUM. 55

ELVIRA, cuadro por Juan de Beers

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La última ascension del capitan Mayet.—¡Será eterno!—Los vehículos de Madrid.—Protesta del comercio.—Una locomotora musical.—Despedida á Gayarre.—De la plaza de Toros al teatro Real —Una frase de Fernandez y Gonzalez.—*La Africanita.*

Parece que estamos condenados á Mayet perpétuo.

«No hay sábado sin sol» decian, no sé con qué fundamento, nuestros antepasados.

Con más razon podríamos decir nosotros ahora: «No hay domingo sin ascension de Mayet.»

Este audaz aeronauta parece ya un componente de nuestra atmósfera; y le vemos flotar en los aires como si fuese una parte integrante del equilibrio planetario.

El público acogió al principio con extraordinaria curiosidad aquella especie de cetáceo de los aires que se elevaba á fuerza de humo á considerables alturas. Todo Madrid habia estado con los ojos y la imaginacion pendientes de aquel trapecio en que iba haciendo evoluciones el aeronauta Mayet con una intrepidez verdaderamente admirable. Los médicos tuvieron que curar una infinidad de *torti colis;* y hubo hombre que llegó á adquirir ideas elevadas nada más que con estar tanto tiempo mirando al firmamento.

Pero como todo cansa en este mundo, hoy la reputacion de Mayet ha decaido bastante.

Ya no promueve aquellas oleadas de espectadores que corrian hácia las afueras de Madrid siguiendo al Montgolfier que se cernia en el espacio, y tratando de adivinar el punto donde iba á caer aquella hinchada mole de percalina.

Hoy el aeronauta tiene que anunciar su espectáculo diciendo «última ascension» á fin de que la gente acuda á tributarle los honores de la despedida.

Pero ¿cuál es la última? Han pasado ya varios dias de fiesta, en cada uno de los cuales he visto anunciar la postrera salida de Mayet por nuestro horizonte; y hasta tal punto se enredan mis ideas sobre esta cuestion *ordinal*, que algunas veces se me figura el tal Mayet un enviado del cielo para inculcarnos aquella máxima evangélica de que «los últimos serán los primeros.»

Los periodistas que de buena fe damos crédito á lo que nos dicen los empresarios de espectáculos públicos, tenemos ya el corazon lastimado de tanta infraccion cometida en contra del octavo mandamiento, y no nos atrevemos á dar á Mayet el nombre de capitan con que al principio se le designaba por miedo de que nos desmienta probándonos que ni siquiera es soldado raso.

Yo temo que el globo de M. Mayet llegue á eternizarse en nuestros aires... nacionales.

Pasarán años y más años, y todavía los nietos de Ducazcal emprenderán ascensiones en compañía de los deudos venideros del intrépido aeronauta. Cada dia se anunciará la última ascension... y la última no llegará nunca.

El globo que por sus numerosos remiendos parece ya un veterano lleno de cicatrices, sufrirá aún nuevos reveses: envejecerá, pero no se rendirá.

¡Confío en que le hemos de ver algun tiempo andar por los aires con báculo ó con muletas!

* * *

De los globos, no se quejarán nunca los comerciantes, como se quejan de los vehículos de todas clases que circulan por Madrid.

Hay plétora de locomocion; y con las tranvías, coches Rippert, ómnibus Oliva y otra diversidad de carruajes que obstruyen ó entorpecen constantemente la vía pública, es un verdadero milagro que el transeunte vuelva á su casa sin haberse dejado entre las ruedas ó los piés de los caballos alguna parte de su indivíduo.

Madrid es raquítico para tanto movimiento: sus calles por regla general son estrechas y mezquinas, y pretender que por ellas se verifique el trasiego, cada vez más formidable, de tanta animacion, de tanto bullicio, de tanta vida, me parece lo mismo que si en el lleno de la edad madura pretendiéramos meter piernas y brazos dentro de las ropas que usábamos cuando niños.

Así es que los comerciantes de algunas calles de Madrid tienen razon: el excesivo tránsito de carruajes les perjudica. La gente pasa por esas calles sin pensar en otra cosa que en el «Morir habemos» de los trapenses.

Llegar á su casa con el corazon palpitante de gozo, abrazar á toda su familia, y exclamar dejándose caer sobre un sillon:

—«Por fin he salido ileso!» equivale para el transeunte de las calles de la Montera, Fuencarral ú Hortaleza á haberse internado en el Congo y haber salido con vida de entre los mil peligros que ofrece el interior de Africa.

La salud de los madrileños estriba en una sola cosa. ¡Hacernos todos conductores de carruajes.

Y entónces nuestra sociedad ofrecerá un espectáculo maravilloso. No habrá nadie que necesite ser guiado.

¡Todos seremos guías!

* * *

La aficion á la música cunde extraordinariamente.

Rueda por las calles de Madrid un organillo de tan colosales dimensiones que parece un castillo feudal más bien que un conjunto de instrumentos.

Cuando empieza á tocar invaden los ámbitos de la calle sonoridades incomprensibles, chorros de armonía, por decirlo así, que repiquetean en nuestros oídos como si tuviéramos junto al tímpano las trompas de Jericó.

Pero aún hay más: el otro dia me aseguraron la existencia de locomotoras de ferro-carril, completamente preparadas para tocar sonatas á medida que devoran el espacio.

El descubrimiento se hizo en esta corte, por pura casualidad, como todas las cosas que se descubren.

Una locomotora se negó á lanzar los silbidos de costumbre.

El maquinista estaba desesperado.

—¡Yo no silbo!—dijo la locomotora.—No hago ese agravio al insigne tenor que va metido en uno de los wagones.

Entónces se comprendió el motivo. En el tren iba Gayarre, que despues de festejado por sus numerosos admiradores, se dirigia á Nápoles donde ha de cantar próximamente.

Y parece que en el gran debate sobre Gayarre y Masini, hasta las locomotoras han tomado parte.

La máquina á que me refiero era gayarrista; y por esto se negó á silbar rotundamente, no fuera cosa que su tenor favorito tomase aquellos silbidos por protestas.

En cambio al cruzar unas montañas que daban al cuadro de la naturaleza el carácter de un paisaje suizo, la locomotora empezó á soltar por la boca de su chimenea la sinfonía de Guillermo Tell.

Era una serenata en honor de Gayarre.

Los cinco hilos telegráficos que costeaban la vía formaban el pentágrama del papel de música, y en las estaciones donde paraba el tren el empleado que tenia que anunciar el nombre de la poblacion, los minutos de parada y la existencia de la fonda, hacíalo tan melodiosamente que á los viajeros les daban gana de gritar:

—¡Otra!... ¡otra!... ¡Que se repita!

Un viajero me decia:

—Jamás he comido con tanto apetito como al parar durante un *entreacto* en una fonda del tránsito. Sobre todo en obsequio á Gayarre, nos dieron unos *dóes* de pechuga que todavía me estoy chupando los dedos.

* * *

Tal vez todo esto que acabo de referir sea pura fantasía.

Yo me lavo las manos.

Me lo ha contado un ferviente admirador del torero conocido con el nombre de *Toledano* y que se ha cortado uno de estos últimos dias la coleta para dedicarse al canto. Ya lo he dicho ántes, la filarmonía cunde; y desde el momento en que se reclutan los sacerdotes del arte musical en las plazas de toros, no será extraño hallar algun *Miura* ilustrado que le diga al espada dispuesto á descabellarlo:

¡Oiga usted, amigo mio; no consiento morir si no me mata usted de acuerdo con las reglas musicales de Wagner!

La coleta sacrificada por el *Toledano* de hueso dulce en aras del arte de Bellini me recuerda por la analogía del nombre el papel que desempeña el actor Sanchez de Leon en la revista titulada *De todo un poco* que se representa dias ha con gran éxito en el teatro de la Comedia.

En ella dicho artista parodia admirablemente al actor isaliano Cola cuya vanidad es proverbial y á quien sin embargo humilló con uno de sus rasgos notables el novelista Fernandez y Gonzalez.

Voy á referirlo.

Durante la última temporada de compañía italiana en Madrid, el actor Cola rogó á Sanchez de Leon que le presentara algunas notabilidades españolas.

La ocasion se presentó pronto. Paseando un dia Cola y Sanchez de Leon por la calle de Sevilla, vió éste último venir á Fernandez y Gonzalez.

—Ahora voy á presentar á V. una notabilidad nuestra —dijo el actor español al italiano.

Y parando á Fernandez y Gonzalez le dijo:

—¡Don Manuel! Tengo el gusto de presentar á V. al galan jóven italiano Sr. Cola.

Y luégo dirigiéndose á Cola:

-El Sr. Fernandez y Gonzalez, autor del *Men Rodriguez de Sanabria*, del *Cid*, de la oda á *Lepanto*...

—No se canse V.,—interrumpió Fernandez y Gonzalez...—¡Si sabe quién soy!..¡Si en Italia me conocen á mí más que en España!... ¿no es verdad, *Colilla?*

* * *

La anterior frase revela un amor propio mayor aún que el de los autores de *La Africanita*, zarzuela que ha promovido durante cuatro noches grandes desórdenes en el teatro y circo de Price.

La obra en cuestion ha sido en extremo ruidosa. El circo de Price tiene algo de plaza de Toros. Durante el verano trabajan en él artistas ecuestres, titiriteros, *clowns* y animales sabios... El público acude allí á *cerear* con toda libertad al payaso que no le hace gracia, ó al funámbulo que hace juegos ya conocidos.

Pero cesan los calores, la atmósfera se enfria, caen las hojas, y entónces los dependientes del Circo de Price levantan la alfombra del redondel con la facilidad con que los vientos arrebatan las hojas secas, colocan las butacas y el inmenso circo queda convertido en teatro.

Las extensas graderías dan al local un aspecto de circo taurino, y alentado por esta analogía, el público que ocupa aquellos tendidos presencia los estrenos de las zarzuelas con un desenfado y una libertad de accion que no suelen usarse en ninguna otra sala de espectáculos.

Si se inicia una silba... es feroz, colosal, extraordinaria. De este carácter fué la de *La Africanita.* La primera noche los espectadores dominaron en el teatro como dueños absolutos. Una vez lanzada la protesta el público no quiso oir más. En vano los actores siguieron representando la obra: la concurrencia se divirtió, gritó, silbó, pateó... todo lo hizo ménos escuchar aquella serie de escenas insulsas.

Al dia siguiente la obra se repitió. ¡Y allí fué Troya! Yo no recuerdo haber visto nunca una cosa semejante. El circo fué una especie de campo de batalla; y si la exposicion farmacéutica del Jardin Botánico no se hubiese cerrado, tengo para mí que se habria trasladado inmediatamente al teatro de la Plaza del Rey, á fin de acudir con sus productos á la curacion de tanta descalabradura.

Pero no hizo falta exposicion. La hubo. ¡La exposicion de quedarse contuso!

El espectáculo duró cuatro noches. ¡Válgame Dios! ¡ya era aquello demasiada monotonía! Cuatro noches de silba furiosa y desordenada son inaguantables.

El público cambió de estrategia. Empezó á aplaudir al final de la cuarta noche, y mató á fuerza de ovaciones sarcásticas é irónicas la obra que habia resistido los gritos más agudos y las más tempestuosas protestas.

La autoridad mandó suspender la funcion.

¡Ya era hora!

La Africanita habia estado á punto de producir una segunda guerra de Africa.

PEDRO BOFILL.

NUESTROS GRABADOS

ELVIRA, cuadro por Juan de Beers

El simple nombre de Elvira, ni más ni ménos que el de Juana ó Ruperta, podrá no ser una fuente de inspiracion; pero la mujer á quien Beers ha llamado Elvira, si alguna vez ha pestañeado, puede inspirar y volver loco, que es más, al amante de la belleza que viste y calza.

Forma parte este cuadro de una galería alemana de mujeres hermosas; capricho que, entre otros poderosos, se han permitido tener los reyes de Baviera. Despues de todo es un capricho de buen gusto.

La mujer hermosa es dos veces hermosa, por ser hermosa y por ser mujer. Nosotros que sentimos por el bello sexo tanta admiracion como respeto, estamos dispuestos á conceder que es digna de ser llamada hermosa toda dama que no sea tan fea de cuerpo como fea de alma. Pues qué ¿para nada hemos de tener en cuenta la belleza del corazon?

Angel del hogar, ángel de la tierra, llamamos á la mujer. ¿Por qué nos empeñamos en que los ángeles han de ser, en el mundo real, unas criaturas de pecho de irreprochable belleza física?

La verdadera hermosura, para el pintor, podrá ser la de Elvira; ante la razon y el buen sentido, la belleza indiscutible é imperecedera es la de la virtud.

UNA MURGA EXTRAVIADA, cuadro por Edmundo Tetzner

Decia el malogrado Fígaro que *hay modos de vivir que no dan de vivir*, y entre ellos debió comprender instintivamente á los músicos de nuestro cuadro, cuyo modo de vivir se parece bastante á una manera de morir lentamente. Si tripas llevan piés, como vulgarmente se dice, los piés de nuestros personajes deben ser, cuando ménos, piés *forzados.* La dulce perspectiva de una fiesta les indujo á emprender un viaje á lo desconocido, *sin más guía que Dios en su camino*, como el negro Juan de *Flor de un dia.* Pero contaron sin la huéspeda, ó sea sin la nieve, la cual, peor educada que una patrona de á *seis reales diarios con chocolate*, dejó bonitamente á los *artistas* en el helado suelo de una llanura sin horizontes, ni más ni ménos que si fueran estudiantes calaveras. Vanamente buscan su camino; la nieve ha borrado los senderos; sin mejor resultado interrogan un poste indicador; la nieve ha cubierto sus letras: no hay en cuanto alcanza la vista otros séres vivientes que dos cuervos acordes en la distribucion del *menú* que les ha deparado la inclemencia del invierno.—No hay mal que por bien no venga—se habrán dicho aquellos animales, saboreando prematuramente carne de músico...

Y sin embargo, nunca fueron hechos castillos más en el aire: Dios, que aprieta pero no ahoga, y ménos para complacer á dos pajarracos, permitirá que esos infelices lleguen al punto de su destino, en donde un fuego reparador y una comida confortante les pondrá en disposicion de alegrar la fiesta. Los murguistas, como Quevedo, tienen el don de hacer oir riendo lo que ellos tocan rabiando.

EL PRIMER PASO, cuadro por L. Crosio

La maternidad será siempre fuente de inefables delicias para toda mujer digna de llevar el nombre de ma

dre. La primera mirada inteligente que la criatura dirige á la noble mujer que la ha llevado en su seno, el primer diente que perfora sus encías, el primer paso que anda por su propio pié, el beso, la primera sonrisa de gratitud, cada una de esas gracias infantiles que para la persona indiferente no pasan de soporíferas vulgaridades, adquieren á los ojos de una madre cariñosa las proporciones de un plausible acontecimiento. Y ¿cómo no ser de esta manera, cuando esa mujer sublime se ha sentido pagada con creces de las molestias del embarazo y de los peligros del alumbramiento, al oir simplemente la voz de su hijo que saluda llorando el mundo en que entra?

El pintor Crosio ha ejecutado de bella manera la escena del primer paso: la madre de esa tierna niña goza sin duda sosteniendo la aún poco firme planta de su hija. Su semblante, á pesar de todo, no está exento de tristeza, y es que el pensamiento de una madre va léjos, muy léjos... cuando se ocupa del porvenir de sus hijos. No siempre la pequeña protagonista de nuestro cuadro será una niña de andadores; no siempre pisarán sus plantas el firme pavimento del hogar donde vió la luz primera... ¿Qué será entónces de la señorita, y áun de la mujer, si al dar los primeros pasos en su nueva vida, no puede apoyarse en la mano, á la vez firme y cariñosa, de su amante madre?

BUSTO DE BRUTO, por Miguel Angel

En el Museo nacional de Florencia se conserva este magnífico busto esculpido en mármol por el celebérrimo artista italiano. Basta la contemplacion de esta obra de arte para comprender que si Miguel Angel fué un genio poderoso como pintor, sus talentos escultóricos eran más que suficientes para conquistarle la envidiable é imperecedera fama que la posteridad otorga solamente á los artistas de verdadero valer, y mucho más si, como Buonaroti, han poseido el don asombroso de rayar á altura igual en las tres nobles artes.

ATAQUE DE MUNICH por los campesinos el 25 de diciembre de 1705

Corria el año 1705, y con motivo de la sucesion al trono de España, vacante por fallecimiento de Cárlos II, ardia la guerra en gran parte de Europa. Austria, Inglaterra, Holanda, Prusia, Portugal, Saboya y una parte de nuestro país, sostenian los derechos que á ceñir la corona española alegaba el archiduque Cárlos y que le disputaba Felipe de Anjou, sostenido por Francia y otra parte de la península ibérica. El elector de Baviera, cediendo á las promesas de Luis XIV que le ofreció la parte de la Holanda austriaca si se coligaba con los Borbones, declaróse en contra de los austriacos, pero le fueron tan adversos en un principio sus hechos de armas, que al poco tiempo cayó su capital Munich en poder de las tropas del emperador. El dominio de estas no debió de ser muy grato para los habitantes del electorado por cuanto, deseosos de sacudir el yugo austriaco y sin contar con más auxilio que su ardimiento, reuniéronse algunos centenares de campesinos de las inmediaciones de Munich, provistos de cuantas clases de armas pudieron hallar á mano, y en la mañana del dia de Navidad del citado año atacaron resueltamente los muros de la capital. A su frente iba un vigoroso herrero del pueblecillo de Kogel, que blandiendo con sus musculosos brazos á manera de ariete la pesada lanza de un carromato, logró echar abajo la puerta de la torre llamada Roja. Este es el momento escogido por el artista para representar la desesperada arremetida, habiéndolo hecho con tan asombrosa animacion y movimiento, con tal verdad y vida, con tan enérgica y natural expresion en todos los rostros y actitudes, que parece escucharse el estruendo de los golpes asestados contra la maciza puerta, las imprecaciones de los acometedores, los ayes de los heridos, el choque de las armas y el fragor del combate. El lance terminó desastrosamente para los campesinos: los austriacos, más numerosos y disciplinados y mejor armados, hicieron una salida, los desbandaron, y los persiguieron largo trecho acuchillándolos á su sabor, habiendo perecido víctima de su denuedo el herrero de Kogel.

—

JUAN CIGARRON

(Cuento de magia blanca)

POR CASTO VILAR Y GARCIA

I

Era vez y vez de un sujeto medianamente acomodado que vivia en el pueblo de H.·., que tenia por nombre Juan, y Cigarron por apellido ó mote, pues en esto no están muy conformes las historias que de él se ocupan.

Mi aya, una buena vieja de quien aprendí este cuento, me retrató á este personaje tantas veces y con tal lujo de detalles, que no parecia sino que le hubiese tratado con intimidad, y yo, en fuerza de oirla, concluí por formar de él la misma idea clara y precisa que voy á esforzarme por comunicar al lector.

Era Juan Cigarron hombre de edad madura, aún distante de los confines de la ancianidad, más bien gordo que flaco, más bien bajo que alto; llevaba el cabello cortado á punta de tijera y la barba cuidadosamente afeitada; aunque grueso, habia conseguido á fuerza de convenientes paseos impedir el crecimiento desordenado de su abdómen, lo que permitia soltura á sus movimientos, y le constituia en razonable andarin y cazador bastante capaz; por último, era de color despejada, ancha frente, nariz ligeramente aguileña y ojos *color de saliva de sastre*, término empleado con gran seriedad por mi aya, con no ménos escuchado por mí, y que equivale á ojos *verde claro.*

Este era el retrato físico; en cuanto al moral, me lo represento parecido al que hace Cervantes en su libro inmortal del caballero del verde gaban.

Ni envidioso ni presa de ambiciones, procurando hacer el mayor bien posible siempre compatible con la propia comodidad, benévolo para con sus inferiores, cortés para con sus iguales, respetuoso para con los principales, no cuidando de historias ajenas, haciendo la vida más arreglada y honesta del lugar en compañía de una hermana suya mayor que él, á la que amaba tiernamente, parecia como que las hablillas del pueblo deberian haberle respetado.

¿No es verdad, mis queridos lectores?

Pues desgraciadamente no era así.

Por vía de paréntesis, séame permitido exponer que si bien mi aya jamás precisó la fecha en que la accion del cuento tenia lugar, ella debió ser tal que ni por asomo ocurriese á nadie dudar de que existian dos clases de magia: la blanca y la negra.

Y bien; no encontrando el pueblo de H.·. nada que decir de Juan Cigarron, dió en la flor de llamarle zahorí, adivino ó brujo blanco (esto es, inocente), preocupacion fundada tanto en el haber nacido el señor Juan en viérnes de Pasion, como en el siguiente lance que le ocurrió á propósito de la burra de un compadre suyo:

II

Vagaba Cigarron una hermosa tarde de verano por un monte bajo bastante espeso que, como á un cuarto de hora del pueblo de H.·. se extendia, cuando de lo más intrincado (el señor Juan conocia el monte como la palma de su mano) oyó resonar un rebuzno lúgubre y lastimero, si puede haberlos.

—Algun animal extraviado, pensó.

Y se dirigió al sitio, donde vió con efecto una burra, que cual un huevo á otro semejaba á la de su compadre.

Vuelto al pueblo, pasó por delante de la casa de este, y oyó sus imprecaciones y los lamentos de la comadre con motivo de la pérdida.

—Compadres, dijo entrando, Vds. han perdido su burra ¿no es verdad?

—Sí, compadre, por desgracia, respondió á una el matrimonio.

—Pues bien, no hay que afligirse. Vaya V. al monte, y busque hácia el sitio tal que allí la encontrará.

El compadre miró á Cigarron por ver si se chanceaba, pero como le vió serio y le conocia incapaz de jugarle ninguna mala pasada, se dirigió al monte, y en el sitio indicado encontró su burra.

Creer que el señor Juan habia visto al animal, y que en su consecuencia pudo darle señas del sitio donde estaba perdido, hubiera sido la más vulgar de las vulgaridades.

El compadre, y poco despues el pueblo entero, decidió que Juan Cigarron tenia la facultad de averiguar dónde se hallaban los objetos perdidos, y preferentemente las burras.

De ahí, que á contar desde aquel dia no desaparecia del pueblo ningun animal sin que el dueño fuese á solicitar del señor Juan que investigase su paradero.

Dejo á la consideracion del lector lo que pasaria el pobre hombre; pero cuando más necesitó hacer uso de su extremada paciencia, fué en la ocasion que paso á referir.

III

A poca distancia del pueblo de H.·., habia otro algo mayor, en el que era sujeto muy principal, cacique, como decimos ahora, cierto mayorazgo tan terco como bruto, y tan rico como bruto y terco, siendo de todo ello en demasía.

La voz del pueblo, siempre sábia y equitativa, le motejó con el sobrenombre del Mayor Asno.

Tenia este tal un hermoso caballo, más inteligente que su amo, y al que queria con preferencia á sus hermanos menores, que dejaba vegetar en la miseria, costumbre patriarcal de los mayorazgos en los felices tiempos en que se usaban.

Calcúlese su desconsuelo un dia que le vinieron á comunicar que el caballo no estaba en la cuadra, y más tarde, cuando despues de mil requisitorias en todas direcciones, resultó que el caballo no parecia.

Dos caminos quedaban al terco cacique: dejarse morir de dolor, ó consultar al zahorí del pueblo vecino, cuya fama habíase ya extendido por todos los pueblos de doce leguas á la redonda.

Aunque tacaño, y conviniendo en que este último extremo le habia de costar algun regalillo, pudo más el amor á su caballo que la avaricia, y todo afligido y suplicante llegó á casa de Juan Cigarron.

Este ya lo conocia, y por tanto se admiró de verle.

—Señor Juan, le oyó decir, V. es el único que puede librarme de la desesperacion. Mi caballo Lucero, V. lo conoce...

—¿Y bien? interrumpió impaciente Cigarron.

—Pues se ha perdido.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga? exclamó el señor Juan haciendo esfuerzos para no estallar.

—¿Que qué quiero yo que V. le haga? ¿Se figura que no sé la habilidad que tiene? ¿Qué he de querer más sino que me diga el sitio donde se encuentra?

—¡Válgame Dios! Que tal crea el vulgo, pase; pero que V., señor don Fulano, participe de esas preocupaciones, ¡V. que es persona instruida!

Pura lisonja; harto sabia Cigarron con quién tenia que habérselas.

—Con razon me dijeron que se obstinaba V. en negar su habilidad, sostuvo el ricote sin desfallecer. Vamos, señor Juan, apiádese V. de mí. ¿Cree V. que no sabré yo corresponder como debo?

Ante semejante terquedad ¿qué restaba que hacer?

Acopio de paciencia para sufrir á aquel majadero, y esperar tranquilamente á que se aburriera y se marchase.

El señor Juan que habia sido algo cirujano en su juventud, se apoderó de un libro de medicina práctica que conservaba, y por hacer algo comenzó á leer en voz baja miéntras medía á largos pasos la habitacion.

El mayorazgo, viendo que se habia puesto á leer, prestaba atencion suma á las palabras que podia atrapar.

—Es un medio indirecto, pensó, de indicarme lo que debo hacer sin declararse abiertamente zahorí.

A la primera vuelta percibió esta palabra:

—¡Sángrate!

Pocas vueltas despues, esta otra:

—Púrgate.

Luégo, por más esfuerzos que hizo sólo escuchó el murmullo sordo de quien pronuncia palabras en voz baja y entre dientes.

—Por lo visto, no tiene más que añadir, reflexionó.

Se levantó y se despidió de Cigarron, dándole afectuosamente las gracias, y asegurándole que *sabria corresponder.*

El señor Juan supuso que el Mayor Asno no estaba en su completo juicio; pero éste, en cuanto llegó á su casa se hizo sangrar, tomó un purgante bastante eficaz, y al dia siguiente, fué al monte y encontró el caballo.

Nuestro héroe se vió obligado á aceptar *velis nolis* una fineza del cacique y su fama se extendió entónces veinticuatro leguas á la redonda.

IV

Han pasado años.

Grande bullicio, animacion y algazara reinaba en la comarca con motivo de haberse trasladado allí temporalmente la corte de S. M. el rey que rabió, monarca imperante por aquellos dias.

Como la region abundaba en caza mayor, S. M. que habia ya agotado los cazaderos del resto del país, tenia decidido no perdonar aquel rincon.

Era el principal de los acontecimientos que allí habian tenido lugar desde la fundacion y poblacion primitivas del distrito.

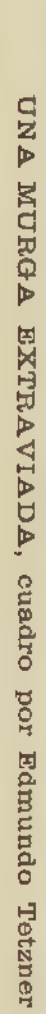
Los burgueses (recomiendo á Vds. la palabreja) se hallaban literalmente asustados con el aspecto de tanto aparato, tan noble séquito y servidumbre tan deslumbradora.

Los hidalgos estaban no ménos asustados, por más que hiciesen esfuerzos heróicos por disimularlo.

Entre ellos descollaba nuestro famoso mayorazgo que como cacique principal y conocido en la corte por sus diez y ocho apellidos de diez y ocho abuelos, no ménos tercos ni estúpidos que él, se creia en la obligacion de estar constantemente al lado de la familia real, ofreciendo sin tregua sus más humildes respetos y los de los demás habitantes del pueblo.

Y sucedió que un dia, S. M. rabiosa notó con estupefaccion al ceñirse la corona, que, á guisa de gorra de hortera no se quitaba sino para dormir, y que era de forma idéntica á la que hoy usan los reyes de la baraja, notó, decimos, que le faltaban los tres mejores diamantes, tamaños como el puño, anotaba mi buena aya.

El caso era de extraordinaria gravedad.



UNA MURGA EXTRAVIADA, cuadro por Edmundo Tetzner



EL PRIMER PASO, cuadro por L. Crosio

Prendieron á medio mundo, se ordenó un registro general, expidiéronse bandos amenazando con poner fuego al país si en el término de tres dias no parecian los diamantes.

Todo en vano.

S. M. echaba chirivitas porque realmente la corona se habia quedado fea, y él mismo hacia una mala figura con ella en la cabeza.

Entónces el Mayor Asno vió la ocasion de ser verdaderamente útil, y dijo al rey:

—Señor, no se aflija V. M. por la pérdida; á corta distancia de aquí reside un hombre maravilloso que posee el don de averiguar el paradero de las cosas perdidas, y el cual tengo la seguridad de que sabrá encontrar los diamantes.

—¿Estás seguro? preguntó el rey.

—Segurísimo, señor.

—Pues vé y tráeme á ese hombre. Tu cabeza me responde de la verdad de lo que dices.

Entónces andaba muy válida entre los reyes la costumbre de hacer cortar cabezas.

Pronunciadas sus últimas palabras, se retiró el monarca. El Mayor Asno se rascó la coronilla con cierto cariño, y mandó al diablo su oficiosidad.

—¿Y si al tal Juan Cigarron no le diese ahora la gana de ejercitar su habilidad? Pero ¡vive Dios! que, ó me acierta dónde están los diamantes, ó le ahogo ántes de que me corten la cabeza.

La segunda parte de esta última cláusula no hacia falta realmente, pero no era nuestro hidalgo persona que reparase en pleonasmo más ó ménos.

Resultado de estos pensamientos, hizo que le siguiese una compañía de *guardias de corps*, y se presentó con gran estrépito ante la casa del pacífico Juan Cigarron.

V

El cual tranquilamente, y sin preocuparse gran cosa por la presencia de la corte en el pueblo, se preparaba para cenar de vuelta de uno de sus paseos higiénicos.

Júzguese de su sorpresa y del susto de su pobre hermana cuando tal aparato vieron presentarse ante las puertas de su casa bajo la direccion del zopenco mayorazgo del lugar vecino.

—Nada bueno me anuncia la presencia de este majadero, pensó el buen hombre.

Y en efecto, el majadero aquel le intimó órden de que le siguiera al sitio donde la corte se hallaba, á fin de que averiguase aquel en que los diamantes perdidos se ocultaban.

Díjole además que en el caso de que se resistiera, estaba dispuesto á emplear la fuerza para llevarlo; que le tendria tres dias preso (se le trataria bien, eso sí) pero que si espirado ese término, no indicaba el paradero de los diamantes, le haria cortar la cabeza, como justa compensacion á lo que el rey habia de hacer con él.

Si estas disposiciones las tomaba el Mayor Asno en virtud de propia jurisdiccion, ó como delegado de S. M., punto es dudoso, que ni á mi aya se le ocurrió explicar, ni á mí pedir que me aclarasen.

Pero no cabe duda en que el hecho es tan cierto como el resto de la historia.

Juan Cigarron miró tiernamente á su pobre hermana que lloraba como una Magdalena, sintió resbalar dos lágrimas por sus mejillas, abrazó á la buena mujer, diéronse un adios que ambos juzgaron postrimero, y fué arrancado de aquel hogar pacífico por los sicarios de su rabiosa majestad capitaneados por el Mayor Asno.

VI

No eran solamente el Mayor Asno y nuestro héroe, quienes con motivo del suceso apreciaban su pellejo en ménos de dos pesetas.

A estos cabíales siquiera la tranquilidad de la conciencia, consuelo no pequeño en las grandes adversidades.

Pero á los desgraciados delincuentes, que lo eran tres mozos de comedor (sic) del rey, ¿qué remedio les quedaba, viendo abrirse las puertas del palacio ante un zahorí eminente que sin duda alguna los delataria y expondria á la rabia harto acreditada de S. M.?

Todos los extremos habian previsto ménos aquel. ¡Oh! ¡Quién se lo hubiera dicho cuando tres dias ántes se repartian alegremente á diamante por barba!

Constituido el pobre del señor Juan en el cuarto que habia de servirle de prision, reuniéronse los autores del hecho con gran misterio en unas bodegas subterráneas que existian en aquel palacio provisional y allí sostuvieron larga y temerosa conferencia.

—¡Estamos perdidos! murmuró con acento plañidero el más viejo de los tres.

—¡Perdidos! repitió el de en medio.

—¡Quién sabe! anotó el más jóven; esos zahoríes suelen ser embusteros de tomo y lomo.

Decidióse de aquella junta que durante los tres dias que habia de permanecer en palacio el prisionero turnarian para servirle la comida, observarian al zahorí, y tomarian nota de sus menores movimientos y expresiones.

Que si de dichas observaciones resultaba que el adivino los habia conocido se arrojarian á sus piés, le harian entrega de los diamantes y le suplicarian que no les delatase.

Luégo se despidieron con la misma solemnidad y misterio.

—¡Desgraciados de nosotros! articuló el mayor.

—¡Desgraciados! insistió el de en medio, que á falta de opinion propia, solia repetir siempre lo dicho por su compañero.

—¡Esperemos! concluyó el menor.

Y desaparecieron aquellos bribones, y el silencio y la soledad volvieron de nuevo á reinar en aquel sombrío y helado recinto.

VII

¿Y Juan Cigarron?

¡Pobre hombre!

Ha pasado la noche, ha sonreido el alba, y en vela le ha sorprendido el canto de los pajarillos que hasta entónces le despertara.

Porque Cigarron madrugaba siempre como buen cazador que era.

Aquella noche fué su primera noche de insomnio, el dia aquel su primer dia de amarguras.

—Esto es hecho, meditaba; me cortan el pescuezo como dos y dos son cuatro. ¡Mal haya la hora en que le indiqué á mi compadre el paradero de su burra, y en que ese asno de mayorazgo encontró su caballo! ¡Y qué he de hacer!... Resignarme... ¡es claro!... ¡Alguna vez hay que morir!... ya lo sabia, pero precisamente ahora... y víctima de las sandeces de los hombres!....

Y por más vueltas que daba á su caletre en busca de consuelos morales, no se avenia á morir tan pronto ni por aquella causa tan ridícula á su parecer.

Luégo se desprendia de toda consideracion egoista y pensaba en su hermana.

—¡Pobre hermana mia! ¿Qué será de ella sin mí, y reducida á la más espantosa miseria?

Porque era entónces costumbre confiscar en provecho del tesoro real los bienes de todo individuo á quien se le cortaba la cabeza.

Pensando en su hermana, el buen Cigarron volvia á derramar lágrimas como en el momento de la separacion.

Tenia un corazon muy hermoso aquel hombre, y el rey era un bárbaro, dicho sea con el debido respeto, y el mayorazgo una bestia de carga.

Llegó la hora de la comida, pues no consta que nuestro héroe hubiese almorzado durante aquellos dias, y el mozo de comedor más viejo entró á servir al preso con arreglo á lo pactado.

Juan Cigarron no tenia apetito; ¡qué habia de tener, si sólo pensando en su situacion lo pierde el más comedor!

Con la frente apoyada en la palma de su mano derecha, contemplaba sin probarlos los ricos manjares que le presentaban.

¡Hubiera sido tan feliz paladeándolos en cualquiera otra situacion!

El mozo, por su parte, todo tembloroso y agitado, estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo viendo la inmovilidad del zahorí. Andaba de acá para allá, tosia, se agachaba para ver el rostro de aquel sér extraordinario, y casi no esperaba otra cosa que una insinuacion de este para caer á sus piés.

Por fin, el Sr. Juan, que en las grandes ocasiones de su vida tenia rasgos de poeta aunque ramplon, separó la vista de los platos, y dirigiéndola á una pared donde se veia un cuadro de San Bruno, exclamó exhalando un doloroso suspiro:

—¡Ay, San Bruno!

De los tres he visto ya uno.

Cigarron se referia á los dias de prision, pero el mozo que, como dejamos dicho, sólo esperaba una indirecta, se sintió tan personalmente aludido, que cayó ante él murmurando:

—Perdon, sí señor, yo soy uno de los tres, aquí está mi diamante,—y se lo dió,—pero por Dios no me delate V. ni me obligue á declarar el nombre de mis compañeros. Se lo ruego por la salvacion de mi alma.

No necesitaba tanto Cigarron, que era buen cristiano é incapaz de hacer daño.

(Se concluirá)

JUGAR CAÑAS

Llenos están los romanceros, poéticos guardianes de la memoria de muchas de nuestras históricas tradiciones, en más ó en ménos desfiguradas por la imaginacion del pueblo, de pintorescas relaciones de fiestas de toros y juegos de cañas, celebrados por paladines moros y cristianos, en aquellos tiempos en que el continuo batallar y un inextinguible odio de raza no eran parte, sin embargo, á impedir que á las veces aquellos irreconciliables enemigos se juntasen en públicas fiestas, para hacer alarde y gala de su destreza y gallardía, tratándose como adversarios corteses y caballeros, por más que á las veces aquellos simulacros se tornasen véras, dando ocasion al poeta para que dijese:

No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas

De aquí tomaron los españoles aficion á estos belicosos juegos y fiestas de toros, que por luengos años fueron inseparables, recibiendo los más principales caballeros colmados aplausos por su destreza en ambos ejercicios.

Pero á medida que el militar dejó de ser la natural ocupacion de los que por hidalgos y caballeros se tenian; cuando trocaron la dureza de las armas por las ociosas plumas, olvidaron por completo los juegos de cañas, como ántes habian renunciado á los torneos, que remedaban los combates, y dejaron que el correr toros se convirtiese en oficio en mercenarias manos.

En el siglo XVII fueron teniendo término aquellas antiguas inclinaciones caballerescas, y en él brillaron las últimas llamaradas del espíritu inquieto de los españoles en tan renombradas fiestas, y si bien la de toros ha llegado hasta el dia, aunque completamente desfigurada, la de cañas hace dos siglos que, como costumbre española, ha desaparecido.

Por esta circunstancia acaso no disguste á todos conocer algunos pormenores de esta vistosa fiesta, hoy de muchos ignorados.

En primer lugar, los que habian de *jugar cañas* dividíanse en diferentes *cuadrillas*, que así se denominaban, llegando á veces á ocho y diez, dirigidas por otros tantos caballeros principales, acompañados de otros no ménos ilustres, y todos engalanados con libreas vistosas y ricas, á la hechura morisca, como para recordar el orígen de la fiesta, siendo prendas indispensables la *marlota* ó casaca, especie de túnica ceñida, el *capellar* ó manto que se asia y sujetaba sobre el hombro y el turbante ó *toca* de varias vueltas de tela muy delgada, arrollado á la cabeza.

En el siglo XVII el juego de cañas habia quedado casi reducido á lucir las lujosas galas de los caballeros de las cuadrillas, sus caballos y palafreneros, que en vistoso alarde y al són de clarines y trompetas entraban en la plaza, al compás de la gritería de la regocijada multitud. Lo demás de la fiesta llamaba ménos la atencion, y así lo manifestaba la frase proverbial *de las cañas las entradas*, que se aplicaba, por semejanza, á todas aquellas cosas que tenian mejores principios que medios y fines.

Reunidas las cuadrillas en un punto inmediato á la plaza destinada al juego, entraban en ella dos caballeros á despejar la multitud y detrás de ellos los caballos enjaezados que presentaba cada cuadrilla, además de los que montaba cada caballero, aquellos conducidos del diestro por palafreneros lucidamente arreados, precedidos de los atabaleros y trompeteros de cada cuadrilla, que entraban tocando.

Seguian despues separadamente las cuadrillas corriendo, y hasta que no habia pasado una no entraba otra.

No estaba permitido que los de las cuadrillas dijesen otras palabras que *¡aparta! ¡aparta! ¡afuera! ¡afuera!* y cada una de aquellas debia adoptar manera determinada de llevar la lanza, conociéndose seis ú ocho diversos modos, pues es de advertir que la entrada se hacia con ellas y no con las cañas.

Estas últimas eran conducidas en haces, por acémilas paramentadas lujosamente.

Reunidas ya en la plaza todas las cuadrillas, daban dos ó tres vueltas alrededor, corriendo todas juntas, hecho lo cual dejaban las lanzas, embrazaban las adargas y tomaban las cañas, que, para mayor lucimiento, llevaban puestas sus *veletas* ó banderolas, y además cordones guarnecidos con franjas y borlas de los mismos colores que cada cuadrilla habia adoptado para su librea.

Colocábanse entónces las cuadrillas de cada uno de los dos bandos en hileras frente á frente, saliendo á jugar la del lado izquierdo de una parte con la de igual lado del bando opuesto.

Así preparados, principiaba una aparente lucha, arrojándose los contendientes las cañas, á lo que se

llamaba *responder;* y esto no habia de hacerse ni de frente, ni de través, ni de revés, pues era demostrar que no se entendia el juego. El modo de *blandear* las cañas era el de arriba abajo.

Una vez disparadas todas las cañas por cada una de las dos cuadrillas que se afrontaban, á lo que se llamaba *desembarazar*, debian dirigirse á la mano derecha de su hilera, cambiando las riendas á la otra mano, volviendo los caballos sobre ella y revolviendo juntamente los cuerpos y las adargas hácia los contrarios, con las caras descubiertas, pues no debian cubrirse sino cuando no podia hacerse otra cosa.

Cuando la lucha se enardecia demasiado, era peligroso descubrirse, pero entónces metíanse por medio los padrinos y desde aquel momento no era permitido arrojar más cañas.

Estas tenian seis palmos de longitud y su cañuto delantero se llenaba de arena ó yeso para darles peso. Se llevaban debajo del brazo muy iguales y se iban sacando al tiempo de arrojarlas, lo que se hacia dando vuelta el brazo por encima de la cabeza.

Otras veces se tiraban con *amiento.* Este era una correa de unas dos cuartas de longitud que se sujetaba en uno ó dos dedos ó en la muñeca, por una extremidad, y luégo se revolvia en torno de la caña de cierto modo que, al soltarla, salia disparada con mayor ímpetu, pero su uso requeria gran práctica y especial habilidad.

He dicho que el siglo XVII fué el último que vió celebrar estas fiestas con esplendor, y una de las más brillantes, sin duda, fué la que gozaron los habitantes de la villa y corte el dia 21 de agosto de 1623.

Sabido es que en marzo de aquel año habia venido á Madrid el príncipe de Gales, Cárlos Stuardo, á conocer á su prometida la infanta doña María, hermana del rey, y como obsequios preliminares á los festejos de las bodas reales, que por fin no se efectuaron por las intrigas de Olivares, dispuso Felipe IV para aquel dia toros y cañas.

En obsequio al ilustre forastero se propuso ser él mismo quien capitanease uno de los bandos de las segundas, dándose en espectáculo á sus vasallos: verdad que, á pesar de no tener más de diez y ocho años, se preciaba de destrísimo en la palestra de los ejercicios del caballo.

Engalanóse la plaza Mayor con los adornos que ordinariamente se usaban, viéndose además la novedad de construir los tablados que se alquilaban, con balcones semejantes á los de las casas.

En la Casa-Panadería se aderezaron los balcones reales con doseles de brocado carmesí, y la familia real, excepto el rey y el infante don Cárlos, que debian entrar en las cañas, comió en ella aquel dia, como solia hacerlo en los que se celebraban funciones semejantes, para hallarse en ellas con puntualidad.

A la hora conveniente fueron allí, en coche, la infanta doña María y su hermano el cardenal infante don Fernando, á la sazon de diez y seis años, y ya ornado con la púrpura cardenalicia, y en silla de manos la reina doña Isabel de Borbon, seguida de sus damas y meninas.

La infanta, en obsequio al de Gales, vestia de blanco, que era el color preferido del inglés, llevando los caballos del coche los copetes de listones azules, librea de aquel.

A las dos acudieron á la plaza en un coche, Felipe IV, su hermano don Cárlos y el príncipe de Gales, aquellos con trajes negros y Stuardo blanco, mitad á la usanza española y mitad á la inglesa.

Ocuparon los tres uno de los balcones para ver los toros, que precedian á las cañas, y para agasajar al príncipe se quitó un canalillo que dividia aquel del ocupado por la reina y la infanta, para que pudiese ver y hablar á su augusta novia.

A las dos y media, despues que hubieron regado la plaza Mayor con veinticuatro carros, que salieron enramados, la despejaron las famosas Guardias Española y Alemana, segun en otro artículo dije solian hacerlo en las fiestas régias, yendo mandada la primera por su teniente don Francisco Verdugo, y la segunda por el extranjero marqués de Rentin, que habia sucedido en la jefatura al desventurado don Rodrigo Calderon, degollado públicamente en aquella misma plaza por el verdugo, aún no hacia dos años.

Acto continuo, por la puerta que sale á la calle Imperial, entró en la plaza el trompeta mayor del rey, cuyo cargo desempeñaba un tal Leonardo, siguiéndole, tambien á caballo, diez y seis atabaleros, sesenta trompetas y clarines y veinticuatro ministriles, ataviados con la librea real, que era encarnada y amarilla, de raso, con pasamanos de plata y seda negra, con forro de veludillo de plata, llevando en los paños de las trompetas y atabales las armas reales.

Seguian todos los caballeros, precediendo á un soberbio caballo alazan, en que habia de jugar cañas el rey, y detrás cuatro palafreneros, cuatro herradores con bolsas de terciopelo, doce lacayos de respeto y sesenta caballos alazanes con jaeces blancos y negros, bocados de plata bruñida y tellices de terciopelo carmesí con las armas reales, cada uno conducido por un lacayo, con librea de raso encarnado y amarillo, ropilla y calzon cuajados de pasamanos de plata y los sombreros negros, con plumas de este color y rojas.

Detrás formaban cuatro mozos de caballos, en traje turquesco, llevando en hombros un *cabalgador* ó banco para montar, de caoba y ébano, recubierto de tafetan rojo, con borlas y flecos de oro.

Inmediatas doce acémilas cargadas de haces de cañas, paramentadas aquellas con reposteros de raso carmesí, bordadas las armas reales, y adornados los cordones de seda y oro y grandes penachos de plumas.

A continuacion principiaron á desfilar el acompañamiento y tren de cada una de las otras cuadrillas, que aquel dia eran diez, con la del rey ya descrita.

Venia en pos la de la Villa, con cuatro trompetas de naranjado y plata, veinticuatro caballos, que llevaban otros tantos lacayos, con igual librea que los trompeteros y el mayordomo de la Villa por caballerizo.

Seguia la de don Duarte de Portugal, de la familia real lusitana, cuyo reino estaba entónces incorporado á la corona de Castilla. Sus cuatro trompeteros vestian con sayos baqueros leonados, con pasamanos de plata, toquillas de tela tejida de este metal, con talabartes y plumas leonadas tambien, y en las trompetas unos paños con las armas de ambos reinos. Lucia treinta y seis caballos, con sendos lacayos, más doce de respeto y veinte mozos á la turquesca, además del caballerizo.

El duque del Infantado sacó sus cuatro trompeteros en frisones blancos y los sayos baqueros negros con pasamanos de plata, bordada el *Ave-María*, armas de los Mendozas. Ostentaba cuarenta caballos morcillos, con jaeces negros y blancos, con igual número de lacayos conduciéndoles, y cuarenta y ocho más de estos últimos de respeto, con el caballerizo.

Don Pedro de Toledo vistió sus cuatro trompeteros, que iban en caballos rucios, con sayas doradas y pasamanos de lo mismo, con sus armas, sacando treinta caballos rucios con jireles de tela de oro, bandas de lo mismo y adargas blancas. Además de otros tantos lacayos conduciéndolos, seguian diez y ocho de respeto y el caballerizo.

El Almirante dió á sus trompeteros sayos de damasco negro, largueado, ó sea listado, de oro, acompañando á los cuatro treinta y dos caballos castaños, con jaeces blanco y oro, sus lacayos y doce mozos de respeto.

El conde de Monterey, cuñado de Olivares, engalanó sus cuatro trompeteros con sayos blancos y oro, poniendo á sus cincuenta caballos castaños paramentos de igual matiz, en obsequio al príncipe inglés cuyo color era, por ser muy favorecido del excelso huésped. Llevaba al todo cien lacayos, ostentacion que ninguno igualó.

El marqués de Castel-Rodrigo, señor portugués, atavió sus trompeteros de verde y plata, y tales eran los jaeces de sus cuarenta y dos caballos, de diverso pelo, con sus lacayos y otros diez de respeto.

El duque de Sessa, de la casa real de Aragon, Cardona en el apellido, vistió á los suyos de verde mar, vareteado de oro; sacó treinta y cuatro caballos rucios y cuarenta y dos lacayos.

Salió el último el séquito del duque de Cea, don Francisco de Sandoval y Rojas, alentado mozo, hijo del duque de Uceda y nieto del de Lerma, con librea azul y plata sus cuatro trompeteros, bordada con perlas y granates, lució veinticuatro caballos con sus lacayos y treinta de respeto, yendo su caballerizo de negro.

Dieron vuelta á la plaza y se retiraron para que principiasen los toros, funcion que, como he dicho, debia preceder necesariamente á todo juego de cañas, de donde nació la frase *haber toros y cañas.* No describiré la corrida, porque dicen las relaciones de entónces que los toros fueron malos, y porque la relacion de una fiesta de toros, con todos sus lances, capítulo aparte merece.

Acabada que fué, levantáronse el rey y el infante don Cárlos de su balcon, hicieron cortesía á la reina é infanta, y como tenian que vestirse el traje con que debian jugar las cañas, salieron en un coche por la calle de Atocha, que estaba entoldada, arenada y regada, con las boca-calles atajadas, para impedir el tránsito de los coches, que ya entónces, por su multitud, eran, como dice un escritor contemporáneo, *sobrehueso de las fiestas,* y se dirigieron á casa de la condesa de Miranda, que estaba en la calle de Relatores.

Aunque muy anciana aquella y postrada en el lecho, habia elegido el rey su morada para honrarla con tamaña distincion.

Ella, para corresponder, habia dispuesto convenientemente la casa, y entre los preparativos ostentosos que hizo, dice una relacion de la época, que *blanqueó la escalera y puso toldo nuevo.*

Ello es que preparó habitaciones para que se vistiesen el rey, el infante y el conde de Olivares colgándolas con cortinajes de damasco blanco, haciendo lavar el pavimento con polvos de búcaro, amasados con agua de ámbar.

Tenia, además de guantes, pañuelos, perfumes y hasta camisas para sus huéspedes, lo que llamaríamos hoy un *lunch* y entónces *agasajo*, en castellano corriente y moliente. En cuarenta platos y canastillos de plata, habia dispuestas varias conservas y *azúcar rosado de ocho diferencias.*

Probó el rey los manjares y ordenó los guardasen para cuando volviera á desnudarse terminadas las cañas. Vistióle aquel dia don Jaime de Cárdenas, á quien tocaba por estar de guardia, y una vez ataviado, salieron todos para la plaza Mayor.

La comitiva se dirigió por la calle de Atocha, precediendo los atabales, trompetas y ministriles de S. M., y primeramente don Agustin Mexía y don Fernando Giron, del Consejo de Estado y Guerra, acreditados de valerosos capitanes, fueron, como padrinos de las cañas, á presentar los justadores á la reina é infanta, y habiendo hecho señal la música, entraron corriendo de pareja Felipe IV y el conde de Olivares, en caballos alazanes, y al correr hicieron cortesía á la reina, Altezas, Consejos y á la concurrencia toda.

Siguiéles otra pareja, compuesta del jóven infante don Cárlos y el marqués del Carpio, y tras ellos don Luis de Haro, el conde de Santistéban, y don Jaime de Cárdenas, hermano del duque de Maqueda, con el conde de Portalegre.

Las *marlotas y capellares* del rey y su hermano eran de raso encarnado rizo, bordado de oro y negro, con mangas blancas, y las plumas del bonete negras y rojas, yendo los otros de su cuadrilla con vestidos semejantes.

La cuadrilla de la Villa la componian su corregidor don Juan de Castro y Castilla, de pareja con don Lorenzo de Olivares, formando las otras don Pedro de Torres y don Cristóbal de Medina, don Antonio de Herrera y don Francisco Garnica, cerrando don Gaspar de Guzman y don Sebastian de Contreras, todos del hábito de Santiago, con librea color naranjado y plata y pasamanos de seda negra, y los ricos bonetes con plumas naranjadas.

Tras ésta siguió la cuadrilla de don Duarte de Portugal, quien iba de pareja con el conde de Villamor, formando las otras tres parejas don Antonio de Meneses y el conde de Peñaranda, don Rodrigo Pimentel y el conde de Puñonrostro, el marqués de Malagon y el duque de Veragua, todos con traje leonado, plata y azul.

Iba luégo la cuadrilla del duque del Infantado quien no pudo formar parte de ella por su mucha edad y achaques; pero la constituian el conde de Tendilla y su padre el marqués de Mondejar, ambos Mendozas y deudos cercanos del duque; iban además los marqueses de Velilla, del Villar, de Añover y de la Puebla, cerrando el de Bedmar con don Diego Hurtado de Mendoza, corregidor de Toledo: sus marlotas y capellares eran de damasco negro y plata.

La cuadrilla de don Pedro de Toledo la principiaban el marqués de Velada, bizarrísimo en este ejercicio y el de correr toros, con el señor de Higares, seguidos de don Luis Ponce de Leon y don Francisco de Eraso; el conde del Risco con el señor de la Horcajada, cerrándola el mismo Toledo con su pariente don Diego de Toledo y Guzman, siendo su librea de tela de oro bordada de plata.

A la del Almirante hacian cabeza éste y el marqués de Alcañices, siguiendo el de Tavara y conde de Villalva; el marqués de Toral y don Antonio de Moscoso, cerrándola el marqués de Orani y conde de Villaflor, todos con librea de raso negro y oro, con aforros de velillo de plata.

Constituian la cuadrilla del conde de Monterey éste y el marqués de Camarasa, que hacian la primera pareja, siguiéndoles don Juan Clarós de Guzman y el conde de Salvatierra, el de Oñate y don Pedro de Cárdenas, cerrando el marqués de Frómista y don Juan de Eraso, estos dos grandes amigos de Monterey. Su librea ya se ha dicho era blanca, en obsequio al de Gales.

El portugués marqués de Castel-Rodrigo formaba el primero en su cuadrilla con el duque de Hijar, siguiéndole otro portugués, D. Dionís de Haro, con don Lorenzo de Castro, el marqués de Orellana con

D. Baltasar de Rivera, cerrando el conde de Ricla y el marqués de Almazan. Sus vestidos eran de verde y plata y los bonetes con plumas leonadas.

Al duque de Sessa acompañaba en su cuadrilla don Luis Venegas, siguiéndoles el señor de Sueros, D. Francisco de Córdoba, D. Luis de Roxas y D. Diego de Guzman, cerrando el conde de Cabra con D. Juan de Córdoba. La librea de raso verdemar, bordada de plata y negro.

La cuadrilla postrera fué la del duque de Cea, el cual iba de compañero con el príncipe de Esquilache, seguidos del marqués de Peñafiel con el del Valle, el de Mejorana, que hacía pareja con el sevillano conde de Cantillana, cuya fama en lidiar toros era objeto de universal aplauso, terminando el conde de Xavalquinto y don Cristóbal de Gaviria, todos ellos con marlotas y capellares de raso azul escarchado de plata, con puntas asimismo de plata y negro. Sacaron tambien una invencion que fué muy celebrada, á saber, unos turbantes azules sembrados de espejillos.

Despues que cruzaron la plaza y la corrieron de esquina á esquina, salieron á mudar caballos, dejar las lanzas y tomar cañas y adargas, haciendo un caracol y luégo dividiéronse y reconociéronse en dos bandas de á cinco cuadrillas, gobernando la una el rey y la otra el duque de Cea, diestros en ello ambos jóvenes y egregios mancebos.

Las memorias de entónces aseguran que el rey fué quien corrió mejor aquella tarde y que tambien demostró gran bizarría el infante D. Cárlos. Tiraba Felipe IV las cañas al duque de Cea y éste al rey con la cortesía que debe hacerlo un vasallo.

Duró la escaramuza un rato hasta que el concurso de la plaza se alzó en una sola y atronadora voz diciendo: ¡Viva S. M. muchos años!

Terminóse la fiesta, y el rey y don Cárlos se retiraron á casa de la condesa de Miranda, donde se mudaron el traje y hasta se pusieron las camisas que preparadas les tenia, y despues descansaron y tomaron algunas conservas de las que mandaron retirar, no queriendo comer los manjares calientes, que en gran número y exquisitos aderezados estaban, si bien no se perdieron, porque las gentes y oficiales del guadarnés real los consumieron, ayudados de los lacayos que el rey y los caballeros habian sacado á la plaza.

Para los convidados hubo bebidas frias, dando abasto desde por la mañana tres botillerías.

Acabados toros y cañas, volvieron á palacio la reina, doña María y el cardenal infante, con el acompañamiento que habian traido, miéntras el rey y don Cárlos fueron á la Casa-Panadería en busca del de Gales, que agradeció tantos festejos y tan ostentosos como por él se hacian.

JULIO MONREAL



BUSTO DE BRUTO, por Miguel Angel

NOTICIAS VARIAS

PUENTE GIGANTESCO.—El ingeniero M. Bazalgeth ha presentado el proyecto de un puente enorme sobre el Támesis, en Lóndres; se construirá más arriba de London-Bridge, y de consiguiente en la region muy poblada y extensa donde no hay comunicacion entre ambas orillas sino con barco de remos. Este puente, construido á la altura de 26 metros sobre el agua, permitirá á los más grandes buques pasar por debajo. Se necesitarán rampas de acceso de 696 metros por el Norte y de 1120 por el Sur. No se comprende que algun periódico haya tachado de ridículo un proyecto tan grandioso y de tan reconocida utilidad, pues precisamente en la parte del Támesis que el puente debe franquear el paso es muy peligroso para los barcos de remos á causa de las nieblas, y además de esto, con la nueva obra se prestaría un servicio inmenso á la clase obrera, por lo que hace á la facilidad de comunicacion entre el Sur y el Norte.

* * *

LAS CARNES DE AUSTRALIA EN LÓNDRES.—La llegada á Lóndres del buque *Dunedin-Clipper*, procedente de Nueva Zelanda con un cargamento completo de carnes conservadas por el frio, es un acontecimiento muy digno de ser tomado en consideracion, por ser la primera vez que se hace semejante prueba con un buque de vela. Su cargamento se componia de 5.000 carneros muertos, y el viaje se ha efectuado en 95 dias, durante los cuales la temperatura de la bodega se mantuvo contínuamente á 20° bajo el punto de congelacion. Al desembarcar la carne, hallábase en las mejores condiciones. El *Daily Chronicle*, de Bolton, anuncia por otra parte que últimamente se distribuyeron á los marinos de la flota que está en Alejandria 150 toneladas de carne fresca de procedencia australiana, primer ensayo que ha obtenido el mejor éxito. Estas carnes fueron embarcadas el 1.° de mayo último en Sidney, en el vapor *Sorrento*, que ha llegado á Lóndres despues de atravesar el canal de Suez cuando el calor era más intenso, y se conservaron con el aire frio producido por una máquina especial, recientemente inventada y construida por MM. Hicks Hargreuves y compañía, mecánicos ingleses. Despues de despachado su cargamento, parte del cual fué comprado por el Gobierno, dicho buque ha enderezado el rumbo hácia Australia en busca de otro.

* * *

MARFIL ARTIFICIAL.—El *Monthly Magazine* describe un curioso procedimiento químico, por el cual se puede obtener, sólo con patatas comunes una sustancia que imita el marfil.

Al efecto se eligen las que estén completamente sanas y bien desarrolladas; pélanse con esmero, cuidando de quitar todas las partes de consistencia ó de color diferentes, á fin de obtener una materia bien homogénea; y hecho esto se dejan humedecer las patatas algun tiempo en agua clara y despues en agua acidulada con ácido sulfúrico

Despues, y esta es la parte más importante de la operacion, se ponen á cocer largo tiempo en ácido sulfúrico, lo cual exige ciertas precauciones, cuyo secreto se ha reservado hasta ahora el inventor.

Compréndese, en efecto, que la variedad y la edad de la patata empleada, así como la duracion del cocimiento en el ácido sulfúrico, y el grado de dilucion de este, tienen gran importancia. Es indispensable para el buen éxito usar ácido sulfúrico perfectamente puro.

Tratada de este modo, la patata se endurece y pierde poco á poco su permeabilidad: se lava primero en agua caliente, y luégo en fria, sometiéndola despues á un secamiento gradual. De este modo se obtiene una sustancia fácil de trabajar, uniforme, y que no se agrieta fácilmente por una temperatura cálida. Este marfil, de un color blanco amarillento, duro y elástico, sirve muy bien para fabricar bolas de billar, pudiendo teñirse de diversos colores, ya durante el tratamiento ó despues. Este producto es muy barato, y susceptible de tener muchas aplicaciones.

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

AUSTRALIA MERIDIONAL.—En 1877 el gobierno de esta colonia ofreció á los agricultores el distrito de las grandes llanuras que se extienden al este de los montes Flinders, entre el 32° y 33° de latitud sur. Las tierras fueron vendidas á buen precio y formáronse cuatro condados: Frome, Dalhusia, Newcastle y Granville.

Pero este país es muy árido, pues durante todo el año sólo se cuentan de 230 á 310 milímetros de agua llovida (en 1880 y 1881 sólo hubo 216); el agua escasea muchísimo, y en verano se ha de recorrer á veces una distancia de veinte kilómetros para obtenerla. A mayor abundamiento, la langosta visita con mucha frecuencia el país, y ahora hace ya tres años que no se ha obtenido cosecha. Algunos colonos se han arruinado, otros están agobiados por las deudas, y no pocos han debido ausentarse; de modo que el gobierno se ha visto en la precision de reconocer que el territorio no es propio para la agricultura. ¡Tal es el país que se elogiaba á los emigrantes, representándole como un Eldorado!

* * *

LA PLATA.—Se ha resuelto definitivamente que la capital de la provincia de Buenos Aires sea La Plata, pueblecillo insignificante situado á orillas de un gran rio, y que no es en realidad más que un arrabal lejano de Buenos Aires, con pocas probabilidades de llegar á ser una gran ciudad.

* * *

NORDENSKIOLD.—Dícese en Holanda que este célebre viajero de los mares polares reclama la recompensa de 25,000 florines, prometida para el primero que diera indicaciones precisas sobre el paso del polo Norte.

Este premio se ofreció por primera vez, hace unos dos siglos y medio, por los Estados Generales neerlandeses, sin que nunca se haya retirado la promesa hecha por aquel gobierno.

De aquí resulta que el actual viene obligado á cumplir hoy lo ofrecido y que Nordenskiold tiene bien fundada su demanda.

La revista la *Exploracion*, de la que tomamos estas líneas, da la noticia con toda reserva.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 22 DE ENERO DE 1883 — NUM. 56

PINTOR DE IMAGENES, por J. R. Wehle

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Precocidad del año. Avanzadas del Carnaval.—Estudiantinas y bailes de máscara.—El *Mochuelo*. Adulaciones del espejo.—La *Buenafuente*.—Una niña en el barro.—Recuerdo á Bravo Murillo.—Muerte de Matilde Diez

A semejanza de los personajes de teatro que por un descuido del traspunte salen ántes de tiempo á las tablas, el Carnaval, por condescendencia de los autores de almanaques, se nos encaja este año en la escena del mundo con anticipacion verdaderamente exagerada.

Yo he visto niños precoces; pero ninguno como el año 1883, que apénas entrado en la infancia, sin práctica de la vida, sin experiencia social ni humanitaria, intenta cambiar por un traje de arlequin sus vestiduras infantiles, y arrojar léjos de sí la chichonera para cubrirse la cabeza con un gorro de cascabeles.

Cupidillo quiere convertirse en Momo; las mejillas frescas y sonrosadas del recien nacido, se verán muy pronto tiznadas de hollin ó cubiertas de harina; y el Carnaval, bullicioso, desenfrenado, loco, extenderá por calles y plazas su ruidosa algarabía y sus multiformes disfraces.

Ya pasean todas las noches por Madrid, como avanzadas de la fiesta de Carnestolendas, varias estudiantinas alegres y retozonas; las tiendas de trajes exhiben sus géneros indumentarios, desde el sencillo dominó hasta el vestido á lo Luis XIV ó la diabólica vestimenta de Mefistófeles; y en muchos escaparates asoman ya sus extravagantes facciones multitud de caretas, como si quisieran saludar al transeunte con un chillon y prematuro «¡te conozco!»

Hace dias que se abrió la serie de bailes de máscaras, los cuales, atravesando por el tétrico miércoles de ceniza, han de ir á terminar sus compases en el domingo llamado de Piñata.

El teatro de la Comedia los inauguró como obsequio á sus abonados. La empresa dice á sus favorecedores al principio de la temporada:

Aquí no hay cuerpo de baile: hemos suprimido las piruetas nacionales; el bolero ya no está de moda; pero en cambio os ofrezco todos los años, poco ántes del Carnaval, unos cuantos bailes de máscaras llenos de aventuras y de peripecias.

Tambien el teatro Real prepara sus acostumbradas fiestas de trajes, y ante la hermosa perspectiva de ese grandioso salon resplandeciente de luz y animado por el frenesí de la orgía, palpitan anticipadamente de entusiasmo los jóvenes primerizos que no han asistido nunca á una bacanal semejante, y que sueñan fantásticamente con hacer la conquista en la noche de baile de alguna princesa disfrazada de pastora ó de alguna soberana beldad encubierta bajo el antifaz de tafetan ó de raso.

¡Ay!..: ¡se equivocan soberanamente esos entusiastas de la vida! Pero ¡es tan grato agitarse durante algun tiempo en medio de una atmósfera de pintorescas ilusiones y de infinitas quimeras!

Hasta ahora, los bailes de máscaras sólo habian engendrado males de estómago, por la intemperancia de las cenas, y un gran cansancio moral y físico al despertar del dia siguiente.

Pero este año, unos jóvenes catalanes residentes en Madrid intentan poetizar los bailes de máscaras dándoles un interés artístico que no se borre tan fácilmente de la memoria de los que asistan á ellos.

La sala destinada para este objeto es la del teatro de *La Alhambra*, y ya campean en todos los aparatos de anuncios de Madrid los carteles de esas fiestas nocturnas con toda la novedad de lo desconocido.

En efecto, los iniciadores de los bailes que va á dar esa sociedad llamada *El Mochuelo* pretenden imprimirles un tinte de humorismo, y poner á contribucion para el mejor fin de su propósito á varios pintores y decoradores de Madrid que han de trasformar la sala en un paraíso de delicias.

Se ofrecen premios al traje más original, á la mujer más hermosa, y áun no sé si al hombre más ingenioso.

Fácil es de comprender que á estas horas todos los espejos de las damas elegantes de Madrid han celebrado íntimas conferencias con sus lindas posesoras. Desde que la Luna mitológica, la cazadora Diana, ponderó las gracias y la belleza de su amante Endimion, las lunas de los espejos son maestras consumadas en el arte de adular á la beldad que se mira en ellas.

Así es que todos los cristales azogados de Madrid han dicho á las mujeres cuya hermosura reflejan:

—Tú llevarás el premio. No hay quien posea tu cútis fino y sedoso ni tus facciones capaces de enloquecer al mismo San Antonio. Tus rizos caen sobre tu frente y alrededor de tus ojos como las sombras de la profunda noche en torno de las rutilantes estrellas; en tu risueña boca hay rosas, corales, perlas y alientos de esencia embriagadora; no existe mejor nido de palabras de amor que la torneada escultura de tu oreja, y tu cimbreante talle da envidia á la misma palmera!

Estas alabanzas del espejo turban la imaginacion de nuestras damas elegantes.

Una de ellas, que, sobre ser un modelo de gentileza, siente en su pecho el entusiasmo por las obras literarias, me preguntó el otro dia:

—¿Qué se entiende por humorismo? Porque yo deseo asistir á los bailes de la Alhambra, y quisiera presentarme de la manera más *humorística* posible.

—¡Mire usted! le contesté. Si no está usted muy reñida con los ingleses, coja las obras literarias de Sterne y de Dickens, estúdielas con detenimiento, empápese en ellas, y procure imitarlas...

¡Esa es una buena fuente de *humorismo*!

* * *

Entre tanto, los corazones sensibles de Madrid se han conmovido estos dias pronunciando el nombre de una mujer habitante en el barrio de Chamberí, Felipa Buenafuente, la cual siguiendo las expresivas indicaciones de un perro que aullando tristemente, escarbaba el barro aglomerado en medio de la calle, se encontró con una niña recien nacida y medio muerta de frio.

Un grito de reprobacion general se ha exhalado en contra de la inhumana madre; la *Sociedad protectora de los niños* ha implorado la caridad pública en favor de las tiernas criaturas desheredadas; se ha pensado durante unos dias en la miserable existencia de esos infantiles séres que todos hemos encontrado á altas horas de la noche, acurrucados en los huecos de algunas puertas, cuando, bien abrigados y haciendo la digestion de la cena que acabamos de tomar en el restaurant de moda, nos retiramos á nuestras casas en busca del agradable calor de la cama.

Tales accesos de filantropía, duran por desgracia, poco. Nada hay tan egoista como el hombre satisfecho. Solemos pasar junto á las miserias más espantosas sin que una sola fibra de nuestra alma se conmueva, y á semejanza de aquellos que no se acuerdan de Santa Bárbara más que cuando truena, necesitamos para despertar nuestra conmiseracion que venga una Felipa Buenafuente á decirnos:

—Esta, niña abandonada cruelmente por su madre será de hoy en adelante hija mia. No me sobran los recursos, pero así y todo, la criaré, la educaré y será una hermanita de mis cinco hijos.

Cuando esto sucede, la humanidad toma por un momento aspiraciones de Arcadia. Poco despues todo se olvida,

y el mundo en tanto sin cesar navega
por el pié ago inmenso del vacío.

La niña en cuestion ha sido bautizada con el nombre de María del Amparo; la *Sociedad protectora* vela por la conservacion de la infeliz criatura, y cuando esta haya crecido, y sostenga curiosa charla con sus compañeras de colegio, en averiguacion del misterio de su existencia, miéntras las otras niñas digan:

—A mí me trajeron de Alemania!

—A mí me sacaron de entre unas rosas del jardin!

—A mí me encontraron debajo de una hoja de col!

María del Amparo podrá decir con verdad lastimosa:

—¡Pues á mí me sacaron del barro!

Y dirán las demás niñas abriendo desmesuradamente los ojos:

—¡Ay!... entónces como nuestro padre Adan, que segun dice la profesora fué tambien creado por Dios con un poco de barro!

* * *

Estos últimos dias han estado las calles de Madrid llenas de chiquillos, digo, de lodo, (pues desde el caso antedicho me parece que de cada adoquin cubierto por una espesa capa de barro ha de brotar una cabecita rubia). ¡Dios mio!... ¡lo que ha llovido estos dias!

Afortunadamente el cielo se ha serenado, brilla el sol en nuestro horizonte con esplendidez hermosa, y si por algo nos acordamos del agua no es más que para rendir un merecido tributo al insigne estadista que canalizó el Lozoya dotando á Madrid de abundantes y sabrosas aguas.

Hace tiempo que el Ayuntamiento habia encargado á un pintor el retrato al óleo de D. Juan Bravo Murillo. ¡Una acuarela habria estado más en carácter!

Y ahora, con motivo de haber trascurrido diez años desde la muerte de aquel ministro reformista, la opinion pública, la prensa y el Municipio se han acordado de que era una ingratitud que Madrid no hubiese erigido una estatua al que como Moisés hizo brotar las aguas.

Parece que de diez en diez años la memoria hace una feliz aparicion en la mente de los madrileños. A los nueve años y medio, si hubieseis preguntado á un habitante de Madrid sobre los méritos y servicios de Bravo Murillo, os hubiera tal vez contestado:

—No sé; pero ese señor debió ser una persona muy buena, puesto que á su nombre va siempre unido el aplauso; y así se dice ¡Bravo! Murillo, como se grita en la Plaza de Toros ¡Bravo! Lagartijo.

Pero á los diez años de la muerte, ¡ya es otra cosa!; y hoy con ese sistema de mnemotecnia decimal nadie ignora que el estadista en cuestion, si no ha dejado grandes monumentos literarios de la Lengua española, hizo lo posible para que los madrileños no fuéramos por estas calles de Dios muertos de sed y con un palmo de lengua fuera de la boca.

* * *

Miéntras se estrenaba el mártes último en el teatro de la Zarzuela la opereta cómica titulada *Gileta de Narbona*, cuyo éxito no fué por cierto muy considerable, circuló entre los amantes del arte escénico de España una triste noticia: la muerte de la eminente actriz D.ª Matilde Diez.

Es ocioso recordar las relevantes cualidades de tan insigne artista. Durante su prolongada carrera todo el mundo la ha aplaudido.

¡Baja á la tumba cargada de laureles!

El *Teatro Español* suspendió su funcion en cuanto se supo la noticia de la muerte y decidió ostentar orla de luto en los carteles durante ocho dias.

Matilde Diez habrá llamado al otro mundo diciendo:

—Yo soy una predilecta de la Gloria... He recibido siempre muchos aplausos del Paraíso... Vengo á representar entre los bienaventurados los *Autos sacramentales*.

¡Que preparen el teatro!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 enero 1883

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO

El *Eden Theatre*.—EXCELSIOR.—Un drama de Cátulo Mendes.—Una tragedia de Grangeneuve.—Academias.—Mejoras en la Biblioteca nacional. Un nuevo papel.—Necrología.

El acontecimiento artístico de la quincena es la apertura del *Eden Theatre*.

En el mismo centro del Paris elegante, cerca de la Gran Ópera, háse construido un edificio monumental destinado á la representacion de bailes de gran espectáculo y *Féeries* ó sean comedias de magia. El *Eden Theatre*, más que edificio europeo, parece un palacio de algun opulento Rajah de la India. Un pintor de imaginacion podria, inspirándose en él, abocetarnos el cuadro de la mansion encantada en que, segun la leyenda, habitaba Krisna, el dios del amor de las llanuras que baña el Ganges.—La fachada es grandiosa é imponente; unos pórticos bajos con una sólida columnata de granito, dan entrada al edificio por nueve puertas cuadradas. Una larga serie de balcones cuyas aberturas terminan en su parte superior en arcos orientales, dan luz al piso principal, luz que no llega al interior sino atravesando unas vidrieras de cristales de colores diferentes, pero armónicos; seis cartelas enormes en forma de cabeza de elefante sostienen la cornisa, encima de la cual se levanta el segundo piso de una magnífica filigrana; rematando el edificio con un fronton de la época *búdica* y dos puntiagudas torres laterales en forma de pagoda brahmánica.

Esto por lo que toca al exterior. El interior está por encima de todo lo que la imaginacion de un poeta oriental pueda concebir. Dos escaleras que se remontan formando graciosas curvas conducen al piso principal. Al primer golpe de vista parécele al espectador que está soñando una leyenda persa ó un pasaje del *Ramayana*. Un patio indio, un jardin tropical en medio del invierno, junto con todos los esplendores del arte oriental, espejos, luces que fulguran como soles, otras pálidas, blancas como rayos de luna, columnas de jaspe y de alabastro, paredes alicatadas, mosaicos, esmaltes, filigranas de oro que se destacan sobre fondos de púrpura, palmeras naturales, tapices de colores tan vivos como armónicos, divanes, mármoles, pinturas, relieves, en fin la imaginacion se pierde en medio de un torbellino de magnificencias.

El baile que se ha puesto en escena es la pantomima italiana de grande espectáculo titulada *Excelsior*. El asunto del baile es *la lucha y la victoria del progreso contra el oscurantismo*; el triunfo de la época actual con todos sus prodigios científicos, se presenta á los ojos del espectador atónito. Quinientas bailarinas y figurantas cruzan la escena con graciosos movimientos, tocando trompetas, sonando tamboriles y panderetas, agitando banderas y estandartes, ó iluminando la escena con faroles esféricos que llevan en la punta de largas picas. Luégo, las sombras de la noche con tupido velo hacen desaparecer de la vista del espectador absorto esta vision encantada, para reaparecer otros tantos cuadros de los triunfos del progreso humano y de las conquistas del siglo. Trenes rápidos que pasan por elevadísimos puentes de hierro, inmensos vapores trasatlánticos que surcan veloces los mares acortando las distancias entre el antiguo y el nuevo continente, campanas eléctricas en continuo repiqueteo —humo, máquinas, en fin, todos los prodigios de la industria, se nos aparecen simultáneamente, presentándonos en un cuadro á la vez real y fantástico, la síntesis del trabajo en nuestro último tercio de siglo. Luégo se presenta á la vista una fantasía en el desierto;—expediciones de soldados y de exploradores, que van á civilizar y á estudiar el antiguo Oriente; jinetes y peones atraviesan la escena, luchan, caen, ó desaparecen envueltos en el humo de los disparos de las armas mortíferas, y al disiparse este, cuando aún el estruendo resuena en los oídos de los espectadores, se sucede una serie de cuadros de una belleza indescriptible. Todos los mundos pasan por delante de nosotros como si los estuviéramos soñando; asistimos á mil invenciones; desde la prueba del primer buque de vapor, á la abolicion de la esclavitud, todos los ideales del humanitarismo se nos presentan rea-

lizados. Del antiguo continente se pasa al nuevo; y todos los pueblos desfilan abrazados y confundidos, representándolos una multitud de graciosas bailarinas, vestidas con los trajes nacionales de todos los países.

Uno de los cuadros es un verdadero homenaje á M. de Lesseps. El público exigió su repeticion saludando con una estrepitosa salva de aplausos al ilustre autor del canal de Suez, que á la sazon se hallaba en la sala presenciando el espectáculo rodeado de su familia.

Difícilmente podrán imaginarse nuestros lectores un espectáculo que impresione tanto á un público. Verdaderamente el *Eden Theatre* con sus espectáculos, es un verdadero Eden del arte.

En el *Ambigu* se está representando *Las dos Madres enemigas*, drama debido á la pluma del conocido escritor Cátulo Mendes, yerno del célebre Teófilo Gautier. Su drama está sacado de una de sus mejores novelas. Sus tendencias son muy elevadas, pero se aleja demasiado de la realidad, tanto que muchas veces se descifra con dificultad su simbolismo y su estilo figurado. En ciertos momentos, á fuerza de sutilizar, llega á un culteranismo barroco inaceptable. Así dice un personaje á la mujer que adora: *Tus ojos son un infierno* que *podria ser un cielo;* ó al admirar las venas que se trasparentan bajo de su piel:—*Creeríase que el azul de tus ojos se ha filtrado por tu epidermis.* Tal vez ha influido demasiado en él Víctor Hugo, al cual Cátulo Mendes adora. Víctor Hugo es uno de esos grandes hombres que no son susceptibles de imitacion; tiene algo de Castelar, cuyos imitadores caen en el ridículo.—Su originalidad les impide formar escuela. De todas maneras la obra de Cátulo Mendes, salvo estos defectos de escuela, es notable por más de un concepto. Tiene situaciones francamente dramáticas, en las cuales rebosa la inspiracion poética. Sus tendencias son elevadas, y la trama está en general bien llevada, demostrando en su autor un profundo conocimiento escénico.

* *

Amhra es la última tragedia que se ha presentado en el Odeon. Su autor, M. Grangeneuve, ha escogido la época en que los galos estaban en lucha con los romanos para defender su territorio. La accion es más patriótica que dramática, á veces es lenta, recargada de lirismos inútiles. El estilo es claro, pero laborioso y pobre, cuando no está lleno de clasicismos. El segundo acto, notable por lo fuerte y dramático de la situacion, se parece extraordinariamente á uno de los personajes más notables de *El Alcalde de Zalamea* de nuestro gran Calderon. La palabra *Amhra* es un grito de guerra céltico, y toda la pieza se basa en él; el drama es simplemente un trabajo patriótico militar, hecho exprofeso para levantar el espíritu bélico del pueblo francés. De todas maneras no deja de tener algunos trozos de verdadero mérito, más histórico que dramático. Lo que podemos elogiar sin reserva es la *mise en scène*, la cual nada deja que desear. El director del *Odeon* ha presentado la época en que la accion se desarrolla, con una propiedad verdaderamente arqueológica, lo mismo en trajes y armas, que en decoraciones. No hay duda que el aparato escénico cuando llega á esta altura es un potente medio de enseñanza histórica, pues el carácter de una época se comprende mucho mejor viéndola reproducida, que por medio de descripciones.

* * *

La *Academia francesa* ha procedido á la provision de los puestos que dejaban vacantes M. Ch. Blanc y M. de Champagny, siendo elegidos para reemplazarles M. de Pailleron y M. de Mazade.

En la *Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, monsieur Benoist ha leido un discurso sobre el tema asaz curioso, *de las interpolaciones que se ha creido reconocer en Horacio.* Hoy dia van tomando importancia estos trabajos críticos, y gracias á ellos, podemos conocer lo que á cada autor y á cada época pertenece, diferenciándolo de lo que se le añadiera en épocas posteriores, en que no existia ese respeto á las obras y á la produccion literaria que caracteriza al último tercio de nuestro siglo.

El gobierno de Francia ha hecho expropiar hace ya algun tiempo todos los inmuebles que circuian el edificio de la Biblioteca nacional, para agrandarlo y aislarlo. Gracias á los rápidos procedimientos de desamortizacion que aquí rigen, hoy dia el derribo es un hecho. Difícil nos seria dar una idea á nuestros lectores de las magnificas edificaciones que deben levantarse sobre este terreno. Va á construirse adjunto á la biblioteca un pabellon de correos y telégrafos—y otro de bomberos con agua y máquinas necesarias para apagar instantáneamente cualquiera incendio que se declarara.

Esto por lo que toca á anexos. Por lo que se refiere á la propia biblioteca, va á crearse una nueva sala, inmensa, para el público, con entrada por la *rue Vivienne*. Esta sala estará abierta de noche y la iluminacion sera eléctrica. Por el pronto sólo se podrán leer en ella las obras usuales y los libros y diccionarios de consulta hasta que esté instalada la luz eléctrica en las inmensas galerías donde están almacenados los tres millones de volúmenes raros ó especiales, que contiene la biblioteca. Estas galerías más adelante estarán alumbradas por un foco central, pero como no se explica de la manera que podrian leerse las menudísimas inscripciones de las numerosas ediciones en 16° que allí existen, gracias á la galantería de los autores de los planos y de los bibliotecarios que nos han facilitado pormenores, vamos á dar una ligera idea de ello al público. Los empleados tendrán á su disposicion unas linternas eléctricas manejables, de manera que mediante un movimiento giratorio en todos sentidos puedan dirigir un rayo de luz á la estantería que se necesite iluminar. Esto seria un gran beneficio para todos los que se dediquen á los trabajos intelectuales, puesto que hoy la Biblioteca nacional, cerrándose á las 4 de la tarde, impide que en ella se hagan trabajos que necesitan por su naturaleza especial no ser abandonados hasta su conclusion;—sin contar á los que tienen ocupaciones en establecimientos editoriales ó tipográficos, los que han de imprimir libros, y vigilan sus ediciones, etc., etc.

Pudiendo disponer sólo de las horas de la noche, les estaba vedado poder consultar aquel inmenso archivo del saber humano sin desatender sus ocupaciones.

* * *

Despues del papel de tela, del de madera y del de paja, llegamos al de yerba. Un inglés ha descubierto el modo de hacer una pulpa con la yerba inútil, cuando está fresca, que da unas fibras largas, sedosas, flexibles y tenaces, con las cuales se produce un papel muy parecido al papel tela de los dibujantes de planos. Puede obtenerse indistintamente con dicha pasta papel para calcar, para planos, para dibujar, para imprimir ó para escribir, saliendo sumamente más barato y mejor que los actualmente en uso. Se ha calculado que cada hectárea de terreno, en la Europa central, puede proporcionar, con la yerba que no se aprovecha, 3,085 kilos de papel.

* * *

Acaban de morir: el aventajado novelista Constant Gueroult, á la edad de 68 años, y el director del conocido periódico *Galignani's Messenger* Mr. William Galignani, á los 85.

P. G.

NUESTROS GRABADOS

EL PINTOR DE IMÁGENES, por J. R. Wehle

En el sentido estricto de la palabra, pintar es dar color á un objeto cualquiera, é imágen es el trabajo representativo de cualquier objeto. En este sentido diremos que ni nuestro pintor deja de ser pintor, ni las imágenes que pinta dejan de ser imágenes. Pero ¡qué imágenes y qué pintor y qué colores y qué taller!... Cualquiera diria al ver lo tosco del *artista* y de sus cachivaches, que el autor de ese cuadro, notable por la verdad de la figura del protagonista, se ha propuesto criticar delicadamente tantos y tantos adefesios como por desgracia se exponen al culto en algunas iglesias y escaparates, cuyos administradores y devotos no dan pruebas de grande inteligencia, ni siquiera de religiosa escrupulosidad. Hay por esos mundos un enjambre de tallistas de municion que respetan los asuntos profanos, en lo cual obran como cuerdos; pero que la emprenden denodadamente con las imágenes sagradas, lo cual sobre revelar incomprensible osadía, les coloca en situacion rayana á la impiedad. A tales escultores tales encarnadores, como se llaman los pintores de imágenes; y á tales *artistas* tales obras. Pues qué ¿no conciben esos tallistas de polichinelas y esos embadurnadores de palitroques que nada hay tan digno de respeto y tan difícil de ejecutar como la sublime expresion del Redentor ó de los héroes de su Iglesia, si el arte ha de expresar la agonía de un Dios ó las virtudes características de un santo?...

La *sans façon* con que nuestro pintor de imágenes desempeña su faena *pane lucrando*, demuestra que las obras salidas de su taller no lo serán para mayor gloria de lo divino ni de lo humano. Todo lo contrario le sucede á Wehle: la piedad tiene que agradecerle su fina crítica; el arte su hermoso cuadro.

LACTANCIA BAVARA, cuadro por Hans Herterich

Suplicamos á nuestros lectores que no se dejen impresionar por este cuadro hasta el punto de leer lactancia *bárbara* en lugar de lactancia bávara. Despues de todo, el hermoso *bebé* no parece repugnar la cerveza que con verdadera fruicion no exenta de orgullo nacional, le da á beber su honrado abuelo; ni la madre, por lo visto, se preocupa gran cosa de que su rollizo hijo empiece á habituarse á la bebida característica del país. Es, como si dijéramos, una lactancia patriótica. Todo buen bávaro ha de ser buen bebedor de cerveza. ¡Ay de aquel que se deniegue á apurar tantos *canets* como le brinde el padre de su novia!... Desde luégo será declarado incapaz de hacer buen marido quien no resista una cuba de ese *delicioso* líquido producido por la feliz combinacion de la cebada y el lúpulo....

Por supuesto que no fué bávaro el autor de aquel chiste á medias que aseguraba que la paciencia del Señor hubiera sido mucha ménos en el árbol de la cruz, si le hubieran dado á beber cerveza en lugar de hiel y vinagre. Pero digamos en honor á la verdad, que ese neófito bebedor de semejante líquido no se inició seguramente en sus misterios bebiendo cerveza de Munich.... De otro modo, hubiera hablado con más respeto de ese producto, á que debe Alemania más y mejores glorias que á las armas del baron Krupp y á la táctica del conde de Moltke. ¿Qué más diremos? Suprímase la cerveza y suprimiríamos á Teniers, cuyos lienzos no comprenderíamos, y nos hubiéramos quedado sin el cuadro de Herterich, que es capaz de reconciliar con aquel artículo al más empedernido *anti-cervecista*.

PENA DE EXPOSICION, dibujo por A. Fabrés

Despues que el amante de las bellas artes habrá felicitado mentalmente al jóven autor de esa composicion por el perfecto estudio de tipos, trajes y costumbres que revela y por el sabor oriental que imprime en esta clase de trabajos el distinguido pintor de *La muerte de una esclava;* de fijo dirá para sí mismo:

—¿Qué país es ése en que se aplican semejantes penas?...

Muy sencillo; ese es un país desdichado, en el cual impera la ley del fuerte, no templada por el espíritu del Evangelio; es un país refractario á los progresos de la civilizacion; es un país regido por una voluntad despótica que manda á los grandes, al par que una porcion de despotillas locales mandan y oprimen á los pequeños; es un país en que todos saben manejar la espingarda miéntras son contados los que saben manejar la pluma; es un país en que los fuertes viven de los despojos de los débiles y los débiles viven de lo que roban á los fuertes. Con semejantes elementos no hay para qué decir lo que será la administracion de justicia en lo criminal. Las penas más bárbaras é infamantes se aplican caprichosamente, y confundiendo la manera de mejorar á los hombres con el modo de corregir á los perros, el palo manejado por el verdugo representa uno de los principales instrumentos en la ejecucion de las sentencias. Al dolor físico se agrega luégo la degradacion moral, y de ello es ejemplo el penado de nuestro dibujo. Despues de haberle administrado una soberbia paliza, se le ha sacado fuera de la cárcel, se le ha puesto en el cepo á un lado de la vía pública, y en una tabla colgada sobre su cabeza se expresa el delito que purga.

Los espectáculos de esta clase son harto comunes entre asiáticos y africanos: ellos bastan y sobran para dar una idea del atraso de tales pueblos.

UN ESTORNUDO INOPORTUNO, dibujo por R. Rossler

Un malhadado estornudo ha sorprendido al criado en el ejercicio de sus funciones, haciendo que, al brusco estremecimiento de su cuerpo, perdiera la copa el equilibrio y se vertiera su contenido donde ménos falta hacia. ¡Lamentable, aunque involuntaria torpeza, la primera tal vez que el anciano servidor ha cometido durante sus largas campañas domésticas!

Es una figura de irreprochable dibujo, animada de tan natural expresion, que dan ganas de exclamar: ¡Jesus! al contemplar las facciones del criado contraidas por la violencia del inoportuno estornudo.

El emperador Cárlos V en marcha para el monasterio de Yuste, cuadro por H. Schneider

Despues de renunciar el célebre emperador en su hijo D. Felipe y en su hermano D. Fernando las coronas que ceñia, determinó acabar sus dias en España, eligiendo para su residencia el monasterio de padres jerónimos de Yuste, sito en un fresco y ameno despoblado, regado de muchas aguas, á un cuarto de legua del lugar de Cuacos en la Vera de Plasencia. Con tal objeto, partióse de Flandes, donde á la sazon se hallaba, dirigiéndose por mar á Laredo y de aquí á Valladolid; siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alazar y Tornavacas, y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla, fué conducido en hombros de labradores, porque á caballo no le permitian sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podia ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen; el mismo Luis Quijada, mayordomo de la princesa regente, que acompañaba al emperador, anduvo á pié á su lado las tres leguas que dura el mal camino.

El artista ha representado en su lienzo el momento en que, viajando el César como acabamos de decir, se avista en lontananza el monasterio, que designa al monarca con el ademan un reverendo monje, probablemente el prior del mismo, salido á su encuentro. El asunto está tratado con inteligencia artística, las figuras discretamente agrupadas y el conjunto lleno de animacion y movimiento.

MORAL DE LA HISTORIA

Las religiosas del Royal Lieu, cerca de Compiegne, fueron condenadas todas á muerte por el Tribunal Revolucionario de esta ciudad. Juntas fueron atadas á la fatal carreta y juntas entonaron con tranquilidad y afinacion la *Salve Regina.* A cada cabeza que caia el coro se debilitaba de una voz, pero el canto continuó sin interrupcion hasta que espiró en los labios de la abadesa, última que subió al patíbulo. La serenidad de esas religiosas ante la muerte y su dulzura en aquel horrible trance, impresionó de tal suerte al pueblo, que, como corrido, dejó de aplaudir en las ejecuciones y los ánimos tendieron á sentimientos más humanos, convencidos de que la guillotina cortaba una y mil cabezas, pero no mataba una sola creencia.



LACTANCIA BAVARA cuadro por Hans Herterich



PENA DE EXPOSICION, dibujo por A. Fabrés

ACADEMIA TAURINA

Pues todavía hay personas que niegan que la tauromaquia es un arte, no bella precisamente, ni bello, pero arte liberal, hasta cierto límite.

Si hubieran ustedes conocido al señor Roque, no conservarian esa opinion antitauromáquica, los que la tengan.

Era un verdadero héroe, un mártir del arte, al que habia sacrificado porvenir y presente, talento, juventud y fortuna; de esto último en pequeña cantidad, porque el señor Roque no habia logrado en su vida reunir capital superior á cinco duros en oro.

Recordaba haber visto en la casa paterna ó en un baul paterno «media onza de oro, con la fotografía de Cárlos III conmemorando la fecha en que tomó la alternativa.»

Así lo aseguraba Roque.

Pero como los hombres y las familias y las casas solariegas y los capitales degeneran y vienen á ménos, nada de aquella grandeza conservaba el señor Roque, sino un retrato al óleo de su abuelo, vestido de corte, segun el nieto; de corto, segun cuantas personas le veian.

En objetos de arte taurino guardaba el *diestro* una coleccion muy rica.

Un fragmento de la primera muleta que usó el señor Romero, fundador de la escuela de Ronda, llamada por esto rondeña.

Estas explicaciones daba el señor Roque al mostrar los artículos que guardaba cuidadosamente en su museo del barrio de San Bernardo.

Una banderilla que clavó él mismo, en una corrida de funciones reales, en la plaza Mayor de Madrid.

Y así como lo decia estaba bien dicho, porque no la habia clavado en el toro, sino en la arena de la plaza Mayor, turbado por el miedo, ó por la *jindama*, que es lo mismo en flamenco.

Las zapatillas con que toreó, al tomar posesion de Granada, D. Gonzalo de Córdoba.

Un cuerno de la res que alcanzó á doña Urraca en Zamora.

Una espuela de Currito Sevilla, uno de los primeros picadores de toros «en Europa y el Maestrazgo,» al decir del señor Roque.

La punta del estoque del señor Frasquito Montes.

Como se ve no habia cosa completa en el Museo de Roque; pero, en cambio, todo era auténtico; y sobre cada objeto, colocados en una especie de estantería de pino, y colgados en clavos los que por su forma ó condiciones lo requerian, se veia un letrero manuscrito y en ortografía taurina, sobre papel blanco, en el cual se leia la historia del artículo ú orígen de él, con fechas y datos preciosos.

Por ejemplo: sobre un lienzo que parecia un cedazo, pintado al óleo, se veia el retrato de un torero, que, segun la correccion del dibujo, lo mismo hubiera podido pasar por obispo; sobre el cuadro habia un tarjeton en el que se leia:

«Auténtico retrato de Roque Miranda, por Velazquez.»

Sobre las zapatillas de Gonzalo de Córdoba:

«Del natural (1806).»

El Museo del señor Roque era famoso en Sevilla y no iba extranjero á visitar la ciudad que no procurase ver las instalaciones taurinas del museo del señor Roque.

Además tenia en su casa establecida academia de toreo, práctica y teórica, sucursal del Matadero.

Allí enseñaba los principios del arte ó el arte por principios, desde lancear á una res de capa hasta recibirla ó despacharla de un volapié.

Casi siempre estaba llena la academia de *revienta-chalecos*, que así le llamaban por su obesidad, ó *monteriya*, que era el mote más popular.

En las horas de cátedra no faltaba buen mozo ni guason de Sevilla, y algunos aprendices de buena fe, á la casa del señor Roque.

Aquello era para visto.

—Niños, decia, el capote se toma con los deos purgal é índice, asina.

Y tomando el capote se colocaba delante de los discípulos.

—Luégo se señala el viaje de la res, asina, vaciándola con limpieza y parando los pieses con serenidá, como yo.

Al decir esto lanceaba de capa á cualquier discípulo.

En seguida y cuando ya se hallaba entusiasmado decia:

—Vengan palmas de ahí, que soy el diestro más sereno que han conocido los presentes.

Y los discípulos aplaudian entusiasmados al maestro y hasta le tiraban *cosas* los guasones que iban de aficionados á la Academia.

Al fin de cada mes llevaba á exámen práctico á los *chicos* al Matadero, y escogia él mismo las reses que habian de torear sus discípulos.

—Ea, fulanito,—decia á uno,—esa vaca es para tí solo: abre el percal.

Si fulanito, escamado, desobedecia la voz del maestro, éste, indignado, le amonestaba diciendo:

—La primera condicion es la sangre torera; luégo el conocimiento de las reses y de la familia, y á lo último, saber librarse de una cornada: no me empieces por el final.

O bien gritaba al alumno que corria, perseguido por una becerra ó vaca:

—Déjate coger, niño, ó quiébrate por la derecha, pero sereno y fresco.

Excusado es decir que cuando él llegaba con el capote para salvar á la víctima, ya no tenia más que hacer sino echarle el percal encima para que el muchacho pudiera levantarse y cubrir su cuerpo, cuando le desnudaba la res.

La teoría de banderillas era muy sencilla y comprensible, y la práctica muy fácil, segun el señor Roque.

Entre los alumnos que asistian á sus aulas, no habia uno que no parease de frente, cuarteando, al sesgo y de cualquier otra suerte, á una silla de paja de Vitoria ó á un jergon de puntas, que para las prácticas tenia el profesor en la academia.

Cuando pasaban á prácticas en el Matadero, les advertia el maestro:

—Ea, como si fuera en el jergon: duro y á la cabeza, que yo estoy aquí al quite.

Quien dice «aquí» dice en la tienda del montañés más próxima.

—Si tendré suerte—decia—que *otavía* no se me ha desgraciado ni un *aluzno*: es verdad, que aprenden á ley el arte fino y ceñido, y que cuando á ellos los alcance una res, ya estoy yo...

—En mi casa—murmuraba algun aficionado.

Algunos ingleses se presentaban en la casa de *Monterilla* para *deprenderle* la tauromaquia.

Entónces era cuando el señó Roque lucia toda su oratoria y su facilidad y su inteligencia taurina.

—No son *ostés* los primeros—decia—porque aquí han venido todos los *presonajes* de Sevilla y del extranjero y del moro, á deprender *pa* un por si acaso; pero por principios y gramaticalmente. Yo he enseñado el quiebro al príncipe de Gayos, que se me antoja que es paisano de *ostés*, y aquí han venido señoritas y *ladises* de Inglaterra á puñados.

Pero llegó un dia infausto para la tauromaquia de Sevilla y del mundo entero.

Proyectaron algunos jóvenes una corrida de toretes á beneficio de uno de los asilos de la Caridad, y para formar la cuadrilla, dirigir la lidia y matar dos becerros pensaron en *Monterilla*.

—Yo no toreo hace mucho tiempo y no quiero echarme otra vez á la vida pública, para no hacer mal tercio á nadie,—respondió el señor Roque cuando le hablaron.

Pero los *guasones de los niños*, como él decia, se empeñaron en que habia de volver á la vida activa, y no fué obstáculo que replicase que no tenia vestido de luces para salir como correspondia á un matador de su clase.

—Traje te daremos nosotros y capote y montera, de lujo todo.

—Y de *guita*? digo, de *parneses*, ¿cómo quedamos?

—Pues bien, hombre: ¿qué quieres ganar?

—¡Yo! lo que gane el Lagartijo ó el Frascuelo.

—¿Y no quieres algun beneficio?

—No señor.

—Ya te contentarás con mil reales en una pieza, y puedes comprar una finca para establecer en grande la academia.

Como la diferencia no era más que de doce ó trece mil reales, se arregló el contrato y Monterilla recibió un préstamo de cinco duros, y el vestido prestado, que era verde mar, pero revuelto, con *gorpes* de oro, pero antiguo, auténtico, así como los objetos del museo del señor Roque.

Llegó la hora de la corrida: la plaza de Sevilla estaba cuajada de *criaturas*.

Aquella plaza de toros, la más alegre de España, que en tarde de corrida ofrece un conjunto de luz, colores, aromas y armonías que vuelve loco á cualquier extranjero.

Las voces de cien vendedores que pregonan agua con hielos, naranjas, camarones y bocas de la isla, confundiéndose con ese rumor producido por una muchedumbre alegre y bulliciosa, marean y al mismo tiempo dejan en el oido el recuerdo que una voz de mujer que entona unas malagueñas, sentada junto á la puerta de un cortijo, en una de esas noches de verano, que siendo noches en Andalucía, por dias hermosos y serenos pudieran pasar en otras localidades.

La corrida empezó.

El primer cornúpeto era berrendo en negro, de buena estampa, armado como para un dia de fiesta, de pocas libras y boyante.

Salió con *muchos pieses* y el público pidió que el señor Roque se los *parase* con algunos lances de capa.

—Vaya por la de ostés,—dijo el diestro;—digan ostés á mi señora, si no he vuelto á la noche, que estoy en el *simenterio* cantando la última *soleá*.

Abrió el capote el señor Roque y se aproximó á la fiera, así como á cincuenta pasos de distancia.

No era muy temeraria la aproximacion; pero como parecia que el toro, ó el becerro, mejor dicho, estaba tambien en el complot, dejando á los lidiadores que veia más cerca, se arrancó en direccion de Roque, quien sin aguardar á razones soltó el trapo y salió corriendo en direccion de la barrera, gritando:

—¡Marecita del Rocío! ¡que me come!

El público celebró primeramente con carcajadas la fuga de *Monterilla*: luégo le obsequió con una silba mayúscula: algunos concurrentes le arrojaron comestibles.

—Aquí ya no hay aficionados, ni inteligencia, ni andaluces siquiera—repetia el señor Roque entre barreras. —A mí patearme! ¡á mí, que soy el único torero clásico que nos queda! ¡Y sin ver lo que trae ese animal en la cabeza, que es el toro de más cuidado y sentido que ha pasado por la puerta del chiquero!

Sin embargo, la silba continuaba.

—Que paree Roque!

—Que banderillee Monterilla!

A estas peticiones correspondió el señor Roque tomando un par de banderillas, cuando el presidente hizo la señal, y saliendo á la carrera, se las clavó al becerro en los alrededores de la cola.

El segundo par se le colgó á un alguacil, que se echó al ruedo porque la fiera se habia metido en el callejon: le vió caer *Monterilla* y aplicó el par de rehiletes al dependiente de la autoridad, creyéndole el berrendo.

Aquella equivocacion tan natural y disculpable, como el diestro decia, provocó una tormenta.

Llovian las naranjas y el presidente dispuso que llevaran preso al señor Roque.

—¡A mí!—exclamaba—al único torero que queda de la escuela de Ronda!

Aquella corrida fué la causa de su ruina, porque se quedó sin un discípulo, y gracias á que los *güasones* que le metieron en la empresa, no le dejaban morir de hambre.

—Pero miste—nos decia cuando le conocimos en Sevilla,—hasta mi esposa, que ha sido siempre un modelo consular ó conyugal ó como *le* digan, y aficionada de veras á la tauromaquia se entiende, en cuanto me vido de llegar á casa me arrojó diciéndome:

—Anda ya, desvergonzado, y vete á *banderiyear* menistriles.

EDUARDO DE PALACIO

JUAN CIGARRON

(Cuento de magia blanca)

(Conclusion)

Dejó ir al mozo, y dió gracias á la Providencia por aquel inesperado auxilio.

—Al ménos, devolviendo un diamante de los tres, podré esperar que me dejen la vida; y aunque me confisquen los bienes ¡qué remedio! trabajaré para vivir y mantener á mi pobre hermana.

Meditabundo y triste todavía, vió entrar el dia siguiente al segundo mozo, que ya instruido del lance, sólo esperó para repetir, segun costumbre, la operacion del compañero, á que el Sr. Juan, dirigiéndose á una efigie de San Antonio Abad, pronunciase inspirado:

—¡San Anton!
De los tres he visto ya dos.

Lo que si no era verso, era verdad.

—¡Calle! ¡Con que los mozos de comedor de Su Majestad son por lo visto los autores del robo, reflexionó ya más tranquilo nuestro protagonista. Pues ¡vive Dios! que el tercer ladron ha de serlo por fuerza el que mañana me sirva la comida.

El mozo más jóven habia oido la historia de sus compañeros y les habia dicho:

—Sois unos necios y el miedo os ha perdido. Ya vereis cómo yo no me entrego de ese modo. Conservaré mi diamante, lo venderé á buen precio en el extranjero y me reiré lindamente de vosotros.

Resuelto y decidido entró á servir la comida del preso al dia siguiente.

Pero este, apénas le vió entrar, dirigióle una mirada todo lo terrible que cabia en su pacífico temperamento, y gritó dirigiéndose á un San Andrés de talla:

—No hay duda, San Andrés,
Ya he visto los tres.

A cuya exclamacion, ya que no verso, sintió el mancebo flaquear su resolucion y sus piernas; cayó de hinojos ante el supuesto zahorí y entregó el tercer diamante con idéntica súplica que sus compañeros respecto á que no le delatase.

—¡Loado sea Dios! exclamó el Sr. Juan, dirigiéndose al cielo, que me ha protegido en este trance. Réstame salvar la existencia de esos infelices, y espero que el rey, satisfecho por la aparicion de sus diamantes, me permitirá callar los medios con que los he recuperado. Ahora ¿quién arrancará de mis contemporáneos la creencia de que soy realmente zahorí?

VIII

Solemne, gravemente solemne é imponente era el aspecto que presentaba la corte de su rabiosa majestad al dia siguiente de la última escena que acabamos de bosquejar.

En el salon más vasto de la residencia real habíase organizado algo como sala del trono.

Allá, en el fondo, bajo un dosel decente, se divisaba al rey en pié ante una silla, con la corona echada á un lado, empuñando el cetro más voluminoso de cuantos poseia (y era dueño de una curiosa coleccion) y soportando sobre sus hombros, no

obstante un calor canicular, el peso de un manto de armiño á propósito para derrengar á cualquier monarca ménos robusto.

A su izquierda asentábase la reina consorte, y en su alrededor pululaba una lechigada de infantitas y principitos, para cuya manutencion apénas si bastaba con el producto de las tres ó cuatro confiscaciones diarias que tenian lugar en aquella nacion feliz.

Ocupaban los más próximos puestos el gran canciller y los otros más pequeños; luégo, los altos funcionarios, la nobleza, el estado mayor general, el alto clero, todos en vistosa confusion, pues Su Majestad era enemigo de preferencias.

Ultimamente, en un ángulo oscuro, de pié, bajo un dosel negro, vestido de negro y con negra careta, y un hacha en la mano, se hallaba un personaje indispensable al rey, y que en toda solemnidad le acompañaba: era el verdugo.

Aislado, en el centro del salon, se veia al Mayor Asno, pálido como un difunto, triste como un cementerio, con la cabeza baja y convertido en el blanco de todas las miradas.

Habla el rey:

Señores: harto sabeis todos el disgusto que nuestra real persona experimenta con motivo de la pérdida de los tres mejores diamantes de nuestra corona. Ahora bien, este hidalgo (señalando al Mayor Asno) nos ha traido un hombre de quien afirma que posee el raro don de adivinar el paradero de las cosas perdidas. Si el hecho resulta cierto, acreedor se ha hecho el hidalgo á nuestra real amistad y proteccion; pero si, lo que no espero, hubiese pretendido abusar de nuestra credulidad con una indigna farsa, ha de sufrir el castigo de que por su atrevimiento sea digno.

El monarca miró en derredor con inflamados ojos.

Todos bajaron la cabeza.

—Que pase el zahorí, articuló S. M.

Todas las miradas se volvieron á una puerta lateral, por donde penetró nuestro héroe entre dos *guardias de corps*.

Juan Cigarron se adelantó hasta llegar al monarca, hincó una rodilla en tierra y permaneció mirando al suelo hasta que S. M. le dijo imperiosa y brevemente:

—Levántate y habla.

Toda la corte estaba suspensa de los labios de Cigarron.

Este, con gran presencia de ánimo y voz entera, habló en los siguientes términos:

—Señor: no á malas artes, ni á diabólicos pactos, sino á liberalidad de la Providencia debí el raro don de averiguar el paradero de las cosas perdidas. El cielo, pues, que manifiestamente me protege, ha dispuesto que en la misma habitacion donde fuí incomunicado, tropezase con los diamantes extraviados, que ahora tengo la alta honra de depositar á las reales plantas de V. M.

Como efectivamente lo hizo.

La admiracion de todos no pudo compararse sino á la satisfaccion del rey.

Poco faltó para que, dando al traste con la etiqueta, hubiese tirado manto y cetro, y dado un par de brincos del suelo á la silla.

Súbito una idea detuvo su acceso de alegría.

—Los diamantes aquí están, es cierto, dijo; pero ¿cómo ó por quién fueron arrancados de mi corona?

—No alcanzan mis facultades á saber tanto, señor; á mí me basta con averiguar el paradero de los objetos perdidos, y puedo jurar sobre los cuatro Evangelios, que para hallar esos, no he salido de la habitacion que me fué destinada por V. M.

El rey se dió por satisfecho con esta declaracion, dió públicamente gracias al Mayor Asno, quien desde entónces perjuraba por todas partes que habia nacido segunda vez en aquella ocasion, despidió la corte, y ordenó que se retuviera un dia más en palacio al zahorí para darle cumplidas muestras de sus reales munificencia y bondad.

IX

De buena gana hubiera renunciado Juan Cigarron á ser objeto de semejantes muestras sin el temor de volver á exponer su cabeza, salvada casi por un milagro, á la rabia de S. M.

Dispusiéronse mil agasajos por honrarle; aquel dia comió en la mesa real donde con su discrecion y buen sentido, cualidades que no abundaban mucho en aquella corte, dejó encantados á cuantos le oyeron.

Por la noche hubo fuegos artificiales en el patio de palacio, funcion de teatro improvisada, cucaña en la plaza pública, y por último, como fin y remate digno á los festejos, dispúsose uno cacería para el dia siguiente, en la que Juan Cigarron tendria el honor de ir al lado de las infantitas, velando por ellas como práctico que era en el monte.

Inútil es añadir que su cabeza respondia de la más pequeña negligencia en el desempeño de su comision.

Así se lo previnieron para hacerle comprender cuánto le importaba el ser cuidadoso.

El pobre de Juan Cigarron no pedia ya cosa mejor á Dios que el abandonar cuanto ántes una corte tan peligrosa.

Sonó el momento de la partida, caminaron, llegaron al monte, y allí, Cigarron fué el héroe verdadero de la fiesta.

No sólo eligió los sitios más cómodos, amenos y exentos de riesgo para el solaz de la familia real, sino que tuvo la ventura de herir cuatro magníficas piezas, lo que aumentó, si cabia, el aprecio que ya le profesaba el rey, monarca de quien aseguran las crónicas, que tenia en más á un cazador que á los siete sabios de Grecia.

Pero apresuremos el desenlaee que ya lo necesitará el lector.

Cigarron veia aproximarse el fin de la cacería con una fruicion extraordinaria.

—Dentro de algunas horas, pensaba, estaré de vuelta en mi casa, junto á mi hermana.

—Y con cabeza, agregaba moviendo el cuello con cierta soltura.

Casi le parecia increible.

Dieron órden de retirarse; Juan Cigarron se llegó al rey, dióle respetuosamente las gracias por sus muchas bondades, y pidióle licencia para volverse á su hogar.

—Tentado estaba de no concedértela, dijo Su Majestad; tanto me ha hechizado tu trato, y tan oportunos me han sido tus servicios.

—Señor, contestó Juan, no pediria yo otra cosa á V. M. que acabar mis dias á su lado, si no tuviese atenciones sagradas que llenar en mi pueblo, pero allí me aguarda una hermana única y anciana, y fuérzame el volver á su lado para asistirla como debo y cual ella se merece.

—Nada te diré siendo así, pero sabe que no te olvido, y que tendré gran placer en serte útil cuando te importe.

Nuestro héroe se inclinó profundamente é iba á retirarse cuando vió venir á él apresuradamente á una de las infantitas ocultando un objeto dentro del puño y gritando con infantil alegría:

—Cigarron, le diré á papá que te corte la cabeza si no adivinas lo que traigo aquí, y mostraba el puño.

Cigarron miró al cielo, se consideró nuevamente decapitado, y recurriendo á la poesía, como acostumbraba hacer en las ocasiones solemnes, exclamó:

—¡Ay! Lo que es esta vez
El pobre Cigarron cayó en la red.

—¡Pícaro, que lo acertó! dijo la infantita riendo y dejando escapar un saltamontes que habia cogido.

Todos celebraron grandemente la oportunidad, y nuestro héroe echó á correr sin volver la cara atrás, apénas hubo perdido de vista la real familia.

EPÍLOGO

La familia real marchó al cabo de algunos dias, sencillamente tras haber dejado limpio el cazadero.

¡Quién se hubiera atrevido á murmurar por ello!

El mayorazgo fué agraciado en atencion á sus servicios y á su aficion al ganado caballar con el título de baron del Real Pesebre, que aún conservan sus sucesores.

La hermana, como tambien los compadres de Juan Cigarron, tuvieron una satisfaccion extrema volviendo á verlo sano y salvo.

Ultimamente nuestro protagonista obtuvo del rey la pension anual de dos mil ducados, amén de tres magníficos regalos que con el producto de tres sisas especiales, le hicieron los tres mozos, cuyo delito nadie sospechó jamás.

Todos concluyeron felizmente los dias de su vida, y yo fuí, y vine, y no me dieron nada.

CASTO VILAR Y GARCÍA.

CRONICA CIENTIFICA

DISTANCIAS CELESTES.

I

Se habla mucho, de algunos meses acá, en los círculos científicos, del próximo paso de Vénus por delante del sol, y cuando este artículo vea la luz pública, ya el clásico planeta habrá cruzado como negro punto el luminoso disco á lo largo de una de sus cuerdas.

Y preguntaria la curiosidad pública, si pudiera ocuparse de estas materias y no absorbiesen su atencion como es natural y justo, tal crísis política, tal proceso célebre, ó tal espectáculo con verdores de primavera, ¿por qué se concede tamaña importancia á hecho tan insignificante? ¿qué importa para el mundo que una sombra recorra una superficie de luz allá en los espacios? ¿qué ventajas se obtienen por la observacion de fenómeno tan poco vistoso, que si no fuera por el clamoreo de los sabios y por el dinero que piden para sus expediciones y aparatos, nadie lo percibiria, ni excitaria tampoco el interés de nadie? ¿qué gran problema pende de que estén en fila por algunos minutos la tierra, vénus y el sol? ¿qué vamos á ganar, ó qué vamos á saber, ó qué vamos á sentir cuando el disco del planeta se nos ponga delante del astro del dia, como pequeña pantalla, é intercepte algunos de sus rayos?

Contestar á todas estas preguntas, y satisfacer todas estas curiosidades, preguntas que tal vez nadie formula, y curiosidades que quizá nadie experimenta más que el autor de estas líneas, al ménos en el círculo á que se dirige, nos obligarian casi á escribir un libro; y acortando tales ímpetus por irrealizables é inoportunos, habremos de limitarnos á decir, que el paso de Vénus sirve entre otras cosas para determinar exactamente la paralaje del sol. Con lo cual no faltará quien opine, que ponerse en movimiento tantos sabios, emprender tan largos viajes, y gastar tantos millones para determinar paralajes, siquiera sea el de un astro de tamaña cuantía, es capricho singular con adornos y ribetes de extravagancia; porque despues de todo ¿qué es eso que se llama *paralaje*?

Pues una paralaje es un *ángulo*: y sin que traslademos nuestro domicilio al Escorial, sin que el rey católico Don Felipe II recobre nueva vida, para gozo y provecho de sus aficionados, y sin que un pedante cualquiera formule severa crítica sobre el admirable monumento, no faltará quien pregunte ¿y qué es un ángulo?

El rey Don Felipe aseguró, en la ocasion á que nos referimos, que ángulo era *hablar de lo que no se entiende*, y ojalá que en todo hubiese acertado el sombrío monarca como acertó en esta profunda definicion. Pero con todo y sin negar, ni su exactitud, ni sus excelencias, bueno será dar otra para el caso que nos ocupa.

Imagínese el lector una planicie igual y libre en todas direcciones: en el centro establezcamos un punto fijo y por él supongamos que se trazan dos rectas materializadas de cualquier modo: por dos filas de carriles como los de una vía férrea, por dos cuerdas ó alambres tendidos como los del telégrafo, ó en forma más sutil é inmaterial por dos visuales, ó por decirlo así, por dos punterías de un anteojo. Pues estas dos líneas, materiales ó ideales, prolongadas además indefinidamente, constituyen una figura abierta á que se llama *ángulo*. Concepto geométrico que todo el mundo comprende y posee, y con el que aun se construyen buen número de frases. *Angulo agudo*, se dice, cuando las dos líneas están muy próximas al principio: *ángulo obtuso*, cuando el ángulo se abre y ensancha: y hasta se emplean ambas denominaciones en sentido abstracto y con aplicacion metafórica á otro género de hechos, cuando se habla de lo *agudo* y de lo *obtuso* en el órden moral.

Pues supongamos, que en esa planicie á que ántes nos referimos, y alrededor de ese punto central que fijamos, se trazan, como rayos de una rueda, una serie de líneas indefinidamente prolongadas, formando ángulos iguales dos á dos, es decir, distribuidas con uniformidad, ó si se quiere, dirigidas á todos los puntos del horizonte que dividan en partes iguales la circunferencia aparente que lo termina.

En primer lugar tracemos 360 líneas: cada dos formarán un ángulo, que se llama *un grado*, y en lenguaje vulgar podemos decir que es ya bastante pequeño.

Pues sigamos la operacion comenzada y dividamos cada ángulo de un grado en 60 partes ó ángulos iguales, para lo cual necesitaremos trazar entre las dos líneas de cada grado otras cincuenta y nueve más. Cada ángulo parcial, de los que se obtienen de este modo, se llama ángulo de un minuto, y si dijimos que era pequeño el de un grado, no hay que decir si estos nuevos ángulos lo serán.

Continuemos aún subdividiendo ángulos, y de los de un minuto hagamos 60 partes más, trazando las líneas necesarias, con lo que obtendremos ángulos de *un segundo;* tales que para materializarlos se necesita acudir á movimientos infinitamente pequeños de las más delicadas piezas, á medios por todo extremo sutiles, á procedimientos de inconcebible perfeccion; y ángulos, repetimos, cuyos lados son, no objetos groseros y toscos como al principio decíamos, no barras de hierro, ni alambres, ni siquiera líneas trazadas en un tablero, sino visuales que un anteojo giratorio determina en el espacio, y que allá se prolongan por las regiones celestes buscando planetas, soles y nebulosas.

Pero aún no se contentan los astrónomos con imaginar trazados alrededor de un centro, el de su observatorio, 360 ángulos de *un grado* y otras tantas líneas: $360 \times 60 = 21.600$ ángulos de *un minuto*: $21.600 \times 60 = 1.296.000$ ángulos de *un segundo:* todavía dividen, abandonando ya el sistema sexagesimal, cada ángulo de *un segundo* en 10 partes iguales, con lo que resultan *décimas de segundo* y más de diez millones de ángulos alrededor de cada centro. Red espesísima de líneas radiales entre cuyas mallas caen, allá por los profundos espacios, estrellas, planetas, soles, nebulosas, vapores y cometas; todo un enjambre de séres que vuelan por el éter como moscones inmensos con velocidades vertiginosas y tranqui-

lidad perfecta, bien ajenos de que centenares de astrónomos, cada cual como araña en el centro de su tela, les espian, acechan y cazan.

Y valga la comparacion, á pesar de lo humilde y de lo extraña; porque es lo cierto que si pudiéramos materializar en las regiones celestes todas las visuales que los astrónomos dirigen desde sus observatorios á los cuerpos que pueblan la extension, veríamos una inmensa red con varios centros, y en cada uno de ellos agazapado un sabio de ancha frente y aspecto respetable.

Tenemos, pues, en cada plano que se imagine, y sea cual fuere la posicion que le demos, trazadas virtualmente, y pudiendo ser materializadas en cualquier instante por un anteojo, más de *diez millones* de líneas y otros tantos ángulos con el valor de *una décima de segundo;* pero si aún se quisiese mayor exactitud, todavía pudiéramos dividir en otras diez partes cada uno de estos ángulos mínimos, con lo que resultarian *centésimas de segundo.* Y basta ya de divisiones y subdivisiones, que si no tienen límite para la imaginacion, límite y límite insuperable encuentran en los medios prácticos de ejecucion material.

Decíamos que el paso de Vénus por delante del sol sirve para determinar un ángulo especialísimo á que se da el nombre de *paralaje.*

Y no es que ese ángulo no esté ya determinado, sino que no lo está con bastante exactitud. Se sabe que es superior á 8",8 é inferior á 8",9: es decir, que es un ángulo de *ocho segundos,* con *ocho décimas* de segundo y algunas centésimas; y este es el problema: afinar, por decirlo así, el valor de este ángulo en esas centésimas que faltan, determinar en suma ángulos de tal grado de pequeñez, que de ellos hay más de cien millones en una circunferencia.

Pero continuemos preguntando ¿qué es la paralaje solar y para qué sirve? que por sólo el placer de determinar un ángulo no se gastan millones, ni se ponen en movimiento personas respetabilísimas, ni se agitan las academias, á ménos que ese ángulo no tenga alguna virtud extraña, alguna excepcional importancia, ó no nos traiga alguna estupenda revelacion.

Todo esto pudiera ser y todo esto lo veremos en el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY.



UN ESTORNUDO INOPORTUNO, dibujo por R. Rossler

NOTICIAS VARIAS

BAILARINAS ELÉCTRICAS.—La luz eléctrica, despues de brillar en los salones y en los escenarios de los teatros, se introduce hoy entre los accesorios, y no sin buen éxito. En una nueva pieza representada en el Teatro de Saboya, en Lóndres, ha producido un gran efecto bajo la forma de refulgentes estrellas, que adornaban la cabeza de las bailarinas. En Paris se habia hecho ya algo por el estilo hace dos años, en el teatro del Chatelet: empleáronse para ello las bujías Jablochkoff, puestas en globos colocados sobre las cabezas de las figurantas, pero estas bujías se comunicaban con la máquina por conductores relativamente gruesos, difíciles de ocultar, y cuya escasa flexibilidad no permitia mucho movimiento. En el teatro de Saboya se han suprimido los conductores; el foco resplandeciente que cada bailarina lleva en el cabello ó en el pecho es una pequeña lámpara incandescente de Swan, alimentada por tres pequeños acumuladores Planté de un modelo particular, y que se suspenden en la espalda de la bailarina, ocultándose con un traje apropiado.

Los tres acumuladores no llegan á pesar juntos 2 kilógramos; los recipientes son de ebonita (cautchuc endurecido) y están cuidadosamente tapados miéntras se emplean para impedir toda proyeccion de ácido. Las lámparas Swan, construidas especialmente para esta aplicacion, sólo miden 15 milímetros de diámetro y pueden dar hasta seis mecheros. Este resultado se obtiene gracias á la tenuidad del filamento, que se inflama hasta el blanco deslumbrador. No se trata de producir un foco de larga duracion, y sí sólo un aparato de efecto que funcione algunos minutos con el menor peso posible. El de 2 kilógramos no es, sin embargo, el límite extremo como ligereza, pues M. Swan construye lámparas que funcionan con *dos* acumuladores tan sólo, y hace pruebas para obtener otros que no exijan sino uno.

Los acumuladores, cuyo servicio ha de durar sólo algunos minutos, deben descargarse muy rápidamente, lo cual se obtiene disminuyendo mucho su resistencia interior.

Un pequeño conmutador dispuesto sobre la caja, permite no encender las lámparas hasta el momento apetecido, con lo cual se economiza la carga, pudiéndose producir algunos efectos curiosos.

Hé aquí un nuevo recurso puesto á disposicion del arte escénico, y que seguramente no tardarán en utilizar los maquinistas.

* * *

LA ESPUMA DE MAR.—El principal yacimiento del mineral llamado *espuma de mar,* compuesto de hidro silicato de magnesia, que contiene cierta cantidad de agua higroscópica, está en el Asia Menor, en la inmediacion de la ciudad de Eski Scheir, donde se explotaba ya ántes de la constitucion del imperio otomano. Los alrededores de esta localidad forman un valle oblongo, probablemente el lecho de un gran lago que se ha secado, pues la espuma de mar, mezclada con grava muy gruesa, se ha depositado en todo el perímetro contra rocas compactas y tierra rojiza. Las capas, apoyadas contra la montaña, tienen una inclinacion media de 45 grados; entre dos lechos de cantos rodados, á veces interrumpidos por una capa de tierra, encuéntrase siempre otra de espuma de mar.

Muchas veces se halla esta materia en forma de betun, cubriendo grandes guijarros. Cuando está en bruto es húmeda, y ántes de exportarla se debe desembarazar de la costra de tierra que la circuye; despues de secarla se pulimenta y refina.

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

Hemos dicho en otro número que el gobierno de los Estados Unidos ha dirigido una circular á todos los de las naciones europeas, manifestando que ha resuelto tomar la iniciativa en la adopcion de las medidas propias para establecer un meridiano internacional comun. Esto ha sido motivado por el entorpecimiento que ocasiona al comercio, sobre todo desde que han tomado tan inmenso desarrollo los caminos de hierro y la navegacion por vapor, la falta de uniformidad en la anotacion de las longitudes. Varias sociedades sábias han emitido ya su voto en favor del meridiano comun, muy necesario sobre todo para los Estados-Unidos, que son los que tienen el territorio más extenso en longitud.

* * *

NUEVA EXPLORACION ARGENTINA.—Segun escriben de Buenos Aires, el vapor *Santa Cruz* hace sus últimos preparativos para emprender una expedicion á los territorios del Sur. El coronel Hunter Davidson lo habia intentado ya, pero inútilmente, pues el frio le obligó á volver sin haber obtenido ningun resultado. El *Santa Cruz* se hará á la mar el 30 de noviembre, y espérase que la estacion favorecerá su tentativa. Este buque debe dirigirse primeramente á Chubut, desde donde marchará á la Bahía de los Desvelos, para explorar costas poco conocidas. En febrero comenzará á remontar el rio Deseado. La expedicion, mandada por el capitan Villarino, se compone de varios guardias marinas y diez tripulantes.

* * *

EL ISTMO DE KRAU.—Los diarios de Siam, de Java y otros continúan discutiendo sobre el proyecto del canal de Krau; el que se publica en Batavia emite la opinion de que las Indias neerlandesas están muy interesadas en el asunto, y que si se realiza el plan deben estar representadas en la Comision internacional cuya formacion se propone.

Parece haberse descuidado un punto importante, y es que nunca se ha practicado una exploracion conveniente por la parte occidental desde el Birman hasta Penang, de modo que en las cartas geográficas sólo se indican islas y peligros, segun los cálculos inseguros de viajeros que hicieron algunas observaciones.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 29 DE ENERO DE 1883 — NUM. 57

LUCIERNAGA, cuadro por A. Stevens

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La votacion del Consejo de Instruccion pública.—Exaltacion de Matilde Diez.—Vico y Oltra.—La instancia al ministro de Fomento.—*Les matinées espagnoles*.—Inconvenientes de ese periódico.—El crímen de la calle del Florin.—El luto en Vista-Alegre.

En la misma noche del dia en que fué conducido al cementerio el cadáver de la eminente actriz doña Matilde Diez circuló por Madrid una noticia que llenó de asombro á los amantes del arte escénico.

Era la siguiente:

El Consejo de Instruccion pública habia puesto á votacion su dictámen sobre la provision de la cátedra vacante en el Conservatorio, resultando este número de votos:

13 á favor del Sr. Oltra;
6 á favor del Sr. Vico.

¡Coincidencia singular!

Aquella tarde, todos los literatos, todos los escritores, todos los autores dramáticos, todos los artistas de los teatros madrileños habian tributado una manifestacion de entusiasmo y de cariño á la que fué durante tantos años valiosa joya de la escena dramática, formando detrás del carro fúnebre un brillante y numerosísimo cortejo.

Las coronas amontonadas junto al féretro eran la verdadera expresion gloriosa de la actriz que nos abandonaba. Las tiernas ceremonias ocurridas en las puertas de todos los teatros, cubiertos de gasas, sembrados de hojas de laurel y ocupados por las más distinguidas actrices de esta corte revelaban á la apiñada multitud reunida en las calles del tránsito que hay todavía corazones sensibles y almas levantadas para apreciar el valor del arte patrio y pagar con lágrimas de agradecimiento las emociones experimentadas desde un palco ó una butaca.

La compacta fila de admiradores de la gran actriz encaminábase llena de fervor artístico hácia el cementerio, renovando los gratos recuerdos de otros dias, imaginando á la finada en los mejores tiempos de su esplendor dramático, sacando á colacion sus triunfos en las tablas, narrando sus glorias, evocando los personajes, los tipos, los caracteres creados por aquella mujer de extraordinarias facultades, y regocijándose de que latiese vivo en el pecho de los españoles ese fuego sagrado del arte que es una de las mejores enseñas del adelanto de un pueblo.

Aquel cadáver encerrado á la sazon en estrecho féretro habia representado una serie inmensa de figuras artísticas.

La fastuosa reina, la sencilla aldeana, la bondadosa dama, la solícita madre, la amante apasionada...., todos los matices de la pasion y del sentimiento, abnegacion, ira, celos, altivez, goces tranquilos, acentos conmovedores, actitudes trágicas y rasgos cómicos... todo se habia albergado en aquella alma grandiosa, dúctil como la cera á las más variadas manifestaciones de la naturaleza humana.

Los concurrentes al entierro veian pasar como en vision luminosa, alrededor del enlutado vehículo, una interminable procesion de formas plásticas representando la vida artística de aquella gran maga del teatro que iba á ser dentro de poco abandonada á la soledad del cementerio.

Y la multitud entusiasta se decia:

—No es posible que exista hoy en Madrid quien no se sienta inflamado por el brillo y el esplendor del arte. Sobre la tumba de Larra floreció un Zorrilla. La tierna despedida que hacemos en este momento á los frios despojos de la que tantas veces sublimó nuestro espíritu con sus creaciones maravillosas, es prenda segura de que en la patria de Latorre, Maiquez y Romea alienta poderoso el instinto del premio á los grandes artistas.

¡Ay!... lo he dicho ántes: ¡coincidencia singular! En aquellos instantes, miéntras los admiradores de Matilde Diez iniciaban una suscricion para levantar un mausoleo que perpetuara la memoria de la esclarecida artista, celebrábase en el Consejo de Instruccion pública la famosa votacion que ponia los indiscutibles méritos del Sr. Vico muy por debajo de las facultades del Sr. Oltra.

* * *

Una exclamacion general fué el resultado de los votos del Consejo.

Dejando aparte al Sr. Valero, que es ya una preciosa reliquia de la gloria escénica española, tres distinguidos actores comparten hoy en Madrid el justo y legítimo favor del público.

Don Rafael Calvo y D. Antonio Vico para el drama, y D. Emilio Mario para la comedia.

Ahora bien; la Real Academia Española habia propuesto al Ministro de Fomento el nombre del Sr. Vico para llenar la vacante del Conservatorio.

Parecia que esta eleccion habia de ser decisiva. ¿Qué Cuerpo se halla en mejores condiciones que la Academia, donde se albergan nuestros principales autores dramáticos, para designar al profesor que enseñe á los jóvenes alumnos los secretos del arte?

El Consejo de Instruccion pública, sin embargo, ha opinado de distinta manera. Y tras muchas vacilaciones ha lanzado á los vientos de la publicidad su votacion asombrosa.

¡Trece para Oltra; seis para Vico!

Si hay en el extranjero álguien que pretenda seguir con algun interés el movimiento artístico de España, dirá viendo la decision del Consejo de Instruccion pública: «¡Don Francisco Oltra es el primero de los actores españoles!»

Hé aquí cómo trata de escribir la historia el Consejo de Instruccion pública.

* * *

Pasaron dos ó tres noches, y se estrenó por fin, con desgraciado éxito, en el teatro de *Apolo*, el drama de Aniceto Valdivia *La muralla de hielo*.

Un estreno en Madrid es un espectáculo curiosísimo. Allí asisten desde luégo todos los autores dramáticos y los críticos que han de enaltecer ó deprimir al dia siguiente en sus respectivos periódicos la obra estrenada. Y llevados por la novedad, acuden tambien al coliseo bellísimas damas, distinguidos hombres públicos y una multitud de personas que discuten durante los entreactos en los pasillos, sembrando los departamentos del teatro de agudezas, chistes, frases más ó ménos oportunas, y acogiendo finalmente al autor y á los actores, ora con frenético aplauso, ora con frialdad terrible, ó lo que es peor aún; con inflexible y ruidosa protesta.

En la noche á que me refiero formóse un corro alrededor del eminente autor dramático D. Manuel Tamayo y Baus; y como era natural volvióse á hablar de la votacion del *Consejo*.

—¡Eso no puede quedar así!

¡Es necesario que protestemos!

—¡La prensa está unánime á favor de Vico!

—¡Y la Academia!...

—¡Y la opinion pública!

—¡El ministro puede optar!

—¡Si no hubiese caido Albareda!... Dicen que él mismo habia dado ya la enhorabuena á Vico....

—¿Qué hará el Sr. Gamazo ahora?

—Pues... ¿qué ha de hacer sino inclinarse á favor de Vico y de la Academia?

—Esto es lo racional, lo lógico.., lo artístico.

—¡Deberíamos dirigir una solicitud en este sentido al ministro!

—¡Yo firmo!

¡Yo tambien!

—Y yo....

—Y yo....

El entusiasmo no reconocia diques.

El autor de este artículo se declara uno de los más fervorosos sostenedores de la candidatura de Vico.

Si la competencia hubiese surgido entre el primer actor de Apolo y alguno de los otros dos notables artistas ántes mencionados, el autor de este artículo hace solemne juramento de que habria permanecido neutral esperando el resultado.

¡Pero entre Vico y Oltra!

Imposible.

Y conste que no se trata aquí de las buenas condiciones morales del Sr. Oltra. Es un excelente sujeto, digno de todas las consideraciones. Es buen amigo, buen ciudadano...

Pero no puede brillar ni con mucho en la lista de los buenos actores.

Y aquí encaja perfectamente aquel latinajo de:

Amicus Plato sed magis amica veritas.

Se redactó, pues, la instancia aquella misma noche, y en un momento se cubrió de firmas.

La lista ha permanecido tres dias en la redaccion de *El Globo* para que fueran á firmarla los admiradores de Vico, y cuando esta desaliñada revista llegue ante los ojos de los suscritores de la *Ilustracion artística*, el señor Ministro de Fomento habrá visto ya que los autores dramáticos, los poetas, los publicistas, los críticos, levantan sobre el pavés la candidatura del Sr Vico.

* * *

Un baron que no es varon, ha empezado á publicar un periódico español que no está escrito en lengua española.

Trátase del Baron Stock, pseudónimo que usa doña María Leticia Bonaparte, hoy esposa del Sr. Rute, y de su nueva Revista *Les matinées espagnoles*.

Despues del banquete dado á la prensa de Madrid, todos los periódicos se han deshecho en hipérboles respecto á la idea de esa publicacion extraordinaria.

Yo puedo hablar sin que el estómago me tache de desagradecido. Voluntariamente no asistí á la comida, donde reinó, segun afirmacion de mis compañeros, grata cordialidad y expansiva alegría.

Hubo sobre todo, á los postres, un bríndis elocuentísimo del Sr. Castelar, y una lectura de un poema provenzal hecha con todo el entusiasmo que D. Víctor Balaguer dedica á estos asuntos.

Pero el pensamiento de un periódico español redactado en francés me parece raro.

¿Cultivamos nosotros tan acertadamente la lengua de Cervantes para que vayamos á engolfarnos en las dificultades del idioma de Montaigne?

Aparte de que *Les matinées espagnoles* me parece un título bastante enigmático.

Nosotros no tenemos *matinées*; nos levantamos tarde, empezamos á vivir al hallarse el sol á la mitad de su carrera... y sólo de noche es cuando el español ó mejor dicho, el madrileño (puesto que no se puede negar que hay en España poblaciones madrugadoras) muestra toda su actividad, su pasion, su ardor por los placeres, su ingenio y su desenvoltura.

En una palabra, *Les matinées espagnoles* me hace el efecto de un periódico escrito para los serenos y para los conductores de burras de leche.

El Baron Stock hará muy bien en repartir á cada suscritor un diccionario de la lengua francesa.

* * *

La semana ha terminado con dos catástrofes. Una, el crímen de la calle del Florin, que ha estado al principio cubierto con horrible misterio, y que desde la declaracion del propio marido de la mujer asesinada empieza á arrojar fulgores espantosos sobre lo que indudablemente debe ser un terrible drama doméstico. ¡La mujer cosida á puñaladas y el esposo detenido é incomunicado por órden del juez!

Esto es bastante para dar idea de la cruel tragedia, áun ántes de que el secreto de la sumaria pueda ser revelado públicamente.

Ya volveremos á ocuparnos de ese crímen.

El otro suceso triste de la semana es la imprevista muerte del marqués de Salamanca.

Su preciosa quinta de Vista Alegre nunca se ha visto tan enlutada como estos dias.

El popular marqués ha muerto casi en la ruina.

Hizo fortunas considerables, tuvo caudales inmensos, gozó, disfrutó, dominó como dueño y señor absoluto.

A su sombra se han levantado muchas riquezas. Un fausto brillante y un refinado gusto artístico fueron los instintos más poderosos de su vida.

A pesar de su ruina ha dejado un caudal inagotable.

¡El tesoro de las agudezas, de los rasgos de carácter, de las anécdotas que los periódicos han explotado estos dias!

¡Sobre la tumba del marqués de Salamanca ha florecido el ingenio!

PEDRO BOFILL

Madrid 24 enero 1883

NUESTROS GRABADOS

LUCIERNAGA, cuadro por A. Stevens

Hemos de convenir en que ni el arte ni la literatura están siempre felices en sus comparaciones. Si nosotros perteneciéramos al bello sexo, elevaríamos una protesta formal á las regiones donde se elaboran esas figuras retóricas nada lisonjeras para la mujer. Comparar una hermosa dentadura femenina con un despojo de los horribles colmillos de un elefante, no debe ser del todo agradable para la interesada. Decir que su seno es alabastrino, que su cabello es sedoso, que por su esbeltez es semejante á la palmera, no es más de agradecer por parte de un original irreprochable. ¡Bonita estaria una dama con un pecho de mármol, una madeja por pelo y con el talle del rústico árbol del bosque africano!. Estas consideraciones son aplicables al cuadro de Stevens que reproducimos. ¿Por qué llamar luciérnaga á la hermosa señorita que el autor nos exhibe? ¿Qué relacion plausible cabe establecer entre esa irreprochable belleza y el bicharraco cuyo nombre ó cualidades se la han atribuido por el pintor? Generalmente los puntos de comparacion son la hipérbole de una virtud ó defecto: así decimos es más paciente que Job, es más falso que Judas.... Pero ¿qué condiciones tiene una luciérnaga para que, bien se las exagere en pro, bien se las exagere en contra, puedan aplicarse á una mujer tan bonita como la de nuestro cuadro? La luciérnaga es un insecto insignificante cuya única cualidad notable es brillar en la oscuridad.... Pues nuestra dama será tanto más admirada cuanto mayor sea la claridad que nos permita examinar sus facciones. No hay que darle vueltas: el artista ha empleado una metáfora impropia y poco delicada; y sin embargo no puede negarse que siente y comprende la belleza; y no sólo la comprende sino que la fija en el lienzo. Bastaria para demostrarlo la exhibicion de *la luciérnaga*.

LA LUCHA EN EL DESIERTO, cuadro por L. Beckmann

Halláronse frente á frente los dos colosos y ambos se apercibieron á la lucha. Como en un mismo trono no caben dos reyes, en el desierto no caben dos rivales. El leon, lleno de salvaje majestad, contempló á su adversario como el noble contendiente contempla á un miserable competidor. El tigre, por el contrario, lanzó al leon una mirada torva, oblicua, la mirada del traidor que de buena gana mataria á mansalva á su adversario emponzoñando el aire que este respira. Un doble rugido, agudo, atronador, horrible, capaz y sobrado para helar la sangre en las venas del pacífico viajero, preludió el mortal combate, bien así como los antiguos trompeteros daban la señal de la lucha en las arenas del Circo ó en el palenque del torneo. La agresion partió del tigre: su elástico cuerpo cruzó el espacio con la rapidez del rayo, y abiertas las fauces, tendida la cola, al descubierto las garras,

se lanzó sobre su enemigo. El leon, erizada la melena, mostrando los poderosos colmillos, pegada á la mandíbula inferior la lengua sanguinolenta, opuso á la agresion de su adversario el poder de su testuz en que no hacen mella las mismas balas de los cazadores, y la fuerza de sus musculares patas, hechas al parecer para destrozar las duras peñas. Un combate entre tales titanes no puede prolongarse mucho tiempo: la sangre de los contendientes empapa mezclada el pantanoso suelo, y pronto el tigre es derribado y siente sobre su pecho la planta del enemigo, que se goza en su vencimiento ántes de rematar al vencido. Crúzanse sus miradas impregnadas de odio á muerte; confúndense sus rugidos como se nos figura que han de confundirse los de los condenados en el infierno; y algunos instantes despues, el leon, tras haber hundido el hocico en las entrañas de su víctima, se aleja grave y altanero en busca de su hembra, que á su modo festeja la victoria del rey de las selvas.

Tal es la escena reproducida por Beckmann con una verdad que demuestra el estudio que ha hecho de los terribles felinos.

EN EL TALLER, cuadro por Conrado Kiesel

¿A quién contempla la linda y elegante jóven que fija la vista en el rico cuadro expuesto en ese caballete? ¿A su padre?.... No es la expresion del respeto la que su semblante revela. ¿Es á su novio? Parécenos que no se desprenden de su mirada los efluvios del amor.... ¿A quién, pues, contempla la línda y elegante jóven?.... Tentados estamos de decir que se contempla á sí misma y que no se encuentra del todo mal.

Hay en la expresion de su semblante cierta fruicion sin calor y en la manera de recogerse el vestido cierta ingenua coquetería, que denotan una satisfaccion íntima inspirada por la conviccion del propio mérito, que no degenera en ridícula petulancia.

La obra de Kiesel pertenece á un género que pudiéramos llamar elegante; es agradable porque la juventud y la hermosura y la moda lo son siempre; está bien ejecutada, y á pesar de representar una escena de la vida real, no carece en absoluto de ideal poético. Pero hemos de decir una vez más que por ese camino no realiza la pintura sus altos fines que, como dice muy bien un crítico, no se cumplen con el simple recreo del sentido de la vista. Con semejantes fuentes de inspiracion es posible que se llegue al figurin perfeccionado, pero es muy difícil elevar el arte á las esferas de la sublimidad.

UN JEFE DE TRIBU ARABE, copia de fotografía

Buen tipo, ciertamente.... Ese rostro ha sido tostado por el sol de Africa, esas arrugas descubren la dura vida de nuestro personaje, esa mirada escudriña las eventualidades del peligro en el inmenso ámbito del desierto; ese traje no ha sido ridiculizado con agregacion de prenda alguna usada en la aborrecida Europa....

¡Buen tipo; buena fotografía; buen grabado!...

El taller de Hans Makart

Pasaron aquellos tiempos en que Bartolomé Estéban Murillo pintaba su famoso San Antonio por un mezquino puñado de plata, que hoy se paga por una acuarela de principiante. Lo que ha sido posteridad para Rafael, Velazquez, Vinci y el Ticiano, es hoy dorado presente de los afortunados príncipes del arte. A una exageracion ha sucedido otra, y sin que nosotros queramos poner tasa á las obras del genio, creemos que es de sorprender, por ejemplo, que ni Cavour, ni Thiers, ni Bismarck, ni Beust, ni los grandes hombres de Estado á quienes se debe una nacionalidad próspera, hayan recibido por recompensa de sus trabajos, el dinero que han costado últimamente media docena de cuadros de Fortuny.

Prueba es de ello el taller que posee en Viena el insigne pintor Makart, con cuyos efectos pudiera decorarse el palacio de un soberano. Esto, despues de todo, dice algo á favor de nuestros tiempos; pero es de temer que, á puro decir mucho, diga demasiado.

Embajada del rey Ladislao de Hungría á Cárlos VII de Francia

El cuadro de Brozik representa el momento en que el rey Cárlos VII de Francia recibe la embajada enviada por el desgraciado Ladislao Póstumo rey de Hungría y Bohemia, para pedirle la mano de su hija la princesa Magdalena. En este lienzo, que es reflejo fiel de una de las escenas de la edad media, se advierte la rudeza de los personajes, más acostumbrados á ceñir el pesado arnés y á vivir en medio de continuas luchas que á frecuentar dorados salones y á observar las reglas de la etiqueta, tan de rigor en épocas posteriores. Por esto se ven en el personal de la embajada individuos de ambos sexos que no guardan la severa apostura propia de tal acto, y por esto tambien la princesa solicitada se levanta de su asiento y se adelanta á escuchar el mensaje, haciendo caso omiso de sus padres, que permanecen sentados detrás de ella, rodeados de sus ministros. Por lo demás, los tipos son característicos, estando perfectamente expresados los de la guerrera Hungría de aquella época y los de la Francia clerical de los últimos años de Cárlos VII, precursora de la no ménos fanática de su sucesor el astuto Luis XI.

¡HASTA LA VISTA!

Si los acontecimientos de la vida del hombre; si la serie, cada dia más larga, de crímenes, desdichas, injusticias y catástrofes que afligen á la humanidad, no tuvieran su orígen y quizá su ignorada explicacion en misterios impenetrables para los ojos humanos; en una palabra, si Dios no escondiera en sus inescrutables designios, la razon (siempre oculta á la nuestra) de las eternas desdichas con que la criatura humana tiene que luchar, y ser vencida por supuesto, en este valle de lágrimas, nuestro pobre y desventurado planeta sería el peor de todos los mundos posibles. Un filósofo de la antigüedad, no sé si *cínico, epicúreo*, ó *estóico*, habia llegado al borde del sepulcro, y de todas sus filosofías sólo conservara en su turbado cerebro un odio terrible hácia la vida que por momentos, y para dicha suya se le escapaba. Otro filósofo amigo suyo, creyó consolarle en aquel amargo trance diciéndole: «Valor y serenidad, Aganipo, ó Meriteo, ó Fórtocles; vas á dejar este mundo y dentro de pocas horas penetrarás por dicha tuya en el otro.—¡Otro todavía! murmuró el moribundo; pues si despues de este, nos aguarda aún otro, ¡viven todos los dioses conocidos y por conocer! que no valia la pena de morirse.»

Hé aquí por qué sin duda los ateos pasan por alto sobre todos los misterios de la revelacion; apénas se fijan en los artículos de la fe, más ó ménos parabólicos, de todos los dogmas religiosos; miran con indiferencia casi todas las ceremonias del rito; asienten á todos los preceptos de moral y hasta de higiene en que están basadas todas las teogonías y religiones conocidas, y sólo gritan, gesticulan y alborotan para afirmar que el hombre, el mundo y la humanidad no tienen más que un *hoy* positivo, tangible y fatal. Niegan á Dios y borran por lo tanto del hombre y de la humanidad el *ayer*; niegan la inmortalidad del alma y arrancan de la humanidad y del hombre el *mañana*. Rompen de este modo la cadena eslabonada que empieza en *Adan* y termina en el *Antecristo*. No existiendo el pasado de nuestros padres, no existe para ellos la dura ley (justa y providencial segun el Catolicismo) de que todos paguemos durante siglos y siglos la culpa que aquellos cometieron; negando la causa niegan el efecto y segun su lógica *humana*, ni Dios fué Dios, ni Jesucristo su hijo, ni Mahoma su profeta. Al ménos los ateos, y hay que confesarlo en justicia, son lógicos consigo mismos y con sus ideas; negando á Dios, hacen á la naturaleza responsable de todo lo malo que por el mundo existe, y no haciendo del *mal* y del *bien*, más que dos elementos espontáneos del cosmos natural y del légamo social, libran á la divinidad de las emanaciones de impenetrabilidad egoista y de injusta omnipotencia con que la adornan algunos de los que se tienen por creyentes y religiosos.

Hoy que la soberbia humana analiza, pesa y explica á su manera científica y lógica, lo que sin la *fe*, no puede comprenderse ni explicarse; hoy que los que alardean de *creer*, quieren darnos la explicacion de *porqué creen* sin comprender que las creencias *se sienten* y no se explican: hoy que se interpretan y se explican la revelacion, el decálogo y los misterios, como se resuelve un problema matemático, y hoy por último que se cuestiona sobre lo que es incuestionable, es más preciso que nunca que se deslinden los campos y se haga la luz, sencilla y clara, sobre este cáos filósofo-religioso, que nos conduciria muy pronto, dejándole extenderse sobre nosotros, á una oscuridad más terrible que el cáos primitivo. Creer ó no creer, parodiando á Shakespeare, esta es la cuestion. ¿Tiene el hombre fe? Pues la fe es ciega: hay que creer á ciegas; reconocer que la razon humana jamás comprenderá á la razon divina, y aceptar el mundo tal como es; el bien y el mal tal como existen, y la vida futura tal como se nos ha prometido, sin modificaciones, sin cortapisas y sin arreglos. ¿Duda el hombre? ¿Pretende explicar á su modo lo que Dios no se ha dignado explicarle? Pues entónces el hombre es el mismo ángel rebelde de la creacion; y el Adan moderno, no es ni más ni ménos que el mismo Adan del paraíso, comiendo en público en Universidades y Ateneos la fruta del árbol prohibido. Si Dios con su omnímodo poder ha hecho oscuras é impenetrables las contínuas escenas de la comedia humana, alumbrada eternamente por el magnífico sol que brilla en el espacio, ¿no es ridículo que el hombre pretenda verlas y explicarlas con la misma pobre luz eléctrica con que ilumina de noche los paseos y los teatros de la tierra?

Todo este exordio tiende á probar una verdad tan inconcusa que no necesitaria probarse, si la malicia no tuviese la costumbre de interpretar á su gusto lo que ofrece alguna duda, por pequeña que sea. Esta verdad es que «Dios creó el mundo,» pero que no sabemos cómo ni porqué: que el bien y el mal existen en la tierra y en el hombre, aunque ignoramos para qué y cómo; que despues de esta vida hay otra imperecedera y que en ella, aunque no sabemos de qué modo, la eterna y divina justicia acabará con todas las desdichas y las injusticias humanas, con mucho más acierto de seguro, que lo harian, á tener poder para ello, todos nuestros modernos *filósofos-creyentes* ó *dogmáticos-explicativos*.

De nada de estas sutilezas intelectuales entendia el buen Andrés, muchacho de 14 años, que en el de 1840, vivia oscura y pobremente en un pueblo de la provincia de Madrid, donde yo le he conocido este verano, con la cabeza blanca y el paso vacilante é incierto. Habia muerto su madre al darle á luz, y su padre, ocupado como jornalero en las labores del campo, labraba las tierras ajenas, por no tener ni un puñado de tierra propia sobre que caerse muerto. Creció Andresillo jugando por las calles del pueblo, asistiendo dos ó tres veces al mes á la escuela pública, y viviendo del milagro harto comun de la caridad de las vecinas. El viudo pensó, ó realizó sin pensarlo, unas segundas nupcias y dió su negra y curtida mano á una moza alegre y vivaracha, que no quiso llevar á su matrimonio recuerdo alguno y ménos un recuerdo viviente de su difunta antecesora. Andresillo quedó excluido de la nueva familia y no volvió á pisar el desvencijado desvan de la casa paterna. Creció solo y á la ventura; durmió en corrales y porquerizas, y desarrolló sus infantiles fuerzas cogiendo nidos de tórtolas y mirlos en los árboles, conduciendo por algunas monedas de cobre maletas y sacos de noche desde la Administracion de diligencias á las posadas del pueblo, y volteando las campanas en la torre los dias de grandes solemnidades.

Algunas raterías, no pocos puñetazos y escándalos causados por el abandonado Andresillo, que cumplió los 14 años, sin saber él mismo cuándo, despertaron en las gentes del país la olvidada idea de que el chico tenia un padre, responsable hasta cierto punto, segun las leyes divinas y humanas, de sus calaveradas y atrevimientos. Una paliza dada por nuestro héroe al hijo del secretario del ayuntamiento, hizo tomar á la autoridad cartas en el asunto, y el padre de Andrés fué amonestado para que recogiera al muchacho, y se preparara á pagar los daños y perjuicios que por vía de indemnizacion, habia de satisfacer con el tiempo á los ofendidos y apaleados. El padre, que jamás habia caido en la cuenta de que lo era, cogió el cielo con las manos y un garrote de mayor cuantía, y agarrando de las orejas al rapazuelo, le intimó á puntapiés y á palos que se buscara la vida en otra parte. Condújole él mismo á la estacion, dióle un billete de tercera para Madrid, seis reales en cuartos y seis pescozones de cuello vuelto y se quedó tan sereno y tan majestuoso cuando el tren arrancó con direccion á la corte. Lloraba el chico en la ventanilla; y cuando por vez primera abandonó aquellas tierras no muy feraces dónde habia trascurrido su niñez desdichada, alzó los ojos al cielo y prorumpió en un *adios padre* y *adios pueblo mio*, capaz de ablandar á las piedras que no tienen hijos. El padre alzó la voz y con una risa *homérica*, contestó al mozo con un *¡Hasta la vista!* muy parecido al *hasta nunca* que solemos dar á los muertos.

Las desventuras de Andrés no son para contadas. Comió... porque Dios quiso; vistió de sobras y andrajos; durmió al *sereno y al turbio*, en calles y plazuelas, cargó baules, barrió mercados y concluyó como era natural por robar bolsillos y pañuelos. Algunos meses de cárcel le hicieron trabar amistad con maestros en el arte de adquirir lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y si no salió del Saladero de Madrid con alientos de salteador y con brios de asesino, fué sin duda porque Dios le destinaba en este mundo para víctima y no para verdugo. No pocas veces habia el chiquillo reflexionado en lo injusto de su suerte, y de todas sus reflexiones sólo sacaba en limpio aquel *¡hasta la vista!* de su padre, que le zumbaba en los oídos como una burla desalmada del autor de sus dias. Pero pasaron más años, y una tarde en que Andresillo arreaba las mulas tísicas de un ómnibus desvencijado que conducia gente de retorno de la plaza de los toros por la calle de Alcalá, quiso la casualidad que las mulas atropellaran á un señor gordo y que le hicieran rodar, con pérdida del sombrero, por el desigual empedrado. Al ver el chico que las ruedas delanteras del carruaje iban á destrozar el cráneo al inocente transeunte, se lanzó con un rápido movimiento sobre la lanza del ómnibus y recibiendo en el pecho un gran golpe, logró desviar á las mulas y librar de una muerte cierta al aturdido y magullado paseante. Paróse el ómnibus, se levantó de milagro el aturdido señor gordo, y vió todo el mundo bañado en sangre y perdido el conocimiento al pobre



LA LUCHA EN EL DESIERTO, cuadro por L. Beckmann



EN EL TALLER, cuadro por Conrado Kiesel

zagalillo que con exposicion de su vida habia salvado de la muerte á un desconocido. Este se interesó por el chico, condujéronle á la casa de socorro y continuó el ómnibus su marcha desvencijada á la puerta del Sol, desembarcadero en tales dias de vehículos antidiluvianos y carrozas flamantes. Y cátate, segun toda lógica, mejorada la suerte de Andresillo, si la gratitud humana no es un sueño. En efecto, el señor gordo, que con cepillarse el gaban y comprarse otro sombrero habia podido remediar su desventura, visitó de cuando en cuando en el hospital á su libertador. Le dió tres duros el dia que pisó por primera vez la calle, y le ofreció su casa y cuanto se le ofreciera, si algun dia lo necesitaba. El señor gordo era un conocido prestamista de la calle de Toledo, que tenia almacenadas en estantes de pino, la mitad de las mantas del barrio, y en cuya casa de préstamos hallaban consuelo, mediante un setenta por ciento anual, todas las miserias humanas.

A los veinte años no hay sér, por desdichado que sea, que no tenga el mundo por suyo, y Andrés no volvió á ver á su *protector*, ocupado en amar, y ser correspondido, á una chica madrileña, rubia como unas candelas y con más garbo que todas sus compañeras de la fábrica de tabaco juntas. El chico estaba en vías de hacer fortuna, puesto que ya ejercia oficialmente el empleo de llevar, desde la grupa de diversos caballos con muermo, á la plaza de los toros á los picadores de reserva. Era probable que dentro de poco ocupara una plaza fija en las cuadras de los corrales del círculo taurino, ó ascendiera á segundo barrendero de la carnicería. La suerte, en forma de bola, le hizo sacar el número 3 del sorteo de la quinta de aquel año, y dió al traste con sus esperanzas y sus amores. Dábase el chico al diablo, porque su novia se daba, segun malas lenguas, á un banderillero acreditado, y porque la noticia que le dió de su nueva carrera, no la conmovió gran cosa. «Si no vas al servicio y si te casas conmigo dentro de dos meses, seré tuya—dijo la cigarrera;—pero ya ves ¿á qué está *una* en el mundo? Si tú sirves al Rey, y yo me quedo *sólida*, por fuerza tendré que hacer caso á *Sapito*, que así se llamaba el banderillero. Andrés oyó con lágrimas en los ojos á su amada y acordándose del prestamista, fué á contarle sus penas y á pedirle, en recuerdo de su hazaña, le diera el dinero suficiente para comprar un sustituto y celebrar su boda. El pobre prestamista, que no habia ganado aquel mes más que cinco mil duros con la venta de alhajas y ropas abandonadas, no *pudo* socorrer á Andresillo; que entrando en caja el domingo siguiente, salió para incorporarse al ejército de Africa el viérnes de la misma semana. No dejaron de ir á despedirle su novia la rubia, el banderillero que le suplantaba en aquel corazon femenino, y el gordo y *agradecido* prestamista. Lloraba Andrés sus segundas y más tristes lágrimas amargas; abrazóle sonriendo la futura banderillera y el señor gordo le dió una moneda de *cinco duros*, para cuanto se le ocurriera en el campo de batalla. Sonó el parche, emprendió su marcha la columna y entre la algazara de sollozos y gritos de madres y de hijos, distinguióse claramente la voz del usurero, que decia á Andrés *¡¡¡Hasta la vista!!!*

Batióse Andrés como todos: fué herido dos ó tres veces; salvó la vida al capitan, y regresó de Tetuan con una pierna menos, con su licencia absoluta y cincuenta reales de *fondo de masita*. Al despedirse de sus compañeros y de su capitan sobre todo, volvió á escuchar un nuevo *Hasta la vista*, que parecia ser la frase fatídica que celebraba siempre sus desventuras. Aún habia de oirla otra vez en situaciones más críticas.

Andrés tuvo la mala idea de volver á enamorarse, y la más infernal todavía de celebrar su matrimonio con una modistilla de taller, alegre y vivaracha, morena y graciosa, y que aceptó la mano del *cojo* y un destinillo de cinco mil reales que le ofrecia el veterano en la portería de un ministerio. Vivió Andrés feliz año y medio; pero un su amigo, que para esto suelen existir en el mundo, hubo de romantizar á la esposa del portero, y cátate que ambos *bebiendo la amarga copa* de los amores ilegítimos hicieron á Andrés el sér más desdichado de la tierra. No faltó quien previno al ofendido marido del papel que le hacia representar su consorte; la misma mano advirtió en un anónimo á los culpables, que su crímen estaba descubierto; y el suplantador de Andrés, hombre acaudalado, no se paró en barras, sinó que en el acto, acompañado de su amada se dirigió á la estacion del Norte y tomó para ambos dos asientos de primera en el exprés de Francia. El marido al regresar de su oficina encontró el nido conyugal vacío, corrió á la estacion desesperado y loco, y al penetrar en el andén, partia el tren que se llevaba su ventura. Asomados á una ventanilla, vió á su mujer y al seductor, y cuando él prorumpió en un *¡infames!* que no llegó á los oidos de nadie, su procaz esposa y su fiel amigo, alzando la voz y en medio de una sonora carcajada, le dijeron agitando sus pañuelos *¡Hasta la vista!*

*

Pasaba yo este verano por los alrededores de Valdemoro; habia caido la tarde, y á la incierta luz crepuscular, regresaba al pueblo en compañía de dos amigos, vecinos antiguos de aquella localidad. Un hombre de sesenta y cuatro años, pero que representaba los setenta, se acercaba con paso desigual é incierto hácia nosotros. ¡Qué maldito encuentro! exclamó uno de mis acompañantes. ¿Pues quién es ese hombre? le dije yo.—Es *Andrés*, el sepulturero, me contestó mi amigo. Hombre raro y extraño, que no se trata con nadie, y á quien casi nadie saluda. Vive solo en el cementerio y solo sale á dar una vuelta como las lechuzas á la caida de la tarde. Diríase que tiene aficion á su oficio, pues siempre tiene preparadas las sepulturas en el Campo Santo, y él sólo trabaja en su desagradable tarea, desde hace treinta años, con una asiduidad y una sonrisa que hielan de espanto á cualquiera. No habla palabra, y como es natural, todo el mundo evita su encuentro. Lástima que nosotros no podamos ya hacerlo.

Tenia razon mi amigo: el callejon estrecho por donde caminábamos, no podia ser abandonado sino volviendo atrás, y esto más hubiera parecido una fuga que un paseo. A los dos minutos nos cruzábamos con el misterioso y antipático personaje. Arrimámonos á la pared de un lado lo más que pudimos y dejamos á Andrés dueño de casi todo el callejon. Los tres á un tiempo y maquinalmente dijimos al tropezar con él: *Buenas tardes, tio Andrés*. Este alzó los ojos... nos miró de arriba abajo y con una sonrisa incopiable y un amistoso movimiento de despedida hecho al aire con su mano derecha, heló la sangre en nuestras venas diciéndonos: *¡¡Hasta la vista!!*

Esta es la única frase que le han oido todos los habitantes de aquel pueblo, desde hace treinta años, y él *solo* y diciendo esa sola frase lleva ya enterrados en aquel pueblo *seis mil* séres humanos. Fuerza es confesar, que á ser hombre, no hubiera podido elegir mejor oficio ni frase más terrible el *ángel de las venganzas*.

LUIS MARIANO DE LARRA.

UN BUEN PARTIDO

Hé aquí una frase sobre la cual se podrian escribir volúmenes de filosofía moral, si yo tuviera tiempo y gana de hacerlo.

Desde que nací estoy oyendo calificar con esta especie de epíteto á una porcion de personas de uno y otro sexo, y todavía no he podido enterarme si es cosa buena ó mala la tal calificacion.

—¿Conoce V. á Fulana?—¡Ya lo creo! ¡Y á toda su familia! Ahí tiene V., ese es un buen partido.

—¿Sabe V. que Mengano se casa con Fulanita? —¡Hombre, qué me cuenta V.! Pues hace una gran boda: él es un buen partido.

Y no se diga que estas calificaciones son hijas de la ignorancia ó de las preocupaciones del vulgo; todo lo contrario: para que un hombre y una mujer sean un buen partido ha de preceder siempre que lo declare así la opinion general de la mayoría de los padres y las madres; es decir, de los séres más dignos de respeto que en la tierra existen.

El tipo sublime del amor es sin duda el amor maternal; nada hay comparable al sentimiento que derrama sobre su hijo el corazon de una madre. Pues bien: preguntadle á la madre más cariñosa, qué desea, qué busca, qué quiere, qué ambiciona para sus hijos, y os contestará, de seguro: — Que encuentren un buen partido.

Un buen partido ha de ser, no cabe duda, lo mejor, lo más perfecto que en la humana criatura pueda darse; mas luégo salgo por esos mundos de Dios, buscando esos séres privilegiados que han merecido la declaracion y calificacion de buenos partidos y... ¡cielo santo, lo que suelo encontrarme!

Recuerdo que un dia me contaba cierto amigo mio, alabándome las gracias de su hijo predilecto, que habiéndole preguntado qué queria ser, el tierno infante contestó con singular donaire, que huésped; y era, «vea V. el talento del chico, me decia el padre entusiasmado, porque en casa el dia que habia huéspedes sacaba su madre los dulces y las conservas más exquisitas y reservadas. Estoy seguro que cuando sea hombre este chico, conocerá y sabrá qué son y dónde moran los buenos partidos.»

Despues de estudiar detenidamente la materia, he venido á sacar en limpio que un hombre puede ser buen partido, siendo ciego, calvo, feo, enclenque, tonto, ignorante, de orígen popular y hasta de raza dudosa; y que una mujer puede ser buen partido, aunque tenga el talle tan ancho como las espaldas, y cuente doble edad que el galan que la enamore, y sea viuda de señor mayor, y tenga las mismas dimensiones en longitud, latitud y profundidad, y en fin, lo que es peor, aunque se pase el dia leyendo á Lamartine y á Víctor Hugo, sin dar jamás una puntada en blanco.

A un padre que busca la felicidad de su hijo, no es lo que más le importa que la mujer con quien este va á unirse para toda su vida, sea vieja, regañona, fea y repugnante (yo he encontrado muchos buenos partidos en quienes sobresalian todas estas cualidades); á una madre que se va á separar para siempre de su hija, le preocupa tambien poco ó nada que el hombre á quien va á entregar aquel pedazo de sus entrañas, no posea ninguna de las cualidades que la imaginacion desea en el objeto amado.

Ni la juventud, ni el talento, ni la gracia, ni la hermosura, son cualidades que constituyen en uno ni otro sexo lo que se llama un buen partido; esto es lo que me sorprende; hé aquí para mí lo desconocido, lo raro, lo incomprensible, lo verdaderamente tenebroso del problema.

Para llegar á ser un buen partido, fuerza será poseer alguna virtud santificante, ante la cual desaparezca todo género de defectos. Yo he visto buenos partidos-hombres á pié y en coche; espléndidos y miserables, groseros y corteses. He visto mujeres buenos-partidos, angelicales y coquetas, licurgas é ignorantes, agrias y dulces, hermosas y feas, aunque este género en cantidad mucho más abundante.

Como dicen ellas, con un poco de talento, se consigue de un buen partido todo lo que se quiere, y luégo con paciencia lo va una acostumbrando á sus mañas; en la edad de las pasiones, las cosas no se ven bajo su verdadero punto de vista; el romanticismo ha perdido al mundo; nada hay tan ridículo como el *bourgeois* «contigo pan y cebolla»; el amor es una ilusion pasajera; lo que en la tierra existe es el cariño, y al cariño ¡le gusta tanto andar en coche, vestir galas y tener buena mesa!

¿Quién me negará desde este gran punto de vista, la irresistible seduccion de un buen partido? ¡El amor verdadero es tan exigente, tan quebradizo!... todo le asusta, todo le sobresalta, le espanta una mirada, un gesto le pone fuera de sí, una lágrima le parte el corazon. El cariño es dócil, está más en los límites naturales y tranquilos de la vida, busca los placeres, no es desconfiado ni huron, le divierte el teatro, le gustan los bailes, sin incomodarse porque tenga el traje más ó ménos bajo el escote, es generoso, y por consiguiente, nada egoista: amigos se pueden tener uno, dos, tres, en fin, los que hagan falta para pasar la vida sin aburrirse.

¡Es tan agradable la sociedad, adornan tanto las perlas!... No hay mujer fea con una *toilette* elegante; los sombreros hechos en Madrid son horribles, y... ¡no tener más que un carruaje!... el coche cerrado sólo lo comprendo cuando llueve: sin un *clarence*, una carretela y una victoria, la vida se hace inaguantable... ¡son tan bonitos los trenes á la *Dumont!*.. sobre todo en los dias de carreras... ¡y el turno del teatro de la Opera!... ¿quién repite tres veces un traje de baile?... ¡Y el verano en la corte!... ¡Uf! ¡qué calor! ¡qué polvo!

¡Biarritz de mi alma!... y más que Biarritz las orillas del Rhin, y más que las orillas del Rhin, las playas de Dieppe y la vueltecita á Paris en otoño, y las tiendas, y Mad. Worth, y los boulevares, y el teatro Italiano, y llamar durante el invierno la atencion de todo el mundo por la novedad y elegancia de los trajes!

¡Las ilusiones! ¡oh! las ilusiones duran poco, y un momento de arrebato suele pagarse luégo con una eternidad de sinsabores. ¡Dan tanto que hacer los hijos sin *damas de compañía* y sin preceptor!... por muy grande que sea la felicidad de encontrarse retratado en otro sér, en otro sér en cuya alma se reflejen las cualidades del objeto de nuestro amor, es tan azaroso pasar la existencia con escaseces! La buena sociedad sin duda impone sérias obligaciones, pero sabiendo guardar las formas, todo puede hacerse en el mundo. Además es necesario aceptar las cosas como son; el amor puro, la delicadeza de sentimientos, constituyen pocas veces el bello ideal de union que se sueña en los primeros años de la vida. Dígase lo que se quiera, de lo que un marido no se aburre jamás, es de una mujer bella que todo el mundo admira, y que constituye por sí sola la envidia de los mortales. Este es un hecho inconcuso y probado; sin galas no hay hermosura posible; negar esto es escribir novelas.

Por otra parte, ¿qué pago recibe el hombre que trabaja dia y noche para merecer el amor de la mu-

jer con quien se ha unido, á la que sin duda ama con delirante entusiasmo? ¿Llegará con sus esfuerzos á conquistar una posicion brillante? Imposible! ¡Vivir entre libros, entre cuentas rodeado de papeles! Un militar pobre es, por cierto, cosa bien poco bella, aunque tenga el cuerpo lleno de cicatrices y el pecho de honores; los ingenieros tan negros, siempre tostados por el sol de los caminos, ¿qué son sino albañiles un poco ilustrados? ¿Y los abogados? ¡Oh, la curia, la curia!... no hay nada tan apestoso como la curia! No me hable usted de política, ni de literatura, ni de versos.

. . . .

¡Debe ser tan divertido guiar desde un alto pescante cuatro caballos! ¡Qué bien está un jóven en un cabriolé y á caballo, en un caballo trotador, de raza, pura sangre! ¡Y qué posicion no ocupa en la sociedad el hombre de gran fortuna! Los que van á cenar, á comer, á beber buenos vinos, á fumar ricos vegueros, jamás preguntan de dónde ha venido el caudal del simpático anfitrion.

La humanidad tiene razon, el mundo marcha, estoy convencido, ganado, seducido: ¿quién se pára en pelillos? ¿Quién no compra esta deliciosa vida? ¡Valor, valor! por una caricia, un mundo de placeres; por un beso, una posicion social.

. . . .

Hace una tarde deliciosa; la naturaleza, embellecida con las galas de la primavera, convida al paseo; quiero respirar con libertad, ver gentes, caballos, mujeres hermosas...

—¿Quién es ese?

—¿No le conoces? el marido de Fulana. ¡Qué hombre con tanta suerte! Posee una inmensa fortuna; cuando estaba soltera esa mujer era el mejor partido de la corte. Fijé entónces la atencion en la criatura que le acompañaba, en aquella criatura que tenia la propiedad de un hombre, y que por pobreza del idioma, llamaba sin duda mi compañero de paseo, mujer.

¡Vírgen Santa, qué horror!

Un magnífico carruaje pasó por delante de mí: no sé qué me deslumbró más, si la elegancia del tren, ó la belleza de la mujer que en él iba: me detuve pasmado de tanta hermosura.

—¿No la conoces? me dijo mi acompañante.

—No, contesté.

—Vamos, tú estás tonto, no vives en el mundo; es la... de Fulano... una mujer de mucho mundo. Mira, me dijo señalándome á un airoso galan que al lado del carruaje corveteaba en un precioso caballo inglés.

—¿Es ese su marido?

—¡Quiá, hombre, por Dios! me dijo riéndose; su marido es viejo, feo y asqueroso, pero riquísimo; tuvo buen gusto, eso sí, porque podia escoger. ¡Cuántas se hubiesen dado con un canto en el pecho por pescarlo... era el primer partido de Madrid!...

La perspectiva de este doble consorcio y la risa de mi amigo me han arruinado; yo tenia una gran fortuna en lo porvenir.

El cielo me guarde y guarde á mis hijos y á mis nietos y á los hijos de mis nietos, de la dicha de encontrar un buen partido, aunque me llame tonto la humanidad entera.

E. DE LUSTONÓ.

PORTUGAL

EL CONVENTO É IGLESIA DE BATALHA

Despues de Alcobaça, Batalha. Esto es: despues de la fundacion del reino lusitano, conmemorada en aquel monumento, la consolidacion de su independencia, espléndidamente consagrada en este otro edificio, no ménos famoso. En 1139, trás la batalla de Ourique, es proclamado Alfonso Henriquez rey de Portugal; y nueve años más tarde, al conquistar á Santarem, pone la primera piedra de Alcobaça. En 1385, el maestre de Aviz vence en Aljubarrota á D. Juan I de Castilla; y á los dos ó tres años (que en ello no están fijas las opiniones) comienza á alzarse esta otra suntuosa fábrica, bajo la advocacion de la Vírgen, en la víspera de una de cuyas grandes fiestas —la del 15 de agosto—tuvo lugar la decisiva batalla. En una como en otra ocasion, se instituye un monasterio: por Alfonso Henriquez, para los cistercienses; por Juan I, para los dominicos: diferencia que corresponde á la que existe entre la civilizacion, espíritu y tendencias del siglo XII y las del décimo cuarto.

Emplazóse el templo de Nuestra Señora de la Victoria en un valle algo hondo, en las cercanías de Aljubarrota y teatro de la lucha; habiéndose ido formando á su alrededor y poco á poco un caserío. A causa de esta situacion, el monasterio y la iglesia—cuyo piso se halla bastante más bajo que el terreno que los rodea—en vez de presentar al léjos la imponente masa de sus pináculos, torrecillas y botareles, no se dejan ver hasta casi tocar á sus puertas; y todavía hay que descender ocho ó diez escalones para entrar en el templo. Sólo desde algun que otro punto se logra contemplar el edificio en totalidad: por ejemplo, desde el olivar que viste el cerro situado á unos 300 metros al Sur; ó desde el árbol plantado á la orilla derecha de una senda pedregosa que se dirige al N. O. (1); ó desde el puente cercano, en el camino de Leiria (2)

En la construccion intervinieron varios arquitectos: Alfonso Dominguez, de Lisboa (muerto en 1402), al cual se atribuye comunmente el plano de la obra; Huguet, ó Hacket, que suponen irlandés y autor de la capilla mayor; Martin Vazquez (muerto ántes de 1448); Fernan d'Evora, sobrino del anterior y que vivia en 1473; Mateo Fernandez (muerto en 1515), el más célebre de todos, autor de la Capilla Imperfecta y de la decoracion de los grandes claustros, y que se halla enterrado con su mujer en el suelo, al pié de la puerta principal ó de Poniente, bajo una hermosa piedra de estilo manuelino; su hijo, de igual nombre; Antonio Gomez, que vivia en 1551, y Antonio Mendez (quizá mero titular honorario), citado en 1578 (3). Como se advierte, la construccion pertenece á los tiempos del arte ojival en sus dos últimos períodos y al plateresco que caracteriza el reinado de D. Manuel —de quien recibe nombre—contemporáneo y yerno de nuestros reyes Católicos.

La parte más antigua de toda ella es la iglesia, terminada hácia 1416. Su planta es de cruz, con tres naves, desprovistas de capillas laterales, habiendo sólo dos pequeñas en cada uno de los brazos del crucero, á más de la mayor y la del fundador: en cuanto á la llamada «Imperfecta», no se halla realmente en el templo, segun despues veremos. Algunos quieren que esta falta de capillas, propia de la arquitectura gótica del siglo XIII, obedezca al influjo de la arquitectura inglesa (4). La mujer de D. Juan I, Felipa de Lancaster, nieta de Eduardo III de Inglaterra, dicen que invitó á un maestro de *free masons (francmaçons)*, su compatriota, Stephan Stephenson, para que se encargase de la obra; pero, sean suyos los planos, sean de Alfonso Dominguez, no seria extraño que hubiesen tomado parte en los trabajos algunos obreros y áun maestros ingleses, dada la semejanza que entre el templo de Batalha y la catedral de York reconocen esos críticos; si bien el carácter internacional—que podria decirse— de la arquitectura gótica, y de las cuadrillas que la inventaron y realizaron, debe imponer cierta reserva en la materia. Por lo demás Sousa refiere que Juan I «llamó de lejanas tierras á los más hábiles arquitectos conocidos»: lo cual se refiere sin duda á esas cuadrillas ó compañías ambulantes de francmasones.

Sigamos la descripcion del templo. Desde la puerta al arco de triunfo, que da ingreso á la capilla mayor, tiene 66 metros, que sumados á los trece de dicha capilla, componen en total 79 de longitud por 22 de ancho y 32 de altura máxima. De sus tres naves, la central tiene poco más de 7 metros de amplitud, y las laterales próximamente unos 4,50 (5). La falta de triforio ó galería aumenta en gran manera la elevacion de los arcos: y con la sencillez de los pilares, la traza del ábside y la terminacion de las naves en el crucero, recuerda todavía la sobriedad y robustez del estilo románico de transicion, distante de la riqueza que despliega ya por toda Europa la arquitectura del siglo XIV. Verdad es que la situacion geográfica de Portugal, á donde todas las innovaciones continentales debian llegar más tarde, podria quizá explicar esta curiosísima prolongacion de formas, á que los españoles estamos tambien acostumbrados: sirvan de ejemplo los templos góticos, y áun románicos de Segovia, edificados algunos de ellos cuando ya imperaban muy otros estilos en la arquitectura.

La capilla mayor es un verdadero y hermoso ábside, iluminado por 5 ventanas muy estrechas y largas, que llegan hasta el zócalo, ampliadas con otras 4 ricas y floridas. A los piés del altar mayor y embutido en los escalones que á él dan acceso, se halla el sepulcro de mármol blanco del rey D. Duarte «el elocuente,» hijo del fundador, y de D.ª Leonor, su mujer, con las efigies de ambos. El lugar que en un templo románico ocuparian los dos ábsides laterales, lo ocupan aquí las 4 capillas ya citadas, dos á cada lado, abiertas sobre el crucero; las de los extremos tienen ventanas, pero no las lindantes con la mayor. Comenzando por las del lado de la Epístola, ó sea, del brazo S., la primera, al lado de la puerta de este frente, es la del «valeroso maestre de Cristo», D. Lope Dias de Sousa. Construida en el mismo estilo que la principal, alumbrada por 3 largas vidrieras, encierra una pila bautismal románica, el sepulcro del héroe, sobre cinco leones, y otro adosado al muro y construido, como el retablo, de suntuoso mosaico de mármoles en estilo greco-romano.— En la inmediata, se halla el pobrísimo túmulo de madera que representa el que originariamente contenia los restos de D. Juan II; todo de escaso interés artístico. Mayor es el de las otras dos capillas, situadas en el hastial del N; en la última, está el sepulcro de mármol, que dicen pertenecer al príncipe D. Juan, malogrado hijo de Alfonso V y de D.ª Isabel: y en la primera y más próxima al altar mayor, el de un cardenal de la casa de Aveiro, cuyos blasones de piedra, picados y destruidos, á consecuencia de la decapitacion del Duque de aquella denominacion en tiempos de José I y el marqués de Pombal, dan muestra de uno de esos odios retrospectivos que han solido hacer flaco servicio al arte y á la sensatez de un país. Otras dos sepulturas hay en el templo, mucho más modestas, pero que merecen citarse, además de la ya mencionada de Mateo Fernandez, último de los grandes arquitectos de Batalha, á saber: la de Diego de Travassos, ayo de los hijos del célebre infante D. Pedro, duque de Coimbra é hijo del vencedor de Aljubarrota, cubierta asimismo por bella losa de mármol, y la de un oscuro héroe de esta batalla, soldado del romántico grupo *dos Namorados*, cuyos caballeros formaban en el ala derecha del ejército portugués.

En cuanto á los dos brazos del crucero, conviene observar, en el frente del del N., una larga ventana de estilo románico, sobre un retablo del XVII, restaurado, cuyas pinturas se atribuyen á la célebre Josefa de Óbidos; y en el del S., otra linda ventana gótico-florida.

A propósito de ventanas: las de este templo son muy grandes y rasgadas, como es uso frecuente en Portugal, donde desde tiempos antiguos parece haber existido, como hoy, cierta tendencia á una iluminacion profusa, en ocasiones excesiva, cuyo efecto se procura todavía realzar por medio de los tonos claros de las paredes y de los brillantes azulejos que las decoran. Las ventanas de Batalha estuvieron en otro tiempo adornadas con vidrieras de colores, que templarian sin duda aquella sobra de luz. Raczynski (1) inserta una nota de los maestros que trabajaron en ellas y de que se tiene noticia. Son seis: desde Guillermo Belles ó Bolleu, tenido por extranjero y cuya primera referencia es de 1448, hasta Antonio Vieira, mencionado en documentos de 1617. Murphy, en su descripcion de Batalha, cita otros dos: Ugada y Witaker, extranjeros tambien ambos; pero el vizconde de Jouromenha niega la exactitud de esta noticia. De todos modos, las vidrieras más antiguas no parecen anteriores á la mitad del siglo XV. Por desgracia, sólo quedan algunos restos de ellas, especialmente en las ventanas de la capilla mayor, cuyos asuntos son la aparicion de Jesus á la Magdalena, la Anunciacion, la Visitacion de la Vírgen y la Ascension: las demás fueron destruidas, segun parece, por los franceses y han sido restauradas con poco acierto por un artista de la misma nacion, destinado á completar, á su manera, la mala obra de sus compatriotas.

F. GINER DE LOS RIOS.

(1) Murray, 128. Subsistirá por mucho tiempo?
(2) Raczynski, 459.
(3) Seguimos el *Handbook* de Murray, que rectifica los datos de Murphy, en su célebre trabajo sobre Batalha.—V. tambien los documentos publicados por Raczynski en sus cartas.
(4) Murphy, *Travels in Portugal*, etc. 1795, p. 44 (*ap.* Raczynski).
(5) *Resumo da fundaçao do Real Mosteiro da Batalha*.—Lisboa, 1867.

(1) Ob. cit. p. 229 y sigs.

NOTICIAS VARIAS

VUELTA DE STANLEY AL AFRICA.—Miéntras que en Paris se hace circular el rumor de que Enrique Stanley está en España muy enfermo, el intrépido viajero emprende otra vez sus exploraciones por las orillas del Congo. De una comunicacion recibida en Lóndres y fechada en Durban el 10 de enero, resulta que Stanley ha llegado al Congo con 3,000 toneladas de provisiones y productos de todas clases. El capitan Gambier, que acaba de llegar al cabo de Buena Esperanza, anuncia haberle encontrado á cerca de 200 kilómetros de la desembocadura del rio.

Segun el *Times*, debe creerse que M. Stanley se embarcó en Lisboa para el Congo. La noticia que circuló tiempo há sobre su marcha á Niza y España, á causa del mal estado de su salud, seria probablemente una astucia para ocultar su verdadero designio.

* * *

EMIGRACION.—Desde que se incorporó el territorio de Kars al imperio ruso, este país ha perdido por la emigracion 87.760 personas, teniendo por otra parte un aumento de 21.890, de modo que resulta una disminucion de 65.870.

Entre los emigrantes se cuentan 10.744 griegos, 7.072 rusos de diversas rectas y 4.074 armenios. En resúmen, los que se van son musulmanes, y en cambio llegan cristianos y rusos.

* * *

PESCA DE PERLAS.—Los pescadores de perlas del golfo Pérsico ascienden á 25,000, con otros tantos auxiliares de cuerda para retirar á los individuos que trabajan cuando ya no pueden resistir más tiempo debajo del agua. El valor anual de los productos que recogen suele ser, poco más ó ménos, de unas quinientas mil libras esterlinas (12.500.000 pesetas). En las islas Bahrein se pesca por valor de 300.000, y de 200.000 en el resto del golfo.

Segun se lee en la acreditada Revista la *Exploracion*, la pesca de perlas comienza á tomar un gran desarrollo en la costa de la Baja California, donde se ocupan ya más de mil buzos. La perla negra se vende en la localidad misma á los agentes de las casas europeas, variando el precio segun el tamaño. Se han pagado hasta 5.000 duros por una sola perla. Las azules, que se hallan en los mismos parajes, no tienen tanto valor.

* * *

CULTIVO DEL TÉ.—La rápida prosperidad de Assam, posesion inglesa, se debe esencialmente á los progresos de las plantaciones de té. Este precioso arbusto se culti-

va ahora en la extension de unas 60,000 hectáreas, en 1,055 plantíos, y la exportacion de té á Bengala no baja de 37 millones de libras.

El gran obstáculo para el desarrollo de este cultivo es la dificultad de encontrar trabajadores, pues los asamitas carecen completamente de energía y de espíritu emprendedor; cuando tienen alguna moneda menuda para comprar su arroz y su opio, dánse por contentos y son los hombres más felices del mundo.

La poblacion ha aumentado en un 19 por 100 en los nueve últimos años.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

EL MAR INTERIOR DEL SAHARA.—En la reunion que han tenido los empresarios de obras públicas en Africa, en el Hotel Continental, con motivo de celebrarse un banquete de 200 cubiertos, M. F. Lesseps, que ocupaba la presidencia, anunció en su brindis que la empresa acometida por el comandante Roudaire y abandonada por el gobierno se iba á proseguir por la iniciativa particular. Ya está dispuesto el capital para la creacion de un mar interior.

Ultimamente hemos sabido que los estudios para las excavaciones volverán á comenzar de nuevo bajo la direccion del comandante Roudaire. El sabio ingeniero Miguel Baronnet ha marchado ya al Africa á fin de organizar la nueva expedicion.

Espérase que los trabajos de 1883 convencerán al fin á los adversarios de esa grandiosa obra, en la que Mr. de Lesseps se interesa particularmente.



UN JEFE DE TRIBU ARABE, de una fotografía

* * *

FRONTERA RUSO-CHINA.—La nueva frontera entre Rusia y la China se ha trazado desde la confluencia del rio de Bañangola hácia abajo por el Tekés, hasta la del Lumbé tambien hácia abajo por este rio, hasta Saritan. El trazado de la frontera continúa despues por la cresta de las cordilleras, atraviesa el rio de Kossan, se prolonga por las alturas que separan esta corriente de Karagudy y dirígese sobre Sarynkhay. Despues de franquear la cresta de Badutina, inclínase el trazado al sudoeste y pasa por delante de Kuldjah, cuyos campos y sistema de riego corresponden á Rusia.

* * *

EL OASIS DE AKHAL.—La *Gaceta de San Petersburgo* publica curiosos detalles sobre el oasis de Akhal, que forma una pequeña parte de la provincia de Teke, desierto arenoso habitado por nómadas, que se divide en tres partes, el Oust-Yourt, el Mogdabar y el país de los Turcomanos. Este último, camino natural desde Europa á las Indias, llamó la atencion de los europeos hace mucho tiempo, é hiciéronse varias tentativas infructuosas para seguirle, hasta que en 1819 llevó la empresa á buen fin Nicolás Mouraview. Una expedicion científica dirigida por el coronel Danevitch recorrió la costa oriental del mar Caspio en 1858, y ocho años despues se construyó el fuerte de Krasnovodsk.

El oasis de Akhal tiene una extension de 950 verstas, hallándose formada una tercera parte por lagos secos; cerca de Gheok-Tepé la anchura del oasis es de siete verstas. El número de habitantes del país asciende á 1.200,000, distribuidos en trece tribus, de las cuales la principal es la de los Tekés, que ocupan Akhal y Merv.

* * *

JAPON.—Segun el último recuento que acaba de hacerse en Kioto, antigua capital de los Mikados, esta ciudad contiene 84,452 casas y una poblacion de 238,069 almas.

El estudio del pintor vienés Hans Makart



AÑO II — BARCELONA 5 DE FEBRERO DE 1883 — NUM. 58

FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher

SUMARIO

REVISTA DE MADRID.

Unos huesos célebres. -Desolacion de una arca antigua.—Temores patrióticos. -Ardor bélico de un comerciante.—Peligro de las orejas. -Diálogos.—El geniecillo enemigo de los revisteros.—Simpatías hácia el capitan Mayet.—La parada militar.—Proyectos benéficos.—El ropaje de *Las esculturas de carne.*

Ya empiezo á explicarme la decadencia de España.

Estamos incompletos. Nos faltaban los huesos del Cid, sustraidos en mal hora por un enemigo de nuestra grandeza, y caidos en manos de un príncipe de la casa Sigmaringen.

El antiquísimo arcon que habia contenido los preciosos restos del héroe castellano, hallábase bostezando de fastidio hace muchos años, y, lleno de pena, á semejanza de la Calipso de Fenelon, no podia consolarse de tan amarga partida.

Esa arca era todo un Tratado de filosofía. En ella se compendiaba la explicacion de las desgracias de la patria.

¿Ocurria cualquier suceso desagradable?... Pues el arcon de Búrgos lo atribuia á la ausencia del Cid, murmurando por lo bajo:

—¡Si él estuviera aquí no sucederian estas cosas!

Me direis que ni las arcas ni los arcones han hablado nunca. Teneis razon; yo no conozco ningun discurso pronunciado por el arca de Noé, que es la más memorable de la historia; y por más que he hojeado las obras de los fabulistas antiguos y modernos, no he podido encontrar entre los diálogos de los distintos séres de la naturaleza la menor muestra de charla en arcon alguno.

Por regla general, las arcas son reservadas.

Pero el arcon de Búrgos se halla en un caso excepcional y extraordinario.

Desde aquello de

> cosas veredes el Cid
> que farán fablar las piedras,

están autorizados para hablar todos los objetos que se hayan hallado en contacto con el héroe legendario.

¡Ya veis pues que las palabras del arca de Búrgos no son ningun *arcano!*

* * *

¿Y dónde estaba el Cid? Nada ménos que en Alemania.

¡Quizá la misteriosa caja guardadora de sus restos acompañó y áun prestó una mano de auxilio á los vencedores ejércitos del Emperador Guillermo!... ¡Tal vez cruzara el Cid con sus huesos las comarcas francesas! ¿Quién sabe? No he tenido ocasion de consultar sobre este asunto al arca de Búrgos.

Ni me importa... El regocijo ha matado en mi alma hasta el último gérmen de curiosidad que albergaba. ¡Somos felices!

¡Nos han devuelto los huesos! El ayuntamiento de Búrgos enviará una Comision á Madrid para que los recoja y el arca recibirá nuevamente esas reliquias de que se halló desposeida durante un tiempo tan largo.

La region castellana va á desbordarse ahora, á crecer, á salirse de madre...

Ya lo dijo el *Cid* de Fernandez y Gonzalez:

> Por necesidad batallo;
> y una vez puesto en la silla,
> se va ensanchando Castilla
> delante de mi caballo.

* *

Una cosa me tiene preocupado. ¿Conservará el Cid aquel ardor patriótico que tuvo durante su vida? ¿Se acordará perfectamente de la lengua castellana? No cabe duda que ántes era español hasta en la médula de los huesos; pero ahora es muy fácil que los tales huesos hayan tomado un tinte aleman algo sospechoso.

¡Tendria que ver que los respetables restos del amante de Jimena hubiesen olvidado el castizo idioma de don Alfonso el Sabio y contestaran al discurso de recepcion del ayuntamiento con un cuento de Hoffmann ó una poesía de Goethe!

El arca recibiria los huesos mostrando la expresion de su alegría con un pensamiento de Balmes, y ellos contestarian gravemente:

—No; en materias filosóficas somos partidarios de Hegel.

* * *

En conclusion: Ya pueden rimar cuanto quieran los poetas madrileños las palabras *Cid* y *Madrid.*

Los restos del héroe permanecerán algunos dias aún entre nosotros. Felizmente, la caja que los contiene está bien tapada; de lo contrario nos exponíamos á que el Cid, deseoso de examinar las bellezas de la corte, echase *una canilla al aire.*

Pero... ¡lo que puede la influencia de unos restos! Hoy somos ya todos *cidadanos*, y hasta el comercio de Madrid siente hervir su sangre y palpitar su corazon con ardor bélico.

El otro dia entró un individuo en una tienda de la calle de Toledo para comprar una gorra de pelo. La cuestion que allí se armó fué peliaguda. La tienda, más bien que depósito de géneros, fué una especie de tienda de D. Pedro en los montes de Montiel. Por si habia de ser la gorra más ó ménos barata, vinieron á las manos el comprador y el comerciante.

—¿Qué pretende usted?... que se la regale? Quiere usted llevar la cabeza cubierta *de gorra* ¿eh? Pues, cójala usted.

Y el comerciante arrojó la gorra al suelo. Despues se abalanzó sobre el comprador y le arrancó un pedazo de oreja con los dientes.

Con poco que se repitan semejantes hechos, habrá que ir á comprar con las orejas en los bolsillos.

Serán curiosos los diálogos que en las tiendas se *oigan*, ántes de habernos quedado sin orejas.

—Diga usted, ¿me va usted á morder?

—No; estoy haciendo *oidos de mercader* artificiales á fin de entretenerme con ellos.

—Vecina, ¿por qué se quita usted los pendientes?

—Porque voy á la tienda y no me da la gana de alimentar á los dependientes con oro y brillantes.

—¿Va V. á salir con casco y coraza?

—No encuentro mejor manera de defenderme contra la voracidad del tendero.

—¿Qué precio tiene esta tela?

—Señora, para usted es á veinte reales y dos mordiscos la vara.

Si esto se generalizase haria dinero el que abriera un establecimiento con este rótulo:

«Orejones de melocoton, de manzana y de pera, para preservar las orejas de toda clase de ataques.»

Nadie se haria el sordo á este llamamiento.

* * *

Pero mis anteriores suposiciones no saldrán realizadas. Basta que yo presente como probable una cosa, para que inmediatamente, ese diablillo burlon que tuerce y frustra los designios de los cronistas y revisteros, incline los hechos en sentido contrario.

Yo tengo la conviccion de que los que hacemos esta clase de trabajos, serviriamos admirablemente para confeccionar los pronósticos del tiempo en cualquier almanaque. Sólo habria que leer precisamente lo contrario de lo que nosotros dijéramos.

¿El revistero habla del mal tiempo? Pues, amado lector, puedes tener la seguridad de que cuando llegue el artículo ante tus ojos el tiempo será hermoso, brillante, espléndido.

En el momento en que escribo estos renglones ha bajado tanto la temperatura de Madrid que nos hallamos expuestos á convertirnos en carámbanos de hielo en medio de la calle... Pero, no me atrevo á hablar del frio, porque me asaltan los temores de que si lo hiciera, el perverso geniecillo que destruye nuestras suposiciones habia de abrasar con un calor tropical estas regiones madrileñas sin más objeto que hacer exclamar á mis lectores:

—¡Vamos!... ¡ese revistero no ve más allá de sus narices!

Tal habrán dicho al tener noticia de la desastrosa muerte del capitan Mayet, á quien yo otorgué los honores de la perpetuidad en una revista pasada.

Ya no surcará más los aires el infeliz aeronauta, con aquella desenvoltura que le habia captado tan universales simpatías.

¡Por fin ha hecho la última y definitiva ascension!

La parada militar habia desplegado su fuerza desde las alturas del Hipódromo hasta más allá del Prado.

El vivo centelleo de las armas, el color de los uniformes, la agitacion de los penachos, el penetrante sonido de los clarines entretuvieron durante las primeras horas de la tarde á la inmensa multitud que hormigueaba á lo largo de las compactas filas de soldados.

Concluido el desfile, la gente se quedó en los alrededores del Buen Retiro para presenciar la ascension del globo.

Hacia tiempo que Mayet no habia tenido un número tan considerable de espectadores.

Hendió los aires como una flecha; permaneció un rato como inmóvil en la atmósfera; empezó á bajar y fué á caer sobre un tejado de la calle de la Magdalena.

Desde allí, rebotando en un balcon, rodó á la calle con espanto general que trascendió en seguida á todos los puntos de la villa.

¿A qué detenerme á relatar los últimos instantes del intrépido y desventurado aeronauta?

Todo el mundo lo ha leido ya. Los periódicos de todos matices han ocupado una parte de sus columnas con los detalles del desastre.

Madrid entero tomó parte en el duelo; y cuando el dia del entierro vióse al compacto gentío que, á pesar de lo desapacible de la tarde, llenaba las calles y las plazas por donde habia de pasar el fúnebre cortejo, se pudo calcular la importancia de las simpatías que el capitan Mayet se habia captado.

—Yo,—me decia un hombre del pueblo,—solia seguir todos los domingos el globo del capitan Mayet hasta donde caia. Hoy me creo obligado tambien á seguirle hasta que caiga... en la fosa. ¡Es la última carrera que hacemos juntos!

El séquito fué numeroso. En primer término figuraba Ducazcal, ese benemérito empresario, cuyo corazon no han comprendido muchos todavía, pero que tiene una cuerda sensible para todas las grandes desgracias.

Pues bien, Ducazcal proyecta una gran funcion á beneficio de la viuda del aeronauta, y hasta ha tenido la audacia de proyectar una ascension en globo por sí solo.

No sé si podrán quitárselo de la cabeza, porque ese empresario es pertinaz y terco.

Sea como fuere, se ha despertado el espíritu benéfico á favor de la pobre viuda; y aparte las suscriciones que ya se han abierto en su auxilio, el conocido diestro Salvador Sanchez (Frascuelo) se ha brindado tambien á dar gratis una corrida de toros con toda su cuadrilla.

El espíritu de Mayet habrá quedado tan impresionado al ver esas demostraciones de simpatía, que no tendrá nada de extraño que al llegar al otro mundo, cuando el portero le pregunte para inscribirlo en el registro:

—¿De qué nacionalidad es usted?

Conteste con orgullo:

—Nací en Francia.... pero ¡soy de España!

*

He asistido al ensayo general del nuevo drama de Sellés *Las esculturas de carne.* Cuando los suscritores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA lean esta revista ya el éxito habrá coronado esa importante produccion dramática.

El drama *Las esculturas de carne* está escrito de un modo magistral.

Jamás he visto *carne* mejor vestida.

PEDRO BOFILL.

Madrid 31 enero.

PARIS LITERARIO Y ARTISTICO

Necrología de dos artistas célebres, *Clesinger* y *Gustavo Doré.*—La Exposicion de la *Rue de Seze.*—Exhibicion de las obras de Lehmann.—Proyectos de estatua á Rude.—Aniversario de Molière.—*Los tres maridos inquietos*, y la tendencia á lo cómico del público parisien.—Noticias sobre el próximo estreno de una produccion de Richepin.

El arte está de luto: en esta quincena han fallecido un escultor notable y uno de los dibujantes de imaginacion más fecunda que hayan visto los nacidos.

Clesinger ha muerto dejando como obras póstumas dos estatuas patrióticas, las de los generales republicanos Kleber y Marceau, obras ambas dignas de su cincel. Era hijo de Besançon y tenia 68 años.

No fué un genio precoz: su primer éxito lo obtuvo en 1847 á la edad de 32 años, ántes de cuya época apénas de nadie era conocido. Revelóse en el salon de la Exposicion de dicho año con el conocido grupo, «La mujer y la serpiente.» La nombradía que le dió dicho grupo hizo que se enamorase de él la hija de la célebre escritora Georges Sand, con la que se casó el mismo año. Las estatuas que le han inmortalizado son: un busto colosal de la *Libertad*, que ofreció al gobierno de la república en 1848. Una *Estatua de la Fraternidad* para el Campo de Marte; una *Bacante tendida;* la célebre estatua de *Francisco I*, que rompió, despues de haber estado expuesta, al expatriarse voluntariamente para Roma; estatua que á su regreso á Francia volvió á esculpir, dándole por pareja la de *Napoleon I.* Ambas eran estatuas ecuestres colosales, que todo Paris admiró en el exterior del palacio de la Industria. Citaremos además su *Cristo muerto*, su *Ariadna con el tigre*, su *retrato de Georges Sand*, su *Cleopatra delante de César*, su *Friné ante el Areópago*, *Nessus y Dejanira*, *Perseo y Andrómeda*; por fin el gobierno le encargó las cuatro *estatuas ecuestres de Hoche, Kleber, Marceau* y *Carnot* para la Escuela militar; habia entregado la primera y tenia concluidas las dos segundas en su taller, cuando le ha sorprendido la muerte.

Gustavo Doré, el gran dibujante, ha fallecido tambien. Era un artista en toda la acepcion de la palabra, pero un artista de una imaginacion hiperbólica, de una fecundidad prodigiosa. Fatiga recordar el sin número de obras que ha ilustrado. Todos conocen su *Dante*, su *Quijote*, sus *Fábulas de Lafontaine*, su *Biblia*, etc.

Doré en cuánto á imaginacion era un caballo desbocado, un huracan, una de las fuerzas de la naturaleza personificada, la fuerza de creacion ó de desdoble, como dicen los modernos fisiólogos. No podia concebir un dibujo, una lámina, con un asunto simple. Su fecundidad era tal que naturalmente multiplicaba los detalles al infinito; una irrupcion de personajes tenia que llenar atropelladamente el campo, las calles ó los salones, y no cabiendo en el suelo, tenia que invadir las ventanas, los edificios, los muebles, los tejados, los campanarios, las torres, los montes, la vegetacion, el horizonte, el mar, las nubes, el firmamento; por todas partes aparecian corros de gente que se revolvian en torbellinos y se amontonaban en tropel, y los visajes eran extraños y variados, los miembros agitados; una anatomía monstruosa se revelaba en todos aquellos séres, que rebullian, y se escapaban hasta de los objetos inanimados. Bajo su lápiz, la piedra, el hierro, las tapicerías, tomaban vida y se convertian en séres animados. Apénas lo dejaba correr sobre el papel, brotaba de su punta un chorro de figuras, una hemorragia de imágenes; aquello era una borrachera de líneas, una orgía de detalles, un delirio de la forma. Gustavo Doré ha sido el Castelar del dibujo.

Ha bajado á la tumba sin ser viejo. Al morir tenia sólo 51 años. Su imaginacion producia demasiado para que Doré no se agotara pronto. La fuerza que absorbia su

cerebro era desmesurada, y por fuerza debia de resentirse de ello algun órgano. A nuestro Fortuny la cabeza le atrofió el corazon y le paralizó los pulmones. A Doré le ha pasado algo parecido. Una angina de pecho, que fué rápidamente seguida de una parálisis del pneuma gástrico, le ahogó. La tésis del doctor Jacobi va resultando cierta.

La llama sacra del genio devora más que el mismo fuego, cebándose en el órgano que flojea, cuando no consume el cerebro que la sustenta. No en vano los griegos llamáronlo enfermedad divina. La creacion engendrando un estado patológico en el que crea!..... Terrible ley de la humanidad, que no se pueda llegar á la verdad, á la belleza ó á la justicia supremas sino por medio del propio sacrificio!.....

* * *

Háse formado una sociedad internacional de artistas con el fin de reunir anualmente algunas de sus obras que no están destinadas á la Exposicion general que se celebra en el Palacio de la Industria, y por lo tanto que no aspiran á más premio que el aplauso del público inteligente. Esta sociedad expone en la Galería Petit, 8 Rue de Seze: allí el público puede admirar las obras del arte español, italiano, francés, inglés, aleman, holandés, etc., en toda su ingenuidad, y con todo el carácter de sus respectivas escuelas. Allí han expuesto Bastien Lepage, Gonzalez, Beraud, Duez, Clarin, Boldini, Jacquet, Dagnau, Van Beers, Eguzquiza, d Epinay, Stott, Rossano, Toffano, Stewart, Liebermann, Edelfelt, etc. etc.

No pasaremos aún á hacer el juicio crítico de los preciosos cuadros expuestos por dicha sociedad, porque para hacerlo con conciencia se necesitan muchas visitas á la Galería Petit; así nos reservamos el dar cuenta detallada á nuestros lectores de dicha exposicion, en una de las próximas revistas.

* * *

Otra Exposicion. En la escuela de Bellas Artes se han podido admirar estos últimos dias las obras de Lehmann. Lehmann, discípulo de Ingrés, habia ejecutado para el *Hotel de Ville* que ardió, una serie de pinturas murales que representaban la Historia de la Humanidad.

La ejecucion que se ve en sus obras expuestas pertenece á esa escuela clásica francesa que representaba el maestro de Lehmann.

El pensamiento, la manera de agrupar, la composicion, en fin, pertenece á la escuela alemana en que forma en primer término Kaulbach.

Sus obras podrian figurar en las *pinacotecas* de las ciudades del Norte.

* * *

La exhibicion de los proyectos de estatua á la memoria de Rude ha llamado tambien estos dias poderosamente la atencion. Una infinidad de bocetos y estatuitas derechas ó sentadas, con un cincel en la mano, ó con la mano apoyada en la barba; hé aquí los proyectos que al público se han expuesto. Los que han conocido al autor del Arco de la Estrella, dicen que apénas hay una que tenga su postura natural. Todas son más ó ménos afectadas, miéntras que de Rude afirman sus antiguos camaradas que *il ne posait pas jamais.*

* * *

Vamos á ocuparnos un poco de teatros.

El Odeon ha celebrado el aniversario del nacimiento de Molière. Se ha representado una pieza en un acto escrita á propósito por Leon Valade. La pieza es preciosa y bien escrita. No necesitó de la gloria del genio á quien iba dedicada para ser aplaudida, puesto que tenia bellezas propias.

Aunque perteneciendo á esta clase de comedias que las pide el director, las escribe el autor á vuela pluma, los cómicos las representan mejor ó peor, y el público las escucha, las aplaude un dia, y las olvida luégo; aunque de este género, el acto de M. Valade tiene un movimiento y un brio dignos de un gran autor cómico. Contiene escenas de mucho ingenio y un cumplimiento delicadísimo á Moliere.

Acábase de representar en el Teatro Cluny una pieza en tres actos de género insensato, titulada, *Los tres maridos inquietos.* Es una de esas comedias que hacen desternillar de risa, -tan del gusto del público francés,—cuyos personajes nos recuerdan los de las novelas de Paul de Kock. Hoy más que nunca place al público parisien la nota alegre en el teatro; en las representaciones busca el espíritu chispeante, como la sal y la mostaza en los condimentos. Quiere distender los nervios en el teatro. Es demasiado frecuente el drama en la vida real en esta Babel moderna para que agrade en la escena. La gente enervada por las ocupaciones sérias del espíritu, por los vaivenes de la Bolsa, por el movimiento de la política, es mucha, y esta, en las horas desocupadas, despues de la comida, quiere reirse y tiene derecho á ello. Además hay aquí una sociedad rica que con la fortuna ha heredado el fastidio, y es ta tambien quiere reirse. Sí, el parisien apetece que la carcajada suceda al suspiro ó al gemido de fatiga, como el campesino quiere que el sol brille despues de la tempestad. El canto alegre haciendo desaparecer las lágrimas, es más benéfico que cien dramas de esos que para presentarnos una máxima de moral muy discutible acuden al incendio, á la guerra, al envenenamiento y al degüello hasta del apuntador. Allá por los tiempos del romanticismo se preferia pasar de la nota clara á la nota sombría, negra, espeluznante. El público español, especialmente el madrileño, tiene aún resabios de esta clase de aficiones. Hoy en Paris se pide que apénas una nota oscura, séria, se inicia haciendo prever algo sombrío, venga un efecto claro, sencillo, humorístico, que por lo inesperado desternille de risa y distienda los nervios cual benéfica descarga eléctrica. Por esto gusta el género bufo, por esto gustan esas pantomimas inglesas imposibles, en que todo se hunde, todo revienta, todo el mundo se cae con mil ridículas posiciones, y nadie se hace daño.

* * *

Anúnciase para uno de estos dias el estreno de una obra dramática del célebre autor de *La maison des Gueux*, M. Richepin. Titúlase *La Glu*, y está extractada de la novela que escribió él mismo con este título. Tenemos los mejores informes de esta produccion, y ya daremos de ella un juicio crítico á nuestros lectores. Dicen los que han oido su lectura que tiene efectos trazados de mano maestra.

Original, sin ser excéntrico, Richepin, despues de haber demostrado su fecunda inspiracion en la poesía y su espíritu de análisis en la crítica, va á abordar el teatro con una produccion que se anuncia ya con muy buenos auspicios.

Veremos si el autor dramático superará al poeta y al crítico.

P. G.

NUESTROS GRABADOS

FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher

Pero, señor: ¿qué demonio tendrán las manzanas que así tientan á la humanidad? ¿por qué hemos de haber convenido en que los frutos prohibidos han de tomar siempre forma de manzana?..... Despues de todo ¿estamos de acuerdo en que era fruto de un manzano el que comieron nuestros primeros padres en el Paraíso?..... Si así fué, no se acreditaron de difíciles en materia de gula, porque la manzana es una de las frutas más vulgares y prodigadas que se conocen. Comprendemos que Noé se diese un atracon de uvas superior á lo que era de esperar de su prudencia; pero que Adan y Eva renunciasen á la eternidad de una vida regalona por gustar una insípida manzana, es cosa que repugna á un paladar semi-bien educado.

Y sin embargo, el autor de nuestro cuadro ha rendido tributo á la comun opinion y la picaresca doncella en él representada muerde una manzana, teniendo á su disposicion los restos de un opíparo festin. ¡Benditas manzanas y bendita gula!... no nos costais poco caras...

Viniendo á la obra de Netzmacher, es admirable de ejecucion y de intencion. Es una verdadera Eva de comedor en el acto de aproximarse á los labios el fruto prohibido. Nada tendrá de extraño que á su vez la muy golosa pierda el paraíso. En tal caso no tendrá que apelar á las hojas de higuera; pero no será difícil que haya de ocultar entre las manos el lindo rostro cubierto de vergüenza.

Cuando esto ocurra, ¿habrá doncella que escarmiente en las manzanas ajenas? La contestacion no es dudosa: el idilio interrumpido del paraíso es popular de sobra. Todos maldicen á las serpientes; mas por lo que toca á las manzanas.... ¡Si las comen hasta los que carecen de dientes!...

EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich

Los que vivimos bajo el hermoso sol de España no estimamos en todo lo que vale un rayo de ese astro bañándonos en pleno campo. Por esto los habitantes del Norte aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para calentarse con un ardor distinto del que producen las chimeneas y respirar un aire no viciado por el humo de la leña, del carbon y de cuantos gases perjudiciales constituyen la atmósfera de una habitacion escasamente ventilada.

Los niños, sobre todo, son entusiastas del campo: los niños tienen el privilegio de no disimular su contento ante la consideracion social. El campo es la libertad, y el niño, *el hombre de la naturaleza*, siente un placer singular al entregarse á sus instintos en pleno sol y en plena campiña. Vedle, en nuestro cuadro, inclinado sobre las flores silvestres, llenar de ellas su cestita ó confiar á su madre las que entiende ser más preferentes. Es una escena de felicidad íntima, de bienestar desapercibido, no apreciado sino por los niños y por sus madres; aquellos embebidos en el presente que tiene forma de flor; estas contemplando á los hijos de sus entrañas, que traen á la memoria un pasado de color de rosa y dejan vislumbrar un porvenir de color de cielo... Hé aquí la feliz combinacion de Friedrich; la maternidad, la niñez, el campo y el sol de la primavera.

EL SACRISTAN, dibujo por Enrique Serra

Hay que hacer las cosas bien, ó no hacerlas. Por humilde y fácil que parezca una faena, puede hacerse con habilidad ó con torpeza. No hay cosa más fácil en apariencia que vaciar en una copa el vino de una botella, y sin embargo apénas encontraríamos mantel usado en que no aparezcan manchas que acusan la falta de tino de los escanciadores. Campoamor lo ha dicho en un poema:

¡Nada hay grande, Señor; nada hay pequeño!...

Así, por ejemplo, el sacristan del cuadro de Serra no es un sacristan de tres al cuarto, uno de esos auxiliares del culto que llevan en la sotana tantas gotas de cera como funerales se han celebrado en la parroquia, ó que no elevan el incensario sin verter un ascua en la alfombra del presbiterio.... Todo lo contrario.

Él despabila las lámparas, pero el acto de despabilar, ejecutado por él, adquiere las proporciones de una ocupacion séria. ¡Con qué respetuoso temor sostiene el receptáculo del aceite...¡Con qué suavidad, no exenta de firmeza, corta el algodon carbonizado!....¡Con qué fruicion se da cuenta á sí mismo de la importancia del acto!....

Un sacristan de estas prendas es una verdadera alhaja para una iglesia; y cuando, durante la misa, verifique la colecta para la iluminacion del Santísimo Sacramento, pronunciará la frase obligada, no del modo vulgar y monótono que emplea un monacillo ramplon, sino como hablan del arte y de la ciencia los profesores de ciencias ó artes. Así es de ver cómo las blancas manos de las devotas depositan su óbolo en el cepillo y cómo las lámparas al cargo de nuestro sacristan rebosan aceite, sin que una sola gota ensucie el pavimento.

Un tipo de este valer, ave casi *raris*, bien merecia ser trasmitido á la posteridad por el diestro lápiz de Enrique Serra.

MARTE Y VENUS, dibujo de A. Laupheimer

Miéntras el galante militar dirige amorosas frases á la linda jóven que le escucha con marcada complacencia, á juzgar por la placentera sonrisa que en sus labios se adivina, la mujer encargada de la custodia de la niña no puede resistir al sueño que le comunica el aislamiento en que la tiene la amartelada pareja, y en vez de Argos vigilante se convierte en dormido Morfeo, imitándola el perezoso can, para el cual maldito el interés que debe tener el coloquio de los enamorados. Fuego y entusiasmo por un lado; indolencia y descuido por otro: repeticion constante de análoga circunstancia de la vida, que en más de una ocasion ha tenido trascendentales consecuencias, con perjuicio de la excesiva confianza de las madres y de la fácil credulidad de las doncellas.

El asunto está representado con naturalidad y soltura, ofreciendo un conjunto tan simpático como agradable, á pesar de la sobriedad de los detalles.

EL AMOR Y EL INTERES, cuadro por M. Vely

Dura es la alternativa en que se halla la hermosa jóven que descuella en primer término en el cuadro de Vely. Solicitada al mismo tiempo por apuesto y gallardo mancebo, que sólo puede ofrecerla un amor apasionado, y por opulento magnate que la brinda con riquezas, no se atreve á cerrár sus oidos á las enamoradas frases del primero, ni á dejar de alargar instintivamente la mano á las magníficas joyas con que el segundo procura conquistar su corazon. En tan encontrada lucha de afectos, ¿cuál prevalecerá? Tal es el problema, que el pintor ha dejado sin resolver, pero cuya solucion no admitiria duda para nosotros. Entre el amor puro y el sórdido interés, la eleccion no es dudosa, y mucho ménos si, como la heroína de nuestro cuadro, la que ha de adoptarla es bella, candorosa y se halla en la florida primavera de su edad.

UNA FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE RIGOLETTO.

I

> Habia en la villa cierto conde
> llamado Neron, como el romano,
> y el cual tenia por madre otra
> Agripina. *Hauf.*

El pequeño Neron se reclina en su lujosa carretela forrada de raso color de cielo, cuya portezuela esmaltan coronas condales: su madre Agripina ocupa el testero principal del lujoso vehículo luciendo provocativas blondas y piedras brillantes; al lado diestro del niño que tiene nombre de tirano y sobre bordados cojines échase su perro Conviva, leal favorito traido expresamente para lamerle los piés, de las lejanas montañas de Terranova.

Cerca del paseo central, en donde voltean los carruajes y caracolean los corceles, formando una larga cadena de animados eslabones, á la sombra de los álamos y á pocos pasos de los asientos de piedra que dividen al paseo en dos enarenadas mitades, el hijo de un menestral mira con indiferencia el incesante desfile de troncos y máquinas costosas, y acaricia un primoroso caballo de carton, cuya rizada cola de estopa, inmóviles ancas y pintada crin, compiten, á su juicio, con todos aquellos corceles de noble estampa, ricos arreos y belfos anchos y espumosos.

Neron, que ha visto, al pasar, al niño y al caballo, manda á su cochero que detenga el paso de los suyos para contemplar á su sabor el precioso juguete: está cansado de ver ante sí el tronco brioso y soberbio que arrastra su carretela blasonada, y siente viva comezon de poseer aquel corcel, inmóvil, inofensivo y primoroso.

—¡Mamá!—dice dirigiéndose á la altiva Agripina, que cambia en aquel momento la más voluptuosa de las sonrisas con uno de sus admiradores—yo quiero aquel caballo; los que nos llevan no se dejan gobernar por mí y me dan miedo con sus resoplidos poderosos; ¡yo quiero aquel caballo! ¡manda que se lo quiten á ese pequeño!

La madre acoge la peticion del niño tirano con una estrepitosa carcajada. En efecto, el *grande* en miniatura, pide una solemne tontería; un caballo de carton se lo



EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich



EL SACRISTAN dibujo por Enrique Serra

puede permitir el hijo de un obrero; pero el de un noble los necesita de carne ó de plata, para montarlos ó para colocarlos sobre la repisa de jaspe de la chimenea.

—Déjate de caprichos—dice al noble vástago que clava su negra pupila en el objeto codiciado;—un caballo de carton no puede adelantar un paso; para correr, para volar, para devorar las distancias y atropellar á las gentes son necesarios caballos de carne y hueso; esos no mueren, se rompen y cuestan muy poco dinero; si tales cosas han de apenarte en el mundo, será tu centro el globo mezquino que sirve para tus lecciones de geografía, y no vencerás jamás á los que galopan á tu lado.

Así dice Agripina, mandando al cochero que fustigue, con gesto imperioso: cruje el látigo, arrancan los caballos, y la carretela vuela y tiembla sobre sus ejes como si llevara dentro todo un universo de preocupaciones. Allá queda el hijo del menestral, con su blusilla azul y su galoneada cachucha, poniendo la brida de cinta á su caballejo de carton y abriendo pequeños surcos sobre la arena con las cuatro ruedas de la peana.

Pasan y pasan carruajes, y blondas, y brillantes, y terciopelos, y flores, y senos desnudos, y bocas sonrientes, y grupos orgullosos; y vuelve á asomar la carretela triunfal del jóven aristócrata, del pequeño Neron, con sus coronas condales, sus bordados cojines, y sus lacayos y su perro.

Y vuelve á detenerse frente al hijo del menestral que no se mueve del banco, y vuelve á solicitar la atencion del tiranuelo el caballito de carton que ahora tiene trenzada su estoposa crin, atada la cola y recogidas gallardamente entrambas bridas color de rosa.

—¡Lo quiero, mamita, lo quiero!...—repite el niño tendiendo las manos, plegando las cejas y pellizcando las lanas del leal can, que aulla de dolor sin enseñar los dientes.—¡Por ese caballo los mios!, por ese caballo la piel de Conviva. Vamos, Lázaro, ¿qué haces? ¿no oyes que lo quiero? desmonta ó yo mismo.....

Agripina vuelve á sonreir al contemplar la cólera de su primogénito, cólera que segun la expresion de su dómine, tiene relámpagos color de rosa y truenos armoniosos.—¡Vamos,—dice, dirigiéndose al robusto auriga auvernés, que parece agobiado bajo colosales escarapelas—llega á ese tunantuelo y ofrécele cuanto quiera por el juguete que desea el señorito!

El zafio auvernés desciende del alto puesto en que se le ha colocado y se acerca al menestralillo, que cruza en este momento con su fusta de caña el lomo pintado del caballito.

—Aquellos señores dícele, sin advertir el mal efecto que su presencia causa en el pequeñuelo—desean comprar tu caballo; pide por él cuanto quieras.....

—¡No lo vendo!..—responde el niño, fijando su asombrada pupila en el auvernés, y abrazando su caballejo, con el afan de Praxiteles cuando trataban de robarle su centauro de mármol de Paros.

—¡Necio, pide dinero por él!—repite el hombre con faz torva.

El menestralillo retrocede algunos pasos, arrastrando tras sí á su juguete; y se niega á cederlo, áun tomando en cambio uno de los caballos vivos. Vuelve el auvernés al coche; luégo toma al niño de la blusa, llevando entre sus huesosos dedos un billete de banco, y sin andarse en contemplaciones, ase del brazo al menestralillo; pone en su temblorosa manecita la tira de papel; y, á trueque de romper la cinta de seda que sirve de brida al caballejo, se lo arranca brutalmente, llevándolo al conde en miniatura, miéntras el menestral llama con desesperantes gritos á su pobre abuelita que dormita más léjos.

Neron coloca la codiciada presa sobre sus rodillas y la carretela se vuelve á eclipsar en una nube de polvo dorada por el sol poniente. A los gritos del menestralillo se acercan los curiosos que despiertan á su abuelita y le muestran el billete tentador, del cual el niño hace distraido una pajarita de papel. La vieja consuela á su nieto y contempla sonriendo el billete, en el cual ve distintamente toda una ganadería de yeguas de carton y de caballitos de caña.

—¡Aún tienes que dar las gracias á esos buenos señores!—dice, evitando que su nieto termine la pájara, con grave peligro de la integridad del papel moneda:—¡Dios les pague el favor que te han hecho!

II

Las campanas de la aldea repican y repican: parecen vírgenes locas que vocean en la espadaña.

Se casa la mejor moza del pueblo con el menestral más garrido; la parentela de ambos cónyuges envuelta en sus largas capas de paño burdo y en sus oscuras mantellinas penetran en ordenada fila por el porche del templo: allá, bajo la única nave y ante el sencillo altar, dos séres felices están bajo el más suave de los yugos.

Sonríe la mañana, á pesar de la niebla que procura cubrirle el rostro, y las niñas casaderas se agolpan en el atrio, para ver si la novia trae las orejas coloradas y los ojos bajos.

De repente la niebla arroja de su seno algo que parece vivir en ella, algo que en ella se perderá si ántes no la rompe el sol naciente.

Son los monteros de Neron, los monteros de Neron con sus traíllas, sus bocinas, y sus caballos fogosos y corredores. A la cabeza viene el noble adolescente que lo mismo caza ciervas que mujeres hermosas; su corcel cuatralbo parece de carton pintado: ni piafa ni escarba, ni mueve las orejas. Se ha colocado tras de la cruz de hierro que se eleva en medio de la plaza pública y permanece allí como en acecho.

Bien dijo el que dijo, que tras de la cruz está el diablo.

Tañen y tañen las campanas, termina la misa y sale el cortejo. Los novios van sonrientes y satisfechos; ella oprime la mano de él y baja los ojos; él no tiene miradas ni sonrisas más que para ella.

¡Qué hermosa es la desposada! Las mozas del pueblo sólo la han encontrado dos *peros:* tiene el cuello demasiado redondo y el pié un si es no es menudo y carnoso como las almendras. Apuradas se vieron al tratar de sus ojos y de su boca; no hubo en cuatro leguas á la redonda ojos y bocas que le disputaran la primacía.

Al divisar á los cazadores el novio estrecha á la novia fuertemente como si temiera alguna cosa. La novia, fijándose en las lujosas libreas, sólo se atreve á murmurar estas palabras: *el señor Conde va de cacería.*

Y no hubiera podido decir una más; porque en aquel momento sonaron las bocinas, ladraron los fustigados perros, y partieron los caballos á rienda suelta.

Y en la furiosa desbandada atropellóse á los de las capas burdas, sembróse el suelo de mantellinas y huyeron las mozas como bandadas de alondras.

Y el novio y la novia se quedaron estupefactos, y el novio reconoció á Neron cuyos ojos brillaban como aquel dia en que se apropió su caballo de pasta en el arrecife de la villa.

Y quiso gritar y no pudo, y pretendió impedir que le arrebataran su compañera que aún estaba adornada de azahares y le sujetaron veinte brazos hercúleos, y quiso pedir auxilio á los mozos del pueblo y se vió solo y atarazado, miéntras galopaba el corcel vivo de Neron, llevando sobre su lomo al alma de su alma y á la carne de su carne.

¡Buena pieza habia cazado el Sr. Conde!

. . . .

Un hombre que llora acaba siempre por hacer reir á los demás: ¡se fruncen de tal modo los labios, y se encorva la nariz de una manera tan cómica!

Los mozos del pueblo acabaron por reirse del novio y envidiar á Neron. ¡Cómo iria por aquellos llanos en su corcel que bebia los vientos!

Cuando el menestral, que era sastre, tomó aquel dia medida á sus parroquianos, retozaba á estos la comezon en el cuerpo.

El menestral parte aquella noche para la villa.

Al llegar á ella, compra un juguete que no ha de antojársele al hijo de Agripina; una compañera que no ha de desear el noble adolescente. Es un juguete limpio y punzante, una compañera muda y terrible como los deseos que le aquejan: acaricia su hoja con su mano convulsa y le hace lugar junto á su pecho.

Cuando anochece se oculta en los oscuros ángulos del palacio de Neron ó se agazapa á un descuido del portero tras las estatuas de la escalinata: estas estatuas son silenos de mármol blanco que se le rien en las barbas de hito en hito.

De vez en cuando, pregunta á las vendedoras de palomas torcaces que moran cerca del gran solar, si han visto entrar ó salir á su desposada. Las viejas vendedoras hacen un expresivo mohin y contestan al importuno:

—¡Toma, toma! en la pajarera del señor hay muchas aves de esa pluma.

Así trascurre el tiempo hasta que cierta noche el juguete de acero halla el empleo apetecido.

Neron ha de salir por la puerta falsa y el cuchillo del menestral puede entrar en su espalda derechamente. Pegado al muro, como uno de los monstruos platerescos que le adornan, aguarda el chirrido del cerrojo, con el corazon palpitante.

El golpe es certero; al detenerse un punto, el que salia, la hoja acerada ha penetrado horriblemente por su costado izquierdo.

Las linternas de los hospitalarios caen sobre el rostro del muerto y poco despues sobre el del asesino. ¡Terrible decepcion!: el muerto es el ayuda de cámara de S. E. Agripina contempla tranquilamente desde la galería condal aquel sangriento suceso y pide con la curiosidad inexplicable de las matronas de su raza el cuchillo manchado de sangre.

Las gentes se han apercibido de la caprichosa peticion de la Condesa y dicen, para sí, contemplando al matador con ojos centellantes:

—Hé ahí un pícaro afortunado! la señora Condesa le ha mirado con piadosos ojos!

III

Neron se divierte.

O lo que es lo mismo, el Conde prolonga la orgía de la noche hasta las primeras horas de la mañana. La descompuesta mesa manchada de vino conserva aún los búcaros de flores marchitas y los volcados fruteros en los que las manzanas ostentan la señal de los menudos dientes de las comensales.

Teclas que más que notas dan quejidos; carcajadas que más que carcajadas parecen roncas tormentas; besos que más que besos son torpes alardes; forman en aquel espléndido aposento ese infernal desconcierto que sólo puede soportar el cerebro cuando el alcohol vibra y se pierde en sus circunvoluciones.

Neron, vacilante, presenta su estrecha copa de champagne, llena hasta los bordes, á una jóven vestida de blanco como Margarita y robusta como la Teresa de Rousseau: llámala Flor de Nieve, recordando que la robó en la aldea coronada de azahares y con los atavíos de desposada. Otros hombres y otras mujeres cruzan el ancho salon, que da á la plaza pública y por cuyos lujosos cierros penetran las primeras luces del alba. La orgía tiene como el mar sus oleadas y sus calmas chichas. Rueda una botella ó se entona á media voz un cantar voluptuoso; agrúpanse todos aquellos séres animados por el vino ó huyen á los ángulos atropellando á los que encuentran al paso.

Las bujías casi consumidas, cuyos largos pábilos dejan en el ambiente una imperceptible columna de humo, arden á pesar de la presencia del dia.

¡Qué idea de la luz tendrán aquellos cuerpos entumecidos!

Va á sonar la última cancion; Flor de Nieve se reclina tendida sobre un escaño despues de apurar la copa que le presenta el Conde: su cuello desnudo tiene la trasparencia del alabastro y su boca contraida es semejante á una rosa picada de abejas.

La donna é mobile
qual piuma al vento.....

repiten algunas voces roncas y destempladas en un corro:

mutta d'acento
e di pensiero.....

responden en el de más allá, chocando las largas y estrechas copas.

De repente el redoble de un tambor y el vibrante repiqueteo de una campanilla de mano hacen retemblar los cristales de la estancia. Los cantos báquicos se suspenden por un momento y la voz de un hermano de la Caridad se escucha distintamente bajo los balcones.

La voz dice con entonacion melancólica y punzante:

¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Neron frunce las cejas y llena de nuevo su copa: Flor de Nieve palidece, bebe, y prorumpe en una histérica carcajada: los comensales, asiendo cada cual á su pareja se agolpan á los balcones y abren las maderas con curiosidad inexplicable: el sol que se asoma tambien en aquel momento á los balcones del cielo, juega con los azulejos de la torre cercana.

A la asombrada vista de los curiosos surge un terrible espectáculo. Un reo que va á morir, los guardias, los agonizantes, el tambor ronco y destemplado, los hermanos de la Caridad y el siniestro ejecutor de la justicia.

Ante la triste aparicion, los rostros demacrados de aquellos apóstoles del vicio se tornan lívidos y lacrimosos; sacuden por un momento la modorra y murmuran por lo bajo una oracion.

Neron y Flor de Nieve se unen al curioso grupo en este momento.

El cortejo desemboca por la calle próxima lentamente; primero los guardias, despues los frailes, luégo el reo, detrás el verdugo.

Flor de Nieve lanza un grito horrible que sofoca Neron aplicándole á la boca su perfumado pañuelo. Ha reconocido á su esposo, á pesar de que se cubre el rostro con los oscuros pliegues de su hopa.

El reo alza los ojos; aquel ¡ay! ha penetrado en su corazon sacudiéndolo rudamente.

¿Vió ó no vió la cabeza del Conde junto á la de su esposa?

El Conde saca un puñado de monedas de plata que arroja desde lo alto y que hacen al caer en la ancha bandeja de la Caridad un ruido estridente; despues dice cerrando el maderaje del balcon y arrastrando tras sí á sus parásitos:

¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Pocos momentos despues y miéntras el cortejo se pierde por la calle frontera, resuena de nuevo en el salon la cancion báquica:

La donna è mobile
qual piuma al vento
mutta d'acento
e di pensiero

Las ancianas que piden en el pórtico y que han visto caer sobre la bandeja de plata aquella copiosa limosna dicen, santiguándose, por lo bajo:

—¡Viva muchos años el Sr. Conde! Ya que no puede salvar el cuerpo del desgraciado asesino, procura salvar su ánima: S. E. encuentre el premio merecido en la vida perdurable.

BENITO MAS Y PRAT

PORTUGAL

EL CONVENTO É IGLESIA DE BATALHA

II

Llegamos á una de las partes más hermosas: la capilla del fundador, adosada á los piés de la iglesia, junto á la puerta principal. Fué comenzada por D. Juan I; si bien á la muerte de este (ocurrida, por cierto, el 14 de agosto de 1434, aniversario de la batalla de Aljubarrota), no hallándose terminada aún, fueron depositados sus restos en el centro del coro, al lado de la reina Felipa, su mujer, que le habia precedido 16 años, y de donde ambos fueron trasladados al sepulcro en que, conforme á su intencion, hoy descansan. En esta capilla, sin embargo, es fama que el monarca, imitado despues por nuestro Cárlos V, asistió en vida á sus propias exequias. Forma un gran recinto cuadrado, de unos 66 piés por lado y cubierto con una linterna octogonal, de 40 de diámetro, bajo la cual se eleva el mausoleo del fundador. «No hay palabras, dice un viajero (1), capaces de expresar la belleza de esta linterna».

(1) *Handbook for trav. in Portugal*, 1875, p. 123 y 124.

En efecto, los ricos pilares que soportan la cúpula; las elegantes hojas de sus arcos; sus molduras, doradas y pintadas de verde y carmesí; sus rasgadas ventanas; su clave, donde campean las armas de Portugal sostenidas por ángeles, hacen de esta capilla, áun prescindiendo de los sepulcros, una de las más primorosas joyas del estilo ojival florido que la Península posee. Con esto, ya se comprende que el carácter dominante en esta bella obra es la elegancia, la delicadeza, la gracia, la esbeltez, sin caer todavía en la superabundancia de pormenores y de líneas retorcidas que comprometen luégo la dignidad del gótico, como de todos los estilos en su decadencia. Le da entrada un arco de rico follaje; y luz, tres ventanas en cada uno de sus tres lados libres y cuyo dibujo ofrece la mayor pureza.

El sepulcro de D. Juan y D.ª Felipa consta de un sarcófago completamente sencillo, elevado á unos 7 piés del suelo sobre cuatro leones y flanqueado en los cuatro ángulos por otros tantos pedestales, para colocar los blandones que se encienden en los aniversarios. Las estátuas yacentes, mayores que el natural, son hermosas: descansan cada una bajo un rico pabellon de piedra, en cuyo dorso se ven las armas de Portugal é Inglaterra y apoyan los piés sobre una repisa: disposicion ésta muy comun en el reino vecino, é igual á la que se obtendría colocando horizontalmente una de las imágenes de cualquier archivolta gótica, con la ménsula que la sostiene y el doselete que la protege y corona. Una espléndida guirnalda de hojas de zarza,—alusion á la del monte Moria, por la cual se compara con el libertador de Egipto al vencedor de la dominacion castellana—y las dos divisas *Il me plait* y *Por bem*, entrelazadas en la guirnalda y respectivamente propias de la reina y el rey, adornan la cornisa del sarcófago, en cuyos dos frentes mayores se hallan grabados los epitafios de ambos, como lo están en la cabeza las insignias de la Jarretiera, estropeadas por los soldados franceses.

En el muro S. de este espléndido panteon, hay trazados cuatro arcos, que abrigan los sepulcros de otros tantos príncipes, tres de ellos famosos: el infortunado duque de Coimbra, cultivador de los estudios y gobernador del reino; D. Enrique, duque de Viseo, insigne promovedor de la navegacion y los descubrimientos portugueses; y el «Infante santo» D. Fernando: todos son hijos del fundador de Batalha y hermanos de D. Duarte, que, como primogénito, le sucedió en el trono y se halla enterrado, segun se ha dicho, en las gradas del altar mayor.—De los cuatro sepulcros, sólo uno, el del duque de Viseo, tiene estatua, armada y yacente, tambien con doselete y repisa, y en el tímpano que hay sobre el del príncipe D. Juan, sétimo hijo de Juan I, está esculpida la Pasion. Blasones, emblemas, divisas y guirnaldas de hojas de hiedra, frésa, encina y roble, adornan estos enterramientos.

Ocupan el muro E., á su vez, cuatro altares, muy destruidos; cada cual de ellos, se dice, tuvo su tríptico ó retablo; hoy sólo queda uno, donde se afirma que está el retrato del «príncipe santo», aunque parece posterior: es una de esas pinturas de fines del siglo XV á principios del XVI, que corren en Portugal bajo el nombre legendario de «Gran Vasco», al cual se han atribuido las mil tablas que de esta época existen y cuyo estilo suele ser bastante diverso. Tambien se conservan aún en la capilla algunos restos de esculturas, pertenecientes quizá á los retablos de los otros altares.

Por último, en el lado de Poniente, hay cuatro arcos, abiertos quizá para proteger otros tantos sepulcros, que no llegaron á colocarse.

De la iglesia, pasemos ahora á la sacristía, noble salon gótico florido, con una especie de balcon interior en forma de matacan, y una fuente muy graciosa para las abluciones. Allí se veneran—que bien puede decirse así—el capacete y la espada de D. Juan I y uno de los mejores cuadros, aunque deterioradísimo, que he visto en Portugal. Representa á la Vírgen con el Niño y algunos Padres de la Iglesia, en figuras de la mitad del natural, cuya composicion recuerda,—aunque de léjos—á la Madonna de San Zacarías, de Juan Bellini, ó la Vírgen del Pez, de Rafael.

La pieza más suntuosa de todo este edificio es la capilla llamada «imperfecta». El rey D. Manuel (1495 1521) el *Afortunado*, pacífico de condicion, amigo de las artes, enriquecido hasta un grado superior á todos los monarcas de su tiempo, en virtud de los descubrimientos de Vasco de Gama y de Cabral, concibió el proyecto de edificar en el convento de Batalha un panteon para sus antecesores y para él mismo, en que arquitectos y escultores traidos de toda Europa apurasen las magnificencias de su ingenio.—Hay quien opina que el ejemplo de Enrique VII de Inglaterra, fundador de la famosa capilla de Westminster, aneja tambien á una abadía donde se encuentra el enterramiento de los monarcas y personajes eminentes del Reino-Unido, debió influir sobre la imaginacion del lusitano.

Su obra se encuentra, como la del inglés, emplazada al extremo oriental de la iglesia y detrás de la capilla principal. Es de planta octogonal, con una capilla abierta en cada lado, á excepcion del de Poniente, en que se halla el arco que sirve de ingreso y que por tanto viene á caer detrás del altar mayor. Entre cada dos capillas, se levanta un gran pilar, que debia rematar en una inmensa aguja. Las capillas están concluidas; pero el cuerpo central sólo llega hasta el cornisamento de donde habia de arrancar la bóveda, cuya falta lo tiene descubierto y expuestos á la intemperie sus exuberantes adornos. El estilo de esta construccion es, como se concibe desde luégo por su época, manuelino, pero dominando las formas góticas, ya desfiguradas. Los motivos de decoracion son los característicos de este tiempo en Portugal, Lazos, cordones, calados, arabescos y curvas esquemáticas, que dan á sus pilares y cornisas un aspecto semejante al encaje ó á la filigrana, preponderan sobre las hojas y demás formas naturales; siendo de notar, en particular, la esfera, que constituye el blason de D. Manuel, la cruz de Cristo y la divisa griega *tanyas erei*, indicacion del afan de descubrir nuevas regiones, propio del rey. Afortunado y de su época, como otros tantos emblemas que se interponen en la decoracion del ingreso. Todos los arcos son riquísimos; pero este principal, con su archivolta de siete cordones labrados con minuciosa delicadeza que difícilmente superaria el más fino bordado; con sus complicadas molduras canopiales, sus doseletes y repisas, «excede—dado el género—á cuanto la fantasía pudo imaginar (1).»

La capilla habia llegado al estado que hoy tiene, cuando falleció su insigne arquitecto, Mateo Fernandez, en 10 de abril de 1515. Su sucesor, desdeñando ya la tradicion gótica, tan corrompida, quiso seguir las obras en el gusto declarado del Renacimiento, aunque no sin cierta vulgaridad; y el rey D. Manuel, al visitar su predilecta fundacion, quedó tan descontento, que las mandó suspender, muriendo ántes de hallar arquitecto digno de continuarlas en el antiguo estilo.

Pasando ahora al Convento, comencemos por la sala capitular. Es un cuadrado de 70 piés, próximamente, por lado, cuya vasta extension, de más de 74 metros superficiales, cubre una admirable bóveda de ocho paños, apoyada exclusivamente sobre los cuatro muros. En uno de sus frentes, se halla rasgada una ventana compartida en tres y cerrada con la única vidriera de colores que se conserva entera de las antiguas, aunque no será anterior al siglo XVI; en el opuesto lado se abre sobre el claustro el espléndido «pórtico de biscoito», compuesto todo con adornos entrelazados de suma riqueza y á cada uno de cuyos lados hay otra ancha ventana de dos luces. El admirable roseton de la clave; los tres altares (posteriores) con hermosos azulejos que forman composicion; tres estatuas del primer período gótico; el retrato de Alfonso Dominguez (el primer arquitecto de Batalha), retrato sobre el cual se ha engendrado una leyenda llena de poesía, y los sarcófagos de madera que cubren los sepulcros de Alfonso V y de otro príncipe, hijo de D. Juan II: tales son los más interesantes pormenores de esta excelente *casa do capitulo*. Notemos, á propósito de esa cabeza esculpida en la consola y tenida por retrato de Alfonso Dominguez, que si, como aseguran algunos críticos, la sala es obra del tiempo de Alfonso V, el retrato no debe ser de aquel maestro, sino de alguno de sus sucesores, autor de la obra.

Deben citarse los claustros del convento. El principal es probablemente de la época del fundador, como se dice; y si el autor del *Manual* de Murray hubiese reparado en su estructura general y señaladamente en las bóvedas que lo cubren, no habria afirmado que «aunque los anticuarios portugueses digan lo contrario, es obra de D. Manuel.» Lo que sí corresponde á la época de este monarca, son la decoracion de las ventanas de ese claustro, los afiligranados tímpanos y columnitas de los arcos, cuyo aspecto de adorno de pasamanería da sobrado testimonio del gusto manuelino, aunque faltasen las esferas y cruces de Cristo que lo esmaltan. Pero esta ornamentacion sobrepuesta, cuyos méritos distan, en nuestro sentir, de corresponder á las exageradas alabanzas del mismo crítico que acabamos de citar y que lo reputa nada ménos que «sin rival en Europa», no debe confundirse con el estilo de la construccion, harto más puro, bello y severo. Dejando aparte esta cuestion, el patio es un cuadrado de 55ᵐ por lado y en el cual se abren 28 ventanas, de distintas anchuras: en el ángulo N. O. un pabellon saliente, de admirable riqueza, protege una fuente. El claustro de Alfonso V pertenece á muy otro estilo, y aunque harto más modesto (razon por la cual apénas suele mencionársele), es de muy agradable conjunto, con sus columnitas pareadas.

El refectorio tiene poca importancia; y ménos aún la extravagante puerta que en otro tiempo conducia á la biblioteca.

El exterior resulta muy rico, á causa del gran número y decoracion de sus botareles, pináculos, antepechos, ventanas, y demás miembros aparentes. Los pináculos—sobre todo los modernos—son algo pequeños para la enorme masa del edificio; les falta, por decirlo así, importancia proporcionada á esa masa, que ofrece—como hace notar un crítico—«demasiada horizontalidad.» Téngase presente que carece de torres, propiamente dichas, pues no debe considerarse como tal la aguja, de poca altura tambien con relacion al conjunto, destruida por un rayo y reedificada actualmente; está hueca y forma un verdadero mirador, desde el cual puede contemplar el viajero una hermosa vista y darse completa cuenta del monumento y de la distribucion de sus cuerpos principales. Otra hermosa aguja, que coronaba la capilla del fundador, vino abajo en el terremoto del siglo pasado y no ha sido reconstruida. Digna es de mencion especial la bella portada del brazo S. del crucero (*porta Travessa*) de muy puro estilo gótico, aunque casi todos los adornos de las archivoltas son característica é indubitablemente románicos: caso poco frecuente en construcciones ya del siglo XIV. Por último, la fachada principal es un riquísimo trozo flameante, que consta de un portal, cuyas jambas decoran las imágenes de los apóstoles y cuya archivolta de seis órdenes sostiene 78 estatuillas; Cristo y los cuatro evangelistas llenan el tímpano; y en el fronton que deja la vuelta del arco canopial sobre el primer baqueton del ingreso, se ve la Coronacion de la Vírgen: todo ello, con sus doseletes y repisas, de excelente carácter aún. El segundo cuerpo de esta fachada es ménos puro, y presenta, en vez de roseton, una gran ventana, adornada con análoga profusion, pero de efecto muy decorativo. Las dos portadas y el exterior de la capilla de D. Juan I son las partes de mayor interés que en su exterior ofrece el edificio. Indiquemos que los sillares de que está construido son mayores que los comunmente empleados entre nosotros.

Por último, el estado de todo el monumento es más satisfactorio que el de Alcobaça, así en cuanto al cuidado de su conservacion, como en cuanto á las restauraciones—en el supuesto de que los monumentos deban restaurarse—que van aquí mejor dirigidas, por lo comun, de lo que lo han sido en el abandonado convento cisterciense. Pocas veces se ve mejor aprovechada una consignacion tan modesta como la que anualmente consagra el Estado á las obras de Batalha: 4 ó 5,000 duros. No puede decirse otro tanto de las restauraciones llevadas á cabo al mediar el siglo y de que da triste ejemplo la de las ventanas, ántes mencionada.

A poca distancia del monasterio se halla el ruinoso y pequeño templo donde el maestre de Avis, la víspera de la batalla, hizo voto de levantar este monumento; en el camino hácia Aljubarrota, la iglesia fortificada de S. Jorge; en el opuesto, yendo á Leiria, la de S. Anton, gótica y con un curiosísimo retablo de imaginería. Aljubarrota misma mereceria algunas palabras; y no digamos Leiria... pero son tantas ya las que componen estos apuntes, que les ponemos aquí fin, so pena de hacerlos interminables y—lo que seria peor—intolerables.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(1) O' Shea, *Guide to Spain and Portugal*. — 3ª. ed.; Edimburgo, 1868; pág. 548.

NOTICIAS VARIAS

LOS TAGALOS.—Los tagalos constituyen la rama más importante de la raza malaya en las Filipinas: habitan casi exclusivamente las provincias ó distritos de Manila, Laguna, Cavite, Batangas, Bulacan, Morong, Infanta, Tayabas, Bataan y la isla del Corregidor, pero tambien hay muchos en la provincia de Zambales, en las del Príncipe, de Isabela y Nueva Ecija. El punto más septentrional que alcanzan en la costa nordeste es la isla de Paranan.

En la provincia de Camarines del Norte llegan hasta Parácali, lugar muy conocido por sus ricas minas de oro.

Segun el doctor Bastian, los tagalos difieren del tipo malayo más que los visayas: tienen la piel de un color moreno amarillento, algo más clara en Manila que en las provincias á causa de la mezcla con los blancos y los chinos; sus formas son bien proporcionadas; la cabeza redonda, aplanada posteriormente; la nariz algo achatada; la boca grande con labios bastante gruesos; los huesos zigomáticos muy salientes; la frente baja, y los ojos grandes y negros; de este mismo color tienen el cabello, que es muy abundante y grueso. Un carácter les distingue en particular, y es la extraordinaria movilidad de los dedos del pié, del cual se sirven fácilmente como de mano, hasta el punto de recoger del suelo los más diminutos objetos para no bajarse; dicho se está con esto que trepan admirablemente, tan bien como los negritos, siendo de advertir que tienen el pulgar del pié muy separado de los otros dedos.

La finura de su olfato es igualmente extraordinaria: en una reunion numerosa reconocen á las diversas personas por el olor de su pañuelo.

Los tagalos se establecen siempre cerca del agua, rio, riachuelo, mar ó lago, y parece que su nombre quiere decir precisamente *ribereños, habitantes del rio*. En la época de su independencia habitaban en caseríos diseminados, pero los españoles les obligaron á vivir en las grandes ciudades ó en pueblos, donde á veces forman barrios enteros.

El armazon de las viviendas de los tagalos se compone de cañas, ó de tablas y vigas si los dueños son ricos; las paredes se forman con grandes hojas, empleándose principalmente las de palmera para los tejados. Algunas de estas viviendas no pesan más de dos quintales, incluso los efectos que contienen, que se reducen por lo general á los utensilios culinarios.

Este pueblo vive de la pesca y de los trabajos del cultivo, y aliméntase principalmente de arroz; sus instrumentos agrícolas, muy toscos, se construyen con bambú, y utilizan el búfalo para arrastrar el arado.

***

CHINA.—No sin grandes dificultades se conseguirá hacer participar á China de los progresos de la industria, pues los hijos del Celeste Imperio acaban de dar un segundo ejemplo de su ridícula conducta en el asunto que ocasionó la destruccion de la línea férrea de Wousug á Shanghai. Esta vez ha sido la electricidad la que ha pagado el gasto. En Shanghai se habia establecido una compañía para el alumbrado por la luz eléctrica, y segun parece funcionaba muy bien; pero el Taotai ha prohibido á sus súbditos servirse de esta luz, bajo la pena de severos castigos. Al dia siguiente de expedir la órden el barrio chino estaba á oscuras, y sólo un teatro indígena habia conservado sus lámparas eléctricas encendidas.... por no saber apagarlas.

MARTE Y VENUS, dibujo por A. Laupheimer

ENFERMEDAD DEL CAFÉ.— Segun dice la *Gaceta de Bombay*, el café sufrirá muy pronto la misma suerte de las patatas y de la uva, desapareciendo en algunos países gradualmente como la vid. En una hoja de la planta aparece primero una diminuta seta, que no tarda en invadirlas todas, ocasionando así la muerte del árbol. Esto es lo que ha sucedido en varios países de los alrededores de Ceilan, habiéndose propagado la enfermedad hasta Java, donde ha producido grandes estragos. El gobierno ha intervenido al fin, comprando todos los cafetales atacados de la enfermedad en las islas Fiji para quemarlos inmediatamente, á fin de preservar lo que aún está sano.

***

VELOCÍPEDO ACUÁTICO.— Se ha dado el nombre de *biciclo marino*, en nuestra opinion impropiamente, al aparato que representa nuestro grabado, y que figuró en la última exposicion organizada en Boston por el «Instituto manufacturero y mecánico de Nueva Inglaterra,» habiéndole presentado la «Compañía del Biciclo marino de Portsmouth.» Este pequeño vehículo ó velocipedo acuático carece de ruedas y no es propio para las excursiones marítimas.

Se compone de un pequeño esquife de doble casco en el cual se maniobra por un hélice al que comunican movimiento unos pedales, exactamente lo mismo que en un velocípedo ordinario. Cada casco, sumamente esbelto, mide 20 piés (6 metros) de longitud, 7 pulgadas (18 centímetros) de ancho y 8 pulgadas (20 centímetros) de altura; la desviacion de eje á eje es de 3 piés (91 centímetros).

La manera de graduar la trasmision de movimiento al hélice, y el manejo del timon son muy sencillos, no pareciendo dudoso que en superficies líquidas muy serenas y con pedales convenientemente apropiados el ligero esquife avanzará con suficiente rapidez, atendido su poco peso. En tal caso, el singular velocípedo será susceptible de proporcionar agradable recreo á los aficionados.



Un biciclo marino

***

PROGRESO DE LA INSTRUCCION FEMENIL.— Segun el periódico las *Noticias*, del recuento practicado últimamente en San Petersburgo resulta un gran aumento en el número de mujeres que viven del producto de su trabajo intelectual, así como en el de jóvenes educadas en las escuelas particulares y públicas. En los establecimientos del comercio y de la industria es donde mas acrece la cifra de mujeres empleadas.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

LOS ALEMANES EN EL MEDITERRÁNEO.— Para ilustrar el asunto de que han hablado últimamente los periódicos respecto á la cesion ó venta de la isla de Cabrera á una nacion extranjera, creemos oportuno reproducir las siguientes noticias, que tomamos del periódico francés *El Eco del Havre*.

«Los vapores que hacen el servicio de Argel á Marsella, y por causa del mal tiempo deben detenerse á veces en Palma (Baleares), costean á su izquierda una isla de reducida extension, cuyos altos promontorios avanzan por el mar en forma de herradura.

Esta isla, llamada de Cabrera, y cuya extension apenas pasa de 3,000 hectáreas, es conocida en particular por sus cabras salvajes y sus innumerables bandadas de perdices rojas.

Las tartanas maltesas llegan á menudo, de contrabando, para cargarse de caza, abandonan la isla al ponerse el sol, y al dia siguiente, al rayar la aurora, hállanse á la vista de Argel.

Cabrera tiene un puerto natural que, bien acondicionado, podria contener una pequeña escuadra. Los valles se distinguen por su notable fertilidad, y el clima es el mismo de Africa, con esa salubridad peculiar de las Baleares.

La isla pertenece á una familia de Mallorca. Un ingeniero aleman que recorria las costas del Mediterráneo llegó un dia á proponer á esa familia la venta de su isla desierta al gobierno de Prusia, ofreciendo dos millones quinientas mil pesetas.

Las negociaciones, activamente proseguidas, segun parece con el consentimiento del gran canciller, no han tenido todavía un resultado positivo, ó por lo menos público.

Si los propietarios venden su tierra y España cierra los ojos sobre la cuestion de *dominium*, en la isla de Cabrera ondeará el águila de Prusia tan libremente como el pabellon de otra potencia en el peñon de Gibraltar.

El objeto de la Alemania del Norte seria fundar en Cabrera una especie de colonia escuela, cuyos alumnos se diseminarian despues en los puntos mas codiciados por la madre patria.»

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 12 DE FEBRERO DE 1883 — NUM. 59

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Un aviso útil de la *Correspondencia*.—Novela de las jóvenes sensibles.—¡Otro Paco!—Aventuras de Boito en Toledo.—Su gratitud hácia España.—Los *Sucesos ilustrados*.—Competencia.—Un crímen artístico.—Las *Esculturas de carne* y Carnestolendas.—Conciertos de cuaresma.—D. Víctor Balaguer en la Academia de la Lengua.—La escalera de *Cabeza de chorlito*.

La cuaresma empieza con la parábola del hijo pródigo.

La broma más terrible del Carnaval habrá recaido sin duda alguna en esos pobres padres que en la seccion de *Avisos útiles* de la *Correspondencia* han reclamado á su hijo con una sobriedad de palabras tierna y lastimosa.

No le dicen más que esta frase:

«*Paco, ven, tus padres te perdonan.*»

Pero de ella se deduce una historia doméstica, un drama de familia, que cada cual ha reconstruido segun su imaginacion, su temperamento, y su blandura ó dureza de alma.

Las jóvenes sensibles y nerviosas, las que creen en el romanticismo del amor; las que fabrican castillos en el aire,

GUSTAVO DORE, fallecido en Paris el 23 de Enero

las que ven lo que no existe materialmente, las quiméricas, las soñadoras, las enamoradas, las casaderas, han imaginado, con la *Correspondencia* en la mano, una novela de folletin más interesante que las que publica el mismo periódico en el cuarto bajo de su hoja.

Para ellas, no cabe duda, ese *Paco* se hallaba temporalmente separado de sus padres por alguna cuestion de amor.

—¡Quizá es rico, y haya querido, á disgusto de sus padres, enlazar su porvenir con una pobre!

—¡Eso es una tiranía!— añaden las jóvenes sensibles. Afortunadamente los padres perdonan. Pero, ¿llegará el perdon á tiempo? ¡Con tal de que Paco no haya hecho una atrocidad! ¿Estará en Madrid?... Tal vez haya pasado hoy cerca de mí... ¡Dios mio!... ¡qué idea tan horrorosa!... ¿se habrá suicidado?

Los matrimonios que tienen familia habrán considerado la pena de esos papás teniendo que hablar á su hijo por medio de la *Correspondencia*, y en la seccion de *Avisos útiles*, en competencia con los artículos de joyería.

—Bien pensado,— dice un padre bonachon y de costumbres morigeradas, —¡buena joya será el tal hijo cuando no corre á tranquilizar á sus padres!

—No lo habrá leido, hombre, no lo habrá leido,— dice la madre tratando de atenuar la culpa de aquel hijo ni más ni ménos que si se tratase del suyo propio. ¿Tú crees que la *Correspondencia* es algun teléfono?

Lo cierto es que todos los lectores del periódico se han fijado en ese aviso y han dejado caer melancólicamente sus miradas sobre aquellas letras.

Y todo el mundo se ha preguntado:—¡Paco!... ¿Quién será Paco?... ¿Qué habrá hecho Paco?... ¿Dónde estará Paco?

Hay que señalar un progreso. Hace un año escasamente que el Paco de moda en Madrid era un perro.

***

Estamos en plena cuaresma; y no sé si con objeto de ponernos bien con Dios ó por mera cortesía artística hemos despedido al maestro Boito, autor de una ópera del diablo que se llama *Mefistófeles*.

Vino expresamente el Sr. Boito de Milan á Madrid para ensayar y presenciar las representaciones de su obra.

Exito, no le ha faltado. Todas las noches le han hecho salir varias veces á las tablas, y el dia ántes de marcharse le han regalado una corona de oro.

El autor del *Mefistófeles* sale de Madrid con un gran cariño y un gran respeto hácia sus moradores.

Cada cual habla de la feria segun le va en ella, dice el refran; y á Boito le ha ido perfectamente.

Así es que todavía le sobró entusiasmo para repartirlo entre las preciosidades artísticas de Toledo.

Fué á ver la ciudad imperial, y quedó encantado, maravillado, ante las bellezas góticas que contiene.

Pero aún le produjo mayor maravilla lo siguiente:

El compositor Boito se veia objeto de una simpatía extraordinaria. En las calles lo señalaban con el dedo y le hacian reverentes saludos, en tanto que algunos exclamaban:

—¡Ha variado mucho!... ¡Parece que no es el mismo!

Al dejar el tren y tomar el ómnibus para subir á la plaza de *Zocodover*, notó el maestro Boito que el conductor del carruaje le hacia una seña amistosa de esas que quieren decir:

—¡Ya hace tiempo que no nos habíamos visto!

Despues el fondista le recibió con los brazos abiertos.

—Será filarmónico, —pensó Boito.

Y el ilustre compositor acabó de comprender toda su importancia en Toledo al ver que hasta los sacristanes y acólitos de la catedral le sonreian familiarmente.

Uno de ellos le dijo al enseñarle un cuadro que representa á Jesus andando sobre las aguas:

—¡Usted sí que nada admirablemente!

Boito no comprendió bien las palabras; pero sí la galantería, que fué pagada con una buena propina.

En la calle habia aumentado la multitud. Una corriente humana dirigíase hácia el Tajo. ¿Qué pretendian?.. ¿Qué esperaban?

Ya es hora de decirlo. Le habian tomado por otro. Habian creido que era el capitan Boyton, intrépido nadador norte americano que hace algunos años hizo el viaje por el Tajo desde Toledo á Portugal con un aparato de su invencion, mediante el cual podia descansar, comer, beber, fumar en medio del curso del rio.

El desencanto de los habitantes de Toledo fué grande al saber que el huésped que tenian en su recinto no era un nadador de fama,

—¡Ah!... pero es muy rico, exclamaron algunos. Dicen que tiene un *Fausto*... admirable.

***

El compositor italiano sale de Madrid, llevando gratísimos recuerdos. Como es poeta á la par que músico, ha adquirido una coleccion completa de nuestros autores clásicos y ha empezado desde luégo á entusiasmarse con Calderon que es el autor más musical que hemos tenido.

Tambien el Sr. Campoamor le ha regalado todas sus obras.

Y parece que el Sr. Boito ha prometido poner en música *El drama universal* del autor de los *Pequeños poemas*.

***

No sé cómo el compositor Boito no ha salido aún retratado en todos los periódicos que ahora se publican con objeto de dar á conocer por medio del grabado todos los hechos notables que ocurren durante la semana.

Esto es ya la manía de la publicidad llevada al paroxismo. Todos los dias ven la luz hojas nuevas que ofrecen á la vista del lector miembros destrozados, escenas horribles, suicidios, asesinatos, sorpresas de mil géneros, lances, aventuras, mejor ó peor encomendadas al rápido pincel de un dibujante á destajo, y al despiadado buril que más bien parece bisturí de gabinete anatómico que instrumento para realizar belleza artística.

En este país ocurre siempre lo mismo. Hay muy pocas personas que tengan pensamientos originales y nuevos. De vez en cuando viene uno á plantar el huevo de Colon encima de la mesa, y en seguida surgen una porcion de imitadores diciendo:

—Hombre, es verdad, no se nos habia ocurrido. Pero puesto que otro lo hace ¿por qué no he de hacerlo yo tambien con igual maña y con la misma suerte?

Tal debieron pensar los que han imitado la forma y los procedimientos periodísticos de *Los Sucesos de la semana*.

Esta publicacion tuvo una venta extraordinaria. Millares de números circulaban entre la gente de instruccion limitada y entre las personas que no se satisfacen con la lectura de un suceso por bien narrado que se encuentre, sino que necesitan ver, si es un crímen, por ejemplo, la cara del criminal, y si es una catástrofe ó una desgracia horrenda, contemplar las facciones y las actitudes de los que han sido víctimas de ellas.

La publicacion de *Los sucesos* podia llegar á ser un bonito negocio. Mas por desgracia de sus inventores han venido posteriormente otros muchos periódicos á hacerles competencia.

Hoy son ya infinitos. Los hay hasta con cromos; y cuando todos se vocean por la Puerta del Sol, este sitio céntrico de Madrid parece una sala de clínica.

Las semanas en que no suceda nada saliente, ni extraordinario, se verán esas hojas en un grave aprieto.

No habrá más remedio que improvisar crímenes y siniestros para uso exclusivo de esa nueva industria.

Podrán oirse en las redacciones diálogos por este estilo:

—¡A ver! ¿qué ha ocurrido hoy?

—Pues, nada. ¡Cómo estamos en cuaresma parece que la gente reprime sus arrebatados instintos! ¡Ni una miserable cuchillada, ni una riña, ni un incendio!...,

—¿Ha recorrido usted toda la capital?

—Toda... ¡Madrid está tranquilo!

—Sin embargo, hay que hacer algo... ¡Podríamos ocuparnos en asuntos del teatro....!

—Sí, señor, sí; se me ocurre una idea.

—¡Venga!

—Vamos á publicar los retratos de la mayor parte de los actores que toman parte en la representacion del nuevo drama de Sellés *Las Esculturas de carne.*

—Muy bien pensado... La *ejecucion* de la tal obra es un crímen artístico que encaja perfectamente dentro del espíritu de nuestro periódico.

***

¡Y es la verdad! Si el nuevo drama del autor de *El nudo gordiano* se aplaude, débese la ovacion tan sólo á la forma literaria de que ya dije algo en la pasada *revista* y á los prodigios de arte realizados por D. Antonio Vico. La obra descansa exclusivamente sobre sus hombros.

Es el único actor digno de aplauso.

A pesar de estos lunares de interpretacion, todas las noches se llena el teatro de Apolo.

Principalmente en los dias del pasado Carnaval la concurrencia era tan numerosa que el empresario tenia que poner sillas supletorias detrás de las últimas filas de butacas.

Con este motivo decia un admirador de Sellés:

—Así como el *Don Juan Tenorio* de D. José Zorrilla es la obra clásica del dia de Difuntos, *Las Esculturas de carne* de Sellés será en lo sucesivo el drama más á propósito para ser representado en Carnaval.

—¿Por qué?— le preguntaron.

Y él contestó:

—La cosa es tan clara que salta á la vista, ¡Por afinidad de nombre!

Vean ustedes: *Esculturas de carne... Carnes... tolendas*.

La mayor parte de los oyentes tuvieron que apoyarse en la pared para no caerse de espaldas.

Era un bromazo de Carnaval con toda la fuerza de una sacudida eléctrica.

***

En esta temporada de ayunos y penitencias, es ya una cosa tradicional en Madrid mezclar la austeridad de nuestras costumbres con la audicion de buena música.

Abrense los conciertos del Circo del Príncipe Alfonso; y todos los domingos acude allí la moda, la distincion, la elegancia, á lucir trajes soberbios, y á tributar entusiastas aplausos á la magnífica orquesta dirigida por el maestro Vazquez.

Desde allí... al confesionario; ó por mejor decir: desde allí al cielo.

Otro espectáculo propio de la cuaresma constitúyenlo las recepciones académicas.

En este mismo mes se celebrará el ingreso de D. Víctor Balaguer en la Academia de la Lengua.

Se ha encargado de contestar á su discurso el Sr. Castelar, quien segun mis noticias ha terminado ya su interesante trabajo.

El tema del preclaro hijo de Cataluña es la literatura provenzal.

Y en el discurso del Sr. Castelar hay párrafos notables acerca del carácter y las condiciones de los catalanes.

***

He tenido la cabeza á pájaros... Me olvidaba de consignar el éxito obtenido en el teatro de la Comedia con la representacion de la obra traducida del francés por Eusebio Blasco, *Cabeza de chorlito.*

Produce la carcajada contínua de los espectadores.

El segundo acto, sobre todo, está planeado con un arte extraordinario.

La mayor parte de las escenas se desarrollan en una escalera.

Por aquellos escalones se va muy arriba... Súbese por lo ménos á las treinta representaciones.

Madrid 7 febrero 1883

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

Retrato y dibujos de Gustavo Doré

En el número anterior de la *Ilustracion artística* se ocupó nuestro colaborador de Paris de tan insigne dibujante con motivo de su reciente fallecimiento, haciendo un ligero juicio crítico de sus dotes artísticas y enumerando algunas de las principales obras ilustradas por su diestro y fecundo lápiz. Es inútil por tanto que nos extendamos ahora en nuevas consideraciones acerca del malogrado artista, cuyos trabajos le han conquistado universal renombre, limitándonos á insertar en el presente número su retrato, fielmente reproducido de una fotografía de M. Nadar y perfectamente grabado por M. Baude, así como tres dibujos suyos, dos de ellos entresacados de la ilustracion de las *Fábulas de Lafontaine*, y el tercero, fruto de su exuberante y fantástica imaginacion. Estas tres láminas bastan para poner de relieve la vigorosa y original ejecucion de Gustavo Doré más que cuanto pudiéramos decir en su encomio, atreviéndonos á asegurar en vista de ellas y de los demás trabajos del célebre dibujante, que, si bien sus obras, como todas las humanas, no carecen de defectos, la fama que le han valido es justa, dígase lo que se quiera, pues el que ha sabido crear una escuela por largo tiempo aplaudida y admirada, ha traspasado los límites de las medianías y colocádose á la altura de la reputacion que le reconocen propios y extraños.

EN EL CORSO, cuadro por M. Lovatti

El Corso de Roma es uno de los más famosos paseos de Italia. Su emplazamiento corresponde al de la antigua *Via Flaminia*, y hoy, como en tiempo de la Roma de los Césares, es el sitio público más frecuentado por la sociedad de buen tono. A la caida de la tarde, principalmente, los mejores trenes de la poblacion recorren aquellas anchas calles de una media legua de extension, dando lugar á las romanas para lucir sus galas, que valen mucho, y sus rostros hermosísimos, que valen más.

Una de estas escenas de paseo representa el cuadro de Lovatti, artista distinguido, que ha sacado el mayor partido posible de un asunto trivial. El tipo de nuestra paseante infunde las simpatías de la belleza y el respeto de la severidad; no de la severidad adusta, sino de esa hermosa prenda que tan bien sienta á la mujer y que la romana moderna parece haber heredado de las antiguas matronas que engendraron Brutos y Gracos.

No es ménos notable en ese cuadro el traje de la dama, elegante sin extravagancia y rico sin ostentacion.

La actitud es natural, la expresion se transparenta perfectamente: algo llama la atencion de esa jóven; pero ese algo, áun suponiendo que sea una galantería de algun jinete que cabalgue á la portezuela, interesa poco á la hermosa del coche. Quizás fija su mirada en alguna rival presuntuosa. En este caso, la rival debe ser poco temible: en la mirada de nuestra dama hay más de compasion que de contrariedad.

Nuestra protagonista está plenamente segura de sí misma: tanto mejor para ella si esta seguridad no degenera en vulgar coquetería.

Berlin á vista de pájaro.

Una de las ciudades europeas que más rápido desarrollo han adquirido en un espacio de tiempo relativamente breve, es la capital de Prusia, y hoy del imperio aleman. Los acontecimientos políticos ocurridos durante el presente siglo han contribuido á darle la importancia que actualmente tiene y que parece ir en creciente aumento. Agradablemente situada á orillas del Spree, encerrando en su seno una poblacion de 1.200,000 habitantes, llena de suntuosos edificios entre los que merecen citarse el palacio real, el del príncipe Cárlos y otros particulares, de magníficas iglesias, elegantes y espaciosos teatros que, como el de la Opera, tienen cabida para 5,000 espectadores, abundante en monumentos que recuerdan los hechos gloriosos de sus hijos, contando con anchurosas vías de comunicacion y amenos paseos, Berlin está en fin dotada de cuantos adelantos y comodidades requiere una de las primeras capitales de Europa, no siendo ménos notable por su industria, comercio y artes.

La lámina suelta que acompaña á este número dará al lector una idea de la extension é importancia de la ciudad á que nos referimos, juzgando inútil añadir más detalles que podrán hallarse en cualquier obra de geografía.

CENIZA

Todo se hace polvo.

Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris. De lo que se deduce que el guarda-polvo es la prenda más humana y metafísica que han inventado los sastres franceses.

Todo se hace polvo, y, sin embargo, nuestro empeño en conservar al grosero barro humano su pristina forma, nos impulsa á cometer lamentables extravíos. Cubrimos sus roturas con ricas telas, damos á sus desperfectos costosos barnices, unimos sus trozos con lujosos encintados: hay hasta quien baña la vasija con oro y piedras preciosas.

Yo he contemplado un pecho de político viejo, cubierto de condecoraciones: me hizo el efecto de esos cementerios de aldea, en cuyos montículos de tierra blanda y vacilante se hunden y chocan cruces de todos tamaños.

El quiton griego, encubridor en otro tiempo de esculturas de carne y hueso, cuyas líneas trasladadas al mármol encienden aún la sangre en las arterias del sátiro moderno, guardapolvo tomado de rosas y espumas; polvo, que amasaron las Gracias con agua salada del Mediterráneo y que esparcieron las Safos y los Anacreontes á los cuatro vientos del escándalo.

De aquellas partículas de polvo, nacieron las heroínas de Juvenal y las hermosas del Parque de las Ciervas; de aquellas partículas, que salpicaron, de paso, las plumas del pavon y las alas de la mariposa, nacieron tambien, las bellezas reales que Zola recogió del arroyo.

¿Quién podrá acostumbrarse á la idea de que la mujer es sólo polvo y ceniza?

Habrá quien diga que hay ánforas griegas que recuerdan las redondas formas de la mujer, y que la airosa voluta jónica tiene su carnal elegancia; que hay algo en ella que se quiebra como el vidrio y la porcelana y que por algo dijo Byron: *fragility, thy name is woman;* pero, despues de todo, ¿cuántos no nos han jurado que la mujer es ángel, y cuántas madres no nos han probado el aserto, permaneciendo junto á una cuna?

De esa ánfora de barro brota el rico manantial del amor materno; en esa elegante columna jónica se simboliza la virtud, que soporta un mundo.

Que la virtud se hunde; que el amor se va; que el polvo vuelve al polvo. Eso dicen, Neron, que ha crucificado á la vírgen desnuda; Psiquis, que ha querido contemplar el amor á la luz de su candil impertinente y vergonzoso; Napoleon, que despues de hacer el vacío en torno suyo, siente la soledad de Santa Elena.

La ceniza es trasformacion, pero no negacion; recuérdese el símbolo: el ave Fénix no renace de la nada, sino de sus cenizas.

Los restos de las civilizaciones que pasaron, han hecho nacer estas civilizaciones modernas, que asombran con sus avaricias y poderíos, y en las que aún vive Neron, alienta Psiquis y se cuentan napoleones.

Tras la satisfaccion, el *memento;* tras la posesion el hastío; tras el Carnaval el Miércoles de Ceniza.

La locura es la última nota que alcanza el placer; por eso viene tras ella el ángel de la muerte, escondiendo el rostro entre las alas y con el dedo puesto en la boca.

Cuando he penetrado en un salon de baile en cuyo recinto se mezclan los alientos y los perfumes, los acordes y las carcajadas, los suspiros de placer y los de despecho, me he preguntado si lo que tenia ante mí era realidad tangible ó fantasmagoría caprichosa.

Pensar que todos aquellos cuerpos que se estrechan han de caer en la fosa; que todas aquellas lenguas que murmuran, han de cubrirse de microscópicos merodeadores; que todos aquellos senos redondos y mórbidos han de desaparecer como las burbujas de jabon que suelen hacer los chicos con cañutos de lata, es pensar bien tristemente: preferible es seguir al gran poeta de los Vedas, y confesar que sólo existe Brahma que se divierte consigo mismo.

He visto un boceto de Fortuny que representa una mascarada y un entierro; el cortejo fúnebre que escolta el cadáver de una pobre niña vestida de blanco ha sido sorprendido por un grupo de trasnochadores que sale de un baile de máscaras. La nieve que cae hace frio el color del cuadro; el contraste pictórico hiela la sangre en las venas. Está pintado con la espátula y parece que se ha trazado con el mango de un puñal que heria al artista con la punta, miéntras brotaban las figuras del lienzo.

La vista de este boceto me inspiró los siguientes versos de mi poema *Idea de Dios.*

> . . . Aún al recuerdo lúgubre me aterro.
> Una hermosura, apénas de once abriles,
> era llevada al sepulcral destierro.
> ¡Cuántas fueron sus gracias infantiles;
> qué botin tan espléndido y preciado
> iba á esperar á los gusanos viles!
> Bajo el blanco ataud, medio cerrado,
> un mechon de su rubia cabellera
> flotaba al viento, como airon dorado.
> Era su blanca tez como la cera,
> y sus manos cruzadas parecian
> dos botones de almendro en primavera.

El cuadro hubiera podido titularse *La mañana del Miércoles de Ceniza*: los mascarones—género Goya—parece que se mofan de los que les miran y el cortejo fúnebre tiene en los labios el último versículo del *Miserere.*

Fortuny, no sabemos si ántes ó despues de manchar este lienzo, tomó la ceniza y cambió de pinceles.

Es decir, comenzó á pintar *La Vicaría.*

Hay algo que no es ceniza.

Esto es más patente cuando se ven las cosas desde léjos, es decir cuando se sienten y no se tocan.

Durante la noche serena y estrellada se percibe, tras la cortina iluminada por dentro, la sombra más aérea y deliciosa; las notas del piano rompen los cristales del cierro, cual aves invisibles é impalpables, y se desparraman por la atmósfera como suspiros de amorcillos: la línea que produce la sombra sobre la gasa no la hubieran podido trazar los pintores de madonnas del Renacimiento.

Y aquella sombra, sin embargo, la produce la carne, el barro humano; y aquellas notas, saltan de un tronco de árbol seco henchido de groseros hilos de metal y de pulimentados restos de colmillos de elefante. Otro trozo de materia orgánica, inmóvil como el marmolillo de la acera, siente vibrar dentro de sí aquellas notas y reproduce, en no sé qué centro misterioso y lumínico, la sombra y la luz aquellas.

Es decir, que el barro se electriza con el barro; la línea bebe la línea; el ruido brota de una profundidad para caer en otra; y en estas mutuas correspondencias, en estos efluvios y compenetraciones, sólo imaginamos una línea que pasa y un ruido que se desvanece; una retina que se impresiona y un oído que percibe la vibracion de los cuerpos.

Por lo ménos esto dice la ciencia empírica, si la dejamos tomar la palabra.

Hay corazones de oro y de cieno; de pedernal y de mármol de Carrara: ¿de qué materia serán las notas, las ideas y las almas?

No todo es corrupcion ni todo lodo, como dijo Arolas, despues de recorrer los encantados harenes con la fantasía y de sacudir su hábito perfumado por el pebetero imaginario.

Si al describir aquellas odaliscas, que vencidas por el sueño inclinaban sus cabezas,

> como el ave cuya gala
> son las plumas de color
> que para dormir mejor
> pone el cuello bajo el ala,

despertó él mismo al són de la campana que repetia el *memento;* tambien debió de sentir algo de lo que no acaba ni muere, cuando leyó *el libro con páginas de estrellas* y suspiró por la beatitud, en las solemnes meditaciones de sus noches.

El Segismundo de Calderon, que se incubó en un cerebro de poeta, no para caer deshecho en polvo como el de Rodas, sino para levantarse eternamente sobre el mar humano, nos dice en uno de sus inmortales mementos:

> Sólo á una mujer amaba,
> que fué verdad creo yo,
> pues que todo se acabó
> y esto sólo no se acaba.

. . . .

Pero descendamos.

Afirmaba yo que el guarda-polvo es una prenda metafísica, y quiero afirmar que los disfraces son guardapolvos vergonzantes.

Contaba cierto amigo mio—y no sé si al cabo puso el cuento en letras de molde—que una noche asistió soñando á un baile imposible y estrambótico.

En este baile original abundaban poco los enguatados y los postizos, se habian relegado al olvido los específicos de las unguientarias de que se burlaron Marcial en Roma y Argensola en la villa y corte, y sólo se permitia el ingreso en el salon á los que dijeran verdades como templos y claridades como puños.

Mi amigo topó al entrar con la señora de la casa, y hallándola nariguda, vieja y fea, la saludó como á *la reina de las aves nocturnas.*

Ella, en cambio, le midió de alto abajo con sus pupilas redondas y pequeñas, y contestó al piropo haciendo notar que mi amigo tenia por dientes negros cimarrones, y mercenarios puestos en fuga.

En el centro del salon no pudo decir una verdad más, ni escucharla de labios ajenos: tuvo que taparse las narices para no soportar el olor de los perfumes, que cerrar los ojos para no sorprender las miradas provocadoras que se dirigian las parejas, que ponerse las palmas de las manos en las orejas para no oir la partitura que destrozaba una bellísima aficionada y, en fin, que cerrar la boca para que no le repitieran una y mil veces que tenia los dientes feos.

No hay que decir que mi amigo despertó sofocado bajo las sábanas y con la almohada por chichonera.

El baile habia durado treinta segundos: poco más que si hubiera sido realidad su estrambótico sueño.

Que la humanidad anda disfrazada todo el año es una verdad de Pero Grullo que de puro sabida solemos olvidar frecuentemente.

Estamos cansados de ver hacer el oso, el sabio, el pollo y el mameluco. Los disfraces cursis son aquellos que nos parecen sublimes en la soledad de la alcoba: *Beatriche* y Dante, Pílades y Orestes, Hamlet y Ofelia han pasado al estado de guardarropía averiada.

El barro ó el polvo que se oculta bajo una toga es tenido por barro ó polvo docto; el que se tapa con terciopelo ha de ser mirado con envidia; el que va envuelto en pergaminos y áureas mallas ha de resistir, como el Cid, todos los botes de lanza.

La sociedad ha resuelto disfrazarse todo el año con los figurines que vienen de Paris y no necesita para nada trajes olvidados ni históricos.

Sólo en los dias de Carnaval se permite llevar la ceniza en la frente y arrojar la careta.

BENITO MAS Y PRAT.

Sevilla 1883.

LA MESA REDONDA

Estamos en un sitio pintoresco del Norte, y tenemos sábanas de verdura, arbolado que se mete en casa, nieblas diáfanas y jirones de cielo y de mar. El sol es un sujeto aquí codiciado; jugamos con él al escondite y se le pilla rara vez. La humedad que trasciende á nuestros huesos, es sana; el reuma que aquí abunda, se tiene por exótico; se le suda en el centro del dia, pero para dormir, nos echan manta. Las aguas son una bendicion; las hay de varios géneros ferruginosos, habiendo sufrido el análisis *cualitativo* y *cuantitativo*, y resultando que dan nueva direccion á la energía vital, ocasionando una íntima trasmutacion, útil á todos los estados morbosos.

¡Pasma la gente que ha venido á baños! Está atestado el *Gran Hotel.* En un cuarto habitan varias familias. A un inglés le han puesto la cama en la despensa: otros viajeros se elevan al camaranchon. Muchos se van por no haber alojamiento: otros se acomodan provisionalmente en los rincones de los pasillos esperando vacante. Los turnos son breves; incesante el llegar y el partir. El ómnibus mete bulla á la puerta, tomando ó dejando carga: los caballejos sudan fatigados por el viaje de ida y áun más por el de vuelta; como que las gentes que entran en esta casa, salen gordas. La cocina y la mesa redonda tienen fama. Se come mucho y bien.

Hace rato dió la una, hora de la comida. Las horas de refaccion son aquí muy diligentes: se pisan los talones unas á otras; vivimos con el bocado en la boca, y siempre tenemos gana. El esquilon de aviso ha dado tres toques y ahora repica el cuarto, porque las damas se descuidan y los señores no bajan, esperando á las señoras. Se estarán vistiendo: es su ocupacion favorita; mudando trajes se divierten. El cabello, en baños, da mucho que hacer: para que no se enrede, anda suelto ó en trenzas de niña boba, y no se recoge hasta la tarde. Además es de mal tono acudir cuando nos llaman, y de bueno hacerse esperar. El que llega tarde es más notado y por tanto más notable. El movimiento nos avisa de que el festin empezó. Los miasmas culinarios embalsaman la atmósfera: la cocina desparramada por la casa, penetra en todos los olfatos. Huele á muchas cosas juntas; trascienden aperitivas emanaciones y condimentos que hacen cosquillas en el gusto, anticipando alivios del estómago y recreos del paladar. Chocan los platos; las cucharillas resbalan sobre las porcelanas: hay precipitados de manos y de piés. Los camareros con mandil blanco y camisa morena, describen su órbita, satélites del dios Pan. Los bañistas con sus apetitos impacientes, acuden al plato, al advertir que la mesa redonda no es redonda, ni cuadrada, ni de esas que se llaman de herradura: forma un rectángulo de tres cuerpos, y en su inmensa planicie, yacen tendidos y en correcta formacion, vajilla, cristalería, cubiertos, servilletas, jarrones con dalias y flores que se renuevan una vez á la semana, fruteros colmados de peras verdinas y ostentosas; queseras con quesos pasiegos; entremeses de aceituna microscópica y manteca fresca; vinagreras y saleros abundantes; caprichosos palilleros sin palillos, y un panecillo descolorido y esmirriado, por plaza.

La campana enmudeció y los congregados, ya en su puesto, callan tambien. El primer envite de una mesa lo llena todo; la atencion y la necesidad. Solo se oye el *tíqui, tíqui* de la cuchara y el *chácla, chácla* del mascar. Se han contado nuestras fuerzas, y arrojan un contingente de *72* bocas con otras tantas máquinas dentarias é igual número de aparatos digestivos; bocas llamadas de espuerta y otras de piñon; chicas y grandes, naturales y postizas; de niños y adultos, militares, clérigos y laicos, mujeres y señoritas, que ejercitan el primer acto de la vida, el suceso más grato y de la más pura fraternidad. La sopa humea y sube y baja el cucharon de cacillo, repartiendo el suculento caldo de aves disueltas y sustancias desconocidas, donde danzan partículas *ininteligibles.* ¡Y vaya si trae rayos el *consomé!* Viene tan fogoso que no hay laringe ni esófago que le resista. Levanta ampolla en la lengua y escalda las entrañas del ansioso comensal, afanado por soplar y sorber á la vez. Tales son los preliminares de la ingurgitacion.

Doña Clotilde que acude á la mesa, tarde como de costumbre, y que de ordinario tiene descoloridos los mofletes, se ha puesto morada con la prisa que emplea en la deglucion, para no quedarse atrás.



EN EL CORSO, cuadro por M. Lovatti

LAMINAS DE LAS FABULAS DE LAFONTAINE, dibujo de Gustavo Doré

Su vecino D. Doroteo, médico de aldea, y curioso investigador de fenómenos patológicos, la dispara el discurso del dia, sobre los peligros de la asfixia por impremeditacion é ignorancia de las reglas fisiológicas é higiénicas.

Un cura bendice, reza y traga para sí. El familion de un Marqués cuyo título nadie cita, se presenta con la dignidad de su clase. La señora es heredera de un príncipe de Italia, segun tuvo buen cuidado de anunciarnos la mujer del fondista..... Más allá están dos hermanos que parecen gemelos, distinguidos por ser los últimos que se quitan la gorra. Serán ricachos ó caballeros palurdos, por su traza. Hablan por lo bajo, y su frase parece bastante acentuada. El señor de Morrueco, viaja con su esposa y con un sobrino de ésta. Marcelina tiene veinticinco años; el sobrino otros tantos, y el marido setenta. Morrueco está delicado, muy delicado, apénas baja al comedor, y cuando baja, apénas come. Ella sí, y bien que la cuida su pariente, para cumplir los encargos del marido, que siempre le está diciendo:

—Muchacho, ya que yo no puedo haz mis veces para que nada falte á tu tia Marcelina, que bien desgraciada es, por haberse casado con un mueble como yo. Y el muchacho contesta llamándole papá por cortesía:

—Esté V. tranquilo, papá, que miéntras yo esté á su lado, nada apetecerá que no tenga, Marcelina.

Y Marcelina añade:

—Mira, Morrueco, por mí no te preocupes, pues miéntras yo cuido de tu salud, Emilio se desvive por complacerme. Lo que siento es que no puedas bajar á la playa para vernos nadar juntos. Emilio es un pez..... y ya me ha enseñado á tenderme en el agua sin más que mover un poco las palmas de la mano. Pero, hijo mio, hoy habia mucha *resaca*, el mar me iba tragando, cuando Emilio me agarró como quien coge un fardo, y me arrojó á la arena, recibiendo un aplauso general de los bañistas, que todos ménos yo, entran en el mar con bañero. Le debes mi salvacion: dale las gracias. Y Morrueco sin inmutarse, da á Emilio un golpecito en el hombro, exclamando:

—¡Ah, valiente!

Y así sigue y se hace general, la conversacion en la mesa.

—Niña, no cierres la boca para comer, dice la señora de Arisco á su pollita. ¿No ves que en boca cerrada no entran moscas? Lo comprendo. Señores, esta chica está llena de aprension desde que pilló una pulmonía, y todo su afan es taparse la respiracion por temor de que se la cuele un aire. El doctor le ha dicho que todos los males entran por ahí, y ni come, ni habla, ni pabla, ni se divierte, ni se viste, cuando está de temporada. En invierno sí, cuando va á los bailes; que la pongo bien ligera con el descote bajo y la falda corta, pero la boca siempre tapadita con pañuelos muy finos, que me los pone hechos un trapo, y ya ha destruido muchos de encaje, entre ellos uno que perdió en la embajada de Honduras, y que valia mil pesos tirados á la calle.

—Calla, mamá, calla, dice la chica, que si me haces hablar, me va á entrar la pulmonía.

Al lado hay otra señora muy peripuesta, con peluca y cejas al temple, y que ha traido de Rioseco á su hija, quien tuvo una fuerte pasion de ánimo y necesita tomar aires, tomar baños, tomar aguas, tomar lo que se presente. Sagrario se llama la enfermita, que representa un caparazon de ave, sostenido por cuerdas de nervios: charla por los codos con las vecinas de comedor; contesta á las sonrisas de los hombres y á la curiosidad de las mujeres, defendiéndose del chaparron de interpelaciones, con gran soltura, porque es lista y no se corta la muchacha de Rioseco.

—Sagrario, ¿hay apetito?

—¡Mire V., me he puesto casi un pollo!

Tomasito que está enfrente, se da por aludido.

—Yo me hubiera puesto una polla entera; pero están en los huesos!

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Yo, que las he visto esta mañana.

—¿En dónde?

—En la caseta.

Y todas se echan á reir.

—Sagrario: ¡que lo oye mamá!—dice una.

—¡Cá! si es sorda; y oye ménos cuantas más voces se le dan.—A mí, por la costumbre, ya me entiende. En casa tiene trompeta y trompetilla; dos de oro y una de plata; pero de viaje, dice que no la importa quedarse en ayunas.

—Sagrario: ¿es V. hija única?

—Unica del último matrimonio, porque la mamá ha estado casada tres veces, sino que hoy está viuda. Tengo siete hermanos de otros padres, pero no me trato con ellos por cosas de familia. Puede decirse que somos solas, y que no carecemos de nada, pues con lo que el papá me dejó, en granos, tenemos de sobra.

—Sagrario; ¿estará V. muy mimada?

—Por la mamá todo lo que puede, porque como la falta el oído, no sabe muchas de las cosas que me pasan.

—¿Pues qué le pasa á V., Sagrarito?

—¡Ay, hija, bien jóven empecé á sufrir! Faltó el papá y como la mamá no se enteraba de nada..... y me quedé sola, y no tenia qué hacer, porque en mi casa los criados, de tantos como hay, estorban, me entregué á las novelas. Un hijo del Juez de primera instancia me las traia á carros, y leí tantas, que hija, vamos, me volvieron tarumba.

—Sagrario; ¿y qué tal el hijo del Juez?

—¡No me le nombre V. por Dios! contestó exaltada. Y añadió:—Ya lo ha oido la mamá, por casualidad.—Y la mamá refunfuñaba, tirando de un alon de pollo:

—¡Si la hablan de él se vuelve loca! Se declaró, me la pidió, se hizo el *truchó*, y el infame, huyó. ¡Y gracias á que la niña no ha perdido el apetito! ni los bienes que heredó de mi tercer difunto, que son muchos, por lo cual no la faltarán nunca proporciones.

En esto, se oye una repulsa parecida á un graznido, de un comensal rumiante cuyas murmuraciones al fin estallan.

¿Quién ha de ser? D. Meliton, mozo de un almacen de harinas, que ha llegado á fabricante. Dice que padece del estómago y que todo se le aceda, pero nunca ve saciada su hambre canina. Pelea con su sombra, está siempre con humor de hereje y resabios de capataz de brigada, y la pega con la comida, con los que la sirven, y sobre todo, con el cocinero, que segun él, no tiene vergüenza ni paladar.

—¿Qué pescado es este?

—Se ignora, contesta el mozo, harto de oir todos los dias la misma pregunta.

—*¡Corrocones!* dice un adlátere.

—¡Bien podia el cocinero haberles quitado las espinas!

D. Meliton se atraganta: sopla, escupe..... ¡Ya se clavó una!

—Beba V. agua!

D. Meliton se pone verde.

—¡Coma V. pan!

Ahora amarillo.

—¡Arranque V. con fuerza!

No respira: hay alarma en los espectadores.....

—Garras..... ¡plaf!

Por fin rompió. Ya traga y puede hablar. Oidle:

—¡Así se lleven al cocinero, al amo, al ama y á la casa, dos mil diablos!

—¡Pero, hombre, no coma V. más!

—¡Que se fastidie! y seguia tragando.—¡Qué pescados! y chupaba una raspa.—¡Esto está helado....! y mojaba migas. —¡El vino es campeche!.... y desocupaba una copa de medio cuartillo.—¡El pan parece de piedra berroqueña...! y se atracaba de tarugos.—¡Vaya una fonda, y una comida á la francesa! Y para esto paga uno un dineral: ¡siete pesetas diarias! y aparte el café que parece serrin! y media peseta por una copa de Ginebra, que es agua con un poco de espíritu de vino! ¿Pues y la cama? De muelles; que bota uno en ella, como una pelota! ¡Vaya unas modas!

—¡Y yo que estoy perdida de histérico! exclamaba una vecina de D. Meliton á quien llamaban *Doña Escrúpulos*. No hay delicadeza ninguna en estas mesas: todo está sucio. El cristal empañado. Los platos descoloridos. La plata de color de plomo. ¡Yo, que acostumbro á tener en mi casa los tenedores y las cucharas en fundas! ¡que gasto servilletas de seda, y que hago al criado, servir con guante blanco! ¡Ay, sufro mucho, mucho!

Un niño gime y refunfuña.

—¿Qué es eso?

—El comandante que ha pegado á su chico un torniscon.

—¡Como que está muy mal educado!

—Al contrario: para educarle le pega, porque hace en la mesa muchas porquerías. Para probar el almíbar, ha metido un dedo en la dulcera y se le ha chupado. Como no le gustan los fideos, ayer escurrió en un vaso el caldo de la sopa y se lo sorbió. Es un chico muy salado: todos los dias vierte el salero, y la señora que tiene enfrente se asusta, porque está siempre atacada de los nervios y cree eso de mal agüero.

—¡A mí se me rompió un dia, en las manos, un espejo...!

—¿Y qué?

—¡Nada!

—Pues lo de la sal es cierto; porque, verá V. lo que le pasó á una señora de Valladolid que casualmente estaba recien casada con el jefe de Fomento. Estando tomando un huevo pasado por agua, cogió unos granitos de sal con la punta del cuchillo y se le cayeron tres ó cuatro en el mantel. Esto era el 10 de marzo, bien me acuerdo. Por el pronto no sucedió nada, pero á poco recibió una carta de Filipinas, en que la decian que habia muerto del cólera, un cuñado del hermano de su suegro, el mismo dia 10 de marzo!

—¡Qué horror!

—Desde que supimos esto, no se ha vuelto á gastar sal en casa.

—Ya se conoce,—decia una amiguita por lo bajo.—¡No he visto mujer más sosa!

—¿Han observado Vds.? Ahora acaba de entrar la señora de Infanzon. Siempre llega á media comida.

—No la conocemos, dijeron varias señoras. Como no se digna saludar á nadie, ni habla más que con su niñita.

—Pues con la Marquesa, bien charla.

—Con esa sí: ¡como es aristócrata!

—En una carta de un periódico de Madrid, donde se citan los nombres de los personajes que hay por aquí, están los suyos los primeritos.

—¡Claro! ¡Si esa señora será muy conocida!

—Siempre tan tiesa y tan peripuesta; con un gesto que parece que se la debe y no se la paga.

—Y todo lo que lleva no vale dos pesetas!

—Pues á todo saca las pulseras: yo creo que se mete con ellas en la cama.

—Y ella espera alguna noticia importante, porque todos los dias pregunta á qué hora llega el cartero, y sale á recibirle como si le trajera el premio grande.

—¿Y la tal señora de Infanzon, es viuda, casada ó soltera?

—¿Soltera? ¡Si tiene una chica!

—¿Y el papá ausente...?

—¡Música, música!

Oyense arpegios, y todos vuelven la vista. Es el jóven napolitano del otro dia, que derrama un torrente de sonoridades. Trás una serie de afinaciones y preludios, rompe con un tango á la italiana, y hay señoritas que balancean su cuerpo miéntras comen.

—Toca muy bien!

—Y es guapito!

—Este tango le toca Teresita al piano.

—Esta noche, tiene V. que tocarle en el salon.

Y Teresita contesta con un mohin:

—No toco sin papeles.

—¡Ah! Esta polka la conozco yo! dice tristemente Sagrario. ¡La bailaba con él!

Y su mamá que no se habia fijado en el arpista ni en la música, dice á su hija:

—Chica, oigo así, como si tocaran campanas á lo léjos.

—¡Oye campanas y no sabe dónde!

—¡Qué hermoso es este coro del *Profeta!*

—Pero tropieza.....

—Lo lleva muy de prisa.....

—Pone muchas *fioritures.*

—¡Arma un alboroto con el tal instrumento!

Y el inglés que permanecia mudo, y escuchando atento, con la boca llena, parece que se atraganta y al oir la tempestad de calumnias á los grandes maestros, que ruge en el arpa, exclama:

—*¡Cagamba!*

—Si esto es *Profeta* no lo conoce ni el mismo Meyerbeer.

—¡Es un gusto tener en casa la ópera!

—¡Se puede viajar sólo por comer con música!

—Hay la ventaja de que se olvida uno de lo que come.

—Yo no me olvido ¡paño! replica D. Meliton. Tan buena es el arpa como la comida. ¡Reniego de la música!

El napolitano le presenta el platillo. Todos los caballeros han echado su moneda.

—Ahí van cinco céntimos, dice con un bufido. No vale eso más. Estos italianos son más holgazanes... En España se gana el dinero sin meter ruido.

El bello sexo oye al caribe harinero con indignacion.

—¿Quién será ese caballero tan mal humorado?

—Un rico que padece tres ó cuatro enfermedades y viene de Ontaneda, de la Hermida y de Solares.

—Cuando tanto se queja de todo, vivirá muy bien en su casa.

—¡Cá! en un molino. Así está pasado del reuma.

—Será rico; pero él ha venido en el tren mixto. Le he visto yo.

—Hija, ya ninguna persona decente viaja más que en el *exprés.*

—Nosotras hemos traido un *reservado.*

—Nosotras un *spelincár*, dice enfáticamente la

señora de Arisco. Y la niña ha venido siempre acostada y con la cabeza tapada para que no la diera el aire.

—Es tontería, no se puede salir de casa, sin ir arrojando dinero. En eso se conoce la gente fina.

—Hay que tomar de todo, lo mejor y no mirar si cuesta una onza más ó ménos.

—Yo, dice la señora de Morrueco, cada vez que abro la mano es para dar una moneda de cinco duros. Llevo desparramadas más que pelos tengo en la cabeza. Mi esposo es atroz para eso. Si no gasta, cree que no se divierte.

Estamos en los postres, momento que parece oportuno para vociferar fanfarrias y escupir por el colmillo. Cunde el contagio y en aquella sociedad abigarrada, relumbran oropeles transitorios. Todos parecen banqueros ó duques. Todos se engrien y regodean, viendo su nombre puesto en un cuadro, en la portada del Hotel. Todos cantan sus glorias y grandezas á unísono, y procuran destacar en el cuadro, sobre los demás. Saquemos la consecuencia de estos últimos jirones de la conversacion de sobremesa. Los rezagados tendidos en la silla, y accionando con el palillo de dientes, ó izándole en la boca, como en señal de haber comido, departen así:

—Esta noche hay concierto en el Casino. ¿Irán ustedes?

—Lo malo es que se acaba tarde, y como no he traido el coche..... pero hay que ir.

—Yo tambien me he dejado los coches por allá, dice un cesante que ha venido á distraerse.

—¡Ahí está mi corsetera que no falta á ninguna diversion!—dice doña Lucía, señora obesa que nadie sabe donde tuvo el talle.—En la *velada* del juéves estaba á mi lado y parecia una persona de clase.

—¡Y mi sastre, tambien está en todas partes! añade el jóven Olivenza. Ayer ganó delantito de mí, cerca de quinientos duros, en diez minutos. Es claro, jugando los sastres se deshonra el juego!

—Desengáñense ustedes,—repuso el Marqués, perfumando con sus soplidos de humo habano, el rostro de los circunstantes,—en saliendo uno de quicio, y dejando sus salones, por estos corredores alumbrados con petróleo, todos somos iguales. ¿Quién dirán ustedes que es esa señora alta, que come al lado de mi mujer codeándose con la descendiente de los príncipes de Novara? Una prestamista de la calle de las Urosas. ¡Toma! y ayer tuvo valor de decir á la Marquesa, porque la Marquesa repetia lo que todos, que aquí está todo muy caro; que si nos hacia falta dinero que no nos apuráramos, que ella tenia letra abierta en no sé cuántas casas de comercio. ¡Habráse visto insolencia! ¿Y cuánto dirán ustedes que paga por ella y por su doncella? ¡Diez duros diarios!

—*Señoges*,—dijo el inglés.—A la *plágia*, á la *plágia*, que *ahoga estarg belo* el *marg!*

Y en efecto, todos aquellos señores se fueron á dormir la siesta. A la hora de cenar, muchos habian desaparecido de la escena: la locomotora ó el vehículo, arrastraba á cada cual, á su centro comun. En la mesa redonda se obtuvieron varios ascensos hácia la presidencia. En la cola se destacaban, como brillantes al rededor de un marco, una docena de caras y bocas nuevas. Muchos de los salientes se fueron sin despedirse, lo cual no es de extrañar, si se recuerda que tampoco al entrar saludaron.

Y muchos eran tan finos, tan alegres, tan simpáticos. Náufragos de la casualidad, la ola que les trajo se les lleva. Trasunto de la vida social, la mesa redonda, es el mundo donde llegamos, nos amamos y nos aborrecemos, comemos juntos en fraternal banquete, y desaparecemos para no vernos más.

—¿Recuerdan ustedes bien á todos los qué comíamos y bebíamos estos dias?

—Setenta, noventa, ciento. ¿Quién los cita, uno á uno? La mesa nivela al género humano. El hambre todo lo puede. Nada más elocuente que la igualdad del plato. Bajando la Marquesa y subiendo la corsetera, se encuentran en la misma línea.

—¡El inglés era un sabio!

—Y no lo sabemos, hasta que le hemos perdido de vista.

—D. Meliton, el de los molinos harineros, pásmense ustedes, tiene cinco millones de renta!

—Pues por la facha y el apetito, parecia un pobre.

—La prestamista que tenia letra abierta en todos los Bancos, la vieron salir de la ruleta....

La atmósfera de última hora es muy densa. ¡Se saben tantas cosas!

—¿Querrán Vds. creer que la señora sorda que tenia en su casa trompetillas de oro y plata, no traia más equipaje que una sombrerera?

—Pues *Doña Escrúpulos* la de los tenedores con funda, dió para cambiar, un billete de veinte duros falso.

—¿Y la superabundante señora de Infanzon?—dijo Tomasito bajando la voz.—Se despidió esta tarde y dejó en prenda, para pagar el hospedaje, las pulseras.

—Y ustedes no saben lo mejor,—añadió Olivenza,—que las pulseras eran de *doublé!* La siguieron al tren, y ya se habia largado con un francés que vino á esperarla.

—¡Vea usted!—dijo Doña Lucía.—Y la marquesa no hablaba más que con ella, porque como era fina, —y recalcó la frase,—y nosotras somos ordinarias...!

La señora de Infanzon llegó á Madrid en una berlina cama, y en la estacion se separó del francés.

—¿Dónde has estado?—le decian las amigas.

—En las playas del Norte, en el *Grande Hotel!*

—¿Y qué tal el mar?

—¡Admirable!

—¿Y el hospedaje?

—¡Magnífico! Gran *confort!* ¡Gran *diné!* ¡Y muy barato! ¡Muy barato!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

CRONICA CIENTIFICA

DISTANCIAS CELESTES

II

Terminábamos nuestro precedente artículo anunciando, que el paso de Vénus por delante del disco solar ofrece uno de los mejores medios, que posee la astronomía para el cálculo de la paralaje del sol, y que en último análisis una paralaje es un ángulo; pero ¿qué ángulo es éste y de dónde resulta su importancia? agregábamos, y hoy debemos contestar á una y otra pregunta.

Imaginen nuestros lectores, que se traslada un observador al centro de la masa solar, y que desde tal y tan abrigado observatorio, dirige su vista á este globo terráqueo que de morada nos sirve y que con su jugo nos mantiene. La hipótesis es atrevida, pero más atrevidas hipótesis formula la ciencia, y si no las realiza, sabe ave riguar con admirable exactitud, cómo pasarían las cosas, si se realizasen por arte maravilloso tamaños prodigios.

Un observador, desde el centro de aquel astro, decimos, si el calor no le molestase, si la ígnea masa del sol fuese trasparente, y si además poseyera en el cristal de sus ojos algun mecanismo de gran sutileza para medir ángulos, veria nuestro globo terrestre bajo una abertura pequeñísima de unos 17″; y por las explicaciones dadas en nuestro anterior artículo sabemos lo que significa esta magnitud angular de *diez* y *siete segundos* y algunas décimas y centésimas de segundo.

La mitad de este ángulo es precisamente el que toma el nombre de *paralaje*, y así suele decirse, aunque con notoria impropiedad geométrica, que la paralaje solar es el ángulo bajo el que, un observador situado en el centro del sol, veria el radio de la tierra á la distancia media de su órbita.

Las personas ajenas á esta clase de estudios caminarán de sorpresa en sorpresa al oir, que todo el interés, el principal interés, por lo ménos, del paso de Venus estriba en que da modo fácil de calcular, de qué tamaño veria nuestra tierra un viajero, que fuera á colocarse por singular capricho en el centro del astro del dia; y si tales personas alguna vez sospecharon, que matemáticos y astrónomos tienen algo de enajenados, con esta última averiguacion tendrán por certidumbre su sospecha y á semejante gremio de sabios por ilustre plantel de privilegiados dementes.

¡Gastar millones de francos! ¡hacer penosos viajes! ¡consumir noches y dias en penosos cálculos! y todo para saber, con algunas centésimas de segundo de aproximacion, bajo qué ángulo se veria en el cielo el diminuto disco de este pobre planeta que pisamos, desde el inaccesible, impenetrable y abrasado centro de una masa, que segun los más parcos tendrá 2,000 ó 3,000 grados de temperatura y segun otros 20 ó 30,000 grados!

Estupendo capricho!

En verdad que todo esto, si no es broma, es delirio, digno de atencion, por lo que interesa al reposo de las naciones civilizadas ver en qué concluye esta furia de medir paralajes.

Pero es el caso que el ángulo de que se trata, *esa paralaje solar*, ese tamaño en abertura, de nuestra tierra contemplada desde el centro del sol, da un medio sencillísimo para determinar con gran exactitud relativa la distancia del sol á la tierra, de la cual pueden deducirse con facilidad suma las demás distancias celestes, y esto hace cambiar de todo en todo el problema.

Pero ¿cómo por tal ángulo se obtiene tal distancia?

Veamos si hay manera de que nuestros lectores comprendan el mecanismo de esta solucion, y para ello acudamos á un ejemplo.

Todo el mundo tiene idea de lo que es una línea horizontal, y por la práctica de las carreteras, y de los caminos de hierro, y aun de las corrientes de agua, todo el mundo sabe tambien lo que es una línea en pendiente.

Pendiente de *uno por ciento*, se dice, por ejemplo, cuando por cada cien metros de longitud se sube uno, y así para los demás casos; de modo que saber lo que se camina es saber lo que se sube, y saber lo que se sube es tanto como saber lo que se camina. A dos metros de subida, doscientos de longitud: á tres, trescientos; y así sucesivamente.

Pues supongamos que con la imaginacion se forja, el que estas líneas recorra, un agudísimo triángulo formado por tres líneas, que sean las siguientes:

Una, la que va del centro del sol al centro de la tierra.

Otra segunda, la que puede imaginarse desde el centro de aquel astro á la superficie terrestre en direccion tangencial.

Y la *tercera*, la que del centro de nuestro globo va al punto de contacto de la anterior con la superficie terrestre.

Y ahora, sea la *primera* la rasante de un camino: la *segunda* la horizontal del mismo: y la *tercera*, ó el radio terrestre, lo que la rasante sube sobre la línea de nivel.

Conocer la paralaje, ó sea el ángulo de las dos primeras, es conocer por un cálculo facilísimo la pendiente de este fantástico camino por donde va nuestra desatentada imaginacion y por donde pretendemos llevarnos al sesudo lector.

En una circunferencia completa se consideran 1.296,000″ como decíamos en nuestro último artículo, ó sean 12.960,000 décimas de segundo, y como la longitud de esa circunferencia, si suponemos su radio igual á *un metro*, es $6^{m},28318$, la extension del arco de una décima de segundo se hallará dividiendo este número por aquel; y multiplicando esta cifra por 88 décimas de segundo, que es el valor aproximado de la paralaje, tendremos lo que se separan en un metro las dos primeras líneas de nuestro triángulo, ó lo que una de ellas, considerada como rasante de un camino, sube respecto á la otra que puede representar la horizontal.

Resulta, pues, conocida, la altura de aquella línea sobre esta á la distancia de *un metro* del centro del sol; pero al llegar á nuestro globo esta altura es el radio terrestre, longitud que por estar en nuestros dominios podemos medir y conocer; luego *tantas veces como dicho radio contenga á la altura anterior, tantos metros de distancia habrá entre nuestro sol y nuestra tierra*.

Esto con una figura seria facilísimo de comprender, y aún sin ella algo habrán vislumbrado nuestros lectores. Pero siempre queda en pié esta dificultad y este problema: ¿cómo se mide la paralaje solar?

Cuestion delicada y que por su complicacion no tiene cabida en estos artículos; pero ya que no la resolvamos, otra más general vamos á resolver; precisamente la que sirve de epígrafe á nuestro trabajo.

¿Cómo se miden, cómo pueden medirse distancias celestes?

No se trata ya del sol, sino de cualquier astro: la luna, el sol mismo, un planeta, una estrella.

Problema, que á primera vista parece imposible, porque al sentido comun imposible le parece medir lo que no está á nuestro alcance, y que sin embargo como posibilidad teórica es en extremo sencillo, aunque en su realizacion práctica no siempre lo sea.

Lo planteamos, pues, en los siguientes términos: *medir la distancia de la tierra á un astro cualquiera* y lo resolveremos en el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY.

NOTICIAS VARIAS

INDUSTRIA ARENERA.—En la costa del norte de Long Island hay empleado un capital considerable en la industria de la arena, que en los Estados Unidos prospera cada dia más. Hace cuatro años sólo se ocupaban en ella ocho industriales, con un capital que no excedia de 400.000 pesetas; actualmente este capital pasa de 10.000.000 de pesetas. De los más recientes cálculos resulta que cada dia se extraen de la costa 4 500 toneladas de arena; los buques cargan á todas horas, sin exceptuar las de la noche y condúcenla á todos los puntos del territorio, donde se emplea en las construcciones. Sólo el puerto de Washington obtiene con esta industria un beneficio anual de 500.000 pesetas.

En el monte Etna, en Sicilia, hay un añoso castaño que ocupa en su base una circunferencia de 64 metros. Unos le han atribuido 4000 años de edad, otros 2000, pero segun un nuevo exámen, este gigantesco árbol no debe pasar de 860. En Italia hay otros muchos castaños notables por sus dimensiones, sobre todo el de Montemiata, en Toscana. Casi todas las provincias italianas cultivan este árbol y en especial las de Sondrio, Luca y Génova, cosechándose anualmente cerca de 5.800,000 quintales de castañas. La exportacion asciende cada año á 70.000 quintales que dejan un producto de unos dos millones de pesetas. Las castañas de Coni pasan por ser las mejores de toda la Península.

***

COLONIZACION DE LA TIERRA SANTA.—En Boston acaba de organizarse una Asociacion de Misioneros protestantes para la colonizacion de Palestina.

Dicha sociedad se propone enviar á ese país cristianos laboriosos y activos, que por su trabajo, inteligencia y perseverancia procurarán devolver á Palestina su antiguo esplendor, convirtiéndola en centro del mundo, no sólo geográficamente hablando, sino bajo el punto de vista del arte, de la ciencia y de la riqueza.

Créese que con una buena administracion se podrá

poner el suelo en el mejor estado de cultivo, desarrollar los recursos minerales y establecer industrias mecánicas, entablando vastas relaciones comerciales con los demás países.

La Asociacion se propone organizar una línea de vapores entre Boston y Palestina, y emprender negociaciones para la adquisicion de buques convenientes.

⁂

LOS FAROS EN LAS COSTAS DE FRANCIA.—Se ha resuelto iluminar con luz eléctrica cuarenta y dos de los faros más importantes del litoral francés.

Los gastos se evalúan en una suma total de 5.000,000 de pesetas, que se repartirán en un período de ocho años. Para el primero se ha votado la cantidad de 150,000 pesetas, y para el segundo año se pedirán 700,000.

El faro del Cabo Grisnez, situado entre Calais y Boulogne, debe ser el primero á que se aplicará el nuevo sistema de alumbrado.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

PORTUGAL EN EL CONGO.—El diario de Lisboa *O Commercio de Portugal* dice lo siguiente:

«Aún no tiene un carácter definitivo el reconocimiento por Inglaterra de los derechos de Portugal en el Congo. Lo que se sabe en Lisboa del convenio por el cual se reconocen estos derechos, es que Portugal cede á Inglaterra el fuerte de San Juan Bautista de Ajuda, y oblígase á ocupar desde luégo Cabiuda y Molembo, así como diversos puntos de la orilla izquierda del Zaire.»



Reproduccion de un grabado sobre acero, dibujo de Gustavo Doré

⁂

NUEVOS TERRITORIOS EN AMÉRICA.—La region comprendida entre los límites occidentales del Manitoba y la frontera oriental de la Colombia Británica se ha dividido en cuatro territorios, designados respectivamente con los nombres de Assiniboina, Saskatchewan, Alberta y Athabaska.

⁂

DESVIACION DE UN RIO.—Segun escriben á la *Gaceta de Laussana*, parece que Suiza acaba de adquirir mayor extension á expensas de Alemania. El rio Wutach, cuyo álveo forma el límite entre los dos Estados, cerca de Unterhallen-Wunderclingen, ha cambiado su curso con motivo de las últimas inundaciones, y despues de romper los diques, ha socavado un nuevo lecho á varios centenares de metros del antiguo.

⁂

LAS ISLAS INGLESAS DE SANTA ELENA Y DE LA ASCENSION.—La isla de Santa Elena, está situada en el Océano Atlántico entre los 15° 54′ y 16° 1′ de latitud sur, y los 7° 59′ y 8° 8′ de longitud oeste, á unos 2,000 kilómetros de la costa occidental de Africa. La superficie es de 12,271 hectáreas; su longitud de este á oeste de 10 millas, y su anchura de sur á norte de 6; las costas se distinguen por su mucha altura. La isla está atravesada de este á oeste por una cordillera, cuya montaña más alta es el pico de Diana, que se eleva á unos 825 metros. A cada lado de esta cordillera extiéndense dos llanuras; la más dilatada, la de Longwood, tiene 1,500 acres de superficie. El país está bañado por numerosas corrientes de agua.

El clima de la isla es templado y poco variable; el termómetro marca de 20 á 22° centígrados en verano, y de 14 á 21° en invierno. Jame's, cabeza de distrito de la isla, está situada en la costa noroeste.

La Ascension es otra pequeña isla del Océano Atlántico, situada á 1,550 kilómetros al sud sudoeste del cabo de las Palmas y á 900 al noroeste de Santa Elena, entre los 7° 53′ 15″ y los 7° 53′ 21″ de latitud sur, y los 16° 38′ 34″ y 16° 45′ 59″ de longitud oeste.

La isla, de formacion volcánica, tiene una superficie de 38 millas cuadradas; su mayor diámetro de este á oeste es de 9 millas y media, y el menor, de norte á sur, de 7 y media.

La isla de Santa Elena, descubierta por el portugués Juan de Nova Gastella el 21 de mayo de 1501, dia de la fiesta de Santa Elena, fué ocupada sucesivamente por los holandeses y los ingleses, quedando definitivamente en poder de estos últimos en 1673, cuando reinaba Cárlos II, quien la concedió á la Compañía de las Indias orientales inglesas. Restituida en 1815 al gobierno británico, este la eligió como lugar de destierro de Napoleon I.

La isla de la Ascension tomó su nombre del dia en que los portugueses la descubrieron, el 20 de mayo de 1501; estuvo deshabitada hasta 1815, y sólo abordaban allí los buques para hacer provision de tortugas, que abundan mucho en sus costas.

En la época de la cautividad de Napoleon I en Santa Elena, los ingleses se apoderaron de la isla de la Ascension y convirtiéronla en un establecimiento militar, organizando al mismo tiempo criaderos de tortugas.

Segun la estadística de 1880, la poblacion de Santa Elena es de 5,050 habitantes, incluso la guarnicion.

⁂

LA ISLA DE FUEGO.—Esta isla, que pertenece al grupo de las de Cabo Verde, es volcánica. En las obras científicas rara vez se encuentra alguna ligerísima descripcion de su volcan, y sin embargo, es bastante notable: más alto que el Hecla y el Vesubio, aseméjase bastante al Etna.

Situado en el centro de la isla, surge en medio de una llanura de 14 á 15 millas de circunferencia, limitada por una cintura de rocas muy altas, que afectan extrañas formas. Hasta el mismo volcan tiene un aspecto particular: M. Félix Capello, que le ha visitado, dice que se asemeja á un obelisco de descomunales dimensiones, destacándose en medio de un país abandonado y maldito, en un suelo completamente abrasado, ennegrecido y cubierto de cenizas.

Las erupciones de la época moderna se han verificado en 1818, 1846 y 1856.

⁂

KIMBERLEY Y SUS DIAMANTES.—Kimberley es ahora uno de los más importantes centros de poblacion del interior del Africa del Sur; esta pequeña ciudad apénas cuenta diez años de existencia, pero las minas de diamantes de que está rodeada han bastado para que se desarrolle rápidamente. La ciudad y su arrabales tienen ya más de dos mil casas; y la poblacion, que resume casi por sí sola toda la de la provincia de Griqualand del Oeste, elévase á 80,000 habitantes, de los cuales 20,000 son blancos. El gran *desideratum* de esta colonia era tener agua en abundancia, tanto para la explotacion de las minas como para las necesidades de la poblacion; hace dos años que la municipalidad de Kimberley concedió á una compañía el privilegio para el abastecimiento de las aguas, gracias á lo cual, y terminados ya los trabajos, se proporcionan á la ciudad las necesarias, habiéndose construido una magnífica acequia en el rio Vaal, á pocas millas de aquella.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 19 DE FEBRERO DE 1883 — NUM. 60

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

FLOR CAMPESTRE

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La edad de las mujeres.—La sabiduría en una calva.—Estadística y ciencia.—¡Adios poesía!—Cédulas personales.—Datos sobre Eva.—Signos del tiempo.—El gran Oriente.—Mis pesadillas. Scott aeronauta... no novelista.—Un gimnasta *llovido de la tierra*.—Conflicto internacional.—¡Penitencia!... ¡penitencia!

Esa galantería española de la cual nos vanagloriamos tanto, y que forma el distintivo de nuestro carácter, se halla á punto de ser borrada por la Administracion de Hacienda.

Todos los años, al llegar esta época, damos al traste con nuestra reputacion de hidalgos, y hacemos á las señoras esta impertinente pregunta:

—¿Qué edad tiene usted?

Y no nos contentamos sólo con este dato cronológico, sino que ahondamos más nuestra curiosidad implacable, y ansiamos indagar la naturaleza, el estado, el parentesco, el modo de vivir, la existencia entera, en una palabra, de las mujeres.

Siguiendo la perfeccion por este camino, llegará un tiempo en que despoetizaremos á la hermosa mitad del género humano obligándola á que haga constar en su cédula personal los postizos que lleve encima con objeto de armar y redondear su cuerpo, el origen de las trenzas que no son suyas, los dientes artificiales que adornen su boca y el abolengo del carmin ó del negro de humo que esmalte sus mejillas ó agrande y embellezca sus ojos.

Pero entre tanto, preguntarle á una mujer el año en que nació, equivale á llamar viejas á algunas que á fuerza de afeites y de recursos químicos pretenden pasar por mozas todavía.

¡Que un hombre esté calvo importa poco! Al contrario, algunos ansian la calvicie porque han oido decir que el quedarse sin ese adorno capilar es prueba de tener mucho talento.

Un calvo, en efecto, no es fácil que tenga pelo de tonto.

Yo he conocido algunos individuos que se mandaban afeitar la cabeza cada dos dias á fin de pasar plaza de sabios.

Cuando los encontraba, no les hacia la pregunta que suele dirigirse á los verdaderos hombres de ingenio, á los literatos, á los científicos, á los poetas líricos ó á los autores dramáticos. No les preguntaba:

—¿Qué hace usted ahora? ¿Qué poema tiene entre manos? ¿Cuál es el problema que resuelve usted? ¿Cuántas escenas ha hecho usted del drama?

Sino:

—¿Cómo andamos de calva? ¿Se afeita usted bien? ¿Tiene usted limpia la coronilla?

Y segun las afirmaciones que me daban, así les hacia el saludo correspondiente á un hombre de talento, á un sér dotado de gran inspiracion, ó á un maravilloso genio.

Todo ello era cuestion de peluquería.

Pero las mujeres... ¡Ah! ¿concebís un sér destinado al amor, á las expansiones del sentimiento, al cariño, á la beatitud de la dicha humana con la cabeza monda y lironda, con la cara llena de arrugas ó con la boca vacía de *perlas*?

La imaginacion del enamorado es maestra incomparable en el arte de realizar bellezas.

El azabache, el marfil, la nieve y la grana, el aliento perfumado, la ductilidad del junco, el oro, los luceros, las gracias angelicales... ¡todo esto, y mucho más, forma parte de la mujer que se ama!

No comprendeis á la mujer sin esos encantos, como no os explicariais la existencia de una flor sin frescura, sin vívidos colores, sin gallardía, sin aroma...

Cuando un botánico os habla de pedúnculos, de pétalos, de estambres y pistilos, tengo la seguridad de que os hace el mismo efecto que á mí me produjo un aldeano recienvenido á la corte, el cual entrando en el *Retiro* en una hermosa mañana de primavera, cuando todos los árboles estaban floridos, verdes, lucientes, rumorosos y encantadores, no halló ante aquel grandioso cuadro de la naturaleza más acento de sublimidad en su pecho que este:

—¡Vaya una cantidad de madera y de leña que hay en este sitio!

No habia percibido ni el canto de las aves, ni el zumbido de los insectos, ni el rumor de las hojas, ni el matiz de los rayos del sol al través de la enramada, ni el aire benéfico que henchia los pulmones de entusiasmo y dicha.

En una palabra, el pobre labriego no concebia que el hombre pudiera allí amar, sentir, meditar, purificarse y cerner su espíritu en himnos de gratitud hácia el creador de aquellas maravillas... Sólo se le ocurria un cálculo: el número de cómodas y de mesas que podrian fabricarse con aquellos leñosos troncos.

El mismo sol es hermoso, radiante, juvenil, espléndido cuando le considerais como eterna fuente de vida, potencia de los orbes, luminar del dia.

Pero si viene un astrónomo á deciros:

—El sol debe tener tantos millones de años de existencia; y no es más que un globo en ignicion que se apagará algun dia. Encuéntrase á tal ó cual distancia nuestra, y no creais que se compone de sustancias para nosotros desconocidas. No; el análisis espectral revela en el sol la existencia de los mismos metales que en tierra se hallan esparcidos; y los rayos que nos envia ese astro al cual adularon los poetas llamándole *rubicundo Apolo de guedejas de oro*, no son otra cosa que vibraciones del éter conducidas con velocidad incalculable hasta nuestras pupilas.....

Si el astrónomo os dice esto, no podreis ménos de exclamar:

—¡Adios poesía!... ¡buen viaje, dulces ensueños de la imaginacion!... Fantásticas quimeras del alma, ¡el cielo os guie!

Pues bien, las cédulas personales que se empiezan á repartir en esta época del año son la prosa de la vida de las mujeres.

Su corazon podrá ser siempre jóven. Pero ¡ay! llega la estadística fatal á decirles por medio de un inflexible alcalde de barrio:

—¡Tienes tantos años!... Naciste en tal fecha... Aunque eres ahora gala y ornamento de Madrid, hallaste tu orígen en Cuenca, en Vitigudino ó en cualquiera otra poblacion más ó ménos insignificante de España. Además, tus encantos empiezan á marchitarse... Eres soltera, y necesitas crearte una familia, ser el ángel de un hogar... tener hijos.

O bien:

—Hace tantos años que estás casada. Tu marido te ha hecho una porcion de infidelidades... En el jardin de tu existencia han brotado muchas ortigas... Pero todo lo compensa el cariño de tus hijos.

O finalmente:

—¡Eres viuda! Cayeron por tierra todas tus ilusiones. Nublóse el cielo de tu dicha. ¿Te harán feliz las segundas nupcias? ¡Oh!... la experiencia te mata. Para tí no existen ya misterios en la vida. El *otro*, es decir, el difunto, el que se llevó á la fosa las primicias de tu alma, te servirá siempre de punto de comparacion en lo sucesivo. ¡Sólo se ama una vez! -segun dicen los poetas.

***

Necesito hacer una aclaracion.

No intento amontonar obstáculos ni hacer que recaiga el ridículo sobre ese impuesto de las cédulas personales. Respeto y acato todas las formas del sistema de tributacion, y hasta lamento que en los tiempos de Adan no hubiese existido ya ese complemento de la personalidad humana.

Entre otras ventajas que esta contribucion habria reportado, puede citarse una de gran importancia para los artistas.

En efecto, hubiera sido fácil que hoy se conservara en los museos de antigüedades alguna de las primitivas cédulas de nuestra madre Eva con las indicaciones de su estatura, de su nariz, de su pelo, de su barba, y del color con que el cielo matizó aquella tez primitiva.

Y hoy podrian los pintores trazar con toda verdad el encantador cuadro del Paraíso terrenal, garantizándolo con esta nota:

«Pintado de conformidad con las cédulas personales de nuestros primeros padres.»

Me he entretenido solamente en dar vueltas intelectuales al rededor del asunto de las cédulas, porque se me figura, segun los signos del tiempo, que el fijar hoy por hoy la personalidad humana es poco ménos que un trabajo perdido.

¿Para qué sirve esto, si parece que se acerca el fin del mundo?

***

Las señales que lo dan á comprender son innegables. Las leyes de la naturaleza están trastornadas, y hasta los puntos cardinales se me antoja que andan jugando al escondite.

Sabíais que habia un oriente, por donde salia el sol y de cuya direccion vinieron hasta el portal de Belen los reyes Magos. Cuando álguien usaba esta frase *lujo oriental*, todos conocíamos ya la procedencia de la tal metáfora.

Pero ahora España está *desorientada*. El otro dia me pareció que la misma plaza de Oriente se hallaba meditabunda, y al entrar por la noche en el café Oriental un mozo me alargó la mano, me hizo señas misteriosas con el dedo y despues me sirvió una copa de ajenjo en vez del café con leche que le habia pedido.

—¿Qué significa esto? pregunté con las ideas turbadas por aquella perjudicial bebida á un individuo que se hallaba en la mesa inmediata.

—Es que los masones, me contestó, tratan de nombrar dentro de pocos dias un nuevo *Grande Oriente*. El gran arquitecto del universo prepara esta trasformacion desde el fondo de su triángulo simbólico.

Fuíme á la cama preocupado con esa idea del grande Oriente... Y soñé... soñé unas cosas tremebundas.

Ví en medio de mi pesadilla al Septentrion y al Occidente reclamar contra esa *grandeza* de su compañero Oriente, y me pareció que se desquiciaban los ejes de diamante que sostienen el universo.

Desperté lleno de congoja, por la mañana; y al tomar un periódico para enterarme de los sucesos del dia comencé á leer otra prueba del desarreglo en que andan las leyes de la naturaleza.

***

En primer lugar me enteré de que Scott habia hecho una ascension en globo.

—¡Vamos! dije yo, la literatura anda perdida. ¡Tan buenas novelas como ha escrito ese Scott y verse obligado ahora á elevarse por los aires con un remendado aparato de percalina!

Despues vi la sorpresa que tuvo aquel señor en los espacios. Un español intrépido, un gimnasta casi desconocido, un héroe, llamado Estéban Martinez, se habia cogido de una cuerda al salir el globo y se balanceaba en los aires arrullado por los aplausos de la multitud que desde la tierra lo victoreaba.

Scott, que,—bromas á un lado,—no era el Walter Scott autor de tan bellísimas novelas, y muerto hace muchos años, sino un aeronauta que ascendia rindiendo á la memoria del capitan Mayet un tributo de simpatía, vió con gran asombro desde la barquilla aquel inopinado compañero que hacia piruetas encima de su cabeza.

Otra prueba de la dislocacion del mundo. Estéban Martinez se presentaba á los ojos de Scott como *llovido de la tierra*.

Despues del descenso, los españoles y los franceses prodigaron al jóven gimnasta una ovacion extraordinaria.

Esta preferencia ha molestado á Scott, el cual en un comunicado que se publicó —como es natural—en *El Globo*, ha hecho declaraciones en contra de Francia y á favor de los alemanes.

¡Bismarck tiene un partidario más!

¡Quién sabe si el empresario de los jardines del Buen Retiro no habrá dado ocasion á una guerra internacional de terribles consecuencias!

¡Todo puede ser! Ya lo he dicho ántes; parece que el fin del mundo se aproxima.

Estamos en Cuaresma... ¡Hagamos penitencia!

PEDRO BOFILL.

Madrid 14 febrero.

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO

Las primeras representaciones del *Mefistófeles* y de los *Niebelungen* en Bruselas.—*Monsieur le Ministre*, de Jules Claretie.—El fiasco de Bergerat.—Venta de las joyas de Sarah Bernhardt.—La exposicion de los acuarelistas.

Lo más notable de la quincena son los acontecimientos teatrales. Todos los aficionados á la música han sentido estos dias la profunda impresion del éxito que ha tenido la representacion del *Mefistófeles* de Arrigo Boito, ópera de la que el público de Barcelona hace ya tiempo pudo apreciar todas sus bellezas por haber sido dirigida en el Teatro del Liceo por un íntimo amigo del autor, el maestro Faccio, y haberse puesto en escena con el libreto que el mismo Boito, tan músico como poeta, habia escrito. El público de Bruselas sólo ha podido apreciar dicha ópera con un libreto francés que aunque bien traducido no deja de ser una traduccion al fin.

Apénas hay crítico, periodista ó músico de alguna nombradía en Paris que no haya cogido el tren para oir el *Mefistófeles*. Bruselas y Paris, porque todo el Paris inteligente estaba estos dias en Bruselas, juzgó que Milan no habia tenido razon silbando hace 15 años la notable produccion de uno de sus hijos; y con el recogimiento con que deben ser escuchadas las obras del genio ha escuchado la nueva ópera, y la ha aplaudido calurosamente. El prólogo ha gustado mucho, y todos no sabian qué admirar más, si la profundidad de conceptos de la letra, ó lo bien expresados que eran estos por aquellas armonías musicales. Luego cuando la cancion aquella en que Mefistófeles se describe á sí propio, diciendo que él es *la negacion eterna, la otra mitad de Dios*, y acaba por silbar la creacion, el público aplaudió repetidas veces de una manera que parecia impropia de un público tan flemático como el de la capital de Bélgica. Un éxito completo, pues, ha coronado en Bruselas, como en Barcelona, la obra del músico-poeta milanés que su patria silbara á su aparicion en el mundo artístico. Puede consolarse el insigne Boito, que el *nemo est propheta in patria sua* es una verdad consignada por dolorosa experiencia en todo el que sobresale en algo.

Pero no ha sido sólo este el éxito musical de la quincena en Bruselas. *Der Ring des Niebelungen* (El anillo de los Niebelungen) ha alcanzado tambien un éxito colosal. La primera tragedia musical tuvo un completo éxito en los dos primeros actos; no obstante el tercero se hizo pesado, mas á los otros el público no les encontró tilde. La célebre tetralogía pues ha hecho fortuna en Bruselas y puede decirse muy bien que pronto la hará en Paris á pesar de las aprensiones antigermánicas de este gran pueblo cosmopolita.

En Venecia, la risueña desposada del mar, acaba de fallecer el autor de esa trilogía, el ilustre fundador de *la música del porvenir*, profunda, trabajada, para muchos incomprensible, como lo son generalmente las obras concebidas bajo el brumoso cielo que encapotan las exhalaciones del Rhin y del Danubio. La muerte del gran maestro aleman es una verdadera pérdida para el arte. Sus obras quedan por fortuna; y en la historia de la música no podrá dejar de consignarse que ese país del norte, que algunos suponen tan refractario á la belleza de la forma, ha sido cuna de los tres colosales y victoriosos

reformadores de la música dramática, el autor de *Don Juan*, el autor de *los Hugonotes*, y el autor de *Parsifal.*

* * *

Y vamos á las nuevas producciones escénicas en Paris. Esta vez le ha tocado el turno al conocido literato M. Jules Claretie. *Monsieur le Ministre* se titula su comedia, sacada de una novela que el mismo autor ha publicado con igual título. A pesar de sus protestas, los críticos de Paris le echan en cara que el tipo que ha descrito, no es el ministro en general, ese tipo de la política parlamentaria de nuestro siglo, sino un ministro en particular, y no falta quien *sotto voce* murmure algun nombre bastante conocido. M. Claretie ha protestado dando francas y extensas explicaciones, pero algun malicioso ha insistido en hacernos ver su retrato, que retrato privado parece su obra. Nosotros creemos muy leal y muy caballero á Jules Claretie para haber incurrido en semejante transgresion de los límites literarios; tiene demasiado talento para tener que apelar á estos medios para hacer efecto en el público; lo que hay es que le pasa á Claretie lo que á todos los autores de gran talento, cuando presentan tipos en la escena, en sus cuadros, ó en sus libros; son estos tan vivientes, que siempre vemos en alguno de ellos el retrato de un amigo ó conocido con el cual hemos topado en la vida.

Algo parecido pasó con el Quijote, con el Werther, con el Faust de Marlowe á su aparicion.

Y vamos al mérito fundamental de la accion escénica. En el fondo la accion es viva, atractiva, bien llevada. El ministro es uno de esos diputados de fácil palabra é inteligencia vacía que, en un momento dado, fascinando á la Cámara con un discurso de relumbron, pescan una cartera. Como el protagonista no es más que uno de tantos ambiciosos vulgares, el poder le infatúa y le ciega. Una de esas mujeres aventureras y traviesas que pululan por Paris dándose aires de grandes señoras, hace presa en el inexperto ministro, y le pone en una situacion en que su honra peligra gravemente. Un duelo del que sale herido es el fruto que el nuevo ministro recoge como premio de su ambicion vulgar; sus adversarios se apoderan de cartas y pagarés suyos que su querida ha facilitado, y promueven un conflicto parlamentario que le obliga á dimitir su cartera, sacando á duras penas salvo su honor de particular. El tipo es de mano maestra y tiene detalles tomados del natural que forman rasgos de primera fuerza; y francamente creo que si muchos atacan á Claretie es porque ven en *Monsieur le Ministre* su futuro retrato, ó el de alguno de sus amigos. La *mise en scène* y los actores han estado irreprochables, pudiendo felicitarse á MM. Saint Germain y Marais y á la graciosa Mlle. Magnie.

* * *

Por fin en el Odeon hase representado una produccion escénica de Emile Bergerat, el primer fundador y director de *La vie moderne.*

Bergerat habia sido durante mucho tiempo un crítico implacable. Con sus juicios severísimos habia hundido á muchos autores dramáticos y no á todos con razon. Pero como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, al fin le ha tocado el turno. Un dia ha caido en la tentacion de poner en escena un drama suyo, y este dia lo ha sido de regocijo para sus víctimas de antaño, las cuales se han reunido en el Odeon para dar cuenta del crítico exigente que se habia erigido en autor. Y como la produccion no sobresalia ni por su observacion de la vida, ni por su trama, ni por sus efectos escénicos, una silba colosal de un público inteligente ha dado al traste con el drama de Bergerat.

* * *

Y á propósito de teatros y de artistas. Lo que hoy dia llama poderosamente la atencion de la frivolidad parisiense es la venta de las joyas de Sarah Bernhardt. Todo el mundo habla de ello. Hay en la venta verdaderas joyas artísticas de un mérito inapreciable; algunas de ellas con dedicatorias. Infinitas son las personas que han acudido á ponerles precio, por tener el gusto de poseer una alhaja que haya pertenecido á la eminente actriz. Se cuentan cosas rarísimas de la subasta. Veíanse tantas joyas y de tanto valor, que algun malicioso ha llegado á dudar de que todas sean de la eminente artista que las ha puesto en venta. *¡Elle sait bien faire des affaires!* decia un critiquillo el otro dia leyendo el catálogo; pero no hay que hacer caso de la maledicencia que se ceba siempre en las grandes figuras, como los gusanos se ceban con preferencia en los frutos más sabrosos. La venta ha dado sólo á la pobre Sarah poco más de doscientos mil francos, y son nobilísimos los motivos que la han impulsado á tomar resolucion tan extrema.

* * *

Pasemos ahora á la exposicion de acuarelistas (8 Rue de Seze). Es la quinta que la Sociedad celebra. Allí podemos admirar algunas obras de Gustavo Doré, no conocidas aún hasta hoy. Figuran en primer término tres composiciones fantásticas, destinadas á una ilustracion de Shakespeare, las cuales pueden muy bien formar entre las mejores obras del eminente artista que acaba de morir.

Otra composicion suya es la *Chanson du soir.* Esta es un poema pintado, que revela en Doré un poeta descriptivo de primera fuerza. Siguen algunas acuarelas sobre Lóndres, preciosas, inimitables. Por supuesto que el Lóndres de Doré es un Lóndres especial, una fantasía sobre motivos de Lóndres, un Lóndres que parece la pesadilla de un poeta del Norte ebrio de *pale-ale.* En esto como en todo lo que era conformarse con la realidad, Doré no hacia más que trastornar la naturaleza; pero la trastornaba de una manera artística, dramática, logrando producir efectos superiores á los de la realidad misma.

En cambio James Tissot en sus acuarelas nos presenta la Inglaterra verdadera *d'après nature*, la Inglaterra que ve el que viaja por las islas Británicas en los meses de la *season.* Sus acuarelas son sólidas y bien entendidas, chocando á algunos críticos ligeros de Paris, que prefieren el *chic*, la gracia en la manera de poner la mancha, el *savoir faire*, á la verdad, subordinando ésta al procedimiento, lo cual convierte á los artistas en meros artífices. El *Banc de jardin* nos presenta un verdadero cuadro de color, sin que la realidad sufra en ello, y como las otras seis tiene un carácter extraordinario.

M. Duez en su *Inondation*, *Falaise éboulée* y *Retour de promenade*, nos demuestra verdaderas cualidades de acuarelista, y sin faltar á la verdad, tiene en sus acuarelas toda la gracia y la trasparencia pedidas por el público francés. Citaremos, pues que nos falta espacio, las acuarelas de Roger Jourdain; los motivos sobre Holanda de Mad. Rotschild; la brillante y dramática Puesta de sol de Bastien Lepage, de un efecto admirable; los estudios y bocetos de Neuville y Detaille, preparatorios de su tela panorámica de la Batalla de Champigny; y los estudios é impresiones inmejorables de Heilbuth, Hurpignies, y Mad. Madeleine Lemaire, Français, Beaumont, Lami, Vibert, Vorms, Leblanc, etc., de los que daremos cuenta en otra correspondencia.—P. G.

NUESTROS GRABADOS

FLOR CAMPESTRE

Digna compañera de las violetas, amapolas, caléndulas y demás lindas florecillas de los campos es la doncella representada en nuestra primera plana: así como ellas, parece exhalar, al través de su elegante rusticidad, un aroma suave, perfumado, con el que no podrá nunca competir el de las flores criadas artificialmente en los invernaderos; las puras brisas de la campiña la han dotado como á ellas de esa lozanía, de esos frescos colores de que carecen así las flores como las jóvenes encerradas en el limitado recinto de las ciudades, y como ellas en fin no necesita, para realzar sus naturales atractivos, otras galas sino las que le proporciona la misma naturaleza, sin tener que apelar para ello á los afeites y postizos de esas pobres flores humanas que arrastran una existencia ficticia respirando el aire viciado de los suntuosos salones. Entre el vigor, la exuberancia de vida y el sencillo candor de la flor campesina de nuestro grabado, y la debilidad, los marchitos colores y el estudiado porte de sus semejantes educadas en los grandes centros de poblacion, la eleccion no es dudosa.

PERITOS CONSUMADOS, cuadro por F. Friedlander

Dícese vulgarmente que á los músicos viejos les queda tan sólo la aficion y el compás. Lo mismo puede decirse de los viejos soldados, á quienes queda siempre el compás de su marcha y la aficion al mosto puro. Llaman al vino sangre de los ancianos; y es muy justo que aquellos bravos que vertieron la suya en defensa de la patria, á expensas de la patria vigoricen la poca que les queda. Por esto no hay asilo de inválidos del ejército en que no se provea á estos de racion de vino, y el acto de su distribucion es el representado en este cuadro.

¡Buenos tipos, por cierto, los de nuestros veteranos!... Los años y las heridas pueden haber debilitado su cuerpo; pero su continente es todavía el continente marcial del que marchó sereno al asalto por entre una nube de balas, sin desviarse un paso de las compactas filas. En cuanto al acto que verifican, se consuma con el órden y gravedad propios de gentes disciplinadas y peritas. Los que ya han catado el vino discurren tranquilamente acerca de sus excelencias, y no será difícil que este punto interesante dé lugar más tarde á alguna discusion á la altura de los mayores adelantos vinícolas. Nuestros veteranos, sin necesidad de instrumentos ni pócimas, sin más gabinete químico que su paladar, harán del líquido que se les sirve un análisis superior al de cualquier ingeniero industrial.

En nuestros benditos tiempos, en que los adelantos de la ciencia revisten no pocas veces la forma de un vino fabricado con toda suerte de ingredientes ménos zumo de uvas; nada perderia el público porque se confiara á los inválidos del ejército el descubrimiento de las sofisticaciones alcohólicas.

LOS RECHAZADOS DEL MUNDO, por Jorge Knorr

Triste impresion causa este cuadro... Si el autor se ha propuesto interesar al público en favor de esa familia, cuyo abatimiento se revela en todas y cada una de las circunstancias que caracterizan á los personajes, hay que confesar que lo ha conseguido por completo. Su traje severamente enlutado demuestra que sus miembros han perdido á un sér amado; sin duda la madre de esos pobres huérfanos, la esposa de ese anciano, cuyo cuerpo se doblega bajo el peso de un cúmulo de infortunios superiores á sus agotadas fuerzas. ¡Son pobres!... No de resignacion, por cierto, ni de virtud; pero la resignacion es muchas veces una medicina estéril, cuyo empleo no produce otro resultado que hacer verter sobre el corazon la sangre que ha evitado salir por las venas. En cuanto á la virtud... Dios la premia en otra vida; pero gracias si da á nuestros viajeros para un billete de tercera clase.

El tren les conducirá á su destino... ¿Cuál es su destino? Sin duda una tierra ménos ingrata, un país donde la orfandad no sea un peligro, donde la miseria no sea poco ménos que una infamia, donde los tesoros del alma no se guarden en las cuevas de los Bancos; un país donde las flores no crezcan para los desgraciados únicamente sobre la removida tierra de los sepulcros.

Pero ese país está léjos, muy léjos... Para mayor desdicha, no todos los que emprenden juntos el viaje llegan juntos á su término. Ese país se llama, para el ateo la muerte; para los creyentes se llama el cielo...

MAYO, por Ludwig

Hé aquí un hermoso paisaje que lleva el único nombre que le cuadra. Se titula Mayo, y no puede siquiera titularse Junio. Con efecto, examinándolo detenidamente, se ve que la naturaleza renace en él, pero que dista aún mucho de la pomposidad del estío. Los rumiantes que pacen buscan los tallos de la apénas nacida yerba; la atmósfera es serena, sin que el ambiente sea caliginoso; la vida aparece de nuevo, pero no se halla en la plenitud de su fuerza: como la hija de Jairo, resucita; pero no ha recobrado aún todos los colores de la risueña juventud.

Hay en este cuadro, y en su primer término, la figura de un jóven que se despereza. De ella pudiéramos decir que es la síntesis de la composicion. En ella la naturaleza se despereza tambien.

LA HERENCIA, por E. Pagliano

Escribia el célebre D. Ramon de la Cruz ciertas graciosísimas composiciones que titulaba: «Tragedias para reir ó sainetes para llorar.» El cuadro de Pagliano pertenece á este género. Una legion de coherederos ha invadido la casa de su causante, y á la vista de los cachivaches de la vieja difunta, se rie á mandíbula batiente. Esto prueba que hay buen humor; lo cual prueba á su vez que la herencia merece la pena. Hasta aquí la parte alegre, el sainete de la cosa. Pero si calculamos que esas damas burlonas están cometiendo una verdadera profanacion; si consideramos que esos objetos tirados despreciativamente por el suelo fueron conservados con esmero por una anciana que empleaba en socorrer á los pobres el caudal que sus herederas invertirán en perifollos ridículos é inútiles; si mentalmente reconstituimos las cosas tales cuales eran ántes y sustituimos esta escena de saqueo con otra escena muy tranquila en que las casquivanas sobrinas representaban á los ojos de su tia un papel hipócrita ejecutado con toda perfeccion; en este caso comprenderemos el lado triste del cuadro y lloraremos las debilidades del corazon humano.

Una obra artística que tales reflexiones inspira, es un agudo epígrama escrito con un pincel muy diestro.

LA BAYADERA, dibujo de Gustavo Courtois, grabado por Baude

La bayadera, cuando no es la mujer más desgraciada de todas las mujeres, es la más degradada entre las degradadas. Si vive encerrada en el harem de un poderoso, es la esclava de las esclavas del gran señor, á las cuales ha de distraer con sus desenfrenadas danzas. Si, por el con trario, goza de libertad, hace impúdico comercio de sus gracias, se entrega livianamente al recien venido; y á falta de quien vaya á ella, es ella la que provoca al primer perdulario que la casualidad la depara. ¡Pobre bayadera!.. No tiene conciencia de su abyeccion: para la ignominia y la vergüenza fué educada; las lágrimas que una madre derramó en el Gólgotha no la han redimido todavía

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

I

Era por los años de 1400.

Contaba diez de reinado en Castilla Enrique III sobrenombrado el *Doliente.*

Aquel, que empobrecido por las mercedes que se habian visto obligados á hacer sus antepasados y él mismo, para satisfacer la inquieta y rebelde ambicion de los grandes, robado por sus contadores y sus mayordomos, hubo de empeñar una noche su gaban para cenar.

Porque para que se cumpla aquella frase proverbial que dice que de todo hay en el mundo, ha habido tambien reyes indigentes.

Por aquel tiempo reinaba en Granada el magnífico, el sabio, el grande Jusef ben Muhamad.

II

Y habia en su corte, en Granada, en la querida del Profeta, en la perla de Occidente, la de los perdurables jardines, la de mil torres y cien puertas, en la extremidad occidental del barrio del Zenete, sobre la Puerta de Elvira, en lo alto de la Kaba, adherida á la Puerta Monaita ó de la bandera, un recinto de muros grises, fuertes como el granito, á los que servian de contrafuertes grandes torres abarriladas y que se llamaba Hins-al-roman, esto es, fortaleza del romano.

Porque en efecto los romanos la habian construido.

Hoy renegridas por el tiempo, rotas sus barbacanas, desmochadas aquellas torres y aquellos muros, se visten con un verdinegro manto de hiedra.

La Puerta Monaita está como apolillada, si se nos per



PERITOS CONSUMADOS, cuadro de F. Friedlander

MAYO, por Ludwig

LOS RECHAZADOS DEL MUNDO, por Jorge Knorr

mite la frase, corroido el cimiento, como colgada sobre un carril descarnado y profundo.

Por el otro extremo, la Puerta Nueva, que es un pasaje de la Plaza Larga del Albaicin, por encima de la cual hácia el norte, corren otros muros y otras torres y, desmantelada, ha perdido sus fuertes hojas forradas de hierro y claveteadas de cobre.

Aquellas vetustas ruinas están allí como representantes de dos civilizaciones muertas.

Pero por los años 1400 de la era cristiana y 804 de la Hegira ó era de Mahoma, Hins-al-Roman era un fuerte y extenso recinto que rivalizaba con la Alhambra y que por aquella parte de Granada era una atalaya siempre alerta que miraba á la abertura de Loja donde termina la vega entre las sierras de Illora y Moclin, por donde solian venir con harta frecuencia las correrías de los cristianos fronterizos del adelantamiento de Jaen.

El pequeño alcázar que dentro del recinto habia, y desde cuyo minarete se gozaba de la extensa y deliciosa vista de la vega, no era ni con mucho comparable en magnificencia á la maravillosa Alhambra.

Era una pequeña odalisca miéntras que aquella era una altiva sultana resplandeciente por su hermosura y por el tesoro de sus joyas.

Vivia en el alcázar de Hins al-Roman en medio de una fresca, olorosa y fructífera huerta donde murmuraban claras fuentes y corrian entre flores bulliciosos arroyos, el xeque Abul Zeyan ben Omar, walí ó gobernador de la fortaleza por el rey, viejo caudillo gloriosamente probado en lides, uno de los más altos próceres del reino, algo pariente del rey, y más que por todo esto estimado por su virtud y por su ciencia, porque no sólo era un filósofo que se habia bebido á Aristóteles y á Platon, sino que era muy docto en astronomía y en astrología judiciaria, en la quiromancía, en la geomancía y en la nigromancía, y se decia que sus inmensos tesoros provenian de que habia encontrado el gran secreto de la alquimia, y que no tan sólo hacia oro, sino tambien piedras preciosas.

III

Un dia al amanecer el muecin ó sacristan que habia subido al minarete para vocear la oracion del *azohví* ó del alba, vió que en el viejo é inmediato palacio del rey Aben Habuz, el gallo de viento de la veleta que estaba en la torre más alta de aquel alcázar se habia vuelto hácia el boquete de Loja, lo que indicaba, así era la creencia del vulgo, que por aquella parte venian cristianos en són de guerra.

Muy pronto, para que no pudiese haber duda de que el gallo de viento habia cumplido con su deber, humaredas en las atalayas de Parapanda, Moclin, Illora y Alfarnate, señalaron por la parte á donde la veleta se habia vuelto, enemigos.

IV

Al saber esto, rápido y terrible como el rayo, Abul-Zeyan ben Omar con un gran golpe de peones y jinetes, cayendo por la Kaba sobre la vega, iba adelantando como una tromba por ella, porque habia criado coraje, miéntras llegaban, al ver que allá á lo léjos se levantaban torbellinos de humo de aldeas y alquerías incendiadas.

Habia que suponer que los creyentes del Señor Altísimo y Unico, eran degollados con sus familias, violadas las doncellas y profanadas las mezquitas.

Los cristianos rompiendo la tregua se metian á sangre y fuego por sus tierras.

V

No era necesario tanto ni mucho ménos, para trasportar á una mortal cólera de leon al bravo xeque Abul-Zeyan.

Apretando convulsivamente su fuerte lanza de dos hierros, le parecia que ésta palpitaba: el yatagan se agitaba como queriendo salir solo de la vaina y las terribles espuelas, como movidas por sí mismas, picaban incesantemente los ijares de la yegua, que volaba sin dejar la impresion de sus huellas en el polvo, y arrojando humo y fuego por sus rasgadas narices.

No corrian ménos los creyentes muslimes que le seguian.

Aún no era la hora de *adoha* ó anterior á la del medio dia, cuando alcanzado el escuadron cristiano, los que de ellos no habian quedado tendidos en el sangriento campo para pasto de los perros y de las aves carnívoras, eran conducidos cautivos á la cola de los caballos de los vencedores granadinos.

Abul Zeyan habia apagado la sed de su saña con sangre.

VI

Entre los cautivos iba un mancebo de una tal y tan prodigiosa hermosura, de tan varonil aspecto y de altivez tan severa y tranquila, que siguiendo vencido á sus enemigos, parecia que iba no á un gran peligro sino adonde nada hubiese tenido que temer.

Esto era lo que más habia hecho se aficionase á él Abul-Zeyan.

—Es lástima que con la bravura que has mostrado en la pelea y con la grandeza con que soportas tu desgracia, no conozcas al verdadero Dios, le dijo Abul-Zeyan, en aquella lengua mezcla de castellano y de árabe con que se entendian los moros y los cristianos y que se llamaba algarabía.

—Duélete de lo que tuvieres que dolerte, respondió el mozo, y no te duelas del que de nada se duele.

—Altivo eres, mancebo, replicó el xeque, y no quiero humillarte: suéltenle y dénle un caballo de los que van en la presa.

—No he de ir yo con más comodidad que mis hermanos, respondió el jóven; que no he de recibir merced de tí si igualmente no la gozan ellos.

—Suéltenlos á todos y por su palabra vayan cautivos, añadió Abul-Zeyan.

Los cristianos, que pasaban de ciento, fueron sueltos de las esposas, cabalgaron en los caballos que les dieron y siguieron en medio del escuadron de los moros, hasta Granada é Hins-al-Roman, donde fueron encerrados en mazmorras, pero no cargados de hierros por virtud de la influencia que sin quererlo habia ejercido aquel mozo sobre Abul-Zeyan.

Al dia siguiente fueron vendidos todos en el inmediato mercado de la plaza de Bib-al-Bolut, ó de los Estandartes, hoy Plaza Larga ó de la Puerta Nueva, á excepcion de aquel mancebo que no habia sido puesto á la venta.

Le habia guardado para sí el xeque.

Se llamaba Juan Dieguez de Leon y era hijo único de Diego Lope de Leon, principalísimo y rico caballero, de rancio abolengo en la Montaña, y capitan de caballos en el adelantamiento de Jaen.

Sabida la prision de su hijo, él mismo, con seguro que le dieron, fué á Granada á tratar del rescate de su hijo.

Pero Abul-Zeyan, cuya aficion al cautivo crecia de dia en dia, respondió:

—No te fatigues, rumy, que aunque me lo pesaras á oro yo no te daria tu hijo.

Insistió el castellano, se afirmó en su negativa el moro, acudió el uno al rey Jusef, á quien respondió el otro que habia tomado un empeño, y que ántes daria la cabeza que el mozo cautivo; y el rey por no disgustar á un tan alto y principal y bravo y sabio servidor suyo, desesperanzó al castellano, que se volvió sin hijo, arrojando en lágrimas su alma atribulada por los ojos.

Ni áun habia logrado que se lo dejasen ver.

Abul-Zeyan era cruel y parecia un milagro de Dios que, aparte de no consentir fuese rescatado, se mostrase tan humano y tan dulce como si hubiera sido su hijo con el mozo Juan Dieguez de Leon.

—¡Que Dios quiera, habia dicho el desventurado padre al cruel moro, que pierdas tanto como he perdido yo, y que no tengan compasion de tí!

Abul-Zeyan se estremeció todo, vaciló, dudó como si hubiera oido una maldicion de Dios: pero su orgullo y su voluntariedad pudieron más en él, y como se ha dicho, el padre sin ventura se volvió poniendo su esperanza en Dios.

VII

Juan Dieguez se vió obligado á vestir á la usanza mora con los trajes que le dieron, puesto que le habian quitado el suyo, y tales eran de ostentosas y ricas sus vestiduras, que no ya un cautivo sino un gran señor parecia y de los mayores.

Usaba armas, y siempre le tenia á su lado Abul-Zeyan.

Pero si de tal manera se le trataba y con tales comodidades y tales honras y áun tal amor, por temor de que se escapase le guardaban atléticos y feroces esclavos negros con el mandato de impedir su fuga si lo intentase, sin matarle, aunque él matase ó hiriese á alguno ó algunos de ellos.

Pero estos esclavos que siempre rodeaban á Juan Dieguez y que se quedaban á las inmediaciones de él miéntras dormia, parecian más su séquito que sus guardas.

Con tal respeto le trataban y con tal solicitud le servian.

VIII

Una siesta en que resignado á su fortuna Juan Dieguez dormia á la fresca sombra de una espesura de la huerta, al despertar del sueño encontró junto á sí sentada sobre el blando césped, una tal criatura que le pareció un ángel que habia bajado del cielo para guardar su sueño.

IX

Era una doncella en la que se disputaban la primacía la juventud, el candor, la pureza y la hermosura.

Pero estaba pálida, muy pálida, como si hubiera venido del otro mundo.

En sus ojos grandes y negros ardia un fuego dulcísimo que abrasó el alma del mancebo, si no atormentándole, anegándole en tales delicias, que semejantes no las habia jamás gozado.

No parecia sino que el alma que se salia por los ojos de la doncella, á la suya se unia haciendo con dos una sola alma.

—¿Quién eres tú, arcángel? la preguntó alzándose Juan Dieguez.

Ella, que al ver que él despertaba, que iba á verla, se habia encendido en un delicioso rubor y habia quedado como atónita contemplándole y envolviéndole en su mirada, cuando vió que se incorporaba, se levantó, se volvió, se deslizó como una sombra, y se perdió entre la espesura.

El mancebo se alzó frenético de un amor que en un solo punto se habia apoderado de su sér y convertídose en su vida; la siguió, corrió, la buscó y por toda la huerta solitaria sólo encontró árboles y flores mudas en que gemia el viento, y en el murado huerto puertas cerradas, salvo aquella por donde en la huerta habia entrado y que daba á las estancias del xeque Abul-Zeyan que le habia dicho blanda y cariñosamente algun tiempo ántes:

—¿Por qué no vas á esparcirte en la huerta, hijo mio?

X

Cuando entró en la galería de columnas de alabastro y arcos calados, por la que se pasaba á la rica sala donde más habitualmente moraba Abul-Zeyan, que á pesar de su energía amaba los pájaros, las flores, las fuentes y los árboles, le encontró allí, paseando bajo el arco, con su largo caftan blanco, y en su cabeza y ménos blanca que su barba, una toca de finísimo lino que hacia ondear el fresco viento.

—¿Qué es lo que te sucede, hijo, que vienes demudado y pálido y tembloroso? ¿Cómo tú, que eres un leon bravo, puedes temblar como no sea por algo sobrenatural que te haya dejado sentir el Señor?

—Yo dormia, contestó sin vacilacion alguna Juan Dieguez, y al despertar he visto un arcángel.

—¿Y qué te ha dicho ese arcángel?

—Ha desaparecido cuando yo trasportado le he mirado con toda mi alma.

—¿Arcángel dices?

—Sí; una pureza, una hermosura y un alma tal como la que se veia en sus ojos no es de este mundo.

—¿Y cómo era ese arcángel?

—Yo no lo sé, porque la luz de sus ojos me deslumbró y nada mas ví.

—¿Qué darias tú porque ese arcángel fuese tuyo?

—¡Yo no lo sé! ¡todo!

—Dicen que los caballeros castellanos no mienten jamás

—Sólo el dudar de ello merece la muerte.

—Luego si tú dices que la amas como si fuera tu vida y tu alma, dices verdad; ¿qué dices?

—Que ella es mi alma y mi vida.

—Ven conmigo.

XI

Juan Dieguez siguió al xeque.

Este pasó por una puertecilla que habia á un extremo de la misma galería, y subiendo unas estrechas escaleras que se revolvian en pequeños tramos, siguieron por un largo y estrecho pasadizo que volvia y tornaba á volver, y al fin el anciano se detuvo en una ventana cerrada por una espesa celosía.

—Mira, dijo á Juan Dieguez.

Desde allí se veia de alto abajo una cámara de una belleza sin igual.

Cortinas de seda en los ajimeces trasparentaban, ablandándola, atenuándola, la fuerte luz del principio de la tarde de un inflamado dia de verano.

Aparecian á aquella hora de una manera fantástica los arabescos y las inscripciones doradas y matizadas de los muros, semejantes á un riquísimo brocado.

En el centro borbollaba una clarísima fuente produciendo un rumor soñoliento y se vertia por un largo arriate sobre el pavimento de mármol; pájaros encerrados en jaulas de oro, gorjeaban dulcemente, y el leve y azulado humo de los pebeteros difundia un delicioso perfume.

En almohadoncillos, sobre un rico tapiz de seda de Damasco, estaba reclinado el arcángel.

Era ella.

La aparicion que habia visto al despertar Juan Dieguez y que en el mismo punto habia desaparecido, como deshaciéndose en el viento.

Aparecia melancólicamente pensativa.

Sus largas trenzas negras ornadas de perlas terminadas por joyeles de pedrería, caian sobre su breve, pero por su voluptuosidad, irresistible seno.

Un seno de vírgen entre dos hombros dulcísimamente curvos, bajo una garganta marmórea, esbelta, fascinadora, en que parecian ménos hermosos que ella los lucientes rubíes de un largo collar que parecian gotas de sangre viva sobre nieve.

Una finísima túnica blanca de lino y seda, se plegaba sobre sus formas revelándolas con toda su pureza, y al par con toda la fuerza de la sensualidad.

En sus brazos desnudos y en una de sus piernas casi descubierta, terminada por un pié encantador, calzado por un pequeño borceguí de brocado azul pálido, relucian ajorcas que, por sus gruesos diamantes, parecian de un valor inestimable.

XII

—Hasta ahora, dijo el xeque, no han visto á esa hurí más ojos de varon que los mios: pero tú tiemblas.

—¡Yo muero! respondió Juan Dieguez.

—El decreto de las estrellas se cumple, dijo Abul-Zeyan: sígueme.

—¡Ah! ¡no por piedad! ¡Se quedará con ella mi alma y moriré!

—Te alentará la suya: ¿no ves que está abatida y llora? ¿y no es esa la melancolía del amor? ¿y á quién puede amar ella, que hasta ahora no ha visto más hombre que yo, que soy su padre, sino á tí? Pues bien; yo te la doy, es tuya, yo no quiero que muera desesperada; pero sígueme y óyeme.

Y asiendo con su mano vigorosa á Juan Dieguez, le arrastró consigo.

Le llevó á la hermosa sala cuyo arco se abria sobre la galería del jardin.

Le hizo sentar al lado suyo sobre el divan.

—Yo soy viejo, dijo, pero en mi cuerpo viejo alienta un alma vigorosa y jóven: hace quince años el adelantado cristiano de Jaen se entró una noche por la vega, incendió y taló cuanto encontró al paso, y ántes del amanecer se volvió á su castillo de la Guardia teñido en sangre y cargado con la presa.

Cuando el rey lo supo me llamó y me dijo:

-Mi viejo leon, vete sobre la tierra de los cristianos, ruge, despedaza, llévales el exterminio, venga á los descui-

dados creyentes que han sido degollados, á nuestras vírgenes profanadas, á nuestros adoratorios salpicados con sangre musulmana.

Con gente brava y decidida caí una noche sobre el castillo de la Guardia, le combatí, le aportillé, le entré y vengué con torrentes de sangre la desventura de nuestros hermanos degollados.

Los que no pudieron salvarse con la fuga y bajo el amparo de la noche, fueron despedazados.

Sólo ella se salvó.... ella á quien yo no pude herir ni permitir fuese herida: ella, la madre de Aixarah, de mi hija.

Juan Dieguez se habia puesto mortalmente pálido.

—¿Y esa mujer á quien tú trajiste á tu harem, exclamó con la voz apagada y sombría, era una dama?

—Sí, era la esposa del adelantado.

—Pero la esposa del adelantado Pero Diez Sarmiento era hermana de mi padre.

—Yo no lo sé.

—Yo sí: se la dió por muerta en la entrada del castillo de la Guardia y devorada por el incendio: ¡y ella vivia en tu harem!

—Era el alma de mi alma.

—¡Pero tu hija es mi prima hermana!

—Tú lo dices: yo lo ignoraba.

—¡Y tú eres su padre! ¡tú el tirano y el deshonrador de nuestra familia! exclamó el mancebo mirando con los ojos flameantes de cólera é inyectados de sangre al xeque.

—¡Dios lo quiso! respondió grave y solemnemente este.

Juan Dieguez, que habia puesto su mano airada en el yatagan, le abandonó gimiendo.

—No puedo, no puedo, dijo; tú eres su padre: ella no podria amar á quien se hubiese teñido en tu sangre.

—¡Estaba escrito! dijo profundamente y como hablando consigo mismo el xeque.

Luego añadió:

—María murió al dar á luz á Aixarah: desde entónces mi alma está con ella.

Juan Dieguez tenia la cabeza inclinada sobre el pecho. Una violenta conmocion persistente manifestaba que dentro de él se agitaba una tempestad.

XIII

El xeque continuó:

—Yo pedí á las buenas hadas el horóscopo de mi hija. Ellas me dijeron:

—Cuando la delicada flor abra su caliz y exhale el perfume de su dulce vida, el Gallo de viento señalará enemigos crueles que talarán tu tierra y serán vencidos y castigados por las espadas de Islam.

Uno solo de ellos se revolverá contra todos.

Hermoso como el deseo.

Bravo como el leon.

Altivo como el águila.

Escrito está que la flor lánguida, la jóven flor anhelante de vida, halle en el leon vencido su vida y su muerte, su amor y su alma. Allah los ha unido en la eternidad y nada podrá separarlos: ni áun la muerte.

—Pero ¿será venturosa ó desventurada?

—Un solo momento de amor es una ventura que encierra en sí lo que en nada puede contenerse.

Y no dijeron más.

Yo consulté á los astros, á la tierra, al mar, á los muertos, y muertos, mar, tierra y astros me dijeron lo mismo. El horóscopo de mi hija se nublaba en un insondable misterio.

¿Comprendes ahora porqué yo, reconociéndote por tu hermosura, por tu bravura, he visto claramente en tí al esposo que Allah ha dado en la eternidad á Aixarah, te he mirado con amor, te he favorecido, te he honrado, te he levantado hasta mí y no he querido tu rescate? ¿Comprendes porqué yo he procurado que ella te viese y que tú la conocieses? ¿cómo me puedo yo oponer á los decretos del Altísimo?

XIV

Juan Dieguez continuaba silencioso y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Yo no puedo separar á los que Allah ha unido, dijo Abul-Zeyan: ella te salvará con ella ó se perderá contigo: ven.

Y llevándole á una puertecilla, le dijo:

—Sigue: por allí llegarás á tu esposa.

Juan Dieguez pasó estremecido.

Abul-Zeyan cerró la puerta.

En su semblante habia ansiedad, angustia, duda, espanto, esperanza, vergüenza.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, dijo.

Y yendo al divan se puso á rezar suras ó versículos del Koran.

XV

Juan Dieguez llegó.

Abstraida en lo profundo de su alma enamorada Aixarah, no sintió sus pasos. Los encubria además el murmullo de la fuente y el gorjeo de los pájaros.

Cuando sintió un brazo tembloroso que rodeaba su cuello, cuando vió á Juan Dieguez, una alegría mortal, hambrienta, un amor inmenso, sobrehumano, apareció en su sonrisa inefable, en su mirada candente de adoracion, en el estremecimiento poderoso de su sér.

Exhaló un grito agudo como si hubiera sentido un puñal en el corazon y se desmayó.

XVI

Tres dias un profundo misterio envolvió estos amores. Abul-Zeyan llamó á Juan Dieguez.

—Mi hija que moria, mi hija que enlanguidecia, mi hija que se apagaba rápidamente se ha reanimado, ha lucido, ha resucitado; yo no he mirado en nada por salvarla sin perder la más pequeña parte de tiempo y la he enviado su vida y su alma con su amor: y luégo vuestras bodas ¿no habian sido ya hechas por Dios? Pero no ha podido ser la voluntad de Dios que el esposo de mi hija esté perdido en las tinieblas del error. Tú confesarás al Dios verdadero ó aunque fenezcais los dos no volvereis á veros más.

XVII

Esto habia sido previsto por Juan Dieguez.

Abul Zeyan no habia podido cerrar los ojos á todo, sino por un amor delirante hácia su hija, y pensando en que el amor de esta venceria su resistencia á abrazar el Islamismo.

El en vez de ser arrastrado á la apostasía por Aixarah, la habia convertido á ella.

Tenian por seguro el mandato de Abul Zeyan y se habian resuelto á doblegarse y á inspirar confianza para huir.

Cuando la exigencia de Abul-Zeyan sobrevino ya estaba preparada la fuga.

A Aixarah no la detenia su amor á su padre.

Una mujer enamorada no tiene más padre, más madre ni áun más Dios que su amor.

XVIII

Juan Dieguez, levantando su corazon á Dios y rogándole que no oyese sus palabras sino que mirara á la fe de su alma, respondió con una aparente alegría:

—¡Todo por ella!

—¡Ah! el Altísimo me ha inspirado, dijo en su pensamiento Abul-Zeyan; he hecho lo que he debido hacer.

Y besó en la boca como á hijo á Juan Dieguez.

XIX

Aquella noche, una esclava comprada llegó á los que más que amantes debian llamarse esposos.

Se habian prevenido escalas en un adarve que limitaba los jardines de las habitaciones de Aixarah: en una callejuela, un monfí, esto es un salteador que se habia ido á buscar á la sierra, esperaba con tres caballos.

Este salteador que conocia los entresijos del Albaicin, sacaria por una mina que daba á un albañal fuera de los muros por la parte de la puerta de Elvira, á los fugitivos.

Los barrotes de la reja que cerraba la mina por su salida al campo habian sido limados.

A la media noche Juan Dieguez, asiendo de la mano á Aixarah, la llevó junto á la fuente.

—Nos ponemos en un peligro de muerte, alma mia, la dijo.

—¿Y qué me importa morir si muero en tus brazos? respondió toda amor Aixarah.

—Es necesario que como estamos en trance de muerte, por falta de sacerdote yo te bautice.

Aixarah se arrodilló.

Juan Dieguez la bautizó.

Luégo dijo:

—Ahora, que se cumpla la voluntad de Dios.

Y asiéndola de la mano la llevó al jardin.

XX

La esclava los guiaba hácia el lugar del muro, donde por la parte de afuera y la de adentro habia puestas escalas.

Al llegar á él apareció de improviso una luz.

Era de un farol de un guarda nocturno.

Oculto por la espesura no habia sido notado hasta que ya estaba muy cerca.

Juan Dieguez cogió á Aixarah por la cintura y se abalanzó con ella á la escala.

La esclava quiso salvarse tambien.

Pero la alcanzó el chuzo del guarda que la hirió en un costado.

Entre tanto Juan Dieguez con su preciosa carga habia llegado al adarve.

Desaferró la escala que cayó al pié del muro con el guarda que subia ya á la mitad de ella.

Se deslizó por la escala del otro lado y llegó á la estrecha y oscura callejuela con Aixarah.

Dió tres palmadas.

Respondieron otras tres á alguna distancia.

Se acercaron.

—Pronto, pronto, dijo Juan Dieguez á un bulto que se veia entre la sombra, hemos sido sorprendidos y muy pronto se nos perseguirá.

—No temas, mi buen señor, dijo aquel hombre, que cuando puedan preguntar, por pronto que sea, ya estarás en camino de salvacion.

Y llevó hasta los caballos á los dos esposos.

Montaron y partieron.

XXI

Entre tanto el guarda gritaba desaforadamente dando la alarma.

La esclava gemia revolviéndose en su sangre.

Cundió la alarma.

Llegó la noticia á Abul-Zeyan que se traspuso de cólera. Se apercibió para seguir inmediatamente á los fugitivos con algunos de los hombres del castillo.

Pero no se sabia por dónde ir en su busca.

Se preguntó á la esclava agonizante que le reveló todo.

Poco despues Abul-Zeyan salia con la rapidez y la fuerza de la tempestad por la puerta de Elvira y se lanzaba sobre la Vega.

XXII

Hay entre Archidona y Antequera, cerca de esta última poblacion, una enorme peña escarpada de una altura inmensa que en tiempos de guerra servia á los de Antequera de atalaya y por lo tanto la Peña de la Atalaya se la llamaba.

Nuestros amantes corrian, corrian.

Los monfíes les habian acompañado durante la noche.

Pero al rayar el dia temerosos del llano se volvieron á la sierra.

Y los amantes continuaron su carrera.

Se creyeron ya á salvo.

Aixarah, que era muy delicada, se rindió á la fatiga.

Se detuvieron para descansar.

Una hora más de fuga y habrian atravesado la frontera.

De improviso vieron una nube de polvo á lo largo del camino á la parte de Granada.

Entre aquel polvo que avanzaba como una tromba relucian lanzas.

Espantados, acudieron á los caballos.

Pero Aixarah estaba de tal manera fatigada que no tenia fuerzas para cabalgar sola.

En su caballo la tomó Juan Dieguez y partió con la desesperacion en el alma y el corazon en Dios.

Batia sin piedad los ijares del bruto que corria ya de una manera vertiginosa.

Avanzaba como el viento.

Se veia ya cerca la Peña de la Atalaya.

Más alla aparecian sobre una altura los rojizos muros de Antequera.

XXIII

Pero la jornada habia sido larga, violenta, el doble peso se hacia insoportable al caballo.

Al fin, ya muy cerca del peñon cayó reventado.

Aixarah se malparó de la caida y además la fatiga la abatia. Era imposible que Juan Dieguez cargado con ella pudiera llegar sin ser alcanzado mucho ántes por Abul-Zeyan, que con los suyos avanzaba rápidamente.

Juan Dieguez levantó en sus brazos á Aixarah y emprendió la subida agria, escarpada, difícil del peñon.

Pensaba defenderse desde sus asperezas.

Dar tiempo á que, vistos desde Antequera, viniesen á su socorro.

Cuando se encontraban á la mitad de la subida llegaron al pié Abul Zeyan y los suyos.

Echaron pié á tierra.

Juan Dieguez puso á Aixarah á cubierto en una aspereza y empezó á lanzar grandes piedras sobre los que subian, y con tal rapidez que hubieron de desistir del asalto.

Descendieron.

Agitaba sus brazos violentamente Abul-Zeyan y parecia como que daba voces.

Pero no se oian.

Su furor era tal que se comprendia bien que no perdonaria á los fugitivos.

Y aunque los perdonara, esto no habria sido sin la condicion de que dejasen el cristianismo.

—¡Antes morir! dijeron los dos: él por la fe de su alma, ella por la fe de su amor.

Y continuaron ascendiendo.

Cubiertos á veces por las asperezas. Descubiertos otras.

Los venablos que los de abajo disparaban, señal clara de que el irritado padre habia decretado su muerte, saltaban sobre la roca al rededor de los dos tristes.

Entre tanto Abul- Zeyan con algunos de los suyos ascendia.

En cuanto á los dos amantes, se habian resuelto á morir.

Llegaron á la cumbre.

Poco despues asomaba á ella Abul-Zeyan.

Entónces un vértigo horrible se apoderó de Juan Dieguez.

Abul-Zeyan dejaba ver en sus ojos la muerte.

Blandia con furor su yatagan.

Los soldados avanzaban con la intencion visible de apoderarse de ellos.

De improviso, ya cerca del borde del horrendo tajo, Juan Dieguez asió frenético á Aixarah por la cintura.

—¡Muramos juntos por Dios y por nuestro amor! exclamó.

Y avanzó hácia la cortadura.

Aixarah alzaba los ojos y las manos al cielo.

—¡Ah! ¡no, no! gritó desesperado Abul-Zeyan que al fin era padre; yo os perdono,— pero era ya tarde.

Juan Dieguez, abrazado con Aixarah, se habia lanzado por la cortadura.

Abul- Zeyan caia á tierra sin sentido.

No se levantó más.

XXIV

Se tuvo por milagro, el que á pesar de lo violento de la caida, los cadáveres de los dos amantes permanecian abrazados.

En el semblante de él habia una expresion de horror.

En el de ella parecia vagar una celeste sonrisa.

Por piedad, se les enterró abrazados como habian quedado, en una fosa que se abrió al pié del peñon. Los cristianos pusieron luégo sobre la sepultura una cruz.

Desde entónces aquella gigantesca roca, dejó de llamarse Peña de la Atalaya, para tomar el nombre, que aún conserva hoy, de Peña de los Enamorados.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



LA HERENCIA, cuadro de E. Pagliano

CRONICA CIENTIFICA

EL EURIPHARINX PELECANOIDES

NUEVO PEZ DE LAS PROFUNDIDADES DEL ATLÁNTICO

En la última campaña del *Trabajador*, dice Mr. L. Vaillant, autor del presente artículo, hemos encontrado en las costas de Marruecos, á la profundidad de 2300^m un pez que se puede considerar como uno de los séres más singulares que nos han dado á conocer las extracciones con la draga á gran profundidad (véase el grabado).

Este animal, de 0^m,47 de longitud, por 0^m,02 de altura en la parte más elevada, tiene un color negro intenso; el cuerpo, cuya parte anterior está oculta por una boca extraordinaria, de la cual hablaremos despues, recuerda el de los *Macruros;* se adelgaza con regularidad poco más ó ménos desde cerca del cuarto anterior, sitio donde se ve el orificio branquial externo, y remata en punta en la extremidad caudal; el ano se halla en el punto de reunion del tercio anterior del cuerpo con los dos posteriores.

Lo que principalmente comunica á este pez un aspecto especial es la disposicion de las mandíbulas, así como la conformacion de la boca, que exageran más aún lo que M. Ayres ha descrito acerca del *Malacosteus niger*. Aunque la cabeza sea corta, pues apénas mide 0^m,03, las mandíbulas y el suspensorium se prolongan excesivamente; este último no tenia ménos de 0^m,095, resultando de aquí que el ángulo articular tiene su vértice muy atrás, á una distancia de la extremidad del hocico igual á unas tres veces y media la longitud de la porcion cefálica. En cuanto se puede juzgar, este suspensorium sólo se compone de dos piezas, una basilar, análoga al temporal, y la otra externa, que representa sin duda un tímpano yugal. Un estilete largo y delgado constituye la mandíbula superior, y por su posicion debe estar próximo al intermaxilar; el maxilar falta sin duda, como no admitamos que estos dos huesos se confunden. En ambas mandíbulas reconócense ligeras granulaciones dentarias, y en la extremidad se ven dos dientes en gancho, de 0^m,002 de altura.

A causa de esta disposicion, el orificio bucal es enorme y conduce á una cavidad cuyas dimensiones son aún más asombrosas. En efecto, la mandíbula superior se halla reunida con los lados de la cabeza y partes anteriores del cuerpo por un repliegue cutáneo extensible, que permite abrirla considerablemente; y además, entre las ramas de las mandíbulas se extiende una membrana cutánea análoga, pero mucho más dilatable, que contiene, como lo demuestra el exámen histiológico, un gran número de fibras elásticas en hacecillos: con nada se podria compararla mejor que con la bien conocida bolsa del pelícano. A causa de la desviacion de las mandíbulas y de la extensibilidad de las membranas, la boca forma con la faringe, en el animal vivo, un vasto embudo, del que parece la continuacion afilada el cuerpo del pez. Debe presumirse que los alimentos se acumulan en esta bolsa, pudiendo ser digeridos en parte, hecho comparable con lo que se ha observado en el *Chiasmodus niger*, de Johnson.

Los órganos de la locomocion son de los más rudimentarios: las aletas pares se reducen á dos apéndices muy pequeños, que por su posicion muy atrás y bastante cerca del orificio branquial deben asemejarse á las pectorales; las ventrales no existen; á una distancia del occipucio casi igual á la longitud de la cabeza comienza una dorsal, que se prolonga por casi todo el dorso, aunque sin llegar á la extremidad caudal, pareciendo terminarse á 0,06 ó 0,08 de esta última; y la anal, en fin, afectando una disposicion análoga, tiene su nacimiento á pocos milímetros detrás del ano, para rematar en el mismo punto que la anterior. La extremidad del cuerpo está rodeada de un pequeño repliegue membranoso, especie de caudal rudimentaria. Los radios delgados y flexibles de estas aletas impares no están, sin embargo, articulados, ni tampoco unidos por una membrana, en cuanto se puede juzgar por el animal puesto ya en alcohol.

El aparato respiratorio presenta una composicion única hasta aquí en los peces óseos: hállanse seis pares de aberturas branquiales internas, y de consiguiente cinco branquias, constituida cada cual por una doble serie de laminillas libres. La salida del agua se efectúa en cada lado por un orificio muy pequeño, que forma una simple perforacion cutánea, redondeada y situada hácia el nivel de la terminacion del embudo buco-faringeo. No se encuentra aparato hioideo ni piezas operculares.

Sin detenernos en la descripcion de los órganos contenidos en la cavidad abdominal, conviene decir que este pez carece por completo de vejiga natatoria.

Yo propondria designar á este pez con el nombre de *Euripharinx pelecanoides*.

¿Qué lugar le corresponde en la serie ictiológica? Este es un punto bastante difícil de resolver, faltando datos más completos sobre la anatomía, y en particular sobre el esqueleto, que no es posible examinar en todos sus detalles con un individuo único.

Podemos decir que este pez tiene puntos de contacto con los *Anacantinos*, con ciertos *Fisóstomos*, tales como los *Escopélidos* y los *Estomiátidos*, y tambien con los *Apodos*. Aunque se asemeja á estos últimos por la falta de aletas ventrales y por la imperfeccion del aparato opercular, difiere demasiado por sus intermaxilares, de gran desarrollo y absolutamente libres, para que se pueda comprenderle en este grupo. En resúmen, podemos decir que las afinidades de esta curiosa especie con los *Anacantinos* parecen ser las más positivas, ya se considere la forma del cuerpo, que recuerda en extremo el de los *Macruros*, ó bien se invoque la falta de ventrales, habitual en ciertas especies de este grupo. De todos modos, los caracteres del *Euripharinx* son tan marcados, que en todo caso se le deberá considerar como tipo de una nueva familia; de la cual será el único representante si los estudios ulteriores no demuestran que se le debe agregar el género *Malacosteus*.



EL EURIPHARINX PELECANOIDES, nuevo pez de las profundidades del Atlántico.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 26 DE FEBRERO DE 1883 — NUM. 61

UN IDILIO por E. Serra

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La *Mano negra*.—Su influencia en todo.—No hablemos de política.—Las reses vacunas y las de cerda.—*Trichinas*.—Conferencia en la Sociedad geográfica.—Comision de carboneros.—Un aprendiz de guantero.—Contrastes entre el clima andaluz y la *Mano negra*.—La exposicion de acuarelas.—Un baile científico.—*¡Excelsior!*

Los anatómicos dirán lo que quieran; pero lo cierto es que hoy por hoy todos los españoles tenemos una mano negra en la cabeza.

No hay medio de apartar el pensamiento de esa asociacion misteriosa y tremebunda, descubierta últimamente en Andalucía.

La mano negra se ha impreso en nuestra frente con tenacidad avasalladora. Pensamos en ella á todas horas; la revestimos con caractéres extraordinarios; vémosla cernerse sobre la Península como una *mano de Damocles* dispuesta á echar sus garras sobre nosotros, y las falanges de sus dedos se nos antojan verdaderas falanges macedónicas.

* * *

Yo sé muy bien que hay en Madrid ahora otra porcion de asuntos que se comparten la opinion pública: es verdad; pero así como en tiempos de epidemia de cólera todas las demás enfermedades ordinarias afectan un carácter colérico, de igual modo tambien todos los sucesos de Madrid hallan hoy su primera materia en la *Mano negra* importada de las regiones de Andalucía.

Así, por ejemplo, la mano puesta por el padre Gabino en la iglesia de la Encarnacion de Madrid sobre el pecho del Patriarca de las Indias era indudablemente mano negra, porque de otra manera el prelado no se habria ofendido como aseguran que se ofendió, puesto que bien sabido es el refran castellano que dice: «Manos blancas no ofenden.»

Mas ¿quién, sino una mano negra me impulsa á mí tambien á hablar de lo que me está vedado?

La política y los conflictos religiosos se hallan fuera de mi jurisdiccion de revistero. El asunto de las *primeras materias* podrá ser para el país de tanta importancia como quepa imaginarse, pero yo le he de hacer tan poco caso como se lo hace nuestro Ayuntamiento al ensanche de la calle de Sevilla; y respecto á la competencia entre las dos autoridades eclesiásticas que ántes he citado, ya se lo dirán de misas ellos mismos al curioso y reverente auditorio.

* * *

Insisto, pues, en lo de ántes: la mano negra lo invade todo.

¿Creeis acaso que es la mano de la Providencia la que hace enfermar en Madrid las reses vacunas y la que infesta de insectos destructores las carnes de cerdo de la provincia de Málaga?

¡Quiá!... no: es la *Mano negra*.

Vereis como al fin y al cabo las vacas enfermas que sean conducidas á alguno de los lazaretos recientemente establecidos concluirán por *mugir* alocuciones socialistas y las *trichinas* de los embutidos y jamones malagueños se dejarán arrebatar en un momento de abandono sus documentos internacionalistas...

El otro dia la *mano negra* se mostró con toda evidencia en la sesion pública que celebró la Sociedad Geográfica de Madrid bajo la presidencia del Sr. Fernandez Duro. Apénas se habló en aquella sesion de cosas negras! Figuraos una conferencia del Sr. Abargues de Sosten, valenciano de nacimiento y emprendedor viajero que habla doce idiomas, que ha vivido mucho tiempo en Egipto, que ha viajado por Abisinia y otras regiones orientales de Africa, y calculad despues de esto si era posible que el conferenciante hablase de otra cosa que de la raza *negra*.

La sesion fué interesantísima. Al final dijo que seria muy conveniente á España el adquirir terrenos junto al mar Rojo.

—¿Al mar Rojo? -murmuró un oyente. ¡Se habrá equivocado... ¡Al mar Negro querrá decir!

Una comision del gremio de carboneros ha depositado en manos del Sr. Abascal una enmienda al proyecto de ordenanzas municipales...

Carboneros ¿eh?

¡La Mano negra!

En fin ¿qué más?...En Praga... (¡me parece que Praga está bien léjos de nosotros!) se ha suicidado, ahorcándose, un aprendiz de guantero que apenas contaba diez y ocho años.

¡Sin duda tratarian de obligarle á que hiciera guantes negros toda su vida!

Yo mismo creo que tengo un criminal en cada dedo. Algunas veces, al escribir, suelo mancharme de tinta. Dicen que *el mejor escribano* echa un borron...pues bien; yo seria un escribano ideal. ¡Emborrono como nadie!

Antes, esta circunstancia me tenia sin cuidado.

Hoy me desespera.

Y cada vez que dejo caer una indiscreta gota de tinta sobre el papel, no puedo ménos de exclamar:

—¡Esta sí que es la más negra!

* * *

Por singular contraste, nos ha venido el terror de las comarcas más alegres y más brillantes de España.

¡Id ahora á encomiar el cielo andaluz y los ojos negros de las mujeres que allí nacen! En seguida se os presentará el fantasma de la asociacion secreta con sus tribunales, sus autoridades, su verdugo, sus justicias y sus ejecuciones... Yo principié por no tomar en serio ninguna de esas cosas. Pareciame imposible que bajo un clima tan benigno, al lado de una naturaleza tan exuberante y fastuosa, allí donde el movimiento de la sangre no inspira más que chacota y alegría, pudieran existir sociedades secretas ansiosas de destruccion y de muerte, por lo mismo que nunca creeria que en el cáliz de una rosa se albergase un insecto venenoso.

Pero despues me he tenido que rendir á la evidencia; y por más que ese título de *La mano negra* me parezca mejor para una novela de Montepin que para formar la razon social de los afiliados, ya no pongo en duda que la terrible asociacion exista.

¿Quiénes la componen? Tienen un nombre genérico. ¡Criminales!

* * *

Andalucía parece que está vuelta del revés. Ese risueño trozo de España donde iban los ingleses á cambiar por rayos de sol sus libras esterlinas, nos hace apartar la sonrisa de los labios y pone la expresion del terror en nuestros ojos.

El andaluz está muy bien suprimiendo consonantes cuando habla; pero no me parece en su terreno suprimiendo vidas.

No comprendo que las cañas de manzanilla puedan volverse lanzas; y si resucitaran ahora aquellos bandidos *nobles* y *generosos* que tuvo Andalucía en otros tiempos, de fijo repudiarian con toda su fuerza á esos modernos asociados que huyen la luz del dia, que tienen símbolos, señales de iniciacion, y que disfrazan el mal con apariencias de vengadora justicia.

* * *

Demos ya de mano á la *Mano negra* y hablemos un poco de arte.

Una brillantísima exposicion de acuarelas se halla abierta hace unos dias en el ya poco ménos que clásico Salon Hernandez.

Esa coleccion de trabajos revela un gran adelanto así en la tendencia como en el mecanismo de la acuarela.

Vénse allí la *Isleña de Capri* del malogrado Fortuny; una *Bacante* de Pradilla de notable mérito; varias preciosas muestras del porvenir artístico de un jóven de gran talento, llamado Juan Luna; una *Oracion* del Sr. Manresa de gran vigor y gallardía; una *Venecia* de Daniel Hernandez preciosamente dibujada; un *Cardenal* de Casanova lleno de verdad; varios dibujos de Villodas de ejecucion franca y resuelta, y otras notables acuarelas de Guinea, Barbudo, Marquez, Gabani, Gonzone, Jovér, Alonso Perez, Florez, Checa, etc., etc.

El sexo femenino tiene en este certámen representacion digna de aplauso, figurando entre las expositoras la infanta doña Paz de Borbon, cuyas dos acuarelas acusan, sobre las que ha presentado en otras exposiciones, un adelanto notable.

* * *

Arderius se ha propuesto darnos á conocer este año un baile que se está ejecutando con extraordinario éxito en Italia y que llama hace algun tiempo la atencion de los parisienses en el Eden-Teatro que se inauguró últimamente.

Ese baile se llama *Excelsior* y constituye segun personas que lo han presenciado un verdadero encanto de los ojos y áun del entendimiento.

Del entendimiento, sí: ha llegado ya la ocasion de que se demuestren hasta ideas trascendentales con saltos y piruetas.

Figuraos que la accion de dicho baile viene á representar en sustancia lo siguiente:

El oscurantismo en forma de diablo feo y repugnante trata de impedir que se realice el progreso.

El espantoso demonio pone obstáculos al primer barco que surca las aguas movido por el vapor; pero una hermosa mujer que representa la civilizacion ó la luz del progreso viene á contrarestar con su varita mágica la influencia diabólica.

El bien triunfa del mal; el espíritu bienhechor ahuyenta al espíritu maligno.. Vese á lo léjos un ferro carril que pasa por un puente tendido al través de un rio, donde flotan multitud de buques de vapor.

Y en presencia de aquellas maravillas los bailarines de ambos sexos hacen prodigios con los piés significando sin duda que si existe una *mano negra* hay multitud de pantorrillas dispuestas á probar que el mundo marcha.

Esto es lo que segun dicen nos va á traer Arderius de Italia.

¡Excelsior!

Esto es: *Gloria in excelsis Deo.*

PEDRO BOFILL

Madrid 22 febrero 1883

NUESTROS GRABADOS

UN IDILIO, por E. Serra

Nunca hemos acertado á explicarnos qué clase de pastores habian visto y tratado los poetas que desde Virgilio hasta Florian han dicho tan bonitas cosas de los rústicos habitantes del campo. Por nuestra parte confesamos ingenuamente que nunca hemos podido dar con sombrerito alguno como el de Nemorino, ni con corderitos tan limpios y acicalados como los de Estela. El campo tiene indudablemente sus naturales encantos, verdaderas maravillas de forma, de color y de armonías, porque Dios le ha poblado de flores, de frutos y de pájaros que pregonan la variedad infinita en la belleza suprema. Pero desengañémonos; por lo mismo que el hombre y la mujer no han sido creados para crecer y vivir en estado natural; por lo mismo que el hombre y la mujer han venido al mundo para vivir en el seno de una sociedad que siempre progresa y no en el suelo intransformable de los parásitos y de las flores; la belleza del idilio, ni siquiera engalanada por la poesía, no es la adecuada á su naturaleza ni tiene su razon de ser.

Ya Samaniego, en una de sus fábulas, destruyó buena parte de esas mentidas lucubraciones retóricas que nos hacian concebir pastores y pastoras de azúcar acaramelado. ¿Quereis saber lo que es un Nemorino de nuestros dias, ó mejor dicho, qué cosa han sido los Nemorinos de siempre? Pues fijaos en el dibujo de Serra: ahí está la verdad del idilio, verdad que, como dijo el poeta:

Es una verdad amarga;
Pero es una gran verdad.

EL CAPULLO DEL DIA DE SAN MARCOS, cuadro por Lanceretto

Entre los pueblos que mejor conservan el tipo de su antigua nacionalidad en el centro de Europa, merece singular mencion el pueblo veneciano. Sus mujeres son aquellas mujeres de tez algo morena, de ojos provocativos, de ensortijada cabellera, que danzaron, con el frenesí de las bacantes, en las proclamaciones de los Orseolos, de los Dándolos y de los Giustiniani. Sus gondoleros, profesion casi comun de los hijos de Venecia, son esos jóvenes escultóricos que Tiépolo copió en sus inmortales lienzos y que remaron bravamente en el Bucentauro cuando los pomposos y poderosos Dux de Venecia celebraban sus desposorios con el mar. Desgraciadamente, de aquel libro de oro de la república restan apénas los retratos de algunos patricios, y las antiguas costumbres se han refugiado en las clases más humildes de la sociedad, que perpetúan las tradiciones de su fiera belleza y de sus simbólicas prácticas.

Entre éstas figura la entrega de un capullo de que la novia, ruborizada, hace presente á su amador, el dia de San Márcos, patron de Venecia. Es una costumbre galante que Lanceretto ha reproducido con singular talento. Su cuadro, expuesto en Viena y calificado de uno de los mejores enviados por los artistas italianos al certámen austriaco, es un verdadero idilio de amor. La pasion palpita en sus dos figuras principales; pero ¡con qué diferencia se revela en la niña y en el mancebo!.... Todo cuanto éste tiene de picaresco, tiene aquella de modesta é inocente. La anciana que desde la tienda vela por la jóven, no da gran importancia al coloquio íntimo que tiene lugar en la calle..... Dios no permita que tenga porqué arrepentirse de su condescendencia y que el capullo de San Márcos no recuerde á su confiada hija cuán fácilmente se secan ciertas flores en el seno de las jóvenes confiadas.

LA MUERTE DEL POLLUELO, por Luis Nono

La contemplacion de la naturaleza es una fuente inagotable de asuntos para el artista; y sin negar que donde falta el hombre falta el protagonista de aquella, es indudable que algunos distinguidos artistas han concebido y ejecutado hermosos cuadros reproduciendo á los simples irracionales, sorprendiéndoles, sobre todo, en lo que pudiéramos llamar su vida íntima. El mérito del pintor en semejantes casos no consiste simplemente en la reproduccion material y fiel del animal preferido; la fotografía, aun auxiliada por el colorido, nunca causará impresiones profundas. Hay que encontrar algo en la vida de los irracionales que permita animar su reproduccion, que infiltre algo de espíritu en la pura materia, que establezca una distincion, y distincion marcada, entre el cuadro de la naturaleza muerta, para la cual basta el parecido irreprochable, y el cuadro de la naturaleza, siquiera irracional, en sus funciones, ó sea el cuadro de los animales abandonados á sí mismos.

Esto ha intentado, y en ello ha acertado, el autor de *La muerte del polluelo*, cuyo asunto trata Nono con una verdad y una gracia que no rechazaria Giacomelli. Examínese con detencion su cuadro y se echará de ver en él todo un drama de familia.

ULTIMAS HORAS, cuadro por Tobias Rosenthal

El asunto representado por este cuadro es de aquellos que conmueven profundamente. Su realismo es tan triste y su ejecucion tan acabada, que por fuerza su exámen ha

de apenar á las almas sensibles. Admiramos á su autor, cuyo talento arrastra nuestra voluntad, hasta un punto que mal de nuestro grado nos obliga á fijarnos en su obra; y sin embargo á ningun precio quisiéramos tenerla constantemente ante nuestros ojos.

Esa hermosa jóven, esa casi niña, devorada por la tísis, medio incorporada sobre el virginal lecho que será dentro de poco su ataud provisional; esa madre cuyo dolor es más fuerte que su resignacion; ese tinte de muerte que parece revisten todos los objetos de la estancia; nos oprimen el pecho, estremecen nuestras fibras, perturban nuestra imaginacion con la tenacidad de un pensamiento horrible; y sin querer corremos á la habitacion donde nuestra hija duerme el sueño de la inocencia, cual si temiéramos que la parca hubiera aprovechado nuestra distraccion para posesionarse de ella.

EL ULTIMO BRINDIS,
dibujo de L. Roca, grabado por Brend'Amour

Que ese último bríndis sea realmente el último no nos atreveríamos á asegurarlo: lo que sí puede darse por cierto es que dista mucho de ser el primero. Nada tiene de particular, por lo mismo, que alguno de los luchadores se haya rendido de fatiga y que otro de ellos amenace dar con su cuerpo en el duro suelo. La batalla ha sido reñida; díganlo los restos de las armas esparcidos á los piés de los combatientes.

Sin embargo, pólvora queda aún con que hacer fuego y los soldados valientes no se dan á partido miéntras les reste un solo cartucho que morder. No faltarán, por lo tanto, nuevas empinaduras, ni quedarán sin bríndis desde los santos de la especial devocion de nuestros bebedores, hasta las muchachas que endulzaron sus fatigas en la guerra. ¡Buena gente es esa para descontentar á nadie por un vaso de vino más ó ménos!...

No hay más que contemplar sus semblantes: ello es que el alcohol les ha marcado algo con las primeras huellas de la imbecilidad; pero esas observaciones se quedan para los filósofos insípidos que quieren mejorar á la humanidad con esas tonterías que se llaman libros..

Nuestros personajes son más serios que todo eso, y áun cuando alguno de ellos se haya permitido decir:—Compañero, ¡vaya el último bríndis!...—no hay cuidado; dispuestos están todos ellos á continuar sacrificándose por su rey, por su patria ó por su dama.

Este dibujo es sobrio de composicion: su autor no ha echado mano de accesorios que distrajesen á quien lo contemplara. Tiene confianza en la ejecucion del pensamiento capital, y en él quiere vincular el efecto. Esto no obstante, los muebles de la estancia son de época, están bien relacionados unos con otros y no desdicen del dibujo de las figuras. Realza el todo un grabado hecho á conciencia por uno de los primeros artistas de nuestra época.

LA ESTANQUERA

TIPOS POPULARES

I

Cuando imperan en la administracion del Estado los sistemas doctrinarios, cuyo estómago, que es la centralizacion, deja poco ó nada que digerir á la iniciativa individual, el gobierno, como ha dicho muy bien un gran publicista de la escuela moderna, es hasta peon de albañil.

Y, en efecto, bajo estos sistemas, la sombra del gobierno está en todas partes, hasta en los pueblos de más inferior categoría, muy especialmente si tienta su codicia el interés del negocio, la aritmética de la recaudacion, la matemática pura de los derechos, que es necesariamente impura, cuando los derechos son.... torcidos.

La lotería es un juego de azar prohibido por las leyes y por la moral, que es anterior y superior á las leyes.

Pero ¿no es un gran negocio?

Sí.

Pues ved cómo el gobierno es el que talla.

El tabaco es un combustible, que no sirve para maldita la cosa, moral y racionalmente hablando.

Pues ved cómo el gobierno calienta con él un vicio, habiendo hecho de un combustible á todas luces inútil un artículo de primera necesidad, dentro siempre del vicio, sin más razon que cohoneste esta especie de complicidad ó encubrimiento que la inmoral razon del negocio.

Verdaderamente el negocio es tentador, principalmente cuando el tentado es un cuerpo que no tiene nada que ver con Dios, un cuerpo sin alma, el estado. ¿Qué es el estado? «L'état c'est moi,» el estado soy yo; sino que aquí, *yo* no soy yo.

Pues ¿quién es?

Id á buscarlo.

Tan tentador es el tal negocio que no hay otro que se le iguale en explotacion de combustibles: ni la leña de encina, ni el carbon de piedra, ni el carbon vegetal. Y áun estamos por decir que ni quemando billetes de banco, sacaria el gobierno más, que quemando tabaco, con ser de suyo un combustible tan inútil.

Pues ¿cuánto produce la combustion del tabaco?

Más, mucho más de lo que podeis calcular vosotros, suavísimos lectores y lectoras, áun poniéndoos exprofeso á exagerar.

No hay bastantes ceros en vuestra aritmética, ni en la mia, á no tomar los cálculos hechos, para expresar la enorme cantidad de numerario que cobra el gobierno por la explotacion de este vicio masculino.

—¡Que no fumaran tambien las mujeres! decia en una optacion olímpica un ministro en déficit.

Y como para dorar la píldora ó la inconveniencia, añadió esta reflexion no ménos olímpica:

—Doblado así el producto de la renta, saldria de todos sus apuros el estado.

Ya sabeis que el estado soy *yo*.

Pero me dejo atrás un cabo suelto, que es menester anudar para satisfacer la curiosidad de nuestros amables lectores y lectoras.

Preparaos, pues, porque vamos á asombraros positivamente, tanto más cuanto que el cálculo comprende los doce meses del año y á toda la humanidad fumante.

Pues la humanidad que humea gasta en tabaco al año nada ménos que 12.000,000,000 de reales vellon.

Y cuenta que reducimos el cálculo al tabaco meramente combustible; que si añadiéramos el *sorbible* ó senil, ó sea el polvo de tabaco ó rapé, todavía aumentaríamos la renta en cantidad no despreciable, como quiera que es numerosa tambien la ancianidad sorbente de ambos sexos.

¿Quién diablos nos traeria esta invencion?

No fueron diablos los que la trajeron. En este punto hemos de hacer justicia á tan honrados industriales.

Pues ¿quién inventó estos usos ó abusos, mejor dicho?

Esto ya pica en historia y merece capítulo aparte; capítulo tanto más necesario, cuanto que sin él no tendria su natural color el retrato de la estanquera, no tendria..... color de tabaco.

II

El tabaco es originario de América, donde de tiempo inmemorial se aplicaba á los tres usos conocidos, á fumarlo, á masticarlo y á sorberlo por las narices.

Al arribo de los españoles á Méjico, lo fumaban ya los indígenas en tubos de caña más ó ménos largos y estrechos, que encendian por un cabo y chupaban por otro. Y ¡cosa rara! con ser este tubo el embrion de la pipa moderna, la pipa habia estado ya en uso en aquellos países muchísimo tiempo ántes, pues se han encontrado no pocas de ellas adornadas de extrañas y groseras labores, en las urnas funerarias de una raza de hombres ya extinguida, que poblaba aquellas regiones 600 años lo ménos ántes del descubrimiento de América.

El uso del cigarro es igualmente antiquísimo, pues los caraibes ó caribes de las Antillas, como los habitantes de las islas del océano oriental en las dos penínsulas de las Indias, fumaban ya al arribo de los europeos, tabaco groseramente liado en forma de cigarro.

Tambien tenian ya la costumbre aquellos indígenas de sorber el polvo de tabaco por las narices y de masticarlo en rama por vicio ó por medicina; medicina ó vicio que, como aquella otra costumbre, trajeron y propagaron por todo el mundo antiguo los aventureros españoles.

Rodrigo de Jerez, uno de los expedicionarios que acompañaron á Colon en busca de aquel mundo de oro, perdido en los ignotos mares, dice á este propósito, en un documento fechado en 1492, lo siguiente:

«Mucho nos suspendieron algunas de las costumbres de aquellos naturales, pero lo que más aina llamó nuestra atencion fué el ver de cómo respiraban el humo de una planta llamada entre ellos *cogiva*, á la cual yerba tenian tal y tanta aficion que no sólo respiraban su humo por la boca, mas tambien por las narices; y áun todavía sahumaban sus viviendas con la tal yerba *cogiva*.»

Algunos investigadores creen que aquellos indígenas se limitaban á sorber por las narices sólo el humo del tabaco, y que el vicio de sorberlo en polvo fué inventado y extendido por los expedicionarios españoles y portugueses.

Los pueblos americanos daban cierta significacion religiosa al humo del tabaco.

«El humo del tabaco, dice J. Ampere, era en los pueblos de raza americana y entre los salvajes de la América septentrional, una cosa verdaderamente sagrada. Este humo ó sahumo figuró en las ceremonias de la consagracion de Motezuma; y en un bajo-relieve del Vaticano se ven dos hombres ofreciendo el humo de sus cigarros á una especie de cruz.

»Los indios de Virginia creian que el *Manitú* ó espíritu residia en el humo del tabaco. Entre los *Natchez*, el sacerdote á la cabeza del pueblo, iba á un otero á esperar la salida del sol, y entónces lanzaba una bocanada de humo en honor del astro que aquellas gentes adoraban....

»Las pipas no figuraban solamente en los consejos indios, sino tambien en las asambleas pacíficas: habia pipa de guerra y pipa de paz.»

Entre nosotros debe tener tambien el tabaco algo divino, segun el culto que universalmente se le da; sino que en este caso, la divinidad que representa ha de ser hermafrodita, pues si tiene mucho de Júpiter no tiene poco de Volupia.

El polvo de tabaco simboliza tambien un dios, ó más propiamente, una diosa que no tiene nombre; pero sí tres cualidades: vieja, fea y sucia.

El vicio de fumar, hoy una de las cuatro virtudes cardinales, pues no hay fortaleza en hombre que no fuma, sufrió en su orígen persecuciones espantables en este viejo mundo. Jaime primero de Inglaterra hubo de escribir una invectiva contra el tabaco con el santo fin de proscribirlo de su reino. Amurat VI no escribió ninguna invectiva, sin duda por no saber escribir; pero hizo lo que sabia con el mismo santo fin, que fué dar cincuenta palos en las plantas de los piés á todo vasallo suyo acusado de fumador. Esto por la primera vez, que en caso de reincidencia, cortaba por lo sano, esto es, les cortaba las narices. El Shah de Persia les cortaba las narices y los labios desde la primera vez, y así no tenia que castigarlos más por este delito. El Czar de Rusia, que no inventaba nada, pero copiaba lo mejor, segun dicen, adoptó la misma jurisprudencia. En Italia, el papa Urbano VIII expidió bula de excomunion contra los fumadores, si bien limitándola á los que fumaran en la casa del Señor; anatema que extendieron los obispos á los y á las que tomaran polvo de tabaco por las pecadoras narices.

Pero el excomulgado tabaco salió al fin triunfante de aquella guerra á muerte y se paseó victorioso por todo el mundo en hombros, ó por mejor decir, en labios y narices de sus mismos perseguidores.

En efecto, los reyes todos se le fueron sometiendo obligando á sus vasallos á sometérsele tambien con todos los honores de ordenanza.

El gobierno francés fué el primero que bajo la administracion de Richelieu tuvo la fecundísima idea de establecer la renta de tabacos, monopolizando su elaboracion y venta; y los demás gobiernos fueron muy luégo adoptando el arbitrio en vista de sus prodigiosos resultados.

Ya sabeis de dónde y cómo vino un vicio, que monopolizado por los gobiernos, constituye la base de una de las más cuantiosas rentas públicas.

Tomemos ahora la paleta para hacer el bosquejo á que nos obliga el título de este artículo.

III

El gobierno, que con la codicia de mayor lucro en la explotacion del tabaco, estanca esta mercancía, es propia y virtualmente el estanquero; sino que por no ponerse al mostrador, lo cual seria ya una postura deshonesta, pone en cada pueblo un agente subalterno que despacha el género por él y toma el nombre propio y áun el color ó colores del gobierno.

El estanquero viene á ser por lo comun una especie de rey consorte, ó una carabina de Ambrosio, ó una espada de Bernardo, ó un estanquero que ni pincha ni corta; es, si me permitís otro brochazo, la persona que *padece* del estanco, si el estanco fuera una primera de activa, porque en él carga la accion del verbo. Y si fuera de pasiva, lo mismo seria, porque, con honrosas excepciones, saldria tambien apaleado.

La persona que *hace*, sea lo que quiera el estanco, la que hace y deshace sin padecer jamás, la reina legítima por la gracia de Dios y la Constitucion, digámoslo así, es la estanquera. A veces es ella la reina consorte, por ser el estanquero el amo de las cargas, es decir, el protegido en méritos de sus especiales servicios personales; pero viene á resultar lo mismo, pues ora por condescendencia, ora por ineptitud del marido en un negocio que, siendo de combustion, pide toda la gracia que dijimos, hay una abdicacion en favor de aquella que empuña siempre ó casi siempre el cetro del estanco.

Y ¡ay del estanquero sin estanquera! Es como un cuerpo sin alma. Y luego ni tiene afianzado el estanco, á no salirse del tipo ó caricatura que trazamos, ni ménos asegurado el despacho, ó técnicamente el *chorreo*, á no reducirse al papel sellado,



EL CAPULLO DEL DIA DE SAN MARCOS, cuadro de Lanceretto



LA MUERTE DEL POLLUELO, cuadro de Luis Nono

que no es en parangon del tabaco, sino papel mojado. Hay estanqueros en este caso; pero una golondrina no hace verano.

La estanquera, al contrario, tiene siempre un marido, no juraremos que canónico, pues no hemos visto la partida conyugal de ninguna, ni nos es lícito meternos en camisa de once varas. Aunque en términos jurídicos, el estanquero es el marido de la estanquera, miéntras no se pruebe lo contrario.

Sea de ello lo que quiera, el marido de la estanquera es siempre un hombre meritorio: ó ha servido en el ejército, ó en las barricadas de julio ó de setiembre, ó en la partida de la porra, ó en las partidas de D. Cárlos, ó en otras partidas, más ó ménos serranas.

Pero todos estos méritos y otros que omitimos, aunque constan igualmente certificados en su hoja de servicios, serian desatendidos ú olvidados por el jefe económico, por el gobernador civil, por el gobernador militar, por el diputado, si no tuviera otro mérito que ofrece como sahumados todos sus servicios.

Este mérito no es suyo... ni ajeno tampoco.

Es el mérito de su mujer.

Si este mérito es extraordinario, no hacen maldita la falta los servicios del marido para que se le haga justicia; esto es, para que se decrete su instancia con toda esta deferencia y prontitud:

«Como se pide.»

No hay para qué decir que lo que se pide es el estanco.

La estanquera es, ó ha sido en no remotos dias, la mejor, ó una de las mejores mozas del pueblo, del barrio, de la calle. Siempre es una buena moza, emérita, sino actual. Esto va en gustos: hay quien prefiere el jamon á la perdiz, aunque sea esta de la última pollada.

La estanquera en su mostrador, como una reina en su trono, está siempre de gracia. Viste siempre bien; de rompe y rasga en los pueblos; de elegante *negligée* en las capitales. Y con esto y aquello y lo otro llenaria por sí sola el estanco, si no entendiera que es mejor que se lo llenen los parroquianos.

Y en efecto, al olor con que se presentó sahumada la susodicha hoja de servicios, al olor de la buena moza, está siempre lleno el despacho, no diremos de buenos mozos, pero sí de buenos fumadores.

No todos se contentan con el olor; y ella que lo sabe, da algo de su sabor, repartiendo miradas interesantes, sonrisas halagüeñas, palabras sospechosas, suspiros *retrecheros*... todo esto grátis, por supuesto; pero todo es sembrar, y quien no siembra no recoge. Y si quien siembra vientos recoge tempestades, como reza el refran, por la misma razon, vuelta del revés, no puede recoger cosa mala quien siembra sonrisas y demás ternezas de la misma harina.

Luego que fumando fumando, por decirlo así, se llegan á hacer conocimientos, la estanquera es una amiga rumbosa. No necesitais dinero para fumaros el estanco: ella os lo dará fiado y áun escogido, y todavía os prestará una onza de oro ó dos para completar un pago.

Pero *par pari refertur*, con la misma confianza os pedirá ella otro dia que esteis en fondos, lo que necesite para hacer la saca.

Para esta intimidad, en cierto modo honrosa, se necesitan dos condiciones esenciales, pues muchos son los llamados y pocos los escogidos: una condicion es del parroquiano, otra de la estanquera; y son á saber.... responsabilidad por una parte, y por la de ella, que el parroquiano le haya entrado por el ojo.

No siendo así, limitará su trato á las miradas, sonrisas, palabras y suspiros, más ó ménos sospechosos; y tambien á escogeros los cigarros, dejando el desecho para los fumadores de segunda, que escogen ya por su mano, dejando la basura para los de tercera, que no tienen ya más que pagar, fumar y morir... todo por la buena moza.

Estos paniaguados de la estanquera, comprendidos en la primera y segunda clase ó escogimiento, son todos amantes platónicos de la buena moza, que se deja querer por lo que le importa, sin pasar de mirarlos y reirse de ellos, como hombres de poco pelo, y seguir escogiéndoles cigarros, para lo que tiene una aptitud indisputable.

Sin haber salido nunca de su pueblo, de su barrio, ó de su calle, conoce perfectamente la Vuelta de arriba y la de abajo y todas las Vueltas donde hay tabaco; no sabe á qué familia, ni género, ni especie pertenece la planta del tabaco; pero sabe muy bien la prolija nomenclatura de sus productos elaborados, desde la breva que sabe á gloria hasta el coracero que sabe á mil diablos. Sabe, por experiencia propia ó ajena, que, si bien el tabaco se cultiva y elabora en muchas partes, el de procedencia cubana es el tabaco clásico, aristocrático, olímpico... (ella dice *de mi flor*, y lo expresa mejor y más pronto). Conoce una multitud de detalles, que acaso no conozcan muchos fumadores, y ella tiene en cuenta para sus escogimientos: buena hechura; hoja fina, limpia, sin arrugas ni venas; buen color moreno con alguna que otra peca pequeña y bien dorada; ni muy duro ni muy blando, ni húmedo ni seco....

¿Y la picadura?

La picadura la da ella á prueba... cuando no es de fábrica nacional, y con mucho rumbo no la cobra si no gusta: á lo ménos lo dice así. Y confianza tendrá en su mercancía, aunque no es de fábrica nacional, puesto que no deja de cobrar nunca un pedido.

¿Y el rapé?

Hé aquí el único artículo de su tienda que la buena moza despacha de mala gana. Sobre ser el consumo escaso, relativamente, y más escaso el lucro que á ella toca, esta clase de parroquianos no puede entrarle por el ojo. ¿Qué miradas tiernas, qué sonrisas halagüeñas, qué palabras sospechosas, qué suspiros *retrecheros* ha de dispensar á un viejo, que las más veces es vieja?

Cuando llegan estos consumidores de polvo, si está en pié la buena moza, se sienta, y si está sentada, no se levanta, ántes bien se repantiga y abanica, si es verano, por supuesto, dejando esta competencia á su consorte, ó al mancebo ó, en último extremo, á la criada.

Pero el rapé, y el tabaco de fábrica, y el que no lo es, y el papel sellado y el franqueo no dejan de hacerle la olla gorda á la estanquera, que va dejando pasar el tiempo y dejándose querer, hasta que cae el ministerio, y caen sus protectores, y cae ella tambien. Sino que la buena moza cae siempre de pié, porque con los mismos servicios de su marido, sahumados como ya sabemos, ó cae en otro estanco, ó en los brazos de algun parroquiano, que le entró por el ojo, sin que su marido lo supiera, y se va con él.

¿Adónde?

Vaya V. á saberlo. Al infierno.

¿Y el marido?

¿Qué marido?

¿El de la buena moza?

Nosotros no hemos visto su partida de matrimonio, ni nos es lícito meternos en camisa de once varas.

CECILIO NAVARRO

LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA

I

Salamanca tiene nada ménos que dos Catedrales. Una, representante de aquella famosa etapa de nuestra cultura nacional, convertida, como era de rigor, á la imitacion francesa, allá por los siglos XI y XII; otra, del período más español y castizo de toda esa cultura: el siglo XVI. Comienza aquella románica y acaba en gótica al alborear el siglo XIII; esta empieza ojival, para concluir en esa rica combinacion, á las veces feliz, muchas otras híbrida y neutra, entre las formas góticas y las clásicas, que lleva el nombre ambiguo de estilo «plateresco». Por cierto que en la ocasion presente, en la Catedral nueva salmantina, el plateresco es de la segunda clase, presentando notoria inferioridad, en medio de su grandeza y dimensiones, y de la opulencia de su decoracion, respecto de su vetusta y más humilde hermana.

Fué esta fundada por el conde D. Ramon de Borgoña, allá al finar el siglo XI, y consagrada, aunque sin concluir, por el obispo D. Jerónimo Visquio, monje francés de Cluny y confesor del Cid, ó por lo ménos, su amigo y compañero; habiendo continuado las obras hasta dentro ya del siglo XIII. Su estilo es románico de transicion; y su carácter mixto de occidental y oriental, como despues veremos, le da una importancia singularísima y hace de ella uno de los más interesantes monumentos, no sólo de España, sino de toda Europa.

Comencemos por el exterior.

La fachada principal, ó del O., ha desaparecido. A la portada central y única de este lado, ha sustituido otra greco-romana del peor gusto, edificada en 1680; y de las dos torres que la flanqueaban, la del S. ha dejado de existir desde la altura del portal, sirviendo sólo la parte que aún resta para habitacion del campanero; la del N. ha sido no ménos mutilada y se ha levantado sobre ella la insignificante torre de la Catedral nueva. Ambas han perdido todo rastro de apariencia románica y áun gótica, á causa del forro de piedra con que se las revistió en el siglo pasado, para remediar el resentimiento que experimentó la fábrica por consecuencia del famoso terremoto de Lisboa. Entónces quedó privada de luz la capilla que ocupaba la planta baja de la torre del N., capilla hoy destinada á depósito del aceite que alimenta las lámparas de ambos templos.

En cuanto á los lados N. y S., se hallan completamente destruidos. El muro del primero desapareció al construirse la Catedral del XVI, que — ignoro la causa — invadió en toda su longitud la nave de este costado, disminuyendo su anchura y sustituyendo con bien poca gracia su pared al primitivo cerramiento. El lado opuesto se oculta en gran parte por el saliente del antiguo claustro, reedificado y estropeado en 1785 bajo la pobre direccion de Quiñones, y la otra parte, como la puerta lateral situada á los piés de la iglesia, fué tambien víctima de esta bárbara reconstruccion. Sólo un muro, correspondiente á la capilla de Anaya y que puede verse desde la calleja vecina de San Juan de Sahagun, conserva su carácter románico.

No acontece otro tanto con la parte oriental. Aunque por desgracia no haya sido enteramente respetada, su aspecto es sorprendente y contrasta, del modo más desfavorable para la Catedral plateresca, con la portada, tan lujosa como desairada, que esta eleva á su lado. Sus tres ábsides, hermosos y delicados á un tiempo; la torrecilla cilíndrica adosada al muro oriental del brazo S. del crucero y que protege una escalera para subir á las antiguas terrazas; los ajedrezados, rollos, cascabeles y follajes de sus capiteles, archivoltas é impostas; el coronamiento de almenas, pretiles y macizos pináculos en el estilo del gótico primitivo, y sobre todo la soberbia cúpula, una sin duda de las más airosas del mundo, componen un conjunto de severa poesía y acreditan por su aspecto el dictado de *Fortis salmantina*, de que este templo estaba en posesion, como lo estaban Toledo, Leon y Oviedo de otros epítetos análogos (1).

El ábside central conserva aún en dos de sus ventanas, decoradas con bellas archivoltas, las rejas antiguas, verdadera filigrana de hierro. Sobre él se halla colocado un pretil gótico de sencillos cuadrifolios, con sus correspondientes gárgolas, que cerraba las terrazas enlosadas, existentes aún y cobijadas hoy por un innoble tejado. Si este pretil gótico (cuyo motivo se repite en otros lugares de esta parte de la construccion) pertenece ó no á la primitiva fábrica, cosa es que se discute todavía. La cúpula es de forma cónica, cubierta de escamas de piedra, sostenida por cuatro contrafuertes, cilíndricos, huecos, calados con ventanas y que figuran torreones, contrastando admirablemente con otras cuatro fachadas planas, interpuestas entre ellos y coronadas con agudos frontones triangulares. Nada puede dar idea de la hermosa apariencia de esta obra maestra del arte románico.

Penetremos en el interior.

La planta es de cruz latina, con tres naves, habiendo padecido la del N., como el brazo correspondiente del crucero, la horrible mutilacion ántes dicha, con motivo de la edificacion de la Catedral nueva Por el Poniente, la portada greco-romana actual da ingreso á un atrio ó narthex, formado por el resalte de ambas torres. El sistema general es, segun ya se ha indicado, románico, con arcos y bóvedas ojivales. A causa de la discordancia entre la planta románica y las bóvedas, los baquetones no se corresponden con las columnas, sino que se apoyan en el paramento de los muros, sobre ménsulas: análoga cosa acontece en San Vicente de Avila. En Avila tambien, pero mucho despues, en el siglo XV, en San Francisco, se ofrece otra particularidad que aquí se presenta primero. Las bóvedas de las naves laterales y la central de la de enmedio se hallan en la Catedral salmantina construidas con hiladas anulares, formando pequeñas cúpulas sostenidas sobre los arcos diagonales, cuyos robustos aristones, compuestos de dos toros y una escocia, se cruzan en hermosas claves, decoradas con esculturas de mucha importancia: los baquetones del brazo S. del crucero (único que se conserva), cubiertos de adornos en zigzag, tienen además estatuas en las ménsulas ó repisas que les sirven de apoyo; y tanto estas como las que subsisten en las pechinas de la cúpula y sobre la primera ménsula de la nave principal, no ménos que el gran resalte de dichas ménsulas, parecen autorizar la conjetura de que cada una de ellas tuviese al principio una estatua, ó que al ménos así se proyectase.

Los capiteles de los pilares son del más alto interés; unos, historiados con grandes composiciones; otros, imitando los del órden corintio, con mucho carácter clásico; y en otros, alternan bichas, mascarones y hojas que recuerdan ciertas esculturas asirias y persas. Los plintos de las columnas son casi todos curvos, como para hacer ménos sensible el tránsito de su planta cuadrada á la circular del zócalo general de la pila.

La iluminacion tiene lugar por las dos hileras de ventanas románicas abiertas en la parte superior de la nave central, las del tambor de la cúpula y el roseton gótico (tal vez posteriormente encajado en el ojo románico) del muro que cierra el brazo S. del crucero.

Sobre el centro de este se levanta la hermosa cúpula, cuya forma interior semiesférica no responde á la del exterior, quedando entre ambas un espacio, como queda posteriormente en las cúpulas dobles de Brunelleschi en Santa María delle Fiori, en Florencia, y en la de San Pedro de Roma, de Miguel Angel; aunque de muy otra figura, segun se comprende y puede verse en el corte publicado en los *Monumentos arquitectónicos de España*. Interiormente, esta cúpula está levantada sobre pechinas, á la manera bizantina, no sobre trompas, ni sobre arcos y tornapuntas; sostiene un tambor cilíndrico y se cierra por un casquete esférico agallonado. Dos principales singularidades, pues, ofrece. En lugar de estar volteada sobre arcos de medio punto, lo está sobre apuntados, lo cual hace que las pechinas no sean triángulos esféricos, sino superficies mucho más complicadas: disposicion poco frecuente, análoga á las de Saint Front de Perigord y la

(1) *Dives Toletana, sancta Ovetensis, pulchra Leonina.*

Catedral de Angulema, y que dentro de España debió prevalecer en cierta medida, como se advierte en las cúpulas de Zamora y Toro, imitadas de la salmantina, y en algun otro ejemplar recientemente estudiado en Navarra. La otra particularidad es la forma agallonada del casquete, muy semejante á la del *Mihrab* de la mezquita de Córdoba, á una de las cupulillas del Cristo de la Luz, en Toledo, á la de la iglesia de Sergio y Baco en Constantinopla y que se repite igualmente en algunos de los templos españoles ántes mencionados.

La decoracion del ábside principal, construccion de las más esbeltas proporciones, constituye tambien un ejemplo tal vez único en España. Es una serie de pinturas murales, quizá ejecutadas al temple, que lo recubren por entero y que, separadas en compartimientos por medio de fajas y molduras góticas de completo carácter italiano, forman un retablo de profundo interés. Aquí, en España, donde el Museo nacional de pinturas, en medio de su aparente riqueza, presenta tan lamentables vacíos en cuanto á las escuelas italianas antiguas, cuya representacion casi falta en él por completo, no se presentan ciertamente ocasiones de ver 53 cuadros (con más, los medallones de la faja inferior) puros italianos, de principios del XV, de estilo florentino, que recuerda á los Gaddi y pertenecen de lleno al ciclo giottesco. Lástima que no se haya conservado tambien la gran composicion de la concha (un Juicio final), bárbaramente restaurado y que, por los escasos restos libertados de la sacrílega profanacion, parece haber sido del mismo género é importancia!

Tapando un hueco en el centro de este retablo, se han colocado modernamente dos tablas españolas del XV, que algunos atribuyen á Gallegos, el célebre pintor salmantino, por más que no ofrezcan tantos caracteres de su estilo germánico, como otras que se conservan en la localidad, y áun en este mismo templo.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS.

CRONICA CIENTIFICA

DISTANCIAS CELESTES

III Y ÚLTIMO

Medir la distancia entre dos objetos, que se hallan á nuestro alcance, ó á los cuales podemos llegar, parécenos cosa fácil: basta ir de uno á otro, á lo largo de la línea que determinan, colocando tantas veces como se pueda la longitud que sirve de unidad: la vara, el metro, la toesa, la braza, la legua ó el kilómetro.

Pero ¿y si uno de los objetos es inaccesible? y si ambos lo son? cómo puede realizarse la operacion que tan fácil nos parecia al principio? cómo pueden irse colocando kilómetros en fila desde aquí á la luna? ó desde la tierra al sol? ó desde una á otra estrella? La dificultad á primera vista parece invencible, por invencible la tiene el vulgo allá en el profundo seno de sus tercas incredulidades, y áun personas de cierta ilustracion relativa ignoran cómo ha logrado la ciencia medir las *distancias celestes*.

Claro es, que no hemos de tener la insensata pretension de explicar en un artículo, lo que exigiria todo un libro y gran preparacion matemática en nuestros oyentes ó lectores para ser expuesto en debida forma; pero en cambio podemos aspirar, y aspiramos de hecho, á que todo el mundo comprenda la esencia, los principios, la parte fundamental y por decirlo así filosófica de cuantos métodos se emplean, para determinar esas distancias enormes, que separan unos cuerpos de otros en las profundidades inagotables del espacio.

Aquí, á nuestras plantas, sosteniendo nuestra pequeñez y nuestra grandeza, está la tierra: allá, en el cielo, como disco de plata, navegando en pleno azul, está la luna: entre la luna y la tierra, primero nuestra atmósfera, despues el vacío: estos son los datos del problema, que vamos á presentar como mero ejemplo; y trátase de medir la distancia entre nuestro globo y su poético satélite.

Lo que digamos de la luna, pudiéramos, *en teoría*, decir del sol, de un planeta, de una estrella, de cualquier nebulosa.

Pero ¿hay manera de concebir la posibilidad al ménos de tales empresas, como éstas de ir en cierto modo fijando postes kilométricos por los espacios estelares?

Creemos que sí y vamos á intentarlo.

Principiemos por *una hipótesis*, extraña, fantástica, absurda si se quiere, que luégo procuraremos adaptar modificándola á lo real y á lo práctico; pero que ahora, tal como es, ha de prestarnos grandes servicios. Supongamos, repito, que entre la tierra y el astro cuya distancia pretendemos medir se extiende *una imágen, un sér macizo ó vaporoso, una figura*, sea la que fuere, que apoyándose sobre la tierra alcanza al astro en cuestion, la luna pongo por caso. Sea algo parecido á esos Mefistófeles de bronce, que tan acostumbrados estamos á ver en los espléndidos escaparates de lujosas tiendas; pero un Mefistófeles enorme, como de aquí á la luna, que es cuanto puede decirse: con sus larguísimas piernas apoyadas en la costa terrestre, una en el Asia, otra en América: con su inacabable tizona batiendo el vacío: con su faz aguileña contra la mofletuda faz del astro de la noche: con la característica y diabólica pluma de su birrete erguida como cresta de gallo.

Pues por extravagante que tal hipótesis parezca es lo cierto que á maravilla nos sirve para la resolucion del problema que traemos entre manos.

Porque, en efecto, enfilemos hácia nuestro colosal Mefistófeles la lente de un aparato fotográfico y saquemos su larguísima fotografía: tendremos en pequeño la imágen del Mefistófeles en grande, con todas sus formas y proporciones, y guardando uno y otro las mismas relaciones entre todas sus partes. Si el brazo de aquel es cuatro veces la mano, el brazo de la reproduccion fotográfica será cuatro veces tambien la mano de la imágen: si la pierna del Mefistófeles del espacio es cinco veces el pié, la pierna del carton cinco veces mayor será que su propio pié: si la nariz del diablo selenítico es la tercera parte de toda la cara, la tercera parte de la cara reproducida será la nariz del retrato: si toda la altura de la imágen fotográfica es treinta y seis veces, pongo por caso, la distancia que hay de uno á otro pié, treinta y seis veces mayor que la distancia que media entre los puntos de Asia y América donde fija sus plantas la creacion hipotética que de la tierra va á la luna, será su altura total.

Pero el carton está en mi poder, está sobre mi mesa, tengo un compás en ella, puedo medir distancias y compararlas, y digo:

Altura total: treinta y seis veces la distancia entre los piés de la imágen.

De donde deduzco por la semejanza de las figuras esta consecuencia:

Altura del Mefistófeles del espacio, treinta y seis veces la distancia de su pié en Asia á su pié en América: que es como decir, que la distancia de la tierra á la luna es treinta y seis veces la de ambas estaciones americana y asiática.

Pero esta última distancia está á mi alcance, en mi propio mundo, con más ó ménos trabajo puedo medirla, forma parte de las dimensiones terrestres que ya conozco, tomando un globo de los que se usan para la enseñanza, y un compás, con más ó ménos aproximacion puedo expresarla en kilómetros; luego, finalmente, la distancia que busco será treinta y seis veces este número de kilómetros, y así habríamos resuelto este problema: *hallar en kilómetros la distancia de la tierra á la luna.*

Si meditamos en la marcha seguida y en el procedimiento empleado, veremos, que consiste, *en unir la luna y la tierra* con el pensamiento, *por cualquier figura;* en reproducir en menor escala y *realmente* aquella creacion ideal; en buscar materialmente ó por el cálculo en la figura menor la relacion que existe entre la distancia buscada y otra que corresponda á una distancia terrestre, y en multiplicar esta última, medida en nuestro globo, por el número obtenido.

Pero esto puede hacerse sin necesidad de fantásticos Mefistófeles que no existen, ni pueden fingirse; sin necesidad de aparatos fotográficos imposibles; sin reproducciones tan imposibles y tan fantásticas como estos aparatos y aquellas imágenes.

Las larguísimas piernas de nuestro utilísimo diablo, que alguna vez ha de servir el diablo para cosas buenas y un Mefistófeles para algo más que para enredar Faustos y Margaritas, se convertirán en dos líneas, en dos visuales materializadas por dos anteojos: su vértice estará en la luna que será todo lo que quede del pecho y de la cabeza del buen enemigo: sus piés serán dos observatorios astronómicos calzados con sendos instrumentos ópticos: y hé aquí al Mefistófeles convertido en un triángulo con *su base* en la tierra y *su vértice* en la luna. Muy largo y muy estrecho resulta el tal triángulo; como algo se rebajase, hasta en el místico triángulo isósceles podria convertirse, con lo cual el diabólico sér por obra y gracia de la ciencia habríase convertido en divino símbolo.

Esto en cuanto á la *figura de enlace*, al sistema geométrico que apoyándose en *bases accesibles* llega á *lo inaccesible* y con aquellas lo relaciona; pero nos queda la segunda parte del problema por resolver: la reproduccion en pequeño de este triángulo agudísimo que va á dar en la luna con su vértice.

Hemos sustituido al Mefistófeles ideal, un triángulo, ideal tambien.

A la fotografía de aquel ¿qué sistema de reproduccion sustituiremos en este?

El más sencillo, el de un principio geométrico elemental. En efecto, conocer un lado de un triángulo ó sea su *base*, y las inclinaciones de los otros dos respecto á esta primera *base*, es conocer la forma de dicho triángulo, es poder medirlo y poder calcularlo, es obtener por medio, aún más expedito que la reproduccion fotográfica, la de la figura propuesta.

Pero *la base* puede medirse, está en nuestro propio globo, no es otra cosa que la distancia entre los dos piés de nuestro abandonado Mefistófeles, verdadera *base* de sustentacion de aquel fantástico sér. Ahora, como entónces, podemos determinar numéricamente el lado del triángulo que está á nuestro alcance ó tomarlo en un mapa si es preciso, con las debidas precauciones.

Y en cuanto á los ángulos que forman los dos lados larguísimos que van á la luna, con el lado pequeño que está en la tierra, cualquier instrumento de medir ángulos puede apropiarse al nuevo uso y á la solucion del nuevo problema. Como en la magnitud de cualquier ángulo no influye lo extenso de los lados sino su inclinacion, con un anteojo de un metro dirigido á la luna, al sol, á una estrella, á lo infinito, se mide el ángulo de más prolongadas líneas. Una línea fija como primer lado del ángulo, otra móvil giratoria alrededor del vértice, y un círculo en que medir la abertura: esto es todo.

Prolongad las agujas de un reloj hasta lo infinito, dejad el círculo horario el mismo y no por eso habrá variado la hora; pero la *hora* es precisamente el *ángulo* de nuestro ejemplo.

En los observatorios, el círculo horario del imaginario reloj es tambien un círculo dividido en grados, minutos, etc., y de dimensiones relativamente pequeñas; las agujas son anteojos que giran buscando astros; las visuales que van á la luna, estas mismas agujas prolongadas por la luz.

Y ahora, teniendo la base y las inclinaciones de los lados adyacentes tenemos el triángulo, sus dos lados enormes pueden calcularse, y el problema queda de todo punto resuelto.

Solucion imaginaria, hipotética, provisional: el Mefistófeles que va á dar con su cabeza en la luna.

Solucion real: un triángulo que se apoya en la tierra y va al espacio.

Solucion imaginaria: reproduccion fotográfica de la imágen

Solucion real: medida de la base y de los ángulos del triángulo.

En uno y en otro caso las relaciones entre las líneas de las figuras reproducidas dan las relaciones entre las distancias planetarias.

En uno y en otro caso, se conoce una distancia de la figura real de enlace y por ella y la relacion numérica de la figura reducida se calculan las demás.

Tal es el fundamento de todos los métodos empleados para medir distancias celestes, aunque dicho está aun sin decirlo, que no siempre es posible alcanzar esta sencillez extrema, y que hay dificultades prácticas que inutilizan la solucion teórica que hemos presentado.

Quizá en otra ocasion volveremos á este mismo problema: por hoy descendamos de las alturas y quédense allá las longitudes celestes.

JOSÉ ECHEGARAY.

NOTICIAS VARIAS

UNA PLANTA RODADA EN EL VALLE DE KANSAS (Estados Unidos).—En este valle abunda mucho una de las mas singulares plantas que podrian llamar la atencion de los naturalistas: se desarrolla bajo la forma de una bola herbácea en la extremidad de un tallo sumamente pequeño, y adquiere proporciones muy variables, desde 30 centímetros hasta 1^m,50 ó más de diámetro. Cuando la planta está creciendo mantiénese en su tallo, que se arraiga fuertemente en tierra, pero al llegar á su madurez no tarda en secarse, y entónces basta un golpe de viento para desprenderla, haciéndola rodar despues por la llanura, donde rebota y salta, pasando á menudo sobre los matorrales. Si las ráfagas de viento son fuertes, el espectáculo que se ofrece á la vista del viajero es realmente fantástico, y nada tan curioso como esas legiones de grandes bolas, ligeras y elásticas, que parecen perseguirse unas á otras, deslizándose sobre la superficie del suelo con prodigiosa velocidad.

En la region donde crece la planta cuéntase una anécdota que no deja de ser curiosa. Cierto dia, varios cazadores que habian ido á perseguir bisontes creyeron divisar á lo léjos una manada de animales extraños que no recordaban haber visto jamás, y aunque con algun temor, emboscáronse detrás de los árboles para ver si mataban algunos. El rebaño avanzaba con rapidez; los cazadores apuntan cuidadosamente y hacen fuego sobre los extraños séres apénas los tienen á tiro; pero estos siguen corriendo siempre, y á pesar de los repetidos balazos, saltan de contínuo en medio de una nube de polvo. Los cazadores huyen entónces aterrados, mas pronto les alcanzan los fantásticos animales, que hacen rodar por tierra dos ó tres hombres. ¡Eran plantas rodadas del Kansas impelidas por el viento!

NOTICIAS GEOGRAFICAS

LOS POLOS DEL EXTREMO FRIO.—Todas las observaciones practicadas hasta aquí confirman el hecho de existir en el hemisferio norte dos polos de frio, es decir dos puntos que alcanzan la más baja temperatura, uno al nordeste de Siberia, y el otro en el Archipiélago ártico de América. La posicion geográfica exacta de estos dos polos no se ha definido con toda precision, porque las observaciones no son aún bastante numerosas, pero hay las suficientes para asegurar que el polo de frio asiático está al norte de *Yukutsk*, y que el polo de frio americano se halla al noroeste de las *Islas de Parry*, hácia el este de la Siberia. El polo asiático está en tierra firme; el americano en un mar sembrado de islas; y estas condiciones diferentes son el orígen de climas distintos. Cerca del polo siberiano, que se encuentra á una latitud relativamente escasa, entre los 60° y 70°, el clima del continente se caracteriza por un invierno sumamente frio y un verano caluroso; miéntras que el polo americano, situado en un país más marítimo, entre los 65° y 68° de latitud, tiene un invierno más templado y un verano más frio. Habíase creido hasta aquí que Yukutsk era el punto más frio de la tierra, puesto que la temperatura media en enero es de —45°; pero se han descubierto cerca de Werkojansk (Siberia), á una latitud de 67°/12, puntos cuya temperatura media en el mes citado llega á —55°. El polo de frio se localiza en estos parajes cuatro meses del año, desde noviembre á marzo; en abril y mayo, este polo se corre al noroeste, para volver luego por la parte de Werkojansk, único punto encerrado en la isoterma de —40° durante noviembre, diciembre, enero y febrero de cada año. Mr. Klutschak,



ULTIMAS HORAS, cuadro de Tobias Rosenthal

individuo de la expedicion del teniente Schwatka á la península Adelaida, entre los 66° y 68° de latitud, ha encontrado un punto más frio que todos los demás, pues en el invierno de 1880 la temperatura bajó á 72°. La temperatura media desde diciembre á febrero es de —48°, difiriendo muy poco de la de Werkojansk, pero es inferior en 18° á 21° á la observada hasta ahora en las regiones más frias de América.

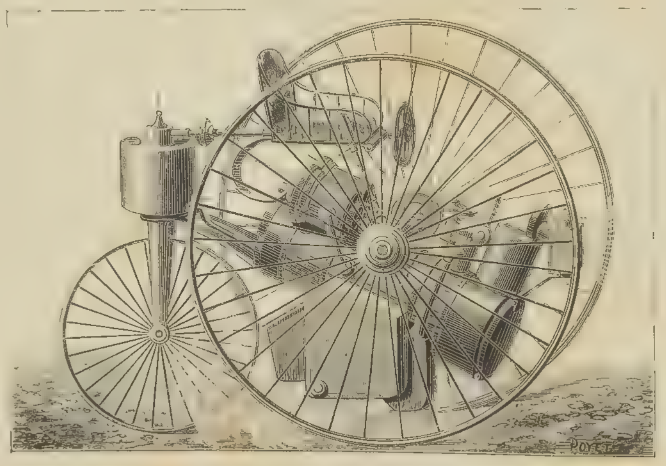
* * *

DESCUBRIMIENTO DE UN GRAN LAGO EN AFRICA.—M. Lupton, gobernador de la provincia egipcia de Bahr el Ghazal, ha escrito al director del *Times* anunciándole que se acaba de descubrir un gran lago en el país de los Barboa, á los 3°40' de latitud norte y á los 25° de longitud oriental. Dice que es casi tan grande como el Victoria Nyanza.

VELOCÍPEDO DE VAPOR
calentado con petróleo

Representamos en el grabado siguiente un tipo de velocípedo de vapor sumamente curioso, inventado por M. Isaac Davis, de Nueva York. Segun se ve, este vehículo lleva una maquinilla de vapor con su caldera, para servir de motor; pero lo más singular é interesante es el empleo del aceite de petróleo para calentarla. Se tiene así, en efecto, un combustible muy ligero, cuyo uso es particularmente ventajoso en el presente caso, pues posee una capacidad calorífica superior á la del carbon y permite regular el fuego, por decirlo así, sin ejercer vigilancia, haciendo funcionar sencillamente la llave distribuidora del petróleo. El aceite contenido en el depósito posterior, colocado sobre la rueda pequeña, se dirige al interior de la caldera, á una cámara de arcilla refractaria que sirve de hornillo, y se quema mezclándose íntimamente con una corriente de aire aspirado, como en las locomotoras, por la de vapor de escape, que se dirige al efecto al hornillo. Los gases atraviesan despues los tubos de la caldera y van á desprenderse sin ruido por detrás, para no molestar la vista. Al emprender la marcha el fuego se enciende abriendo la tapa anterior y colocando algunos carbones en el hornillo; el vapor se desprende muy pronto, y proporciona entónces una corriente que asegura la marcha, aunque sea con la puertecilla cerrada. Se han estudiado todos los detalles de este vehículo para facilitar su conduccion y disminuir el peso de la máquina y de la caldera, rebajando el centro de gravedad en cuanto sea posible bajo el árbol motor, á fin de asegurar la estabilidad del vehículo.

El viajero, colocado en su asiento, regula el gasto de vapor por medio de la palanqueta que se usa para cambiar de direccion, y hasta puede modificar la celeridad del vehículo por medio de un engranaje especial que se interpone á voluntad entre los pistones y el árbol motor. En las rampas se debe avanzar despacio, utilizando toda la fuerza de la máquina para aumentar el impulso de traccion; miéntras que en terreno llano se va más de prisa, sin modificar el régimen de marcha de la máquina. A la izquierda del asiento se ve el volante que sirve para hacer girar el vehículo, y el cual pone en movimiento por medio de una rueda de ángulo el eje vertical posterior, que atraviesa el depósito del aceite y remata en una horquilla, abrazando la rueda pequeña, lo cual permite desviar esta á voluntad. Por último, el viajero tiene ante sí el silbato de la caldera y el manómetro; iluminado de noche por una linterna, puede alcanzar de lado la llave distribuidora del petróleo.



VELOCIPEDO DE VAPOR CALENTADO CON PETRÓLEO

La caldera, de acero y de forma tubular, está rodeada de una cubierta de madera, y suspendida por dos cojinetes del árbol principal; sostiene los dos cilindros motores, cuyos manubrios están fijos á 90° para evitar los puntos muertos. Esta caldera mide 0m,76 de longitud por 0m,23 de diámetro, y los tubos interiores, que son de cobre, 0m,01 de diámetro. El depósito del agua, fijo debajo de la caldera, puede contener 28 litros y está provisto de un inyector colocado á la izquierda, al alcance del viajero.

Las ruedas están guarnecidas de fajas de cautchuc, para comunicar elasticidad al vehículo, que así avanza silenciosamente.

Las ruedas motrices miden 1m,52 de diámetro, y la rueda pequeña posterior 0m,75.

Con una máquina de un caballo de fuerza, este vehículo podrá correr con una velocidad de 18 kilómetros por hora, llevando en los depósitos de agua y de petróleo cantidad suficiente para asegurar la marcha durante cuatro horas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 5 DE MARZO DE 1883 — NÚM. 62

LA DESPEDIDA POSTRERA, cuadro por Leon Leinburg

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Sigue la *Mano negra.*—Las serpientes de Faraon.—Una muestra de guantería. - En primavera. —Riqueza de una mata de pelo —El pan y el sulfato de cobre —Enfermedades del ganado.—¡Todo falsificado! —Las tertulias del doctor Letamendi. —*Pruebas de imprenta*, nuevo libro de Ortega y Munilla.

Todavía goza de actualidad la *Mano negra.*

Por regla general no hay cosa que dure ocho dias En ese constante vértigo de la vida, los sucesos que con más relieve se ofrecen al principio, duran apénas veinticuatro horas en la atencion del público.

Los hombres somos niños grandes que necesitamos cambiar de juguete con mucha frecuencia. Suceso acaecido ,puede decirse que es suceso olvidado.

Y sin embargo, la *Mano negra* promete permanecer muchos dias en los carteles, como se dice en lenguaje de teatros.—Hase agarrado con tenacidad en nuestro pensamiento, y no hay fuerza humana que de allí pueda arrancarla.

Es como la mano de Macbeth: cuesta mucho trabajo el limpiarla.

¿Recordais haber visto ese recreativo juego de salones llamados *serpiente de Faraon*? De una pequeña pastilla cónica surge, con la aplicacion del fuego, una especie de reptil, una culebra, que crece, se enrosca, y ocupa un volúmen diez veces mayor del que ántes tenia.

Este recreo es algo peligroso, puesto que la pastilla de don le toma desarrollo la *serpiente de Faraon*, no es otra cosa que un sulfocianuro de mercurio, nocivo á quien lo respire en una habitacion cerrada.

Una cosa así es la *Mano negra*. Con el rayo de luz de la publicidad va tomando proporciones extraordinarias; y á medida que sus anillos se desenrollan no hay nadie que deje de observar el peligro de la sociedad que la tenia en su seno.

La *mano negra* era una mano de gigante que sólo pue de ser comparada, por sus dimensiones, á esas enormes muestras de guantería que se ven colgadas sobre la puerta de la tienda desde los extremos de la calle.

***

Dejemos á un lado esas *manifestaciones*, y hablemos de cosas más risueñas.

Afortunadamente la primavera se nos ha entrado por las puertas. El aire es tibio, la atmósfera límpida, las fuerzas de la naturaleza empiezan á despertar de su letargo.

La sávia de los árboles asciende sacudiendo su pereza, pensando en el papel que está llamada á representar durante unos cuantos meses.

Todos los jugos de la tierra se disponen á embellecerla con verdes alfombras y matizadas flores. Los séres más ínfimos, más rudimentarios, entonan ya el poema del amor, y los grillos desde el fondo de sus agujeros meditan una constitucion cuyo capítulo primero dice lo siguiente:

«Quedan suprimidos de la faz de la tierra todos los fabricantes de jaulas liliputienses»

Esa renovacion de la vida ha empezado entre nosotros á realizar maravillas.

La riqueza de la estacion en que vamos á entrar es tan grande que hasta en las cárceles busca su refugio.

La semana última fué registrada una detenida en la cárcel de Madrid y se le encontró oculto en el rodete de pelo un reloj de señora, de oro y brillantes.

La autoridad opina que la alhaja procede de un robo verificado hace tres meses en la calle del Caballero de Gracia; pero yo me permito creer que esto es una prueba de la fecundidad primaveral de la naturaleza que así puede crear luciérnagas entre las matas del campo, como relojes de oro y pedrería entre las matas de pelo.

Si la noticia se extiende paréceme que no tardará en crearse una nueva industria, la cual podrá consistir en comprar diariamente los deshechos capilares de las peluquerías para buscar entre ellas alfileres, sortijas y otras joyas de mayor ó menor tamaño, como buscan algunos aventureros pepitas de oro entre las arenas de ciertos rios de América.

Por otra parte, he quedado tambien lleno de asombro estos dias al saber que en un trozo de pan se habia hallado sulfato de cobre.

La claridad está á punto de desaparecer de la tierra. Ya no se puede llamar, sin gran peligro de calumniar á un tercero, *al pan pan y al vino vino.*

A este paso la oracion cotidiana tendrá que sufrir una alteracion importante

En los *padrenuestros* sucesivos se deberá decir:

....«El sulfato de cobre nuestro de cada dia, dánosle hoy» .. etc.

Y en las tahonas se oirá lo siguiente:

Un ordenanza.—Vengo por tantas arrobas de pan....

El tahonero.—¿Para qué son?

El ordenanza —Para mantenimiento de las pilas eléctricas de Telégrafos.

***

Esa intromision de cuerpos extraños metálicos minerales aviva las facultades imaginativas y da cierto carácter de veracidad á la antigua fábula de la gallina de los huevos de oro.

Hace dias que estoy pensando en despojar los botones de mi levita de la tela que los viste á fin de ver si las hormillas interiores están compuestas de monedas de cinco duros; y habria ya escudriñado la suela y el cuero de mis botas á no estar enterado de la nueva enfermedad que sufre el ganado vacuno, y temer, por consiguiente, que el contacto de la piel del calzado podia perjudicarme.

***

Yo bien sé que los sabios de Madrid procuran tranquilizarnos. Ellos han averiguado que la enfermedad que aqueja á las reses vacunas es la *perineumonía exudátuda* y la *metritis tifoidea*, dolencias antiguas, de carácter clásico, que se originan por lo ménos del buey Apis.

Pero esta erudita indagacion no lleva la tranquilidad á mi ánimo, y sólo me induce á increpar al ganado vacuno, en latin, para que me entienda, diciéndole:

¿Tu quoque?

***

Es decir que donde quiera que volvamos los ojos, vemos las cosas fuera de quicio.

No hay que echar cuentas con la carne de tocino; la de vaca tiene que pasar antes por el lazareto; el pan se halla adulterado y falto de peso; merced al asunto llama do de *primeras materias* estamos expuestos á servirnos de aceite de algodon en vez de aceite de oliva; el vino es como el agua del mar un compuesto de todos los ingredientes del universo salvo el zumo de las cepas, y con el vino de Jerez poco se puede contar puesto que la *Mano negra* se ha entretenido en destrozar las nacientes yemas de las vides.

Algunas veces llego á suponer que el prestidigitador Nicolay, recien llegado á Madrid con su sonámbula Elena, nos ha escamoteado el mundo dándonos en su lugar alguna cuenta insensible de los rosarios siderales.

***

Ello es que hasta los médicos parecen fuera de su centro.

Es decir, centro tienen, desde hace algunos dias, pero es artístico más bien que médico. ¿Conoceis al doctor Letamendi? ¿Habeis oido hablar de él?.

Es un hombre extraordinario. Pinta, cultiva la música, hace versos, profundiza todas las ciencias, enseña de un modo especial anatomía en su cátedra de San Cárlos, preside una seccion del Ateneo, asiste á varias corporaciones académicas... y además le queda tiempo aún para tener ingenio.

Pues bien, el doctor Letamendi ha inaugurado unas *Tertulias de confianza* en su casa de la calle de Cervantes donde multitud de compañeros suyos se reunen todos los meses.

Esas ilustraciones de la medicina dejan sus instrumentos quirúrgicos á la puerta, y cogen la lira ó *pulsan* las teclas del piano.

Dichas reuniones son amenas y entretenidas.

Aquello parece una huelga de médicos.

Y el público entre tanto se dice:

—¡Vamos!... ¡no está la cosa tan mal como sospechábamos! Cuando tantas ilustraciones de la medicina se hallan aquí tranquilamente reunidas, no es aventurado asegurar que reina buena salud en la villa y corte de las pulmonías.

***

Acabo de recibir un libro, recientemente impreso, que no he podido leer todavía, pero cuyo mérito va garantizado por el buen nombre del autor que lo firma.

Es una coleccion de artículos y cuentos de Ortega y Munilla que se titula *Pruebas de imprenta.*

Al abrir sus hojas y pasear, por lo tanto, la mirada por ellas rápidamente, sólo he leido renglones sueltos, párrafos salteados; y he visto ideas originales, pensamientos delicados, imágenes brillantes, á la manera con que regala el espectador su corazon y sus ojos cuando hace la primera visita de pura impresion á una galería de pinturas.

Esto es el libro de Ortega y Munilla; una serie de cuadros de elegante dibujo y hermoso colorido.

Amigo lector; si adquieres *Las pruebas de imprenta*, te probaran bien. .

¡Es probado!

PEDRO BOFILL

Madrid 1.º Marzo 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

La sustitucion de Flotow en la Academia de Bellas artes.—Capoul y la Theo en México.—Concierto en honor de Wagner.—El drama «El Nuevo Mundo.»—«La Raza Judaica,» conferencia de Renan.

La Academia de Bellas artes se halla perpleja. Trátase nada ménos que de nombrar un socio corresponsal en sustitucion de Flotow. Limander, Benoit y Boito son los candidatos. La opinion de los críticos parisienses se ha declarado, por el pronto, en contra del último, á causa de no ser francés su estilo. El parisien, y perdónenme mis amigos de Paris, es más artífice que artista; le gusta más la perfeccion del detalle, el acabado, las medias tintas, los tonos dulces y suaves, que la energía, el vigor de ejecucion, y lo genialmente sentido. Si Fortuny y otros tantos genios aquí han florecido, es porque han sido delicados y finos; sino, tal vez hubieran fracasado. Entre la miniatura y el boceto, el parisien preferirá siempre la miniatura. Es verdad que se impone el genio aquí, aunque sea bruscamente profundo, pero le cuesta mucho y le abren paso sólo cuando con su valer se impone. Así es que Boito les parece á algunos críticos de esta Babel, demasiado coherente, demasiado tupido; la pasta de la música del maestro italiano no la encuentran digerible; la serie de efectos cambiantes y lógicamente enlazados, siempre nuevos, siempre llenos de carácter, les espeluzna; hanla comparado á un laberinto inextricable (!!). «Hace hablar á los instrumentos, dicen, pero no sabe hacer cantar á los hombres.» Le reconocen este defecto (si lo es) como hijo de la escuela nueva, del wagnerismo, es verdad, pero llegan á ponerlo debajo de Benoit en la categoría del mérito.

El compositor milanés es demasiado original y Francia no le ha oido. Los que le juzgan lo hacen sólo en virtud de una ó dos audiciones en Bruselas, con una orquesta de flemáticos belgas. y corta, por añadidura. Pero si un dia Boito es oido en Paris, este dia su triunfo será completo, porque en Paris no forman el criterio esos cuantos críticos *á la vanille* que escriben para las *cocodées*, sino ese tribunal unánime en el que entran todas las inteligencias de todas las naciones: este rectifica el juicio de esa *cotterie* que con la monarquía sólo produjo esa Arcadia miniada de los abanicos de en tiempo de Luis XV y con la república las vacias nimiedades pseudoromanas de los *muscadins* y de los *incroyables*.

Benoit que es el candidato indicado para el cargo, lo ha sido más que por su reputacion por su extravagante originalidad. *Lleva melenas* y *no habla mucho.* Dos rarezas que han llamado la atencion, sin mirar que lo primero es anticuado y sucio, y lo segundo muy cómodo para no comprometerse. Pero viste el uniforme de artista y esto ha hecho que se fijara en él algun crítico superficial con pretensiones de profundo.

***

Y á propósito de música y de canto: Capoul y la Theó cantan en México. Pero á lo que parece nuestros hermanos de allende los mares tienen el profundo instinto del arte, lo mismo que los españoles. A Capoul le notan que en lugar de sentir el canto lo acompaña de una pantomima afeminada; á la Theó le han aplaudido sus gracias ligeras (propias de una mujer, é impropias en un hombre), pero con reservas.

***

Wagner ha muerto y Paris le ha hecho justicia. Todo lo inteligente que este gran pueblo contiene dióse cita en el *Concierto del Chatelet* para oir los más escogidos trozos del insigne finado. Los *Niebelungen*, el *Buque Fantasma*, el *Lohengrin*, el *Parsifal*, *Los maestros músicos*, etc., etc., de cuyas óperas se oyeron los más selectos trozos, entusiasmaron al auditorio hasta el paroxismo. Al salir me decia un amigo mio, francés, artista de tan gran corazon como potente inteligencia: *C'est comme ça que l'Allemagne devrait nous envahir.*

***

En el *Teatro de las Naciones* se ha representado con buen éxito la comedia de gran espectáculo *El Nuevo Mundo*, de M. Villiers de l'Isle Adam. Es un episodio de la guerra de la independencia de los Estados Unidos, á propósito del cual, salen á la escena soldados ingleses, americanos, peregrinos, salvajes, pieles rojas, cherokees, comanches, negros, mulatos, colonos de diversos paises, marinos, cuákeros, y hasta Washington y Franklin, aunque no sea más que incidentalmente; la cuestion es presentar aparato escénico. No obstante el argumento está bien urdido, y la lucha entre el espíritu positivo y liberal del pueblo yankee y la rígida tradicion realista del inglés, está admirablemente retratada en Stephen Ashwell y lord Cecil. Dícese de este drama que su autor lo tenia escrito hace ya tiempo, y que por falta de medios escénicos con que realizar tanto aparato, no se habia podido representar hasta hoy.

***

Mr. Renan ha dado una conferencia en el *Cercle de Saint Simon* sobre *El Judaismo como raza y como religion.* En ella trató la cuestion del sambenito que la humanidad habia echado sobre el pueblo de Israel, de una manera altamente científica El darwinismo le ha dado la solucion. Examinando si es la herencia ó la adaptacion la que tiene la mayor parte en la formacion de una raza, halla que es la adaptacion. Esta no triunfa desde un principio á veces, pero triunfa siempre al fin. La misma herencia en último resultado no es más que una adaptacion trasmitida Así sólo se explica el progreso. Por tanto deduce Renan que la Europa civilizada debe levantar el interdicto que pesa sobre esta raza ántes maldita, para que así fundiéndose en la masa de la sociedad moderna se trasforme, y sea tan útil como las otras diversas que en ella han convergido.

Dentro de dos horas va á tener lugar un banquete en el Hotel Continental, en que se reunirán todas las eminencias artísticas y literarias de París para conmemorar el aniversario de Víctor Hugo. Allí se confundirán los admiradores del ilustre poeta en grata confraternidad, mezclando sus brindis, sus entusiastas discursos..... Pero es tarde y voy á prepararme para asistir al banquete, pues los lectores de la Ilustracion preferirán que les cuente en la próxima correspondencia lo que ha pasado, *d'après nature*, á que les diga ántes las suposiciones que mi imaginacion pudiera sugerirme.

Pompeyo Gener

París 27 febrero.

NUESTROS GRABADOS

LA DESPEDIDA POSTRERA, por Leon Leinburg

La sociedad necesita defender á sus miembros: quien ataca á uno de estos, ataca á la Sociedad.

La sociedad, que nunca puede herir á traicion, tiene una ley que estamos obligados á conocer, y por muy dura que esa ley sea, es indispensable aplicarla. El magistrado no discute acerca de la eficacia ó filosofía de la pena; la impone rectamente segun su conciencia, y en su conciencia queda tranquilo.

Pero, áun dadas estas consideraciones, ¿no es verdad que la mano del magistrado, que al fin y al cabo es un hombre, debe temblar al suscribir una sentencia de muerte?.. Terminar la vida que Dios tolera, destruir lo que no puede producirse, hacer que la sangre del padre, que una vez engendró al hijo, caiga sobre este hijo, no para engendrarle de nuevo, sino para infamarle perpétuamente... ¡Horrible! ¡Horrible cuadro!...

Y esta misma exclamacion sale de nuestros lábios al contemplar el trabajo de Leinburg.

Un reo de muerte va á salir para el suplicio: por él vienen el representante de los hombres y el representante de Dios, el verdugo y el sacerdote. Todo acabó para el reo en este mundo: el dolor ha puesto término hasta á las frases de su familia, que por otra parte necesita tanto ó más consuelo que el desdichado. Desde el fondo del calabozo hasta lo alto del patíbulo ya no oirá otra voz que la del ujier leyendo la sentencia que le condena y la del ministro del Señor que en nombre del Señor le absuelve. ¡Qué contraste entre el que dió la vida y no la quita, y el que la quita sin poderla dar!

La escena lúgubre de nuestro cuadro ha sido ejecutada por su autor con una verdad aterradora. La obra, á puro ser buena, hace daño: admiramos á su autor y por nada de este mundo quisiéramos tener su cuadro en nuestra casa. Es el mejor elogio que podemos hacer de él.

EN DICIEMBRE, dibujo por J. Llovera

Todo en el paisaje es triste, monótono, árido.

La naturaleza parece muerta.

El único sér con vida es la jóven que camina por ese desierto.

A lo sumo representa veinte años. A esta edad, la mujer puede atravesar, sin helarse, las mismas estepas de Rusia. Lleva en la sangre de sus venas el más inextinguible calorífero.

El fuego oculto se revela, dado semejante caso, en los ojos de la mujer. De esto proviene, sin duda, que para ponderar la excelencia de unos ojos negros, se diga que echan chispas.

Los de la jóven de nuestro dibujo chispean efectivamente.

El contraste de la dama y de la naturaleza que la rodea salta á primera vista, como es evidente el contraste de lo que nace y de lo que muere.

Y sin embargo, del cuadro se desprende una enseñanza, á poco que sobre él discurramos.

Las estaciones se reproducen incesantemente en los campos. En la humanidad tienen lugar una sola vez.

Esos prados yermos, esos árboles secos, dentro de pocos meses estarán cubiertos de verdura y sobre alfombras de esmeralda se producirán frutos de oro ó de coral, llamados manzanas ó cerezas.

El campo muerto renace, siempre con igual exuberancia de vida. Unicamente para el hombre, y aún más para la mujer, la primavera no sucede al invierno. En pos del verano viene un otoño breve, muy breve, y en seguida la estacion del frio, de la tristeza, de la muerte; pero de la muerte sin resurreccion.

A la mujer en su otoño se la llama jamona; es una comida que únicamente apetece el paladar de los niños y el paladar de los estragados.

En su invierno se la llama simplemente vieja: si por desgracia tiene resabios de mejores tiempos, se la llama vieja loca.

Contra la vejez que pára en la tumba y en la tumba se aniquila, no se conoce sino es un preservativo, el de la virtud, que renace en el cielo y desde allí perfuma hasta los restos que contienen los sepulcros.

EL JUZGADO MUNICIPAL, por Mourin

Esta composicion, llena de verdad y tan notable por su plan general como por lo acabado de las figuras, animadas todas de diversos sentimientos, representa la administracion de justicia *menuda* en Alsacia, ocupada por los prusianos. La nacionalidad del juez no puede ser mas típica y su rostro severo nos demuestra que pertenece á la escuela de los que créen erradamente que la rectitud del juzgador está en razon directa del miedo que causa á los litigantes ó procesados. El pleito que se ventila debe ser de escasa importancia, y á juzgar por la impresion que causan las partes, el demandante será probablemente un viejo judío que oculta su fortuna debajo de una hopalanda ruin y pretende desollar al prójimo haciendo alarde de una de aquellas sonrisas que para casos tales se guardan en el arsenal de los usureros.

Pero el prójimo del cuadro no parece muy resignado al sacrificio, y á falta de defensa legal contra lo escrito, parece tentado de apelar á la ley del que más grita y áun del que más pega. Desgraciadamente para él, ha pasado ya la época de los duelos judiciales, y el magistrado le condenará sin duda á cumplir sus obligaciones tales como las contrajo. La ley es inexorable; y las víctimas de los usureros, en lugar de habérselas con los encargados de hacerla y de administrarla, obrarian mucho más cuerdamente no entregándose, como á menudo sucede, á despilfarros y vicios que conducen en tren rápido desde el banco de la taberna á la ratonera del israelita y desde esta al Juzgado municipal.

UNA REJA DE LA CASA DE PILATOS en Sevilla

Llámase la Casa de Pilatos en la capital de Andalucía á un suntuoso palacio del siglo XVI, propiedad de los duques de Medinaceli. ¿Porqué se dió semejante nombre á ese palacio? Porque el vulgo dió en decir que sus proporciones son parecidas á las de la casa ó palacio del célebre pretor romano. Pero ¿Pilatos estuvo en Sevilla?... Si hemos de dar crédito á las consejas, el gobernador de Judea debió haber estado en todas partes, porque en todas ellas hay una tradicion unida á su nombre.

Lo único que nosotros podemos decir en este punto es que la titulada casa de Pilatos en Sevilla contiene detalles preciosos, de un género no definido, pero todos tan elegantes como la muestra de nuestro grabado.

En cuanto á la dama que se cartea á través de la reja, probablemente es tan auténtica como lo de la casa de Pilatos.

COMO EN SU CASA, cuadro por S. Woller

Tal se encuentran los ciervos y gacelas en ese parque, que revela bastante desidia en los encargados de su conservacion.

O quizás su ilustre dueño tiene en aversion á Nemrod y prefiere que los animales del bosque le consideren como su protector y no como su enemigo Si es así, le alabamos el gusto: jamás hemos comprendido, por muy de nobles que sea el ejercicio de la caza, que el hecho de perseguir á elegantes ciervos ó á tímidos conejos predisponga poco ni mucho para la práctica de ninguna virtud.

VICTORIANO SARDOU

Si es verdad que el mejor autor de comedias es aquel que en correcto lenguaje y bajo la más interesante forma retrata y critica de una manera más exacta las costumbres de su tiempo; ningun poeta dramático puede disputar la primacía, hoy por hoy, en Francia, al original del retrato que publicamos. Sardou ha recogido la herencia de Scribe, como Scribe recogió la de Moliére, que los sucesores de este habian abandonado por completo.

El talento analítico, la fina sátira y el conocimiento del corazon humano del gran dramaturgo francés, reflejados se hallan en su semblante, estereotipados en su sonrisa, que tiene algo de mefistofélica. Contemplando, por ejemplo, el rostro de Víctor Hugo y comparándolo con el de Sardou, se comprende la diversidad de talento de uno y otro dramático.

Por lo demás, el retrato que publicamos, áun como obra de arte, merece un lugar en nuestra Ilustracion.

LAS AGUAS

Julia es jóven, bella, elegante y amiga de la sociedad. Tiene por ninfa Egeria á su prima Zoa, viudita de colmillo retorcido, y un marido apellidado Romeo, que no ofrece otra cosa de particular que ser propietario y doblar la edad á su señora, de quien parece prendado hasta el punto de satisfacer sus caprichos, que no son pocos. El Sr. de Romeo no tiene hijos: hijas sí, una, que es Julia. Ella manda y él obedece, aunque va poniéndose algo premioso de tanto obedecer.

Zoa dicen que tiene casa, pero cualquiera diria que vive en la de Romeo, pues allí amanece, anochece y trasnocha, siempre formando planes para pasarlo bien, en fraternal consorcio con su prima. Romeo tambien llamaba primita á la prima de su mujer, pero ya la llama suegra. El ha ganado mucho dinero comprando y vendiendo terreno en el ensanche de Madrid, pero advierte que cuanto más gana, más necesita, y que lo que él teje, la otra lo desteje, tirando Zoa del hilo por donde se va la media.

Ahora está comiendo la familia, es decir Romeo y sus dos mujeres; Julia ha pasado á duras penas, la sopa; deja la cuchara y suspira. El marido la interroga, ella contesta y la primita mete de cuando en cuando su cucharada.

—¿Qué tienes?

—No me siento bien.

—¿Estás enferma?

—No será nada.

—El calor tal vez...

—Me ahoga!

—Primo, tú no lo observas, pero Julita está delicada. Mírala cómo se va quedando: ha perdido mucho de un mes acá; ya sabes lo que dice el Doctor.

—¿Qué Doctor?

—El de casa.

—Si he de creer al Doctor, dice ella, estoy grave.

—¿Qué sabe ese médico del agua? Yo te encuentro tan robusta y tan hermosa...

—Gracias. Dirás lo que quieras, pero mi padecimiento debe ser interior.

—No lo dudes, primo, la prima necesita aire, necesita cambiar de clima· baños, aguas, aguas!

—Vamos, ya caigo. En mediando el verano, todas piden lo mismo. Se me ocurre una idea. Podeis ir á tomar aires al *Barrio de Salamanca*, donde están los *Baños árabes*, ó á la *Montaña de San Gil*, donde están las aguas del *Niágara*.

—Primo, tú, todo lo tomas á broma.

—El Doctor me envia un poco más allá.

—¿Dónde te envia el Doctor?

—Al Pirineo: á la frontera, donde están las célebres aguas universales. Escucha el anuncio que tengo aquí.

—Yo leeré, no te agites, dijo Zoa, y leyó: «Baños grandiosos. Aguas maravillosas de *Mejoranza*. Diez siglos de curaciones increibles: tales que á ellas debe su existencia la humanidad. Manantiales salutíferos. Virtudes medicinales. Instalacion completa, conforme á los adelantos modernos. Brotan estas aguas de una peña caliza y participan de los caracteres de todas las conocidas en el globo, siendo superiores á las más renombradas. Son estas aguas, sulfuradas cálcicas, bicarbonatadas, cloruradas, sódicas, ferruginosas, sulfatadas mixtas, azoadas, silíceas, fosfóricas, etc., etc.

—¿Ves, marido, qué portento? ¡aguas fosfóricas!

—Arderán los bañistas!

Zoa siguió: «Su temperatura en escala centígrada, varía de 12 á 50 grados, y á ellas acuden, todos los años, 40,000 bañistas, para los cuales hay un médico.»

—¿Nada más que uno?

—El nuestro, dijo Julia, y apénas tiene qué hacer.

Zoa continuó: «Estas aguas infalibles, curan todas las enfermedades, especialmente la diátesis herpética, escrofulosa y reumática; infartos, catarros crónicos de todas las vías; erupciones, hinchazones, constricciones, inapetencia....»—¿Lo ves primo? inapetencia.—«Enfermedades humorales; anginas; bronquitis, laringitis, gastritis, colitis, neuralgias, blenorragias, hidrocefalias; enfermedades de todos los aparatos, y de las mucosas....»

—Todavía más!

Zoa lee imperturbable, interrumpiéndola Romeo.

—«Curan el linfatismo y las caquexias...»

—Ca....qué?

—«De orígen palúdico; clorosis, amaurosis, equimosis, fimosis y parafimosis...»

—Allá voy.

—«Y son de efectos maravillosos para los nervios...»

—¿Lo ves, marido mio? para los nervios!

—«Aplicándose además, en todos los padecimientos morales...!»

—Y materiales.

—Primo, no digas tonterías y escucha. Se trata de la salvacion de tu mujer.—Y Zoa prosigue su lectura, interrumpida con los apartes de Julia y de Romeo. «*El gran balneario* dista muy poco de todas partes...»

—¡Qué cómodo!

—«Está situado en un delicioso valle rodeado de caseríos, jardines, colinas, grutas, arroyuelos, puentes rústicos y cascadas, y reune en su espacio cuantos recursos ofrece la naturaleza, disfrutándose de un ambiente puro, y de la vida campestre con todos sus encantos y primores. *Mejoranza* toma su nombre de la histórica villa de *Majagranza*, y forma un oasis donde se realizan los sueños de las antiguas leyendas. Así lo han declarado innumerables viajeros y *touristas*, como el sabio Wellisnollis, y los publicistas extranjeros, Pikoulaki y Calderaire.

—Ese apellido de *Velis-Nolis*, le he oido yo, ántes de ahora.

—Se conoce que vienen gentes á esos baños, de todas las partes del mundo.

—Escuchen Vds. el final del prospecto. «Magníficas hospederías, preciosos gabinetes, mobiliario de París, con lavabo de plata, cama colgada, mecedoras, hamacas y pajareras.»

—¡Todo muy aéreo y muy poético! exclamó Julia.

—Mucho *sprit!* Mucho *confort!*



EN DICIEMBRE, dibujo de J. Llovera



EL JUZGADO MUNICIPAL, por Mourin

—«En la comida pan y vino á discrecion; entremeses abundantes. Tres sopas, dos cocidos...»

—¡Cocido! ¡Qué vulgaridad! se interrumpió Zoa.

—«Cinco platos fuertes, postres especiales, Jerez; helado los juéves; y á la cena, tres platos nutridos, verduras, huevos, gazpacho á la andaluza y..»

—Y de postre, dijo Romeo, una indigestion! ¿Y cuánto cuesta todo eso?

—En alojamiento de 1.ª, 90 reales!

—¡Baratísimo!

—Y aparte, los baños, las aguas y las bañeras.

—Además, añadió Zoa, hay salon de recepciones; teatro; conciertos; juegos de sortija; carreras de caballos del país; regatas en el rio; paseos en barca; pólvora, globos; banda del establecimiento que toca aires nacionales...

—Y segun noticias del Doctor, se deslizan las horas en un soplo.

—Así cuenta *Mejoranza* curas maravillosas.

—Y tambien se improvisan fortunas en un juego allí en moda, que llaman el *Siempre gana*. Es una invencion nueva, para divertirse sin que ningun bolsillo se resienta.

—Romeo, debes venir con nosotras. Yo me curo y tú sacas el gasto.

—Pero, mujer, si tú estás saludable, y aquí tienes cuanto te hace falta, y lo pasas bien, y yo sigo sin novedad....

—Te equivocas: yo no tengo nada de buena.

—Serás mala, mimo mio, pero buena lo estás. Digo, comes bien, duermes mejor; gastas el coche, haces sudar los caballos; danzas en todas partes y gozas del mundo; con que para eso no es menester ir á *Mejoranza*.

—Primo, repuso Zoa con acento lastimero; mira lo que haces! Tu mujer está inapetente, nerviosa, tiene tos, se cansa en cuanto anda un par de horas. Su semblante lo dice, fíjate; está descolorida.

—Porque cree que son de mal tono los colores y carga la mano de polvos....

—Calla, Zoa, calla, y deja al tirano que me calumnie. Déjale con su error y su egoismo. Ya sé que no le importa que me muera!—Y Julita hizo un puchero que llegó al corazon de Romeo, el cual exclamó.

—Morir tú! Nunca, nunca! No, hijita del alma; vete á baños. Toma esas aguas y todas las que quieras. Gasta lo necesario y lo supérfluo, que aquí está tu marido, dispuesto á tirar la casa por la ventana.

—Tú mismo conoces que debemos salir. Tú ves que todos tienen sus baños y sus buenas temporadas, y no hemos de ser nosotros ménos que los que tienen ménos que nosotros, porque, al fin y al cabo, tú no tienes hijos.

—Ciertamente, no tengo más hijos que los caprichitos de mi mujer.

—Pues queda concertado el viaje para....

—¿Para cuándo? Yo no puedo abandonar ahora, mis negocios pendientes.

—¿No puedes venir conmigo? ¡Ingrato! ¡Cómo ha de ser! Zoa me acompañará. Hará ese sacrificio en aras de la familia.

—Sí, Zoita, dijo suplicante Romeo.—Hazme el favor de sacrificarte,—y para sí añadió,—que harto sacrificado me tienes con tu presencia.

—Pues, esposo mio, mañana nos vamos.

—¿Tan pronto?

—Sí, primo, mañana, ya que no puede ser hoy, porque Julia no tiene tiempo que perder.

—¿Y tú cuándo vendrás? ¿Vendrás pronto á buscarnos?

—Sí, prontito. Dentro de quince dias.

—Quince siglos van á parecerme!

Con dinero abundante que manaba de no sé dónde, todo se arregló. Al dia siguiente, salió el exprés del Norte, y con él metidas en una berlina reservada, Julia y Zoa, bien acicaladas, provistas y dispuestas, llevando un mundo de ilusiones en la cabeza, y en el wagon de equipajes, otros tres.

—Adios, pichoncito, decia al partir Julia; no te apures, que ya te escribiré. Que cuides á la cotorra, al perrillo y los canarios. Adios!

—Adios, amable primo, añadió Zoa. Queda tranquilo, que yo te la cuidaré.

La locomotora dió un suspiro y echó á andar.

—Adios, Romeo!

—Adios, Julieta!—Y el marido repasando en mientes el proverbio de El buey suelto..... tambien echó á correr. Dejémosle, y dejemos pasar el tiempo hasta que el correo le vaya trayendo carta, que á los seis dias ya esperaba con cierta impaciencia. Al fin vino la primera. Leámosla:

«Romeo de mi vida: llegué muy bien, y así que respiré los aires de este valle, me encontré mejor. Esto es irreprochable. Aquí está todo el mundo, ménos lo que más á mí me interesa que eres tú. Ven pronto, queridito, y dispensa hoy, que no sea más larga tu *Julieta*.»

A los dos dias:

«Adorado Romeo: ya te dije que estoy mejor; las aguas de *Mejoranza* que empecé á tomar esta mañana, me prueban. Aquí vienen tullidos, que al segundo dia de baños, corren; ciegos que recobran la vista, y calenturientos que sanan al poner el pié en el establecimiento. Los alifafes de Zoa ya han desaparecido, y yo como por tres. ¡Esto es soberbio! Me han mandado duchas, inhalaciones y pulverizaciones, y tengo que beber diariamente, seis cuartillos. Todos los dias tenemos música y otras distracciones. El Doctor me cuida mucho. ¿Y tú qué haces? ¿Te acuerdas de tu paloma? He dado un *lunch* á la buena sociedad de aquí, y he tenido otros gastillos. Probablemente necesitaré dinero. Ya te avisaré. Adios, amor mio. Siempre tuya *Julieta*.»

Ocho dias despues:

«Marido mio: bien decian que en estas aguas se pasan los dias sin saber cómo, y sin dejar tiempo para nada. La felicidad que se disfruta es tan grande, que aquí pasaria una toda la vida. Te quejas de mi silencio y te he escrito cinco cartas miéntras que tú sólo me has escrito tres. Veo que te distraes demasiado: yo en cambio, aquí solita, no pienso más que en tí, recordándote cuando en el *Concierto* tocan las piezas que á tí te agradan, y el baile se anima con algun pasito excéntrico, de los que tanto te entusiasman. Tambien te recuerdo cuando hacemos expediciones á estos sitios tan pintorescos, donde tu imágen se me representa: cuando doy paseos por la ría en barca, pensando lo que gozas con el mar; y cuando merendamos en el campo cosas sabrosas de las que á tí te gustan. Tú no me cuentas nada de lo que haces y sabe Dios lo que harás.

»Estoy obsequiadísima y muy visitada por toda la colonia. Hoy no recibo por encontrarme un poco desazonada. Escríbeme, pues sabes que no puede vivir sin tus cartas, tu amante *Julieta*.»

Seis dias despues. Dos cartas:

«Querido primo: tu Julia ha tenido unos pequeños ataques de nervios, pero ya está mejor. No te alarmes, es cosa pasajera. Las aguas son buenas y la sentaban bien, pero el Doctor que conoce la naturaleza de Julita, la ha mandado suspenderlas. Nada más por hoy. Julia te pone dos líneas para tu satisfaccion. Tu prima que te quiere *Zoa*.»

«Marido mio, no te olvido. Mándame dinero: *Julieta*.»

La segunda carta no tenia firma.

«Sr. D. Casto Romeo: una buena amiga le dice en confianza y sólo por su bien, que aquí dan mucho que hablar su mujer y el médico del establecimiento. Velando por el honor de V. un jóven llamado Macías, tuvo una explicacion con la señora, y de resultas está enferma, aunque otros dicen que no la sientan bien las aguas. Creo que á la primita que la acompaña, tiene V. poco que agradecerla.

»Mejoranza 22 de julio.»

—¡Allí Macías! gritó furioso Romeo, estrujando el anónimo. ¿Qué pasa? Esta misma noche saldré. Ya veo claro! Zoa nos presentó á ese títere y se le ha llevado detrás.

Y el marido celoso, corrió á disponer su viaje y no paró hasta caer, como un rayo, en *Mejoranza*, murmurando: ¿Qué es lo que voy á ver allí?

Ya estamos todos en *Mejoranza*. Era al anochecer. La colonia se distrae viendo elevarse un globo con luces de bengala. Julia no está allí. Romeo corre á la casa; en la puerta tropieza con un bulto; es el médico:

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—Nada; vengo de ver á la señora que está en cama.

—¿Qué tiene? ¿Es grave?

—Puede serlo.

—¿Y de qué sirven la ciencia y las aguas?

Y Romeo subió á escape, sin decir más. Allí estaba sentado un caballero: era Macías. A Romeo le dió un vuelco la bilis, y penetró en la alcoba. Zoa, al verle, le hizo ademan de que callara, y le sacó fuera. Macías habia desaparecido.

—¿Está grave?

—No te asustes. Ahora parece que descansa. La crísis ha sido atroz. Si te ve puede empeorarse. Hay que esperar.

Y Zoa temblaba como si tuviera delante un juez.

—Pero ¿qué ha ocasionado esa crísis?

—Que hemos equivocado las aguas! El Doctor dice que la han causado una revolucion interior. Los primeros dias, la abrieron el apetito y devoraba! Hará seis ó siete que salió al bosque despues de cenar, y un enfriamiento paralizó la digestion. Desde entónces está enferma. Pero en la fonda faltan cuidados y recursos. La atmósfera es húmeda y hay que sacarla de aquí. Si su estado lo consiente, creo que mañana debes llevártela á Madrid.

—Me parece que habla.

—Es que sueña, ó tal vez que delira.

—Me ha llamado. ¿Sabrá que estoy aquí?

—Te nombra muchas veces, pero no debes entrar.

Aunque el cuarto de Julia estaba á media luz, Romeo, acercándose de puntillas, descubrió su cara, demacrada, amarillenta. Salió á la calle, buscó á Macías y este le refirió no se sabe qué lances y qué historias. Hubo junta de médicos acordando unánimes, que la enferma curaria mejor en su casa, y consintiéndolo su estado, su marido la volvió á Madrid. Al sacarla de la fonda, observó que los bañistas sentian curiosidad por ella y lástima hácia él. Julia al verle, sufrió nuevos ataques, nombrando al Doctor en quien tenia tanta confianza, lo cual daba á entender á Romeo, que se le habia calumniado.

Pasó un año. Todo aquello se ha olvidado. El negociante aumenta su capital, interesado en vastas empresas, y en su casa sonrie la abundancia. Mucho ha gastado en la enfermedad de su mujer, la cual sigue cada vez más dada al mundo, comunicándose á hurtadillas con su prima que la ayuda á derrochar; pero aunque dice que se divierte, no logra recuperar su salud. Está verdaderamente enferma, y Romeo no se atreve á escatimarla sus gustos, ni, por temor de que tal desengaño la haga mella, se decide á declararle su situacion. Llega el verano y Julia se empeora. Nuevos médicos vienen y van, y de sus visitas no se saca provecho. Todos dicen que debe tomar aguas, sino que cada cual señala un punto diferente. Uno que vaya al extranjero, otros á *Caldas*, á *Santa Agueda*, á *Fitero*, á *Panticosa*, y qué sé yo!

Un dia en que Julia parece libre de la fiebre que suele acompañarla, renueva con su marido las expansiones de otros tiempos.

—Tengo que pedirte una gracia, le dice.

—¿Cuál? ¿Qué quieres que te compre?

—Nada. Harto se gasta conmigo. Mi pretension es otra.

—Cuanto quieras tendrás. Sabes que gozo en complacerte.

—Quiero que hagas las paces con mi prima.

Romeo iba á decir que no, mas contentóse con callar.

—Marido mio, no me amas! Estoy enferma y sola, porque tus cuidados, que son muchos, no bastan. Necesito el auxilio de una hermana, de una amiga, y tú me lo niegas. Si Zoa no vuelve á casa, no sé qué será de mí!

—Que vuelva la prima si te empeñas, repuso Romeo contrariado; y en el acto, Julia hizo llamarla, recado á que Zoa contestó diciendo que la era imposible acudir, porque aquel dia salia con una amiga para Francia.

—¡Qué contratiempo! decia Julia susceptibilizada. Pues yo he de ir á baños, y si tú no puedes acompañarme, por tus frecuentes salidas al extranjero, buscaré otra amiga.

—¿Y donde vas? la replica el marido.

—Donde quieras. Elige entre las muchas aguas que me han recomendado.

—Tú eres la que has de elegir.

—Me inclino á *Panticosa*.

—Pues anda!

Y á los pocos dias salió con su doncella de confianza, por estar arrendadas ya las amigas que pudieran acompañarla.

Correspondencia de *Panticosa:*

«Romeo de mi alma: ¿qué he hecho yo para venir aquí? Tengo sanos mis pulmones y la *fuente del hígado* para nada me hace falta. Traje molidos los huesos del viaje. Esto es hermoso, pero triste, muy triste, y si estoy un dia más, creo que me entierran, como á muchos de los que aquí entran y no salen. ¿Qué hacer? Mañana salgo para *Fitero*. Tu desdichada—*Julieta*.»

De *Fitero:*

«Perdona que no te haya escrito, por el agetreo del viaje. He tomado estas aguas y creo que me sentarán mejor que las de *Panticosa*. Esto está más distraido. He encontrado aquí, á las de Galarza y á la familia de Manzano, y tenemos varias expediciones proyectadas. Mi salud regular. Pienso estar poco. Pronto te abrazará tu—*Julieta*.»

Vuelta á su hogar, decia este judío errante con faldas:

—Siento darte disgustos, marido mio, pero las aguas de *Fitero* tampoco son las que me hacen falta.

Al año siguiente, no pudo Romeo acompañar á Julia, que fué á la costa de Normandía con los marqueses de Casa-Dorada. ¡Pobres señores! No es para contado lo que sufrieron con la compañía de la enferma mimada, ansiosa de brillar y divertirse, luchando con las varias dolencias que la aquejaban. Julia no podia ya ni andar: en sus excursiones en jamugas ó en coche, exigía los cuidados de un niño convaleciente y mal educado. Su carácter con sus padecimientos se exacerbaba. Tornó al lado de su marido repitiendo.

—¡Chico, qué deliciosos países! ¡Qué vida tan placentera! ¡Qué mundo ambulante! ¡Qué lujo! ¡Qué hervidero de oro! Pero creo que vengo peor que nunca. Está visto que el año que viene tendré que buscar nuevas aguas.

—Pero, mujercita mia, decia el pacífico y resignado Romeo. ¡Qué aguas encontrarás capaces de destruir el mal que te han hecho tantas y tantas!

—En cambio me he divertido mucho, como lo exige nuestra posicion.

—Eso sí: has ido bien de prisa con tanto sorbo y tanto chapuz!

—*Mejoranza* me mató, añadió ella.

—Tú estabas buena y quisistes estar mejor. Ya no tiene remedio.

—¿Pues no ha de tenerle? Hay todavía muchos médicos y muchas aguas que probar.

Epílogo dos años despues:

¿Qué matrimonio es ese cuyo aparato de criados, coche de campo y equipajes llama la atencion de los veraniegos de *Trillo* en un dia canicular? El es un viejo bien conservado, y ella una jóven que parece vieja. Descansa el débil cuerpo en dos muletas, y á pesar de la mucha gente que la acompaña, se hace el vacío en su derredor. La señora está impedida y poco resignada. Lo que gana en simpatía su estado, lo pierde su carácter inquieto é impertinente. Oyesela nombrar Doña Julia y bájanla, como quien dice á puñados, su médico particular, y sus doncellas y sirvientes.

—¿Dónde me traes, Romeo?

—A curarte.

—Esto es un poblacho. Parece imposible que estos baños sirvan para algo. Y Julia escondia el rostro con el velo de su sombrero, como si cometiera un crímen al buscar por necesidad, aquellas vetustas aguas.

Pasó un carricoche en el que iba una que fué su peinadora; luégo un grupo en el que descubrió á los guanteros de la calle de Atocha, y á un acomodador del *Teatro Real*, y se le escapó esta irónica exclamacion:

—¡Qué sociedad tan distinguida!

Venian gentes de una jira. Alegre cabalgata de asnillos y de tipos cómicos, en la que se disparaban cohetes y se tañian guitarras y bandurrias. Julia dijo á su marido:

—¡Esta alegría del vulgo ataca los nervios! No es posible que yo me cure aquí. Este no es el mundo á que estoy acostumbrada.

Al verla pasar, la gente feliz hacia comentarios:

—¡Pobre mujer!

—¡Está en los huesos!

—Dicen que por seguir la moda, tomó unas aguas y la causaron tal trastorno, que no ha vuelto á levantar cabeza.

—¿Y á qué la traen aquí?

—¡A que se muera!

A los ocho dias de baños Julia habia resucitado: á los quince, tiró las muletas. Su médico se felicitaba y ella le dijo:

—Ya soy otra, Doctor, pero... ahora me muero de tristeza. Buena es la salud, mas ¿de qué sirve cuando no se sabe qué hacer de ella?

Loco de contento su marido, al verla en tan breve tiempo restablecida, celebraba el suceso con estas frases:

—¡Ya dimos con las aguas! ¡Estas son! ¡Julieta mia, te has salvado!

—Sí, hijo, sí; pero ya que puedo andar, vestirme y divertirme, quisiera una cosa, pichoncito mio.

—¿Qué?

—Que me llevaras á *Mejoranza!*

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

Madrid 26 de febrero de 1883.

LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA

II

En el interior de esta iglesia hay todavía que notar, aunque sea ligeramente, en esta especie de sumarísima estadística de sus riquezas, los sepulcros y la capilla llamada «del aceite.»

Son, los primeros, de estilo ojival; y dejando aparte dos ó tres de escaso valor y muy destruidos, ofrecen el interés propio de las construcciones de esta clase. Descuellan, entre todos, los del crucero y el ábside del Sur, no sólo por su forma general, sus estatuas yacentes (algunas de las cuales son muy finas ya y expresivas) y las composiciones en relieve de los frontales de las urnas, sino muy en especial por las pinturas murales que los decoran y que pertenecen tal vez al siglo xiv. Y aún merece particular mencion el que cierra el brazo del Sur, cuya excelente estatua conserva sus colores, y sobre cuya hornacina, entre dos figuras, se destaca una cornisa ó guardapolvo de estalactitas en el estilo de la arquitectura árabe granadina (si bien este elemento se encuentra ya en Sicilia ántes del siglo xi): nueva prueba, así como el carácter de otros motivos que lo adornan, del influjo oriental que tanto se advierte en la Catedral vieja.

Es curioso observar que otro de estos sepulcros del crucero se halla colocado tapiando la puerta de la escalera que conducia á las terrazas y cuya caja cilíndrica ya hemos notado se acusa al exterior por el lado oriental, junto á los ábsides.

En cuanto á los enterramientos del principal de estos, uno de ellos es ya de fines del xv, con una decoracion, por cierto, muy alemana; otro, del xvi; y otro, de mejor tiempo, con algun resto de las pinturas que tuvo. Lo más importante de este ábside es la admirable puerta románica, del más rico estilo, en sus capiteles y archivoltas, que lo pone en comunicacion con el del S., en el cual hay tambien otro sepulcro del xiii al xiv, igualmente con pinturas. La puerta de enfrente se tapió con el del xvi, ya citado.

Llegamos á la capilla «del aceite» Ya se ha indicado de pasada el origen de su nombre, debido al fin á que ha venido á quedar destinada esta construccion, sobre la cual se levantaba la antigua torre del N., y hoy se alza la de la Catedral nueva. Las dos ventanas (ambas románicas) que tenia, están tapiadas; una, probablemente desde que se edificó el templo plateresco, y otra desde que se revistió la torre por fuera á consecuencia del terremoto del siglo pasado. A esta circunstancia se debe que haya desaparecido de ella el culto, así como el uso, poco noble, que hoy tiene; el no haberse deteriorado tanto —en cambio —como otros lugares del propio templo, más expuestos al vandalismo de la cal y el ocre; y el desden con que la omiten todas las *Guías* y descripciones que conozco.

Y sin embargo, esta capilla es de suma trascendencia. Su bóveda es de cañon recto, como la del pórtico ó narthex, á diferencia de las de las naves: contiene algunos sepulcros del xiii, uno de los cuales conserva interesantes pinturas; pero su mayor valor consiste en los restos de los grandes frescos que decoraron sus muros.

Forman estos frescos varias composiciones: la más importante es un Juicio final, en cuyo centro se distingue perfectamente á Cristo sentado como juez, coronado con el nimbo crucífero, rodeado de una aureola y acompañado de coros de ángeles y bienaventurados; encima, una portada gótica sencilla deja ver un fondo rojo iluminado, como si fuese la entrada del cielo; unas bandas, al modo de arco iris invertido, separan ambas partes de la composicion; un poco más abajo y á ambos lados, apóstoles y santos, entre los cuales descuella la Virgen con su corona, interceden en pro de los justos, agrupados á la derecha; miéntras que, á la izquierda, el arcángel de las iras empuja hácia el infierno, con su lanza, á los condenados que se retuercen en la desesperacion. En otro de los muros, á los lados y debajo de una de las ventanas tapiadas, cuya archivolta cercan tambien ángeles, hay otras composiciones, que convendria examinar con mayor despacio: en una de ellas se notan perfectamente guerreros con escudos. Todo está sembrado de letreros. Parece inexplicable que de tantos viajeros y arqueólogos como habrán visto esta antigua capilla y reparado en sus frescos, ninguno —que yo sepa — haya creido que merecian la pena de llamar sobre ellos la atencion pública.

Y sin embargo, estos frescos constituyen uno de esos rarísimos y preciosos fragmentos para reconstruir la historia de nuestra pintura, cuyos comienzos permanecen en tal oscuridad todavía. Por su asunto, el modo de concebirlo, sentirlo y representarlo, la disposicion de los grupos, los tipos, los paños, los accesorios, el dibujo, el color, estilo y manera (hasta donde pueden juzgarse todos estos elementos), parecen completamente imitados de las grandiosas composiciones del siglo xiv en Italia y obra, ya de pintor italiano, ya de español que directamente ha visto aquellas obras: problemas todos, que es de esperar esclarecerá un dia la crítica. El *Juicio final*, singularmente, está tan inspirado, por ejemplo, en el de Orcagna del Campo Santo de Pisa, que algunos de sus grupos parecen una copia casi literal con ciertas variantes. Cotejándolos despacio y sin preocupacion alguna con la fotografía de la soberbia creacion florentina, creo se hallará cada vez más acentuada su semejanza con este original; así como la fuente y el carácter más ó ménos nacional de sus modificaciones.

III

Hasta aquí el templo, propiamente dicho. Entremos ahora en el claustro, por la única puerta que comunica con aquel y se halla en el muro Sur del crucero, al lado del sepulcro con recuerdos moriscos, de que ya se hizo mérito.

Cuando se presencia el espectáculo de nuestros monumentos artísticos, bárbaramente derruidos á impulsos de la pasion y la ignorancia en momentos de lucha, de revolucion y de fiebre, falta tiempo á toda persona sensata para lamentar el vandalismo de las turbas, constantemente reproducido en nuestra historia, presa de mortales convulsiones desde sus primeros comienzos. Pero ¿qué decir cuando esas demoliciones se verifican en tiempos de paz, bajo un cielo sereno y en nombre, nada ménos que del gusto y el arte? ¿Qué excusa, sino la de la preocupacion y el atraso de las clases que más de cultas blasonan, pueden alegar, ya la destruccion, ya lo que no sé si es peor todavía, la reconstruccion de tanta riqueza arqueológica!

Estas impresiones despierta el infortunado claustro de la Catedral vieja salmantina. Al comparar los escasísimos, pero primorosos restos que de su primera fábrica nos quedan, con la pesada é insignificante nulidad de la reedificacion hecha en el último siglo, se siente la más desagradable emocion, y el ánimo perplejo no acierta á decidir fácilmente cuál sea mayor barbarie: si la barbarie salvaje de las masas amotinadas, rústicas, consumidas por la pasion á que las ata el abandono, cuando no la perversidad de los que en vez de educarlas las explotan, ó esa otra barbarie, docta, académica, enfatica, pulida, de los letrados, sabidores y cultos que presumen de entender lo que más desconocen, careciendo de la conciencia de su ignorancia, que es la más terrible situacion para la enmienda de cualquier sér humano.....

El claustro original era romanico. De él se conservan todavía la portada que desde la iglesia le da ingreso, con las columnas que sostienen su arco de medio punto y cuyos capiteles y cuyos fustes labrados en zigzag ofrecen el carácter del período más delicado y florido de aquella gallarda evolucion; otras tres portadas más sencillas, las de las capillas de Talavera, Santa Barbara y Anaya; algunos capiteles casi escondidos en sepulcros y remiendos posteriores, y unas cuantas lápidas con inscripciones de los siglos xii y xiii, horriblemente repintadas al óleo. Entre estas las hay muy interesantes: por ejemplo, las que presentan arcos de herradura, adornos de tradicion visigoda ú otros elementos arquitectónicos. Fuera de esto, sólo subsiste la pesada fábrica actual greco romana, construida en 1785 bajo la direccion de Quiñones.

En sus muros, á más de las inscripciones citadas, quedan como restos mutilados de mal compuesto museo, algun sepulcro románico, otros góticos de los últimos tiempos y del renacimiento y unos cuantos altares y destrozadas pinturas. Entre todo ello, merecen particular mencion las tablas italianas del siglo xv que, ya sueltas y repartidas por la pared, ya reunidas en mal pergeñado retablo, ofrecen más ó ménos semejanza con las pinturas del ábside de la Catedral; otras tablas, de estilo flamenco, muy realistas y expresivas, igualmente desparramadas; algunas españolas, con influjo italiano, y otras característicamente castellanas, del xvi, que convendria conservar á todo trance, para evitar desaparezcan los ya un tanto escasos datos que pueden servir para estudiar la historia de nuestra pintura española. En cuanto al gigantesco San Cristóbal que se quiere atribuir á Gallegos, su estado de *revoque* es tal que impide juzgar con acierto. Segun lo que queda, aquella suposicion parece muy infundada.

Las pinturas de mayor importancia, entre las mencionadas, son una *Adoracion de los Reyes* y el retablo del lienzo del Sur. La primera es una tabla del xvi, de verdadero carácter español y que recuerda un tanto la manera de Alejo Fernandez y los retablos de la famosa colegiata de Santillana (Santander) y de la iglesia de Llanes (Asturias). La segunda obra consta de varias tablas, probablemente españolas tambien, pero con mucha tendencia italiana: la Virgen, que ocupa el compartimiento central, es más española que las cuatro figuras de debajo. Son estas las mejores de todo el retablo y representan, las de los extremos, á Santa Agueda y Santa Juliana: y las del centro, á los dos santos médicos, Cosme y Damian, en traje de doctores del xv.

En escultura, aparte de una Virgen gótica, terriblemente embadurnada tambien, y de los sepulcros que, ya por su estado, ya por su escaso mérito, ofrecen poco interes, debe notarse el relieve de piedra, repintado tambien, que representa un Descendimiento, ó más bien, una *Pietá*, esto es, una Virgen al pié de la Cruz, con el Cristo muerto entre sus brazos y otros personajes á su alrededor, que forman un grupo algo apelmazado y movido en el estilo, aunque muy basto é inferior, de las figuras de Berruguete.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

DESCUBRIMIENTO GEOGRÁFICO.—En el periódico aleman *Naturfoscher*, Mr. Wichman dice que si bien no se pueden apreciar aún completamente los resultados científicos de la expedicion de la *Jeannette* á las regiones polares, las notas é informes presentados por los marinos que sobrevivieron al naufragio han permitido obtener más amplias nociones sobre la parte del Océano Artico donde se perdió el infortunado buque.

El hecho más importante es seguramente el descubrimiento de tres nuevas islas, a saber:

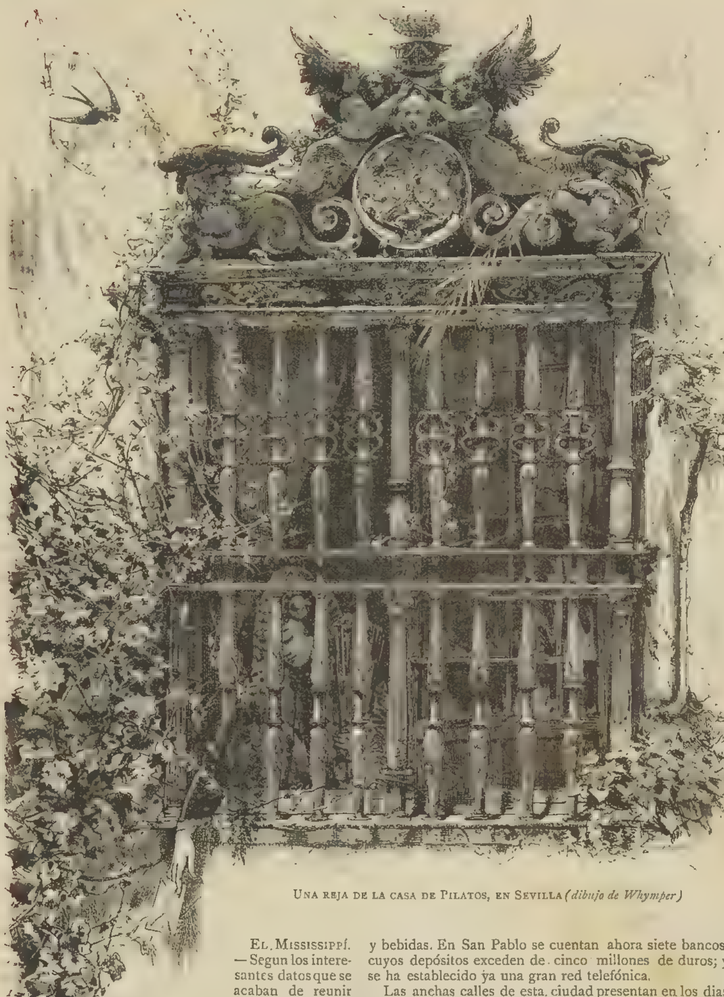
La *Juanita*, pequeña colina pedregosa cubierta de nieve, situada á los 76°47′28″ de latitud Norte y 159°20′45″ longitud Este de Greenwich.

La *Enriqueta*, á los 77°8′ latitud Norte y 147″43′ longitud Este: es una acumulacion de rocas, de 750 á 1000 metros de altura, cubiertas de una escasa vegetacion consistente en líquenes y musgos y una especie de fanerógamas; toda la isla está llena de hielo y nieve, y en la costa boreal veíase escalonado un vasto glaciar cuando los exploradores la visitaron.

La tercera isla, á la cual se ha dado el nombre de *Bennett*, es un grupo basáltico de cierta altura, cubierto de glaciares; al Sur está el Cabo Emma, á los 76°38 de latitud Norte y 148° 20 de longitud Este; la parte septentrional de la isla es menos inhospitalaria que la porcion meridional. Se han encontrado espacios cubiertos de yerba, osamentas de reno, maderas flotantes, fósiles, ópalos y amatistas; y al mediodía lignito.

Los trazados que se han hecho servirán para corregir la carta geográfica de la costa de Siberia entre los rios Oleuk y Yana, que no se habia visitado hace sesenta años.





UNA REJA DE LA CASA DE PILATOS, EN SEVILLA (*dibujo de Whymper*)

EL MISSISSIPPÍ. — Segun los interesantes datos que se acaban de reunir referentes al rio Mississipí, esta gigantesca corriente de agua no cuenta ménos de cincuenta y cinco rios tributarios, con una longitud navegable de 16.171 millas, ó sean las dos terceras partes de la circunferencia de la tierra.

Esta elevada cifra no representa, sin embargo, sino una pequeña parte de la navegacion que se abrirá cuando el gobierno federal haya hecho las mejoras que proyecta en el Mississippi, el Michigan, el Wisconsin y otros rios donde se trabaja en este momento.

SAN PABLO Y MINNEAPOLIS (Estados Unidos). — En las orillas del Mississippi, en el Minessota, allí donde hace unos cincuenta años sólo se encontraban indios Siux y Chippewas, grandes cazadores de alces y de bisontes, elévanse hoy dos ciudades inmensas, situadas una én frente de otra, á lo largo de las orillas del «Padre de las Aguas.» Estas dos ciudades gemelas y rivales, que cuentan juntas ciento veinte mil habitantes, son San Pablo y Minneapolis; sepáralas una distancia de ocho millas, pero se acercan cada dia más.

Pocas ciudades americanas han hecho más verdaderos progresos que Minneapolis y San Pablo en estos últimos diez años: la primera puede enorgullecerse de sus instalaciones hidráulicas, de sus grandes molinos, de sus calles y de sus magníficos paseos; la segunda se jacta de su pintoresca posicion, de sus colinas y de sus bosques, arrogándose el primer lugar, no sólo como capital del Estado de Minnesota, sino tambien como gran centro comercial y manufacturero, cuyos productos se exportan á centenares de millas por el Norte y el Oeste, consistiendo sobre todo en calzado, máquinas, especias, aceites y bebidas. En San Pablo se cuentan ahora siete bancos, cuyos depósitos exceden de cinco millones de duros; y se ha establecido ya una gran red telefónica.

Las anchas calles de esta ciudad presentan en los dias de mercado un espectáculo curioso, pues hállanse representadas las nacionalidades más diversas además del sajon, el normando y el danés. Los ingleses, escoceses é irlandeses figuran en primera línea, viéndose pocos franceses; y en todos los oficios é industrias hay muchos alemanes. Otros tipos se ven que llaman preferentemente la atencion, y son los de los indios de ambos sexos, algunos de los cuales, no habiendo adoptado del todo el modo de vestir de la civilizacion, preséntanse como verdaderos salvajes. Si la ciencia y la poesía dicen verdad, la fusion de estos diversos elementos debe producir una gran nacion.

***

LA CALZADA DE LOS GIGANTES Y EL CAMINO DE HIERRO ELÉCTRICO. — La Calzada de los Gigantes en Irlanda, es una de las curiosidades naturales más extraordinarias que se pueden ver. Walter Scott la describe, diciendo que es «una plataforma compuesta de pilares basálticos que avanza en el mar como el dique de un puerto.» Situada al norte de Irlanda, en el condado de Antrim, frente á la isla de Bathlin, esta calzada constituye en realidad un promontorio formado por un inmenso número de prismas basálticos verticales de cinco á seis lados, que alcanzan hasta quince metros de altura.

Estas columnas de basalto, encajadas unas en otras, aseméjanse desde léjos á los tubos del órgano de una catedral, presentando un conjunto análogo al de otra curiosidad del mismo género que hay en Francia, cerca del burgo de Vals, y que tiene el mismo nombre.

Como la calzada de Antrim atrae continuamente una multitud de curiosos, el año pasado se concibió la idea de construir un camino de hierro eléctrico para trasportar á los viajeros; y al cabo de algunos meses de trabajos se ha terminado esta nueva vía, que señalará una nueva era en la historia de la locomocion en Irlanda. Sale del pequeño puerto de Portrush y tiene una longitud de más de seis millas.

Como está movido por la electricidad, no necesita pesados wagones ni grandes locomotoras, ni tampoco un camino empedrado para caballos de tiro; la vía se halla sencillamente en uno de los lados de aquél, extendiéndose desde Portrush á la Calzada de los Gigantes; la doble línea ocupa sólo un espacio de seis piés de anchura, y un pequeño reborde de granito impide la circulacion de otros vehículos que no sean los del ferro-carril. Los rails que son de acero, están colocados á nivel de una superficie de grava, y paralelamente á ellos se corre otro de hierro, el cual se emplea para conducir la corriente de la máquina dinamo eléctrica á los wagones, efectuándose el contacto por medio de un cepillo eléctrico.

La estacion central de Portrush proporciona la electricidad necesaria; unas turbinas colocadas sobre el rio Bush sirven para producirla, y en su defecto empléase el vapor. La estacion de este camino de hierro eléctrico es un edificio muy sólido, construido con grandes moles de piedra.

NOTICIAS VARIAS

SINGULAR EXPLICACION. — No deja de ser curiosa la manera que tienen de explicar el orígen de los blancos los negros de Sierra Leona.

Cain era negro, como toda su familia. Cuando el Criador le reprendió por su crímen, el asesino palideció de terror y permaneció así, como todos sus descendientes.

¡Cuántas teorías no valen más que esta historieta!

***

EL PUENTE MÁS ALTO DEL MUNDO. — En el Estado de Pensilvania se construye ahora un puente que tendrá la altura de 91m,74 sobre el arroyo Kingua, cuyo lecho está á 640 metros sobre el nivel del mar. Este puente será de hierro y tendrá una longitud de 625 metros; en su construccion deben emplearse 180,000 kilógramos de hierro y 54,000 metros cúbicos de mampostería, necesitándose para terminar la obra el espacio de un año.



COMO EN CASA..... cuadro por S. Woller

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 12 DE MARZO DE 1883 — NUM. 63

EL ARQUEOLOGO, cuadro por E. Charlemont

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La crónica y la naturaleza.—Nieve inoportuna.—La Siberia.—La partícula *off*.—La flecha del *partho*.—Elocuencia brutal de los números.—Consideraciones sobre este género de oratoria.—La misa de Verdi.—Extranjerismo de los espectáculos.—El espíritu de los escritores franceses.—Homenaje á un novelista.

¡Lo he dicho otras veces! Entre la naturaleza y los revisteros de periódicos existe una enemistad irreconciliable.

Mis lectores recordarán que yo en mi crónica pasada entonaba casi un himno de bienvenida á la primavera.

El aire tibio, el sol esplendente y risueño, las lucientes hojas, los cantos de las parleras aves, los zumbadores insectos, la vida, el amor, la poesía,... todo esto iba contenido en esta frase salida de mi corazon regocijado:

¡Estamos en plena primavera!

Pero estas palabras debieron resonar con acentos subversivos en las altas y misteriosas regiones donde se construyen las alfombras de musgo, se abrillantan las hojas, se pintan las flores y se tejen las impalpables alas de las mariposas.

—¿Cómo es esto?—dijo la ceñuda deidad que preside todos los fenómenos de la naturaleza.—¡Un miserable mortal se atreve á sancionar nuestros actos! ¿Qué es él más que un vil gusano de la tierra, ménos perfecto que la oruga que anida y vive en la rugosa corteza de los árboles? Vamos á probarle que nosotros obedecemos tan sólo á nuestro capricho y de ningun modo á los deseos mejor ó peor fundados de los hombres.

Y acto continuo, la deidad misteriosa envió sus órdenes á todos los puntos del horizonte Los telegrafistas trasmitieron imperiosos decretos, por los hilos sutiles llamados *hilos de la Virgen;* los correos de gabinete, cabalgando en sueltas y rápides nubes, llevaron la hostil consigna de un lado á otro.

El cielo se enturbió; el aire se hizo frio y sutil como si estuviéramos á mediados de diciembre; hubo un instante en que desde la tierra se vió el firmamento teñido de un color aplomado, y los que circulábamos por las calles de esta colmena humana llamada Madrid, dijimos mirando hácia arriba y extendiendo los brazos para recoger con las manos el primer copo que el cielo nos enviaba:

¡Calla!... ¡Pues no está nevando!

* * *

Efectivamente; nevaba. La primavera estaba, por de pronto, vencida. Durante más de tres horas revolotearon indolentemente por la atmósfera los infinitos copos de nieve que se asian á nuestros vestidos, dándonos el aspecto de estatuas de mármol.

Madrid, desde hace unos dias, no es la capital de España; es la capital de la Siberia. Las chimeneas han vuelto á lanzar por sus bocas, altas y espesas columnas de humo; los abrigos de pieles han acariciado nuevamente los ateridos cuerpos. Las pulmonías han cruzado nuestras calles, diciendo:—¿Dónde nos meteremos hoy? y hasta la estatua de Mendizabal de la plaza del Progreso ha tenido conatos de embozarse en la capa de bronce que pesa hace muchísimos años sobre sus hombros

La decoracion de las afueras cambió por completo.

Salid por cualquiera de los extremos de la capital y no vereis en lontananza más que montañas cubiertas de nieve que nos hacen el efecto de las congeladas olas del mar del Norte.

Unos cazadores que se hallaban por aquellos parajes durante la nevada, han empleado el plomo de sus escopetas matando focas y osos blancos, en vez de liebres y conejos.

Yo mismo estoy interrumpiendo á cada párrafo esta revista para soplarme los dedos; y si no temiera ser acusado de internacionalista ó partidario del nihilismo ruso, añadiria una partícula á mi apellido, firmaria *Bofilloff* en vez de Bofill á secas.

* * *

Por fortuna esta jugarreta de las *fuerzas naturales* no puede prevalecer mucho tiempo. El frio que ahora se siente, extemporáneo, inoportuno, inverosímil, anacrónico... reaccionario, tiene el carácter de aquellas flechas que disparaban los antiguos Parthos sobre sus enemigos, volviendo la cabeza al mismo tiempo que huian.

¡El frio va derrotado! La victoria concluirá por ser nuestra; y los números de la escala termométrica que serán recorridos por el sensible mercurio encerrado dentro del frágil tubo, adquirirán distinta elocuencia de la que atribuye á la numeracion un medicinal reclamo que he leido en la *Correspondencia* de estos dias.

Es curioso. El suelto empieza así:

«La estadística ha probado con la elocuencia *brutal* de los números que las afecciones de los pulmones y del hígado han tomado un desarrollo espantoso y alarmante...» etc.

El objeto de este trozo de literatura no es más ni ménos que recomendar la eficacia curativa del jarabe de *hipofosfito de cal*, y no seré yo quien niegue á la sustancia antedicha sus virtudes terapéuticas.

Pero los autores del suelto, á la vez que pretenden curar las *afecciones del pulmon y del hígado*, han venido á introducir la anarquía en las matemáticas.

Desde el momento en que los números se enteren de que tienen elocuencia, cada libro de Cortazar ó de Cirodde se va á convertir en un palenque de oratoria. ¡Adios entónces la fijeza é inflexibilidad de las operaciones matemáticas! Cada número querrá obtener su parte de elocuencia *brutal* correspondiente; y si el 1, por ejemplo, no llega á entusiasmar á las multitudes, el 5 alcanzará ya un grado bastante notable y el 9 rayará en el límite de la brutalidad tribunicia.

Esto es sacar las cosas de quicio. Conozco la elocuencia brutal del leon del Retiro cuando estremece con sus rugidos á las criadas y á los horteras que forman corro junto á su jaula, en las tardes de los dias festivos; y el toro que sale mugiendo y empieza á escarbar la arena del redondel de la plaza, debe pronunciar indudablemente un gran discurso para los inteligentes del espectáculo taurino. Sé que el lobo tiene su elocuencia brutal *cifrada* en los aullidos, y que cuando el cuervo grazna se parece á un furibundo internacionalista predicando destruccion y muerte

¡Pero los números! ¡Vamos! nunca se me hubiera ocurrido sospechar que gozaban de tales facultades retóricas.

Instruido ya respecto de este particular, cuando tome un billete de la lotería, pediré que me den un número elocuente, y en las altas horas de la noche, durante las horas de insomnio, abriré cuidadosamente la cartera en que el *orador* se halle encerrado y le diré:

—¡Ea! miéntras llega el momento en que me has de hacer feliz, haz el favor de pronunciarme alguna bestialidad para ver si logro quedarme dormido.

Ayer tomé un coche en la Puerta del Sol.

—¿Qué número tienes? pregunté al cochero.

—¡Ah! señorito,—me dijo,—un número que puede poner cátedra cuando quiera. El más alto de todos los carruajes de Madrid ¡Ya ve V., hasta mi caballo habla en latin. Ya sabe decir: *Stultorum est numerus.*

* * *

Pero el latin ha sido estos dias un lenguaje teatral. *La misa de Verdi* cantada con gran aplauso en el Teatro Real, ha venido á inaugurar la serie de representaciones en idioma distinto del castellano que nos amagan hace tiempo, y que tendrán pronto realidad completa en varios coliseos de esta corte.

La *misa de Verdi* fué un importante acontecimiento artístico. ¡Qué belleza! ¡Qué grandiosidad! ¡Cuánta inspiracion, y qué modo tan elevado de sublimar el espíritu!

La funcion se dió á beneficio de las víctimas causadas por las inundaciones de Verona.

Los mágicos acentos de la religiosa composicion musical trasformaron en agua bendita las desastrosas oleadas de las inundaciones.

Dicen que el empresario Sr. Rovira asistió á la funcion con mitra y báculo de obispo. Pero no se le vió. Hallábase escondido en el fondo de un palco. La mayor parte de las señoras hojeaban con fervor su elegante devocionario. ¡Era el *libreto!*

* * *

Dos compañías francesas comenzarán á funcionar dentro de poco: una de *vaudeville* en la Comedia, y otra de drama en el teatro de Apolo.

Al frente de esta última se halla la distinguida trágica Mlle. Favart.

El espíritu de Víctor Hugo, de Dumas, de Augier, de Sardou y otros notables escritores franceses, flotará dentro de poco en nuestra atmósfera.

¿Puede esto ser acusado de extranjerismo? Tal vez.

Pero junto al mal se halla el remedio, porque la juventud literaria de Madrid festejará uno de estos dias con un gran banquete á un novelista español.

¿Es Perez Galdós el único merecedor de ese agasajo, y el primero de nuestros novelistas?

Yo creo que no. Tenemos á D. Pedro A. de Alarcon, estilista sin igual en España, y á D. Juan Valera, cuya manera de escribir es una maravilla.

Este asunto nos dará ocasion para más extensos párrafos.

Entre tanto congratulémonos de dos cosas:

Primera, que aún tenemos notabilísimos escritores; y segunda, que todavía hay entusiasmo para tributarles el homenaje merecido.

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

EL ARQUEOLOGO, cuadro por E. Charlemont

Si preguntais á un hombre vulgar qué cosa es un arqueólogo, probablemente os contestará:—Es un señor medio loco, que tiene la singular manía de dar dinero nuevo por cachivaches viejos.

Y este juicio, casi siempre infundado, tiene su razon de ser en la conducta del aficionado á antigüedades, conducta inexplicable para todo aquel que ignora la importancia de una ciencia de que, hoy por hoy, ya no pueden prescindir ni la historia ni el arte. Dar, por ejemplo, una luciente moneda de oro por otra moneda vil y muy parecida á un ochavo roñoso; pagar por un viejo mosquete, verdadera carabina de Ambrosio, lo que no vale la más preciosa carabina Lefaucheux; pasar junto á una buena moza sin desviar la vista un solo instante, y contemplar horas enteras una mutilada figura de piedra, sin narices, sin manos y algunas veces hasta sin cabeza; ahorrar en casa de un sombrerero veinte pesetas, usando en cambio un sombrero con tanta falta de hechuras como sobra de grasa, y pagar veinte duros por un objeto de hierro viejo, llamado por buen nombre bacinete y que bien pudiera haber servido para lo que su nombre indica; extravagancias son para las cuales los hombres ignorantes y la inmensa mayoría de las mujeres nunca encontrarán explicacion satisfactoria.

Pero el arqueólogo de nuestro cuadro, que conoce la ciencia á fondo, se rie de las vulgares preocupaciones; es consultado con respeto en los casos difíciles, y en su cuarto de estudio tiene reunidos muchos y valiosos ejemplares que justifican la importancia y utilidad de su *manía.*

OFENDIDA..., dibujo por J. R. Wehle

Se aguó la fiesta para la linda jóven.... Resintióse su amor propio, y á los veinte años es muy difícil dejarse postergar injustamente, siquiera sea por otros veinte. Desde luégo se echan de ver en el dibujo á la ofendida y á la ofensora, ó cuando ménos causa de la ofensa. La respectiva situacion hállase perfectamente descrita: la ofendida se ha separado del alegre grupo que es de ver en segundo término, y disimula bastante mal su enojo, arrancando los pétalos de una rosa inocente, ya que no puede arrancarle los ojos á su pérfida rival. Es decir, que la procesion hasta ahora, y como vulgarmente se dice, anda por dentro. La rival, porque de fijo es cuestion de rivales, ó de puro mala ó de puro necia, hace como que quiere desagraviar á su compañera; á la cual se nos figura que se le va acabando la paciencia y se siente tentada de imprimir su blanca mano en el no ménos blanco rostro de su *cariñosa amiga.*

Lo único que una mujer no quiere inspirar en este mundo es compasion; prefiere inspirar terror y odio y mala voluntad. Esto nos hace presentir una catástrofe; á bien que en semejantes casos la educacion contiene en sus justos límites el natural impulso. Dos jóvenes de buena sociedad no riñen como las castañeras de don Ramon de la Cruz; lo cual no impide que la ofendida diga para sí misma:

—Pero, Señor... ¿por qué razon las mujeres, en lances de honor, no han de poder matarse como esos pícaros hombres?...

LECCION DE KORAN, dibujo por A. Fabrés

En parte alguna es agradable ser maestro de escuela, y áun pudiéramos decir que ninguna obra de misericordia es tan difícil de practicar como la de enseñar al que no sabe. Pero la dificultad sube de punto, si es posible, cuando el alumno es un africanito en paños menores y alcances más menores que los paños, con una querencia al desierto muy superior á la de la escuela.

Pero la ley de Dios ordena conocer, siquiera de memoria, que es el peor modo de conocer, los versículos del Koran; y un respetable *domine* ha tomado á su cargo metérselos en la mollera á su jóven educando. Este, por su parte, berrea que es un primor y parece hallarse dispuesto á continuar en su ejercicio un dia entero, si el maestro no teme ensordecer, ó el vecindario, ya ensordecido, no da parte á los genízaros del Kadi. La autoridad, á pesar de todo, dejará al muchacho en libertad de atronar el barrio, en cuanto se convenza de que el alumno vocifera los libros sagrados; porque el mahometano se puede permitir cualquier exceso siempre que se excuse con que así lo tiene ordenado el Profeta.

Este dibujo de Fabrés es un excelente estudio del natural: los personajes están bien escogidos y su actitud es agradable y justificada: su estilo es sobrio y correcto y sus detalles revelan conocimientos apreciables en trajes y arquitectura africanos.

El gorila del Jardin Zoológico de Berlin

Es el tercer ejemplar de su especie que ha llegado vivo á Europa y segun parece uno de los muy contados que se han podido coger en tal estado.

Siglos hace que se habla de este mono feroz y robusto que lucha con éxito, no sólo con el hombre desarmado, sino tambien con las fieras más temibles de las selvas ecuatoriales; lo han observado y descrito sabios naturalistas y viajeros, pero ninguno de ellos pudo ver gorilas de cerca, excepcion hecha de un ejemplar que se cogió hace cuarenta años. En 1846 un tal Wilson logró tener un cráneo de gorila, lo cual se consideró como un suceso extraordinario.

No es extraño, pues, que hayan corrido sobre este animal infinitas fábulas, como la de que roba las mujeres en las aldeas que asalta con este objeto hasta en cuadrilla.

Muchos negros del interior del Africa rehusan comer carne de gorila, alegando que por las venas de este animal corre sangre de su raza, procedente de las mujeres que robaron en épocas pasadas.

El gorila del Jardin Zoológico de Berlin es pequeño, pues sólo tiene 55 centímetros de altura; anda á cuatro patas ó mejor dicho á cuatro manos; se levanta asiendose

de las sillas de su habitacion y lo registra todo con la curiosidad propia de su edad. Por desgracia es de temer que no llegue á la edad adulta á causa del clima rudo de Alemania.

MUSICA PROFANA, cuadro por J. A. Kaulbach

El autor de este hermoso lienzo no ha tenido el pobre gusto de apelar á las musas, recurso sempiterno para representar á alguna de las bellas artes. La manoseada falda del Parnaso va ya produciendo el efecto de un clásico viñedo, y las nueve bellezas, semi-desnudas, que se pasan la vida haciendo carantoñas á su hermano, y cuyo traje, ó casi tal, demuestra el estado de inocencia en que vivian los genios cuando tuvo lugar tan bello invento; formas son que la moda va relegando al pasado y de que empiezan á prescindir los artistas de verdadero talento.

Kaulbach, que se encuentra en este caso, ha pintado una alegoría más nueva, más simpática, más acomodada á nuestra actual manera de concebir los objetos y experimentar las sensaciones que estos nos han de producir segun sus autores. El pintor aleman es un innovador: como tal sufrirá muchas contrariedades en su camino; pero innovador fué Velazquez y nadie ha empañado el más pequeño rayo de su gloria.

EL CID, EN CARDEÑA

I

El héroe de nuestros romances, el ídolo legendario de nuestro pueblo, Mio Cid el Campeador, ha dado márgen á tantos estudios, ha inspirado á tantos poetas, ha hecho revolver tantos tumbos y palimpsestos, que cuantas citas se lograran acumular acerca de su vida y hechos, resultarian pesadas é indigestas tanto para el lector frívolo, como para el erudito y concienzudo.

Los relatos arábigos y latinos, las crónicas rimadas y generales, las leyendas y los *Gesta*, el Romancero antiguo y los modernos; mezclándose, copiándose, completándose y reformándose, aportan un caudal de datos tan ricos y contradictorios á la vez, que áun con la sabiduría y práctica de Huber, Wolf, Dozy, Sandoval, Ferrer y Berganza, Malo de Molina y Masdeu seria muy difícil adoptar seguros criterios.

El rey Don Alonso urde la Crónica General consultando los antiguos anales y aceptando los relatos arábigos que intercala en perjuicio del héroe; los monjes de Cardeña le atribuyen hechos milagrosos y le levantan sobre el pavés como el primero de los señores y de los guerreros; Sandoval duda hasta de sus apellidos y Masdeu y sus admiradores niegan desapiadadamente su existencia.

Dozy traduciendo á los cronistas arábigos da al retrato del Cid un fondo de sombras y acentúa las líneas duras que aparecen en la Crónica General y en los Gesta; en cambio, nuestro popular Zorrilla, dándonos hoy por entregas el Poema del Cid, procura en lo posible no borrar el luminoso nimbo de que le rodeó el Romancero.

En este mar de confusiones debíamos preguntarnos con Capmany, Sanchez, Muller, Dozy y tantos otros, qué es lo que hay de real en la existencia de *Mio Cid el de Bibar* y cuáles de los cronicones ó relatos conocidos es el más digno de crédito; pero esto nos llevaria de Lúcas de Tuy á Masdeu ó lo que es lo mismo de Herodes á Pilatos, y despues de recorrer líneas y hemistiquios, rimas y estrofas, sólo allegaríamos la duda de los más ó el convencionalismo de los ménos.

La existencia del Cid, comprobada hoy por los manuscritos arábigos, no puede negarse cuerdamente, y por lo tanto, algo hemos adelantado; tenemos el Cid real, el ideal y el popular ó legendario; trimousti en la que hay una unidad metafísica y tres entidades que se complementan.

Que el Cid existió, sólo pudo negarlo el autor de la *Historia Crítica de España*, cuya soberbia castiga Dozy cruelmente. No se logra así como así, atraer la atencion de los pueblos y de las generaciones, y era gran empresa descollar como batallador y valiente en una edad en que el valor personal era prenda comun y usada entre alárabes y castellanos El Cid, que medio siglo despues de su muerte habia alcanzado fama y popularidad, debió de llevar á cabo altos y esclarecidos hechos.

El que Fernan Perez de Guzman dudase ya en el siglo XV de la existencia del Cid, no es prueba de la deficiencia de los datos, sino de la alteza de los hechos. Aún hoy se nos hace duro y dificultoso de creer, el que un guerrero solo y desheredado de su monarca, acometiera conquistas como las de Valencia y Murviedro y aprisionara condes y soberanos por su sola cuenta.

Las veladas del campamento, desde el siglo once hasta el fin de la reconquista, son á nuestro juicio la fragua donde se fundieron las maravillosas leyendas del Cid que tomaron cuerpo y color en nuestros romances.

Trasmitidas de corro en corro, al amor de la hoguera, llegaron á oídos del paje y de la dueña, resonaron bajo la chimenea del castillo feudal y de la casa solariega y se tradujeron en cuentos y rimas que recitaron y cantaron juglares y juglaresas. Bajo este punto de vista, esencialmente popular, el Cid debe su fama á sus compañeros de armas y fatigas; por eso, la historia no ha podido luchar con la leyenda y ésta no será nunca derrotada por aquélla.

Dozy, que ha dicho—á mi juicio—la última palabra en el asunto, se sirve en sus *Recherches sur l'histoire de la littérature de l'Espagne*, de un relato que escribió en Sevilla Ibn-Bassám el año 1109, cuyo documento comenta con erudicion copiosa. El tal relato que está escrito, como se ve, sólo diez años despues de la muerte de Rodrigo Diaz, ofrece al comentador todas las garantías posibles de evidencia, y áun cuando es obra de un mortal enemigo del Conquistador de Valencia, concuerda en sus más principales puntos con los Gesta, la Crónica General y la rimada.

A juzgar por este relato, circunstanciado hasta el detalle más nimio, puede deducirse—con alguna mala voluntad—que Mio Cid fué un aventurero audaz y afortunado, poco ménos cruel que nuestros conquistadores del Nuevo Mundo; que hizo tostar y alancear príncipes, rimadores y doncellas; que vivió del pillaje y del botin, tratando á los vencidos como á perros y á los reyes como á sus iguales.

Tambien podríamos sacar en limpio del relato de Ibn-Bassám, que Rodrigo Diaz no guardó la fe prometida á los adversarios, y que de la misma manera que dió arenas por alhajas á los judíos Raquel y Vidas, quiso robar al cadí de Valencia sus codiciados tesoros; pero de esto y de aquello ¿qué se deduce? En las terribles represalias de una guerra perpetua y sin cuartel, como la emprendida entre moros y cristianos, no era posible *campear* de otro modo.

La fe púnica, que pasó á proverbio, tiene su precedente en los soberanos persas que hacian la guerra comprando hombres y ofreciendo lo que no habian de cumplir jamás. Mahoma, que más que legislador era guerrero, consignó en el Coran el precepto oriental que considera la mentira de guerra como una virtud, y los cristianos batalladores en este punto no fueron en zaga á sus enemigos. Hé aquí porqué el llanto del poeta árabe, nuevo Jeremías de Valencia, nos parece el llanto del cocodrilo.

La trascendencia histórica de la mala fe entre los conquistadores de todos los siglos es patente, áun en los tiempos ménos duros y tenebrosos. Los episodios de la conquista de Méjico y el Perú dejan en mantillas al más horrible del relato de Ibn-Bassám; los tesoros de Motezuma y de los Incas pasaron á manos de Cortés y de Pizarro de un modo mil veces más terrible y doloroso, que á las del Cid los de Ibn-Djalhaf y sus correligionarios.

Aun concediendo á Ibn Bassám la ingenuidad de Plutarco, seria imposible negar al Cid las condiciones de caballerosidad y nobleza que le conquistaron las simpatías de los grandes y el fanatismo de los pequeños. Las contradicciones en que el historiador hace que incurra, son buena prueba de que la veracidad, tan poco recomendada por los suras islámicos, no fué por cierto la que movió la pluma del autor tan preconizado por el erudito orientalista.

Que el Cid era implacable y sanguinario, relativamente, no hay que dudarlo, supuesto que sus enemigos dieron siempre el ejemplo. La matanza de los monjes de Cardeña, las de las vírgenes del Valle, en Ecija, y otras varias enormidades llevadas á cabo por la morisma, justifican las represalias del Cid tomadas á punta de lanza. Seria preciso desconocer la historia, para no concluir que no estaba en él, sino en su siglo, ese espíritu devastador y dominante que algunos siglos ántes no dejó crecer la yerba bajo el casco del corcel de Atila.

Necedad incomprensible seria exigir que en la edad de hierro se hubieran establecido nuestras cátedras de diplomacia, y disparate notorio exigir al Cid y á sus mesnaderos que fueran dechado de piedad é hidalguía, teniendo tan cerca el mal ejemplo; por eso son, para nosotros, dignos de admiracion y encomio los nobles arranques y generosos rasgos que á despecho de Ibn-Bassám se escapan de su manuscrito.

El Cid, ya dueño de Valencia, sube á una alta albarrana, desde la cual se dominan las calles de la ciudad, y viendo que las miradas de sus hombres de armas pueden penetrar sin obstáculo en el sagrado de los hogares moriscos, manda tapiar incontinenti las ventanas y troneras que no dan á la campiña. Más aún, queriendo que sus soldados muestren su galantería con los vencidos como ántes demostraron su temeridad y arrojo, manda que todo cristiano que encuentre á un morisco en la calle le salude y le deje la acera.

En verdad que tan delicadas atenciones, dignas tan sólo del gran Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha del Renacimiento, se compadecen mal con las atrocidades que en otras partes del relato de Ibn Bassám se atribuyen á Rodrigo-Diaz; á ser preciso compaginar unos detalles con otros, seria preferible renunciar á todos juntamente.

No es ménos delicado el rasgo de no querer admitir un magnífico presente de Ibn-Djalhaf, porque procedia de pan vendido á fabuloso precio durante el sitio de Valencia, aunque tambien se marida de un modo grotesco con el tormento que se da al Cadí para hacerle sudar sus tesoros, y con el desbalijo de los embajadores de Murcia, que en último caso entregaban los suyos de motu propio á los azares de la guerra. En cuanto á la medida tan censurada de enviar á los moros rebeldes á Alcudia para que sus huestes pudiesen tener cabida en Valencia, es otro azar ó caso fortuito que no puede echársele en cara.

Hallados en el fondo del relato histórico que le es tan contrario, los lineamientos comunes á la apoteósis del romancero, sólo tenemos que añadir que las analogías del Poema y de la Crónica general en la parte que le es adversa, están contrabalanceadas por los hechos que le enaltecen y por las tendencias comunes á la edad de hierro en que vivió, y á cuya influencia no pudo escapar como hombre de armas y defensor de la bandera de Cristo.

Resulta pues, que podemos aceptarlo, á pesar del relato de Ibn-Bassám, segun nos lo pintan los cancioneros; arrojado, buen caballero, amigo de ganar batallas y vengar agravios, amante de su independencia y de la honra patria.

Imposible hubiera sido á Mio Cid llegar á ser el ídolo de la nobleza y de la multitud, si no se hubiera distinguido como soldado y como caballero; si no hubiera arrostrado la cólera de los reyes y la varia fortuna de las batallas. El romancero nos lo presenta duro y ceñudo en Santa Gadea, tomando la jura á Alfonso VI; encarnacion de la justicia, agigántase su figura y se graba en áquellas sombrías imaginaciones, que creen ver sobre los armiños de Alfonso la mancha oscura de la sangre de su hermano.

Hé aquí el texto á que nos referimos (1):

En Santa Agueda de Búrgos
do juran los hijosdalgo,
le tomaban jura á Alfonso
por la muerte de su hermano
Tomábasela el buen Cid,
ese buen Cid castellano,
sobre un cerrojo de fierro
y una ballesta de palo,
y con unos Evangelios
y un Crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes
que al buen Rey ponen espanto:
—Villanos mátente, Alfonso,
villanos, que no fidalgos,
de las Astúrias de Oviedo,
que no sean castellanos;
mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos,
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas
que no zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas
no de coutray ni frisado;
con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados;
cabalguen en sendas burras
que no en mulas ni en caballos;
frenos traigan de cordel,
que no cueros fogueados;
mátente por las aradas
que no en villas ni poblados;
sáquente el corazon vivo
por el siniestro costado,
si no dices la verdad
de lo que eres preguntado,
sobre si fuiste ó no
en la muerte de tu hermano.—
Las juras eran tan fuertes
que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
que del Rey es más privado:
—Haced la jura, buen Rey,
no tengais d'eso cuidado;
que nunca fué un rey traidor
ni papa descomulgado.—
Jurado habia el buen Rey,
que en tal nunca fué hallado,
pero tambien dijo presto
malamente y enojado:
—¡Muy mal me conjuras, Cid!
¡Cid, muy mal me has conjurado!
porque hoy le tomas la jura
á quien has de besar mano.
Vete de mi tierra, Cid,
mal caballero probado
y no vengas más á ellas
desde este dia en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado
por ser la primera cosa
que mandes en tu reinado;
por un año me destierras,
yo me destierro por cuatro.—
Ya se partia el buen Cid
á su destierro de grado
con trescientos caballeros;
todos eran hijosdalgo.
Todos son hombres mancebos,
ninguno allí no habia cano,
todos llevan lanza en puño,
con el fierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado,
y no le falta al buen Cid
adonde asentar su campo.»

Rodeado de esta aureola de superioridad é independencia ha llegado el tipo á nosotros y preciso es recibirlo tal como se nos muestra si no queremos perder el tiempo en inútiles disquisiciones.

La leyenda le compenetra y le envuelve; los Gesta y el Romancero han completado la obra comenzada acaso por los monjes de San Benito y seria tarea ímproba y enojosa saber la verdad del castigo de los Condes de Carrion, de la lanzada de Zamora, de la muerte del llamado sin fundamento Conde Lozanos, y de otros muchos episodios interesantísimos que inspiraron á los rimadores.

Queda pues sentado que para todo buen español el Cid vive en el romance, por lo que sólo debe buscarse en esos expresivos cantos asonantados, que resuenan en el corazon patrio tan grata y armoniosamente.

II

Digno enterramiento del Cid, el Monasterio de San Pedro de Cardeña es una urna repleta de maravillosas tradiciones.

(1) Citado tambien por Dozy.



OFENDIDA, dibujo por J. R. Weber



LECCION DE KORAN dibujo por A. Fabrés

Cuando se recuerdan los garrapatos que trazaron los monjes sobre el pergamino, sobre la piedra y sobre las paredes del celebrado santuario, no es difícil penetrar en el mundo de las visiones donde, con tan firme planta, penetró Gustavo Adolfo.

Berganza, Sandoval, Florez y otros varios, han tratado, inútilmente, de esclarecer el orígen de la fundacion del Monasterio de Cardeña, que, en opinion del segundo, es el más antiguo de España; pero unos y otros, despues de largas y cansadas indagaciones, lograron sólo despojar su historia legendaria de los más primorosos ornatos.

Segun la tradicion más apartada, el célebre Monasterio fué fundado por doña Sancha, madre de Teodorico, rey de Italia, que murió por aquellas cercanías misteriosa y repentinamente. En vano Sandoval niega el hecho, afirmando que nunca Teodorico vino á España, y Yepes y Florez se inclinan á creer que la tal Sancha, fundadora del santo asilo, jamás llevó corona en la cabeza; la tradicion afirma que en él reposan, no sólo los restos de la reina Sancha, sino tambien los del infante Teodorico, y por nada del mundo dejaria de recrearse la fantasía popular con estos recuerdos.

En la memoria de la fundacion palpita el cuento de la Edad media con su cohorte de hadas, enanos y gigantes; de ella pudieron salir *Los ojos verdes*, *Loreley*, y *La bella durmiente del lago;* como se trasparenta en el relato siguiente:

Cierto dia en que andaba de caza el jóven Teodorico, extravióse por aquellas *florestas*, y hallándose sediento y maltrecho, sentóse á la márgen de una fuente que en aquel lugar se parecia. No dice la memoria lo que ocurrió al noble godo; pero sí se sabe que, al arrullo del agua, se quedó dormido profundamente. Cuando doña Sancha y su séquito lograron hallarle, Teodorico era presa de dolores y ansias mortales, de tal modo, que, refiriéndose á la fuente, — que era limpia y hermosa hasta el punto de apellidarla *Digna* en la comarca — dijo, exhalando el postrimer suspiro en brazos de su madre:

—*¡Cara Digna* es esta, madre mia!....

No muy léjos de allí habia una ermita dedicada á San Pedro y San Pablo: Teodorico fué sepultado en ella por los años 537 que es la era 575 señalada en su epitafio, y poco despues, los primeros monjes de San Benito vinieron á poblar el Monasterio de Cara Digna, levantado á expensas de la referida reina doña Sancha.

El ánimo más indiferente, la imaginacion más refractaria á lo maravilloso, tiende las alas por los espacios de la ficcion y se deleita en llenar los huecos que parece haber dejado abiertos la leyenda. Alguna náyade del Arlanza, alguna driada de aquellas florestas, sorprendió al soñador Teodorico y le hizo apurar el dulce veneno de sus labios y contemplar el basilisco de sus miradas; su cuerpo, deslizándose bajo el agua sin más velo que la onda, despertó en su pecho el áspid del deseo y abrió en su corazon una herida mortal incurable.

La Loreley de Heine, la ninfa de los ojos verdes de Becquer, hubieran hecho otro tanto; el silfo y el gnomo hubieron de celebrar con fiestas la muerte del doncel, formando corrillos sobre las adelfas y las pasionarias.

La matanza de los monjes de Cardeña, acaecida en el siglo IX, y consignada en varias crónicas y manuscritos, inspiró sin duda á Gustavo Adolfo, una de sus mejores leyendas, *El Miserere*.

Cuando en la soledad del Archivo del Palacio Arzobispal de Sevilla leí por primera vez en un antiguo volúmen el terrible drama de la matanza de Cardeña, experimenté una verdadera emocion. Conocia al melancólico y genial autor de la *Corza Blanca*, y no creí jamás que cuanto se refiere en su leyenda *El Miserere*, pudiera tener realidad ni precedente alguno. Sin embargo, la poderosa y artística imaginacion de Gustavo Adolfo habia vaciado su obra en un molde real y efectivo. Aquella escritura extravagante y terrible, aquel pentágrama bordado de sangrientas notas y frases sibilíticas, se hallaba trazado en los muros del claustro de Cardeña. Tan monstruoso que el mamotreto musical que nos describe Becquer, la inscripcion de Cardeña tiene grandes lagunas y terribles incoherencias; llevando al extremo la comparacion, tambien en ella se presienten alaridos, crujidos de huesos é imprecaciones.

La matanza de los monjes está perpetuada en una antigua lápida, de la que la inscripcion mural que rodeaba al claustro no es más que una fantástica glosa. Leámosla, tal como se encontraba en los albores del siglo XVII.

«Venid todos á juizio...... En esta parte del Claustro están dozyentos monges desto monesterio que murieron por la Fé de nuestro Salvador y Redentor Jesu-Christo y fueron degollados...... feria cuarta...... salu.... it.... é enfaldados...... de Christo...... simbre tine...... fé...... monges nuestro coraçon, nuestros huesos reverdecerán como la yerva.»

La tradicion sobre la cual ha hecho Becquer su maravillosa fantasía es sencilla y conmovedora. Los monjes de San Benito que ocupaban el monasterio, dos años ántes que el fundador de su órden *pasara de esta vida al cielo*, como dicen ingenuamente los cronistas, vivian en aquel retiro situado *en las haldas del monte Yubeda, tierra muy fria, estéril y de poco gusto*, ocupados en cultivar sus yermas propiedades cortadas por el Arlanza y en hacer cestillas y juguetes de mimbres, que cambiaban con los aldeanos y hombres de armas por las cosas más indispensables.

Los moros dejáronles rezar en paz por espacio de 174 años, como á tantos otros religiosos de distintas órdenes en España; pero cierto *Zepha*, que vino á engrosar las filas de Abderraman de Córdoba, llegando á Cardeña en una de sus correrías, entró á saco el monasterio y degolló en un solo dia doscientos monjes, cuyas cabezas rodaron sucesivamente en la parte del claustro llamada despues de los mártires. Así lo reza la inscripcion abierta en la piedra de que ántes hicimos mérito, que conmemora el terrible suceso:

ERA DCCCLXXII. IIII. F. VIII. IDVS AG. ADLISA'
EST KARADIGNA,
ET INTERFECTI. SVNT IBI PER REGEM ZEFHAM
CC. MONACHI
DE GREGE DOMINI IN DIE SS. MARTIRVM
JVSTI ET PASTORIS.

El monasterio quedó despoblado desde aquella fecha hasta el año 884 en que lo mandó reedificar Alonso el Magno; mas la memoria de esta matanza y el pavor que en los habitantes de Cardeñuela causaban aquellas ruinas se trasmitieron de padres á hijos.

El cielo quiso tambien perpetuar el glorioso hecho y concedió al claustro de los mártires un señalado portento. Todos los años, y en el mismo dia en que murieron los monjes, amanecia bañado en sangre el pavimento del claustro, quedando de su natural color al dia siguiente sin que para ello hubiera que emplear una sola gota de agua del Arlanza....

El Rey D. Enrique IV en privilegio del año 1473 decia lo siguiente: «*Por ellos* cada año FACE nuestro Señor un miraglo, que en dia que ellos fueron degollados AMANESCE el suelo de la claustra donde fueron sepultados de color de sangre.»

Florez, con inimitable ingenuidad, añade lo siguiente: «Esto cesó, como otros muchos milagros de sepulcros de mártires que producian flores ó manaban aceite; y parece, segun aquel privilegio (1) que sólo duró hasta los Reyes Católicos sucesores de Enrique IV, *los cuales arrojaron de España á los moros, contra quienes clamaba la sangre derramada en aquel claustro.*»

Lógico parecia, que, al ménos en el martirio de los monjes, respecto al cual hay abundancia de fechas y testimonios, pudiera enorgullecerse Cardeña de ofrecer á la posteridad historia y no tradicion más ó ménos justificada; mas no ha sido posible, sin embargo, poner á los eruditos de acuerdo. Legendario por excelencia, el monasterio cuyos anales resucitamos, no puede escapar de las garras de la duda ni áun en este rasgo culminante de su antiguo abolengo.

Berganza dice y Dozy lo afirma, con autoridad notoria, que no se conoce entre los reyes ni los capitanes moros, que vinieron á España, ninguno llamado Zefcha, Zefham, ó Azhefha; y aunque esta contradiccion podria dispensarse, supuesto que hoy sabemos que la tal frase arábiga vale tanto en castellano como *tropa* ó *hueste;* resultan á renglon seguido otras más rebeldes y recalcitrantes; por ejemplo: que el ejército musulman no estuvo por los alrededores de Cardeña, hasta el siglo X (2).

No es por cierto mi ánimo, seguir en estas difíciles averiguaciones que puede hacer el lector por sí mismo consultando cualquiera de los autores que cito y que han agotado la materia; sólo me proponia demostrar el caracter profundamente legendario y nebuloso que hallamos en cuanto se relaciona con el monasterio de Cardeña, enterramiento, asimismo, del héroe más romancesco y popular que ha tomado puesto en las páginas de la historia de España.

Cardeña y el Cid son inseparables, se aunan y se completan; parecen la espada y la mano, el nicho y la estatua, la sombra y el cuerpo.

En Cardeña se hallaba la cruz que llevaba sobre su pecho, y que segun los monjes estaba formada de un trozo de la verdadera cruz de Cristo; allí se veia su pendon de guerra y su cinturon de cuero claveteado; allí se mostraba al curioso la copa que tenia cerca de sí al yantar y el arcon que guardó, en vez de alhajas, su palabra de caballero.

Es en verdad extraño que no se hallase allí tambien un documento raro y curioso que publicó Sandoval por vez primera en 1601 y que merece crédito al mismo Dozy, á menudo tan descontentadizo. Dicho documento es la carta matrimonial del Cid, que vamos á reproductr integra sacándola del libro *Los Monasterios* del citado Prior de San Juan el Real y sirviéndonos de un notable ejemplar, que acaso hojeó Dozy y que perteneció, segun notas manuscritas, á la notable biblioteca de la *Casa Grande* de Sevilla.

Hé aquí el documento:

CARTA DE ARRAS

que Rodrigo Diaz, Campeador, dió á su mujer Ximena Diaz, sacada del original que está en el archivo de la Santa Iglesia de Burgos escrita en letras góticas, y pergamino.

«En el nombre de la Santa é individua Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que crió todas las cosas visibles, siendo un solo Dios, cuyo reino permanece para siempre. Sabida cosa es de muchos, y por pocos declarada. Yo pues, Rodrigo Diaz tomé por mi mujer á Ximena, hija de don Diego, Duque de las Asturias, y prometí de dará la dicha Ximena el dia que me case con ella, las villas aquí nombradas, y hazerle de ello una escritura firme, dando en ella por fiadores al conde Pedro Assurez y al conde García Ordoñez de que serian ciertas todas las heredades que son en Castilla, las quales son las siguientes. La parte que tengo en Cauia y en otra Cauia, otra parte que fué de Diego Velazquez, y en Mazuelo, y en Villayzan del campo de Munio, y la parte que tengo en Madrigal, y en Villa sauce, y en Escobar, y en Grajal, y en Judero, y en Quintanilla de Morales y en Boada, en Sarmanzeles, y en villa Gato, y en Villayzan de Treviño, y en Villamayor, y en villa Hernando, y en Vallecillo, en Melgosa, y en otra parte en Boada, en Alcedo, en Fuentevilla, en Santa Cecilia, en Espinosa, en villa Nuez, y en otra Nuez, y en Quintana Lainez, en Villanueva, y en Cerdinos, en Vibar, en Quintana Fortunio, en rio de Seras, y en Perquirino, y en Ubierna, y en Quintana Montane, y en Moradiello, con el monesterio de San Cypriano, en Valdecañas, y valle Villanbistia todas las partes que tengo. Doy te todas estas villas sobre dichas, por las villas que me sacaron Alvar Fañez y Alvaro Alvarez mis sobrinos. Demás de las quales te doy las sobre dichas partes con todas sus tierras, viñas, árboles, prados, fuentes, dehessas, molinos con todas sus entradas y salidas: y son os dadas estas arras á vos mi mujer Ximena, hechas, y otorgadas conforme al fuero de Leon. Y demás de esto fué acordado entre mí, Rodrigo Diaz y vos mi mujer Ximena, que hiziésemos título de escritura de filiacion ó prohijacion. Y demás de esto te doy todas las demás villas, y heredades fuera de las contenidas en estas arras, donde quiera que las yo tenga, y tú puedas aver enteramente por razon de esta prohijacion; así las que agora tenemos como las que en adelante ganaremos, y aumentar pudiéremos. Y si yo Rodrigo Diaz muriere antes que vos mi mujer Ximena Diaz, y vos permaneciéredes viuda en mi fe sin casaros otra vez, tengais las dichas villas en título de prohijacion ó de tus arras, y todo lo demás que yo dejare. Y todo lo que quedare dentro de mi casa de bienes muebles, gavillas, ganado, caballos, mulas, lorigas, y armas, y todo el demás adorno de casa, quiero que sin tu voluntad no se dé cosa alguna, ni á mis hijos, ni á otra persona del mundo. Y despues de tu muerte lo hayan todo los hijos que de mí y de tí nacieren. Y dado caso que yo Ximena tomare otro marido, pierda por el mismo caso todos los bienes que por razon desta prohijacion y arras recibo y lo hayan los hijos que de vos y de mí nacieren. Y así mismo yo Ximena Diaz prohijo á vos Rodrigo Diaz mi marido de estas mismas arras, y de todos mis bienes muebles, y de todo lo que heredare en la forma sobre dicha: esto es, villas, oro, heredades, plata, yeguas, mulas, armas, y todo el adorno y menaje de nuestra casa. Y si fuere que yo Ximena Diaz muera antes que vos mi marido Rodrigo Diaz, heredeis toda mi hacienda, como queda dicho, para que seas señor de todo ello, y lo puedas dar á quien quisieres despues de yo muerta: y despues de tu muerte, marido mio, Rodrigo Diaz, lo herede y aya todo los hijos que de tí y de mí nacieren. Lo qual todo así otorgo y prometo yo el dicho Rodrigo Diaz, á tí mi mujer Ximena Diaz por tu mucha hermosura, y en fe, y pacto del matrimonio virginal. Tambien nosotros los dichos conde don Pedro, hijo de Assur, y el conde D. García, hijo de Ordoño, que somos fiadores y así lo seremos. Por tanto yo el sobre dicho Rodrigo Diaz otorgo esta carta á tí Ximena Diaz, y quiero que sea firme, de todas las heredades arriba nombradas, y de la prohijacion que entre nos haremos, para que las ayas, y hagas de ellas segun tu voluntad fuere. Pone las fuerças acostumbradas, penas, y maldiciones contra los que en quebrantamiento de esto fueren. Es la data á 19 de julio, año de Christo 1074. Firman los condes que fueron fiadores, y luego el Rey Don Alonso y las dos infantas hermanas del Rey, D.ª Hurraca Hernandez y Doña Elvira Hernandez.»

III

De propósito habia dejado para dar fin á este ligero estudio, las nebulosidades póstumas del Cid, en las que tiene principal parte el monasterio de Cardeña.

Estas nebulosidades las forman los prodigios atribuidos por los monjes á Rodrigo, muerto, ó en los últimos momentos de su existencia, y las dudas más ó ménos justificadas acerca de la autenticidad de su sepultura y de la de su esposa, asunto de actualidad en el momento presente.

Todos conocen la relacion de aquella batalla que Mio Cid ganó, despues de muerto, á Búcar rey de Marruecos, y la leyenda de aquel judío, que, viendo el cadáver de Rodrigo colocado bajo un dosel en la iglesia de Cardeña, tuvo antojos de mesarle la barba, no logrando su intento por haber sacado el muerto caballero su tajante espada *Tizona*; estas tradiciones, y otras, semejantes á la del leproso con quien compartió su lecho y su mesa á despecho de sus caballeros, fueron escritas ó relatadas por los monjes de Cardeña perpetuándose en mamotretos y cronicones.

A estas y otras escrituras, más ó ménos verídicas é imparciales, se debe el que exista gran inseguridad en cuanto atañe al patronazgo de los caballeros de la edad media sobre los monasterios de la época, y á los recintos que escogieron para sus enterramientos familiares.

Cierto antagonismo ó emulacion, de que aún hoy quedan reminiscencias en la relativa nombradía de las imá-

(1) El de D. Enrique.

(2) Respecto á este último punto dice Dozy lo siguiente:
Ibn-Khaldoun dit que dans l'année 522 de l'Hégire, 954 de J. C. Abderame III, après avoir assiegé Ramire II dans la forteresse d'Osma, detruisit Burgos ainsi qu'un grand nombre de forteresses. it. Burgos il n'etait qu'a deux lieues de Cardegna, et ce couvent se trouvait précisement sur ce route, puis qu'il venait du côté d'Osma. Nous en concluons que ce fut l'armée, le *zepha*, d'Abderame III qui eût la cruauté d'egorger les pauvres moines.
(Recherches, Leyde 2.ª ed. pág. 169.)

genes y de los santuarios, creó dificultades sin cuento á los cronistas imparciales y dejaron en la incertidumbre á los más laboriosos escoliadores.

Los descendientes del Cid que halagaron á Cardeña con cuantiosas donaciones, sin olvidar por esto á San Juan de la Peña, no pudieron imaginar que hubiera de llegar dia en que por tales causas se disputaran ambos monasterios el alto honor de guardar bajo sus techos el cadáver de Doña Jimena.

Mas así aconteció segun puede comprobarse. En San Pedro de Cardeña y en un arcon de madera reposaban las cenizas de la esposa del Cid al lado de las de su esposo cuando apareció la lápida de San Juan de la Peña en la que se lee el siguiente epitafio:

«In hac tumba requiescit donna Eximina,
Cuius fama praenitescit Hispaniae limina;
Regi Sanccy fuit nata Felicia quae me fecit,
Roderico copulata gentes quem vocat Cid: etc» (1).

Y ahora bien, ¿en dónde reposaban verdaderamente los restos de esta noble dama?

Extraña cosa es esta, dice Sandoval, y muy contraria á lo que hasta ahora hemos tenido por cierto; pues en Cardeña se muestra (2) *no solamente la sepultura sino los huesos de esta Señora, aunque son tan grandes que espantan y parecen mas de hombre que de mujer.*

Vemos, pues, sin hacer el menor esfuerzo por inclinar á esta ó aquella parte la balanza, que, en San Pedro existen huesos dichos de Doña Jimena de dudosa procedencia, y que San Juan se contentaba con mostrar la lápida y la antigua tabla en la que se afirma que allí reposaba el cadáver de Eximinia Gomez mulier Roderici Cid, sepultada en la era 1160 y embalsamada en 7 de marzo.



EL GORILA JÓVEN DEL JARDIN ZOOLÓGICO DE BERLIN

La dificultad de hallar rastro seguro de los restos de Jimena ya en el siglo XVI, se complica recordando que en el arcon de Cardeña habia huesos más pequeños mezclados con los suyos, considerados como colosales.

No ocurre lo propio en lo que se refiere á los huesos del Cid que se hallaban en una urna de piedra en el centro de la Capilla mayor de Cardeña en la época á que nos referimos, y que aunque fueron movidos en distintas ocasiones, como dice el *Daily News* y no puede negar el señor Tubino, permanecieron en situacion ménos desconsoladora hasta 1808.

Mas no será ocioso consignar dos particularidades que no escaparon á la penetracion de Dozy. Primera: que al abrir el féretro del Campeador en 1541 hallóse el cadáver envuelto en un ropaje morisco y á su lado una lanza y una espada que no era seguramente la Tizona; y segunda: que los soldados solian procurarse pedazos del féretro creyéndolos amuletos seguros contra los peligros de la guerra.

Bien quisiéramos detenernos en este último punto; pero no es nuestro ánimo ser terceros en la discordia que se ha iniciado.

Tienen la palabra los Sres. Académicos de la Real de la Historia.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla 1883

LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA
IV

Pasemos ahora á las capillas, y comencemos por la de Talavera, indicada en todas las *Guias* como del siglo XVI, hasta que el señor Riaño, en sus correcciones al Ford, ha notado su época y caractéres verdaderos, que salta harto á la vista, explicándose difícilmente que los historiadores y viajeros hayan creido más al contexto de una inscripcion equívoca (la cual además nada dice en contra) que al testimonio de sus propios ojos.

Con efecto, desde la primera y más superficial inspeccion, se nota que esta capilla pertenece al siglo XIII y al primer momento de la arquitectura ojival, guardando todavía en la columnata y arquería del tambor de su cúpula, como en los baquetones que dividen á esta y en el arco y capiteles de la puerta de entrada, hermosos recuerdos del último y más rico estilo precedente.

Su planta es cuadrada; sobre ella, descansando en cuatro arcos, como todas las cúpulas góticas, se levanta un cuerpo octogonal, decorado con una arcada ciega y sus columnas, todo románico, como ya se ha dicho; estas reposan en ménsulas, sostenidas cada una de ellas por una cabeza del más puro y primitivo carácter gótico. Pero, con ser esto de interés, dada la escasez que en Salamanca hay de construcciones ojivales, la grande importancia de esta capilla consiste en la bóveda ó cúpula que sobre el tambor se levanta, la cual pasa del octógono al círculo, agallonando ligeramente á este y disimulando rudamente su artificio por medio de una combinacion de baquetones anchos y planos, completamente románicos, si bien paralelos dos á dos y cruzados sin llegar al centro, donde sus intersecciones forman un polígono estrellado; ahora bien, es sabido que esta disposicion de los aristones es peculiar á la arquitectura árabe, especialmente en su primer período, v. g. en el *Mihrab* de Córdoba y en el Cristo de la Luz, de Toledo.

A principios del siglo XVI, Rodrigo Arias Maldonado fundó en esta capilla—sin duda alguna preexistente—misas y memorias, que es á lo que alude la inscripcion ántes mencionada; y él, ó alguno de sus herederos, la adornó y repintó al gusto de la época y la dotó de un retablo del renacimiento, cuyas tablas, con seguridad españolas, pasan vulgarmente por obra de Gallegos, siendo por el contrario de influjo italiano marcadísimo. En esta capilla, donde por cierto se conserva el oficio muzárabe, deben notarse la bandera del desdichado comunero Maldonado, de la familia del fundador; una linda verja, en el centro, de bronce y hierro repujados y cincelados, y en la sacristía un terno bordado del XVI y unos cueros moriscos Tal es en compendio esta importante construccion. En uno de sus rincones, se ven todavía restos de los arcos del antiguo claustro.

Menor interés, absolutamente hablando, pero mucho con relacion á Salamanca, por ser casi lo único que en ella existe de la arquitectura del siglo XIV y formar, en su enlace con las demás capillas claustrales, una serie completa donde estudiar la historia del arte ojival salmantino, es la de Santa Bárbara ó de Lucero, así llamada de su fundador, el obispo de este nombre: su retrato se halla dentro, sobre la puerta. Esta capilla, muy oscura, es, segun se acaba de decir, gótica de los buenos tiempos y su bóveda octogonal radiada descansa, como es uso, sobre los cuatro arcos de los ángulos de la planta cuadrada. En ella se graduaban los alumnos de la Universidad, hasta casi mediados de este siglo; por desgracia, la mesa, completamente insignificante, que servia para el objeto, oculta el sepulcro del fundador y su estatua yacente, probablemente pintada, á juzgar por la cabecera, que es lo único que puede verse. A los lados y cobijados bajo las arcadas, hay otros sepulcros, uno de ellos con estatua tambien bastante buena y característica; sobre el altar, decorado con azulejos del renacimiento y estilo italiano, un retablo del XVI con pinturas españolas vulgares. La puerta es como la de la capilla de Talavera.

En este mismo lienzo de pared se halla la de las salas Capitulares. Es del renacimiento, pero aprovechando parte de la antigua archivolta románica; las maderas, talladas con figuras de aquel gusto, han sido embadurnadas del modo más grotesco posible. Da entrada á tres piezas. La primera no tiene interés alguno; pero la segunda, muy pequeña, ofrece, á pesar del horrible blanqueo, un riquísimo artesonado del XVI, digno rival de los de Alcalá, y un banco gótico del XV, doselado y con tres asientos, separados por altos brazos, bosquejo de las sillerías corales correspondiente á las llamadas «formas» *(fourmes)*. De aquí se pasa al salon principal, enteramente reformado en el gusto neo-clásico del pasado siglo y cuyo frente decora una de las innumerables Madonnas de Guido Reni.

Sigue á este departamento la capilla de Santa Catalina, llamada tambien del Canto, sencilla construccion gótica de principios del XVI. Cediendo á la mira de aprovecharla, más que á un interés por el arte que estaria harto mejor empleado en cualquiera de las otras capillas (y en particular en la de los Anayas, cuyo estado es verdaderamente vergonzoso), se está ahora reparando, habiendo traido á ella la antigua verja de San Adrian, restaurada con bastante acierto. Ni la verja, ni la capilla, tienen importancia; al contrario de lo que acontece con

(1) Citada por Sandoval.

(2) Escrita como hemos dicho en 1601.

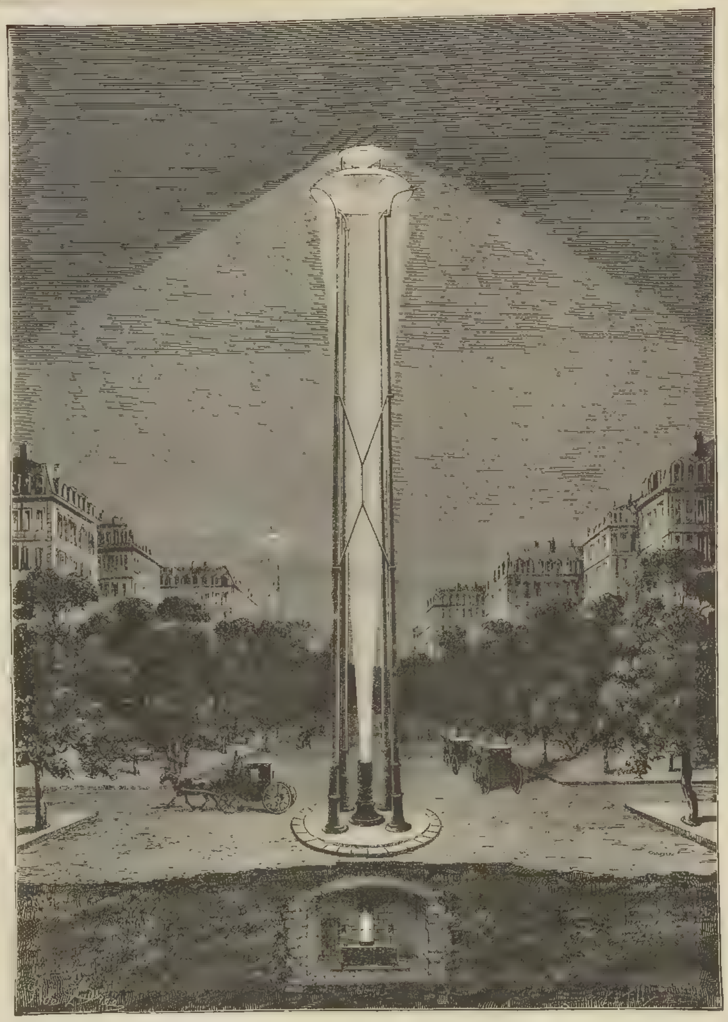
el retablo colocado á la entrada, y cuyo asunto es la vida de Santa Catalina. Este retablo parece ser español, pero decididamente dentro de la escuela flamenca del XV al XVI; y por su energía y finura, cuanto por su gran semejanza con otras tablas indubitadas de Gallegos, tales como el famoso y estropeadísimo retablo de la catedral de Zamora y el de la capilla de San Antonio, en la Nueva del mismo Salamanca (firmado por él), podria atribuirse con probabilidad á aquel excelente pintor castellano.

Llegamos á la capilla de San Bartolomé, llamada tambien de los Anayas. Su fundador, D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla (siglo XV), la estableció en una construccion, adjunta al claustro antiguo, que dicen fué hospital y cuyo muro, con sus canecillos y su ojo románico, de adornada archivolta, se ven aún en la calle de San Juan de Sahagun, conforme ya se dijo. La puerta es tambien románica; pero la capilla está reedificada en el estilo de principios del XV, con bastante pureza todavía. Son importantes los sepulcros, entre ellos singularmente el del fundador, colocado en el centro y rodeado de una soberbia verja plateresca, de las mejores que existen en España. Las esculturas de este sepulcro son de estilo gótico flamenco, extremadamente buenas y características; el Descendimiento de la cabecera es muy arcáico y contrasta con las demás. Sigue en interés á este enterramiento el inmediato al altar (éste, recompuesto y sin importancia) del lado de la Epístola: la estatua es expresiva; y sobre todo los relieves del frontal de la urna, tambien muy flamencos, presentan gran belleza. Los demás sepulcros son ya de menor valor, salvo el penúltimo del muro del N. ó del Evangelio: su estatua merece observarse más que las del último, frente al altar y debajo del órgano (un caballero y una dama de la familia Anaya) hechas en el gusto del Renacimiento, pero muy españolas y bastas, á pesar de la minuciosa fidelidad con que están tratados los pormenores de los trajes y de la armadura y que la recomienda siempre á la obligada admiracion del viajero. La tribuna del órgano es mudejar, como otro fragmento que sirve de frontal en un altar del lado; y esto, una representacion iconográfica de la Trinidad y algunos restos de un retablo, que dicen traido de San Adrian y en el cual se advierte el mismo influjo (si es que no la misma mano) italiano que en los otros retablos de análogo carácter ántes indicados, constituyen los demás objetos de aquella hermosa capilla.

Segun se advierte por esta superficial reseña, la Catedral vieja de Salamanca, con su claustro, presenta uno de los más admirables ejemplares de nuestra evolucion artística, desde el siglo XII al XVI, y áun de estilos posteriores, el neo clásico inclusive. Pero sobre todo, sin salir de ella, puede seguirse paso á paso la historia del arte románico, su trasformacion en el ojival, los diversos períodos de este, desde principios del XIII al XVI, y el del renacimiento: todo ello, así en la arquitectura, como en la escultura y la pintura. Esta última ofrece en la capilla del aceite, el retablo del ábside mayor, los fragmentos colgados en el claustro y el altar de Santa Catalina, obras del más profundo interés, desde el ciclo de Giotto al XVI (prescindiendo de la Vírgen de Guido); y si se quiere todavía buscar otros eslabones posteriores, no hay más que pasar á la Catedral Nueva, donde el retablo de Gallegos, una Madonna de escuela romana, la excelente copia de un *Entierro* de Tiziano, por el Mudo, y un Cristo de Morales completan la serie de la gran pintura, hasta el período de su apogeo; si bien, salvo la tabla de Gallegos, los cuadros de la Catedral platerescа distan mucho de poderse comparar con las pinturas de su primogénita hermana. En cuanto á escultura, desde la románica á la gótica y á la del Renacimiento, ofrecen obras de algun interés, á que pueden tambien añadirse otras de la basílica posterior, y señaladamente la Vírgen de Juni, del altar mayor. Si además se atiende á que, en estas series, hay miembros como la cúpula y las esculturas de la Catedral vieja y las pinturas de su ábside y de la capilla del aceite, se comprenderá cuán de desear es que arqueólogos de verdadera competencia, no meros turistas, consagren al estudio de este importante templo fuerzas que difícilmente podrian estar mejor aprovechadas. Entónces, se rectificarán los errores de que, por deficiencia propia ante todo, y por falta además de datos y juicios comparativos, en suma de escritos y trabajos preexistentes, adolecerán sin duda estos artículos; con suma alegría y gratitud de su autor, que desearia estimular el interés de otras personas más en situacion de emprender estudios formales en esta clase de asuntos (1).

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(1) Obligado por el agradecimiento, consignaré en este sitio lo mucho que este mal pergeñado artículo debe, no sólo al *Manual* de Ford, cuya parte artística ha revisado y á veces rehecho enteramente el Sr. Riaño, sino á la enseñanza y consejos particulares de este arqueólogo y del Sr. Fernandez Gimenez, así como á los del catedrático de la Escuela de Arquitectura, Sr. Velazquez y á la *Guía* artística de Salamanca, todavía inédita, redactada por varios profesores de la Institucion libre de Enseñanza (especialmente, por el Sr. Cossío) sobre los datos adquiridos en nuestras excursiones á la localidad con los alumnos de este centro. Tambien con los señores Villar y Ordoñez, eruditos historiadores salmantinos, tengo muchas agradables deudas. Los libros de Parcerisa, Dorado y su continuador, así como los del Sr. Falcon, aunque adolecen de una precipitacion que les hace incurrir en graves inexactitudes, merecen tambien que los mencionemos aquí: harto sé por propia experiencia cuán fácil es errar en asuntos que entre nosotros apénas se han estudiado y dada la falta de cultura arqueológica de que todos en general adolecemos, merced al atraso general de la nacion, que atenúa nuestras comunes faltas.



Alumbrado público eléctrico, sistema Partz

NOTICIAS VARIAS

ALUMBRADO PÚBLICO ELÉCTRICO. En la seccion norte-americana de la interesantísima exposicion de electricidad que se celebró en Paris, llamó la atencion del público un nuevo sistema de alumbrado propuesto por el profesor A. Partz de Filadelfia.

Las principales ventajas de este sistema consisten 1.° En utilizar más completamente la fuerza lumínica del foco y del aparato; y 2°. En alumbrar la parte baja de las vías, áun durante las nieblas más espesas. Los inconvenientes se pueden notar á la simple inspeccion de nuestro grabado, que representa el aparato en perspectiva; y estriban en el establecimiento de un aposento subterráneo en el centro de la calle ó plaza para la colocacion de la lámpara eléctrica, que comunica con un foco de corriente por medio de los alambres usuales. Un aparato óptico proyecta la luz en sentido vertical al través de un tubo de hierro de unos 3 metros de longitud, esmaltado en su interior. De este tubo sale el haz lumínico hácia arriba en forma de cono sumamente prolongado, yendo á encontrar un reflector construido segun las leyes ópticas que la refleja sobre la vía pública y que está colocado á 40 ó 50 metros de altura, á fin de alumbrar la mayor extension posible de terreno. De esta disposicion resultan otros dos inconvenientes, á saber: la construccion sólida que ha de tener el armazon que soporta el reflector á la altura cuando ménos de *dos* casas de 4 á 5 pisos, y la necesidad de que resista bien á los vientos huracanados, más violentos á dicha altura que cerca del suelo El tercer inconveniente consiste en la dificultad de limpiar el reflector, que naturalmente se empaña á las pocas horas, expuesto como está al polvo, á los vapores acuosos de la atmósfera y al humo y otras partículas suspendidas en el aire, sin contar los efectos químicos y eléctricos de diferentes agentes siempre presentes en la atmósfera, aparte de que el reflector para ser eficaz ha de estar perfectamente terso y limpio, y ha de tener un diámetro cuando ménos de 6 metros.

El inventor pretende que la luz, tanto en la parte baja como en la alta, es perfectamente igual y que á pesar de su gran intensidad no deslumbra ni molesta.

* * *

MINAS DE ORO.—Los países del Lena (Rusia) han conservado en 1882 la preeminencia por lo que hace á la explotacion del oro. Del distrito de Olekminsk se han extraido en dicho año 741 *ponds* 10 libras del precioso metal; de la provincia de Trasbaikalia 215 *ponds* 30 libras, y de la del Amor 254.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

POBLACION DE LA INDIA INGLESA.—De un detallado informe, hecho en vista del recuento del año último en la India inglesa, resulta que el decrecimiento de la poblacion, sólo en la provincia de Madras, en un período de diez años, ha alcanzado á la cifra de 427 000 individuos, siendo ahora el número de habitantes de 31.176 631.

Esta disminucion, debida seguramente á los efectos producidos por el último período de hambre que se atravesó, ha correspondido en particular á los distritos de Galem, Bellary-Karnvol y Cadalore. Lucknow es la única ciudad de la provincia cuya poblacion pasa de 200 000 habitantes. De cada 100 mujeres casadas cuya edad varía de 15 á 55 años, el número actual de nacimientos asciende á 20.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



Año II — BARCELONA 19 DE MARZO DE 1883 — NUM. 64

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

G. Doré

LA ORACION EN EL HUERTO, dibujo de G. Doré

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Epidemia de *conferencianitis*. - Grajos con plumas de pavo.— Invento de una contribucion.—La profesion de conferenciantes.—¡Hasta las criadas! - Emancipacion de la mujer.—El sueldo de las maestras.—Un estómago al aire libre.— Lluvia de beneficios.—El teatro en relacion con el comercio. —D. José Valero y el *Bilis-club*.

Madrid es una poblacion que parece única y exclusivamente destinada á dar conferencias.

La manía de subir á una tribuna levantada unos cuantos piés sobre el nivel del suelo, sentarse en un sillon, cuyos brazos se hallan abiertos para recibir á todos los amantes de la sabiduría, fijar los ojos en el vaso de agua con azucarillo, destinado á humedecer la garganta del disertante y romper el ansioso silencio del auditorio con el tradicional:

—¡Señores!...

Esa manía, repito, no es ya solamente una enfermedad, es casi una epidemia que cuenta una porcion de *casos* en esta muy heroica villa.

Hay ciertamente conferencias útiles y dignas de aplauso. Esos varones ilustres llenos de ciencia, encanecidos en el estudio, posesores de ideas nuevas y originales, de puntos de vista ignorados del comun de las gentes, prestan á la cultura pública un gran servicio vulgarizando su modo de pensar y haciendo dar un paso más á los conocimientos humanos. En muchos puntos pueden oirse conferencias de esta naturaleza y desde el *Ateneo científico y literario* hasta la modesta academia de la Direccion general de Telégrafos donde se oye quincenalmente á los jefes del Cuerpo exponer con claridad y entusiasmo los progresos de la telegrafía y de la ciencia eléctrica, circula una corriente de ideas, de apreciaciones, de estudios, que hacen pensar sériamente en la perfectibilidad indefinida de la raza humana y en los prósperos rumbos que alcanzará en lo porvenir ese agregado de criaturas nacidas, segun unos, del padre Adan propietario del Paraíso que por viles manejos de una serpiente le fué arrebatado; salidas, segun otros, de las aguas del mar, ó descendientes, en opinion de algunos sabios, de una raza intermedia de gorilas, semejante, ya que no idéntica, á la especie que aún vive en el fondo de los bosques ó divierte á las muchedumbres en las jaulas de los museos y de los jardines zoológicos.

Pero al lado de esas conferencias interesantes é instructivas, ¡cuántas otras no estamos abocados á oir basadas en la vanidad y en el pueril afan de obtener una cita en letras de molde!

Conste pues que solamente combato estas últimas, y que á no estar convencido de que el mal que lamento es una ley de la naturaleza, puesto que por todas partes se ve mezclado indistintamente lo grande y lo pequeño, lo magnífico y lo trivial, lo útil y lo inservible, yo lanzaria á los aires mi débil voz, pidiendo, en todos los órdenes de cosas de la vida, la represion más severa contra los audaces entrometidos y los grajos cubiertos con plumas de pavos reales.

***

Digo pues que los malos conferenciantes pululan con abundancia deplorable. No hay ya salon, no hay sociedad donde no se sacrifique semanalmente al sentido comun en aras de la petulancia y del atrevimiento.

El incauto que se ve envuelto entre las redes de esa insustancial garrulería, corre el peligro de verse atacado de una nueva enfermedad no registrada en los libros de patología... Con mucho abrigo puede uno evitar que el aire frio penetre en los pulmones; el ímpetu y el hervor de la sangre se calma á fuerza de tomas de zarzaparrilla; hay medidas higiénicas útiles y seguras para conservar la economía del individuo; el gimnasio, el aire puro, la buena alimentacion constituyen prendas más ó ménos infalibles de la salud pública; mas ¿dónde está, pregunto yo, el remedio que nos ha de librar de la dolencia que puede ser bautizada con el nombre de *conferencianitis*?

***

El mal cunde con fuerza avasalladora.

Si yo fuese ministro de Hacienda me propondria sacar de apuros al país nada más que estableciendo una nueva contribucion para los que se dedican á dar conferencias.

¿Tú quieres dirigir tu insignificante voz á un centenar de personas mejor ó peor dispuestas á recibir el topetazo de tus insanas lucubraciones? ¡Pues, paga!

—¿En qué se ocupa usted ahora? he preguntado á varios individuos que me han parado en medio de la calle.

—Ahora..... doy conferencias, me han contestado.

Uno de ellos me enseñó una copia del último padron extendido para los efectos del censo y de la estadística.

Y ví que en una de las casillas habia puesto:

PROFESION: Conferenciante.

Tiempo atrás recibí en mi casa una criada nueva. Tenia buen aspecto: sabia guisar, planchaba con primor y no era muy exigente en la cuestion de honorarios.

Me convenia. Ajustamos el precio; pero caí del cielo á la tierra, cuando al tratar de los dias en que le habia de permitir la salida me dijo:

—Yo necesito tener todas las fiestas libres.

—¡Todas!... ¡eso es mucho!

—Pues no puedo rebajar ni un solo dia. Mis compromisos profesionales me lo impiden. ¡Doy conferencias á las demás sirvientes, por la tarde, en la *Virgen del Puerto* unas veces, y otras en la *Fuente de la Teja!*

***

¿Os extraña esa intromision de las mujeres en las ocupaciones de los hombres? A mí no: la tengo prevista hace mucho tiempo.

Hemos predicado la emancipacion de la mujer. Dentro de poco no habrá ya sexos. Mis pleitos, si es que Dios ha dispuesto en los altos designios con que prueba á la criatura que los tenga, serán defendidos por abogados de sedosa cabellera, de tez rosada y de labios carmíneos.

—¡Doctor!—diremos á un gracioso médico de rozagante falda—me siento mal; me abraso en los ojos de V.

Y más de un estudiante murmurará para sí al levantarse de la cama:

—¡Oh!... lo que es hoy es preciso ir á la clase. Estoy enamorado de la profesora, y no quiero que me ponga faltas.

Miéntras vengan estos tiempos... que vendrán, porque todo llega en el mundo, las maestras de instruccion primaria han alcanzado ya lo que con justicia ¡esta es la verdad! reclamaban.

Tratábase de deshacer un error inveterado. Por el mero hecho de ser mujeres se las sometia á restricciones de alimentacion incomprensibles y absurdas. Su sueldo era menor que el de los maestros con barbas y con todos los caractéres del sexo masculino.

Reclamaron la igualacion de haberes, y hasta los más enemigos del espíritu racional del sexo femenino, áun recordando que algunos varones doctos de la Edad media se habian atrevido á dudar que la mujer tuviera alma, han comprendido ahora que la mujer, por lo ménos cuando es maestra de escuela, *tiene razon* que le sobra.

Hubo, no obstante, algunos refractarios. No faltó quien dijo:

—Será justo; no me opongo. Pero ha de ser despues que me presenten al descubierto un *estómago* de maestra de instruccion primaria, para que yo pueda cerciorarme de que necesita comer lo mismo que un hombre.

Afortunadamente esa prueba salvaje no prevaleció. Ya se ha decidido que las maestras tengan, en igualdad de circunstancias, el mismo sueldo que los maestros. Pero..... ¡hay un pero! no empezarán á disfrutar ese acto de justicia, hasta el dia primero de julio del año que viene.

Pueden, por tanto, las simpáticas peticionarias seguir alimentándose de ilusiones..... ó mejor dicho, de esperanzas.

¡El beneficio para ellas no llegará hasta mediados del año próximo!

***

Si las maestras fueran artistas habrian ya realizado su beneficio como la mayor parte de los actores y actrices de los teatros madrileños.

El primer cuidado del pacífico habitante de esta capital, es, en esta época del año, preguntar al levantarse el nombre del beneficiado ó beneficiada. ¡Válgame Dios! Caen beneficios todos los dias con la misma abundancia de los copos de nieve que amenazaron sepultar bajo una sábana de hielo, esa inmensa piel de becerro á que algunos geógrafos han comparado la península española.

Hay beneficios en los teatros, de todas clases y condiciones: para librar á jóvenes que han entrado en quinta, para socorrer familias desgraciadas, y hasta espero que algun dia se inicie un beneficio monstruo para terminar la calle de Sevilla, que al paso que va, corre peligro de llegar á ser objeto de las sesiones del Ayuntamiento que nombren por sufragio universal nuestros tataranietos.

Pero los beneficios solemnes y productivos para el comercio de Madrid son los que corresponden á los primeros actores de ambos sexos.

Los regalos que se les hacen adquieren cada año mayor desarrollo.

Durante el dia se puede juzgar por las calles de la importancia del beneficiado.

Si veis muchos dependientes del comercio cruzar la capital con envoltorios de mil formas diversas, esto sólo os puede servir de termómetro para decir:

—¡Muchas simpatías goza el beneficiado de esta noche!

El último beneficio notable á que hemos asistido es el de D. José Valero.

El eminente actor presentó ante el maravillado público un *Avaro* de verdad.

Cuando fuí á abrazarle en su cuarto tuve la precaucion de abrocharme ántes la levita.

—¿Tiene usted frio? —me preguntó el ilustre anciano.

—No señor,—le contesté,—ántes al contrario, me dura todavía el calor del entusiasmo. Pero... francamente, temia que siguiera usted representando su papel tan á lo vivo que me quitara las monedas del bolsillo para enterrarlas en el huerto de su casa.

El poeta Eduardo Bustillo dedicó al eminente beneficiado la siguiente quintilla que es bueno quede impresa en la coleccion de la ILUSTRACION ARTISTICA:

Por tu *Avaro* vemos claro
por qué privilegio raro
va á tu edad la fuerza unida;
que eres de tu vida avaro
por dar al arte más vida.

Esta quintilla, que fué recibida con lágrimas de agradecimiento por el ilustre decano de los actores españoles, iba acompañada de las siguientes firmas:

Zapata, Sellés, Cano, Novo, Llana, Cavia, Reina, Palacio Valdés, Palacio (D. Eduardo) y muchos otros miembros del llamado *Bilis-Club*, entre los cuales se contaba un servidor de ustedes.

PEDRO BOFILL.

Madrid 17 de febrero de 1883.

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El banquete de Víctor Hugo.—Muerte del Baron Davillier.—*Henry VIII*, ópera de Saint-Saens —*Les effrontés*, de E. Augier.—Conciertos wagnerianos. — Los éxitos dramáticos. — Otro libro de Zola.

Como preveia en mi anterior, el banquete dado á Víctor Hugo por sus admiradores fué espléndido. La comida estaba anunciada para las 7, pero empezó cerca de las 8.

Víctor Hugo se presentó en el gran salon-comedor del *Continental Hotel*, con su nieta Ana en brazos y seguido de su nieto Jorge, siendo saludado con una salva de aplausos. Estas dos criaturas desde su infancia están asistiendo á una continua apoteosis, así es que no se inmutaron; su semblante impasible parecia el de esos angelitos que rodean al Dios Padre en las glorias de los altares platerescos. Víctor Hugo sentóse á la mesa teniendo á la izquierda á su familia y á la derecha á Mad. Julieta Lambert.

En la mesa figuraban casi todas las notabilidades literarias de Paris y algunas del extranjero. Una multitud de curiosos de los que residen en el *Continental*, y otros que habian ido al restaurant á comer sólo por tener el derecho de asomar la cabeza al salon, devoraban con la vista hasta los más mínimos detalles de lo que allí pasaba. Sirvióse un escogido *menu*, y apénas habian llegado á media comida los comensales, Mr. About rompió el silencio con un bríndis, muy aplaudido, á la salud del inmortal poeta, objeto de la fiesta, siendo el *speech* de About, más que un bríndis, un discurso académico por lo largo, atildado, pulcro, y áun conceptuoso. Siguieron á este otros bríndis más calurosos y espontáneos y acabó el director del *Voltaire* con uno que aunque fué bastante largo, conmovió por lo bien sentido. Víctor Hugo contestó dando las gracias á sus comensales, y se levantaron todos los asistentes profiriendo entusiastas *¡hurras!* al ilustre vate.

Entónces los *reporters* se acercaron á la mesa para hablar con los invitados y tomar apuntes.

***

Los aficionados á los objetos artísticos, lo mismo que los pintores, están de pésame.

Ha fallecido el primer coleccionador de antigüedades, el Baron Davillier, el infatigable rebuscador de objetos del arte español, el amigo íntimo de Fortuny, del cual fué albacea testamentario. Davillier no sólo era un coleccionador de mucha inteligencia y buen gusto, sino un verdadero historiador del arte decorativo. Todos los artistas y *amateurs* conocen sus trabajos *Les faïences hispano-mauresques*, *Les cuirs de Cordoue*, *Voyage en Espagne*, ilustrado por Doré, *La bijouterie en Espagne*, y finalmente su notabilísima biografía de nuestro malogrado Fortuny. Ha dejado un verdadero museo en su casa de la rue Pigalle, en el cual hay preciosidades sin cuento; pudimos visitarlo dias pasados gracias á uno de sus íntimos amigos; las maravillas del arte español que allí existen prodúcenle á uno orgullo y tristeza á la par. Orgullo, por ver que llegamos á una altura en el decorado del mueblaje, cerámica, joyería, etc., que ningun pueblo superó jamás; tristeza, por ver que tales preciosidades hayan tenido que venir á parar á tierra extraña por ignorancia y negligencia de los particulares y de los gobiernos. Ha muerto Davillier á los 59 años, víctima de una parálisis. Hoy le lloran todos los artistas y todos los que se dedican á investigar los tesoros de los pasados tiempos, pues era un sabio que todo cuanto tenia y todo cuanto sabia, lo tenia y lo sabia para que los demás pudieran aprovecharse de ello para sus estudios: esta era su mayor gloria.

***

Despues de la muerte de Davillier, lo que nos ha llamado la atencion durante la quincena ha sido el estreno de la ópera de Saint-Saens *Henry VIII*. El libreto es obra de Detroyat y Silvestre, y aunque á fuerza de habilidad han sabido dar cierto interés al asunto, todo él se resiente de estar escrito bajo un pié forzado. Enrique VIII, un rey entumecido por la poltronería, sensual y falto de conciencia hasta el punto de que en cuanto

le hastiaba una mujer, le hacia cortar la cabeza para casarse con otra, en una palabra un Barba Azul inglés, un bajá del Norte; Catalina de Aragon, una buena señora, pero más vieja que su real esposo (tenia más de 50 años cuando se nos presenta en escena), tipo más á propósito para inspirar compasion que interés; y luégo Ana Bolena, mujer ambiciosa que se prostituye al poder, más bien que se rinde al amor. Con estos personajes, francamente, no comprendo cómo Saint Saens intentó escribir una música que conmoviera, ni cómo los libretistas se atrevieron á trazar un conjunto con pretensiones de poético. Así resulta que toda la poesía que hay en las escenas de dicha ópera, se debe más bien al gran talento de sus autores, que al asunto, pecando toda ella de convencional, fria y amanerada. La factura de la música lo mismo que la del libreto es de cajon; allí se encuentra todo lo que exige el convencionalismo escénico: el *De profundis* cantado desde el interior, como el *Miserere del Trovador;* el *Sínodo anglicano*, parecido al coro de Obispos de *La Africana;* la procesion religiosa al igual que en el *Profeta*, en la *Hebrea* y en el *Don Cárlos;* la *excomunion* á semejanza de la *Favorita;* y el baile imprescindible como en la mayor parte de las demás operas. La letra y la accion dramática ha sido arreglada, tomando como patrones *El cisma de Inglaterra* de Calderon y el *Enrique VIII* de Shakespeare. Segun parece, hacia mucho tiempo que el libreto andaba de mano en mano, sin que nadie quisiera ponerle la música; de Gounod se dice que lo rehusó: Vaucorbeil lo hizo modificar; en fin, Saint Saens se la escribió. Este ha empleado mucho talento en ello. Como trabajo de composicion la ópera es una obra maestra. El último cuadro es de un movimiento y de una armonía indecibles. El efecto dramático es completo; así lo entendió el público al llamar al autor repetidas veces, pero siempre se resentirá de lo impropio del asunto y de lo convencional del libreto.

En cuanto á la ejecucion, la orquesta admirable: la Kraus interpretó su papel aventajando á los mismos autores. Rayó á una altura verdaderamente sublime, produciendo delirante entusiasmo en el auditorio.—Mlle. Subra estuvo graciosísima en el decir y afinada en el cantar. Lasalle interpretó con gran arte y perfecto ajuste el tipo de Enrique VIII, cantando con mucha correccion y energía su parte. En resúmen, una obra en que se ha prodigado el talento en la composicion y en la ejecucion y que no satisface á nadie que de artista se precie; y es que el asunto era malo, y aunque los defensores sean buenos, las malas causas nunca entusiasman.

* * *

En la *Comedie Française* háse puesto de nuevo en escena despues de una treintena años que no se representaba, *Les effrontés* de Emilio Augier. El éxito fué completo; como toda obra de verdadera observacion, es decir, como toda obra buena, la de E. Augier no ha perdido con el tiempo. Los tipos que nos describe son tan humanos, que hoy lo mismo que hace treinta años cada cual cree reconocer á álguien en cada uno de los personajes.

* * *

Siguen los conciertos Pasdeloup y Colonna dando al público música de Wagner cada vez más aplaudida. El entusiasmo que ésta causa ha dado lugar á que algunos parisienses de esos que se pasan la vida haciendo frases, hayan querido ridiculizar dichos conciertos llamándolos *El wagnerismo dominical de los entusiasmos epilépticos*. Pero los inteligentes continuan asistiendo.

* * *

Para dar una idea á nuestros lectores de lo que es un éxito teatral en París, les haremos notar que *Gillette de Narbonne*, esa opereta bufa que acaba de ser retirada de la escena, ha sido reemplazada por *Les Mousquetaires au couvent*, porque habia obtenido *tan sólo ciento doce representaciones*. «Esto, dicen los dilettanti de aquí, equivale á un fracaso.»

* * *

E. Zola acaba de sufrir una decepcion. Miéntras publicó novelas de un realismo brutal y sucio, *L'Asommoir*, *Nana* y *Pot-bouille*, tuvo lectores y éxito. Hoy ha querido publicar una obra realista, pero de un realismo más distinguido, y ésta no ha tenido éxito alguno. *Au bonheur des dames*, que así se llama su última novela, apénas se vende. ¿Será que en Zola se admiraba, no la observacion realista, sino el escándalo?

* * *

Háse abierto la *Exposicion de Artes decorativas*. Sólo podemos decir por hoy que supera á la del año anterior. El cúmulo inmenso de objetos expuestos y su magnificencia artística nos impiden formar concepto sin más análisis que el que se puede hacer con una visita al Palacio de la Industria. En la próxima Revista daremos cuenta á nuestros lectores de dicha exposicion.

POMPEYO GENER

París 16 de marzo

NUESTROS GRABADOS

LA ORACION EN EL HUERTO, dibujo por G. Doré

El artículo que con el mismo título publicamos en el presente número nos exime de hacer la descripcion de este grabado, cuyo asunto, por otra parte, es sobrado conocido para que la requiera. Limitándonos pues, á considerar esta obra desde el punto de vista artístico, diremos que en ella se revela, como en todas las del malogrado Doré, el vigoroso genio de este célebre dibujante, y que el asunto, reproducido y tratado con tanto tino como habilidad, trae á la mente el recuerdo de aquellas horas de angustia que pasó el Redentor de los hombres al apurar el cáliz cuya amargura no pudieron endulzar sus divinos labios.

INOCENCIA Y AMOR, cuadro por W. Bader

¡Amad y esperad!

Hé aquí uno de los más bellos resúmenes de la doctrina de Jesus.

Amad, no con la grosería de los sentidos; amad, no con la brutalidad de la carne. El amor del cristiano es la correspondencia de aquel sentimiento purísimo con que el Hijo de Dios abrazó á todas las criaturas; es el amor espiritual que levantó á Magdalena del abismo de la infamia; es el amor que anima á la Vírgen María desde Belen al Calvario y que se avergüenza ante los altares de Vénus, donde el verdadero amor es inmolado por los serviles adoradores de la impureza.

El amor sin la inocencia es la rosa besada por la oruga, herida por las libaciones de la mariposa. Inocencia y amor, al reunirse en un solo corazon, son como la flor de azahar, cuya belleza de forma es la más á propósito para la índole de su fragancia, transformándose más tarde en aquel dorado fruto, no ménos al alcance de los humildes que al de los poderosos.

El cuadro de Bader, sobrio, muy sobrio de composicion, explica esos dos sentimientos, inocencia y amor, con mayor elocuencia que pudiera hacerlo el filósofo más entendido del corazon humano. En la expresion de la mujer amante hay una pasion inmensa, una fuerza de amor que subyuga dulcemente, un idealismo que en pintura produce las vírgenes de Fra Angélico, en poesía la Ofelia de Shakespeare y en música la Elvira de Bellini. En la mirada de la mujer inocente de nuestro cuadro hay la fijeza del pensamiento elevado á Dios, la firmeza del alma que la tribulacion no ha combatido, la seguridad de hallar, á través del espacio, la imágen que el corazon presiente, la forma del ideal sentido.

Si la virtud del amor y la inocencia pueden revestir forma humana, es indudable que Bader ha encontrado esa forma, en la cual la materia no produce la más pequeña disonancia.

EL PASMO DE SICILIA, por Rafael

Si el más grande asunto debe ser pintado por el más gran maestro, con esto se explican las Concepciones de Murillo, los Cristos de Velazquez, el Juicio final de Miguel Angel y el Camino del Calvario de Rafael. Este último cuadro, que hoy reproducimos de un clásico grabado, pasmó á los sicilianos cuando se descorrió el velo que lo ocultaba al publico. De aquí el nombre con que es conocido.

Pretenden algunos críticos que ese lienzo, si bien dibujado por el inmortal hijo de Urbino, fué pintado en buena parte por sus discípulos; y añaden otros, por decir algo, que hay en el cuadro un pié que no se sabe á qué cuerpo pertenece.

¡Pobres gentes!.. De ellos podrá decirse con toda propiedad que tienen ojos y no ven.

Cuando Sicilia se *pasmó* ante el cuadro que representaba, cual nadie hasta entónces habia concebido ni ejecutado, la escena sublime de la calle de la Amargura, es porque en esta obra, así el conjunto como los detalles, causaban, causan y causarán una impresion pasmosa. Las obras son malas, buenas ó sublimes, porque así son ellas, no porque se deban á tal ó cual autor. Y en el cuadro de que nos ocupamos, las solas figuras de Jesus y de su madre merecieran ser del primer pintor del mundo si no fueran de Rafael. No cabe en el arte expresar mayor grandeza en el sufrimiento ni más resignacion en el dolor.

LA ORACION, cuadro por N. Seifert

Digan cuanto quieran los pretendidos *espíritus fuertes*, jamás la humanidad, ni por impulso natural, ni por resultado de cálculos lógicos, prescindirá de sus relaciones con la divinidad. Uno de los filósofos más trastornadores de la religion revelada, decia que si Dios no existiera, habria necesidad de inventarle.

La más sobresaliente superioridad de la criatura racional es el sentimiento, para el materialista inexplicable, que le precisa á creer y á ponerse en contacto espiritual con el Dios en quien cree. El hombre, ha dicho un filósofo, pertenece á una especie única, á la especie de los adoradores; y esta definicion científica resuelve el problema en mal hora reproducido por el ateismo.

Las relaciones entre la criatura y el Creador se establecen por medio del espíritu, que conduce nuestro pensamiento hácia el cielo entre la nube de incienso que se eleva de los pebeteros, ó simplemente por medio de un flúido, más puro, sencillo y seguro que la electricidad, flúido (llamémosle así) que, partiendo de nuestro sér, depone nuestras aspiraciones á los piés del Eterno por la corriente de la oracion.

La oracion es la palabra que el hombre emplea para comunicarse con el Altísimo, y cuando esta palabra sale de unos labios purísimos y traduce un sentimiento no ménos puro y la dirige el niño al Dios que decia:—*Dejad que los niños se acerquen á mí;*—la frágil naturaleza se vigoriza, la mirada vaga adquiere fijeza, el barro frio se caldea, la fisonomía indiferente de la infancia irradia con los destellos de una inteligencia sobrenatural.

Uno de esos momentos de sublime expresion religiosa ha reproducido felizmente el autor del cuadro que publicamos. Si el semblante de la niña que ora es copia del natural, ¡dichoso ese natural!—diremos. Si es creacion del artista, diremos:—¡dichoso artista!—

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ cuadro por P. Rubens

Es inútil que procedamos á hacer una descripcion histórica ni á extendernos en consideraciones artísticas sobre tan admirable cuadro, pues el asunto que representa así como la perdurable fama de su autor y de la obra, sobra do conocidos en el mundo entero, nos relevan de semejante tarea.

MARÍA EN EL CALVARIO

«Mirad que vamos á Jerusalen, y allí el hijo de la Vírgen será víctima de una traicion para ser crucificado.» Así habia dicho Jesus á sus discípulos al ir á terminar su mision evangélica, y al emprender su último viaje á Jerusalen, acompañado de sus Apóstoles y discípulos y de las piadosas mujeres, parientas en su mayor parte, que le acompañaban y servian en sus viajes. Probablemente vió María la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalen, y oyó aquel caluroso *Hosanna*, con que aclamaban las turbas al descendiente de David, que venia bendito en el nombre del Señor, y entraba por su puertas como Rey pacífico, lleno de mansedumbre.

Es muy probable tambien que en la noche terrible de la última cena participase del banquete eucarístico, siquiera no presenciase su institucion; segun el Evangelio, solamente asistieron á ésta doce Apóstoles. Pero estando la Santísima Vírgen en la misma casa, ¿podia dejar de recibir una muestra de cariño de aquel á quien habia llevado en sus entrañas durante nueve meses? Con los mismos discípulos salió Jesus de la casa hospitalaria para ir á un huertecillo vecino, donde solia hacer oracion á su Eterno Padre, bajo la bóveda del firmamento tachonado de estrellas, que representa la inmensidad Divina en la medida de la creacion. Jesus, segun la creencia más comun, no se despidió de su Madre al marchar al sitio donde iba á comenzar su pasion dolorosa. Quiso ahorrarle este dolor, ya que tantos iba á tener. El egoismo busca el modo de aliviar el dolor comunicándolo, la naturaleza misma nos impulsa á este desahogo; pero el que bien quiere prefiere sufrir doble, con tal que no lo sepa ni padezca tanto como un átomo el sujeto amado. Jesus sabia que no habia de morir sin despedirse de su Madre.

Bien pronto llegó á oídos de ésta la fatal noticia: quizá fué San Juan, su sobrino y confidente, quien la trajo á casa. Juan sabia ya de antemano la traicion y el nombre del traidor. Recostados los Apóstoles en el suelo sobre cojines miéntras Jesus les daba sus últimos consejos, la rubia cabeza del jóven y candoroso Apóstol descansaba junto al seno de su Primo, y escuchaba sus palabras con anhelo, sin perder una, como quien ha de escribirlas más adelante. En medio de su plática Jesus queda cortado, y saliendo de pronto de aquel estado congojoso, les anuncia á sus discípulos, que uno de ellos le vende y le va á entregar.

Pedro, que estaba junto á Juan, le pregunta á éste en voz baja:—¿Por quién lo dice?—Juan acerca más su blonda cabeza al pecho de Jesus y le interroga con cariñoso afan:—Señor, ¿quién es?

En voz baja le responde, sin llevar á mal la pregunta, hija del cariño más que de la curiosidad:—Aquel á quien diere un pedazo de pan mojado en salsa es el que me va á entregar;—y al decir esto alarga á Judas un bocado de pan. Poco despues sale del cenáculo el traidor y Jesus le dice con doloroso acento:—Despacha pronto: lo que has de hacer hazlo luégo. Ni el mismo San Juan, que sabia ya quién era el traidor, pudo comprender el sentido misterioso de estas palabras. ¿Cómo se habia de figurar que la traicion estaba tan próxima? Y eso que Jesus les decia:—¡Todos os vais á escandalizar y acobardaros con lo que me va á pasar esta noche!—Pero el cariño es ciego, y á veces parece que ve ménos cuanto más abre los ojos con estupor y extrañeza.

Juan ve la prision de Jesus, el valor de Pedro que se arroja contra ciento sable en mano, sigue de léjos á su Maestro preso, entra en casa del Pontífice valiéndose de las relaciones que allí tenia, espera entre los soldados del cuerpo de guardia el paradero de aquel juicio, con que se trata de encu-



INOCENCIA Y AMOR, cuadro por W. Bader



EL PASMO DE SICILIA por Rafael

brir un asesinato jurídico y premeditado; espántase de la debilidad de Pedro, como se habia admirado ántes de su temerario arrojo, y confundido entre la chusma, escucha aterrado que se declara á Jesus reo de muerte por blasfemo. Poco despues sale su Maestro y pariente entre unos soldados que le maltratan de obra y de palabra, canalla depravada que tenian á sueldo el Pontífice y sus degenerados sacerdotes, y le encierran en una lóbrega y estrecha covacha junto al cuerpo de guardia. Jesus al pasar dirige á Pedro una expresiva mirada de cariñosa reconvencion, y á Juan otra de cariño. ¡Ay, cuánto dice aquella lánguida mirada!—Ya lo ves como era cierto..... Acuérdate de esto y de lo que va á pasar..... Cúmplase la voluntad de mi Padre..... Conviene que esto suceda..... Veo que tú no me faltas..... Cuida de mi pobre Madre.....

Y al paso que Pedro huye despavorido y llora en la soledad aquella cobardía pasajera, hija del respeto humano, y providencial castigo de la presuncion confiada, Juan regresa á la casa del cenáculo, solo y cabizbajo, á comunicar á María, á su madre, á sus parientas y demás piadosas mujeres la triste noticia de que Jesus está preso y condenado á muerte, no por el conquistador romano, sino por los sacerdotes y sus mismos paisanos.

Ya amanece: en la casa, atestada de gente, como todas las de Jerusalen, apénas hay quien duerma, ni hay lechos para todos. Óyense gritos y tropel de gente que corre por la calle, y se dicen unos á otros: —Por ahí llevan á Jesus el Galileo, el embaucador: á casa del Pretor va preso: en eso tenía que parar.

María salia con Juan y sus parientas y demás santas mujeres. ¡Pobre Madre! Ve á lo léjos el templo y baja la cabeza. No necesitaba verlo para recordar las fatídicas palabras del anciano Simeon: el cuchillo está clavado en su corazon, pero tiene que penetrar aún más hondo. De casa de Herodes vuelve Jesus á la de Pilatos, vestido con una túnica blanca, traje con que solian vestir á los locos, y de loco visten al que es la Sabiduría Eterna. Por la noche la iniquidad aparentando justicia, por la mañana el escarnio aparentando discrecion, al medio dia la ferocidad aparentando respeto. El Pretor romano conoce la iniquidad con que es acusado aquel que le presentan como reo, y para librarle la vida, satisfaciendo la crueldad de los acusadores, le hace azotar bárbaramente por mano de los sayones y de los soldados de su guardia. La tradicion, y con ella todos los escritores católicos, suponen que María presenció aquel horrible espectáculo, que por atroz que fuese todavía era ménos que lo que le restaba por ver. Los azotes descargados sobre las inocentes carnes de Jesus desgarraban el corazon de la inocente madre. Hoy no habria ninguna que soportara tan horrible espectáculo; ¿qué mujer tendria hoy valor para ir á ver ajusticiar á su hijo? Pero las mujeres hebreas no se apocaban en casos tales. Cuando David entregó á los gabaonitas siete hijos de Saul para que los ajusticiaran, en castigo de las tropelías que su padre habia hecho con aquellos, faltando á lo pactado, Resfa, madre de dos de aquellos infelices, se colocó junto á su patíbulo en el cerro que miraba al templo, quizá el mismo sitio del Calvario, y sentada sobre una piedra, vestida de grosera túnica, estuvo allí durante largo tiempo guardando los cadáveres de sus hijos, sin permitir que los destrozasen las aves de rapiña, ni se acercaran á ellos las fieras durante la noche.

Pero ¡cuál seria el dolor de María al ver á su Hijo asomado á la galería del pretorio, y hecho rey de burlas el Rey de la gloria! Un manto de vieja púrpura, apolillada y raida, cubre sus ensangrentadas espaldas, una corona de espinas taladra su cabeza y hace correr la sangre por su pálido rostro, trazando surcos rojizos: en las manos tiene una caña por cetro irrisorio y una soga áspera ciñe su garganta en vez de collar de oro. ¡Qué espectáculo para una madre! Y entre tanto el infierno suelto desencadena contra la sagrada víctima toda la furia de su poder tenebroso, y sopla el furor insensato de su rabia en los corazones de la aristocracia y del pueblo, de los fanáticos y de los hipócritas, de los malos y degenerados sacerdotes, de los sabios infatuados con su saber sofístico y capcioso, del populacho brutal y embrutecido, y aquellos destilan en los oídos de éstos palabras de rabia y de venganza, y éstos gritan furiosos:—¡A él, á él, crucifícale, crucifícale!

Y en efecto, el pretor romano firma la sentencia de muerte, y aquel pueblo sanguinario y degenerado aplaude frenético la iniquidad triunfante. Suenan los clarines, forma la cohorte romana ante el pretorio y salen dos bandidos llevando cada uno sobre sus hombros el palo en que ha de ser ajusticiado. En pos de ellos sale Jesus lívido, extenuado de fatiga, sediento por la mucha sangre que ha perdido, y sale tambien llevando su cruz, cuyo peso le abruma y le hace caer desfallecido. Al verlo gime la Madre y se desmaya, alzan sus primas y las santas mujeres dolorosos gemidos que llegan al cielo, y las acompañan en su dolor las piadosas doncellas de Jerusalen, no pervertidas por el orgullo farisáico, ni la sofistería de los escribas, ni la hipocresía avara del sacerdocio degenerado que comercia con la religion.

«Y cuando le llevaban echaron mano de un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia del campo y le obligaron á llevar la cruz detrás de Jesus. Y le seguia un gran tropel de gente y mujeres que lloraban y se lamentaban de lo que le pasaba. Mas Jesus volviéndose á ellas les dijo:—No lloreis por mí, hijas de Jerusalen, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos; porque os van á venir tiempos en que se diga: ¡Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no engendraron, y los pechos que no dieron de mamar! Entónces sí que empezarán á decir á los montes: ¡caed encima de nosotros! y gritarán á los collados para que los cubran. Porque si esto se hace con el leño verde, ¿qué será con el seco?»

La tradicion supone que con estas piadosas mujeres venia la Santa Madre de Jesus oprimida de dolor y anegada en llanto; y designa todavía el sitio donde aquella encontró á su Hijo pálido, abatido, desfigurado, amoratado el rostro, y cubierto de sangre coagulada, y no bastando su gran fortaleza, su continua gracia, su resignacion profunda, y el ministerio de los ángeles que la confortaban, cayó desmayada, pues al fin, aunque santa y muy santa, *era madre*. ¿Pudo en aquel momento hablar á Jesus? ¿Tuvo la naturaleza fuerzas para articular siquiera dos palabras, ó no pudo hacer más que lanzar una mirada fija, dolorida, expresiva, de esas miradas que dicen más que mil palabras?

María, repuesta de su pasajero desmayo, sigue las huellas de su Hijo, no le precede: de buena gana hubiera llevado la Cruz de Jesus y casi envidia al Cireneo Simon: pero los soldados la rechazan. *Es la madre del ajusticiado:* el odio al *criminal* refluye en la Madre del que va á ser víctima de *la justicia humana*. ¡Sarcasmo horrible, llamar *justicia* al asesinato jurídico!

Ya han llegado á la cumbre. Unos soldados abren los hoyos y fijan los largos maderos: otros desnudan brutalmente á los reos, y les hacen extender sus brazos sobre el travesaño para clavarlos en él. Una turba brutal y feroz contempla con avidez aquellos crueles preparativos: testigos innecesarios de aquel acto horrible, holgazanes unos, vengativos otros, abren desmesuradamente sus ojos para verlo mejor, y no perder ningun detalle. Quisieran tener aún más ojos para ver más y mejor. Los que están detrás se alzan sobre las puntas de los piés y se apoyan sobre los hombros de los delanteros. El desden, el sarcasmo, la ira comprimida, el odio reconcentrado, el orgullo vengativo, la crueldad, la estupidez, la hipocresía se ven retratados sobre los rostros de los que forman el abominable corro, que entónces como ahora se agolpa brutalmente á presenciar las ejecuciones, para ver correr sangre de hombre con cierta especie de afanosa ferocidad é inexplicable deleite. María no vió estos preparativos ni oyó las burlas sangrientas. El apóstol Juan que no la abandonaba, María, la rica señora del castillo de Magdala, la del corazon ferviente, María Cleofás, María Salomé, madre de Juan, ántes orgullosa, ahora bien humilde, las piadosas mujeres de Nazareth, de Jerusalen y de otras partes, que plañian á Jesus en la subida del Calvario, se habian retirado á un lado, y se ponian cariñosas delante de María para que no viese, para que oyera ménos. Jesus, clavadas las manos en el travesaño, es izado á lo alto del madero y sujetados á éste sus piés, son clavados como sus manos. Denuestos, silbidos, insultos, infame rechifla acoge su elevacion:—«Bájate si puedes..... haz ahora milagros..... ven, ven á destruir el templo..... llama, llama á tu Padre para que venga á librarte.» Hoy acompañan á los reos de muerte la tristeza, la caridad, el respeto debido á la humanidad doliente, pero en la muerte de Jesus no hubo ese lúgubre aparato: la rabia de los que gritaban:—«¡caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» necesitaba saciar su saña cruenta y añadir á la muerte los desahogos de la más baja venganza. Satisfechos estos instintos feroces abandonan el ajusticiado á su negra suerte: quizá tardará en morir, avanza la tarde y no es cosa de esperar allí. Despéjase el círculo: los curiosos y los vengativos van dejando el monte, y entónces la piadosa comitiva se acerca al madero ya santificado de la Cruz.

«Y estaban cerca de la Cruz de Jesus su Madre y la hermana (prima) de su Madre, María, mujer de Cleofás y María Magdalena. Y habiendo visto Jesus á su Madre, y al discípulo á quien amaba, que estaba tambien allí, dijo á su Madre:—Mujer, ve ahí á tu hijo.—Despues dijo al discípulo:—Ve ahí á tu Madre.—Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.» Así refiere San Juan este lúgubre, tierno y último pasaje, como testigo presencial, como narrador de un asunto suyo personal.

Despues de humedecer su boca reseca por la fiebre y la pérdida de mucha sangre, á las tres horas de estar crucificado, y á lo que ya declinaba hácia su ocaso el sol eclipsado extrañamente, Jesus pronuncia sus últimas palabras: «¡Se acabó!» (*Consummatum est*): entónces, inclinando la cabeza sobre el pecho, lanza un hondo suspiro y entrega su espíritu en manos del Eterno Padre. El género humano queda salvado: la promesa consoladora de Dios al primer hombre queda cumplida. María inocente paga la curiosidad indiscreta de la mujer primera ¡y cuán cara!

Mil y mil plumas elocuentes han descrito con patéticas frases, con los más vivos colores, las angustias de María en el doloroso y horrible trance de la muerte de Jesus, pasaje más á propósito para sentido que para ser descrito. ¡Tanto y tanto es lo que sobre él á la imaginacion se agolpa! Hace más de mil ochocientos años que las almas puras meditan sobre él y lo contemplan y nunca dejan tan piadosa tarea de la que sacan nuevas y vivas observaciones, que las enfervorizan más y más en el amor divino. A la manera que el pintor pagano cubrió con un velo el rostro del padre que asistia al sacrificio de su hija, no atreviéndose á expresar en su fisonomía el dolor paternal, vale más renunciar á las palabras que se agolpan á la imaginacion sobre este asunto y llamar á las almas á meditar más bien que á leer, á estudiar las ideas propias mejor que repasar las ajenas.

. . . .

Faltaba á María otro dolor, de esos dolores que llevan consigo algun consuelo, pero en los cuales se duda si mitigan el dolor ó lo exacerban. La madre que ve morir á su hijo querido de una de esas enfermedades en que falta la respiracion, oprimida la garganta, como si la mano de la muerte inexorable fuera agarrotando lentamente al niño que se ahoga, que se agita y lanza apénas un silbido angustioso y de agonía, llega á desear la muerte de su hijo, una vez perdida la esperanza. María habia podido abrigar alguna de que su Hijo no muriese. Los de Nazareth habian querido asesinarle, y le habian llevado á la cúspide del monte, pero él habia pasado por medio de ellos, y el asesinato no se consumó. Otra vez en Jerusalen quisieron apedrearle por blasfemo. Quizá fuese ahora lo mismo, y aunque preso, y azotado, y escarnecido pudiera ser que no estuviese decretado que llegase á sufrir la última ignominia humana, la muerte y muerte en afrentoso patíbulo. Mas esa esperanza se habia desvanecido, y al ver los horribles sufrimientos de que era víctima, si no llegó á desear la muerte de su Hijo, porque no podia desearla, por lo ménos padeció ménos al ver que habia espirado. Ya Jesus no sufria: ella sufria por los dos. ¡Triste consuelo!

Los dos bandidos respiraban aún. Lo más horrible en el suplicio de cruz era el largo tiempo que duraba, pues á veces tardaban los reos en morir dos y tres dias: las aves de rapiña, cerniéndose en pesados giros sobre las cabezas de los reos moribundos, olfateaban su presa, lanzaban chillidos de impaciencia, y redoblando su osadía en proporcion de la forzada inercia, se arrojaban sobre ellos, picaban sus ojos y se cebaban en sus carnes todavía vivas y palpitantes. Por misericordia se tenía el acelerar su muerte, y así lo hicieron los sayones con los dos bandidos. Al ver muerto á Jesus no destrozaron su cuerpo. La lanza de un pretoriano abrió el costado de aquel, para asegurarse de su muerte. El corazon de la Madre sufrió á la vez el golpe y el ultraje, ya que el cadáver de su Hijo no sentia ningun dolor.

El cadáver se bamboleó en la cruz: en aquel momento se oscureció aún más el sol, asaltado por extraordinario eclipse, las aves volaron para ocultarse, la tierra se estremeció con extrañas convulsiones, los montes se desgajaron, y algunas montañas se hendieron cual si penetrara en su seno un cuchillo. Los curiosos insolentes que aún no se habian retirado del Calvario sintieron pavor, se estremecieron con tardío arrepentimiento, y bajaron del monte convirtiéndose en susto la saña con que lo habian subido. Todos reconocian la divinidad del que acababa de morir, dejándose matar, ménos los escribas y fariseos, sus asesinos, representantes de los políticos y los sofistas. El orgullo político y la pedantería científica son difíciles de curar: rara vez reconocen su error. Los fugitivos tropezaron en el camino con un caballero que subia presuroso seguido de unos esclavos cargados de mixturas y aromas para embalsamar. Era Nicodemus, el discípulo

oculto. Este, en union de otro caballero de Arimatea, llamado Josef, que traia licencia de Pilatos para tomar el cadáver y sepultarlo, descolgó el cuerpo de Jesus á vista de María, la cual lo recibió en sus brazos y lo estrechó contra su seno.

«Pues cuando la Vírgen le tuvo en sus brazos, dice el elocuente Fray Luis de Granada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh, ángeles de paz! llorad con esta sagrada Vírgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente contra su pecho, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.—¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebísteis con tanta gloria y paristeis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados?....

»Hijo, ántes de ahora descanso mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificaran? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tan buenas obras? ¿Este es el premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina?.....

»Oh dulcísimo Hijo, ¿qué haré sin tí? ¡Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía! Ahora quedo como huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, y sola sin tal Maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más asentado á mi mesa, comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.....»

VICENTE DE LA FUENTE

LA ORACION EN EL HUERTO

LEYENDA BÍBLICA

I

Habia ya enseñado Jesus su celestial doctrina con la palabra y el ejemplo.

Habia llamado á su divino apostolado á hombres de fe sencilla y sencillo corazon, humildes y áun ignorantes, para que inspirados luégo prodigiosamente por las fulgúreas lenguas del Espíritu Santo, evangelizaran el mundo y ataran y desataran los pecados de los hombres con potestad suprema, fundando la Iglesia universal.

Y se acercaba ya el término de su mision divina, que era sellar con su sangre todo el código inmortal de la Nueva Ley, el Nuevo Testamento, el Evangelio, la verdad moral y religiosa.

Y habiendo dado, en fin, el mandato de amor á sus discípulos, despues de la última cena, fué con ellos á una granja llamada de Gethsemaní, huerto fertilísimo que habia al pié del monte Olivete, y les dijo:

—Sentaos aquí, miéntras yo me retiro á orar allá.

Y tomando consigo á Pedro y á los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, comenzó á sentir su ánimo entristecido y angustiado.

Entónces les dijo:

—Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí y velad conmigo.

Y habiendo dado unos pasos más allá, se postró sobre su rostro, é hizo oracion diciendo:

—Padre, Padre mio, si posible es, aparta de mí este cáliz de amargura; pero hágase tu voluntad y no la mia.

Y pasó una hora postrado sobre su rostro y orando en el silencio del alma y el silencio de la noche, turbado sólo por el murmullo del olivar como otra plegaria misteriosa.

Despues de esta hora, vino á sus discípulos y hallándolos dormidos:

—No habeis podido, les dijo, no habeis podido velar conmigo una hora... Velad y orad para que no entreis en tentacion.

Y se retiró otra vez, y otra vez oró diciendo:

—Padre mio, si no puede pasar este cáliz de amargura sin que lo apure yo, hágase tu voluntad.

Y las sombras de la noche pasaban como olas de la mar; y las olas, como olas de amargura.

Y Jesus alzó al cielo la frente soberana y abrió los brazos como para abarcar todas las sombras, que eran olas de amargura.

Y se entristeció más y más.

Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia.

Y sudaba en el trabajo de su agonía y en el fervor de su plegaria.

Y el sudor de su frente, como las lágrimas de sus ojos, era una lluvia de sangre que caia sobre la tierra maldita, fecundándola ya para la redencion.

II

Luégo de súbito se apartaron las tinieblas, dejando espacio á una vision de luz.

Era una forma nítida, espléndida, bellísima; era el Angel de la confortacion, animado aún por la palabra del Padre Celestial.

Y trémulo y palpitante de emocion, se acercó al Redentor, que, cerrando los brazos, prendió en un lazo divino la luz que descendia del cielo.

Hijo unigénito del Padre celestial,—le dijo el Angel con la amorosa blandura del aura vespertina, despues de posar un ósculo en su frente,—Dios Hijo, Dios como el Padre y el Espíritu Paráclito, Dios mio, tú que eres el Sér de que á torrentes corre la vida universal animando estrellas y mundos y ángeles y hombres, criaturas todas de tu diestra omnipotente, ¿cómo y por qué te apenas ante el cáliz de la muerte, si eres inmortal, Dios mio?

Pero ¡ay! has de redimir al hombre con méritos de tu pasion y muerte, y tomaste carne pasible y mortal para poder padecer y morir como hombre, víctima inocente y purísima del amor, aceptado por tí desde el principio.

Y se ha cumplido ya el tiempo de la promesa divina, que esperan en dolor cuarenta siglos de esclavitud, esclavitud del pecado y esclavitud de hierro, de lágrimas, de opresion.

Y no hay redencion posible, sino eterna perdicion para las almas, sin el cruento sacrificio del cordero inmaculado, víctima expiatoria de los pecados del mundo.

¡Oh misterio doloroso, pero bendito en su mismo dolor!

Pues ha de cumplirse la palabra de Dios, y tú, Hijo de Dios, has de llevar á tus labios y apurar hasta las heces el amargo cáliz de la muerte para salud de las almas sedientas de libertad y de luz y de perdon; yo, el Angel más amado del Señor, yo confortaré tu espíritu con un mensaje del cielo para que puedas cumplir tu asombrosa mision como hombre pasible y mortal.

Traigo, Jesus divino, la bendicion de Dios Padre y toda la virtud é inspiracion de Dios Espíritu para que alienten tu alma.

Traigo todas las armonías de los salterios seráficos para calmar las tristezas de tu espíritu.

Traigo un ósculo del sol para posarlo en tu frente; fulgores de la luna y las estrellas para ahuyentar las sombras de tus ojos; perlas de lágrimas lloradas por nubes de gloria para humedecer tus labios; auras de espacios infinitos, refrescadas en rios de eterno bien, para llenar tu pecho, y el limpio cendal del alba para recoger y llevar á la patria de los ángeles, tus siervos, como tesoro de los cielos, todas las gotas de sangre que suda y llora el dolor supremo regando ya la tierra maldita para plantar el árbol de la cruz.

Todas las legiones, todas las jerarquías, todos los órdenes y coros de espíritus angélicos vendrán á asistirte con virtud del Padre Celestial delante del ángel de la muerte; y cuando el Padre marque en el curso del tiempo el supremo instante de la consumacion de su gran obra, tuya tambien, todos los soplos del aire serán alas de ángeles, que llevarán tu espíritu al seno de los justos que te esperan, y tu sagrado cuerpo al sepulcro para el glorioso triunfo de tu resurreccion.

Los justos de la Antigua Ley esperan tu visita en el seno de Abraham para ascender á la vida de la inmortalidad y de la eterna luz.

Los hombres, esclavos del pecado, esperan tu resurreccion para regenerarse en la fe de tu Evangelio, pacto de la nueva alianza y testamento de la herencia universal á que son llamados por tu amor todos los hombres, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes como hermanos tuyos todos y todos hijos de Dios.

Y la gloria del eterno Sér, vestida de esplendor nupcial, espera la ascension del Hijo y del Esposo para coronarlo de estrellas y sentarlo á la diestra del Padre Celestial.

Sentado en tu trono de majestad suprema á la diestra del Padre y bajo las fulgúreas alas del soberano Espíritu, dominarás todas las milicias de los ángeles, todas las jerarquías de los santos, todos los coros de los justos, todas las esferas de las almas, las órbitas de todos los astros, las rotaciones de todos los mundos, los destinos de todos los hombres, las leyes de todo el universo; y sin dejar de ser el Hijo en la Trinidad divina, serás el Padre y el Espíritu en la infinitud de la eternidad.

El mensajero divino besó otra vez la frente soberana y abrió sus alas para volver á Dios.

Las sombras volvieron á cerrarse.

Pero no eran ya olas de amargura.

III

Jesus estaba ya confortado, y en cuanto hombre pasible y mortal, ansiaba ya padecer y morir, tenia ya hambre y sed de cruz.

¡Oh cruz! Te amo con toda mi alma, aunque se estremece mi carne mortal al recio dolor con que me brindas.

Te amo porque tú serás ya el árbol del nuevo paraíso, árbol de la ciencia del bien únicamente, árbol inmortal, cuyo fruto á nadie estará prohibido.

Te amo porque en tí y por tí serán ya iguales y libres de toda esclavitud los hombres todos, sin que haya opresion que tú no condenes, ni dolor que no consueles, ni pecado que no borres.

Te amo porque serás el estandarte de la fe, la prenda de la esperanza, el tesoro de la caridad, el escudo de los humildes, el azote de los soberbios, la espada de la justicia, la fuente de la misericordia, la llave del reino de los cielos.

¡Oh cruz! tiende ya á mí tus brazos de humana redencion, como yo te tiendo ya los mios, y unámonos con remachados clavos para que no desfallezca la carne pasible y mortal ántes de consumar con mi muerte mi obra de amor, de salud y redencion.

Las auras de la noche, embalsamadas por las flores del monte, se movieron halagüeñas besando el rostro divino.

Luégo callaron las auras y la naturaleza toda con asombro.

Habia sonado un ósculo, que no era del aura halagadora, sino de la ingrata perfidia, de la más negra traicion.

Era el beso de Judas, que entregaba á su Maestro á las turbas, á la muerte, á la cruz.

CECILIO NAVARRO

NOTICIAS GEOGRAFICAS

VILLA RICA (*Araucania*).—Chile acaba de tomar posesion de la célebre ciudad de Villa Rica, y con este motivo, el *Correo de la Plata* publica los siguientes curiosos detalles:

«Inaccesible á la civilizacion por espacio de más de trescientos años á causa de la tenacidad de los indios, que no permitian á los blancos penetrar bajo ningun pretexto, esa ciudad era considerada por los araucanos como un lugar sagrado. En las épocas de esplendor de la raza india, la prosperidad y riqueza de Villa Rica llegaron á su colmo, como su nombre denota; pero ahora, apénas despiertan sus antiguas construcciones el recuerdo de aquellos buenos tiempos, pues hállanse convertidas en un monton de ruinas invadido por la maleza y las plantas extrañas de una vegetacion vírgen aún; los reptiles que entre ellas se deslizan, y las aves que revolotean al rededor de los grandes árboles, son los únicos séres que interrumpen el majestuoso silencio de aquella region. Sin embargo, no por eso deja de ser una preciosa adquisicion bajo el punto de vista histórico, y seguramente el estudio de sus monumentos proporcionará curiosos datos sobre los usos y costumbres de las tribus indígenas que habitaron allí en otro tiempo.»

Un grupo de 25 hombres bastó para plantar en Villa Rica la bandera chilena, que fué bien acogida por los indios.

* *

CHINA.—Hé aquí la poblacion extranjera é indígena de los 18 puertos del imperio celeste abiertos al comercio extranjero:

Puertos.	Poblacion china.	Poblacion extranjera.
Canton	1.600,000	225
Tien tsin	930,000	268
Fu tchu	630,000	242
Han-Cu	600,000	139
Chang-hai	300,000	2,767
Ning-po	260,000	145
Ta-cu	135,000	45
Chin-Kiang	130,000	75
Tam-suí	90,000	25
Amoy	88,000	275
Uen-chu	83,000	17
Niu chuan	60,000	111
Kiu-Kiang	50,000	76
U hu	40,000	20
Chi fu	35,000	181
Hai chang	34,000	12
Svatov	30,000	143
Kung-chu	30,000	15
Total. . .	5 225,000	4,783

* * *

El número total de europeos y americanos en todo el Japon, es segun el censo del año pasado, de 2,553 individuos.

MAC-GREGOR.—Una ciudad fundada, sino edificada en un dia, no es cosa rara en América. Mac-Gregor, que se halla á 150 millas al oeste de Tyler y á 20 de Waco, en Texas, se fundó en pocas horas, casi podemos decir en el espacio de un dia. En 1881 eligióse en una mañana el sitio donde debia erigirse la nueva ciudad, en el cruzamiento de las líneas férreas del Golfo-Colorado, Santa Fe y Texas-San Luis; al dia siguiente acudian pobladores de todo el país vecino; dividíanse los terrenos en lotes, haciéndose el trazado de calles y plazas, y efectuábase la venta con una prontitud increible, adjudicándose cada lote en minuto y medio. De este modo se remataron sucesivamente 442 lotes, quedando formados dos barrios á la distancia de 3 millas uno de otro. Al mismo tiempo aparecieron en la pradera grandes carros que conducian casas de madera portátiles, las cuales se colocaban rápidamente en los terrenos donde se habian echado los cimientos.

Al segundo dia de la toma de posesion por los colonos, contábanse ya doce casas en pié, y en algunos sitios se acampaba en tiendas de campaña. Al cabo de dos meses habia en Mac-Gregor 170 casas, con una poblacion de 500 almas, y al tercero publicábase un diario, el *Plaindealer*. Despues se ha ensanchado mucho la ciudad, construyéndose almacenes y estaciones para el camino de hierro; y hoy dia, muy próspera, exporta á lo léjos sus productos.



LA ORACION, cuadro por N. Seifert

***

LOS ALEMANES EN FERNANDO PÓ.—No contentos aún los alemanes con aspirar á la adquisicion de la isla de Cabrera, cuya compra trataban de negociar por medio de uno de sus agentes, segun dijimos en otro número, á fin de tener un pié en España, ahora tratan de enseñorearse de Fernando Pó, á juzgar por lo que dice el *National Zeitung*. Segun este diario, la Sociedad colonial alemana ha elegido dicha isla, en la costa occidental de Africa, en el golfo de Guinea, para la creacion de un establecimientto aleman, con la esperanza de obtener más tarde esta posesion española.

Fernao do Pó, ó Fernando Pó, tiene aproximadamente una superficie de seis millas cuadradas por una anchura de cuatro; volcánica y montañosa, está bien bañada y posee buenos fondeaderos, pero es poco propia para la colonizacion, á causa de sus pantanos y del calor tropical que allí reina. Los indígenas, cuyo número asciende á 1,700, son negros.

El propio diario anuncia tambien que el elemento germánico gana mucho terreno en las costas orientales de Africa, principalmente en los Estados del sultan de Zanzibar, confirmándose así el perseverante afan de los alemanes por aumentar el número de sus dominios. El soberano de aquel país ha contratado á varios maquinistas y oficiales alemanes para su escuadra, compuesta de seis grandes vapores; tambien ha tomado á su servicio cocheros y palafreneros de la misma nacionalidad; y se ha observado que todos esos extranjeros gozan de las mayores consideraciones por parte del sultan.

***

NUEVA PROVINCIA CHILENA.—El Congreso de Chile ha resuelto formar con el territorio actual de Angolet la provincia de Malleco y un territorio de colonizacion con el nombre de la Imperial, bajo la dependencia del ministerio de colonizacion.

La provincia de Malleco se compondrá de los departamentos de Angol y de Collipulli, administrada por un intendente; en Collipulli habrá un gobernador.

El territorio la *Imperial* tendrá por capital Traignen, y habrá un gobernador militar.

*

EL ISTMO DE CORINTO.—Segun escriben de Atenas, los trabajos de perforacion del istmo de Corinto avanzan rápidamente: hasta ahora se han desmontado desde Kalamaki á Corinto más de 250,000 metros cúbicos de tierra, que se han arrojado al mar, á la entrada del canal, en el sitio mismo donde debe construirse un muelle. La perforacion se practica por medio de pozos y de dos galerías subterráneas conducidas paralelamente á una distancia de 450 metros del eje del canal.

NOTICIAS VARIAS

RAPIDEZ DE LAS SENSACIONES OLFATORIAS.—La influencia de los olores en nuestros órganos olfatorios es sumamente rápida. Mr. Baudin, profesor de fisiología de la Facultad de ciencias de Nancy, ha determinado últimamente, despues de practicar varios experimentos, aunque no indica el método observado, el tiempo que se necesita para producirse la sensacion. Por lo pronto ha reconocido que esta rapidez no es la misma para todo el mundo, y que varía en una misma persona segun las diversas sustancias. Así, por ejemplo, los órganos olfatorios perciben la accion del amoniaco á los 37 centésimos de segundo; la del alcanfor á los 50, y la del ácido fénico á los 67. En cuanto al almizcle, la percepcion de su olor es demasiado rápida para poder medirla.

***

LA LUZ DE LA LUNA.—Segun Mr. Musset, profesor de la Facultad de ciencias de Grenoble, la luz de la luna ejerce sobre los vegetales la misma fuerza de atraccion que la del sol; de modo que además del *heliotropismo* tenemos ahora el *selenotropismo*.

***

ACLIMATACION DEL TÉ.—A juzgar por lo que dice la *Gaceta de Mesina*, el árbol del té se aclimata y prospera en Sicilia. En los tres últimos inviernos se han tenido ciento veinte arbustos al aire libre, y ahora crecen vigorosos y abundan en follaje y simiente, pareciendo las hojas de tan buena calidad como las de China. El arbusto se planta como la vid y puede dar dos cosechas al año.

***

DESCUBRIMIENTO DE FÓSILES EN LÓNDRES.—En las excavaciones practicadas en Lóndres para edificar se ha dado con frecuencia el caso de encontrar restos de animales cuyas especies se han extinguido hace largo tiempo en Inglaterra, pero que tienen aún representantes más ó ménos directos en Europa, y hasta en Africa. Ahora se acaban de descubrir muchas osamentas de especies del período post-glacial, entre las cuales figuran las del leon y otras que, segun el profesor Dawkins, indican que en la edad prehistórica el rey de las selvas, nacido en el Norte, emigraria poco á poco al Sur, cuando Inglaterra estaba unida aún al continente por un istmo. Se han hallado tambien osamentas del buey y del bisonte, astas de ciervo y colmillos de elefante, indicios de una época en que estos animales vagaban aún en manadas por el país, como lo hacen ahora en Africa y América.

***

El 16 de febrero último cayó un aerolito de 50 kilógramos de peso cerca de Alfianello en la provincia de Brescia. Tan veloz fué su caida que penetró dos metros en el suelo causando una gran conmocion.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 26 DE MARZO DE 1883 — NÚM. 65

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UNA ESTOCADA A LA JARNAC, cuadro por A. L. Jacomin

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Correspondencia de un buzo.—Opinion de los peces respecto de los hombres.—El fin de la cuaresma. Una fiesta en el fondo del mar.—Excursion científica.—La alcantarilla de la calle de los Estudios.—La pesca del *bou*.—La aficion á los toros.—Perez Galdós.—Dificultades vencidas.—El *círculo Ayala*.—Alarcon y Valera.—La grandilocuencia de Castelar.—Carta á *Mr. Breton des Forgerons*.

Uno de esos buzos que bajan al fondo de los mares, como los filósofos y los moralistas profundizan el corazon humano, me ha escrito una carta en papel *mar-quilla* participándome la manera con que han celebrado los peces el próximo fin de la cuaresma.

Es un escrito curioso del cual sólo ofreceré á mis lectores un ligero extracto.

En primer lugar, se deduce de la citada correspondencia que en el líquido elemento tenemos todos los hombres fama de tiranos y de usurpadores.

Eso de que nosotros hagamos tragar el anzuelo á los peces y les tendamos redes de mil clases para arrancarlos de su patria y del seno de sus familias los tiene muy escamados.

Nos acusan de rutinarios y de esclavos del almanaque.

Dicen con alguna razon:

—¿Qué se puede esperar de una gente que tiene sus épocas marcadas para comer ostras, y que tan pronto como el calendario les señala la fiesta de Navidad exclaman:

—¡Venga besugo!

Pero lo que más les irrita es la cuaresma.

En uno de sus libros publicado por un pez muy largo que se las echaba de cosmopolita, se habia tratado de disculpar la ictiofagía del hombre durante las siete semanas comprendidas entre el Carnaval y la fiesta de Pascua.

Alegábanse las siguientes circunstancias atenuantes:

Que la primavera venia á caer siempre en Cuaresma;

Que en dicha época la sangre del hombre entraba en efervescencia;

Y que la raza humana tenia necesidad de atemperar la fuerza de su sangre con abstinencias y manjares ligeros.

Esto, si no disculpaba, explicaba por lo ménos la conducta del hombre.

Pero este año parece que algunos peces de oído penetrante se han puesto á escuchar junto á los cables eléctricos que descansan en el fondo de sus dominios, y han descubierto lo siguiente: «Nevada general por toda la tierra. El frio es intenso. No hay movimiento de sangre todavía. Las chimeneas continuan encendidas. Nadie se atreve á dejar los abrigos. La primavera es un sofisma.»

¡Y á pesar del estado del tiempo, los peces han visto con dolor é ira que sus semejantes eran devorados por el hombre durante toda la Cuaresma!

Así es que una vez próxima la conclusion de la Cuaresma han ideado grandes fiestas nacionales, con *Te-Deum* como hacemos nosotros cuando toca á su término alguna destructora plaga, y con revista militar y regocijos públicos en todos los mares, incluso el más tranquilo de todos ellos, el mar Pacífico.

Segun mi corresponsal, se formará una comitiva compuesta de los peces más gordos.

Los peces espada, que son los militares de aquel país, formarán la carrera en filas tan apretadas que ni las mismas anguilas puedan pasar por los intersticios.

Las langostas, esos cardenales de los mares, como las llamó un célebre crítico francés, oficiarán de pontifical en su fiesta religiosa.

Los calamares, en su calidad de escritores públicos, serán los cronistas del suceso; y los lenguados pronunciarán discursos á fin de inflamar en amor patrio todos los corazones.

A cargo de los peces eléctricos estará el alumbrado público durante la noche; y las truchas que ocupan grandes posiciones administrativas como embajadores del mar en los rios, han hecho decorar los edificios públicos con vistosas colgaduras de algas y corales, así como tambien han hecho levantar con las maderas de barcos destruidos grandes tablados donde los caracoles de mil diversas formas tocarán escogidas piezas musicales.

Celebraránse banquetes monstruos, en los cuales, para cumplida venganza, la carne de los náufragos será condimentada y aderezada de infinitas maneras; y si todo esto produce gran dispendio al erario, el ministro de Hacienda, que debe ser un salmon de sonrosada carne, ha prometido que luégo, á fuerza de esponjas, se enjugará el déficit del presupuesto.

Algunas ostras de oposicion, rebeldes y murmuradoras, han sido condenadas al ostracismo, y la clase media y el pueblo bajo compuestos de besugos, sardinas, bacalaos, etc., se las prometen muy felices durante los dias de fiesta.

* * *

Esto es en sustancia lo referido por mi buzo corresponsal, quien á juzgar por sus dotes de observacion, podria ser un excelente profesor de esos alumnos de la facultad de ciencias naturales partidos hace poco de Madrid con sus catedráticos al frente para hacer excursiones científicas.

La comitiva de jóvenes estudiosos se dividirá en dos partes: una de ellas irá á Valencia para estudiar la pesca del *bou*, y la otra pasará por Cádiz, llegará á Gibraltar, tocará tal vez en Túnez y volverá á Madrid, —tal es al ménos su deseo— cargada de objetos de historia natural para sus correspondientes colecciones.

Desde luégo es muy laudable el viaje, y aunque el ministro de Fomento no hubiese hecho otra cosa desde que ocupa tan elevado puesto más que facilitar medios para esa comision científica, este solo acto bastará para acreditarle de celoso y amante de la cultura pública.

Pero vamos por partes. La seccion que visite la antigua *Gades* y ponga despues su planta en los terrenos del *infiel marroquí* se podrá dar por satisfecha si con la punta de su cayado de viaje logra desmoronar una pequeña parte del peñon que nos arrebataron los ingleses, y traer tambien en su maleta las babuchas usadas por algun *muezin* en el acto de entonar cánticos al gran Alá desde el minarete de alguna mezquita.

Y si además pudieran volver á Madrid con un pedazo de las antiguas columnas de Hércules, esto seria ya verdaderamente haber llegado al *non plus ultra*.

Pero la seccion de Valencia no logrará traer tantos objetos y nociones del mar como les habria proporcionado el buzo á que hice referencia.

La excursion será productiva; no lo dudo. Pero la presencia de la pesca del *bou* ¿vale la pena de andar por estos mundos de Dios con cara de sabio, ó por lo ménos, de amante de la sabiduría?

Yo, sin abandonar el calor de mi chimenea ni exponerme á que la locomotora me explique á fuerza de silbidos las maravillas de la presion, he podido estudiar el fenómeno natural acaecido en la calle de los Estudios donde ha hecho explosion el aire comprimido en las alcantarillas levantando las piedras de la acera y arrojando á cierta distancia á un jornalero que pasaba en aquel instante.

¡A ver si en Tánger, ni en Gibraltar, ni en Valencia con su pesca del *bou* y todo, se encuentran alcantarillas que jueguen á la pelota con los jornaleros con tanta naturalidad como las de Madrid!

* * *

La pesca del *bou* tiene además otro inconveniente. Trastornará un poco las ideas de los alumnos de ciencias naturales. *Bou* en catalan significa *buey*; y desde el momento en que los excursionistas se hagan cargo de esa relacion filológica, corren el peligro de llegar á Madrid con la idea de que en las aguas de Valencia se pescan los toros que han de ser lidiados en la plaza de esta capital de España durante las Pascuas de Resurreccion y demás corridas siguientes.

¡Válgame Dios!... ¡No ha dado poco que hacer á los aficionados al arte de Pepe Hillo la adquisicion de billetes para las próximas corridas de toros! ¡Bien pueden decir que la corrida la han dado ántes ellos!

¿Veiais por las calles de Madrid á un hombre, andando de aquí para allí, bebiendo los vientos, respirando fuerte, jadeante y desalado?

Pues de cien probabilidades teniais noventa y seis en favor vuestro si asegurabais que aquel hombre era postulante de un tabloncillo de la plaza de Toros ó miembro de la comision del banquete en honor de Perez Galdós que, como Jerónimo Paturot en busca de una posicion social, andaba él buscando un restaurant, una fonda, una sala cualquiera donde se pudieran instalar cómoda y decentemente las doscientas personas adheridas al pensamiento de esa fiesta literaria.

Y por fin el aficionado á toros concluia por encontrar su asiento deseado en el circo taurino..... pero los admiradores de Perez Galdós salian desengañados de cada fonda ó restaurant donde habian entrado y no podian ménos de hacer en medio de la calle monólogos que honraban poco á la capital de España.

En todas las fondas se encontraban con una negativa.

En primer lugar no habia salon capaz para doscientas personas.

En segundo lugar no se podian comprometer á servir por ¡cinco duros! una comida.

Y en todos los lugares decian lo mismo.

—Pero.... ¿aquí no se come?—exclamábamos nosotros.

—¿Aquí no hay costumbres culinarias ni gastronómicas?

—¿Madrid es alguna Tebaida donde el ayuno impere con fuerza absoluta?

Ya estábamos los individuos de la comision á punto de resolver estas preguntas afirmativamente, cuando surgió á guisa de providencia—puesto que de guisar se trataba,—un antiguo escritor, que habiendo hecho *¡rara avis!* algunos ahorros publicando un periódico para niños, trata de fundar ahora un *restaurant*, en el núm. 33 de la Carrera de San Jerónimo, dedicado con especialidad á los literatos, y amparado bajo el nombre de *Círculo Ayala*.

La comision y el propietario se entendieron perfectamente. El *restaurant* es nuevo y es de *Novi*. Tal es el nombre del antiguo director de la *Ilustracion de los niños*, quien al inaugurar su establecimiento con el banquete de Perez Galdós quedará convertido en un Brillat Savarin de nuevo cuño.

Tiene el *Círculo Ayala* un salon que puede contener más de trescientos comensales. ¡Vajilla numerosa!... ¡cucharas, tantas como las que han servido de base al encumbramiento de algunos militares españoles!... Y tenedores.... ¡más que los de la deuda nacional y extranjera!

En dicho salon, pues, y con tales elementos rendirán los doscientos individuos que allí se reunan el lúnes de Pascua, un tributo de admiracion á Perez Galdós y un homenaje al renacimiento de la novela española.

Algunos corazones no olvidarán, de fijo, á los autores de *El sombrero de tres picos* y de *Pepita Gimenez*.

Yo de mí sé decir que cuando se tributen merecidos elogios á Perez Galdós, pensaré:

¡Tambien D. Pedro Antonio de Alarcon es un gran novelista de mágico y primoroso estilo y D. Juan Valera es un escritor amenísimo, correcto y adornado de erudicion pasmosa!

Así como despues del discurso-bríndis del Sr. Castelar no se podrá ménos de decir:

¡Perez Galdós es un buen novelista, pero Castelar es el primer orador del mundo!

* * *

A Monsieur Breton des Forgerons.
Nous sommes déjà en pleine comédie française.
¡Hélas!

PEDRO BOFILL

Madrid 23 marzo 1883

NUESTROS GRABADOS

UNA ESTOCADA A LA JARNAC, cuadro por A. L. Jacomin

Cuentan antiguas crónicas francesas que Gui de Chabot, señor de Jarnac y favorito de Enrique II, batiéndose en presencia de la corte, con Francisco de Vivonne, señor de Chataigneraye, infirió á éste una estocada en la pantorrilla, es decir, donde ménos podia esperarse. Desde entónces todas las heridas de arma blanca causadas en paraje del cuerpo generalmente seguro, se dice que son hechas por estocadas á la Jarnac.

En el cuadro de Jacomin, recomendable por la habilidad y desembarazo con que está tratado el asunto no ménos que por la expresion de los personajes, uno de éstos hiere á un pato silvestre, metiéndole la punta de la espada por la boca hasta las fauces.

¡Pobre pato!... Su original é inesperada muerte excita la risa de los dos caballeros, á quienes no habia causado daño alguno, ni siquiera molestado, como no fuese con algun graznido inarmónico. Si tal fué la causa de su desgracia, hemos de confesar que áun cuando existe un refran que dice que por la boca muere el pez, ni el pez es un pato, ni es tan gran delito el no poseer la voz de un jilguero, que merezca la pena de muerte *por do más pecado habia.....* Convengamos en que hay gentes que se divierten de una manera bien cruel.

LECCION DE SOLFEO, por A. Fabrés

Esta composicion de nuestro distinguido paisano es muy notable por la verdad de los tipos y la naturalidad de las actitudes. Un pobre maestro, para quien el arte dista mucho de haber sido una mina, educa musicalmente a un arrapiezo, que por lo visto toma la cosa en serio y cultiva el estudio con toda la fuerza de sus potencias y sentidos.

Hasta aquí la escena no puede ser más humilde ni trivial, y sin embargo, ¿quién sabe?... Quizás el arrapiezo sea con el tiempo un gran artista. De ménos hizo Dios á los Gayarres.....

Entónces, si efectivamente lo que es posible acaba por ser real, algun dia el tenor mimado del público, el hijo predilecto de la escena, el Alejandro vencedor en todos los pueblos, quizás volverá el pensamiento á los dias de su infancia y tributará un recuerdo de gratitud á aquel ignorado maestro, de sombrero apabullado, de vestimenta mísera y de aspecto desaliñado como la miseria, que echó los cimientos del palacio de la gloria y de la opulencia habitado por su discípulo.

ROSA DE ANDALUCIA, cuadro por J. Llovera.—Dibujo de este autor

(Ultima manifestacion artística del Ateneo barcelonés)

Por mas que Fernando *el Santo* arrojase á los moros de Sevilla y otro Fernando de Granada, y la Inquisicion y la política les negaran, por último, un palmo de tierra hospitalaria allí donde gobernaron como señores; ni la política, ni la Inquisicion, ni todos los Fernandos juntos consiguieron, por fortuna, proscribir de España el tipo de las mujeres cruzadas de arabismo, digámoslo así, que tan hermosos ejemplares tiene aún en la tierra de María Santísima.

Ese tipo indígena, hecho á propósito para curar el *spleen* de los rubios hijos de Albion, y de que apénas dan una tosca idea las transteverinas de Roma y las desgreñadas vecinas de San Márcos; ese tipo, suavizado por las costumbres, mejorado por la civilizacion é idealizado por el arte, lo ha reproducido nuestro asiduo colaborador D. J. Llovera en su cuadro de no grandes dimensiones, expuesto recientemente en la Manifestacion del Ateneo barcelonés.

El público que involuntariamente se halla atraido por lo bueno y por lo bello, se detenia, con singular complacencia, ante el lienzo del Sr. Llovera, palpitante de vida, delicioso como asunto; composicion unipersonal, sin

accesorios de ninguna clase; y en la cual, empero, se adivina un poema de amor y de galantería ocurrido tras de una reja en Córdoba ó á la sombra de los laureles del Generalife.

El autor de este cuadro es, á la vez, autor de un tipo, con el cual se ha encariñado, como es natural que los padres se encariñen con los hijos; pero, en su caso, muy pocos ó ninguno renunciarian á la tentacion.

¿Acaso no se parecen entre sí las Madonas de Rafael y las Inmaculadas de Murillo?

CENTRO DE MESA, modelo por Wiese

Este lindo objeto, que constituye una verdadera obra de arte, está labrado en plata y representa un grupo de nereidas sosteniendo sobre sus hombros un fragmento de roca marina, por la cual trepa un niño ganoso de apoderarse de los frutos de que está cargado el ramillete que sirve de remate al conjunto Además, hay graciosamente combinados en él diferentes atributos marinos que realzan dicho objeto, y cuyo dibujo y ejecucion demuestran en su autor tanto gusto como habilidad artística.

BUSTO EN BRONCE DE HERACLITO

El magnífico busto del filósofo griego, que se conserva en el Museo de Nápoles, donde tantas riquezas artísticas se encierran, es una muestra evidente de la destreza con que, en la remota época á que esta obra pertenece, se labraba el bronce, y demás metales, así como de la superioridad escultórica de los griegos. Muchos son los bustos y estatuas de dicha materia que se guardan en aquel Museo, pero pocos compiten en verdad, expresion y maravilloso modelado con el que representa nuestro grabado y con el busto de Bruto que publicamos en uno de los anteriores números.

EL LECTOR, dibujo por A. Casanova

Este precioso dibujo, hácia el cual llamamos muy eficazmente la atencion del lector, es un facsímile del trazado á la pluma por nuestro distinguido compatriota. Juzgamos por demás ocioso dedicarle una descripcion especial; su título basta para expresar lo que representa, y la soltura y acierto con que está tratado tan sencillísimo asunto demuestran que no es injustificada la fama de que hoy goza el aventajado artista.

TRASLACION DEL CADAVER DE OTON III, cuadro por H. Rustige

Esta grandiosa composicion se halla á la altura del asunto que representa, del cual se ha penetrado el autor, ejecutándolo con valentía y perfecto conocimiento de cuantos elementos concurren en el éxito de una obra de arte.

Oton III, el poderoso emperador de Alemania que interrumpió el sueño de Carlomagno en su tumba de Aquisgran, encontró la muerte ante los muros de Roma, que tenia sitiada. Insiguiendo su voluntad y la costumbre establecida de enterrar en Aquisgran á los emperadores, fué conducido su cadáver á través de Italia, poblada de enemigos. Nada más imponente que aquel cortejo fúnebre, compuesto de todo un ejército, á cuyo frente se colocaron barones piadosos y prelados guerreros. Cada jornada tuvo su combate, cada etapa en direccion á la tumba imperial señalóse con una nueva batalla. Los italianos, empeñados en vencer despues de muerto al que tantas veces les derrotó en vida, ocuparon caminos, desfiladeros, montañas, cuantos pasos debian recorrer los alemanes; pero estos, agrupados junto á los restos de su ilustre caudillo, ni cejaron un punto en su empeño, ni escasearon su sangre, de que fueron pródigos como aquellos antiguos hunos que se sacrificaron ante el cadáver del terrible Atila.

Tal es el hecho que Rustige ha pintado con singular acierto y que constituye una de las más dramáticas páginas de la alemana historia.

MI ENTIERRO

DISCURSO DE UN LOCO

Una noche me descuidé más de lo que manda la razon jugando al ajedrez con mi amigo Roque Tuyo en el café de San Benito. Cuando volví á casa estaban apagados todos los faroles, ménos los guías. Era en primavera, cerca ya de junio. Hacia calor; y refrescaba más al espíritu que al cuerpo, el grato murmullo del agua, que corria libre por las bocas de riego, formando rios en las aceras. Llegué á casa encharcado. Llevaba la cabeza hecha un horno y aquella humedad en los piés podia hacerme mucho daño; podia volverme loco, por ejemplo. Entre el ajedrez y la humedad hacianme padecer no poco. Por lo pronto, los polizontes que, cruzados de brazos, dormian en las esquinas, apoyados en la puerta cochera de alguna casa grande, ya me parecian las *torres negras.* Tanto es así, que al pasar junto á San Ginés uno de los guardias me dejó la acera, y yo en vez de decirle—gracias,—exclamé—enroco,—y seguí adelante. Al llegar á mi casa ví que el balcon de mi cuarto estaba abierto y por él salia un resplandor como de hachas de cera.—Dí en la puerta los tres golpes de ordenanza. Una voz ronca, de persona medio dormida, preguntó:—¿Quién?—¡Rey negro! contesté, y no me abrieron.—¡Jaque!—grité tres veces en un minuto, y nada, no me abrieron. Llamé al sereno, que venia abriendo puertas de acera en acera, saliéndose de sus casillas á cada paso.—Chico, le dije, cuando le tuve á salto de peon,—ni que fueras un caballo! vaya un modo de correr que tienes!—El *pollin* (1) será V. y el corredor, y el sin vergüenza... Y poco ruido, que hay un difunto en el tercero, de cuerpo presente.—Alguna víctima de la humedad! dije lleno de compasion, y con los piés como sopa de vino.

—Sí, señor, de la humedad es, ya que dicen si ha muerto de una borrachera; él era muy vicioso, pero pagaba buena propina; en fin la señora se consolará, que es guape tona y fresca todavía y así podrá ponerse en claro y conforme á la ley lo que ahora anda á oscuras y contra lo que manda la justicia—Y tú ¿qué sabes, mala lengua?—Que no ponga motes, señorito; yo soy el sereno, y hasta aquí callé como un santo, pero muerto el perro... Allá voy!—gritó aquel oso del Pirineo, y con su paso de andadura se fué á abrir otra puerta Un criado bajó á abrirme. Era Perico, mi fiel Perico.—¡Cómo has tardado tanto, animal!—Chist! no grite V., que se ha muerto el amo.—¿El amo de quién? Mi amo.—¿De qué?—De un ataque cerebral, creo. Se humedecia los piés, despues de una partida de ajedrez con el señor Roque... y claro, lo que decia don Clemente á la señora: «No te apures, que el bruto de tu marido se quita de enmedio el mejor dia reventando de bestia y por mojarse los piés despues de calentarse los cuernos...»—Los cascos diría, que es como se dice.—No, señor, cuernos decia.—Seria por chiste; pero en fin al grano. Vamos á ver; y si tu amo se ha muerto, quién soy yo?—Toma, V. es el que viene á amortajarle, que dijo don Clemente que le mandaria á estas horas por no dar que decir.. Suba V., suba V.—Llegué á mi cuarto. En medio de la alcoba habia una cama rodeada de blandones, como en *Lucrecia Borgia* están los ataudes de los convidados. El balcon estaba abierto. Sobre la cama, estirado, estaba un cadáver. Miré. En efecto, era yo. Estaba en camisa, sin calzoncillos, pero con calcetines. Me puse á vestirme, á amortajarme, quiero decir. Saqué la levita negra, la que estrené en la reunion del circo Price, cuando Martos dijo aquello de «traidores como Sagasta» y el difunto Mata habló del cubo de las Danaides. ¡No supe nunca qué cubo era ese! Pero en fin, quise empezar á mudarme los calcetines, porque la humedad me molestaba mucho, y además queria ir limpio al cementerio. ¡Imposible! Estaban pegados al pellejo. Aquellos calcetines eran como la túnica de no sé quién, sólo que en vez de quemar mojaban. Aquella sensacion de la humedad unas veces daba frio y otras calor. A veces se me figuraba sentir los piés en la misma nuca, y las orejas me echaban fuego... En fin me vestí de duelo, como conviene á un difunto que va al entierro de su mejor amigo. Una de las hachas de cera se torció y empezaron á caer gotas de hirviente líquido en mis narices. Perico que estaba allí solo, porque el hombre que me habia amortajado habia desaparecido, Perico dormia á poca distancia sobre una silla. Despertó y vió el estrago que la cera iba haciendo en mi rostro; probó á enderezar el gran cirio sin levantarse, pero no llegaba su brazo al candelero... y bostezando, volvió á dormir pacíficamente. Entró el gato, saltó á mi lecho y enroscándose se acostó sobre mis piernas. Así pasamos la noche.

Al amanecer el frio de los piés se hizo más intenso. Soñé que uno de ellos era el Mississippí y el otro un rio muy grande que hay en el norte de Asia y que yo no recordaba cómo se llamaba. ¡Qué tormento sufrí por no recordar el nombre de aquel pie mio! Cuando la luz del dia vino á mezclarse entrando por las rendijas con la luz amarillenta de las hachas, despertó Perico: abrió la boca, bostezó en gallego y sacando una bolsa verde de posaderos e puso á contar dinero sobre el lecho mortuorio. Un moscon negro se plantó sobre mis narices cubiertas de cera. Perico miraba distraido al moscon miéntras hacia cuentas con los dedos, pero no se movió á librarme de aquella molestia. Entró mi mujer en la sala á eso de las siete. Vestia ya de negro, como los cómicos que cuando tiene que pasar algo triste en el tercer acto se ponen de luto. Mi mujer traia el rostro pálido, compungido, pero la expresion del dolor parecia en él gesto de mal humor más que otra cosa. Aquellas arrugas y contorsiones de la pena parecian atadas con un cordel invisible. ¡Y así era en efecto! La voluntad imponiéndose á los músculos teníalos en tension forzosa... En presencia de mi mujer sentí una facultad extraordinaria de mi conciencia de difunto; mi pensamiento se comunicaba directamente con el pensamiento ajeno; veia á través del cuerpo lo más recóndito del alma. No habia echado de ver esta facultad milagrosa ántes, porque Perico era mi única compañía y Perico no tenia pensamiento en que yo pudiese leer cosa alguna—Sal, dijo mi esposa al criado; y arrodillándose á mis piés quedó sola conmigo. Su rostro se serenó de repente; quedaron en él las señales de la vigilia, pero no las de la pena. Y rezó mentalmente de esta forma:

«Padre nuestro (¡cómo tarda el otro!) que estás en los cielos (¿habrá otra vida y me verá éste desde allá arriba?), santificado (haré los lutos baratos, porque no quiero gastar mucho en ropa negra), sea el tu nombre; venga á nos el tu reino (el entierro me va á costar un sentido si los del partido de mi difunto no lo toman como cosa suya), y hágase tu voluntad (lo que es si me caso con el otro mi voluntad ha de ser la primera y no admito ancas de nadie,—ancas, pensó mi mujer, ancas así como suena) así en la tierra como en el cielo (¿estará ya en el purgatorio este animal?).»

A las ocho llegó otro personaje. Clemente Cerrojos, del comité del partido, del distrito de la Latina, vocal. Cerrojos habia sido amigo mio político y privado, aunque no le creia yo tan metido en mis cosas como estaba efectivamente. Antes jugaba al ajedrez, pero conociendo yo que hacia trampas, que mudaba las piezas subrepticiamente, rompí con él, en cuanto jugador, y me fuí á buscar adversario más noble al café. Clemente se quedaba en mi casa todas las noches haciendo compañía á mi mujer. Estaba vestido con esa etiqueta de los tenderos que consiste en levita larga y holgada, de paño negro liso, reluciente, y pantalon, corbata y chaleco del mismo color. Clemente Cerrojos era bizco del derecho; la niña de aquel ojo brillaba inmóvil casi siempre, sin expresion, como si tuviere allí clavada una manecilla de esas que cubren los baules y las puertas. Mi mujer no levantó la cabeza. Cerrojos se sentó sobre el lecho mortuorio haciéndole crujir de arriba abajo. Cinco minutos estuvieron sin hablar palabra. Pero ¡ay! que yo veia el pensamiento de los infames. Mi mujer pensó de pronto en lo horroroso y criminal que seria abrazar á aquel hombre ó dejarse abrazar, allí, delante de mi presunto cadáver. Cerrojos pensó lo mismo. Y los dos lo desearian ardientemente. No era el amor lo que les atraia, si no el placer de gozar impunemente un gran crímen delicioso por lo horrendo. «Si él se atreviera, yo no resistiria,» pensó ella temblando. «Si ella se insinuara, no quedaria por mí,» dijo él para sus adentros. Ella tosió arregló la falda negra y dejó ver su pié hasta el tobillo. El la tocó con la rodilla en el hombro Yo sentí que el fuego del adulterio sacrílego pasaba de uno á otro, á través de la ropa... Clemente inclinábase ya hácia mi viuda... Ella, sin verle, le sentia venir... Yo no podia moverme. Pero él creyó que yo me habia movido. Me miró á los ojos, abiertos como ventanas sin maderas, y retrocedió tres pasos. Despues vino á mí y me cerró las ventanas con que le estaba amenazando mi pobre cadáver. Llegó gente.

Bajaron la caja mortuoria hasta el portal y allí me dejaron junto á la puerta, uno de cuyos batientes estaba cerrado. Parte del ataud, la de los piés, lo mojaba la fina lluvia que caia; ¡siempre la humedad! Ví bajar, es decir, sentí por los medios sobrenaturales de que disponia, bajar á los señores del duelo. Llenaron el portal, que era grande. Todos vestian de negro; habia levitas del tiempo del retraimiento. Estaba allí todo el comité del distrito y muchos soldados rasos del partido, de esos que sólo figuran cuando se echa un guante para cualquier calamidad de algun correligionario y se publican las listas de la suscricion. Allí estaba mi tabernero que bien quisiera consagrar una lágrima y un pensamiento melancólico á la memoria del difunto; pero la levita le traia á mal traer, se le enredaba entre las piernas, y en cuanto á la corbata le hacia cosquillas y le sofocaba; por lo cual no pensó en mí ni un solo instante. El duelo se puso en órden; me metieron en el carro fúnebre y la gente fué entrando en los coches. Habia dos presidencias, una era la de la familia, que como yo no tenia parientes, la representaban mis amigos, los íntimos de la casa; Clemente Cerrojos presidia, á la derecha llevaba á Roque Tuyo y á la izquierda á mi casero, que solia entrar en casa á ver si le maltratábamos la finca. La otra presidencia era política. Iban en medio don Mateo Gomez, hombre íntegro, consecuente, que profesaba este dogma: mis amigos los de mi partido. Y juraba que Madoz le habia robado aquella frase célebre: «yo seguiré á mi partido hasta en sus errores.» Uno de los títulos de gloria de don Mateo era que no se habia muerto ningun correligionario suyo, sin que él le acompañase al cementerio. Don Mateo me estimaba, pero valga la verdad, segun caminábamos á la que él pensaba llamar en el discurso que le habia tocado en suerte, última morada, un color se le iba y otro se le venia, se le atravesaba no sabia qué en la garganta, y maldecia, para sus adentros, la hora en que habia yo nacido y mucho más la en que habia muerto. Yo iba penetrando el pensamiento de don Mateo desde mi carro fúnebre, merced á la doble vista de que ya he hablado. El buen patricio, valga la verdad, se habia aprendido su discurso de memoria: era sobre poco más ó ménos y tal como lo habian publicado los periódicos, la oracion fúnebre de cierto correligionario, mucho más ilustre que yo, pronunciada por un orador célebre de nuestro partido. Pero al buen Gomez se le habia olvidado más de la mitad, mucho más, de la arenga prendida con alfileres, y allí eran los apuros. Miéntras sus compañeros de presidencia discurrian con gran tranquilidad de ánimo acerca de las vicisitudes del mercado de granos, á que ambos se consagraban, don Mateo procuraba en vano reedificar la desmoronada construccion del discurso premeditado. Por fin se convenció de que le seria necesario improvisar, porque de la memoria ya no habia que esperar nada «Lo mejor, para que se me ocurriera algo, pensó, seria sentir de véras, con todo el corazon, la muerte de Ronzuelos (mi apellido).» Y probaba á enternecerse, pero en vano; á pesar de su cara compungida, le importaba tres pepinos la muerte de Ronzuelos (don Agapito), es decir, mi muerte.

—Es una pérdida, una verdadera pérdida, dijo alto, para que los otros le ayudaran á lamentar mi desaparicion del gran libro de los vivos, como dice Perez Escrich. ¡Una gran pérdida! repitió.

—Sí, pero el grano estaba averiado, y gracias que así y todo se pudo vender, contestó otro de los que presidian.

—¿Cómo vender? Ronzuelos era incapaz..... era integérrimo..... eso es, integérrimo.

—Pero ¿quién habla de Ronzuelos, hombre? hablamos del grano que vendió Perez Pinto ....

---

(1) *Pollino* en asturiano, y no *pollinu* como dicen los gallegos convencionales de sainete.



LECCION DE SOLFEO, dibujo de A Fabrés



ROSA DE ANDALUCIA, cuadro por J. Llovera. Dibujo de este autor

(Ultima Manifestacion artística del Ateneo barcelonés)

—Pues yo hablo del difunto.

—Ah, sí. Era un carácter.

—Justo, un carácter, que es lo que necesitamos en este país sin.....

—Sin *carácteres*, añadió el interlocutor acabando la frase con el esdrújulo apuntado.

Don Mateo dudaba si caracteres era esdrújulo ó no, pero ya supo desde entónces á qué atenerse.

***

Llegamos al cementerio. Entónces los del duelo, por la primera vez se acordaron de mí. En torno del ataud se colocó el partido á quien don Mateo seguia hasta en sus extravíos. Hubo un silencio que no llamaré solemne, porque no lo era. Todos los circunstantes esperaban con maliciosa curiosidad el discurso de Gomez.—Es un inepto, ahora lo vamos á ver, decian unos. —No sabe hablar, pero es un hombre enérgico. — Que es lo que necesitamos, interrumpia alguno.—Ménos palabras y más hechos es lo que necesita el país.

—Eso!... Eso... Eso... dijeron muchos. Esooo! repitió el eco á lo léjos.

—Señores, exclamó don Mateo, despues de toser dos veces y desabrocharse y abrocharse un guante. Señores: otro campeon ha caido herido como por el rayo (no sabia que me hubiese matado la humedad) en la lucha del progreso con el oscurantismo. Modelo de ciudadanos, de esposos y de liberales, brilló entre sus virtudes como astro mayor la gran virtud cívica de la consecuencia. Integro como pocos, su corazon era un libro abierto. Modelo de ciudadanos, de esposos y de liberales...—Don Mateo se acordó de repente que esto ya lo habia dicho, tembló como un azogado, sintió que la memoria y todo pensamiento se hundian en un agujero más oscuro que la tumba que iba á tragarme, y en aquel instante me tuvo envidia, se hubiera cambiado por el difunto. El cementerio empezó á dar vueltas, los mausoleos bailaban y la tierra se hundia. Yo, que estaba de cuerpo presente, á la vista de todos tuve que hacer un gran esfuerzo para no reirme y conservar la gravedad propia del cadáver en tan fúnebre ceremonia. Volvió á reinar el silencio de las tumbas. Don Mateo buscaba la palabra rebelde, el público callaba, con un silencio que valia por una tormenta de silbidos: sólo se oia el chisporroteo de los cirios y el ruido del aire entre las ramas de los cipreses. Don Mateo, miéntras buscaba el hilo, maldecia su suerte, maldecia al muerto, el partido y la manía fea de hablar, que no conduce á nada, porque lo que hace falta son hechos. «¿De qué me ha servido una vida de sacrificios en aras ó en alas (nunca habia sabido don Mateo si se dice alas ó aras hablando de esto) en alas de la libertad, pensaba, si porque no soy un Ciceron estoy ahora en ridículo á los ojos de muchos ménos consecuentes y ménos patriotas que yo?» —Por fin pudo coger lo que él llamaba el hilo del discurso y prosiguió:—¡Ah, señores, Ronzuelos, Agapito Ronzuelos fué un mártir de la idea (de la humedad, señor mio, de la humedad), de la idea santa, de la idea pura, de la idea del progreso, del progreso indefinido! No era un hombre de palabra, quiero decir, no era un orador, porque en este desgraciado país lo que sobran son oradores, lo que hace falta es carácter, hechos y mucha consecuencia.—Hubo un murmullo de aprobacion y don Mateo lo aprovechó para terminar su discurso. Se disolvió el cortejo. Entónces se habló un poco de mí, para criticar la oracion fúnebre del presidente efectivo del comité.—La verdad es, dijo uno encendiendo un fósforo en la tapa de mi ataud, lo cierto es que don Mateo no ha dicho más que cuatro lugares comunes.

—Claro, hombre, dijo otro, lo de cajon; por lo demás este pobre Ronzuelos era una buena persona, y nada más. Qué habia de tener carácter!

—Ni consecuencia.

—Lo que era un gran jugador de ajedrez.

—De eso habria mucho que hablar, replicó un tercero. Ganaba porque hacia trampas. Guardaba las piezas en el bolsillo.

El que hablaba así era Roque Tuyo, mi rival, el infame que enrocaba despues de haber movido el rey!

No pude contenerme.—¡Mientes! grité saltando de la caja.—Pero no ví á nadie; todos habian desaparecido. Empezaba la noche; la luna asomaba tras las tapias del cementerio. Los cipreses inclinaban sus copas agudas con melancólico vaiven, gemia el aire entre las ramas, como poco ántes, cuando *se cortó* don Mateo. Llegó un enterrador.—¿Qué hace V. ahí? me dijo, un poco asustado.—Soy el difunto, respondí. Sí, el difunto, no te espantes. Oye, alquilo ese nicho; te pagaré por vivir en él mejor que si lo ocupara muerto. No quiero volver á la ciudad de los vivos... Mi mujer, Perico, Clemente, el partido, don Mateo... y sobre todo Roque Tuyo me dan asco.—El enterrador dijo á todo amén. Quedamos en que el cementerio seria mi posada, aquel nicho mi alcoba. Pero ¡ay! el enterrador era hombre tambien. Me vendió. Al dia siguiente vinieron á buscarme Clemente, Perico, mi mujer y una comision del seno de mi partido, con don Mateo á la cabeza ó á los piés. Resistí cuanto pude, defendiéndome con un fémur; pero venció el número; me cogieron, me vistieron con un traje de peon blanco, me pusieron en una casilla negra, y aquí estoy, sin que nadie me mueva, amenazado por un caballo que no acaba de comerme, y no hace más que darme coces en la cabeza. Y los piés encharcados, como si yo fuera de arroz.

CLARIN.

UNA SUEGRA EN EL CIELO

I

El primero de los Apóstoles se perfeccionó tanto en la virtud, que hasta llegó á querer á su suegra. Y cuidado que, segun la tradicion popular, era la peor de las suegras habidas y por haber. Entre todas las brujas que han visitado á Barahona, no se ha hallado otra semejante. Era más larga que un pleito; más negra que el alma de un neo; más flaca que la memoria de un *parvenu*. Su cabeza, levantándose sobre su inmenso y descarnado cuello, como la de una cigüeña, estaba adornada por dos docenas de cabellos grises que ataba cuidadosamente sobre la nuca. Sus ojos, chicos, redondos, bailones y escondidos, parecian dos reptiles en sus cuevas. Su nariz se encorvaba á modo de pico, y su barba se elevaba con un gracioso lunar en medio; lunar de donde brotaban multitud de cerdas blanquecinas y retorcidas. Sus manos eran garras. Toda ella parecia un ave de rapiña más que una mujer, y lo mejor que tenia era la figura. Excusado es decir si queria á su yerno. Al saber que le habian martirizado, se murió de alegría. El diablo llegó, la cogió con unas tenazas, y la echó en la correspondiente caldera de pez hirviendo.

II

San Pedro, á pesar de todo, seguia queriendo á su suegra en el otro mundo, y estaba descontento en el cielo porque no tenia á su suegra al lado. El ángel de la Justicia, que frecuentemente le acompañaba en la portería, unas veces por obligacion y otras por gusto, notó que su buen amigo andaba caviloso, desganado y taciturno; y como en el cielo no se acostumbra enfermar ni tener disgustos, le preguntó con interés qué tenia.

San Pedro calló al pronto y trató de mudar de conversacion, pero al fin se dejó vencer, y abrió su pecho á su compañero, como un rey de tragedia á su confidente.—Lo confieso,—terminó diciendo, —sin mi suegra estoy sin sombra, y con más esplin que un inglés en invierno. Esto no puede continuar.

—Desgraciadamente,—contestó el ángel,—durará toda la eternidad; porque ¿cómo traer aquí esa arpía? ¡Bueno se pondria el cielo!

—Bien mirado, no es tan mala como te figuras.

—¡Bah!

—Y despues de lo que ha padecido, debe estar muy corregida.

—¿En el infierno crees que se corrige álguien? Ni más ni ménos que en una cárcel española. El que entra con una manchita, al poco tiempo está pintado de negro de los piés á la cabeza. Además, sabes que del infierno nadie sale.

—Acuérdate del emperador romano, á quien sacó uno de mis sucesores.

—Es cuento.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, y de que se inventó para enaltecer el poder pontificio.

—Lo he de averiguar; pero aunque tengas razon, ¿no podrias hacerme un ligero favor? ¿No podrás dejar que mi suegra se exceptuase de la regla general, y fuese perdonada?

—¿Estás loco? Yo no puedo hacer eso.

—Pues es preciso, porque, si no, me llamo á engaño. Yo no he venido aquí á estar triste, sino alegre, y no he de ser el único santo infeliz.

—Aleja de tí esas ideas.

—No puedo, ni quiero alejarlas, porque no quiero ser ingrato.

—¡Ingrato! ¿con quién?

—Con mi suegra. ¿No sabes que la paciencia que con ella he ejercitado, es la que más gloria me ha valido?

—En fin, yo no puedo hacer eso; lo más que puedo hacer, es decir al Supremo Juez tu pretension, y recomendarla.

—Algo es algo: yo buscaré otros ángeles y santos que la recomienden tambien.

—¡Adios, pues, y hasta la vista!

III

La misma conversacion que con el ángel de la Justicia, tuvo San Pedro con el de la Misericordia y con otros muchos ciudadanos de la corte celestial; y tanto trabajó, y tanto trabajaron ellos, que al fin el Juez Supremo se dejó conmover.

Una mañana, el ángel de la Justicia se presentó á San Pedro y le dijo:

—Hé aquí lo que se ha resuelto. Aquí te traigo un hilo, con el que desde la puerta del cielo puedes sondear el fondo del abismo; llama á tu suegra, échale, y si el peso de su maldad no le rompe, que suba por él al cielo.

El hilo era más delgado que un argumento escolástico, pero no habia que murmurar.

San Pedro le cogió, se asomó á la puerta del cielo, y gritó, como en los antiguos autos sacramentales de España:

—¡Ah del terrible reino del espanto!—Y llamó á su suegra, á quien en alta voz (porque hay casi tanta distancia del cielo al infierno, como del alma de D. Quijote á la de Sancho) puso al corriente del asunto.

No le costó gran trabajo hacerse entender. La vieja, apénas le oyó, dando suelta á su habitual hidrofobia, le arrojó á los oídos una granizada de denuestos, que ni las flechas de los persas que habian de oscurecer el sol. La boca de aquella suegra no era boca humana; era la Plaza de Toros de Madrid, con malos toros, malos toreros, y un presidente torpe. Cuando, fatigada, se aplacaba un poco, no parecia más que una batería de mil cañones Armstrong, haciendo fuego graneado. Por último, Luzbel se incomodó, la dió un buen puntapié en la parte que Rabelais, agregado á una embajada, temia tener que besar al Papa, en vista de que el embajador le besaba los piés, y poniéndole una mordaza (es decir una bola de asfalto en la boca), la gritó:

—¡Bestia, escucha!

El alma rebelde de la suegra tuvo ya que contentarse con rabiar de forros adentro.

Entónces fué cuando San Pedro echó su hilito.

Todos los condenados y todos los demonios, que se habian enterado de lo que se trataba, corrieron á cogerle, dándose de pescozones como los chicos de Madrid que cogen aleluyas en los Viáticos de Pascua; y todo el infierno, ménos la vieja, se colgó de aquel átomo de esperanza.

Aunque el hilo era delgado, todo el infierno colgado de él no parecia pesar en su punta más que una mosca en la de una maroma. Con el mismo Lucifer colgado ondeaba perfectamente en el viento.

Pero la vieja se abalanzó á la cuerda gritando (en el barullo se habia arrancado la mordaza):

—¡Fuera, fuera todos, que no teneis un yerno santo! Yo sola debo salvarme.

La cuerda se estiró entónces, como si se la hubiesen puesto cien arrobas de peso.

—¡Salvémonos todos!—decian los condenados.

—No, no,—repetia la vieja;—yo sola, yo sola.

La cuerda crujió.

—¡Todos, todos!—seguian gritando.

—¡Yo sola, ó ninguno!—chillaba la vieja, arañando y mordiendo á cuantos cogia.

El hilo se rompió entónces; todo el infierno cayó desplomado, y el ángel de la Justicia dijo á San Pedro, que lanzaba un grito de angustia:

—¿Ves como pedias un imposible? El cielo es el amor, y por eso es la felicidad. ¿Cómo han de entrar en él la envidia, la soberbia, ni el egoismo?

J. ORTEGA MUNILLA.

LA MEMORIA DE LOS RUMBOS

Las emigraciones de las aves y el retorno de las palomas mensajeras figuran seguramente entre los fenómenos más curiosos de la naturaleza y que más vivamente impresionan el ánimo del observador. Maravilla ver cómo sin brújula ni carta geográfica las golondrinas y demás aves emigrantes emprenden periódicamente, de estacion á estacion, tan extensos viajes, y á través de los mares buscan otro continente más amigo; maravilla asimismo observar cómo la paloma mensajera vuelve á su punto de partida recorriendo largos espacios, sin encontrar en las elevadas regiones del aire hitos ni señales que le marquen el itinerario. Para realizar el hombre algo semejante le han sido necesarios los progresos de las artes y de las ciencias, conquistando por el paciente trabajo facultades de que la naturaleza revistió próvida á aquellos envidiables séres, expertos viajeros de nacimiento.

La observacion del fenómeno es antiquisima; pero su explicacion aún no se ha encontrado. Se ha dicho, y constantemente se repite, que las aves emigrantes y mensajeras proceden por instinto; mas para el fisiólogo la palabra instinto ó no significa nada ó significa un aparato orgánico en accion. El problema es encontrar este aparato y definir su mecanismo funcional.

Una hipótesis basada en la experimentacion fisiológica se ha formulado recientemente y su exposicion constituye el objeto de este artículo.

Encuéntrase en la serie de los animales vertebrados, unido al órgano del oído, un complicado aparato que se compone esencialmente de tres conductos encorvados en semicírculo y cuyos extremos desembocan en una cavidad comun. Se llaman estos conductos, *semicirculares*, en razon de su curvatura. Son óseos; pero en el interior de cada uno hay otro conducto de igual forma membranoso y provisto de terminaciones nerviosas sensibles.

Un líquido llena el tubo membranoso y flotan en él finísimas partículas calcáreas. Otro líquido ocupa el intervalo entre el tubo óseo y el tubo membranoso en él

contenido. Es, pues, un aparato que parece construido á propósito para que la ondulacion del líquido interior, agitando las partículas calcáreas, pueda impresionar las terminaciones sensibles de que el tubo membranoso se halla ricamente provisto.

Este aparato formado por los conductos semicirculares es doble y cada uno se encuentra colocado próximamente en las extremidades del eje que pasa trasversal mente por las articulaciones de la cabeza con la columna vertebral.

¿Y cuáles son las funciones de aparato tan delicado? Como aparece formando parte integrante del órgano del oído y su construccion indica un órgano de vibracion, se creyó, y en la actualidad se afirma generalmente que constituye una de las partes impresionables del sentido de la audicion, tanto más cuanto que el mismo haz nervioso, nervio auditivo, anima los conductos semicirculares y el caracol, que es la parte auditiva sensible. Mas ya Flourens hácia el año 24 demostró que la destruccion de los conductos semicirculares no acarrea la pérdida del oído; además el mismo Flourens advirtió que á las lesiones de estos conductos sucedian curiosos trastornos en el equilibrio y en los movimientos y desde entónces se pensó en que los mencionados conductos tenian una funcion diferente. Los sabios no han cesado de trabajar sobre la cuestion. Por no citarlos á todos diremos que, entre otros no ménos insignes, Vulpian, Brown Sequard, Lœvenberg, Goltz, Cyon, Brener, Crum Brown, han ilustrado con sus trabajos este delicado estudio. Un compatriota nuestro, el Dr. Jaime Vera, ha esclarecido ampliamente la cuestion con experimentos precisos y rigurosa crítica (1).

Hé aquí sus curiosas experiencias: opera en palomas. En primer lugar es digno de nota que tanto en las palomas, como en las demás aves de alto vuelo, es considerable el desarrollo de los conductos semicirculares. Los de las palomas son poco menores que los del hombre; mas si se tiene en cuenta la diferencia de tamaño entre el hombre y la paloma, resulta que son en ésta verdaderamente enormes los conductos semicirculares. Por este mayor desarrollo, y por ser fácilmente accesibles, se ha preferido operar sobre los conductos semicirculares de aquellas aves

Hiere con la punta de una aguja candente cada conducto semicircular y entre otros fenómenos varios ve aparecer uno capital y al que se subordinan todos los demás: se desarrolla una impulsion á la locomocion en direcciones determinadas por los canales heridos.

Los canales son tres á cada lado: uno horizontal, otro vertical posterior, otro vertical anterior; pues bien, cuando se hiere el horizontal izquierdo, la impulsion locomotriz es hácia la izquierda, cuando el horizontal derecho hácia la derecha; si son heridos los verticales posteriores la impulsion es hácia atrás y hácia arriba; si los anteriores, hácia adelante y abajo. Los conductos horizontales son antagonistas entre sí. Los verticales posteriores son sinérgicos, esto es, pueden sumarse fisiológicamente sus acciones, y los verticales anteriores son tambien sinérgicos, pero antagonistas de los verticales posteriores.

Estas impulsiones á la locomocion en determinado sentido son automáticas, independientes de la voluntad del animal y se hacen muy perceptibles en el vuelo. Se arroja al aire hácia arriba y adelante una paloma operada en el conducto horizontal izquierdo, por ejemplo, y la paloma despues de avanzar volando breve espacio, experimenta una desviacion forzada hácia la izquierda, y como su voluntad sea impotente para resistirla, tuerce el rumbo hácia la izquierda y cae describiendo un arco de círculo de mayor ó menor amplitud.

Si la misma operacion se practica con un palomo operado en el canal horizontal derecho, la desviacion del rumbo y arco de círculo trazado durante el vuelo es hácia la derecha. Si se han herido los verticales posteriores y se lanza el animal al aire como hemos indicado, avanza tambien breves momentos, mas pronto la impulsion locomotriz hácia atrás se hace irresistible y el animal vuela retrocediendo hasta caer á los piés del observador. Si se hace lo mismo operando los verticales anteriores, cae la paloma volando irresistiblemente hácia adelante.

Resulta evidentemente de estos experimentos que las excitaciones de los canales producen los mismos movimientos de locomocion que los que realiza el animal cuando espontáneamente se mueve en las distintas direcciones.

Si suponemos que la voluntad del experimentador sustituye á la voluntad del animal, y que el experimentador va distribuyendo excitaciones instantáneas en los diferentes canales, resultará que podrá provocar la locomocion terrestre ó aérea del animal en todos sentidos con todos los cambios de direccion que apetezca. En la locomocion normal la voluntad del animal es el excitante y la locomocion en los diferentes sentidos no puede depender sino de la distribucion de las excitaciones en los canales.

Probablemente la voluntad excita los canales mediante los movimientos de la cabeza; el líquido contenido en los canales membranosos y que tiene en suspension las partículas calcáreas, *otolitos*, excita por sus ondulaciones las terminaciones sensibles de los canales. Tal cual sea el movimiento de la cabeza, tales serán los canales excitados.

Acaba de evidenciarse la importancia de los canales en la locomocion por el experimento siguiente: Se destruyen los seis conductos semicirculares en una paloma, y pasados los fenómenos de excitacion se observa que la locomocion, sobre todo la aérea, ó sea el vuelo, es absolutamente imposible. Luego la voluntad no puede provocar los movimientos locomotores y determinar su direccion sino mediante la excitacion de los canales semicirculares. Reemplazada la voluntad del animal por la excitacion experimental, la locomocion y su orientacion son posibles. Cuando existe la voluntad, mas faltan los canales, aquella es impotente para producir los movimientos de la locomocion.

Pero se va á ver ahora cómo de estos hechos experimentales puede resultar una hipótesis que explique la asombrosa orientacion de las aves en las altas regiones de la atmósfera, donde ni la vista, ni el olfato, ni ningun otro sentido conocido puede servirles de guía suficiente (1).

Tenemos, segun hemos visto, en los conductos semicirculares de la paloma *una serie de impresiones en relacion con las direcciones ó rumbos de la locomocion.* Estas impresiones, conducidas á los centros de inervacion motriz, son, como hemos visto tambien, las que desarrollan mediante los nervios motores los movimientos necesarios para la locomocion en los diferentes sentidos. Si esas impresiones en lugar de pasar fugazmente por los centros nerviosos dejan allí efecto más ó ménos durable, tendremos en los centros nerviosos del animal un registro de los rumbos seguidos en sus excursiones. De modo que lleva así escrito en su organismo el diario de bitácora de sus viajes.

Si suponemos además que aquellas huellas son revivíscentes, resultará que el animal podrá reproducir la misma serie de locomociones é igualmente orientadas.

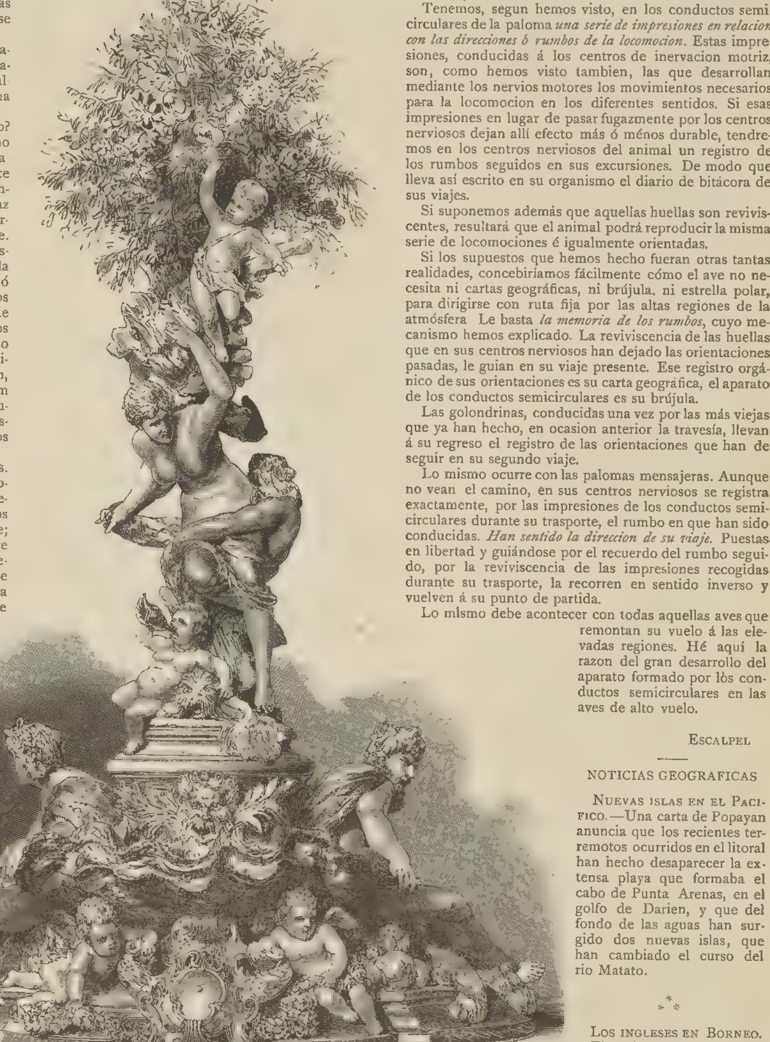
Si los supuestos que hemos hecho fueran otras tantas realidades, concebiríamos fácilmente cómo el ave no necesita ni cartas geográficas, ni brújula, ni estrella polar, para dirigirse con ruta fija por las altas regiones de la atmósfera Le basta *la memoria de los rumbos*, cuyo mecanismo hemos explicado. La reviviscencia de las huellas que en sus centros nerviosos han dejado las orientaciones pasadas, le guian en su viaje presente. Ese registro orgánico de sus orientaciones es su carta geográfica, el aparato de los conductos semicirculares es su brújula.

Las golondrinas, conducidas una vez por las más viejas que ya han hecho, en ocasion anterior la travesía, llevan á su regreso el registro de las orientaciones que han de seguir en su segundo viaje.

Lo mismo ocurre con las palomas mensajeras. Aunque no vean el camino, en sus centros nerviosos se registra exactamente, por las impresiones de los conductos semicirculares durante su trasporte, el rumbo en que han sido conducidas. *Han sentido la direccion de su viaje.* Puestas en libertad y guiándose por el recuerdo del rumbo seguido, por la reviviscencia de las impresiones recogidas durante su trasporte, la recorren en sentido inverso y vuelven á su punto de partida.

Lo mismo debe acontecer con todas aquellas aves que remontan su vuelo á las elevadas regiones. Hé aquí la razon del gran desarrollo del aparato formado por los conductos semicirculares en las aves de alto vuelo.

ESCALPEL



CENTRO DE MESA, modelo por Wiese

(1) Véase «La funcion de los conductos semicirculares.» Estudio experimental por el Dr. Jaime Vera. Madrid, 1882.

(1) En el momento de escribir este artículo vemos consignada en el libro de Bastian *Le cerveau et la pensée*, la aproximacion entre la orientacion de las aves y las ideas de Cyon sobre los conductos semicirculares que considera este último como los órganos periféricos del *sentido del espacio*.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

NUEVAS ISLAS EN EL PACIFICO.—Una carta de Popayan anuncia que los recientes terremotos ocurridos en el litoral han hecho desaparecer la extensa playa que formaba el cabo de Punta Arenas, en el golfo de Darien, y que del fondo de las aguas han surgido dos nuevas islas, que han cambiado el curso del rio Matato.

***

LOS INGLESES EN BORNEO.—El capitan del vapor *Taunadiee*, que tocó en el puerto de Sandakan en el trascurso de su último viaje á China, ha comunicado á los diarios de Australia interesantes datos geográficos sobre el territorio adquirido recientemente por los ingleses al norte de la isla de Borneo.

Dice que la rada es muy superior á la de Sidney, no solo por la extension, sino tambien por la belleza del sitio: mide 17 millas de Este á Oeste y 14 de Norte á Sur; en las orillas hay abundantes árboles magníficos, algunos de los cuales tienen 300 piés de altura, y que en su mayoría dan excelentes maderas de construccion. En la rada se vierten por lo menos 17 rios, dos de ellos navegables en una extension de 20 millas, para los buques de 12 piés de calado El rio Knibatagan es navegable en el espacio de 400 millas.

La ciudad de Eliopura está situada en un terreno alto á milla y media del puerto, y contiene ya una poblacion de 3,000 chinos ó indígenas.

***

Se ha pedido al Congreso norte-americano una subvencion de cien mil duros para construir un buque que reconozca minuciosamente las costas del territorio de Alaska, donde segun se cree los bancos de bacalaos son cuatro veces mayores que los de Terranova, y donde hay más de 8,000 millas de litoral cubierto de bosques de gran valor que explotar.

UN NUEVO VOLCAN.—Segun el contenido de una carta fechada en Siquisique (Venezuela) el pasado mes de noviembre, á principios de octubre último, á eso de las ocho de la noche, sintióse un temblor de tierra de corta duracion, con un movimiento oscilatorio que fué precedido de un rumor espantoso. Entónces vióse fuego en las alturas de Sirarigua, region montañosa destinada al cultivo, así como en el punto llamado los Peñones, que es la parte más elevada, y donde no existe vegetacion alguna en media legua á la redonda. Atraidos por la curiosidad, los habitantes hicieron una excursion, franqueando con grandes dificultades los más escarpados picos, y volvieron admirados, pues habian visto que por tres profundas aberturas salian piedras, fuego, y humo, con un olor de azufre muy penetrante é insoportable.

En Zumbador, pueblo que está á una milla de distancia, hácia el Oeste, caia al mismo tiempo una lluvia de piedras, que comparadas con las que lanzaba el volcan, resultaron ser de la misma naturaleza.

***

LA EXPLORACION DE GROENLANDIA.—Los diarios suecos publican nuevos informes sobre la expedicion proyectada por M. Nordenskiold. Esta expedicion, para la cual se ha fletado el vapor de hélice *Sofía*, partirá en el mes de mayo, y despues de hacer escala en Reikiavik, capital de Islandia, á fin de proveerse de carbon, atravesará los estrechos para llegar á las costas de Groenlandia, hácia los 64° de latitud norte. El hielo ha formado en este punto una bahía, y por la experiencia de numerosas tentativas pasadas se cree que desde aquí se podrá llegar más fácilmente al interior de Groenlandia, donde se atravesarán sin duda las ruinas de la colonia oriental. Si el profesor Nordenskiold no puede desembarcar aquí, se dirigirá hácia el sur para doblar el cabo Farewell, avanzando por las costas miéntras sea posible.

Despues marchará al interior de Disco, y luego hácia el cabo Melville, proponiéndose llegar al cabo York, á la entrada del estrecho de Sund.

***

LIBERIA.—Los directores de la Sociedad de colonizacion americana dicen que Liberia se halla en la situacion más próspera.

El año último, el estado sanitario fué muy satisfactorio, y abundantes las cosechas de arroz y café.

El rey Ibrahami Sissi, del país de Medina, desea ponerse en comunicacion con el gobierno, y trata de abrir nuevas vías para el trasporte.

La sociedad de colonizacion ha enviado 21,000 personas á Liberia, sin que haya naufragado ninguno de los buques que las condujeron.

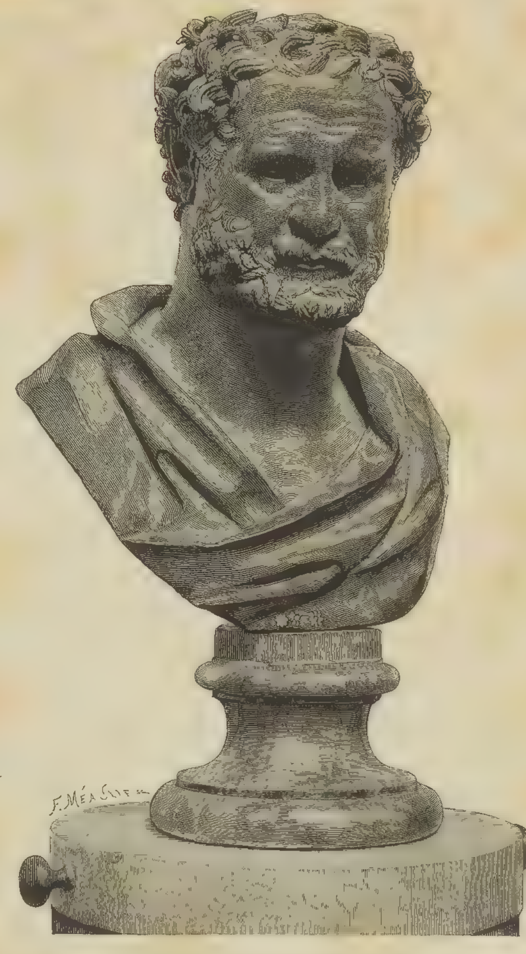
***

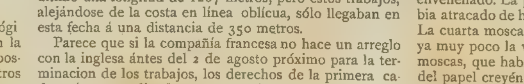
EL DELTA DEL MISSISSIPPI.—Por los estudios geológicos practicados recientemente se ha sabido que en la extension de unas 300 millas hay sepultados varios bosques con grandes árboles, amontonados unos sobre otros y separados por espacios arenosos.

Se han encontrado diversas acumulaciones, que se suponen formadas sucesivamente; los árboles son en general cipreses, habiéndose encontrado algunos que median más de 25 pies de diámetro; uno de ellos contenia 5,700 círculos; se ha observado tambien que varios, muy grandes, habian crecido sobre las raíces de otros sumamente corpulentos.

***

LA POBLACION DE IRLANDA.—En este país predomina la religion católica romana: segun el recuento del año último, profésanla 3.960,891 habitantes, es decir sobre un 76,54 por 100 de la poblacion total.





BUSTO EN BRONCE DE HERACLITO

EL TÚNEL DEL CANAL DE LA MANCHA.—Segun ha dicho en la Cámara de los Comunes M. Chamberlain, presidente de la Junta de Comercio, las galerías del túnel de la Mancha, en Sangalle, alcanzaban en 1.° de enero último una longitud de 1267 metros; pero estos trabajos, alejándose de la costa en línea oblícua, sólo llegaban en esta fecha á una distancia de 350 metros.

Parece que si la compañía francesa no hace un arreglo con la inglesa ántes del 2 de agosto próximo para la terminacion de los trabajos, los derechos de la primera caducarán, no pudiendo renovarse sino por otra ley.

NOTICIAS VARIAS

PEQUEÑAS INVENCIONES Y GRANDES FORTUNAS.—El periódico *New-York Times* ha publicado últimamente una curiosa lista de esas invenciones, al parecer fútiles, que han sido una verdadera mina, el orígen de una inmensa fortuna para sus dichosos inventores. Mencionaremos algunas de las más originales.

Un juguete sin importancia, por ejemplo, la *return ball*, sencilla bola de madera sujeta á un cordon elástico que la hace volver á la mano del que la lanza y cuyo valor no excede de media peseta, produce á su inventor 10,000 duros anuales. Este juguete, aunque mucho más sencillo, es el que se vende á cuatro cuartos por las calles de nuestra ciudad con el nombre de *pelotas americanas*.

El inventor de los preserva-puntas con goma es muy rico, como tambien el primero que obtuvo privilegio de invencion por las fajas engomadas para periódicos. Una barrena particular ha proporcionado mayor fortuna que muchas minas de plata, y el primero á quien se le ocurrió poner punteras de cobre y de laton en los zapatos de los niños ha reunido un capital de más de diez millones de pesetas. Los muñecos de ruedas, un juguete llamado *Dancing jim Crow*, un aparatito para enhebrar agujas, han enriquecido tambien á sus inventores. Las ventanas de muelles producen lo ménos un millon de pesetas anuales, otro tanto la pluma estenográfica, los sellos de goma, etc.

Pero la fortuna más rara es, sin disputa (suponiendo que sea verdadera, de lo cual nos permitimos dudar en atencion á su orígen), la realizada por un minero del Oeste de los Estados Unidos, que hace unos diez años inventó un ojete metálico puesto á cada lado de los bolsillos de los pantalones y de las blusas de los mineros, con objeto de evitar que se los desgarre el peso de los minerales y de las herramientas que suelen meterse en ellos. *Se non é vero....*

***

Nadie ignora que la gran mayoría de las sustancias alimenticias sufren, ántes de llegar á manos del consumidor, preparaciones ó adiciones de materias extrañas para darles un aspecto, un gusto ó cualidades que sin esto no tendrian.

Esta constante sofisticacion ha inspirado á un periódico el bonito apólogo siguiente:

«Cuatro moscas vivian en estrecha amistad en la misma casa. Cierta mañana se despertaron con muy buen apetito, y una de ellas se posó en un jarro de leche, no tardando en morir al poco rato, presa de violentas convulsiones causadas por la cal que estaba mezclada con el sabroso líquido. La segunda atacó con voracidad á una salchicha, pero el embutido estaba coloreado con anilina, y el pobre insecto pereció en breve envenenado. La propia suerte cupo á la tercera que se habia atracado de harina, mezclada en demasía con alumbre. La cuarta mosca, loca de desesperacion é importándosele ya muy poco la vida, se precipitó sobre un papel mata-moscas, que habia en un plato. Chupó con ánsia el jugo del papel creyéndolo mortífero, pero ¡oh asombro! en vez de morir, se sintió extraordinariamente fortalecida y reanimada. ¡Hasta el papel mata-moscas estaba falsificado!»

***

UNA FÁBRICA DE AZÚCAR.—En Chicago (Estados-Unidos), se está construyendo una fábrica de azúcar de maíz de dimensiones suficientes para producir hasta unos 50.000,000 de kilógramos al año. Los diferentes cuerpos de edificio ocupan una extension de 10 hectáreas y costarán 32 millones de reales. La fábrica tendrá once pisos, con una altura de 39 metros sobre el nivel del suelo, y se invertirán en ella cuatro millones de ladrillos.



EL LECTOR, dibujo por A. Casanova

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 2 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 66

CABEZA DE ESTUDIO, copia de una acuarela de Pradilla (grabada por Weber)

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTISTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—CADA OVEJA CON SU PAREJA, por don F. Moreno Godino.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—CABEZA DE ESTUDIO, copia de una acuarela de Pradilla, *grabada por Weber*.—EL MES DE ABRIL, dibujo por Emilio Keyser.—MÚSICOS AMBULANTES DE VENECIA, dibujo de A. Conadam.—LA BELLA HILADORA, dibujo de K. Kogler.—DE LA NUEVA COSECHA, por A. Simonetti.—KRAO, *la niña-mona*.—Lámina suelta: ARROJADO Á LA PLAYA, dibujo por S. Reinhart.

REVISTA DE MADRID

Grandiosidad de la semana.—Un suceso de punta.—Temas de comparacion.—El gran banquete.—Dignidad del escritor.—Perez Galdós *glorificado*.—Prodigios de la elocuencia.—Chocheces de la vejez.—¡Qué tiempos aquellos!

Todos los actos de estos últimos dias han sido solemnes y magníficos.

Hay semanas que se distinguen por su grandiosidad. A veces los siete dias comprendidos desde uno á otro domingo son áridos y vulgares como una llanura inmensa sin panorama ni perspectiva de ninguna especie. Otras veces se realizan en un período semanal dos ó tres acontecimientos de fecha indeleble.

La Naturaleza usa al escribir sus crónicas varios procedimientos. Ora registra con lápiz los sucesos, y se borran estos con facilidad completa, ora echa mano del buril y áun del cincel, en cuyo caso adquieren los acontecimientos gran relieve y prolongada vida en la imaginacion de los mortales.

El hecho culminante es acariciado por la multitud, queda á través del tiempo como uno de esos mojones que demarcan el terreno, sirve de guía, de indicador, de punto de comparacion, y á él suelen referirse despues todos los sucesos contemporáneos.

En algunos casos el tiempo ha llegado á amontonar tales nieblas alrededor del suceso que ya no se puede discernir bien el hecho aunque siga inalterable la frase que lo simboliza. Así, cuando un fuerte y prolongado aguacero cae sobre nosotros, solemos decir comparativamente:

—¡Llueve más que cuando enterraron á Zafra!

Estas palabras indican seguramente un período de grandes y persistentes lluvias relacionadas con la conduccion de un tal *Zafra* al cementerio.

Pero ¿quién fué Zafra?

¡Hé aquí el misterio!

No siempre son tan confusas estas comparaciones.

Dias atrás tuve ocasion de estrechar la mano á un amigo que habia estado ausente de Madrid.

—Ya hace tiempo que no nos habíamos visto, le dije.

—Sí, me contestó. Recuerdo perfectamente que el dia del *Centenario de Calderon* fué la última vez que estuvimos juntos.

Véase cómo en este caso la fecha de la gran ceremonia en recuerdo del autor de *La vida es sueño*, sirve para precisar un pormenor de carácter amistoso.

¿No habeis oido decir muchas veces á personas poseidas de coraje:

—¡Aquí va á haber una de *San Quintin*?

Esto nó es más que el recuerdo de la gran batalla, enseñoreándose del ánimo enardecido por cualquier causa.

Nos gusta volver los ojos al pasado, miéntras seguimos peregrinando en la tierra, y posar nuestro pensamiento, como golondrina cansada del camino, sobre las altas cúpulas de los sucesos históricos.

Pues bien, el dia segundo de Pascua se ha verificado un suceso que permanecerá en la memoria de todos los que lo presenciaron, como tipo al cual puedan referir los demás hechos de menor importancia.

Y se dirá de tal ó cual cosa:

—Esto ocurrió el dia del banquete en honor de Perez Galdós.

* * *

Es indudable que progresamos. La vida del escritor siéntese endulzada, de vez en cuando, con la sabrosa miel de la consideracion y del respeto público.

Las amarguras del que lucha diariamente por dar forma á la rebelde y fugaz idea, tienen ya algun lenitivo.

Pasaron los tiempos románticos en que todos los que se dedicaban á emborronar papel para solaz del público, eran casi considerados fuera de la ley comun.

Hoy el ejercicio de las letras constituye una profesion, no muy lucrativa, pero sí debidamente estimada.

El poeta se ha cortado la melena y ha cubierto su cuerpo con trajes análogos á los de los demás mortales. La vida del que escribe no es una existencia de crápula y desarreglo. La honradez es una décima musa que suele visitar por las mañanas al literato, diciéndole:

—¡Levántate, perezoso! Hemos entrado en un nuevo dia. La naturaleza guarda en su hermosura inspiraciones para tí. El editor espera tu trabajo. Hay muchos teatros donde representar las obras que produzcas en tus horas de labor y de constancia. ¡A la tarea!

El escritor entonces coge pluma y papel, escribe sus impresiones, observa á los hombres, estudia la vida, amontona libros; y al cabo de muchos años, la humanidad se acuerda de que ha gozado, ha reido, ha llorado, se ha estremecido muchas veces á impulsos del pensamiento de aquel héroe de la pluma.

Y la humanidad dice:

Es necesario premiar á ese hombre dedicado por tanto tiempo á la cultura pública. Démosle una prueba de adhesion y cariño: manifestémosle nuestra gratitud y nuestro entusiasmo. Juntémonos para recibirle y obsequiarle con el fervor que merece.....

Entónces llega el momento de gloria para el escritor. Se busca un salon, un teatro, un sitio cualquiera que pueda contener mucha gente; se convoca á lo más florido de la sociedad, se organiza un banquete, se juntan las flores naturales y las flores de la elocuencia; se llena de armonías el espacio, se eleva el corazon á las más excelsas alturas, y se glorifica, en fin, al autor de tan notables obras.

Esta es la historia del banquete con que se ha obsequiado á Perez Galdós.

Ayer, por razon de su excesiva modestia, era casi un desconocido; hoy, por razon de su mérito, sabe ya toda España y parte del extranjero que el autor de *Gloria* es un novelista con gloria al mismo tiempo.

* * *

Todos los periódicos han publicado extensos pormenores sobre esta festividad verdaderamente nueva en nuestra patria.

Más de cuatrocientos indivíduos, entre el almuerzo y la comida, se honraron estrechando la mano del Sr. Perez Galdós y aclamándole fervorosamente.

Ya indiqué en mi revista anterior el sitio del banquete. Sólo debo decir ahora que el aspecto del salon durante la comida era deslumbrador y mágico.

En tiempos mitológicos se hubiera comido y bebido ambrosía y néctar; en estos tiempos mas prácticos se comieron manjares muy bien condimentados y se bebió vino de diversas clases.

La lista era puramente española: la moda del *menú* y de los platos que por bien que sepan al paladar son la desesperacion de los *antigalicistas* fué desechada.

A los postres se nos sirvieron raudales de poesía y de elocuencia suministrados por los señores Echegaray, Castelar y Cánovas del Castillo.

¡Qué aplausos! ¡qué vítores! ¡qué aclamaciones se oyeron entónces!

Aún resuena la grandilocuente palabra de Castelar en mis oidos. En opinion de todos los que le escucharon, el discurso pronunciado en el banquete de Perez Galdós es una de sus oraciones más inspiradas.

* * *

Vuelvo á mi tema de ántes.

Cuando seamos viejos, y nuestros nietos—si llegamos á tenerlos,—nos pidan historias pasadas ó las evoquen y despierten con sus impresiones juveniles, empezaremos siempre nuestros relatos diciendo:

—Cuando en Madrid dimos un banquete en honor de Perez Galdós....

—¡Cuéntelo usted, abuelito, cuéntelo usted!

—Ea pues....¡atencion!

Y empezaremos con voz gangosa la relacion cien veces emprendida, y nuestros ojos cobrarán animacion y brillo, y un destello de juventud y de vigor flotará en derredor de nosotros, y volveremos á oir á Castelar y á Echegaray y á Cánovas.... y contemplaremos la figura atónita y conmovida de Perez Galdós y oleadas de entusiasmo agitarán nuestro pecho, y exclamaremos con dicha y placer:

—¡Qué tiempos aquellos! ¡Ah!.. ¡qué tiempos...!

PEDRO BOFILL

Madrid 30 marzo 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El baile de los artistas.—*La glu*, drama de Richepin.—*L'as de trefle* y *Formosa*.—*Les nevroses*, poesías de Rollinat.—Acuarelistas.

El baile de los artistas estuvo muy concurrido, los trajes eran caprichosos; muchos de aquellos estaban vestidos con propiedad y gusto.—Adolecia no obstante de faltar en él las primeras divinidades de la escena. Ni la Sarah Bernhardt, ni la Judic, ni la Granier, ni algunos otros muy renombrados, fueron.

* * *

Hablé en una de mis últimas correspondencias del drama de Richepin, *La Glu*, y decia que se esperaba que tendria un gran éxito, y en efecto, así ha sido.

Voy pues, á dar cuenta á mis lectores de dicho drama. No la dí en el momento del estreno, como es costumbre, y sólo sí lo hago el dia en que se deja de representar en el *Gimnasse*, por una razon muy sencilla.

Juan Richepin es amigo mio, y mis elogios hubieran podido parecer interesados á haberlos pronunciado ántes que otros críticos más competentes se los hubieran concedido con justicia. Y vamos al asunto.

Richepin en *La Glu* nos ha retratado un tipo indígena de nuestra civilizacion moderna, por desgracia harto frecuente en las grandes ciudades, y en especial en Paris.

La Glu es el prototipo copiado del natural de esa mujer malvada que Salomon describió en sus Proverbios, que los profetas maldijeron en Babel, que los santos creyeron que era diablo *súcubo*, que la Edad media halló con Margarita de Borgoña y el Renacimiento con Lucrecia Borgia; pero presentada bajo el aspecto que toma hoy en nuestra sociedad mercantil y positivista. Es una mujer bella, elegante, distinguida, ilustrada, *esprit fort* y perdida hasta la médula de los huesos, que no tiene la menor idea de justicia, ni el menor acto de caridad y amor al prójimo. Su móvil es el egoismo; sus medios, el cálculo frio apoyado en sus atractivos. Caprichosa por temperamento, sin valla á su voluntad, se obstina en poseer lo que desea, y desea poseer todo lo que sobresale. Valor, talento, gallardía, fortuna, vicio, ó inocencia, todo desea probarlo; y apénas lo ha logrado, apénas se ha hecho dueña de un corazon, lo destroza y lo arroja léjos de sí, como un desecho inútil, y en seguida pasa á otro. Si algun corazon guarda algun tiempo, éste es perverso. Es una devoradora de hombres. Lo mismo acaba con la fortuna, que con la reputacion ó la salud. ¡Qué le importa, si esto la distrae! Posee sólo el talento necesario para la intriga menuda, ese talento de los séres inferiores, del salvaje; talento desconocido por completo del hombre inteligente y fuerte, que sólo en lo grande repara. Pero le basta con esto y con su inmensa mala fe. Ataca siempre por el flanco abierto que presenta todo hombre serio y sincero.

Segun le conviene, y con un tira y afloja muy estudiado, llega á conducir á la ruina ó á la desesperacion á los más honrados. Es un Neron hembra; produce el mal por gusto y con arte. Desprovista de ese sentimiento reflejo que hace que sintamos el mal ajeno, lo ocasiona hasta sin darse cuenta de ello, cual el niño que ahoga un pájaro al intentar hacerle una caricia.

El que haya vivido la vida del espíritu en los grandes centros de la civilizacion moderna, ó el que haya tenido en ellos una gran fortuna, por fuerza habrá tropezado con alguno de estos séres. Infeliz de él, si no ha sabido desprenderse á tiempo de sus garras.

Esta es *La Glu* de Richepin; más verdadera en el tipo que la Nana de Zola, puesto que Nana es la hija de un borracho, que creció entre la miseria y el vicio, siendo ya desde un principio francamente la eterna prostituta, y prostituta que invade el teatro, que hace presa en la clase elevada, pero prostituta franca al fin. Miéntras que *La Glu* es la mujer que, hija de una buena familia, bien educada y mejor instruida, casada luégo con un hombre virtuoso que la adora, se lanza al vicio y al crímen por vocacion, no teniendo ni la excusa de la miseria ni la de la ignorancia.

La Glu, cuyo lema es: *el que se acerca á mí se engancha*, se llama Fernanda, y es la mujer separada de un sabio filántropo, el Dr. Cézambe; al poco tiempo de su matrimonio sintióse atraida por la curiosidad de la falta, y viendo que las virtudes domésticas carecian de atractivo para ella, empieza por engañar á su marido, luégo engaña á su primer amante, despues al segundo, y acaba por encenagarse en el fango de la crápula, vendiéndose al más infame.

La accion del drama empieza en el momento en que ha preso en sus redes de amor al sobrino del opulento conde Kermann. Con este jóven calavera háse ido á habitar un chalet entre Guerande y Croisic, á orillas del Océano. Allí encuentra ella un jóven marino llamado Pedro, hijo de una excelente mujer (María de los Angeles), el cual es un modelo de bravura y de virtudes. A punto estaba de casarse con una linda muchacha del pueblo, cuando Fernanda concibe la idea de apropiárselo. Grande es la experiencia de la malvada; muchos los caprichos que ha satisfecho, infinitas sus seducciones, pero en su lista no cuenta aún la seduccion de un jóven varonil y sencillo, en el cual todo es naturalidad y honradez.

Diestra en tales artes, no tarda en apoderarse del corazon del pobre marino y pronto lo trasforma en un tránsfuga del deber, en un idiota abrumado bajo el peso de las pasiones más brutales. Hace ya tres dias que Pedro no va á su casa, y que no le ve su madre. La pobre corre desconsolada á buscarlo acompañada de un buen marinero; llama á la puerta del chalet de Fernanda, y tanto es lo que la perversa ha fascinado á su novel amante, que éste rechaza á su infeliz madre desesperada, y áun deja que la *Glu* la insulte. Pero todo pasa, y una mañana la infame se marcha á Nantes y el desdichado Pedro vuelve á su casa á pedir perdon á su pobre madre, que se lo concede anegada en llanto. Arréglase de nuevo la boda con la jóven Naik, la linda aldeana. Celébranse los esponsales con una fiesta marítima, y en este momento la *Glu*, que lo ha sabido, impulsada por el amor propio, vuelve otra vez y logra hacer perder de nuevo el juicio al jóven marino, el cual torna, como fascinado, á casa de Fernanda; pero al entrar allí encuéntrase al conde Kermann que va en busca de su sobrino, y al Dr. Cézambe que quiere poner fin á los escándalos de su infiel esposa. Y Pedro lo sabe todo. ¡Terrible momento! Al reconocer lo infame que es la que le ha hecho olvidar sus deberes, loco de rabia quiere suicidarse y se rompe la cabeza contra una pared cayendo desvanecido. Llévanlo á su casa ensangrentado, y la *Glu* le sigue. La madre, indignada, le cierra el paso; no importa; la empuja, sube desatentada la escalera, pero María de los Angeles coge un hacha y de un hachazo derriba á la que ha perdido á su hijo, la cual muere rodando la escalera, entre horribles convulsiones. En esto aparece el doctor que ha seguido á su esposa infiel; la buena María de los Angeles quédase aterrorizada ante lo que ha hecho; le estremece la idea de verse separada de su pobre hijo por la justicia; cuando el doctor exclama: *Estamos solos, nadie ha visto lo que ha pasado*; y cogiendo el hacha, llama gente, les enseña el cadáver de la *Glu* y les dice: *¿Veis esa mujer? Era la mia; me habia engañado indignamente, y me he vengado.* Tal es el final del drama que, por su trama sobria y robusta y por los

caractéres que tan magistralmente describe, y por el final inesperado, ha conmovido á todo Paris. ¡Cuántas en *la Glu* han reconocido su propio retrato!

El drama de Richepin interesa y conmueve. Está admirablemente escrito y hay en él una exposicion de caractéres y de situaciones que asombran. Sus efectos dramáticos no fatigan, pues el ánimo descansa de las violentas escenas, en las dulces y apacibles que nos presentan personajes tan simpáticos y tiernos como María de los Angeles, Naik, y el viejo pescador que las acompaña.

La Glu es uno de esos dramas que no morirán, pues describe uno de los tipos de la humanidad, bajo el aspecto especial con que se presenta en nuestro siglo, de una manera admirable y con un relieve digno del genio.

* * *

El *As de trefle*, que se acaba de estrenar en el *Ambigu*, es uno de tantos dramas judiciales de que está llena la escena francesa. Toda la trama consiste en la averiguacion de un crímen y en toda la obra tiene más que ver el juzgado que la literatura.

* * *

En el Odeon se ha estrenado el drama de Vaquerie, *Formosa*. Una audicion no nos ha bastado para juzgar de él. Sólo podemos decir que está escrito con sobriedad y vigor, y desprovisto de detalles importunos. Daremos cuenta en la próxima correspondencia.

* * *

El gran éxito del dia es el interesante tomo de poesías de Rollinat, titulado: *Les Nevroses*. Rollinat es un poeta sentimentalmente terrible. Pertenece al género de los Boudelaire, Edgard Poe y Bartrina, pero sobre todo se parece á éste último. Como Bartrina, Rollinat tiene dos aspectos. Poeta de la naturaleza, tierno, descriptivo, sencillo, lleno de amor y de afectos delicados, se nos revela en el *Liseron*, *Pouliches*, y otras composiciones. Sus descripciones recuerdan á Teócrito y hacen pensar en Lucrecio. Ha sentido profundamente la naturaleza, ha entendido el canto de las aves y los chirridos del grillo; ha experimentado la tristeza y la embriaguez de la primavera y del invierno, y ha visto en octubre á las vides retorciendo sus secos y desnudos brazos como dando un adios al sol poniente que las fecunda.

Poeta terrible, está enfermo de esa enfermedad divina que se llama genio, cuya llama le incinera el cerebro. Tiene esa sensibilidad refleja exquisita que hace que uno sienta en su persona el mal ajeno como si fuera el propio. Con conciencia del propio valer y sin esperanzas de ultratumba, fija la idea en la huesa, en la cual cree que todo acaba, hállase presa del terror de la muerte, cuyo espectro le acosa de contínuo.

Rollinat es más dramático y más terrible que Bartrina, pero es ménos razonador y ménos incisivo.

Rollinat canta lo que siente, se canta á sí mismo, sus versos son él; sus neurosis son sus obsesiones, sus alucinaciones, sus sueños, sus pesadillas, sus delirios; neurosis del genio, producidas por una sublime preocupacion suya que no es individual, sino la que proviene de la solucion del eterno problema de la inmortalidad buscada por todos los filósofos de todas las épocas.

Mauricio Rollinat se nos ha revelado en su libro como un poeta de gran fuerza que ha sabido reproducir fielmente el eco de la Naturaleza y el de la conciencia de la humanidad repercutido de un modo sublime en sus versos sobrios y sentidos.

* * *

Se ha abierto una nueva Exposicion de acuarelas. En la próxima correspondencia daremos la revista.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

CABEZA DE ESTUDIO

(Copia de una acuarela de Pradilla, *grabada por Weber*)

Los que creen que el sol de la gloria se ha puesto para España, ó no conocen á España ó no entienden lo que es gloria.

Ciertamente no tenemos á un duque de Alba en Flandes que imponga el yugo de Felipe II á los mal avenidos con extraño monarca; ni la torre de los Lujanes ha vuelto á albergar real prisionero alguno; ni otro Hernan Cortés ha conquistado desconocido y rico imperio para la corona de Castilla. Mas no es el único sol glorioso aquel que ilumina el entusiasmo de los vencedores y el pesar de los vencidos; porque, sin ánimo de plegar la noble bandera que ondeó un dia en Roma y en México y en Oran y en Lepanto, en el actual siglo de las luces alguna más importancia que el Cid tiene Cervantes y no palidece la aureola de Calderon enfrente de la de Gonzalo de Córdoba. La España moderna, que ha producido poetas como Zorrilla y García Gutierrez, profesores como Orfila y Moreno Nieto, pensadores como Balmes, actores como Latorre y Romea y pintores como Fortuny y Pradilla, tiene un sitio digno que ocupar en el areópago de la edad presente y contingente de títulos que exhibir para que se la admita, por derecho propio, en el interior del templo de la gloria.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que no perdona medio á fin de popularizar el genio de nuestros grandes pintores, tiene una verdadera satisfaccion, casi podríamos decir orgullo, siempre que, como en el presente número sucede, puede insertar en sus páginas una de esas obras de arte que formarian la reputacion de un autor, si este autor no fuese el de *Juana la loca* y de la *Conquista de Granada*.

Examínese detenidamente la cabeza de estudio de Pradilla, con tanta conciencia grabada por Weber, y dígase si quien así dibuja no tiene el derecho de reclamar para su patria el respeto de los hombres cultos de todos los pueblos.

EL MES DE ABRIL, dibujo de Emilio Keyser

Si fuéramos dados á los *rompe-cabezas*, entretenimiento que un chusco calificó de *quebradero de cabeza para uso de los que ninguno tienen*; preguntaríamos al lector, en presencia de ese hermoso dibujo: ¿dónde está el mes de abril?.... ¿Revela su llegada el almendro en flor, ese árbol que parece afanarse para despedir al invierno y del cual se venga éste muy á menudo helando los botones de que harto precipitadamente se cubre ó llevándose entre los pliegues de los últimos vientos frios las delicadas flores con que prematuramente se engalana; severa leccion dada por la naturaleza á los que hacen de sus fuerzas un alarde extemporáneo?

¿O son precioso símbolo de ese mes las dos hermosas criaturas que cosechan las flores de ese almendro, capullos de mujer, botones primaverales de la humanidad, que cual los de la naturaleza vegetal pueden ser desprendidos de sus tallos ántes de ser frutos y áun ántes de ser flores?

Cualquiera de esas dos imágenes caracteriza perfectamente al mes de abril, y el autor del dibujo las ha combinado con naturalidad y delicado sentimiento.

MUSICOS AMBULANTES DE VENECIA dibujo de A. Conadam

Los venecianos han cantado siempre.

De ellos podria decirse que, como los pájaros, han nacido para cantar.

Cuando sus galeras de combate vencian á sus enemigos en cuantos mares surcaban y sus naves mercantes monopolizaban, con las españolas, el comercio de todos los puertos, los hijos de Venecia, ricamente ataviados y brillando en sus ojos el orgullo patrio, cantaban romances de guerra al pié de las dos columnas ó amorosas endechas cabe la reja de sus apasionadas amantes.

Cuando las rivalidades de sus patricios convirtieron á la deliciosa reina del Adriático en una ciudad misteriosa, en la cual el miedo de los unos, la venganza de los otros y el despotismo de todos, aguzaban puñales en las sombras y guarecian enmascarados bravos bajo las arcadas de los palacios; los venecianos cantaban su decadencia al compás de aquellos remos que algunas veces aplastaban el cráneo de los cadáveres flotantes en los canales.

Cuando los soldados extranjeros, despues que un conquistador, émulo de Alejandro, hubo uncido al carro de sus victorias la cuadriga de bronce de San Márcos, se posesionaron de la ciudad decaida y los cañones austriacos ametrallaron más de una vez á los que suspiraban por una patria comun, como era comun su cielo con el cielo de Turin, de Florencia, de Nápoles y de Roma; los venecianos, cual los israelitas en el destierro, cantaron al son de sus cadenas la triste salmódia de su largo cautiverio.

Hoy que, apénas salida del sepulcro, al contemplarse en las aguas del Gran Canal, ni siquiera se reconoce á sí misma; hoy que su alcázar ducal no es otra cosa que un destartalado edificio lleno de recuerdos, cuyos marmóreos pavimentos en lugar de ser pisados por el pulido borceguí del senador, lo son por las botas empolvadas del *touriste;* hoy que los palacios de los Fóscari y de los Grazzaniga son exíguas fábricas de cristal ó poco confortables fondas; hoy los venecianos, sin marina, sin agricultura, sin industria, embarcados en góndolas desvencijadas, cantan perezosamente sus recuerdos y sus esperanzas al pié de los balcones, desde los cuales gracias si un extranjero compasivo arroja alguna media lira para aliviar tanta miseria.

LA BELLA HILADORA, dibujo de K. Kogler

Una jóven hiladora, de los primitivos tiempos de la Grecia, suspende un momento su monótona tarea, para convertir en objeto de entretenimiento el huso que le sirve para su trabajo, procurando introducirlo á plomo en la boca que á este fin le presenta abierta el muchacho sentado á sus piés. El asunto es por demás sencillo, pero ameno, y la naturalidad y gracejo con que está tratado, así como la belleza y lozanía de la hiladora, hacen que se contemple este capricho del artista con agrado.

DE LA NUEVA COSECHA, por A. Simonetti

Simonetti es uno de los artistas que de más fama gozan hoy en Italia como experto dibujante y excelente acuarelista. El grabado que lleva el título con que encabezamos estas líneas bastaria para justificar su renombre, pues tanto la actitud del bebedor inteligente que contempla satisfecho el preciado líquido, como la soltura, facilidad y donaire con que está trazado el conjunto de la figura, demuestran que su autor posee la espontaneidad y los conocimientos que se requieren para conseguir con pocas líneas admirables efectos.

ARROJADO A LA PLAYA, por S. Reinhart

El mar es como uno de esos animales fieros y mal domeñados que tarde ó temprano se sublevan contra su dueño.

Cuando la tempestad le azota, parece que el hambre pone fuera de sí al monstruo insaciable; y entónces todo lo traga, todo lo sepulta en sus entrañas indestructibles, en esos abismos á cuya profundidad no ha descendido el hombre sino cadáver. Diríase, á la vista de tantas desgracias, que el mar ha sido creado para devorar parcialmente á la tierra, hasta que venga para ésta aquel dia sin sol en que montes y llanos, ciudades y campos, hombres y cosas han de desaparecer envueltos en las hirvientes olas de un mar sin vallas.

La escena que representa nuestro grabado es uno de tantos episodios tristes de la historia de la navegacion, episodio que apénas deja más huella que la del cuerpo del difunto en el lecho mortuorio de la playa. Y sin embargo, ese humilde marino es un héroe y una víctima del deber: como el simple soldado que da su vida por una causa que poco ó nada le interesa, el pobre tripulante sucumbió en defensa de la nave ajena, que es su causa, que es aquella bandera á que murió abrazado.

En semejantes casos, es decir, cuando el mar arroja el cadáver de alguna de sus presas, la sociedad representada por sus agentes, se limita á consignar friamente el hecho, y gracias si llega á noticia de la mísera viuda y de sus hijos huérfanos que la piedad de algunos marineros ha erigido una tosca cruz de palo encima de aquel pedazo de tierra bendecida que guarda, léjos, muy léjos de su patria, los restos del infortunado náufrago.

CADA OVEJA CON SU PAREJA

I

Despues de un largo paseo hácia *las Ermitas*, el marqués de Montello volvia á Córdoba al paso de su caballo, apoyado indolentemente en la concha de su silla vaquera y abstraido en esa vaga meditacion que suscita el campo á la caida de una tarde de otoño.

Mediaba el mes de octubre; las campiñas andaluzas aún estaban en la plenitud de su verdor; pero las prímulas se iban ya marchitando y alguna que otra *aguza-nieve* que se dejaba ver, anunciaba la proximidad de lluvias temporales.

Esta melancolía otoñal aumentaba el fastidio del marqués de Montello, qne se aburria en Córdoba, su ciudad natal, en la que se hallaba hacia seis dias, ocupado en la transaccion de un largo y ruinoso litigio. Desde que el marqués habia entrado en posesion de su título y de su patrimonio, exceptuando algunas breves excursiones á Italia y á Inglaterra, dividia su existencia entre Paris y ese *pedazo de cielo* que comienza en Sevilla y termina en el océano.

Dos ó tres veces cada año y en direccion opuesta, pasaba por la patria del Gran Capitan, y si algun amigo le encontraba en la estacion del ferro-carril y le preguntaba, obtenia siempre la misma contestacion: «Voy á Paris» — ó bien: «Voy á Sevilla y á los Puertos.»

Pero un hombre jóven, guapo, rico y ocioso, no soporta impunemente semejante vida, y mucho más si, como el marqués de Montello, tiene una imaginacion viva y meridional. Salir de la atmósfera viciosa y fantástica de la capital de Francia, para entrar en ese limbo enervante y lleno de apasionada melancolía, que satura, digámoslo así, el ambiente andaluz, es un contraste peligroso; un insomnio del espíritu que nunca descansa de placenteras excitaciones; así es que el marqués, á los treinta y seis años de edad, estaba muy *fané* como dicen en la patria de Racine, ó muy *pasaito*, segun locucion vulgar en la tierra de María Santísima.

El marqués, que habia tenido algunos amoríos efímeros y de poca consistencia, pensaba vagamente en el matrimonio; pero queria una mujer hecha á su imágen y semejanza; fina, inteligente, fiel, y dotada además de unos detalles físicos que rara vez se reunen en ninguna hija de Eva...

El marqués traspuso una cuesta y al llegar á una praderita tapizada de musgo, detuvo á su caballo, sin duda para permitirse una pequeña expansion de propietario; pues mirando hácia una casa de labor que habia en el otro extremo de aquel campo, se dijo hablando consigo mismo:

«Tiene buen aspecto mi cortijito, con sus blancas tapias y con su cercado de pitas y cambroneras; ¿qué no daria yo por poderle trasladar á Paris á la Avenida de la Emperatriz? Allí haria un efecto sorprendente.»

Este deseo sintetiza el carácter del marqués, que era una extraña amalgama de refinamientos de civilizacion y de poesía campestre y casi bucólica.

Pero pronto llamó su atencion otro objeto, en el que á primera vista no habia reparado. En un ribazo situado en el linde de la pradera que terminaba en una cañada, vió una jovencita que en pié é inmóvil dirigia sus miradas hácia la hondonada que formaba el terreno. Parecia tener de quince á diez y seis años de edad, y llevaba por único traje una camisa muy blanca y una falda de esa tela que aún se conoce en Córdoba con el antiguo nombre de burato. Su talle airoso y flexible que se dibujaba en la penumbra de la tarde, llamó desde luégo la atencion del marqués, el cual se fué acercando á ella lentamente sin ser sentido por la niña que se hallaba como absorta en la contemplacion de un objeto lejano y que no oyó



EL MES DE ABRIL, dibujo por Emilio Kayser



MUSICOS AMBULANTES DE VENECIA, dibujo de A. Conadam

el leve ruido de la marcha del caballo pisando sobre el musgo.

Al verla más de cerca, el marqués se quedó admirado de su belleza infantil. Tenia la tez blanca y pálida; sus ojos castaños estaban bañados de ese flúido meridional que es la *llama líquida*, como ha dicho no sé quién; y por un contraste extraordinario en Andalucía, sus cabellos, mal peinados, se asemejaban á un monte de oro.

Todo esto era de por sí atractivo; pero el marqués *exploró* nuevos encantos en aquella niña; porque tenia la manía de preferir ó mejor dicho de admirar las manos y los piés femeninos, y jamás habia encontrado junta la perfeccion de estas dos extremidades.

El lector, pues, no extrañará que el marqués prorumpiese en este monólogo mental:

«Tiene las manos de Lucianela y los piés de mademoiselle Leonie.»

Lucianela era una pescadora de la playa napolitana de la Margelina; y mademoiselle Leonie una corsetera que tiene una tiendecita en Paris, en la *Rue Cadet*; el marqués habia amado á ambas y eso que cada una de ellas sólo poseia uno de los atractivos anhelados.

Una mujer que salió del próximo cortijo, gritando: ¡Rafaela! ¡Rafaela! distrajo la atencion del marqués; y la muchacha al oirla, en vez de acudir á aquella voz que la llamaba, fijó durante un momento su sorprendida mirada en el caballero; y dando un rodeo por la pradera, se entró en el caserío, miéntras que la cortijera se dirigia hácia donde estaba el marqués á quien habia conocido desde léjos.

—¡Buenas tardes, Rosa!—dijo el marqués.—¿Es hija tuya esa muchacha á quien llamabas?

—Sí, señor marqués; la única familia allegada que me queda.

—¿Sabes que es preciosa?

—Sí señor; mi Rafaela es guapilla, pero me da muchos disgustos.

—Pues ¿cómo?

—Se ha enamoricado de un muchacho, vaquero del señor duque de Hornachuelos, que no tiene más que el dia y la noche; y por más que la riño y la amonesto, ella erre que erre en que ha de quererle.

—Vaya por Dios.

—Ya ve V. E., una mocosa, que como quien dice, ayer jugaba á las muñecas... y á propósito, señor marqués, sabiendo que V. E. estaba en Córdoba, pensaba mañana ir á verle...

—¿Necesitas algo, Rosa?

—Tenia que pedir un favor á V. E. Desde que murió mi Juan, el cortijo está abandonado. V. E. es un buen amo; ¿no podria darme en Córdoba ocupacion?

—¿Quieres dejar el campo?

—Una mujer no sirve para estas faenas y además esos amoríos de la chiquilla...

—Está bien. Vé mañana á verme y hablaremos...

Aquella noche el marqués de Montello vió, durante su sueño, manos finas, descarnadas y un tanto largas, como las de las Vírgenes de Rafael; y piececitos arqueados como los de la Leda de Benvenuto Cellini, que habia admirado en el palacio Pitti de Florencia.

II

«Paris 12 de marzo.

Querido primo César: á pesar de lo que digan los Ponces de Leon, de Sevilla; los Perez de Barradas, de Ecija; los Aguilares, de Córdoba, y demás entronques de la casa de Montello, me caso con Rafaela, la hija de Rosa la Cortijera. Así pues, vé preparando los bártulos, á fin de que á mi paso por Madrid, estés *apercibido* para venirte conmigo á Córdoba á presenciar mi fausto enlace.

En mi amor hácia Rafaela entra por mucho (y perdona la comparacion) una satisfaccion parecida á la que debió sentir el Creador del mundo al pronunciar su fecundo *fiat*; porque yo tambien dije para mis adentros: *hágase*; y la niña desarrapada y huraña, que vagaba casi en cueros por los campos, se ha trasformado en la primera señorita del reino, por más que no circule por sus venas ni una gota de sangre azul. Verdad es que como yo no soy tan poderoso como Dios, he necesitado para esta especie de génesis tres años y la cooperacion del convento del *Sagrado Corazon*, en donde, como tú sabes, hasta la mitología la enseñan de una manera pudibunda.

Pero he conseguido mi objeto; Rafaela es el arquetipo del atractivo y de la elegancia. De seguro los que no la conozcan y la vean en el locutorio del convento, la tomarán por una Briancourt ó una Montmorency; ¡cuál no será su encanto, que ha vencido la oposicion de mi respetable y etiquetera tia Eduvigis! y para que no creas que exagero, voy á referirte un pequeño incidente, que te hará fuerza.

En una de mis no frecuentes visitas á Rafaela, me encontré en el locutorio al eminente escritor y crítico Paul de Saint-Víctor, y se la presenté; el gran estilista la miró con insistencia y me dijo en voz baja la siguiente frase que no olvidaré en mi vida: «Es encantadora; se comprende que esa jóven puede serlo todo; Corina exhalando su último canto en el Capitolio; la Princesa de las Cevenas, ganando batallas, y Ofelia poniendo el rocadero á la rueca en la modesta casa de sus padres.»

Estas palabras son algo novelescas, pero son verdad.

¡Si hubieras visto qué efecto causó Rafaela, una tarde en que mi tia Eduvigis y yo la llevamos á paseo á los Campos Elíseos y al bosque! Tú sabes lo novelero que es este pueblo; sobre todo la juventud *dorada*. Una turba de jinetes, en caballos que el ménos valia mil luises, seguia ó rebasaba nuestra carretela; porque Rafaela, además de todas las filigranas, tiene lo que falta aquí para que la mujer parisien sea la más atractiva del mundo, y es: la *llama en los ojos*.

Es tan elegante, que me da á mí, marqués de Montello, lecciones de elegancia. Un dia que me habia puesto unos gemelos de brillantes, por ser regalo de un amigo, fuí á ver á Rafaela y me dijo: «Reluces como una espetera bañada por el sol.» ¿Comprendes tú esto, César? y luégo aseguran que la distincion dimana del nacimiento. ¡Boberías!

Tia Eduvigis y Rafaela están ya en Córdoba; yo me he detenido aquí á arreglar algunos asuntos. Quiero celebrar mi matrimonio en mi ciudad natal; en primer lugar porque es una costumbre tradicional en mi familia y además porque lo exige así mi honradez. ¡Ha habido tantas hablillas respecto á Rafaela! Además debo esta reparacion á la memoria de su madre, la cual me decia alguna vez: «Señor marqués, sólo siento que murmuren de mi hija.» ¡Pobre Rosa! ¿cuánto gozaria en nuestra felicidad, si viviera? Y hé aquí el único punto negro de mi risueño horizonte; temo que el recuerdo de su madre entristezca á Rafaela y vuelva á caer en la melancolía de los primeros meses de su estancia en la pension. Entónces la achacábamos, principalmente, á unos amores precoces y contrariados. Por fortuna, Rafaela fué animándose poco á poco, y se arraigó alegremente en tierra francesa.

Lo dicho, pues, querido César. No te muevas de Madrid hasta que yo vaya, que será pronto; pues pronto tendré, no el fin trágico del Febo de Chateaupers de Víctor Hugo, sino la tranquilidad y bienandanza de todo hombre honrado que encuentra una compañera amable, inteligente y cariñosa.

Quizá mi noble tio el duque de Guadalimar realice su amenaza de volver hácia la pared el cuadro de mi casa de Córdoba en que se ostenta el escudo de armas de la familia de Montello; pero yo le sustituiré con otro que represente una *luna de miel* en creciente, sobre campo tan verde y tan eterno como la primavera de mi amor.

TEODORO, *marqués de Montello.*»

III

Por la carta del marqués de Montello sabemos que Rafaela estaba en Córdoba.

Un dia festivo, en que despues de haber oido misa en la Catedral, volvia á su casa, acompañada de una criada, acercóse á Rafaela una chicuela como de ocho ó diez años y la preguntó:—¿Es usted la señorita Rafaela?

Esta contestó afirmativamente; y entónces la niña, presentándola un papel doblado, repuso:—Esto me han dado para usted;—y no bien le hubo tomado aquella, se alejó corriendo por la calle de José Rey.

Rafaela, algo sorprendida, desdobló el papel, que era un pliego grande manuscrito; pero no bien hubo leido los primeros renglones, volvió á doblarle y se le guardó en el bolsillo de su vestido.

—¿Se ha puesto usted mala, señorita? preguntó la criada notando la palidez de que se encubrió el semblante de Rafaela.

—No, no es nada—contestó esta—pero hay tantos infortunios!

No bien llegó á su casa, se encerró en su cuarto, desdobló el papel con mano trémula, vaciló un momento y por fin le leyó.

Decia así:

«Rafaela: no puedo más. Harto he reprimido los impulsos de mi corazon, en estos dias de amor y de desesperacion, de sueños irrealizables y de proyectos insensatos. Por lo que más ames ó hayas amado, te ruego que leas hasta el fin estos renglones empapados en mis lágrimas, desahogo de un dolor inexplicable, voz del pasado, que despues de tanto tiempo, llega hasta tí.

Comprendo tu sorpresa;—¿cómo me escribe?—te dirás—¡él, que apénas sabia hablar! es que por tí, Rafaela, yo lo sé y lo puedo todo, ménos dejar de quererte.

Cuando dejaste tu cortijo y te fuiste á Córdoba y despues te llevaron muy léjos, sufrí una pena indecible, que sólo puede comprender el que se ha hallado en igual caso. Estaba como azorado, una dolencia desconocida me quitó las fuerzas y hasta el movimiento, y durante muchos dias permanecí en mi casa de la sierra, envuelto en un limbo oscuro, que se asemejaba al idiotismo. Recordaba, no obstante, nuestros últimos coloquios y hasta los años de nuestra infancia; contemplaba las hojas de malva-rosa y las moras, secas ya, que tú me dabas y que yo he conservado como amorosas reliquias; recordaba aquellos dias en que niños los dos, vagábamos por nuestros hermosos campos, llevando en nuestras cabezas coronas de amapolas, que bañadas del sol, parecian lenguas de fuego, cuando nos mirábamos en los charcos ó en las fuentes...

Por fin me repuse, y la salud me devolvió la energía y la esperanza. Supe que el marqués de Montello pensaba educarte y hacer de tí una señorita; y entónces se me ocurrió un pensamiento, que no puedo calificar de insensato. Rafaela aprende—me dije;—Rafaela se eleva; pues bien, yo tambien aprenderé y me elevaré hasta ella. Y fuí á las *Ermitas* y ví al P. Mauricio, á quien conoces, y que es un sabio, y le dije:—Padre, tengo ansia de salir de la ignorancia; enséñeme usted.

¡Oh, Rafaela! ¡qué horizontes se han abierto ante mí! ¡qué hermosa es la ciencia! ¡qué triste vida vive el hombre ignorante. Yo estudié, aprendí y supe... Supe conocer el mundo antiguo, el orígen de muchas cosas de que no tenia idea. Supe que estamos rodando en la inmensidad del espacio, que esas estrellas que tú llamabas *las candelitas del cielo*, son otros tantos mundos quizá más hermosos que el nuestro, y que el sol no es más que uno que vemos, entre soles innumerables.

Pero cuando leia y estudiaba pensaba en tí. Esto me acerca á ella—me decia;—cuantas más sensaciones perciba mi inteligencia, amaré á Rafaela, no más, porque es imposible, pero sí mejor. El P. Mauricio encomiaba mi rapidez de comprension, aconsejándome que dejase la vida del campo; pero yo, Rafaela, y fíjate bien en estas palabras, yo soy inmutable en mis afecciones; sólo por tí abandonaria estos anchos ambientes, los aires puros que necesitan mis pulmones, las carreras á caballo, los mugidos de las reses y el alegre sonar de las esquilas.

Y digo que sólo por tí lo abandonaria todo, porque he estado á punto de hacerlo. Ya te lo diré despues.

En esta fiebre de estudio y de recuerdos tuyos, he vivido tres años, solitario en el mundo como un anacoreta en el desierto, sin tener como este la seguridad de un bien infinito: ¿cómo se puede vivir así? ¡Ah! se vive, se vive como vive el ciego recordando el semblante de las personas amadas y la luz del dia, que un tiempo vió.

Alguna vez la fuerza de la juventud y la poderosa atraccion del amor hacíanme salir de mi letargo. En una ocasion en que fuímos á Extremadura á llevar ganado, en Cáceres, ví asomada á una ventana una jóven que se parecia á tí; se parecia tanto que durante un momento creí que eras tú misma ó que mi eterno deseo habia tomado cuerpo y realidad. Me aproximé á ella, la dije yo no sé qué palabras; me contestó y en aquellos instantes mi corazon palpitaba como cuando estaba á tu lado.

Mas ¡ay! el encanto se desvaneció en breve.

Sus ojos, es verdad, se parecian á los tuyos, á la tuya su boca; su acento extremeño se asemejaba al tuyo andaluz; pero faltaban á sus ojos la llama y la caricia, á su boca la sonrisa tierna y graciosa á la par, y á su voz aquella modulacion suave, sólo oida en la tuya, y jamás por mí olvidada.

Desde aquel dia todo acabó. Mi corazon volvió á encallar, mis sentidos á embotarse y no volví á sentir pobres é inútiles aspiraciones de amor; ni siquiera los groseros estímulos de la carne, aún más que el espíritu, muerta en mí.

¡Oh! ¿y se pone en duda la castidad del sacerdote?

Supe dónde estabas, y aunque siempre me halagaba la esperanza de que volverias á Córdoba, guardaba la mayor parte de mi pobre salario, con objeto de atravesar los cientos de leguas que nos separaban y volverte á ver. Exasperado por tu prolongada ausencia, iba á realizar mi propósito fuese como fuese, cuando supe que venias y supe...

Rafaela... el marqués de Montello, ningun hombre será tu marido, viviendo yo. Rafaela, soy inmutable y soy tenaz. Un dia... éramos muy niños, oimos piar la cría de un nido, entre las hojas del olmo del molino. Yo quise cogerle ¿te acuerdas? trepé por el tronco y caí en tierra; cinco veces lo intenté y otras tantas caí. Tenia desgarradas las piernas y ensangrentadas las manos; pero á la sexta vez de intentarlo, llegué hasta la copa del árbol y me apoderé del nido; ¡no me habia de apoderar! áun cuando hubiera estado diez veces más alto! En otra ocasion, esto fué poco ántes de tu ausencia, nos separaba la zanja de la Fuente de los Cañares y yo quise saltarla por no dar un rodeo para aproximarme á tí. Mi caballo se *plantó* asustado; tú sabes lo que sucedió; despues de una brega de media hora, le hice saltar, ó mejor dicho, precipitarse y precipitarme en la zanja: pues si por tan leves motivos nada tuerce mi voluntad, ¿qué no será por retener el bien supremo, la eterna aspiracion de mi vida que intentan robarme?

Rafaela, te he recordado estos incidentes para que te haga mayor fuerza lo que me resta que decirte. Vas á casarte en Córdoba; aunque no sea así, en cualquiera sitio á que te lleven, allí me verás; aunque sea en el dintel de la puerta del oratorio del Rey de España, allí estaré yo para decirte....»

El ruido de pasos interrumpió la lectura de Rafaela, que guardando rápidamente la carta, y enjugándose los ojos llenos de lágrimas, salió al encuentro de doña Eduvigis, la hermana del marqués de Montello, que la buscaba para almorzar.

IV

Cuatro dias despues llegó á Córdoba el marqués de Montello, y desde entónces sólo se habló en la ciudad de la próxima boda de éste con Rafaela, la hija de Rosa la Cortijera.

El marqués halló á su prometida triste y meditabunda; pero lo achacó al recuerdo de su madre que labraba en ella.

Una mañana, Rafaela dijo al marqués:

—Padrino, ¿sentirias mucho no casarte conmigo?

—¿Y lo pones en duda, querida niña?—contestó aquel.—Cuando es una esperanza que acaricio hace tres años, lo sentiria doblemente por mí y por la memoria de tu madre que me pidió al morir que te hiciera mi esposa; pero ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada, padrino; no sé cómo se me ha ocurrido esta idea.

Dos veces se fijó dia para la boda y otras tantas hubo que aplazarle, por ligeras indisposiciones de Rafaela;

pero por fin llegó aquel dia tan deseado por el marqués. Desde las primeras horas de la mañana tomó la antigua iglesia de San Pablo un aspecto que daba alegría. Todos los altares resplandecian de luz, el suelo estaba tapizado de yerbas olorosas y el sacristan se habia rizado el cabello.

Se tuvo mucho cuidado en ocultar el dia señalado para la ceremonia nupcial, porque si no, de seguro hubiera hormigueado la gente desde la calle de la Zapatería, en donde vivia el marqués, hasta la Puerta del Rincon, límite de aquel barrio. Con todo, no faltaban curiosos en la plaza de San Pablo y en puertas, ventanas y balcones.

Lo corto del trayecto, la estrechez de las calles, lo bonancible del tiempo, y el deseo de la menor publicidad posible, fueron causa para que se prescindiese de carruajes. Así es, que á las diez ménos cuarto, la novia en traje nupcial y extremadamente linda, se encaminó hácia la iglesia acompañada de la respetable doña Eduvigis y de otras dos señoras que, aunque de buena familia, eran despreocupadas y transigian con el capricho de su pariente el marqués de Montello. Este aún no habia salido de su casa retrasado por la llegada de su amigo el gobernador de la provincia.

Era una hermosa mañana de abril. Algunas nubecillas blancas cruzaban rápidamente por el cielo; y algunas mariposas blancas tambien, porque aún no se habian matizado de los colores del verano, revoloteaban en el aire. Soplaba una maretilla blanda por la parte del rio, y venia de hácia el paseo del Gran Capitan, un olor de azahares, que daba gozo. Todo, pues, auguraba un buen dia de boda.



LA BELLA HILADORA, dibujo de K. Kogler

El marqués de Montello salió de su casa en compañía del gobernador, de su primo César y del poeta Fernandez Grilo, que se hallaba de temporada en su pueblo natal y que, á instancias del novio, habia hecho un himno epitalámico, flúido y brillante como todos sus versos.

Todos estos personajes torcieron la esquina de la calle de la Zapatería y todos experimentaron gran sorpresa al notar la agitacion que reinaba en la vecina plaza de San Pablo y al oir frases y gritos incomprensibles.

Hé aquí lo que habia sucedido:

Poco ántes de llegar la novia y su acompañamiento á la plazoleta en donde está situado el templo, resonaron las pisadas de un caballo sobre los guijarros del empedrado y se presentó un jinete, que poniéndose delante, detuvo á Rafaela y á los que con ella iban. Era un jóven en la flor de la edad, llevaba un gracioso calañés bajo el cual asomaban las puntas de un pañuelo encarnado; vestia una chaqueta de monte de paño fino con caireles de plata, un calzon ancho guarnecido de galoncitos azules y unos botines con esos bordados pespuntes que sólo se hacen en Coin ó en Utrera. Del borrén delantero de la silla pendia atravesada una manta linareña flequeada de bellotas de estambre; y montaba un tordillo fino, de corta alzada y de descarnados remos, de esos que sólo se ven en la serranía de Córdoba.

Los ojos del jinete relampagueaban con una expresion extraña de despecho y de ternura. Dejó caer las riendas sobre el cuello del caballo, sacó de una pistolera oculta bajo la manta una pistola de arzon; y envolviendo á Rafaela en una mirada intensa, dijo con voz firme: «Rafaela, te repito de palabra lo que te escribí: en Córdoba, en cualquiera sitio á que te lleven, allí me verás; aunque sea en el dintel de la puerta del oratorio del Rey de España, allí estaré para decirte: viviendo yo no te casarás con hombre alguno. ¿Quieres venir conmigo, ser mi esposa, hacerme feliz, pagándome un amor que comenzó con mi vida; ó no te importa verme morir en tu presencia? Elige, Rafaela, elige; pero que sea pronto.»

Y al pronunciar estas palabras, el enamorado mancebo, extendia la mano izquierda hácia la jóven y alargaba una pierna como ofreciendo un punto de apoyo á aquella; miéntras que con la mano derecha se apuntaba á la sien con la pistola amartillada.

—No, Manuel, no—dijo Rafaela con voz entrecortada y cubierto el semblante de espectral palidez;—guarda esa arma; en trance tan extremo no hay eleccion posible. He llegado, he debido llegar hasta aquí, á ver si desistias de tu propósito. Cuando no ha sido así, es que Dios lo quiere. Soy tuya; vamos pues.

Y apoyando su piececito en el del jinete, tomó la mano que este le ofrecia y saltando rápidamente á ancas del tordillo, ciñó con sus brazos la cintura de aquel, sin duda para no caerse.

El jóven clavó ambas espuelas en los ijares del caballo, y saliendo al galope, torció por la calle de la Carnicería, á tal paso, que los más diligentes sólo pudieron verle de léjos encaminarse hácia la puerta del Rincon.

Momentos despues llegó el marqués y los que le acompañaban á la plazoleta de San Pablo.

V

Se practicaron pesquisas infructuosas; parecia que la tierra se habia tragado á los fugitivos amantes. Díjose en Córdoba que estos se hallaban ocultos en Extremadura, en las estribaciones de Sierra-Morena; y tambien cundió la voz de que, corriéndose hácia la provincia de Toledo, habíanse refugiado en sus montes; pero nada de fijo se sabia.

Por fin, trascurrido algun tiempo, remitieron al marqués de Montello, que se hallaba en Cádiz, una carta dirigida á Córdoba y concebida en estos términos:

«Excmo. Sr. marqués de Montello.

Escallon 7 de Junio

Queridísimo y nunca olvidado padrino: Te ruego que me perdones. Tú que tienes tanta inteligencia y tanto corazon, debes comprender lo que hice y por qué lo hice. Entre un hombre que me amaba desde niño, que está en la edad de los arrebatos juveniles, que no tiene nada en el mundo más que á mí y que iba á salpicar con su sangre mi velo nupcial; y otro hombre con todos los prestigios del nacimiento y de la fortuna que me amaba, tiernamente sí, pero con la reflexion de la edad madura; no habia disyuntiva admisible. Además, tú que prescindias por mí de tus cuarteles en *sinoples* y de tus águilas *soportes*, debes comprender algo de estos inevitables movimientos de corazon.

Para mayor seguridad atravesamos la frontera portuguesa y hétenos establecidos en este ameno pueblo de Escallon, en donde hay algunos fidalgos y pocos árboles. Nos ha casado á Manuel y á mí, como Dios manda, un buen cura, paisano de Camoens, y hemos tenido la suerte de encontrar pronto el medio de ganarnos la vida. Mi marido es *xefe de boyeros* (lee mayoral) de la vacada del señor conde Farrovo; y yo ¡pásmate! desempeño la plaza titular de *mestra de meninas;* lo cual, vertido al castellano, quiere decir: maestra de niñas de este pueblo. Hé aquí, querido padrino, para qué me han servido los desvelos de las buenas madres del *Sagrado Corazon*, mis cuatro idiomas, mi habilidad en labores, mi aire de duquesita y demás zarandajas que admirabas en mí.

No obstante, estoy muy contenta; Manuel me quiere cada dia más; y yo, si educo brillantemente á alguna de estas portuguesitas, las enteraré en su dia de que te lo deben á tí, como yo te lo debo todo. No creas que lo olvido; tu enojo es mi única preocupacion; porque tú eres el hombre más bueno y más amable que he conocido; pero abrigo la esperanza de ahorrar algunos miles de *reis* para poder ir á verte y decirte: «Padrinito, perdona á tu Rafaela.»

Estoy segura de que el dia aquel de mi escapatoria, exclamarias para tus adentros: «¡Por fin Rafaela ha descubierto la hilaza!» y yo, sin desmentir este aserto, le completaré con el refran ó proverbio que dice: *cada oveja con su pareja.*—RAFAELA.»

F. MORENO GODINO

NOTICIAS GEOGRAFICAS

GROENLANDIA.—La expedicion exploradora que el profesor Nordenskiold prepara, atrae naturalmente la atencion sobre ese país hiperbóreo, del que sólo se conoce hasta ahora el litoral, y esto incompletamente; miéntras que el interior ha sido explorado apénas todavía.

La superficie de Groenlandia no se podria determinar con exactitud, ni áun aproximadamente.

Las costas del norte son enteramente desconocidas; de modo que no podria decirse hasta qué distancia se extiende el continente groenlandés hácia el polo. Considerado el país, por la parte del norte, hasta el punto extremo á que ha llegado la exploracion de las costas, el doctor Rink supone que hay una especie de faja de islas y de fiordos que comprende una extension de tierra de 192,000 millas cuadradas, poco más ó ménos, y que el interior se puede evaluar en unas 320,000.

El invierno no cesa jamás en ese país y de continuo se ven bajar á los fiordos montones de fragmentos de hielo que se estrellan contra las partes salientes de la tierra firme, ó que, cuando avanzan bastante mar adentro, quedan rotos por el movimiento de las olas, constituyendo, al flotar, un peligro constante para la navegacion especial en los mares polares.

Un sabio geólogo noruego ha hecho un viaje á Groenlandia expresamente para estudiar esa marcha de los glaciares, sobre los cuales ha recogido datos muy curiosos. Despues de examinar dos de las más grandes ramificaciones del hielo en el interior del país, ha reconocido que eran verdaderas corrientes de agua helada, cuyo movimiento en direccion al mar era de 47 piés por dia durante el verano. Este movimiento, apénas perceptible, era el de una mole de hielo de 920 piés de profundidad, y que no media ménos de 18,400 piés de anchura, formidable rio helado que vertia en el Océano 200,000 millones de piés cúbicos de hielo al año.

LOS INGLESES EN ASIA.—El Asia meridional se halla á punto de pasar á manos de los ingleses. Por Perim y Aden son dueños del mar Rojo; su progreso por la frontera noroeste de la India, les permitirá posesionarse del golfo Pérsico y de la desembocadura comun de los dos grandes rios de la Turquía asiática, el Tigris y el Eufrates; el Indostan les pertenece por completo desde las desembocaduras del Indo hasta las fronteras birmanas; y en este momento se anexionan sin ruido las partes de la península de Malaca que no poseian aún.

Dentro de algunos años se hallarán á las puertas de Saigon, temibles y amenazadores, segun opinan los franceses, si éstos no buscan una fuerte posicion en aquella parte del extremo Oriente, que en su concepto debe ser suya.

Dueños absolutos de la India, y protectores de la Birmania, los ingleses quieren apoderarse de toda la península de Malaca para ser únicos poseedores del mar de las Indias. Singapore ha sido el primer establecimiento; á éste ha seguido Malaca, y despues Nanning. Los ingleses se fijan hoy en los pequeños reinos independientes del interior.

En un curioso estudio que acaba de publicar la *Nueva Revista*, M. Brau de Saint Paul da interesantes detalles sobre los progresos de la influencia inglesa en ese país, y particularmente en el reino de Perak.

Hace algunos años, despues de diversos acontecimientos, los ingleses instalaron un residente británico cerca del Rajá de Perak, y este residente agregó á su servicio un oficial del ejército de las Indias, encargado de organizar, con el modesto nombre de policía, un verdadero ejército de ocupacion.

El residente habita con el Bajá la pequeña ciudad de Kauala Kangsoh, capital del reino.

* * *

NUEVA ISLA EN EL JAPON.—Un hombre de edad avanzada, llamado Raissain, natural de la provincia de Satsuma, acaba de descubrir, segun parece, una isla desconocida de todos hasta ahora, y que se halla situada al nordeste de Vladivostock. Esta isla, de una superficie bastante extensa, está deshabitada, pero tiene magníficos bosques.



DE LA NUEVA COSECHA, dibujo de A. Simonetti

NOTICIAS VARIAS

KRAO *(la niña-mona)*.—Actualmente se exhibe al público en Lóndres una niña de seis años llamada *Krao*, natural del reino de Laos, en Cochinchina, donde la encontró un viajero que la ha traido á la capital de Inglaterra. Cuando este viajero conoció á la niña y á sus padres, no habian salido todavía de la selva virgen del interior.

Dicha niña es bastante enjuta de carnes; tiene la cabeza cubierta de pelo negro, laso, espeso y largo que en la nuca es una verdadera crin; sus ojos carecen de íris como los del gorila, con la pupila negra, brillante y dilatada. El aspecto de esta niña guarda mucha analogía con la del citado mono, pues su nariz es tan chata que apénas sobresale de la cara, ancha y oblicua en direccion de los pómulos; sus carrillos son tambien anchos y colgantes, y en su interior almacena *Krao*, como los monos, los alimentos para irlos mascando á ratos; tiene patillas simias bastante largas: la piel, de color amarillo-pardusco, está enteramente cubierta de un vello espeso y sedoso, y todo el cuerpo, á excepcion de la cabeza, se parece de un modo notable al de los antropoideos.

El carácter de la niña es dócil y alegre miéntras no se la irrita, y de su inteligencia puede juzgarse, sabiendo que en pocos meses ha aprendido bastante inglés para hacerse comprender.

Hay quien ve en esta niña fenomenal un caso de atavismo; otros explican el fenómeno atribuyéndolo á la politriquia ó suspension de desarrollo en algunas partes y á cierto período de evolucion de la vida embrionaria, quedando el lanugo permanente, opinion que viene á ser en el fondo la misma que la anterior atendida la explicacion de las trasformaciones embrionarias y posteriores.



KRAO, la niña-mona (de fotografía)

GRAN TEATRO DEL LICEO.—Bajo felices auspicios ha empezado en nuestro gran teatro lírico la actual temporada de primavera. *La Africana* y *Los Hugonotes*, las dos primeras obras puestas en escena, han proporcionado magníficas entradas á la empresa, y entusiastas ovaciones á cuantos en aquellas han tomado parte. No es de extrañar: la inteligente direccion del maestro Goula, cuya batuta, cual mágica varilla, parece tener el don de despertar la adormecida destreza de los profesores puestos á sus órdenes, nos ha revelado en ambas óperas bellezas que hasta hoy se nos habian hecho pasar desapercibidas, ofrecido delicadísimos detalles que ni siquiera podíamos suponer y dado á conocer bellísimas piezas y asombrosos efectos musicales de que nos habian privado siempre cuantos maestros se han sucedido en el Liceo. Aunque sólo fuera por esto, se ha hecho acreedor el Sr. Goula al entusiasta aplauso del público barcelonés.

Entre los cantantes, ha descollado, como era de esperar, el eminente Masini, ese tenor de voz angelical y expresion sin par, que arrebata, fascina al auditorio con cada una de sus frases, y que especialmente en todo el cuarto acto de *La Africana* nos hizo saborear con vivísimo deleite las sublimes notas de Meyerbeer, cantadas por él de un modo inimitable. ¡Lástima grande que en *Los Hugonotes* se sintiera aquejado de una afeccion á la garganta que le impidió desplegar sus inagotables recursos, pues si á pesar de ello supo arrancar en el célebre duo del cuarto acto nutridísimos y prolongados aplausos, el entusiasmo del público no hubiera tenido límites de hallarse aquel en el lleno de sus facultades!

La Teodorini, la Gini, Verger, Dufriche, Nanetti y demás cantantes que han tomado parte en dichas funciones han contribuido admirablemente al magnífico resultado de ambas, dándose á conocer como verdaderos y consumados artistas; y los coros.... de los coros sólo podemos decir que de muchos años á esta parte no se habian oido en Barcelona otros iguales por la precision, ajuste, afinacion y vigorosa plenitud de voces de que han hecho gala, y que su breve paso por la escena del Liceo formará indudablemente época en los fastos de este teatro.

* * *

NUEVA TRANVÍA EN LÓNDRES.—Acaba de inaugurarse en Lóndres un nuevo sistema de tranvía de traccion por un cable sin fin, puesto en movimiento por una máquina fija. Los rails están sustituidos por simples placas de hierro. El cable, metido en dos tubos enterrados, va sostenido en poleas. Cada tubo tiene, en toda su longitud, una hendidura longitudinal por la cual penetra una pinza que coge el cable y lo enlaza por consiguiente con el vehículo. El tubo es de alambre de acero y su hendidura lo suficientemente angosta para que no se introduzcan en ella las ruedas de los carruajes.

* * *

POBLACION DEL JAPON.—Segun el último recuento, terminado en enero, la poblacion de este país asciende á 36.700,318 almas, contándose 18.598,998 hombres y 18.106,120 mujeres.

* * *

Un periódico científico norte-americano calcula la produccion anual de hierro en el dia en 19.500,000 toneladas, de cuya cantidad producen la Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania y Francia cerca de 89 por ciento. Inglaterra y los Estados Unidos consumen juntos más de la mitad del hierro producido en todo el globo.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



Año II — BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1883 — Núm. 67

EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La emocion producida por una tormenta. —Salvas de artillería.—Lo que *se ve* por cinco céntimos.—Antes de la fiesta.—Ventajas de la imaginacion. -La crónica de modas.—Monotonía de los festejos. En busca de billetes.—Conflicto entre dos títulos. —Dificultades concejiles.—¡Billetes.. ... ó la vida! —Vanidad humana.

Para que nada faltase á la variada exposicion meteorológica que la venerable Naturaleza nos está presentando de algun tiempo á esta parte, ha resonado estos dias en los aires el eco de una tronada.

¡Manifestacion completa de los fenómenos naturales!... ¡Nieve, granizo, lluvias..... y últimamente el conato de emocion producida por la tormenta!

No podemos quejarnos. El mes dedicado al belicoso Marte ha tenido todos los caractéres aplicables al antiguo Dios de la guerra.

Escuchando el rumor lejano de los truenos decia la otra mañana un palaciego:

—¡No hay cuidado! Eso son salvas de artillería con que en las alturas celebran las bodas de Su Alteza.

* * *

Yo me enteré de toda la ceremonia sentado en un café y haciendo los honores del dia á una legítima botella de cerveza de Baviera.

El mozo que me sirve me trajo un periódico.

—¿Estuvo usted, señorito?

—¿Dónde?

—¡Vaya!... ¿dónde habia de ser?.... ¡en Palacio!

—¡Ah!.... sí, es verdad; hoy se ha celebrado la boda de la infanta Doña Paz con el príncipe de Baviera .... Pues, mira.... no estuve. ¿Y qué ha ocurrido?

—Este periódico trae la descripcion de la fiesta. ¡Lea usted!.... lea usted, y pasará un buen rato.

Como en aquel momento no tenia nada que hacer, leí el periódico que el mozo me entregaba.

No sé cuánto tiempo duró la lectura. ¿Fueron minutos? ¿fueron horas? No me es fácil precisarlo. Sólo puedo asegurar que dejé el periódico sobre la mesa, abrumado bajo el peso de tanto adjetivo como se habia salido del diccionario para acudir á las necesidades del redactor encargado de describir la fiesta, estrujado mentalmente por la multitud que habia llenado de curiosidad y de anhelo las galerías del palacio, deslumbrado por los ricos trajes de las aristocráticas damas que asistian á la ceremonia y poseido de fervor religioso ante la brillante solemnidad verificada en la real capilla.

¡Todo esto por cinco céntimos que me habia costado el periódico!

—¡Vaya!—dije. Podrá hacerse cada vez más dificultosa en Madrid la subsistencia. Los cabezas de familia se quejan de que ha subido el precio de la carne, de que los tahoneros amenazan con hacer dar otro vuelo al pan nuestro de cada dia, de que hasta las patatas, ese alimento del pobre, se han encarecido..... Todo esto será verdad. los artículos llamados de primera necesidad andan por las nubes. Pero el pan del espíritu se da por cinco céntimos. Hé aquí que mediante esa cantidad yo he asistido mentalmente á la fiesta que preocupaba desde hace muchos dias al curioso público madrileño. Gracias á mi imaginacion y á las facultades que para describir toda clase de hechos adornan al redactor del periódico, yo me encuentro en una situacion igual á la de las personas que soñaron la noche anterior con la asistencia al acto de la boda, que se levantaron apénas amaneció y cepillaron su ropa y dieron órdenes á los criados y tomaron disposiciones para no llegar tarde.

—Mariquita ¡el chocolate! ¡Pronto, que se está haciendo tarde!

—¡Ay Dios mio! ¡á qué hora llegaremos!

—Dí Manuel, tú que entiendes de *astronomía*, ¿qué te parece, va á llover? El cielo está así, como si amenazara tormenta.....

—¡No hay cuidado mujer! Mas por si acaso, llevad las sombrillas que os pueden servir á la vez para el sol y para la lluvia.

—Sí, sí; será mejor. ¡Ea, vamos! Mariquita cuida bien de la casa y de los niños. Adios, hijo mio.... pichon, dame un beso.... Ay Mariquita por Dios, mucho cuidado.

Yo me finjo perfectamente todas estas conversaciones, y veo á la multitud apiñada en las galerías del palacio, y oigo el prolongado murmullo de aprobacion al paso de la comitiva.,... y saludo á los diplomáticos, á los caballeros de las diversas órdenes españolas, á los comisionados de los Cuerpos colegisladores, á los generales y directores de todas las armas, á la flor y nata de la grandeza española, á los ministros, á los gentiles hombres, á los mayordomos de semana y á todos, en fin, los que ostentan alguna dignidad, alguna placa, alguna cruz, algun título que los eleve sobre el nivel de la generalidad humana.

—¿Qué tal, señorito?—me preguntó el mozo de café rompiendo el curso de mis meditaciones.

—¡Muy bien! ha sido una ceremonia festejada y aplaudida. Nunca he visto un zaguanete de alabarderos tan compacto.

* * *

Verdaderamente hay cronistas, —y yo soy uno de ellos —que no sirven para detallar los caprichos de la moda ni los mil adornos de un vestido.

Los trajes de mujer tienen colores especiales que no se encuentran ni en el arco-íris; yo naufragaría, de seguro, si pretendiera engolfarme en los plegados y bullones de una falda. Renuncio pues á hacer el papel de modista. Que los trajes de la novia son riquísimos é innumerables, lo saben todas las mujeres que han seguido con atencion el relato hecho en los periódicos acerca de la canastilla de boda.

Yo he fijado más particularmente mi curiosidad en los festejos que se habian de celebrar durante los dias de gala.

Preciso es confesar que los recursos humanos son siempre pobres en tales casos. La monotonía de las fiestas públicas es capaz de desesperar á cualquiera. Iluminaciones, fuegos artificiales, funciones de teatro, corridas de toros..... ¡Siempre lo mismo!

Y áun esta vez el programa es mucho más reducido.

¿Qué se hace al fin y al cabo? Dos cosas: un baile en palacio, y una funcion dramática en el teatro de la Opera.

Pero todo esto se halla revestido de cierto misterio. Yo por más indagaciones que he hecho no he encontrado todavía á nadie que pudiera contestarme lo siguiente:

—Estoy invitado al baile;

O bien:

—He recibido billete para la funcion de teatro.

De modo que en el instante en que escribo estos renglones Madrid se halla en esta situacion:

Una gran multitud que bebe los vientos por asistir á cualquiera de ambas ceremonias ó á las dos juntas, y una Comision de reparto de billetes que al parecer se mantiene en la inmovilidad más absoluta.

¡Hay quien supone que todo es un sueño!

* * *

Pero no; *e pur si muove;* el baile será una realidad, y la mejor razon para creer que el espectáculo de la Opera no es una quimera está fundada en el hecho de que ya produjo desagradables consecuencias entre dos antiguos periodistas conservadores, que á la vez son títulos de Castilla.

¿Porqué no se han de decir los nombres? Son el marqués de Valdeiglesias y el conde de Casa Sedano.

El presidente del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Abascal ha echado sobre sus hombros el enorme peso de repartir los billetes para la funcion de teatro. Y en cuanto esta noticia circuló por la corte, millares de peticiones cayeron sobre el alcalde. ¡Es tan *grato* asistir á una funcion *gratis!*

No es fácil saber cómo se las ha arreglado la primera autoridad del municipio. Pero de seguro ha comprendido que el papel de repartidor en las funciones teatrales es uno de los papeles más difíciles.

Desde luégo la prensa, esa fuerza de nuestros dias, como anfibológicamente se la llama, se ha encontrado sin billetes.

—¡Cómo es eso!—dicen que preguntó un periodista al Sr. Alcalde.

Y éste contestó:

—Acudí al marqués de Valdeiglesias, á quien por ser propietario del periódico más antiguo de Madrid, *La Epoca*, le envié diez palcos para que los repartiera entre sus colegas.

Esta noticia circuló por los periódicos, y al dia siguiente la casa del Sr. Escobar veíase asediada por multitud de peticionarios. El marqués de Valdeiglesias no habia recibido billete alguno.

¡Pero vayan ustedes á hacer comprender esto al individuo que tiene mujer, hermanas, hijas, amigos y hasta electores que le acosan con esta frase terrible:

—¡Billetes..... ó el desamor, el desprecio y el olvido!

Tanto vale decirle á uno:

—¡La bolsa ó la vida!

En estas circunstancias el conde de Casa Sedano se encontró frente á frente del marqués de Valdeiglesias en el salon de conferencias del Congreso. Cruzáronse palabras algo duras..... hubo amenazas y nombramiento de padrinos.

Pero claro está que una vez esplicado el *quid pro quo*, esos dos títulos de Castilla volverán á darse el título de amigos.

Entretanto el Sr. Abascal medita los medios de trasladar su Ayuntamiento al desierto de Sahara, á fin de huir de los postulantes.

Ahora, si preguntan ustedes á la mayor parte de los que solicitan billete:

—¿Qué funcion se va á dar?

Os contestarán:

—No lo sé: la comedia me importa poco. Que sea de Rojas ó de Moreto, de Calderon ó de Lope, esto es para mí cuestion secundaria. Lo importante es poder lucir allí el traje de gala. Que me vean, que me dirijan los gemelos, que digan «ese es *fulano de tal*».... etc.

¡Oh! vanidad humana..... ¡Cuando dejarás de reinar sobre la tierra!

PEDRO BOFILL

Madrid 4 de abril de 1883.

NUESTROS GRABADOS

EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca.

El jóven matrimonio ha perdido á su primer hijo.

Fruto de un amor verdadero, durmióse niño y despertó ángel.

Como la Vírgen al pié de la Cruz, los padres del muerto *están* en la meseta de la escalera por la cual desciende el féretro, colgado de blanco, y coronado de flores, triste privilegio de los que mueren sin haber conocido la malicia del mundo, querubines que tienden el vuelo á las esferas de donde parten los rayos que el sol envia al mundo.

Los padres *están*, es decir están de pié, como está el dolor que no tiene siquiera el desahogo de la desesperacion; sin lágrimas en los escaldados ojos, sin color en el desencajado semblante, sin movimiento en el rendido cuerpo, sin aliño en el traje, paralizada la sangre, petrificado el pensamiento; vida sin conciencia de la vida, ocaso de una tarde tempestuosa, alumbrado por el último resplandor de un sol incoloro y frio como un rayo de luna....

—Si quieres hacerme llorar—decia el gran preceptista latino—empieza por llorar tú mismo.

Pues bien, el autor de este cuadro, de fijo ha cumplido el precepto más de una vez durante la ejecucion de su triste obra. Cuando no se siente no se hace sentir....

Ignoramos si Dall'Oca ha pasado alguna vez por el amarguísimo trance de perder á un hijo; en caso contrario Dios le aparte este cáliz, porque es indudable que en tanto nuestro pintor ahonda en esa pena, en cuanto ha encontrado manera de hacerla comprender por medio de imágenes bellísimas, pero tan desgarradoras como bellas.

Quien estas líneas escribe ha pasado por este calvario. Tenia veinticuatro años tan sólo, y desde aquel dia datan su primera arruga y su primera cana.

PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch

¿Qué contienen las orillas del Rhin para que hasta tal punto llamen la atencion, así de la juventud como de la edad provecta, así de la mujer amante exclusivamente de lo bello, como del filósofo que en todo encuentra un más allá con que alimentar su inteligencia? Es muy sencillo; tienen, especialmente en la estacion veraniega, las manifestaciones de una naturaleza agradecida á la bendicion de Dios y á la industria del hombre.

Es necesario recorrer esos lugares como Víctor Hugo los recorrió en su juventud, con el saco de viaje á la espalda y el baston del peregrino en la mano, para saturarse de tanta belleza. Mas aún ahora mismo, en que los príncipes de las letras y de las artes viajan como tales príncipes y no como los humildes trovadores de la Edad Media, las orillas del Rhin, en especial desde Maguncia á Colonia, no tienen rival en Europa.

Y sin embargo, esos prados tan risueños, esos campos donde la utilísima vaca pace tranquilamente una yerba fresca, abundante y jugosa, esas llanuras en donde las montañas parecen simples ondulaciones del terreno, dispuestas para extender cómodamente la vista por aquel océano de verdor, sembrado de poblaciones importantes y de aldeas pintorescas; no siempre han sido, como ahora, una especie de Arcadia feliz. Díganlo las ruinas de sus castillos innumerables, demolidos ó incendiados, unas veces por los mismos alemanes, otras veces por el conquistador extranjero, que es tan feroz en nuestros tiempos como lo fué en los tiempos de Alarico y de Gengis Kan.

Pero el campesino aleman, soldado y labrador á un tiempo como el romano, cultiva con inteligencia y fruicion el suelo que recobró su esfuerzo; y depuesta la corona de encina, ama tejerla de dorados pámpanos para engalanar á su robusta compañera y á sus hermosos hijos.

LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer (grabado por E. A. Tilly)

Cuando nuestro distinguido paisano expuso por primera vez este cuadro, el público, que ya le habia hecho justicia en su otro lienzo,—*Chiton, silencio!.... que pasa la ronda*....—reconoció que Pellicer no era solamente un gran dibujante y hábil colorista, sino un pensador profundo, que se servia del pincel, como otros se valen de la pluma, para hacer saltar á la vista las horribles llagas del pobre cuerpo social.

Con efecto, *las Quintas*, tal como las describe, pintándolas, nuestro paisano, dicen más que un artículo de fondo, más que un libro entero, en demostracion de los perjuicios, de las amarguras, ocasionadas por esa ley, inevitable hasta ahora, que arranca á la tierra sus cultivadores, y lo que es más sensible, á los hijos de los brazos de sus madres.

¡Triste é imperfecta sociedad que ha de defenderse de las agresiones de extraños y hasta de propios!.... ¡Menguada civilizacion que aún continua la palabra *guerra* en el diccionario de las voces corrientes!....

El autor del cuadro se retrató á sí propio en el personaje que aparece en el coche del primer término. Nosotros que conocemos la delicadeza exquisita del artista, creemos que esta circunstancia no obedece á un mero capricho: es que el Sr. Pellicer ha querido asociarse personalmente á la protesta que contra tan dura necesidad levantan todos los corazones sensibles.

PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi

Anfibio por naturaleza, el pescadorcillo de playa, se zambulle hasta el fondo del agua donde crece la flora

animada de los pintados pólipos, se arrastran las asterias proteiformes y triscan los innumerables crustáceos y demás séres que pueblan el mar; en seguida sale á la superficie, se encarama á la punta de una roca cubierta de resbaladizo musgo, aferrándose á ella con los piés como un cuadrumano, y examina el botin recogido en la cesta durante su rápida expedicion. Viviendo de este modo al sol y en el seno de las saladas ondas, soportando, siempre desnudo, los halagos de la brisa ó los embates del viento, vigoriza sus músculos, adquiere su piel un color moreno y lustroso, y se convierte en un tipo escultórico muy á propósito para su reproduccion en bronce, como lo ha hecho con feliz acierto el distinguido escultor A. D'Orsi.

EL VIOLINISTA,
dibujo á la pluma por A. Casanova

Pocas palabras necesitamos dedicar á este artístico dibujo; su asunto es tan sencillo que no requiere descripcion especial; y en cuanto á su ejecucion, estamos persuadidos de que las personas que posean algunos conocimientos pictóricos, y áun las meramente aficionadas, apreciarán como se merece un trabajo en el que se revela la mano maestra que lo ha trazado y que reune al armonioso efecto del conjunto esa admirable facilidad y soltura que tanto sorprenden en los detalles y que campean en alto grado en cuantas obras salen de la pluma ó del lápiz de nuestro celebrado compatriota.

VENDEDOR DE IMAGENES,
cuadro por Matías Schmid

Ni la mercancía es de primer órden, ni el momento es el mejor escogido para venderla. A esto débese sin duda el desden con que el pobre mercader es acogido.

El cuadro que esto nos dice está perfectamente concebido, y ejecutado con habilidad suma. Ni una sola de sus figuras deja de tener importancia; todas ellas entonan el conjunto. Atrae, sin embargo, la atencion del espectador, el delicioso grupo que forman la esposa é hijo del vendedor de imágenes. Aquella pobre mujer es un tipo inmejorable de la belleza ajada por la miseria y de la necesidad sobrellevada con resignacion.

¡Infelices! Podrán no merecer sus imágenes los honores de la compra; pero su dolor bien merece un socorro y un consuelo.

EL LIBRO Y EL CAÑON

I

Yo no sé cómo se encontraron de hojas á boca, ni quién fué el que los puso frente á frente.

Pero sí sé que estaban allí, solos, en la inmensidad de aquella gran sala que parecia un abandonado museo; el uno, sobre un pupitre de encina, con el lomo de tafilete apoyado sobre la carcomida madera, abierto por un capítulo que decia: *Progreso de la humanidad.—Instruccion y trabajo*; el otro, sobre una cureña de hierro fundido, enseñando su horrible y tenebrosa boca, por la cual habian salido tantas veces los rápidos mensajeros del exterminio y de la ruina, y ostentando con orgullo los monstruosos contrafuertes de su barriga y el potente mecanismo de su móvil culata.

Los empolvados vidrios de las altas y rasgadas ventanas tamizaban, haciéndola más débil, la luz semi-crepuscular de la brumosa tarde.

En la penumbra de la inmensa galería reinaba el más profundo silencio, silencio que aprovechaban las arañas, esos grandes geómetras del abandono y de las tinieblas, para trazar sus inimitables figuras y tejer en los rincones del maderámen del techo sus aéreos edificios.

De pronto, se oye un quejido lastimero, é inmediatamente despues, un vocejon, semejante á un disparo, que á tiro de ballesta olia á salitre.

II

—¿Quién anda ahí?—pregunta el vocejon.

—Soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—¿No lo ves? tu vecino el libro.

—¡Vaya una vecindad de fuste! ¿Y por qué te quejas, petate?

—Por nada, ¡ya pasó! Era una polilla que me estaba royendo una hoja.

—¡Habráse visto mandria igual! ¿La mordedura de una polilla te arranca un quejido? Aprende de mí, que no me quejo aunque me desmonten de un balazo!

—¡Ya! ¡si yo fuera de acero como tú!....

—¿Y para qué mil diablos te habian de hacer de acero? Para lo que sirves en este mundo, basta con que te hagan de *papel mojado*. Tu ridículo orígen está diciendo lo que eres. Sales del cesto del trapero y al cesto vuelves, despues de unos cuantos años de inútil charla. ¡Que una polilla te roe una hoja! Y por eso me barrenas el oido con tus gritos! No te apures, infeliz, que por muchas que te roa todavía te han de quedar bastantes para envolver especias ó...para otra cosa peor.

—Mira, grandísimo bárbaro, ¿me insultas por que me ves chico? ¡Pues anda con cuidado! Sábete que á otros más poderosos y más fuertes que tú les he hecho yo morder el polvo.

—¡Miserable pigmeo, me das lástima! ¿A quién has hecho tú morder el polvo? ¡A alguna desventurada hormiga que se habrá extraviado entre tus amarillentas páginas! ¿Más poderoso que yo, belitre? ¿Sabes á quién estas hablando?

—Sí, á un tagarote que se cree gran personaje, porque de cuando en cuando escupe argumentos huecos.

—Pero muy contundentes y que no tienen réplica.

—Segun.

—Que te digo que no la tienen, despreciable monigote! No son como los tuyos, que todo el mundo los alambica, los desmenuza y los contradice. Cuando yo tomo la palabra, todo bicho viviente se mete la lengua en un zapato.

—¡Qué ancho está el muy animalote con su fuerza!

—Si no fueras tan ignorante, comprenderias que esa fuerza me la debes á mí, y tendrias mas educacion y, sobre todo, más gratitud.

—¿A tí?... ¿qué te debo yo á tí? ¿Qué puede deberte, parlanchin sempiterno, un cañon Krupp que tiene el honor de cargarse por la culata? ¡Cállate y no me hagas reir!

—¡Todo! ¿qué serias tú sin mí? Una miserable bombarda, un tubo de madera con aros de hierro que estallaría de risa al tercer disparo. ¡Ten más respeto por quien, si mucho le apuras, puede llamarse tu verdadero padre!

—Hombre, tú deliras!....¿Tengo yo facha de descender por línea recta de un manojo de papel cosido?

—No, tienes facha de lo que eres, de muy bruto; pero no por eso dejas de deberme el sér de que hoy te enorgulleces. ¿Eres tú acaso el primer hijo que degenera, arrimándose á la cola.?

—¡Hombre, no me tientes la paciencia!... Mira que me estás *cargando*, y que si te pego un bufido....

—Te guardarás muy bien; aquí no estamos en ninguna tronera.

—No te fies.

—Te decia, grandísimo zoquete, que desde las moléculas minerales que te constituyen hasta la última rosca del enorme tornillo de tu culata, todo lo debes á la ciencia que yo enseño.

—¿De veras?

—¡Como lo oyes!—¿A quién debes tu metal? A la mineralogía.—¿A quién la fuerza de que haces alarde? A la química que te dió la pólvora, primero, y despues ese temple y esa rotundidad que te hacen tan resistente.—¿A quién debes tu prodigioso alcance y la rapidez de tus tiros? A la mecánica.—¿Quién dirige la trayectoria de tus proyectiles? La balística. ¡Pobre cegato! ¿Cres que el fundidor Krupp te dió al mundo sin más trabajo que golpearse la frente?

—Lo que yo creo es que tratas de marearme hablándome en gringo. ¿Qué me importa á mí toda esa grotesca genealogía que me sacas á plaza, ni qué tengo yo que ver con ella? Nada absolutamente. Yo existo, porque existo, sin meterme en más averiguaciones. Y aunque ignorante, sé alguno que otro latinajo y puedo decirte como Dios: *Ego sum qui sum*, yo soy quien soy, esto es, todo lo que hay de más sustancial, sólido, persuasivo é incontrovertible. Y tambien podria decirte como el poeta....

—¡Calla! ¿tú conoces los poetas? No sabia que tenia el honor de hablar con un cañon literato.

—Ni lo soy ni quiero. Para matar no se necesita saber leer.

—Como ibas á citar á un poeta, creí....

—¿Que le habia leido? ¡Líbreme el dios Marte! Pero tengo buena memoria, y recuerdo que un oficial de artillería, sentado en mi cureña, leía una vez los gorgoritos de uno de esos ruiseñores de la humanidad y puedo decirte como decia aquel ruiseñor, á propósito de no sé qué diosa:

En mí la ciencia enmudece,
en mí concluye la duda,
y árida, seca y desnuda
enseño yo la verdad...

y, la verdad, triste ó alegre, como quieras llamarla, es que, de nubes abajo, no hay más que una cosa inmutable y digna de veneracion....

—¿Tu negra y feísima persona.?

—¡Justamente! O lo que es igual, la fuerza que yo represento.

—¡Ah, gaznápiro! Lo que tú representas es la barbarie, y si de algo me vergüenzo es de haberte perfeccionado. La verdadera fuerza es la fuerza intelectual, y esa reside en mí; la verdadera fuerza es la que crea, la que reorganiza lo que tú destruyes, la que restaña la sangre que tú derramas, la que vuelve á cubrir de amarillas mieses los campos que tú conviertes en yermos, y de fábricas y artefactos las poblaciones que tú reduces á escombros; la verdadera fuerza es la que remueve las montañas, lentamente, pero las remueve; la que, poco á poco, y merced al trabajo y á la industria, cambia la faz del mundo; la verdadera fuerza es la que, apoyándose en el derecho y la justicia, que yo enseño, marcha por el camino del progreso, con un pico en una mano y una antorcha en la otra, hácia el ideal de la humanidad, hácia esa divina trilogía que se llama *paz, instruccion, trabajo*.

—Bah! bah! bah! Palabras sonoras, pero nada más que palabras. Hablas como un libro....

—Hablo como lo que soy.

—Justo, pero tambien desvarías como lo que eres. ¡Cuando á estos pobres libracos se les sube la tinta á la cabeza, no hay quien los aguante! ¿Qué estás ahí hablando de derecho y de justicia? El derecho....soy yo; lo he sido siempre, y lo seré miéntras haya pólvora. ¿La justicia?....El que me eche á mí en su simbólica balanza puede gritar á boca llena: *¡allá va ese platillo!* Pero, hombre, ¿qué libro eres tú que no sabes la historia? Abrela por donde te dé la gana, y te desafio á que encuentres en ella un derecho ó una justicia que no se apoyen en mí.

—¿En tí?... En tí no se ha fundado nunca nada durable!

—¡Todo! ¿No has oido tú hablar mil veces de cierta *columna del órden?* Pues esa columna soy yo. Si yo no le mantuviera, el órden se iba noramala. Y ¿puede existir algo en el mundo sin el órden? Responde, pobre chorlito.

—No, sin órden nada puede existir. Pero el órden que tú mantienes no es el verdadero. El verdadero órden....

—¡Déjame en paz con tus clasificaciones! ¿Vas á decirme que es el que anda de bracero con la libertad? ¡Bonita señora! Más de cien veces se ha puesto á corretear las calles, gracias á tu maldita charla, y otras tantas he tenido yo que venir á romperle la crisma, por escandalosa, y á mandarla al hospital de inválidos.

—¡Animal!

—¿Eh?....Desengáñate, el verdadero órden es el que no permite que nadie levante el gallo. Y lo repito, yo soy la columna de ese órden. Soy más. De Maistre dijo....

—Qué, ¿tambien conoces á de Maistre?

—De oidas. De Maistre dijo que la clave de la bóveda social era el verdugo. De Maistre se equivocó, y si no se equivocó, porque de Maistre era un gran hombre, debió añadir que esa bóveda tenia dos claves y que la otra era el cañon.

—¡Hermosa clave!

—Si á tí no te parece hermosa, eso va en gustos. Pero soy más todavía. Te dije ántes que sabia alguno que otro latinajo. Escucha este: *salus populi, suprema lex.*

—¿Y qué?

—Que aunque yo no he perdido el tiempo estudiando la lógica insustancial que tú enseñas, vas á ver cómo hago deducciones. Cada vez que unos labios gubernamentales pronuncian ese latinajo, me sacan á mí del parque y se arma la de Dios es Cristo. ¿Qué se infiere de aquí? Que esa *ley suprema* soy yo: que la *salvacion del pueblo*, soy yo tambien: yo lo soy todo: *Ego sum qui sum.*

—¡Zopenco! Tú no eres más que un pedazo de materia inerte, sin alma....

—¿Sin alma?... ¡Pues es menuda!... nueve centímetros de diámetro.

—No tomes el rábano por las hojas, animal.

—Que no me andes con motes, porque repito que me vas *cargando!* Y si me pones en el *disparador*.....

—Harás una de tus muchas barbaridades, lo sé; pero no temo tus amenazas. Yo soy indestructible, inmortal, y, como el fénix, renazco de mis cenizas. Te decia que tú eres un pedazo de materia inerte. Por tí mismo nada vales si algunos brazos, al servicio de una inteligencia, no te dirigen y te ponen en movimiento. Y ¿quieres compararte conmigo? Yo, aunque proceda del cesto del trapero, como me has echado en cara, aunque no me compongo más que de algunas cuartillas de papel y de algunos gramos de tinta, yo tengo espíritu, yo tengo luz....

—Pues y yo?.... no tengo luz?

—Sí, la del fogonazo; pero tu luz quema, no ilumina. Tu luz, rápida y rojiza, vuelve á dejar el mundo sumergido en más densas tinieblas. Yo soy faro sereno y permanente que enseña á la humanidad el camino del porvenir. ¡Tus proezas!.... ¡puedes hablar de ellas! La mayor parte, son proezas de bandido. ¿Qué has hecho tú en toda tu sangrienta y arrastrada vida, sino presidir el robo al por mayor, el



PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch



LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer, (grabado) por E. y A. Tilly

pillaje y el asesinato? Qué has hecho tú en tus más nobles campañas? Destruir implacablemente, servir de escabel á rapaces pasiones, y derramar lágrimas y sangre.

—¿Y tú?....

—Yo tambien hago derramar lágrimas algunas veces. Con frecuencia, siento mi papel humedecido; pero esas lágrimas son de ternura, de consuelo, de entusiasmo, y ellas me enorgullecen, porque me prueban que el que me lee se ha vuelto mejor y más humano. ¡Tu poder!... el poder de la fuerza bruta. ¿Qué poder es ese que teje y desteje como una Penélope, que ha hecho y deshecho cien veces el mapa de Europa, que ha puesto y quitado fronteras, que defiende hoy lo que ayer combatia, sin encontrar nunca estabilidad ni sosiego? El verdadero poder es el mio. ¿Tú me citabas la historia? Pues en ella verás mi trabajo de cíclope, en ella verás lo que yo he hecho desde que Guttenberg me sacó de la primera prensa. ¡Humíllate, barbarote! Yo, animado por el espíritu de Voltaire, de Rousseau, de los enciclopedistas del siglo XVIII, metí la mano en la sociedad y la volví del revés como si fuera una vieja manga, destruyendo para siempre.....

—¡Hola! ¿Tú tambien destruyes?

—Sí, destruyendo para siempre el mundo de iniquidades que tú habias defendido, y que defenderias aún, si esas iniquidades pudieran volver. ¡Tu poder!.... Tú perforas murallas, tú barrenas paredes, para llevar la muerte al anciano, al niño, á la pacífica familia que se sienta en torno del hogar; pero ¿has perforado algunas montañas, has abierto algun túnel para llevar la vida mercantil y la prosperidad á una comarca? ¿Has atravesado la inmensidad de los mares para echar un lazo de union entre dos continentes, para ligarlos por medio de la palabra eléctrica? ¡Tu fuerza!.... ¿Sabes, grandísimo bruto, porqué la tienes todavía? Porque todavía soy yo un enigma indescifrable para millones de infelices; porque los brazos que te alimentan de pólvora y hierro y te mueven no son más que brazos, sobre los cuales hay un triste melon en lugar de cabeza. Cuando sobre esos brazos haya una cabeza que sepa leer, que piense, que medite, que reconozca todo lo que tienes de repugnante y bárbaro, entónces perderás esa fuerza,y avergonzado, enmohecido, roñoso, te quedarás reducido á simple curiosidad y concluirás tu existencia pacíficamente entre las empolvadas telarañas de algun museo arqueológico.

—¡Pamplinas! ¿Tú me dices eso ó me lo cuentas?

—Te lo digo y te lo profetizo.

—Bueno, pues échate á dormir con esa esperanza. Por mucho que tú charles, *siempre* ¡óyelo bien! *siempre* tendré *carne* que destruir é ignorantes que me sirvan. ¿Te vanaglorias de que tu luz disipará la ignorancia? ¡Pobre loco! La ignorancia es como la pobreza, una *cualidad esencial* de las sociedades, segun dijo cierto político en una asamblea. La ignorancia es una mina de pingües rendimientos y hay muchos mineros interesados en ella para que tú consigas cegarla. Además ¿cómo quieres que yo pase á curiosidad arqueológica, teniendo en mi abono la gloria?

—¿Qué gloria?

—Pues la gloria militar, la que produce, no ya manojos, sino matorrales enteros de laurel, de ese embriagador laurel que me ciñe.

—¡Laurel envidiable!

—¿Vas á negarme tambien que no hago brotar laureles? Los que ciñeron Alejandro, y César, y Napoleon, y....

—Hasta en tus citas eres estúpido. Si me hablaras de los que ciñó Washington... ¡anda con Dios! Esos, aunque tintos en sangre, como todos los que tú procuras, tienen siquiera el barniz del patriotismo. ¡Tus laureles!... ¿Dónde estarán los de esos carniceros que me has citado, cuando brillen todavía en la historia los de Homero, Dante y Byron? ¡En el polvo del olvido! Tus laureles palidecen ante otros más sangrientos; los mios, nunca. Y tú mismo, barbarote inconsciente, máquina ciega, ¿qué eres despues de todo? Fuerte con los débiles, cobarde con los que pueden más que tú.

—¡Yo cobarde!

—Sí, cobarde y cortesano. ¿Te suicidas estóicamente cuando otro cañon más poderoso te unta el oido con saliva? No, vas á servir de trofeo al vencedor para celebrar su triunfo, y, ó derrites tu metal para hacer alguna columna Vendome, ó te pones de adorno en algun hospital de inválidos para quemar pólvora en salva en los cumpleaños de los grandes. ¡Ahí tienes en lo que pára tu fuerza, pedazo de animal!....

—¡Si me lo vuelves á decir!....

—¿Qué?

III

—¡Pum!...

Con los razonamientos del libro, el cañon acabó de *cargarse*, y, al querer replicar, se disparó.... como lo que era.

El pupitre y el libro salieron volando.

Los cristales de las ventanas de la galería quedaron hechos polvo.

Y las arañas del techo suspendieron sus tareas, murmurando para su coselete: «Dejemos que termine por allá abajo tan acalorada discusion.»

IV

Algunos siglos despues, un trapero, sentado en el umbral de una puerta, meditaba estas frases que acababa de leer, á la luz de su farolillo, en una hoja de papel enganchada en el arroyo:

«La fuerza es la reina del mundo, pero no la fuerza bruta, sino la intelectual. Si quieres ser fuerte, instrúyete.»

. . . .

«La holganza es la madre de la miseria, y la miseria es la madre del crímen. Si no quieres ser miserable y criminal, si quieres ser rico y respetado, trabaja.»

. . . .

«El cañon es un animal ciego que nada funda...»

V

—¿Qué cañon será este?—murmura el trapero. —¿Será el cañon de alguna chimenea? ¿Será el cañon de la pipa? ¡Imposible! ¿porqué le llama animal y ciego?

¿Habrá habido en el mundo otros cañones?....

Mañana iré á la biblioteca y lo veré en el diccionario.

FEDERICO DE LA VEGA

EL GUARDIAN DE SAN FRANCISCO

(Tradicion granadina)

En la sacristía del convento de Santa Cruz de Granada, hoy parroquia de Santa Escolástica, veíase hace algunos años (no sé si existirá á esta fecha) un lienzo ya bastante oscuro y deteriorado, pero que á pesar de todo dejaba adivinar la destreza del pincel que lo creó, encerrado en una de esas molduras doradas y sobrecargadas de adornos de pésimo gusto que tanto abundan en el interior de los templos.

Aquel cuadro, como otros muchos de los que pasan desapercibidos ante los ojos del viajero que visita los monumentos granadinos, tiene su historia particular. Representa un anciano religioso de la órden de San Francisco, de ojos hundidos, pómulos salientes, nariz aguileña y demacrado semblante. Es pura y simplemente un retrato; pero hay tal dulzura en sus labios descoloridos, tal humildad en sus ojos y tal misticismo en todo su conjunto, que muchos han creido ver en él una efigie del santo fundador de aquella órden, á quien el artista, por uno de tantos caprichos, hubiese suprimido las manchas sangrientas en el costado y en las manos que sirven de distintivo á San Francisco de Asis. Sin embargo, no es su imágen la que está representada en aquel lienzo; es la de uno de sus prosélitos, digno émulo de su maestro (1).

Hé aquí su historia.

En la estrecha y desigual plazuela que media entre la llamada del Realejo y las tapias que rodeaban el compás del convento de Santa Cruz, habia por los años 1708 á 1710 una casa de gran apariencia, perteneciente á don Guillen de Acuña, anciano caballero que habia ocupado uno de los mejores puestos en la corte del rey don Cárlos II; pero á la muerte de aquel débil monarca, no quiso mostrarse partidario del duque de Anjou, y unido esto á encontrarse cansado de las intrigas palaciegas, retiróse á Granada, su patria, para dedicarse por completo á la educacion de su hijo único, y por lo tanto heredero de su ilustre nombre y su pingüe fortuna.

Pero al cabo de algunos años pudo convencerse el bueno de don Guillen de que habia perdido lastimosamente el tiempo; pues en la época á que nos referimos, el jóven don Andrés de Acuña, que era ya un apuesto mancebo, bien por efecto de su natural carácter, bien porque la misma educacion recibida hubiese halagado su vanidad y amor propio, era uno de los jóvenes más desenfrenados de la ciudad, habiendo ya creado fama con sus continuas pendencias y locuras.

Débil el padre para contenerle, satisfacia todos los caprichos del hijo sin atreverse á sostener con él una polémica séria; contentándose con gruñir entre dientes cada vez que pagaba una nueva deuda contraida por aquel ó que llegaba á sus oidos la noticia de otra hazaña; en tales términos, que raro era el dia que no tenia don Guillen algun entuerto que enderezar ó algun agravio que desfacer.

Miéntras tanto don Andrés continuaba su vida de disipacion y crápula, gastando el oro á manos llenas en orgías y bacanales con otros jóvenes tan libertinos y procaces como él, sacando la tizona á cada momento por un quítame allá esas pajas, y teniendo, como quien dice, en un puño á todo bicho viviente.

Pero como al fin y á la postre no hay persona que no dé con la horma de su zapato, hé aquí que tambien nuestro héroe dió con la suya cuando ménos se figuraba.

En la calle de Elvira, muy cerca del pilar del Toro, habitaba una jóven viuda de hermoso rostro y gallarda presencia, y hubo de prendarse de ella don Andrés y pasear su calle, sin considerar que aquella dama tenia un amante á quien no habia de gustar ver moros en la costa. Resultó, pues, lo que era consiguiente; riñeron ambos rivales delante de la casa de la bella, y con tan negra fortuna aquella vez para nuestro jóven, que cayó al suelo mortalmente herido y fué conducido á su casa sin esperanzas de vida.

Don Guillen rabió, se mesó los cabellos, puso en juego cuantos medios le sugirió su mente para castigar al agresor; pero todo fué inútil. El rival de don Andrés, que se llamaba don Juan de Maldonado, estaba agarrado á buenas aldabas, como que era nada ménos que primo del alcalde de casa y corte; y como además de esto, nadie sentia el percance ocurrido porque no habia quien no tuviese motivos para profesar á nuestro galan odio y mala voluntad, se echó tierra sobre el asunto y todo el mundo quedó tranquilo, esperando que aquella herida sirviese á don Andrés de pasaporte para el otro barrio.

Pero contra todas las esperanzas, el jóven no murió de aquella hecha; y aunque lenta y penosa su curacion, pudo al fin ponerse de pié y prepararse para nuevas aventuras.

Entónces empezaron de nuevo los temores, y todos compadecieron á Maldonado, porque recelaban que tarde ó temprano sabria don Andrés cobrarse en la misma moneda. Pero aquel no echó el aviso en saco roto, y se preparó para el caso de un nuevo ataque, haciéndose guardar las espaldas cuando iba á ver á su dama.

Por su parte don Andrés no olvidaba el agravio, y esperaba con ánsia el momento de vengarse; pero unas veces las prescripciones del médico, otras los ruegos de su padre, le retuvieron encerrado en la casa más tiempo del que el fogoso doncel podia soportar.

Por fin, una noche, encontrándose bastante firme y ardiendo en vengativos deseos, sobornó á un criado para que le entregara la llave de la puerta, y armándose de su tizona se lanzó á la calle, cerca de la una de la madrugada.

Atravesó con paso ligero la plaza del Realejo y la calle de Santa Escolástica; pero al pasar frente al convento de San Francisco, vió destacarse con paso lento y silencioso una sombra del pórtico de la iglesia y dirigirse al centro de la calle, como cortándole el camino. Ya hemos dicho que nuestro jóven no era cobarde; así es que echó mano al puño de su espada para abrirse paso; pero la sombra siguió impertérrita, y entónces el aterrado mancebo observó que era un fraile franciscano, cuyos ojos despedian en la oscuridad un brillo vago y fosforescente.

Sintióse acometido de un terror hasta entónces desconocido, y haciendo la señal de la cruz emprendió la fuga lleno de pavor, sin atreverse á mirar atrás, y no paró hasta verse dentro de su casa y encerrado en su cuarto.

Pero una vez allí y recobrada la calma, entró de nuevo en él la reflexion. ¿No podria ser aquello un ardid para probar su valor? ¿Qué se diria al dia siguiente, cuando se supiera que don Andrés de Acuña habia huido de una sola persona? Pensó además en la dama de la calle de Elvira, que estaria á aquellas horas conversando con su amante; pensó en el grave peligro que habia corrido por culpa de éste..... y no pensó más. Bajó precipitadamente la escalera, cruzó el patio y el portal, y abrió.

Don Andrés sintió erizársele el cabello y helársele la sangre en las venas. En la plazuela y á muy corta distancia, vió al mismo fraile de paso lento y ojos fulgurantes que avanzaba, avanzaba sin cesar hácia él.

Cerró la puerta lleno de espanto, y subiendo como un loco á su cuarto, se dejó caer en un sillon.

¿Quién podia ser aquel fatídico monje que le perseguia? ¿Qué queria de él?

Otra vez entró la reflexion en su ánimo. Aquello

(1) Este cuadro, segun se nos ha informado, se hallaba en la iglesia del convento de San Francisco, pasando al lugar que hemos indicado, al ser demolido aquel templo.

debia ser un disfraz: tal vez era algun conocido, algun amigo que se burlaria de él al dia siguiente. ¿Cómo escucharia aquellas burlas sin correrse de vergüenza? Era preciso saber quién era el fraile; era preciso salir de nuevo á la calle.

Don Andrés se levantó, abrió la puerta de su cuarto y dió unos cuantos pasos. Pero al mirar al fondo del corredor, vió la misma sombra, callada, tétrica, silenciosa, que avanzaba sin hacer el menor ruido, sin mover ùn solo pliegue de su hábito.

El jóven no pudo soportar aquella tercera vision; dió un grito agudo y cayó sin sentido en el pavimento.

. . . .

Cuando tornó en su acuerdo, era completamente de dia. Se hallaba en su lecho y rodeado de varios amigos.

—Bien te lo indicamos ayer, le dijo uno; todavía no estás bastante firme para salir á la calle; así es, que á la mitad del corredor te faltaron las fuerzas y caiste desmayado.

—Y ha sido un caso providencial, añadió otro; no sé como se enteró Maldonado de que anoche pensabas ir en su busca, y te tenia dispuesta una celada. Cuatro hombres te esperaban en la plaza Nueva para asesinarte á traicion!

Don Andrés escuchaba todo esto atónito y sin pronunciar una sola palabra.

Sus amigos le creyeron todavía presa de la fiebre; pero muy pronto vieron que sus ojos se cerraban, sus labios se movian como murmurando una plegaria y de sus párpados corrian lágrimas abundantes.

Tambien pudieron entónces observar un fenómeno muy extraño: en su frente, ántes tersa y juvenil, se señalaban algunas arrugas prematuras, y en su cabellera negra y lustrosa, blanqueaban algunas hebras de plata.

. . . .

Un mes despues de aquella noche terrible, tomaba don Andrés de Acuña el hábito en el convento de San Francisco; y fué tan ejemplar su vida, que llegó á ser guardian, falleciendo en la mejor opinion á mediados del siglo.

Este es el personaje que representa el retrato que hemos mencionado. En cuanto al suceso que motiva esta historia, no respondemos de su veracidad. ¿Seria efectivamente un aviso del cielo que evitó á don Andrés ser asesinado, abriéndole al mismo tiempo el camino de su salvacion, ó tal vez fué todo resultado de un acceso febril? Sea como fuera, yo me limito á contarlo tal como lo refiere la tradicion.

SALVADOR PEREZ MONTOTO



PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi

NOTICIAS GEOGRAFICAS

POBLACION DEL GLOBO.—La casa Justus Perthes de Gotha ha fundado un instituto geográfico que acaba de publicar el resultado de sus trabajos durante el año 1882. Entre ellos, todos muy notables, se pueden citar los que se refieren al recuento de la poblacion del mundo entero.

Segun los últimos datos, el número total de habitantes de la tierra es de 1,434 millones de individuos, lo cual da un término medio de 10 á 11 habitantes por kilómetro cuadrado, admitiendo una superficie de 136 millones de kilómetros cuadrados de tierra firme sobre cerca de 510 millones para la superficie total del globo terrestre.

El país más poblado con relacion á su superficie es el antiguo reino de Sajonia, que cuenta 198 habitantes por kilómetro cuadrado; sigue Bélgica, que tiene 188 respectivamente, y Alemania, con 84 solamente, no resultando para Francia mas que 71.

***

LOS PUERTOS MAS IMPORTANTES DE FRANCIA.—Clasificados segun su tonelaje efectivo, los puertos más importantes son doce, á saber: 1.° Marsella (4.031,328 toneladas); 2.° el Havre (2.524,563); 3.° Burdeos (1.934,423); 4.° Dunkerque (1.442,595); 5.° Rouen (1.140,342); 6.° Cette (998.887); 7.° San Nazario (698.087); 8.° Dieppe (594,387); 9.° Bolonia (563,701); 10, la Rochela (404,944); 11 Nantes (378,489); 12 Calais (390,746).

***

LOS ALEMANES EN LA OCEANIA.—Los armadores de Brema acaban de constituir una Sociedad de navegacion por vapor que prestará su servicio con pabellon español, á fin de aprovechar las ventajas reservadas al pabellon nacional para los cambios con las colonias españolas. La nueva línea correrá entre Brema y las colonias españolas de Cuba, Manila, etc.

NOTICIAS VARIAS

RESTOS DE LA ANTIGUEDAD.—Los aficionados á curiosidades podrán comprar muy pronto toda clase de objetos de adorno, y hasta pianos, todos modernos, construidos con madera cortada hace diez y nueve siglos por los legionarios romanos en las selvas vírgenes de Germania, salvaje entónces, pues se ha descubierto la estacada del puente que Druso mandó construir, en el último decenio ántes de nuestra era, entre lo que fué campo atrincherado de Maguncia y la orilla opuesta del Rhin, donde hoy está Kastel, ocupando el mismo sitio en que se elevaba, en aquella remota época, el castillo de Trajano. El número de vigas y troncos de roble enclavados en el lecho del rio es verdaderamente asombroso, y la calidad de la madera inmejorable, si se exceptúa una capa exterior carbonizada de muy poco grueso; su dureza y compacidad son mucho más considerables que las del roble de nuestra época.

A la subasta que se efectuó con motivo de este descubrimiento acudieron industriales hasta de Holanda é Inglaterra. El fabricante de pianos Riese, de Berlin, pudo adquirir un regular cargamento.

***

DESCUBRIMIENTOS INTERESANTES.—Los montes Urales vuelven á ser el campo predilecto de las exploraciones de los geólogos y de los geógrafos rusos.

M. Malakhoff, individuo de la Sociedad rusa de geografía, ha continuado sus investigaciones zoológicas y etnográficas en el Ural del centro, visitando detenidamente las viviendas lacustres descubiertas en la inmediacion de Ekaterinburgo; y auxiliado por un individuo de la Sociedad de mineralogía, acaba de explorar la montaña de Kachkanar, que tiene 3,000 piés de elevacion, y donde ha formado interesantes colecciones de plantas y de insectos. Cerca de Irbit descubrió curiosos montones de osamentas, y en el lago Ayat viviendas lacustres que contenian grandes utensilios de pizarra; en una caverna situada cerca de las fundiciones de hierro de Mías, halláronse instrumentos de piedra y de hueso, y en el lago Bayaryak, moldes para modelar figuras de hombres y animales: estas reliquias datan de la época prehistórica.

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

I

No sabemos qué sea la materia en sí; y, sin embargo, los filósofos, desde los más remotos tiempos, vienen discurriendo sobre su constitucion. Hoy los pensadores de mayor fama juzgan que la materia es *única*, pero susceptible de diversidad de movimientos; y la percepcion de esa diversidad es lo que nos hace creer en la existencia exterior de cuerpos diferentes.

Ya en esta misma *Revista* ilustrada ha habido ocasion de indicar que no podemos considerar las modificaciones sensibles experimentadas en nuestro sér, como signos ó *representaciones de semejanza* de las cosas exteriores. Sólo á las personas de poca educacion científica les es lícito creer que, por ejemplo, los sonidos y los colores están en los cuerpos que decimos sonoros ó brillantes. Creemos, sí, que hay objetos en el mundo exterior, y que esos objetos nos modifican; pero á la conciencia del pensador educado aparece patente que lo que ocurre en nosotros no es lo que pasa en el exterior; y que nuestras modificaciones sensibles son sus signos solamente.

Los signos son, unos de *semejanza*, y otros no. Un retrato es signo que semeja su original: el modelo de una máquina la semeja y representa. El pabellon nacional representa á la nacion, pero no la semeja. Las palabras *luna, lune, selene, Mond, moon*..... son indudablemente signos, pero que en nada se parecen al satélite de nuestro globo.

A esta segunda clase pertenecen nuestras sensaciones.

Nuestra conviccion es que, fuera de nosotros hay movimientos, y que en nuestra conciencia existe *correspondientemente* lo que llamamos sensacion, fenómeno interno, *correlativo* sin duda con el considerado como externo, pero de ninguna manera semejante á él. Una aguja se hinca en mi mano, perforándome la epidermis: fuera,

EL VIOLINISTA, copia de un dibujo á la pluma por **A. Casanova**

hay un *movimiento:* en mi conciencia un *dolor.* Lo que en mí pasa no es lo mismo que lo que ocurre en la aguja: á la aguja *nada le duele.* Un laud me agrada con dulcísimas notas: fuera de mí hay vibraciones en las cuerdas del instrumento musical; es decir, *movimiento:* en mi conciencia hay sensacion de sonido: yo oigo: el laud no oye: yo siento placer: el laud no siente nada. Una rosa despide minutísimas partículas aromáticas que bombardean mi aparato olfativo: fuera, *movimiento:* en mí, sensacion agradable de olor: la rosa no tiene la facultad de oler ni de sentir agrado. Un cuerpo me parece violeta: es que 728 billones de vibraciones luminosas especiales hieren por segundo la retina de mis ojos: fuera de mí hay vibraciones del éter apénas concebibles: esto es, *movimiento:* en mí, sensacion de color: yo veo: el cuerpo violeta no ve. *Et sic de cæteris.*

Esta clase de hechos (sin contar los relacionados con los sueños y las alucinaciones), siendo de experiencia indubitada y de cada instante, han impresionado profundísimamente á las escuelas idealistas desde la más remota antigüedad; y, fundándose en ellos, se han creido con el derecho y el deber de decir á los físicos: «¿Cómo os atreveis á hablar de la constitucion de la materia cuando ni siquiera sabeis lo que es materia? ¿Cómo (dicen hoy) profesais la doctrina de su *unidad?* ¿Por dónde lo habeis averiguado?»

El idealismo actual no llega á las exageraciones de otros tiempos, y, por tanto, no hace verdaderamente cruda guerra á los físicos que hoy predican la unidad de la materia cósmica.

Ese idealismo es tolerante: ni niega ni afirma la existencia de un mundo material, y únicamente se contenta con confesar y hacer gala de ignorancia absoluta acerca de la naturaleza. No pretende conocer las cosas en sí mismas; y se queda satisfecho con dejar funcionar, segun las leyes del entendimiento, las ideas que surgen en la inteligencia con ocasion y á consecuencia de los llamados excitamientos sensibles; sin tratar jamás de resolver si estas ideas *corresponden* ó no á una sola materia excitante, ó á muchas de índole diversa; ni mucho ménos de averiguar cuál, ó cuáles puedan *ser.* El mal de esta escuela idealista no seria de importancia, si no fuera porque apaga los brios de los entendimientos ansiosos de explicarse los fenómenos naturales; y, jactándose de ser altamente filosófica, es lo ménos científica posible, puesto que no hay ciencia sin teorías y sistemas,—antorchas de todos los progresos de la Humanidad, miéntras no se conviertan, POR JUZGARSE IRREFORMABLES, en dogmas de petrificacion.—Esta clase de idealismo es tolerante, y deja hacer.

El idealismo verdaderamente contrario á los hombres de las ciencias naturales es el radical, de que, á principios del siglo pasado, se hizo representante y jefe el erudito obispo Berkeley. Este idealismo niega en absoluto toda existencia material. Segun el célebre obispo irlandés, la materia no existe independientemente y como causa de nuestras sensaciones. Cuanto creemos real es una suposicion gratuita de nuestro entendimiento; y es lamentable y vacío todo anhelo de hacer filosofía sobre puras apariencias. Pero ¡caso notable! como el hombre de la filosofía no puede vivir sin sistemas, el célebre metafísico en sus *Principios del Conocimiento* y en sus diálogos *Hylas* (el materialista) y *Philonous* (el espiritualista), obligado á dar razon del PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD, mantiene (sin más pruebas que las de la autoridad y metafísica religiosas) que el mundo material existe sólo en el Divino Intelecto; quien despierta en nosotros conceptos sensibles en un cierto órden siempre constante y definido, al cual, tambien por ilusion, damos el nombre de «curso de la naturaleza.»

A quien no profundiza en los fenómenos psicológicos no puede ménos de parecer demencia extravagante eso de negar rotundamente la existencia positiva de un mundo material «¿Cómo explicar esa conviccion que tenemos TODOS de que realmente hay cosas que nos encantan, ó nos afligen, ó nos son indiferentes en el exterior?» A lo cual replican los mantenedores del sistema que juzga ilusion esos fenómenos: «¡Como en los sueños!» Durante el sueño nos afligen ó nos encantan ó nos modifican indiferentemente mil fantasmagorías, en cuya realidad no creemos cuando despiertos. Aun durante la vigilia, los alucinados creen en séres sin realidad; y hasta los cuerdos y en posesion íntegra de sus cinco sentidos, juzgan erróneamente segun el estado de sus órganos sensibles. Si, acabada de sacar de agua de hielo una de nuestras manos y la otra de agua lo más caliente que podamos resistir, introducimos ambas de golpe y á la vez en agua comun á la temperatura ambiente, el agua comun nos parecerá, por la mano fria, muy caliente; y muy fresca, por la mano recalentada. ¿No nos semejamos á los ciegos cuando entramos en una cueva desde una gran claridad? ¿No nos ofende la luz hasta hacérsenos insoportable, cuando desde la oscuridad salimos á la claridad del sol? Pues, así como ciertos accidentes puramente internos nos hacen creer durante el sueño y la alucinacion en cosas externas sin realidad ninguna objetiva, análogamente el Divino Intelecto despierta en nosotros los conceptos sensibles que creemos de exterioridad positiva; y, como los despierta constantemente en un cierto órden invariable y definido, no tenemos medios de conocer su vanidad, como creemos conocerla en los ensueños, durante los cuales vemos las que juzgamos cosas exteriores sucederse en un órden caprichoso, y contrario á lo que llamamos curso normal de la naturaleza.

Este sistema rotundamente negativo de la existencia de un mundo material es la consecuencia lógica de otro idealismo anterior, que consideraba lo real como simplemente ideal, afirmando que á las modificaciones de nuestro sér, estimadas ilusoriamente por nuestra inteligencia como representaciones de un mundo exterior, no corresponde nada con realidad existente y con actualidad positiva; creencia que, en este sentido, explicaba la divisa de esta escuela: *ideale prius, reale posterius.* El mundo externo es, por tanto, pura objetivizacion de nuestras concepciones; ilusoria transmutacion de lo ideal en creencias de que á ellas corresponde un algo real fuera de nosotros. Mas, ¿cómo explicar estas creencias? Platon lo pretendia por medio de arquetipos ó modelos, segun los cuales han sido formados todos los séres. Llamábalos IDEAS, que residian en Dios; y los consideraba como las únicas entidades que tienen por sí solas existencia y realidad absolutas, y de los cuales son pálida copia (ó más bien sombra) las nociones generales que forma nuestro entendimiento (reminiscencias acaso de vida anterior). La escuela aristotélica era hasta cierto punto idealista de la misma especie; puesto que nuestros conceptos, segun ella, son sólo las manifestaciones de una Inteligencia Universal del mundo *(noas)*, fuerza activa en sí *(entelegeia)*, fuera de cuyas manifestaciones ó *formas* la naturaleza sólo existe *potencialmente.* No sólo la forma sino tambien la materia, son derivadas por Fichte de la concepcion de las cosas externas, sacándola del Yo (Ich).

Como se ve, es demasiado abusar de las hipótesis el querer explicar la creencia universal de que existe un mundo externo, recurriendo á afirmaciones de una vida anterior, y á arquetipos y entelequias dotadas sólo de aquellos atributos necesarios precisamente para la explicacion del arcano que confunde la inteligencia. Profundizando en el estudio de esos supuestos, la mente admira maravillada la profundísima sagacidad de tales lucubraciones; pero la creencia científica actual de los hombres de las ciencias físicas tiene que seguir derroteros diferentes para buscar otras explicaciones y erigir otras teorías más directamente emparentadas con las oscuras nociones de la sustancialidad de la materia.

Hubo en la antigüedad otra cuarta clase de idealismo (subsistente aún en ciertos puntos), que, prescindiendo de esa sustancialidad, sostenia, sin embargo, la realidad de FUERZAS EXTERIORES; y, dando toda la importancia posible á esas fuerzas, creia que sus variaciones en direccion é intensidad eran la causa de toda generacion en la naturaleza.

Supiéranlo ó nó, en esas nociones se fundaba el aspecto serio de las creencias de los antiguos alquimistas respecto á la transmutacion de los metales viles en los metales nobles (oro y plata), como tambien respecto á la existencia de aquel famoso elixir dotado de la inapreciable virtud de alargar la vida indefinidamente.

Pero su importancia es tanta, que, para tratarlo con la extension que su misteriosa vaguedad requiere, se necesita dedicarle exclusivamente artículo especial.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 16 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 68

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Una primera piedra.—Dificultad de acabar las cosas. -La última mano.—La Necrópolis, la Biblioteca, la calle de Sevilla y la Exposicion Hispano-colonial —Petardos en los jardines.—Mis macetas.—Un almuerzo en los Asilos del Pardo —Prueba á que se deben sujetar los visitantes.—La justicia divina y la justicia humana.—Paradoja de Alfonso Karr sobre la pena de muerte.

Hemos colocado la primera piedra para el templo de la Vírgen de la Almudena.... ¿Quién colocará la última? Entre los cimientos y la cúpula de un edificio de tal naturaleza, la imaginacion ménos propensa á divagar puede interponer un espacio de tiempo semejante al que suponen los geólogos que se ha necesitado para que el globo terrestre adquiriera una capa más entre las muchas que forman su superficie.

Muchas veces he oido decir, en conversacion particular, á D. Antonio Cánovas del Castillo lo siguiente:

—Yo no admiro al que empieza las cosas; toda mi veneracion, todo mi respeto van dirigidos al que las concluye.

En efecto, hay obras á las cuales—como vulgarmente se dice—no se les ve el fin. Los que tienen bastantes años para haber visto en Madrid la trasformacion de la Puerta del Sol recordarán el tiempo que transcurrió entre los primeros derribos para el ensanche y la terminacion completa y definitiva de la obra.

No hubo gran dificultad en concebir el plan; lo verdaderamente heroico, lo digno de una epopeya homérica fué darle la última mano.

Con todo pasa lo mismo.

Muchos autores dramáticos se mueren sin haber dado lo que ellos llaman *la última mano* á sus obras.

—¿Cómo va ese drama? preguntamos muchas veces algunos escritores que tienen varios trabajos en cartera.

—¡Va bien!—contestan.—Sólo me falta acabar tal ó cual escena, dar unos toques al desenlace y pulir algunas frases.

CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg

Esto equivale á decir:—Falta lo principal; necesito algo de ese *quid divinum* que es la esencia, la parte inmortal de las obras de arte.

¡Qué artículo tan curioso se podria escribir con este título: *La última mano!*

Pero yo no puedo entretenerme ahora en este asunto.

El dia que se puso la primera piedra para la construccion del templo de la Vírgen de la Almudena soñé que habian hecho una visita al lugar de la piadosa fundacion otros edificios y construcciones de la coronada Villa.

Iban por este orden:

1.° La necrópolis, con el fúnebre manto roido por los gusanos y con los huesos enmohecidos;

2.° El edificio para biblioteca y museos nacionales, resguardado por una gran verja de hierro y ostentando en su interior la soledad más espantosa;

3.° La calle de Sevilla con un gran farol en la mano para alumbrar sus propias ruinas;

Y finalmente, el proyecto de *Exposicion hispano colonial* con un letrero que decia: ¡Una limosnita por amor de la cultura española!

Detrás seguian otros proyectos de menor importancia, y todos juntos depositaron sus tarjetas sobre la primera piedra del susodicho templo.

De la conversacion que tuvieron no pude oir durante mi sueño ni una sola palabra; pero no debió ser muy *edificante*, porque me pareció que el cimiento de la catedral quedaba *petrificado*.

Sólo oí que el proyecto de Exposicion hispano colonial se despedia para el extranjero.

—¡Cómo! ¿te ausentas?—le preguntaron.

Y él contestó:

—Sí, aprovecho las circunstancias para ir á estudiar las exposiciones de fuera de España. Me han dicho que se piensa en prorogarme. Y como ahora viene el verano, daré una vuelta por Europa, tomaré baños donde mejor me parezca y volveré cuando se halle construida la plaza en que debo ser instalada.

—Pero.... ¡qué escándalo! ¿Vas á tener plaza y todo?

—Sí, señores, sí.... ¿pues de dónde salen ustedes?.... ¿Acaso no leen los periódicos? Bien claro lo han dicho todos ellos. ¡Se ha resuelto que mi Exposicion quede *aplazada!*

***

Por de pronto, la verdadera exposicion no está en las plazas sino en los jardines.

Desde que han estallado petardos en varios de ellos, hasta paso yo con cierto miedo por la calle de Jardines.

En este mismo instante iba á emplear unas cuantas flores retóricas para entretenimiento de las personas que me hacen el obsequio de leer estas revistas, y he desistido de mi propósito por temor de que algun mal intencionado con objeto de labrar mi descrédito hubiese arrojado furtivamente entre ellas algun canuto repleto de sustancias explosivas.

Cuenta Enrique Heine que en las profundidades de los bosques de la India crece una flor inmensa cuyo capullo tarda siglos en abrirse, pero que cuando lo verifica produce una detonacion asombrosa y llena el espacio de penetrantes y duraderos perfumes. Es el capullo del amor, delicadamente simbolizado por el humorista poeta. Pues bien, los petardos que arrojan en nuestros jardines los criminales de Madrid son ménos poéticos; simbolizan la venganza y el odio.

El celoso gobernador los persigue con tenacidad tranquilizadora; pero miéntras no se haya dado el conveniente castigo á los petardistas, yo no las tengo todas conmigo. Hasta las cañas de Indias se me antojan lanzas, y el amor que ántes sentia por la floricultura se ha trocado en recelo y desconfianza. Mis facultades no me permiten poseer un jardin, pero tengo en el balcon unas cuantas macetas que me habian servido hasta ahora para imaginarme dueño y señor del Jardin del Buen Retiro.

Pues bien..... ¡no me atrevo á acercarme á la ventana si ántes no viene alguna pareja de agentes de órden público á darme seguridades de que mi jardin aéreo se halla fuera del alcance de los petardistas!

***

Las explosiones de la semana no se han compuesto de pólvora solamente.

Las hubo tambien de beneficencia, de caridad y de filantropía.

Preguntádselo sino á los entusiastas diputados provinciales y á los periodistas que volvian la otra tarde llenos de entusiasmo de la visita que habian hecho á los Asilos del Pardo.

El fundador de aquel establecimiento Sr. Moreno Benitez recibió muchos plácemes y alabanzas.

Los visitantes habian recorrido todas las dependencias del *Asilo*. ¡Qué limpieza!—decian,—¡qué órden! ¡qué prevision y concierto!

Pero la excursion habia abierto el apetito; y despues de examinar y admirar las particularidades del establecimiento de los pobres, el más opulento de nuestros fondistas, *L'hardi*, sirvió un almuerzo tan notable que si los alimentos se pudieran guardar en clase de olor y perfume, todos los asilados habrian podido hacer acopio de manjares para un año entero. ¡Es realmente una idea original llevar á un asilo de beneficencia un almuerzo tan opíparo y suculento! Miéntras los convidados saboreaban los primores culinarios de L'hardi, los pobres recogidos en el asilo debian estar con las narices pegadas á la pared de sus respectivas habitaciones tratando de participar por medio del olfato de aquel ostentoso banquete.

Los brindis fueron numerosos. Ya se sabe; el *Champagne* produce siempre ideas nobilísimas.

Moreno Benitez fué ensalzado como una providencia de los pobres.

¡Lo merece! Los asilos del Pardo honran á su fundador. Pero le aconsejamos una reforma para la visita del año que viene.

Y es la siguiente:

En la tarjeta de invitacion debe poner:

«Se servirá un almuerzo compuesto de los manjares que se dan en el establecimiento.»

De este modo tendrá el Sr. Moreno Benitez la seguridad de que es un verdadero filántropo y no un gastrónomo el que le acompañe en su excursion al Pardo.

Quien resista esa prueba podrá tomar patente de filósofo.

Conviene estar prevenido para la adversidad.

Nadie puede decir:

¡De este *Pardo* no beberé!

***

A estas horas la justicia divina ha dictado ya su fallo sobre el reo del Ferrol Joaquin Gomez.

No se pudo arrancar su perdon á la justicia de la tierra.

Durante veinticuatro horas trabajaron multitud de personajes para sustraer un condenado al cadalso.

¡Imposible! ¡Ah! Esta palabra hiela la sangre en las venas.

Una vez más la justicia humana ha hecho aplicacion de la terrible paradoja de Alfonso Karr.

—¿Se trata de abolir la pena de muerte?.. Pues bien, sí; vamos á abolirla..... ¡Pero que empiecen los asesinos!

PEDRO BOFILL

Madrid 13 abril 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

LA FIESTA DE ALSACIA Y LORENA EN LA GRANDE ÓPERA.—Piezas de concierto.—Dos trozos de la *Herodías* de Massenet.—El *Mefistófeles* de Boito y el *Faust* de Gounod.—Un acto del *Rigoletto*.—La Fiesta Española.—La Sarah Bernhardt en *Adriana Lecouvreur*.—Varios conciertos.

La quincena que acaba de transcurrir ha sido poco fecunda en acontecimientos artísticos; casi sólo ha habido uno, pero uno que ha valido por muchos. Este ha sido la Fiesta que el Comité de la Prensa ha dado en la Opera, á favor de los inundados de la Alsacia y la Lorena, los cuales acababan de rehusar el socorro en metálico que el gobierno aleman les habia mandado.

La Fiesta consistió en la representacion y canto de algunas piezas y trozos de ópera, unas escenas andaluzas y un acto de *Adriana Lecouvreur* representado por la Sarah Bernhardt, Bertou y Saint Germain. La funcion empezó con la *Marcha de Sylvia*, tocada de una manera magistral por la orquesta de la Opera. Cantóse luégo el quinteto de *Cosi fan tutte*, y el coro de *Foli Fo*, al cual siguió una aria incomparablemente dicha por la simpática artista Mlle. Rosina Bloch. El *baile de los Fenicios*, de la *Herodías* de Massenet, arrancó merecidísimos aplausos, lo mismo que el *aria de Herodes*, muy bien interpretada por Lasalle. El mismo Massenet dirigió la orquesta y le valió un éxito. Púsose despues en escena *el cuarteto* del 2.° acto del *Mefistófeles* de Boito que no recibió la acogida que merecia, y así lo reconoce la misma prensa francesa. El público, que no conoce la ópera en cuestion quedóse atónito de ver los mismos cuatro personajes del tercer acto del *Faust* con iguales ó parecidos trajes representar la misma escena de un modo diametralmente opuesto. La música, que no tiene ese sello de melancolía que caracteriza á Gounod, le sorprendió en gran manera. Tiene el maestro italiano detalles que escapan á todo el que no posea una vasta instruccion musical ó un profundo sentimiento de las armonías; estas pasaron completamente desapercibidas del público que por primera le escuchaba. Las cuatro risas tan distintas de Fausto, Margarita, Marta y Mefistófeles, cuya exactitud psicológica es de un realismo de primer órden, le dejaron extático, sin que las comprendiera poco ni mucho, y el insigne Boito apénas tuvo algunas palmadas que le dimos varios extranjeros que en la sala habia.

En cambio para Gounod fué todo lo contrario. Despues del coro *La Caridad* de Rossini, se aplaudió á rabiar el 5.° acto del *Faust*, obligando á salir varias veces á la escena á la Devries, á Gailhard y á Dereines, los cuales en honor de la verdad sea dicho, lo interpretaron inimitablemente.

El público parisien que aplaude el naturalismo repugnante de Zola ha preferido la Margarita ideal de Gounod á la *Gretchen* real del maestro italiano. Exito completo alcanzó tambien la *Gallia* del mismo Gounod, lo mismo que los artistas que la interpretaron.

Lasalle en el acto 3.° del *Rigoletto*, rugiendo con la desesperacion de Triboulet, fué aclamado al igual que la Isaac suspirando las notas de Blanca.

Lasalle vestia un traje de bufon del rey Francisco I, de una propiedad histórica irreprochable, cuyo figurin habia sido dibujado por Lepic; era la verdadera librea personal de la casa del ilustre prisionero de Cárlos V. Justillo blanco con la simbólica salamandra bordada de oro sobre la manga izquierda; la manga derecha estaba acuchillada á la italiana: era la trusa de tiras segun la moda alemana que ya comenzaba á generalizarse; el todo daba una idea de esa época de transicion en que se inició el Renacimiento y cuya manera de vestir debia un bufon exagerar.

Llegamos á la Fiesta española. Francia se portó nobilísimamente con nuestros inundados de Murcia; España debia de contribuir en algo á una fiesta de caridad, reputada como una fiesta nacional por los franceses. Los artistas españoles que se hallaban en Paris, á fuer de agradecidos, se prestaron gustosísimos á trabajar para socorrer á los alsacianos. Nuestro compatriota Manuel Giró compuso la música del baile y mereció que se le proclamara héroe de la fiesta. Conocido era ya el nombre del señor Giró en el mundo musical parisiense, pero de hoy más contará con esa popularidad que sólo alcanzan los artistas de verdadero mérito.

Hijo de una familia de modestos labradores de Lérida, y habiendo seguido los primeros estudios musicales en su país, en 1873 pasó á Paris con objeto de perfeccionarse en su arte y trabajar, como un artista de corazon trabaja, para realizar sus entusiastas aspiraciones. Hizo tales adelantos en su carrera, trabajó tan asíduamente y logró darse á conocer de tal modo como excelente compositor que al fin sus piezas musicales fueron admitidas con entusiasmo y ejecutadas con grande aplauso por orquestas como las de Pasdeloup, Colonne y la del Conservatorio de Paris.

La Adela Iglesias y la Mauri bailaron cada una en su género. Trabadelo cantó; Payans enseñó á la Granier á gorjear los cantos de Andalucía; y la estudiantina española dió al aire los acordes de sus guitarras, bandurrias y panderos, acompañando los cantos coreados mas característicos de nuestra tierra; todos bajo la acertadísima direccion de Gailhard, el cual ha demostrado que siendo tan francés como el primero de sus compatriotas, se puede ser tan español como el primero de los españoles. A él fué á quien se le ocurrió la idea de esta fiesta de nuestro país, y no perdonó medio para que tuviera el mayor carácter posible. Para dar el ejemplo se afeitó la barba á fin de vestirse de torero con toda propiedad, y de tal modo lo logró que entre bastidores hubo quien le tomó por *Cara-ancha*, ó el *Gordito*.

La escena representaba una plaza de una ciudad de Andalucía. Los coros de la *Renaissance* dieron la vuelta al escenario cantando la marcha de *Pan y toros* de nuestro incomparable Barbieri. Vino luégo la estudiantina española tocando un paso de guitarras y bandurrias al que siguió una jota coreada, en seguida de la cual Gailhard vestido de primer espada con un magnífico traje azul y plata, cantó con muchísima gracia las seguidillas *Cuando yo brindo un toro*, siendo aplaudido por toda la sala. No ménos éxito tuvo al cantar con la Granier la popular copla de *La niña que á mí me quiera* acompañada por la estudiantina y coros. La Granier vestia un traje de gitana, corto, de color de rosa, cubierto de tul y perlas eléctricas, con una saya sembrada de cardos y aves multicoloras.

¡Y qué de diamantes! Dos enormes solitarios en las orejas, un collar de cuatro tiras de brillantes, y una peineta de maja cuajada de brillantes y perlas que parecia un rayo de luna. Nunca hubiéramos imaginado que una artista francesa como ella pudiera cantar con mejor acento y con más gracia las canciones españolas. Fué tal la propiedad con que las dijo, que se hubiera hecho aplaudir estrepitosamente del público más exigente de Madrid ó de Sevilla.—Al llegar al zapateado, cogió la bandurria y se acompañó con verdadera sal andaluza. El vito y el zapateado, bailado por la Iglesias, excitaron el entusiasmo del público. Presentóse ésta contoneándose envuelta en un magnífico pañolon de Manila, escarlata, y pisando los sombreros y los manteos que los estudiantes le echaban al paso. Vestia un traje de manola, granate, obra maestra de Mme. Rodriguez, la modista hoy dia á la moda, la misma que hizo el de la Granier.—Una chaquetilla corta de terciopelo, con alamares, que destacaba sobre un justillo de raso, y este sobre una falda bordada de amapolas y llena de abalorios, armonizando perfectísimamente entre sí los cuatro rojos de intensidad distinta, el del crespon, el del raso, el del terciopelo y el de la seda mate, producian un efecto artístico indescriptible.—Y luégo la mar de diamantes por encima, que aquello parecia un cielo estrellado.—La Iglesias, con el rumbo, la gracia peculiar á las mujeres de Madrid y la especial que ella tiene, bailó un zapateado y un vito que produjeron una exaltacion increible, un verdadero frenesí, una tempestad de aplausos. Dudamos que se haya visto nunca en París entusiasmo igual producido por una bailarina, ni áun allá por los tiempos de la Camargo. Dícese que se están haciendo gestiones para que acepte la Iglesias una contrata en la Opera.

El baile español, de composicion especial de don Manuel Giró, siguió á este *jaleo*. El cuerpo coreográfico estuvo á gran altura, y en especial la Mauri, la Sangalli y la Subra, pero yo no sé de quién fué la idea de cortar los principales motivos de carácter, bellísimos por cierto, para sustituirlos con un baile calabrés que se despegaba por completo de aquella obra musical; así fué que el bailable no produjo todo el efecto que esperaban á los que conocian el mérito de la obra y las dotes del compositor. No obstante, los inteligentes han reconocido el valor de éste, en los pocos motivos que quedaron.

La funcion terminó con el segundo acto de *Adriana Lecouvreur*. Diríase que despues de esta orgía de canto, de baile y de colorido, un acto de un drama debia de resultar algo frio; pues fué todo lo contrario al salir la Sarah Bernhardt, y si la impresion del público cambió por

completo, la atencion subió de grado. De lo alegre pasóse á lo serio, y todos, preparándose á sentir hasta el paroxismo, escucharon con religioso silencio á la gran actriz. Presentóse esta con un riquísimo traje oriental, lleno de bordados persas, de filigranas de plata y de incrustaciones de piedras preciosas, vistiéndolo con la propiedad y elegancia que sólo en ella conocemos. En el desempeño de su papel estuvo inimitable. Una vez más admiró el Paris inteligente su rara facultad de diccion, su manera delicada de sentir, su arte de conmover. Tan deliciosamente dijo la fábula *Les deux pigeons*, que arrancó aplausos unánimes y prolongadísimos. La sublime trágica elevóse á una altura incomparable en las dos escenas, produciendo un verdadero furor en el público, el cual fuera de sí la obligó por tres veces salir á la escena para tributarle una ovacion extraordinaria.

Terminada la representacion, empezó el baile de sociedad en el salon, y la *tómbola* en el *Foyer*. La Granier con la gracia que le es peculiar, desde lo alto de un tablado, iba anunciando los objetos que correspondian á los números que iban saliendo premiados. A cada premio añadia un *calembourg*, un gesto, una mueca graciosa, ó una ocurrencia que hacia desternillar de risa. En tanto la estudiantina tocaba admirablemente aires españoles en el otro extremo del salon de descanso.

Dióse comienzo al baile de sociedad con una quadrille de *Nizella Nitouche*, dirigiendo la orquesta la Judic, que daba saltos y gesticulaba como si estuviera loca de alegría. La sala estaba esplendidísima. Llenábanla todas las aristocracias de Paris, la del genio, la de la sangre y la del dinero. Apénas podríamos citar un nombre entre los que á estas tres clases pertenecen que no figurara en el baile. Las señoras vestian unos trajes deslumbradores, de un buen gusto desconocido no sólo de los que no viven en Paris, sino de la mayoría de los parisienses. Allí habia vestidos á lo Luis XIV, XV y XVI, vestidos Médicis, Valois, orientales, etc., predominando no obstante los del Renacimiento: los brocateles españoles, los damascos, *vieux tons*, los bordados antiguos de oro y sedas, los encajes y las plumas, haciendo resaltar más el brillo de las esmeraldas, zafiros y brillantes, que estaban prodigados hasta en las faldas de los vestidos. Entre estos los habia que dejaban atónitos á los que los miraban. Recordamos el que vimos á la princesa de Sagan, lo mismo que el de la Judic, salidos de los talleres de la Rodriguez, que eran verdaderas obras de arte.

El baile terminó á las cuatro y media de la mañana entre la algazara del galop final.

* * *

Los otros acontecimientos artísticos de la quincena son de menor cuantía.

Dos conciertos Pasdeloup, como siempre afinadísimos. Un concierto de piano de nuestro paisano Calado en la sala Pleyel, en que se ha hecho aplaudir por su ejecucion y sentimiento. Y la triste noticia de haber entrado en la agonía el célebre Masset, el gran pintor impresionista.

* * *

En el mismo momento de concluir, recibimos la invitacion para asistir á la inauguracion de la *Exposicion Japonesa Retrospectiva*. Daremos detenida cuenta de ella á nuestros lectores en la próxima revista.

Pompeyo Gener

NUESTROS GRABADOS

CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg

Tiempo hacia que el arte dejaba en paz á las legiones de amorcillos sonrosados y mofletudos, de que tan pródigos fueron los pintores del siglo décimoctavo. Hoy que la moda ha puesto en boga una porcion de objetos de mobiliario que nuestros padres deportaron desdeñosamente á los desvanes, si no los vendieron por una miseria al roñoso dueño de una prendería; es muy natural que los amorcillos vuelvan á estar en boga, como lo están realmente. Además, á falta de amores sérios, que estos van siendo ya sentimientos arcaicos, bueno es que nos vayamos acostumbrando á los amores de menor edad, caprichosos como afecto de niño, juguetones como pájaros en la enramada; amores interpolados con flores y como ellas fragantes un solo dia, lozanos unas cuantas horas.

De esos amores pintados es trasunto el grabado que publicamos; concebido con ingenio y ejecutado con verdadera elegancia y correcto dibujo. Los cuatro cupidillos son de ingénua belleza é irreprochables formas. Un pájaro cantor une sus trinos á los acordes de la pequeña orquesta, cuyos individuos parecen igualmente pájaros, segun lo poco que sus cuerpos pesan en las delicadas ramas que les sustentan.

El conjunto es plácido y bajo todos conceptos digno de decorar uno de aquellos famosos saloncitos, con que la mal empleada prodigalidad de Luis XV correspondia á las impuras caricias de sus funestas cortesanas. ¿No es una especie de ultraje para el arte, que uno de sus más elegantes estilos modernos lleve el nombre de aquella mujer, que tanto contribuyó á la degradacion de la monarquía francesa?

EL NIDO, cuadro por Hans Makart

Hay preguntas que, con ser inocentísimas, ponen en un brete á la persona que ha de contestarlas. Nuestro cuadro contiene una de esas preguntas.

—¿Qué es un nido?—dice la cándida jóven á su amorosa madre.

Y ésta, que contempla á la avecilla á través de un mundo de recuerdos, se halla bien embarazada para cumplir el precepto de enseñar al que no sabe. Esta obra de misericordia es susceptible de muchos comentarios y anotaciones. Hay ignorancias tan respetables como la ciencia.

Y sin embargo, un nido dice algo, dice mucho, que, bien explicado, no es malo sepa una jóven bien educada para vivir en el mundo.

Seguros estamos de que la madre de la cariñosa niña, cuyo semblante revela inteligencia y distincion, despues de reflexionar algo y pedir á Dios que ponga tiento en sus labios, ha de contestar, poco más ó ménos, lo siguiente:

—Un nido, hija mia, es como si dijéramos el hogar formado por el amor y el trabajo de los buenos padres. Gracias á estas dos virtudes, que Dios no ha negado á la paternidad ni áun de las fieras, los tiernos pajaritos, como los débiles niños, hallan, desde su venida al mundo, blando lecho para descansar sus frágiles miembros, suave calor para fortalecer su diminuto cuerpo. El nido es, asimismo, la cuna del ave, á donde sus felices padres llevan en el pico el alimento de que ellos mismos se privan, por mucho que lo necesiten, á trueque de que no les falte á sus hijuelos. Un nido es el fundamento de muchas esperanzas, la base de muchas ilusiones; ilusiones ¡ay! fugaces casi siempre; porque cuando llegue el dia en que el pajarito tienda el vuelo, ya no volverá, hija mia, al nido, de que ni un sólo dia faltaron los excelentes padres. El nido, entónces, es el hogar sin ventura y sin calor, cuyas frias cenizas riegan con lágrimas, primero el dolor de los ancianos y más tarde el arrepentimiento de los jóvenes. Pedazo de cielo cultivado por el afecto más puro, la ingratitud le convierte muchas veces en el paraíso perdido por el pecado del hijo pródigo.

FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra

Si el autor de esta composicion se hubiera limitado en ella á reproducir á una de esas garridas transteverinas, tipo indígena, descendiente en línea recta y sin mezcla de sangre bastarda, de aquellas sabinas llevadas á Roma de una manera que hace muy poco favor á la delicadeza y galantería de los antiguos romanos; deberíamos contentarnos con decir que Serra es un excelente reproductor del natural.

Pero como nuestro distinguido paisano es algo más que un correcto dibujante y su genio le permite dar accion ó argumento áun á los simples retratos; de aquí que su dibujo de la frutera romana comprenda todo un drama, drama de asunto conocido, drama de final adivinado, pero que al fin y al cabo constituye la síntesis de casi todas las comedias, sin que el público se queje por ello, ni pida que se cambie radicalmente el fondo de las acciones que se desarrollan sobre la escena. Convenimos, pues, en que se trata de un drama de amor á la vuelta de una esquina.

La actitud de la jóven demuestra claramente que maldito lo que cuida de las sandías y de las uvas y de las manzanas, cuya venta constituye su comercio. Alguna mala yerba ha pisado la niña; y esto sentado, si Quevedo aconsejaba preguntar *¿Quién es ella?*—en nuestro caso la pregunta debe decir—¿Quién es él?...

El no es difícil de encontrar. A la vuelta de la esquina son de ver los ojos de un mancebo que parece cortado sobre el patron de *el moro de Venecia*.

Ya tenemos la trama del amoroso asunto, la complicacion del argumento. Hay celos de por medio y amenaza una catástrofe. Estamos, como ocurre en el teatro, en la penúltima escena del acto segundo.

¿Son fundados esos celos? El dibujo no lo dice en absoluto, pero permite suponer que Otelo no es del todo visionario. Ello, empero, la afliccion que revela el semblante de la frutera, nos inclina á creer que, si pecado hubo, debió ser el pecado venial de la coquetería, debilidad de que no está exenta una muchacha bonita, por más que en el padron de contribuyentes figure en la humilde clasificacion de frutera.

En último término, creemos que la catástrofe no proporcionará á nuestro ilustre colaborador D. José de Echegaray la cruel satisfaccion de terminar ese drama como el de Shakespeare termina.

ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL en la Alhambra de Granada, cuadro de Fortuny

De nuevo podemos honrar las páginas de la Ilustracion artística insertando la copia de otro de los cuadros de nuestro malogrado é insigne compatriota.

La Alhambra de Granada, ese palacio árabe de arquitectura asombrosa y de delicadísimas labores, atrajo á Fortuny, como á tantos otros artistas, á estudiar sus preciosidades, y el pintor reusense consagró á su estudio una época de su vida que se ha reflejado luégo en la mayor parte de sus obras, siendo una de estas la que hoy ofrecemos á nuestros lectores, diestramente reproducida por el grabado.

EXAMENES EN UNA ESCUELA DE ALDEA, acuarela por Alois Greil

Dícese comunmente que no habria vida más regalona que la del estudiante, si no existiese el mes de mayo, es decir, el mes de los exámenes. Cuantos hemos sido discípulos podríamos confirmar la verdad de este aserto.

Y sin embargo, no es siempre el alumno quien más padece cuando llega la época de la rendicion de cuentas. ¡Cuántos y cuántos míseros profesores, de instruccion primaria especialmente, al ser juzgados por sus obras, ó sea por la capacidad intelectual de sus discípulos, preferirian ocho dias de purgatorio á tres horas del acto solemne de unos exámenes públicos!...

No hay pasion humana que no se revele en una de esas academias, máxime si tiene lugar en una aldea, donde las pequeñas miserias de la vida revisten con la mayor facilidad proporciones amenazadoras. Allí la vanidad de los padres, que casi siempre corre parejas con la ignorancia de los hijos, acusa de ineptitud y de compadrazgo al mísero mortal, cuyo mayor delito, como dijo Calderon, es haber nacido... para maestro de escuela. Allí la intemperancia de los jóvenes alumnos pone de relieve el desatino que en forma de respuesta sale de los labios de los examinandos y que hubiera pasado desapercibido del cura ó del inspector de instruccion pública sin la ingerencia de aquellos envidiosos diablillos. Allí los indomables párvulos y los estultos grandullones conspiran á porfía contra la reputacion científica y pedagógica del atribulado *dómine*, que mal resignado con el éxito negativo del público experimento, se rasca la oreja, aplazando para luégo si se echará una soga al cuello ó se tirará de lo alto del campanario....

¡Pobre maestro!... Su vida entera la ha consagrado á *desasnar* la prole de sus convecinos; y al cabo de cuarenta años de profesorado, se encuentra con que á nadie le ha disminuido el tamaño de las orejas, y á él, en cambio, le falta poco para que le haya nacido un rabo....

Muchos de nuestros lectores recordarán que nuestro ilustre actor D. José Valero, glorioso resto de una generacion de grandes actores, hacia, y quizás haga aún, las delicias del público, en una pieza titulada *El maestro de escuela*, llena, gracias á él, de interés, de color, de vida.

Pues bien, el pintor Greil ha dibujado el asunto con la misma gracia, con la misma felicidad, con que Valero dirigia y ejecutaba la pieza.

LAS ANDALUZAS

Pero Señor, ¿qué habrá sido de las andaluzas?

Vivian en el piso tercero de la casa misma en que yo habitaba, en Madrid. Hube de ausentarme unos dias, y cuando regresé, ví desde la calle, con profunda pena, que los balcones de la habitacion de las andaluzas ostentaban el blanco papel con que se avisa al transeunte que el cuarto se alquila.

Pregunté á la portera que, siendo una mujer de suyo curiosa, tanto, que siempre sabia todo lo que pasaba en la vecindad, y cuando no lo sabia lo inventaba; forzosamente sabria porqué y á dónde se habian mudado las andaluzas.

—Se mudaron ocho dias despues de haberse marchado V., me contestó, pero me dijeron que no vendria nadie á preguntar por ellas, y que si alguno preguntara, no le dijera adonde se habian ido.

—Luego V. sabe adonde fueron.

—Pues si lo supiera, ¿no se lo diria á V.?... Ellas me hicieron la advertencia, porque les pareceria imposible que yo no averiguase su paradero.

—¿Y no hizo V. por averiguar?....

—Sí, ya he revuelto medio mundo.

—Pero ¿no vinieron carros y mozos á mudar los muebles?

—Señor, si no habia más muebles que ellas..... Dos chicos vinieron que llevaron una mesilla, un tocador, cajas y otros cachivaches. Y entre los chicos y ellas, que cada una llevaba unos cuantos líos...

—De ropa serian.

—Digo yo que serian de ropa..... Los pocos muebles eran alquilados y se los llevó el mueblista. A los chicos no les pude coger solos un momento, y como aquel dia, precisamente, á mi marido, que no trabaja en su vida, le habia dado la ventolera de ir á trabajar, estaba sola en la portería, y no pude separarme un momento, porque ya sabe V. lo cócora que es el administrador, que vive en el entresuelo, porque si yo hubiese podido salir de la portería un cuarto de hora siquiera, no se me habrian escapado las andaluzas sin saber adónde iban á dar guerra. Pues he preguntado en las tiendas donde iban á comprar al fiado, he corrido todo Madrid, y el otro dia me planté en la parroquia y en casa del alcalde, á ver si me daba luz, nada más que por saber lo que no querian que supiera; y nada...., ni muertas ni vivas. Parece que se han caido en un pozo. Pero, ahora que me acuerdo, ¿V. tenia algo què ver con ellas?....

—No, señora, pero esta casa ha perdido ya todo el encanto que tenía para mí, y hoy mismo, en cuanto descanse y me arregle un poco, saldré á buscar otra vivienda.

—¡Jesus, María y José! ¿Se muda V. porque se han mudado las andaluzas?... Ahora que la casa parece propiamente un oratorio, que hay una paz y una tranquilidad que da gusto vivir aquí, y no se oye una palabra más alta que otra sino las que digo yo á mi marido que, sobre ser como una tapia de sordo, es un haragan que me ha de quitar la vida



EL NIDO, cuadro por Hans Makart



FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra

Yo me tuve la culpa, que me casé con él despues de haber estado casada con un hombre que era un cordero, y el más real mozo que se paseaba por las calles de Madrid, Dios le tenga en su gloria.

Dejé á la portera con la palabra en la boca y subíme á mi habitacion. Lo primero que hice fué asomarme á la ventana del comedor para contemplar las del piso superior que daban al patio, como las mias; y confieso que sentí profunda pena, considerando que ya no volveria á oir las voces de aquellas incomparables andaluzas, que durante seis meses habian alegrado mis dias y mis noches, haciéndome olvidar contrariedades y disgustos, y contribuyendo grandemente á la economía en mis gastos, porque miéntras tuve tan excelentes vecinas tuve, ni me ocurrió perder el tiempo en el café, ni comprar un billete de teatro, donde tambien se pierde el tiempo cuando la comedia es mala. Tambien les debo la salud que tuve aquellos seis deliciosos meses, porque no pude coger ninguna de las enfermedades que se cogen por la calle, y me evitaron el percance que hubiera podido sobrevenirme retirándome á altas horas de la noche, ó el choque en una tertulia con algun allegado del dueño de la casa, si me hubiese oido decir de éste alguna verdad, ó encontrar en el café ó en el teatro algun amigo que me pidiera dinero, y en fin, mil y un peligros á que está expuesto un ciudadano fuera de su hogar.

Yo no lo estaba del mio más que lo preciso, como que no queria perder el solaz y la distraccion que me proporcionaban las andaluzas.

—Pero, ¿qué demonios de andaluzas eran aquellas? preguntará el discreto leyente.

Eran cinco; dos hermanas de madre, ambas viudas, y ambas con viudedad; la una se llamaba doña Consolacion Palomillo y Perez, y la otra doña Transfiguracion Rejoncillo y Perez; una cuñada de esta última, casada con un Rejoncillo, hijo del primer matrimonio del padre de doña Transfiguracion, que se conoce no quedó bastante escarmentado la primera vez que enviudó, y dos muchachas de veinticinco diciembres cada una, hijas respectivamente de doña Consolacion y doña Transfiguracion. El marido de la cuñada, ó sea el hermano de padre de doña Transfiguracion, no se hallaba en el teatro donde se representaban las escenas de la familia andaluza, porque hacia bastantes años que habia tomado el partido de embarcarse para Buenos Aires, desde donde enviaba á su cara mitad alguna que otra letra de treinta ó cuarenta pesos, con la promesa siempre de volver pronto á sus brazos, por más que él la alcanzaba con los suyos desde aquella república, puesto que todas las cartas que recibia la buena señora, terminaban con estas frases:—«Y sin más por hoy, recibe el corazon de tu marido que te abraza,—Serafin.»

Ellas no me contaron todos estos pormenores, pero yo sabia todo esto y mucho más, porque siempre hablaban á voces, y siempre tenian abierta la ventana de su comedor, aunque arreciara el frio, lo que se justificaba por la calidad del temperamento de aquellas señoras, que siempre, segun su frase, estaban sofocadas. Y era verdad que estaban sofocadas.

Amanecia Dios, y ántes que los trinos y gorjeos de los pajarillos, llegaban á mis oídos las voces de doña Transfiguracion y doña Consolacion llamando á la criada, que cada cuatro dias era nueva, y algunas veces la que entraba por la mañana se iba por la tarde, y la que entraba por la tarde por la mañana ya salia de estampía, y como la criada se hacia la remolona, comenzaban las dos señoras á decir tales clamores á propósito de la pereza de la fámula, y la saludaban con tales denuestos, y la salpicaban con tan extraños nombres, que oyéndolas, levantábame de la cama riendo á carcajada tendida; y nadie me negará que levantarse con tan buena disposicion de ánimo es una gran ventaja para la salud.

—Hasta *¡mardita* sea tu estampa! levanta esos cuartazos, *¡arrastrá!* gritaba la una.

—Trae una *arcarrasa* de agua, á ver si abre los ojos esta mula.

—Tírale de los piés, digo, de las *pataz*.

Y así hasta que la sirvienta se levantaba, y en este punto solia armarse la primera quimera del dia, porque la criada protestaba de la forma poco delicada con que se la reprendia, y á los improperios de las dos mujeres contestaba con frases de subidísimo color, que á las veces producian tal efecto en doña Consolacion ó en doña Transfiguracion, que á una ó á otra le acometia terrible ataque nervioso, y todo era carreras en la habitacion de las andaluzas, habiéndose levantado ya las otras tres, y amenazas á la criada, y pedir una el frasco del éter, y recomendar la otra que á la paciente le dieran unas friegas con un cepillo, sin duelo, para que el arrebato á la cabeza se le bajase á las piernas.

Media hora despues todo parecia sosegado; la criada se habia ido dando un portazo que temblaba toda la casa. Pero de pronto, oíase reir de una manera descompasada, y ya sabia yo de lo que se trataba. Era que alguna de las dos hermanas, de madre, se reia de lo que decia la cuñada de Transfiguracion hablando de su marido ausente, porque la malaventurada esposa todos los dias habia de hacer reflexiones sobre su suerte y sobre su situacion irregular de casada sin marido.

La escena comenzaba con un suspiro hondo y prolongado de Tremedal, que así se llamaba la triste.

—¡Ay! exclamaba, ¿qué estará haciendo ahora Rejoncillo?

—Mire V. que pata de *gayo*.... ¡Con lo que sale ahora esta simple!.... decia Transfiguracion con una risotada.

—Tú eres *negá*, hija y perdona que te lo diga,—observaba doña Consolacion.—*¿A*, cabo de veinte años, no has *conocío* aún que el pendon de tu marío se fué á Buenos Aires por no verte?

—Se fué porque no salia el pobre de azotes y galeras y queria hacer fortuna en aquella tierra, para venir luego á vivir los dos tan ricamente en Lebrija.

—¡Ay, *madrecita* mia! ¿cuándo llegará ese dia? ¿cuándo me veré yo en Lebrija con mi *marío*, mirándonos uno en otro, como Dios manda?....

En este punto las risas de las otras mujeres parecian ya de personas poseidas de anajenacion mental, y á estas risas seguia una verdadera pedrea, digámoslo así, de improperios, burlas y donaires contra la confiada Tremedal, que al cabo de veinte años de separacion, imaginaba todavía que el mejor dia del año veria volver á su marido, y que aún habria para ella inacabables delicias en el estado conyugal. La agredida procuraba defender al esposo ausente, de quien decian horrores las dos hermanas, de madre, y no encontraba medio mejor de herir en lo vivo á Consolacion y Transfiguracion que recordarles las faltas físicas y morales, los vicios y los procederes de los respectivos maridos difuntos. Y animándose Tremedal, en la lucha, era cosa de oir los horrores que atribuia á los infelices muertos, y si hubieran de creer todo lo que de ellos contaba, seria cosa de lamentar que no hubiesen ido los dos á residir algunos años en un establecimiento penal. Y por lo que hablaba la mística y dulce Tremedal, que tenia una lengua cortante como un sable, tambien Consolacion y Transfiguracion habian sido en sus buenos tiempos unas señoritas de mucha cuenta y poca razon, y habrian tenido mucho que sentir, despues de casadas, si no hubiesen dado con unos maridos que tenian mucho propio por qué callar, y bastante poca aprension.

—¿Y cómo las vecinas de V., podrá preguntarme algun lector, teniendo cada una su hija soltera, se permitian hablar á voces de la manera libre é inconveniente que V. indica?

Confieso que la pregunta del lector estaria muy en su lugar, si la hiciera, pero no se alarme el lector. Cuando las tres señoras mayores se ponian de oro y azul, Lágrimas, la hija de doña Consolacion, estaba muy entretenida hablando por el ventanillo con un alférez de húsares; y Purita, la hija de doña Transfiguracion, desde el balcon de la sala observaba cómo, desde otro de la acera de enfrente, la contemplaba un viudo, de buen ver todavía, empleado que habia sido en Ultramar, y de quien se decia en la vecindad que, despues de estar allá seis ó siete años, habia regresado con el riñon bien cubierto, habiendo servido no sé qué administracion, en la que habia logrado aumentar los ingresos en el Tesoro, y sobre todo en su bolsillo. Purita era más positivista y calculadora que Lágrimas, gran soñadora, entusiasta de las letras y de las armas, lectora asídua de los folletines de la *Correspondencia*, que al bizarro alférez le llamaba *su capitan Febo*, y hubiera sido más propio llamarle feo, porque lo era en grado superlativo, y tenia la esperanza de que, casando con él, habia de verse un dia capitana generala y marquesa de algo.

La reyerta entre las tres personas de respeto de la casa terminaba cuando Tremedal manifestaba su propósito de buscar otra residencia, donde no se viera insultada y escarnecida y donde no oyera hablar en menosprecio del marido ausente. Ibase Tremedal á su cuarto á disponer las cosas para su variacion de domicilio, y cuando salia, y llorando se despedia de las dos hermanas, de madre, y llamaba con el propio fin á las dos chicas, y en este punto comenzaba á hablar la voz de la sangre, y lo que ántes habian sido denuestos y amenazas, burlas y recriminaciones, convertíase en sollozos, besos y abrazos; interrumpia esta tiernísima expansion de dulces afectos el campanillazo que daba el alquilador de muebles, el *muebrero* le llamaba doña Transfiguracion, ó el administrador de la casa, ó la corsetera, ó en fin, cualquiera de las personas con quienes las andaluzas tenian cuenta pendiente. No se negaban á recibir la visita, nada de eso; recibíanla con aparente alborozo, hacian sentar al reclamante, informábanse de su salud y de la de toda su familia, y todas cinco á un tiempo le hablaban de mil cosas, ménos de la cuenta, referíanle historias íntimas de las personas más conocidas de Madrid, y hacíanle ver que ellas estaban emparentadas con toda la grandeza, y que pronto iba á variar su posicion, puesto que venia de viaje por esos mares el esposo de Tremedal, que en Buenos Aires se habia hecho riquísimo, y no era Presidente de la República porque no le habia dado la gana. Y el acreedor salia encantado de la gracia singular de aquellas mujeres, y apénas se habia atrevido á exponer su reclamacion, seguro de que en viniendo el viajero á quien esperaban, no solamente le pagarian su cuenta, sino que habian de hacerle compras de muchísima *importancia*.

No faltaba yo en mi casa ningun dia á la hora de comer las andaluzas en la suya. Si las viudas habian cobrado la pension, la comida era de la fonda de los *Leones de oro*, tres cubiertos de diez reales para las cinco, y despues *cuatro cafeses*, como decia doña Consolacion, traidos del café de Platerías; y si habia recibido letra de Buenos Aires Tremedal, ésta pagaba el gasto, y áun, volviendo de cobrar la letra en casa de Urquijo, traia muchas golosinas, una libra de caramelos, almendras garapiñadas, yemas de coco, guirlache, un par de tarros de fruta en almíbar, porque eran devotísimas de la confitería las andaluzas, y así con frecuencia adolecian de cólico una ú otra.

La comida rara vez acababa en paz y en gracia de Dios, porque siempre habia motivo de que alguna se disgustara por la más mínima cosa, porque una de las chicas habia vertido la sal, porque otra habia puesto en cruz sobre el plato la cuchara y el tenedor, porque Tremedal habia hecho una fineza á doña Consolacion y no se la habia hecho á la otra vieja; y la que se enfadaba, despues de exponer su queja, dejaba la comida, levantábase, íbase á su cuarto, y las demás quedaban comentando el suceso; y por fin una tras otra iban á contentar á la quisquillosa que se hacia mucho de rogar, y á la postre venia otra vez á la mesa, y á los tres minutos solia suscitarse otra cuestion.

Cuando habia visita, que solia ir de cuando en cuando otra andaluza casada con *éste*, pues siempre oí á esta señora, que tambien hablaba á gritos, llamar *éste* á su marido, era una delicia oirlas. Recordaban las andaluzas viejas sus floridos abriles, sus escapatorias á los bailes en Sevilla, el efecto que hacian escotadas, vestidas de blanco, con sus zapatitos de raso y sus cabellos convertidos en jardin, y aquel capitan de ligeros que un dia de riada las pasó en brazos de un lado á otro de la alameda de Hércules, y aquel muchacho que, desdeñado por Transfiguracion, cogió y se hizo cura, y fué un santo, que no lo hubiera sido casado con la señora de sus pensamientos, y aquella feria incomparable donde una noche los dos novios, que tenia la interesante Consolacion, se le presentaron á un tiempo mismo, ofreciéndole cada uno un buñuelo de los que allí cerca confeccionaba una gitana muy buena moza, y á la madre de la niña le dió un síncope, creyendo que los dos rivales se iban en aquel punto á matar, y Consolacion, conociendo que sus dos adoradores le habian descubierto el juego, cogió con la punta de sus dedos enguantados los buñuelos y los tiró al suelo, con lo que los dos enamorados quedaron como estatuas de piedra, y repuestos luego de la sorpresa, comprenderian que la casta doncella no se picaba ni se corria fácilmente. La conversacion con la mujer de *éste* era siempre una revista retrospectiva de hechos en que habian intervenido las familias respectivas, y cuando alguna vez la mujer de *éste* hablaba de *éste*, hacíalo siempre en términos tales que bien á las claras se podia entender que *éste* era un infeliz, un hombre que no servia para nada, un cuitado sin voluntad y sin entendimiento, á quien su mujer llevaba como un *zarandillo*, segun decia, luégo que se marchaba la visita, la buena de doña Transfiguracion.

Tambien las dos chicas tenian unas amigas, de su edad, que vivian en el cuarto cuarto de la propia casa en que habitaba el viudo, cesante de Ultramar, de quien he hecho mérito, reconociéndole el de haberse enriquecido allá sin más que un modesto sueldo, milagro muy frecuente en la administracion pública española. Cuando venian de visita aquellas vecinas, hijas de un tirador de oro retirado y que, sin duda, por haber *tirado* tanto oro, se habia quedado sin ninguno, y estaba reducido á ser conserje de un casino democrático, que tenia su domicilio en el entresuelo de la misma casa; la conversacion

versaba siempre sobre modas; y en verdad digo al lector discreto, que holgábame mucho de oir las descripciones de túnicas y corazas, las disertaciones sobre lo bien que casaban el color Bismark y el Antonelli, y las lecciones teórico-prácticas para que un solo vestido pareciera cuatro ó cinco, así como en el teatro una decoracion de sala pompeyana es, vuelta del otro lado, espesísimo bosque ó casa pobre ó inexpugnable fortaleza. En lo que no estaban conformes las chicas andaluzas y las hijas del conserje demócrata, era en política, pues éstas lo esperaban todo de la revolucion y no transigian con militares y *burgueses;* la una tenia amores borrascosos con un redactor de *La Emancipacion,* que ya le habia propuesto casarse con ella sin intervencion de la iglesia, y ella no habia podido acceder á tan buen deseo, por escrúpulos de su madre, la mujer del tirador, que era tan contraria á las novedades democráticas, que solia decir á su marido:—«Mira, hijo, que seas republicano te lo paso, pero, por María Santísima, ten religion y no seas bruto, hijo mio:»—y la otra chica, demócrata más templada, no se casaria nunca, segun decia, porque estaba enamorada de un hombre, y este hombre no era fácil que adivinara su amor, y áun, adivinándolo, se casara con ella. En secreto, y á voces, dijo un dia quién era el objeto de su platónico amor, y, ciertamente, no habia elegido mal la pícara. En secreto diré á mis lectores que estaba enamorada de D. Emilio Castelar, desde que un dia le oyó hablar en el Paraninfo de la Universidad, en ocasion de tomar el grado un sobrino del tirador de oro.

En suma, la vecindad de las andaluzas, con sus contínuas riñas, con sus exageraciones en las palabras y en los hechos, con sus agudezas á propósito de todos sus conocidos y de todo bicho viviente, con sus recuerdos de mejores tiempos, con sus ayes y quejas graciosísimas cuando tenian cólico ó les dolian las muelas, con sus alegrías desatinadas cuando cobraban dinero, con su manera habilísima é ingeniosa de contentar á sus acreedores, sin darles un ochavo, con sus comentarios á las cartas del ausente en Buenos Aires, con sus disputas con las criadas; era una vecindad tan amena y entretenida, que nunca me expliqué cómo el propietario de la finca tenia ganas de que se mudasen de casa, con el liviano pretexto de que pagaban el alquiler con bastante irregularidad, y cómo no aumentaba el precio de las habitaciones á los demás inquilinos, que, viviendo allí, tenian constante diversion.

Desde que no oí á las andaluzas, desde que el silencio y la tranquilidad reinaron en el piso superior, no me hallé bien en mi habitacion; la tristeza se apoderó de mí, y temiendo una temporada de ictericia, resolví variar de domicilio, donde no viera aquel patio, que parecia el de un convento de la Trapa; donde no contemplase aquellas ventanas del corredor, de la cocina y del cuarto de dormir de Tremedal, que ya no daban paso á las risas, á los suspiros, á los apóstrofes, á los donaires incomparables de las andaluzas.

Fuíme con los trastos á otra casa, á otra casa, ¡ay! donde no oigo más que la voz de dos chiquillos que berrean; los gritos de otro, á quien su madre sacude el polvo; el ladrido de un perro, propiedad de un cazador, que nunca trae caza; los maullidos de una gata aventurera, y los chillidos estridentes de una cotorra vieja abominable, única familia de un usurero que vive en el tercero; y la tos perruna del asmático vecino de al lado, que duerme pared por medio de mi alcoba.

¿Qué habrá sido de las andaluzas?.... ¿Dónde estarán alegrando los dias y las noches de sus vecinos?..... ¡Ay! acaso sus nuevos *estos* no comprenderán toda la filosofía, toda la gracia, toda la poesía, que brotan á borbotones de las cinco bocas de aquellas andaluzas, á quienes envia este recuerdo de afecto y de gratitud su antiguo vecino

CÁRLOS FRONTAURA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

En Africa se preparan grandes sucesos para época no lejana. La Europa se va haciendo pequeña para sus pobladores y muchos paises del centro y norte no producen, con todos sus progresos agrícolas, lo suficiente para alimentarlos sin acudir á otras naciones que producen más de lo que consumen. De aquí resulta el empobrecimiento paulatino de aquellos paises, y esta causa, unida á otras de órden político y social, motiva de sesenta años á esta parte una emigracion siempre creciente, que empieza á preocupar sériamente á los gobiernos. Por ejemplo, el total de alemanes domiciliados en los Estados Unidos durante los últimos 60 años, se calcula en 8 millones y medio de individuos, y el capital total que han sacado de su país para enriquecer su nueva patria, en más de 5000 millones de pesetas. Estos datos darán una idea de la emigracion total de Europa, con la particularidad de que la emigracion alemana, escandínava é irlandesa va á enriquecer otras comarcas, dando incremento á la competencia industrial en perjuicio de la produccion de los respectivos paises europeos.

Este estado de cosas, y ciertas razones de política previsora explican las numerosísimas expediciones al interior del Africa, que dirigidas y fomentadas por algunos gobiernos, entre ellos los de Francia, Bélgica y Alemania, se suceden continuamente; tomando cada año mayores proporciones y un carácter más decidido y enérgico. Una de estas expediciones, la francesa mandaba por Brazza, se ha embarcado en Burdeos el 21 del mes de marzo último con direccion al Congo, estando compuesta de 30 personas de diferentes carreras científicas y mecánicas, y 15 marineros. Lleva cantidades enormes de provisiones de boca y guerra; un arsenal de armas para armar un cuerpo de negros y 12 cañones de campaña. En Dakar encontrará la expedicion 50 negros enganchados é instruidos por oficiales del ejército francés. De allí asará el buque á la Sierra Palmera, donde se agregarán otros 130 negros ejercitados á la europea; que, así como los demás, están destinados á formar el núcleo de un ejército negro que irá armando Brazza sucesivamente y con el cual se supone penetrará rio arriba, ocupando el territorio que atravesará en nombre de la Francia hasta los grandes lagos, y fundando los establecimientos permanentes y atrincherados que juzgase necesarios.

NOTICIAS VARIAS

MÉJICO.—El gobierno de este país acaba de formar una estadística, segun la que, la propiedad inmoviliaria, que hace diez años solo representaba un valor de 1703 millones de francos, asciende ahora á 15,370. Las dos terceras partes de esta propiedad consisten en bienes municipales, una cuarta parte en bienes rurales, y lo demás en bienes del Estado. Semejante aumento en el corto espacio de diez años se debe atribuir á varias causas, á la inexactitud de la primera evaluacion, á la mayor seguridad que se ha tenido en el país por la enérgica accion del Gobierno para reprimir los motines y revoluciones; y por último, á la extincion parcial del bandolerismo.

Entre las cifras referentes á los bienes de la ciudad indicaremos las siguientes: los Estados—Unidos de Méjico cuentan nada ménos que 46 teatros, 28 plazas para corridas de toros, y 98 establecimientos para riñas de gallos; por otra parte hay 178 iglesias grandes y 1,200 pequeñas, dedicadas todas al culto católico. El valor de los edificios de esta última clase se estima en 405.000,000; miéntras que el de los que se consagran á espectáculos solo valen 31.000,000.

El número de casas de la ciudad asciende á 1.421,934 cifra que demuestra, al compararla con la de la poblacion, hasta que punto la inseguridad en la campiña ha obligado á los mejicanos á huir de ella.

Las haciendas ó granjas, que representan los bienes rurales, son á menudo verdaderas fortalezas, donde los cultivadores pueden preservarse bien de los ataques á mano armada, juntamente con sus jornaleros, caballos y ganado. Las tierras dependientes de estas granjas tienen mucha extension y son más productivas de lo que se pudiera creer.

Dedúcese en resúmen, al comparar el catastro de 1873 con el de 1882, que la administracion de los presidentes Diaz y Gonzalez, al reducir de 12 á 1 los ataques á mano armada y los robos que se cometian en el territorio de la República, ha decuplicado casi la fortuna pública.

***

MARAVILLAS DE LA TELEFONIA.—Un telégrama americano anuncia que entre Nueva York y Chicago, en una linea aérea de 1000 millas (1609 kilómetros) de desarrollo, se ha obtenido con el teléfono el más satisfactorio éxito. La mayor distancia á que se le habia hecho funcionar hasta ahora sólo era de 700 millas (1120 kilómetros). Tan notable resultado se debe en parte al empleo de un sistema telefónico perfeccionado, y tambien al uso de un nuevo conductor, constituido por un alambre de acero cubierto de una capa de cobre por un procedimiento galvanoplástico. La resistencia de los 1600 kilómetros no excedia de 1522 ohms; mientras que hubiera sido de 15000, es decir diez veces mayor, con un alambre telegráfico de hierro ordinario, de 4 milímetros de diámetro. Espéranse con impaciencia los detalles de este experimento, tan notable bajo el punto de vista del porvenir y del desarrollo de las aplicaciones del teléfono.

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

II

Pocos ignoran que Tháles, el filósofo griego que ya seis siglos ántes de J. C. explicaba físicamente y predecia los eclipses, consideraba al agua como el principio de todas las cosas: que Anaximenes admitia al aire, más ó ménos condensado, como único principio, siempre en movimiento, eterno é infinito, de los objetos del mundo material, con cuya opinion coincidió despues su discípulo Diógenes de Apolonia: que Heráclito, el misántropo que se dejó morir de hambre, admitia tambien como principio único al fuego, si bien ese elemento era un fuego más puro y sutil que el que nosotros vemos: que Pitágoras creia al mundo un todo armoniosamente ordenado, cuya esencia estaba en los números, de los cuales era á su vez principio la unidad *(mónada)*.....; pero, á pesar de estar muy extendidas estas nociones sobre los elementos que, segun esos filósofos, constituian el mundo, no es general el conocimiento de que, para todos esos sabios, lo mismo que para sus numerosos discípulos, sectarios y continuadores, lo principal y verdaderamente primario eran ciertas fuerzas invisibles, de cuya agencia resultaba el universo material. Esa energía viviente era para todos ellos la esencia prima de la naturaleza; y, esa esencia, al desarrollarse, experimentaba continuos é inacabables cambios, génesis de toda transformacion. Así, para Tháles, el agua no era el elemento primo, sino el agua dotada de vitalidad: así tambien, para Anaximenes el aire infinito era una energía animada y animante: del mismo modo, para Heráclito una vida universal y absoluta producia todos los fenómenos, cuya esencia se patentizaba más ostensiblemente en la vitalidad del fuego y en la del alma racional, al fuego análoga: é igualmente para Diógenes no era precisamente el aire atmosférico su primario intelectivo, sino un caliente y perfecto hálito de vida, impregnador de todas las cosas y alma del universo. No era, pues, para estos antiguos pensadores la materia el solo principio del mundo material: éralo algo más importante: lo era el sistema de fuerzas invisibles, dotadas de energía viviente, cuyo desarrollo constituia toda generacion en la naturaleza.

Idealistas, pues, son todos esos sistemas que consideran como la sustancia primaria y original de todas las cosas, no á las sustancias materiales, sino á fuerzas invisibles que, en virtud de propia y especial energía viviente, al modificarse en forma y cualidad (ó sea en direccion é intensidad, como ahora decimos) engendraban todos los cambios que llamamos fenómenos de la naturaleza. Esta clase de idealismo fué el de Leibnitz (fines del siglo XVII) al sostener que todos los séres son de igual naturaleza, y sus caractéres la actividad y la no-composicion; fuerzas ó causas simplicísimas, mónadas indescomponibles, de las cuales el alma posee la facultad de reflejar en sí el universo, como si fuera un espejo, con conciencia de esa reflexion interior; y esta facultad de percibir constituye la diferencia entre lo material y lo espiritual. Spinossa afirma la identidad, en esencia, de la materia y el espíritu; aspectos diferentes de una misma sustancia; y el jesuita Boscovich, á mediados del siglo XVIII, considera á la naturaleza como un sistema de fuerzas solamente.

En honor de verdad, no es fácil formar exacto juicio de los sistemas del mundo profesados por los sabios de la antigüedad. De sus opiniones, en la mayor parte de los casos, quedan sólo fragmentos ó citas: la acepcion que dan á sus palabras no es á veces la que nosotros les damos, y acaso sus expresiones no eran inteligibles ó familiares ni áun para sus mismos contemporáneos. Anaximenes fué apellidado EL TENEBROSO por la oscuridad de sus escritos. Sócrates criticó á otro filósofo, diciendo que, para llegar al fondo de sus obras, era preciso ser más hábil que un buzo de la isla de Délos. La misma mayor ciencia que nosotros poseemos hoy, nos estorba para entender las nociones de otras épocas. Pero, de cualquier modo, es indubitable que algo como idea ó concepto de unidad de materia se encuentra en Tháles, Anaximenes, Diógenes y Heráclito, así como en sus continuadores; idea ó concepto de sustancia material que, poco á poco, se va perdiendo y disipando entre platónicos y aristotélicos, hasta convertirse en concepciones, puramente ideales, de arquetipos, mónadas ó centros de fuerzas; cuya última exageracion se ostenta francamente y á la moderna en Boscovich.

No se crea, sin embargo, que en absoluto habian sojuzgado la opinion las doctrinas que reconocian el principio de los séres en una sola sustancia, ora en el agua con vitalidad, de Tháles, ora en el aire animado y animante de Anaximenes, ora en el fuego archisutil de Heráclito, vida del universo. Nó: junto á estos sistemas existian los de pluralidad de elementos componentes de la materia.

Los filósofos de la India creian en cinco elementos constitutivos de todos los séres, que, á la muerte de estos, quedaban libres para nuevas formaciones: la tierra, el agua, el aire, el fuego y el éter; cuyo conjunto denominaban *pantchatohuan.* Gran número de griegos profesaba las teorías de Empédocles, quien contaba sólo cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra; de los cuales, siguiendo á Heráclito, era activo el fuego únicamente. Aristóteles admitia estos cuatro elementos y, además, el éter de los Indos. Lucrecio negaba que un solo elemento, aire, agua, tierra ó fuego, pudiera ser el principio de todas las cosas; si bien profesaba que unos mismos principios, susceptibles de diversidad de combinaciones, constituian todas las cosas; á la manera que las letras del alfabeto, siendo siempre las mismas, constituyen la inmensa variedad de las palabras, á causa de la variedad de sus agrupaciones.

Todo este conjunto de conceptos oscuros, de apreciaciones exageradas, de nociones incompletas, de sistemas fantásticos, de intuiciones profundas, de sagaces generalizaciones, llegaron hasta los alquimistas de la Edad media; y dieron por resultado aquella general creencia de los siglos medios sobre la posibilidad de la transmutacion en oro y plata de todos los metales abundantes y baratos, tales como el hierro, el cobre, el plomo y el estaño.

Hácese, por tanto, descender de los alquimistas la creencia actual, en que comulgan entendidos profesores, respecto á la unidad de la materia; pero se-

mejante genealogía no es admisible ni constituye los timbres de nobleza de la teoría hoy preponderante.

Esa idea de la unidad material es esencialmente moderna, á lo ménos tal como se entiende de ahora. Léjos de profesarla los alquimistas con distincion sistemática, es de notar que, no sólo los ADEPTOS, creyentes en la transmutacion de unos metales en otros, admitian, no sólo los cuatro elementos de Empédocles, fuego, aire, agua y tierra, sino, además, el azufre, el azogue y la SAL, tenidos tambien por cuerpos indescomponibles. Admitian, pues, siete elementos, y creian que de sus combinaciones resultaban todos los séres materiales. Pensar que los alquimistas profesaban ideas precisas sobre tales elementos y las combinaciones que podian formarse con ellos, seria el colmo del error. ¿Qué entendian por SAL? Se supone que llamaban así á todo cuerpo cristalizable; y sus nociones respecto al concepto de combinacion eran sumamente oscuras.

Regularmente se juzga de los antiguos alquimistas por la conducta de los farsantes en 1772 desenmascarados por Geoffroy ante la Academia de ciencias de Paris. En sótanos y lugares tenebrosos congregaban misteriosamente hábiles embaucadores á ignorantes, crédulos y avaros, prometiéndoles tesoros por la mágica virtud de la piedra filosofal. Convidábanlos á presenciar experimentos decisivos de conversion de metales viles en oro tan fino como el de Arabia; y, con admiracion indescriptible, aquel público prestigioso, inclinado á creer cuanto su codicia soñaba, al rojo resplandor de insólitas hornillas, casi en la asfixia por la falta de ventilacion de una atmósfera caldeada, fatigados todos del continuo ayudar al éxito dando sin cesar á fuelles monstruosos, veian al fin salir de crisoles incandescentes, y en la forma de un líquido de fuego, el oro tantas veces deseado. Y, ¿cómo nó? La piedra filosofal era una amalgama de oro; y, como sin el *lapis philosophorum* no podia verificarse la transmutacion, era preciso echar la piedra virtuosa dentro del candente crisol, donde debia convertirse en oro un vil metal cualquiera; y ¡oh asombro para la avarienta ignorancia! como en el crisol se habia introducido oro disfrazado, oro salia de él efectivamente, en cuanto el calor destruia la amalgama. Otras veces, el fondo del crisol contenia limaduras de oro ó plata cubiertas astutamente con tierras amasadas en goma; y, no bien el calor desorganizaba esa cubierta y fundia las limaduras, el milagro aparecia ante la espantada ánsia de creer de la ignorante credulidad. Otras veces se hacia pasar por estaño, oro blanqueado con mercurio, que, naturalmente, se ostentaba como lo que era, en cuanto el mercurio se volatilizaba con la accion del fuego. ¡Carbones impregnados en cloruro de oro dejaban oro entre sus cenizas! Siempre salia oro de la operacion; y ¿cómo no? si la operacion se habia hecho con oro! La ignorancia y la codicia concedian realidad á groseras maravillas, y los supuestos transmutadores lograban seguramente su fin de hacer oro, pero no transmutando en él los metales viles, sino asimilándose, para lucro y medro personales, los ahorros de la codiciosa é ignara preocupacion.

Pero no ha de juzgarse á los alquimistas por los taimados que prometian y semejaban portentos.

Aunque espoleados por absurdas esperanzas y conducidos por erróneas hipótesis, los ADEPTOS trabajaban incesantemente; hacian inventos sagaces; seguian procedimientos serios; y, tal vez, veian galardonadas sus vigilias con el descubrimiento de sustancias utilísimas. Géber, médico árabe del siglo VII, fué probablemente el inventor de hornos, alambiques, crisoles, aludeles y otros aparatos descritos en las obras que se le atribuyen; en las cuales se habla ya de la sublimacion, la calcinacion y la destilacion. El mallorquin Raimundo Lulio, conocido por el DOCTOR ILUMINADO, á causa de haber creido ver á Cristo en sus visiones, obtuvo el ácido nítrico destilando nitro y sulfuro de hierro, y, además, conoció su poder de disolver metales, y áun el oro en presencia del amoniaco. Rogerio Bacon era tan entendido que conocia la pólvora, y se le ha atribuido su invencion, como tambien la de los anteojos de larga vista. En las obras de Paracelso, se hallan en propio lenguaje, inteligible por primera vez, estimables direcciones para la preparacion de los ácidos nítrico, hidro-clórico y sulfúrico, y de muchas sales metálicas. Descubiertos estos ácidos, los alquimistas los hicieron funcionar sobre todos los metales y todas las sustancias que les eran conocidas; y así, poco á poco, obtuvieron preciosas soluciones metálicas, y, sucesivamente muchos compuestos salinos, el fósforo, y excelentes preparados medicinales; ¡recompensa natural y justa de su laboriosidad; que nunca los trabajos sobre los cuerpos de la naturaleza dejan de revelar algun secreto suyo, á quienes constantemente los cortejan y solicitan.

Pero el misterio en que la avaricia les hacia conservar sus descubrimientos (cuando los hacian), el lenguaje ininteligible en que envolvian sus manifestaciones, y sus extrañas teorías tienen que considerarse como una grave desdicha respecto al gran problema de la exterioridad.

No han faltado á los alquimistas defensores que han tratado de representar á los que se jactaban de haber fabricado metales preciosos, como á hombres que sabian aislarlos, y que al aislarlos, creian producirlos. El papa Juan XXII escribió sobre el arte de transmutar metales, y se gloriaba de haber fabricado doscientos lingotes de oro, cada uno de los cuales pesaba (!) 100 libras. Como es sabido, este Papa murió en Avignon, dejando á su muerte 18 millones de florines de oro, cantidad inmensa para el siglo XIV; pero, más que á la alquimia, debe atribuirse riqueza tanta á los cuantiosos y extraordinarios rendimientos de las primicias para la Iglesia de Dios, que este Papa fué el primero en exigir de los fieles de la Cristiandad.

Es muy vulgar opinion la de que los alquimistas estaban convencidísimos de ser hacedera la conversion de los metales unos en otros; por no haber imposibilidad material ni metafísica en que tales cuerpos variasen de esencia; nocion perfectamente absurda para el mundo científico moderno. Hoy se cree que un cuerpo puede presentar diferencias cuando sus movimientos cambian ó su distancia respecto de otros; pero no que un objeto pueda ser diferente de sí mismo, ni que deje de ser lo que quiera que sea en virtud de su naturaleza especial.

No es posible negar resueltamente que en el fondo de las creencias alquímicas hubiese algo (quizá mucho) de convencimiento en la posibilidad de la conversion de una sustancia en otra diferente. La idea de Lucrecio de que la diferencia de las voces no está en las letras, sino en las combinaciones de las letras, era concepto no rechazado claramente por los ADEPTOS, pero no del todo base fundamental entre los mismos ni los iniciados en el gran arte del Hérmes Trimegisto. Y ¿cómo no habian de creer en la transmutacion de los metales quienes echaban hierro en una disolucion de una sal de cobre, y veian desaparecer el hierro y aparecer el cobre? Esta reaccion tan perfectamente explicada por la química moderna, tenia que ser para la ignorancia de los siglos medios una efectiva y real transmutacion.

Pero la base general de las teorías alquímicas no era el absurdo de la transmutacion, sino una errónea idea de la COMPOSICION de los metales. Para los alquimistas lo característico de la materia era su COMPOSICION; no su UNIDAD DE SUSTANCIA. Para ellos todos los metales eran compuestos; y los más bajos contenian los mismos principios del oro mezclados con impurezas; separadas las cuales, por medio de la piedra filosofal, se encontraria naturalmente al más precioso de todos los séres: al señor del universo: al oro de la felicidad.

E. BENOT.

ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL EN LA ALHAMBRA DE GRANADA, cuadro de Fortuny

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 69

JOVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—LA NIÑA PÁLIDA, por don M. Ramos Carrion.—ORIGINAL, MORAL Y DE ACTUALIDAD por don Pedro M. Barrera.—CRÓNICA CIENTÍFICA.—*La unidad de la materia* (III y último), por don E. Benot.

GRABADOS.—JÓVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle.—CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison.—PERSEO LIBERTANDO Á ANDRÓMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl.—CODICIA, cabeza de estudio por Ferain.—MARINA, cuadro por Eduardo Dalbono.—Lámina suelta: EL ZAPATERO DE ANTAÑO, dibujo por Llovera.

REVISTA DE MADRID

Cuestiones de astronomía.—El telescopio y los astros.—La vida sideral.—Predicciones.—Los pronósticos del Zaragozano.—Inquietud de las familias.—El número 27.—Desilusion.—Los temblores de tierra.—La compañía del Circo de Price.—El director de la Biblioteca nacional.—Perspectiva del mes de mayo.—La catástrofe de la Exposicion minera.—El queso de Holanda y los artículos ultramarinos.

La astronomía y el arte dramático—aunque parezca paradoja—tienen puntos de contacto.

En una y otra cosa hay que esforzarse cada vez más para producir efecto.

Los astrónomos de hoy predicen con exactitud matemática los eclipses de los astros y el paso de unos por delante de otros, sin que la humanidad sienta el menor estremecimiento de terror.

Todo ello sólo produce en último extremo un movimiento de curiosidad y de expectacion pública.

Las sociedades científicas tratan del fenómeno con avidez indagadora; se desempolvan los telescopios, trasládanse los instrumentos astronómicos á los puntos del globo más ádecuados para observar el acontecimiento celeste; los sabios fijan durante algunas horas su penetrante mirada en las profundidades del universo, y con escribir despues una *luminosa* memoria donde se hacen constar las nuevas particularidades notadas en el disco del sol, en las montañas de la luna ó en los alrededores de tal ó cual estrella, las corporaciones doctas del mundo salen del paso, á la vez que parecen decir á los que no poseemos más observatorio que un cristal ahumado, lo siguiente:

—Nosotros velamos por el órden y la policía celestes. No tengais cuidado. Al fin y á la postre hemos de acabar por descubriros todos los secretos del cielo. No os invitaremos á emprender un viaje de ida y vuelta á las regiones siderales; esto no se halla al alcance de nuestra mano; pero en cambio os describiremos minuciosamente la existencia de esos puntos luminosos que flotan sobre vuestras cabezas, os diremos las costumbres de los astros, su velocidad y su composicion química, miéntras aguardamos al óptico del porvenir que invente lentes de tal fuerza que podamos presenciar como los espectadores de un teatro las pasiones, la actividad, las querellas, las luchas, las fiestas y los rencores de los séres que indudablemente habitan en los infinitos astros.

Realmente es digna de aplauso esa pretension de la astronomía; y siempre será una satisfaccion para los que alcancen la dichosa época de penetracion al través del espacio el ver que en todas partes hay sentimientos de amor, enconos de ira, rivalidades funestas, y trasiego constante de la vida á la muerte.

Pero hay astrónomos que pretenden anticiparse á la ciencia; astrónomos teatrales, digámoslo así, que no se contentan con que la humanidad goce placenteramente de algunos misterios del universo, sino que intentan producir con sus noticias el terror entre los hombres.

Con mucha frecuencia suele decirse:

—Tal ó cual astrónomo anuncia el fin del mundo para un período próximo. Un cometa inflamará la tierra, ó se darán en el espacio un ósculo terrible dos astros que se encuentren en su amplísimo camino, á consecuencia de lo cual se esparcirá hecho añicos por la inmensidad nuestro planeta.

Confieso que tampoco suele hacerse caso de estos pronósticos. Se ha anunciado tantas veces el fin del mundo, que á fuerza de repetirlo nos hemos acostumbrado á juzgar que el mundo es eterno.

La máquina se ha ido forzando de tal modo, que en astronomía las predicciones de catástrofes nos dejan ya tan frios como en el arte dramático tampoco nos producen gran impresion esos desenlaces en que el escenario se llena de cadáveres.

Entre nosotros tiene privilegio para las noticias terroríficas de cosas del cielo el confeccionador de almanaques señor Yagüe, conocido con el nombre de *El Zaragozano*. Perdonen los astrónomos de alto coturno que coloque en su categoría al citado personaje. Yo no sé si tiene verdadero carácter de hombre científico; pero lo cierto es que para el vulgo las palabras del Zaragozano valen tanto como las del Evangelio.

Hay familias que han empezado ya á hacer provisiones para todo lo que falta de año. No quieren que la catástrofe predicha les coja desprevenidos.

Ha dicho el Sr. Yagüe: «En el mes de mayo ocurrirán tales fenómenos de nieve, borrasca, lluvias ó vientos que se perderá la cosecha no tan sólo en España sino probablemente tambien en toda Europa.»

Ahí es nada. Los sustos ó no darlos ó darlos gordos.

¿Qué porvenir aguarda á los españoles y principalmente á los madrileños que ya casi no pueden comer á consecuencia de la escandalosa subida de los comestibles más indispensables para la vida?

¡El Sr. Yagüe es muy cruel! ¡Noticias semejantes no se dan sin haber inventado préviamente una sústancia alimenticia que sustituya á las que conocemos hasta la fecha!

***

De aquí á mayo quedan todavía unos cuantos dias. ¡Podemos aún echar una cana al aire! No faltará un acertijo, una charada, una adivinanza cualquiera que sirva de incentivo á nuestra frívola curiosidad, como sirvió durante muchos dias el número 27 colocado en las planas de anuncios de los periódicos á manera de recóndito y misterioso enigma.

Lo veiais constantemente, solo, majestuoso, monumental, ese número 27 que ha hecho meditar y soñar á todas las imaginaciones.

Por la noche, lo primero que se hacia en los cafés, al tomar el periódico, ántes que leer el folletin, era contemplar el misterioso número inserto entre multitud de vulgares anuncios.

Ese número tenaz llegó á ser una obsesion abrumadora.

¿Qué significaria? Los comentarios no faltaban; y los habia por cierto extravagantes y magníficos.

—Esto debe ser cosa de la *mano negra*—decian unos.

—¡Quiá! no señor—contestaban otros—apuesto á que es algun jóven que anuncia su edad de veintisiete años como para ponerla á la disposicion de las muchachas casaderas.

—¡Podria ser!—exclamaban las jóvenes soñadoras.

Y de deduccion en deduccion—como se dice en *Cabeza de chorlito*—se llegaban á idear las cosas más estupendas.

¡Oh! ¡vulgaridad de la vida! Por fin se levantó el velo. El misterioso 27 no es más ni ménos que el número de una tienda que se abrirá en la calle de Fuencarral dentro de poco.

***

El alma de las personas imaginativas se les ha caido á los piés.... y gracias que en Madrid el suelo ha estado firme, puesto que si aquí hubiésemos experimentado los terremotos que han sufrido los habitantes de la provincia de Valencia, el alma susodicha habria corrido el peligro de perderse en alguna abertura de la tierra y no parar hasta salir á la superficie del país de los antípodas.

Un individuo me decia:

—¿Ve V. esos terremotos? Pues no son más que temblores de la tierra por la noticia dada por el astrónomo Zaragozano.

La verdad es que siguiendo este camino todo se puede atribuir á la prediccion antedicha.

Que la compañía nuevamente presentada en el Circo de Price tiene poca gracia.... ¡Vea V.!.... ¡Cosas del Zaragozano!

Que se caen algunos albañiles de los andamios de las obras en que trabajan.... ¡Pues, no se han de caer!.... ¿V. no sabe que el Sr. Yagüe anuncia pavorosas catástrofes?

Que aún no se ha nombrado al director de la Biblioteca nacional en sustitucion del difunto D. Cayetano Rosell, y que tras la designacion del eminente poeta Sr. García Gutierrez para tal cargo, piden ahora algunos que se haga el nombramiento á favor del Sr. Guerra y Orbe.... ¡Claro está! La conmocion llega hasta la Biblioteca; y la influencia de los astros lo determina todo. Se designa á Guerra.. . ¿Eh? ¿Puede darse un nombre más belicoso? Y Orbe, por añadidura..... Esto es: *guerra en el orbe.*

***

Por fortuna llegará el mes de mayo con su fiesta patriótica del dia 2, con su popular romería de San Isidro, con sus flores y sus entusiastas himnos á la Vírgen María, y las sombras de la prediccion funesta desaparecerán para dar lugar al placer de los corazones y al brillo y encanto de la naturaleza.

***

Ni siquiera recordaremos ya entónces, una vez abierta la Exposicion de minería, las desgracias ocurridas en la construccion que para tal objeto se verifica activamente en el Parque de Madrid entre el gran estanque y la casa de Fieras.

La voz del siniestro se esparció por toda la capital con caractéres aterradores. Citábanse multitud de víctimas. La realidad ha venido despues á disminuir en gran parte la desgracia. Hubo varios heridos, varios contusos, pero casi todos leves. Esto no obsta para que todo el mundo censure el descuido con que se colocan los andamios de las obras que se construyen.

¡Para el albañil son casi sinónimos mortaja y andamio!

No hay semana sin que se tenga que lamentar alguna desgracia por el mismo estilo.

—¿Cuál es tu oficio?—se podria preguntar á un albañil.

Y no andaria descaminado contestando:

—Mi oficio..... ¡es caer de las alturas!

¡Es mucha abnegacion la de esos humildes trabajadores! Cobrar un sueldo miserable, y tener casi la seguridad de morir *estrellados* sobre una baldosa de la calle.

***

Por todas partes se dirigen objetos coloniales á la Exposicion de Amsterdam. España representará sin disputa un gran papel en aquel próximo certámen.

El orgullo nacional ha dado mayor cuerpo á los quesos de Holanda. Una de estas bolas de corteza vivamente encarnada pavoneábase el otro dia en un escaparate de una tienda de ultramarinos de esta corte.

—No os quejareis de mi país—decia á unos cuantos objetos procedentes de América.—Holanda os acoge en su seno y prepara un digno premio á vuestras virtudes.

Los artículos llamados ultramarinos se echaron á reir.

—¿Os burlais?

—No; pero hombre de Dios, ¿no ves que nosotros no procedemos de Ultramar? ¡Estamos falsificados!

El queso de bola (para sí mismo):—En igual caso me encuentro yo.... ¡Me han partido!.... Yo tampoco soy de Holanda. ¡Estoy fabricado en España!

PEDRO BOFILL

Madrid 20 de abril de 1883.

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle

Si alguna vez vuestro médico acierta á deciros que padeceis de alguna enfermedad, para cuya curacion son excelentes los aires de la Selva Negra, no discutais con el galeno, ni os empeñeis en demostrarle que vuestra salud de bronce puede pasarse sin aires de selvas negras y blancas. Todo lo contrario; aceptad la prescripcion, por muy innecesaria que os parezca; disponed la menor cantidad de equipaje que os sea posible; reunid, en cambio, la mayor suma de luises de oro que os sea dable; y por Francia y Suiza, dirigíos al ducado de Baden, en cuyo territorio se halla enclavada la mayor parte de la famosa selva.

Y no os asuste ni su nombre, ni los recuerdos de cierto drama lúgubre que lleva su título y que sin duda os privó de conciliar el sueño en vuestra niñez. Nada de eso: la Selva Negra es la única selva tolerable despues que el *touriste* se ha guarecido del sol bajo los deliciosos bosques de la exuberante patria de Guillermo Tell.

Entre las muchas bellezas de esa selva, bien camino de la capilla reformada, bien al pié de los ennegrecidos muros de algun destrozado castillo, encontrareis indefectiblemente al original del dibujo de Wehle, jóven de belleza simpática, aunque muy discutible dado el gusto estético de la raza latina; porque sin duda es agraciada, cuando puede resistir impunemente el tocado nacional ó regional á que tiene singular afecto y del cual no han podido hacerla desprender todas las modas desfiladas por delante de ella, desde que Baden-Baden es punto de reunion de la sociedad más refinada y elegante.

Hace bien la jóven de Suabia: ese tocado es casi un emblema, y por muy ridículo que parezca, nada es ridículo cuando recuerda ó significa patria y hogar de la familia.

CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison

¡Dichosa edad!

Cuando se tiene la que el mancebo de nuestro grabado, la arena es muy blanda, el horizonte muy vasto, el porvenir más vasto que el horizonte.

Se sueña mucho, y se sueña despierto.... ¡Qué de magníficas cosas se ven en esos sueños! ¡Cuántos castillos fabricados en el aire, durante esos coloquios íntimos entre el espíritu contenido en el cuerpo y ese otro espíritu que el niño ve flotar casi al alcance de su mano!....

Y luégo viene la realidad, con un semblante muy feo, porque lo cierto de la vida raras veces es agradable; y la cabaña del niño es doblemente estrecha y mísera, cuando, siquiera mentalmente, viene de habitar palacios encantados.

Despues de todo ¿quién sabe?... Tambien soñó Juana de Arco cuando hilaba humildemente cabe la puerta de su mezquina choza; tambien soñó Sixto V cuando custodiaba rebaños en el interior de los bosques; tambien soñó Juan Barth cuando, á la edad del niño de nuestro grabado, como él se tendia indolentemente sobre la arena de la playa y en las preñadas nubes creia oir los gritos del combate que las galeras francesas de su mando libraban, victoriosas, á las escuadras de la Gran Bretaña.

No quiere esto decir que el fausto, el poder, la gloria, se hallen fácilmente al alcance de los soñadores, y mucho ménos si estos son dados á la posicion horizontal, que es la más funesta para aquel que aspira á convertir el deseo en realidad. Algo mejor haria nuestro muchacho yendo á la escuela, donde es posible que alguna bofetada pedagógica le despertara al realismo de la vida; pero donde, en cambio, con buena voluntad de su parte adquiriria los primeros elementos de la ciencia, sin los cuales ni el poderoso ni el humilde realizan maravillas en nuestros dias.

Pasaron, por fortuna, aquellos tiempos en que la sociedad era patrimonio del más fuerte: hoy el talento y la instruccion son elementos más respetables que los antiguos navíos de tres puentes; y no es tomando el sol á la bartola como se eleva la inteligencia á la altura de las necesidades modernas.

Pero vayan Vds. y hagan comprender esta verdad al mozalbete de nuestro grabado, que en este punto de su reposo vive, goza, sueña, es feliz....

PERSEO LIBERTANDO Á ANDRÓMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl

La Mitología ha sido en todos tiempos un precioso arsenal donde los artistas han encontrado inagotables asuntos que reproducir por medio de la pintura y de la escultura. Ménos idealistas, ménos poéticos, ménos sentidos esos asuntos que los inspirados por las grandes figuras del cristianismo naciente, tenian y tienen el atractivo de su parte fantástica, de la cual puede sacar gran provecho el artista que sepa concebir lo imposible y darle una forma que lo haga concebir á los demás.

Uno de esos artistas ha esculpido recientemente el interesante asunto de Perseo libertando á Andrómeda. Los poetas paganos, á quienes pudiéramos llamar primitivos historiadores de hechos en donde la verdad y la fábula andan de tal manera revueltas, que apénas se distinguen la una de la otra; refieren de esta suerte la aventura.

Andrómeda, hija de Cepheo, rey de Etiopía, y de Casiopea, fué víctima de la vanidad de su madre, que se juzgó de belleza superior á la de las nereidas. Irritado Neptuno de que una simple mortal se permitiera semejante parangon con las hijas del dios de las aguas, envió un monstruo marino que asolara el reino etiope, como así se dió prisa en ejecutarlo. Espantado Cepheo, no sin motivo, consultó al oráculo; el cual, tan monstruo como el monstruo mismo, contestó que la plaga no cesaria hasta tanto que la inocente Andrómeda fuese entregada á la voracidad del satélite de Neptuno. Cepheo, digno complemento del monstruo y del oráculo, se avino al sacrificio de su hija; y ésta fué encadenada á una roca, en la cual hubiera perecido de muerte cruel, sin el oportuno socorro de Perseo, hijo de Júpiter y de Dánae, quien dió muerte al espantajo con el auxilio de la cabeza de Medusa, que tenia el don de petrificar cuanto miraba y que pertenecia al mancebo por habérsela cortado á la célebre Górgona.

Perseo casó con Andrómeda, y más tarde uno y otro fueron trasladados al Olimpo, donde forman entre las constelaciones.

La cosa podrá ser absurda; pero absurdos como este inspiraron á Fidias y á Praxíteles.

CODICIA, cabeza de estudio por Ferain

No hay sino contemplar ese rostro receloso, esas mejillas hundidas, esa mirada de envidiosa expresion, esa nariz de prominente perfil y ese porte descuidado y sórdido, para reconocer que el autor de este busto ha trazado magistralmente el tipo que se habia propuesto representar, el de un sér codicioso, víctima de una insaciable avaricia que ha surcado su rostro de prematuras arrugas, y le obliga á ver en todo hombre un enemigo que aspira á arrebatarle sus riquezas, amasadas á fuerza de economías, privaciones y aún quizás de bajezas y abyeccion. Este busto, perfectamente dibujado, debe más realce, si cabe, al buril del inteligente grabador Bong.

MARINA, cuadro de Eduardo Dalbono

Un cielo cargado de nubes, un mar sosegado, una barca de pescadores en primer término y algunas otras en lontananza; á esto no más se reduce la descripcion que puede hacerse del cuadro de Dalbono. Pero bien mirado, su protagonista (permítasenos expresarnos así) es otro; es la naturaleza, es el ambiente, es todo el cuadro y ninguna parte de él. Es ese cielo con sus nubes de mil formas, que se amontonan, siempre cambiantes, siempre en movimiento y disipándose siempre para ceder el puesto á otras nuevas, fantásticas, grandiosas, poblando el espacio de extrañas imágenes, de tinieblas y de fulgores, y variando con las sombras que difunden y con los reflejos que alteran á cada momento los matices de las olas. Es el mar que se encrespa, ó sonrie, que se oscurece ó inflama, que se adormece en la calma ó se despierta á los golpes de los remos, despidiendo mil fosforescentes destellos; es la barca que, por contraste, realza aun más la anchurosa extension del espacio, é imprime una frase de la vida humana en la vida de lo creado; es, en una palabra, la poesía de que el artista ha sabido impregnar el lienzo, abarcando el conjunto con un sólo arranque de inspiracion artística.

Marinas como la del cuadro de Dalbono bastan para formar la reputacion de un pintor de este género.

EL ZAPATERO DE ANTAÑO, dibujo por Llovera

Los pintores tienen tambien sus modas: los asuntos á la órden del dia, particularmente entre los artistas españoles, son los cuadros de estudios orientales y la reproduccion de las costumbres de nuestros abuelos. Fortuny y Goya son los maestros más estudiados, ó más imitados al ménos, y si es verdad que ninguno hasta el presente ha igualado á esos dos pintores, gloria del arte español en el presente siglo, es indudable que su escuela ha producido discípulos aventajados y estos discípulos han ejecutado composiciones muy apreciables.

La antigua manolería es trasladada repetidamente al lienzo, y si es verdad que, como decia no ha mucho el pregonero que hacia la presentacion de una mujer tigre, el público está cansado de tantas mujeres altas, mujeres gordas, mujeres con barbas y demás adefesios mujeriles, no lo es ménos que las escenas típico-populares españolas son siempre simpáticas, cuando son tratadas con la gracia y soltura de nuestro Llovera.

En la composicion que hoy publicamos el asunto tiene ese olor, color y sabor que requieren las cosas para que estén en carácter y digan algo de la sociedad que reproducen; tiene algo de ese perfume que exhalan las *Memorias de un setenton* del ilustre Mesonero Romanos; algo que nos trasporta á una época en que se necesitaba toda la sal española para que las mujeres bonitas no pareciesen feas y las feas no fueran condenadas á ostracismo perpetuo.

Tiene, además, este dibujo cierta intencion picaresca que sienta bien á la manera de ser de unos tiempos en que la aparente beatitud de los mortales era un simple traje con que se disfrazaban debilidades propias de todos los tiempos y fragilidades comunes á todos los pueblos.

LA NIÑA PÁLIDA

(Historia inverosímil)

La escena pasa en un saloncito del establecimiento balneario de Chorrosano.

Personajes:

La Sra. de Lopez, reumática de 48 años, alta, seca y de un temperamento marcadamente bilioso.

El Sr. de Lopez, su marido, alto funcionario aunque de baja estatura.

El general Fajin, veterano con el bigote blanquísimo pero muy rubio en la parte inferior izquierda, chamuscado por los cigarrillos que el general apura hasta un extremo inconcebible.

Una señora bajita, rubia, muy gorda y muy colorada, de 35 á 40 años de edad, y que procura en vano dominar el sueño que la vence de cuando en cuando, haciéndole dar cabezadas.

Y un servidor de Vds.

Son las once de la noche. En el inmediato salon los bañistas más jóvenes pasan la velada agradablemente entretenidos.

Una señorita toca en el piano una fantasía sobre motivos..... para cualquier cosa. Un poeta *inédito* recita versos capaces de conmover el alma más empedernida y un jóven andaluz, dicharachero y locuaz, entretiene á un grupo de bañistas con cuentos y relaciones de viajes inverosímiles.

De pronto la jóven pianista hace oir una polka: es la señal de alarma.

El andaluz invita para el baile á una viuda, paisana suya, de ojos tiernos, que ha llorado de risa oyéndole hablar y que al levantarse repite por centésima vez en aquella noche:

—¡Ay! Pero ¡qué *grasioso* es *ete Muñó!*

Debo advertir para mayor claridad que él se llamaba Muñoz y que la viuda devoraba las *ces*, las *eses* y las *zetas*.

Un momento despues todos los bañistas jóvenes, y áun algunos que ya no lo eran, se agitaban al compás de la mazurka.

La señora bajita y gorda, que á las primeras notas abrió los ojos y se sonrió mirando á los que le rodeaban para figurar que no dormia y que se enteraba de todo perfectamente, volvió á dar cabezadas y quedó por fin dormida, con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca y lanzando á veces un ligero resoplido.

El alto funcionario de escasa estatura miraba al techo con la tranquilidad del hombre que no piensa en nada, su esposa llevaba el compás del baile dando en el pavimento golpecitos con el pié. El general fumaba leyendo *La Epoca* y yo.... estaba muy próximo á imitar á la señora gorda, colorada y bajita.

—¡Qué barbaridad!—exclamó de pronto el general, dejando de leer.

—¿Qué es ello?—preguntó el Sr. de Lopez.

—Oigan Vds. Parece mentira que á fines del siglo XIX haya badulaques de este calibre.

Y leyó lo que sigue:

«Ayer en los jardines de Recoletos se suicidó de un pistoletazo un jóven de veintidos años. Vestia decentemente y en un bolsillo de su levita se encontró una carta con las siguientes lacónicas frases:

«No me quiere y me mato. Dios la perdone.»

—¡Han visto Vds. qué barbaridad!—añadió el general á guisa de comentario.

—En efecto,—dijo la señora de Lopez,—mentira parece que haya todavía quien por amor se mate.

—Yo no lo creo.

—Ni yo.

—Ni yo,—gruñó la señora bajita y gorda, que, adoptando una postura más cómoda, durmióse por fin de una manera resuelta y descarada.

—Ese desgraciado suicida tendria deudas ó sabe Dios qué otros motivos para quitarse de enmedio,—continuó el general,—pero á mí no me convence nadie de que en estos tiempos materialistas y corrompidos haya todavía amantes sensibles hasta ese punto.

—Pues opino lo contrario, general,—dije yo,—y tengo para ello una razon poderosísima.

—¿Cuál?

—Que he visto un caso.

—¿De veras?

—Matarse por amor, ¿nada más que por amor?

—Nada más, y por amor próximo.

—Cuente V. el hecho.

—Allá va tal como ocurrió.

Prestaron atencion todos, excepto la señora gorda que dormia ya profundamente, y empecé como sigue:

De esto hará quince años. Contaba yo diez y siete, y uno más que yo mi amigo Federico.

Todas las mañanas del mes de junio, haciendo un sacrificio sólo comparable por lo grande á la amistad que nos unia, madrugaba para acompañar á mi amigo á la Casa de Campo, donde á la sombra de los frondosos álamos él resolvia problemas de álgebra y yo contemplaba la naturaleza en todo su esplendor primaveral.

Federico estudiaba para entrar en la Escuela de Estado Mayor y en aquella fecha, ya próxima á los exámenes de ingreso, repasaba al aire libre todas las asignaturas con ese afan que caracteriza al buen estudiante.

Era un excelente muchacho en toda la extension de la palabra. Tenia el carácter dulce y tranquilo y un talento nada vulgar.

Sin familia desde los primeros años de su niñez, vivia bajo la tutela de un pariente lejano, Senador del Reino, que le obligaba á comer en su compañía todos los domingos, que no se cuidaba de su pupilo para otra cosa que para darle la mensualidad que le tenia asignada y algun consejo referente á moralidad y buenas costumbres.

Federico, desde que á los diez y seis años salió del colegio de PP. Escolapios, donde habia recibido esmerada educacion, habitaba una modesta casa de huéspedes.

Como he dicho á Vds., todas las mañanas bajábamos á la Casa de Campo. La concurrencia de madrugadores iba siendo mayor á medida que avanzaba el mes de junio.

Entre los más asíduos paseantes de aquel delicioso sitio, llamaron desde el primer dia nuestra atencion una señora vieja, pero bien conservada y cuyo rostro revelaba aún la hermosura de los pasados años, y una linda jóven como de 17 años, nieta de la señora, á juzgar por la semejanza de sus fisonomías.

Era un tipo verdaderamente ideal.

Su juvenil cabeza coronada por una cabellera rubia que servia de admirable marco á un rostro de líneas correctas y suaves; su boca pequeña, animada siempre por melancólica sonrisa, su talle esbelto y sus ojos claros y azules, de dulcísima mirada, formaban un conjunto que admiraria el más versado en los principios de la estética.

Vestia con elegante sencillez y sus modales revelaban educacion esmeradísima.

Indudablemente paseaba por consejo de los médicos. La palidez mate de su rostro indicaba la anémia, esa terrible enfermedad, vampiro que se desarrolla con el movimiento febril de las grandes poblaciones.

Afirmaba nuestra creencia relativa al padecimiento de la jóven el verla beber diariamente dos ó tres vasos de agua en aquel manantial ferruginoso que tanta y tan merecida fama tiene entre las madrileñas.

Mi amigo Federico quedó suspenso al ver á la jóven el primer dia.

—¡Es una *madona* de Rafael!—dijo.

Y no cesó de contemplarla y la siguió con mirada ansiosa hasta verla desaparecer por la oscura alameda; cerró los libros de matemáticas y no habló en todo el dia más de veinte palabras, referentes todas á la *niña pálida* de la Casa de Campo.

Para no molestar á Vds. con detalles inútiles, les diré sólo que en el alma de Federico, vírgen hasta entónces de todo amor, brotó de pronto la más fogosa de las pasiones.

La *niña pálida* era su ideal; sin ella no concebia la vida; por lograr un *sí* de aquellos labios de coral blanquecino hubiera dado gustoso su existencia.

Excusado será decir á Vds. que los estudios cayeron en abandono lamentable y que el Estado Mayor del ejército se hallaba muy expuesto á no contar con aquel brillante oficial en ciernes.

En vano procuraba convencer á mi enamorado amigo de lo conveniente que para él hubiera sido pensar algo ménos en la *niña pálida* y algo más en el álgebra y la geometría; el amor no razona.

Por otra parte, yo le hacia notar la indiferencia con que la jóven correspondia á sus ardientes miradas.

—Está enferma,—me decia Federico,—busca con anhelo la salud que le falta y la débil sangre que es



CASTILLOS EN EL AIRE cuadro por Harison



PERSEO LIBERTANDO A ANDROMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl

agolpa á su corazon no tiene fuerza suficiente para animarlo. Cuando se mejore reparará en mí; no tengo duda, buscará mis ojos como yo busco los suyos.

Los dias pasaban, la *niña pálida* no recobraba el color y los suspiros y miradas del apasionado mancebo no parecian hacer la menor impresion en el ánimo de aquella, que seguia bebiendo vasos de agua ferruginosa y contemplando el azul del cielo, no tan puro como el de sus ojos.

Federico, que ya habia averiguado el domicilio de su adorada, lo rondaba constantemente y escribia versos dedicados *á ella*, ocupacion que indica, en quien no es poeta, el período álgido del amor.

¿La veia salir en carruaje con su abuelita? Alquilaba un simon y las seguia contemplándola de léjos. ¿Se quedaba en casa? Paseaba impertérrito horas enteras por la acera de enfrente sin dársele un ardite de los rayos del sol ni de las burlas de los vecinos.

Y á todo esto la *jóven pálida* no abria una persiana para premiar con mirada amante los sacrificios de su rondador, ni reparaba en él, ni era lo probable que tuviera idea siquiera de la pasion que habia inspirado.

Era, pues, el amor de Federico, una especie de adoracion platónica, más respetable para mí por lo que tenia de inmaterial y caballeresco.

Empezaron los exámenes de ingreso y Federico, el estudiante modelo, fué reprobado.

Pero así como las *calabazas* de la *niña pálida* le habrian ocasionado la muerte, las que le dió el respetable tribunal no hicieron mella alguna en el jóven.

—Entraré el año que viene,—dijo; y continuó amando y escribiendo versos.

Yo, que, áun respetándolo, estaba poco conforme con aquel amor manifestado tan de léjos, no acompañaba á mi amigo en sus paseos por la Casa de Campo, ménos agradables ya á causa del excesivo calor que se sentia desde las primeras horas de la mañana.

Un dia se me presentó Federico con el rostro descompuesto.

—¿Qué ocurre?

—Se ha marchado.

No tuve que preguntarle *quién*.

—¿A dónde?

—Lo ignoro. Solamente sé que han ido á baños.

—¿Y qué piensas hacer?

—Recorrer en su busca todos los de España.

Y, en efecto, Federico logró que su tutor le adelantase el dinero suficiente y recorrió en vertiginosa marcha todos los establecimientos balnearios de la Península.

Sus cartas de aquella época revelan el acrecentamiento de su amor. Me escribia casi diariamente largas epístolas en que no me hablaba sino de ella, de su Hortensia adorada.....

—¡Hortensia!—exclamó la señora de Lopez, interrumpiendo mi relato.

—Sí señora, ese era el nombre de la *niña pálida*.

—Continúe V.

—Continúo.—Mi infortunado amigo recorrió en balde todas las casas de baños, que por suerte suya no eran entónces tan numerosas como en la actualidad y regresó á fines de setiembre desesperado, medio loco. Ella no habia vuelto.

—Si hubiera muerto.....—pensaba Federico.

—Felizmente,—le decia yo,—no habrá ocurrido tal desgracia. Las aguas saludables de algun manantial, más eficaz para su dolencia que el de la Casa de Campo, habrán devuelto acaso el color á sus mejillas. Ten confianza, no te desesperes.

Pocos dias despues, lleno de alegría, vino á decirme que Hortensia habia regresado.

—Pero,—añadió con tristeza,—más pálida que ántes, más melancólica que la última vez que la ví. ¡Esta niña está muy enferma! ¡Cuánto temo que empiecen á caer las hojas! La llegada del Otoño me da miedo.

—¡Bah!—dije yo para animarle,—no todas las jóvenes descoloridas se mueren.

Federico me dirigió una mirada casi despreciativa y se fué.

Un mes habia trascurrido cuando volvió á verme.

—¡Ay!—exclamó arrojándose en mis brazos y llorando como un niño,—se muere, se muere sin saber que la amo.

—¿Es posible? ¿Cómo lo has sabido?

—Quince dias hace que no abandona el lecho; lo sé por la portera de su casa. Viendo que no salia me atreví á preguntarle y hoy..... ¡Hoy me ha dicho que ya no hay esperanza!

—¡Anímate por Dios, Federico!

—Ven conmigo, no me atrevo á llegar sólo hasta su casa.

Me vestí y le acompañé. Cuando llegamos Federico dió un grito, yo quedé aterrado.

Una hoja de la puerta de la calle estaba entornada.

—Ha muerto,—dijo Federico.

—¡Quién sabe! Tal vez ese fúnebre anuncio sea casual; no podemos asegurarlo. Mira.... ningun balcon está abierto..... yo preguntaré.

—Sí, yo te lo ruego; no tengo valor, no tengo fuerzas.

Entré en la casa. La portera dormitaba en un chiribitil, que tenia la forma de un castillo gótico.

—¿Ha muerto la enferma del principal?

—Sí señor,—me dijo;—esta tarde á las tres.

Salí á la calle, obligué á Federico á entrar en un coche y le conduje á su casa.

No quiero referir á Vds. detalladamente la desconsoladora escena.

Reflexiones, ruegos, súplicas, amenazas, todo fué en vano. Aquel amor era un amor verdadero; para tanta desesperacion no habia consuelo posible.

Por fin, al cabo de seis horas de lucha, logré que Federico se acostara. Lágrimas silenciosas abrasaban sus mejillas; cerró los ojos y pareció dormir.

Salí de la alcoba, encargué á la patrona, honradísima mujer que le trataba con esmero y cariño, que estuviera á su cuidado y marché en busca de unos amigos que me aguardaban para un asunto urgente. ¡Nunca lo hubiera hecho! Todavía al recordarlo parece que mortifica mi alma un remordimiento.

. . . .

Cuando volví á mi casa me esperaba un agente de Orden público. Al verle me estremecí.

—El Juez de guardia del distrito de Palacio me manda buscar á V.

—¿A mí? ¿Qué ocurre?

—Creo que es para entregarle una carta de un jóven que se ha matado.

—¡Jesús!—exclamó la señora de Lopez.

—¡Qué horror!—añadió su marido.

—Ese muchacho estaba loco,—dijo el general.

—Estaba enamorado,—repuse.—Pero aún falta lo más horrible de la historia.

Mi desdichado amigo habia salido de su casa á la una de la madrugada y mirando al balcon de la estancia mortuoria, iluminada recientemente por el resplandor de los blandones, se habia pegado un tiro.

En una carta escrita con lápiz y dirigida á mí, decia lo siguiente. No lo olvidaré nunca.

«Voy á reunirme con ella. Nuestras almas se encontrarán en el cielo. Procura tú, mi buen amigo, que nuestros cuerpos reposen juntos en la tierra.»

Esta última voluntad, como comprenderán Vds., no era muy fácil de cumplir. Los cadáveres de los suicidas pertenecen de derecho al juzgado; su autopsia es inevitable y no siempre logran disponer de sus restos las atribuladas familias.

Yo, sin embargo, me propuse hacer cuanto estuviese en mi mano para que el desdichado Federico durmiera el último sueño cerca, muy cerca de la *niña pálida*.

Para esto era preciso ante todo averiguar dónde la enterraban. Busqué el número de *La Correspondencia de España* correspondiente á la noche anterior y en él la papeleta de defuncion de la pobre niña, proponiéndome acompañar en aquel viaje postrero á la espiritual criatura, causa inocente de la muerte de mi amigo.

Al recorrer con la vista la cuarta plana del periódico quedé sorprendido, atónito.

Entre un marco de líneas negras, que ocupaba gran espacio y bajo una cruz, se leia lo siguiente:

«Doña Brígida Gomez, viuda de Retamero, ha fallecido ayer á las 3 de la tarde y á los 68 años de edad.

«Su hijo D. Vicente, su nieta doña Hortensia y demás parientes, etc., etc.»

—¡Doña Brígida!—exclamó la señora de Lopez.

—Sí señora, doña Brígida, la abuela de Hortensia, era quien habia muerto.

—¡Qué lance tan extraño!—dijo el general.

—Es rarísimo,—murmuró el Sr. de Lopez.

—Mi infeliz amigo,—añadí,—entendió mal sin duda á la portera, creyó que la enferma era su amada... y le costó la vida aquel error.—Pero, añadí dirigiéndome á la Sra. de Lopez, V. se ha sorprendido al oir el nombre de *la niña pálida*. ¿La ha conocido usted acaso?

—¡Ya lo creo!—dijo apagando la voz y como si temiera que álguien le oyese.

—¿Moriria muy jóven?

—¡Quiá! Se casó con un Procurador, tuvo seis hijos, enviudó hace dos años y.... ¡ahí la tiene V.!

Y señaló con el dedo á la señora rubia, colorada, bajita y gorda, que en aquel momento, despues de lanzar un ronquido, se despertaba.

M. RAMOS CARRION

ORIGINAL, MORAL Y DE ACTUALIDAD

I

—¿Cuándo me escribe V. un artículo para mi periódico?

—Cuando V. lo quiera.

—Ya lo estoy queriendo. Sólo encargo á V. una cosa: que trate de asuntos de actualidad, que tenga mucha originalidad en la forma y que el fondo sea altamente moralizador.

—Tratará, tendrá y será lo que V. me encarga.

—Conformes: cuento con él.

—Cuente V. tambien el dinero con que ha de pagarme, porque mañana mismo estará en poder de V. el artículo.

II

Buscando asunto para emborronar media docena de cuartillas de papel, leí esta mañana en un diario noticiero que en tal calle, tal número y tal cuarto, una jóven se ha suicidado, tomando una taza de té en la que sustituyó el azúcar con cabezas de fósforos. Guardé el periódico en un bolsillo y me dirigí á la casa donde vivia la jóven.

—¿Qué ha ocurrido aquí?—pregunté á una mujer que estaba sentada en la puerta de la casa, dando de mamar á un nene canijo que, segun las señas, no ha vuelto á ver el agua desde que le bautizaron.

—¡Ay señor! me respondió la mujer: una gran desgracia. La vecina del sotabanco, que, sin ofender á nadie, era una real moza y la ribeteadora de mejores manos que paseaba por Madrid, tenia amores con un pescadero, tan desmirriado y amarillo que no parece sino que anda por el mundo con permiso del enterrador.

—Mira que ese hombre no viene con buen fin, le decíamos á ella todos los vecinos.—A mí me gusta, contestaba.—Mira que le han visto con otra, tomando café con leche y media tostada de abajo.—A mí me gusta.—Mira que ha estado con una peinadora en un baile de máscaras.—A mí me gusta.—Mira que si te llegas á encalabrinar, te va á dar más disgustos que pelos tienes en la cabeza.—A mí me gusta.

Y aplicando este estribillo á cuanto le decíamos por su bien, se fué enamorando, enamorando, de tal modo, que el pícaro del pescadero, á pesar de ser más feo que Picio, ha logrado que la pobre chica dé motivo para que todo el mundo la señale con el dedo.

—¡Vamos!.... y ella avergonzada de haberse encalabrinado.....

—No señor: ella, cuando le echábamos en cara que se emplease tan mal, salia del paso diciendo: —¡A mucha honra!....—¡Si estaba muertecita por su feo!

La mujer interrumpió su relacion, dando un agudo chillido al viento y un sonoro azotazo al nene canijo, que comenzó á llorar miéntras su madre le increpaba, diciéndole á gritos, sin duda para que le entendiese mejor:—No me muerdas, borrico; ¿tú crees que eso es de corcho?

El chico dejó de llorar para volver á chupar, y la mujer reanudó así su relato.

—El demonio, que mete la pata en todo, hizo que la pobre ribeteadora averiguara que cierta parroquiana le compraba á su hombre el pescado, sin pagar nunca lo que compraba. Despues averiguó por qué la parroquiana comia pescado *de gratis*, vamos al decir: despues armó camorra al pescadero: despues él, para convencerla de que no tenia razon, le pegó unas cuantas palizas: despues dejó de verla por completo: y despues ella, loca de celos y sin esperanza de mejoría, se ha echado al cuerpo una caja de cerillas.

—¡Oh santa moralidad! Dí las gracias: saqué el periódico y volví á leer.

«Anoche recibieron los señores de Pelufro á sus numerosos amigos, que pasaron una velada deliciosa. La hechicera señorita de Gomez cantó magistralmente el valz de la sombra, de *Dinorah;* los simpáticos Lopez y Perez bordaron el duo de los *Puritanos;* los inspirados Martinez y Fernandez leyeron bellísimas poesías; la señora de Pelufro hizo los honores de la casa con la inimitable distincion que en ella es natural, y su marido tuvo en constante embeleso al sexo fuerte, derrochando ocurrencias chispeantes é ingeniosas dignas de ser coleccionadas en un libro.»

Guardé de nuevo el periódico y fuí á ver á un amigo mio, que se pasa los dias haciendo gimnasia y las noches en casa de Pelufro.

—¿Dónde estuviste anoche? le pregunté.

—En el purgatorio.

—Creí que de tertulia.

—Eso he querido decir: estuve en casa de Pelufro.

—Ya sé que una jóven hechicera cantó allí el valz de la sombra, de *Dinorah*.

—Querrás decir que una caña de pescar con faldas y con una voz de chota constipada, profanó la música de Meyerbeer.

—Tambien sé que los simpáticos Perez y Lopez bordaron el duo de los *Puritanos*.

—Puede ser; pero yo entendí que esos individuos, que por cierto son muy antipáticos, habian parodiado una pelea de gatos y perros.

—¿Y no leyeron bellísimas poesías los inspirados Fernandez y Martinez?

—Te diré: son dos jóvenes muy celebrados por sus respectivas familias. Miéntras leyó el primero, todos conveníamos en que el segundo tiene más talento; y cuando leyó el segundo todos sospechamos que tiene más talento el primero.

—Confiesa al ménos que la mujer de Pelufro estuvo inimitable haciendo los honores.

—¡Inimitable!.... ¡inimitable!.... No hablemos de eso. Toda la noche la pasó charlando con un sietemesino, y yo les cogí al vuelo algunas palabras que ya! ya!....

—¿Y Pelufro? ¿Negarás que tuvo ocurrencias felicísimas?

—No te negaré que tuvo la feliz ocurrencia de estar callado durante quince minutos. Fueron los únicos en que no dijo inconveniencias ó majaderías.

—¿Hubo dulces y helados?

—¡Quiá, hombre, quiá! Hubo un botijo con agua, una bandeja con azucarillos rancios y bizcochos de coletilla duros como suelas de zapatos, y aquí concluye la presente historia.

—*¡Vanitas vanitatum!* dije, y me despedí del gimnasta.

Saqué de nuevo el periódico y leí este otro suelto:

—«Hoy se celebran funerales en la iglesia de San Luis por el eterno descanso de una persona caritativa que fundó y dotó una porcion de escuelas y hospitales y empleó toda su hacienda y toda su vida en practicar la hermosa máxima de Jesucristo que nos enseña á amar al prójimo como á nosotros mismos.»

—Vamos á San Luis, me dije.

Llegué persuadido de que seria difícil entrar en el templo, donde esperaba ver mucho clero, un suntuoso catafalco en el centro de la nave, los muros revestidos de colgaduras de terciopelo y oro, una orquesta de primer órden y unos cantantes dignos de la orquesta, una infinidad de velas y blandones encendidos, grandísima concurrencia y una atmósfera rarificada por tanta luz y tanta gente.

Cuando estuve en la iglesia pude convencerme de que allí no habia más que la menor cantidad posible de clero, de túmulo y de luces; que la música estaba representada por un fagot, el canto por un sochantre y la concurrencia por una vieja, que dormia al pié del púlpito, y un enlutado que se presidia á sí mismo en el sitio destinado al duelo.

Dudando de mis ojos, le pregunté á un monago:

—¿Son estos los funerales del que hizo beneficios á manos llenas?

—Sí, señor, contestó: como ya no puede hacer nada por nadie, nadie pierde el tiempo en honrar su memoria.

—¡Oh divina gratitud!... murmuré; y despues de rezar por el muerto salí de la iglesia.

III

Señor don N. N.—Mi estimado amigo: ahí va el artículo que desea. Como sus verdaderos autores son una mujer del pueblo, un gimnasta y un monago, personas sencillas é iliteratas, que no tienen el feo vicio de escribir, nadie pondrá en duda su originalidad. Como se refiere á tres hechos del dia, su actualidad es innegable. Y como los que sepan leer quedarán convencidos de que la liviandad, la vanidad y la ingratitud no producen nada bueno, usted convendrá conmigo en que el moralista más meticuloso se veria apuradillo si se propusiera hincarle el diente.—Suyo afectísimo.—X.

PEDRO MARÍA BARRERA

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

III Y ÚLTIMO

Antes de pasar adelante, conviene hacer resúmen de lo expuesto, y reunir bajo un solo golpe de vista, y á modo de panorama, las creencias filosóficas que la historia nos ha transmitido acerca del mundo exterior, y el concepto de la sustancia material.

En la India se creia en la COMPOSICION de la materia: cinco elementos *(panchatohuan)*, tierra, agua, fuego, aire y éter constituian el universo. Los griegos de la Escuela de Empédocles aceptaban solamente los cuatro primeros, y los aristotélicos los mismos cinco de la India. Los alquimistas generalmente admitian siete; agua, aire, tierra, fuego, mercurio, azufre y sal; y, aparte de sus confusas ideas sobre la transmutacion, consideraban á los metales, como *compuestos* de oro y de impurezas; si bien diferian en cuanto á su composicion: Alberto Magno los juzgaba formados de azufre y de mercurio, mezclados con impurezas en proporciones diferentes: Arnoldo de Villa Nova los estimaba constituidos únicamente de mercurio: Paracelso, de sal, azufre y mercurio; y Geber, áun considerándolos compuestos, no creia en la posibilidad de convertir en oro los metales bajos.

Prescindiendo, pues, de diferencias, todos estos sistemas históricos convienen en dos caractéres:

Creencia en la Realidad de la materia;

Creencia en su composicion.

Frente á estos, nos ofrece la historia los sistemas que hacen á fuerzas primarias é invisibles, animadas de energía viviente, la sustancia primaria y original de todas las cosas. Ni el agua de Tháles, ni el aire de Anaximénes y Diógenes, ni el fuego de Heráclito, eran lo esencial en los fenómenos del mundo; sino una vida universal y absoluta, causa de todas las manifestaciones externas. Los *mónadas* ó fuerzas de Leibnitz, vienen á ser lo mismo; y, con lógica rigorosa, pudo decir Boscovich, extremando tales teorías, que la materia es un sistema de fuerzas solamente.

Estas doctrinas, en rigor, no son materialistas:

En ellas la materia no es lo esencial;

Lo son las fuerzas.

De diaria experiencia es el hecho de que en los sueños y en las alucinaciones, con ocasion de estímulos puramente internos, creamos personajes y sucesos á que en la vigilia no concedemos objetividad, porque las combinaciones de tales acontecimientos difieren de la marcha normal de los que atribuimos á la realidad de la naturaleza. En la vigilia misma, el autor dramático ve personajes y acciones que jamás han existido, y que los mejores actores no pueden nunca realizar: el ingeniero inventa máquinas y movimientos que no se encuentran en la naturaleza, y que luégo no pueden igualar las artes técnicas: y de aquí, el considerar á lo real como producto de lo ideal; ya como objetivizacion de arquetipos á que se ajusta nuestra inteligencia, reminiscencia acaso de existencia anterior, segun Platon queria; ya como derivacion del yo, segun enseñaba Fichte.

De aquí á negar en absoluto toda existencia material, como los Berkelianos, no média sino un peldaño muy somero.

Por último, es de creencia universal que existe un mundo exterior; y es, además, de creencia científica que lo que pasa en el exterior no es lo que ocurre en nuestro interior: que al cuerpo que me lastima nada le duele: que el objeto que me hace oir, no oye; que el que me hace ver no ve, etc.; y de ahí, un filosofismo de indiferencia, que ni niega ni afirma la existencia de un mundo material.

Dados estos antecedentes históricos y precedentes científicos,

¿QUÉ ES, PUES, LA MATERIA?

La mayoría de los sabios rehuye toda contestacion categórica; y los que no la esquivan parten del POSTULADO de la existencia real del mundo.

Y dicen: «Materia es el nombre que damos á lo que no es nuestro entendimiento.»

A primera vista parece que esta definicion implica antítesis entre entendimiento y materia; pero los que la formulan, queriendo contentar tanto á idealistas como á materialistas, cuidan de agregar: «Si no es material el principio del entendimiento, entónces la definicion es procedente.» Y tambien ladefinicion se bsistirá, si se considera al entendimiento como un modo especial de ser de la materia; porque, entónces, la definicion viene á ser convertible en la siguiente: «Materia es el nombre dado, en todas sus manifestaciones, á la sustancia que constituye el universo, exceptuando sólo aquella especial manifestacion suya, que denominamos entendimiento.»

Tres aspectos, pues, ofrecen las disquisiciones relativas á la sustancialidad de la materia:

Por una parte, es de creencia universal que á nuestras afecciones sensibles en el estado de vigilia corresponde algo en el exterior, si bien ignoramos lo que quiera que ello pueda ser, y sólo le concedemos los atributos de RESISTENCIA y EXTENSION:

Por otro lado, respetable número de pensadores supone que la materia no es lo que nos parece, sino un sistema especial de fuerzas inmateriales;

Y, últimamente, filósofos de valía no ven en lo que llamamos materia más que puras objetivizaciones del humano entendimiento.

¿Cuál es, por consiguiente, el oscuro fondo científico en el GRAN PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD?

¿La certeza?

¡Oh! No.

LA CONJETURA.

El sentido comun dice: «La materia existe, aunque no sé lo que ES EN SÍ, pues ciertamente no es lo que de ella me figuro.»

Y el idealismo contesta: «Esa figuracion evidentemente es ideal: pues tambien lo es la creencia de que á esa figuracion corresponde algo con existencia real en el mundo exterior.»

Ahora bien: si éste, en general, es el estado de la gran cuestion respecto á sus criterios de credibilidad, ¿qué valor podrá atribuirse á la doctrina de la unidad de la materia, á que hoy se inclinan los físicos? ¿Qué es esa teoría en sí?

Verdaderamente CONJETURAS SOBRE CONJETURAS.

Pero hay en ella tan profunda sagacidad, y corresponde tan perfectamente al actual estado de las ciencias físicas, que tiene cautivado el universal asentimiento, si bien conservando siempre su carácter de EMINENTEMENTE CONJETURAL: que la ciencia moderna, por vez primera en este siglo grandioso, ha dejado de sentir vergüenza cuando se ve obligada á decir:«Creo, pero interinamente, y hasta ver hipótesis mejor.»

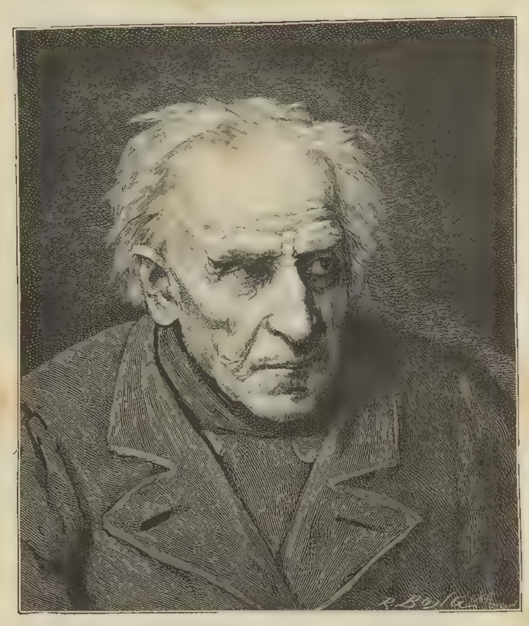
Admitida, pues, como POSTULADO la existencia real de la materia; es decir, suponiendo que las afecciones de los sentidos son CORRELATIVAS DE ALGO ignoto existente positivamente en el exterior, y del que sólo tenemos la idea de ser el SUBSTRATUM de donde proceden todas nuestras excitaciones sensibles, el entendimiento, LEGITIMAMENTE ENTÓNCES, levanta, con arreglo á las leyes psicológicas de la razon humana, un edificio conjetural de tan grande importancia dialéctica, que hace olvidar casi su carencia de base crítica áun al más prevenido en contra, y seduce, con tanta más persuasion, cuanto que, por un lado, satisface nuestras científicas ánsias intelectuales de unidad y simplicidad; y, por otro lado, corresponde á nuestras más íntimas y arraigadas creencias en la existencia del mundo (prescindiendo completamente de que tales creencias deriven, bien de ilusiones del entendimiento, ó bien de realidad efectiva de un SUBSTRATUM exterior).

La idea, pues, de unidad de sustancia cósmica viene, en general, imponiéndose á los físicos desde los tiempos primitivos de la filosofía, y, con especialidad, desde los siglos XVII y XVIII. Los óxidos metálicos, tenidos por cuerpos simples, aparecen al fin, en manos de Lavoisier, como compuestos de oxígeno y metal, y el agua, como combinacion de hidrógeno y oxígeno. Las ideas de ácido, de base y de sal toman desde entónces una significacion enteramente nueva. Siguen todavía considerándose como cuerpos simples la sosa, la barita, la estronciana, la cal, la magnesia, la sílice, la alúmina....; pero Davy y sus continuadores descomponen esos cuerpos por medio de la electricidad. Prout encuentra que los pesos atómicos de los llamados cuerpos simples son múltiplos del peso atómico del hidrógeno; y, naturalmente, se esparce la creencia de que todos los simples están constituidos por hidrógeno: químicos ilustres demuestran después que la ley de Prout no es general; pero el gran Dumás observa que los cuerpos simples tienen un peso atómico múltiplo, no del hidrógeno ciertamente, pero sí de un cierto elemento desconocido hasta aquí, y cuyo equivalente seria la mitad del del hidrógeno; en cuyo caso todos los cuerpos podrian resultar múltiplos de ese cuerpo misterioso, no descubierto aún. Por otra parte, las más distintas propiedades de los cuerpos no prueban diversidad de sustancia, sino diversidad de estado: el fósforo en su forma comun es altamente venenoso; en su estado amorfo, sin dejar de ser fósforo, es enteramente inofensivo: el diamante es carbon: el ozono es oxígeno: el espato calizo y la aragonita tienen la misma composicion...... etc.

El fuego de los antiguos y el calor de los modernos deja en nuestros dias de ser el elemento archisutil de Heráclito, y ni áun siquiera es ya considerado como sustancia material, sino como un modo especial de movimiento. En fin, todos los cuerpos se nos aparecen como dotados de extension, movilidad, inercia.....; y la gravedad obra en el vacío con igual intensidad sobre todos los cuerpos; pues no hay ninguno que se sustraiga á la gran ley de Newton.....; luego ¡induccion altamente natural! LA MATERIA ES UNA.

El P. Secchi, (autor del notable libro *Unidad de las fuerzas físicas*) en virtud de profundos estudios sobre la luz y la electricidad, mira como infinitamente probable que el éter no sea más que la materia misma en su máximo grado de tenuidad; es decir, en ese estado de rareidad extrema á que se ha dado el nombre de estado atómico; y, por consiguiente, los cuerpos pueden, en realidad, no ser más que aglomerados de esa misma sustancia etérea. (Verdad es, que el propio P. Secchi conviene luégo en que semejante induccion no tiene carácter de ineludiblemente necesaria.)

Cuando, al descubrir que eran *compuestos* tantas sustancias tenidas por elementales (todos los óxidos, la sosa, la barita, la cal, la magnesia, la sílice, la estronciana...), se encontraban los físicos más y más inclinados á creer que el número de los cuerpos hoy mirados como simples debia seguir disminuyendo cada dia, por continuar demostrándose su composicion; de repente los alemanes Bunsen y Kirchhoff anuncian el espectroscopio (admirable y sencillísimo instrumento de análisis), y nuevos cuerpos simples empiezan á aparecer: el *cesio*, el *rubidio*.... «Indudablemente aparecerán más, andando el tiempo», claman entónces los incrédulos en la doctrina de la unidad de la materia; y, efectivamente, el mismo análisis espectral hace pronto descubrir el *talio* y el *indio*..... «No hay, pues, agregan entónces, necesidad *absoluta* que se



CODICIA, cabeza de estudio por Ferain

oponga á la existencia de dos ó de muchas especies de materia; una constitutiva del éter; y otra ú otras integrantes de los cuerpos ponderales».

Pero hé aquí que Lockyer, durante años y años compara esmeradamente con el espectro solar y los de otros varios celestes luminares, los espectros de los cuerpos simples terrestres (hoy se cuentan 65; quizá sólo sean 64) sometiéndolos á condiciones las más variadas de presion y de temperatura en medios diferentes; y, apoyándose en 100,000 experimentos ¡portento de laboriosidad! duda de la simplicidad de esos 65 elementos, y considera á todos los cuerpos como meras modificaciones alotrópicas del hidrógeno. Y, fundado en tan considerable experimentacion, juzga que, á pesar de los multiformes aspectos del mundo en que vivimos, no hay más que una sola materia elemental; cuyo principio simple se nos presenta en la forma primaria del hidrógeno; del cual están luégo compuestas todas las sustancias catalogadas como SIMPLES en los libros de la química.

Y, en efecto, para Lockyer, todos los cuerpos tenidos por simples se disocian á altas temperaturas, y en diferentes medios y especiales grados de presion; y, así, el fósforo, el sodio, el potasio, el magnesio, el indio, el litio... dejan ver, al cabo, el espectro del hidrógeno.

La gran fama de Lockyer y su reconocidísima competencia como hábil experimentador, dieron desde luégo á sus brillantes inducciones solemne autoridad; pero físicos no ménos eminentes, Roscoe, Williamson, Frankland, Gladstone..... ponen en duda las indicadas inducciones, opinando que todos los 100,000 experimentos sólo prueban la presencia de impurezas (?) en los cuerpos simples que Lockyer, sin razon bastante, consideró como químicamente puros.

Hé aquí, á grandísimos rasgos, la cuestion considerada bajo su aspecto *puramente experimental*. Nada decisivo. Conjetural todo. Una induccion grandiosa de imponente y simpática probabilidad.

Se le ha echado en cara que esta hipótesis resucita los alquímicos sueños de la transmutacion de los metales viles en metales nobles, á virtud de hábiles manipulaciones de laboratorio.

Pero, áun cuando sustancias al parecer tan desemejantes como el calcio, el litio, el hierro y el hidrógeno... no fueran fundamentalmente cuerpos distintos, sino meramente aspectos diversos de una misma base, como Lockyer se cree autorizado para deducir de sus numerosas pero censuradas observaciones; y, áun cuando, en general, fuese UNA ESENCIALMENTE toda la materia (ya hidrógeno, ya otro elemento no conocido aún, ni acaso sospechado siquiera), sin embargo, la existencia de formas tan estables como el oxígeno, el hierro, el plomo, el oro....., siempre implicaria larguísimos procesos de seleccion natural, durante un pasado remoto é incalculable, bajo el influjo de agencias dormidas en la actualidad, y en circunstancias cuya artificial repeticion es, hoy por hoy, de improbabilidad inmensa, y de las cuales no tenemos ni la más vaga nocion. ¿Podemos hoy transformar las zebras en caballos? Aunque fueran, pues, estados alotrópicos de una misma sustancia el plomo y la plata, llegados hoy á su actual organizacion en virtud de largos procedimientos cósmicos, nuestra probabilidad de transmutar la una en el otro, seria quizá poco menor que la imposibilidad absoluta; y el costo muy superior acaso al de buscar directamente el precioso metal en las entrañas de la tierra.

Acusados de no concluyentes los experimentos de Lockyer, podria pensarse que habia recibido la doctrina de la UNIDAD DE LA MATERIA un golpe de muerte. Pues nó. Como se supone á las moléculas de los cuerpos animadas de movimientos incesantes de traslacion, vibracion ó rotacion; como se cree que el calor es un modo especial de movimiento; como el calor se convierte en luz, electricidad, afinidad química, etc.; como hoy priva el sistema de la unidad de las fuerzas físicas..., el sistema de la unidad de la materia se levanta de nuevo vigoroso; pero en esta flamante forma:

Los 65 cuerpos que aparecen como simples, resultan así experimentalmente, porque, hasta ahora, la química no ha podido descomponerlos;

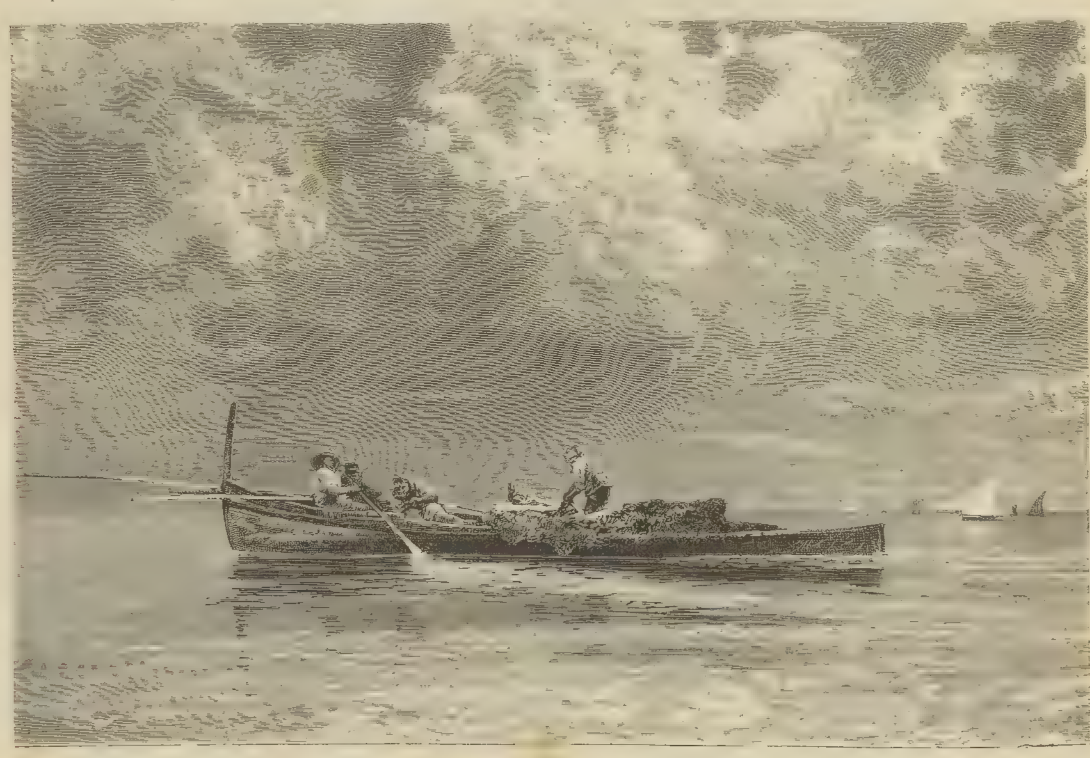
Todos son una misma y única sustancia (no hidrógeno precisamente ni ningun otro cuerpo conocido);

Y lo que se nos figura diversidad de los cuerpos, no es más que la percepcion de la diversidad de los movimientos de que están animados los grupos atómicos formados por las partes elementales y simplicísimas de la sustancia exterior. UNA Y UNIVERSAL.

En resúmen: el último aspecto de la cuestion es el siguiente:

Existe la materia;
La materia es una;
Está constituida por moléculas ó átomos simplicísimos;
Estas moléculas pueden agruparse diferentemente;
Son susceptibles de diferentes movimientos;
No percibimos la materia universal;
Pero sentimos la accion de su diversidad de agrupaciones y de movimientos;
Y creemos, por ilusion, que esa diversidad de distribuciones y de dinamismos es multiplicidad de sustancias diferentes.

E. BENOT.



MARINA, cuadro por Eduardo Dalbono

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 30 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 70

UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—ASUNTO PARA UN DRAMA, por don Eduardo de Palacio.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *Poder motriz del sol*, por don José Rodriguez Mourelo.

GRABADOS.—UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann. —EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl.—EL MODELO, dibujo por A. Fabrés.—LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi.—LOS TRES CONJURADOS, dibujo por G. Sus.—ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber.—Lámina suelta: LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA, cuadro por Pedro Aldi.

REVISTA DE MADRID

¡Nuestro albañil de cada dia!...—Indiferencia humana.—Propósitos olvidados.—Mision de la prensa.—El azar y las construcciones. —Paradoja sobre el alquiler de las casas.—Mesonero Romanos y la calle del Olivo.—Los revendedores.—Ingenio desplegado.—Cigarrillos de contrabando.—El enviado del rey de Siam.—¡Es un letrado!

Continúa la lluvia de albañiles. Es ya una cosa infalible como el santo del dia ó la cotizacion de la bolsa. No darian una vuelta cumplida en su esfera las manecillas que señalan las horas en los cronómetros sin que en el tiempo de su revolucion se desprendiera algun albañil de su elevado *taller del trabajo*.

En mi pasada revista apuntaba algunos sucesos de esta naturaleza; hoy tengo otros, novísimos, de igual clase, y temo que si no doy de mano á la narracion de desgracias semejantes, mi trabajo semanal podrá llegar á reducirse á lo siguiente:

«Decíamos ayer... ¡Caida de albañiles! Id.... id.... id...»

Pero necesito consignar una vez más la terrible indiferencia con que las personas que se hallan en disposicion de poner algun remedio á tales acontecimientos acogen esas catástrofes de albañilería.

Hubo un tiempo en que la prensa levantó la voz á favor de los pobres albañiles. Pidióse la instalacion de redes ó la construccion de vallas en los andamios; creció el interés por los obreros que construyen las viviendas en que desarrollamos nuestra vida; las autoridades parecieron estar de acuerdo con la opinion pública, y no faltó alguna de esas personas, aficionadas á decir chistes aunque resulten sangrientos, que dijese:

—¡Vamos á crear para los albañiles una situacion tan cómoda que hasta los banqueros podrán dedicarse por pura aficion á recorrer los andamiajes!

***

Todo aquello se olvidó. Las redes y las vallas quedaron en proyecto, y los albañiles siguen siendo escupidos de las obras en construccion como una plancha candente escupe la saliva.

Lo ménos cuatro ó cinco trabajadores se han caido de los andamios desde mi anterior revista. Los periódicos anuncian el suceso sin comentarios. Quizá lo consideran inútil en vista del poco caso que se ha hecho á sus reclamaciones de otro tiempo; pero si la prensa no sirve para ir reclamando reformas útiles, incansablemente, un dia y otro dia hasta que llegue el triunfo definitivo, confieso que no sé para qué sirven los periódicos. Hay algo más importante que derribar ministerios, y ese algo consiste en velar constantemente por la prosperidad del individuo y en reñir con teson crudas batallas en contra de las iniquidades y de los abusos.

Cuando yo veo ahora flotar en una casa cuya construccion está terminada la triunfal bandera anunciando que no ha ocurrido en ella desgracia alguna, me descubro reverentemente ante la diosa Casualidad que no ha devorado ninguna vida humana.

Entónces pienso:

—A pesar de que los hombres no han puesto nada de su parte á fin de evitar las desgracias de sus semejantes, el azar ha sostenido con mano benéfica las cuerdas y los tablones de esta fábrica. La suerte no es siempre mala. Algunas veces se disfraza de hada bienhechora.

Si esto sigue así, los propietarios de las casas llegarán hasta á dar tanta mayor importancia á sus fincas cuanto más grande sea el número de los hombres que se han caido de ellas. Es un gran elogio por ejemplo, para una corrida de toros el decir:

—Hubo varias cogidas.

Pues lo mismo sucederá con las casas.

Irá un individuo á tratar con el casero sobre el precio de una habitacion. Y dirá aquel:

—Vale tanto ó cuanto.

—¡Me parece muy caro!

—¡Oh! no lo creerá usted así cuando sepa que esta casa es muy sólida. Ha tenido grandes trabajos.... Figúrese usted.... ¡Se cayeron de ella cuatro albañiles!

***

Una de las casas que más tono se han dado estos dias es la señalada con el número 6 de la calle del Olivo. ¡Digo mal! debí haber dicho de la cesante calle del Olivo. ¡Porque ya no existe la citada calle! Hoy las lápidas ostentan esta inscripcion:

CALLE DE MESONERO ROMANOS.

Nació en el n.° 6 el inolvidable hijo de Madrid que amaba á su capital como Cuasimodo amaba las campanas y las torres de la catedral de Paris.

Mesonero Romanos era una personificacion viviente del Madrid de otros dias. Nadie como él ha conocido los rincones y los misterios de esta poblacion; y en medio de las modernas construcciones que se levantan á cada paso en las calles de Madrid, y de los barrios novísimos que se han añadido á la vieja capital—como adornos de flores ó de plumas que renuevan el sombrero de una dama —por entre el polvo de los derribos, paseaba todavía un año ha el antiguo cronista de Madrid, siendo una de las más monumentales y venerables ruinas de la coronada Villa.

Todo el mundo veía pasar á Mesonero Romanos con religioso respeto.

Los viejos decian:

—Ahí va el correcto escritor.... el ameno intérprete de las *Escenas Matritenses*. ¡Cómo se conserva! Parece mentira que ese hombre haya presenciado los acontecimientos de principios de este siglo!

Y los jóvenes le saludaban con admiracion y simpatía, diciendo:

—Es verdad.—Todos los sucesos pasados, ó gran parte de ellos los he leido en las *Memorias de un setenton* escritas con tal frescura y tanta brillantez de estilo que más bien que la obra de un hombre de setenta años parece la de un escritor que apénas ha pasado de los treinta.

En efecto, Mesonero Romanos se distinguió por estas raras cualidades: su imaginacion no cesó de producir flores hasta el instante de la muerte y la fuerza de su raciocinio se mantuvo inalterable hasta la hora de bajar al sepulcro.

El dia 30 de este mes hará un año que falleció; y por esto el Ayuntamiento de Madrid ha dispuesto dedicar á su memoria el nombre de la calle que antes se llamó del *Olivo*.

***

Desgraciadamente no hay cosa que tanto subsista como el nombre de una calle. Es cuestion de historia, de costumbres, de relaciones de la vida, de asociacion de ideas, y no es fácil borrar por un solo acto de voluntad concejil las particularidades que van unidas á un nombre. Es honroso el pensamiento de prolongar la memoria de un personaje ilustre por medio de lápidas puestas en las esquinas de una calle; pero es difícil que el nombre moderno de una calle sustituya al antiguo. Nadie dirá en lo sucesivo: *Calle de Mesonero Romanos*. Todo el mundo ó por lo ménos la generalidad de las gentes seguirán designando la calle con el nombre de *Olivo*.

Lo mejor hubiera sido, en mi opinion, bautizar alguna de las calles nuevas con el nombre de *Mesonero Romanos;* y si habia empeño (muy digno sin duda alguna) en distinguir la casa donde nació el cronista madrileño, púdose encargar que se colocara en la fachada del n.° 6 una lápida conmemorativa del suceso y de la fecha del natalicio.

¡No está bien que para hacer tomar notoriedad á Mesonero Romanos el Ayuntamiento de Madrid le haya hecho tomar el *Olivo!*

***

Los revendedores de billetes para las corridas de toros andan incansablemente perseguidos por la diligencia del gobernador de Madrid Sr. Conde de Xiquena.

Los transgresores de los preceptos de la autoridad desarrollan toda la fuerza de su ingenio para burlar la vigilancia de los agentes.

Pero todas sus tretas resultan ineficaces. No hay astucia que valga contra el celo y la perseverancia de la primera autoridad de la provincia.

Esta semana han sido detenidos varios revendedores. La semana anterior se habia echado ya mano á otros tantos. Es probable que la semana que viene sean capturados algunos individuos más por incurrir en el mismo delito.

La autoridad y los revendedores parecen decir:

¡A ver quién se cansará ántes!

Y el público asiste á esta verdadera lucha con curiosidad casi siempre y con interés muchas veces.

Explicaré eso del interés, porque no quiero que se me tome por enunciador de ideas subversivas.

En primer lugar, yo no voy nunca á los Toros.

En segundo lugar, no he dado en mi vida á ganar un céntimo á los revendedores.

De modo que yo los suprimí mucho ántes de que la autoridad los suprimiera.

Pero sucede con los revendedores lo que ocurre con los tranvías. Todo el mundo clama porque se admiten en ellos más personas que las reglamentarias, y todo el mundo tambien desea hacerse un hueco en la plataforma por llena que vaya cuando no se ha podido llegar á tiempo ántes de que se llenara.

Yo he oido á muchos que se han quedado sin ir á los toros por falta de billete:

—¡Si hubiese revendedores no me quedaria sin ver la corrida!

Y quizá esos mismos habian dicho en más de una ocasion:

—¡Oh!... ¡esos revendedores! ¡Qué escándalo! ¡No sé cómo esto se permite!

Es digna de ser mencionada la manera con que algunos revendedores repartian el domingo pasado, segun me han dicho, su fraudulenta mercancía.

El revendedor tiene un golpe de vista especial y conoce en seguida al individuo que anda en busca de un billete.

Pues bien, el revendedor se aproximaba á aquel sujeto, sacaba la petaca y decia:

—¿V. fuma?—Tome V. un cigarro, caballero; pero no lo encienda V. Ahí va el billete.

Efectivamente; liado dentro del papelillo de fumar se encontraba aquella especie de grada nicotina ó tendido-astrea.

Esto es, un billete ... de *Ingenio*.

***

El reino de Siam nos ha mandado un embajador.

Antes que por la rareza de su nombre, lo he sabido por una tienda de abanicos japoneses y por un juego de tazas de China.

Las calles de Madrid se han inundado de luz y de color al paso del enviado de Siam cuando iba á Palacio instalado en una carroza régia.

—¿Qué es el reino de Siam?—me preguntó una señora.

Y no hallé mejor contestacion que esta:

—Es un país en que hay batallones de mujeres para montar la guardia del rey.

Esto es una verdad tan grande como el elefante blanco que en aquellos orientales países se venera.

El traje del embajador llamó la atencion por su originalidad...

¡Ah! ¡si supiéramos lo que él piensa en su interior de nuestros sombreros de copa y de los ridículos faldones de nuestros fraques!

—¿Será inteligente y sabio ese señor?—pegunté uno.

Y luégo, al saber el nombre tan largo y enrevesado que llevaba, añadió:

—Su nombre tiene muchas letras... Si; no hay duda. ¡Es un letrado!

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de abril de 1883

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO

Boito revindicado.—Opera cómica. LAKMÉ.—La Sarah Bernhardt en su taller —*Le Pavé de Paris*.—La Exposicion japonesa retrospectiva.—Recepcion en la Academia.

Lo que pasó con el *Mefistófeles* de Boito en la fiesta de la Opera ha causado indignacion general. Como decia en mi primer artículo, en Paris no pasa lo que en otras capitales en que la confabulacion de unos cuantos padres graves puede atajar el paso al genio. A Boito se le representó un terceto, que forma parte de un conjunto, sin antecedentes ni consiguientes, completamente despegado y en parangon con uno de los mejores trozos del *Faust* de Gounod, con la sana intencion de desprestigiarle ante el público de Paris, y á fin de que éste no quisiera luégo ni tan sólo oir hablar de la ópera del maestro italiano. Pues les ha salido al revés á los que tal se propusieron.

Varios han sido los críticos que han protestado; muchas las reclamaciones que se han hecho; y algunos de los maestros más distinguidos de ésta, acusan al Sanhedrin de la Opera de estancar la música nacional, so pretexto de proteccion. El arte ha sido y será siempre esencialmente librecambista. La manera de proteger el arte de una nacion es premiando lo bueno, sí, prestándole el auxilio que necesite para darse á luz, pero dejando que lo bueno se ostente en medio de la concurrencia universal. De lo contrario el arte degenera en manera, y en habilidad de procedimiento. A consecuencia de estas ideas emitidas por la prensa séria, se habla ya de la constitucion de un *teatro de la Opera popular*, donde tendrán cabida las obras de todos los maestros y donde las representarán los artistas más notables, pertenezcan unos y otros al país que se quiera.

Ha contribuido no poco á esto la negativa que ha dado Verdi al director de la Opera, de cederle para el estreno su última obra, á pesar de las reiteradas instancias de éste.

***

El acontecimiento musical de la quincena es el estreno de la obra de Leo Delibes, *Lakmé*, en el teatro de *l'Opera comique*.

La accion pasa en la India inglesa. *Lakmé* es una sacerdotisa de Durga, diosa compañera de Siva, la cual vive con su padre en un retiro sagrado, cuyo retiro es profanado en un momento de curiosidad por un oficial inglés. Ella se enamora del jóven militar, miéntras que el padre, Brahman fanático, quiere vengar el ultraje que se ha hecho á la divinidad. Para castigar al sacrílego, recorre las plazas de las ciudades del Indostan, vestido de fakir y acompañado de *Lakmé*, la cual entona cantos populares, hasta que el viejo encuentra al oficial y le asesta una puñalada. Escápase el Brahman, pero la jóven se queda á prodigar los primeros auxilios al que ama. Le traslada al interior de un bosque con la ayuda de un indio amigo, y allí lo curan completamente, pero la desgracia quiere que en el momento en que el oficial, agradecido, se prepara á casarse, al estilo indio, con la jóven sacerdotisa, aparezca el regimiento de los guardias de S. M. Británica, y la ordenanza lo llame al deber; y á fuer de buen inglés, entre el amor y el deber opta por el segundo. La infeliz *Lakmé*, desesperada, se suicida comiéndose una hoja de *datura*.

Como se ve, el poema es sencillísimo y tiene un final parecido á otros. No obstante, está bien desarrollado. La música es inspirada y de mucho carácter. No se podia esperar ménos del autor de *Jean de Nivelle*. Sobresale más en lo dulce que en lo terrible, y tiene sobre todo mucho color local. Ha obtenido un éxito completo, éxito que creemos que ha de ser duradero.

Mlle. Van Zand ha interpretado el papel de *Lakmé* de una manera admirable.

***

Hemos tenido el gusto de visitar á la Sarah Bernhardt con objeto de adquirir de ella noticias acerca de una fiesta que se proyecta en el Trocadero, en la cual la notable artista va á representar una pantomima.

Estaba en su taller, que es hoy un verdadero palacio del arte. Tapices de Flandes; sillones de cuero de Córdoba y de Venecia; cobres repujados; mayólicas hispano-moriscas; porcelanas italianas; filigranas árabes; espadas, dagas, arcabuces, pedreñales, trípodes y verjas de hierro forjado, maravillas del arte de Toledo y de Ripoll; brocateles, alfombras del Turquestan y de Persia; relieves en madera, prodigios de tallistas flamencos y alemanes; cuadros de todas las escuelas, estatuas, bronces, jarrones, caballetes con bocetos, etc., etc.; todo esto en artístico desórden, y en la testera del taller una colosal chimenea, estilo del Renacimiento, con dos cariátides á lo Miguel Angel, y para colocar la leña unos morillos de hierro forjado formando caprichosos follajes. Encima de la chimenea está el célebre retrato de la Sarah pintado por Clairin. Un detalle curioso; el pupitre en que escribe la Sarah es un mueble japonés pequeñito, de contornos retorcidos. A uno de sus adornos está sujeta una larguísima y rizada pluma de avestruz, con la cual escribe la eminente artista.

Nos plugo infinito el que nos recibiera con toda franqueza en el momento en que estaba amasando barro para modelar el busto del hijo de Richepin.

Paris, aunque grande, tiene tambien su maledicencia que se ceba en las notabilidades; de la Sarah se ha dicho que no era ella la que hacia las esculturas, y como Paris irradia en el resto de Europa, no ha faltado quien repitiera esta version como por boca de ganso. Nada más falso. La Sarah abocеta admirablemente; luégo añade al boceto los necesarios detalles con una seguridad y un ajuste que muchos escultores le envidiarian, y lo que es más, modela y acaba con una suavidad y una delicadeza extremas. Cuando da por terminado un trabajo, resulta natural y sencillo, lo que consigue con esa facilidad difícil que en el arte alcanzan sólo las inteligencias privilegiadas. Amigos particulares, y admiradores de la Sarah Bernhardt, nos hacemos un deber en consignarlo así, y no sin fundamento, sino despues de haberlo visto con nuestros propios ojos.

***

Le pavé de Paris es un drama espeluznante que se ha estrenado en la *Porte Saint Martin*, teatro que hoy pertenece á Sarah Bernhardt, la cual, dicho sea de paso, ya tiene tres.

El drama, segun nos dijo ella el otro dia, estaba ya á punto de estrenarse cuando compró el teatro, sin lo cual no se le hubiera ocurrido la idea de ponerlo en escena. El argumento es muy sencillo. Unos campesinos cuidan de una niña hija de una señora de gran fortuna. Estalla la guerra; de resultas de un combate en el lugar mueren los pobres aldeanos y la niña queda herida, pero la salva en brazos un jóven alférez francés; la desgracia, sin embargo, hace que caiga prisionero de los prusianos, y este sensible contratiempo le separa de su protegida. Un noble tronado y perverso, el cual debe heredar la hacienda de la niña en el caso de faltar ésta, se vale de gente de la peor calaña para hacerla desaparecer. Han trascurrido ya trece años desde la conclusion de la guerra cuando los asesinos están á punto de dar cuenta de la infeliz criatura, pero por una casualidad (sin la cual no habria drama) son descubiertos, tienen que apelar á la fuga, y unos son reducidos á prision miéntras otro se suicida. El ex-alferéz, ya capitan de la Guardia republicana, es el que ha salvado por segunda vez á la víctima. Esta reconoce á su madre, tambien por otra casualidad, y se encuentra millonaria. Entónces ofrece su mano á su salvador en premio de sus desvelos, y éste encuéntrase esposo de una jóven bella y dueño de una fortuna colosal, cuando ménos lo esperaba. Esto que parece el argumento, no es más que el pretexto para hacer salir á la escena, un tren que pasa por debajo de las casas de Paris, la estacion de llegada de San Lázaro, con el inmenso trasbordo de viajeros y equipajes, y una casa entera que va subiendo, de modo que el espectador vea lo que pasa desde los tejados hasta los sótanos.

Este es el cuadro, y objeto principal del drama, á fin de presentar el crímen que se fragua en la buhardilla, su malogro, y la fuga de los asesinos que bajan, encuentran cerrada la puerta y salen por la alcantarilla, para subir á un tren en el momento en que pasa.

***

Otra de las novedades de la quincena, es, como dije en mi anterior revista, la Exposicion Japonesa retrospectiva. En ella puede verse cómo el Japon hoy dia ha perdido bastante de su carácter al contaminarse con Europa y al adoptar la civilizacion europea. Hay en dicha Exposicion prodigios de arte, y aún más de artificio; sobre todo en la manera de trabajar é incrustar los metales, y en la de embutir y de dar color al cuero. Esta industria llegó en el Japon á una altura sólo comparable con la que alcanzó en Córdoba durante el periodo árabe. Las caretas de madera de los histriones y de los cómicos, son tambien notabilísimas; aunque difiriendo en las expresiones, son análogas á las que se usaban en el antiguo teatro griego, y demuestran que el arte dramático en el Japon hace poco se encontraba en un período análogo al en que se representaban las obras de Aristófanes y Esquilo entre los helenos. El personaje que tenia buen carácter salia con una careta apacible; el malvado poníase una que hacia una mueca horrible; el gracioso llevaba la cara cubierta con un antifaz ridículo; y como la expresion era fija, cuando el personaje tenia que cambiar de sentimiento salia de la escena y se mudaba de careta, ó volvíase de espaldas y enseñaba al público la que traia al dorso.

Pues bien, esta es la altura del arte mimodramático en el Japon.

Por lo que ostentan los escaparates un observador atento verá en el arte japonés antiguo un arte malsano. Todo en él parece visto durante una pesadilla; las figuras son retorcidas, los vestidos abigarrados, las caras hacen muecas grotescas, las formas bestiales abundan; dragones imposibles campean por todas partes. En un escaparate hay un esqueleto abanicándose miéntras contempla una mujer que baila con un mono al són de una guitarra que toca un pescado: más allá hay una verja formada por ratones entrelazados por las colas. En otro lado descuella una estatua que hace que se crispen los nervios al contemplarla. Es una especie de viejo enano, de barbas retorcidas cual madejas, con la parte superior de la cabeza calva, doble más alta que el resto del cuerpo y terminando casi en punta como un pilon de azúcar. En su cúspide dos diminutos personajes bailan frenéticamente una especie de zapateado. En esas creaciones artísticas, que parecen concebidas por un Edgardo Pöe japonés, veo yo la influencia manifiesta del opio. No cabe duda de que al concebir tales obras, tenian sus autores las células cerebrales impregnadas de morfina. Hay una literatura alcohólica, que ha privado en el mundo moderno, hasta hace poco; Musset en sus últimos tiempos la representó. Ha habido una literatura anémica, que reinó con el romanticismo y que aún impera algo en España. Hoy dia en Paris se prodigan aplausos á un arte infecto de miasmas pútridos; ¡quién sabe si efecto de ciertos *microbos* análogos á los del tífus! El Japon tiene un arte mórfico. Hasta el arte tiene sus enfermedades. Por fortuna estas pasan y el arte queda.

***

En la Academia ha tenido lugar la recepcion del arzobispo *d'Autun*, habiendo contestado á su discurso, altamente literario, M. Camilo Rousset con otro no ménos notable.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann

Cuando se tiene la desgracia de que una piedra se meta entre el calcetin y la suela de las botas, hay que tomar sin falta la resolucion sensata del personaje de nuestro cuadro. ¡Con qué calma y con qué aplomo la está nuestro caminante ejecutando!.... Basta fijarse en esta operacion sin importancia para descifrar su carácter. Pero ¿qué es descifrar? ¿Acaso el carácter de ese anciano es algun enigma?.... Pues si en la cara se le trasparentan sus pasiones todas, es decir, su absoluta falta de pasiones. ¡Qué excelente esposo habrá hecho!.... Si tiene hijos ¡cuánto los habrá querido!.... Si tiene nietos ¡qué parte tan importante tomará en sus infantiles juegos!.... ¿Y todo esto, se nos dirá, descubrimos en ese hombre, por la simple impresion que nos causa su manera de sacarse una piedra de la bota? Sí señores, esto descubrimos: un movimiento involuntario revela muchas veces la condicion de un mortal. Ziermann ha querido indudablemente poner ante nuestros ojos el tipo del hombre de bien.

EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl

Decia San Agustin, que además de ser un santo era un gran filósofo, que si los egoistas conocieran las ventajas que trae consigo el ser hombre de bien, serian hombres de bien por egoismo.

Lo mismo decimos nosotros, sin ser filósofos y mucho ménos santos, respecto de los puros goces de familia; es decir, que si el hombre disipado, ó mejor dicho disipador, comprendiera la cuenta que trae, bajo todos conceptos, el goce de la familia y del hogar, seria hombre de su casa, hasta por refinamiento de placer.

Con efecto: ¿qué significan los goces materiales del mundo, comparados con la satisfaccion íntima que se experimenta en los tranquilos y honestos goces de la familia?

Dígase lo que se quiera, el hombre más sensual y materialista no puede ordenar á su corazon (nosotros creemos á su conciencia) que en el festin de la vida no acierte á presentir y aun á leer la mágica inscripcion que aguó la orgía de Baltasar. El placer deja de serlo casi del todo cuando no existe expansion: como el dolor, necesita desahogarse, distribuirse, compartirse con álguien; pero con álguien que viva en la comunidad de nuestros afectos puros, con álguien que no sea el mentido compañero del hijo pródigo; que se identifique con nuestros pesares y nuestras alegrías, sin que en el cielo de nuestras mutuas relaciones exista una sóla nube preñada de elementos tempestuosos.

El amor de familia, que del anciano al jóven es reflejo del amor de Dios al hombre y del jóven al anciano parece la adoracion del cielo por la tierra, es el único capaz de producir esas deliciosas escenas que inspiran al artista composiciones como la del *abuelo flautista*.

¡Dichoso aquél que comprende la importancia de ese tesoro, y que saturado de su preciosa esencia, precave de la atmósfera en que se agita el mundo profano el precioso frasco de oro en que se halla guardada!

EL MODELO, dibujo por A. Fabrés

Si es modelo, no es mal modelo.

Si es dibujo, es mejor dibujo.

Que haya hombres cuyo *modus vivendi* sea alquilarse como modelos, es cosa rara, dada la formalidad del hombre.

Cuando el modelo es *modela*, la rareza aumenta de punto, dada la innata modestia de la mujer.

Y sin embargo, el modelo de ambos sexos es indispensable para el arte.

Concedido.

Como el cadalso *dicen* que es indispensable á la sociedad; como *dicen* que fué indispensable abrir á un hombre *vivo* para descubrir el secreto de la circulacion de la sangre.

Hay necesidades cuya *necesidad* debe ser un secreto de la Providencia, que la humanidad explica segun su comodidad.

Ménos malas son estas necesidades cuando se utilizan, como hace Fabrés, para ejecutar obras sobresalientes de dibujo.

LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi

Este bonito grupo, presentado en una de las últimas exposiciones italianas, ha valido á su autor una de las recompensas otorgadas á los trabajos escultóricos más sobresalientes; lo cual no es de extrañar, pues consagrado este artista á reproducir en barro ó mármol asuntos de parecida índole, de los cuales ya hemos insertado otras copias en algunos de nuestros números anteriores, procura estudiar el natural con detenimiento, sorprende por decirlo así, á su modelo en la actitud que más artística le parece, y ayudado de su talento y su destreza en el manejo del cincel, acierta á modelar figuras tan expresivas y simpáticas como las de los pobres niños de nuestro grabado.

LOS TRES CONJURADOS, dibujo por G. Sus

La escena es cómica, pero está tratada con toda la formalidad de un asunto tenebroso.

Debajo de ese plumaje se nos figura que debe existir algun nihilista.

Son tres conspiradores disfrazados de polluelos.

La crueldad tomando, para mayor disimulo, las formas del miedo.

¡Pobre araña!....

—Tú te pondrás á nuestro alcance.....—parecen decir los conjurados.

Alguno de estos la saborea de antemano.

¡Goloso!....

Es decir ¡horrible!

Por fortuna, si á cada puerco le llega su San Martin, á cada ave de corral la llega su Navidad; y el polluelo, tarde ó temprano, dará cuenta á la cocinera implacable de su anterior conducta. Una cacerola candente vengará (desagraviará, diria un filántropo) á la ultrajada sociedad de las arañas.

ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber

El autor de este bien ejecutado dibujo ha figurado una escena de la famosa guerra de los *Treinta años*.

Esta guerra es una de las más trascendentales de la época que pudiéramos llamar moderna, pues establece un punto histórico divisorio entre la era feudal y la era de la emancipacion religiosa, iniciadora de casi todas las demás emancipaciones. Sostuvieron la lucha, de una parte las potencias protestantes de Alemania, Hungría y Bohemia, y de otra parte las potencias católicas y principalmente Austria. Empezó en 1618 y terminó treinta años despues, de cuyos treinta años de duracion toma nombre.

Aun cuando la razon de esa guerra parecia ser una querella religiosa, lo cierto es que á la sombra de esa bandera peleaban los protestantes por su igualdad civil y política con los católicos. Capitaneaban á los reformistas y á sus aliados, Anspach, general de los ejércitos de Federico el elector palatino, Gustavo Adolfo, rey de Suecia, Cristian IV, rey de Dinamarca, Oxenstiern, canciller del rey de Suecia; y acaudillaban á los católicos el famoso Wallenstein, general de los ejércitos del emperador de Austria, Tilly, célebre por su crueldad y fanatismo; Condé y Turena, los más temidos mariscales de Francia, instrumentos de la política de Richelieu en este punto.

Terminó la guerra, gracias á las armas francesas, el tratado de Westfalia, que cambió las circunscripciones territoriales de las naciones de Europa y las constituyó sobre nuevas bases. La Francia adquirió el monopolio de la política europea y además la Alsacia y otras poblaciones á orillas del Rhin; sostuvo la existencia política de los principados protestantes y hasta llegó á aumentarlos, garantizó á los reformados la libertad religiosa y la igualdad política y civil que fué causa de la guerra; declaró la independencia de las Provincias Unidas con respecto á España y al Imperio germánico, y tambien la independencia suiza con relacion al Austria.

Tal es el resúmen de aquella guerra, cuyo recuerdo ha inspirado á Rauber el dibujo que hemos reproducido, de impresion tan triste como el recuerdo de los hechos á que se refiere.



EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl



EL MODELO, dibujo á la pluma por A Fabrés

ULTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA
cuadro por Pedro Aldí.

Muchos son los pueblos que en el libro de oro de la historia han escrito la de su *último dia*.

A España quizás le cabe la gloria de haber dado el ejemplo, únicamente igualado en España mismo. La épica catástrofe de Numancia fué causa indudablemente del patriótico fin de Sagunto.

Siena, la ciudad italiana, tiene tambien su último dia, sus horas postreras.

Como Jerusalen, en los tiempos antiguos, como Gerona, en los tiempos modernos, fué asediada por un enemigo fuerte, cruel, implacable.

A la par de esas ciudades, luchó con heroismo y cayó con gloria.

No la venció el milanés Jacobo Médici, que mandaba el ejército sitiador; la venció el hambre, la peste, la fatiga del cuerpo, que rinde el ánimo más esforzado.

Era el año 1554.

Al comparecer el enemigo ante los muros, ni uno de los sieneses dejó de acudir á su puesto de honor. Las mujeres más débiles, las damas más aristocráticas dieron el ejemplo de cómo se combate y de cómo se muere.

Todo lo habian agotado los sieneses ántes de que su valor fuera agotado. Cuando faltaron los manjares tolerables se alimentaron de los más repugnantes; cuando faltara hasta los repugnantes, comieron las mezquinas yerbas que crecian en los muros y en los jardines; cuando faltó todo, enteramente todo, cesó la defensa, porque el brazo inerte dejó caer, á pesar suyo, la espada de combate.

Entónces, solamente entónces, llegó la última hora de Siena.

Pedro Aldi ha pintado, ha descrito, en un lienzo ese dia de horror, y lo ha interpretado de tal suerte que su cuadro ha llamado preferentemente la atencion del público en la actual exposicion de Roma.

El autor de ese lienzo es natural de Siena.

¡Nuestra enhorabuena al hijo que de tal suerte honra á su madre!

ASUNTO PARA UN DRAMA

En opinion de algunas personas, Teresa habia sido la protagonista en un drama horrible.

Segun decian otros, era un ángel, una de esas mujeres que nacen para bien de la humanidad y que todo lo sacrifican á sus semejantes.

Era hermosa, muy hermosa, pero en sus ojos se leia un poema de dolor: contaba escasamente treinta y dos años, y si los sufrimientos no hubieran ayudado al tiempo en su obra destructora, nadie habria sospechado que Teresa pasaba de los veintidos años.

Dulce y bien timbrada era su voz, y en las limpias y expresivas miradas de sus hermosos ojos de negras y brillantes pupilas, se pintaba la serenidad de un espíritu tranquilo.

Así era entónces, cuando la conoció Juan Zapata, soldado de cazadores de no sé qué batallon.

Despues, se trasformó la hermana Teresa en otra mujer.

Decíase que la hermosa jóven procedia de padres ilustres, y en su educacion y maneras se hallaba la demostracion del aserto.

Las causas que la impulsaron á renunciar á un título nobiliario y á una fortuna, para dedicarse al ejercicio de la Caridad, arrostrando las penalidades de la vida del campo de batalla y del hospital, los sufrimientos de una vida de actividad y privaciones consagrada al bien ajeno, nadie conocia, como tampoco la historia verdadera de Teresa.

Juan Zapata que fué, cuando niño, criado en la casa de la *señorita*, que así la llamó siempre, áun cuando la encontró en Monte Muro, en hábito de hermana de la Caridad, era el único que sabia lo siguiente:

La señorita Teresa manifestaba entónces carácter altanero, y un tanto violento.

—Para los hombres era una fiera: conocia su propio mérito y *presumia:* anduvieron locos por ella más de cincuenta;—todo esto referia Zapata.

—Por fin, llegó un dia en que se presentó un buen mozo, un coronel que valia más pesetas..... y, por cierto, que si él viviera hoy, no me veria yo de *soldao al raso:* pues bien, que el coronel la vió y le dijo á la señorita.... Vamos, que yo no sé lo que la diria, pero que se declaró y la pidió la mano, y se casaron, á paso de bayoneta.

—Luégo, continuaba Juan, me llamó la patria á las armas y me salí de casa de los señores condes y me dejé de paisanaje; pero como alguna vez iba á saber de la gente de la casa, supe que un año despues de la boda, al coronel se le metió en la cabeza que la señorita Teresa, su mujer, le engañaba. Dios le haya perdonado, pero me parece que debia de ser algo arrimado á la cola, porque lo que es ella era incapaz de *fartar* á nadie.

Juan Zapata referia el suceso de esta manera.

Parece que una noche, el coronel, que se habia despedido para una cacería, llegó de improviso y se ocultó en la habitacion de su esposa.

Dos horas despues, entró Teresa en su cuarto, acompañada de su doncella.

Pocas palabras se cruzaron entre las dos mujeres, y la criada salió de la habitacion y volvió á poco, trayendo en brazos un niño de pocos meses de edad.

—Aquí está, señorita,—dijo, entregando el niño á doña Teresa, que le tomó en sus brazos y besó repetidas veces.

—¡Inocente! tú eres el fruto de una pasion desgraciada y delincuente, y tú serás la víctima del error y del extravío de tu madre.—Así al poco más ó ménos se expresó doña Teresa.

—El coronel—añadió Juan, cambiando de tono,—salió de su escondite, y sin decir una palabra, lo mismo que pudiera haber hecho un quinto recien salido del pesebre, apuntando con el cañon de un revolver á la cabeza del angelito, rugió, al mismo tiempo que daba gusto al dedo:

—Ese fruto de maldicion no vivirá.

Una detonacion y dos gritos horribles explicaron lo que habia ocurrido.

Sin dar tiempo para protestar á Teresa ni á su criada, que era la madre de aquel inocente niño, el coronel se aplicó la boca del revolver al cráneo y una segunda detonacion terminó la horrible escena.

—Ha visto usted *algo* más bruto que el coronel?—preguntaba Juan Zapata, con formalidad.—¡Tener celos de una mujer como la señorita, que ha sido siempre una santa, fuera de lo que tenga de mujer!

Juanillo era extremeño con vistas á Andalucía; esto es, extremeño, de un pueblo lindante con la provincia de Córdoba; así se advertia en su acento esa mezcla de andaluz y extremeño, que no carece de gracia en algunos tipos.

—Esa mujer—afirmaba —tiene un corazon que le viene grande en el pecho: la he visto en momentos en que yo mismo no pensaba más que en *juir*, serena y valiente y.... Lo que es que ella no habia nacido para el coronel; ó el coronel no se la merecia. ¡Dudar de la señorita! Vamos, que esto no se ocurre ni á un recluta de *cabayería*.

Doña Teresa, segun Zapata, apadrinaba al niño de su criada, y cuando la nodriza á quien le habia confiado la madre, le llevaba para que esta le viera, no perdonaba la madrina ocasion para acariciarle.

—Aquella barbaridad del coronel, dicho sea sin agraviar su memoria, fué la causa de que la señorita abandonase el mundo: regaló á los pobres sus bienes, y sus alhajas á la infortunada madre del niño brutalmente asesinado; y luégo se hizo hermana de la Caridad.

Nadie volvió á saber de doña Teresa.

—Nadie más que yo—añadia Juan Zapata;—yo que *trompecé* con ella en Monte Jurra, y al verla con ese hábito, no la reconocí. ¡Qué mujer y qué dia aquel! ¡Qué manera de repartir confites á domicilio! Silbaban las *cláusulas*, como le dicen ahora á las balas, lo mismo que las personas en una comedia que *vide* yo en no sé qué teatro de Madrid.

La noche habia sido mala, muy mala y muy lluviosa: el viento huracanado, soplando en aquellas montañas, producia el mismo efecto que las cuerdas de una guitarra cuando vibran.

Parecia, al decir de Zapata, lamentos que llegaban al oido, tal vez, de los muertos en la jornada anterior.

Para oir, simultáneamente, esa indescriptible confusion de rumores, de carcajadas, ayes, suspiros, melodías extrañas, voces misteriosas, que forman el conjunto armónico de la Naturaleza, no hay escena mejor que el campo, ni momento más á propósito que la noche silenciosa.

¡Qué imaginaciones tan ricas en pavorosas fantasías nos acuden! ¡qué diversidad de imágenes finge la vista! ¡qué multiplicidad de sonidos llegan á nosotros!

Recuerdos, presentimientos, historias que no conocemos, dramas que no soñamos, personajes que nunca fueron, que nunca serán; placeres que no hemos disfrutado, dolores que no hemos sufrido, ansias de traspasar ese dintel de la eternidad donde todo puede ser luz, pero donde todo nos parece sombra: este es el poema de la noche, cuando la fantasía nos domina.

¿Quién sabe si algunos de esos ruidos que llegan hasta nosotros son producidos por el féretro que saturado de humedad se agrietea; tal vez el féretro que encierra al que fué querido pedazo de nuestro corazon?

Despues de una de esas noches de insomnio y de malestar físico y moral, pasadas por el soldado en la abstraccion más completa, acariciando cuidadosamente el pensamiento que á un tiempo es fuente de dolor y motivo de felicidad, ¡cuán triste es la luz de la mañana!

Tal vez en aquel momento, cuando fija la vista en el horizonte como para indagar nuevas de una familia cariñosa, el pobre soldado, esa familia, con la vista del espíritu en el infinito, pregunta temblorosa: «¿Dios mio, dónde está?»

Ello fué que amaneció el dia de la batalla, segun referia Juan Zapata, y amaneció lluvioso.

—Aquí se veia un peloton de oficiales; allí otro, de soldados; más allá los bagajeros, y detrás de aquella colina, el otro.... ó los otros.... vamos, los enemigos: españoles como nosotros y valientes y.... como que los hombres *semos* los animales más mansos y más torpes.

—Entre los oficiales del lado de acá,—prosiguió Zapata,—el más bravo y el mejor mozo, era mi capitan, y entre los soldados el más barbian y el más valiente..... yo, por más que soy muy modesto y me está mal el decirlo.

Empezó la accion, como todas; lo mismo que empiezan á descargar las nubes; por unas gotas; vamos, por unos balazos, sin más consecuencias que rompernos las avanzadas del enemigo un cabo de cornetas y mi guitarra, que la habia echado prima la víspera, como al pobre cabo le habia echado segundo hijo la mujer, hacia tres ó cuatro dias.

En cuanto llegaba con su relato á ciertos episodios tristes, Juan Zapata dedicaba algunos compases de espera á la memoria de los camaradas muertos en accion de guerra.

Luégo continuaba tranquilamente:

—Por fin, nos enredamos todos á tiro limpio; la artillería entonaba unas malagueñas en aquellos barrancos, que no parecia sino que el cielo se venia encima de nosotros y que nos íbamos á quedar metidos en un fanal para que nos vieran despues los extranjeros, por el corto interés de un perro chico.

La accion terminaba por falta de luz,—decia Juan;—el personal habia venido á ménos por una y otra parte: mi capitan y yo seguíamos despachando enemigos, pero como ni él ni yo somos inmortales, una *cláusula* de esas volcó á mi amo: me apresuré á recogerle y despues de cargármele á costillas, igual que si hubiera sido un fardo, mal comparado, emprendí al trote, vamos al decir, corriendo cuanto podia, para que no se desangrara mi capitan ni nos alcanzase otro *proyectin* (como si dijéramos, «proyectil»).

—Cuando iba *juyendo*, —añadió Juan acompañando siempre la palabra con la accion, para convencer al auditorio,—oigo pasos detrás y una voz que me decia:

—Anda, hijo mio, anda y no le abandones, que Dios te lo pagará.

Volví la fisonomía, un poco *escamao*, y me encontré con ella.... la hermana Teresa.... digo, la que se llamaba hermana Teresa, segun supe luégo, porque para mí entónces no era más que una hermana de la Caridad que andaba suelta por allí y venia á echar una mano para ayudarme.

—Si se descuida usted un poco la divido, murmuré.

—¿Porqué, hermano?

—Porque al oir ruido de *pieses* detrás de nosotros se me antojó que seria algun enemigo, que venia á nuestro alcance para despachar dos pájaros de una pedrada.

—Pues, no es eso, amigo mio—replicó ella con dulzura.

—Ya lo veo y Dios la bendiga á usted y á su familia.... ¡Madrecita del Cármen y qué buena moza que es usted! dicho sea con perdon,—exclamé yo sin poder contenerme. Aquello no parecia mujer, sino una estampa de la Vírgen Santísima, pintada por los mismos ángeles.—¿De dónde sale usted, madrina?—la pregunté; ¿de algun charco como las *endinas*, segun me contaban á mí cuando era criatura?

Sonriendo y sin ofenderse por mi buena intencion, se aproximó á nosotros y me ayudó á conducir por aquellos campos á mi pobre capitan, que de cuando en cuando gruñia un principio de oracion, que casi me ruborizaba.

Llegamos, por fin, á la ambulancia *desanitaria:* los físicos curaron á mi capitan, que afortunadamente nada tenia roto, mas que, salvo sea la parte, en el costado izquierdo un balazo, que si tuerce *pa* la izquierda cuando venia, siquiera unos kilómetros más, segun los facultativos, le parte.

Desde aquel momento la hermana Teresa no se *desapartó* ni por un momento de mi capitan: ni su propia madre le hubiera cuidado con más cariño.

A mí me miraba como á un bicho raro, hasta que ya, quemado de que me examinara la fisonomía, así, como para reirse, en lugar de soltarla una fresca, como hubiera hecho si no pensara en lo bien que se estaba portando con mi amo, la pregunté:

—¿La hace á usted gracia mi físico natural?

—¿Es posible, me preguntó ella, que seas tan torpe y tan majadero que no me hayas conocido despues de seis dias que estoy á tu lado casi constantemente?—Yo abrí los ojos como para ver la tarasca en la procesion del Corpus en mi pueblo, y examiné despacio á la hermana de la Caridad.

—¡Valiente mujer! —fué todo lo que se me ocurrió.

—¿No me conoces todavía?

—Ahora sí que me parece que caigo, respondí; la he visto á usted en Somorrostro llevando de un brazo á un pobre cazador herido; otra vez.... otra vez.... rezando sobre la sepultura donde habian colocado el *esqueleto* de un músico muerto; otro dia.... sí, en San Pedro Abanto, ayudando al cirujano en la *imputacion* de un brazo á un pobre artillero.

—¿Y nada más? preguntó la religiosa.

—Sí, otra vez.... auxiliando á un moribundo de caballería; vamos, á un soldado de caballería moribunda.

La hermana Teresa soltó una carcajada; no sé si seria por mí.

Curó mi amo y la enfermera desapareció; solamente vino á verle dos veces durante el período de la convalecencia; pero ántes de dejarnos me dijo:

—Juan Zapata, eras más listo en tu niñez; ahora has perdido hasta la vista.

—Dios me la conserve, respondí, y en buena hora lo diga, que no es así.

—¿No recuerdas ya á la condesa de?....

—Tiene usted razon;—interrumpió Zapata,—que merecia un ronzal por bruto; pero perdone usía, señorita, que no la haya reconocido, como ahora, porque cuando yo la dejé era coronela y me la encuentro de paisana, casi, casi, y con ese uniforme....

Me confirmó las noticias que ya yo sabia, de la muerte del coronel y demás sucesos, y luégo me dijo:

—¿Tú no recuerdas al coronel?

—No, señora, entónces era yo una criatura sin conocimiento....

—Pues, bien, tu amo, ese capitan es un retrato vivo de mi esposo.

—¿Qué me dice usted, señorita? ¿Mi capitan?.... Y

bien puede ser, porque los hombres nos parecemos unos á otros inocentemente y....

Con este pormenor que me suministró la religiosa vine yo en conocimiento de varias cosas importantes: primera, que ella miraba con buenos ojos á mi capitan, y que mi capitan.... era muy parecido al coronel. Digo yo que mi amo diria á la enfermera:

—Es usted muy hermosa y muy buena, y yo la quiero á usted.

Y ella, digo yo, que responderia:

—Muchas gracias, y consérvese usted bueno, en compañía de su asistente Juan Zapata, y hasta más ver.

Y supongo que mi capitan se correria á decirla:

—Es usted, ó eres un ángel.

Y ella replicaria, me pienso yo:

—Favor que usted quiere dispensarme; pero no soy ángel, sino mujer.

Mi amo, en seguida:

—Pero muy guapa y Dios te bendiga, amén.

Esto como si lo estuviera oyendo.

—En mis oraciones le rogaré por usted,—murmuraria la hermana.

Y luégo, de repente, y cuando ménos nos lo pensábamos, salimos para rompernos la crisma otra vez, y hasta más ver.

—Búscame á esa mujer, me decia mi capitan, como quien dice á un perro de caza cachorro, indicándole la pieza herida: «¡Búscala!» Pero por más que yo busqué, nada, no pude dar con ella, hasta que mi capitan tuvo la suerte..... digo, la *mala sombra* de que le alcanzara otro balazo. Entonces supimos de ella.

Habia trascurrido más de un año, durante cuyo tiempo fueron inútiles todas mis averiguaciones para dar con la hermana Teresa.

Mi capitan se trasladó á Madrid á pasar el período de la convalecencia, que en opinion de los facultativos habia de ser larga y penosa; claro es que yo no podia abandonarle.

Montamos en el tren del ferrocarril y ahí queda eso.

En el mismo coche en que entramos, subió una hermana de la Caridad; llevaba en brazos una niña de dos años de edad, próximamente.

Mi capitan y yo la miramos con curiosidad.

La religiosa, demacrada y desfigurado el rostro por las huellas de la viruela, que adquirió en uno de los hospitales, prestando sus servicios á los enfermos, no conservaba resto alguno de belleza.

Mi amo volvió la cara con disgusto, al ver «que no era ella»

Pero yo soy mucho más listo para las mujeres, aunque no deba decirlo por modestia; vamos, que distingo, y aproximándome á mi capitan, le dije casi al oido:

—¡Ahí la tiene usted!

—¡Teresa! llamó mi capitan; y ella respondió como queriendo ahogar los latidos de su corazon:

—Usted me equivoca con otra hermana.

—No, insistí yo, es ella, la señorita.... digo, se me antoja que es ella, porque....

La pobre mujer no pudo contener las lágrimas y replicó muy conmovida:

—Esa Teresa ha muerto;—lo cual que mi capitan se lo creyó y me dijo, dice: «¡Animal!» pero como esto me lo decia á diario, no me extrañó.

—Es ella, pensaba yo, mirándola fijamente, pero ¿qué la ha pasado á esta mujer?

En varias ocasiones sorprendí sus miradas, dirigidas á hurtadillas al capitan: cuando ella se convenció de que yo la habia conocido, llevando el índice de la mano derecha á los labios, me impuso silencio.

Para mí era aquel un triunfo, no me habia engañado; era la señorita, á quien faltaba sufrir el último golpe.

Uno de los viajeros, dirigió la palabra á mi capitan, que le contestó con mucha afabilidad; continuaron hablando y llegó un momento en que á mi amo se le antojó citar el nombre de su padre, con motivo de la conversacion sostenida en el coche.

—Su padre—dijo Zapata con cierta solemnidad,—fué el coronel.... el esposo de Teresa.

En cuanto á la madre de mi capitan, nada supe sino que habia muerto separada de su hijo.

En la primera estacion la hermana de la Caridad mudó de coche.

Yo la despedí con una mirada de cariño; casi llorando la ví vacilar y en poco cae á la vía con la *criatura* que llevaba en brazos.

¡Me hubiera bajado tras ella de tan buena gana, para convidarla!....

—¿De dónde vendrá esa hermana?.... preguntó con malicia uno de los viajeros.

—¡Y lleva una niña! observaba otro.

—¿Quién sabe? la hermana viene de la guerra....

—Esa mujer, caballeros—interrumpí yo,—es una santa y nadie la calumnia estando yo aquí delante.... digo, mi capitan y yo.

—Bien dicho, afirmó mi amo.

—Y tan bien dicho, mi capitan, como que esa mujer es la hermana Teresa.

—¿Qué dices, hombre?

—Se lo juro á usted, por lo más....

—Basta: es preciso buscarla, verla....

Pero nada, no la volvimos á ver nunca.

Aquella niña era la huérfana de un pobre campesino de Vizcaya, que perdió en la guerra familia, fortuna y vida.

La hermana Teresa lo habia dicho así á una mujer que venia en el tren.

—Hoy, cuando me acuerdo de ella,—terminaba Juan Zapata,—y me pregunto á mí mismo: «¿Dónde estará?» me ocurre en seguida la respuesta, y murmuro:

Allí, en el cielo.

EDUARDO DE PALACIO.



LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi

NOTICIAS GEOGRAFICAS

EL TERRITORIO DE WASHINGTON (ESTADOS UNIDOS).—El pino, el pinabete, la encina y el cedro son las especies de los innumerables árboles que bordean las montañas y las llanuras del distrito de Puget, en el territorio de Washington, y todos ellos dan excelentes productos en gran cantidad. Segun cálculo muy moderado, estímase en 160 millones de piés la madera que se puede extraer del distrito, buena para las construcciones. Los árboles tienen un desarrollo notable, tanto en altura como en grueso: el pino jóven alcanza una elevacion de 250 piés, y hállanse cedros blancos de 100 piés de altura por 60 de circunferencia; las encinas blancas tienen hasta 70.

* * *

EL TERRITORIO DE ARIZONA.—Este país, situado al oeste de los Estados Unidos, es seguramente uno de los mas maravillosos del continente americano. En sus montañas encuéntranse en todas partes el oro y la plata; y tambien abundan el estaño y el níkel; en el Valle de Santa Cruz hay una inmensa riqueza en mineral de plomo. El desierto de Hacimiento contiene innumerables granates rojos. Cerca de las montañas de los Dragones existen considerables capas de yeso y de sal comun. Hasta 1878, el distrito minero de Fombstone era un desierto horrible: en cuatro años se han extraido de él metales preciosos (cloruros y carbonatos) por valor de 7.359,200 duros.

* * *

EL MAR INTERIOR DE TÚNEZ.—M. Lesseps acaba de llegar á Tozeur, donde se han practicado sondeos hasta la profundidad de setenta y tres metros, sin encontrar más que arena. Se ha reconocido que el mar interior africano podria hacerse fácilmente por medio de cien excavadoras, que representarian el trabajo de cien mil obreros. M. Lesseps ha obtenido en todas partes la mejor acogida, tanto de los militares como de las poblaciones árabes.

NOTICIAS VARIAS

INDUSTRIA GIGANTESCA.—En Massachusetts (Estados Unidos) se cuentan 1,959 fábricas de calzado, que ocupan á 111,152 obreros y tienen un capital de cerca de 43 millones de duros, ó sean 215 millones de francos. Esta inmensa industria ha producido en el transcurso del año anterior 94 millones de pares de zapatos y 30 de pares de botas. El total de los jornales pagados á los trabajadores se elevó durante el mismo año á 53 millones de duros, equivalentes á 265 de francos.

* * *

ESTADOS UNIDOS.—Se dice que los americanos van á todo vapor en las vías férreas y que los accidentes desgraciados en estas son proporcionalmente más numerosos que en Europa: esto no es exacto.

Los americanos, salvo una ó dos excepciones que podrian indicarse, viajan ménos aceleradamente que en Inglaterra y en Alemania, y hasta que en Francia. Segun cierto autor citado por M. Lavoine, la velocidad media de los trenes expresos era en Inglaterra, en 1880, de 74,1 kilómetros por hora; en Alemania, de 64,4; en Francia, de 60,4; y en los Estados Unidos de 59,6. De aquí resulta que las desgracias en las vías férreas de los Estados Unidos son ménos numerosas, proporcionalmente, que en los caminos de hierro europeos.

CRONICA CIENTIFICA

PODER MOTRIZ DEL SOL

Nadie ignora el orígen de esta fuerza inmensa utilizada en grandes y pequeñas industrias. Madre benéfica, abre la tierra sus entrañas y ofrece al hombre ricos tesoros de negro carbon, que ardiendo en el hogar de las calderas de vapor, conduce nuestras naves por los llanos del mar y nuestras locomotoras por la áspera y desigual superficie del planeta.

Toda la fuerza que el hombre consume, lo mismo la que da vigor á su organismo, que la empleada en la industria, toda procede del carbon. Él arde en nuestra sangre y al quemarse nos da vida; él produce todo el calor utilizado en convertir el agua en vapor, da á éste fuerza y causa todas las maravillas de la industria moderna, asombro y admiracion de cuantos á su estudio se consagran.

Mucho preocupa á los que de la industria se ocupan el porvenir de ésta y su destino el dia en que se agotasen todos los criaderos de carbon del mundo. Y quizás por esto ha surgido la idea de aprovechar otras fuerzas naturales que, como el Sol y las mareas, para casi nada sirven actualmente. En este sentido de utilizar la energía solar y las mareas, se han hecho ya muchos é importantes trabajos. No he de recordar los aparatos destinados á concentrar las radiaciones del Sol, á fin de obtener elevadísimas temperaturas, los intentos para almacenar fuerza solar y los ensayos practicados con propósito de aprovechar la fuerza del mar, entre cuyos ensayos son notabilísimos los consignados por D. Eduardo Benót en su Memoria premiada por la Academia de Ciencias. Creo útil, ántes de intentar empleo de mecanismo alguno, conocer, siquiera sea aproximadamente, el valor de esta fuerza motriz solar, llamada, y quizá muy pronto, á sustituir el carbon en la industria del porvenir.

Como toda fuerza es en resúmen una cantidad, capital al que la industria pretende sacar cierto interés por medio de las máquinas, es menester conocer este capital, saber cuánto vale y en qué condiciones se nos facilita para obtener el mayor efecto útil con la menor cantidad posible de trabajo.

Sólo así es posible emplear una fuerza, pues de lo contrario suele suceder que el efecto útil no compensa el artificio de las máquinas, ni es tan considerable que pueda dar resultados maravillosos.

Quizá por estas razones, mejor que por falta de mecanismos apropiados, no se ha utilizado todavía directamente la fuerza motriz solar, y hemos necesitado dar con esos inmensos depósitos de ulla, acumulada durante millares de siglos con la pasmosa lentitud con que se realizan metamorfósis y cambios de la Naturaleza.

Para determinar el poder motriz del Sol hé aquí un dato curioso que encierra la resolucion de un problema muy importante, ya que se trata de ver la cantidad de trabajo desarrollado por todas las máquinas de vapor del mundo, ó lo que es igual la equivalencia del calor producido por la combustion de cuanto carbon de piedra se quema en el Universo.

Esta cuestion, tan difícil á primera vista, sólo requiere un dato para resolverse: saber la cantidad de carbon quemado.

Aun dando por conocida esta cantidad, el problema encierra dos partes distintas, y son: determinar la cantidad del vapor de agua producido por la accion del calor desprendido en la combustion del carbon, y apreciar después el trabajo causado por este vapor de agua. Todavía

puesta la cuestion en estos términos no es de difícil resolucion. Supongamos que se quema un kilógramo de carbon y que el calor desprendido por su combustion se emplea en evaporar agua. Midiendo la cantidad de vapor originada y multiplicándola por el número de kilógramos de carbon consumidos en el mundo, sabremos su valor efectivo en cantidades de vapor de agua.

Si conocemos el trabajo que puede producir el agua evaporada por la combustion de un kilógramo de ulla y multiplicamos este número por el de unidades de vapor de agua obtenidas por todo el carbon que en el mundo se consume, hallaremos seguramente un número que represente el trabajo del calor desprendido por todo el carbon de piedra utilizado en la industria humana.

Véase, pues, cuán facil es resolver un problema cuyo solo enunciado causa asombro. Sólo se necesitan dos datos.

Cantidad de carbon consumido en el mundo.

Fuerza producida por la combustion de un kilógramo de ulla.

Multiplicando el segundo dato por el primero tendremos:

Fuerza producida por un kilógramo de ulla por cantidad de carbon consumido en el mundo igual á toda la fuerza obtenida en cuantas máquinas de vapor actualmente se utilizan.

De modo semejante puede formarse idea aproximada del poder motriz del Sol sobre la tierra, ya que no es posible determinar en absoluto toda su energía. A nosotros llega tan sólo una débil porcion de ella, y como no será posible utilizar sino esta exigua parte, los cálculos han de referirse únicamente al residuo que no ha podido absorber el vapor de agua de la atmósfera.

Aplicando lo dicho respecto del carbon y suponiendo que en igualdad de circunstancias la accion del Sol es la misma en toda la superficie de la tierra, no necesitamos otros datos más que saber la cantidad de fuerza solar en una extension dada de la superficie terrestre y multiplicar esta fuerza por la extension superficial de la tierra.

A fin de facilitar el cálculo hé aquí un ejemplo.

Supóngase que sobre una extension de veinte millas cuadradas llueve al año tal cantidad de agua que si no se evaporase ni se absorbiera, formaría sobre el nivel del suelo una capa de treinta pulgadas de espesor. El peso total de esta agua seria 38.781,600 toneladas, peso inmenso que la imaginacion apénas puede concebir sin esfuerzo y admiracion.

Supóngase tambien que la temperatura de esta gran masa de agua desciende hasta cero grados y toda ella se congela. Formaríanse entónces colosales bloques de hielo mucho mayores, mucho más pesados que las pirámides de Egipto, pues la mayor de ellas, la de Cheops, sólo pesa siete millones de toneladas.



LOS TRES CONJURADOS, dibujo de G. Sus

Si quisiéramos trasportar tan enorme masa de hielo por ferro-carril, se necesitaria un tren de 3.821,800 wagones, llevando cada uno *doce* toneladas de peso y teniendo 30 piés de largo. No es posible formar idea de esto sin acudir á la comparacion.

Dividamos con el pensamiento este enorme tren en *seis* iguales; cada uno de ellos llevaria 636,966 wagones. Colocado el primero sobre la vía más larga del mundo,—la de Nueva York á San Francisco de California,—la locomotora llegaria á la primera de estas ciudades cuando el último wagon no habria salido todavía de la segunda.

Aun cabe hacer otra comparacion que da idea de lo mismo quizá con mayor exactitud y precision.

Imagínese sobre la superficie de la tierra una capa de agua de 30 centímetros de espesor y pretendase elevar esta masa de agua hasta la altura de las nubes. Aun cuando se empleasen á la vez todas las bombas de la tierra no podrian elevarse sino diez mil toneladas de agua.

Ahora bien, el Sol evapora, en muy poco tiempo, mucha más agua de la que hemos calculado. ¿Cuál será pues, la enorme cantidad de trabajo que desarrolle? ¿Qué inmensa fuerza motriz representa el calor invertido en semejante evaporacion? Y cuenta que no se habla de toda la energía solar, sino de la parte pequeñísima que á la tierra llega.

Cuando se consigan utilizar tanto poder y tanta fuerza, metamorfósis sin cuento se realizarán en la industria, é inesperadas modificaciones en el mundo. Dueño el hombre del poder motriz del Sol, contará con energías mucho más poderosas que las del carbon, y de sus manos saldrán máquinas perfectísimas para convertirlas en efecto útil y hacerlas servir á sus necesidades ó á sus caprichos.

A medida que falte el carbon de piedra, la conquista del Sol irá adelantando. Hoy comienza apénas, pues á ella no obliga la dura ley de la necesidad; mas cuando el aumento de la industria haga sentir la escasez del carbon, por todas partes se inventarán máquinas y aprovecharase esta fuerza que vemos disiparse en las neblinas de la mañana y en los jirones de vapor que el Sol arranca de la superficie de las aguas y eleva á inmensa altura.

JOSÉ R. MOURELO


ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 7 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 71

RETRATO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA pintado por H. Lengo, y adquirido por S. M. el Rey

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La funcion cívica del *Dos de Mayo*.—El sol de España. -Aspecto del *Campo de la Lealtad*.—Las misas.—Curiosidad de un leon de mármol.—El patriotismo y la ortografía.—Los bollos de la ceremonia.—Paradoja sobre la patria.—Mis recuerdos.—Las delicias de Madrid.—Los relojes y el sol.—Las infantiles víctimas del dia siguiente.—Los actores portugueses. -La Union ibérica en nuestras manos.

Retumbó en los aires el estampido de los cañones; el latin de las misas y el fervor de las preces cruzaron el firmamento como palomas mensajeras de gratos recuerdos; el obelisco del Campo de la Lealtad erguíase en la atmósfera ornado con simbólicas coronas, á manera de gigantesco dedo ensartado de memorables sortijas, y señalando la morada de los que se sacrifican por la patria.

La procesion cívica que se celebra todos los años el dia 2 de mayo, compuesta de representantes de todas las corporaciones, desde los inválidos hasta los Diputados, dirigíase solemnemente al compás de las marchas fúnebres hácia el sitio donde se guardan las cenizas de nuestros héroes del año 1808; y un sol perezoso, aunque lleno de buena intencion, parecia prorumpir desde las alturas en estas frases:

—¡Hoy es dia de arder en entusiasmo! ¡Abajo el sol de Austerlitz! ¡Viva el sol de España!

* * *

Yo salí aquel dia muy temprano de mi casa, á pesar del vientecillo sutil, el cual, mas bien que las patrióticas expansiones, recomendaba el agradable calor de la cama.

—¡Quién pudiera ver fotografiadas las almas de mis compatriotas!—decia para mí miéntras me encaminaba al Prado. ¡Deben estar cubiertas con casco, resguardadas con coraza, armadas de punta en blanco, y con el semblante impregnado de indignacion y pena!

Pero en el Campo de la Lealtad, alrededor del obelisco, no ví otra cosa más que bulliciosas gentes del pueblo, gozando aparentemente del aire puro de la mañana y soplándose en realidad los dedos de frio.

Los sacerdotes decian misa en los altares improvisados en el pedestal, y el público las *veia;* que en alguna ocasion se han de ver solamente las misas, por más que la costumbre haya sancionado la hiperbólica frase de *oir misa.*

No pude ménos de dar una vuelta alrededor del enverjado. Me gusta examinar las grandes cosas en todas sus partes. Al pasar frente al leon de mármol blanco que figura querer salirse del pedestal lanzando rugidos de coraje, me pareció que aquel símbolo de nuestra bravura volvia hácia mí preguntándome:

—¿En qué ha quedado la causa de Monasterio?

* * *

Multitud de mujeres vendian voceando un librito «con los nombres de las *vitimas*» ¿Creeis que la supresion de la *c* es una ignorancia de nuestro pueblo? No: es el recuerdo que se va borrando. Hoy, con la merma de una letra, ya son ménos *víctimas* que ántes. Poquito á poco se irá disminuyendo el vocablo, hasta que, como pañuelo en manos de un prestidigitador, desaparezca por completo.

Pero tranquilicémonos: estoy hablando á lo *Wagner;* me refiero al remoto porvenir. En la actualidad todavía quedan bastantes letras. Con ellas cualquier mal poeta tendria suficiente para escribir odas á semejanza de algunas que por rutina patriótica apoyan todos los años, al llegar este dia, su debilidad artística contra las columnas de la prensa madrileña.

Desde el Campo de la Lealtad al antiguo Retiro no media otra distancia que la interpuesta por un ancho paseo, bordeado, en la mañana del 2 de mayo, por numerosos vendedores de bizcochos, panecillos y bollos.

Dirán nuestros detractores que Madrid es frugal. Yo lo niego.

Aquí para vivir en santa calma
mezclamos la materia con el alma.

No podríamos conmemorar el dia de Difuntos si los castaños nos negaran su fruto: con sendas libras de buñuelos acrecentamos el culto á la *Cara de Dios* en la mañana del Viérnes Santo; y parece cosa decidida que en las primeras horas del dia 2 de mayo nada complementa tanto el sentimiento patriótico como un bizcocho.

—No es eso,—me decia un amigo.—El bollo es el símbolo del dia. Contribuye á apaciguar los ánimos. Hace setenta y cinco años que se repartieron aquí muchos coscorrones entre los soldados de Murat y los bravos artilleros de la guarnicion de Madrid. Pues bien: esto quiere decir:

«¡Perdonemos por el bollo el coscorron!»

Ello es que todos los años, por esta fecha, al quebrarse el rayo visual de nuestras miradas contra el obelisco del 2 de mayo, nos acordamos de que allí descansan mártires ilustres, y sentimos la necesidad de ir á depositar unas cuantas coronas en sus aras, y á rezar otras tantas misas por el eterno descanso de sus almas.

No seré yo quien niegue la solemnidad de semejante ceremonia.

Si la guerra es un mal necesario,—como algunos suponen,—yo profeso la creencia de que únicamente existen dos clases de guerra justas, legítimas y santas; la lucha en defensa de la libertad y la guerra contra los ataques á la independencia de los pueblos.

Sentado esto, que es opinion particularmente mia, y colocada la memoria de nuestros héroes del año 1808 en el altísimo lugar que les corresponde, yo pregunto:—Qué es la patria? Un pedazo de tierra marcado con líneas convencionales que un congreso diplomático altera y modifica segun le place. La patria fué un tiempo para los españoles Portugal unido á España y despues Flandes, y Nápoles. Para los italianos Niza unida á Italia. Para los dinamarqueses el Slesvig y el Holstein unido á Dinamarca. La Alsacia y la Lorena pertenecieron antiguamente á Alemania, y sus habitantes gritaron:—«¡La sangre alemana corre por nuestras venas! ¡Viva la patria alemana!» Ultimamente pertenecieron á Francia, y sus moradores, durante la pasada guerra, se batieron contra sus primeros compatriotas los alemanes.

Despues de esto vuelvo á preguntar:—¿Qué es la patria? ¡Ah! la patria no se circunscribe en la frontera, no se limita por la montaña, no se acaba en las aguas de un rio. La patria es todo el planeta y una pequeñísima parte de él Es la humanidad y el hogar doméstico; la especie y la familia, el astro y la casa donde hemos nacido. Por un lado la redondez de la tierra, por otro el cuarto donde vimos la luz primera. Yo sé que más allá de las fronteras españolas hay hombres que son mis hermanos, y recuerdo tambien con inefable placer, con incomparable deleite, una casita de un pueblo de Cataluña, y en esa casita una ventana, y delante de ella un apacible huerto...; y aún me orea la frescura y aspiro la fragancia de una pomposa pasionaria que trepando por la pared subia hasta festonear el marco de mi ventana.....

* * *

Me he dejado llevar del sentimiento. ¡Es la influencia del mes de mayo, del mes de las flores, el más risueño del año!

Cierto que todavía el frio, como un importuno huésped, no ha querido abandonarnos por completo. Pero el dia 2 de mayo es el dia clásico del Retiro y de la apertura del Jardin Botánico. Este nos brindará con los varia dos matices de sus flores y la frescura de sus árboles, y aquel ofrecerá ancho campo á nuestros paseos matinales. Tragaremos polvo por las noches en Recoletos y contraeremos fiebres intermitentes con las humedades del Prado.

¡Oh! ¡qué delicioso es Madrid! Antes de poco estará convertido en parrillas donde nos asaremos vivos. Podremos bañarnos en las pustulentas aguas del Manzanares ó en los pucheros de las casas de baños, si es que no nos contentamos con el chorreo que las mangas de riego de la Villa dispararán sobre nosotros lo ménos tres veces al dia. Asistiremos á las navegaciones del estanque del *Parque de Madrid*, despidiéndonos con lágrimas en los ojos de los séres queridos que queden en la orilla; les prometeremos escribir *en llegando*; sufriremos tempestades y temores de naufragio, y al llegar al desembarcadero nos tentaremos el cuerpo para asegurarnos de que ninguna parte importante de él se ha quedado entre las mandíbulas de los imaginarios tiburones. La altivez de los que van por la calle con la cabeza muy erguida se humillará ante la majestad de los toldos de las tiendas; y sin formar parte de ningun cuerpo coreográfico tendremos que rellenarnos con algodon las pantorrillas, como preservativo á las hidrófobas caricias de la raza canina.

* * *

Pero volvamos á la ceremonia del *Dos de Mayo.*

Yo, por la tarde estuve sentado bajo un árbol del Retiro, hasta que el aire se estremeció con la detonacion de los cañones. La comitiva oficial depositó sus coronas, desfilaron las tropas, se abrió el Botánico, y todos los relojes de la capital se pusieron de acuerdo para marcar las siete de la tarde.

Lo cual era tanto como decirle al sol:

—Señor nuestro; antorcha de los espacios; la presencia de usted nos es muy simpática; mas por hoy estamos ya bastante dorados: la humanidad necesita tinieblas. ¿Que diria la fábrica del gas si usted permaneciera más tiempo entre nosotros? ¡Ea! láncenos usted su última sonrisa: así... al soslayo. ¡Húndase usted ahora! ¡Bien!.... ¡Hasta mañana!

Mal que le pese á Josué, todavía no se ha dado el caso de que el sol deje de obedecer la insinuacion de los relojes. Parece el astro del dia un jornalero vulgar. Es un sol que trabaja *á soldada.*

Y se hundió tras las montañas, y lució el gas, y brilló la luz eléctrica del Ministerio de la Guerra, y disparáronse en algunos teatros cañonazos poéticos á los mártires de la Independencia,.... y los habitantes de Madrid nos acostamos despidiendo en la memoria á las víctimas de aquel dia y pensando en las víctimas del dia siguiente.

* * *

Esas víctimas son los niños.

Una especie de castigo de inocentes se ha anunciado en forma de bando por todas las esquinas de Madrid.

La autoridad ha prohibido que los niños pidan por las calles *el dinerito* para la cruz de Mayo.

Se les trata como á los mendigos.

Yo leí el bando con amarga pena. ¡Qué! las cabecitas rosadas, las alegrías infantiles, las vocecitas llenas de temor y de mimo que nos pedian con tanta gracia una moneda para la cruz de Mayo, ¿pueden compararse al desagradable aspecto y á la miseria social que revelan los mendigos?

Miéntras estaba leyendo el bando, una pobre anciana se acercó á pedirme limosna.

—¡Qué irrision!—dije para mí.—El bando prohibiendo la mendicidad resulta letra muerta.

* * *

El dia 2 de mayo ha empezado á funcionar en el teatro de la *Comedia* una compañía de actores portugueses.

La opinion se halla dividida de antemano acerca del mérito de esos artistas lusitanos.

Unos,—que los han oido en Lisboa.—dicen que son una gran cosa.

Otros anticipan su opinion de que no podrán tomar en serio el idioma portugués expresando los grandes afectos del alma.

Esto último es pura exageracion. Yo creo que estamos obligados á aplaudirles.

Es cuestion de patriotismo.

¡Nos va en ello... la *Unidad ibérica*! ¡La union de España y Portugal está en las palmas de nuestras manos!

PEDRO BOFILL

Madrid 5 mayo 1883

NUESTROS GRABADOS

S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA, retrato por H. Lengo, adquirido por S. M. el Rey

Sencillo y delicado á la par es el modo cómo el distinguido artista ha trazado el busto de la régia doncella, hermana de nuestro augusto monarca. Apartándose el señor Lengo de la invariable costumbre de retratar á los personajes de elevada alcurnia rodeados del fausto inherente á su posicion, ha dibujado el perfil de la infanta doña Eulalia con tanta exactitud como poética originalidad, presentándola rodeada de pintadas flores, candorosos emblemas de su modestia y su pureza, y cual si fuese uno de los varios capullos que constituyen el vistoso ramo. El pensamiento es acertado é ingenioso, y la ejecucion digna del autor de *Romeo y Julieta*, *¿Cuál de los tres?* y otros cuadros que le han dado justo y merecido renombre.

VENDEDORA DE PERIODICOS

Entre los tipos engendrados por las modernas costumbres llama la atencion, siquiera por lo que desuella los oidos, la chicuela vendedora de periódicos, variante fresca de la familia hombre.

Para ejercer esa industria, que consiste en vender á dos cuartos ejemplar el periódico comprado á peseta *la mano*, se necesita solamente tener buenas piernas y mejores pulmones. Son necesarias además otras dos cosas; en primer lugar la peseta, y en segundo lugar aversion á la escuela, al trabajo regularizado, en la fábrica ó en el taller, es decir, allí donde la niña podria prepararse para ser útil á la sociedad y á sí misma.

Pero como la industria de vendedora de periódicos se ejerce al aire libre, como no requiere aprendizaje, como no deja lugar para ir á la escuela, y como no faltan padres desnaturalizados que solo ven en sus hijos unos instrumentos de explotacion inmediata; de aquí que aumente de continuo el número de los hulanos y *hulanas* de la prensa periódica.

Generalmente esas criaturas antes de dedicarse á esta industria, habian sido cedidas en edad temprana á madres postizas que imploran la caridad pública haciendo alarde de una fecundidad, que seria escandalosa si no fuese una superchería.

De esta suerte, mendigando hasta los diez años y alborotando el barrio despues hasta los quince, llegan á la época feliz de su vida, en que *el dolce far niente* se interrumpe apénas uno que otro dia para reñir batalla á pedradas; pasando en una misma tarde desde el campo *del honor* á los calabozos de la casa grande.

BODAS DE GUILLERMO DE ORANGE con Ana de Sajonia, por H. Burck

Omitiendo la narracion del episodio histórico representado en el lienzo de Burck, narracion que podrán encontrar nuestros lectores en cualquier Historia de los Países Bajos, nos limitaremos á considerar esta obra desde su punto de vista artístico, diciendo que en nuestro concepto el asunto en general está tratado con soltura y animacion; los personajes discretamente colocados, revelando en la expresion de sus fisonomías la simpática curiosidad y la aprobacion con que presencian la alianza felizmente llevada á cabo entre los régios desposados representantes de dos naciones, siquiera pequeñas, influyentes en los asuntos europeos de aquel tiempo; los protagonistas que figuran en primer término dándose ante la corte el respetuoso ósculo que viene á sellar los juramentos que acaban de hacer al pié del altar, y por último, los trajes, muebles y demás detalles que forman el conjunto del cuadro, están

perfectamente apropiados á la época y al lugar donde se ha celebrado el fausto enlace.

Cuando tan aficionados se muestran los artistas contemporáneos á pintar cuadros de género ó más bien de capricho, obras como la de Burck, que nos dan atinadamente á conocer las costumbres y el carácter de una época, son siempre dignas de encomio.

LO AJENO, dibujo por R Rossler

El fruto del árbol prohibido tiene atractivos irresistibles.

Gustaron de él nuestros primeros padres, y á pesar de que en el pecado llevaron la penitencia, la humanidad demuestra desde sus primeros pasos que no hay penitencia bastante para disuadirla del pecado.

Ahí tienen Vds. á esa rapazuela. A buen seguro que en su casa hay fruta de sobra, que no la ha merecido siquiera una mirada de envidia. Pero se apercibe de la fruta del cercado ajeno', y caten Vds. la seduccion trabajando su ánimo. El fruto pendiente del árbol del vecino dista mucho de merecer los peligros á que se expone para cogerlo; sin embargo, tiene el irresistible atractivo de ser ajeno.

Puede dar con su cuerpecito en el suelo y romperse un brazo; pero ahí está el seductor diciéndola:—No soy tuyo..... Cógeme ....

Puede aparecer tras de la cerca una vara de abedul y tras de ella un brazo y tras del brazo un cuerpo, y de concierto los tres elementos aplicar unos cuantos palos á la atrevida mozuela; pero el fruto está ahí siempre y dice: —Por lo mismo que no soy tuyo, debo ser muy sabroso...

Puede, en fin, comer el fruto tan codiciado; pero como sin duda no está en sazon y será comido fuera de hora y con ánimo intranquilo; de fijo, de fijo que, sobre no encontrarlo tan sabroso como presumió, terminará la hazaña con una indigestion de padre y señor mio. No importa: la cuestion ni es de sabor, ni es de salud; es de merodear en la propiedad de otro.

Tal es la flaca naturaleza. Bien comprenden los hombres que las pasiones injustificadas son unos amigos falsos que les llevan á la perdicion; pero ¡es tan neciamente halagüeño aquello de decir: codicio el bienestar del prójimo!

UNA TERTULIA DE CONFIANZA

No diremos que los salones brillen de gente, ni que el maestro X ó Z ha dirigido el concierto con su proverbial talento, ni que numerosas parejas se entregan al placer de la danza hasta altas horas de la noche.

En cambio nada nos probará que no sea tan agradable y tan distinguida una reunion íntima entre contadas personas discretas y de buena sociedad, como pueda serlo, y más que lo es generalmente, una *recepcion* á la usanza del dia, en donde el dueño de la casa parece un simple convidado y los convidados se toman libertades que fueran impropias hasta en el dueño de la casa.

En nuestro cuadro los auditores del concierto no pueden ser ménos, ni los ejecutantes reducirse á menor número. Pero si entre esos cuatro tertulianos hay una buena guitarrista (¡que horror! exclamarán nuestros pollos) y una bien sostenida conversacion intermedia las composiciones musicales, ejecutadas en ese instrumento tan inmerecidamente vilipendiado, ¿qué más puede apetecerse para disfrutar una velada perfectamente agradable?

Esto quizás no lo comprende la actual generacion, que no concibe las diversiones sin las inmediatas consecuencias del barullo; esta generacion que no frecuenta los salones si no se le da la seguridad anticipada de que se servirán fiambres y se destapará *champagne*. Pero, vamos á cuentas, señores: divertirse honestamente ¿es aturdirse sin ton ni son? ¿No cabe diversion á ménos de desgarrar los trajes de algunas damas y ofrecerse en espectáculo terminado el *ambigú*.?

Tal parece en nuestros dias, ó mejor en nuestras noches. Sin embargo, un dia ha de venir en que nos pongamos de acuerdo acerca de la diferencia que existe entre divertirse y marearse, entre obsequiar á los buenos amigos y arruinarse en provecho de los gorreros; y en ese dia reconoceremos, para nuestro bien, las excelencias de las tertulias de confianza.

LA GOLONDRINA

El gracioso vehículo que representamos en nuestro grabado es muy comun en Polonia y en Rusia, y hasta creemos que ya se ha visto en Paris; y por lo mismo hemos creido que nuestros lectores leerian con interés su descripcion. Este vehículo, muy original, y de atrevida construccion, ha sido inventado por Enrique Barycki, de Varsovia, quien ha sabido utilizar hábilmente algunos principios de mecánica muy curiosos.

El sistema consiste en una rueda que gira en otra de mayor diámetro, la cual rueda por la superficie del suelo: este mecanismo está basado en un principio semejante al de los rails sin fin de M. Clement Ader.

El asiento del conductor del vehículo está fijo en el interior de un gran anillo al que se adapta la lanza para uncir el caballo; y ese anillo rueda con ayuda de tres poleas ó ruedecillas en el interior de la rueda grande que toca al suelo.

Ya se comprenderá que cuando el caballo efectúa la traccion del vehículo, siendo el frotamiento de la rueda grande en tierra más considerable que el de la concéntrica de tres poleas, ésta gira hasta que el centro de gravedad del sistema se halla de nuevo sobre la vertical del punto de apoyo en tierra. De este mecanismo resulta que el individuo colocado en el asiento inmediato á las tres poleas interiores, gira en la gran rueda como lo haria en la superficie de un rail sin fin, de modo que el esfuerzo de traccion se facilita por lo tanto singularmente.

El vehículo tiene dos ruedas laterales enlazadas por un muelle flexible con el asiento, pero su único objeto es impedir la inclinacion á un lado ó á otro.

El arnés del caballo es de tal naturaleza que el animal puede moverse libremente sin comprometer la estabilidad del vehículo.

La *Golondrina* se ha construido con hierro forjado en acero, y sin gran trabajo se puede conservar perfectamente limpia; tres minutos bastan para prepararla cuando se quiere hacer uso de ella; y además de ser un vehículo de lujo, puede tener diversas aplicaciones.

SANTA CECILIA, cuadro por Rafael.

Las obras de los grandes maestros tienen un sello tan especial que ningun mediano conocedor puede confundirlas ni aun con las de otros grandes artistas. Así ocurre con los cuadros de Rafael, el pintor que todos han admirado, muchos estudiado, poquísimos igualado, superado ninguno.

Discípulo de una escuela mística, como lo eran casi todas las manifestaciones pictóricas de la Edad media, Rafael, como Rossini en los tiempos modernos, es aquel genio que señala una línea divisoria entre el arte, fruto de la simple contemplacion extática, y el arte que remonta el vuelo á las esferas donde la luz se crea, para aplicar esa luz á las escenas de la naturaleza trasmitidas al lienzo.

El gran pintor italiano no rompe las trabas del arte, pero prescinde de ellas cuando le conviene; sus inspiraciones religiosas tienen por modelo una encarnacion perfectamente humana; pero este modelo es de tal valía y de la paleta de Rafael sale tan propio é idealizado, que ninguno se permite ver tras de la Vírgen sin mancha que se destaca entre los personajes de la *Santa familia*, á la terrestre y manchada *Fornarina*, que los italianos escandalizados vieron constantemente en el taller del portentoso jóven. Las debilidades del hombre desaparecen ante la gloria del artista: todos los biógrafos de Rafael se hallan contestes en que de no haber muerto en edad temprana, al principado del arte hubiera unido el principado de la Iglesia: Rafael estaba destinado al cardenalato.

Entre las obras más notables de ese artista inmortal, si es que en sus obras cabe más y ménos, los inteligentes señalan la *Santa Cecilia*, que hoy tenemos la satisfaccion de publicar, grabada de tal suerte que puedan apreciarse las grandes condiciones del original. Contémplese ese cuadro, y dígase si cabe en pintura humana más grandeza y más sencillez, más dulzura y más firmeza, más conjunto y más detalle, más idealismo cristiano y mayor conocimiento del natural.

A su altura han llegado solamente Murillo y Velazquez, Leonardo de Vinci y Miguel Angel.

LA CUADRATURA DEL CIRCULO

I

¡Qué buen sugeto era D. José! Si tú le hubieses conocido, amigo lector, le habrias querido y estimado, como le estimábamos y queríamos sus discípulos todos. Ni recuerdo, ni hacen ahora al caso sus apellidos; para nosotros fué siempre D. José y por D. José le conocíamos, sin que, á pesar de lo generalizado de este nombre, ocurriese una sola vez que con otro D. José le confundiéramos: el sabio profesor era para sus discípulos, que le querian entrañablemente, D. José por antonomasia. Él, por su parte, correspondia al cariño de sus discípulos con un afecto sin límites. Muchos años han trascurrido desde que, mozo aún, mejor diré, niño todavía, asistí á su cátedra y sin embargo lo recuerdo perfectamente. Paréceme estar viendo la bondadosa sonrisa estereotipada en su fisonomía franca y expresiva, la penetrante mirada que acompañaba al razonamiento como para llevar luz al espíritu del que le oia. Jamás se impacientaba; nunca la travesura ni la torpeza de los alumnos consiguieron arrancarle de su actitud reposada y tranquila, ni alterar su cariñoso trato: para el duro de entendimiento tenia recursos en su paciencia inagotable; para el travieso y díscolo palabras afectuosas, paternales consejos que producian en nuestro ánimo impresion más honda y duradera que las acres y destempladas reprimendas de otros profesores. En resúmen, D. José parecia haber nacido para sus discípulos, como sus discípulos parecian haber nacido para él: desde el primer momento establecíanse entre uno y otros lazos de union que ni el tiempo rompia, ni la distancia relajaba.

Y, circunstancia singular, siendo D. José, como llevo dicho, de una calma inalterable y de una igualdad de carácter á prueba de contrariedades y disgustos, entristecíase y se acongojaba visiblemente siempre que en el curso de sus lecciones habia de explicarnos *la cuadratura del círculo* ó lo que, en definitiva, viene á ser una misma cosa, la *rectificacion de la circunferencia*. No dejaba por eso de exponer con la claridad de siempre esas teorías, ni su razonamiento flaqueaba, ni olvidaba uno sólo de los recursos por él empleados á fin de hacerse comprender hasta por los mas tardíos de comprension; pero era evidente que estas lecciones producian en él desagradable efecto y que deseaba ardientemente pasar á otro asunto y á diferentes teorías. Sus discípulos consideraban esto como una rareza, de esas que suelen caracterizar á los grandes talentos y procuraban por su parte que las lecciones sobre enojosos puntos de rectificaciones y cuadraturas durasen el ménos tiempo posible. D. José se esforzaba en probar que en este famoso problema poco ó nada se ha adelantado ni puede adelantarse despues de Arquímedes; que la circunferencia está rectificada por aquel insigne matemático y que para los usos de la vida no se pasa ni es necesario ir más allá. «La circunferencia, decia, equivale á tres diámetros, más una séptima parte de otro; para las aplicaciones prácticas del principio no hemos menester más aproximacion. Ni Metius que determina la estrafalaria relacion de $\frac{355}{113}$, ni los matemáticos modernos que han llevado su exageracion hasta obtener adefesios con cerca de doscientas cifras que para nada sirven, ni, en una palabra, el mismo que llegase á encontrar la solucion exacta del problema habrian prestado servicio alguno á la humanidad, ni habrian contribuido en nada al adelantamiento de la ciencia: el hombre sabe ya en este asunto cuanto necesita saber, llega en la cuestion de cuadraturas hasta donde necesita llegar y es indiferente para él que la relacion entre la circunferencia y el diámetro sea aproximada ó exacta, puesto que la aproximacion puede llevarse hasta donde la misma exactitud no llegaria. Si mañana, cosa que no espero, apareciese uno de esos maniacos que á cosa tan baladí consagran sus vigilias, con la cuadratura del círculo determinada exactamente, la ciencia nada habria ganado, ni en nada modificaria este inútil descubrimiento la marcha de la humanidad. Problemas hay que preocupan y deben preocupar la atencion de los sabios: la navegacion aérea por ejemplo, la aplicacion de la electricidad como medio de locomocion y muchos otros que no hay para qué citar. Es evidente que si se resolviese con exactitud el problema de dar direccion á los globos, el modo de ser del hombre variaria de una manera notable: este problema merece ser estudiado, es digno de que el sabio consagre á su resolucion los desvelos y los trabajos más asiduos, ¡pero la cuadratura del círculo! ¡Bah! eso no vale el papel que se ha emborronado para hablar de ello.»

Nosotros escuchábamos al maestro y entendíamos que tenia muchísima razon; así que jamas nos propusimos dedicarnos á resolver no ya solamente la cuadratura del círculo, más ni la triseccion del ángulo, ni la duplicacion del cubo, que D. José calificaba de fútiles pasatiempos de desocupados.

Exigencias de la vida me separaron de D. José, mi querido maestro; él prosiguió ilustrando con sus lecciones á otra generacion que empujaba á la nuestra y despues á otra que, á su vez, empujaba á la siguiente y yo me lancé, arrastrado por el torbellino de los acontecimientos, en el mar proceloso de la vida social.

Muchas veces he pensado en D. José, muchas veces he recordado sus sabias lecciones y sus consejos tan prudentes como afectuosos, en más de una ocasion he sonreido recordando la inquina que aquel espíritu elevado y sereno sentia hácia la cuadratura del círculo y siempre ha sido dulce para mí este recuerdo de mis primeros años: nunca he podido evocar la simpática memoria del sabio maestro, sin recordar con afectuosa compasion el tinte melancólico que á pesar de su bondad inefable, se advertia constantemente en su mirada y se veia en su sonrisa. Esta circunstancia que no preocupó ni podia preocupar al adolescente, preocupaba al hombre: era indudable para mí que D. José habia sufrido ó sufria en la época de mis recuerdos alguna de esas desgracias para las cuales no hay consuelo posible y cuya amargura solamente es dado mitigar á la lenta pero incontrastable accion del tiempo.

Así discurria yo hace pocas noches paseando por los jardines del Buen Retiro, cuando sentí que me tocaban suavemente en el hombro; volví la cabeza y quedé agradabilísimamente sorprendido al encontrarme frente á frente de D. José que empezó por apretar fuertemente mi mano entre las dos suyas y acabó, en vista del gozo que advirtió en mi semblante, por estrecharme entre sus brazos.

Mi sorpresa, de la que no salí en muchos minutos, era tanto más agradable, cuanto ménos se parecia el D. José que yo encontraba al D. José de mis recuerdos. Diez y seis años trascurridos habian modificado en muy poco el aspecto de mi antiguo maestro: los cabellos habian blanqueado un poco; pero conservaba la misma claridad en su mirada, la misma benevolencia en su sonrisa y habia adquirido en los diez y seis años pasados algo que yo nunca pude encontrar en él, cierta aureola de satisfaccion y contentamiento que se revelaba en su semblante y se respiraba en cada una de sus palabras. El abatimiento y la melancolía que ántes se observaba constantemente en él, habian sido sustituidas por una alegría y una animacion que se trasmitian al que estrechaba su mano.

Dije á mi amigo la favorable mudanza que en él advertia, y él, sonriendo con alegría franca, me contestó con cierto aire malicioso:—*Es que al cabo, he resuelto la cuadratura del círculo.*

Estas palabras vagas trajeron á mi memoria la circunstancia de que ántes he hablado y no pude ménos de expresar mi curiosidad; él entonces, cogiéndome alegremente del brazo, me arrastró hácia uno de los sitios más apartados de los jardines, y haciéndome sentar y sentándose junto á mí, me dió dos palmadas en la espalda, estrechó mi mano de nuevo y exclamó:

—Querido, tú fuiste, ya lo recordarás, mi discípulo predilecto. Mucho contribuia á mi estimacion el hallar en tí felices disposiciones para la ciencia, y condiciones de aplicacion y laboriosidad poco comunes en los mucha-



VENDEDORA DE PERIODICOS



BODAS DE GUILLERMO DE ORANGE CON ANA DE SAJONIA, cuadro por H. Burck

chos, más amigos de divertirse que de estudiar, pero te confieso que una gran parte del cariño, que te he profesado siempre, reconocia por causa la consideracion hácia mí que he advertido en tu trato: yo comprendia que tú me querias de verdad y áun sospechaba que presumias la causa de mi constante tristeza y me compadecías; no sé si en esto me engañaba; pero eso creí y yo correspondia á tu afecto con cariño de padre. Dejaste de asistir á clase, me perdiste de vista; pero yo he conservado de tí grato recuerdo; tu alegria de hoy, franca y espontánea, me demuestra que tampoco tú me habias olvidado; lo celebro de corazon y por eso quiero que reanudemos el curso de nuestras interrumpidas relaciones: para esto nada más oportuno que referirte lo que hace años me entristecia y lo que hoy me tiene contento como unas pascuas. No sé si mi relacion te fastidiará, aunque espero que no; pero si me equivoco, ten paciencia; los viejos tenemos derecho á la indulgencia de los muchachos; yo soy tan feliz que necesito hacer á álguien participe de mi felicidad y nadie como tú, á quien he querido siempre.

Yo rogué á D. José que se apresurase á comenzar su relato y con ese estímulo, y despues de adoptar la posicion que le pareció más cómoda en la casi desvencijada silla, comenzó la relacion que voy á reproducir íntegra.

II

Los hombres suelen decir pestes del matrimonio: yo sólo bien puedo decir de ese dulce nudo. Me casé enamorado de mi mujer, y despues de casado la quise más cada dia. Las gentes de ahora dicen que esto es soberanamente ridículo; pues bien, amigo mio, en ridículo estuve desde que me casé hasta que tuve la desgracia, que lloro todavía, de perder á la que fué en vida mi primero y mi último amor, mi compañera leal, mi única amistad verdadera. Era mi Carlota una mujer como no he conocido otra alguna: yo empecé por estimarla y acabé por no comprender la vida sin ella.

Tú me conoces, sabes que no peco de apasionado, ni de ligero en mis determinaciones, por eso me creerás si te digo que cuando Carlota murió, deseé ardientemente morir; te lo aseguro: sin la existencia de una pobre niña de dos años, que habria quedado sola en el mundo, yo no hubiera sobrevivido un solo dia á mi esposa. Pero ésta al morir habia estrechado cariñosamente mi mano y señalándome con los ojos á nuestra hija que jugaba sonriendo en brazos de su nodriza, me dijo con voz apénas perceptible: *¡vela por ella!* y espiró.

A velar por mi hija, á cuidar de su porvenir me consagré desde entónces. Esta mision, que consideré sagrada, me dió fuerzas para sobrellevar tan rudo golpe.

Pasaron meses, trascurrieron años y sin que yo acierte á explicar la causa, me dí á pensar, cuando los cuidados de mi hija y de mi pequeña hacienda me dejaban vagar para ello, en la *cuadratura del círculo*. Fué una monomanía, que alimentó por espacio de muchos meses mi espíritu ocioso. Como yo no habia hecho estudios de geometría, hube de comenzar mis trabajos por aprender los rudimentos y engolfarme en el estudio de las matemáticas; compré cuantas obras se publicaban en Europa.

Libros elementales, obras magistrales, monografías, revistas científicas, cuanto de bueno ó de malo se escribia relativo á las ciencias y sobre todo al problema en cuestion comprábalo y lo coleccionaba yo con cuidado sumo, con lo que vine á consumir buena parte de mi hacienda.

Reservé, no obstante, para dote de mi Margarita, una casa que poseia en Madrid y que modesta y todo, bien valdria catorce mil duros, y esto me tenia perfectamente tranquilo.

Cierto dia, nunca lo olvidaré, creia ya haber dado al fin con la solucion del problema, estaba á punto de comprobar la exactitud, faltábame apénas obra de un cuarto de hora, cuando penetró en mi habitacion pálido, desencajado, cubierta la frente de sudor y con el traje en desórden mi amigo, más que mi amigo, mi hermano del corazon, Alfredo San Clemente, á quien en honor de la verdad, recibí casi con enojo, con verdadera impaciencia porque venia á interrumpir trabajo tan interesante para mí.

—Pepe, me dijo, desde aquí voy á saltarme la tapa de los sesos.

—Pero Alfredo.....

—Oyeme un instante. Si no tuviera un hijo, no te habria causado molestia alguna. La muerte no me espanta, sabes que la he deseado muchas veces: la vida sí: deseo dejarla para descansar. Pero tengo esposa, tengo un hijo, ¿qué será de ellos si muero? Yo no debo matarme y sin embargo, yo no puedo vivir.

—Explícate, ¿qué ocurre?

—Dominado por la pasion del juego, me he cegado, y he dispuesto de un capital que no era mio.

—¿Tú?

—Sí: yo; yo soy á estas horas un miserable ladron, á quien los tribunales enviarán á presidio y que legará la infamia del presidiario por única herencia á su hijo.

—Pero ese dinero... ¿no podrias restituirlo?

—Sí, si tú me ayudas.

—Cuenta conmigo para todo.

—Pues bien, se trata de lo siguiente: si pasado mañana no entrego la cantidad que tomé en depósito, ántes que someterme á un proceso, apelo al suicidio: mi resolucion es irrevocable. Yo puedo hallar la cantidad necesaria si garantizas mi firma.

—Es decir.....

—Es decir, que me facilitan ocho mil duros con un simple pagaré que tú garantices.

—Pero.....

—Basta, no he venido á discutir, amigo mio: ni quiero mortificarte, ni permitiré que te violentes en lo más mínimo. De antemano sabia que lo que pensaba solicitar de tí era difícil, casi imposible; sin embargo, tenia el deber sagrado de intentar este supremo esfuerzo, de apelar á este recurso último, ántes de abandonar á mi esposa, ántes de dejar á mi hijo sin padre. Esto he debido pensarlo ántes de cometer la infamia de que estoy avergonzado, tengo horror de mí mismo, comprendo que mis amigos me desconozcan, comprenderé mañana que los mios me nieguen y maldigan mi memoria. Adios.»

Causóme profunda pena ver alejarse así de mi lado á un amigo á quien habia querido siempre como hermano y que, á pesar de la grave falta cometida, tenia nobles y elevados sentimientos. Detúvole pues y le dije:

—Alfredo, yo no puedo permitir que te separes de mi lado con la desesperacion en el alma. Busquemos remedio al daño si le tiene; te he dicho que cuentes conmigo y no lo he dicho en vano. ¿Qué cantidad necesitas?

—Diez mil duros.

—¿Tienes medios de encontrar dicha cantidad?

—Tengo quien me la preste por tres meses si tú garantizas el pago.

—¿Y cuentas con recursos para pagar esos diez mil duros?

—Sí: para tí que me conoces, para tí que sabes (á pesar de la infamia en que he caido) que no ofrezco lo que no esté seguro de cumplir, para tí tengo esa seguridad. Mi tio Manuel, que hoy reside en América, es inmensamente rico, soy su único heredero, y mil veces me ha llamado á fin de que le ayude en sus negocios ofreciéndome un adelanto de quince mil duros en el momento en que pise los umbrales de su casa. Pues bien, solventado que sea este negocio, me parto para Cuba y ántes de mes y medio remito fondos para que recojas nuestro documento.

—Está bien: no me perdonaria nunca haberte abandonado en situacion tan difícil y haber visto indiferente la desgracia posarse sobre tu familia. Yo garantizaré el pago de los diez mil duros. Pero á mi vez he de hacerte un ruego: yo tambien soy padre, al prestarte este servicio comprometo, no mi fortuna, que eso nada me importaria, sino el porvenir de mi hija. Lo que garantiza tu salvacion es el dote de Margarita. Te he dicho bastante, no olvides esto.

Alfredo visiblemente conmovido, levantóse á estrecharme la mano, y dijo en voz apénas perceptible: *gracias*, y salió.

Al dia siguiente se formalizó la escritura; mi casa quedó hipotecada al pago del capital é intereses y los diez mil duros fueron entregados á mi amigo Alfredo.

Cuando hubimos terminado las enojosas operaciones que esos asuntos requieren, Alfredo me dió un fuerte abrazo y me dijo: «Has devuelto un hombre á la sociedad, un esposo á la esposa, un padre á su hijo; te debo la vida, la honra y la familia; eres más que mi padre: te juro que no lo olvidaré nunca. Mañana mismo salgo de Madrid, cuenta desde luégo con la cantidad necesaria para recoger ese documento y despues con todo, absolutamente y sin restricciones, con todo lo que yo pueda y valga.»

Las emociones de aquellos dos dias me habian distraido de mi monomanía de rectificaciones y cuadraturas: cuando torné á mis trabajos no pude dar con la solucion que tan satisfactoria me parecia, y tuve que comenzarlos de nuevo.

Pasaron algunas semanas y no supe de mi amigo Alfredo: pasaron los tres meses y el prestamista se presentó reclamando su capital. Le expliqué lo ocurrido, dijo que lo deploraba, pero que necesitaba sus fondos; conseguí al cabo que me concediera, mediante pago de intereses, un plazo de próroga.

Para no cansarte, Alfredo no dió razon de su persona ni de los diez mil duros: el prestamista al cabo de varias renovaciones y cuando habia cobrado de intereses casi más de lo que el capital importaba, me obligó á deshacerme de la casa, con lo que me quedé sin fortuna, y mi hija Margarita sin dote.

No recuerdo haber tenido en mi vida pesadumbre mayor, á no ser cuando murió mi querida Carlota.

La verdad es que estaba desesperado. Renegaba de mi debilidad, que fué verdaderamente criminal, maldije á mi infame amigo, pero ni la maldicion ni el arrepentimiento me devolvieron la casita que era el dote de mi pobre hija.

¡Cuánto lloré en aquellos dias! Yo no tenia derecho, me decia, para haber comprometido lo que ya no era mio. Si en vez de consagrar mi tiempo á investigaciones pueriles y á problemas vanos hubiese visto mundo y conocido á los hombres, no me habria dejado sorprender por un infame embaucador. Me deshice de mis libros por ménos de una centésima parte de lo que me habian costado y utilizando los conocimientos que mi locura me habia hecho adquirir, me dediqué á la enseñanza de las matemáticas.

Esperaba ¡necia esperanza! recuperar el dote perdido de mi querida Margarita que ignorante de todo lo ocurrido me atormentaba con sus halagadoras caricias que yo creia nó merecer.

Por entónces te conocí; ya sabes cuál era la causa de mi tristeza. Comprendí muy pronto lo imposible de realizar mi propósito. Mis lecciones me daban apénas lo suficiente para cubrir las atenciones más perentorias. ¿Cómo pensar siquiera en rehacer ese capital? Era preciso renunciar á dar un dote á Margarita: esto me llenaba de angustia y de tristeza. Por eso...—pero el concierto ha terminado, amigo mio; mi hija me espera y no quiero hacerla esperar. Falta el epílogo de la historia; si quieres conocerlo, vente mañana á almorzar conmigo. Almuerzo á las once; no fumo, pero tengo buenos tabacos para los buenos amigos, y estaremos solos. Ahí va mi tarjeta,—dijo,—y me abandonó perdiéndose despues entre la multitud.

III

No falté á la cita. Mi antiguo maestro me recibió cordialmente; advertí en su semblante la misma animacion, la misma alegría comunicativa que tanto me habia sorprendido la noche anterior.—Querido discípulo, me dijo, contando con tu aprobacion, he dispuesto que nos sirvan el almuerzo en mi cuarto: como ayer te dije, estamos solos: lo que he de referir es sobradamente conocido para mi familia y no quiero molestarles con repeticiones que hastían; por otra parte, solos estaremos con más libertad. La felicidad me ha convertido no precisamente en gloton, pero sí en un tanto gastrónomo: á la mesa pues.—El almuerzo fué de verdadero gastrónomo, delicado y dispuesto con inteligencia; el mismo Brillat Savarin, que ha elevado á ciencia el arte culinario, nada habria podido tachar ni en la eleccion de platos ni en el servicio de vinos.

Cuando saboreábamos un café delicioso y miéntras el mismo D. José escogia para mí un tabaco de la más acreditada marca, comenzó de nuevo su interrumpida relacion diciendo:—Te he nombrado varias veces á mi Margarita. Como pronto has de conocerla no quiero hacer su retrato: los padres son naturalmente apasionados y llegan á convertirse en fastidiosos y áun ridículos cuando de sus hijos se trata. Mi hija es á mis ojos un verdadero ángel: me doy á creer que el espíritu de mi bondadosa y angelical Carlota reencarnó en el cuerpo de Margarita. Su misma bondad, su abnegacion misma, su..... ¿lo ves? habia prometido no hablar de ella y sin querer me extiendo en elogios suyos; la quiero más que á mí, ha sido mi sosten y mi ayuda en mis tribulaciones, me ha consolado en mis largas noches de duelo y de amargura, ¿qué mucho que la adore con toda la fuerza de mi alma?

Pues bien, mi buena Margarita creció en años y creció al mismo tiempo en donaire y en belleza aumentando á la vez su inteligencia y su bondad. Margarita era la alegría de la casa; veíame constantemente triste y discurria siempre nuevos medios y recursos ingeniosos para alegrarme: siempre concluia por hacerme reir y una vez obtenido este resultado, brincaba de gozo y palmoteaba cantando, enorgullecida de su victoria: yo habria dado por ella mi vida y mi alma. Su presencia sola, me hacia olvidar de todo: cuando quedaba solo en mi habitacion volvia á mi memoria mi locura y mi imprudencia y lloraba lágrimas de sangre al comprender la imposibilidad de recuperar lo perdido y el triste porvenir reservado á la pobre niña si yo faltaba: la idea de morir yo, me causaba espanto y daba vueltas á mi imaginacion, aunque inútilmente, buscando medios que nunca hallaba de hacer fortuna.

En una ocasion me pareció advertir en los ojos de Margarita señales de llanto: esto me alarmó. A su edad, solamente pesares de amor se conocen. Sospeché que Margarita pudiera estar enamorada y esta sospecha me hizo sufrir de dos modos: experimenté en primer lugar una dolorosa impresion que no sé si llamar celos ó envidia: parecíame que á Margarita debia bastarle con mi cariño sin límites y se presentaba á mi vista, horrible, desconsoladora la realidad: Margarita amaba, para mi era indudable: á su edad, solamente por amor se llora; llegaria un dia en que abandonaria por la casa conyugal el hogar paterno, y aquella idea que nunca hasta entónces me habia ocurrido, llenó de espanto y de luto mi corazon. ¡El hombre es ante todo y sobre todo egoista! Mi egoismo se sublevó ante la idea de separarme del ángel de mi hogar.

Temblé además por ella, ella pobre niña todo candor, todo inocencia, ¿en quién habia fijado sus miradas? Acaso en el primer mozalbete necio y corrompido que hubiese acertado á encontrar, con dulces frases y tiernos requiebros, el camino de su corazon.

Resolví hablar á mi hija, y aquella misma noche, ántes de retirarnos á descansar, hícele que se sentase á mi lado y cogiendo entre mis manos su linda cabeza, y fijando en los suyos francos y serenos mis ojos investigadores, le dije:

—Margarita, has llorado mucho y yo ignoro la causa; ¿no soy ya tu amigo? ¿no tienes ya confianza en tu padre que tanto te quiere?—Dime tus penas como yo te he dicho las mias. Si tienen remedio, entre los dos lo buscaremos; si no le tienen, las lloraremos juntos. No me hagas sospechar que guardas algun secreto que no puede conocer tu padre.

Entónces Margarita, que habia mantenido sus ojos bajos, los clavó en mí con una claridad que revelaba la pureza de su espíritu, y me dijo:

—Es verdad que he llorado: ni tengo por qué ocultarlo, ni lo he callado sino para ahorrarte disgustos, que hartos tienes. La desgracia, una desgracia que no comprendo, pero que no por eso es ménos terrible, ha venido á destruir esperanzas de amor que hace algunos meses alimentaba: á eso se reduce todo, papá. No te aflijas por eso, espero que esto pasará y que..... al decir esta pala-

bra, las lágrimas corrian por sus mejillas; habria dado mi vida por ahorrarle aquel dolor.

—Pero ¿de qué se trata?—le pregunté;—explícamelo todo, yo soy viejo, tengo experiencia y acaso encuentre remedio para lo que tú juzgas irremediable.—Entónces me dió una carta que conservaba señales de haber sido muchas veces leida y como regada con lágrimas y que decia así:

«Margarita, la anhelada carta de mi padre ha llegado al cabo: ojalá no hubiese llegado nunca. De ella esperaba nuestra felicidad y ella viene á desvanecer nuestras esperanzas. Mi padre, que hace dos años es inmensamente rico, me dice que debo unirme á una mujer por él elegida, y que, en otro caso, su fortuna entera, que no le pertenece, pasará á poder de un extraño. En nada tengo la eleccion de mi padre; yo nunca me uniré á otra mujer que á mi idolatrada Margarita; pero, ni como caballero leal, ni como hombre honrado puedo unir mi suerte á la tuya sin contar, como hoy no cuento, con la fortuna de mi padre que pensaba ofrecerte. Lo peor del caso, querida Margarita, es que mi buen padre me explica su resolucion de tal manera que yo mismo no puedo ménos de aprobarla y de aplaudirla. Adios Margarita: sé feliz, yo seria criminal si uniese mi desgraciada vida al sér por quien haria toda clase de sacrificios.»

No quise leer más, y pregunté á mi hija:—Pero ¿quién es este jóven? ¿Dónde le has visto? ¿Cómo os hablais?

—Nunca nos hemos hablado; le ví en el teatro hace dos años, y desde entónces me sigue á todas partes; me ha escrito y le escribo. Nada más.

—No son noticias muy tranquilizadoras; pero yo deseo ver y hablar á ese muchacho: dile que venga si tienes medio de decírselo y si no se asusta de ver á tu padre, que no se asustará si son leales sus propósitos.

—Le escribiré,—me dijo,—y vendrá mañana.

Y en efecto, acudió al dia siguiente: desfavorablemente prevenido estaba yo; pero no pude ménos de confesar que su exterior le favorecia mucho.

Simpático, de desenvueltas y corteses maneras, digno sin arrogancia, respetuoso sin humildad se presentó á mí y despues de breves frases de cortesía, á mis preguntas categóricas contestó tranquilamente y con emocion visible:

—Yo amo á Margarita y pretendia hacerla mi esposa; nunca la he hablado; pero conozco lo que vale y sé que no la merezco. Terminada mi carrera y juzgando á mi padre inmensamente rico, porque afortunadas especulaciones realizadas en los Estados Unidos hace dos años, le han hecho adquirir muchos millones, esperaba conocer sus intenciones con respecto á mí para pedir á V. la mano de Margarita. Escribí en este sentido y la carta de mi padre ha llevado á mi espíritu el desaliento, la desesperacion. Mi padre me dice que ha realizado, en efecto, fabulosas ganancias, pero que esas ganancias, su fortuna toda y su vida no le pertenecen, sino que son de derecho y de hecho de un hombre á quien debe vida, honra y hacienda, y á quien él en cambio ha sumido, sin quererlo, en la ruina y en la desesperacion. «Este hombre generoso y noble, escribe mi padre, tiene ó debe tener una hija; esa es la que yo en mis sueños te destinaba si llegase á tanto tu fortuna que la merecieses; pero si esto no pudiera ser cuenta con que mi hacienda es toda de ese hombre»: mi padre refiere á continuacion el fundamento de su resolucion, y el relato, que me permitirá V. omitir, es tal, que si mi padre vacilase, seria yo el primero que le infundiese ánimos.

Fácil te será comprender la emocion con que yo le preguntaria:—¿Cómo se llama el padre de V.?

—Alfredo San Clemente.

La alegría, el aturdimiento, la emocion que de mí se apoderaron, fueron tales, que caí casi desvanecido en la butaca; pronto volví á los cuidados de mi hija que habia acudido inmediatamente y entónces, con las miradas fijas sobre mí y casi juntas aquellas nobles cabezas en que la bondad, la belleza y la juventud resplandecian por igual, contemple á los jóvenes con gozo inefable, cogí la mano de mi hija y la del que consideraba como hijo, y uniéndolas con efusion exclamé:—Sed muy dichosos hijos mios: ambos lo mereceis.

Nada tengo que añadir á lo expuesto que tú no adivines. Con el regreso de mi buen amigo el millonario Alfredo, coincidió la boda de Margarita y mis hijos me han impuesto, como ves, *la dolorosa condicion* de vivir con ellos.

Ya ves si tengo motivo para que la felicidad me anime y me haga comunicativo y fastidioso. La familia se ha aumentado con un respetabilísimo caballero que tiene cuatro meses y medio y que ya me conoce y me quiere mucho más que á su madre, aunque ella lo niega y no quiere confesarlo.

Los judíos y áun los cristianos han conservado la creencia de que las faltas de los padres caen sobre los hijos y los hijos de sus hijos hasta la cuarta generacion: yo he descubierto que el bien realizado por el padre viene á redundar en pro de los hijos. Este principio es más sano y más consolador.

Por eso te decia ayer que habia descubierto *la cuadratura del círculo.*

Así y todo no te aconsejaré que sirvas de fiador al mejor amigo que necesite tomar dinero á préstamo. Mi amigo Alfredo es un ejemplar único y yo he tenido la suerte de tropezar con él. Es casi seguro que si tú hicieses lo que yo, no resolverias como yo he resuelto *la cuadratura del círculo.*

A. SANCHEZ PEREZ



LO AJENO, dibujo por R. Rossler

NOTICIAS VARIAS

SINGULAR CASO DE INCENDIO.—El periódico de Lóndres «La Naturaleza» da cuenta de un curiosísimo caso de incendio. Dice que dos señoras estaban de visita en un salon, cuando una de ellas observó que salia humo del vestido de su vecina. Buscóse al punto la causa, y se reconoció que aquel principio de incendio habia sido ocasionado por los rayos del sol, que una lente de grafoscopo ó de estereóscopo, colocado en una mesa inmediata, habia hecho converger sobre el vestido de la dama. Seria curioso saber si se han conocido ya hechos semejantes; pero de todos modos este ejemplo prueba bien que una causa muy sencilla produce, ó puede producir grandes efectos, sin que se sospeche su orígen las más de las veces.

* * *

FERRO CARRIL ELÉCTRICO.—El que debe enlazar las estaciones de Charing Cross y de Waterloo en Lóndres pasará por debajo del Támesis y será de doble vía. Como esta línea ha de ser en gran parte subterránea, se ha procurado evitar el humo que despiden las locomotoras, valiéndose al efecto de la electricidad como fuerza motriz.

Los wagones marcharán separadamente para que la circulacion pueda ser más numerosa y facilitar las paradas; serán de acero y de madera; sus ruedas estarán movidas por una máquina dinamo-electrica puesta en el centro del wagon que recibirá la corriente eléctrica por un rail conductor. Los extremos de cada carruaje formarán los compartimientos, que serán de dos clases, y que estarán á 22 centímetros del suelo. En los extremos de la línea los wagones girarán sobre plataformas para cambiar de vía, produciendo la electricidad todos estos movimientos.

La velocidad reglamentaria será de 17,5 kils. por hora, de suerte que en tres minutos y medio se podrá recorrer todo el trayecto.

* * *

LAS MINAS DE SANTA RITA.—Las que se han descubierto últimamente en las montañas de este nombre, en Treson (Arizona), contienen inmensa cantidad de cuarzo argentífero de una riqueza fabulosa. No se habia concido nada semejante hasta aquí.

BIBLIOGRAFÍA

El fecundo é ilustrado escritor D. Enrique Rodriguez Solís acaba de publicar un libro notabilísimo con el título ESPRONCEDA, SU TIEMPO, SU VIDA Y SUS OBRAS.

El autor, modestamente, califica de ensayo su libro; y, sin embargo, es un trabajo concienzudo y eruditísimo, que no revela al principiante que ensaya, sino al maestro que funda.

El Sr. Rodriguez Solís, conduciendo de frente la historia de la época y la de su biografiado, ha dado á la figura de Espronceda un realce y una grandiosidad que de otro modo habrian sido imposibles. Si el Sr. Rodriguez Solís hubiese dicho que Espronceda fué conspirador y emigrado, habria pintado la verdad; pero la sublime eminencia de carácter que, para serlo en tiempos de Fernando VII era absolutamente necesaria, habria pasado inadvertida para los españoles de esta generacion, acostumbrados á ver solamente lo glorioso del peligro que amenazó breves dias á los hombres de la revolucion de Setiembre, y el ninguno en que despues estuvieron los del golpe de Estado del 3 de enero, y luégo los de la restauracion de Sagunto.

Pero el sagaz autor, con artística habilidad y contraste exquisito, nos pinta á Espronceda el 7 de noviembre de 1823, á la puerta principal de los Estudios de San Isidro, lívido, palpitante, ardiendo en justísima indignacion, y sin proferir un solo acento, al ver al general Riego metido en un seron de esparto, tirado por macilento pollino, vestida negra hopa y en la cabeza el birrete de los ajusticiados, pálido, exánime, medio cadáver, insultado ferozmente por la hez de los manolos y de las manolas,



TERTULIA DE CONFIANZA, cuadro por V. Palmaroli

ver allí al niño de 15 años componiendo tranquilamente los fragmentos del PELAYO; semejante, aunque no igual, á Cervantes, cuando en la prision de Argamasilla concibió el sin par *Don Quijote de la Mancha*. ¿Quién no ve ya en el convento de Franciscanos de Guadalajara al espíritu brioso que luégo habia de escribir EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA, y de empezar EL DIABLO MUNDO?

Es necesario leer toda la obra para comprender lo feliz del consorcio entre la historia y la biografía, explicándose é ilustrándose mutua y continuadamente, sin desmayos ni vacilaciones y en estilo siempre sobrio, enérgico y galano.

Una rectificacion, no obstante, hemos de hacer á una frase deslizada al correr de la pluma, y que no expresa ni el pensamiento ni la conviccion del Sr. Rodriguez Solís. Lo cual nos consta.

Dice el autor en la rapidez de su resúmen, que Espronceda, al dar el tono á la nueva generacion, *rompió* los antiguos moldes, y destruyó las antiguas reglas. No es esto lo que ha querido decir el Sr. Rodriguez.

Nadie más escrupuloso observador de las reglas que Espronceda; nadie más admirador de los clásicos (igual en esto á todos los que tuvimos la gloria de oir las lecciones del gran maestro D. Alberto Lista). Espronceda fué un progreso, y el progreso consiste rara vez en destruir; pocas veces en reemplazar; y siempre, siempre, siempre en acrecentar; que la honda se usa aún juntamente con el Remington, y el remo con la hélice, y el caballo no ha sido destruido por la locomotora; ni los frutos coloniales han hecho prescindir del antiquísimo pan; ni el telégrafo ni el teléfono destruirán jamás la escritura de Cadmo, ni la civilizadora accion del periodismo.

Reciba el Sr. Rodriguez Solís nuestro más distinguido parabien.

E. BENOT

misericordiosamente suspendido por los hermanos de la Paz y Caridad para que no llegara destrozado á la horca de la Plaza de la Cebada, y rodeado de frailes que le ayudaban á bien morir con gritos pavorosos. Junto á esta pintura es cuando se concibe la audacia de los jóvenes, *casi niños*, que formaban la atrevida sociedad secreta de los *Numantinos*, y la bravura que necesitaban Espronceda y sus amigos y secuaces para reunirse en un sótano de la calle de Hortaleza, alumbrados mezquinamente por dos angostos tragaluces, y jurar allí no omitir medio ninguno para vengar la muerte del General.

Para hacernos comprender el heroísmo de Espronceda cuando en octubre de 1830 penetró en España con Don Joaquin de Pablo *(Chapalangarra)*, nos pinta Solís á este coronel acribillado por las balas realistas al arengar á los Voluntarios de Navarra que en la guerra de la Independencia habia tenido á sus órdenes; y entónces es cuando se conciben los prodigios de valor de Espronceda para detener á Eraso, jefe de las tropas de Fernando VII, teniendo que combatir cada liberal contra diez realistas cuando ménos.

¡Grandiosa es la poesía de Espronceda! ¡inmensa su imaginacion; sorprendente su inventiva! En absoluto, no necesita de contrastes ni comparaciones para cautivar la universal admiracion; pero ¡cuánto más grande aparece al lado de las infames y desdichadas coplas de los degradados poetastros de Fernando VII, desenterradas con admirable diligencia por el Sr. Solís!

La muchedumbre de datos reunidos por el autor es tanta, que, de cierto, no habrá erudito que no tenga en la obra algo que aprender; y el interés es tal, que semejante riqueza nunca parece demasiada.

Y, no obstante, los rasgos puramente personales están escogidos con una encantadora sobriedad.

Escosura queria conocer á Espronceda por los elogios que un vecino de éste (el cadete José Valls) le habia hecho. Desde el patio de la casa gritó Valls: *Pepe, Pepe!* A este llamamiento, ven aparecer en un balcon del piso 3.° á un mozuelo gentil, de negra y rizada cabellera, que, con regocijado semblante, les grita: *Allá voy;* y, cabalgando en la barandilla del balcon, se abraza á un canalon de hoja de lata que desde el tejado y para desagüe bajaba al patio, y con rapidez vertiginosa se deja caer por el mismo canalon, que crujía y se cimbraba, amenazando hacerse trizas. ¿Quién no ve ya, dada esta audacia y tal desprecio de la vida, al defensor de las barricadas de Paris en 1830, y al bizarro sucesor de Chapalangarra? ¿Al hombre osado que luego habia de ser víctima de las más hondas pasiones?

Delatada la sociedad secreta de los *Numantinos*, la causa, gracias á la intervencion del ministro Cea Bermudez (pariente de Ventura de la Vega, otro de los imberbes conspiradores), fué arrancada de las manos del tribunal militar presidido por el tigre Chaperon, y remitida á la Sala de Alcaldes; la cual sólo condenó á Espronceda á cinco años de reclusion en el convento de PP. franciscos de Guadalajara; y desde luégo el Sr. Solís nos hace



LA GOLONDRINA

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 14 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 72

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

GORRA DE PLATA, retrato que forma parte de la Galería de mujeres hermosas

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Triunfo de los actores portugueses.—Lucinda Simoes.—No estudiamos las cosas de Portugal —Dificultades del portugués en la escena. —El lenguaje del alma. —Ovacion entusiasta —Diferencias entre Furtado Coelho y su esposa Lucinda. —La escuela de don Julian Romea —Unas palabras de Arderius.—Alegría general. —El arte une los pueblos.—Campoamor en el Ateneo.— Sus originalidades —Defensa de la metafísica.

¡La compañía portuguesa ha triunfado!

El dia en que dieron los apreciables artistas lusitanos su primera representacion, acudió al teatro de la Comedia numerosa concurrencia.

Todo el mundo se preguntaba:

—¿Cómo acabará esto?

¡Y la verdad es que acabó con una verdadera explosion de entusiasmo!

¡Portugal nos dominó con las dulces cadenas del arte escénico!

***

Durará mucho tiempo en mi memoria la impresion que recibí aquella noche.

Nosotros no sabíamos que Portugal atesorase una actriz como Lucinda Simoes.

Tenemos el defecto, -preciso es confesarlo,—de ignorar las cosas portuguesas. Por encima de los Pirineos miramos á Europa, y sobre todo á Francia, de la cual copiamos ó imitamos la literatura, las modas,... hasta los sentimientos; pero rara vez dirigimos una mirada al otro extremo del Tajo.

Virginia Marini es una actriz italiana tan popular en Madrid que apénas se encontrará quien alguna vez no la haya aplaudido.

Antes de que presenciáramos las representaciones de Sarah Bernhardt teniamos ya multitud de ideas sobre esta actriz extraordinaria, adquiridas por medio de la prensa francesa. Conocíamos sus cualidades y sus defectos; habíamos leido el inventario de sus trajes y de sus joyas riquísimas; sabíamos que su arte estaba sancionado por la crítica del mundo entero; que la opinion soberana habia dictado su fallo, y que no podíamos ser una nota discordante en el concierto artístico del mundo entero.

Así es que cuando vino Sarah Bernhardt, nuestros aplausos á la actriz francesa fueron una especie de reconocimiento de la fama que la precedia.

Pero con Lucinda Simoes, actriz portuguesa, no ocurrió nada de esto. Nadie la conocia: no tenia historia, por lo ménos, para nosotros.

Salió á la escena y se impuso en seguida, por su naturalidad y la manera exquisita de expresar los afectos del alma

¡Cosa rara! Apénas se la entendia... Esa lengua tan vecina de la nuestra, ese idioma que (dispensen los portugueses) puede ser considerado como un dialecto, que todos los españoles traducimos sin necesidad de maestro, nos resultaba completamente oscuro en la escena. Aquello era una tenebrosa noche iluminada tan solo de vez en cuando por momentáneos fulgores. Imaginad un desierto donde al cabo de largas jornadas por las arenas se descubre algun oasis con vegetacion, con agua, con sombra deliciosa, y tendreis una idea de lo que resultaba para nosotros la lengua portuguesa en la escena española.

Los oasis á que me he referido en el símil anterior eran las palabras que solian llegar á nuestro oido, completamente castellanas, y que nos hacian decir por un instante:

—¡Vaya!... ¡Si lo entiendo!

Hasta que volvíamos á penetrar en las densas tinieblas de lo desconocido.

Pero.. la mímica, la accion, los movimientos de la figura ejercen un poder inmenso en el arte teatral.

Una vez presentada la eminente Lucinda, si no entendíamos los sonidos, podíamos seguir la comedia en los ojos y en la sonrisa de la actriz portuguesa.

El lenguaje del alma es universal; se entiende en todas partes.

Además, la obra que se representaba era la comedia de Dumas hijo titulada *Demi monde*, y pocas personas habria aquella noche en el teatro que no la conocieran.

Lucinda Simoes, esposa de Furtado Coelho (otro actor notable de la compañía portuguesa) hacia el papel de *baronesa d Auge*.

Como he dicho ántes, su primera salida nos impuso ya á todos.

Habíamos empezado á sonreirnos desdeñosamente, y bien pronto quedó nuestra soberbia castigada. Nos pusimos serios.

Cayó el telon despues de concluirse el primer acto, y se oyó repetidas veces en los pasillos esta exclamacion;

—¡Ya quisiéramos nosotros poseer una actriz semejante!

Y eso que Lucinda no habia tenido aún ocasion de desplegar los recursos de su talento maravilloso.

No tardó mucho, sin embargo, en hacer de ellos ostentacion poderosa.

En el segundo acto vióse envuelta en una atmósfera de cariñosa simpatía.

Los aplausos fueron merecidos.

Y en los actos siguientes obtuvo la insigne actriz una ovacion entusiasta, delirante, fanática.

Su esposo Furtado Coelho compartió justamente con ella los aplausos.

Son dos artistas de primera fila. Él tiene la ventaja para nosotros de vocalizar muy bien, de modo que se le entiende la mayor parte de lo que dice.

¡Cómo hizo la relacion en que Olivier de Jalin explica á Raimundo de Nanjac los misterios del *demi monde!* ¡Admirable!

Pero Furtado Coelho no es tan natural como su esposa; y en eso estriba su inferioridad.

Lucinda tiene la sobriedad de procedimientos propia de todos los grandes artistas. Habla como podria hablar en su casa; pero en su voz, en su figura, se reverberan los sentimientos como si al través de un cristal contemplarais su alma.

Yo no recuerdo más que otro actor que poseyese la naturalidad y el talento escénico que nos ha revelado Lucinda. ¡Ese actor era nuestro inolvidable D. Julian Romea!

Cuando el representante del teatro de la Comedia, que habia tenido la atencion de enviarme una butaca de primera fila, vino á preguntarme qué me parecia, no pude ménos de prorumpir en vivas y entusiastas exclamaciones.

A iguales extremos se entregaban todos los autores dramáticos, literatos, artistas, críticos y periodistas que habian presenciado la primera representacion portuguesa.

Arderius, el activo empresario de la Zarzuela, me dijo lo siguiente:

—A mí no me extraña el entusiasmo de Vds. Yo conocia de antemano á esa gente. En Portugal hay buenos actores. Desengáñese V.... salvo dos ó tres excepciones, Madrid es la capital del mundo que tiene peores artistas escénicos. ¡Ya ve V.! ahora acabamos de reconocer y sancionar el mérito de dos artistas portugueses completamente desconocidos del público madrileño. Ya sólo nos falta una cosa; y es aplaudir en la corte de España á una compañía regional, la catalana, por ejemplo, y tener que confesar (como así sucedería si viniesen á dar en Madrid algunas representaciones) que los actores catalanes representando obras de *Serafí Pitarra* y otros dramaturgos del antiguo Principado, superan á los artistas que escuchamos y áun aplaudimos en Madrid comunmente.

***

Digamos en honor de la verdad que todo el mundo se alegraba del éxito obtenido por los portugueses.

Portugal es nuestra hermana; y el dia en que establezcamos entre la patria de Calderon y la patria de Camoens verdaderos lazos artísticos, que son los que más fuertemente atan á los pueblos, el dia en que sea mutua la gloria de las bellas letras y de las artes de ambos paises, aquel dia Portugal y España quedarán unidos.

Yo contribuí con mis aplausos, y contribuyo ahora con lo que dejo dicho.

Me vanaglorio de ello. Por lo ménos, uno de los sutiles hilos de que se componga la cinta que ha de unir ambos pueblos es obra mia.

***

La otra noche celebróse una velada en el Ateneo de Madrid llena de amenidad y de atractivo.

El venerable poeta D. Ramon de Campoamor hizo el resúmen de los debates que durante este año se han sostenido en la seccion de Literatura.

Ya se sabe: Campoamor tiene las simpatías unánimes del Ateneo.

Es un conservador reformista.

Este año ha presidido la seccion de una manera original y nueva. Desde la presidencia ha tomado parte en los debates explicando teorías y diciendo agudezas ni más ni ménos que si en vez de estar sentado en la presidencia se hallara sentado en las butacas.

Muchos de los que asistian á los debates, no decian:

—Voy á la sesion de Literatura.

Sino:

—Voy á ver presidir á Campoamor.

Muchas noches presidia con el sombrero puesto.... como en familia; lo cual autorizaba á los socios para que hicieran lo mismo.

—¡No sabia—dijo uno—que Campoamor fuese tan amante de Aristóteles!

—¿Por qué lo dice V.?

—Porque lo sigue hasta en el capítulo *de los sombreros.* Parece exclamar como aquel personaje de Molière:

—Aristóteles manda que nos cubramos.

***

Pues bien, el resúmen del Sr. Campoamor fué coreado por las risas y los aplausos del auditorio.

Leyó con muchísimo gracejo unos trozos del libro que con motivo de aquellas discusiones dará pronto á luz, y que se titulará *Ideismo.*

El trabajo del Sr. Campoamor es una ingeniosa defensa de la metafísica.

Intencion, gracia, originalidad, delicadeza, humorismo... todo esto se encuentra á manos llenas en la Memoria del ilustre poeta.

Campoamor es una especie de místico volteriano que anda por el mundo ejerciendo sus funciones con la piqueta demoledora en una mano y un instrumento de paz y de concordia en la otra.

Decia un socio del Ateneo:

—¡Nadie tiene ménos derecho á ser metafísico que el Sr. Campoamor!

—¡No veo la razon!

—Pues yo sí. El Sr. Campoamor es persona que goza de todas las comodidades de la vida. Es imposible poderle aplicar el verso de Cervantes:

—¡Metafísico estais!—Es que no como....

PEDRO BOFILL

Madrid 10 de mayo de 1883

NUESTROS GRABADOS

GORRO DE PLATA

(Retrato que forma parte de la Galería de mujeres hermosas)

—Dime con quién andas y te diré quién eres.

Esto dice el refran.

Nosotros no somos *refranistas*, pero nos permitimos decir:

—Dime qué coleccionas, y te diré cuáles son tus sentimientos.

¿Coleccionas escarabajos ó caracoles? Eres pacífico por excelencia.

¿Coleccionas billetes de banco? Eres ambicioso.

¿Coleccionas onzas de oro? Eres avaro.

¿Coleccionas sellos de correo? Eres muy niño ó muy bobo.

A pesar de todo, ¿qué concepto formaríamos del que colecciona retratos de mujeres hermosas? Somos francos; formaríamos un buen concepto.

Y no se crea que, al emitir esta opinion, pagamos tributo á un grosero materialismo. El sensualista, el que en la belleza no halla otra cosa que el instrumento del placer; ese podrá, si quiere, largarse á Turquía, y comprar, si puede, el harem de algun turco tronado que venda en un lote sus mujeres y sus caballos.

Por nuestra parte, y sin erigir en principio de derecho, como el areópago, que en la belleza no cabe el delito; diremos que la contemplacion de esa belleza, cualquiera que sea su manifestacion, y más aún bajo la forma de la mujer, eleva el pensamiento á esferas superiores y es fuente de inspiraciones nobles, que ejercen poderosa influencia en nuestra manera de sentir y, por consecuencia, de obrar.

En este supuesto, es de aplaudir el pensamiento de aquel rey de Baviera que inició en su palacio una galería, hoy ya numerosa, de las mujeres hermosas de su Estado, sin distincion de clases. Y algo útil contendria este proyecto, cuando otros Estados alemanes lo han adoptado.

El ejemplar que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores, demuestra que el encargado de escoger los tipos corresponde dignamente á la difícil y agradable mision que le ha sido confiada.

ZAMBRA DE GITANOS, cuadro por J. Rougeron

No todos los moros salieron de Granada cuando en la Torre de la Vela se enarboló el pendon de los Reyes Católicos.

Semilla de África quedó en la oriental ciudad que baña el Genil, y esa semilla fructificó, pese al inquisidor Torquemada y al decreto de expulsion de los moriscos y á los autos de fe y á todas las persecuciones civiles y religiosas con que la Iglesia y el Estado abrumaron á los levantiscos herejes. Los descendientes de aquellos que fueron dueños de Granada y la perdieron como se pierde todo, por sus miserias, celos y rencillas personales, habitan, siquiera en pequeño número, y por dicha suya, cabe aquella maravillosa Alhambra que construyeron sus abuelos bajo los planos concebidos por una sensual *huri;* y aunque pobres, despreciados y solamente en comercio tenebroso con algunos extranjeros, aspiran el aroma de las flores en la cuesta de Gomeles ó se guarecen indolentemente de los rayos del sol debajo de los románticos cipreses del Generalife.

Si, por acaso, vais á Granada y acertais á asomaros por el delicioso mirador de Lindaraja, descubrireis un barrio típico, el Albaicin, que conserva no sólo su nombre, sino su antiguo aspecto. Allí casi nada ha cambiado, ni las cosas ni las personas. Si los soldados del Rey Chico dejaran sus sepulcros para dar un paseo por su antigua ciudad favorita, volverian á llamar á la puerta de la misma casa en que, hace siglos, se embriagaron de amor y de vino jerezano (salvo el respeto á la prohibicion del Profeta).

Pues bien, visitad ese barrio, ó buscad un equivalente en la deliciosa poblacion morisca; penetrad, con ó sin permiso, donde oigais rascar una guitarra ó entonar un jaleo con voz no siempre fresca; y de fijo en la trastienda de una pretendida taberna, ó en el tenebroso patio de una trapería nominal, dareis con la escena pintada por Rougeron con perfecto conocimiento de causa y de tipos.

El espectáculo es para verse y no cuesta muy caro: unas cañitas para el *cantaor*, unos buñuelos para la *bailaora* y una propina para el viejo rufian que explota, entre moro y judío, la curiosidad de los artistas y el dispendioso *spleen* de los ingleses.

EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lancerotto

En toda Exposicion hay dos cosas esenciales que estudiar; los objetos expuestos y el público que acude á contemplarlos.

Ambas cosas ha reproducido el autor de este cuadro.

La preferencia, sin embargo, ha sido concedida al público. La exposicion, sin que deje de tener importancia, viene á ser como el pretexto de varios grupos, en cuya ejecucion compiten lo natural y el arte.

Penetra en la galería una dama elegante, entre curiosa é inteligente; uno de esos figurines de quienes puede dudarse si acude á ver lo expuesto ó á exponerse á sí propia.

Un viejo labriego contempla una hermosa escultura y hace observar á sus tiernos acompañantes con cuánta delicadeza la ninfa de mármol coge el cactus que crece en el agua figurada. En este grupo es notable la naturalidad de expresion de su figura principal.

Una jóven, una *conocedora* sin duda, se ha propuesto examinar á su sabor la preciosa escultura, que probablemente debe ser la obra maestra de la exposicion, pues atrae numeroso concurso de espectadores. Alguno, ó *alguna*, de estos extraña y hace burla de la calma que demuestra la jóven, cómodamente sentada y embebida en la lectura del catálogo, hasta el punto de prescindir de cuantos personajes la rodean.

La multitud que se apiña en el fondo hace el papel.... de multitud.

Este cuadro está bien concebido y ejecutado; su autor dibuja sin duda correctamente y áun es posible que el color realce las condiciones que nos complacemos en reconocerle.

Lienzos como este son agradables, y hasta se venden á buen precio.

EL BIBLIOFILO, dibujo por Fortuny

Unos cuantos compases revelan el nombre de un maestro; en unos cuantos versos se conoce qué poeta los ha compuesto; en unas cuantas pinceladas se descubre la mano de tal ó cual pintor.

Es necesario, empero, que ese pintor, que ese poeta, que ese maestro, no pertenezcan al vulgo de las letras ó de las artes; es necesario que el músico se llame Rossini ó Meyerbeer ó Wagner; que el poeta se llame Calderon ó Quintana ó Zorrilla; que el pintor se llame Rafael ó Murillo ó el Ticiano.

Donde hay verdadero genio hay género propio; género que siempre tiene un mismo objetivo, lo bello; un mismo modelo, la naturaleza; pero que dentro de ese bello y de esa naturaleza es vario, como varias son las especies de una misma familia, como varios son los colores y los aromas de las flores, siendo todas flores; como varios son los trinos de los pájaros, siendo todos pájaros; como varios son los celajes de un horizonte, siendo todos nubes y rayos de luz.

El género propio es tan peculiar del artista eminente que ninguno de nuestros lectores habrá dejado de adivinar, á la simple vista del *bibliófilo*, que este precioso dibujo es del inmortal y malogrado Fortuny. ¿Quién, con ménos recursos, traza una figura que mejor corresponda á su objeto, que diga más con ménos toques, que esté sentada con mayor aplomo, que se fije en la lectura con mayor atencion; obedeciendo todo con mayor puntualidad á la manera particular de hacer, á la facilidad característica del ilustre pintor reusense?

Dícese vulgarmente que para muestra basta un boton. Nuestro *Bibliófilo* es la comprobacion de este aforismo.

EL MENDIGO, acuarela del baron M. Lazzaroni

Apoyado en un grueso palo, sentado en un banquillo, con la cabeza inclinada, el rostro surcado de arrugas y la barba larga y descuidada, el pobre anciano alarga su mugriento sombrero para recibir el óbolo del transeunte, compadecido al ver aquel cúmulo de andrajos y ruinas. Esta media figura, está trazada con tal soltura, los efectos de claro oscuro tan bien entendidos, que no parece obra de un simple aficionado, como el baron Lazzaroni, sino de un artista experto y conocedor de los recursos del dibujo y del colorido. Sobre todo la expresion de ese rostro macilento al par que venerable, revela que su autor ha hecho un estudio del natural, tan detenido como aprovechado.

EL BAUTIZO, cuadro por Luis Leloir

Un bautizo es casi siempre ocasion para una fiesta de familia; pero cuando el recien nacido es vástago primogénito y varon de un matrimonio entre nobles personajes, la fiesta adquiere proporciones de un verdadero acontecimiento.

Y lo es sin duda con razon; y lo era con mayor motivo en época más próxima á las edades aquellas en que la esterilidad era casi conceptuada una maldicion de Dios.

No debe extrañarnos, por lo tanto, la importancia que dan los personajes de nuestro cuadro á la ceremonia en que toman parte. Desde luégo se echa de ver que el protagonista de ella es oriundo de casa principal y que, si Dios le conserva la vida, heredará con el tiempo el viejo castillo en que ha visto la luz, y *ainda mais*, vastas haciendas, armaduras antiguas, pergaminos más antiguos que las armaduras, un gran número de vasallos apreciables y una hermosa coleccion de perros de caza, si no más apreciables, indudablemente más apreciados.

Es natural, por lo tanto, que la cosa se celebre con el fausto y prosopopeya consiguientes. El ilustre retoño precede á la lucida comitiva y es recibido al pié de la escalera por los no ménos ilustres padrinos, ó cuando ménos invitados muy principales y muy empingorotados. Aquí empiezan las salutaciones y los votos para que el Señor haga del tierno infante un cazador más fuerte que Nemrod y un caballero más cumplido que Amadís.

A todo esto los músicos se preparan, para atronar los aires, con sendas libaciones, y la gente del pueblo se agolpa á las puertas del castillo, que les serán franqueadas más tarde, á fin de que todo sea alegría y júbilo en honor del que más tarde asolará los campos con sus jaurías ó apaleará, en un rato de buen humor, á algun marido celoso.

Esta composicion tiene sabor de época y su autor parece haber presenciado alguna vez la escena que fielmente reproduce. El cuadro está hecho á conciencia, lo cual no ocurre siempre tratándose de asuntos en que precisa que los menores detalles contribuyan al efecto total, ó cuando ménos no lo desentonen.

EL DESMEMORIADO

CUENTO POPULAR RECOGIDO EN VIZCAYA (1)

I

Carranza es un valle de Vizcaya que tiene más fisonomía montañesa que vizcaina como metido casi en el corazon de la montaña. Dícese en las Encartaciones que en Carranza todo es pequeño: los hombres, que son bajos aunque rechonchos y fuertes; los ganados que son de razas pequeñas; el maíz que es de la especie llamada en vascuence *arto-chiquili* (maíz pequeño), y hasta la extension de terreno que cada labrador cultiva es pequeña áun comparada con la que cultivan los del resto de Vizcaya que no es grande aunque sí productiva por el mucho esmero del cultivo, el abono y la bondad del clima.

A esta última pequeñez se alude en una de las muchas anécdotas con que los encartados dan bromas á los carranzanos. Cuéntase que con motivo de cierta festividad, en Carranza habia corridas de toros ó novillos, y el público, apostado en las paredes del coso y en los portales, se impacientaba porque tardaba en dar principio la fiesta.

Esta tardanza era para dar tiempo á que llegara una señora llamada doña María de Trilla, muy popular y estimada en todo el valle por lo dispuesta que estaba siempre á favorecer á sus convecinos necesitados. Uno de los espectadores se distinguia entre todos por su oposicion á que empezase la corrida ántes de la llegada de doña María de Trilla.

Esta llegada se dilataba, el público no podia ya contener su impaciencia y el alcalde se mostraba como dispuesto á hacer la seña para que se abriera la puerta del toril.

—Salga el toro! Salga el toro! gritaba la muchedumbre, y entónces el carranzano que más empeño habia mostrado por que se esperase á doña María de Trilla, saltó al coso, y encarándose con el público respondió desesperado al grito de ¡salga el toro!

—No ha de *salgar* hasta que venga doña María de Trilla que me dió un celemin de cebada para sembrar.

Podrá haber en Carranza muchas cosas pequeñas, pero hay una que no lo es: el corazon de los carranzanos que le tienen grande para combatir, para sufrir, para trabajar y hasta para comer y beber.

Desde tiempo inmemorial se dedica una buena parte de la juventud carranzana de ambos sexos al servicio doméstico en las comarcas circunvecinas y muy particularmente en las Encartaciones. Ya en el siglo XIV debia existir esta costumbre, pues Lope García de Salazar que nació al terminar este siglo, hace mencion, en su inédito *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, de criados carranzanos servidores de su ilustre casa, y siglo y medio despues don Lope de Salvador su nieto dejaba en su testamento mandas á criados carranzanos.

Lo ménos otro siglo y medio despues debió *florecer* el criado carranzano que hace de protagonista en el cuento popular á que me ha parecido conveniente dar por prefacio estos renglones, porque el método que yo he seguido en las nueve colecciones de cuentos que llevo dadas á luz no se conforma con el de otros coleccionistas, consistente en dar á conocer los cuentos tales como los han recogido de boca del pueblo.

II

Nelas (como en aquella comarca simplifican ó mejor dicho *cariñituan* el nombre de Manuel), Nelas el carranzano tenia un gran defecto, cada vez más pronunciado, para el servicio doméstico á que se dedicaba desde mozuelo: este defecto era la falta de memoria, hija de la falta de entendimiento. Por esta falta no le queria ya nadie recibir en su casa á pesar de que tenia fama merecida de muy honrado, muy trabajador, muy humilde y de muy buena voluntad. Sabedor de que en una de las casas principales de Sopuerta, que era la de los Salazares de las Rivas, necesitaban un criado, se apresuró á presentarse en ella solicitando acomodo.

Lo primero que hizo por vía de solicitud fué decir á los señores, sin que estos se lo preguntasen, que su mayor defecto era la falta de memoria, por lo que nadie le queria en su casa y hacia ya meses que estaba desocupado y vivia con una racion de hambre y otra de necesidad.

A los señores de la casa pareció grave defecto el que el carranzano confesaba sin preguntárselo nadie, porque principalmente le necesitaban para llevar recados verbales, pero les enamoró tanto la ingenuidad del mozo, que se decidieron á tomarle á su servicio, tanto más cuanto que era ya costumbre secular en los diferentes ramos de su linaje el valerse de criados carranzanos que por otra parte tenian fama nunca desmentida de fieles á carta cabal.

Nelas creyó volverse loco de alegría cuando consiguió entrar en tan buena casa y juró hacer prodigios de voluntad para suplir con esta su falta de memoria.

Al pobre no se le ocurria que las potencias del alma son tres y no dos: memoria, entendimiento y voluntad. Memoria no tenia, entendimiento tampoco. Pues qué, ¿con voluntad iba á hacer memoria y entendimiento? Hum! dificilillo lo veo.

Si Nelas hubiera sabido escribir ó su amo acostumbrara á mandar los recados por escrito, todo se hubiera podido conciliar, pero era el caso que Nelas ni áun sabia la jota aragonesa y su amo habia ido quedando tan corto de vista á fuerza de apuntar venal carbon y hierro en su herrería de Ballibran, que habia jurado no volver á apuntar ni áun con la escopeta á los tordos que manducaban las mejores cerezas y las mejores brevas del gran cercado que aún subsiste detrás de su casa.

III

Al dia siguiente de entrar Nelas á servir en casa de los Salazares de las Rivas le llamó su amo y le dijo:

—Oye, Nelas, vas á ir á llevar un recado á Bilbao y vamos á ver cómo te las compones para no equivocarte.

—Pierda V. cuidado, señor, que como un papagayo he de decir todo lo que V. me encargue. ¿A quién he de llevar el recado, señor?

El Sr. Salazar indicó á Nelas el nombre de un naviero de Bilbao que comerciaba en la exportacion de hierro y le habia hecho un pedido de este metal suponiendo que conservaría en la lonja el que habia labrado en Ballibrán durante los últimos meses. Daba la casualidad de que el nombre y la persona del naviero bilbaino le era á Nelas muy conocido, porque de otra casa donde habia servido le habian enviado muchas veces con cartas y recados para aquel caballero y por tanto al Sr. de Salazar sólo le restaba meter á Nelas en la mollera el recado y no el nombre de la persona á quien habia de llevarle.

—Pues bien, continuó el Sr. de Salazar despues de idear los términos más mínimos y sencillos á que era posible reducir el recado, vas á su casa y le dirás de mi parte *que no tengo ni una onza de hierro*. ¿Lo entiendes, Nelas?

—Pues ¿no lo he de entender, señor? Que no tiene V ni una onza de hierro. ¿No es esto lo que le he de decir?

—Eso nada más.

—Pues eso, señor, por debajo de la pata se lo digo yo.

—Bien, hombre. Toma una peseta para que eches un trago en el camino, que te den algo con que acompañar el trago y ya estás andando.

En efecto pocos minutos despues ya estaba Nelas andando camino de Bilbao.

Aunque mentalmente repetia de cuando en cuando el recado, echó de ver ántes de llegar á Somorrostro que el recado se le iba escapando de la memoria, y recordando entónces lo que los chicos suelen hacer para que no se les olvide el que su madre les ha mandado llevar que es repetirle en alta voz, determinó imitarlos.

—No tiene ni una onza de hierro, no tiene ni una onza de hierro, iba repitiendo sin cesar, y en voz tanto más alta cuanto que si no, ni á sí mismo se oia con el ruidoso *canto* de los carros cargados de vena que subian rio arriba.

En el llano de Bilóchi, que era por donde ántes iba el camino y no por la orilla opuesta del rio como ahora, encontró Nelas unos carros cuyos conductores exclamaron al oirle:

—Calla, ¡ese mozo sabe que en lugar de cargar en Triano, hemos cargado en la cuesta de Fresnedo!

—Sin duda se lo ha dicho algun *lengüetero* que va delante y nos ha visto cargar allí.

—De seguro.

—Pues estamos frescos si llega á noticia del *ferron* que la vena que llevamos no es de Triano!

—Apuradamente necesitan mucho los ferrones para decir que la vena que uno lleva no tiene una onza de hierro aunque se haya reventado uno subiendo á cogerla de la mejor del monte...

Y tenian razon en esto los carreteros, pues los ferrones no querian más vena que la de Triano y siempre estaban recelosos de que los carreteros se la encajaban de otra parte, como por ejemplo de las veneras de Galdames ó Sopuerta ó de las estribaciones somorrostranas de Triano.

—No tiene una onza de hierro, no tiene una onza de hierro, continuaba gritando Nelas.

—Mientes con toda tu boca! le dijeron irritados los carreteros.

—¿Cómo que miento? les replicó Nelas. Es la pura verdad que ni una onza de hierro tiene.

—Pues si no tiene hierro la vena, tendrás tu leña. Toma para que no seas *parletin*.

Y así diciendo, los carreteros comenzaron á descargar sus aijadas sobre las costillas del pobre carranzano.

Por fin éste pudo hacerles comprender el verdadero sentido de su cantinela y suspendieron la peluquina.

(1) Repetidas veces he advertido que muchos de los cuentos populares españoles son tambien populares en otros países aunque generalmente con notables variantes. El presente, recogido por mí de boca de una niña de las Encartaciones, está incluido por M. Moncaut entre sus *Cuentos populares de Gascuña*, si bien diferenciándose en todo de este, ménos en la idea capital.



ZAMBRA DE GITANOS, cuadro por J. Rougeron



EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lancerotto

—Pero, canario, les preguntó, si es malo decir lo que el amo me ha encargado, ¿qué es lo que he de decir?

—Lo que has de decir si no quieres volver á probar las aijadas, es: *Todo es hierro... todo es hierro.*

—Pues bien, lo diré como Vds. quieren, pero para encargarle á uno una cosa así, no es necesario ser tan libertados de manos.

Nelas continuó su camino repitiendo sin cesar y en alta voz:

—Todo es hierro, todo es hierro.

En este nuevo grito perseveraba con tanta más razon cuanto que le valia sonrisas de agradecimiento en vez de palos de los carreteros que iba encontrando y que por lo visto tampoco se habian tomado la molestia de subir á cargar de la rica vena de aquel monte que hizo decir al naturalista Plinio: «En la parte marítima de la Cantabria bañada por el Océano hay un monte quebrado y alto cuya abundancia de hierro es tal que todo él es de esta materia.»

IV

En las Carreras tenia un *rementero* su fragua orilla del camino, y entre él y un hombre, que habia ido á comprarle una hacha, mediaba esta conversacion:

—Yo quiero una hacha que no se *muesque* aunque corte demonios colorados.

—Pues mejor que esta no la encontrarás aunque la busques en el mundo entero. Esta todo lo corta.

—Sí; y puede que no sirva ni para cortar manteca.

—Te digo que esta lo corta todo.

—Puede ser que ni siquiera haya visto el acero.

—Es todo acero hasta el ojo.

Al decir esto el rementero, apareció Nelas gritando:

—Todo es hierro, todo es hierro.

Al oir esto, el comprador que ya sacaba la bolsa para pagar el hacha, se la volvió á guardar y se alejó de la fragua diciendo:

—Buen tonto seria yo en comprar una hacha que hasta los pasajeros saben que es toda hierro y por consiguiente no corta nada.

El rementero echó mano al *espeque* ó espeton que tenia en la fragua, y hecho una furia salió á metérsele por la boca al importuno que le habia hecho perder un parroquiano y aún continuaba diciendo que era toda hierro el hacha.

Nelas retrocedió espantado y así pudo dar tiempo á que el rementero calmase un poco su furia, poniéndole de improperios que no habia por dónde cogerle.

—Por vida del otro Dios! exclamó Nelas desesperado y casi llorando al ver las cosas que le sucedian. Pues si es malo decir lo que vengo diciendo, ¿qué es lo que debo decir?

—Lo que debes decir es: *Todo lo corta... Todo lo corta.*

—Pues bien, hombre, eso diré; pero para encargármelo no tenia V. necesidad de ponerse como un condenado y querer meterme el espeque reluciente por la boca.

Así diciendo, Nelas continuó su camino gritando:

—Todo lo corta, todo lo corta.

Ya en el alto del Pino del Casal estuvo tentado de mudar de cantinela al oir á un francés que iba por allí tocando un silbato replicarle muy enfadado:

—Yo sólo corto lo que es debido.

Pero desistió de esta tentacion y volvió á gritar lo mismo así que el francés se alejó sin pasar á mayores y desistió con tanto más motivo cuanto que unos chicos de la escuela á quienes habia visto esconderse asustados en unos matorrales, le dijeron al salir de estos cuando el del silbato bajaba ya hácia San Pedro de Abanto:

—Gracias, buen hombre, que sino por lo que V. venia diciendo, ese del silbato nos coge descuidados y nos fastidia.

Un poco ántes de llegar á Nocedal habia dos sebes ó bosques tallares, separadas por un *ilsu* ó mojon. El dueño de una de ellas estaba cortando palos con que hacer *cellas* para las barricas y de cuando en cuando dejaba de cortar en su sebe y pasaba á cortar en la del vecino. Cuando oyó á Nelas gritar:

—Todo lo corta, todo lo corta,—se puso hecho un soliman y salió al camino con uno de los palos de castaño que habia cortado dispuesto á romperle en las costillas del que sin irle ni venirle se metió á acusarle de que lo cortaba todo, lo mismo lo suyo que lo del vecino.

Por más listo que para huir de él anduvo Nelas, este no pudo evitar que le arrimara un estacazo que á poco mas le *carpe* el espinazo.

—Pero, porrazo, le dijo Nelas pidiéndole misericordia con lo compungido de su cara, ¿qué es lo que quiere V. que diga, si no se puede decir lo que el rementero de las Carreras me ha mandado?

—Hola, con que el rementero te ha mandado decir eso?

—Ya se ve que sí, y si á V. no le gusta dígame qué es lo que he de decir.

—Lo que has de decir es: *El rementero, borracho y embustero.*

—Bien, hombre, eso ni más ni ménos diré, pero para mandarle á uno que diga eso no es menester pegar.

Nelas continuó su camino gritando: El rementero, borracho y embustero.

V

El rementero de San Salvador era tan aficionado al agua y á la verdad, que no podia ver ni pintado á su compañero el rementero de Burceña por la única razon de que este decia que el agua cria ranas y la verdad es amarga. Para encarecer su mucha aficion al agua y por tanto su poca aficion al vino, bastará decir que cada dia rezaba un Padre nuestro por la salvacion del alma del alcalde á quien le ocurriese bajar al campo de la iglesia la rica fuente de San Anton que estaba donde Cristo dió las tres voces, noticia con que de seguro lleno de esperanzas de salvacion al alcalde que de 1880 á 1881 ha realizado el sueño dorado del rementero (1).

—¿Oye V. con calma lo que ese mozo va diciendo? preguntaron al rementero de San Salvador los que estaban en la fragua cuando Nelas pasó con su cantinela.

—Eso no va conmigo, respondió el rementero; lo que prueba que en este mundo para no incomodarse con malévolos juicios ajenos, el mejor remedio es no merecerlos.

El rementero de Burceña se dedicaba más que hacer y componer herramientas á trabajar en los barcos ó para los barcos, porque era muy diestro sobre todo para forrarlos de chapa de hierro y componer las averías del forrado, y entónces estaba de muy mal humor porque no habiendo barcos que forrar, no trabajaba.

Cuando oyó lo que decia Nelas, se puso hecho un basilisco y salió al camino con el martillo levantado jurando que iba á hacer y acontecer con el que le insultaba.

—Pero, canute, si esto no va con V., le objetó el carranzano.

—Yo te digo que va, replicó el rementero, y guárdate muy bien de repetirlo.

—Bueno, hombre, no lo repetiré, pero dígame V. qué he de decir en su lugar.

—Lo que has de decir en lugar de esa insolencia, es: *A la fragua, que el barco hace agua.*

—Bien, caráspita, así lo diré, pero para encargarle á uno que lo diga no es menester ponerse como un toro, contestó Nelas, y continuó su camino hácia Bilbao repitiendo:

—A la fragua que el barco hace agua.

Al llegar á San Mamés, casualmente se encontró con el naviero á quien le enviaba su amo, que iba á ver como andaba la gente que tenia ocupada en embarcar hierro en uno de sus más hermosos barcos fondeado en Olaveaga.

Al ver y conocer al naviero, esforzó su cantinela, no ya sin dirigirse á nadie como hasta entonces habia hecho, sino dirigiéndose al naviero que profundamente alarmado le gritó:

—Corre á decir al rementero de Burceña que venga inmediatamente con todo lo que sea necesario para salvar al barco. Corre como una liebre, que si el barco se salva yo te prometo una buena propina.

Oir esto Nelas y volver piés atrás corriendo como si le hubiesen puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno, de modo que cuando el naviero, que era viejo y gordo, llegó echando los bofes al fondeadero de Olaveaga, ya asomaban por Zorroza el rementero de Burceña y Nelas, éste cargado con un atado de chapa de hierro y el otro con una porcion de herramientas de herrero y calafate.

En el barco no se veia ni oia alma viviente y era porque tripulantes y cargadores estaban durmiendo la siesta. Despertados y alborotados con la llegada y las voces del naviero, bajaron á reconocer la bodega del buque y se encontraron con que esta se iba inundando de agua que entraba por una via abierta en el casco sin duda con el golpe de alguna de las barras de hierro que los cargadores arrojaban violentamente desde la cubierta.

La via de agua se cortó inmediatamente, el agua que habia entrado se achicó, una nueva y fuerte chapa de hierro sustituyó á la rota, y el naviero, persuadido de que el aviso de Nelas le habia valido la salvacion del buque y del cargamento que valian más de un millon de reales, gratificó á Nelas con diez onzas de oro como diez soles.

Al ver las onzas de oro, Nelas se acordó que en el recado de su amo se hablaba de onzas de hierro, y como por el hilo se saca la madeja, cavila que cavila sobre este tema, al fin dió por completo con el recado y como un papagayo se le encajó al naviero que le encargó dijese á su amo *que otra vez seria*, emprendiendo en seguida la vuelta á Sopuerta más alegre que un tamboril con sus diez onzas de oro en el bolsillo y en el estómago una buena merienda que por mandado del naviero le dieron en el barco

VI

Temeroso Nelas de que se le olvidara el recado del naviero, iba por todo el camino repitiendo en voz alta:

—Que otra vez será... Que otra vez será.

En los bortales de la fuente de Torres estaban emboscados unos ladrones con objeto de robarle el dinero que trajese de Bilbao, pues creian que su amo le habia enviado á cobrar alguna partida de hierro, pero al oirle decir: «Que otra vez será» entendieron que aquel era el recado que le habia dado el comerciante en vez de darle dinero y se fueron bortales arriba.

Persuadido Nelas de que no servia para llevar recados verbales porque para eso se necesita en primer lugar la primera de las potencias del alma, consultó á sus amos sobre lo que debia hacer y de sus resultas compró un rebaño de cien ovejas que entónces valian á poco más de un duro cada una, hízose pastor, se casó, tuvo hijos tan buenos como él y su mujer, y vivió muy bien hasta que murió de puro viejo dejando al mundo testimonio de que la buena intencion y la hombría de bien, en cambio de algunas contras que tienen en este mundo, tienen muchas ventajas en este mundo y en el otro.

ANTONIO DE TRUEBA

(1) Este alcalde es D. José Rufino de Olaso que con el título de *Memorias de un alcalde*, va á publicar un libro muy curioso é instructivo.

LAS GOLONDRINAS

La golondrina es indudablemente la avecilla más poética de toda esa gran república alada que puebla el espacio y armoniza los bosques.

Las flores no abren el certámen de sus perfumes hasta que la golondrina viene de la otra parte del Estrecho á presidirlo.

Las golondrinas son las anunciadoras de la primavera, de esa *juventud del año*, y cuando se las ve revolotear por encima de nuestras cabezas, se las saluda con gozo enviándolas una sonrisa.

La golondrina abriga en su diminuto corazoncito las dos grandes virtudes que enaltecen á los hombres: la gratitud y la fidelidad.

Guiada por los recuerdos del amor vuelve de lejanas tierras buscando hospitalidad bajo el mismo techo donde nació, y se enoja y demuestra su mal humor si halla cerrada la ventana ó la puerta por donde entró y salió millones de veces llevando en el pico la partícula de barro para construir su nido ó el insecto para alimentar á sus hijos.

Cuando cree que ha sonado la hora de la emigracion, la golondrina se reune y emprende la marcha en direccion á sus cuarteles de invierno y de verano, bastándole una hora para atravesar una distancia de ochenta leguas.

El poder de sus alas sólo es comparable con las del ave *fragata*, que, como la golondrina, es la reina del espacio y mira con indiferencia el huracan.

Algunos autores aseguran, no sin fundamento, que la golondrina no canta, sino habla; y efectivamente, si quereis verla enojada, gruñona y parlanchina, poneos á clavar un clavo ó á hacer algo que á ella le moleste junto al sitio donde se halla colgado su nido.

Su algarabía es tal, que parece reprenderos la inoportunidad de vuestra aproximacion y no se tranquiliza hasta que ve terminada vuestra faena, dejando libre el paso; porque desde el momento en que os honra con su confianza, se cree la verdadera dueña de la casa.

Cuando algun peligro amenaza en el nido á sus queridos hijuelos, la golondrina tiene un grito de guerra, al que no dejan nunca de acudir todas las compañeras que lo oyen, dispuestas á defenderla miéntras les quede un soplo de vida, porque la golondrina no ignora que la union constituye la fuerza.

Por las mañanas, al romper los primeros albores del dia, entabla diálogos que la ciencia del hombre no ha podido aún traducir á la palabra, ese verbo divino que lo explica todo.

Lo que la golondrina habla con sus compañeras, el himno discordante que dedica á la luz del sol es un misterio para el hombre; supone, sin embargo, que entre ellas entablan diálogos que deben tener mucha analogía con esa verbosidad matinal que da vida y animacion á las casas de vecindad.

Nosotros ignoramos lo que se dirán las golondrinas y los gorriones, sus vecinos inmediatos, por las mañanas; mas á juzgar por el estrépito que arman es de sospechar que la conformidad de pareceres no reina entre ellos; pero desde ahora se puede afirmar que el gorrion será más intencionado y más epigramático en sus apreciaciones, porque el gorrion, que es el pájaro más tunante del reino alado, vive siempre en perpetuo recelo, miéntras que la golondrina es tan confiada y bonachona, que deja á sus hijos al alcance de la mano del hombre.

La primera golondrina que vemos en el espacio practicando la increible gimnasia de sus prodigiosas alas nos produce una inmensa alegría, porque ella es la anunciadora del buen tiempo; los cazadores, al verla, piensan en las codornices y dirigen una mirada cariñosa á su perro; y los labradores, frotándose las manos, limpian las eras y los graneros y hacen votos al santo patrono de su pueblo para que no falten las aguas de abril y mayo, fecundadoras de los campos.

Dice San Francisco que la golondrina llega á hacerse el ama de la morada del hombre, y muchas veces hablan tan alto que es preciso decirlas: *Hermanas golondrinas, ¿no podeis callar un poco?*

El poeta filósofo Michelet asegura, bajo la honrada fe de su palabra, que el hogar del hombre pertenece á la golondrina.

«Donde anida la madre,—dice,—anida luégo la hija y la nieta. Vuelven al mismo sitio todos los años y sus generaciones se suceden con mayor regularidad que las nuestras. La familia humana se extingue, se dispersa; la casa pasa á otras manos: las golondrinas siguen volviendo, sostienen su derecho de ocupacion.

»Así ha llegado esta viajera á ser el símbolo de la firmeza y de la fijeza del hogar. Tan apegada está á él, que muchas veces, aunque la casa se halle en obra, aunque la derriben en parte para volverla á construir, aunque la perturben durante mucho

tiempo los albañiles, no por eso dejan de volver á ocuparla estos pájaros fieles de perseverantes recuerdos.»

De buena gana escribiríamos un libro dedicado á la golondrina, si tuviéramos el talento analítico de Toussenel, al que sólo nos parecemos por nuestras condiciones de bimanos en el mundo humanal y la aficion á la caza, que, sin modestia, la tenemos tan bien sentada como la tuvo el sabio autor de *El mundo de los pájaros;* y le pedimos á Dios que no nos llegue en vida la hora del arrepentimiento como le llegó á Toussenel, que despues de haber cazado mucho *se cortó la coleta*, como decimos en España, y colgando los *chismes de matar* se dedicó á ser uno de los más furibundos protectores de los animales, habiendo sido ántes uno de sus más incansables perseguidores.

Respetemos, pues, á la golondrina; concedámosla siempre los cariñosos recuerdos de la hospitalidad caldea; su consecuencia en visitarnos, su amor á nuestro hogar, la hacen acreedora al título de *Benjamin de la familia;* dejemos siempre abierta la ventana por donde sale y entra, convirtiéndola en un derecho de servidumbre; no la hagamos nunca el menor daño, puesto que confia á nuestra honradez lo que más ama; sus hijos. Y no olvidemos que cuenta la tradicion que con sus alas arrancó tres espinas de la dolorosa corona de Cristo cuando enclavado en la cruz exhaló el último suspiro en la cumbre del Gólgota para redimir al hombre.

Madrid 20 abril de 1883.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Es cosa sabida que las dunas ó médanos de arena cambian de sitio habiendo algunas que adelantan cada año 20 metros, y que en muchos años han cubierto bosques y aldeas. En la Prusia oriental hay una aldea de pescadores que ya ha cambiado por este motivo tres veces de sitio. Ahora empero sucede esto con una montaña, no ya en la costa sino en el interior, en Francia, entre Lyon y Montbrison. El ferro-carril que une las dos localidades necesitó cuando su construccion hace 20 años que se hiciera un ligero desmonte al pié de la citada montaña; y no hubo novedad desde entónces hasta principios del mes de marzo de este año. La montaña parece ahora que quiere pasar al otro lado de la vía, y la administracion tiene que hacer quitar diariamente algunos millares de metros cúbicos de tierra para tener despejada la vía, lo cual no siempre le ha sido posible y ha tenido alguna vez que interrumpir el servicio. En la actualidad estudia una comision científica este fenómeno singular.

***

Segun un telégrama dirigido á la Agencia Reuter, el gobierno de la colonia oceánica de Queensland acaba de tomar formalmente posesion de las islas de Nueva Guinea.

NOTICIAS VARIAS

DINAMITA.—De un discurso popular leido recientemente por Abel, el profesor químico del arsenal de guerra de Woolwich, resulta que en 1867 importó la fabricacion de materias explosivas como nitroglicerina, dinamita y otras análogas unos 11,000 kilógramos; al año siguiente llegó ya á 68,000, en 1872 á 1.350,000, y el año pasado á 11 millones de kilógramos. El aumento ha sido en 15 años de 1,000 por 1.

***

LA DEUDA DE INGLATERRA.—Háse calculado que pesaria en moneda de oro 6,282 toneladas; en plata 120,000. En monedas de cien reales colocadas una encima de otra resultaria una columna de 710 millas inglesas; colocadas horizontalmente en línea abarcaria una extension de 11,048 millas; y finalmente distribuida entre la humanidad entera recibiria cada individuo que puebla nuestro globo *veinte pesetas*



EL BIBLIOFILO, dibujo por Fortuny

***

MOLUSCO Y PERLA.—Háse pescado hace poco una concha, cerca de las islas de Andaman, que pesa sin el animal 116 kilógramos y mide 1'23 por 1'15 metros. La carne del animal bastó para la comida de los 16 hombres que con cuerdas, cabrestante y palancas lo sacaron del mar.

Cerca del puerto de La Paz en México ha cogido otro pescador una perla, la más hermosa que hasta el dia se conoce. Es de una blancura perfecta, de forma ovalada, larga de 25 milímetros y su diámetro en el extremo delgado 18 centímetros. El pescador pide por ella 250,000 pesetas, y caso de no encontrar comprador en América, se propone venir con su tesoro á Europa para ver si lo vende en Paris ó en Lóndres.

***

LOS INCENDIOS EN NUEVA-YORK.—En este país se contaron el año último 3,001 incendios, que han ocasionado una pérdida de 4.194,900 pesos fuertes, ascendiendo los seguros á 21.393,401 duros.

***

CABLES SUBMARINOS.—La longitud total de los cables submarinos actuales es de 111,000 kilómetros, es decir, más de dos veces la circunferencia de la Tierra. Partiendo del supuesto de que cada cable contenga cuarenta alambres (comprendidos los de la cubierta exterior) resulta que la cantidad de alambres de hierro y de cobre invertidos en estos medios de comunicacion comprende 2 millones y medio de millas de longitud ó sea diez veces la distancia de la Tierra á la Luna.

EL ESPEJO

No sabemos si la casualidad de ver reflejarse su imágen en el limpio cristal de tranquilo lago ó en el remanso de bulliciosa fuente, ó el deseo de ver las partes del propio cuerpo que están naturalmente fuera del alcance de nuestra vista, fué lo que despertó en el hombre la idea de procurarse un auxiliar mediante el cual pudiera satisfacer lo que de todos modos suponia una necesidad.

Ni nos atreveremos á decir si fué el hombre ó la mujer el primero á quien hubo de asaltarle tal idea, ántes ó despues de haber perdido su inocencia, teniendo los ojos del alma cerrados para todo cuanto pudiese estimular sus naturales aficiones, ó luégo de haberlos abierto y hecho vibrar todas las fibras de su organismo el espíritu de la tentacion.

Si fué el hombre, ántes de dejarse arrastrar al pecado, debió sin duda ser con el sencillo fin de cerciorarse de si, en efecto, era hecho á semejanza de su Creador; si fué la mujer, despues de haber escuchado las malhadadas palabras del infame reptil, debió ser seguramente á consecuencia de un efecto de vanidad.

Nos inclinamos á creer que el deseo de parecer bien, aparte de la más ó ménos intervencion de la necesidad, hubo de ser el principal móvil de esa invencion sin la cual no nos fuera permitido ver nuestro rostro y arreglar nosotros mismos nuestro tocado.

Sea como quiera, el uso de ese instrumento que nos facilita esto que tuvo á bien negarnos la naturaleza, y hace que podamos atender á nuestro aseo y compostura sin necesidad absoluta de la intervencion de segunda persona, el uso del espejo—*speculum*—se remonta á remotísima antigüedad. Moisés en el cap. XXXVIII, v. 8, del *Exodo*, y Job en el cap. XXXVII v. 18, nos hablan ya de él.

Sin embargo, Homero ni siquiera lo menciona en el pasaje en que describe con los más minuciosos detalles el tocado de Juno.

En los tiempos históricos de la Grecia se trata con frecuencia del utensilio en cuestion, como se ve en la *Ciropedia* de Jenofonte, VII, 1, pár. 2, y en la *Medea*, v. 1161, y el *Orestes*, v. 1112, de Eurípides, y es muy posible que ya entónces fuera desde mucho tiempo conocido, puesto que toda sustancia capaz de recibir un brillante pulimento puede alcanzar el objeto que hoy llenan esas láminas de cristal ó de vidrio azogadas por la parte posterior, en las cuales se representan los objetos que se ponen delante, y que seguramente cierta analogía física ha hecho que se les diese el nombre del satélite que nos refleja los rayos solares.

Segun Artemidoro, en su *Oneirocrito*, III, 30, se empleaban á guisa de espejos, fuentes ó vasos de ancho fondo, y tambien copas cuyo interior estaba dispuesto de tal modo que reflejaba varias veces la imágen del que bebia.

Los espejos antiguos eran ordinariamente de metal.

En el orígen se servian para esto de una liga de estaño y cobre; mas luégo se empleó generalmente la plata, como consigna Plinio en su historia natural XXXIII, 9, 45.

Este mismo autor dice que los primeros espejos de plata fueron fabricados por Praxiteles en tiempo del gran Pompeyo; pero ya hace mencion el poeta Plauto.

Su uso fué tan comun durante el imperio, que se servian de ellos hasta los esclavos.

Se mencionan en el *Digesto* cuantas veces se trata de vajilla de plata.

Segun el citado Plinio, se hacian al principio, de la plata más pura; mas en lo sucesivo se empleó metal de calidad inferior.

Vitruvio, VII, 3, pag. 204, refiere que algunas veces la placa de plata pulimentada destinada á este uso era muy delgada; pero que la bondad del espejo dependia esencialmente del espesor de la placa, que cuanto más grueso tenia, más fuertemente reflejaba los objetos.

En algunos pasajes de autores antiguos, como en la Hécuba, v. 925, de Eurípides, en las Cuestiones naturales, I, 17, de Séneca, y las Historias várias, VII, 58, de Eliano, encontramos que se hace tambien mencion de espejos de oro; pero se ha notado que es muy posible que el epíteto con el cual se designa el oro como la materia del utensilio de que se trata, se refiera más bien á los adornos y demás accesorios, que al mismo espejo, así como nosotros tambien decimos un reloj de oro, aunque sólo la caja sea de este metal.

Además de los metales, los antiguos empleaban piedras para fabricar sus espejos; pero esto es tan raro, que podemos concluir que estaban más destinados á servir de adorno que de útiles de tocador.

Plinio XXXVI, 26, 67, cita la piedra obsidiana como particularmente propia para este uso, y Suetonio nos hace saber que Domiciano hizo guarnecer toda una galería de piedras, que él llama *phengites*, que reflejando los objetos, le permitian ver lo que pasaba detrás de él.

No se sabe positivamente qué es necesario entender por esas *phengites*; serian sin duda una especie de selenita ó cal sulfátea laminar; pero no se puede concluir de esto que los antiguos se servian de esta materia para fabricar espejos.

Se hacian tambien de rubís, si se ha de creer á Plinio, que se apoya para formular esta asercion en la autoridad de Teofrastes; pero todo parece revelar que comprendió mal el pasaje de este autor, en el cual se funda.

Isidoro XVI y el citado Plinio XXXVII aseguran que Neron tuvo uno de esmeralda.

Los antiguos conocieron al parecer lunas semejantes á las nuestras, que consistian en una lámina de vidrio guarnecida por detrás de una leve plancha de metal, las cuales se fabricaban en tiempo de Plinio en las célebres vidrierías de Sidon; pero eran probablemente muy inferiores á los espejos de metal, puesto que jamás llegó á generalizarse su uso y nunca se hace mencion de ellos entre los muebles de lujo, como sucede con los otros.

Plinio parece hacer alusion á dichas lunas, en otro pasaje donde habla de un espejo guarnecido de oro por detrás; pero se hace incomprensible, si no se admite que conocia los espejos de vidrio.

Segun el mismo autor, XXXIII, 9, 45; XXXIV 17, 48, los mejores espejos de los hechos con una liga de cobre y estaño, se fabricaban en Brindis.

Esta liga forma un metal blanco, que si no se conserva con el mayor cuidado, se deslustra muy pronto, y no puede servir sin limpiarse y pulirse de nuevo; por cuya razon se ponian al lado de tales espejos una esponja y una piedra pómez, segun el testimonio de Platon, *Timéo*, pag. 72, y Vossius, *Cátulo*, pag. 97.

Estos espejos eran generalmente pequeños y á propósito para llevarse á la mano de un punto á otro.

La mayor parte de los que se conservan en los museos son de esta clase, generalmente de forma redonda ú oval, guarnecidos de un mango.

Propercio VI, 7, 75, 76, nos hace saber que en vez de estar fijos en la pared, ó tenerse por sí mismos sobre una mesa ó sobre el pavimento, los sostenian por lo general las esclavas delante de su señora miéntras se vestia.

Los pintores de vasos representaron con frecuencia esta escena.

Sin embargo, habia tambien espejos de mayores dimensiones, propios para reflejar el cuerpo entero.

El de que se servia Demóstenes para ejercitarse delante de él en el sublime arte de la oratoria, segun nos dice Quintiliano en sus *Instituciones oratorias*, XI, 3, pár. 66, era probablemente de esta clase.

Por el *Digesto*, 34, tít. 2, y Vitruvio, IX, 6, pag. 280, sabemos que alguna vez los aplicaban á la pared, aunque este modo de colocarlos no fué habitual.

Suetonio en su *Vida de Horacio* habla de una habitacion de la casa del poeta guarnecida de espejos; pero Lessing considera la expresion de que se sirve este autor (*speculatum cubiculum*) como contraria al genio de la lengua latina, y en su consecuencia juzga todo el pasaje como supuesto.

Sin embargo, es probable que este modo de decorar las habitaciones no les fuera desconocido, puesto que Claudiano, describiendo la cámara de Vénus la representa cubierta por todas partes de espejos, de manera que hácia cualquier lado que se volviese la diosa, veia su imágen.

Vemos el espejo frecuentemente mencionado cuando se trata de la diosa del amor y la hermosura, miéntras que por el contrario, á la sábia y poderosa Minerva se la presenta como no haciendo uso de él.

Esto viene en apoyo de que la invencion del espejo tal vez fué sugerida por el deseo de parecer bien, con el fin de agradar, y que su orígen es tan antiguo como el primer latido de vanidad que brotó en el corazon de la mujer.

No pretendemos eximir al hombre de lo que pueda caberle en la cuestion; en todas las épocas han existido los Narcisos, y por otra parte, la necesidad de semejante utensilio es forzosamente lógico que naciera con la especie.

La manera universal, puede decirse absoluta, con que ha llegado á generalizarse su uso, nos lo probaria, áun cuando no existiesen otras valiosas razones.

No necesitamos hacer observar el papel que en materia de ornato juega el espejo entre nuestros muebles, y nada podemos añadir, respecto á su utilidad, que no sepan de sobra hasta los más ignorantes; quedan cumplidos nuestros propósitos con haber suministrado las noticias históricas que nos hemos tomado el trabajo de recoger de los citados autores, con el buen deseo de prestar un servicio á la curiosidad, y obedeciendo al espíritu de investigacion que hoy se extiende á todas las esferas.

Suponemos que nos lo agradecerán lo mismo la coqueta, que encuentra en el espejo el medio de poder aumentar sus naturales atractivos, que el dandy á quien le facilita poder dar á su elegancia mayor realce, que el hombre serio al cual le permite poder hacerse mejor el lazo de la corbata.

JUAN JUSTO UGUET



EL MENDIGO, copia de una acuarela del baron M. Lazzaroni

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 21 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 73

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN PASATIEMPO HONESTO, cuadro por Cárlos Froschl

REVISTA DE MADRID

Los alcaldes en el arte y la literatura.—El marqués de Urquijo.—Curiosidad de los madrileños.—Monólogos de los artículos de primera necesidad.—Carreras de caballos.—Diferencias entre España, Inglaterra y Francia.—La cerveza.—Una ruleta colosal.—Orgullo de la raza.—El eclecticismo de la fiesta de San Isidro.—El monigote de este año.—*Teresa Raquin*, por la compañía portuguesa.—La asombrosa Lucinda de Furtado Coelho.

Los alcaldes tienen desde hace muchos siglos en España una influencia eficaz y decisiva.

En todo han tenido representacion popular é indiscutible: en arte, en literatura, en ciencias....

El Alcalde de Zalamea es una de las más notables obras dramáticas de Calderon de la Barca; y *El mejor alcalde el rey* es otra comedia del teatro antiguo que ha llegado con éxito hasta nosotros desafiando la caprichosa mudanza de los tiempos.

La íntegra vara del *alcalde* constituye un elemento de gran interés en la escena española. En pintura, no digamos: grandes artistas han reproducido los tipos de esas autoridades municipales; y desde el alcalde Ronquillo hasta los más modernos alcaldes de casa y corte la pintura concejil tiene infinidad de reproducciones en nuestros museos y en las galerías artísticas.

No hay nadie en España un poco aficionado á la música popular, que no cante con su respectiva cadencia aquello de

Señor Alcalde Mayor,
no prenda usté á los ladrones
porque tiene usté una hija
que roba los corazones.

Y respecto á la ciencia, una persona amiga de buscar etimologías más ó ménos fundadas me expuso el otro dia su creencia de que los *alcalis* de la química se derivaban de alcaldes del municipio.

—De modo,—le dije,—que segun V....

—Segun mi opinion, el Sr. Abascal es un *alcalí*, ó un alcalde volátil.

***

Dado pues el influjo que siempre han tenido en nuestra civilizacion y en nuestras costumbres las cosas referentes á los alcaldes, no es de extrañar que Madrid se haya preocupado tan en absoluto durante muchos dias, del nuevo alcalde que íbamos á tener despues de la dimision que el Sr. Abascal habia presentado.

Cuando se supo que el que le iba á sustituir era el señor marqués de Urquijo, la mayor parte de los madrileños enterados de los negocios de los demás se dijeron:

—Este es un personaje que ha sabido administrar su casa admirablemente. Vino á Madrid pobre, y hoy es uno de nuestros primeros capitalistas. A fuerza de ingenio y de laboriosidad ha logrado atraer muchos millones que forman hoy el efectivo de su fortuna. Tal circunstancia es indudablemente una garantía de acierto. Administrar un municipio es administrar una casa grande compuesta de infinidad de familias. Sobre todo, así como los padres cuidan con gran predileccion de los séres desgraciados é infelices que están bajo su amparo, de igual modo es de esperar que el nuevo presidente del Ayuntamiento cuidará con solicitud exquisita de que las subsistencias del pueblo de Madrid se hallen al alcance de los menesterosos.»

Estas ilusiones risueñas han acariciado la imaginacion de los madrileños, en tanto que los artículos de primera necesidad hacian para sí los siguientes monólogos:

La carne.—¡Yo no sé si ahora tendré dificultades para llegar al estómago del pobre! La verdad es que yo podré ser uno de los *enemigos del alma*, segun reza la doctrina cristiana; pero nunca he sentido animadversion hácia el cuerpo. Al contrario, deseo nutrirlo; comunicar fibra y robustez al hombre que trabaja, á fin de que las determinaciones del espíritu sean más justas y racionales. Para mí es todavía una verdad el aforismo antiguo que dice:—*Mens sana in corpore sano.*

El pan.—Me repugnan las cosas mermadas. Yo soy enemigo de entregarme falto de peso al que me compra. Aborrezco la adulteracion, y los que explotan los trigos y las harinas sometiéndolos de una manera escandalosa á la mayor subida de precio por si la tierra está más ó ménos seca y llueven ó no unas cuantas gotas de agua de la atmósfera, me parecen capaces de poner á contribucion el sol y el aire si esos elementos indispensables á la vida fueran susceptibles de limitarse. Yo deseo que mis *libretas* se libren del monopolio.

El aceite.—¡Cuidado que mancho!.... Pero esto es en mí una cualidad natural que no procuro ocultar á los ojos de nadie. Hay manchas peores que las mias, y son las que oscurecen el alma de los que con detrimento de la salud humana me falsifican. Yo procedo del ramo de olivo; yo soy la paz. Yo represento la sabrosa alimentacion de los manjares Si es necesario contribuir á la combustion, ardo; aunque ya para estos menesteres he cedido la plaza al temeroso petróleo, al difuso gas y en ciertos casos á la electricidad maravillosa é impalpable....

¡Oh! candiles y velones de mi vida, ya estais relegados casi al carácter de objetos arqueológicos. Pero, no importa; yo, en estado de pureza, representaré siempre un gran papel en la economía humana. Ahora; si me cambian por aceite de algodon, no es culpa mia.... ¡Yo protesto!

El vino.—¡Pues y yo! Pase que algunos taberneros *non sanctos* me ingieran el bautismo católico á fuerza de agua... Pero el campeche.... ¡Bah!.... ¡no soy tan campechano pasa resistirlo! Aun hay más. Ahora han dado en mezclarme con alumbre. Yo manifesté el otro dia mi resistencia á recibirlo.

—¡Por los años de Noé!—dije—yo no puedo admitir estas mezcolanzas indignas de mi alto abolengo.

Y el tabernero que es un ladino de siete suelas me replicó:

—No hay más remedio: es necesario apropiar tus condiciones al lenguaje del dia. A los que abusan de tí se les llama alumbrados. Pues ¿cómo se han de alumbrar sin alumbre?

Ni aun este razonamiento luminoso me convenció. Yo sigo creyendo que el pan debe ser pan, y el vino, vino.

Todas las demás sustancias alimenticias (en coro).—¡Lo mismo digo!.... ¡Lo mismo digo!....

***

Las carreras de caballos correspondientes á la temporada de primavera han terminado con toda felicidad sin que ningun *jockey* haya medido la pista con su cuerpo.

El hipódromo tan calumniado en otro tiempo ha llegado á establecer como costumbre anual sus fiestas hípicas.

No hay, preciso es confesarlo, en nuestras carreras de caballos, el entusiasmo ni el ardor que hacen notables en Inglaterra y Francia las pistas de Epsom ó la de Longchamps en el bosque de Boloña. Pero no falta en Madrid una sociedad especial que adora el *sport* como los ribereños del Támesis adoran nuestras corridas de toros y el sol de Andalucía.

Es la ley del contraste. Aquí muchos beben cerveza porque saben que en Alemania y en Inglaterra se hace gran consumo de ella. Hay quien opina que las ideas filosóficas se han engendrado en el fondo de un *bock* de Baviera, y que el *pale ale* es la bebida que mejor sienta á un *gentleman* verdadero.

Por lo demás, las carreras de caballos son un motivo para establecer una especie de ruleta al aire libre.

Ruleta colosal en que la pista representa el hueco de los números y los caballos son las bolas que dan ó quitan la suerte.

En estos dias de carreras los caballos son irresistibles. Todos sueñan con cuadras de pórfido y malaquita, en cuyos pesebres se halle en abundancia la dorada avena.

Si fuera posible entender el lenguaje de los caballos y les preguntáramos qué verde les gusta más para alimentarse, nos contestarian con una ambicion sin celemin ni medida de ninguna especie lo siguiente:

—El verde que más me gusta es el *verde esmeralda.*

***

Ha pasado la fiesta de San Isidro. La Pradera ha tenido sus visitantes de costumbre. Ha hecho buen sol y tambien ha llovido. Lo cual indica que la romería ha sido variada, puesto que se ha podido ensalzar al santo por la templanza del dia, y apedrearle despues en castigo de haber permitido la indiscrecion de los aguaceros Una festividad ecléctica.... en resúmen.

Todos los años se vende en la romería, amen del pito tradicional adornado con exuberantes flores de talco y percalina pintada, algun objeto de barro que simboliza el hecho más saliente de la temporada.

Otras veces han sido estatuitas de ministros y personajes influyentes de la política.. . Ahora ha sido la *mano negra.*

¡Una mano que merced á un hilo de goma se abre en sentido longitudinal como si fuera la boca de un caiman ó un cocodrilo!

***

Miéntras aguardamos la visita del rey de Portugal, sigue la compañía del teatro de la Comedia conquistando aplausos para el arte expresado en lengua portuguesa.

Se ha estrenado otra obra: *Teresa Raquin.*

El drama es de Zola y carece por completo de condiciones escénicas.

En cambio Lucinda de Furtado Coelho llega en esta obra á la mayor altura que puede alcanzarse.

Hace amar lo repugnante: colorea con matices de simpatía lo más abyecto y grosero de la realidad humana.

La ejecucion de Lucinda es asombrosa.

¡Ah! si esa actriz hubiese nacido en el país del bombo y del reclamo, en Francia!.... ¡A estas horas tendria una reputacion europea!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 mayo 1883

NUESTROS GRABADOS

UN PASATIEMPO HONESTO, por Cárlos Froschl

Dice un filósofo profundo que no existe amigo comparable á un buen libro. Así debe haberlo comprendido la interesante pareja de este cuadro.

Desde luégo puede afirmarse que esa pareja la forman marido y mujer: lo demuestra la intimidad de su actitud, al par de la atencion que uno y otro consagran al escrito. Si fuesen simples novios y su buena ó mala suerte les hubiese deparado una entrevista en lugar solitario, de fijo leerian ménos ó darian ménos importancia á su lectura.

Recien casados son y con honesto amor se quieren. En la expresion de su semblante domina, no la pasion arrebatadora, sino la tranquila simpatía de los afectos. Desconfiad siempre de las manifestaciones de un amor que estalla á cada paso. El amor es fuego, sin duda alguna; pero si el fuego toma la forma de llama, en lugar de calentar incendia, en lugar de confortar destruye; el principio de vida degenera en elemento de muerte.

No hay delirio que siempre dure, y pudiéramos añadir con el otro, ni cuerpo que lo resista. Nuestros lectores toman su estado como el estado de la vida; es decir, como quien piensa gozar dilatadamente de esa felicidad que proporciona el amor sin elucubraciones y sin remordimiento.

Esos tranquilos, que no indiferentes, esposos, serán en su dia previsores y cariñosos padres. Quizás el libro que de tal suerte ocupa su atencion, trata de la mejor manera de educar á los hijos. En tal caso, ¿qué más honesto pasatiempo pudiera darse, ni qué mayor provecho podria obtenerse de la lectura de un buen libro?

ADAN DE CAMOGASC, cuadro por Barzaghi-Cattaneo

El pueblo helvético conserva piadosamente todas aquellas tradiciones que se remontan á la época en que sacudió el yugo de sus opresores.

La leyenda de Guillermo Tell no es más que un tributo de admiracion pagado á la memoria de los héroes de la independencia política de los suizos; la leyenda de Adan de Camogasc es la apoteósis del siervo que, en plena Edad Media, recuerda á Virginio, no en el sacrificio de su hija, pero sí en escoger la premeditada deshonra de ésta como punto de partida de la llamada plebe cuando existian patricios; de los llamados vasallos cuando existian señores.

El castillo de Gardoval dominaba la aldea de Madulein. El baron del castillo se consideraba dueño, ya no de la vida y hacienda de sus siervos, sino de la honra de sus hijas. Un dia los ojos del poderoso señor se fijaron en la hermosa doncella de Camogasc, como pudieran haberse fijado en la mejor vaca del establo ó en el mejor caballo de la cuadra.

Adan contuvo la explosion de su justa ira cuando los satélites del baron fueron en busca de la hermosa aldeana, y ofreció llevarla personalmente al castillo al siguiente dia. Y al castillo fué Adan de Camogasc, y fué acompañando á su hija, vestida con sus mejores galas; y cuando el señor de Gardoval se disponia á abrazar groseramente á la víctima de su brutalidad, la espada del padre penetró en el corazon del tirano.

Al grito de dolor que lanzó el herido en su agonía, respondió el grito de los aldeanos vengadores de tanto ultraje; y el castillo de Gardoval fué pasto de las llamas y Suiza sacudió desde aquel punto la dura servitud del feudalismo.

Hoy existen apénas en la libre Helvecia las ruinas de esos antiguos nidos de águilas. Al escudo de armas de los señores de cada pueblo ha sucedido el lábaro comun de los suizos, una cruz, una cruz divina que, como dicen unos hermosos versos trazados en los muros del vetusto castillo de Chillon, simboliza que todos los ciudadanos se deben á una patria y la patria se debe á cada ciudadano.

AHASVERO, cuadro por Cárlos Marr

Pocas veces un argumento dramático, una leyenda trágicamente sombría, ha encontrado ejecucion tan cumplida como en este precioso lienzo del distinguido profesor aleman.

Ahasvero es el maldito de Dios: su vida es la eternidad; su remordimiento no ha de tener término.

La idea del suicidio brilla constantemente á sus ojos y halaga su imaginacion, como la presuncion del oasis halaga al extenuado viajero en el desierto. Pero la muerte es un instrumento del Señor que no acude allá donde la llaman, sino allá donde el Señor la envia.

Todos los hombres están condenados á muerte; sólo Ahasvero está condenado á vivir.

Cuando se precipita en el abismo pedregoso, el Señor presta alas á su cuerpo y las piedras le reciben como si cayera en blando lecho.

Cuando penetra en el incendio, las llamas lamen apénas sus vestiduras, como las lenguas de los leones lamieron apénas las de David en la cueva que poblaban aquellos felinos.

Cuando se sitúa entre dos ejércitos combatientes, uno y otro hacen blanco el cuerpo del hombre temerario; pero á una pulgada de ese cuerpo las saetas se vuelven contra aquellos que las disparan, ó las jabalinas, rechazadas cual por encanto, forman á sus piés como gavillas de doradas espigas.

Ahasvero llega al borde del precipicio en cuyo fondo ruge el mar azotado por tempestad deshecha; Ahasvero sabe que las olas implacables no devuelven sino cadáveres.... Una mujer lucha desesperadamente....

Ahasvero se arroja desde lo alto de la roca y sus nervudos brazos hacen presa en esa mujer, no para salir con ella á la playa, sino para que las convulsiones de la ago-

nizante le arrastren más decididamente al fondo del mar bravío... ¡Inútil empresa!

Las encrespadas olas arrojan á la arena el grupo informe.

Ahasvero es depositado en la arena, abrazado al cadáver de esa mujer.

¡Oh desesperacion!

Ahasvero no puede morir. Es el maldito de Dios, condenado al mayor suplicio, al suplicio de la vida...

JUDÍA DE MARRUECOS

En tierra de blancos y negros, estos últimos desprecian soberanamente á los mulatos, ese intermedio entre el europeo y el africano, fruto repulsivo para entrambas razas, engendro del sensualismo y del oprobio

De la misma manera, en tierra de moros y cristianos el judío es el sér á quien se considera con más desvío: en el órden social y religioso es el mulato de los pueblos orientales y de cuantos practican sus costumbres.

Una judía no es más considerada que un judío, con lo cual la injusticia sube de punto, porque si el varon, á puro hostigado, se ha vuelto vengativo, la hembra es generalmente buena y apenas confía al solitario llanto la expansion de una pena que la hiere en lo más vivo, la hiere en su dignidad.

La judía, además, es frecuentemente hermosa y algunas veces su natural belleza es realzada por caprichoso traje y valiosas joyas. Ni áun así ha de encontrar quien se llame su amigo: el mendigo marroquí se cree superior á esa mujer, que puede estar adornada del valor de Judit, el talento de Esther, la hermosura de Rebeca y la modestia de Ruth.

Es judía, y ante esta simple consideracion palidecen todas sus virtudes, se eclipsan todas sus dotes personales. No es, pues, de extrañar que la belleza de la judía sea severa y esté casi siempre velada por una nube de tristeza. Ella, que comprende lo poco que vale el pueblo en que vive, sobre todo si ese pueblo es el marroquí, se halla ser inferior á la última de las mujeres que da el pecho á su hijo bajo un techo de paja de maíz.

Y ¡cosa rara! el cristiano transige alguna vez con la judía; el mahometano es implacable en el desprecio que por ella siente. Se explica, á pesar de todo; Jesucristo predicó el amor y practicó el perdon; Mahoma predicó el odio y practicó el exterminio.

UNA CALLE DE SUBIACO
dibujo por Enrique Serra

La antigua Sublaqueum es una poblacion de cierta importancia, á unos 50 kilómetros Este de Roma, en tierra que un dia formó parte de los Estados Pontificios. Aparte de algunos edificios notables, entre ellos la hermosa iglesia de San Andrés, debida á Pio VI, únicamente es notable por cierto convento, fundacion de Benito de Nursia, en cuyo recinto funcionó la primera imprenta establecida en Italia.

La calle que reproduce nuestro grabado da una idea de la vetustez de esa poblacion, triste y silenciosa, á pesar de sus siete mil habitantes.

LA BATALLA DE LEIPZIG

El sol de Austerlitz y de Marengo tocaba á su ocaso.

La Europa entera, como avergonzada de ser juguete de un solo hombre, siquiera este hombre fuese Napoleon I, habia empeñado su honra en un postrer envite contra el coloso del siglo.

España y Rusia habian dado el ejemplo: un pueblo esencialmente libre y otro pueblo esencialmente esclavo, legaban á la posteridad el glorioso ejemplo de cómo se vence á los invencibles, de cómo se mata á los invulnerables.

Alemania salió al encuentro del coloso, y el coloso comprendió que iba á entablarse la lucha decisiva, cuyo premio era la monarquía que soñaron Alejandro y Cárlos V; cuyo vencimiento era algo peor que el monasterio de Yuste, era el cementerio de Santa Elena.

Del 16 al 19 de octubre de 1813 duró la batalla: Napoleon hizo prodigios de talento; el ejército francés los hizo de valor.

Todo fué inútil: los alemanes recibian continuamente tropas de refuerzo; el emperador de Francia no contaba con más reserva que dos divisiones de la vieja guardia, que hicieron cuanto puede exigirse al militar más pundonoroso; murieron en su puesto, sin perder una línea del terreno ocupado al empezar el combate.

Por segunda vez en su vida, Napoleon ordenó la retirada: la primera la habia ordenado despues del horrible incendio de Moscou.

La retirada de Leipzig constituyó la verdadera derrota. Diríase que los soldados franceses han sido educados en la fortuna y que en su táctica se ha prescindido siempre de cómo se marcha presentando la espalda al enemigo. El rio Elster fué tumba de muchos imperiales, y del mejor entre ellos, el príncipe de Poniatowski, elevado á mariscal la víspera del gran desastre.

El autor del dibujo que reproducimos ha querido sin duda dar una idea de los combates que se riñeron, durante esa batalla, para ocupar uno y otro ejército la poblacion de Propstheyda, que quedó definitivamente por los alemanes. Las figuras del cuadro demuestran con sus actitudes, la viva satisfaccion que experimentan al considerar la derrota de los franceses.

La humanidad lloró en cuatro dias la pérdida de cien mil hombres. ¡Vayan Vds. á decirles á cien mil madres que así lo exigian los altos intereses de la política europea!...

MI AMIGO PERICO

(Historia casera)

Yo como hombre libre, en el buen sentido de la palabra, trasnochaba *in diebus illis* por costumbre y en su consecuencia amanecia para mí en todo tiempo de once á doce de la mañana.

Vivia en presidio correccional, como llama un amigo mio á las casas de huéspedes, y ocupaba un gabinete con su alcoba con vistas á un patio microscópico, que era el respiradero comun de la vecindad.

Mis oidos se habian ya acostumbrado á todo ese concierto de primera hora en que llevan *el pié ó la voz cantante* los aguadores que suben el agua *con estrépito*, las alumnas del Conservatorio que *castigan* el piano, golpeándole sin piedad, las criadas que cantan ó *desafinan* con los criados, que se *crian* en la misma casa, con acompañamiento de campanillazos, portazos, trastazos y demás ruidos matutinos y sólo me dispertaban la urgente visita de un amigo, que *necesitaba de mí*, ó la llegada de un billete perfumado enviándome butacas para una funcion de beneficencia.

Hice una breve excursion al Escorial y á mi vuelta noté con gran disgusto que habia ingresado un nuevo artista en la *ruidosa* compañía matinal que funcionaba contra mi sueño.

Dormia yo tan profundamente como un sereno, un cochero de plaza ó un magistrado del Tribunal Supremo, cuando desperté sobresaltado al oir los desgarradores lamentos de una criatura (así al ménos lo creí) que entre sollozo y sollozo gritaba «¡Ay Perico! ¡se ha muerto! ¡se ha muerto!»

Supuse que se trataba de algun niño que lloraba la muerte de su hermanito y salté de la cama y á medio vestir me asomé á la ventana y pregunté á la patrona, que tomaba el fresco en la de al lado:

—¿Por qué llora ese niño?

—Señorito, me contestó, si es un loro el que llora! ¿No lo ve V. en el principal?

Bajé los ojos y efectivamente ví al animalito lloron que estaba en su jaula sobre el alféizar de la ventana.

Risas mal comprimidas de las criadas que se habian asomado como yo á admirar la especialidad plañidera del papagayo me hicieron comprender que se burlaban de mi error de persona y como Aquíles me retiré, no á mis tiendas, sino á mi abandonado lecho.

No pude, sin embargo, volver á pegar los ojos, porque sin duda el loro estaba de humor y el público muy exigente y le examinaron de todas sus habilidades y hubo aquello de «Lorito real» etc. y «¿Lorito eres casado?» etc. y mandó las maniobras de un buque, hizo el ejercicio y acabó con una descarga cerrada.

Esto una vez podia tener el encanto de la sorpresa, pero continuó repitiéndose la escena todas las mañanas y á la quinta resolví proceder contra aquel *despertador* de nuevo género y solicitar de su propietario ó de la *autoridad competente* que le extrañaran del patio, sobre todo hasta las doce del dia, ó arbitraran el medio de quitarle el *abuso* de la palabra.

Yo siempre almorzaba ó comia leyendo, con gran contentamiento de la patrona, porque, segun ella, nunca me quejaba de lo mal condimentado de los alimentos y todo me sabia á *letras*.

No dejó pues de extrañar que, aquella mañana dando de mano al *Liberal*, me pusiese á conferenciar con ella del siguiente modo:

—¿Quién vive en el cuarto principal?

—Una señora que ha venido cuando V. estaba fuera.

—¿Será alguna vieja tan pesada y antipática como su lorito?

—Quiá, no señor, es una viuda jóven y muy guapa.

—Hola, hola, eso ya es más grave. Pero ¿por qué no la obliga el casero á que tenga en un cuarto oscuro á ese *orador de patio?*

—Ya el administrador le ha hecho presente que los vecinos se quejaban de las genialidades de Perico y ha contestado que su loro es como de la familia y necesita tomar el aire para no caer enfermo.

—¡Animalito! Pero ¿cree esa señora porque es una viudita jóven?.... Creo que V. ha dicho que es muy jóven...

—La doncella asegura que acaba de cumplir 24 años.

—Buena edad. Y porque además es guapa.... ¿No ha dicho V. que es muy guapa?

—Guapísima. El domingo la ví en misa y quitó la devocion á muchos fieles.

—Pues bien, si esa señora porque es.... todo eso, se ha propuesto ponernos la ley, se equivoca de medio á medio y yo mismo bajaré á decírselo.

—Este bisteck parece una suela de zapato, exclamé dando otro giro á la conferencia.

—Señorito, hoy no ha leido V. el *Liberal*, me dijo con segunda intencion mi *enemigo casero*.

—Ni lo leo, añadí relativamente indignado. En cuanto tome el café bajaré á ver á esa protectora de animales.

—Y verá V. una cosa buena y de un tiro matará dos pájaros, observó la susodicha.

—Nada de suposiciones malévolas, Ramona, la dije. Yo no pienso matar al loro ni con perejil ni con revolver y mucho ménos á su ama. Venga el café y basta de conversacion.

Lo bebí, me avié y bajé á querellarme al cuarto principal.

II

—¿La señora de Perico? pregunté á la criada que se asomó á la ventanilla.

—Aquí no es, me contestó con la amabilidad propia de todas las del gremio.

—Vaya si es, repuse con acento firme y seguro.

—V. viene equivocado.

—Equivocado no, incomodado. Soy el vecino del tercero, con que figúrese V. si sabré á quién vengo á ver.

—¡Ah! ¿V. es visita de la señora?

—Claro y abra V., hija, que no me cómo á las gentes

—Como hay tantos ladrones que parecen caballeros, está una siempre escamada.

Iba á responder á aquella inconveniencia cuando se abrió la puerta y penetré en lo que debia ser el recibimiento, pues con motivo del calor estaban casi cerradas las ventanas y habia una media luz que era oscuridad completa para el que entraba.

Tropecé en una silla y la criada me advirtió:

—Cuidado, no rompa V. algo.

Lo natural parecia que la fámula me hubiera hecho la prevencion, refiriéndose á mi persona, que podia sufrir alguna contusion de primero ó segundo órden y no á los muebles de la casa, que en caso de choque resistirian más que cualquier parte de mi individuo, pero por lo visto, aunque fuera muy *buena criada*, estaba muy *mal criada*.

—Siga V. todo derecho, me advirtió, y está V. en la sala.

Yo explorando el terreno con el baston conseguí adivinar, despues de algunos pequeños encallamientos, que entraba en la pieza de recibo.

Con el sombrero en la mano izquierda y el baston en la derecha manejado á lo ciego, debia hacer una figura bastante ridícula.

Me pareció que la doméstica al alejarse se iba riendo.

Pude sentarme en un sillon y al cabo de algunos minutos me dí cuenta del sitio en que me hallaba.

La sala estaba amueblada con sencillez, no exenta de elegancia.

Encima del sofá pendia un gran retrato al óleo de un señor ya anciano con uniforme civil, que supuse seria el padre ó el abuelo de mi vecina.

Con objeto de *ver más claro* me tomé la libertad de abrir un poco la madera de uno de los balcones y me volví á mi asiento aguardando la salida de la *viuda jóven*.

No se hizo esperar y á los dos segundos apareció mi bella desconocida.

Abrí cada ojo como un plato y en la rápida revista que hice de su personalidad no encontré exagerados los informes de mi patrona.

Era su conjunto simpático y altamente distinguido.

Vestia de negro, color que armonizaba con lo moreno de su tez y sus negras y espesas pestañas, que servian de toldo á sus grandes y rasgados ojos, impregnados de una ternura y una melancolía inexplicables.

—Caballero, ¿á qué debo el honor?... me preguntó al ver que yo me ocupaba en contemplarla y no rompia á hablar.

—Estoy á los piés de V. Soy el vecino del tercero D. Luis Lopez, contesté con la mayor finura.

—Tome V. asiento.

Así lo hice y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Yo. V. me dispensará si me he tomado la libertad de venir á visitarla, pero entre vecinos...

Ella. Con motivo del luto no he pasado tarjeta á nadie.

Yo. (ap.) Una indirecta.—Molestaré á V. muy poco. Vengo á pedirla un favor. Yo me acuesto muy tarde y me levanto naturalmente muy entrado el dia. V. tiene un loro que vale mucho.

Ella. No lo sabe V. bien.

Yo. Le oigo y me basta. ¿No podria V. disponer que no lo sacasen á la ventana que da al patio hasta despues de las doce?

Ella. Imposible, caballero. Como los balcones de esta casa miran á Oriente, los baña el sol toda la mañana, y el pobre loro empieza á decir: «¡Ay qué calor! ¡ay qué calor! Perico, al patio, Perico, al patio.»

Yo. Sí, á dispertar á los vecinos. Señora, su loro de V. no es todo lo tranquilo que debiera.

Ella. Es un animal que no diré que sólo le falte hablar.

Yo. Nada de eso, es un Castelar con plumas.

Ella. Pero sí que tiene una inteligencia extraordinaria. Yo le quiero mucho.

Yo. ¡Feliz él! (ap.) Debo empezar á insinuarme.

Ella Nos comprendemos perfectamente.

Yo. Si, como dice Darwin, todos descendemos del mono....

Ella. V. será el que lo crea.

Yo. De todos modos, V. siempre saldria ganando y seria muy mona. (ap.) El requiebro ha resultado *cursi*, pero continúo insinuándome.

Ella. Seis meses hace que estoy viuda. Perdí á mi marido, que era mucho mayor que yo, á los cuatro meses de casada. Iba de Intendente general de Hacienda á Cuba y á los quince dias de llegar á la Habana murió en mis brazos, víctima de la fiebre amarilla.

Yo. Aunque no tenia el honor de conocerle, acompaño á V. en el sentimiento. Y, perdone V. la indiscrecion, ¿este retrato es el de su difunto esposo?

Ella. Sí, señor.

Yo. Pues tenia muy buen gusto.

Ella. Pasado el novenario dí la vuelta á España con mi doncella y el loro, último regalo de mi marido. El



ADAN DE CAMOGASC, cuadro por Barzaghi-Cattaneo



AHASVERO, cuadro por Cárlos Marr

pobrecito como estaba siempre á mi lado y me veia llorar, se acostumbró á remedarme y por eso sigue llorando con tanto desconsuelo.

Yo ¿Cómo? Perico no llora sólo por llorar sino porque simpatiza con la desgracia de V.? Positivamente es un loro de muy buenos sentimientos y que merece el cariño que V. le tiene. De hoy en adelante cuando le oiga lamentarse me haré la ilusion de que es V. la que se queja y la compadeceré desde el fondo de mi alma.

Ella. ¿V. es andaluz?

Yo. No señora, madrileño. Y conste que agradezco al loro la ocasion que me ha proporcionado de ponerme á los piés de una vecina, tan digna de adoracion y de respeto, y no será la última vez que venga á deleitarme en su amable compañía. (ap.) Lancé la bomba.

Ella. Gracias por tanta galantería, pero aconsejo á V. que no se moleste en visitarme. Tengo para ello motivos poderosos que me reservo.

Al llegar á este punto nuestra conversacion languideció. Creí conveniente despedirme y al salir ví que entraba un caballero alto y rubio.

¿Será este el motivo poderoso que tiene mi vecina para no recibirme? pensé al volver á subir á mi habitacion.

III

Decididamente la señora del cuarto principal era de *extra-superior* hermosura y valia la pena de idolatrarla.

Como por la peana se adora al santo, yo resolví que el loro me sirviera de peana para adorar á mi vecina que si no era santa al ménos era muy guapa.

Todas las mañanas me asomaba á la ventana y dirigia frases cariñosas al alborotador de la casa.

Le preguntaba: «¿Cómo estás, Perico? ¿te dan chocolate? ¿por qué no lloras?»

Pero el desagradecido Perico no sólo no me respondia sino que cesaba en su charla y sólo algunas veces decia por lo bajo: «Anda, feo, silbante,» y otras cosas peores.

Yo esperaba que su ama se asomase á darme gracias por mi *desinteresado* cariño hácia aquel animalito que tan preferente lugar ocupaba en su corazon, pero me engañé por completo.

Pasaron quince dias y ni una sola mañana se dignó mostrar su hechicero rostro á los espectadores del patio.

Planteé otro sistema y estuve largas horas matando el tiempo en el portal para saludarla al entrar ó al salir, y sólo conseguí ver al caballero rubio, que al pasar á mi lado me miró con cierto aire despreciativo, que me dió muy mala espina.

Recurrí á la literatura para ablandar á mi bella y escribí en el *Madrid Cómico* una poesía jocosa dedicada á mi amigo Perico, que terminaba de este modo:

Tienes una ama, tesoro
de hermosura y de pasion;
dila por Dios que la adoro
con todo mi corazon.

Los versos si no eran muy buenos no pecaban de oscuros.

Eché el número por debajo de la puerta para que se enterase la aludida y á la mañana siguiente ví el ejemplar casi deshecho en la pata izquierda del loro, que se entretenia en hacerlo pedacitos con el pico.

Viendo que los medios indirectos no me daban resultado ninguno decidí presentarme con cara descubierta al objeto de mis amorosas ansias.

Me hice devoto y me aboné en la parroquia á todas las misas que se decian los dias de fiesta para poder acompañarla á su vuelta á casa, pero sin duda mi rubicundo rival era un ateo sublimado y no la permitia cumplir con los deberes de cristiana, porque durante un mes no tuve la satisfaccion de verla en el santo templo.

Una mañana sin embargo la encontré en el portal.

Entraba cuando yo salia y á fuer de caballero galante me empeñé en acompañarla hasta la puerta de su morada.

La pregunté si habia leido mis versos á su loro y me contestó que no.

—Si V. quiere puedo recitárselos ahora mismo, añadí yo con la esperanza de que me hiciera entrar en su cuarto, proporcionándome la ocasion de una entrevista trascendental.

Pero tiró de la campanilla y abriéndose la puerta apareció el caballero de *la para mí triste figura.*

Inútil es decir que me quedé plantado, besé los piés á mi vecina y por vía de chiste la dije: Memorias á Perico.

No desmayé en mi empresa y la escribí varias cartas en distintos estilos mas siempre sobre el mismo tema; pero ninguna obtuvo respuesta.

Digo mal, al dia siguiente de haber redactado la vigésima epístola amatoria recibí la contestacion siguiente:

«Caballero, prohibo á V. que continúe molestando á una señora con sus insípidas cartas. Ni le quiere á V. ni le querrá nunca;» y firmaba «El que V. sabe.»

Y vaya si lo sabia, era mi contrincante rubio que se permitia darse tono de soberano absoluto prohibiéndome disputarle su conquista.

Como es natural, la amonestacion hirió mi amor propio y continuó la correspondencia en verso y prosa y la hostigué con mis requiebros las pocas veces que la hallé á mi paso.

En esto tuve precision de salir para el Escorial á cumplir el fúnebre encargo de albacea testamentario de un amigo, en cuya casa me habia alojado varios veranos.

Un mes duró mi ausencia. Volví de noche á Madrid y al entrar en casa me dijo la patrona:

—¿Sabe V. la noticia? Esta mañana ha muerto.

—¿Quien, mi vecina? ¡Me ha dejado V. frio!

—No, señorito.

—¿El caballero rubio? Me alegro.

—Tampoco.

—Pues ¿quién?

—Perico.

—Ménos mal. Aunque no puede creer esa señora que yo he contribuido á tan inmensa desgracia y voy á darle mis excusas.

Sin escuchar las observaciones de mi patrona bajé al cuarto principal. Me abrió la criada y la pregunté con ansiedad:

—¿Con que es cierta la catástrofe? ¿con que ha muerto Perico? La señora estará inconsolable. Pásela V. recado que deseo consolarla.

—No recibe, me contestó.

—¿Hay lista?

—Tampoco.

—¿Y de qué ha muerto ese inteligente animalito?

—De repente. Ahí lo tiene V. muerto en la jaula.

Entónces me asaltó una idea que inmediatamente puse por obra sin oposicion de la fámula.

Mis lectores me permitirán que no les diga lo que hice hasta el momento oportuno.

Ocho dias despues me presentaba en casa de la ex-propietaria de Perico con un bulto envuelto en un papel en la mano.

La criada quiso detenerme, pero yo forcé la consigna y entré en la sala con aire triunfante.

Habia visitas y en el sofá estaban ella y él.

Juzgué la ocasion á propósito para dar el golpe teatral que proyectaba y adelantándome hácia mi esquiva hermosura pronuncié este breve discurso:

—Señora, V. queria mucho á Perico y ha muerto. Comprendiendo su dolor y para que lo tenga siempre á la vista, lo he mandado disecar en casa de Severini y me apresuro á devolvérselo á V. rogándola que no vea en este acto más que el deseo de repetirla el afecto que la profeso como apasionado amigo, que ha hecho lo que á algun otro no se habrá siquiera ocurrido.

Y diciendo y haciendo arranqué el papel y enseñé á Perico disecado sobre una elegante peana.

—Caballero, me contestó mi bella ingrata, agradezco la buena intencion de V., pero á mi marido no le gustan los loros. Puede V. guardárselo como un recuerdo del que fué su buen amigo.

—Jóven poeta, prosiguió su adlátere, yo que soy esposo de Julia desde hace ocho dias, le ofrezco mi sincera amistad en pago de la felicidad que le debo. Se resistia á contraer segundas nupcias á pesar de mis observaciones respecto de los peligros que corre una viuda jóven y bien parecida, expuesta á las asechanzas y galanteos de los enamoradores de oficio y V. se ha encargado de darme la razon con su tenaz sistema de asedio amoroso, valiéndose de su afectado cariño al loro, del periódico, del correo y hasta del acecho, como si fuera una perdiz. No extrañará V. pues que le escribiera aquella carta animándole á ayudarme en mi empresa. Debo á V. pues mi felicidad y le deseo tan buena suerte como yo he tenido.

Desconcertado, con el loro en la mano y viendo que los circunstantes ocultaban la cara entre las manos sin duda para reirse de mí, balbuceé algunas palabras sin sentido, dí la enhorabuena á los recien casados y tomé el partido prudente de eclipsarme.

—Tome V. ese pajarraco, dije á mi patrona, y póngale de adorno en la sala.

¡Yo habia representado en este idilio amoroso el papel de un pequeño Galeotto!

Al dia siguiente busqué otra casa de huéspedes á donde me trasladé sin pérdida de tiempo.

Desde entónces odio los loros y no vivo nunca en casa donde haya un ejemplar de la especie de Perico.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

EL GUARDA-AGUJAS

Tambien tiene la civilizacion sus esclavos. A las servidumbres de la tiranía han sucedido las servidumbres de la libertad.

Quien lo dude no ha conocido seguramente á Juan el guarda-agujas.

Pegado siempre á la vía, formando parte integrante de ella, más parecia un instrumento mecánico que un hombre.—En la edad de hierro hubiera sido siervo de la *gleba:* en la edad de vapor era siervo del *rail.*

No conocia más mundo que el pequeño espacio que abarcaba su vista.

Dos altos y desiguales muros de granito; bajo sus piés un pedazo de tierra largo y estrecho, cuajado de nervios de hierro, que salia de un subterráneo para ocultarse en otro, como si fuera presa que se disputaran las negras y cercanas bocas de los túneles; sobre su cabeza un jiron de cielo al cual se asomaban caritativos el sol y las estrellas, el rayo de la luna y el rayo de la tempestad, rompiendo la monotonía de aquella bóveda sepulcral.

En los tiempos legendarios hubiérase creido que una turba de monstruos cayendo de la altura habia abierto aquel camino á fuerza de dentelladas en la roca viva.

Sobre un montecillo de arena, donde los piés se hundian al andar, alzábase una caseta de madera á propósito para servir con desahogo de nocturna vivienda á un perro de ganado, especie de garita pintada de negro, más ancha en su base que en su remate, que desde léjos hubiese podido pasar por un ataud en posicion vertical. Allí vivia Juan como vive el desnudo tronco del árbol en el árido rincon de la sierra. Nadie se acordaba de él ni él se acordaba de nadie. Brusco y salvaje, fiel á sus deberes, sin pensar en el porvenir ni recordar un pasado que era igual al presente, comprimidos sus pensamientos y su respiracion por aquellos inmensos murallones que servian de valla insuperable al camino, ejercitaba el mayor de los heroismos; ese que se desarrolla en el secreto impenetrable de una existencia oscura sin recibir halagos de la suerte ni solicitar aplausos mundanos, que nace del fondo de un alma desgraciada y sabe sucumbir sin molestar á los poderosos con sus quejas ni excitar la compasion con sus gritos.

Atento siempre al más ligero rumor, velando miéntras los demás dormian, arrojado por la civilizacion sobre una roca, pagaba los rigores de la suerte sirviendo de vigía y de amparo á los caminantes que en alas del vapor se deslizaban frenéticos por el espacio sin más punto de union con la tierra que dos cintas de hierro que en caprichoso giro se ocultaban en el vientre de los montes, ondeaban sobre empinada cumbre ó se retorcian juguetonas y atrevidas al borde del abismo ó sobre las aguas del rio.

Apénas sonaba el lejano silbido de la locomotora corria Juan á su puesto y los trenes pasaban por delante de él, despidiendo chispas de fuego y ensordeciendo los aires con su retemblar de trueno, sin dejarle tiempo para apreciar los detalles del conjunto diabólico que ofuscaba su vista y, al salir de un túnel para entrar en otro, lanzaban infernales resoplidos como para recobrar fuerzas al aire libre en aquel respiradero y continuar despues su camino subterráneo.

Cuidaba las agujas con tanto esmero como puede cuidar un padre á sus hijas, y al oprimir la palanca le parecia que estrechaba una mano amiga.

Cuando una leve presion no bastaba para que las agujas, desviándose de su posicion normal hiciesen cambiar de vía á los trenes, era de ver al buen Juan riñendo á sus servidoras con una energía y una altivez dignas de un Jefe de estacion de 1.ª clase.

Rendido por el sueño en calurosa noche de verano se echaba junto á la vía con el oído puesto sobre el rail para que las lejanas vibraciones del tren le despertaran. ¡Cuántos, con ménos fortuna que él, pasaron á dormir así el último sueño! La dentada cuchilla del tren segó su cuello de igual modo que el hacha del señor feudal segaba la vida de sus vasallos sobre el tajo.

Veia pasar un año con la misma tranquilidad que un tren y siempre encontraban los trenes y los años al guarda-agujas de los túneles quieto en su tumba con los cabellos grises, los ojos verdinegros, el rostro curtido, el pantalon oscuro, la blusa azul y la gorra de galon encarnado compañera inseparable de una cabeza que no apreciaba nunca la diferencia que existía entre las lluvias de enero y el sol de agosto.

Lo único que variaba en el guarda-agujas era el objeto destinado á lucir en su mano al paso de tren. Lo de ménos era su persona: lo de más la bandera ó el farol á los cuales servia de sustentáculo.

Cuando la bandera estaba arrollada, el tren pasaba desdeñoso y confiado, sin temor ni zozobra.—La vía estaba libre. Si la bandera desplegada al aire era verde... el tren refrenaba su marcha y seguia avanzando con recelo al ver que se le hacia una señal de precaucion. Si era roja, se detenia amedrentado ante la ráfaga de sangre que se agitaba á su vista anunciando la proximidad de un peligro.

El alma apasionada que volaba en pos de los objetos de su amor, el cuerpo enfermo que corria tras la salud, el positivismo buscando más ancha esfera á sus goces materiales, el espíritu siempre en lucha con las miserias de la realidad, la fortuna del comerciante, los ideales del artista, las teorías del sabio... todo se encontraba pendiente breves instantes de la mano callosa y fuerte del oscuro guarda-aguja. Una pequeña contraccion de aquellos músculos obedientes y mansos hubiera bastado para trocar en polvo tantos tesoros, tantas ilusiones, tantas grandezas, que cruzaban el mundo sin dejar más huella de su paso que una negra estela de humo en el horizonte.

La importancia de Juan era, sin embargo, desconocida en absoluto por los que participaban de sus beneficios. Nunca mayor desden fué soportado con

más abnegacion—y al ver aquellos cíclopes de ojo encarnado salir de una oscura caverna para meterse en otra y pasar y repasar por delante de su caseta, no se le ocurria exclamar:

«Ah! corred... volad: para que tanto os movais es preciso que yo permanezca siempre inmóvil. Si veis nuevos horizontes es á cambio de que yo no conozca más espacio que esta sepultura. Vosotros sois la libertad, yo soy el órden. ¿De qué serviria que el rayo, aprisionado en un alambre, mordiera y deletreara sumiso la palabra humana, y que el vapor arrastrara pesados trenes y férreas máquinas empujándolos á su capricho por todos los ámbitos de la tierra, de igual modo que el espíritu mueve á su antojo la materia humana en los sublimes esfuerzos de la voluntad, si yo no hiciera fecunda esa potencia, manteniéndola siempre en el buen camino? Una ligera inclinacion de mi mano bastaria para trocarlos instrumentos de la vida en ciegos y terribles auxiliares de destruccion y muerte. Seguid vuestro camino sin fijaros en mí; cruzad confiados, no os detengais; yo velo por vosotros; nada teneis que temer. El esclavo más humilde de la civilizacion no faltará jamás en su puesto!

Pero á Juan, guarda-aguja de nacimiento, no se le podian ocurrir tales cosas, ni realmente era necesario. Bastaba que supiese atender á la custodia, conservacion y manejo de las agujas. Y nada más.

Una noche..... despues de haberse alejado un tren rápido que se detuvo breves instantes por un accidente imprevisto, al dirigirse Juan á su caseta tropezó con un bulto. Junto á la vía, mal rebujado en precioso chal, se encontraba un niño recien nacido. Aprovechando sin duda la parada del tren, una bella fiera de esas que arrastran seda y encages sobre alfombras de terciopelo habia consentido en cometer el horrible crímen de abandonar al hijo de sus entrañas quizá invocando exigencias de una honra cien veces pregonada y subastada en las salas espléndidas del mundo elegante.

Juan llevó al niño á su hogar, y experimentando extrañas y desconocidas sensaciones, se le ocurrió por primera vez en su vida la idea de que podia dormirse mejor sobre un banco que sobre una piedra y áun añadió el capote, á guisa de colchon, sobre la madera para menguar las durezas del improvisado lecho.

El niño se reanimó al sentir el honrado calor de aquella humilde caseta y lentamente fué desapareciendo de sus miembros el frio del abandono y de la noche.

Al dia siguiente el número de los séres vivientes de la caseta se aumentó con una cabra.

Juan le compró al desventurado niño una madre más digna de serlo que la que le habia tirado sobre las piedras del camino.

El niño se llamó como su padre adoptivo, pero los pocos empleados de la línea férrea que le conocian, le distinguieron con un nombre que recordaba el número del tren donde nació..... Le llamaban el hijo del 93.

Aquella hermosa criatura de cabellos de oro, tez sonrosada y azules ojos, fué para el alma de Juan el rayo de luz que vivifica y alumbra. La naturaleza salvaje del guarda-aguja se sintió de pronto agitada por sentimientos dulces y risueños.

El oficio mecánico, la vida material y monótona, habian hecho de Juan un artefacto de corteza más dura que la de los nogales, pero la mirada del pobre ángel abandonado penetró la áspera superficie y le hirió muy adentro denunciando la existencia de un corazon que hasta entónces nadie habia echado de ménos.

Aquel hombre rudo y fuerte se tornó blando y sensible. Abierta la válvula siempre cerrada de su corazon, se desbordó á torrentes el sentimiento inundando todo su sér. Ya no dormia sobre la arena ni permanecia mudo dias enteros con la vista apagada y el alma en tinieblas. Despertó del sueño brutal y despertó con la actividad que suele producir un largo descanso.

Jamás placer más puro fué sentido con mayor intensidad que el placer de Juan al tener entre los brazos á su hijo adoptivo.

Creció la hermosa criatura como crece la flor de los campos aprisionada en la hendidura de una piedra. La primera vez que se rió el niño fué la primera vez que lloró Juan.



JUDIA DE MARRUECOS

Padre é hijo sentian grande y profunda aversion hácia aquellas serpientes de gruesos anillos que se arrastraban sin cesar ante sus ojos y que venian á turbar su felicidad y reposo.

El niño gemia profundamente al oir el silbato de la locomotora y con estremecimientos nerviosos é inarticulados gritos indicaba que le alejasen del camino. El padre cumplia su obligacion, bien á pesar suyo, miéntras el niño daba rienda suelta á su llanto en la caseta. Apénas pasaba el tren, pasaba el dolor; con el tren se iba y con el tren volvia.

Una tarde jugaba el niño delante de la caseta saltando sobre los rails como saltan los pajarillos en las ramas de los árboles.

El grito ahogado de un tren sonó en las entrañas de los montes; el guarda-aguja, llamando al niño, corrió á su sitio; pero Juanito, en vez de buscar refugio á su espanto en los brazos de su padre, se precipitó en direccion contraria, corriendo y gritando miéntras agitaba los bracitos en ademan de esperar sin temor la llegada de la rugiente locomotora.

Gritaba el padre, reia el niño y, de repente, envuelto en humo apareció el tren en la boca del túnel. Era el número 93. Las manos de Juan vacilaron. Un temblor convulsivo puso en conmocion todos sus miembros, invadieron su corazon angustias de muerte y su cabeza oleadas de fuego....

El niño se habia sentado sobre el camino que debia recorrer el tren.

Nada más fácil para Juan que apartar al monstruo del lado de la inocente víctima que se disponia á devorar derrumbándolo por otra senda de perdicion y muerte. ¿Cruzó este pensamiento por la mente del guarda-aguja? ¿Se negaron acaso á realizar semejante propósito unas manos rutinarias acostumbradas durante muchos años á ejecutar la misma maniobra, á la misma hora y en idénticas circunstancias? ¡Dios lo sabe!

El tren pasó, como pasa la planta del hombre sobre el césped sin reparar en la florecilla que destroza y pulveriza, y una espantosa maldicion llenó los ámbitos del espacio retumbando en las cóncavas montañas, miéntras el infeliz guarda-aguja recogia de la arena del camino los sangrientos despojos del único sér á quien habia querido en el mundo.

En aquel terrible instante, volvió á sonar en direccion contraria la voz implacable del tirano de aquellos dominios. La fuerza del deber arrastró á Juan maquinalmente. Con los ojos llenos de lágrimas, el rostro salpicado en sangre y estrechando el cadáver de su hijo sobre su corazon, llegó á las agujas, y al ver acercarse la locomotora extendió el brazo trémulo hácia el camino sosteniendo en su mano una bandera roja arrollada.

El tren de recreo pasó fogoso despidiendo á borbotones carcajadas y cantares sin reparar en el pobre esclavo.

La vía estaba libre.

J. ORTEGA MUNILLA

UNA CALLE DE SUBIACO, dibujo por Enrique Serra

NOTICIAS GEOGRAFICAS

EL TÚNEL DEL CANAL DE LA MANCHA.—Lord Grosvenor, presidente de la compañía del Túnel, ha dicho en la última sesion parlamentaria que aquella se propone establecer un simple túnel de camino de hierro con dos vias. Sólo habrá estaciones en sus dos extremidades; y calcúlase que la explotacion, organizada segun el «block system» (sistema de bloques), como toda línea férrea bien entendida, permitirá que salgan doce trenes por hora en cada direccion. Para poder pagar los intereses al 5 por ciento se necesitaria una renta anual de 678,000 libras esterlinas, y para obtener tal resultado se deberian trasportar 2,000 viajeros diarios, ó sea 1.500,000 anualmente, á razon de 6 y medio chelines por persona, así como 580 toneladas diarias de mercancías, á 10 chelines una. A 550,000 ascendió en 1882 el número de viajeros que efectuaron la travesía del Canal de la Mancha. Lord Grosvenor ha dicho además que en caso de peligro no será necesario destruir del todo ó en parte el túnel, pues la compañía ha encontrado el medio de cerrarlo perfectamente por un tiempo ilimitado.

Prescindiendo de esto, el túnel se hallará bajo el nivel del mar á tal profundidad, que no se le podrá volar ó hacer penetrar las aguas de modo que sea imposible su restauracion. En las extremidades, por el contrario, el túnel se podrá cerrar ú obstruir de modo que para dejarle de nuevo expedito se necesitaria un trabajo de tres meses lo ménos. En cuanto al tráfico entre Inglaterra y Francia, Lord Grosvenor piensa que no debe temerse un entorpecimiento por las tarifas francesas, puesto que la apertura del túnel tendrá seguramente por resultado franquear todas las barreras que las aduanas oponen hoy al libre cambio.

EL ISTMO DE TEHUANTEPEC. —Segun dice el *Eco de México*, el famoso proyecto del capitan Eads para la construccion de una línea férrea destinada á trasportar buques á través del istmo de Tehuantepec parece próximo á realizarse. El informe publicado recientemente por el concesionario en el diario oficial dice que una seccion de ingenieros se ocupa en practicar un reconocimiento completo del istmo.

EXPLORACION DEL MAR DE LAS ANTILLAS.—El vapor de los Estados Unidos *Tallapoosa*, á las órdenes del comandante A. G. Kellogg, acaba de hacer rumbo para las Antillas, donde la expedicion debe practicar varios trabajos topográficos y de sondeo.

Segun las instrucciones del ministerio de Marina, se debe reconocer la naturaleza de la costa occidental de Cuba, procurando descubrir ciertos bancos de arena que al parecer existen á unas diez millas del cabo de San Antonio.

Los buques que cruzan hoy por esta costa deben hacer un rodeo de 20 á 40 millas para evitar un peligro cuya existencia es dudosa: hay un sitio donde sólo se encuentran dos brazas de agua, segun ciertas cartas marinas; miéntras que otras indican mucha profundidad.

EXPEDICION NORDENSKIOLD.—La expedicion proyectada por el baron Nordenskiold al interior de Groenlandia partirá el 20 de mayo. El gobierno sueco ha puesto á disposicion del explorador el vapor *Sofia*, que saldrá de Gotemburgo en dicha fecha para recoger al ilustre viajero en la costa de Escocia. Desde aquí, el baron se dirigirá hácia el fiordo de Anleltsivik, en la costa occidental de Groenlandia. Le acompañan cuatro naturalistas y un negociante de Berlin.

Ya se recordará que el profesor Nordenskiold emitió la opinion de que el interior de Groenlandia, generalmente considerado como una llanura de hielo, era, por el contrario, durante parte del verano una region templada: reconocer esto es el objeto principal de la expedicion.

NOTICIAS VARIAS

LA TRAVESÍA DEL TÉ.—Es costumbre en Inglaterra conceder una prima considerable al buque que conduce á Lóndres el primer cargamento de té. Esta prima ha sido obtenida últimamente por el *Stirling Castle*, que ha franqueado en 31 dias la distancia que media entre Woosung (China) y Lóndres. Hasta ahora los buques de más rápida marcha no efectuaban esta travesía en ménos de 35 á 37 dias; el *Stirling Castle* ha empleado en este viaje un espacio de tiempo poco más ó ménos igual al que se necesita para ir desde las Indias á Inglaterra, consumiendo más de 100 toneladas de carbon cada 24 horas, con una fuerza de 8,000 caballos. Este buque, construido en el arsenal de Glascow, expresamente para este servicio, mide 133 metros de longitud por 15'25 de anchura, y su cabida es de 4,500 toneladas; su hélice, de bronce manganesado, tiene 7m,40 de diámetro y funciona por una máquina Compound de 3 cilindros. En la marcha de este buque, de absoluta regularidad, sólo se han observado insignificantes vibraciones, á pesar de su enorme peso y de su extraordinaria celeridad.

* * *

ACCION DEL ACEITE SOBRE LAS OLAS.—En la rada de Aberdeen se han practicado últimamente experimentos relativos á la accion del aceite sobre las olas. Cuando soplaba un viento del sudeste bastante fuerte, que hacia subir las olas hasta el punto de que pasaran sobre los diques, imposibilitando la entrada de un buque, el capitan Brice, acompañado de los oficiales del puerto, hizo una prueba importante. A los 20 minutos de haberse vertido en el agua 280 *galones* (medida inglesa de líquidos que contiene 8 cuartillos) de aceite de grasa de ballena, las crestas blancas de las olas desaparecieron, calmóse la agitacion, y la entrada del buque en el puerto fué muy fácil.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 2[illegible] DE MAYO DE 1883 — NÚM. 74

LA MODA, cabeza de estudio por J. Paffe

SUMARIO

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El *Salon*.—Pintura patriótica. Pintura pseudo-religiosa.—Estrenos dramáticos.—Venta de dibujos de Bertall.—Inauguracion de la estatua de E. Quinet.—Apertura de nuevas exposiciones.

El asunto de todas las conversaciones es la apertura del Salon. El Jurado de admision ha sido rigurosísimo, ó mejor dicho, arbitrario, pues ha rechazado millares de cuadros, algunos de ellos notabilísimos y de artistas muy distinguidos.

En el fondo todo ha sido como aquí se dice, *question de boutique*, ó en otros términos, la lucha por la vida ha hecho que la Junta de artistas franceses fuera rigurosísima con los extranjeros y las firmas desconocidas. La razon es natural. Paris ántes de la quiebra del año pasado compraba muchos cuadros. Luégo el Norte América era un mercado excelente que pagaba á altos precios los cuadros procedentes de Paris. Este año Paris sin negocios compra poco, y el gobierno norte-americano ha gravado con una contribucion enorme los cuadros de Francia á fin de proteger el arte nacional. Resultado: que la venta ha quedado muy reducida. Los artistas monopolizadores del Salon, para evitar la competencia han eliminado en masa, sobre todo á los extranjeros. Esto ha dado lugar á cierto clamoreo que producirá sus consecuencias, como las produjo análoga eliminacion en el año pasado, dando lugar á la formacion de la *sociedad de artistas libres*.

El aspecto general del salon es mediocre. Sobresalen algunas obras de gran mérito. Hay muchos cuadros muy bien dibujados. Algunos notables por la entonacion de sus medias tintas.

Verdaderamente coloristas, poquísimos. Esa fuerza y vigor de colorido de nuestros pintores españoles, falta casi por completo en el *Salon*.

Asuntos, los de siempre. Salvo honrosas excepciones, estancias domésticas como para demostrar que se sabe reproducir muebles, telas y *bibelots*. Mujeres desnudas, es decir, exuberancia de carnes; y la eterna Revolucion Francesa, con sus infinitas escenas de todos géneros.

Hay cuadros notabilísimos que no pudimos apreciar por su detestable colocacion. En cambio hay pinturas verdaderamente criminales que ocupan los mejores puestos.

Dejando aparte la multitud de obras medianas y desprovistas de verdaderas cualidades, nos fijaremos únicamente en las de verdadero mérito, procurando hacer resaltar sus bellezas y sus defectos.

En cuanto se sube por la gran escalera que se halla á la derecha de la entrada del Palacio de la Industria, lo primero que llama la atencion es un cuadro de proporciones colosales que representa *El príncipe Luis de Prusia, muerto por un sargento del* 10.° *de húsares* el dia ántes de la batalla de Jena. Es debido al pincel de Castellani, el pintor de panoramas, y el episodio, digno de figurar en una tela destinada á esta clase de espectáculos. A lo más puede pasar como pintura oficial, destinada á decorar una de las salas del ministerio de la Guerra.

Sigue á este, entre una infinidad de cuadros que pasan desapercibidos por su insignificancia, el que representa *La muerte de José Baró*, obra del discípulo de Cabanel J. J. Weerts. Baró era un voluntario de 13 años, que marchó con los húsares de la primera República contra los realistas de la Vendée. Cogido por éstos, despues de haber realizado mil proezas, le intimaron que gritara *¡viva el Rey!* y él respondióles con el grito de *¡Viva la República!* cayendo acribillado á bayonetazos y á cuchilladas. El cuadro tiene cualidades recomendables de composicion y colorido.

Y siguen los cuadros de batallas, y en especial los de la Revolucion Francesa. *Carnot en la batalla de Wattignies* avanzando con Duquesnoy al frente de una columna de soldados de la Convencion, para atacar á los austriacos; tal es el asunto del cuadro de Moreau de Tours. Está pintado con cierta energía; hay en él sentimiento del asunto; las figuras parecen moverse, pero el color es demasiado uniforme, y las caras de aquellos granaderos se parecen de tal manera unas á otras que cualquiera diria que todos son gemelos. En este defecto en que ha incurrido Moreau de Tours, incurrió tambien el célebre Messonier en su *Carga de caballería*; tomó por tipo un soldado normando y lo repitió. Moreau ha preferido un provenzal de rostro pálido y ojos negros.

Por un momento cesan las escenas de la guerra para continuar en otras salas, y vienen, rodeados de paisajes, bodegones, retratos, etc., algunos cuadros de asunto nacional, entre los cuales podemos citar por lo notable *La muerte de madama Roland*, presentada por Lyonel Royer en el mismo momento en que el verdugo empieza á atarla. En torno del cadalso se divisa el populacho, cuya vista hizo exclamar á esta gran revolucionaria aquellas sublimes palabras *¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!* La actitud de la víctima es digna. En general el cuadro demuestra el gran talento de su autor.

Gaston Melin nos presenta á *Rouget de l'Isle, componiendo la Marsellesa*. La actitud del compositor es declamatoria, el color amanerado, y en general inferior á otros cuadros de idéntico asunto.

Y basta de Revolucion francesa, y de *chauvinisme*, como dicen los franceses, y veamos los cuadros del género religioso. Aunque más que tal, sea mitológico, figura entre ellos el *Prometeo amarrado á la roca*, cuadro de efecto dramático, pero que peca algo de cartelon. Su autor, Pedro Lira, es un pintor chileno que promete: tiene el personaje del cuadro que nos ha presentado, condiciones de estudio del natural, pero no es de ninguna manera el héroe tan valientemente descrito por Esquilo en su tragedia, echándose de ménos en él aquella altivez del Titan revelado en contra del Olimpo.

Sigue á éste el Cristo de Morot, que está, sin disputa, admirablemente pintado. Tiene una pureza de contornos extrema; es un estudio de modelado que raya en lo sublime, pero aquella imágen no es la de Jesucristo. Luégo la disposicion del cuerpo, los brazos atados con cuerdas, y no clavados, el I. N. R. I., puesto en la parte inferior de la cruz, debajo de los piés de Jesus; todo conspira contra la representacion del Dios hijo. En resúmen: es un cuadro de academia, de gran vigor, de colorido soberbio, pero no el personaje divino descrito en los evangelios.

Sigue á éste un *San Jerónimo* de Ph. Ernest Zacarie, que tiene mucha fuerza de entonacion como color y como sentimiento, está inspirado en los de nuestro inmortal Ribera.

Un cuadro notable, más que todo por sus dimensiones, es el titulado *Los suplicios del Gólgotha*, debido al pincel de J. Brunet. Tres cruces se ven sobre la meseta de un monte; en dos de ellas están los cuerpos yertos de los dos ladrones; de la cruz central falta el cuerpo del Mesías. Empieza la caida de la tarde y la luna asoma por detrás de unas montañas. Sin que el cuadro esté mal pintado ni mal compuesto, le falta color local.

La llegada de los Pastores á Belen, es un nacimiento pintado por H. La Rolle con cierta entonacion de dibujo, bien compuesto, pero monótono y un tanto áspero de color; aunque ha rodeado del resplandor divino al niño Jesus y á la Vírgen, todos los personajes todos los detalles del establo se resienten de ese naturalismo moderno, que es excelente para escenas de la vida real, pero que no se aviene con la tradicion religiosa. No hay más; ó se cree en lo sobrenatural del asunto, ó no se hace pintura religiosa; y La Rolle deja ver á través de sus pinceladas cierto espíritu de indiferencia religiosa cuando ménos. Del mismo género que este es el cuadro titulado: *El Cristo y la Samaritana* de Pierre Lagarde.

Es un cuadro realista, bien pintado y bien dibujado, pero que no está ni sentido, ni pensado, pues aquel Cristo de cabellos rojos podrá ser un breton ó un normando, pero nunca un galileo, y aquella Samaritana nació de seguro en Batignoles. Además el lugar de la escena puede pertenecer á la *Auvernia*, ó si se quiere al Hérault, pero en manera alguna á la Palestina.

Otro de los cuadros del género religioso es el *San Julian hospitalario*, de Armando Edmond Jean. Es un cuadro inspirado en la novelita de Flaubert que lleva el mismo título. Aquí la cosa ya varía. Un santo en cuanto se le considere como personaje histórico admite ya mayor realismo en su ejecucion; el San Julian en cuestion, es verdaderamente el anacoreta que fué mendigando por el mundo cubierto tan sólo con un trozo de estera de palma, sufriendo el hambre, la sed, y la miseria, bajo todas sus formas. La figura del santo anacoreta bebiendo en un jarro de arcilla, el niño pobre que lo contempla y el mísero perro que le sigue están pintados con un vigor y un ajuste que indican ciertamente, un gran talento. El colorido es firme, el dibujo correcto, aquel país árido está en carácter; pero... para ser San Julian sobra tanto realismo, y para Julian el hospitalario, sobra el nimbo dorado en la cabeza.

Toda esa llamada pintura religiosa del Salon, excepto algun cuadro meramente decorativo, nos ha producido el efecto completamente contrario, es decir, de pintura anti-religiosa por completo.

Por fin, el cuadro *Judith* de Cazin, es otro de los que de este género en el Salon existen. Pero éste ha llevado al colmo ya el prescindir de toda inspiracion del asunto. En su cuadro ni hay sentimiento bíblico ni, lo que es más, color local ni propiedad de época.

Y basta de Salon por hoy; continuaremos en la próxima revista.

***

En el Teatro Francés acaba de ponerse en escena *Les demoiselles de Saint Cyr*, antigua comedia de A. Dumas, que hacia tiempo no se representaba. *Un pari dangereux* se titula la comedieta en un acto de Alfonso L'aigle, estrenada con éxito en el Odeon, y *Le nouveau régime*, es otra comedia en un acto de Meilhac y Prevel estrenada en el *Gymnase*.

***

Se ha empezado una venta de dibujos de Bertall á beneficio de la viuda del ilustre dibujante.

Se ha inaugurado una estatua de Edgard Quinet en Bourg (Ain). Es una obra que honra al escultor Aimé Millet.

Dos grandes acontecimientos artísticos son las dos inauguraciones recientes de la *Exposicion de artistas libres* de la Rue de Seze; y la de *Retratos célebres de este siglo* en la Escuela de bellas artes.

Enteraremos de ellas á nuestros lectores.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

LA MODA, cabeza de estudio por J. Raffel

La moda es tan despótica, ó mejor dicho, las damas se someten tan sumisas á su imperio, que á trueque de seguirla, no vacilan en ponerse prendas y adornos tan reñidos con el buen gusto como con la sencillez, que es la verdadera elegancia. Dado el ridículo sombrero usado en el dia y que ostenta la jóven de nuestro grabado, fuerza será confesar que si no menoscaba en gran parte su belleza, débese al experto lápiz de J. Raffel, quien á pesar de las condiciones anti-estéticas del modelo, ha sabido realzarlo con toques acertados y agradables efectos de claro-oscuro.

EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner

Así titula el autor al punto de vista tomado en uno de las más pintorescos y escabrosos sitios de las montañas de la Suiza alemana, de ese país en el que la naturaleza ofrece tan sorprendentes contrastes á artistas y aficionados. Agrias cuestas, peñascos enormes, copudos árboles arraigados entre sus grietas, profundas grutas de las que brotan con estruendo caudalosas cascadas, rústicos conductos de madera para conducir las aguas al próximo molino, y por último el inevitable *touriste* con su traje especial, todo esto se halla armónicamente reunido en este cuadro, cuyo agreste conjunto cautiva agradablemente la vista.

LA FAVORITA, cuadro por F. Masriera

Si es la favorita del Gran Turco, hemos de confesar que el Gran Turco tiene buen gusto. El hecho es que la muchacha lo vale, y que por la riqueza de su traje y joyas debe ser la favorita de algun personaje principal.

Y sin embargo, la favorita no parece estar muy satisfecha de la suerte que le ha cabido. Su aspecto, su actitud, es la de una mujer resignada; pero de ningun modo la de una mujer contenta.

El favor, y mucho más en Turquía, y áun mucho más en el Serrallo de Constantinopla, es un accidente sin causa justificada, pero de consecuencias reconocidas. Por de pronto supone el simple capricho de un déspota, que se digna acariciar á una mujer como un baron de la Edad Media acariciaba al perro mejor cazador de su jauría..

El capricho es siempre transitorio. Un turco no toma siempre una misma turca. En esto hay muchos que se le parecen, sin ser turcos.

El paladar se estraga... Tal empezó por una turca de malvasía y al cabo de algun tiempo gracias que halle sabor en el aguardiente.

Nuestra favorita nos parece demasiado modesta, demasiado *espiritual* para un harém. Quizás dependa de un error de concepto tocante á los serrallos. Verdad es que solamente sabemos de ellos por algunos autores, tan enterados como nosotros mismos.

El favoritismo dura poco en el harém del Sultan. Hay un gran número de favoritas que fueron, las cuales proponen vengarse, afectando unos celos que no sienten, porque no puede haber celos donde no ha habido amor; y hay otro gran número de aspirantas á favoritas que conspiran unánimes contra el ídolo del momento. A las primeras las auxilian los políticos pasados ó caidos; á las segundas los ambiciosos del porvenir.

Porque, aun cuando se diga que el harém es impenetrable, se hace en él más política que en el salon de conferencias de nuestro Congreso de diputados.

La política es el huracan que barrerá á nuestra favorita.

Cuando esto suceda, irá á aumentar el número de las intrigantas.

Es lástima...

La favorita de Masriera parece un vaso limpísimo, destinado á contener esencias ménos corrompidas.

FERNANDA TEDESCA, distinguida concertista de violin

Esta notable artista, que hace algun tiempo está llamando la atencion y conquistando merecidos aplausos en varias capitales de Europa, nació en 1860 en Baltimore, y demostró desde sus primeros años una aficion irresistible á la música. Apénas contaba diez y siete cuando se trasladó á Europa, recibió sus primeras lecciones de Wilhemy, despues de Vieuxtemps en Paris, y por último se perfeccionó en el Conservatorio de Bruselas. Tedesca se distingue por el enérgico vigor con que maneja el arco, y por la facilidad de su ejecucion, que en ocasiones asombra, á causa de la limpieza y agilidad con que toca las piezas más difíciles sin carecer de gusto y sentimiento.

LA PROMETIDA, dibujo á la pluma por A. Casanova

Preciosísima composicion, sobria en detalles, pero de armonioso conjunto, en la que se revela la mano maestra

de nuestro distinguido compatriota. Su dibujo correcto, la naturalidad de las tres figuras que constituyen el sencillo asunto elegido, el acierto con que están tratadas las telas que forman los trajes de aquellas, en las que sin necesidad, de colorido se distinge perfectamente la seda del terciopelo y del simple lienzo, la decorosa expresion de los amantes, propia de las respetuosas costumbres domésticas de principios del siglo; el sencillo menaje de la habitacion, todo en fin demuestra en este dibujo que el Sr. Casanova es un artista de valer que conoce á fondo las épocas y los tipos y que con corazon se disputan á porfía los más acreditados periódicos ilustrados de Europa sus composiciones para darlas un lugar preferente en ellos.

REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burckardt

Hubo un tiempo en que el convento gobernaba la tierra y casi disponia del cielo. Entónces todas las bendiciones eran para el convento.

Por contra han venido unos tiempos en que todo lo malo es atribuido á los conventos: cualquiera diria que un religioso es un apestado.

¿Cuál de los dos fanatismos es más injustificado? ¿A qué extremo propende el autor de nuestro cuadro? Parécenos que, sin exagerar sus ideas, no es del todo contrario á las instituciones monacales.

Por de pronto, su hermoso lienzo representa un asunto triste, pero simpático. El ejercicio de la caridad siempre será una virtud práctica con la cual simpatizarán todos los corazones sencillos.

Los enemigos de las órdenes religiosas objetarán que es preferible que no haya pobres, en cual caso no tendrá que remediarse su miseria.

Esta idea vale tanto como la siguiente:

Seria mejor la supresion de los asesinos á la necesidad de ahorcarlos.

No estamos llamados á resolver el problema.

Pero á la vista de ese viejo decrépito á quien presta apoyo un niño que lo necesita para sí; á la vista de esa pobre viuda en cuyo nombre tienden la mano dos angelitos; á la vista de esa anciana, medio envuelta en la sombra, cuyos desfallecidos brazos sostienen una criatura que en mala hora vino al mundo; nos place, nos consuela, la idea de que al ménos no faltará á tantos infelices un pedazo de pan con que acallar las exigencias del hambre.

Hoy no se reparte sopa á las puertas del convento; se reparte trabajo á la puerta de los talleres.

Indudablemente es un paso hácia lo que debe ser.

Sin embargo, ¿llevaremos nuestra obcecacion hasta pretender que lo que se hace hoy, pudo haberse hecho en siglos anteriores?

Dios envia al pajarito, en los pliegues del huracan, el grano de mijo que ha de alimentarle.

De cualquiera manera que se haga la caridad ¡bien haya ella!

EL BARRIO DEL BAZAR EN BUDA-PESTH, dibujo por A. Krunstein

En la populosa capital de Hungría, que de algun tiempo á esta parte va adquiriendo creciente desarrollo, hállase situado el *barrio del Castillo*, hoy llamado tambien del *Bazar*, á causa del suntuoso edificio de este nombre recien construido en él. Este consiste, segun puede verse en la lámina, en dos casas con habitaciones particulares entre las cuales se extiende el Bazar, dividido en dos partes, y con su correspondiente café y jardin en la parte posterior y falda de la montaña. El estilo de dicho edificio es el del Renacimiento; las obras han durado cuatro años y han costado 2.667,500 pesetas. Este soberbio edificio, el magnífico palacio-castillo que lo domina, la ancha y populosa calle en que está situado, y las elegantes construcciones que se extienden á ambos lados, hacen del barrio del Bazar uno de los sitios más notables de cuantos puede visitar el viajero en Buda-Pesth.

LA BELLEZA

Yo soy sumamente aficionado á hacer preguntas; el dia en que llegue á sentarme en los escaños del Congreso ó del Senado, sumándome entre los benditos padres de la patria, ya pueden los señores del banco azul tentarse las pantorrillas, porque les voy á poner en cada aprieto que los Salamancas y Vivares á mi lado, pongo por pregunton, se les han de antojar discretísimos y calladísimos sujetos, y varones sin pizca de curiosidad ni cucharonería.

Es verdad que hasta ahora, puedo jurarlo, no he atormentado con mis preguntas más que á mis libros y á mi barbero. Mi barbero, apénas abre la puerta de mi habitacion para advertirme que le tengo á mis órdenes, ya tiene la granizada encima:—¿Qué se cuenta de nuevo? ¿Qué se dice por ahí? ¿Qué hay por la ciudad? ¿Cuántas casas más han derribado? ¿Qué tal tiempo hace? ¿Ha ocurrido alguna otra desgracia? ¿Van á bajar el pan? ¿Subirán más la carne?—A todo lo cual mi rapabarbas, que es un alma de Dios y un benditote, me contesta invariablemente:—¡Nada!... ¡No sé nada!...—Pero, hombre,—le digo yo—tú nunca sabes nada; tú no te ocupas más que en afeitar y cortar el pelo, y en poner un golpe de sanguijuelas cuando hace falta ó arrancar una muela si es necesario; tú estás en babia siempre; tú eres un barbero incompleto. ¿En qué piensas? ¿Qué haces? Con que, no contento con no saber tocar la guitarra, ni cantar una malagueña ¿no sirves siquiera de gacetilla ambulante, ni entiendes de noticias, ni sabes menear la sin hueso para entretener á tus parroquianos?... ¡Pues aviado estás! ¡No seré yo quien te arriende la ganancia, callantron, Fígaro degenerado!....

No me pasa eso con mis libros. Es verdad que al principio andaban algo rehacios en eso de contestar á las preguntas que mi insaciable y tornadiza curiosidad les hacia; pero yo les zarandeaba de lo lindo, y vuelta por aquí, vuelta por allí, meneo por este lado, zurra por el otro, no tenian más remedio que rendirse con armas y bagajes confesando de plano su ignorancia, ó contestando con lo poco ó mucho que sabian. ¡Cómo me gusta á mí esto! Tan cojidas les tengo ya las vueltas que no les sirve querer escurrir el bulto; á las primeras de cambio se entregan á discrecion, y es tal la conviccion que han adquirido con mi trato de que tal proceder es el único que les vale para que les deje en paz, que no faltan ocasiones en que parecen adivinar mi pensamiento anticipándose, con sus respuestas, á mis preguntas. ¡Excelentes, excelentísimos sujetos y serviciales amigos!... ¡Lástima que no pueda vestiros á todos con ricos trajes dignos de vuestros méritos y servicios, alojándoos en lujosos aposentos, donde pudiérais descansar como príncipes en los ratos de ocio que os concedo! Ya sabeis que no es culpa mia, sino de la pícara fortuna que no siempre proteje como debiera, á los que se empeñan en consejarla con buen fin! Para el dia en que se vuelvan las tornas, yo os prometo solemnemente un traje nuevo de percalina ó de piel y un ámplio y elegante alojamiento donde podais estar á vuestras anchas sin armar camorras por si me oprimes tú ó por si te aplasto yo. ¡Palabra de honor! Os debo los más felices ratos de mi vida y nada más justo que os muestre mi agradecimiento.

No crean Vds. señores lectores mios, por estos piropos que á mis libros echo, que todo es deleite y bienandanza en la viña de mis consultas é interrogatorios; ocasiones hay en que las preguntitas mias y las contestaciones suyas arman tal marejada, y me levantan tales dolores de cabeza, y me cuestan tales desazones, y me ponen tan á rabiar que en mi pellejo quisiera yo ver al más pintado ministro de la Gobernacion en dias de elecciones cuando el tiro le sale por la culata. Pues ¿y cuando el uno dice una cosa y el otro, poniéndose hecho un gallo, contesta con la contraria, y el uno dice que por aquí y el otro que por allí, y los compañeros de uno y otro vociferan, y se arma una marimorena y un zipizape, y un guirigay de mil demonios por si digiste ó no digiste? No se figuren Vds. que de estos lances caen pocos en libra ó que sólo ocurren de guindas á castañas..... ¡Ya, ya! Es cuestion de todos los dias ó poco ménos. ¡Y gracias si las cosas paran en esto y no se tiran los trastos á la cabeza insultándose como desvergonzadas verduleras, y trayéndome y llevándome como un zarandillo con sus dimes y diretes hasta que, amoscado ó rendido, les cierro violentamente la boca condenándoles al silencio miéntras yo me largo más que á paso para dejar en el campo ó en la calle la olla de grillos que han metido en mi cabeza con sus vociferaciones! Digan Vds. que yo me hago cargo de la situacion, y comprendo que los infelices harto hacen con darme su opinion esforzándose por inclinarme á ella con el mejor y más laudable fin del mundo; que si no fuera por esto habia para darse á todos los diablos, y renegar de todos los libros habidos y por haber, y hacer con ellos un auto de fe para ahorrarse quebraderos de cabeza.... Pero ¿qué culpa tienen los infelices? Dicen lo que saben, creen en lo que dicen, y no es extraño que combatan por lo que estiman como verdad defendiéndose, como Dios les da á entender, de los ataques de sus adversarios.

Permítanme Vds. contarles un caso de esta naturaleza que me ocurrió no hace muchos dias. Iba yo cierta mañana por el paseo de la Glorieta contemplando las menudísimas hojas de los árboles, que ya empezaban á reverdecer á impulso de las brisas primaverales, cuando héte aquí que de pronto cruza á mi lado una mujer.... ¡Qué mujer, santo cielo!.... ¡Una sílfide, un ángel, una Diosa! ¿Me entretendré en describirla? No hace falta; recreen Vds. los ojos en una de esas preciosísimas creaciones de Llovera que esmaltan las páginas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA regocijando el ánimo; arranquen Vds. del papel uno de esos divinos tipos, hagan Vds. fulgurar aquellos ojos, palpitar aquel seno, mover aquellos labios y ondular aquel talle; agranden Vds. aquel cuerpo hasta darle las proporciones de una matrona romana, rellénenlo despues Vds. de sonrosada y palpitante carne, y ahí tienen Vds. la mujer que pasó á mi lado de la Glorieta, dejando en pos de sí una estela de voluptuosidad y de perfumes miéntras yo me quedaba, al mirarla, embelesado, estático, con la boca abierta.

No la volví á encontrar; retireme á mi casa y entré en ella sin que el recuerdo de la hermosa me abandonara un punto.—¡Qué bellísima mujer!.....—decia para mí.—¡Qué bellísima!... ¡Qué bellísima!...

Yo no sé cuántas veces repetí la palabra *bellísima*, queriendo sin duda con tantas repeticiones, al estilo hebraico, sublimar la significacion del calificativo; lo que sí sé es que á fuerza de decir ¡Qué bellísima! se me olvidó la mujer y me quedó en los oidos el retintin esdrújulo del superlativo.

—¡Bellísima! ¡Bellísima!...—seguia diciendo maquinalmente.—¿Y porqué?—me pregunté en un momento de reaccion dando un salto en la silla y haciendo un esfuerzo con el pensamiento—¿Porqué? ¿Qué es la belleza? Tambien el Michis es bello—el Michis es mi gato; yo no sé porqué me acordé de él, pero es lo cierto que me acordé,—¡Bs, bs, bs!... ¡Michis... Michitis!... ¡Ven acá!

El gato vino haciendo de las suyas, es decir zalamerías y monerías zapironescas, en las que era peritísimo maestro y consumado doctor. No hay duda que el Michis es un hermoso, un magnífico ejemplar de la raza felina, tan bello, sin disputa, en su género, como la desconocida de la Glorieta en el suyo.

—¡Vamos á cuentas!—decia yo para mí miéntras seguia con la mirada las graciosas curvas que el Michis trazaba en sus cabriolas.—¿Qué hay de comun entre el gato y la hermosa? Ambos son bellos, cada cual en su órden, eso es innegable; y no lo son ellos solos, sino que tambien lo es la Catedral de Búrgos y el Capitolio de Washington, como lo es el Quijote de Cervantes y las Odas de Quintana, y los dramas de Calderon, y los discursos de Castelar, y las leyendas de Zorrilla, y las melodías de Beethoven, y los cuadros de Pradilla, y la campiña de Pontevedra, y las escalas de Sarasate, y los jardines de Versailles, y el lago Leman, y los caballos de Marly, y... ¡qué sé yo cuantas otras cosas! ¡Ate V. cabos!.... ¡Sí, señor, ate V. los cabos de tantísimas cosas tan diferentes como un gato y una mujer, un caballo y un drama, un jardin y un trozo de música, una oda y un cuadro, y saque V. de todos ellos la sustancia comun de la belleza, ese *quid divinum* que nos extasía y embelesa! ¡Vaya un lío!... ¡Vaya un galimatías! ¿Qué es la belleza?... ¡Me vuelvo loco y no lo entiendo! Voy á consultar con los caballeros autores de mis libros que se han estado de huelga toda la mañana; entre tantos no faltará alguno que me saque de este apuro. A ver, señores mios, háganme Vds. el favor, los que entiendan algo de ello, de explicarme sin embajes, rodeos ni circunlocuciones, lo que es esa quisicosa que se llama la belleza; los que lo sepan que alcen el dedo; los que no, estense quietecitos.

¡Santo Dios! ¡Qué gritería!... ¡Orden, señores, órden! Vayamos poco á poco, que yo no tengo prisa; no hay que atragantarse ni desgañitarse; á cada cual le tocará su turno; yo les agradezco en el alma el interés que por mí se toman queriéndome ilustrar con sus sábias observaciones, pero les ruego encarecidamente no me vuelvan tarumba con su interminable charla; vayamos por partes y ordenadamente como Dios manda. A ver, señor Platon, su voto en estas materias es de gran peso; V. tiene la palabra. ¿Qué es la belleza?

—¡La belleza!—exclamó Platon poniendo los ojos en blanco—la belleza es «el recuerdo de la esencia que vió el alma en otro tiempo cuando acompañaba á los dioses;» ó para hablar más claro, es «el explendor de lo verdadero, el reflejo del ideal.»

—¡Cierto!—repuso Proclo.—Es «la centella de la hermosura de Dios que resplandece en el objeto bello.»

—¡Justamente!—apoyó Sanz del Rio—«es bello lo que, en su límite y género es semejante á Dios, y refleja en sí, con carácter individual, la construccion del mundo en unidad, en oposicion, en armonía.

—«Es como el resplandor del rostro de Dios»—dijo Marsilio Ticino.

—O lo que es igual,—añadió Hegel—en términos ménos poéticos y más filosóficos es «la manifestacion sensible de la Idea.»

—Pues, señores mios,—les dije,—Vds. tendrán muchísima razon, pero se van Vds. tan por las nubes con sus sublimes comparaciones que les confieso francamente que, despues de oirles, sé de la belleza lo que sabia ántes: poco más que nada.

—Tiene V. razon que le sobra,—me contestó Aristóteles.—Lo bello en resumidas cuentas no es otra cosa, bien pensado, que «lo que siendo bueno es deleitoso, precisamente porque es bueno.»

—¡No!—objetó Lamennais,—sino «lo verdadero manifestado en sensible forma.»



EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner



LA FAVORITA, cuadro por F. Masriera (grabado por M. Weber)

—¡Nada de sistemática terquedad!—replicó Cousin—hay una fórmula de conciliacion que salva todas las dificultades: la belleza no es más que «la verdad y el bien manifestados bajo forma sensible.»

—No estoy por eso,—exclamó San Agustin.—La esencia de la belleza consiste en «la unidad.»

—¡Conformes!—gritó Crousaz.—Pero debe decirse que consiste en «la diversidad reducida á la unidad.»

—En términos más breves—añadió Mendelsson—es «la unidad en la variedad.»

—Si á la Unidad—indicó el P. Andrés—se agrega el órden y se dice que es bello «lo que tiene por fundamento el órden y por esencia la unidad» estoy conforme.

—*Pulchrum*,—interrumpió gravemente Santo Tomás,—*respicit viam cognoscitivam; pulchra enim dicuntur quæ risa placent.*

—¡Es verdad!—afirmó Montabert.—La belleza es «una cualidad que impresiona el órgano de la vista.»

—¡Cierto!—dijo el P. Taparelli.—Pero no basta decir que impresiona; hay que decir que «agrada á la vista.»

—¡Eso es!—apoyó el P. Cornoldi.—O lo que es lo mismo «lo que, conocido, agrada.»

—¡Justo!—añadió Monlau.—«La propiedad que tienen de agradarnos los objetos reales ó las creaciones de la imaginacion,—¿digo algo?—luégo de percibidas ó conocidas.»

—Pero, señores,—dije sin poderme contener,—yo creo que al definir la belleza de ese modo abren ustedes demasiado la manga por un lado, y la cierran enteramente por otro.

—¡Es verdad!—exclamó Baumgarten.—Yo creo que la belleza es «la perfeccion sensible.»

—¡Muy bien!—afirmó Rafael Mengs.—La perfeccion figurada y visible de la materia.»

—¿Se me permite echar mi cuarto á espadas?—preguntó Céspedes.—Pues oigan, que he de dar en verso mi opinion:

«No me atrevo á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sujeto
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las crea sin ningun defeto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza: tú entresaca el modo
Y de partes diversas haz un todo.»

—Enrevesados y duros son los versos,—dije yo—y oscurillo es el concepto.

—Oscuro, sí, pero verdadero,—contestó Arteaga.—En prosa llana yo diria, traduciendo el pensamiento de Céspedes, que la belleza es «el arquetipo ó modelo mental de perfeccion que resulta en el espíritu del hombre despues,—fijarse bien en esto,—despues de haber comparado y reunido las bellezas de los individuos.»

—¡Hum!...—murmuré yo.—Al pronto parece, señor Arteaga que ha dado V. en el *quid;* pero si bien lo considero, creo que ese arquetipo que V. dice puede muy bien no hallarse muy distante del monstruo horaciano.

—¡No hay que darle vueltas!—exclamó Diderot sentenciosamente.—La belleza no es más que «lo que despierta en el alma la idea de relacion.»

—¡Eso es!—añadió Senancour con calor.—«Lo que excita en nosotros la idea de relaciones dispuestas hácia un mismo fin, segun conveniencias análogas á nuestra naturaleza. Si la cosa bien ordenada, análoga á nosotros, y en la que encontramos belleza nos parece superior ó igual á lo que contenemos en nosotros, la llamamos bella; si nos parece inferior la llamamos linda; si las analogías con nosotros son relativas á cosas de poca importancia, pero que sirven directamente á nuestras costumbres y deseos presentes, la llamamos agradable; cuando sigue las conveniencias de nuestra alma, animando, extendiendo nuestro pensamiento, generalizando, exaltando nuestras afecciones, mostrándonos en las cosas exteriores analogías grandes ó nuevas, que dan inmensa, universal extension, con fin comun, á muchos séres, la llamamos sublime.»

—No es floja esa retahila, señor mio,—repliqué yo.—Pero se me figura que es más la cantidad que la calidad, y que no ha de satisfacer á nadie, por más que ofrezca algunos puntos aceptables.

—Yo cortaré ese nudo,—exclamó Kant.—La belleza es «el objeto de una satisfaccion despojada de todo interés;» ó de otro modo «lo que agrada universalmente sin concepto;» ó de otra manera «lo que se reconoce sin concepto como objeto de una satisfaccion necesaria;» ó de otra forma «una variedad de representaciones parciales puestas libremente en juego y á la cual no puede encontrarse expresion que designe concepto determinado;» ó de otra suerte «la forma de la finalidad de un objeto miéntras es percibida sin representacion de fin;» ó de otra...

—¡Alto, alto, Sr. D. Emmanuel!—interrumpí.—¿En qué quedamos?... Le confieso á V. francamente que con su galimatías especial me deja en ayunas; ya sé yo que es V. un sabio de primera; pero... ¡caramba!... eso de que, para sacarle el meollo á lo que dice tenga uno que tragarse enterito todo su sistema ó repasarlo si lo ha olvidado, no me hace maldítísima la gracia, y mucho ménos con el dolor de cabeza que, entre todos, me están Vds. levantando.

—¡Tiene V. muchísima razon!—apoyó Schelling. La belleza es «la representacion de lo Infinito bajo una forma finita.»

—¡No!—gritó Gioberti.—Es «la union individual de un tipo inteligible con un elemento fantástico realizada mediante la imaginacion estética.»

—¡No es eso!—exclamó Gœthe.—Es «la ley que, en su mayor libertad y en sus más esenciales condiciones, se traduce por un fenómeno.»

—Eso es muy vago,—contestó Pictet.—Es «la armonía de la idea y de la forma en la expresion sensible, por la forma, de la idea, sin que en ella haya ningun fin de utilidad.»

—O lo que es lo mismo,—añadió Tiberghien,—«la esencia plenamente desplegada en la unidad y la variedad de sus elementos.»

—¡Sí, sí!...—apoyó Nuszlein.—«La unidad y armonía indivisas de lo sensual y lo inmaterial, de la forma y de la idea.»

—¡Eso es, eso es!—gritó Revilla.—«La armonía manifestada sensiblemente.»

—¡Cierto!—afirmó Campillo.—«La unidad y la variedad armónicamente combinadas.»

—O dicho de otro modo,—indicó Gomez Arias.—«La belleza consiste en la individuacion animada del tipo intelectual, y debe definirse diciendo que es la unificacion de lo múltiple vivificada y armónica.»

—Todo eso de la armonía,—repuso humorísticamente Burke—es música celestial y pamplinas terrenales; no se cansen Vds.; la belleza es «la cualidad ó cualidades de los cuerpos que hacen nacer el amor ó cualquiera otra pasion semejante.» Si no lo creen Vds. pregúntenselo al primer enamorado que encuentren.

—Algo falta á ese concepto,—dijo Jouffroy con aire pensativo.—Yo diria mejor que la belleza es «aquello con que simpatizamos en la naturaleza humana, manifestada por los símbolos naturales que impresionan los sentidos.»

—Para decirlo más claro,—exclamó Nuñez Arenas,—es «aquello cuya contemplacion produce en nosotros un movimiento gradual y apacible conforme con nuestras facultades, que principia por atraernos, nos hace luégo intimar con ello, y por último nos excita á reproducirlo ó crear otro análogo, pura y desinteresadamente.»

—¡Eche V. definicion!—replicó socarronamente Gauckler.—¿Se mide eso por kilómetros? La belleza es, sencillamente, «la manifestacion de la vida y de sus evoluciones por medio de la materia y sus atributos, la forma y el movimiento.»

—Dispénsenme Vds. señores,—interrumpió Voituron,—si les digo con franqueza que ninguno de Vds. sabe lo que se pesca y que están tocando todos el violon. Dan Vds. una en el clavo y ciento en la herradura; la belleza, y lo digo yo, que he hecho un estudio profundo de su nocion, es «una cualidad ó propiedad del sér, en virtud de la cual todas las partes de que éste se compone están dispuestas con órden segun la unidad determinada por su esencia, y que permite á la fuerza ó la vida de que está animado manifestarse fácilmente.»

—¡Basta, basta!...—grité desesperado cerrando la boca á Spencer, á Schopenhauer, á Hartmann, á Locke, á Bain, á Stuart Mill, á Taine, y á otra multitud de filósofos, críticos y artistas.—Me habeis trastornado completamente; no sé donde tengo la mano derecha; me volveis loco, loco de remate... ¿Dónde está la belleza? ¿En qué consiste? Unos dicen que en la unidad, otro que en la variedad, otros que en la armonía; quiénes que en el órden, quienes que en la relacion, quienes que en la vida; éstos que que en lo bueno, aquellos que en lo verdadero; los de aquí dicen que es cosa del entendimiento, los de allá que de la sensibilidad, y no faltará alguno que diga que lo es de la voluntad... ¡Qué confusion!... ¡Qué laberinto!... ¡Me arde la cabeza, y en ella bailan un can-can disparatado é inverosímil la verdad y la vida, lo bueno y la unidad, la armonía y la esencia, la variedad y el órden, todos revueltos y en monton pataleteando como energúmenos... ¡Uff! ¡Qué guirigay!...

Salí á la calle atontado. Al revolver una esquina me dí de manos á boca con la mujer de la Glorieta, rebosando hermosura y perfumes, brillante, voluptuosa, embriagadora. Todos los fantasmas aposentados en mi imaginacion huyeron súbitamente ante aquella divina aparicion como ahuyentados por irresistible conjuro. Vivísima luz iluminó mi espíritu; mi corazon dió un vuelco de placer, y mis labios murmuraron con adoracion:—¡Qué bellísima mujer!... ¡Qué bellísima...

FERNANDO ARAUJO

EL PERRO Y EL CABALLO DE KOSCIUSKO

I

Todos los animales, hasta los más fieros y estúpidos, son más ó ménos educables, segun el desarrollo de sus facultades instintivas. Hay presos que educan ratones, no teniendo á mano más nobles criaturas en quienes ejercitar su paciencia; Silvio Pellico, en sus prisiones, educaba arañas; los embaucadores callejeros educan pájaros para seducir al vulgo supersticioso; los domadores, tigres y panteras.

Pero en esta sumision de la rebeldía irracional á la inteligente voluntad del hombre, por más que éntre todo el instinto, no entra inteligencia ninguna: los brutos, en general, ceden al temor ó á la necesidad y á veces al regalo. Y si no entra inteligencia pura, ménos entrará cosa de moral.

Sin embargo, hay cierta categoría de animales, cuyo instinto se baña, digámoslo así, en estas fuentes, guiándose con cierta luz, que no es ya de instinto ciego, y ennobleciéndose con cierto sentido, si no moral, afectivo, que les da ya un carácter casi humano.

Sin hablar del mono domesticado, que cuando no es el niño, es el viejo de la casa, con todas sus travesuras y rarezas, con todos sus vicios y... íbamos á decir virtudes, ¿no hay algo de inteligencia y de piedad en los perros del monte de San Bernardo? ¿No habeis presenciado nunca el tierno y conmovedor ejemplo de un perro ordinario sirviendo de lazarillo á un mendigo ciego? Si no hay en ciertos animales más que instinto bruto, ajeno á toda facultad inteligente y sensible, ¿por qué marcha el caballo al compás de la música? ¿cómo ejercen en él tal influencia los tonos que lo hacen capaz del entusiasmo bélico, que es una pasion heróica?

El perro y el caballo son los amigos más fieles del hombre. Del perro ha dicho álguien, con tanto chiste como hiel, que es lo mejor que el hombre tiene. Del caballo, del perro y del hombre se ha dicho tambien que nunca se cansan de estar juntos.

Tambien es el gato amigo del hombre; pero lo es más de la mujer, especialmente si es cocinera. No deja de ser inteligente, ó astuto, á lo ménos, como el zorro; pero no tiene una buena cualidad: es infiel, desleal, ingrato, goloso, rapaz, reincidente, incorregible, verdaderamente inmoral, es amigo del hombre, ó de la mujer, porque es, ante todo y sobre todo, hipócrita.

Pero hablábamos del perro y del caballo de Kosciusko.

II

Kosciusko, el ilustre y célebre polaco, era un gran general: hizo sus primeras armas en América á las órdenes de Washington, y de vuelta de su patria, se distinguió contra los rusos, dando pruebas de su valor y pericia militar en la reñida batalla de Dubienka. Nombráronlo generalísimo de los ejércitos nacionales, sus nobles compatriotas, ganosos de oponer al implacable enemigo una espada vencedora; y con esta alta investidura, siguió derrotando á los rusos y prusianos, hasta que herido en la batalla de Macijowice, fué hecho prisionero y conducido á San Petersburgo.

Fué tambien un gran ciudadano, hecho á la alta escuela de las libertades públicas; pues si comenzó á amarlas en la esclava Polonia, las vió muy de cerca en las libres repúblicas de América, Suiza y Francia, donde la Asamblea legislativa le otorgó honrosamente carta de ciudadanía.

Pero fué un gran general y un gran ciudadano, porque era, ante todo y sobre todo, un gran patriota: por amor á su patria, fué allende los mares á templar sus armas en el fuego del combate, acostumbrando su brazo al trabajo de la guerra y su genio al heroismo febril de la victoria; por amor á su patria, arrostró temerario el formidable poder de rusos y prusianos, que fué como entregarse al sacrificio, aunque no ántes de haberlos vencido; por amor á su patria, luégo que Pablo I lo puso en libertad, vivió oscuramente en Francia y en Suiza, dando ejemplo de virtudes privadas como simple ciudadano.

Y el fervor de todas sus virtudes, y el móvil de todos sus actos y la razon de su extrañamiento léjos de su patria, el mismo patriotismo.

El patriotismo no es una virtud aislada; es una irradiacion de virtudes, toda una moral. Es un amor divino porque tiene la fe y la esperanza; y es un amor humano no porque tiene tambien la caridad, que no es sólo socorrer al mendigo que tiene hambre de pan, sino tambien al pueblo que tiene hambre y sed de justicia, de derechos, de libertad.

Kosciusko, que era un leon en la guerra, no era sino un cordero en la paz: la mansedumbre, la piedad, la beneficencia eran sus armas de paz, tan bien templadas como sus armas de guerra; y todo cuanto lo rodeaba estaba en armonía con él, reflejando sus virtudes. Tenia un asistente ruso, que se hubiera dejado matar por él; pero no más que por él, pues era un veterano que hubiera decapitado á Rusia,

sólo por compasion de Polonia. Y tenia un perro y un caballo, veteranos tambien é intrépidos, pero de pura raza polaca; y aunque irracionales, eran á su modo patriotas y compasivos tambien: el perro no ladraba nunca al que buscaba á su amo hablando en la lengua de Kosciusko, y el caballo no se dejaba montar si no se le hablaba en la lengua de su amo, es decir en la lengua de su patria: no podian hacer más en este concepto. Aunque el caballo no se enorgulleció nunca, si no lo montaba Kosciusko, que entónces tomando arrogancia heróica, le hacia todos los honores de ordenanza, marchando acompasado, majestuoso y brillante como al són de las marciales trompas

Kosciuscko los trataba como si no fueran brutos: les hablaba y lo entendian: su cariño tenia algo de gratitud: el caballo lo habia llevado á la victoria; el perro lo llevaba seguramente á la pieza de caza...á la victoria tambien.

Pero escuchad dos rasgos que los pintan como educados por Kosciusko: son dos rasgos de piedad.

III

El héroe, más bien que la caza, amaba la soledad del campo, el aire de las montañas, la melancolía de los bosques, la grandeza y majestad del cielo abierto, y cazaba, no en grandes y ruidosas partidas: cuatro amigos le bastaban, su perro y su caballo.

Una tarde despues de haber hecho ejercicio, se sentó á comer con sus amigos en el bosque, y tenia un par de perdices delante.

Hablaba de Polonia con sus comensales, que eran todos íntimos, y entró en calor el coloquio.

En esto, apareció á su espalda entre el ramaje, una harapienta niña, harapienta y desgreñada; sino que aquellas flotantes greñas eran como rayos de sol en torno de su carita de ángel.

La interesante mendiga no se atrevió á hablar, y medrosica tendió la mano en silencio.

Nadie se apercibió de ello, y ménos Kosciusko que estaba vuelto de espaldas, y siguió la cuestion con interés creciente.

El perro gimió tiernamente hasta tres veces, como para llamar la atencion de su amo, que hablando hablando no le hacia caso.

Entónces, con toda la confianza de quien no teme el castigo, tomó bonitamente una de las dos perdices, que tenia su amo delante, y fué paso á paso á ponerlas en la mano de la niña.

Otro dia quiso el heróico polaco enviar á un venerable eclesiástico de Soleta un par de botellas de exquisito vino que le habia prometido. Como habia alguna distancia entre la residencia de uno y otro, hubo de aceptar el ofrecimiento de un mozo del país, que se brindó espontáneamente á este servicio, conociendo al general y al eclesiástico. Queriendo, empero, ahorrarle fatiga, le hizo aceptar á su vez para el viaje su caballo; y Zeltner, que así se llamaba el mozo, partió á su comision, aunque de mala gana por parte del caballo, que no admitia ancas, como préviamente no se le hablara en la lengua de su amo. Pero su amo le habló ahora, y áun tuvo el estribo para que el mozo lo montara.

Zeltner desempeñó su encargo, y á la vuelta dijo á Kosciusko:

—Mi general, no volveré á montar su caballo, si al mismo tiempo que el caballo no me da V. su bolsillo.

—¿Qué dices, muchacho?

—Ni más ni ménos, mi general.

—Explícate, hombre, explícate.

—Luégo que un pobre, dijo explicándose el mozo, se quita el sombrero en el camino y alarga la mano demandando caridad, párase de repente el caballo, y no hay ya quien le haga seguir, hasta que el pobre ha recibido algo. Pero el conflicto fué, cuando habiendo ya repartido, para que anduviera, las pocas y míseras monedas que llevaba, salieron al camino otros mendigos.

—Y ¿cómo saliste del conflicto? preguntó sonriendo Kosciusko.

—Tuve que apelar á un ardid de guerra, haciendo como que daba limosna á los pobres; pero con la mano vacía.

—Dejémoslo así, contestó el héroe; es ya caballo viejo y no le podríamos quitar ciertos resabios. Pero has de saber, añadió sériamente, que engañar á los pobres no es un ardid de guerra.

—Mi general, mi intencion era sólo engañar al caballo.

—Toma, para que si otra vez lo montas, no lo engañes tampoco á él.

Y el general le dió su bolsillo.

CECILIO NAVARRO



FERNANDA TEDESCA, (distinguida concertista de violin)

EL CAÑON Y EL LIBRO

Picada la honrilla de la clase, lo cual prueba que si son fuertemente duros, sienten exquisitamente los preceptos del honor, hubo una junta de cañones para tratar del curso y fin obtenido en el diálogo *El libro y el cañon*, que la potente voz de esta revista ha dado á los vientos de la publicidad. Todos convinieron en que el curso habia sido vicioso y en que el fin resultó falso: nombraron, pues, un representante para provocar nueva liza, lo cual cumpliendo quien tal mereció, presentóse en la biblioteca, y ante el numeroso concurso que allí habia, despues de atento saludo, que por algo su dios Marte es tambien para muchos el dios de la buena crianza, tomó la palabra y dijo:

—Señores libros: Público el desenfado con que os atribuís la verdadera y única representacion del saber y el desprecio que os inspira la clase á que me honro pertenecer, desprecio que constantemente expresais llamándonos «grandísimos bárbaros, ignorantes, muy brutos, grandísimos zoquetes, gaznápiros, animales, zopencos, estúpidos, cobardes y cortesanos,» y que se compagina muy mal con lo tolerante que todos dicen es el sabio, aquí me teneis á mí, buscándoos en vuestro propio domicilio, solo entre tantos como sois, que vengo á deciros en nombre de mis compañeros de todas clases, y como defensores que desde el orígen del mundo venimos siendo de la verdad y la justicia, que estamos cansados de oir la eterna defensa del error á que, por lo que debe ser vuestra fatal condicion, parece estais condenados, y hemos creido llegada la hora de sacaros de él. Pido, por lo tanto, competidor con quien discutir.

Largo ruido de murmuraciones se sintieron salir de entre los estantes cuando el cañon cesó de hablar: el competidor, sin embargo de que el tiempo iba pasando, no se presentaba, por cuyo motivo el hijo de Marte volvió á hablar y dijo:—¿Es posible que si no os podeis poner de acuerdo para nombrar representante que sostenga vuestra causa, no haya quien espontáneamente se presente á ello, cuando estais aquí reunidos la flor y nata de las clases, los textos de cuantos conocimientos atañen al saber humano? No importa, porque nosotros no solamente sabemos cumplir nuestro deber, sino que tenemos altísimo celo por él, y no porque no sepais ó no querais discutir, he de dejar de deciros algo de lo mucho que decirse puede en defensa de la noble causa que mis compañeros me han encomendado.

Un hombre de mucho saber, humano y digno cual ninguno y cuyo modo de ser y vivir en nada se relaciona con la profesion militar, ha dicho lo siguiente: «Así como los individuos nada alcanzan, sino por el esfuerzo, por el dolor, por el martirio, nada alcanzan los pueblos sino por la revolucion y por la guerra.» Pues á pesar de esta verdad profunda, que pone de relieve la santa mision del cañon, son nada las grandes injusticias, nada las grandes ingratitudes que se conocen en el mundo, y cuidado que es fecundo en ellas, comparadas con la ingratitud é injusticia que con nosotros se cometen. Apénas aparece libro con pretensiones de verter buenas ideas y representar alguna dósis de cultura, que no denueste, que no acrimine al infelice cañon llamándole ingrato y bárbaro, cuando el cañon ni es bárbaro ni es ingrato: es todo lo contrario: el cañon es altamente civilizado y civilizador, tanto que si el mundo ha progresado en su civilizacion, ha sido porque el cañon le ha precedido, porque el cañon se le ha impuesto. Si el cañon sólo representase la fuerza bruta ¡desgraciada humanidad!: el rey del mundo no seria el hombre, y aún siéndolo, no seria el hombre civilizado, porque el hombre salvaje tiene mejor constitucion física y más desarrollada la fuerza bruta. Siendo, pues, el hombre salvaje más fuerte y en número mucho mayor, ¿cómo, señores libros, se ha sometido al débil y ha violentado todo su modo de ser para identificarse con el modo de ser de aquél? Vosotros que sois tan científicos y tan leidos, no tendreis la ocurrencia de atribuirlo á un milagro: pero no hay que apurarse, que si vosotros no buscais el porqué nosotros os lo diremos. Así como Dios impuso su doctrina valiéndose del profeta, así como el profeta la extendió valiéndose de los apóstoles, nosotros hemos impuesto la civilizacion siendo al hombre civilizado lo que el profeta á Dios, lo que los apóstoles al profeta. Nos objetais que hemos defendido tambien ideas bárbaras, causas malas, pero no os fijeis en detalles que no es modo propio y digno de ver las cuestiones: ved el conjunto y decidnos si las intervenciones que nosotros hemos tenido en el mundo, no han dado por resultado lo que hoy de todos es tan admirado: un gran desarrollo de civilizacion.

¡Que hemos derramado mucha sangre! ¿Y qué culpa tenemos nosotros si ha sido necesario? La hemos vertido, sí, pero ha sido de un modo fructuoso: del modo que la vierte el cirujano que, para hacer posible la vida, tiene que cortar un miembro inútil ó podrido. Hemos, pues, impuesto la civilizacion por un conjunto de especialísimas circunstancias con que estamos dotados, ó más bien hablando, que nuestra familia se ha sabido crear. Fuertes para resistir, como lo dice nuestra materia constituyente; poderosos para atacar, como lo dicen nuestros disparos; argumentadores sin igual, como lo dicen nuestras granadas; modelos de laboriosos trabajos para enseñar, como lo dicen las ciencias, artes y oficios que representan nuestro estado; vivo ejemplo de que de la nada se puede llegar á lo mucho, como lo dice nuestro pasado, partícula insignificante, y nuestro presente, arma potentísima; conjunto de inteligencias, síntesis de saber, como lo dicen desde la reunion de las moléculas minerales que han de constituir los elementos de nuestro material hasta nuestra definitiva construccion y acertado uso, ¡quién puede con nosotros! ¡quién á nosotros resiste! ¡quién no se humilla á nosotros!

Y si física é intelectualmente somos tanto, tenemos otra condicion moral que todos nosotros estimamos en lo muchísimo que vale: somos los genuinos y únicos representantes de esa digna cualidad que se llama honor; tanto que sólo un tribunal por nosotros constituido puede y sabe decidir en las cuestiones graves que ocurren al hombre en la vida; lo cual digo porque es muy notorio y viene á refutar de un modo concluyente la acusacion de cobardes y serviles que, aunque parezca increible, nos ha sido tambien lanzada por un compañero vuestro.

Nosotros no rendimos párias al vencedor, ni nos humillamos á él: nosotros nos sometemos dignamente: vosotros sois los serviles que á todos cantais alabanzas, que de todos pregonais elogios. Si de nuestro metal hacen una columna Vendome, tanto mejor, porque como nosotros no peleamos por un pueril amor propio, nada tan honroso como dar razon á quien la tiene y contribuir á levantar monumentos gloriosos; si vamos á adornar un hospital de inválidos, nos holgamos tambien mucho por el significado que tiene en el fuerte la accion de querer glorificar y dar realce al infeliz mutilado, al patriota insigne que por cumplir su deber hasta la vida desprecia; si hacemos salvas en el cumpleaños de los grandes, ¿qué culpa tenemos nosotros de que la grandeza sea digna de alabanza y se deba pregonar para que sirva de estímulo?

La frente de Washington está ceñida de laureles embriagadores porque los recogió en el campo del patriotismo y embriagadores son tambien los laureles que ciñen las frentes de los ilustres Alejandro, César, y Napoleon por lo mucho que la civilizacion les debe. Más respeto, pues, señores libros, para quien respeto se merece, porque al no guardarlo, en primer lugar contradecis con los hechos

la cultura que quereis ostentar como vuestra condicion esencial, y en segundo lugar podeis formar imitadores que pretendan reducir al de simples copleros los nombres esclarecidos de Homero, Dante y Byron.

Tened tambien más lógica y comprendereis que si en nuestras relaciones hay ingratitud no es del cañon para el libro, como decís, sino del libro para el cañon, pues si vosotros habeis andado, ha sido porque nosotros os hemos abierto camino: con que no nos echeis en cara que somos cañon cuando podíamos ser bombarda, que si nosotros fuéramos bombarda, el libro tendria su representacion en la tosca madera encerada y su inutilidad manifiesta en los pesadísimos medios que daba para grabar el pensamiento, su fragilidad para guardarlo y su incapacidad para conservarlo.

Si algun dia se levanta vuestro espíritu y conseguís libraros del pecado original.... que hoy tanto os incapacita para entenderos, creed que lo celebraremos, ya por amor al bien, ya porque sabiéndoos hacer justicia entre sí, estareis en principio de poder tambien hacerla á los demás. Entre tanto, agur.»

En marcha quiso ponerse el cañon cuando tal dijo, pero fué detenido por la voz de un libro que desde estante lejano y arrinconado llamó la atencion y habló así: Soy insignificante cual bien lo demuestra mi puesto, pero me atrevo á alzar mi voz para hacer constar que yo guardo preceptos como estos:

«La guerra asusta á los tímidos y á los ignorantes porque no ven en ella más que los destrozos del combate, pero los fuertes y los sabios la tienen en mucho porque es un instrumento de poderosa y rápida civilizacion.»

«¿Por qué no hemos de fiar nuestras diferencias á la diplomacia? ¿Por qué la diplomacia no nos ha dado esas civilizadoras soluciones de los derechos del hombre, la unidad italiana, etc., y hemos acudido á las armas para obtenerlas? Porque así como al crearnos Dios no nos ha revelado todas las cosas, pero nos ha dejado el derecho de discusion, al formarnos nos ha dejado huérfanos de muchas condiciones buenas para que nosotros con nuestro propio esfuerzo las vayamos conquistando.»

«Las guerras miradas á la luz eterna de la conciencia, son los grandes jalones que indican el progreso de la humanidad.»

«La ley de vida es ley de muerte.»

Nota. Sabido es que el cañon es el alma de la guerra. ¿Y podrá llegar dia que, relegado á curiosidad de museo, haya quien ignore lo que es el cañon? Que el cañon sea ignorado, sí, es verdad; pero no hablemos en futuro, no hablemos siquiera en presente, hablemos en pretérito, que tal dia llegó y aún seguirá presente mucho tiempo: el cañon es ignorado, entre otros afortunados países, en Africa. Que el cañon llegue á ser curiosidad de museo, eso... eso es una ilusion que resume cuanta inocencia puede haber en el mundo.

MARIANO PRESTAMERO



LA PROMETIDA, dibujo á la pluma por A. Casanova



REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burckhardt

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras

IMP. DE MONTANER Y SIMON



Año II — BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1883 — Núm 75

FLORES PRIMAVERALES

ADVERTENCIA

Nuestros lectores habrán observado que en el número anterior de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dejamos de publicar la *Revista de Madrid*. Igual omision notarán en el presente número. No sabemos á qué atribuir esta falta: nuestro colaborador en la corte nos ha asegurado por telégramas que no ha dejado de enviarnos con regularidad sus revistas; pero á nuestras manos no han llegado. De todos modos procuraremos evitar en lo sucesivo la repeticion de semejantes omisiones.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

FLORES PRIMAVERALES

Más bien que un cuadro, puede decirse que esta composicion es un idilio, sencillo como debe ser todo idilio, inspirado y poético como la misma primavera. La linda jóven que, cobijada por la olorosa enramada cuya protectora sombra la permite solazarse, libre de miradas indiscretas, á orillas del arroyo de cuyas puras linfas parece haber surgido cual fantástica náyade, si no es tan bella como la linda Dorotea tan admirablemente descrita por nuestro inmortal Cervantes, es simpática personificacion de dicha época del año, en que la naturaleza cobra nueva vida, ostentando todas las juveniles galas que, como á la doncella de nuestro dibujo, tanta lozanía, donaire y frescura la comunican. Cuadros como este reconcilian con la vida al sér de carácter más hipocondríaco.

LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz

Pintar paisajes y costumbres orientales es flaco de nuestros artistas contemporáneos. Esta predileccion se explica fácilmente, por cuanto espaciándose la imaginacion del pintor por los ilimitados espacios del genio, cuanto tiende al realismo que le rodea, pesa sobre él de una manera que pudiéramos llamar contraproducente. Sucédele lo que al poeta trágico de alto vuelo, á quien, por más que la sociedad moderna esté llena de asuntos para una tragedia, ni más ni ménos que lo estaba la sociedad de Edipo ó de Atalía, jamás se le ocurrirá hacer declamar sus heróicos endecasílabos ó alejandrinos á un actor vestido de frac y guante blanco.

Pero, así en bellas artes como en bellas letras, no basta encontrar un asunto; es necesario saber tratarlo, es indispensable que el orientalismo, por ejemplo, no sea un disfraz de máscara, sino que constituya la esencia, forma y color de la obra; de suerte que por ninguna de sus condiciones revele su hilaza anti oriental ú oriental de carnestolendas.

Este es el mérito de Gentz, el autor del cuadro que reproducimos y á cuya simple impresion primera se comprende que ese artista se halla empapado, inspirado, saturado de orientalismo de verdad.

Representa el lienzo una piadosa peregrinacion á la tumba del rabino Isaac Bar Schichat, español por cierto, fallecido y enterrado en Argel en 1408, á los 82 años de edad. Este rabino murió en opinion de santo y de aquí que se visite periódicamente su tumba, en la cual se depositan limosnas, cirios, ofrendas varias y hasta diversos manjares, á usanza mahometana.

En este cuadro todo entona de una manera admirable; desde los personajes hasta los árboles, y el todo se halla bañado por esa luz peculiar del sol africano, sol implacable pudiéramos llamarle, que únicamente brilla con igual limpidez sobre el palacio encantado de la oriental Granada.

LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT pide hospitalidad á los magistrados de Amberes, cuadro por P. J. Ouderaa

En uno de nuestros anteriores números reproducíamos otra faz de la triste historia de esa pobre viuda del conde mártir. Pocos ignoran la trágica muerte del triste Egmont, á quien la dura opresion de los españoles en los Países Bajos costó la pérdida de la cabeza en un patíbulo.

Era en esa época, no tan alejada de nosotros que nuestra execracion no pueda, como quien dice, remover las cenizas de aquellos tiranos, en que los españoles creyeron equivocadamente que aterrar un pueblo era un gran medio para retenerle unido al carro de la victoria extranjera. España, la nacion que habia enseñado al mundo que no hay hierros suficientes para sojuzgar á un pueblo libre; España, que acababa de poner término á una lucha de siete siglos, en que ni un solo dia dejó de pelear contra el extranjero que desde la rota de Guadalete se habia señoreado de su tierra; España queria imponer á un país extraño el yugo que tan valientemente habia sacudido en igualdad de casos.

Y llevando la injustificada persecucion no tan sólo á los mal llamados culpables, la extendia á los individuos de su familia. Felipe II, que tan despiadadamente trataba á los parientes de Antonio Perez, no habia de perdonar á la esposa del conde de Egmont el no haber ahogado los impulsos patrióticos de su marido. Felipe fué ménos grande que su padre; Cárlos V no se cebó en la viuda de don Juan de Padilla. Verdad es que entre el padre y el hijo, con ser tan una la sangre, existe un abismo que todos los apologistas del *prudente* no han podido colmar.

La viuda del conde de Egmont hubo de abandonar la tierra que guardaba el mutilado cadáver de su esposo y buscar seguro entre los magistrados de Amberes, que se hicieron un deber de dárselo á la ilustre compañera del decapitado. El cuadro que reproducimos da una perfecta idea de la bondad y consideracion con que fué recibida la apesadumbrada matrona, cuyo luto era el luto de todo un pueblo.

Los tiempos han cambiado. Si Felipe II pudiera levantarse de su tumba y visitar aquellos países sobre los cuales hizo pesar su omnipotente diplomacia; él, el fastuoso constructor del Escorial, el pretendiente á la soberania europea, se habia de encontrar muy pequeño ante los monumentos erigidos á sus víctimas.

UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés

¡Buen tipo, y buen dibujo además!

Es un hombre de armas tomar; un bravo cuyo espadon encuentra á menudo el pecho de su adversario.

Un lance *de honor* con ese hombre ha de ser terrible para el infeliz que no tenga, como él, cabeza serena, mirada certera y brazo de hierro.

En su fisonomía, en su porte todo, se revela el galan que ataja el paso á sus rivales ó deshace á estocadas las nubes de corchetes que con afan le buscan para vengar antiguos agravios.

Es un tipo bien concebido y ejecutado con la difícil facilidad que caracteriza á su distinguido autor.

LA INMACULADA CONCEPCION, por Murillo

Llámase *la Perla* de Rafael á una de tantas *Sacras Familias* debidas al inmortal pintor de Urbino.

Lo que las *Sacras Familias* son á Rafael, son á Murillo *las Concepciones*.

Con ser tantas las famosas, cabe una *Perla*.

La perla de Murillo la posee el museo del Louvre. No es lo malo que la posea Francia: al fin y al cabo, en aquel templo del arte la gloria del pintor español irradia ni más ni ménos que la del pintor italiano en España.

Lo malo es el cómo fué á parar la obra maestra de Murillo al Museo del Louvre.

El gran Bartolomé Esteban habia pintado ese lienzo para uno de los conventos de Sevilla. Expuesto allí á la veneracion de los fieles y á la profana admiracion de los inteligentes, habia de llamar poderosamente la atencion de un hombre tan conocedor y comerciante como el mariscal Soult.

Vino á ser éste como el pretor de Andalucía en tiempo de Napoleon I, y como los franceses del año 8 no podian permanecer en nuestro suelo el tiempo que estuvieron los romanos de la república y del imperio, en lugar de llevársenos metales de nuestras minas y bailarinas de nuestras provincias; se nos llevaron objetos de arte, ya no para regalarlos á sus museos, como los antiguos colgaban los trofeos en los templos; sino para especular con ellos cual pudiera el último de los judíos.

El mariscal Soult llegó á convertir el ministerio de la Guerra francés en un centro de contratacion de obras de arte, á beneficio de su afortunado poseedor. De allí salió la obra maestra de Murillo, vendida por el mariscal á sí propio por precio de una fuerte dósis de despreocupacion, y adquirida por el Estado, de sus sucesores, muchos años despues (1852), en 615,300 francos.

La suma no es floja, pero mucho ménos lo es la poca aprension de los que adquieren objetos cuya procedencia les consta no ser por cierto la más legítima y honrada.

ABNEGACION

I

Serafin entró en su casa como entra el huracan por una puerta que ha franqueado mano imprudente en dia de tempestad. Entró con los ojos encendidos, demudado el semblante; agitados los nervios por el último parasismo de la desesperacion. El mulato que le abrió se dejó olvidadas en el fondo de un vaso de aguardiente, que saboreaba en el momento de ocurrir el siniestro, las precauciones con que solia recibir á su amo, y fué á dar de cabeza contra el escaño de la antesala.

—¡Bueno! dijo llevando las manos á la parte dolorida. Hoy se le han subido las narices á la cabeza.

Serafin entró en su cuarto; cogió una silla para sentarse, como quien coge un arma mortífera para destruir al género humano, y no la clavó en el suelo, delante del tocador, porque no siempre la materia inerte se presta á llevar la huella de las pasiones humanas.

Se sentó en la silla y se miró al espejo con la siniestra fruicion de un alma vengativa que contempla á su mortal enemigo, ántes de aniquilarlo.

El espejo reflejó la imagen con una sinceridad como apénas se encuentra ya en el mundo fuera del cristal. Serafin era feo; tan feo, que el alma más cristiana le hubiera dejado morir en la soledad por no profanar con una involuntaria sonrisa la solemnidad de la extrema-uncion. Su nariz, semejante á una patata criada en la licenciosa libertad de los campos, y llena de escrecencias dotadas por igual de vegetacion espontánea y vigorosa, estaba enclavada entre dos ojillos que no tenian sino bajar las pupilas, entornando los párpados, para gozar de un paisaje alpestre erizado de plantas espinosas. Su boca era rasgada, rasgada por la naturaleza en uno de esos momentos de caprichosa brutalidad que hacen dudar á los escépticos de la armonía de la creacion. Los dientes, rotos y mal cobijados por el interior de aquella especie de grieta sin labios, que, como los estuches garceados, no se cerraba nunca por completo en toda la línea, mostraban las huellas de un cepillo implacable y de una opiata heróica, consagrados inútilmente á corregir el desaliño de la naturaleza. Añádanse á estas perfecciones una frente que no medía doce centímetros desde los erizados pelos del cráneo á unas anchas y cerdosas cejas que corrian de sien á sien sin solucion de continuidad; unas orejas enormes cuyos senos frondosos burlaban la actividad infatigable de las tijeras, y las huellas de una viruela confluente que habia venido á completar el trabajo inicial de la naturaleza, y se tendrá una idea aproximada de la fealdad excepcional que causaba la desesperacion de Serafin.

Y la desesperacion de Serafin era fundada: adoraba un imposible; soñaba con el amor de una mujer que supiera leer sin espanto, á través de una corteza grosera, el poema de un corazon capaz de pagar este sacrificio con un tesoro inagotable de ternura, y no se habia acercado jamás á una criatura adornada, en el concepto de las gentes, de cualidades á propósito para realizar su ideal, sin producir un movimiento instintivo de repulsion ó provocar, cuando ménos, una sonrisa escapada á la vigilancia del espíritu más delicado y de la más exquisita cortesía.

Serafin se sentó delante del espejo; clavó con desesperacion los puños en el mármol del lavabo, y fijó sus ojos amenazados de extravismo en la imagen abominable que reflejaba el cristal, buscando en ella la postrera y definitiva justificacion del suicidio.

—¡Acabemos! dijo acercando el rostro al espejo para escupir en la frente de su mortal enemigo toda la hiel de su rencor: has dado pábulo á la risa de medio mundo; has servido de espectáculo irrisorio á una sociedad que perdona sin gran resistencia las deformidades morales; pero que condena implacablemente al ridículo á un individuo que falta monstruosamente á las conveniencias del exterior. Has tenido que renunciar al estúpido y obstinado sueño que te ha hecho correr sin sosiego en pos del amor desinteresado y puro de una mujer; has dado en vano la vuelta al mundo en busca de unos ojos cuya mirada supiera subir, como las burbujas del lago, del fondo á la superficie, para cegar en ella. ¿Qué más? Acabas de oir en la calle la única risa que no esperabas: la risa de una hermana de la Caridad. Pues ¿qué aguardas? ¿En qué forma pretendes que el mundo y la felicidad te notifiquen tu sentencia de proscripcion? Nó, no te dejes adormecer de nuevo en el seno de una irrisoria esperanza. Decídete de una vez á devolver á la tierra el peregrino fruto de su monstruosa maternidad.

Y dichas estas palabras, Serafin se acercó á la puerta de su aposento, y llamó á grandes voces á su criado. El mulato apuró de un trago la última de las ocho copas de aguardiente con que solia activar la digestion del almuerzo, y acudió como Dios le dió á entender, que fué midiendo con los codos las paredes del pasillo, á la voz imperiosa de su amo.

—José, le dijo éste; oye bien lo que te digo y obedéceme al instante y sin replicar. Toma este peso, añadió poniéndole un duro en la mano: vete donde quieras á completar tu borrachera de todas las tardes, y no vuelvas hasta el anochecer. ¿Me has entendido? No vuelvas hasta el anochecer, y deja en casa el llavin.

José tuvo conatos de hacer alguna observacion; pero viendo cerca del rostro el puño amenazador de su amo, creyó más prudente quedarse con la palabra en la boca que con los dientes fuera de ella, y salió dando tumbos del aposento. Tomó casi á un mismo tiempo el sombrero y la escalera, y se fué á la buena de Dios, murmurando entre dientes:

—¡Cuando digo que se le han subido las narices á la cabeza!

No bien oyó cerrar la puerta, Serafin sacó de su escritorio un revólver y una cartera en que se contenian los documentos que acreditaban su persona;

guardó estos documentos en su bolsillo, y salió con ánimo de no volver á su casa hasta dejar completamente zanjadas sus cuentas con este mundo.

Al abrir la puerta se encontró por primera vez con la vecina de enfrente que iba á cerrar la suya. No es fácil concebir talle más esbelto, ni rostro más seductor. La jóven le saludó con una graciosa inclinacion de cabeza y desapareció ántes que el mozo, suspenso y como enajenado á la vista de aquella hermosa aparicion, pudiera devolver el saludo.

Quedóse por algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en la rejilla de la puerta. Despues exhaló un profundo suspiro y bajó lentamente la escalera, como si cediese á los postreros halagos de una esperanza engañadora.

—No se ha reido, decia Serafin para sí: no ha hecho ninguna demostracion de asombro; me ha dirigido un saludo amable á que mi estúpida sorpresa no ha sabido corresponder.... Es la primera mujer que me hace los honores de la personalidad humana: la primera que me saluda como á un ente racional, creado para objeto más noble que el de servir de ludibrio á la humanidad.... ¡Y qué bella! ¡Qué gracia decorosa en su sonrisa! ¡Qué magnética expresion en la mirada de sus negros ojos!.... ¡Si fuera ella la inesperada excepcion!.... Pero, ¿á qué delirar? añadió bajando de tres en tres los escalones. ¡A tu negocio, monstruo de naturaleza! No quieras llevar al otro mundo las pavesas de una postrera y engañosa ilusion!

Y una vez en la calle, corrió como un desesperado, resuelto á no dejarse coger en las redes del arrepentimiento.

A los pocos instantes su vecina entreabrió quedito la puerta de su habitacion, y asomando con precaucion su lindo rostro, animado por no sé qué tintas de rosa que parecian el reflejo de una oculta llamarada de la esperanza, aguzó por algunos momentos el oido para cerciorarse de que no se escuchaba ningun ruido; y viendo que reinaba en la escalera completa soledad, se acercó de puntillas, sin pisar más recio que una mariposa, á la puerta de Serafin, y deslizó por la rendija que la separaba del pavimento un objeto parecido á una carta.

Hecho esto, volvió con la misma ligereza á su habitacion, donde un gallardo mozo de rostro moreno, cerrada barba negra y facciones varoniles, habia seguido en la penumbra de la antesala todos los movimientos de la jóven.

Cerraron la puerta y volvió á reinar en la escalera la calma chicha de una siesta abrasadora del mes de agosto.

II

Declinaba la tarde cuando Serafin, evacuados sus negocios, volvia á su casa saboreando la amarga bílis que sirve de aperitivo al suicidio. Habia hecho testamento, legando toda su fortuna, que no bajaba de un millon de pesos, á su tio D. Francisco Pizarro, á quien ciertamente no hacia falta este refuerzo para figurar entre los propietarios más opulentos de México. Los méritos de José, reducidos á una fidelidad asegurada de por vida contra las frecuentes granizadas que caian sobre sus costillas, siempre que á su amo se le subian las narices á la cabeza, quedaban recompensados con una pension que bastaba para alcoholizar á todos sus descendientes hasta la cuarta generacion.

Y una vez aliviado de la pesada carga de los intereses terrenos, Serafin no pensó sino en asegurar el golpe que debia librarle de la pesada carga de la existencia, y volvió á su casa resuelto á dar trágico fin y desenlace al ridículo sainete con que habia divertido los ocios de la humanidad.

Al llegar junto á su casa tropezó de manos á boca con un individuo que doblaba una esquina y el cual, para evitar sin duda las consecuencias del encontron, le puso las manos en el pecho pronunciando la primera palabra de un «V. dispense.» Pero no bien puso la vista en la cara de Serafin, cuando tuvo que interrumpir la frase para soltar una sonora carcajada.

Serafin iba á suicidarse y con esto está dicho que no se hallaba su ánimo en el cuarto de hora de la mansedumbre. Enarboló la caña de Indias con puño de hierro que llevaba en la mano, y la descargó sobre la cabeza del zumbon con muy buen deseo de enviarle por delante, camino de la eternidad. Pero el transeunte, que era un jóven de veinticinco años, dotado de grandes fuerzas musculares, paró sin gran esfuerzo el golpe con la mano izquierda y arrancó el baston de manos de su agresor.

Sonaron casi al mismo tiempo dos carcajadas, y se oyó en lo alto el grito agudo de una mujer. Serafin alzó involuntariamente los ojos, y vió que su vecina presenciaba, llena de espanto, la escena desde el balcon de su casa.

—Es mi hermana, dijo con sequedad el del encontron. No podemos hablar aquí.

—Vamos donde V. quiera.

Tomaron á buen paso la calle arriba, y despues de doblar rápidamente algunas esquinas para desorientar á los curiosos, el que se llamaba hermano de la vecina de Serafin se detuvo, y encarándose con su contrario, le dijo en voz baja:

—Me llamo Leopoldo Villamartin.

—Y yo Serafin Gallardo.

—Nos hemos inferido mutuamente una ofensa mortal.

—Así lo entiendo.

—De ese modo comprenderá V. que no puede tratarse entre nosotros de un ridículo simulacro de duelo.

—Se trata de un duelo á muerte.

—Pues bien, ¿tiene V. inconveniente en prescindir de las formalidades propias de estos casos? Las creo ociosas en esta ocasion y me repugna comprometer á los amigos en un desafío á muerte.

—A mí tambien. Además, me interesa la brevedad. Puede V. señalar desde luégo el sitio, la hora y la forma en que se ha de verificar el duelo.

—El sitio de reunion la puerta de Toledo: desde allí buscaremos el más conveniente. La hora las siete de la mañana. Las armas, una pistola cargada y otra sin cargar. Uno de los dos prepara el arma; el otro elige, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. ¿Estamos de acuerdo?

—Ahora más que nunca.

—V. llevará las pistolas.

—No. Ruego á V. que se tome esa molestia.

—Como V. guste. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y se separaron dándose un furioso apreton de manos para recomendarse mutuamente el cumplimiento de la palabra.

Serafin volvió á su casa y encontró al mulato que le esperaba en el portal.

—Toma la llave, le dijo, y abre la puerta, ya que la casualidad ha querido que nos volviéramos á ver.

José no entendia de reticencias ni áun en las primeras horas de la mañana. Imagínense mis lectores si al anochecer se hallaria en estado de penetrar el sentido de las palabras de su amo. Subieron la escalera, y al entrar en la habitacion, á la luz de una cerilla que el mulato logró encender, despues de intentarlo en vano muchas veces, para alumbrar á su amo, éste reparó en la carta que la vecina habia deslizado por debajo de la puerta.

—José, dijo al criado: por lo visto el cartero, no hallando á nadie en casa, ha echado esa carta por debajo de la puerta. Recógela como puedas y llévala á mi cuarto con una luz.

El mulato obedeció. La carta era de Nueva-York: Serafin la abrió con la indiferencia de un difunto en ciernes que entretiene de cualquier modo las horas de una huelga forzosa de suicidas, y leyó su contenido. Un rico y respetable comerciante, amigo suyo, establecido en aquella plaza, le anunciaba la quiebra de la antigua y opulenta casa de banca donde el jóven tenia colocada toda su fortuna.

La noticia no alteró el semblante impasible de Serafin. Terminada la lectura de la carta, dejó tranquilamente el papel sobre la mesa, y murmuró entre dos bostezos que hubieran aventajado, en certámen imparcial, la elasticidad de una boca de pantera.

—¡El crédito!.... Una religion que se halla en el período de los milagros y ya experimenta los desfallecimientos mortales de la fe. Lo sentiria por mi tio Francisco, si no supiera que la adquisicion de mi fortuna hubiera sido para él lo que un miserable aluvion agregado á las tierras de un Nabá.

Y despues de este breve comentario, llamó á su criado y le dijo:

—José: esta carta me anuncia que he perdido toda mi fortuna. Estoy completamente arruinado y tenemos que separarnos para siempre.

Estas últimas palabras despejaron como por encanto el nublado cerebro del mulato, y el desdichado empezó á dar tales alaridos que no parecia sino que su amo le hiciera sentir en las costillas la paliza final.

—¡José! gritó Serafin; no me aturdas, guarda silencio, y escucha lo que te digo.

El mulato hizo un esfuerzo para ahogar sus gemidos.

—Con el dinero que queda en la gaveta tienes más que suficiente para volver á México. Mañana mismo te pondrás en camino con una carta para mi tio Francisco, y volverás á su servicio. Ahora toma dinero y vete á comer donde quieras. Yo he comido ya y no te necesito para nada. Acuéstate temprano, y á las seis de la mañana, si por casualidad estoy dormido, despiértame. ¿Entiendes bien? A las seis de la mañana. Vete.

José volvió á romper en sollozos; pero un amago del baston de su amo atajó esta segunda manifestacion ruidosa de su dolor. Salió del aposento reventando de pesadumbre y se fué á desahogar la plenitud de su corazon en el seno de una niñera negra, del cuarto tercero, que le esperaba todas las noches en la escalera y á quien el mulato habia hecho concebir la esperanza de una próxima y ventajosa union de la penumbra con las tinieblas.

III

Serafin se quedó dormido en su butaca. Poco despues del amanecer se despertó sin la ayuda de su criado y abrió el balcon de su cuarto para respirar por última vez el ambiente puro de la mañana. A poco oyó la voz de un hombre que decia con acento imperioso:—¡Alto caballero: vengan esas pistolas y dése V. á prision!—Asomóse al balcon y vió junto al portal de su casa unos agentes de la autoridad que, sin usar de los recursos heróicos de la fuerza, y empleando, por el contrario medios corteses de persuasion, procuraban detener á un individuo que protestaba con toda la fuerza de sus pulmones contra lo que él llamaba atropello incalificable de los derechos del ciudadano. Serafin reconoció con gran sorpresa en el detenido al hermano de su vecina, el cual, renunciando al fin á una resistencia inútil, amenazó con el puño cerrado el balcon de su casa, y dijo con voz ahogada por la indignacion:

—¡Ah Laura, Laura! Es la segunda vez que tu mal entendido amor de hermana conspira contra mi honor! Pero tu celo es inútil.... ¡Ya me conoces!

Y dicho esto, significó con ademan altivo que queria ser tratado con la consideracion debida á un caballero y tomó con la cabeza erguida y la soberbia en los ojos el camino de la prevencion, dejando á distancia respetuosa á los agentes de la autoridad.

Cuando el preso y sus guardadores hubieron doblado la esquina, Serafin se retiró del balcon muy poco satisfecho de la escena que acababa de presenciar, por el nuevo entorpecimiento que oponia á su resolucion de acabar con la vida. Y al poner el pié en su cuarto, ¡cuál no seria su sorpresa al encontrarse en presencia de su vecina!

Sí: era ella; la hermana de su ofensor. Se hallaba en medio del aposento, pálida, inmóvil, con los ojos arrasados en lágrimas, agitados los labios por el temblor nervioso que precede al deshecho llanto. El dolor daba á su belleza tan nuevos y seductores atractivos, que Serafin, despues de la exclamacion involuntaria con que saludó la inesperada aparicion de la jóven, quedó por algunos momentos suspenso y privado del uso de la palabra.

La jóven hizo un esfuerzo para vencer la última resistencia del pudor, y juntando las manos sobre su seno en la actitud de una vírgen de Murillo sorprendida en el estudio del pintor ántes que su pincel hubiera tenido tiempo de velar con las tintas ideales de su paleta la arrebatadora realidad de un modelo andaluz, se acercó á Serafin y le dijo con voz ahogada por el pesar:

—Caballero, sé que doy un paso imprudente, indigno quizá de una jóven que tiene que conservar ileso el honor de los que le dieron el sér: pero sé tambien que me sirve de excusa la desesperada situacion en que me encuentro.

—Señorita, respondió Serafin con lengua balbuciente: á la verdad, no esperaba el honor....

—¡Caballero, V. iba á batirse con mi hermano! dijo la jóven tomando de pronto el tono y el ademan del juez indagador. Y añadió atajando la delicada excusa que iba á salir de los labios de Serafin: Es en vano que V. me lo niegue. He presenciado el lance; conozco el carácter de mi hermano, y le tengo á V. por un caballero. Se trata de un duelo á muerte. Pero es inútil que acuda V. á la cita. Mi hermano no acudirá. Le he denunciado á la justicia y está preso.

Serafin se quedó por un momento arrobado contemplando á la jóven, y cuando pudo recobrar el uso de la palabra, la invitó á tomar asiento. Laura, —toda vez que ya sabemos su nombre por el apóstrofe de su hermano,—Laura cayó sobre una silla, cubriéndose el rostro con el pañuelo y enseñando la mano más adorable que ha concebido el eclecticismo ideal de Rafael.

Serafin la dijo, tapándose la cara con las manos, para no comprometer las dulces inflexiones de su acento afectuoso:

—Y bien, señorita, ¿qué quiere V. de mí?

—No lo sé, caballero, repuso Laura, apartando el pañuelo de los ojos, con una agitacion que aumentaba por momentos las ondulaciones de su seno virginal. Estoy aquí, y no sé á lo que he venido. Quisiera evitar una desgracia que seria mi desesperacion y mi muerte, y comprendo que sólo mi locura ha podido traerme aquí.



LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz



LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT PIDE HOSPITALIDAD A LOS MAGISTRADOS DE AMBERES, cuadro por P. J. Ouderaa

Y la jóven desató por segunda vez los manantiales de sus hermosos ojos, derramando un raudal de lágrimas, que á despecho de la sed nunca satisfecha por la samaritana de los sueños de Serafin, se perdia entre los pliegues de un pañuelo.

—Tranquilícese V., señorita,—dijo el jóven, sentándose á distancia respetuosa de Laura,—y dígame con entera libertad, como si desahogara su corazon en el seno de un hermano, á qué impulso irresistible de su corazon ha obedecido al honrar esta casa con su presencia.

—Pues bien, respondió Laura, secando con mano nerviosa las lágrimas de sus ojos: amo con delirio á mi hermano; es el consuelo y el apoyo de mi orfandad, y su muerte seria mi muerte. Le conozco bien: es un alma llena de ternura y de bondad; pero un carácter indomable y fiero cuando se trata de eso que los hombres llaman el punto de honor. Ha habido una ofensa mortal: V. pundonoroso y caballero; él arrastrado por no sé qué impulso instintivo é incorregible de su naturaleza, el duelo que hoy he conseguido evitar se efectuará un dia ú otro, y mi hermano morirá.

—¡Señorita!....

—Le digo á V. que morirá. Ha tenido la desgracia de matar en un lance de honor á su mejor amigo, y en un lance de honor morirá. Es un presentimiento de mi corazon, añadió la jóven llevándose otra vez el pañuelo á los ojos y haciendo vanos esfuerzos para ahogar los sollozos.

Hubo un momento de silencio. Serafin volvió á contemplar á la jóven y creyó respirar las perfumadas auras que en sus verdes años, ántes de apurar los desengaños del mundo, arrullaron sus sueños de felicidad. Y la dijo con voz penetrante:

—No tema V., señorita. Su hermano no morirá.

Al oir estas palabras, Laura se levantó como impelida por un resorte, y cogiendo la mano de Serafin, y clavando en sus ojos una mirada radiante que penetró en el alma del jóven como una ráfaga de luz emanada de su paraíso mil veces soñado,

—¡Cómo! exclamó con acento indefinible en el que se leia con más claridad la expresion del asombro que el júbilo de la esperanza. ¿Seria V. capaz de semejante sacrificio? ¿Daria V. á mi hermano una explicacion tan satisfactoria que evitase ese duelo?

Serafin respondió á estas palabras con una sonrisa melancólica, si es que á su boca le era dada la dulce expresion de la melancolía: obligó cariñosamente á la jóven á tomar asiento, y la dijo:

—Señorita, por el tono con que V. ha pronunciado esas palabras, comprendo que, áun contra los intereses de su corazon, acoge con instintiva repugnancia la hipótesis de una humillacion indigna de un caballero. En efecto, debo decir á V. que, con ser tan profunda la simpatía que me inspira su dolor, en circunstancias normales de mi vida, me seria imposible evitar ese lance de honor. Pero media una circunstancia excepcional que me excusa de dar pruebas de valor sin incurrir en la nota de cobarde, y puede V. dormir tranquila: el contrario de su hermano no acudirá á la cita.

Al oir estas palabras, las huellas del dolor desaparecieron del rostro de Laura y dieron lugar á la expresion de la más intensa curiosidad. La jóven miró fijamente á Serafin, y la inquieta oscilacion de sus pupilas mostró la impaciencia de un espíritu mujeril que trabaja por descifrar un enigma, en cuya solucion se halla profundamente interesada su curiosidad. De pronto, y como obedeciendo á una súbita inspiracion, dirigió una mirada á la mesa, sobre la cual recordó haber visto, al entrar, un revólver colocado sobre una carta á medio escribir, y llevando la mano á su frente como quien ha encontrado la explicacion definitiva de un recelo, se levantó otra vez de la silla, y clavó una mirada límpida y penetrante en los ojos de su vecino.

—¡Caballero! le dijo: un hombre que proclama la imposibilidad de excusar un duelo á costa de una explicacion humillante, y se compromete, sin embargo, á no acudir al terreno á donde le llama un sentimiento tan severo del punto de honor, es que está resuelto á pagar con la vida una deuda privilegiada. V. medita un suicidio. Ahora recuerdo que anoche, al subir á mi casa, oí las lamentaciones de su criado que hablaba en la escalera de una carta en que le anunciaban á V. la pérdida total de su fortuna. Y ahora comprendo la causa.....

—Señorita, interrumpió Serafin con dulzura, es verdad que estoy arruinado; pero juro á V. que mi resolucion irrevocable de morir,—ya que no he sabido ocultarla á su penetracion,—es anterior á ese revés de la suerte. ¡Mi fortuna!... Yo la hubiera trocado, sin vacilar, por la esperanza de una felicidad que no se puede comprar con todos los tesoros del mundo.

—No comprendo, dijo Laura reflejando en su mirada magnética la impresion de un espíritu que empieza á abrazar la causa de un infortunio digno de simpatía.

—Pues bien, señorita, repuso Serafin subyugado por aquellos ojos hechiceros que escudriñaban con tal abandono el fondo de su naturaleza moral, sin fijar la atencion en las groseras incorrecciones de su naturaleza física. He resuelto acabar con mi existencia, porque la felicidad me está negada en este mundo. No la comprendo sin el amor, y he corrido como un loco en pos de un vano ideal. He buscado el afecto puro, ajeno á los mezquinos intereses de la tierra, de una mujer que supiera penetrar en el fondo de mi corazon, y no he encontrado una sola, capaz de realizar esta ilusion de toda mi vida, que no me haya mirado al rostro con un movimiento invencible de horror ó con una sonrisa de irónica compasion. Por eso la vida me es insoportable. No puedo inspirar amor y quiero morir.

—¡Qué dice V.! exclamó la jóven con asombro. ¿Y es esa la única causa de su funesta resolucion?

—La única, señorita. La pérdida de mi fortuna, añadió Serafin con desden, no hubiera podido arrojarme á un acto de desesperacion que me ha parecido siempre recurso de cobardes. Soy jóven, tengo alguna inteligencia, y no me espanta el trabajo.

—¡De modo, repuso Laura, dando otra vez indicios de profunda emocion, que yo saldré de aquí llevando en el alma el doloroso convencimiento de que no he salvado la vida de mi hermano sino á tregua de haber consentido, con ánimo impasible, la muerte de un hombre de bien!

—No, dijo Serafin con voz triste y afectuosa: V. saldrá de aquí llevando el consuelo de que por una circunstancia ajena á su voluntad, el contrario de su hermano no acudirá al terreno del honor.

Laura se cubrió el rostro con el pañuelo y quedó por algunos segundos como abismada en sus pensamientos. De pronto se levantó de la silla y fijando una mirada resuelta y serena en los ojos de Serafin, preguntóle con tono apremiante y perentorio:

—¿No es verdad que el que se llamara mi esposo tendría el deber de olvidar una deuda del pundonor contraida con el hombre que, en virtud de un vínculo sagrado, resultase ser su hermano?

Serafin sintió pasar por su cerebro un vapor vertiginoso que le quitó por un instante la luz de los ojos, y respondió con lengua balbuciente:

—Señorita.... es verdad.

—Es V. pobre, es desgraciado y quiere acabar con la existencia porque no encuentra el calor de un afecto puro y desinteresado. ¿No es verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, caballero: ¿me quiere V. por esposa?

—¡V. mi esposa! exclamó Serafin apoderándose impetuosamente de las manos de la jóven, como quien se apresura á tomar posesion de una dicha quimérica que se le viene al fin á las manos con cuerpo de realidad. ¡V. mi esposa!.... Pero Laura.... pero señorita; ¿sabe V. toda la extension de ese sacrificio? ¿Sabe V. que ni siquiera me es dado ofrecer un modesto bienestar á la mujer que una su suerte á la mia? ¡No considera que este juguete miserable de la naturaleza es, para colmo de su desdicha, una víctima infeliz de la suerte!....

—Sé que es V. tan pobre como yo, repuso Laura con acentos de dulzura que resonaron en el corazon de Serafin como una melodía arrebatadora en una caja armónica sin estrenar. Sé que puedo conjurar un conflicto de muerte sin desdoro de mi opinion, y por eso me atrevo á decirle: soy huérfana; vivo de los restos de una modesta fortuna que mi padre, comerciante de Santander, no pudo salvar de una ruina casi completa, y está cercano el dia en que mi hermano y yo tengamos que buscar la subsistencia en el trabajo. ¿Quiere V. unir su suerte á la mia?

—¡Laura! exclamó Serafin arrojándose á los piés de la jóven. ¿No es esto un sueño? ¿Será verdad que al defender la vida de un hermano querido, no niega V. su corazon á la simpatía que despierta en las almas sensibles un infortunio inmerecido?

—Si negara mi corazon á esa simpatía, respondió Laura, con acento de dulce reconvencion, le dejaria morir y salvaria la vida de mi hermano.

Serafin creyó en la posible aclimatacion de los ángeles sobre la tierra.

—¡Una prueba! exclamó. ¡Una prueba solemne de que no soy el juguete de una vana ilusion!

—Tan solemne como V. la necesite para creer en la firmeza de mis palabras.

Serafin se levantó del suelo y salió de su cuarto como un loco, en busca de su criado.

—¡José! le dijo: ¡ya no te vas á México! ¡Ya no me mato! Vete sin perder un segundo al número quince donde sabes que vive el escribano de casa, y tráemelo al instante muerto ó vivo para un negocio que no admite dilacion!

. . . .

Aquella mañana quedaba firmado un contrato de esponsales entre D. Serafin Gallardo y la señorita doña Laura Villamartin. Aquella noche el jóven soñó que su nariz era un árbol frondoso, fecundado por un abono providencial, de cuyas ramas cogian el fruto de la felicidad todas las almas sensibles de este mundo.

IV

Al dia siguiente Laura tuvo una entrevista con su hermano en la cárcel, y á las pocas horas Leopoldo fué puesto en libertad mediante la promesa de no volver á provocar á su contrario.

Serafin y Leopoldo se vieron en presencia de Laura, y despues de una espontánea y jubilosa explicacion del primero, explicacion que su contrario no quiso escuchar hasta el fin, las bofetadas se consideraron como no dadas ni recibidas y la escena terminó con un abrazo lleno de efusion fraternal.

Desde aquel momento sólo se pensó ya en acelerar los preparativos del casamiento, en los cuales desplegó Leopoldo una actividad que mostró bien á las claras el gran interés que se tomaba por la dicha de su hermana.

Y así las cosas, una mañana muy temprano, Laura entreabrió quedito la puerta de su cuarto, y asomando con precaucion su lindo rostro, animado por las tintas de rosa de una lograda esperanza, aguzó por algunos momentos el oído para cerciorarse de que no se oia ningun ruido, y viendo que reinaba completa soledad en la escalera, se acercó de puntillas, sin pisar más recio que una mariposa, á la puerta de Serafin, y deslizó por la rendija que le separaba del pavimento una carta voluminosa.

Y hecho esto se volvió con la misma ligereza á su habitacion.

Aquel dia, Serafin, al levantarse de la cama, vió sobre la mesa una carta, procedente de México.

—Esta letra, dijo para sí rompiendo el sobrescrito, es la del administrador general de mi tio Francisco. Serafin leyó una extensa carta en que se le anunciaba que su tio D. Francisco Echevarría acababa de morir, dejándole por heredero universal de su inmensa fortuna, y se le invitaba á pasar á México á tomar posesion de la herencia.

El pliego contenia una copia del testamento.

—¡Pobre tio Francisco! dijo Serafin despues de leer la carta, me queria como á un hijo. La fortuna me sonrie por segunda vez; ¡pero es á costa de un dolor!

Serafin sintió sinceramente la muerte de su bienhechor; mas no por eso dejó de pagar tributo á la flaqueza humana. Amaba á Laura con delirio y la idea de poner á sus piés una fortuna inesperada, en precio de un afecto desinteresado y puro, no podia ménos de halagar su corazon.

Guardó la carta y la copia del testamento y no puso á nadie en el secreto de aquel repentino cambio de situacion.

Pasaron los dias, y lució al cabo para Serafin el más feliz,—ó mejor diré—el primero feliz de su vida. Se casó con Laura. Al salir de la iglesia pudo observar con júbilo indecible que la jóven arrostraba con semblante sereno y desdeñoso las sonrisas malignas de las devotas, y exclamó con un arranque involuntario de orgullo:—¡Reios del más feliz de los hombres!

Al llegar á la casa nupcial, alquilada por deseo de Laura en un barrio exterior, Serafin sacó de un cajon de su escritorio la copia del testamento y la puso en manos de su esposa diciendo:

—Toma el regalo de boda de un pariente que no podrá ser testigo de mi felicidad.

Laura pasó los ojos por el papel, y dijo sin que su rostro reflejara más movimiento interior que el de la sorpresa:

—¡Ah! ¡pobre señor!

V

A los quince dias Serafin se separó por primera vez del lado de su mujer para hablar de intereses con su agente de negocios y preparar el viaje á México. Laura estaba resuelta á acompañarle, y era cosa convenida que Leopoldo administraria unas salinas cuyos pingües rendimientos habian contribuido en gran manera á labrar la fortuna colosal del tio de Serafin.

Era la primera vez que Leopoldo y Laura se quedaban solos desde el dia de la boda; y aprovecharon aquel momento para desahogar la plenitud de su corazon. Estaban de sobremesa: José comia en la cocina con la servidumbre que estaba pendiente de sus labios oyendo el relato de las riquezas imponderables que habia heredado su amo.

Leopoldo dijo á su hermana despues de apurar una copa de Champagne.

—Vaya, hermanita, ya está satisfecha tu ambicion. Soñabas con la fortuna de una princesa y la suerte ha colmado con exceso la medida de tus deseos. Ya puedes competir con las más opulentas adoradoras del becerro de oro. ¡Salud y ventura en la tierra á la criatura de buena voluntad que sabe convertir en polvo de oro el polvo de la nada! añadió Leopoldo poniendo otra vez á contribucion la botella medio vacía, é invitando á su hermana á asociarse al entusiasmo de su discurso fraternal.

—Reconozco mi flaqueza, respondió Laura humedeciendo sus labios en el líquido espumoso, y reconozco que la casualidad es á veces cómplice muy sumisa de las pasiones humanas. Es verdad, mi ambicion está satisfecha: puedo humillar la soberbia desdeñosa de muchas privilegiadas de la fortuna y he realizado el sueño de mi vida. Pero me asombro cuando pienso que este prodigio de *Las mil y una noches* no tiene más fundamento que las indiscreciones de un mulato beodo que enamora á una negra en una escalera, poniéndola en el secreto de las debilidades de su señor.....

—Y la equivocacion consentida, añadió Leopoldo, de un suplente de cartero que pone cierto dia en buenas manos dos cartas preciosas, cuyo contenido puede suministrar los materiales de un dramita sentimental encaminado á esta moraleja: «La fortuna es una deidad cosmopolita que se encuentra algunas veces en el camino de la abnegacion.»

—Es verdad, repuso Laura. Y á propósito, Leopoldo; supongo que de hoy más condenarás al olvido ese arte de abrir y cerrar las cartas que te enseñó á la perfeccion no sé qué empleado cesante de correos.

—¡Ay, hermana mia! repuso Leopoldo trasvasando otra copa del espumoso: esa habilidad hubiera sido perdida á no contar con la ayuda de tu privilegiada inteligencia. Con razon me dijo aquel empresario de teatros de San Francisco de California que llegarias á ser una gran dama jóven. ¡Lástima que hayas dejado la carrera!

—No, Leopoldo, no la he dejado.

—¡Cómo! exclamó el jóven alarmado: ¿intentarias descender de tu altura?

—No me comprendes, añadió Laura sonriendo: quiero decirte que he firmado para siempre en el teatro de mi casa un contrato de primera dama y que tengo que representar una comedia tan larga como la vida.

—Y yo sé que representarás sin exponerte jamás á una grita.

—Gracias por la buena opinion que te merezco. Pero ¿y tú, Leopoldo? ¿Qué te propones? ¿Cuáles son tus propósitos para el porvenir?

—Mis propósitos son, exclamó el jóven con entusiasmo, administrar fielmente las ricas salinas de Serafin. Y te diré para tu gobierno, que las tales salinas producen, segun me ha dicho, cincuenta mil pesos, un año con otro. Con que, ya ves, sólo en el ramo de la sal, posee, sin contar la tuya, una buena renta. ¡Lástima que sea tan feo! porque la verdad es, hermanita, que el mozo es feo de veras.

—Sí, respondió Laura sonriendo; pero con mucha sal.

Tranquilícense mis lectoras. Laura viaja por todo el mundo y vive con el fausto de una princesa: pero es esposa fiel y procura alargar la vida y las ilusiones de Serafin.

PEREGRIN GARCIA CADENA

LOS INVENTORES

Enrique de Iluso, hijo de una familia bien acomodada de la provincia de Cuenca, despues de aprobada la filosofía, vino á Madrid, y comenzó á prepararse para una carrera especial.

No se habia fijado; tan pronto queria descender á las entrañas de la tierra y hacerse ingeniero de minas, como subir á los espacios y dar direccion á los globos, lo mismo le atraia la construccion de ferro-carriles, que los problemas todos de la mecánica, y así pasaron los años, y sin entrar en ninguna escuela, y consumido el patrimonio de sus padres, llegó nuestro D. Enrique á cumplir 27 años, sin carrera, con marcadas aficiones filosóficas, y sobre todo con grandes condiciones de inventiva.

Hoy tiene 33 años y es calvo; lleva barba corrida sin partir, cortada por los lados y unida por abajo; es delgado, viste generalmente de negro, lleva anteojos, no quevedos sino gafas de acero sumamente fino; tiene la nariz aloritada, los labios delgadísimos, las manos blancas, no tanto las uñas y fuma cigarrillos de papel, que él mismo se hace en lo que llama cilindro generador de su invencion.

Vive solo en una casa de huéspedes de la calle del Olivo, tiene una alcobita y una sala; en la primera no hay más que un catre y una silla, encima de la cual hay una vela y una caja de fósforos de esas italianas que tienen la historia de Nana; por cierto que la figura de la heroína, se halla emborronada y cubierta de un redondel de esperma con un punto negro en el centro de la circunferencia, sin duda porque la caja le sirve de apagador.

En la salita hay un aguamanil pintado de verde al temple, de aquellos que ya no se ven por el mundo, y sobre él una palancana de Talavera con unas flores verdes y unas yerbas encarnadas, que es lo que hay que ver.

Cubriendo todo el artefacto, hay una toalla de granito, con conatos de fleco, y una línea encarnada á cada costado, que aunque algo pálida, anima el cuadro.

El aguamanil, que remata por el pié en lo que nuestros prenderos llaman «pata de cabra;» tiene en su centro (considerando el centro de alto á bajo) sujeto por los tres piés que le forma, una especie de vasar, donde se ven protegidos por la sombra de la toalla, una pastilla de jabon y un batidor, al que por más señas, le faltan varias púas en la parte clara.

Hay en la salita cuatro sillas de enea, una mesa cubierta de libros y papeles y un tablero de dibujo, en el que en estos momentos campea un plano que tiene por objeto explicar un aparato de navegacion aerostática.

Un baul, y encima de él dos pares de botas, completan el ajuar, al que viene á dar carácter estético, un retrato del inventor del vapor, recortado de «El Globo,» pegado á la pared con dos obleas, y varias caricaturas de «El Motin,» distribuidas á guisa de cuadros y clavadas por un procedimiento parecido al que ha servido para la instalacion del retrato de Watt de que ántes hablé á Vds.

Enrique de Iluso, así instalado y pasando más que regulares apuros para realizar lo que llaman los sociólogos la ley de la lucha por la existencia, muchas veces al considerar su penuria, dice con gran fe (hay que reconocerlo): «Mi vida es como la de todos los grandes inventores, todo lo sacrifico á la ciencia y á la humanidad, no hay que desfallecer, mi mision es grande.»

Debutó como inventor con un procedimiento sencillísimo para la creacion de fuerza.

Decia él:—Una máquina que se limite á aprovechar toda la fuerza inicial, es simplemente una vulgaridad: el problema es este: con 100 kilográmetros de fuerza hay que producir un esfuerzo de 500; y esto se logrará con un sistema de palancas.—Al efecto construyó una bola esférica remedo del planeta, á la que unió una palanca en forma de malacate, haciendo descansar la bola que habia de mover en un solo punto de un aparato que llamaba de soporte y enganchando al límite del malacate un gato préviamente pesado dentro de un saco.

Y decia Enrique:—«El gato que mueve el aparato pesa ménos que la bola movida; luego por la palanca he creado una fuerza, y este sistema perfeccionado, y haciendo una palanca de materia dura, que tuviera *muchos trillones* de kilómetros, podria mover la tierra en sentido contrario al de su rotacion, con sólo la fuerza de un burro manchego por ejemplo.

Sobre este proyecto escribió á Echegaray, y como no le contestara, decia hablando de él: «Como dramaturgo puede pasar, pero como mecánico, ni esto» poniendo la uña del dedo pulgar en los dientes de arriba.

Más tarde, inventó una rueda en forma de aspa en cada una de las cuales habia un receptáculo en que encajaba determinada cantidad de azogue, que caia perpendicularmente de una en otra aspa, produciendo el peso especifico de este metal nada ménos que el movimiento contínuo: por cierto que esta idea la tomó en la plaza de Santa Ana viendo cómo un pájaro movia una jaula de esas que tienen una rueda en forma de estrella.

Para la explotacion de su invento de movimiento contínuo, se puso de acuerdo con varios hombres de negocios, de los que van al café de las Columnas, y sobre el mármol de aquellos veladores, con un lápiz que siempre lleva en el bolsillo, ha hecho Enrique más cróquis y resuelto más ecuaciones, que el más atareado ingeniero constructor.

Pensó primero en la constitucion de una sociedad por acciones, que habia de formar un sindicato para lanzar el negocio, por de contado sin olvidarse de pedir el privilegio en Francia, Alemania y demás países extranjeros de América y Europa; pero la cosa no cuajó, no solamente porque no pudo reunirse el capital, á pesar de las sendas tazas de café, que con media tostada de abajo hubo de tomarse con los *dineristas*, sino que por miserables envidias, no quisieron despacharle los planos en el Conservatorio de Artes y Oficios.

Aunque preocupado con la mecánica, no descuidaba la filosofía, y positivista dentro de ella, realista en literatura y republicano en política, tenia un trabajo inédito en el que se habia propuesto demostrar:

1.° Que la filosofía y la razon no son más que los resultados de la mecánica cerebral cuya caldera es el estómago.

2.° Que la célula es perfectamente factible para la físico mecánica moderna, y que el ideal de la humanidad y su riqueza serán las incubadoras humanas, que enriquecerán todas las clases sociales con excepcion de los profesores de obstetricia, y

3.° Que siendo el hombre una máquina, el porvenir de la medicina es sustituir las entrañas naturales con otras compuestas de laca y ciertos aglutinantes convenientemente activos, que podrian para mayor resistencia embrearse y para mayor belleza niquelarse.

No habiendo encontrado editor para este libro, esperaba tranquilamente á que se realizase el Congreso Científico con que ha de inaugurarse el nuevo Ateneo, ante cuya consideracion pensaba exponer su obra, que por un insondable misterio del espíritu, tenia resuelto dedicar á los Frenópatas.

Abandonando la filosofía por mecánicos problemas que más cautivaban su aficion, inventó más tarde una locomotora que para nada necesitaba caldera ni vapor: bastábale el aire comprimido, y por un sistema de válvulas y correajes, lo almacenaba en las bajadas y lo utilizaba en las subidas, y decia un dia con el sacro fuego de la inspiracion, por cierto en el café de Levante, despues de comerse una racion de ternera con patatas y de tomarse una taza de café con gotas: «No más explotacion de cuencas carboníferas, no más minas, que vilipendian al obrero moderno: sustituyo el carbon con el aire, el aire no es denunciable, no hay que pagar cánon para su explotacion, no ha menester capital que le procure; es la más libre, la más espiritual, la más aérea de todas las fuerzas; voy á hacer una revolucion en el mundo, más imperecedera que la que hizo Jesucristo, que despues de todo fué tan filósofo como yo, aunque ménos mecánico.»

Y cada uno de estos inventos, cada una de estas disquisiciones, detrás de la cual veia siempre un sindicato de banqueros que habia de lanzar el negocio, porque para sustituir al capital no habia encontrado hasta entónces más fuerza que el aire; le sostenian meses y meses y vivia de esa inexplicable realidad que siempre produce la esperanza.

En cierta ocasion, hace ahora dos años, flaqueó por vez primera su fe científica.

Habia ideado un freno eléctrico, que ponia en comunicacion constante á los maquinistas de los trenes ascendentes y descendentes, de forma que se habrian evitado todas las señales ópticas y acústicas de que se valen las explotaciones de ferro-carriles. Un hilo conductor que iba por el centro de la vía, en comunicacion constante por medio de una rueda con cada uno de los furgones en que iba el guarda freno, era la base de su mecanismo; y tuvo la suerte de encontrar á D. Homobono Gonzalez, hombre de medianos posibles, asíduo lector de Julio Verne y entusiasta por los adelantos materiales del país, de esos que parece que están deseando que se presente un negocio descabellado y científico para entrar en él, que le auxilió con algunos centenares de pesetas.

Pero las compañías españolas, rutinarias y absurdas, no se prestaron á que Enrique hiciera sus ensayos, y éste provisto de planos y memorias, hubo de convencer á D. Homobono de que lo importante para realizar una fortuna y un progreso, era marchar á Paris con el invento.

Hechos los preparativos, y mediante la entrega de 1,500 pesetas, que Enrique recibió de su Mecenas, salió aquel para Paris, con solos 3,853 reales, porque el resto hubo de sacrificarlo al pago de ciertos *ingleses* que le amargaban su científica existencia, y á comprar algunas ropas para presentarse dignamente al cerebro europeo.

Apénas llegó Enrique á Paris (y he olvidado decir á Vds. que, aunque no muy correctamente, Enrique hablaba el francés), le faltó tiempo para alojarse en el hotel de Madame Lafolie, en la rue de Laffayete, y concurrir asíduamente al café de Madrid junto al pasaje Jouffroy.

Visitó los Inválidos, la tumba de Napoleon, la capilla expiatoria, fué al Bosque, á Valentino, á Folies Bergères, y en 15 dias se hizo tan parisien, que tomaba ajenjo por la tarde y decia á las obreras que encontraba al paso: *Et ta sœur*, pero no habia logrado ver al Director de los Ferro carriles del Oeste, ni al del Norte, ni al de Paris á Orleans, ni al de Paris á Lyon-Mediterranée, ni á ninguno en fin; y eso que les habia escrito á todos manifestandoles que él, Enrique de Iluso, ingeniero práctico español, habia inventado un freno cuyos planos acompañaba, etc.

Pasaron quince dias, y nada; nadie le contestaba, fué á la sociedad de Ingenieros Civiles de Francia, en la Cité Bergère, y no logró ver más que al portero. D. Homobono le apretaba con cartas esperando la realizacion del negocio, y los 3,853 reales se habian concluido.

El cerebro de Europa, sin dinero, es muy desagradable; las *visitas* se acaban en cuanto se concluyen los *franquitos*, y la *caisiere* del hotel le habia presentado ya dos cuentas, sin resultado y con extraordinaria seriedad.

Enrique principió á abandonar el proyecto para pensar en el estómago y en el retorno á la patria, á este Madrid típico donde las ilusiones se cambian por *beefsteaks* como en ninguna parte del mundo; y la Providencia se le apareció un dia en el Boulevard de la Madeleine, en forma de un señor de Cuenca, antiguo amigo de su padre, de buena posicion y carlista impenitente que vivia en Paris esperando que hubiera un movimiento que hiciese triunfar la tres veces santa causa de Dios, Patria y Rey.

Con algunos, pocos recursos, tan pocos, que tuvo que abandonar en el hotel el equipaje, volvió Enrique á Madrid, con la fe algo quebrantada; pero así que se volvió á ver en su casa de la calle del Olivo; en cuanto recapacitó que la levedad francesa no es á propósito para la comprension de los grandes problemas mecánicos, volvió á sus inventos, y hoy se ocupa tal y como lo he presentado á Vds. en los comienzos de este artículo, en resolver el problema de la navegacion aérea que ha de cambiar las fases del comercio y de la guerra.

No hace todavía muchos dias, lo encontré yo en el café de Madrid, haciendo números sobre un velador y me manifestó que tenia resuelta la direccion de los globos por la fórmula Pi R^2.

J. VALERO DE TORNOS

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Confírmase la noticia de haberse firmado la paz entre el Perú y Chile mediante la cesion hecha por la primera República á la segunda de las provincias de Tacna y Arica durante diez años, al cabo de los cuales se las consultará en forma de plebiscito para saber si quieren permanecer sometidas á Chile ó reunirse de nuevo al Perú.

Ambas provincias, juntamente con la de Tarata, constituyen el departamento marítimo de Tacna, teniendo la de este nombre unos 19,000 habitantes y la segunda poco más de 9,000. En ambas escasea mucho el agua, y la poca que hay tiene un gusto desagradable, por lo cual los extranjeros no pueden acostumbrarse á beberla. Por esta razon los productos del país no bastan para el consumo interior y hay que llevar de otros departamentos los principales artículos alimenticios.

A pesar de esto, las capitales de dichas provincias son de bastante importancia. Tacna tiene 10,800 habitantes, y es una ciudad de creciente desarrollo á causa del gran comercio que hace con Bolivia, estando unida con Arica por un ferro carril de 14 leguas. Arica es uno de los grandes puertos del Perú y tiene un magnífico muelle; pero sólo cuenta 3,500 habitantes.

* * *

COLONIAS INGLESAS.—Segun datos estadísticos recientes y oficiales, el área total de las colonias inglesas es de 7.917,000 millas cuadradas (cada milla tiene 1,609 metros), lo cual equivale á dos veces la superficie de Europa y á cinco la de las Islas Británicas.

En la América del Norte, las posesiones inglesas comprenden tres millones y medio de millas cuadradas.

La India sometida á su dominio tiene 900,000. El Cabo con sus dependencias, 222,000, es decir, doble superficie que la de todo el Reino Unido.

En todas estas posesiones habia diseminada en 1881 una poblacion de 218 millones de habitantes. La mayor parte de estos, ó sea 200 millones corresponden á la India; unos 5 millones á las colonias de la América del Norte, y especialmente al Canadá; á las colonias australianas 3 millones, y al Cabo y sus dependencias, uno.

El valor de las exportaciones de Inglaterra á estas colonias ascendió en 1881 á la suma de 79 millones de libras esterlinas y el de las importaciones á 91 y medio: es decir, unos cuatro mil millones de pesetas, importe de los productos cambiados entre la Gran Bretaña y sus posesiones.

* * *

EL ISTMO DE CORINTO.—Los trabajos para la apertura de este istmo, que se inauguraron en 10 de abril del año último, adelantan rápidamente, aunque en la superficie del terreno apénas se nota ningun progreso sensible. Gracias á la actividad de todo el personal, y sobre todo de los ingenieros M.M. Gerter y E. Kanser y Barre, se está desplegando la mayor energía para llevar á cabo dicha obra.

En la parte superior del istmo se han abierto ya diez pozos de 4 á 5 metros de anchura, y cuya profundidad varía entre 30 y 40 metros, los cuales se enlazarán por su base con dos galerías subterráneas distantes 4m,50 á uno y otro lado del eje del canal y puestos en comunicacion con cada pozo por dos galerías inclinadas. Estas galerías servirán para trasportar los escombros á los puntos de depósito escogidos en los valles secundarios.

Un ferrocarril admirablemente construido presta ya muy buenos servicios. Los terraplenes de esta vía se han construido con los escombros sacados de las galerías. Con el material puesto á la disposicion de la Compañía se pueden extraer anualmente 1.250,000 metros cúbicos de tierra: merced á este sistema se podrá extraer hasta fines de 1884 toda cuanta quede sobre la altitud de 50 metros.

Los contratistas se han comprometido á entregar el canal listo para la navegacion en el plazo de cuatro años.

Ya se hallan dos nuevas ciudades en vías de formacion á uno y otro extremo del canal, Isthmia y Neroina, llamadas ambas á un porvenir, igual, si no superior, al de Port-Said y Suez.

* * *

El número de extranjeros aumenta en Paris rápidamente. En 1876 sólo era de 119,347, y en 1881 llegaba á 164,038. Este aumento de 43,689 constituye cerca de la quinta parte del aumento total de la poblacion parisiense.

Los 164,038 extranjeros se dividian como sigue: 45,281 belgas, 31,190 alemanes, 21,577 italianos, 20,810 suizos, 10,789 ingleses, 9,250 holandeses, 5,927 americanos, 5,786 rusos, 4,982 austriacos y 3,618 españoles.

NOTICIAS VARIAS

El 1.° de junio próximo saldrá de Rochefort á bordo del *Talisman* la comision encargada de continuar la exploracion de las grandes profundidades del Atlántico, y dirigida por el célebre profesor A. Milne-Edwards.

El *Talisman*, buque mucho mayor y mejor acondicionado que el *Trabajador* á bordo del cual se han hecho los primeros trabajos, empezará por visitar las costas de Marruecos y las islas Canarias; explorará luégo las islas desiertas de Branco y de Raza en las que existen grandes saurios que al parecer son exclusivos de ellas; y despues penetrará en el mar de Sargazo, y sondará las profundidades de esta parte del Atlántico, confiándose en hacer una gran cosecha de habitantes de la *pradera marina*. Despues de recorrer el archipiélago de los Azores, la expedicion volverá á Francia en setiembre.

* * *

LA INDUSTRIA DEL CAUTCHUC.—En los periódicos americanos hallamos los interesantes detalles que siguen acerca de este precioso elemento de comercio.

La industria del cautchuc en los Estados Unidos no tiene rival en el extranjero. En la fabricacion de artículos de esta clase hay invertidos unos 70 millones de dollars: el calzado sólo absorbe 30.050,000. El número total de personas ocupadas en esta industria es de 15,000 y el de las fábricas de 120.

Segun los últimos datos oficiales, el valor anual de los productos de cautchuc asciende á 250 millones de dollars: cada año se importan en los Estados Unidos 30,000 toneladas de cautchuc en bruto. En las fábricas se le combina con otra porcion de sustancias, resultando un total de 300,000 toneladas.

El precio en el mercado del cautchuc en bruto apénas llegaba, hace cuatro años, á 9 reales libra, hoy se paga á 25, y á consecuencia de esta alza, se le procura sustituir con otras sustancias preparadas al efecto, entre otras la celuloide.

*

M. Borrelly ha descubierto el 11 del actual en Marsella el 233°. de los pequeños planetas que circulan entre Marte y Júpiter.



UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 11 DE JUNIO DE 1883 — NÚM. 76

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OTOÑO, dibujo por A. Marie

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Viaje de personas régias.—Entusiasmo por un cuadro.—*La rendicion de Granada*.—Conversaciones.—Exaltacion de los senadores. Obstáculos.—La crítica de Fernanflor.—Peticion de Pradilla.—Preparativos fantasticos de viaje.—Deseos de Boabdil.—El cartel de Fernanflor.—Clausura de los teatros.—Un diccionario políglota.—El rapto de Elena.

La partida ha sido poco fastuosa.

Salieron de Madrid sin que los cañonazos estremecieran los aires, sin músicas, sin filas de soldados, sin volteo de campanas.

Y... creedlo; de todo ello tiene la culpa un ingenioso escritor, que á última hora desprestigió á los brillantísimos personajes del cuadro.

* * *

La *Rendicion de Granada*, de Pradilla, habia sido la admiracion y el encanto de los madrileños durante los dias en que fué pública su exhibicion en el Senado.

Las masas acudian á contemplar el lienzo y se extasiaban ante aquellos prodigios de color y primorosos detalles de los Reyes Católicos recibiendo las llaves de Granada de manos de Boabdil el Chico.

No es fácil olvidar aquella procesion henchida de fervor artístico, compuesta de hombres de todas clases y condiciones, de mujeres, de niños, todos contestes en alabar el cuadro de Pradilla.

Durante algun tiempo no se habló de otra cosa.

—¿Has ido á verlo?

—¿Qué?

—El cuadro de los Reyes Católicos.

—Todavía no; vòy á ver si me desocupo uno de estos dias...

—¿En qué estás pensando?...¡Eres muy raro! Quizá seas tú el único madrileño que no le ha hecho su correspondiente visita. ¡No tienes gusto!

—Lo que no tengo es tiempo....

—¡No importa! Se deja todo. Yo he enviado hasta á mi doméstico. Debemos fomentar el cultivo de lo bello y la instruccion pública. Si vieras qué cambio han sufrido las maneras de mi criado desde que lo ha visto. ¡Qué su mision la suya desde entónces! Cada vez que le pido al salir de casa la llave de la puerta de la calle me la entrega con la misma actitud del moro que ha visto en el cuadro ¡Pues y mi hijo!... Es gracioso.... El pobre muchacho está aprendiendo ahora geografía y me pide que le lleve á veranear á la Dalmacia para que le hagan una dalmática como la que tanto llama la atencion de los que visitan el cuadro de Pradilla. Con que... ya sabes; no dejes de ir á verlo.

—Iré, iré. ¡No faltaba mas! Es una peregrinacion que todos los habitantes debemos hacer, como van los mahometanos á la Meca.

* * *

Los senadores llegaron á considerar el cuadro de Pradilla como un arca santa en frente de la cual se prosternaban muchos de ellos ántes de resolver las árduas cuestiones referentes á la salud y al engrandecimiento de la patria.

Jamás soñó ninguno de ellos en que la *Rendicion de Granada* pudiera abandonarles.

Así es que cuando algunos aficionados á que los extranjeros conocieran nuestras glorias artísticas propusieron que se enviara el cuadro á la exposicion de Munich, los senadores pusieron el grito en el cielo.

—¡Horror!

—¡Abominacion!

—¡Delirio!

Creo que no hago ninguna incursion peligrosa en el campo de la política recordando la sesion secreta en que se trató de tal asunto.

Madrid hervia en discusiones. Al fin y al cabo era cosa grave enviar por esos mundos de Dios, expuestas á todos los percances de un largo viaje, á tanta persona ilustre contenida en el cuadro. Los ferrocarriles no son absolutamente seguros: hay choque de trenes, descarrilamientos, y puentes que aguardan precisamente el instante en que la locomotora y los wagones cabalgan sobre sus lomos para hundirse diciendo:

—¡Ea!... no resisto más. Ya estoy cansado de hacer de mozo de cordel. Voy á descansar. ¡Me tiendo á la bartola!

¡Luégo los peligros de las aduanas, la accion corrosivá del polvo del camino, las dificultades del cambio de clima!....

Cuanto más se reflexionaba sobre el viaje del cuadro, mayores proporciones iba tomando la especie de muralla de la China que le cerraba el paso en la frontera.

La intransigencia llegó á tal punto que un señor de costumbres muy arregladas y de vida muy piadosa me decia:

—Nadie podrá poner en duda mi fervor católico. Yo quisiera que el catolicismo brillase en todas las regiones del globo. Pero tocante á esta cuestion de arte, soy exclusivista en sentido contrario. ¡Los bávaros no han de ver á nuestros reyes católicos *ni pintados!*

* * *

En definitiva los senadores resolvieron por mayor número de votos esto mismo. *La Rendicion de Granada* no saldria del Senado.

Y hé ahí que cuando más acrisolado parecia el mérito de la última obra de Pradilla, cuando su gloria pugnaba por traspasar la techumbre del Senado y por *crecer, subir, tocar las nubes*, un distinguido escritor que tiene un caudal de ingenio inagotable ha venido á arrojar en varios artículos duchas de agua fria sobre el general entusiasmo público.

El coro de aclamaciones se ha visto turbado por Fernanflor. Sólo él se ha atrevido á opinar en contra de las excelsas condiciones del cuadro.

Fernanflor es un periodista sincero: no cabe duda. Siente lo que dice. Su espíritu tiene algo de paradójal. ¡Pero con cuánta brillantez reviste sus paradojas! Esto hace que todo el mundo le lea con gusto. Si no persuade, al ménos deleita. Y muchos caen fascinados ante su estilo como alondras seducidas por el espejillo.

Sus artículos sobre el cuadro de Pradilla han producido sensacion en el mundo artístico; y cuando ha llegado á Madrid la carta del autor de *La rendicion de Granada*, pidiendo al Senado que volviera sobre su acuerdo y que enviara el cuadro á la exposicion de Munich, asegurándole contra todo peligro, y respondiendo él mismo de la integridad del lienzo, los senadores se han conformado con la partida, buscando consuelo en las frases del citado periodista.

—Puesto que el cuadro no tiene filosofía, ni grandeza, ni potente fuerza de concepcion,—se han dicho—no hay inconveniente en que se lo lleven á Baviera.

* * *

Yo me imagino á altas horas de la noche, la conversacion de las figuras del cuadro.

—Ya está decidido, señora mia—dirá D. Fernando á Doña Isabel;—tenemos que emprender el viaje. Vamos á mostrar nuestras ropas y nuestro continente á la sociedad internacional que ha de reunirse en la exposicion de Munich. Es preciso hacer las maletas, y cuidar de que no nos falte nada. Tú, Gran Capitan, te encargarás de todo esto; pero ¡cuidado con las cuentas! ¡no sea cosa que luego resulten irregularidades administrativas! En cuanto á usted, señor de Boabdil, guarde la llave para mejor ocasion y aunque es usted vencido no abusaré de la victoria.... le permitiré que viaje en wagon de segunda clase.

Es indudable que el rey Chico de Granada ha de ver con malos ojos esa caminata. Preferiria, puesto que le obligan á viajar, dar una vuelta por la Alpujarra, recorrer aquellos parajes donde vivió echando de ménos su querida Granada.

Pero Doña Isabel que tiene en su grandioso corazon salidas para todo, lo convence asegurándole que los ricos jamones de Trevelez pueden tener trichina.

—¡Alah es grande!—dice por fin Boabdil.—¡Sea lo que Alah quiera!

Y al dia siguiente—como he dicho ántes—sin cañonazos, ni músicas, ni repique de campanas, fué conducido el cuadro á la estacion, y todo aquel prodigio de luz, de color, de ricas vestiduras, de personas reales, de alta servidumbre, emprendió el camino de Munich, dejando un vacío en el corazon de los senadores que ya no hacen más que decirse unos á otros:

—¡Animo!... Fernanflor lo ha dicho: el cuadro no es una gloria nacional. ¡Consolémonos.... consolémonos!

La casa en que habita el ingenioso escritor se ve todos los dias invadida de ancianos ilustres que van á fortalecer su corazon oyendo de los propios labios del crítico su juicio sobre el cuadro de Pradilla.

Al principio Fernanflor se ha mostrado sumamente atento. Ha razonado su opinion: ha presentado las mil facetas de su ingenio á la vista de los senadores. Pero á fuerza de hablar y de representar su papel se ha puesto ronco como Vico despues de hacer muchas noches seguidas un mismo drama.

En esta situacion, Fernanflor ha tenido que acudir á un recurso supremo.

A imitacion de cierto gobernador de Madrid durante los tiempos revolucionarios, ha fijado en la puerta de su casa este cartel:

Respecto á La rendicion de Granada.... lo dicho, dicho.

FERNANFLOR.

* * *

Ahora, hablemos algo de teatros.

La verdad es que ya casi están todos cerrados.

Lucinda Simoes y Furtado Coelho recogieron gran cosecha de aplausos en la representacion de su última obra *Divorciémonos*, y han partido para Barcelona, donde, segun se ve, han ido á parar este año casi todas las compañías madrileñas.

El teatro de la Comedia ha dejado de ser el receptáculo de todos los extranjerismos.

En la misma casa del teatro se halla establecida una librería, tambien de libros extranjeros, al frente de la cual se encuentra un entendido dependiente que tuvo el señor D. Fernando Fé en su librería de la carrera de San Jerónimo.

El otro dia fué á pedirle un parroquiano un diccionario políglota.

—No lo tengo,—dijo el librero;—pero si tiene usted mucho empeño en adquirirlo, puede comprar el teatro de la Comedia. ¡Tantas son las compañías extranjeras que han pasado por él, que por fuerza debe haber quedado un vocabulario de todas las lenguas impreso en telones y bambalinas.

El teatro de Lara se cierra tambien estos dias, y en el teatro Español se ha dado la última representacion con un brillante beneficio á que acudió toda la aristocracia madrileña.

Allí cantó la célebre Elena Sanz, que habia cantado otro dia en casa de la señora de Rute, y que anteriormente habia dejado oir su voz en la funcion con que la *Sociedad de escritores y artistas* obsequió á los literatos portugueses.

De modo que á fuerza de entusiasmo y de aplausos, Elena Sanz ha quedado estos dias definitivamente *sanzcionada* como gran artista.

Los portugueses se han ido meditando una escena heróica, un acto griego.

¡Piensan reproducir el rapto de Elena!

PEDRO BOFILL

Madrid 8 Junio 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

La fiesta japonesa de la duquesa de la Rochefoucault.—PARIS-AUTEUIL en el PETIT CLUB.—*La fiesta campestre en la quinta de Juliette Lambert.*—La exposicion de los retratos de este siglo.—La exposicion internacional de pinturas de la sala Petit.—El Salon.

Paris está rebosando arte. Diríase que quiere compensar anticipadamente su esterilidad anual de los meses de julio, agosto y setiembre. Una fiesta japonesa en casa de Mad. de Larochefoucault; una pantomima en una finca de Mad. Lambert; una representacion de una revista en el Petit Club; la exposicion de los retratos del siglo actual; la exposicion de los *artistas libres* en la Sala Petit; una exposicion de las artes decorativas, otra de flores; y todo esto sin contar las exposiciones particulares, visitas á algunos talleres abiertos estos dias al gran público, en fin, arte por todas partes.

El baile de la duquesa de la Rochefoucault Bisaccia ha sido un portento de fantasía, de elegancia y de buen gusto. ¡Qué de vestidos *fantásticos!* ¡qué de tocados *impresionistas!* ¡qué de flores *excéntricas* y de iluminaciones *imposibles!* Por supuesto, todo japonés. Música japonesa por una orquesta con instrumentos del extremo Oriente, dirigida por Honk fu fu chink, que no era otro que el conocido Olivier Metra; una comedieta japonesa arcaica representada por la Granier y otros; vaudeville japonés de Toche; solos arreglados al estilo transtibetano, *boudoirs* japoneses, *buffet* japonés, vajilla japonesa, comida japonesa, arroz japonés, helados japoneses, en fin el Japon integro transportado á Paris. Todo lo más conocido de esta capital estaba en la fiesta, la cual produjo una suma considerable en favor de la Beneficencia. El decorado fué ideado y dirigido por Felix Regamey.

* * *

En el *Petit club* de la Rue Royale, la revista *Paris-Auteuil* divirtió á los concurrentes el sábado último. La Judic y la Richemberg y varios aficionados, todos ellos *boudinés*, por supuesto, fueron los actores. La revista, obra del marqués Massa, estaba regularmente escrita, pero era un cien piés del género insensato.

Despues del *Petit-club* la locura se traslada á la finca de Mad. Adam (Juliette Lambert), donde se celebró una fiesta campestre, representándose una pantomima asimismo campestre compuesta por Gustavo Jundt. Cinco breaks de la agencia Cook conduciendo los convidados, partian, á eso de las nueve de la mañana, de enfrente de la Opera, para llegar á las cuatro horas de delicioso viaje á través del bosque de Bolonia, Saint Cloud y Sevres, á la Vallée de Gif y á la finca, donde esperaba á los invitados madame Lambert. La quinta estaba empavesada. Almorzóse inmediatamente debajo del follaje, la mesa espléndidamente servida, la vajilla de mayólica floreada, y los criados y cocineros vestidos de campesinos á la antigua. A las cinco empezó la representacion en un teatrito que estaba situado al pié de la arboleda del jardin. Auguez y Sellier cantaron el duo de la *Mutta di Portici*, Jeoffroy recitó vestido de abogado el monólogo *El defensor del criminal*, haciendo desternillar de risa al público, y siguió la pantomima *Les noces de Coquinet*, cuyos personajes son *Pierrot, Arlequin, Polichinela, Colombina, El médico* ridiculizado por Molière y *Coquinet*, el avaro que tiene la nariz de oro. El argumento de esta pantomima es propio de un teatro *guignol*. La fiesta terminó con cohetes, petardos, fuegos de Bengala, música y ruido, y regresamos á Paris cerca de media noche, llegando de dia á la capital.

* * *

El que quiera conocer la fisonomía de todos los personajes que desde este centro han admirado al mundo á partir de principios del siglo, no tiene más que ir al edificio de *l'Ecole de Beaux arts, quai Malaquais*, y subir á la *Sala Melpómene*. Allí están los exaltados de la Convencion pintados por David. Barrere con su traje de campesino y su cara vulgar, con una expresion ni buena ni mala, ni inteligente ni estúpida, gesticula en la tribuna; Mad. Roland, Mad. Recamier, Mlle. Mars, Carlota Corday, las heroínas de aquella época de sobrexcitacion y de fiebre

política, se presentan á nuestros ojos con su carácter particular, altivas unas, melancólicas otras, todas con esa mirada vaga del que está poseido por una idea fija. Allí está el general Kleber con su actitud arrogante, con su penacho tricolor, como denunciando á Bonaparte que está enfrente. Napoleon, en varias épocas de su vida, sigue á su víctima. Primero es Bonaparte, oficial de artillería vestido á lo *incroyable*, con la corbata hasta la boca, largas las melenas, flaco, moreno, pálido, de mirada febril, ambiciosa; sigue el retrato del general Bonaparte más altivo, más pálido y más nervioso que el otro, si cabe, pero más imperativo y más lleno de orgullo. Ambos retratos son obra maestra de Greuze. Por fin el emperador Bonaparte, de aire pensativo y mirada sombría, grueso, blanco amarillento, de color de adipocera, con el gaban gris y la cabeza rapada, pero con más *tupé* que cuando llevaba el cabello largo, segun la expresion de un célebre caricaturista; Talleyrand, con su sonrisa volteriana antece de á Robespierre, correctamente vestido, limpio, estirado, pero con un no sé qué de mediocre y de limitado que hace de él una especie de intendente de casa buena ó un procurador de audiencia de segunda clase: despues vienen Junot; Saint Just lleno de exaltacion, simpático y expansivo; Meyer, el delegado de las Provincias Unidas, retratados por el célebre David. En seguida nos hallamos con Murat, el infame Murat, en postura teatral, presumiendo de bello, paseándose por la playa de Nápoles, con unas rosas en la mano. Está pálido, su mirada es siniestra y debajo de tanta finura y de tanta distincion afeminada se trasparenta un alma baja y criminal, sin más nocion en la conciencia que la ambicion y el servilismo. Y siguen los corifeos del imperio, pero.... *Non raggionar di lor, ma guarda é passa.*

Viene la generacion del año 30, ilustre generacion la de los Víctor Hugo, los Littré, los Sainte Beuve, los Michelet, los Orfila, los Lamenais, los Delacroix, los Ingres, los Lamartine, los Dumas, los Guizot, los Remusat, etc. Todos están allí retratados en varias épocas de su vida con sus expresiones particulares, formando un conjunto que inspira graves reflexiones al psicólogo. Viendo los diversos retratos de un individuo, en distintos períodos de su vida, ¡cómo se adivinan las luchas morales y materiales que ha tenido que sostener para elevarse al pináculo de la gloria!

Por fin llegamos á la generacion que aún vive y hallamos al *Duque de Aumale* al lado de Clemenceau el tribuno de las masas; Coquelin el cómico con su aire entre contento y malicioso; Wolf, á quien Bastien Lepage ha hecho ménos de lo que él es en sí es; la Sarah Bernhardt excéntrica, hablando con un muñeco que tiene en la mano; Edmundo About, con su gorra de piel como un carretero alsaciano; Gallifet, de aire más enérgico y más distinguido de lo que él tiene; Legouvé y Ernesto d'Aureville, académico el uno, fantasista insensato el otro, formando contraste extraño; Renan con su aire de obispo bonachon; Mad. Pasca, aún hermosa; Jules Claretie el novelista suizo, franco y simpático; Carolus Durand, cabeza artísticamente pintada por Sergent, con la barba recortada y el bigote levantado como un caballero contemporáneo de Enrique IV. Siguen Mlle. Adam, Víctor Hugo, Zola, Daudet, Taine, Arsene Houssaye, y por fin viene un retratro teatral, una especie de apoteosis de M. Jules Vaquerie el cual, por ser yerno de Víctor Hugo, parece que se considera con derecho á heredar la gloria de su suegro.

***

En lo que permite el reducido espacio de que disponemos para estas revistas, vamos á ocuparnos de la Exposicion internacional de Bellas artes. Francia está representada por Cabanes, Robert Fleury y Herbert. Bélgica por Stevens, Italia por de Nitis, España por Madrazo, Inglaterra por Watts y Hunter, Alemania por Leibl, Austria por Munkacsy y los Estados-Unidos por Whistler.

Figuran en dicha exposicion retratos admirables y cuadros de género asaz originales. Entre los primeros hácense notar dos de Madrazo. El uno es Coquelin en su papel de D. César, el otro el de una condesa. Llama la atencion *una escena de tormento en la Inquisicion*, de Robert Fleury, y un *auto de fe*, de gran vigor y realismo extraordinario. Hácense notar los cuadros de Nitis por su colorido, los de Stevens por su elegancia y los *nocturnos en negro y oro*, y en *azul* y *plata* del pintor yankee Whistler son originalísimos y revelan un género de pintura completamente nuevo.

En la próxima correspondencia continuaremos ocupándonos del Salon.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

OTOÑO, dibujo por A. Marie

El paisaje es otoñal; mas los personajes que en él figuran se encuentran en la primavera de la vida y áun de las ilusiones.

Que la escena tiene lugar en otoño lo demuestra la circunstancia de que nuestros buenos amigos han vendimiado; falta saber si en ajena viña.

Han vendimiado, y con tierna solicitud el jóven mancebo introduce un grano del negro fruto en los labios de su dulce compañera. Su juventud y la inocencia de sus corazones, revelada por su candoroso semblante, son causa de la simpatía que inspira la hermosa pareja.

Y es indudable que su felicidad en ese momento es tan intensa como pura. Parientes ó simples amigos, vecinos indiferentes de un mismo lugar ó predestinados esposos, su presente es tanto más envidiable en cuanto su familiaridad no tiene por qué sonrojarles, pues se halla limitada por un candor verdaderamente angelical. Si nuestros jóvenes se aman, sin duda será como Pablo amó á Virginia, ó bien así como deben amar á la Virgen las almas de los niños que en el cielo revolotean junto á la divina madre de las criaturas que no la tienen.

Bajo este punto de vista el autor de nuestro cuadro ha estado acertadísimo, produciendo un idilio de amor sin impureza, una pareja de enamorados que, sin decir cosa alguna á los sentidos, deja entrever todo un mundo de felicidad en el porvenir de una pasion honrada.

MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali

María Estuardo, la infortunada reina de Escocia, parecia destinada á causar la desgracia de cuantas personas merecieron su prediteccion. Empeñada en una lucha á muerte con Isabel de Inglaterra, lucha fomentada en el corazon de entrambas por el fanatismo religioso y la rivalidad entre mujeres, la Estuardo distaba mucho de poder medirse con Isabel, que á su mayor poder como reina, reunia condiciones diplomáticas de primer órden.

La soberana de Escocia tenia una imaginacion exaltada, un carácter poco dúctil á las circunstancias y un corazon en el cual la necesidad de amar competia con lo mudable de los afectos. La reina de Inglaterra, por el contrario, era friamente calculista, se plegaba de buena ó mala gana á las condiciones del momento, y si como mujer pudo haber tenido sus debilidades, las ocultó con tanto empeño que llegó á ser conocida por la *reina virgen*.

El resultado de esa lucha no podia ser dudoso: la hermosa cabeza de María Estuardo rodó desde el patíbulo á los piés de su rival inglesa. Pero ántes del desenlace de esta tragedia ¡cuántas víctimas sacrificadas por el odio y por los celos!

Entre ellas se contó el músico Ricci. La escocesa se apasionó del humilde cantor, como una de esas antiguas castellanas que, á puro fastidiarse, concedian sus favores al trovador desconocido que llamaba á las puertas de su castillo. Ricci entusiasmaba con sus cantos la ardiente imaginacion de María, ó endulzaba las penas de la combatida reina dirigiéndola sus más inspiradas poesías.

El oscuro cantor excitó los poderosos celos de sus rivales, y un dia fué villanamente asesinado en presencia de la propia reina.

—Al que se muere le entierran,—dice el refran. Y esto ocurrió con Ricci, olvidado completamente por María al otro dia de haber sido su favorito.

LA PENA DEL CEPO, por Enrique Serra

¿Quereis saber á qué grado de cultura ha llegado un pueblo? Pues enteraos de las penas que imponen sus tribunales.

Cuando esas penas, en lugar de mejorar pervierten, en vez de corregir degradan, tened por seguro que el pueblo en que rigen se halla tan atrasado como los legisladores que las dictaron, como los tribunales que las aplican.—Odia al delito y compadece al delincuente,—esta es la máxima que hoy priva en las sociedades verdaderamente cristianas.

Hubo un tiempo en que las mujeres eran vergonzosamente emplumadas en presencia de un público soez; en que los hombres eran indeleblemente marcados en la espalda, y áun en la frente, por mano del verdugo..... ¿Qué se proponia esa sociedad que separaba para siempre de su seno á una parte de sus individuos, cobrándose en odios y venganzas lo que adelantaba en afrentas?

Hoy por hoy el criterio jurídico y hasta la conciencia pública exigen que la pena sea una reparacion que corrija, no un dolor que exaspere y mate. Por esto á la simple vista del suplicio del cepo, de esa tortura que aún se aplica ¡oh vergüenza! en algunos pueblos de América y de Africa que pretenden vivir en el concierto de la civilizacion; nuestros sentimientos se sublevan y la idea repulsiva del criminal desaparece ante la idea aún más repulsiva de la pena.

Ignoramos si el autor del cuadro que hoy reproducimos participa de nuestras ideas; pero si así no fuese, no las hubiera podido defender de ningun modo con mejor talento.

En su composicion no se ve al delincuente, se ve el cepo, se ve la ignominia, se ve la degradacion legal de un pueblo, se ve á una sociedad estacionaria y digna de los criminales que en ella pululan.

Ménos cepo y más instruccion.

¡Ménos Coran y más Evangelio!

INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA

Con motivo de la solemne coronacion del emperador de Rusia, hace pocos dias celebrada en Moscou, las revistas ilustradas de toda Europa han publicado á porfía grabados en que se representan los diferentes episodios de la misma y las vistas del famoso Kremlin con sus iglesias y palacios. Nosotros, consecuentes con el propósito indicado desde los primeros números de nuestra ILUSTRACION, no nos proponemos invadir el terreno ajeno, publicando asuntos pictóricos de actualidad; y concretándonos á la parte puramente artística, objeto primordial de esta Revista, reproducimos en la plana octava las principales insignias que de su alta dignidad poseen los emperadores moscovitas. La leyenda que acompaña á este grabado nos exime de hacer aquí una descripcion detallada de los objetos en él representados, por lo cual únicamente añadiremos que todos ellos son en extremo valiosos, á causa de las numerosísimas y raras piedras preciosas que los enriquecen, y que los artistas pueden ver en ellos un modelo, así del estilo y gusto especial del arte ruso como del predominante en las distintas épocas á que estas joyas pertenecen.

RETRATOS del emperador y de la emperatriz de Rusia

El interés con que la Europa entera ha seguido la marcha de los preparativos y celebracion de la coronacion del emperador de Rusia, no tanto por la curiosidad que esta solemnidad haya podido despertar cuanto por el estado político y social del imperio ruso, nos ha inducido á publicar los retratos de los monarcas recien coronados; Alejandro III Romanoff y María Feodorovna. Háse dado á luz tantas veces y en tantos periódicos la biografía de estos emperadores, que juzgamos á nuestros lectores perfectamente enterados de ella y ocioso por nuestra parte insistir sobre este punto, limitándonos á manifestarles que los retratos en cuestion son los más parecidos, así como los mejor dibujados y grabados de cuantos ha publicado la prensa europea.

LA DEUDA FLOTANTE

¿Veis dos paseantes de tardo y menudo andar, que descansan de trecho en trecho á la sombra de los pinos del *Retiro?* Pues oid lo que van diciendo:

—Pero hombre, ¿habráse visto cosa más curiosa? ¡El lúnes recibe el Duque!

—¡Toma! Ya lleva tres bailes, dignos de un rey.

—Yo me hago quinientas cruces.

—Todos dirán que para qué quiere lo que tiene.

—Lo dirán, pero sin duda V. no sabe.....—y mirando los árboles como si fueran espías y las matas como si fuesen mujeres curiosas, añadió bajito:—El Duque está, como decimos los andaluces, *arrancado*.

—¿Sí?

—Tiene hipotecadas sus fincas, la casa solariega; todo....! Su cortijada de las *Portillas* en Córdoba, es lo último que ha caido en poder de los ingleses. ¿Ve V. todo ese boato? Pues no hay más que humo detrás de él. En esa bendita casa se ha hecho almoneda hasta de los trastos viejos. Los aderezos que luce la señora han sido desmontados sustituyendo las piedras legítimas con diamantes americanos....

—¡Qué atrocidad!

—¡Pero adelante con la danza y con la música....!

El Duque de Montes de Oro anda, en efecto, tronado, aunque no tanto como creen esos viejos murmuradores. Mañana recibe para celebrar sus bodas de plata con la Duquesa Elvira, lo cual no tiene nada de particular conocida la aficion de tan ilustre dama á divertirse y á divertir á los demás.

Ella lo ha dispuesto todo: restaura su Hotel; añade algunos retratos á la coleccion de la familia; trae un cuarteto de músicos alemanes; wagones de flores de Andalucía y Valencia; caprichosas figuritas para el cotillon, y para el *buffet*, salmones de Dieppe, otras de Ostende y trufas de Perigord.

En la lista de los invitados está la crema de la crema y la nata y flor de todas las aristocracias. La Duquesa la dictó teniendo á la vista la *Guía de forasteros* por si omite algun nombre el registro de sus visitas.

Será una fiesta que haga época en los fastos del gran mundo. Los periódicos noticieros pintan la impaciencia que devora á eso que se llama la *High-life*.

El Duque tiene en D. Braulio un antiquísimo servidor, apoderado de su casa y estados, de los que, segun se murmura, parece que, en efecto, hace tiempo se apoderó.

Habla el gran señor, y contesta su mejor criado:

—D. Braulio, ¿cómo estamos de recepcion?

—Perfectamente.

—Ya sabe V. que Elvira es exigente con su casa.

—He obedecido órdenes de la señora y quedará satisfecha de sí misma.

—Pues gástese lo que se gaste, eso es lo principal.

—Se gastará estrictamente lo necesario.

—Quiero que se gaste lo supérfluo. En una casa ducal no sientan bien las economías. Para eso está la caja.

—¡La caja! dijo D. Braulio y suspiró.

—Todo lo comprendo, amigo mio; V. nos saca siempre de apuros. Si se necesitan ocho ó diez mil duros, póngalos V. y páguelo todo. Me horrorizan las deudas. No quiero ser de esos que viven á merced de sus acreedores. La sociedad está perdida porque nadie se atempera á sus recursos; pero hay deberes de que no podemos eximirnos las personas de elevada esfera.

—Si V. se empeña haremos una nueva operacion.

—Convenido. Ya sabe V., Sr. D. Braulio, que yo no reparo en nada....



MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali



LA PENA DEL CEPO, dibujo por Enrique Serra

—Ya lo sé, ya lo sé: pero me duele, Sr. Excelentísimo, que esto sea para V. una bola de nieve.

—Nada, nada; aquí lo importante es que quede como debe mi mujer.

Al dia siguiente recibia D. Braulio estas cuatro letras:

«Estamos conformes: renovacion del primer pagaré. Intereses de costumbre. Mi caja y mi persona son de V. Mande á cobrar los veinte mil duros.—*Becerrillo.*»

El apoderado de Montes de Oro sonreía de gozo y de vanidad al ver este papel.—Comprendo—se decia—que á este señor le repugnen las deudas; lo mismo me sucede á mí. Pero él quiere abarcar mucho más de lo que consiente el estado de su casa: se mete en gastos de bailes y funciones de los cuales tiene que sacarle mi crédito y responsabilidad. Y gracias á que yo descanso en el capital de Becerrillo, siempre dispuesto á hacernos un favor.

Becerrillo, sentado en su escritorio despues de firmar la carta á D. Braulio, alzó la voz diciendo:

—Gavilan.

Su cajero se presentó al instante.

—Ya sabe V. que he de anticipar un millon á la casa de Montes de Oro, ó mejor dicho á D. Braulio, con quien tenemos cuentas pendientes. Es un viejo insaciable que siempre se queda con algo entre las uñas. Él no tiene bastante personalidad para levantar empréstitos y al fin saldrá con las manos en la cabeza, pero todavía hay en esa casa algo aprovechable y nada se aventura con darles lo que piden.

—Un millon, es dinero....

—Una miseria.

—¡Pues no la hay!

—¡Demonio! ¿No hay en el mundo un millon?

—Eso sí. Yo le tengo para V.

—¿Cómo?

—Buscándole donde está.

—Es que yo no quiero deber nada á nadie.

—Pues á nadie deberá V. mas que á mí, que es como deberse á sí mismo.

—Eso es otra cosa. Vengan fondos pronto.

—Vendrán.

Gavilan pensaba: Este hombre es un majadero que siempre está recetando sin contar con la huéspeda. Lo mismo trata de millones que si fueran ochavos, y con toda esa bambolla, tiene su crédito en el aire.

Y listo como una comadreja, toma el sombrero y de un salto se presenta en casa de Doña Rita, á quien debe su salvacion en momentos de ahogo. Cualquiera la tendria por una mujer vulgar, pero es tal su poder que levanta en peso una casa con sus particulares recursos. Gavilan la entiende y ella explota los apuros de éste y de otros gavilanes. Es una paloma torcaz. Habla por los codos y se saca de ella partido dejándola hablar.

—¿Qué trae esta buena pieza? De seguro viene á pedir.

—Vengo á pedir y á dar.

—Todos vienen Vds. con igual cancion. El mundo está á la cuarta pregunta. Creen que yo tengo una maquinilla de hacer moneda y se llevan chasco. ¡Qué tiempos tan feroces! Los ricos están pobres y los pobres ya no podemos más. Mi capital es corto y está bien repartido: lo tengo sobre seguro y no suelto una peseta que no me produzca tres.

—Y no es mucho para lo que vale hoy el dinero.

—¿Qué ha de ser? Yo no tengo nada de judía, pero tampoco quiero que me llamen cándida. Mis negocios pueden verse al trasluz. Yo no derrocho ni invento danzas para arruinarme como esa loca de Montes de Oro, que pronto van á llamarla Montes de aíre. Con que V. ¿qué busca? ¿cuartos? Pues amiguito, andan bajo siete estados de tierra, y el que los quiera tiene que escarbar mucho y bien. A otro que no fuera Gavilan le diria: ¡Desahuciado! pero ya sé que V. no vendrá á proponerme más que lo justo. ¿Qué ocurre? ¿Cosas de Becerrillo? Pues no quiero nada con él. Ese todo lo acapara y con gente tacaña no me gusta á mí tratar. Hable sin rodeos. Yo tengo mi genio, pero tengo un corazon que no puedo oir llantos; con que explíquese V. que todo se arreglará. ¿Qué es ello?

—Lo de siempre.

—Claro: que se meten Vds. en un callejon sin salida y cuando les llega el agua al cuello: Que nos saque doña Rita. Muchos hacen lo mismo. A este paso voy á ser yo la redentora de la humanidad. Yo tambien he visto las orejas al lobo y por eso observo conducta y no gasto lo que no tengo. Ya sabe V. lo que me pasó cuando llegué á Filipinas. Me habia casado por poderes con un hombre que estaba bien y á quien no habia visto jamás. Hice el viaje solita.... con un amigo.... Llego; mi marido se estaba muriendo y apénas me dió tiempo para decirle:—Hijo, ¿puedo saber si has testado?—Falleció aquella tarde; me dejó cuanto tenia, y gracias que no tuve que pleitear. Pero ¿quiere V. decirme cuál es mi estado? Soltera no lo estoy: casada no llegué á ser, y sin embargo me ponen en las tarjetas: *Rita Alegre viuda de Catalá.* Hijo, hay para rabiar con esta situacion mia, pero los duelos con pan son ménos, y he salido adelante como pocas, manejando mis intereses y haciendo imposibles como la Santa de mi nombre. Con que vamos á ver lo que V. quiere.

—Siete mil duros, para completar....

—¡De un golpe!

—La cosa urge....

—Eso es muy fuerte. Daré cuatro en el acto y al firmar la escritura lo demás.

—Haga V. un esfuerzo, Doña Rita, que no lo perderá.

—Pero déme respiro hasta mañana.

—Sin falta.

—Es V. un gancho de lo que no hay.

Y doña Rita de Catalá se quedó haciendo este aparte. «Yo le daria eso y más si no me vencieran estos dias varios plazos. Mañana el de Clorinda que ya me amenazó con la demanda, y las modistas de tono son atroces. Mas ¿cómo desperdicio esta ocasion? Gavilan tiene mejor dinero que Becerrillo; ya le he sacado algunos bocadillos, ¿y á él qué le importa? Es listo y se mete por el ojo de una aguja, aunque no sé cómo saldrá haciendo casas para vender y sosteniéndose con el dinero de los demás.... ¿Quién entra?

—¿Está la *Señorra?*

—Abur Madama. ¿Quién ha abierto á V.?

—El famulito.

—(¡Bárbaro!) Cuánto me alegro,—y la da un golpecito en la espalda en muestra de cordialidad.

—¿Qué trae V.?

—*¿Traerg?*.... nada; vengo yo misma, á *cobrarg.*

—Ah, sí, aquella cuentecilla.... siéntese V. Pues yo dije: hace un siglo que no tengo el gusto de ver á Madama y he de ir por allá.... Ya me han dicho que ha hecho V. en su establecimiento grandes mejoras y que aquello está confortable, irreprochable, *pitoyable....*

—*Grasias.*

—*Oui.*—Ya empiezo á hablar. Pues hija, lo principal de una casa como la de V. es la fantasía y el *savarfér.* La señora de Pinto me dijo:—Bien se conoce que allí vive la modista de todo el orbe, y que entra á cargas en aquella casa el metal. Hasta ha cambiado las letras doradas de la muestra que ántes eran chatas y ahora de cuerpo entero. Los salones estan á *merville* y hay un mar de figurines, muestras, adornos y *nuevotés.*

—¡Oh! V. *parle* bien nuestro idioma, *Donarrita.*

—Ka, hija, de oído, desde que hice el viaje á Filipinas con escala en *Suzantón.* Vds. sí que aprenden de golpe el castellano. Da gusto cómo le habla V. ¡Qué pronunciacion tan clara! Yo tengo una amiga que ha estado diez años en Francia y ha vuelto como se fué.

—Oh *señogra*; yo tener prisa y aquí la *presengto* mi cuenta, que *empeso* por *Enerro hase* dos años y ya es *cresidita*, con la obra de compromiso entregada estos dias.

—Mucho, mucho; hoy debia pagarla, pero me lo impide un pequeño contratiempo y dije: Madama me dispensará por unos dias más.

—*Ne pa* posible.

—No entiendo.

—Usté no *conoser á mon mari....*

—¿Quién es María?

—Mi *magrido....*

—¡Ah!

—No *esperra.*

—Ya sé que no es perra, pero se tiene que esperar por la sencilla razon de que hasta el sábado no tengo disponible el dinero.

—Es que otras *veses mi* dijo que el *sábato* y.... son *sinco* trajes *modergnos* que ya *serran anticos*, y sin *contarg* el último para la *resepsion*, que es de mucho *presio pur* los *adorgnos*, las plumas y los *valensien.* Y como V. *mi* encargó de lo *mejorg* y yo *crreí* que *tendria parra* ello....

—Señora ¿pero cómo queria V. que una persona de mi posicion fuera al baile de Montes de Oro? He sido de las primeras invitadas por la Duquesa, y no podia faltar. Tenia que estrenar traje para quedar con decoro: esto no tiene vuelta de hoja.

—Pues podria *irg* de *muselin* ó *fularg* y no *haberg* confeccionado un *vistido* tan *carro* si la *señogra* no lo podia *pagarg.*

—¡Por supuesto! ¡Qué cosas tan originales tiene esta Madama! La perdono á V. porque no conoce mi firma ni el crédito de la viuda de Catalá. Sepa V. que yo no quedo mal con una artista cualquiera, por una simple cantidad de dos ó tres mil francos. Tenga V. puesto el recibí, que el sábado irá mi pagador y finiquitaremos.

Y doña Rita se puso en pié con mucha dignidad, despidiéndola con un:

—¡Beso á V. su mano!

A lo cual Madam Clorinda contestó con una risita de conejo, y tomó la puerta articulando mentalmente estas frases:—¡Trampas! ¡Trampas!

Doña Rita, que empezaba ya á sofocarse, murmuraba:—Estas costureras de lujo se meten en todo. ¡Y luégo tener valor de hablar de su *marrido* una mujer que ni siquiera es viuda, porque no se sabe lo que es!

Repantigado en una marquesita del cuarto de prueba del gran taller de Clorinda, esperaba un bigotudo caballero, atarazando una boquilla de cara de sátiro *culottée*, é izado en ella un puro muy corrido. Era un capitan de caballería vestido de paisano, de esos que dicen con su fachada: «Aquí hay un valiente.»

Clorinda al verle, echó á vuelo las campanas de sus ojos, exclamando:—*¡Solerg!*—y Soler, saludándola con un pellizquito en la mano, dijo:

—Chica, no tengo dinero.

—Yo te iba á *pedirg....*

—¡Pues no me faltaba mas!

—¿En que lo gastas, *querrido?*

—¿Y tú?

—¿Y el billete de veinte *durros* que te dí *ayerg?*

—Anoche falleció.

—¡Maldita *timbirrimba.!*

—Eso es; mala si se lo lleva y buena cuando lo trae. Clori, no seas ingrata. ¿Te acuerdas de aquel dia feliz? Estábamos como arpa vieja. Tres golpes: un fortunon! De allí salió mi caballo, y tu primer mostrador. Andaban los centines por el suelo: te nombré mi cajera sin fianza, y manejastes mi capital á discrecion. Tuvimos tú y yo desde entónces muy buena sombra; todo nos salió *al pelo*, pero ahora se han cambiado los frenos. Yo no vivo de mi paga, porque de ella viven otros, y tú eres rica; tú estás bien por tu casa; tú ganas lo que yo pierdo y no tienes ingleses....

—Nada más que tú.

—Perdona, yo desde que te conocí, no soy inglés, ni español, sino manchego afrancesado.

—Un *pícarro!* que saca *istorrias* por no *cumplirg* con su *obligasion.*

—¿Y tú? Me das lo que puedes, comemos bien; eso sí; me tratas á cuerpo de rey; pero nunca hemos liquidado. No hay tuyo ni mio.

—¡Ingrato! *¿Quierres ajustarg* cuentas?

—¡No, mujer! ¡lo que quiero son cuartos! ¡cuartos!

—Pues te *dirré* lo que me dice *Donarrita. El sábato: tournez* el *sábato...*

—Ya conozco á esa señora que debe un año de su coche de alquiler, y que tiene temporadas para pagar.

—¡Y vestidos gratuitos, *parra irg* al baile de Montes de *orro!*

—Pues si esperamos su dinero....

—¡El *sábato!*

—¿El sábado, y hoy es lúnes? ¿Y qué haré yo toda la semana?

—*Serg hombrre* de bien.

—¡Yo no puedo ser hombre sin un céntimo!

—*¿Quierres* una copita de *Jerrés* con un *emparredato?*

—Quiero un emparedado de billetes de Banco.

—¿Quierres *almorsar fuergte?*

—Clori, ya veo que no piensas más que en el plato. ¡Eres atroz! Tú no tienes más parientes que los dientes. ¡No amas!

—Oh, sí, *mon ami; je t'aime comme* á mi *futurro....*

—Sí, como á futuro muy largo; ya lo sé. A Dios.

—*¡Solerg, esperra, mirra, ecoutez!* ¡Oh *mon Dieu...!*

El capitan Soler huia de Clorinda porque habia perdido los estribos y no queria darle un torniscon. Echaba venablos por aquella boca:—¡Franchuta! ¡Tipo! ¡Sabañon! ¡Tienes el alma en el estómago! Vas á morir de un atasco. Tú engordas y yo pago. Es mio cuanto tienes y me escatimas una peseta. ¡Tú me las pagarás!

Llega á su casa bramando: se sentia débil de carácter y de estómago. Tropieza con Cardona su asistente:

—¡A la órden....!

—El almuerzo.

—No está.

—¿Qué le falta?

—Sal, vino, pan y postres.

—¿Y para esto he rehusado el convite de Clorinda? Yo ayuno y ella se atracará. ¡Tendrá su *menú* y echará pechugas á la perrita....! ¿Qué haces ahí? Anda por eso.

—Está bien.

—Y trae pastelillos, dátiles, aceitunas y café.

—No se quede V. corto, señorito.

—Y tráeme tabaco.

—De la Habana. ¿Y qué más?

—Por ahora, nada.

—Pues venga *guita*, mi capitan.

—¡Estólido! ¿Si yo tuviera dinero te pediría de almorzar?

—¡Pues esta es la de ayer, y la de *antiyer* y la del otro...! pero el caso es.... que ya no me fian, ¡quiá!

—¡Canalla! ¿Y qué has hecho del metálico que te entregué á principio de mes?

—¿Siete duros y hoy es 17?

—¡Ménos te dí el mes pasado; te sobraron 18 reales y me distes dos veces salmon, dos veces perdices con chocolate y tres veces flan!

—Mi capitan, por eso estamos en el *Espicio*....

Y Soler, tirando de una silla como quien tira de la espada, bostezó estas frases:

—¡Traes ahora mismo lo que te he mandado ó te divido por la mitad!

Cardona huyó y Soler se puso á silbar la marcha de las trompetas de *Aida*, mientras que su banquero discurria en la cocina el modo de comprar tantas cosas sin un ochavo.

—¡Maldita sea la hora—decia—en que me sacaron de asistente, que es como sacarle á uno á fusilar! Señor, ¿soy yo santo para hacer tantos milagros? ¡Quiá! Claro es que ántes ahorraba con lo que sacaba de la compra y con alguna otra cosita que me he sabido agenciar; pero esa miseria la he puesto en compañía del portero del 21, para establecer un puesto de melones y sandías, y todavía necesito más! Señor, ¿qué hace este condenado de hombre con su paga? ¿Qué ha de hacer? Ponerla á la sota de oros, ó gastársela con esa *Madame* que le tiene *chalao* y que parece una sanguijuela con tanto chupar. Si él fuera un hombre *apañaito*..... ¡Quiá! Han llamado.—Sale y abre.—Es la lavandera.

—Cardona, dame esa pizca de ropa, si es que me la quieres dar, que ya he venido cien veces.

—*Señá Duviges*, me viene V. de perilla.

—Soy como el reló, que da cuando debe dar.

—Yo tambien soy un reló algo atrasado.

—Te faltará cuerda.

—Lo que me faltan son pesos.

—Pues que te adelanten, para que rijas bien.

—Si V. me quiere adelantar.

—Pero indino, ¿no te he dado á rédito sesenta pesetas y no veo los intereses ni veo *ná?*....

—Necesito ahora mismo un par de duros.

—*Premíteme* que me choque. ¿Pues no os habeis puesto de melones, digo nó, de meloneros tú y el Baltasar? ¿ó es que ya *sos* las echais de *propetarios* sin tener en qué caerse muertos?

—¿Cuánto lleva V. encima? Suéltelo pronto, que es tarde y tengo que dar al señorito de almorzar.

—Llevo lo que he cobrado en casa de una parroquiana que me paga á gotitas; 27 *riales* y dos perros, para que el diablo no se ria de la mentira.

—Vengan acá.

—¿A rédito?

—Mi amo responde, y pagará los intereses á fin de mes.

—Bueno, ya sabes: á peseta por duro que es lo que me lleva á mí el fiador del rio. Pero mira, tienes que firmarme un papel, porque yo no hago nada sin esta *formalidá*.

—Coja V. esa ropa y vamos fuera, que todo lo arreglaremos en la tienda.

—Vamos allá.

Y en un santiamen bajaron á la esquina, diciendo ella:

—Tú me pides á mí, y pides á otros, porque haces lo que tu amo, que tirais la casa por la ventana y luégo vais á la calle, á pedir limosna. ¡A ver si eso es regular! Sois unos mani-rotos y quereis especular con el sudor de los demas. Mucha fachenda y luégo no teneis camisa, ó si la teneis, no se quién la lavará, porque yo llevo cada semana dos del señorito y una tuya, y todo lo componeis con cuellos y puños postizos, para figurar lo que no es. Anda, que no sé cómo no se os caen los bigotes de vergüenza!... Tambien yo quisiera ser reina, y tener una doncella *pá* que me abanicara, y otra *pá* que me apretara el corsé, pero hijo, mira en que *indisposicion me se* han puesto las manos con las *helás*.

—Está V. cargada de razon, *Señá Duviges*, pero déme V. los 27 reales que es lo principal.

—Tómalos para que no muelas, y ya haremos la escritura, y con esta serán tres, porque parece que te ha hecho la boca un fraile con tanta *nesecidad*.

Soler, al cabo, almorzó bien. De ello se enteró su lavandera cuando al anochecido, fué á la tienda de Regino á curiosear.

—¿Qué llevó el asistente del capitan esta mañana?

—Unas frioleras; dátiles, café, aceitunas....

—¿Y lo quedó á deber?

—¿Cuando no es Pascua?

—¡Este Regino es un santo bendito! Te lo tengo dicho: ¿cuándo aprenderás?

—Gastan diez, pagan dos, y vuelven á sacar.

—Hijo, ántes ponian letreros en las tiendas diciendo: «Hoy no se fia aquí, mañana sí;» pero ahora, sois tan *lilas* que casi todo lo teneis de regalo. ¡Y luégo dicen que son personas finas....! ¡Calle V. hombre, que dan ganas de provocar....! ¿Vas mañana á los toros? Allí nos veremos.

La señora Eduvigis tomó la puerta, y Regino asombrado murmuraba:

—¡No se ha visto descaro igual! Esta mujer siempre lleva vestido nuevo; gasta como una artista: saca á su esposo con levita y *chistera* los domingos: van al café y luego á la comedia de por horas. Primero falta el sol que ellos falten á la corrida. Se dan más lustre que el embajador de Rusia: ¡ella me debe ya de género 17 duros y me aconseja que no fie!

Y en esto entró el corredor de garbanzos y aceite, gente que vive á la sombra decrédito y que maneja muchos miles, de palabra, y llevando á Regino á la trastienda, emplea la suya en este aparte:

—Regino, ya sabes que yo te aprecio y por consiguiente quiero evitarte disgustos. Ya sabes que para el pago de esas dos cuentas te han concedido moratorias, y que pasan los meses sin que dés luz; por lo cual el Sr. *Niceto* y el tio *Salta-Charcos* se han *plantao* en Madrid y vendrán mañana tempranito por los 17000 y pico de reales que adeudas. Ellos han sabido que has comprado un solar en el barrio de *Pajaritos*, y que vas á hacer una casa, y que escupes por el colmillo, y eso no es regular. Con que te lo *alvierto* y hasta mañana.

Regino reunió un poco de dinero, y pasó la noche echando pestes de los cosecheros y del corredor. A la mañana siguiente, era juzgado por el tribunal de los tres. Sacó las rebañaduras de su caja, entregando 3,527 reales á cuenta, y quedando á deber 13,674. Los cosecheros clamaban por el poco fruto de su viaje. Surtian á varias tiendas del género mejor, entregado con puntualidad, y las cuentas se eternizaban. La pella de Regino era de las más gordas.—Nosotros,—le decian,—somos arrendatarios, y tenemos que pagar al amo. ¿Y cómo hemos de cumplir con él si vosotros nos faltais?—Renovó su obligacion el tendero y mediante su consabido tanto por ciento, el corredor ofreció estar encima hasta el finiquito de las cuentas, retirándose mohinos los acreedores á distribuirse aquella miseria, poniendo por testigos dos vasos de vino.

Y decia el Sr. Aniceto:

—Compadre, su *mercé* tiene más espera. Este año se ha perdido la cosecha de aceituna y acabo de plantar un majuelo que me cuesta un sentido. Mi crédito es mayor, y me aguanto con 3,000 reales.

Y replicaba *Salta-Charcos:*

—Camarada; si el aceite de V. es bueno y caro, mis garbanzos son gloria, y no se cogen mejores en tierra de Castilla. Si V. debe un majuelo, yo debo una viña que acabo de comprar al tio *Seis dedos*, y con 500 reales no tengo para el pago.

Y despues de una serie de dimes y diretes, y de haberse guardado el dinero por mitad, los arrendadores saboreando el último sorbo de Valdepeñas, dijeron:

—¿Ha visto su *mercé* el amo?

—No. ¿Y V.?

—Tampoco. ¿Debe V. mucho á la casa?

—Cinco años. ¿Y V.?

—Siete. ¿Pero qué es eso para quien tanto tiene?

—Estará muy ocupado con los bailes.

—¿Cuánto dirá V. que le cuesta el de esta noche? ¡Diez mil duros!

—¡Aprieta! ¡Pues no tiene el Duque de Montes de Oro ropa para tanto.

—Yo no parezco por la casa.

—Ni yo. ¿Para qué? ¿Para que nos eche el toro el cuco de D. Braulio?

—Siempre nos dicen que S. E. no recibe....

—Anda, que espere el Duque.

Y reanudado el diálogo de los viejos paseantes del *Retiro*, que pasan la vida corrigiendo de pruebas á la sociedad, véanse los dardos de su acerada crítica:

—¡Qué tiempos!

—Nadie se contenta con lo que tiene.

—Vivimos unos á expensas de otros.

—La deuda flota como una nube negra.

—Por eso dice todos los dias el cristiano: «Perdónanos nuestras deudas.»

—¡Tanto como se ha escrito sobre la teoría del deber....!

—Pero sobre la del pagar.... ¡Nada!

—Ya sabe V. lo que dijo un sabio: «El pais más rico, es el que más debe.»

—Saque V. la caja, hombre, y tomaremos un polvito.

—Allá va; pero, amigo mio, advierto que nunca saca V. la suya.

—Eso consiste en que donde hay dos, siempre es uno el que hace el gasto.

—¡La deuda! ¡La deuda!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

FERROCARRIL PARA BUQUES.—El 30 de abril se han inaugurado en Mincatitla (México) las obras para la construccion del ferrocarril ideado por el capitan Eads para trasportar los buques del Océano Atlántico al Pacífico, y viceversa, al través del istmo de Tehuantépec. Este camino de hierro tendrá 150 millas de largo, y partiendo de Mincatitla en el golfo de México, terminará en Salina Cruz, en el de Tehuantepec, dando por supuesto que su construccion llegue á terminarse.

***

M. Stanley, que prosigue incansable sus exploraciones en Africa, se halla actualmente entre Stanley-Pool y Manyanga, preparándose á remontar la parte navegable del rio Congo en tres lanchas de vapor llamadas *Real*, *Adelante* y *Asociacion internacional africana*.

***

Los establecimientos fundados en Sabah (isla de Borneo) por la «North Borneo Company» bajo la proteccion del gobierno británico y que no há mucho tiempo fueron causa de que se cruzaran algunas notas diplomáticas entre dicho gobierno y el español, se desarrollan rápidamente. Estos establecimientos han cambiado su nombre de Sabah en el de Borneo, y tienen ya un periódico consagrado á insertar los anuncios oficiales de la sociedad, la cual ha inaugurado un sello de correos para su servicio. Vese pues que la Compañía no pierde el tiempo para aplicar los derechos soberanos que la metrópoli le ha conferido y dar á su instalacion en el país el carácter de un hecho consumado que la exima en cierto modo de toda protesta litigiosa.

NOTICIAS VARIAS

RAILS DE PAPEL.—Los periódicos americanos anuncian que el papel, muy usado ya para fabricar ruedas de wagones, se puede emplear tambien en la construccion de rails ó barras-carriles, cuyo coste resulta una tercera parte más barato que el de las de acero. Segun parece, la duracion de los rails de papel es mucho mayor, no siendo de temer en ellos los efectos de dilatacion y de contraccion. Lo propio que las ruedas de wagones, dichos rails son enteramente de papel comprimido de una solidez á toda prueba.

***

MONUMENTOS ASIRIOS.—El viajero aleman Sester, que acaba de recorrer el Asia Menor, dedicado á investigaciones arqueológicas, ha descubierto cerca del punto en que el rio Eufrates se abre paso al través del monte Tauro, unos monumentos de proporciones colosales y completamente ignorados hasta hoy. En una montaña de dos mil metros de altitud situada entre Malatieh, Samisat y Diarbekir, hay restos de edificios que tienen hasta diez y ocho metros de altura, y están llenos de inscripciones casi totalmente intactas, pero todavía indescifrables. Estos monumentos parecen anteriores á la época asiria: cerca de ellos se ve la tumba real de los antiguos reyes de la Comagena, lo cual hace suponer que dichos vestigios han formado parte de un panteon gigantesco.

***

MARINA FRANCESA DE GUERRA.—En la actualidad consta la armada francesa de 324 barcos, de los cuales 22 son acorazados de combate, 13 para la defensa de los puertos, 9 guarda-costas y 6 baterías flotantes.

Los cruceros forman la segunda categoría de la armada, ascendiendo su número á 144.

Componen la tercera categoría los trasportes, 15 grandes y 24 de estacion.

A estos buques hay que añadir 18 de vela, que sirven de escuelas de contramaestres, grumetes y aprendices navales, etc., etc.

Junto á estas escuadras hay otra que ha adquirido gran desarrollo en Francia, la sub marina, que comprende 59 torpedos, divididos en tres clases.

En los arsenales se construyen en estos momentos 70 barcos, 20 de ellos, entre fragatas y cañoneras, acorazados, costando los de primera clase como el *Almirante Duperré* y la *Devastacion*, 16 y 12 millones de francos respectivamente.

***

Durante el año último han sido destruidos por las llamas hasta 42 teatros: 17 en los Estados Unidos, 7 en Inglaterra, 5 en Rusia, 4 en Alemania, 3 en Francia, 2 en España y 1 en cada uno de los países siguientes: Bélgica, Suecia, Bulgaria y Rumanía.

Los países donde hay más aficion al teatro, y donde por consiguiente hay más edificios dedicados á esta diversion en proporcion al número de habitantes son Italia y España; Francia figura mucho despues y á grandísima distancia siguen Alemania y demás países germánicos.



1 Corona imperial de la emperatriz Ana — 2 Corona de Siberia — 3 Corona de Astrakan y del Gran duque Miguel — 4 Corona de Wladimiro ó del Heredero del trono — 5 Corona de Kazan — 6 Corona del czar Pedro
7 Corona de Pedro Alexiovitch — 8 Corona de Ivan Alexiovitch — 9 Cetro imperial — 10 Gran cetro imperial — 11 Globo bizantino esmaltado y adornado de piedras preciosas
12 Cáliz para el óleo sagrado — 13 Globo de oro de Pedro II — 14 Gran globo imperial del imperio ruso — 15 Cruces que lleva el czar en el pecho — 16 Escudo antiguo, forrado de terciopelo carmesí con bordados

INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA

Imp. de Montaner y Simon



AÑO II — BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1883 — NUM. 77

¡CELOS! dibujo por F. Binden

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Nuevo modo de recetar.—Una cosa buena.—La exposicion minera.—Su estado: impresiones que produce.—Compendio de la historia del trabajo.—Reparacion de fuerzas.—Particularidades de las instalaciones.

Cierto doctor que visitaba á un cliente suyo de carácter atrabiliario, tétrico, melancólico, le dijo uno de estos dias despues de tomarle el pulso:

—Usted necesita distraccion... pasee V. mucho; y sobre todo, vaya á la Exposicion de minería muy á menudo.

El enfermo ha seguido al pié de la letra los consejos del facultativo.

Ayer le encontré y me dijo:

—Estoy mejor... mucho mejor. Durante ocho dias he visitado mañana y tarde la Exposicion mineralógica. Me la sé de memoria. Podria decir á V. cuántos ejemplares de mineral hay en todas las instalaciones, qué número de gotas de mercurio han caido en el pilon de la fuente, qué edad tienen los fósiles expuestos en las varias colecciones que allí se encuentran, de cuántas piezas constan los preciosos mosaicos expuestos por la casa S. Paul de Bilbao, y qué número de vueltas han dado los volantes de la «Maquinista terrestre y marítima» de Barcelona.

Tengo además en mi casa prospectos de todas las aguas minerales de España. Forman esas instalaciones un cinturon de salud en el perímetro del *Pabellon Anejo*. Aquello es una sinfonía de bienandanza y de felicidad. Las aguas contenidas en millares de botellas lo curan todo. Es imposible pasar por aquellas galerías sin ponerse bueno.

—¿De modo que V. cree que esto ha producido su mejoría?

—¡Oh! no, ¡qué diantre! Yo era un enfermo de espíritu: mi dolencia era moral. Sentia el abatimiento de la patria. Todo me parecia malo entre nosotros. ¡Ya sabe V.! Son las señales del tiempo, esas lamentaciones sobre las cosas de España. Se maldice de todo lo nuestro, se cree que somos incapaces de realizar nada que sobresalga de la vulgaridad y de la rutina... Este es un país perdido,—dicen muchos,—y yo era uno de los corifeos de esa tendencia denigrante. Todo ello me habia puesto melancólico, triste, descorazonado, y no sé á qué punto me habria conducido mi enfermedad moral si el médico no me hubiese recetado la visita á la Exposicion minera.

¡Hoy la he visto!... La he visto y me ha gustado. .
Hoy creo en el país.

He salido de la Exposicion trasformado, engrandecido.

Es una de las cosas más bellas y más completas que España ha realizado. Ahora me siento mejor; todo me parece risueño, todo lo veo de color de rosa. El ensayo es digno de aplauso y de alabanza. Soy feliz, amigo mio, soy feliz... ¡Viva España!

* * *

Las exclamaciones de mi tétrico amigo son las de todo el mundo.

Yo mismo he visitado varias veces la Exposicion para comunicar mis impresiones á los numerosos lectores de LA ILUSTRACION ARTISTICA, y confieso que estoy maravillado.

Y eso que aún no está del todo terminada.

Es ya una condicion inherente á todas las Exposiciones el que se abran faltando aún mucho para su conclusion definitiva.

Esto no es ni puede ser un cargo sério para la comision organizadora.

En todas partes sucede lo mismo; y Madrid no ha de ser un modelo de puntualidad comparado con París, Lóndres, Viena, Filadelfia, Amsterdam, etc.

Los proyectos se hacen rápidamente; el pensamiento devora las distancias; es un privilegio de la imaginacion enardecida por el entusiasmo el ver en un momento levantada con todo su esplendor la obra que despues ha de costar grandes esfuerzos materiales.

Tal pasó con la Exposicion de minería. Los obstáculos se han ido venciendo: todo el país ha contestado al llamamiento de los organizadores; multitud de pabellones de distintas formas se han ido esparciendo en la parte del Retiro ó Parque de Madrid conocida por el nombre de *Campo grande*, y hoy ofrece un punto de vista risueño, pintoresco, encantador, esa gran extension de terreno que contiene variadas y abundantes muestras de los fenómenos geológicos del planeta, de su vida prehistórica, de los distintos eslabones de civilizacion desde la edad llamada de piedra hasta la edad de la plata Meneses y de las mil industrias y aplicaciones metalúrgicas creadas por el ingenio humano.

La Exposicion minera durará algunos meses. No se cerrará, segun se dice, hasta octubre ó noviembre venideros.

De modo que durante los meses de calor las cigarras de los árboles inmediatos solemnizarán con su perezosa música aquel poema del trabajo y de la energía del hombre.

* * *

Sí; es un poema, con cantos de piedra. La armonía resulta de los cambiantes, de los destellos de tanta faceta y de tanta cristalizacion como allí se hallan reunidas.

La mente humana se dice:

—Todo esto sale de la tierra.

Y entónces, ahondando un poco en el misterioso problema de los destinos humanos y en la lucha gigantesca de los séres para la conservacion de la vida, recorre la fantasía del observador todas las épocas y todas las civilizaciones y se ve al hombre troglodita, al hombre contemporáneo y compañero del elefante primitivo y del oso de las cavernas, al hombre pulimentador de los metales, al hombre guerrero, al hombre artista, buscando en los ricos yacimientos de mármol el material con que se han de eternizar las construcciones arquitectónicas y las bellezas estatuarias, y el hombre en fin de nuestros dias, sibarita, amigo de la comodidad y del *comfort* que ántes de que el sol lo arroje de aquel paraíso á las once de la mañana, ó de que la noche se le eche encima á las siete de la tarde exclama:

—¿Dónde se podrá comer aquí?

Y siguiendo por aquel laberinto de jardinillos y pabellones las elocuentes señas de un poste, muchas veces repetido, con un rótulo que dice: RESTAURANT y una mano indicadora, llega el visitante á un pabellon levantado junto á una plazoleta poblada de mesas, y donde por cinco pesetas, tratándose de almuerzo, ó siete si es comina, puede proporcionar cumplida satisfaccion al apetito que mina su estómago.

* * *

Es imposible dar aquí detalles de las instalaciones. Formarian un tomo. El Palacio Central,—digámoslo así aunque no esté en el centro—es notabilísimo, y honraria por sí solo este gran certámen de la riqueza minera española, y de nuestra industria metalúrgica.

Yo aspiro solamente á ser un eco del aplauso general....

Tan general—decia uno como el difunto *general Mina*....

Así es que lo mismo en este artículo que en los sucesivos he de mariposear alrededor de los objetos con el solo fin de arrancar ideas alegres á los negros bloques de carbon, á las macilentas pirámides de azufre y á las informes masas de hierro.

Con este carácter una de las cosas que más llamaron mi atencion fué una grandiosa jaula, riquísima de primores, que está expuesta en el *Palacio*.

La tal jaula me confundió. Todo lo creia propio de una exposicion de minería excepto una cárcel para encerrar habitantes del aire.

Pero me convenció la hiperbólica opinion de un visitante:

—Esto no será para pájaros—dijo.—¡Será para topos! Me humillé ante aquel modelo de topo-grafía.

Más allá ví la instalacion de dinamita.

¡Horror!.... Y se permite fumar en la Exposicion.

—¡Esto es natural—agregaba otro visitante.—Se fuma para que la exposicion sea verdadera.

—Pero.... esos cartuchos de dinamita serán figurados....

—¡Sí, sí..., no tienen mala figura!

En los pabellones particulares llaman la atencion los cañones del Cuerpo de Artillería.

Podrán barrer en un momento la Exposicion cuando se concluya.

Hay un artístico templete formado con botellas de agua de Loeches que hace estremecer ciertas partes del cuerpo.

La fuente de mercurio en la instalacion de Almaden es curiosísima. Tiene siempre á su alrededor una porcion de personas que alargan la mano para recoger en su palma unas gotitas del movible líquido.

Además las mujeres se miran en el fondo del pilon. Es un espejo perfectamente azogado.

La instalacion de Suecia es de las más notables. ¡Qué país tan adelantado aquel! ¡Y cómo responden á todos los llamamientos industriales! ¡Ellos que con tanta facilidad podrian *hacerse el sueco!*

La *Real compañía asturiana* ha construido el mejor de los pabellones.... Está todo cubierto de zinc.... ¡y hace un efecto tan sorprendente!

Pero la gran atraccion estriba en las *Minas de Rio Tinto*. Su pabellon está constantemente lleno. Preciosos ejemplares de mineral, hermosos planos de relieve, gusto, esmero, perfeccion.... Todo lo tiene.

Decia un gran catador de vinos.

— Lo que ménos me gusta en esta instalacion es el rio.

—¿Porqué?

—Porqué en vez de ser *tinto* preferiria que fuese *blanco.*

PEDRO BOFILL

Madrid 15 Junio 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El salon.—La tentacion de San Antonio, por Carolus Durán.—Otra, por Frappa.—*Agar*, por Doucet.—Una vision de San Francisco.—*Andrómaca*, por Rochegrosse.

En nuestra penúltima revista, suspendimos la descripcion del *Salon* de este año, cuando empezábamos á ocuparnos de la pintura. Reanudando pues nuestra tarea, daremos cuenta de dos cuadros más; uno de ellos es el de Carolus Durand que figura *Una tentacion de San Antonio.*

Si no estuviera firmado por un artista tan eminente nadie repararia en él, pues es bastante mediano así en su conjunto como en los detalles.

Otra tentacion de San Antonio es la titulada *Una enviada del diablo*, cuadro de grandes dimensiones, pintado por José Frappa.

Una mujer bellísima con un manto y una esclavina á modo de capelo de cardenal, llama á la cabaña del Santo. La puerta entreabierta permite ver al eremita que está rezando en el interior. Está correctamente pintado, pero no nos da en manera alguna idea de las visiones delirantes que la mortificacion y la anémia debia de producir en la imaginacion sobrexcitada de aquellos ascetas de la Tebaida.

Agar es otro de los cuadros de asunto, si no religioso, al ménos bíblico. Es una obra maestra debida al pincel de un artista muy jóven. Luciano Doucet es un pensionado en Roma por Francia.

El cuadro representa á la infeliz esclava arrojada por órden de Iahveh de la casa de su dueño del cual habia tenido un hijo. Al bajar una cuesta pedregosa, devorada por la sed y vacío el jarro que llevaba, cae la infeliz rendida de fatiga. El cuerpo de *Agar* es de un contorno admirable.

Notable es tambien, aunque no tanto, el cuadro de Chartraus titulado *La vision de San Francisco de Asis.*

Despues de la pintura religiosa pasemos á ocuparnos de la histórica.

Muchos son los cuadros de este género que se han expuesto en el Salon; pocos los que sobresalen. Entre estos el de más importancia es el de Rochegrosse titulado *Andrómaca.*

Despues de tomada Troya, Ulises da órden á sus soldados de apoderarse del príncipe real Astianax, para arrojarlo desde lo alto de las murallas.

El tierno infante es arrancado á viva fuerza de los brazos de su madre *Andrómaca* por aquellos soldados feroces que acababan de incendiar la ciudad; Andrómaca lucha heróicamente con ellos para recobrar su hijo arrebatado por un soldado. La escena pasa al pié de una de las escaleras de la muralla; desde lo alto de los reductos penden los cuerpos yertos de algunos troyanos. Entre las ruinas del incendio al lado del muro salpicado de sangre, divísanse entre un carro y varios muebles rotos algunas cabezas cortadas y unos cuantos cadáveres horriblemente mutilados. En lo alto de la escalera y destacándose sobre el cielo enrojecido por el fulgor del incendio, divísase la figura impasible de Ulises, el cual presencia la escena con los brazos cruzados, esperando impávido que le traigan á Astianax.

El cuadro es imponente, y está pintado á lo Velazquez. Vigor, entonacion, movimiento, firmeza en el dibujo. Nada le falta. El asunto está bien sentido; el estilo de Rochegrosse tiene la energía épica que el asunto requiere.

Al mismo tiempo la investigacion histórica más rigurosa va unida á la ejecucion maestra.

Aquellos griegos brutales que el jóven pintor nos presenta, nada tienen de comun con los helenos convencionales de Academia, inspirados en el Flaxman. Son al contrario, los soldados de la *Iliada* primitivos, con sus cascos de cobre groseramente claveteados, con sus arqueadas cimeras de pelo para resguardarles la cabeza de una cuchillada ó de un hachazo, con sus corazas de piezas de cobre, con sus aljabas de madera pintada, la barba crecida y la negra cabellera sujeta con una cuerda ó con una cinta, en fin, son los heróicos compañeros de Aquiles. No hay detalle alguno en el cuadro que no esté pintado con arreglo á los últimos conocimientos arqueológicos y que no conspire al efecto general de la obra, cosa harto rara puesto que en general los pintores que dominan los asuntos históricos hasta el punto de no escapárseles ningun detalle de época, se pierden en las minuciosidades arqueológicas olvidando el arte y convirtiéndose en artífices sabios; el vigor y la entonacion general están, por lo regular, ausentes de sus telas. No así Rochegrosse, el cual ha conservado tanto y de tal manera la impresion de conjunto que los minuciosos parisienses le han echado en cara el que *vise trop à l'effet*, como le dice uno de los críticos más renombrados de esta. Nosotros, preferimos el gran efecto dramático, cuando éste está bien hallado, á esta pintura detalladísima y miniada, perfectamente frívola, que se entretiene en presentarnos escenas pornográficas en el *budoir* de alguna perdida, ó estanterías llenas de *bibelots* que más que cuadros parecen *reclamos* de algun *Commissaire priseur* del Hotel Druot. Rochegrosse, lo repetimos, es un pintor que á la ciencia reune el genio, sin que aquella disminuya en un ápice este.

En suma, la opinion pública ha saludado en Rochegrosse un genio, y el Jurado no ha podido ménos de reconocerlo así dándole el premio del Salon.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

¡CELOS! dibujo por F. Binden

Refieren las crónicas venecianas que cierto caudillo oriundo de Africa, al servicio de la serenísima república de San Marcos, ahogó á su esposa bajo una almohada, por injustas sospechas de liviandad y en un arrebato de celos á estilo de Africa. El marido se llamaba Otelo, la esposa Desdémona. Desde entónces el nombre de Otelo es sinónimo de celoso hasta la ceguera, hasta el crímen, hasta la barbaridad.

Pues la trágica historia de los esposos venecianos pareceria un idilio insípido si se hubieran trocado los sexos y Otelo hubiera llevado faldas. Entónces no hubiese quedado pedazo aprovechable del presunto culpado, porque la mujer celosa es un animal cuyo furor deja muy por atrás á los tigres de Hircania.

Son los celos una herida abierta en el amor propio del que los siente, y no hay amor propio como el de la mujer cuando otra mujer se atraviesa en el camino de sus amores.

Por esto la escena que representa nuestro cuadro nos hace presentir un desenlace terrible. La causa de los celos se halla á la vista. Sea el esposo, sea el amante, un hombre que ha jurado fidelidad eterna á una mujer, requiere de amores á una mujer que no es aquella mujer. La agraviada presencia el ultraje, y si es cierto que los basiliscos matan con la mirada, ella, jóven, poderosa, bella y envidiada, se convertiria de buena gana en ese animal repugnante, solamente por vengarse del amante infiel y de su perversa cómplice.

En una palabra, ruge la tempestad y el rayo se elabora en el corazon que hace poco destilaba miel purísima. La última escena del drama puede forjársela cada cual á su antojo. Por mi parte, confieso que no gusto de los finales á la Echegaray.

VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris

La fe es una gracia espiritual que se alimenta á menudo con la posesion de objetos materiales que apénas guardan con ella relacion alguna que tenga fundamento razonable. Verbigracia, han trascurrido cerca de diez y nueve siglos desde que el Redentor fué bautizado por el Precursor en el Jordan, y aún los poderosos de la tierra, empezando por los príncipes cristianos, se proporcionan agua de ese rio para lavar á sus hijos del pecado original.

Esos actos inspirados por la fe, que á través de los siglos encadena las ideas y los hechos de órden superior á ideas y hechos del más rudimentario realismo, explican la predileccion de ciertas almas ingenuamente piadosas por ciertos objetos, á los cuales atribuyen un mérito especial de que carecen; y dada esta predileccion, se explica por ella misma la frecuencia con que se explota por ciertos mercaderes. La acuarela que reproducimos corresponde á un acto de este género.

Un vendedor de rosarios, que califica de jerosolimitanos, halla manera de expender su mercancía gracias á la vestidura oriental con que se engalana y á las mil y una paparruchas que á propósito de aquella refiere. A creer en su locuacidad, cada cuenta de sus rosarios estaria hecha con un pedazo del Santo Sepulcro ó con el hueso de alguno de los frutos que pendian de los olivos á tiempo que el Salvador oraba en el huerto que regó con el sudor de su agonía.

Las gentes sencillas han de precaverse contra esas supercherías de mercader: la Iglesia ha encontrado manera de que los objetos piadosos que realmente proceden de Jerusalen y han sido puestos siquiera en contacto con alguna reliquia notable, se expendan con las necesarias garantías de autenticidad. Fuera de este medio, la piedad de los fieles corre el mismo peligro de ser embaucada que la fanática y dudosa inteligencia de ciertos numismáticos de lujo, que andan en busca de la peseta del rey que rabió.

INDEPENDENCIA, copia de una escultura de D. M. Sanmartí

En 1878 Medardo Sanmartí, un muchacho casi, pasaba á la Corte á tomar parte en las oposiciones de Escultura, alcanzando en ellas un completo triunfo con su bellísima estatua *El Soldado de Maratón* y partiendo á Roma á ocupar durante cuatro años la plaza de pensionado. Terminado este período Sanmartí ha regresado á España ofreciendo al Gobierno el fruto de sus estudios en la ciudad eterna, el grupo magistral cuya primera reproduccion honra hoy nuestras páginas.

Sorprendente es, ante todo, la solemne eleccion del asunto. Acostumbrados como estamos á las concepciones triviales y muchas veces nulas á que tan descuidadamente se entregan los más de nuestros artistas contemporáneos, una obra que lleva por título el de *Independencia* despierta desde luégo el interés más vivo. Añádase á esto la interpretacion que al asunto ha dado Sanmartí y se comprenderá que hayamos llamado magistral al grupo de que nos ocupamos. Léjos de recurrir su autor á una alegoría más ó ménos enigmática segun era de reglamento en tiempos no lejanos, ha evocado las venerandas sombras de Istolacio é Indortes, intrépidos caudillos celtíberos que irguiéndose ante el yugo cartaginés fueron quizás los primeros que hicieron resonar en España el grito sublime de Independencia. Este modo de dar cuerpo á una idea es lógico, es humano y sobre todo hace que la obra resulte eminentemente española.

¿No bastaria ya lo expuesto para que se granjeara su autor el más caluroso elogio? Pues mucho, muchísimo más pudiéramos añadir si de la ejecucion del grupo nos permitiera hacer un análisis el espacio de que disponemos. ¡Qué realismo tan depurado, qué espontáneo clasicismo campean en la obra! ¡Cuánta conviccion, cuánto entusiasmo, cuánta energía rebosan aquellas indómitas cabezas, aquellos brazos robustos, aquellos pechos palpitantes, aquellas piernas hollando con altivez las vencidas armas! El grito de *Independencia* brota en efecto de aquellos labios entreabiertos, del roto grillete que levanta Istolacio, de la azcona con que le protege Indortes.

En una palabra: la obra no puede estar mejor sentida, mejor compuesta, ni mejor ejecutada; sólo falta que el gobierno lo entienda así y adquiera el fruto de las oposiciones de 1878 honrando de este modo á Sanmartí y honrándose á sí propio.

Por nuestra parte, dando á la reproducion de dicho grupo toda la importancia que merece, la hemos confiado á uno de los más entendidos grabadores de Europa, al célebre Froment, el cual ha secundado nuestros deseos con tal acierto que se ha mostrado en su tarea digno émulo del distinguido escultor.

TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle

La escena pasa en la plaza Navona, de Roma. Un judío, mercader ambulante de toda clase de objetos, encomia su mercancía á varios sacerdotes que examinan las antiguallas del puesto. Junto á este grupo se ve otro compuesto de una familia de *contadini*, reconociéndose en la mujer, jóven y agraciada, el verdadero tipo romano, de morena tez y ojos negros y expresivos. Aunque cada grupo tiene su carácter particular y exclusivo, unidos forman un agradable conjunto, por la verdad y acierto con que están tratados y el vigor de la ejecucion que distingue á todas las obras del artista inglés.

SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid

¡Pobres músicos ambulantes! Obligados á ganarse el sustento vagando de pueblo en pueblo, tristes, desdeñados y sufriendo toda suerte de privaciones, faltos al caer de la tarde de hogar donde cobijarse, contemplan con triste expresion cómo regresan de la escuela los cuatro niños más afortunados que ellos, pues al ménos no les faltará casa, cena y un lecho donde descansar en la granja que se ve en lontananza. El lienzo de Reid pertenece si se quiere al género realista, pero á decir verdad los tipos principales revelan, no tanto los sufrimientos del cansancio, del hambre y de la sed cuanto las penas morales, la melancolía del que perdida la esperanza y lucha por la vida y con la vida, melancolía de que está impregnado todo el cuadro, haciéndolo así más simpático á los ojos.

DIANA CAZADORA, cuadro por Hans Mackart

El mito de Diana es uno de los más favoritos de los artistas, así antiguos como modernos. Se explica esta predileccion pues la idea de la bella cazadora vírgen se presta admirablemente al que busca en el arte la forma de un pensamiento noble y bello á un tiempo mismo.

Diana, segun la mitología, fué hija de Júpiter y de Latona y hermana de Apolo. Realmente no puede darse familia más distinguida, y á no ser porque el padre, con ser rey de los dioses, fué algo ligero de cascos, pudiéramos decir de Diana que nobleza obliga. Vió la luz en la isla de Delos, y sin duda nació algo grandullona, pues dice la fábula que, habiendo echado de ver cuánto sufrió su madre para arrojarla al mundo, solicitó y obtuvo de su omnipotente padre el privilegio de vivir en perpetua virginidad. Jamás, por lo tanto, pudo casarse; jamás pudo amar á hombre alguno; de suerte que á falta de más propia ocupacion, hubo de dedicarse á cazar reses mayores, en compañía de unas cuantas amigas, tan montaraces como ella.

Tenemos que de dia cazaba sin darse punto de reposo; pero ¿y de noche?... De noche la cosa cambiaba de aspecto; de noche convertida en luna, inspiraba á los amantes románticas pasiones que ella no podia sentir; y terminada su carrera por los espacios ¿á dónde dirian Vds. que daba con sus huesos? Pues nada ménos que en los infiernos, en donde llevaba el terrible nombre de Hécata. No se dirá que la muchacha perdiera el tiempo.

Sus múltiples ocupaciones y formas la hicieron apropiada para distintas ofrendas, desde las flores silvestres hasta los cuadrúpedos y los peces, y ¡cosa horrible! se la inmolaron víctimas humanas.

El cuadro que reproducimos con ser hijo de la simple fantasía, nos da una idea de lo que pudo haber sido ese Nemrod con faldas (decimos mal; sin faldas) cuyo séquito lo constituye un enjambre de amazonas, dignas de este nombre por su hermosura, por sus formas, por sus hábitos y por la excesiva ligereza de sus ropas...

NI TANTO NI TAN CALVO

PROVERBIO EN ACCION ENTRE LOS SIGUIENTES PERSONAJES:

CLOTILDE, viudita de veinticinco años, morena, con un par de ojos capaces de matar á un vivo y de resucitar á un muerto, y con un cabello ante cuyas trenzas se quedaria extasiado el hombre ménos amigo de reparar en pelillos.

JULIA, hermana de Clotilde, muchacha soltera, de veinte abriles, rubia como unas candelas, fresca y coloradita como una rosa y sobrada de condiciones para volver loco á un padre del desierto.

FELIPA, doncella de labor con muy buenos informes cuando la tomaron Clotilde y Julia, sus amas actualmente.

VARGAS, un sevillano muy guapetorí y que se las echa de corrido.

SANCHEZ, un infeliz en toda la extension de la palabra y cuya figura apénas pasa de tolerable.

La escena se supone en Madrid, en la época presente y en casa de las dos hermanas; casa cuya sala de recibo está amueblada con elegancia y sencillez al propio tiempo. A un lado hay un balcon que da á la calle, y entre varios muebles cómodos y bonitos merece citarse un precioso velador maqueado, atestado de álbums, libros, periódicos, figurines, etc., etc., etc. *Etageres* con *bibelots*, como decimos ahora en España para poder entendernos.—Se me olvidaba decir que adornan la habitacion dos preciosos retratos de las susodichas hermanitas, dignos, por lo bien pintados, de la firma de un Federico Madrazo, un Casado, un Suarez Llanos ú otro pintor de véras.

ESCENA I

FELIPA, muy bien vestida y peinada, con sus ricitos en la frente, con su delantalito blanco y con todo el aparato que requiere el argumento de una criada jóven y colocada en buena casa. VARGAS en traje de calle, más vistoso que elegante: sombrero recien planchado, abrigo al brazo, de color clarísimo, guantes entre amarillos y rojos y oro y brillantes en la corbata, en los dedos y en la cadena del reloj.

FELIPA

(Levantando *la portier*, por no decir el tapiz de la puerta que llaman «del foro» en el teatro.)

Pase V. al gabinete...—¿Cómo me ha dicho V. que es su gracia?

VARGAS

¿Mi gracia?... *(Receloso)* Ah! sí. Toma... *(Sacando una tarjeta de una cartera de piel de Rusia en cuya confeccion ha entrado medio nihilista, lo ménos).* Da esta tarjeta á tus señoras.—Diles que soy amigo de su tio Julian... que he llegado hoy mismo de Sevilla y que traigo encargo suyo de visitarlas.

FELIPA

¿Del tio de las señoritas?... Y ¿cómo está el pobre don Julian? Siempre tan alegre y tan bromista ¿verdad? pero tan achacoso ya y tan flojillo... La última vez que le tuvimos aquí, apénas podia ya menearse... Y eso que yo le animaba con toda mi alma... ¡Era mucho señor aquel!

VARGAS

(La criada, por lo pronto, es una bachillera si no es otra cosa peor.) Con que ¿pasas ese recado?

FELIPA

El caso es que las señoritas no van á poder salir en un rato...

VARGAS

¿Por qué?

FELIPA

Porque aún no están vestidas...

VARGAS

No importa! Yo no gusto de etiquetas ni de cumplidos... Yo soy muy amigo de D. Julian... Es el único hombre con quien he podido pasarme un dia seguido sin reñir.

FELIPA

Sí, pero estando sin vestir las señoritas...

VARGAS

Que salgan como estén! *(Distraido, paseando y examinándolo todo con curiosidad, y con lentes, porque ha de saber el lector, aunque no sea curioso, que Vargas es corto de vista.)*

FELIPA

(Tiene gracia el hombre éste!) Las señoritas, cuando usted llegó á casa, acababan de entrar en el baño...

VARGAS *(sin oir)*

Que salgan como estén! Que salgan como estén! Yo soy amigo del tio Julian y me cargan los cumplidos. Díselo así de mi parte.

FELIPA

Bueno!

VARGAS

Díselo, mujer: yo soy amigo del tio Julian...

FELIPA

Lo diré, lo diré, y si ellas quieren, que salgan como usted desea...

VARGAS

¿No te has hecho cargo todavía de que el tio Julian y yo somos una misma persona?

FELIPA

(¿Si el demonio del viejo habrá hablado con su amiguito más de lo necesario? Yo le escribiré...)

VARGAS

¿Vas hoy ó mañana?

FELIPA

Voy, voy ahora mismo... *(Retirándose)* (Este hombre no parece que llega de Sevilla sino de Filipinas, porque está *chiflado* indudablemente... Y es lástima, porque tiene muy buena figura. Me gusta bastante más que don Julian...)

VARGAS

¿Vas ó no vas? *(Casi colérico)*



VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris



INDEPENDENCIA, copia de una escultura de D. Medardo Sanmartí, grabada por Froment

FELIPA

¡Ay! *(Asustada y echando á correr)* (Este sevillano necesita medalla como los perros de ahora!)

ESCENA II

VARGAS, solo y campando por su respeto, mirando y remirando cuanto hay al escaso alcance de su vista.

La casa es buena... Un poco fatigosa la escalera, pero buena y en buen sitio... Aunque como aquella calle de las Sierpes y aquella plaza de San Fernando no hay nada en el mundo —Hombre! Soberbio reloj! *(Tocándolo)* Esto es bronce... Bronce es indudablemente.—Deben ser ricas las dos hermanas... Y tambien puede que no lo sean, á pesar de los informes del tio, á cuyos ojos eran ambas la mismísima perfeccion... En este dichoso Madrid hay tantas personas que se privan de lo necesario para no privarse de lo supérfluo.—¡Cómo anda el mundo!—Estos retratos deben ser los de ellas. ¡Preciosas criaturas!. ¡Preciosas... pero ¡vaya V. á fiarse de los retratos! Indudablemente estarán favorecidas... Las mujeres no se retratan más que para que las pinten á su gusto... tal vez sean más feas que un pecado mortal. El tio, sin embargo, con aquel empeño de que yo no me quede, como él dice, para vestir imágenes, aseguraba...—¿Vendrán hoy ó mañana esas niñas? *(Sacando el reloj)* Media hora lo ménos llevo ya de planton.—¿Habrán querido hacerme un feo? Es posible... Es más que posible, porque la muchacha ha debido avisarles... Es seguro. . y por si acaso, me voy á la calle!

(Encasquetándose el sombrero y dirigiéndose á la puerta del fondo; al llegar á ella da con el baston en la cara á Sanchez, que entra al mismo tiempo.)

ESCENA III

VARGAS y SANCHEZ. (Este viste con sencillez y resulta hombre de una cursilería más encontrada que buscada.)

SANCHEZ

¡Ay!

VARGAS

¿Eh?...

SANCHEZ

¡Me ha sacado V. un ojo!

VARGAS

¿Un ojo?

SANCHEZ

No sé á punto fijo todavía si me lo ha sacado V. ó si me lo ha metido en el cráneo; pero de todas maneras creo que me lo ha puesto fuera de su sitio...—En fin, no riñamos por tan poca cosa... Ya parece que va cediendo el dolor.

VARGAS

¡No he visto en mi vida torpeza semejante á la de este hombre!

SANCHEZ

¿Decia V.?

VARGAS

¡Decia que ha sido una imbecilidad..

SANCHEZ

No señor... De ningun modo... Esto no es nada... Esto le pasa á cualquiera, y sobre todo á mí... No se fatigue V.

VARGAS

¡Pues me gusta! *(Dirigiéndose de nuevo á la puerta de salida.)*

SANCHEZ

¿Se marcha V.? No lo consiento! *(Interponiéndose.)*

VARGAS

¡Déjeme V.!

SANCHEZ

No, si ya estoy mejor... Le repito que ya no me duele.

VARGAS

¿Y qué? A mí me tiene sin cuidado que V. dé un estallido. Me marcho porque las dueñas de esta casa no tienen educacion.

SANCHEZ

¡Caballero!

VARGAS

No tienen educacion, y si no me ha entendido V., yo no sé decirlo más claro.

SANCHEZ

Ni es menester.

VARGAS

¿Se chulea V. conmigo?

SANCHEZ

¿Yo?

VARGAS

Es que conmigo no se chulea nadie!

SANCHEZ

Sea enhorabuena; pero, si no se chulea nadie, ¿por qué se empeña V. en que he de chulearme yo?

VARGAS

Es verdad... Pero mire V. que venir yo por primera vez á esta casa y hacerme esperar una hora sin mandarme un simple recado de atencion... Esto no se hace con un negro! Esto es burlarse de mí!

CÁRLOS COELLO

(Continuará)

EL BUEN PAÑO.....

I

Hace algun tiempo contaban con numerosa parroquia dos comercios de paños y ropas hechas, cuyas tiendas estaban colindantes y exponian á la puerta variedad de capas ó americanas, segun la estacion, en el soportal que en la calle Mayor se extiende desde la esquina de la de Felipe III (ántes de Boteros) á la del 7 de Julio (ántes Amargura.)

Intitulábase el uno *La Elegante*, con la razon social de viuda de Perez, mujer entrada en años y en carnes, madre de Lola, niña de tipo vulgar, ni fea ni bonita pero de aire resuelto y coquetil, que hacia cara á cuantos la miraban, como diciendo: «atrévase V.»

Las dos eran conocidas en el barrio por *las taconeras*, sin duda por lo mucho que daban al tacon corriendo calles, plazas, cafés y paseos.

Llamábase el otro comercio *La Constancia* y estaba á su frente D. Ciriaco Gomez, tendero chapado á la antigua, padre de una jóven, á la que habia educado segun sus máximas y era por lo tanto el tipo contrario de su vecina, gustando más del rincon de su casa y de ocupar el tiempo en la labor ó en la costura que de andar de visita, cortando sayos á las amigas ó exhibirse como santo de rogativa en todos los sitios públicos de la coronada villa.

Ambos comerciantes mantenian las relaciones de amistad compatibles con las rivalidades naturales de la igualdad de profesion y la diferencia de caractéres. Vivian encima de sus respectivas tiendas en unos entresuelos, bajos de techo y reducidos de pared, que tenian como desahogo un respiradero con honores de balcon desde donde veian todas las procesiones cívicas y religiosas que pasaban por la antigua y anchurosa calle Mayor.

Hallábanse casualmente un domingo por la tarde los dos roperos asomados á sus respectivos balcones cuando se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Buenas tardes, doña Tomasa.

—Muy buenas las tenga V., D. Ciriaco.

—¿Y Joaquinita?

—Tan buena; dentro está leyendo la Ilustracion. ¿Y cómo V. tan casera?

—Tengo á Lola con jaqueca y no saldremos hasta la noche.

—No temen Vds. al calor ni al frio. Qué valientes.

—Ya nos conoce la calle.

—Y tanto.

—Pero como V. comprende es preciso enseñar á la niña porque sino se quedaria para vestir imágenes.

—No opino como V. amiga doña Tomasa. Ya sabe V. el refran «El buen paño en el arca se vende.»

—O se apolilla.

—Vale más eso que no tenerlo siempre al aire, que luégo está deslucido y nadie lo quiere.

—Anuncia y venderás, es hoy la frase corriente.

—Pero como á una hija no se la vende sino que se la coloca, resulta que ese dicho no tiene aplicacion ahora. Vale más que una jóven se quede sin casar porque no se ha metido por los ojos, como vulgarmente se dice, que haga su infelicidad por haberse casado á escape con un vago sin oficio ni beneficio, que conoció en un café, en el Prado ó en un teatro por horas.

—¿Porqué no se ha metido V. á predicador? Haria muchas conversiones.

—Ménos la de V. No tendria elocuencia para tanto.

—Hola, hola, nos hemos picado? Pues, amigo, el caso es que ya á Lola, le han salido tres novios.

—Me alegro mucho. Mejor es eso que si le hubieran salido tres flemones.

—Que gracioso es V. Uno es bolsista, otro empleado y otro de administracion militar. Mi chica no sabe por cuál decidirse.

—Por el bolsista, si tiene la bolsa llena.

—Al empleado le vemos todas las noches en el Café de Platerías.

—Pero si un buen dia no le ven Vds. en la nómina, adios garbanzos.

—¿Y Joaquinita cuándo se casa?

—Cuando tenga novio.

—¿Y Antoñin, el sobrino de V. que se fué á América hace años?

—No hemos tenido noticia de él.

—Pues decian que los primos no se disgustaban el uno al otro y muchos aseguran que la tristeza de Joaquinita...,

—Ni mi hija está triste ni nadie asegura nada de lo que V. dice.

—Bien hombre, no se enfade V. que no he querido ofenderlo. Nosotras la estimamos muchísimo, pero como V. no la permite que salga con nosotras...

—Va conmigo y así me acompaña.

—Tenemos papeletas de hermana para la funcion de San Caralampio que es el mártes en San Luis. Predicará un orador de fama y habrá buena orquesta y hasta dicen si dulces para los hermanos.

—Muchas gracias, pero no puedo abandonar la tienda.

—¿Teme V. que le quiten los patacones que tiene guardados?

—Ya sabe V. que el dependiente vive del cajon y todo cuidado es poco.

—Pues yo dejaria al mio oro molido en la seguridad de que se contentaria con mirarlo.

—No le esponga V. á esa tentacion.

—En fin, cada loco con su tema. V. está por el sistema antiguo y yo por el moderno, y el resultado es que Lola tiene tres pretendientes.

—Justo, un *entrés*. Sólo falta un *elijan* y despues un *amarren*.

—A eso juegan en casa de una brigadiera, donde nos presentaron la otra noche.

—Pues, mucho ojo, que pueden Vds. ir á dormir al Saladero.

—Ay, V. dispense; me llama Lola. Dice que está Pepito, el de administracion militar. Hasta la vista, D. Ciriaco, y memorias.

—Abur doña Tomasa, y lo mismo digo.

—¡Qué raro! exclamó ella al retirarse del balcon.

—¡Qué loca! dijo para sí él al desaparecer de la escena.

II

Trascurrieron varios meses sin que ocurriera cosa que de contar sea en aquella *zona roperil*. Solo una tarde doña Tomasa se presentó en la tienda de su vecino en actitud hostil con motivo de haber dicho á Lola el novio empleado que su vecina era muy guapa.

La *taconera madre* hizo presente á D. Ciriaco que no estaba bien que Joaquinita se entretuviera en quitarle los novios á su hija.

El buen tendero la envió á paseo, cosa que no podia ser más de su agrado y la dijo cuatro verdades que disgustaron á doña Tomasa, la cual se marchó declarando rotas las relaciones entre «La Elegante y la Constancia.»

Así las cosas, una buena mañana los gritos de «ladrones, ladrones», lanzados á pulmon herido por madre é hija pusieron en alarma á toda la barriada. Acudieron vecinos y curiosos y resultó que el dependiente mayor que *corria* con los fondos, corria efectivamente con ellos hácia un lugar desconocido, calculándose lo robado en unos dos mil duros, reunidos para pagar compras hechas.

D. Ciriaco que tenia muy buen corazon fué el primero en acudir á consolar á su vecina, sin hacerla notar que se habian cumplido sus pronósticos y que todo el barrio decia:

—Al fin las robaron; un dia ú otro tenia que suceder...

Doña Tomasa se vió obligada á realizar y anunció con letras grandes «Liquidacion verdad.»

—Ya se liquidan las taconeras, dijo un chusco de la calle.

—Es natural, contestó otro gracioso; con tanto andar... aunque esté helando.

Pero el anuncio de la liquidacion no dió resultado inmediato y D. Ciriaco se hizo cargo de todos los efectos, ensanchando su tienda y refundiendo las dos en una con el título de «La elegante constancia.»

Las ex-roperas continuaron en el entresuelo miéntras buscaban casa y todo parecia haber vuelto á su estado normal cuando unas pertinaces tercianas de que se vió acometida Joaquinita obligaron á su padre, por consejo de los médicos á llevarla una temporada á Valencia, dejando al frente de su establecimiento al dependiente mayor, modelo de probidad y escrupulosidad en las cuentas.

Doña Tomasa y su hija, aprovechando la ausencia de los verdaderos dueños del comercio, desistieron de buscar habitacion donde trasladarse y aunque para evitar alusiones á su desgracia y pésames fingidos se hicieron más caseras, dándose solo á luz al resplandor del gas, sentaron sus reales en la tienda, haciéndose la ilusion de que todavía pertenecian al honrado gremio de roperos.

Una tarde que se hallaban las dos entretenidas en murmurar de la horchatera de enfrente, entró en el establecimiento un jóven alto y robusto, de fisonomía vulgar pero expresiva, decentemente vestido y que denunciaba en lo tostado de su piel al viajero procedente de Ultramar.

—¿D. Ciriaco Gomez es aquí? preguntó con extremada finura.

—Sí señor, contestó doña Tomasa, pero no está en Madrid. Se ha ido á Valencia con su hija á pasar una temporada.

El entrante se quedó mirando fijamente á su interlocutora y á poco la dijo:

—Pero ¿tanto he cambiado, que ya no me conoce V. doña Tomasa?

—Yo sí recuerdo haber visto esa cara, pero no caigo.

—Ni yo, añadió Lola.

—Pues soy Antoñin, que vuelvo convertido en Antoñon.

—¡Ay, es Antoñin! exclamaron las dos á la vez.

—A fé de Tomasa, prosiguió la madre, que nunca hubiera creido que pudiese variar tanto una persona. Luégo estás quemado del sol....

—Que quiere V. No se pasan á la sombra doce años corriendo toda América para volver á su patria con un capitalito regular para no morirse de hambre con su mujer, cuando uno tome estado.

—¿Con que vuelves rico? Siéntate y cuéntanos tus aventuras. Así como así nosotras estamos mano sobre mano porque hemos liquidado de resultas de una irregularidad de nuestro cajero y estamos aquí de mironas.

Antoñin tomó asiento y mostró gran interés en saber si Joaquina habia crecido mucho, si tenia novio etc. etc., pero la madre y la hija contestaban con evasivas y le

abrumaban á preguntas respecto de las costumbres de América y de las especulaciones que habia emprendido.

Despues de una hora de interrogatorio manifestó deseos de escribir á don Ciriaco participándole su vuelta á España y doña Tomasa le ofreció incluir su carta en la que pensaba escribir al dia siguiente á Joaquinita; quedando convenido para no quitar el efecto de la sorpresa que el dependiente mayor no diese cuenta á su principal del regreso de Antoñin.

Cuando el inesperado galan se despidió prometiendo á sus antiguas conocidas visitarlas á menudo y no bien hubo traspuesto el umbral de la tienda, doña Tomasa dijo muy bajito á su hija.

—Ay chica, este sí que vale la pena de atraparlo.

III

Al dia siguiente no faltó el indiano á llevar la carta que dirigia al padre para conocimiento de la hija, á la cual dedicaba una larga postdata y doña Tomasa le prometió que la incluiria dentro de la suya y saldria en el correo de la noche.

Cuatro dias despues pasó Antoñin *casualmente* por la calle Mayor y entró á saludar á sus amigas y á preguntarles si habian recibido contestacion de don Ciriaco.

Supo con disgusto que no habia llegado y pensó que si á él le hubiera escrito su prima, á vuelta de correo habria tenido la respuesta.

Continuó frecuentando la tienda y llegó á ser un tertuliano constante, dando esto pábulo á las naturales murmuraciones del barrio y á que Lola hiciera al parecer con éxito, prodigios de habilidad y coquetería para traerle á buen camino y quedarse con el santo y la limosna.

Doña Tomasa se dedicó á *hacer atmósfera matrimonial* y dió por seguro el casamiento de su hija con el capitalista Antoñin y tuvo una séria disputa con un amigo que sostenia, en contra de su opinion, que los novios, si echaban coche, debian alquilarlo y no tenerlo propio.

No se ocultaba sin embargo á la quebrada ropera que los ausentes podian volver de un momento á otro y echar por tierra su plan *financiero conyugal*, siendo por lo tanto necesario forzar la máquina y obligar á la víctima á que se declarara de un modo solemne novio oficial de su niña.

Al efecto, una tarde que Lola se retiró de la sala, pretestando una fuerte jaqueca á poco de haber entrado Antoñin doña Tomasa le planteó la cuestion en términos claros y precisos.

Le hizo notar que todo el mundo explicaba sus visitas á la tienda por marcada inclinacion á su hija, elogiándole mucho, por tratarse de un hombre rico que se dirigia á una muchacha pobre buscando solo la virtud y las prendas personales de la favorecida; pero como la murmuracion nunca descansa tenia como madre el deber de velar por la reputacion de Lola y le rogaba, en bien de la misma se presentase resueltamente con el carácter de aspirante á su mano, ya que no debia ocultársele que la jóven le habia cobrado un verdadero y entrañable cariño.

El interpelado, que estaba muy herido en su amor propio por el silencio de su tio y la indiferencia, al parecer de su prima, y que habia llegado á acostumbrarse á la charla graciosa de su conquistadora, no creyó un paso arriesgado dar alguna esperanza á la madre, aunque no fuera más que por si llegaba á oídos de la ingrata Joaquinita y se deshizo en elogios de Lola y aseguró que, en cuanto tuviese arreglados sus asuntos, que seria pronto, se consideraria muy feliz llamándola su esposa.

Doña Tomasa tuvo que contenerse para no dar en la silla un brinco de alegría, pero al dia siguiente echó á volar la noticia por el barrio despues de habérsela comunicado al dependiente mayor, por si queria telegrafiar á Valencia.

El incauto galan continuó visitando á su presunta esposa que le hablaba de comprar una casita en el campo, donde vivir léjos del mundo entregados á su amor y á su felicidad y tal vez sin sospecharlo hubiera caido en las redes de aquella sirena engañadora si un incidente casual no hubiese venido á arrancarle la venda de los ojos y á descubrirle la realidad de las cosas.

Al retirarse una noche á su casa entró en el café de Platerias á tomar un ponche caliente y al pasar junto á una de las mesas oyó decir.

—Ahí va el primo que han pescado las taconeras.

Volvió la cabeza y vió que la voz habia salido de un grupo, al parecer de amigos que le miraban con cierta risita burlona.

Su primer impulso fué dirigirse á aquellos insolentes y pedirles esplicacion de su incalificable conducta pero se contuvo y sentándose á una mesa colocada á alguna distancia resolvió aguardar á que se marchasen para tomar informes de cualquiera de los mozos.

Esperó más de dos horas y cuando ya vió desierta la mesa de los murmuradores llamó á un camarero y poniéndole un duro en la mano le sujetó á un escrupuloso interrogatorio.

Pedro (este era su nombre) aunque ya de edad, servia en el café de mozo hacia muchos años y pudo satisfacer la curiosidad de Antoñin, explicándole que el jóven que le habia calificado de primo era un empleado de Hacienda, que con otros varios hacia cocos á la casquivana Lola que, por su aficion á callejear habia merecido el apodo de *taconera*, que compartia dignamente con su *maniobrera* y andarina mamá. En cambio le puso en las nubes por su honradez y carácter angelical á la hija de don Ciriaco, que era querida y estimada como ninguna jóven en todo aquel barrio.

Antoñin comprendió entónces los ridículo de su posicion que le hacia aparecer á los ojos de todos, como un inocente que ignoraba lo que era público y notorio.

Era evidente que doña Tomasa no habia enviado á Valencia la carta en que participaba su vuelta, habiendo sido este el prólogo de la farsa en que pensaba adjudicarle al final el papel de víctima pagano.

Aquella noche revolvió en su cabeza mil proyectos para tomar la revancha del abortado plan de secuestro de las taconeras y al fin adoptó el que, á su juicio, estaba en consonancia con la manera especial de ser de doña Tomasa y su hija.

Presentóse á la mañana siguiente muy alegre en la «Elegante Constancia», y no bien vió á su futura suegra la dijo:

—He resuelto casarme cuanto antes. V. se encargará de buscar casa en sitio céntrico y piso principal y mandar á un tapicero que alhaje las habitaciones con lujo y elegancia. Yo salgo de Madrid á arreglar mis papeles y volveré dentro de un mes.

Y sin detenerse á saludar á Lola salió del establecimiento.

La alegria de la mamá no reconoció límites y á las dos horas ya estaban en campaña las *taconeras*, trotando calles y subiendo escaleras.

Este ejercicio duró ocho dias al cabo de los cuales apalabraron un cuarto principal en la calle de Carretas, iniciando entónces la campaña de tapicería.

Doña Tomasa se quejaba de cansancio y de dolores en las piernas y aseguraba que aquello era tirarse á matar y solo podia hacerse con un motivo tan excepcional y apremiante.

Habia ya trascurrido un mes y todo estaba listo y el novio no volvia.

Doña Tomasa llegó á sospechar si se habria vuelto atrás cuando una mañana apareció en la puerta de la tienda seguido de don Ciriaco y Joaquinita.

La ex-ropera quiso hablar pero no pudo y Antoñin le dirigió la alocucion siguiente:

—Doy á V. gracias, en mi nombre y en el de mi futura esposa Joaquinita, por la actividad que ha desplegado en el espinoso encargo de buscarnos casa y habilitarla para que podamos pasar una vida tranquila y confortable. Mucho habrá V. andado pero con esto he creido proporcionarla un verdadero placer, pagándola al mismo tiempo el extravío de mi carta y otros excesos.

—Doña Tomasa, prosiguió don Ciriaco, la opinion pública, por boca de un mozo de café ha echado por tierra todos los planes de V. atentatorios á la libertad de Antoñin. Cuando fué á Valencia á contarnos lo ocurrido no pude ménos de pensar.

Mi refran ha salido cierto. No ha necesitado mi sobri no ver á su prima para reanudar sus antiguas relaciones y hasta habrá alguna alma caritativa que se entretenga en buscar y alhajar el nido nupcial. Está probado que el buen paño en el arca se vende.

La boda se celebró á los quince dias.

Las taconeras se han encargado de la administracion de una rifa á favor de los ciegos.

Se han descubierto billetes falsos y se teme una irregularidad.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

CRONICA CIENTIFICA

LO QUE SON LAS COMBINACIONES QUÍMICAS

I

Como las naciones, los pueblos y las razas se componen de individuos, los cuerpos de la naturaleza se componen de átomos.

Como aquellos individuos tienen sus caractéres propios, su manera de ser especial, estos átomos tienen tambien propiedades que los caracterizan y definen.

Como un individuo de la raza humana se siente atraido ó rechazado por otro; y la simpatía, el afecto, el cariño, el amor aproximan los séres, y la repulsion, la antipatía, el odio los alejan; así parece que entre unos y otros átomos hay odios y amores, algo que á veces los une, algo que en ocasiones los separa.

La Química, con sus infinitas y complicadísimas reacciones, es un mundo de luchas y guerras; de edificios moleculares y atómicos, que allá en los linderos de la nada prodigiosamente se construyen en un punto, y en otro punto se deshacen en invisibles ruinas; de separaciones que hielan y de misteriosas bodas que abrasan; de pueblos compuestos de microscópicos séres, que sobre otros pueblos se precipitan y con ellos se funden, y de partículas antes prisioneras que huyen en repentino éxodo; todo un poema inorgánico que de infinitos é imperceptibles dramas se compone.

Esto al ménos nos dice la analogía y esto parece confirmar la mera observacion de los fenómenos químicos: y en el fondo, no otra cosa ha sostenido la vieja química con sus misteriosas fuerzas de afinidad.

La atraccion planetaria ya es algo difícil de explicar: que una molécula que vaga perdida en el fondo de mi tintero, ó la esferilla que estalla en este momento en la torcida de mi quinqué, ó la gota de sangre que ahora palpita en mis sienes, atraen y son atraidas en este mismo momento por toda la masa solar, por la de tal estrella que mi vista no percibe, por una nebulosa que jamás sabré que existe; que entre estos puntos y todos los de aquellas moles hay manojos de invisibles é instantáneas líneas, que representan otras tantas fuerzas, que salvando distancias sin ir por ellas con algo material, unen en admirable unidad dinámica todos los átomos del cosmos á manera de red prodigiosa en cuyos nudos están los centros de la materia ponderable; que tomando en cualquier parte de la extension un elemento material, átomo, molécula ó partícula, y en otra parte, próxima á la primera, ó tan lejana que millones y millones de kilómetros apénas basten para medir la enorme distancia, estos dos elementos se atraigan como si el espacio no existiese; todo esto, como decíamos al principio del párrafo, es de difícil explicacion, pero al ménos la dificultad con ser inmensa es *única*, y admitida como buena, los cielos y los mundos se explican con matemática exactitud y admirables fórmulas.

La materia atrae á la materia: ya está dicho: no hay excepcion: de una vez para todas se ha proclamado la gran verdad, ó se ha establecido el gran principio, ó se ha formulado la gran hipótesis.

Donde el físico encuentra dos masas ponderables calcula sin vacilaciones *una fuerza atractiva*, multiplicando las masas y partiendo por el cuadrado de las distancias, ó segun otra ley más ó ménos complicada, si para distancias moleculares aquella ley neutoniana cayese en defecto.

Todas las masas, en fin, tienden á unirse en una sola por sus mutuas atracciones, y en una se reunirian, 1.° si las velocidades adquiridas no las llevasen por sus órbitas planetarias, órbitas que son las resultantes curvilíneas y continuas de la atraccion y de la velocidad adquirida, que es como si dijéramos del *presente* y del *pasado*: 2.° si además no existiesen fuerzas repulsivas ó elásticas, que cuando dos puntos materiales llegan á cierta distancia los rechazan impidiendo su confusion, ó su anulacion si se quiere.

Pero en fin toda la materia *tiende* á confundirse en un centro y esto es claro y universal, y la fuerza física es consecuente consigo misma y con la fatalidad de lo inorgánico.

Pero la fuerza química, la *afinidad*, en una palabra, no es de este modo, ni presenta tal carácter de constancia y de invariabilidad, como aquella otra fuerza atractiva de los espacios estelares.

Un átomo de carbono en circunstancias convenientes atrae á *otro átomo de oxígeno* y forma el cuerpo conocido con el nombre de *óxido de carbono;* que es como si en lenguaje vulgar dijéramos: el cuerpo *carbono-oxígeno*, si nuestro idioma tuviese flexibilidad bastante para formar palabras compuestas á cada momento y en toda ocasion.

Hé aquí descubierta una fuerza de afinidad: atraccion química entre el carbono y el oxígeno.

Y en efecto, despues de atraer á sí, un átomo de carbono á otro de oxígeno, atrae todavía, ó puede atraer á un nuevo átomo de este cuerpo y tenemos el compuesto á que se llama *ácido carbónico*, ó sea una combinacion de un átomo de carbono y dos de oxígeno, como si dijéramos el cuerpo *oxígeno-carbono-oxígeno.*

Hasta aquí, pues, la afinidad en nada difiere de la atraccion planetaria; ¿tiene el carbono afinidad por el oxígeno? pues atrae *un átomo*, y tambien atrae *dos átomos.* De igual suerte que el *sol* que atrae á Mercurio, atrae á Vénus y á la Tierra, y á todos los planetas, y á todos los demas soles, y á toda la materia, sin que jamás sus ansias se agoten, ni su atractiva sed llegue á saciarse.

Pero aquí cesa la semejanza y empieza lo caprichoso de la fuerza de afinidad; porque habiéndose combinado el primer átomo de carbono con dos de oxígeno, ya no atrae mas átomos de este cuerpo; está satisfecho, está saturado; se hartó de oxígeno y rechaza los nuevos átomos que se le acercan; es como estómago repleto y hambre á quien mató opíparo banquete. La afinidad, pues, es limitada: llega á un punto y cesa, y en repulsion se convierte. La afinidad es veleidosa y se cansa pronto de lo que con mas ansia apetecia. La afinidad es grandemente relativa: el carbono llama á sí el oxígeno á ménos que no contenga ya dos átomos en combinacion.

Y estos caprichos de la afinidad dominan en todas las combinaciones y para todos los cuerpos simples y compuestos; sin contar con predilecciones especiales, con infidelidades de todos los momentos, con cambios repentinos é inesperados, con ingratitudes estupendas.

El ácido carbónico tiene afinidad por el óxido de calcio (ó sea por la cal): sabe Dios los trastornos geológicos que le costó el saciarla: ¡cuántos siglos de luchas inmensas, de horribles cataclismos ó de trabajos lentos é incansables, fueron precisos para que las bodas de ambos séres se realizasen en el seno del globo! Pero se realizaron; y montes inmensos de roca calcárea en lechos titánicos celebran bajo espléndidos pabellones de nubes las nupcias de sus infinitos átomos.

Pues bien, tómese un pedazo de esa roca que químicamente se llama carbonato de cal; tritúresela bien, que esto siempre quebranta lazos y voluntades; póngase en una capacidad con ácido sulfúrico, con ese vitriolo pudiéramos decir, que es ministro de venganzas amorosas en los boulevares de Paris, y al punto el pobre ácido carbónico se verá desalojado de su puesto, que triunfal, y hasta criminalmente, si en esto cupieran crímenes, ocupará el ácido sulfúrico.

La cal se une al nuevo ácido olvidando todo el poema de su antidiluviana pasion, y el primitivo ácido, partido en burbujas, que es todo lo partida que puede tener un gas el alma que Dios no le dió y yo le supongo, se va al espacio á llorar entre vapor de agua sus desdichas y su deshonra.

Que la cal (óxido de calcio) atrajese al mismo tiempo al ácido sulfúrico y al ácido carbónico se comprende: que se

uniese á los dos puesto que á los dos es capaz de atraer, parece natural, ya que en el mundo de lo inorgánico no caben escrúpulos, que no siempre imperan en otros mundos: pero que las afinidades se excluyan, que por atraer el sol á Marte dejase de atraer á Saturno, esto es lo extraño y lo inexplicable, ó por lo ménos inexplicable y extraño ha sido por mucho tiempo.

No debe, pues, causar sorpresa que los químicos hicieran de la afinidad una fuerza especialísima, distinta de todo punto de la atraccion física, y que así como el Olimpo pagano se pobló de dioses, de otros dioses ordenados en ascendente escalinata se haya ido poblando el templo de la verdad.

La atraccion planetaria para los espacios: *la cohesion* para las moléculas de los cuerpos: *la viscosidad* para ciertos líquidos, y en todos influyendo más ó ménos: *la capilaridad* para los contactos de sólidos y líquidos: para estos mismos, y para los sólidos, y para unos y otros, *la adherencia:* sin contar las *atracciones magnéticas y las atracciones eléctricas:* y por remate *la afinidad química* con sus veleidades y caprichos y repentinos cambios: unas que se sobreponen á otras aunque no siempre; algunas que con el estado del cuerpo se aguzan, como sucede con el estado naciente; muchas que disponen ajenas afinidades sin tomar ellas parte en la combinacion, como zurcidores de atracciones; y todas que concluyen por cansancio ó saturacion despues de agrupar dos, tres, cuatro, ó cuando más cinco ó seis átomos de este ó aquel cuerpo, y de repente allá en la química orgánica afinidades compuestas que fabrican enormes edificios moleculares con indefinido número de átomos.

En verdad que á primera vista, todo un abismo separa los fenómenos químicos de los fenómenos físicos; y que, además parecen irreducibles, como totalmente distintas, unas fuerzas a otras.

Y sin embargo no es así: la atraccion planetaria, la cohesion, la viscosidad, la capilaridad, la adherencia, las atracciones magnéticas y eléctricas, y la misma afinidad química, en suma todas las fuerzas de la naturaleza, es posible que se reduzcan por el pronto á dos: *atraccion* entre las masas ponderables en funcion de dichas masas y de las distancias; *repulsion* entre dos elementos de éter; y en todo caso *atraccion* entre la materia ponderable y el éter.

Todas las demás fuerzas, segun la física moderna, vienen á ser *apariencias complejas* de aquellas fuerzas primitivas.

Y ahora, despues de haber planteado el problema con todas sus dificultades, tenemos que presentar la solucion con toda sencillez.

¿Porqué la afinidad sólo se ejerce sobre cierto número de átomos y luégo cesa?

¿Porqué unas afinidades son superiores á otras?

¿En qué difiere, si difiere en algo, la afinidad química de la atraccion de las esferas?

¿Qué es, en una palabra, la combinacion química?

¿Porqué unas veces se verifica y otras no?

Série de preguntas y de problemas que podríamos hacer ilimitada: problemas y preguntas que hace pocos años eran otros tantos enigmas, y de los que hoy algo puede decir, aun cuando la solucion definitiva esté todavía lejana.

Bajo la forma más sencilla que se nos ocurra, porque estos artículos son de pura propaganda científica, procuraremos en el próximo explicar algo, que esté al alcance de nuestros lectores sobre estas difíciles y áridas cuanto intrincadísimas cuestiones.

JOSÉ ECHEGARAY



TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle



SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 25 DE JUNIO DE 1883 — NUM. 78

ANCIANO ORANDO, cuadro por **Rixens** (grabado por C. Baude)

SUMARIO

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El Salon.—El cuadro de Hellquist.—*La muerte del primogénito en Egipto.*—*El Papa y el Inquisidor.*—*La bruja en el siglo* XV.—Pintura crítica —*Los dos hermanos.*—*¡Miseria!*—*¡Soltera y madre!*—*¡Sin asilo!*—*Les marchands de craie.*—Novedades de la quincena.

Continuando la revista del *Salon* y siguiendo la pintura histórica, nos encontramos con otro cuadro de verdadero mérito, debido á Hellquist, pintor sueco de gran talento. Representa *el rescate impuesto á la villa de Visby por Waldemar Atterdag, rey de Dinamarca en* 1361. Waldemar abordó la isla de Gotland con un gran ejército; venció por dos veces consecutivas á los gotlandeses y luégo se apoderó de la capital Visby. El rey de Dinamarca hízose levantar un trono en la plaza pública, mandó colocar delante de él tres toneles de los que sirven para poner cerveza, y ordenó á los habitantes de la ciudad que en el término de seis horas los llenaran con sus alhajas, y cuando éstas faltaran, con monedas de oro. El cuadro representa el momento en que los habitantes de Visby corren mal de su grado á echar sus joyas en los toneles. Muchos de ellos van brutalmente empujados por los soldados de Waldemar. Este preside el acto rodeado de sus capitanes y sentado en el trono improvisado.

El cuadro no puede tener más movimiento, ni más animacion, ni expresar mejor los sentimientos de los personajes que nos presenta. Estos parecen dotados de vida y su fisonomía está en armonía con su estado de ánimo. Además el estudio de las costumbres y de los trajes del siglo XIV, está hecho de una manera maravillosa. Es una reconstitucion de aquellos tiempos llevada á cabo por un artista de gran intuicion histórica y de profunda erudicion.

Es una tela de la que se guardará recuerdo. Tiene detalles preciosísimos, y el conjunto es de primer órden.

No obstante, como su autor es extranjero, el Sanhedrin del Salon no le ha concedido medalla.

Otro de los cuadros que merecen especial mencion es el titulado *la muerte del primogénito en Egipto*, lienzo excelente, bajo el punto de vista arqueológico, pero que como pintura resulta frio y le falta algo de color local. Es debido al pincel de Boiron.

El Papa y el Inquisidor es una tela asaz interesante. El papa tiene todas las trazas de ser un Inocencio III, y el Inquisidor un Domingo de Guzman, ó un Obispo de Osuna. El espíritu imperativo del primero, y el fanatismo del segundo, se revelan en estas dos fisonomías duras que la fe anima. Es una escena que parece sorprendida del natural. Este cuadro es debido á Jean Paul Laurens.

Merle ha presentado *una bruja del siglo* XV con propiedad. Nada falta para presentar un maleficio segun todas las reglas que se encuentran en Sprerger, en Laucre, ó en las *disquisitiones magicarum* de Martin del Rio. El pentágrama en la pared, el crucifijo cabeza abajo, la calavera mordiendo la hostia, el cirio amarillo ardiendo, y en el suelo un muñeco representando la persona que se quiere hacer sufrir, clavado con largos alfileres sobre un cojin amarillo.

Lástima que el pintor no sea un poco más colorista pues habria resultado una tela de primer órden.

Despues de la pintura histórica viene la pintura que podríamos llamar *crítica* ó *docente*, la que tiende á enseñar y á corregir presentándonos nuestros defectos y nuestros vicios, completamente descarnados.

Entre los cuadros de esta clase, sobresalen algunos que citaremos por órden de importancia.

El primero es el de Charles Giron, pintor Suizo, se titula *Las dos hermanas*. Es un lienzo cuyas dimensiones corren parejas con su mérito.

La escena pasa delante del edificio de la Magdalena y á la hora en que los más lujosos trenes de Paris llegan del bosque de Bolonia. Una honrada obrera que regresa del trabajo, acompañada de su esposo y de sus hijos, reconoce á su hermana que gracias á su deshonra va en lujosa carretela, y la apóstrofa. El conjunto es de una verdad pasmosa, los detalles son bellísimos. Como colorido está bien entonado; no le falta cierta perspectiva aérea y las figuras tienen una correccion de dibujo que pocos cuadros presentan. Críticos ha habido, como Wolf, que han encontrado *peros* á esta obra. Se comprende; es un cuadro que no solo está bien pintado, sino que está inspirado en el espíritu de justicia, y levanta ampolla á ese Paris *esportivo* y prostituido con los *cercles* y con la *cocotterie*. ¡Cuántas en la tela de Giron en lugar de un cuadro, habrán visto un espejo! Además Giron no es francés, nació en Ginebra, y á la *cotterie* del salon le daña el éxito de un extranjero! Pero, quieran que no, lo han tenido que sufrir.

Otro trabajo notabilísimo del mismo género es el titulado *¡Miseria!* debido al pincel de T. Thevenot. Es un cuadro inspiradísimo, el cual revela en su autor profunda observacion y gran conocimiento psicológico del hombre, aquel individuo de vejez prematura ocasionada por las desgracias, de rostro noble, el cual indica que anteriormente, ocupara una posicion más elevada, su aire pensativo, aquel niño anémico de mirada apagada que juega con los restos de unos juguetes, arrimado al calorífero sin lumbre, en fin los escasos muebles medio rotos, todo está combinado de manera, que causa en el espectador la profunda impresion que se propone el artista.

El cuadro titulado *¡Sin asilo!* de Pelez es tambien del mismo género. Representa un grupo de niños pobres que con su madre han pasado la noche al raso; están macilentos, tiemblan de frio, y los pocos trastos que tienen al lado indican que han sido echados á la calle por falta de dinero con que pagar su mísero albergue. La pared contra la cual se apoyan, tienen pegados varios anuncios de teatros y diversiones. El cuadro está bien sentido y bien pintado.

Otra obra por el estilo es el cuadro titulado *¡Soltera y madre!* Una jóven bella, con los ojos fatigados de llorar, contempla un rollizo niño que tiene en una cuna. La tristeza del semblante de la madre contrasta con la tranquilidad de la tierna criatura. Es un cuadro que enternece á todo el que tiene un corazon sensible, y que hace meditar al filósofo y al sociólogo. Está pintado con una fuerza y un realismo, que recuerdan á Goya y á Ribera. Su autor Luis Deschamps puede estar orgulloso de su obra, aunque cierta parte de la prensa que debe velar los vicios de la sociedad que representa, haya guardado un profundo silencio sobre lienzo tan importante. Citaremos, por fin, los dos cuadros titulados *les marchands de craie*, del pintor belga Leon Frederich, que nos presentan al vivo el mísero estado de esas clases sociales que faltas de trabajo deben dedicarse á ciertas industrias nómadas que ni siquiera les dan para vivir, exponiéndoles á todas las intemperies.

Esta clase de pintura es la que está mejor representada en el Salon, lo cual indica una tendencia muy seria y muy reflexiva en la juventud que al arte se dedica. Continuaremos en la próxima revista.

***

Pocas son las novedades artísticas y literarias de Paris. Los teatros se cierran, las fiestas disminuyen, y las prensas se preparan ya al reposo. No obstante acábase de inaugurar una *exposicion de obras maestras de artistas contemporáneos*. Esto y la creacion de un *teatro italiano* donde oiremos las mejores óperas en esta armoniosa lengua, son los acontecimientos de la quincena.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

ANCIANO ORANDO, cuadro por Rixens

El torso de anciano que publicamos, trazado de mano maestra por el pintor Rixens, ha sido presentado por el distinguido artista C. Baude en la Exposicion actual de Bellas Artes de Paris, como nuestra de su habilidad en el arte del grabado. Aunque los premios otorgados en este certámen á los grabadores han sido muy escasos, el Jurado, reconociendo con justicia el mérito de M. Baude, le ha otorgado uno de los principales por este y otros trabajos análogos que atraen la atencion de los inteligentes en la citada Exposicion, y que en otros números daremos á conocer á nuestros lectores.

DOBLE TRAICION, cuadro por A. Schroder

El honrado conde abandonó el viejo castillo de sus mayores y en él á su jóven y bella esposa, para lidiar, como buen flamenco, por la independencia de su patria contra la dominacion española.

Partió á la guerra; peleó como soldado y triunfó como caudillo; que todos los puestos son honrosos cuando en ellos se sirve á la patria, que no distingue la estofa de sus hijos.

En el fragor del combate pronunciaba el noble caballero un nombre mágico, el nombre de su esposa; y en recuerdo de esta y cual si ella presenciase sus hazañas, batíase con la misma pujanza con que disputó en campo abierto la banda y el corazon de la bella dama.

Y cuando, cubierto de gloria, renunció á los honores del triunfo, para volar, en alas de una pasion tan honesta como intensa, al lado de su esposa; cuando, apénas quitado el polvo del camino, penetró secretamente en la cámara de aquella, para recoger el suspiro que suponia entregaba al viento para que lo condujese al marido ausente.... ¡oh infamia! la liviana consorte, la impura mujer, la vil guardadora de un honor sin mancha, se hallaba ocupada en confiar al papel los secretos de un amor adúltero, de un amor doblemente infame, por ser objeto de él un enemigo de la patria, un satélite de España.

Tal es el interesante argumento del cuadro de Schroder, bien concebido y valientemente ejecutado. El tipo del ofendido esposo es digno en su severidad: su justo enojo se revela en la mano convulsiva que estruja el papel acusador de su deshonra; pero la nativa nobleza no se desmiente un solo punto. La cólera del noble caballero se halla á la altura de su afrenta y de su dignidad.

El rostro y la actitud de la mujer liviana demuestran el terror de que se halla poseida; su primer impulso ha sido tender la mano á la carta que la condena; pero el ofendido esposo conservará este documento hasta tanto que la sangre de los culpables haya lavado la primera mancha aparecida en su escudo. Cuando la daga, tinta con la sangre del seductor, haya penetrado en el corazon de la adúltera, el vengado esposo aventará las cenizas del papel infame, temiendo que áun esas cenizas sean testimonio de su deshonra.

UN DUO, cuadro por Canuto Ekwall

Dice un refran: el hombre es fuego, la mujer estopa; viene el diablo y sopla.

¡Sopla! decimos á nuestra vez, presenciando los efectos del incendio producido por el diablo. Apénas la cosa trae malicia....

Apostaríamos á que el *duo* tan calurosamente terminado, debe ser el de Valentina y Raoul en los *Hugonotes*. El diantre de Meyerbeer estuvo tan feliz en esa pieza musical, que no es extraño haya causado tan entusiasta efecto en sus ejecutantes.

Esto seria ya una circunstancia atenuante del delito; pero es posible concurra otra no ménos atendible. El hecho punible tiene lugar de sobremesa; el festin ha sido espléndido; el *champagne* que se ha bebido, digan lo que quieran los entusiastas de este vino, es más fácil que suba á la cabeza que no que baje á los piés.... Además, hay unos papás y unos maridos que en sentándose á la mesa, maldito si se acuerdan del fuego, ni de la estopa, ni del diablo....

Y el diablo existe.... ¡Y tanto si existe!.... Lo que sucede es que el diablo de nuestros tiempos ha tenido el buen gusto de cortarse los cuernos y el rabo, paseándose en compañía nuestra bajo la forma de una persona la más inofensiva de este mundo.

La parte cómica del concierto la constituyen los convidados, ó como si dijéramos el pueblo. Al pobre pueblo siempre le ocurre lo mismo: á expensas de su candidez el osado explotador hace su agosto. A sus oídos llega mucha oratoria, mucha música; pero poca sustancia.

Otro tanto sucede con el pueblo de nuestro cuadro, por más que no falte algun malicioso ó maliciosa que barrunte la entruchada.

¡Mucho ojo, señores *duetistas!* porque ni Meyerbeer ni el diablo les sacarán del paso si el auditorio llega á enterarse de que ejecutan Vds. notas que no están en la partitura....

UN PERDONAVIDAS, dibujo por Foix

Al contemplar este tipo, se nos ocurre exclamar con el poeta:

¿Veis esta repugnante criatura?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Y en efecto, si su estúpido aspecto de maton le recomienda poco, adivínase al través de él que sus prendas morales deben sobrepujar en repugnancia á su nada agradable físico y que en ese cuerpo desproporcionado se encierra un alma dominada por la lascivia, la gula, la holganza y demás vicios propios de gente de esta calaña. Si el señor Foix se ha propuesto hacernos repulsivos los héroes callejeros de los felices tiempos antiguos, á fe que lo ha conseguido.

ANDRÓMACA, cuadro por Jorge Rochegrosse

En la *Revista de Paris* del precedente número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA habrán podido leer nuestros abonados la descripcion de este notable cuadro, hecha con la extension que merece por nuestro colaborador en aquella capital; y en su consecuencia es inútil que volvamos á ocuparnos aquí de él, puesto que nada podríamos añadir á lo ya expuesto en dicha Revista.

NI TANTO NI TAN CALVO

(Continuacion)

SANCHEZ

Mis amigas Clotilde y Julia son incapaces de lo que V. supone. Yo las trato íntimamente, y de muy antiguo, y puedo asegurarlo. Siéntese V. y cálmese. Cuando yo entré me dijo la doncella que empezaban á hacer su *toilette*, y eso es cosa que las mujeres despachan en seguida.. (Pues no me contesta.. Tipo más original! Y, generalmente, estos cascarrabias que á primera vista meten miedo, son en el fondo unos benditos de Dios!)

VARGAS

(Este hombre parece un infeliz... Pero no hay que fiarse demasiado de los infelices. ¿Quién sabe si será un pillo? —Periódicos... Bien... Veamos qué hay de bueno; es decir, qué hay de malo.) *(Cogiendo un periódico del velador) leyendo.)*

SANCHEZ

(Se pone á leer... Ea: se ha olvidado de que yo estoy aquí. Debe tener una cabeza de chorlito.)

VARGAS *(leyendo)*

«España camina á pasos agigantados hácia su definitiva prosperidad. Los enemigos de la actual situacion se agitan en vano. La izquierda, como decia ayer tarde en el Salon de Conferencias uno de nuestros hombres políticos más distinguidos, no sabe dónde tiene la mano derecha. La verdad es que el comercio despierta de su letargo, que la industria prospera, que la bolsa sube...»—¡Sí, ya baja! *(Continuando la lectura)* «Loor al liberal gobierno que nos rige! Vocifere cuanto quiera la oposicion: los destinos del país están en buenas manos» —Sí: cuando se miente así, es

que los destinos están en buenas manos! Esto se lo lleva el demonio... Nó, no se lo lleva: esto no puede servirle ya ni al demonio! *(Saca y enciende un puro.)*

SANCHEZ *(cogiendo otro periódico)*

Léeré yo tambien por hacer algo: «Estamos al borde del abismo. La bancarota asoma su terrible cabeza; el hambre y la miseria ciernen sobre nosotros sus tenebrosas alas. Pronto, muy pronto, quizá mañana, quizá hoy, España será un monton de escombros y de ruínas en que estaremos sepultados todos.» ¡Aprieta, manco! Hombre ¡qué barbaridad! ¡Y decir esto precisamente ahora que la cosa se va arreglando, ahora que van á darme á mí un destino de veinte mil reales!

VARGAS

Me fastidian estos hombres que todo lo ven de color de rosa.

SANCHEZ

Me apestan estas gentes que todo lo ven por el lado peor.

VARGAS *(reparando en Sanchez)*

¡Calla! ¿Se habia puesto á leer tambien? *(Levantándose y dándole un golpe en el hombro. Sanchez se levanta.)* Caballero...

SANCHEZ

¿Decia V.?

VARGAS

Yo no he recibido jamás lecciones de nadie.

SANCHEZ

No ¿eh?

VARGAS

No señor!

SANCHEZ

(¡Así estás tú de bien educado!)

VARGAS

Y V., al ponerse á leer cuando yo leia, ha querido darme una leccion.

SANCHEZ

Juro á V. que...

VARGAS

Y decirme, más ó ménos directamente, que soy un grosero.

SANCHEZ

¡Por los clavos de Cristo!

VARGAS

Me dará V. una satisfaccion en el acto.

SANCHEZ

Una y ciento. En prueba de que no he tratado de ofenderle, ahí va mi mano de amigo.

VARGAS

Guarde V. esa mano. Yo no soy amigo de V., ni V. puede serlo mio, porque no nos conocemos..

SANCHEZ

Hombre! Casi casi tiene V. razon, pero creia yo que al encontrarnos en una casa amiga... (Tipo más original!. Y resulta simpático.)

VARGAS

(¡Hum! Me huele mal este empeño de hacerse amigo mio á toda costa.)

(Pausa. Vargas pasea por la habitacion. Sanchez saca un cigarro de la petaca y al ir á encenderlo advierte que se le han acabado los fósforos.)

SANCHEZ

V. me dispensará...

VARGAS

(¡Vuelta!

SANCHEZ

Si me tomo la libertad de pedirle...

VARGAS

(¿Qué irá á pedirme este hombre? En Madrid dicen que se dan ya *sablazos* á domicilio.)

SANCHEZ

¿Me da V.?

VARGAS

¿Qué quiere V. que le dé, señor mio?

SANCHEZ

Fuego...

VARGAS

¡Ah! *(Le da el cigarro).*

SANCHEZ

Hombre... y ahora que me acuerdo: entre mis míseros cigarros de á diez céntimos debo tener una breva riquísima que me regalaron anoche. Sí, aquí está avergonzada de andar en tan mala compañía. Voy á tomarme la libertad de ofrecérsela... Es un tabaco mucho mejor que el que compramos en Madrid. Aquí no pueden ya fumar buen tabaco ni los que pueden...—Tome V. *(Ofreciéndole una breva de las que llamarán en la Habana de p y p y doble u.)*

VARGAS

¡Caballero! V. no tiene derecho para humillarme! Si yo fumo un palo, es señal de que me sabe bien! ¿Se rie V.?

SANCHEZ

¿Y qué quiere V. que haga?

VARGAS

Es que de mí no se rie nadie!

SANCHEZ

Vaya, pues ya no me rio.

VARGAS

¿Se pone V. serio?

SANCHEZ

Hasta que V. disponga otra cosa.

VARGAS

A mí no me asusta nadie! ¿Calla V.? Yo merezco siquiera que se me conteste!

SANCHEZ

Pero...

VARGAS

¡Silencio! A mí no se me contesta.

SANCHEZ

Caballero... (Contengámonos por si es loco furioso) V. debe ser muy desgraciado... *(Cariñosamente.)*

VARGAS

Despues de un momento, mirando fijamente á su interlocutor y cambiando de tono).

¿Yo?... —¡Lo soy, caballero, lo soy!

SANCHEZ

Ese maldito empeño de no ver más que el lado peor de las cosas...

VARGAS

Los desengaños me han aleccionado. Yo no creo en nada y desconfío de todo. La amistad es una palabra.— El amor... No hablemos del amor! Las mujeres... Por Dios no hablemos de las mujeres! La mujer es un sér que no siente absolutamente nada ó siente más de lo que se puede tolerar... O no quiere á ninguno ó quiere á medio mundo... La mujer que ménos, tiene dos amantes... Yo he tenido más de cien novias y de cincuenta queridas y por eso conozco como pocos á ese sexo frágil y voluble.

SANCHEZ

Pero para ser desgraciado es indispensable un motivo...

VARGAS

No lo crea V.: eso es una preocupacion. Yo tengo una posicion bonita... gozo de perfecta salud.. y sin embargo soy desgraciado ¿Por qué? Pues ahí verá V. Porque sí... y esta razon absurda es la única irrebatible que conozco.

SANCHEZ

Sí, ¿eh? —Mire V.. yo no tengo más que lo necesario para vivir modestamente. Soy bastante feo, como V. ve.

VARGAS

Sí señor; de eso siempre se es bastante.

SANCHEZ

En toda mi vida no he tenido más que un amigo. Un amigo que cuando *no íbamos* á la Universidad me quitó mi primera novia.

VARGAS

Eso no es una desgracia.

SANCHEZ

Me quitó mi primera novia, me empeñó el reloj, un frac traducido del de mi padre, y una capa torera que me gustaba á mí todavía más que mi novia. Cuando mi madre lo supo, me decia: «Qué amigos tienes, Benito!» Porque yo me llamo Benito Sanchez para servir á V.

VARGAS

Eduardo Vargas, idem idem.

SANCHEZ

¿Se llama V. *Idem idem* de segundo apellido.? Su madre de V. seria extranjera.

VARGAS

Siga V., hombre, siga V. (Este mozo es tonto si los hay.) ¿Su primera novia de V. fué la última?

SANCHEZ

Ca! No señor! Poco despues entré en relaciones con una muchacha pobre y de figura ménos que regular, y ¿qué dirá V. que hizo?

VARGAS

Se pueden hacer tantas cosas!..

SANCHEZ

Me dejó por un tuerto.

VARGAS

(Empezaria por tomarte por una persona!)

SANCHEZ

Nada: es cosa probada.. Las mujeres, por lo mismo, que conocen que son mi único flaco, se han puesto de acuerdo para burlarse de mí, ¡y me dan unos ratos!

VARGAS

Lo creo.

SANCHEZ

Y sin embargo, tomo las cosas como deben tomarse y no me tengo por desgraciado, ni me desespero, ni... Ahora mismo me tiene V. enamorado de Julia, la hermana de la viudita... Ah ¡qué idea! ¿Porqué no hace V. la corte á la otra? V. debe casarse.

VARGAS

¿Yo?

SANCHEZ

Usted.

VARGAS

¡Yo!!!

SANCHEZ

Pues ¿qué inconveniente hay? ¿Ha hecho V. voto de castidad? ¿Ha recibido las primeras órdenes?...

VARGAS

¡Yo no recibo órdenes de nadie!

SANCHEZ

Entónces....

VARGAS

Y yo necesito saber si V. me ha dicho que debo casarme con intencion de ofenderme.

SANCHEZ

(Este hombre debe darse una vueltecita por San Baudilio de Llobregat donde le recibirian con los brazos abiertos.)

ESCENA IV.

Dichos, CLOTILDE y JULIA en traje elegante y sencillo y una y otra con el peinado que les sienta mejor. Están hechas dos soles, uno rubio y otro moreno. Vargas y Sanchez que están sin sombrilla, quedan deslumbrados por un momento. Ellas notan el buen efecto que producen y empiezan á hablar llenas de alegría y satisfaccion.

CLOTILDE

Aquí nos tienen Vds., avergonzadas por lo mucho que les hemos hecho esperar.

VARGAS

Señora... ¡por Dios! (Una hora larga.) Señorita...

JULIA

Beso á Vd. la mano.

SANCHEZ

(Ay si quisiera besármela á mí...) *(Porque Sanchez está completamente chiflado por Julia.)*

VARGAS

Señorita... *(Saludando á Julia)* (Esta tambien es guapa... Aunque otro tipo... Rubia, poética... Pero ¡buenas están las rubias!..)

CLOTILDE

El tio nos escribió dias pasados anunciándonos la visita de Vd. Mi hermana Julia y yo, sabiendo la amistad que hay entre los dos...

VARGAS

Mi padre y D. Julian se querian como hermanos. Sirvieron juntos en la guerra civil...

CLOTILDE

El pobre tio ya no sirve...

VARGAS

(¿Lo habrá dicho con intencion?)

CLOTILDE

En fin nosotras nada tenemos que decir á Vd. Sólo le dirigiremos un ruego: que nos trate en confianza...

VARGAS

(¿Qué empeño de intimar!)



DOBLE TRAICION, cuadro por Alberto Schroder



UN DUO, cuadro por Canuto Ekwal

JULIA

Y que venga á vernos á menudo...

SANCHEZ

(¡Qué amabilidad tan encantadora la de esta criatura! Sabe verdaderamente hacerse querer.)

CLOTILDE

Vds., por lo visto, ya se conocian.

VARGAS

De vista...

SANCHEZ

De vista... y de oido... (y de ojo!) *(Llevándose la mano al que sufrió el golpe)* (Aún me duele!)

CÁRLOS COELLO

(Continuará)

EL DOCTOR POR QUÉ

I

Cuando yo la conocí, era Clara de Montalvo uno de esos séres privilegiados que nacen para desesperacion de los hombres y envidia de las mujeres. Apénas contaba entónces cuatro lustros. La naturaleza la habia hecho hermosa, y el fanático amor de un esposo la habia hecho rica. Dos angelitos de cabellos rubios y ojos azules la llamaban madre. Tenia criados á sus órdenes y coches á su disposicion, y podia realizar en el acto, sin esfuerzo alguno, todos los caprichos de la moda, todos los ensueños del lujo.

Y á pesar de esto, Clara no era feliz.

¿Por qué?

Segun ella, porque su salud estaba muy quebrantada; segun su marido..... pero no adelantemos nuestra narracion.

II

La verdad es que Clara estaba más enferma de lo que ella misma creia, si bien su dolencia no era de las que se manifiestan por señales exteriores y síntomas determinados. Nada de dolor físico, ni siquiera ataques de nervios, lo cual es raro en una mujer mimada. Y sin embargo, la hermosa jóven sentia debilitarse sus fuerzas por momentos y caer su natural energía en una especie de marasmo algo parecido á la atonía de los imbéciles. Amortiguábanse poco á poco en ella deseos y aspiraciones y se pasaba las horas muertas tendida indolentemente en un sofá ó recostada en una mecedora, ya contando y recontando con la tenacidad y precision de un maniático los rosetones del artesonado techo, ya fijando la media cristalizada pupila en un ángulo del salon, como si esperase ver aparecer allí algun objeto largo tiempo deseado.

Clara parecia entónces un ángel moribundo víctima de la nostalgia del cielo.

III

Nuestra heroína tenia conciencia de la misteriosa enfermedad que la aquejaba, porque experimentaba sus efectos; pero ignoraba la causa.

La pobre sentia que la vida se escapaba de su aniquilado cuerpo, y una desesperacion profunda se iba apoderando lentamente de su alma.

Clara llegó á tener miedo.

Entónces fueron llamados los mejores médicos de la corte, alópatas y homeópatas. El llamamiento sólo produjo un verdadero chubasco de recetas y una lluvia de glóbulos que marearon á la enferma sin aliviarla.

Ya sólo quedaba una prueba por intentar.

Clara habia leido en los periódicos que acababa de llegar á la corte un médico extranjero precedido de una reputacion europea, y decidió consultarle sobre su enfermedad.

Gracias á las prerogativas de que gozamos los novelistas vamos á asistir á la primera visita del sabio Galeno á la desahuciada enferma.

IV

Hallábase ésta envuelta en la penumbra de su gabinete cuyo entornado balcon daba paso á un pálido reflejo del sol del medio dia.

Tendida indolentemente en una butaca, con la hermosa y débil cabeza apoyada en el respaldo, y la mirada fija que revela, no la ausencia del pensamiento, sino su inaccion, esperaba al famoso doctor entre temerosa y confiada.

Llegó éste al fin, como llega todo en el mundo, y despues de saludar á la enferma, que se habia incorporado haciendo un esfuerzo, abrió el balcon de par en par con ese brusco *sans façon* peculiar á casi todos los que se creen árbitros de la salud y quizá de la vida del prójimo.

Sin embargo de esto, inclinóse con un ademan lleno de irreprochable distincion, diciendo:

—Dispense V., señora; la luz del dia y la luz de la ciencia son dos fuerzas que se compenetran y se ayudan.

La enferma le examinó con ese *parpadeo* de la pupila que pasa rápidamente de la oscuridad á la luz, y sintió confiada atraccion hácia aquel doctor eminente de elevada estatura y sereno rostro, en el que la nieve de la barba contrastaba con el fuego de los ojos inteligentes y escrutadores.

Al exámen de la doliente siguió el del médico, exámen mudo, pero tan completo, que abarcó no sólo el estado del cuerpo, sino tambien el del alma reflejada en el opaco cristal de los ojos.

Siguieron las naturales preguntas.

—¿Qué siente V.?

—Difícil me será explicarlo, doctor. No siento nada y me siento morir. Una debilidad del cuerpo, y un abatimiento moral que me producen continuo malestar. La gente me aburre y la soledad me desespera. Si me buscan me molestan, si me dejan sola sufro las angustias del vacío. No pienso en nada y me encuentro preocupada. Parece que se me escapa la vida y recelo que me voy muriendo sin saber de qué.

—Ya procuraremos impedirlo,—dijo el doctor con impasibilidad germánica.

—Sólo en V. confío.

—¡Gracias, señora! Prosigamos. ¿No encuentra V. placer, ó por lo ménos distraccion, en la lectura?

—Nunca me ha gustado, y aún ménos escribir. Jamás he podido trazar doce líneas sin sentir tensiones nerviosas.

—Mas, ¿por lo ménos será V. aficionada á la música?

—Me agrada; pero siempre me ha sido imposible la práctica constante del divino arte; como la lectura, me cansa.

—¿Cuál es, pues, la aficion de V.?

—Ninguna, doctor. A mi pobre juicio, aficion significa estímulo, y mi predisposicion á *no hacer nada* es un estímulo contraproducente.

—¡Lindo estímulo!—exclamó el doctor con sonrisa irónica.

—De soltera,—prosiguió Clara,—y aún más de niña, no podia eludir algunos estudios y quehaceres, por lo cual anhelaba casarme cuanto ántes. La suerte me favoreció en esto; el que hoy es mi marido, jóven, guapo y rico, pidió mi mano y se la dí en el altar lo ántes posible.

En mi nuevo estado realicé mi aspiracion suprema: no hacer nada. Y si bien me encantaron los placeres del mundo elegante, tan nuevos para mí, pronto me hastié de ellos. Sin embargo, como los creia mi único recurso para no caer en la atonía en que ahora me encuentro, traté de prolongarlos con esfuerzos ficticios, é insensiblemente me ví complicada en aventuras galantes que estuvieron á punto de comprometer mi reputacion y hacer perder la vida á mi marido en un lance de honor del cual salió bien milagrosamente. Estas contrariedades me hicieron comprender que era demasiado *expansiva;* y huyendo de tales disgustos caí en el inexplicable marasmo en que me veo sumida. Temo que estoy destinada á morir de consuncion moral.

Nueva mirada investigadora del doctor débilmente sostenida por la enferma.

—¿Tiene V. hijos, señora?—siguió preguntando.

—Dos; una niña de cuatro años y un niño de tres.

—¿Los cuidados que exige su edad agravarán tal vez la extraña enfermedad de V.?

—No necesitan de mis cuidados, doctor. Están atendidos por las amas que los criaron y por una inteligente institutriz. Ya ve V. que no me necesitan.

—Ya veo, señora, ya veo.

—A propósito, míreloS V., ahí vienen,—dijo Clara levantando la cortinilla del balcon.

—El dia no está muy bueno para paseo; sopla un nordeste de pulmonías.

—¿Qué quiere V.? Esas mujeres que lo hacen todo al revés, los sacan cuando no deben.

—¿Y su padre?....

—Mi marido está poco en casa. Se fué esta mañana y no volverá hasta la hora de comer, si come conmigo.

—¿Le ama V.?

—Con toda el alma.

—Entónces.....

—Tengo en él completa confianza.

El doctor hizo un gesto imperceptible y tomó el pulso á la enferma, enterándose con minuciosidad de mil pequeños detalles.

Luégo quedó pensativo.

V

Clara interrumpió su meditacion exclamando:

—¡Por Dios, doctor, vea V. mi ansiedad! Hable V.

—No se inquiete V., señora; su estado ofrece aún esperanza. Busco el medio mejor para llegar al fin que deseamos.

—Espero su determinacion.

—El plan que voy á trazar le parecerá á V. extraño y difícil de cumplir; pero.....

—Estoy dispuesta á todo.

—Empezará V. por tirar todas esas medicinas que léjos de curarla alteran más su salud. Despues... mi prescripcion es esta: movimiento, animacion, ejercicio, que es la vida del cuerpo; constante ocupacion, que es el alimento del alma. Largos paseos, música ó cualquier otro arte, lectura, labores; quiero para V. todo lo que active la en V. lenta circulacion de la sangre; todo lo que distrae la imaginacion y ensancha el pensamiento.

—Pero, doctor....

—Dispense V., señora, que no he terminado; falta lo más esencial. Deseo que durante una semana pase V. diaria y minuciosa inspeccion á toda su casa, empezando por los departamentos de su esposo y de sus hijos, procurando averiguar si realmente están atendidos como por V. misma, y que escriba V. en una, á manera de hoja consultiva, el *por qué* de cuanto ocurra en su morada, de todos esos pequeños sucesos que ocurren diariamente en el hogar doméstico.

Clara le escuchaba con la boca abierta, llena de sorpresa y con la mirada atónita é inquieta preguntándose si aquel sabio doctor estaba loco.

—¿Usted sabe lo que me propone?—pudo decir al fin.—Me está V. ordenando todo lo que detesto; cosas que, á la verdad, me parecen extrañas á la medicina.

—Cada uno tiene su sistema, señora. Si durante una semana sigue V. fielmente mis indicaciones, al terminar este plazo estará V. curada ó desahuciada. Para ello necesita V. gran acopio de voluntad. ¿Está V. dispuesta á hacerlo? Si su respuesta es afirmativa procuraré curarla; sino, ofreciéndome como su servidor, me retiro.

—¿Luego la enfermedad existe?

—Existe.

—¿Y cuál es?

—Lo sabrá V. más tarde.

—¿Puede tener remedio?

—Sí.

—¿Cuál?

—El plan que le he indicado.

—Es V. tan extraño como sus prescripciones.

—¿Acepta V. ó me despide?—preguntó el doctor poniéndose en pié.

Clara vaciló un instante y al fin dijo:

—Acepto. Intentaré la última prueba. Haré cuanto V. desea.

—No olvide V. que lo más importante es la explicacion del *por qué* de cuanto en su casa ocurra.

—Bien, doctor; pero si no pudiera....

—Demostraria V. que carece de voluntad y la curacion seria imposible. Yo no lucho con la inercia.

Dicho esto se inclinó y se alejó añadiendo:

—Hasta dentro de ocho dias.

—A la verdad,—murmuró para sí Clara,—que no entiendo la eficacia de sus porqués; mas, pues que de la firmeza de mi voluntad depende mi curacion, la tendré.

VI

El primer dia de la prueba, la indolente, la débil, la casi moribunda Clara, tuvo el heróico valor de dejar el lecho relativamente temprano, y cumpliendo el mandato del médico comenzó la interesante inspeccion por las habitaciones de su esposo.

En la puerta se detuvo al oir el timbre de una voz femenina y luégo un ligero cuchicheo del que se percibian palabras aisladas.

Alzó el pesado *portier* y vió.....

Vió á su marido sentado en una butaca y junto á él de pié á Julia, su doncella, jóven rubia y pizpireta, que no era fea ni bonita, pero que sabia *vivir.* Su amo la estrechaba amorosamente por la cintura miéntras ella le arreglaba jugueteando el lazo de la corbata.

De pronto se oyó un ruido que hizo palidecer á Clara. Entónces Julia se enderezó y dijo con acento de imperiosa coquetería:

—Basta, basta. Ahora á la obligacion.

Y su complaciente amo se sentó á la mesa de despacho á tomar la cuenta del gasto diario, porque Julia unia á las funciones de camarera las de ama de llaves.

Una llamarada de fuego subió al rostro de Clara; pero siguió escuchando á su marido que entre risueño y admirado decia:

—Si es imposible, hija mia, si hace tres dias te dí una onza y en casa hay de todo.

—Pues se ha concluido.

—¿Es decir que necesitas dinero?

—Naturalmente.

Él la miró en silencio con aire perplejo. Ella le contestó con una mirada, larga, intensa, embriagadora, que le abrasó. Púsose en pié, ciñó de nuevo con su brazo el esbelto talle de la jóven y estrechándola contra su pecho:

—Te daré cuanto quieras,—dijo.—Todo es tuyo.

Clara dejó caer el *portier*.

Habia estado á punto de penetrar en la habitacion y arrojar de allí á la indigna mujer que así la ultrajaba en su propia casa, pero su orgullo la impidió mostrarse celosa de su propia criada.

—¡Esto es infame!—exclamó convulsa de cólera.—¡Me ofende y nos arruina!

Involuntariamente surgió en su pensamiento la fórmula del doctor.

—Por qué,—gritó en su fuero interno,—¿por qué se porta así mi marido?

Y esa voz tan misteriosa como implacable, que hace el oficio de consultor y de juez, y que llamamos conciencia, le contestó en seguida:

«Porque busca en otra los cuidados que tú le niegas y la ternura que no encuentra en tí.»

Clara hizo un gesto de furiosa protesta y corrió azorada al cuarto de su hijo como buscando en él amparo contra aquella acusadora idea.

VII

El niño estaba solo. Tendido sobre la rica y elegante cuna adornada de encajes y colgada de raso azul, lloraba desesperadamente agitando al aire los sonrosados bracitos y las redondas piernas. Desnudo y solo, lloraba de miedo y de frio; pero nadie oia su llanto ni acudia á sus gritos.

La jóven madre se acercó presurosa á la cuna, abrigó á su hijo con solícito esmero y quiso prodigarle tiernas caricias.

Mas ¡ay! como era la primera vez que penetraba en aquel dormitorio, el niño la desconoció, y agitado, convulso, la rechazaba gritando:

—¡Ama, ama!

—¡Dios mio!—exclamó Clara estremecida, aterrada.—¿Por qué no me quiere mi hijo? ¿Por qué se asusta de mí?

«Porque apénas te conoce», le contestó la ya mencionada voz.

La atribulada madre quedó un instante inmóvil; por la primera vez en su vida trabajaba su pensamiento, trayendo á su memoria todo el pasado.

Cayó de rodillas junto al lecho de su hijo, lo estrechó contra su corazon, y confundiendo con las inocentes lágrimas del niño las suyas llenas de amargura, murmuró asintiendo al reproche de la íntima y acusadora voz:

—¡Es verdad, es verdad!

Cuando por fin acudió el ama, el niño no lloraba ya; atraido por la naciente ternura de su madre, jugaba con los sueltos cabellos de ésta, que le besaba con pasion, diciendo como si le viera por primera vez:

—¡Qué hermoso es!

VIII

En la habitacion de su hija la esperaba otra sorpresa.

La flemática institutriz inglesa leia muellemente reclinada en una mecedora que se balanceaba suavemente al impulso de la pulcra hija de Albion.

—¿Y mi hija?—preguntó Clara registrando el cuarto con la mirada.

La sábia institutriz dió un salto sorprendida de ver allí á la señora de la casa, á quien suponia en la cama.

—Está estudiando,—contestó con voz no muy segura,—voy á buscarla.

—No, iré yo misma,—dijo Clara deteniéndola.

La niña no estudiaba. La encontró en el comedor en pié sobre la mesa bailando picarescamente, y rodeada de criados que celebraban con carcajadas y dicharachos las *habilidades* de la niña interrumpidas á menudo por apretones y besos.

Clara cayó como una exhalacion sobre la alegre turba repartiendo miradas fulminantes, y muda de indignacion, soberbia de arrogancia se llevó á su hija sin formular una palabra.

Arrebatada, colérica, febril, volvió al lado de la institutriz llevando á la niña de la mano y diciendo:

—Aquí la tiene V. Estudiaba, en efecto.... el modo de pervertirse precozmente para solaz de mis criados. ¿Es así cómo cumple V. su mision?

—Aseguro á V., señora,—repuso la institutriz con un ligero tinte de ironía,—que es la primera vez que esto sucede. Su hija de V. no se separa de mí. Por lo mismo que soy *sola* á velar por ella, quiero á esta *pobre niña* con toda el alma.

Clara enrojeció al velado reproche de aquellas palabras.

—¡Pobre!—exclamó con altivez,—¿qué motiva esa humillante compasion? ¿quiere V. explicarla?

—Es pobre,—replicó la inglesa con intencion,—porque carece del cariño de su madre.

Clara vaciló al recibir aquel rudo golpe asestado al corazon, más doloroso tras los ya sufridos, y sólo tuvo fuerzas para decir:

—Basta, hemos terminado.

—Tanto, señora, que tengo el honor de advertirla que ceso desde hoy en el cargo que desempeñaba en esta casa.

IX

—¿Qué me queda ya que ver ó saber?—se dijo Clara siguiendo su doméstica inspeccion.... Pero en aquella vía dolorosa aún tenia que descubrir nuevos horizontes, si no tan desconsoladores, en cambio más oscuros.

En el departamento de la servidumbre....

Mas aquí nos detenemos. Seria inútil entrar en detalles de *escalera abajo*, por los lectores ya adivinados. Los criados aprovechaban en beneficio propio el desórden que en la casa imperaba y robaban cuanto podian.

Clara no pensaba ya en sus males; angustiada, abrumada por el dolor moral, olvidaba la dolencia física y regresó á su gabinete preguntándose, quizá para eludir su responsabilidad:

—¿Por qué sucede esto en mi casa? ¿Por qué todos se portan mal?

Y su propia razon, ya aleccionada, le decia:

«Porque tú no te portas bien. Porque donde no hay cabeza, no busques órden, ni paz, ni nada.»

Durante una hora permaneció sumida en triste meditacion. Su cuerpo estaba casi aniquilado por el inusitado trabajo moral y material; pero su pensamiento en ebullicion permanente, se agitaba como en las visiones de una pesadilla. Abarcaba el pasado y el porvenir, y cerrados los ojos para mejor recoger las ideas, veia en su imaginacion extraños espejismos en los que contemplaba á su marido, primero elegante, seductor, dando el brazo á una mujer que no era ella; luégo trasformado en sucio mendigo que entre dos niños haraposos imploraba la caridad tiritando de frio. Otras veces veia á sus hijos que, ya crecidos, huian de ella con muestras de aversion.

De pronto Clara se incorporó con ademan enérgico. Sus bellas facciones desecharon la amarga contraccion que las desfiguraba. Parecióle que sus ojos veian con más claridad, vislumbrando nuevos prismas de que no tenia idea, en los cuales el amor de la familia y el cuidado de los hijos descollaban con atractivo encanto, y uniendo las manos con la beatitud del santo que aspira á la redencion, exclamó firme y resuelta:

—¡Desde hoy seré esposa y madre!

X

Tomada su resolucion, la calma volvió por completo al agitado espíritu de Clara, y confiada, serena, sin vacilaciones ni desfallecimientos siguió exactamente el plan impuesto por el doctor. Con un poderoso esfuerzo de voluntad dominó su innata negligencia y demostró incansable actividad. Trabajó, leyó, *hizo* música; pero no consignó por escrito los consabidos porqués: eran harto vidriosos para hacerlo.

Sus amigos se sorprendieron al verla en paseo andando entre sus dos hijos con el paso firme y resuelto de quien se halla en la plenitud de su fuerza física.

El cadáver habia sido galvanizado y despues animado por el fuego de la vida.

El milagro estaba hecho.

El dia pasó rápidamente para Clara. La noche la encontró rendida físicamente por tan desusada actividad, y moralmente por las emociones sufridas; el cuerpo gozó la caricia del descanso y el espíritu de ese sueño tranquilo y reparador que sigue al deber cumplido.

XI

Al dia siguiente, el marido de Clara se quedó asombrado al verla entrar en su cuarto acariciándole afectuosa, é inspeccionar despues la habitacion con la escrutadora mirada de un ama de casa cuidadosa é inteligente.

—¡Clara, hija mia!—exclamó asustado;—¿qué pasa? ¿Te encuentras peor?

—Al contrario, querido Juan; ántes estaba no sé si enferma ó imbécil; hoy me siento perfectamente y he resuelto que varíe nuestro modo de ser.

—Habla, te escucho admirado.

—Desde hoy haré lo que nunca he hecho.... gobernar nuestra casa. Te relevo de ese cargo, penoso siempre para un hombre. Yo sola cuidaré de tí y de mis hijos.

—¿Será verdad?—exclamó Juan estupefacto y gozoso.

—Y como en tan nueva vida todo debe ser nuevo, la inauguro despidiendo á toda la servidumbre, incluso mi doncella Julia.

Y al hablar así clavó una investigadora mirada en su marido.

Este soltó la carcajada y tomando una mano de su mujer la besó con galantería diciendo:

—Haz cuanto quieras, vida mia. Si recobro á mi adorada Clara, ¿qué ménos puedo hacer que obedecerla? Pero en esto hay algo extraordinario. ¿A qué se debe este milagro? ¿quién te ha trasformado en tan poco tiempo?

—El doctor *Por qué*, sabio médico de espíritus enfermos, gran despertador de conciencias dormidas.

—¡Dios le bendiga! á tí te ha curado y á mí me ha hecho feliz. Ven, Clara, sellemos con la ternura de nuestros hijos la nueva era de felicidad que hoy se abre para nosotros.

Cogidos del brazo corrieron ligeros y alegres al cuarto de los niños.

Allí estrechamente enlazados por los brazos de los dos hermosos serafines, que les acariciaban con sus infantiles besos, se juraron de nuevo con los ojos un amor eterno, cual si por segunda vez se unieran ante Dios.

XII

Cuando, trascurrido el plazo fijado, presentóse el doctor en casa de Clara, encontró á ésta vistiendo á su hijo, auxiliada por la niña, que con encantadora gracia la iba llevando las ropitas de aquel.

El feliz esposo contemplaba con ojos enternecidos tan interesante escena muellemente reclinado en una butaca y despidiendo bocanadas de aromático humo.

El doctor se detuvo más satisfecho que sorprendido. Contempló un instante aquel cuadro de felicidad, se fijó en el rostro sonrosado, expresivo y alegre de la ex-enferma é hizo ademan de retirarse.

—¡Doctor!—exclamaron los dos esposos corriendo hácia él.

—Me retiraba, señora, porque aquí ya no hago falta.

—Sí, hace V. falta para demostrarle nuestra gratitud. Con maravillosa penetracion ha salvado V. á mi esposa de una enfermedad desconocida....

—Permítame V., no lo era para mí. Padecia una enfermedad endémica hoy en las altas clases sociales: el tedio, esa enfermedad de los ricos que no saben serlo.

A. SANCHEZ CANTOS

CRONICA CIENTIFICA

LO QUE SON LAS COMBINACIONES QUÍMICAS

II Y ÚLTIMO

En último análisis la combinacion química no es cosa alguna misteriosa, impenetrable, esencialmente distinta de tantas y tantas combinaciones geométricas y dinámicas como hallamos en la naturaleza á cada instante.

Las unas tienen dimensiones tales que las vemos, las medimos, dibujan sus formas y su estructura en el fondo de nuestra retina; las otras son de tal órden de pequeñez que ni podemos verlas materialmente, ni podemos medirlas con los medios groseros con que se miden las distancias terrestres. Pero unas y otras son coordinaciones de materia más ó ménos estables y más ó ménos sencillas.

Para un sér inmenso, de órganos colosales, que sólo pudiese apreciar distancias planetarias; en cuyos ojos la nebulosas fuesen imperceptibles manchas, que algun oculista de los espacios sólo á fuerza de habilidad y con el auxilio de poderosos aparatos pudiese percibir; para un titan de este calibre, repetimos, nuestro sistema planetario podria ser una verdadera combinacion química.

Unirse dos ó más cuerpos en el espacio infinito es aproximarse á cierta distancia y constituir un sistema mecánico de rítmica palpitacion, y de relativa permanencia.

Unirse dos moléculas ó dos átomos en los espacios infinitesimales, en que las reacciones químicas se desarrollan, es otro tanto: es acercarse, es reducir las distancias, es formar un todo más ó ménos permanente y capaz de resistir determinadas fuerzas destructoras.

Gira la Tierra, giran Vénus y Marte, y los demás planetas, y sus satélites con ellos alrededor del Sol; pues este conjunto astronómico, estas moléculas del espacio, estos átomos de lo infinito, son para la Mecánica algo como una combinacion química de las esferas.

La escala en el espacio, al pasar de una reaccion química á un sistema solar, ha variado: es enorme para nosotros. Ha variado la escala en el tiempo, es enorme tambien para nuestra duracion terrena. Pero en el fondo

eterno de las cosas, y en la unidad dinámica de la naturaleza, ambos fenómenos son del mismo órden, y cada uno de ellos puede decirse que es símbolo del otro.

En cambio un cometa que viene de lo profundo, que penetra en el sistema solar, tal como nosotros lo vemos desde nuestros observatorios, que se aproxima al sol, y que luégo se aleja y se pierde en lo infinito durante siglos, es, *hasta cierto punto*, porque la comparacion no es del todo exacta, como una molécula que no forma parte de la *combinacion química solar*.

Más aún; que buscando mayor exactitud, hemos de presentar otro ejemplo.

Va el sol, con sus planetas y con sus satélites y con todos sus cuerpos, por el espacio; ni más ni ménos que una molécula de oxígeno con los infinitos elementos que la constituyen, á pesar de la suma sencillez de composicion que la suponemos, va por el interior de una campana de cristal en el gabinete de un químico. Y al caminar por el espacio nuestro sistema solar se encuentra un pequeño cuerpo celeste, algo así como un aerolito; como pudiera encontrarse el átomo de oxígeno otro átomo de hidrógeno. Pues una de dos cosas: ó pasan sin chocar y sin unirse, ó se encuentran y se unen, y constituyen un nuevo sistema: en el primer caso hay combinacion celeste y hay combinacion química; en el segundo ni combinacion en el interior de la campana, ni combinacion en esa esfera que imaginaron nuestros padres como cristalina esfera de lo infinito.

Pero precisemos aún más los términos del problema, ó mejor dicho, de ambos problemas.

¿En qué consiste que se unan ó que no se unan dos cuerpos?

¿Cuándo, y porqué, y cómo forman un sistema y se sujetan mutuamente; y cuándo, y cómo, y porqué en otras ocasiones se separan tan de prisa como se aproximaron y no constituyen un todo con nueva é íntima unidad dinámica y geométrica?

En una palabra, ¿cuándo hay combinacion y cuándo la combinacion no se realiza?

Tal es el problema que dejamos planteado en nuestros precedentes artículos.

La explicacion hasta hace pocos años era caprichosa, anti racional, de todo punto empírica.

Se acudia á una nueva fuerza *la afinidad*. Los cuerpos tenian ó no tenian afinidad unos por otros; y esta diosa de los espacios invisibles tenia más ó ménos voracidad segun los cuerpos y segun los casos.

La ciencia moderna, los admirables trabajos de Berthelot, la Termoquímica, en una palabra, comienza á poner en claro el misterio, y poco á poco va sustituyendo las fuerzas de la Física, mejor dicho la única fuerza atractiva de los espacios interestelares á los caprichosos apetitos de los átomos y de las moléculas.

Fijemos las ideas y volvamos á nuestro anterior ejemplo.

Nuestra tierra que camina por las regiones planetarias, un asteroide que viene á su encuentro.

La imágen podrá ser tosca, grosera, bajo cierto punto de vista inexacta, pero simboliza admirablemente lo que en todas las reacciones químicas sucede y como símbolo bien podemos aceptarla.

Supongamos que nuestra tierra y el aerolito fuesen dos esferas *absolutamente elásticas*: chocarian separándose despues con las mismas velocidades que trajeron, y se perderian ambas en la extension sin llegar á constituir un verdadero sistema.

El sér inmenso de que ántes hablé haria constar en su laboratorio químico, que el *átomo-tierra* y el *átomo-aerolito* no se habian combinado, y que separados vagaban por el interior de la campana.

De igual suerte que cualquiera de nuestros sabios reconoceria que el oxígeno y el hidrógeno abandonados á su propia espontaneidad tampoco habian llegado á combinarse.

Pero supongamos ahora que la tierra es ni más ni ménos que lo que es en realidad; que el aerolito penetra por la atmósfera amortiguando su velocidad por el rozamiento, transformando su fuerza viva en calórico y hundiéndose al fin en el suelo con violencia. Los dos cuerpos quedarán unidos, constituirán *un sistema*, juntos irán por las regiones celestes, y aquel químico interestelar, podrá decir sin engañarse que el *átomo tierra* y el *átomo aerolito* se combinaron al fin; como al fin se combinan en determinadas circunstancias el hidrógeno y el oxígeno para formar el cuerpo compuesto que se llama *agua*.

¿Por qué no hubo combinacion en el *primer caso* y hay combinacion *en el último*?

Porque *en aquel*, el aerolito no *perdió su fuerza viva*, la elasticidad de la tierra se la devolvió y con ella logró alejarse y burlar la atraccion terrestre.

Al paso que en el último, el rozamiento destruyó en parte la fuerza viva de proyeccion, y la tierra tomó el resto consumiéndolo en deformaciones interiores. De suerte que el aerolito no se puede separar de la tierra porque *ha perdido su fuerza viva relativa*.

Pues esto, con absoluta semejanza, sucede en las combinaciones químicas.

Chocan los átomos; conservan sus velocidades; se alejan, y no hay combinacion.

Chocan otros átomos; sus fuerzas vivas se trasforman en calórico, como trasformó la suya el aerolito al rozar con la atmósfera; ya no pueden separarse, constituyen un *sistema*, van unidos, y la combinacion es un hecho.

De aquí resulta esta gran ley de la Termoquímica, base de la gran obra del eminente sabio M. Berthelot: toda combinacion química viene acompañada de un desprendimiento de calor más ó ménos intenso, y en cierto modo esta cantidad de calórico engendrado da la medida de la estabilidad del sistema ó si se quiere de la afinidad de los componentes.

Traduccion científica de esta otra ley de sentido comun: para que dos cuerpos queden unidos al marchar por el espacio es indispensable que pierdan su velocidad relativa.

Si dos trenes marchan por dos vías férreas paralelas y uno va más aprisa que el otro, ó van en direcciones opuestas, se alejarán infaliblemente: para que marchen á la par, para que corran unidos, para que constituyan un sistema es forzoso que despues de estar juntos, sus velocidades sean iguales y paralelas, es decir que su velocidad relativa sea nula: que si existia haya desaparecido, y como nada se anula en el universo, forzoso será aún que se haya trasformado en otra cosa, en calor por ejemplo.

Palabra por palabra podemos repetir esto mismo para la combinacion de dos átomos, pequeños trenes que vuelan en los espacios invisibles de la esfera química.

Verdad es que hay reacciones en que la ley se infringe, y en las que en vez de aparecer cierta cantidad de calórico como sobrante, el cuerpo compuesto absorbe determinada cantidad de energía calorífica; pero no me seria difícil demostrar, que la excepcion á la teoría anterior es más aparente que real, si no temiera que el lector estuviese fatigado de tantas moléculas, átomos y combinaciones, y dispuesto á exclamar como aquel personaje de Scribe: «¡Cuarenta páginas de química!»

Descanse, pues, el que hasta el fin me haya acompañado, si álguien me acompañó; y en todo caso, y si solo llegué, descanse yo, que tambien lo necesito.

JOSE ECHEGARAY

UN PERDONAVIDAS, *dibujo por Foix*

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 2 DE JULIO DE 1883 — NUM. 79

REGALO A LOS SENORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DON JOSE VALERO, decano de los actores españoles

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Los protectores de Paris.—Consecuencias para el porvenir.—Nosotros divertimos á la infancia.—Concursos del Conservatorio Entusiasmo fácil.—Los dos Retiros.—La coleccion zoológica de M. Cavanna. Animales diestros y animales fieros.—El teatrito de *Fantoches*.—Alborozo infantil.—Deducciones para la vida.—¡Todo es pequeño!—Sin *regla*.

¿Hemos de ser ménos que los parisienses?

No señor.

Paris trata de proteger á la infancia; y con este fin celebra un congreso cuyas resoluciones tienden á mantener sanos, morales, ilustrados y robustos á los niños que en el porvenir han de gobernar el mundo con sus leyes, sus sables, sus libros y sus obras artísticas.

Habrá entre ellos, con el tiempo, indudablemente, varios criminales; porque no creo que los ilustres miembros del Congreso tengan la pretension de que merced á sus actuales disposiciones todos los niños hayan de ser dignos de estatua en los parajes públicos ó de canonizacion en el Vaticano.

Los hombres que entónces no hayan podido sofocar sus instintos perversos á pesar de los cuidados de ese Congreso internacional que trata de amamantar á la humanidad naciente con el biberon de la solicitud más acendrada, encontrarán en el fondo de su corazon acentos diabólicos para echar en cara su mala conducta á los protectores de la infancia.

Cuando acudan ante los tribunales y el presidente les increpe con severidad por sus fechorías y sus delitos, el criminal contestará descaradamente:

—¡Qué quiere usted, señor magistrado! Yo no fuí en mi juventud bastante protegido. Faltáronme algunos metros de proteccion. Yo esperaba una mano que se me tendiera y á falta de ella he alargado la mia con tan mala suerte que ha venido á caer precisamente entre mis dedos el objeto de cuyo robo se me acusa. Pero juro á usted, señor presidente, que soy criminal á medias. Tengo la seguridad de que mi mano izquierda no sabe lo que ha realizado la derecha. Es lo que yo digo.... con un poco más de proteccion me hubiera salvado.

Dejo aparte las consideraciones que los tribunales del porvenir podrán hacer en vista de las excusas de los delincuentes, porque yo soy de los que miran con poco entusiasmo esas sociedades protectoras, en tanto que se vea la desgracia y la mendicidad y la miseria pulular por las calles como una triste consecuencia de la organizacion humana.

Pero, decia al principio que nosotros no hemos de ser ménos que los franceses.

Por distinto camino, vamos tal vez á más própero resultado.

En Paris tratan de proteger á la infancia: nosotros nos proponemos divertirla.

Hoy por hoy, la consigna es esta:

«Hagamos que los niños gocen rian y se distraigan.»

Hace pocos dias entré por curiosidad en el Conservatorio de música y declamacion á tiempo que unos alumnos de la Escuela hacian sus ejercicios de concurso á los premios.

¡Válgame Dios! ¡qué aspecto ofrecia el salon-teatro del Conservatorio!

Hormigueaba en toda su extension un inmenso conjunto de cabecitas alegres que seguian con avidez extraordinaria las variadas escenas representadas por los alumnos.

Confieso que gocé ante aquel espectáculo. Yo, que tengo casi por oficio el asistir á las representaciones teatrales, estoy acostumbrado á observar la indiferencia del público ante la ejecucion de los actores. Por regla general se establece una lucha entre el espectador y el artista.

Este parece decir con su actitud, con su voz y con todos los esfuerzos que le sugiere su naturaleza artística:

-Aplaude, espectador; fíjate bien en esta tirada de versos ó en esta parrafasa en prosa que te estoy diciendo... ¡Eh! ¿qué tal? ¿No es verdad que el autor ha tenido mucho acierto, y que yo, sobre todo, interpreto á las mil maravillas el papel que se me ha encomendado?

Y muchas veces el espectador se hace el sordo á las insinuaciones del cómico, pensando para sus adentros:

—Esto me aburre soberanamente. ¡Qué lirismo tan ridículo! ¡Jesus! ¡qué fastidio!

Para conquistar el aplauso público en un teatro se necesita ser un Napoleon del arte. Es decir, tener talento y suerte al mismo tiempo. Saber imponerse por la fama adquirida y por los golpes de efecto.

Pero en el Conservatorio no hacia falta nada de esto. Ví á unos apreciables jóvenes decir buenamente su papel, y á cada chiste que les salia al paso, el público numeroso, que se componia casi todo de encantadoras niñas, de chicos vivarachos y de mamás y otros parientes más ó ménos lejanos de los que se examinaban, estallaba en de lirantes carcajadas y en ruidosos aplausos como si aquello fuera la última palabra, la más eminente cumbre del arte escénico.

Salí de allí contagiado. Parecióme que no llevaba sombrero en la cabeza, sino chichonera; y el baston se me antojó un juguete.

Entónces me acordé de la profunda y sentimental frase de lord Byron al contemplar unos niños: «¡Lástima que tengan que ser hombres!»

***

Ya, metido en esas puerilidades, me encaminé al Retiro. Tenemos el lujo de poseer dos Retiros: uno que se llama el Buen Retiro y otro al cual no se puede llamar *malo* porque no lo es, y que está bautizado hace algunos años con el sobrenombre de *Parque de Madrid*. Es el gran desahogo gratuito del público madrileño: es nuestro bosque de *Boulogne:* allí pasean todas las tardes en interminable y vertiginosa fila de carruajes las notabilidades madrileñas, las diosas de la hermosura, los Plutones de la banca, los personajes políticos, los hombres de moda, los grandes de la tierra, todos, en fin, los que tienen posicion, viso, renombre, y más ó ménos dinero para ostentar lujosos trenes que en muchas ocasiones conducen al que hace gala de ellos á un hospital ó á la venta por subasta pública.

Este Parque de Madrid tiene su Casa de fieras; y en el patio donde éstas se hallan enjauladas, se levanta hoy provisionalmente el barracon de M. Cavanna.

Es una exposicion zoológica dentro de otra; pero á decir verdad, la coleccion particular de M. Cavanna es mucho más bella que la del municipio madrileño.

La entrada y la silla cuestan cuatro reales, y mediante esta cantidad se proporciona á los niños una funcion de cuadrumanos y animales domesticados de gran entretenimiento.

En un teatro construido *ad hoc* lucen una porcion de monos sus habilidades, imitan á los hombres en sus banquetes, comen con gravedad académica y representan, acompañados de hábiles perros, algunas escenas de la vida social muy cómicas y divertidas.

Tambien allí están los niños en su centro de regocijo y algazara.

A uno y otro lado del escenario revuélvense en sus jaulas majestuosos leones, imponentes osos, flexibles panteras, repugnantes hienas, y otros muchos animales fieros, que son como las pasiones dormidas en el corazon de un alegre jóven.

La infancia se rie al ver las habilidades de las cabras, de los monos y de los perros... y las gozosas carcajadas de los sonrosados é inocentes espectadores tienen por acompañamiento el rugido del leon y el gutural aliento de la pantera.

***

En el jardin del Buen Retiro, donde domina Ducazcal, que como Cárlos V sueña con el imperio del mundo, se ha establecido tambien un teatrito para solaz y recreo de los niños.

Es un teatro de *Fantoches*. Todo es allí pequeño. Imaginad al mundo mirado por los cristales invertidos de unos gemelos de teatro y tendreis una idea de aquel escenario que cabe—usando de una hipérbole—en la palma de la mano, de aquella orquesta cuyos músicos son niños recien escapados del seno de la madre, y de las funciones que se verifican, en medio de la algazara pública, con payasos de gracia infinita, con negros que cantan alborozadamente, con esqueletos que hacen destacar su movible osamenta sobre un pavoroso campo de negrura absoluta, con pantomimas llenas de encanto infantil, y con gigantones que al compás de su baile siembran la tierra de revoltosos chiquillos.

***

Los brazos del gigante se desprenden del cuerpo y caen transformados en muñecos. Luégo sufren igual suerte la piernas, despues la cabeza... hasta que por fin queda el escenario convertido en un enjambre de criaturas.

Ya veo la aplicacion científica que sacarán los niños de esas transformaciones.

Creerán quizá que la Biblia está en un error cuando dice: «Creced y multiplicaos;» debiendo decir, segun el ejemplo del teatrito de Fantoches: «Disminuid y multiplicaos.»

Sospecharán tambien por otra parte que la creacion es el producto de un baile.

Cuando les digan que algun patriarca de la antigüedad tuvo numerosa familia deducirán lo siguiente:

—¡Habrá pasado la vida bailando!

Y si oyen alguna vez decir en su casa que sus mamás se están vistiendo para ir á un baile, contestarán con gravedad cómica:

—¡Si yo no quiero tener más hermanos!

***

La verdad es lo que he dicho al principio. Nos hemos propuesto divertir á los niños.

Hoy Madrid es un pueblo que parece haber salido de un estante del Bazar de la Union. No jugamos porque el gobernador no lo permite; pero en cuanto á juguetear no nos damos punto de reposo. Las estatuas de nuestras plazas tienen el aspecto de figuritas de mazapan y hasta los leones que guardan el pórtico del Congreso parecen ratoncillos de resorte.

Yo para estar más en carácter escribo esta revista en papelillos de fumar y con zumo de moras.

Los renglones han salido un poco torcidos; pero si la muestra caligráfica vale poco, en cambio la intencion es *recta*.

Comprendo que debí haber hecho uso de la regla.

Pero.... ¿qué quereis? ¡Anda todo tan desarreglado!

PEDRO BOFILL

29 Junio 1883.

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El *Salon* (conclusion).—Pintura de costumbres, decorativa, de paisaje, á la aguada y al pastel. Escultura. La *Exposicion de las cien obras maestras*.—Campaña absurda contra Fortuny por ciertos escritores.—Un crítico repugnante.—Clausura de los teatros.—Vacaciones generales.

Terminaremos á grandes rasgos en esta Revista lo que nos resta por decir acerca del *Salon*, completando la reseña hecha en las anteriores con las clases de pintura indicadas en el sumario de este artículo.

Algunos son los cuadros notables que no tienen clasificacion posible, á no ser que se les comprenda bajo el nombre de *pintura de costumbres* ó *de género*. A estos pertenece el de *Bastien Lepage* titulado *Amor en el campo*. La tela representa un labrador que está cortejando á una muchacha en un huerto de una aldea. Los dos tipos son rústicos, tal como deben ser, y están por decirlo así, sorprendidos del natural; el paisaje admirablemente pintado, sobre todo el último término. Pero Bastien Lepage, á pesar de su talento, se ha obstinado en pintar sus cuadros partiendo de la nota color violeta claro, lo cual les da una entonacion cruda, como si estuvieran hechos al fresco.

Además se ha esforzado en dibujar sus composiciones (aunque con una correccion extrema), al estilo de las de los retablos; su perspectiva lineal es perfecta, pero los términos parecen todos sobre un mismo plano, por falta de perspectiva aérea, lo cual les quita gran parte de su efecto.

Nuestro paisano el jóven pintor D. Ramon Casas, ha exhibido una tela que representa *un chulo madrileño*, disponiéndose á beber en una botella de cuero.

Es una figura de gran carácter, pintada con una energía y un colorido que recuerdan los Velazquez y los Zurbarán, y que hacen esperar que el Sr. Casas llegará á honrar en su arte á nuestra patria.

Lleno de medias tintas, agradables á la vista, está el cuadro de otro paisano nuestro, D. Antonio Casanova. Titúlase *Un astro naciente*. La finura de los tonos, la gracia de la figura de la dama que sale de la silla de manos, su manera de salvar la dificultad del traje de seda roja del cardenal, lo delicado de la aurora que colorea el cielo, hacen que sea un lienzo digno de competir con los del Renacimiento veneciano.

Iguales cualidades tiene el titulado *¡Siempre el rey!* del mismo autor. No en vano ha adquirido ya una reputacion europea.

Como pintura decorativa citaremos el inmenso cuadro de Hans Makart titulado *El verano*, el cual tiene las cualidades de elegancia en el dibujo y riqueza en la composicion que adornan todos los del citado artista vienés, pero como colorido es convencional, hasta el punto de parecer un colosal cromo.

Otro lienzo decorativo notable es el de Bertrand, que lleva el título de *Paso de la primavera*. Es una tela de grandes proporciones, que representa una selva umbría, á través de cuyos follajes penetra el sol é ilumina el césped lleno de flores. De frente marchan corriendo, montadas en caballos blancos, cinco mujeres desnudas, la rubia cabellera flotando al aire, engalanadas con flores y verdes hojas. El cuadro en sí es un escándalo de color, pero que tiene la impresion justa de la estacion que quiere representar, aunque nada más que la mera impresion.

Pasemos á los retratos. Estos, á nuestro entender, son, con el paisaje, el género que más ha sobresalido en el Salon. Los de señoras y de niños han llegado á una altura indecible. Las causas de este adelanto hay que buscarlas en la tendencia que se inició en el Renacimiento de dignificar la persona humana, y que á tan alto grado lo está llevando el siglo actual. Además ha contribuido la moda que hoy dia reina, gracias á la cual, las señoras y los niños visten con una elegancia de líneas, y una armonía de tonos desconocida hasta en las mejores épocas de las civilizaciones pasadas. Los trajes antiguos solian ser de un solo color; pero hoy se armonizan las medias tintas de una manera maravillosa y sobremanera adecuada para el retrato.

Son tantos los retratos notables presentados en esta Exposicion que no nos es posible ocuparnos de ellos en los estrechos límites de una revista, ni queremos incurrir en la nota de parciales tratando de unos con preferencia á otros.

Otro tanto podemos decir del paisaje que á la par del retrato es el género sobresaliente. Diremos, sin embargo, que se han distinguido Busson con su cuadro *Antes de la lluvia*, Sommers con el titulado *Noviembre*, y sobre todo Luigi Loir con su cuadro que figura el *Pont du Jour á Auteuil*, despues de la puesta de sol, lienzo de tanto efecto, de tal movimiento, y de tintas tan suaves que creemos que no se puede llegar más allá en este género.

***

En la *seccion de acuarelas* y en la de *pintura al pastel* y *al fresco* se han expuesto obras inspiradísimas y de una

ejecucion prodigiosa. Se han vencido dificultades que parecian invencibles y se ha demostrado que la pintura para reproducir la Naturaleza y causarnos grata impresion, no necesita para nada ser al óleo.

La escultura es tambien uno de los puntos en que se han mostrado fuertes los franceses de algunos años á esta parte, y en este Salon como en pocos han sabido conservar su gloria; casi me atreveré á decir que es en lo que han sobresalido más.

Tampoco les han ido en zaga los españoles.

En la escultura, puede decirse que apénas hay obra admitida que no valga, siendo así que en la pintura la mayoría son muy defectuosas.

Entre las esculturas superiores podemos citar una *Castalia* sentada, de Guillaume. El mármol de la *Biblis*, de Suchétet. *La Juventud*, hermosa figura en yeso de Charles. *El dolor maternal*, expresado con una maestría y un sentimiento incomparables, por Lauçon.

Originalísima es la estatua en bronce de Zacarías Astruc, titulada *El vendedor de máscaras*. Es un genio ó figura alegórica que tiene á sus piés una multitud de caretas, y en las manos muestra tres ó cuatro como ofreciéndolas al público. Las máscaras son retratos de D'Aurevilly, de Bauville, Berlioz, Balzac, Carpeux, Corot, Delacroix, Dumas, Faure, Gambetta, Gounod, V. Hugo y otros personajes conocidos. No nos atrevemos á indicar la idea del escultor, aunque bien clara se trasluce. *Ay ay*, se titula un grupo en yeso del escultor valenciano D. Mariano Benlliure. Figura un propietario, que habiendo encontrado á dos pilluelos en su huerta, los tiene fuertemente cogidos por las orejas. El grupo este, es de una gracia y de una expresion sin igual. Tambien se hace notar el *Cazador de leones* de nuestro paisano el jóven escultor D. Agapito Vallmitjana Abarca. Es un grupo notable por la observacion que revela. La ejecucion de los leoncitos es prodigiosa. La expresion del africano, que se ha apercibido de que viene la leona y está indeciso entre si se llevará ó si soltará á los animalitos, parece sorprendido del natural; en suma, es una obra que revela grandes disposiciones.—El escultor madrileño Etcheto tiene una estatua de Francisco Villon, personaje de la Edad media, y otra del filósofo griego Demócrito, que revela grandes cualidades Claudio Marioton tiene un Diógenes en yeso de bastante mérito.

Por fin tócanos ocuparnos de los grandes premios. El primero ha sido adjudicado á M. Dalon, por su bajo relieve decorativo, *la República es la paz*. Es meramente una obra escultórica destinada á un edificio nacional, bien ejecutada, pero la encontramos inferior al premio. El segundo es el que á nuestro entender debia de ser el primero. Este es el grupo de Barrios. *Los primeros funerales*. Figura Adan y Eva llevando en brazos á Abel muerto por su hermano. El dolor se refleja en la cara de Adan y Eva de una manera maravillosa. Esta, sobre todo, besa el cadáver de su hijo con un sentimiento y una ternura indecibles. El modelado es de lo más acabado y bien comprendido que hayamos visto.

Por fin el tercer premio ha sido concedido á Turcan por su grupo *El ciego que lleva á cuestas al paralítico*.

No entraremos á ocuparnos de los bustos, pues seria cuestion de nunca acabar. Sólo diremos que hemos notado un adelanto; por medio de la coloracion de los bronces, y áun por la pintura de los bustos, al óleo, ó á la cera, se ha logrado superar lo que los griegos habian iniciado, los romanos desarrollado y practicado ingénuamente los tallistas de la Edad media, para dar vida á las estatuas por medio del color, tradicion que se habia perdido en este siglo.

* * *

Terminada nuestra ligera revista de las obras del *Salon*, no podemos dejar de ocuparnos de otra novedad artística, la *Exposicion de cien obras maestras* escogidas entre las mejores de las colecciones particulares de Paris.

Echando una ojeada á la sala, pronto se forma uno el concepto de que si allí están las cien obras mejores de las galerías de Paris, poco encierra esta capital en materia de pintura.

Dejando aparte unos pocos cuadros de Vandyk, de Rembrandt y de Rubens, figuran en primera línea los de nuestro malogrado Fortuny, y luégo los de Corot y de Dubigny.

A ciertos críticos les ha dado el furor de insultar y rebajar á nuestro gran Fortuny, con motivo de esta Exposicion. Los hay que han dicho de él verdaderas blasfemias artísticas que sublevan á todo el que sienta el color y la forma. Es costumbre en Paris que ciertos escritores comercien con los cuadros que se hacen regalar por los artistas, ó esten subvencionados por los grandes comerciantes de lienzos al óleo, y como ni unos ni otros tienen *Fortunys* para vender, no es extraño que hayan dado en rebajar al autor de la *Vicaría* á fin de realzar las medianías de sus colecciones, eclipsadas en la actual Exposicion por nuestro compatriota.

Cierto crítico banal, del periódico de *las cocottes* y de los jugadores, cronista interesado si los hay, aleman renegado que para que no se le eche en cara su orígen, hace más alardes de patriotismo francés que los propios franceses, es el que ha dicho de nuestro Fortuny que era inferior á todos los otros, tratándole de chiquillo que sale de la escuela; ese es el que pone el grito en el cielo continuamente, diciendo que los extranjeros se apoderan de Paris, y excitando contra los talentos de otras naciones, el odio de los franceses. La suerte es que aquí ya se le conoce y todos saben cuál es el móvil de su pluma. A mí esta campaña contra Fortuny me hace el efecto de las infamias que contra las mujeres hermosas profieren las que son feas; al final, en resumidas cuentas, todo es envidia y nada más. Ya lo dijo Schopenhauer: «la peor ofensa que se puede hacer á los que presumen de talento, es el tenerlo en alto grado.»

* * *

El mundo elegante, las gentes de estudio y los artistas, se van ausentando de Paris, unos al campo, otros á sus excursiones favoritas para descansar de diez meses de trabajo. Los editores ya no dan á luz libros nuevos, esperando la temporada de setiembre. Sólo quedan abiertos los teatros de la *Grande Opera*, de la *Opera Cómica* y los cafés conciertos. Paris va á entrar en un período de inaccion de la cual no saldrá hasta principios del otoño.

Sin objeto en Paris, continuaremos desde Amsterdam las correspondencias, ya que en aquella capital están hoy dia expuestas todas las maravillas de las colonias europeas del Asia, Africa y América.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

DON JOSÉ VALERO

El eminente actor dramático, cuyo retrato tenemos el gusto de ofrecer á nuestros suscritores, es el único y glorioso resto de aquella pléyade de insignes artistas que á tanta altura remontaron la escena española en el segundo tercio del presente siglo. Discípulo predilecto del inteligente Grimaldi, y de los célebres Caprara y Guzman, fué compañero y digno émulo de los Mate, Lombía, Latorre, Romea y Arjona. Nacido en Sevilla en el año 1808, salió por primera vez á la escena en la misma ciudad cuando apénas entraba en la pubertad: desde entónces, puede asegurarse que apénas hay escenario en España y América cuyas tablas no haya pisado, ni público de cuantos países hablan nuestra sonora lengua que no haya recompensado su indisputable é inextinguible mérito con sus aplausos. Enumerar los tipos que ha creado, los triunfos que ha conseguido, las coronas que ha alcanzado en su larga carrera artística seria punto ménos que imposible; el Sr. Valero es una enciclopedia escénica, porque no hay papel que no haya desempeñado: lo mismo ha calzado el trágico coturno que se ha puesto el antifaz de Momo, y desde el sentimental *Edipo* hasta *Los dos viejos* ha recorrido toda la escala dramática en todos sus caractéres. Artista trágico, dramático y cómico á la vez, grandilocuente y de elevada entonacion en obras como *Guzman el Bueno* ó *Baltasar*, natural y chistoso, sin degenerar en chocarrero, como en *Los primeros amores* ó *El Maestro de escuela*, D. José Valero ha sabido interpretar siempre con acierto los papeles de que se ha encargado, realzando más con su talento las creaciones de los escritores dramáticos.

Dado el carácter general de su pasmosa aptitud escénica, dote de que muy pocos actores se podrán vanagloriar, así como su entusiasmo artístico, siempre entero, siempre lozano, no es de extrañar que cada obra estrenada por él le haya valido una inmensa ovacion, ni que su fama haya resonado á una y otra parte del Atlántico, ni que las empresas se lo hayan disputado á porfía. Si fuéramos á citar los dramas en que más ha descollado, su lista seria interminable: solo sí diremos que sus obras maestras han sido *Luis onceno, Ricardo Darlington, La huérfana de Bruselas, El tesorero del Rey, El avaro, La carcajada, Flor de un dia, Guzman el Bueno, La hermana del Carretero* y otras muchas de prolija enumeracion.

La generacion actual tiene aún la suerte de poder admirar el genio de este artista, que así se burla de las dificultades de los personajes que crea como de las injurias del tiempo, y nuestros paisanos, aprovechando la breve estancia del decano de los actores españoles en esta capital, acuden solícitos al teatro de Novedades para colmarle de sinceros y respetuosos aplausos, haciendo votos por que continúe brillando aún por largos años la viva llama del genio que arde en la mente y en el alma de D. José Valero.

LA DIVA DE LA TEMPORADA, cuadro por Cárlos Kahles

Se cuenta de un actor español contemporáneo, nada escrupuloso en su doble oficio de director de escena y de empresario, que en cierta ocasion puso en tablas *el Astrólogo fingido* de D. Pedro Calderon, suprimiendo la parte, personaje ó papel del astrólogo. Pues no tiene ménos mérito en nuestro cuadro suprimir á la protagonista del mismo, á la *diva*, á la ilustre artista que propiamente constituye su argumento.

Y sin embargo, esa artista se halla ahí; no se la ve, pero se la adivina, en la plenitud de su gloria escénica, en la posesion de un ruidoso triunfo, lanzando raudales de notas y recogiendo lluvia de flores; declamando en el colmo de la inspiracion y ahogada la voz por los aplausos de un público fascinado, arrebatado por el mágico poder del genio, que es el verdadero poder incontrastable.

Ahí está, decimos, tocando casi á ese palco de proscenio, desde el cual varias damas hermosas y elegantes aprenden de ella á ser elegantes y á ser hermosas; desde el cual un banquero metalizado se distrae de la prosaica aplicacion de sus millones y sospecha que se puede encontrar gusto en alguna cosa que no sea girar letras ó suscribir emprés titos en firme; desde el cual, en una palabra, la aristocracia de la sangre, de la política, del dinero y hasta de la belleza, reconocen la superioridad de otra aristocracia, la aristocracia surgida del consorcio del arte y del talento

¡Cómo han cambiado los tiempos!.... Los cortesanos de Napoleon I le echaban en cara su predilecta amistad por el gran Talma, amistad nacida cuando Bonaparte era un simple oficial de los ejércitos de la república. Talma, á su vez, se vengaba de los cortesanos diciendo que el único defecto que encontraba en Napoleon era que fuese emperador.... Hoy por hoy, emperadores poderosos como Guillermo de Prusia se trasladan desde su palco al camarin de la Patti y la saludan con el nombre de *Diva*.

¡Diva!.... Es decir, la diosa, la superior á los simples mortales.... Y todos hemos convenido en llamar así á las estrellas del arte del canto, concediéndolas voluntariamente el calificativo que en tiempos de los grandes orgullosos, en el pueblo de Mario y de César y de Augusto, solamente se atrevió á llevar Lucio Domicio Claudio Neron, el emperador con ribetes de artista, que pretendió descender de los dioses y como Dios quiso ser adorado en vida....

La *diva* de hoy es la comedianta de ayer.

Ya no hay *comediantas*.... Hay artistas.

Y nosotros nos preguntamos muchas veces:

¿Hay, realmente, arte?....

La solucion un dia de beneficio de alguna de las *comediantas* de siempre.

UNA DIPUTACION RURAL, cuadro por Fernando Brutt

Una diputacion rural es recibida, en lo alto de una escalera suntuosa, por un portero del ministerio. La escena no tiene lugar en España; cualquiera puede comprenderlo así, ya no por el solo traje y fisonomía de los mensajeros, sino al ver la exquisita urbanidad con que son recibidos por el cancerbero ministerial.

En las oficinas españolas la reciprocidad de la cortesía es una de las pocas cosas que se economizan. El pobre pretendiente ha tomado el buen acuerdo de no acudir a semejantes sitios con pérdida de tiempo y de sol, la única cosa de que disponen libremente y en abundancia los españoles. En cambio, los paniaguados de la casa, los que tosen fuerte y hablan gordo al jefe, se creerian rebajados si, al atravesar la estancia *por teril*, inclinasen siquiera la cabeza para corresponder al saludo de los empleados de puertas afuera. Estos por su parte, han aprendido generalmente las buenas formas en los cuerpos de guardia, y se permiten suprimirlas, sin duda recelosos de no estar á la altura conveniente. De todo lo cual resulta que se puede entrar y salir sin más requisito que encontrar la puerta franca ó utilizar una llave que se lleva por lo comun en el porta monedas.

El autor del cuadro que reproducimos ha presenciado la escena en él representada, sin duda en un país donde se da á los porteros la órden de recibir amable y cortésmente á todo el mundo. Y porque ese país debe estar léjos, muy léjos de nosotros, pues todavía no se nos han pegado sus costumbres, hemos creido conveniente darlas á conocer, por si algo imitamos en lo bueno cuando tanto imitamos en lo malo.

Como obra de arte, el cuadro se recomienda por los tipos de sus personajes y la buena combinacion de estos, nada rebuscada ni confusa, á pesar de su número y de la importancia que da el autor á cada uno de ellos. A la simple vista se echa de ver su procedencia, los sentimientos de que se hallan animados y la impresion que respectivamente les causa la vista del dorado alcázar. Es un cuadro de género, pero de buen género.

TIPOS AINOS, tomados de una fotografía

Los ainos constituyen un pueblo semi-salvaje que habita las islas del Asia oriental al norte del Japon, como son la de Yeso ó Matsmai, parte de la de Saghalien, hoy perteneciente á Rusia y casi todas las Kuriles. Los ainos carecen enteramente de importancia, como pueblo, pues aparte de que su número apénas excede hoy de 15,000, están tan atrasados que ni conocen el uso de la escritura ni siquiera el de la moneda, y adoran el Sol, la Luna y los fenómenos imponentes de la naturaleza; pero ofrecen un carácter etnográfico particular que ha llamado con justicia la atencion de los viajeros y naturalistas.

A pesar de estar solamente separados de los mandchúes, tungusos, chinos y otros pueblos de raza amarilla por los estrechos brazos de mar que bañan á oriente toda la extension del continente asiático, tanto por su configuracion física como por su lengua y costumbres difieren absoluta y radicalmente de dicha raza, y principalmente por su abundante vello, poblada cabellera y espesa barba, que en los chinos y mogoles es sumamente escasa, como nadie ignora. Por lo demás, tienen las mismas preocupaciones y prácticas supersticiosas que los otros pueblos salvajes, y á pesar de su fuerza y aspecto feroz, son tímidos y humildes con los extranjeros

EL PRESUNTO HEREDERO, cuadro por Jorge Boughton

Boughton es uno de los artistas más populares y laboriosos de la Gran Bretaña. Aunque nacido en los Estados Unidos, y siguiendo en parte la escuela de los actuales pintores norte-americanos, puede considerársele como inglés, pues hace largo tiempo que está domiciliado en Lóndres. Su laboriosidad es tal, que desde 1863, época



LA DIVA DE LA TEMPORADA, cuadro por Cárlos Kahles



UNA DIPUTACION RURAL, cuadro por Fernando Brutt

en que se dió á conocer en el Instituto Británico, con su cuadro «Pasando á la sombra,» apénas ha trascurrido año sin que presentara dos, tres ó más lienzos en las exposiciones y galerías inglesas y norte americanas, obteniendo siempre aplauso y honrosas recompensas. Sus obras descuellan por un sentimentalismo que, sin degenerar en melancolía, agradan sobremanera al público inglés, y de ello es una prueba el que reproduce nuestro grabado, cuyo título expresa lo suficiente para hacer innecesaria su descripcion. Boughton es aún jóven, y dada su inteligencia y su estudiosa actividad, todavía puede seguir conquistando los lauros á que su talento le hace acreedor.

UNA JAURÍA, cuadro por H. Weir

Los numerosos aficionados á la cinegética han de encontrar bellísima esta composicion. Ellos solos pueden apreciar el mérito de esa jauría que se lanza valientemente en seguimiento de la res fugitiva.

Los cazadores no han podido seguir en su veloz carrera á esos animales exaltados por él ¡alalí! y más aún por la presencia de su enemigo, por más que duela tener que llamar con ese nombre muchas veces á algun pacífico ciervo, cuya inofensiva tranquilidad turba el hombre siempre que puede, por el solo placer de matarle de una manera que no prueba ciertamente gran blandura de corazon.

Pero dejando aparte la filosofía de la caza, hay que reconocer que la de reses mayores tiene detalles interesantes, y uno de ellos es cuando la pieza acosada se arroja al agua, creyendo interponer una valla insuperable entre ella y sus perseguidores. ¡Inútil esperanza! La jauría no renuncia á su presa; lánzase á la corriente guiada por su misma rival; las distancias se estrechan; por donde pasaron los perros, pasan en breve caballos y jinetes; y á los pocos instantes el fugitivo es acorralado y el cuchillo de monte termina la obra de los caninos.... ¡Ya espiró la res!.... ¡Satisfaccion suprema de los cazadores!... *¡Tableau!*

No hay que criticar la caza: por ahí empezaron los primeros pobladores del mundo; pero si este fuera el argumento capital de la cosa, tendríamos que confesar que las etapas del progreso humano han debido ser casi imperceptibles, puesto que Nemrod seria considerado hoy un *lyon* de primera fuerza.

NI TANTO NI TAN CALVO

(Continuacion)

VARGAS

Nos hemos encontrado aquí, y ya nos conocemos.

SANCHEZ

Oh! yo le conozco á Vd como si le tratara hace veinte años... Le conozco bien y le aprecio de véras!... *(Sigue hablando Sanchez con las dos hermanas.)*

VARGAS

(¿Qué interés tiene esta gente en intimar conmigo? Este señor Sanchez ni maltratado por mí abandona su empeño... ¿Habrá dado informes D. Julian sobre el aumento de mi fortuna?... ¡Hum! ¿Se querrá hacer conmigo un negocio y será ese el corredor?... ¿Cual será el corretaje? ¿Parte de mi dinero? ¿La mano de la rubita?.. Cachaza y mala intencion...)

CLOTILDE (A Vargas)

Tiene gracia, tiene gracia, Sr. de Vargas, la manera de entrar Vds. en conocimiento...

SANCHEZ

No oye: á lo mejor se queda así embelesado y no le saca de su distraccion un cañonazo...

VARGAS (mirando fijamente á ambas hermanas.)

(No y la verdad es que son á cual más bonita... ¡Qué cuerpos tan perfectos!... ¡Qué colores tan hermosos!.. ¿Si se pintarán?)

JULIA (para sí)

(Es muy buen mozo.)

CLOTILDE

Pero Sr. de Vargas, vuelva Vd. á este mundo, que le estamos esperando hace un rato. Cuéntenos cómo ha hecho el viaje..

VARGAS (distraido)

(¡Qué pregunta!) En ferro-carril...

CLOTILDE

Nos lo figuramos! ¡Qué salida!

JULIA

¡Ja, ja, tiene gracia!

SANCHEZ

Es delicioso! delicioso!

VARGAS

(Se rien de mí?.. No: será de alguna sandez que ha dicho Sanchez... La viudita es preciosa y no me pesaría hacerla reir de véras. Está visto: no escarmiento ..)

CLOTILDE

(No hay forma de hablar con este hombre.) El tio le querrá á Vd. mucho. Vaya! Dice que es V. tan amable... que tiene tan buena conversacion.

VARGAS

¿Yo? Señora! No lo crea Vd. Todo ello es amabilidad... (Pero esta amabilidad... Hum... Bien sospechaba yo. Complot de familia para atraparme... D. Julian les ha escrito que soy rico... Con razon he debido yo sospechar siempre de D. Julian.)

CLOTILDE

Y ¿piensa Vd. establecerse aquí?

VARGAS

(No lo dije?) Aún no sé lo que haré.

CLOTILDE

Madrid es muy hermoso.

VARGAS

(Otra.) A mí me gusta Sevilla.

CLOTILDE

Tendrá Vd. allí algo que le atraiga...

VARGAS

No señora... (Trata de averiguar mis secretos...) *(Siguen conversando en voz baja.)*

SANCHEZ

Tengo que hablar sériamente con Vd.

JULIA

Pues ya puede Vd. empezar.

SANCHEZ

Ha de ser cuando estemos solos.

JULIA

¿Porqué?.. (Es muy guapo ese Sr. de Vargas.)

SANCHEZ

(¡Qué inocente es esta muchacha!)

VARGAS

(Tiene esta mujer una gracia qué marea... Parece tan buena, tan .. Finge de una manera admirable!)

CLOTILDE

¿Calla V.? Claro! Como que no sabe Vd. qué contestar. Alguna sevillana le ha trastornado á Vd. la cabeza.

ESCENA V.

Dichos y FELIPA.

FELIPA

¿Señora?

CLOTILDE

¿Qué?

FELIPA

El administrador de Carabanchel y su niña... Los he hecho pasar al cuarto de diario por si la señora no queria recibirles aquí.

CLOTILDE

Mira, Julia, vé á verles un momento y dale cinco duros á la niña. Mañana es su santo y por eso es la visita de hoy. Acompañe V. á mi hermana si quiere, amigo Sanchez.

SANCHEZ

Con mil amores. *(Ofreciendo el brazo á Julia.)*

VARGAS

(Busca pretextos para quedarse á solas conmigo...)

SANCHEZ

Vamos á ver á ese íntegro administrador rural y á su *vástaga*... (Así podré hablar con Julita sin testigos en cuanto ellos se marchen... ¡Qué pillo soy!)

JULIA

Señor de Vargas... *(Dándole la mano con coquetería)* (Lo dicho: es muy guapo este caballero.)

SANCHEZ

(Qué modosita es esta muchacha, hasta para saludar!)

ESCENA VI.

CLOTILDE Y VARGAS (Este se abandona como siempre á sus reflexiones: ella le mira primero con sorpresa y despues con aire burlon.)

VARGAS

(Es divina! ¿Si estaré yo enamorado?—Diablo! ¿Y porqué no he de hacer la última prueba de declararme á esta mujer y ver si efectivamente es como las demás? Me quiere... ó dice que me quiere? Bien. Siempre hay tiempo de estudiarla, conocerla y dejarla. ¿No me quiere y lo confiesa ingénuamente, por descuido ó por cálculo? Mejor que mejor!)

CLOTILDE

Cualquiera diria que mi broma le ha incomodado á V... Me niega V. el habla y hasta la mirada como los grandes rencorosos.

VARGAS

Perdone V.. (Hay que ser fino. Al fin es uno persona de educacion.) Perdone V. señora!

CLOTILDE

¿Porqué esta V. tan callado?

VARGAS

Verá V. qué pronto tomo la revancha... (Pecho al agua La cosa es absurda, feroz... pero á las mujeres no se las domina más que por sorpresa. Considerémoslo hasta como un estudio curioso,) Señora, despues de oirme hablar, va V. á echar de ménos mi silencio. Sepa V. que yo soy el hombre más atrevido de la tierra... Y no diga V. que no la aviso.

CLOTILDE

No le entiendo á V...

VARGAS

(Quiere hacerse la inocente.)

CLOTILDE

(Y pone unos ojos!.. Si estará loco este hombre?)

VARGAS

(Hace que se turba, adelante!)

CLOTILDE *(yendo á levantarse)*

Ay! Estaba por llamar...

VARGAS *(cogiéndola una mano)*

¡Señora! Silencio por Dios!

CLOTILDE

Ay! ¡Dios mio! Socorro!

VARGAS *(sin soltarla, pero desconcertado)*

(Qué piensa esta mujer de mí?)

CLOTILDE

Suélteme V... Mire V. que grito.

VARGAS

Ah: ya: lo de siempre Tonto de mí. *(Se rie y Clotilde que ya no podia sostenerse cae desvanecida en un sillon. Vargas se cruza de brazos y continúa sonriendo mefistofélicamente.)* En mi vida he visto un desmayo mejor fingido.

(Clotilde tiene algunos movimientos convulsivos)

Y salta! Y patalea!—¡Qué actriz!—Pues si aguarda que yo la socorra...)

CLOTILDE *(volviendo en sí)*

¡Ay!...

VARGAS

Claro! En vista de que no le hago caso...

CLOTILDE *(abriendo los ojos)*

¿Dónde estoy?..

VARGAS

(La preguntita de cajon.)

CLOTILDE *(recobrando del todo el conocimiento)*

¿Qué ha pasado aquí?

VARGAS

(Esta es la mia.) A haber yo sabido, señora, que un amor de que creia á V. enterada por D. Julian, podia causar tantos males... morales y físicos, habria encerrado mi fatal pasion en el fondo de mi pecho.

CLOTILDE

Ah!—¿Es decir que... Ah! Ah! *(Riéndose satisfecha, más que de la gracia, de la tranquilidad que recobra.)*

VARGAS

(No puede ocultar su alegría! ¡Qué desenvoltura!)

CLOTILDE

Convengamos ,amigo mio y de mi tio Julian, en que la declaracion ha sido un tanto... extraña y extemporánea.

VARGAS

(Ya trata de ponerse grave... Hipócrita!)

CLOTILDE

Yo apénas le conozco á V. y ni por mi edad ni por mi posicion estoy en el caso de entrar en relaciones que no sean serias y formales, y que aparte de concluir como Dios manda, no empiecen como la sociedad y el buen gusto exigen.

VARGAS

(Ya pide casaca. Las viudas son atroces. ¡Ya se ve! Han probado á lo que sabe el matrimonio y cuando estaban empezando á comer les han retirado el plato!. *(Pausa)* Y aquí hay que dar una explicacion ó quedar mal. Animo!) V. se hace, y me hace, muy poca justicia, Clotilde. Para amar á V. ¿es preciso verla muchas veces? Y el amor verdadero ¿puede ocultarse acaso?—No dude V. de un amor inspirado por V. misma y déme V. una esperanza siquiera.

CLOTILDE

¿Una esperanza?

VARGAS

(Ahora me va á dar calabazas póstumas para meterme más en harina.)

CLOTILDE

Pide V. tan poco, tan poco, que seria avaricia no concedérselo.

VARGAS

Ah!.. Con que... ¿puedo esperar!...
(Con sorpresa y alegría, primero, con pena despues)
(Siempre halaga una conquista como esta hecha en cinco minutos.) ¿Esto es decirme que sí? (Ya he caido en el garlito. ¡Qué desdichado soy!)

ESCENA VII

Dichos, JULIA y SANCHEZ.

SANCHEZ

Pero ¿es posible que se ria V. de lo que le digo?

JULIA

Y ¿cómo quiere V. que no me ria?

SANCHEZ

(Despues de todo, que se ria una mujer cuando uno le hace el amor, no es mala señal...)

JULIA

Ya estamos de vuelta. *(A Vargas que le ofrece una silla.)* Por Dios! No se moleste V!... Vaya, muchas gracias. *(Se sienta á su lado y Clotilde al otro lado con Sanchez.)*

SANCHEZ

(Ha ido á sentarse al lado de Vargas... ¡Qué inteligencia tienen las mujeres! Esto lo hace para que su hermana no sospeche lo que hay. Já, já! Ayudémosla.) *(A Clotilde)* Es V. el sér más encantador que hay en el universo.

VARGAS

(Volviéndose) ¿Eh?...

SANCHEZ *(bromeando, contento)*

No lo decia por V., Sr. de Vargas, palabra de honor.

JULIA *(por Vargas)*

Este hombre es de hielo; ni siquiera me mira. Y es indudablemente persona de talento: ¡qué bien se pone la corbata!

SANCHEZ

(Apénas me mira... Sigue disimulando. Y el otro bobo creerá... Pobrecillo: me da lástima.)

VARGAS

(Él la mira y ella lo tolera. ¡Infame!)

SANCHEZ

¿Quién le ha hecho á V. ese vestido tan lindo?

CLOTILDE

¡Oh! este, aunque es de casa... es del famoso Wortz, el primer modisto de Paris.

VARGAS

(Él la habla y ella le contesta... ¡Dos amantes no pueden hacer más delante de gente!)

JULIA

¿Hay mucha animacion en Sevilla, Sr. de Vargas?

VARGAS

¿Decia V?... En Sevilla?... Pche!...

JULIA

¿Cómo se divierte allí la gente?

VARGAS

La gente? Allí... cada uno como puede... (Yo sí que me divierto... Ahora han bajado la voz... Temen sin duda que yo los oiga...)

JULIA

¿Se hace vida de sociedad?... ¿Se dan algunos bailes fuera del tiempo de la feria? ¿Los pollos son ménos sosos que los de Madrid.

VARGAS *(sin saber lo que dice)*

Sí, señora...

JULIA

¿Y se presentan bien?

VARGAS

¿Quién?

JULIA

Los pollos.

VARGAS

Ah! sí, los pollos... Los presentan de mil maneras; pero á mí no me gustan más que en pepitoria.

JULIA

¡Qué barbaridad! *(Cayendo en la causa del equívoco y riendo á carcajadas)* Ah! já, já, já. *(Julia explica á Vargas lo que ha pasado y él hace como que se rie)*

CLOTILDE

Bien, le concedo á V. que es feo.

SANCHEZ

Y raro.

VARGAS *(aplicando el oido)*

(¿Hablan de mí?)

CLOTILDE

Como todo lo que viene de fuera.

VARGAS

(Justo! De mí hablan!)

SANCHEZ

Y llevarlo siempre detrás!...

CLOTILDE

Bien, pero cuando una se cansa, lo deja.

VARGAS

(Esto es horrible!)

SANCHEZ

A mí me parece un trasto insoportable.

VARGAS

¡Esto es demasiado! *(En el colmo de la exaltacion brincando de la silla y dirigiéndose á donde están Sanchez y Clotilde, con gran sorpresa de Julia)* Señora! Caballero. ¡Todo lo he oido! ¡Chist! Ni una palabra! Yo seré feo... y raro... y como vengo de fuera seré tosco y patan... Y usted no querrá llevarme detrás... Es muy justo. Pero de esto á que un mequetrefe me llame trasto y á que V...

SANCHEZ

Ah! Já, já!

CLOTILDE

Já, já!... Qué bueno ha sido esto!

VARGAS

¡No unan Vds. la befa á la insolencia! Ni V. porque me conoce hace un cuarto de hora, ni Vd. porque yo le haya hecho el amor, tienen derecho para burlarse de mí!

CLOTILDE

Señor de Vargas...

VARGAS

Podia V. haberme dicho que estaba en relaciones con este señor...

SANCHEZ

¡Conmigo...! Julita, por Dios ¡no lo crea V.! (Pobrecita! Se ha demudado!)

CÁRLOS COELLO

(Continuará.)

LOS MONUMENTOS DE VALLADOLID

Asentada en la orilla izquierda del Pisuerga, con una industria floreciente y mostrando en su aspecto el constante progreso de las modernas construcciones, que le dan cada dia un aire más al uso, la antigua corte de Felipe III merece todavía el interés del arqueólogo y áun del mero curioso, aficionado á los goces é ideas que despierta la contemplacion de los monumentos artísticos.

La mayoría de estos pertenecen á dos períodos de transicion: el de la transicion románico-ojival y el de la de este último estilo al del Renacimiento. No faltan, sin embargo, muestras del románico puro, como la torre de la Antigua, del gótico del segundo tipo, ó sea del XIV, como los ábsides menores de S. Pablo, y del greco-romano, como la catedral, obra de Herrera.

Con ser, no obstante, algunos de estos edificios del mayor interés, no constituyen el principal atractivo de Valladolid, bajo el punto de vista artístico. Lo peculiar y original, lo que le da una excepcional importancia, es la escultura castellana de los siglos XVI y XVII, que tal vez no puede estudiarse en parte alguna con la variedad y riqueza de datos que en esta ciudad. En cambio, la pintura tiene en ella escasa representacion.

Comenzando por la arquitectura, ocupa el lugar preeminente, á todas luces, la iglesia de Santa María de la Antigua. Es una construccion empezada en el siglo XII, y ya al final; á lo ménos, juzgando por lo que de este primer orígen conserva, como son la torre y el pórtico ó claustrillo del N. (no quedando al parecer, resto alguno de la fundacion del XI).

Continuada y cubierta en el XIII, fué alterada posteriormente sólo en partes de poca importancia, salvo en el retablo del altar mayor y en los desgraciados remiendos churriguerescos de costumbre. Gran porcion del templo desaparece hoy bajo estos remiendos y pegadizos que lo rodean, no dejando libres más que algo de los ábsides y del muro de Poniente, con un roseton románico, el pórtico tapiado del N., en este mismo estilo, los pináculos, el pretil de cuadrifolios que los enlaza y sobre todo la esbelta torre, cuya base oculta sin embargo la pared con que se la ha reforzado exteriormente. Esta torre, colocada á los piés y fuera de la iglesia, y como adosada al muro del O. (no sin cierta irregularidad, que hace sospechar si quizá la iglesia actual no es la primitiva), es algo semejante á las de Segovia y una de las más interesantes de España, mostrando en opinion de Street y del Sr. Riaño, cierto carácter lombardo (superposicion de pisos muy parecidos, carencia de contrafuertes, abundancia de cornisas, etc.) y está decorada en sus capiteles, archivoltas é impostas, con ajedrezados, puntas, dientes y demás motivos usuales; sus arcos—dos en el piso inferior y en el superior y tres en el central—son de medio punto; la planta es cuadrada; y adorna cada una de las cuatro aristas una columnita en cada piso. La cubierta es piramidal, sumamente aguda y de tejas puestas en forma de escamas.

El interior del templo pertenece á la arquitectura del XIII, si bien con recuerdos románicos, y es muy sencillo. Consta de tres naves, terminadas por sus correspondientes ábsides poligonales; el crucero no sobresale sino por la altura de la bóveda, igual á la de la nave central; el ábside del S. tiene una reja del XVI, compañera del púlpito; otra reja gótica, más sencilla, cierra la capilla bautismal, construida despues en este mismo lado y cuyo retablo de pintura antigua es interesante; á los piés se levanta el coro sobre un arco rebajado, con su pretil gótico del último tiempo; y en el ábside central, en medio de una sillería del Renacimiento y de hermosos azulejos que llevan en relieve las águilas imperiales, se levanta el famoso retablo de Juan de Juni, una de sus obras principales, hecho para competir, se dice, con el que Berruguete destinó á San Benito, y en cuyas estatuas y relieves aparecen en efecto las actitudes un tanto violentas de este último y célebre maestro.

A la torre de la Antigua, imita sin duda alguna la de San Martin, iglesia completamente reedificada y sin importancia actual, fuera de aquella construccion, cuya parte inferior pertenecerá tal vez á la segunda mitad del XII, pero que en sus otros dos pisos, cuyos arcos son ya apuntados, ofrece todo el carácter del XIII.

Al mismo modelo obedeció probablemente la primitiva Colegiata, ó más bien la segunda (si es cierto que la primera fué la Antigua, fundada ántes que aquella por el conde Pedro Ansurez tambien), destrozada por Herrera en el siglo XVI para erigir la Catedral, al crear Clemente VIII la sede de Valladolid, aumentando la jerarquía de este templo. A juzgar por los restos que de él quedan aún, ya en las sacristías, sala capitular, y otras dependencias actuales, ya en los canecillos y ventanas de algunos muros del N. y el O., ya en las ruinas de los pilares y de la torre, que pueden verse en el corral adjunto y desde el campanario de la Antigua, debió ser una iglesia de transicion románico ojival, con tres naves y su correspondiente torre románica al pié, al modo de su predecesora. El corral mencionado no es otra cosa que buena parte de su planta; y al N. se abria probablemente una capilla, construccion hoy desfigurada y completamente ruinosa, cuya fecha no parece posterior á la primera mitad del XIII. Subiendo al piso superior de ella y recorriendo desde aquí las cubiertas posteriores de este lado, se descubren algunas ventanas del más puro y primitivo estilo gótico. Lástima que, ora por abandono y menosprecio, ora por sacrificarla á las necesidades de la nueva Catedral, se haya dejado perder uno de los más interesantes templos de Valladolid!

No debia ser de esta opinion Herrera Su obra, de que sólo hay concluida como una cuarta parte, ó sea desde los piés hasta el arranque del crucero, corresponde de lleno á ese estilo, más pesado que sólido, más enorme que grandioso, más frio y sin jugo que severo, que todavía nos obstinamos en admirar en el Escorial. En cuanto á sus extraordinarias dimensiones, pueden calcularse por el modelo de madera que se conserva en las dependencias de la sacristía, con algunos interesantes dibujos del mismo Herrera y otros arquitectos. La fachada principal, decorada por Churriguera, no tiene importancia. En el interior, algunas puertas platerescas del XV al XVI, la noble custodia greco-romana de Juan de Arfe, compañera de la de Avila, un cáliz gótico, un soberbio dosel y algun que otro cuadro, singularmente el hermoso retrato por el Greco, que se admira en el oratorio de la sacristía, es todo lo que merece recordarse.

De los estilos del XV y del XVI, ó más bien del último período gótico, del Renacimiento y el plateresco, ofrece Valladolid gran número de construcciones: desde San Benito (XV), cuya hermosa sillería y destrozado retablo, obras de Berruguete, se custodian en el Museo, hasta el Palacio de Lerma (XVII), pesada imitacion del primer Renacimiento, en tiempos en que ya era esto un arcaismo, gracias al imperio universal del greco romano. La Magdalena, el Salvador, el Rosarillo, Santa Clara, Santa Isabel, la Concepcion, el hospital de Esgueba, el de Dementes, el Colegio de Santa Cruz (hoy Museo), las casas del Sol, de Fabio Nelli, etc. etc. son ejemplares, más ó ménos puros y de mayor ó menor importancia, de todas las diferentes fases por que ha ido pasando nuestra arquitectura desde el siglo XV hasta dar en el estilo greco-romano. Conviene recordar, de paso, la portada mudejar de ladrillo, tapiada hoy, junto á la Magdalena, y que, con la preciosa ventana del primer patio de S. Gregorio, constituye tal vez el único resto de este género, cuyo influjo, sin embargo, se advierte en algunas otras construcciones, v. g. en la torre del Salvador.

Pero hay dos edificios cuya fama es tal, que no cabe dejar de hacer de ellos particular mencion: cuantos conozcan, siquiera de oidas, á Valladolid, comprenderán que esta alusion se refiere á San Pablo y San Gregorio. Ambos están contiguos, formando una informe mole de construcciones ó más bien de destrucciones y ruinas, parte de las

cuales habitan, no sin riesgo, varias dependencias del Estado.

La iglesia de San Pablo procede del siglo XIII; pero de esta época no conserva más que algunas ventanas y los ábsides, construidos en un estilo que domina en toda esta region de Castilla,—v. g. en Burgos—y Street reputa oriundo de Poitou y Anjou: si hubiese podido entrar en este templo, probablemente le habria sorprendido tal semejanza. El resto está todo reedificado en el XV, por el famoso inquisidor Torquemada, perteneciendo á esta época la fachada, no ménos famosa, ó al ménos, su parte inferior, que es gótica del último estilo, de composicion pesada y recargadísima y de sabor completamente aleman en las estatuas, doseletes y pormenores, muchos de los cuales son por lo demás excelentes: todo ello se explica si es cierto que los arquitectos de esta fachada fueron Juan y Simon de Colonia, á quienes dieron entónces gran celebridad sus numerosas é importantes obras en Burgos. Las estatuas antiguas ¿serán tal vez de algun discípulo de Gil de Siloe, cuyo influjo no fué ménos grande en esta region? De más es decir que no cabe confundirlas con las que se han puesto, para completar las que faltarian, probablemente, en la reedificacion de Lerma.

Si la portada de San Pablo resulta pesada, más por la exuberancia de los pormenores que por la escasa gracia de sus líneas generales, la de San Gregorio ofrece igual defecto, en sus formas y proporciones, muy poco felices, abultadas y sin gallardía. Sin embargo, su principal arco, canopial, como era á la sazon de rigor, no es tan desgarbado como el que cobija la puerta de San Pablo. El estilo de la fachada es plateresco, combinándose ambos elementos, gótico y Renacimiento, á veces con fortuna; y segun debe colegirse, sus estatuas, relieves y filigranas, por lo comun inferiores á los de la iglesia contigua, son ya á veces ménos germánicos; v. g. en los niños que profusamente se entrelazan por casi toda la fachada, y que ofrecen un no sé qué de Renacimiento italiano.

En el primer patio de este edificio está la linda ventana mudejar de que ya se hizo mencion y cuyos estucos mezclan la decoracion árabe con la del *cinquecento;* pero la celebridad del patio grande la ha oscurecido. Este otro patio, plateresco tambien, es quizá más pesado aún que la fachada, aunque riquísimo, sobre todo en el cuerpo principal, cuya decoracion suntuosa recuerda ese estilo de *pasamanería*, que ostentan muchos monumentos portugueses de igual época. El cuerpo bajo es pobrísimo de líneas; y el conjunto, tan flojo como el del Infantado, en Guadalajara, y tal vez más desigual, áun cuando sus pormenores son más esmerados. La gran escalera sigue iguales formas; los casetones de las paredes están colocados con muy dudoso gusto; la inclinacion de los dibujos del pretil fatiga el ojo, y la fantasía sólo descansa gratamente al contemplar el hermoso artesonado morisco que la cubre y á través del cual se entrevé ya, por desgracia, el cielo. Otros ricos artesonados, de gusto ménos puro, hay en los salones del antiguo colegio, así como algunas puertas y ventanas góticas flameantes. En cuanto á la capillita, situada en la planta baja, tiene un vestíbulo, un púlpito y un coro alto tambien interesantes; pero todo ello ha sido restaurado con escaso acierto. Verdad es que, por lo comun, diciendo «restaurado,» ya puede ahorrarse la segunda parte de la observacion.

El edificio es fundacion de Fr. Alonso de Burgos, obispo de Palencia; su retrato, arrodillado delante del Santo titular, se ve en el tímpano de la portada, y sus lises pululan doquiera hasta un grado insoportable, mezclándose en la fachada con las armas de los Reyes Católicos. El arquitecto, segun la tradicion, fué español y se llamaba Macías Carpintero.

El colegio de Santa Cruz, ménos famoso que estos dos edificios, mereceria tambien alguna descripcion especial; pero su principal interés está en las estatuas y relieves que, á título de Museo, encierra y que dan medida de lo que ha sido nuestra escultura castellana del Renacimiento, desde Berruguete á Jordan. El edificio, fundacion, como su homónimo de Toledo, del cardenal Mendoza, y como él obra tambien de Enrique Egas, tiene una fachada del Renacimiento, aunque con grandes contrafuertes, un tanto pesados. Los balcones son posteriores, como lo confirma la vista de todo el frente que hay en un retrato (bastante malo, por cierto) del fundador, al pié de la escalera. El patio es de tres pisos, en lugar de dos, que es lo más frecuente, y tiene cierta nobleza, á pesar de la opinion de Street. Verdad es que éste rara vez encuentra ocasion de aprobar obra alguna del Renacimiento.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS



TIPOS AINOS, tomados de una fotografía



EL PRESUNTO HEREDERO, cuadro por Jorge Boughton

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 9 DE JULIO DE 1883 — NUM. 80

JOVEN PESCADOR VENECIANO, cuadro por E. Ost

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Un inglés perdido.—Diferencia entre el gobernador de Madrid y el comisionado de Inglaterra en Egipto.—Consulta hipotética al comercio de Madrid.—Un anuncio original.—Los cinco piés.—*El monstruo del Ganges*.—Receta masónica.—La zorra de la fábula.—Cuestion gramatical.—Limpieza de la lengua.

No solamente es Madrid una capital donde se pierden algunas mujeres, sino que tambien de vez en cuando suele darse el caso de que se pierdan los ingleses.

Todas las personas que viven abrumadas bajo el peso de muchos acreedores calificarán de solemne paradoja esta afirmacion mia; pero nada hay tan cierto como lo que acabo de decir.

Y aún puedo añadir más: la desaparicion de un inglés ha venido á abrir estos dias ante los ojos de los aficionados á ganar dinero sin gran esfuerzo de trabajos corporales ó intelectuales, una hermosa perspectiva, al extremo de la cual, como en lo último de un palo de cucaña, se encuentran un premio de quinientas pesetas y otras gratificaciones de ménos cuantía.

Excuso afirmar que multitud de gente se ha echado á la calle en busca de ese inglés, llegado á Madrid procedente de Córdoba el dia 26 de mayo último, y perdido despues para el cónsul de la Gran Bretaña, para el gobernador civil de la provincia de Madrid y para todas las demás personas que se interesan por la vida del súbdito de Inglaterra.

Realmente, aparte del interés de humanidad laudable y meritorio que hay siempre en buscar á cualquier persona que se haya perdido, y de la cual se sospeche que ha podido ser víctima de algun crímen tenebroso, el lujo de requisitorias que aquí se ha desplegado para dar con las huellas del súbdito de la reina Victoria, parece una severa leccion dada al inglés de la comision sanitaria de Egipto, para quien la salud y la vida de las personas valen mucho ménos que un cargamento de algodon ó una remesa de cacao.

Si la lógica de los hombres no cambiara á medida que cambia la latitud terrestre, y si un español encargado del Gobierno de Madrid pudiera razonar del mismo modo que un delegado de Inglaterra en el país de los Faraones, el señor conde de Xiquena habria llamado á los comerciantes de Madrid para consultarles lo que debia hacer en vista de la misteriosa desaparicion de ese inglés, que, como una aguja en un pajar, buscan hoy muchos madrileños por toda la capital y sus alrededores.

—Vamos á ver,—habria dicho nuestra primera autoridad civil á los prohombres del comercio madrileño.—¡Vamos á ver!.... ¿ustedes creen que van á vender más géneros, que realizarán más pingües ganancias, que verán crecer el contenido de sus arcas con mayor prosperidad, si yo pongo todo mi empeño y todos los recursos indagadores de que puedo echar mano para que se descubra el paradero de un inglés perdido entre el *maremagnum* de esta capital de España?

Estoy viendo con la imaginacion la respuesta de los comerciantes.

Unos se habrian encogido de hombros, como diciendo:

—¿De qué inglés se trata?

Otros habrian exclamado:

—¡Hombre!.... ¡nosotros somos precisamente *ingleses* para mucha gente que nos debe dinero!

Y los más, puestos por los periódicos al corriente del caso misterioso hubieran contestado:

—Los intereses del comercio son muy respetables; pero lo son mucho más las vidas de los hombres.... No creemos que el descubrimiento y el castigo del crímen—si acto criminal existe—que se haya cometido con ese inglés, proporcionen á los comerciantes ingresos extraordinarios; pero aunque fuera lo contrario, nosotros somos de opinion que se debe apurar hasta el último recurso á fin de poner en claro este acontecimiento sobre el cual parece que han caido todas las nieblas del Támesis.

* * *

El gobernador de Madrid no ha tenido, sin embargo, necesidad de hacer esa consulta; y aunque sabe que su indiferencia por la desaparicion en Madrid de un súbdito inglés no habria traido sobre la humanidad tantos males como la indiferencia del comisionado de Inglaterra en Egipto, el cual con su excesivo amor á las mercancías procedentes de la India ha sido capaz de abrir un boquete al cólera que ántes de visitar las pirámides y extasiarse en la contemplacion de las sinuosidades del Nilo está segando millares de cabezas en las poblaciones inmediatas á Alejandría, el gobernador de Madrid, repito, ha mandado fijar en multitud de esquinas de esta corte un anuncio ofreciendo quinientas pesetas al que descubra el paradero de Mister Malcolm Graham, llegado á Madrid en el tren correo que salió de Córdoba el dia 25 de mayo último.

Es un cartel curioso ante el cual se han agrupado todos los madrileños. En los dos ángulos superiores del anuncio iban pegadas dos fotografías del inglés en distintas posiciones.

Por ellas se ve que M. Graham, era, ó es—si aún existe,—jóven y robusto. Parece que debió cobrar una letra de alguna consideracion en Madrid. Dice el cartel que en la tarde del dia 26 se le vió despedirse de un compatriota suyo en la calle de la Montera, y que el dia 28 estuvo tambien hablando en la Puerta del Sol, junto á la Carrera de San Jerónimo, con un sujeto avecindado en Linares.

Y no se sabe ya más.

Mister Graham ha desaparecido como desaparecen en las comedias de magia, por escotillon, los personajes que estorban á los planes de un genio maléfico.

Esta magia queda interrumpida. Le falta la apoteosis, tras de la cual marchan con incansable actividad el gobernador de Madrid y el cónsul de Inglaterra, que tambien ha señalado las gratificaciones de 250 pesetas por un lado y 125 por otro, á los primeros que descubran, respectivamente, el actual paradero del inglés y la casa donde durmió en la primera noche.

Como hasta las cosas más trágicas pueden tener su lado cómico, la circunstancia de consignarse en el cartel que el *evaporado* súbdito de la Gran Bretaña tiene cinco piés ingleses, ha dado lugar á escenas de una jocosidad extraordinaria.

Claro es que hay en Madrid mucha gente ávida de ganar las quinientas pesetas del gobernador y las doscientas cincuenta del cónsul de Inglaterra.

Pero algunos se han fijado solamente en la parte literal del anuncio.

Hay quien dice:

—Pues señor, dado caso que ese inglés pueda encontrarse en alguna parte, esa ha de ser indudablemente en las barracas ó casas especiales donde se exhiben fenómenos.

En virtud de este razonamiento ha habido estos dias gran invasion de curiosos en las casas en que á són de organillo y con grandes reclamos en la puerta se enseñan excepcionales séres humanos.

Se han oido estas conversaciones:

—Diga V., ¿qué se enseña aquí?

—Una giganta eléctrica.

—¿Nada más?

-Nada más.

—Júrelo V.

—¡Lo juro!

—Pues... no me conviene la giganta.

En otra parte.

—¿Me hace V. el favor de decirme qué fenómenos hay en este establecimiento?

—Pues mire V., caballero; tenemos una mujer gorda y un niño de dos cabezas....

—¿Y no hay otra cosa?

—¿Qué quiere V. más?

—¡Estoy buscando un inglés que tenga cinco piés y no lo encuentro por ninguna parte!

* * *

Comprendo que estas cosas le pongan á uno colérico mucho ántes de que el cólera nos envie su fúnebre tarjeta.

No hay que asustarse. Parece que los consejos de Sanidad velan por la conservacion de la salud pública.

Los hilos del telégrafo son, sin embargo, tan indiscretos que todos los dias vienen á turbar nuestra tranquilidad con las noticias de los fallecidos en los puntos donde el *monstruo del Ganges* (figura retórica antiquísima) hace sentir la agudeza de sus garras.

Si el cólera fuera visible como una persona, tal vez podríamos adoptar con él medidas corteses que le obligaran á decir:

—Estos españoles, siempre tan galantes..... ¡Está visto que no se puede negar nada á la hidalguía castellana!

Y con tal que le prometiéramos el pasaje gratis en ferro-carril, quizá se volviera á su punto de orígen, tal como un conductor de tranvía que hace á la una de la noche su último viaje desde la Puerta del Sol á su cochera, despues de haber estado todo el dia yendo y viniendo por el mismo camino.

Pero el cólera es invisible, y como los muertos de D. José Zorrilla, se filtra hasta por las paredes.

Un amigo mio que ocupa en la masonería española un elevado cargo, me ha dicho que si acaso llega el cólera á Madrid quiere desentenderse de todas las recetas que dicten los médicos y probar sobre el cólera los recursos de la asociacion masónica.

Su teoría es la siguiente:

—La India es un país misterioso, lleno de secretos y de asociaciones tenebrosas..... Es muy posible que el cólera pertenezca á la sociedad masónica. Yo me dejo atacar, y en cuanto noto los primeros síntomas hago al aire unas cuantas señas con los dedos. ¡Verás cómo entónces desaparecen los retortijones y los calambres y me quedo en un estado de placidez tal como lo puede experimentar el que nunca se ha visto asediado por enfermedad alguna!

* * *

Esta receta de mi amigo podrá surtir efecto ó ser tan ineficaz como tantas otras.

Yo la entrego á la publicidad porque no me gusta reservarme nada que pueda redundar en provecho del público.

Lo cierto es que hoy por hoy, lo más conveniente es hacer uso de preservativos fabulosos, es decir, de aquellos que consisten en imitar á la zorra de la fábula.

¡No comer frutas verdes!

* * *

Cuestion gramatical:

Significando la palabra *cuarentena*, cuarenta dias, como docena, doce, y veintena, veinte, etc., ¿está bien dicho:—Los buques harán una cuarentena de cinco, siete, ó quince dias?

Aun dentro de este absurdo de locucion ¿no valdria más decir: Tantos ó cuantos dias de *cuarentena*, lo cual significaria que de la cantidad *cuarenta* señalada como tipo se tomaban algunas partes?

Yo expongo sencillamente la cuestion.

Y si álguien me dice que no es propia de las azarosas circunstancias por que tal vez atravesaremos dentro de poco, si eso de las cuarentenas no se lleva con rigor absoluto, le contestaré:

—Esta cuestion gramatical es de gran actualidad, puesto que si la Academia limpia, fija y da esplendor y si la mayor parte de las enfermedades se conocen por la lengua, lo más prudente hoy por hoy es abogar por la limpieza.... de la lengua.

PEDRO BOFILL

Madrid 6 de julio 1883.

NUESTROS GRABADOS

JÓVEN PESCADOR VENECIANO, cuadro por E. Ost

Del mar y de la tierra pudiéramos decir que son el contraste de la creacion. Este contraste trasciende á los hombres especialmente afectos á las faenas de uno y otro elemento. Es imposible confundir un marino con un labrador.

No consiste solamente la diferencia en las huellas físicas que en uno y otro individuo han dejado el sol y la tempestad; sino que su ademan, su mirada, el todo de su continente, establecen una diferencia esencial entre el hombre de tierra y el hombre de mar. Nosotros nos permitimos opinar que esa diferencia proviene de la esencia de sus respectivas faenas.

El labrador, obligado á cultivar la tierra, ora siembre, ora riegue, ora coseche, dobla el cuerpo sobre el terruño, y su pensamiento, como su mirada, abarcan simplemente el pequeño espacio de su accion.

El marino, por el contrario, tiene por objetivos el mar y el cielo: al tender la vista sobre el primero, se encuentra con el espacio insondable; al fijarla en el segundo, se halla con la inmensidad.

A los ojos del primero todo es pequeño, ruin, limitado, porque su más limitada inteligencia no le permite abismarse en los arcanos grandiosos, en las consideraciones profundísimas á que se presta la más sencilla evolucion de la naturaleza.

A la imaginacion del segundo todo cuanto la hiere reviste la forma más grandiosa del poder de Dios; las olas que llegan hasta las nubes, las nubes que descienden hasta las olas; el rayo sobre la frente, el abismo bajo los piés.....

Forzosamente el espíritu del marino ha de ser superior al del hombre del campo; forzosamente esa superioridad ha de trascender á la mirada, á los ademanes, al continente todo del hombre de mar.

Aplíquense estas consideraciones á nuestro *jóven pescador*, y se echará de ver en seguida cuán acertado ha estado su autor en la reproduccion de este tipo simpático en medio de su rudeza; pero á pesar de su candidez y humildad, dispuesto á ser un grande hombre, á pesar de vegetar en la ménos considerada clase de las clases sociales.

Es indudable: el mar imprime carácter á sus hijos.

En la frente del marino se lee esta frase:

¡Dios sobre todo, y adelante á todo trance!

CAMPAMENTO DE GITANOS, cuadro por F. Bhom

El asunto de este cuadro es simpático. Una familia, más numerosa que acomodada, ha sentado sus reales al aire libre, y á falta de recursos tiene buena salud, alegría y perfecto acuerdo entre sus individuos. Aunque su semblante y el conjunto de sus personas revelen una procedencia de raza especial, sin mezcla y no ciertamente de las más cultas y pulcras, apreciados exteriormente esos individuos no son más repulsivos que otros mendigos, como ellos harapossos y como ellos desaseados y de nada tranquilizador ni simpático aspecto.

¿En qué consiste, sin embargo, que á los unos se les hace la limosna de un óbolo ó de un consuelo por el amor de Dios, y de los otros se huye el contacto, se evita la presencia y hasta se les manda muy enhoramala cuando tienen la osadía de ofrecernos sus singulares servicios? Véase nuestro cuadro; la soledad rodea á sus personajes: no haya miedo que nadie les interrumpa como no sea para arrojar una piedra al tranquilo grupo. Y si esa piedra càusa daño de mayor ó menor consideracion, no tema el agresor que se levante la voz de ningun hombre honrado para criticar su punible conducta.

¡Pobres gitanos! Su mayor delito consiste en serlo.

Y sin embargo, el trato público, con referencia á esos infelices, ha mejorado sensiblemente, si bien no todo lo que, por compasion siquiera, debiera ser. Segun el *Memorial de los Pirineos*, hubo ocasion en el país vasco, en que matar á un gitano no era más ilícito que matar una gacela ó un venado, y segun relata Greellmann, en cierta partida de caza real figuró entre las *fieras muertas* una infeliz gitana y el hijito que estaba amamantando....

¡A cuán criminales extremos conduce el fanatismo y la ignorancia!... Naturalmente que esos párias han de sentir odio profundo hácia una sociedad que de tal suerte les rechaza de su seno, y en desquite se dedican, entre otras malas artes, á predecir el destino, con lo cual producen frecuentemente tantos disgustos de familia, que ellos solos les vengan de cuanta hiel llevan tragada y continuarán tragando!

UNA DISTRACCION DOLOROSA,
estatua por Mariano Benlliure

Travieso y distraido como todos los de su clase, el monaguillo de nuestro grabado ha manejado con sumo descuido el incensario, imprimiéndole oscilaciones sobrado bruscas; y desprendiéndose de éste una ardiente brasa, le ha causado en los dedos una respetable quemadura que no debe haberle sabido á almíbar á juzgar por la contraccion de sus músculos faciales y por la prontitud con que aplica el usual remedio á los dedos lastimados, chupándoselos con fuerza.

El autor de esta bonita estatua es jóven, muy jóven, pues apénas tiene 21 años, mas por sus pasmosos adelantos en el arte escultórico, por su asiduidad y por su genio y aptitud, ha llegado á ponerse al nivel de otros artistas de edad más madura. Hijo de la pintoresca Valencia, se halla actualmente en Roma dedicándose con tanto provecho como talento al noble arte en que tan pronto ha sabido descollar, y en la actual exposicion de París está llamando con justicia la atencion otro precioso grupo del que se ha ocupado con encomio nuestro colaborador el Sr. Gener en la *Revista* publicada en el número anterior. Siga así el Sr. Benlliure, y no dudamos que su nombre figurará muy pronto entre los de los escultores más aventajados.

MIGUEL ANGEL, estatua por O. Tabacchi

En la exposicion de Bellas artes últimamente celebrada en Roma ha figurado con razon en lugar preeminente la hermosa estatua de Miguel Angel, obra de Odoardo Tabacchi, escultor ya conocido por otros trabajos notables, y entre estos por el magnífico monumento erigido en Milan á la memoria de Cavour. Dicha estatua tiene dos metros de altura y está vaciada en bronce. La figura del insigne pintor, escultor y arquitecto es imponente, y el Sr. Tabacchi lo ha representado de edad algo avanzada, y en actitud de desenrollar uno de sus admirables planos. Su aspecto atrae verdaderamente, y de seguro que cuantas personas contemplen esta estatua, no podrán ménos de exclamar: «Esta es la genuina personificacion del gran artista; así me lo he representado siempre.»

LA DOBLE NODRIZA,
cuadro por Heywood Hardy

Tienen, por lo general, las composiciones inglesas, aparte su esmerada ejecucion, un tinte melancólico producido, bien por la índole del asunto que tratan, bien por la manera de tratarlo el artista. Diríase que en la inspiracion de la mayoría de sus pintores influye la tristeza del sol de Lóndres.

El cuadro que publicamos es en extremo sencillo é interesante; es un verdadero idilio en que ni una sola de sus figuras deja de ser simpática; hasta de la vaca y de su becerrito podria afirmarse que se hallan perfectamente poseidos del importante papel que están llamados á desempeñar en la granja.

Todo en ese dibujo es hermoso y apacible, y sin embargo parece como uno de esos cielos en que el sol no puede luchar ventajosamente con las nubes que ha acumulado la tempestad. Y es que entre sus personajes hay una agraciada jóven en quien la enfermedad se ha cebado con rigor, dejando quizás en su pecho la funesta huella de ese mal horrible, misterioso, implacable, que parece herir preferentemente á las criaturas más perfectas. Así se comprende el afan con que se ha buscado una res que alimentase y fortificase á la delicada jóven, y hé aquí á la apacible vaca dispuesta á compartir su leche entre la enferma y el becerrillo.

El hombre, que frecuentemente lleva su orgullo de rey de la creacion hasta la crueldad con los animales, debiera mejor tener presente cuánto y cuánto les debe. Un vaso de leche de esa hermosa vaca vigorizará, probablemente, la abatida naturaleza de nuestra bella enferma; al paso que el saludable calor de la lana que cubre su pecho, vellon de un pacífico carnero, facilitará un sudor favorable á la dilatacion de sus atrofiados pulmones. Renacerá entónces la salud y será el encanto de los salones, luciendo ancha falda de crujiente seda, elaborada pacientemente por unos humildes gusanos, bien ajenos á que su obra haya de realzar los encantos de la hermosura y fomentar las inclinaciones del orgullo.

Seamos francos: el hombre podrá ser el rey de lo creado; pero, como la mayor parte de los soberanos, olvida con frecuencia que no habria reyes si no hubiera pueblos.

NI TANTO NI TAN CALVO

(Conclusion)

VARGAS

Podria V. habérmelo dicho y yo hubiera...

SANCHEZ

¡Es que...!

VARGAS

¡Me dará V. una explicacion!

SANCHEZ

Con mucho gusto—V. no sabe....

VARGAS

Salga V...

SANCHEZ *(A Clotilde)*

Verá V. cómo con cuatro palabras. .

CLOTILDE

Pero ¿para qué salir....?

SANCHEZ

Es mejor: está ciego de rabia y seria capaz... En el pasillo lo domesticaré con una sola frase... que aquí no debo decir. *(Mirando amorosamente á Julia que desgarra su pañuelo con impaciencia.)*

ESCENA VIII

CLOTILDE Y JULIA

JULIA

Pero ¿qué significa esto?

CLOTILDE

Ni yo misma lo sé. Vargas, que si no ha almorzado fuerte en su hotel, está loco de atar, me hizo ántes una declaracion.

JULIA *(disgustada)*

Sí ¿eh? Se conoce que hay epidemia de declaraciones. Sanchez me ha hecho á mí otra. No pienses que todas las declaraciones son para tí.

CLOTILDE

Y ¿qué has contestado á Sanchez?

JULIA

Nó, nada entre dos platos. Hasta consultar contigo, no he querido...

CLOTILDE

La verdad es que... el pobrecillo es muy buen muchacho y á tí no te conviene seguir por más tiempo jugando con los hombres: ya vas siendo talludita y te expones á no casarte nunca.

JULIA

¡Ay!

CLOTILDE

¿Qué te pasa?

JULIA

¿Qué me ha de pasar? Que me has asustado.—Y tú ¿qué piensas hacer?

CLOTILDE

Ante todo, vengarme de Vargas. Si está cuerdo, para que no se vuelva loco; y si está loco, para que recobre la razon: el loco por la pena es cuerdo.

ESCENA IX

VARGAS Y SANCHEZ, que aparecen y se quedan en la puerta del fondo.

JULIA

De manera que se realiza punto por punto todo lo que tú adivinaste desde que el tio Julian me mandó su retrato á escondidas?

SANCHEZ

(¿Lo ve V.? Quieto! Están hablando de nosotros.... Oiga V. y se convencerá....)

CLOTILDE

Vargas es simpático.

SANCHEZ

(¿Oye V.? Dice que es V. simpático.)

VARGAS

(Silencio.)

SANCHEZ

(Y ahora habla en confianza con su hermana que es un angelito.)

VARGAS *(con alegría)*

(Silencio! Es posible!)

JULIA

Sí, la verdad es que á tí Vargas te ha gustado siempre y que aún ántes de conocerle ya le habias tomado cariño.

VARGAS

(¿Estoy soñando?)

CLOTILDE

Antes de conocerle, le tenia cariño, es verdad y no te lo niego... Pero llegó y se condujo conmigo de un modo...

VARGAS

(Tiene razon. ¡Yo repararé mi torpeza...!) *(Dando un paso.)*

SANCHEZ

(Un momento. A ver si ahora hablan de mí en forma semejante y D. Juan Tenorio y D. Luis Megía se arrojan al mismo tiempo á los piés de D.ª Inés y de D.ª Ana.)

JULIA

A pesar de los pesares, el tuyo... porque ese es tuyo...

CLOTILDE

¿Lo sentirias?

JULIA

¿Yo?... El tuyo es mejor partido que el mio

SANCHEZ *(muerto de susto)*

(¿Eh?...)

JULIA

Sanchez es feo...

SANCHEZ

(Que yo soy feo!)

CLOTILDE

Pero simpático...

VARGAS

(¡Calma!)

JULIA

Pché... Catorce mil reales de sueldo...

SANCHEZ

(Pérfida!)

VARGAS

(Deténgase V.!) *(Sujetándole por un brazo,*

SANCHEZ

(Yo voy á volverme loco!)

VARGAS

(Animo!)

CLOTILDE

Mira, deben haberse ido á la calle cuando ya no han vuelto. Vamos á ver si los vemos por los balcones de la sala. Son capaces de pegarse en la calle.

JULIA

¿Pegar Sanchez? A lo sumo, se resignará á que le peguen.

ESCENA X

VARGAS y SANCHEZ

SANCHEZ

¡Ay!

VARGAS

¡Ay qué gusto!

SANCHEZ

¡Qué error el mio!

VARGAS

Pero ¿en qué estaria yo pensando?

SANCHEZ

¡Yo que la creia un ángel..!

VARGAS

¡Y yo que la creia un demonio!...

SANCHEZ

¡Y es un demonio!

VARGAS

No señor! Es un ángel: un ángel de candor y de inocencia!

SANCHEZ

Y de falsedad y de coquetismo!

VARGAS

Yo no tolero que insulte V. á la mejor de las mujeres!

SANCHEZ

Caballero, yo hablaba de la mia!

VARGAS

Pues de la mia hablaba yo!—Necio! Estúpido! Imbécil!

SANCHEZ

¿Me insulta V.?

VARGAS

No señor: todo esto me lo digo á mí mismo.

SANCHEZ

¡Ah! entónces, continúe V.!

VARGAS

Yo no creia en el amor ni en la amistad.. Perdon, amigo mio, perdon!...

SANCHEZ

Yo era un inocenton que juzgaba por las apariencias.. Mujeres! Mujeres!.. Cocodrilos con *polisson*, ¡ya os he conocido!

VARGAS

La amistad puede ofrecer consuelos verdaderos. Venga usted á mis brazos, amigo mio!

SANCHEZ

No... aparte V... Yo no sé quién es V. Yo todo lo veo ya negro! Yo pienso ya mal de todo el mundo! ¿Quién me dice á mí que V. no es un tomador del dos que quiere darme un abrazo para robarme el reloj y el dinero?..

VARGAS

(Pobrecillo! ha perdido la razon! Está peor que estaba yo hace un rato!)

ESCENA XI

Dichos, CLOTILDE y JULIA

JULIA *(en la puerta de la derecha, con su hermana)*

Míralos! Si están ahí! *(Avanzando y deteniéndose).*—¡Ah! ¿y qué hacemos?

CLOTILDE

Lo convenido: tú, dar á Sanchez un sí que hará su



CAMPAMENTO DE GITANOS, cuadro por F. Bhom



UNA DISTRACCION DOLOROSA, estatua por Mariano Benlliure

felicidad y la tuya, y yo vengarme en toda regla del ogro sevillano. *(Adelantándose)*—Señores...

VARGAS

¡Clotilde! *(Con alegría.)*

SANCHEZ

(Y tiene valor para ponerse delante de mí!...)

VARGAS

Deseaba ver á Vds. para pedirles perdon por mi indisculpable grosería.—A V. en particular *(á Clotilde)* debo darle una explicacion de lo que pudo hacer que me olvidara de todo.

CLOTILDE

Oigamos la confesion, señor de Vargas. Póngase V. de rodillas y vaya rezando el «yo pecador.»

VARGAS

(hincando una rodilla en tierra.)

Yo, pecador, confieso á la señora D.ª Clotilde Villanueva, viuda de...

CLOTILDE

Bajito, bajito: no es menester que se enteren los otros fieles. *(Por Julia y Sanchez. Vargas se levanta, se sienta junto á Clotilde y siguen hablando con voz baja.)*

JULIA

¿Qué hace V. ahí tan cabizbajo, amigo Sanchez?

SANCHEZ

(¡Amigo!—La arrancaria el moño...! Pero no: tal vez lo lleve postizo: seria un crímen inútil.)

JULIA

Aunque V. no me lo pregunta, le diré que he hablado con mi hermana sobre la pretension de V.

SANCHEZ

Sí ¿eh? Tengo una idea de que... (Ahora, las calabazas!)

JULIA

Clotilde, apreciando las buenas cualidades de V...

SANCHEZ

(¡Ay!)

JULIA

Y haciendo justicia á su mérito...

SANCHEZ

(Ay! Ay! Ay!...)

JULIA

Me aconseja que me case con V.

SANCHEZ

¿Eh? *(Asombrado.)* (¿Oiria yo mal ántes?....)

JULIA

¿De qué nace ese asombro? Mi hermana le aprecia á V., yo sigo sin dificultad, porque tambien le aprecio, el consejo de mi hermana y en prueba de ello... ahí va mi mano.

SANCHEZ *(aturdido)*

¡Cómo! ¿Qué?.. ¿V. quiere casarse conmigo?

JULIA

¿Qué es más: querer casarse con un hombre ó casarse con él?

SANCHEZ

Yo no estoy ahora para filosofías; pero... (Vamos á ver, y ¿por qué este cambio repentino?—¡Ah! bruto de mí! Necesita casarse y me busca á mí para salir del apuro! Es decir que yo soy como quien dice, un marido de lance!)

JULIA

(La felicidad le ha aturdido.)—Vamos al balcon... (Así se refrescará.)

SANCHEZ

(¿Al balcon?.. ¿Y para qué va al balcon? Alguien hay en la calle... Sí, en la esquina veo... Es un mozo de café... Guapo, no lo niego, pero nunca imaginé que Julia pudiera rebajarse tanto!)

JULIA

Pero ¿no me dice V. nada?

SANCHEZ

¡Pérfida! Ya no aguanto más! ¡Todo lo sé! V. me ha llamado feo.

JULIA

¡Yo!.. *(Con sorpresa y disgusto.)*

SANCHEZ

¡Feo!.. Ya me quisiera V. para los dias de fiesta.

JULIA

¿Quién le ha dicho á V.?

SANCHEZ

Nadie, yo he oido la conversacion que tuvo V. con su hermana.

JULIA

¡Ah! Estaban Vds, dos aquí... (No me queda más que un recurso.)

SANCHEZ

Sí, señora, aquí estábamos los dos.

JULIA

Ja, ja, ja! *(Riendo á carcajadas.)*

SANCHEZ

¿Quiere V. decirme á qué viene esa risa?

JULIA

Pero ¿cree V. que nosotras no lo sabíamos?

SANCHEZ

¡Ya! Nos vieron Vds. y se hicieron las distraidas.

JULIA

Claro, hombre, claro! Yo dije de V. todo eso por hacerle pasar un mal rato.

SANCHEZ *(respirando)*

Pues lo consiguió V.—Tantas gracias.

JULIA

Y Clotilde habló bien de Vargas para tener luégo el gusto de burlarse de él.

SANCHEZ

¡Ya! (¡Si soy más bruto que mandado hacer!) Permítame V. que me arroje á sus piés y la pida perdon... y la bese la mano. *(Haciéndolo con entusiasmo.)*

JULIA

Basta! basta! (Pobrecillo! Es bueno y haré de él todo lo que se me ocurra)

SANCHEZ

¡Amigos mios!.. Soy feliz!.. Julia me quiere... ¿Estaban ustedes hablando?—Vds. dispensen. Pero no puedo ménos de darle á V. un apreton de manos y á V. un abrazo. *(A Vargas y á Clotilde)* No... no, á V. el abrazo *(á Vargas)* y á V. el apreton... Aunque casi sería mejor que el abrazo fuera para V. *(Aturdido y hablando muy de prisa.)*

VARGAS

¿Es decir que vuelve V. al buen camino?

SANCHEZ

Sí! Reconozco mi necedad y la confieso. Llegué á dudar de este ángel... Creí que me habia llamado feo... ¡Ella! ¡A mí!.. Ya ve V.!.. Si soy un pollino: ¿verdad?

JULIA

No puedo negarlo.

SANCHEZ

¡Saladísima!—El empeñarse en ver las cosas por el lado peor trae estas consecuencias.

VARGAS

De hoy más tengamos fe y confianza. Yo sé que Clotilde gustaba de mí hace tiempo. Yo soy rico, mi figura no es para asustar á nadie; ¿no seria una ridiculez temer que Clotilde me negase su mano si yo se la pidiera? Hace una hora hubiera creido lo contrario: en este momento tengo la seguridad de que ha de hacerme feliz.

CLOTILDE

Indudablemente V. es un buen partido...

VARGAS

(A Sanchez) ¿Eh?..

CLOTILDE

Teniendo V. dinero...

VARGAS

(Idem) Digo!

CLOTILDE

Y buena figura...

VARGAS

Señora!.. No me haga V. ruborizar.

CLOTILDE

La mujer que no aceptase á V. por marido seria muy tonta.

VARGAS

No lo niego, pero...

CLOTILDE

Pero ¡ay, amigo mio! ¡Qué tonta soy yo!

VARGAS

¿Eh?.. *(Desconcertado.)*

CLOTILDE

Porque, con todas las buenas dotes que V. tiene, yo no soy capaz de casarme con V.

VARGAS

Santo Dios!

SANCHEZ

Amigo mio! *(Acudiendo á abrazarle y consolarle.)*

VARGAS

¡Vaya V. á abrazar á la farola de la Puerta del Sol! *(Deshaciéndose de los brazos de Sanchez, tomando el sombrero y yéndose.)*

SANCHEZ

¿Dónde va V.?

VARGAS

¡A tirarme por el viaducto!

SANCHEZ

¿Un suicidio?

VARGAS

¡Suélteme V.!

SANCHEZ

Clotilde! Ayúdeme V. á detener á este hombre. ¿Qué es lo que se ha propuesto V.?

CLOTILDE

Castigar su presuncion.

VARGAS

Encender un corazon muerto para todas las pasiones y burlarse miserablemente de mí!

CLOTILDE

Está V. en un error. V. necesitaba una leccion fuerte.

SANCHEZ

Pues cásese V. con él y hágale seguir toda la carrera del matrimonio que es en la que se aprende más.

VARGAS

Y su tio de V. que me la habia pintado como un ángel. Los ángeles perdonan.

CLOTILDE

Pero no olvidan... á ménos que se les haga olvidar.

VARGAS

¿Eso es una esperanza?

CLOTILDE

Esto es un indulto provisional.

VARGAS

Ah! señora! Con razon decia su tio que es V. un ángel!

JULIA

(Lástima que mi hermana no le haya dejado disponible...)

SANCHEZ *(á Vargas)*

¿Ve V. cómo las mujeres son unas benditas de Dios? Desengáñese V., amigo Vargas: ni tanto ni tan calvo!

Fin del Proverbio.

CÁRLOS COELLO.

EL BESO MORTUORIO

Leyenda histórica

ORIGINAL DE DON PUBLIO HURTADO

I

Vedlos.

En la meta de la colina, sentados sobre la abrupta roca, á orillas de la calzada, sus inmóviles siluetas se destacan, como opacas nubes, sobre el azulado fondo del horizonte.

Ni las selváticas dríadas han acudido á ofrecerles un puñado de bellotas, ni las hospitalarias epimélidas un cuerno de espumosa leche, ni siquiera los peludos sátiros han salido de sus grutas, á entretenerlos con sus danzas lascivas y á darles el *vale* de ordenanza.

¿Son, por ventura, prodigios esculturales del inimitable Policleto, ó místicos sectarios de Pitágoras, filosofando sobre las precedentes trasmigraciones y el destino de sus almas?

Un suspiro de Céfiro viene á sacarnos de la duda, al hacer oscilar los pliegues de sus haraposas vestimentas.

Son dos séres humanos que reparan las perdidas fuerzas para continuar su camino.

El, vestido con una túnica talar y manicata, tejida de pelos de camello y sujeta á la cintura por un cíngulo de cuero, inclina sobre el pecho la cabeza, orlada por luenga barba, que una senectud más ó ménos prematura, con su pincel de hielo casi ha teñido de blanco.

Ella, vestida tambien de oscuro, revelando en su correcto perfil una belleza gastada y marchita, apoya la cabeza, cubierta por averiada toca, sobre el hombro de su compañero.

El silencio que los rodea, es sólo interrumpido por una humilde fuente, que surgiendo al pié del peñasco en que descansan, bajo una hojosa parietaria, lagrimea acompasadamente su linfa cristalina, sobre las guijas de su inculto recipiente.

Llega un momento en que la incógnita viajera, aunque con trabajo, se incorpora, echa hácia atrás la toca que cubre su cabeza, y algunas hebras de cabellos grises, con que la brisa habia tejido en un instante improvisada celosía sobre su rostro, y dirige hácia su izquierda dos ojos garzos, que por su magnitud y la intensidad de su mirada, debieron, algun tiempo, ser abismos de violentas y vivísimas pasiones.

—¿Te sientes mal? le interrogó su compañero, saliendo de su abstraccion.

—No. Es que, ilusion ó realidad, á mis oidos han llegado ecos de voces é instrumentos. No léjos de aquí debe haber alguna fiesta.

—¡Ecos, ecos!....—repitió el interrogante tristemente.

—Aunque de fiesta fueran, ¡cuánto distarán de los sublimes que elevan hasta el cielo los coros de Heman y Asaph en la solemnidad de los Tabernáculos!

—¡Ah!—suspiró ella;—pero al ménos nos indican que estamos cerca de poblado. El dia media, y pasar otra noche en el camino me da espanto. ¡Surgen tantos fantasmas por doquiera!.... Y luégo, la present seria terrible. ¿Te acuerdas? Tal noche como esta te pidió mi hija su cabeza....

—¡Oh, calla!—interrumpió con horror el peregrino.—Yo no debí acceder á su ruego; pero fuí débil.

—A ser él censor más tolerante, hubiera sido yo enemiga más humana.

—¿Y no asocias tambien á tal recuerdo el de la desaparicion de Berenice?... En esa misma noche aconteció. ¡Qué seria de la inocente!

La interrogada no contestó y el silencio tornó á cobrar su imperio en torno de ambos.

II

Un nuevo personaje preséntase en escena.

Sube pausadamente la calzada, con ayuda de un nudoso cayado; su traje es parecido al del peregrino que conocemos, y medio siglo gravita aproximadamente sobre sus hombros.

A distancia de cuatro metros de los estacionados viajeros se detiene, fija en ellos la recelosa mirada de sus hundidos ojuelos, y despues de contemplarlos breves instantes, dice, avanzando tres pasos hácia ellos:

—La gracia de Elhoim sea con vosotros.

—¡Ah!—exclamó, un tanto reanimada, la mujer al escucharlo:—tú eres hebreo.

—De Gálgala, en la tribu de Neftalí,—respondió el interpelado.

—¡Otro proscrito!—murmuró el viandante que acababa de recordar las festividades mosaicas.

—¿Luego vosotros tambien?.... ¡Oh! ¡si me parece un sueño! Porque yo os conozco bien: vuestros nombres....

—¡Calla! no los pronuncies,—dijo precipitadamente el reconocido por el neftalita.—Esos eran, sí, en la época á que te refieres; mas en el dia solo soy Sadoc: Abigail mi compañera de infortunio.

—¿Y tú quién eres? ¿á dónde caminas tan solitario?—hizo preguntar á la hebrea la mujeril curiosidad.

—Yo... soy Asuero; el hijo de Abraham más desgraciado de cuantos han visto la luz del sol.

—¡Eso afirmas, cuando nos conoces!

—Eso afirmo, á pesar de todo. Vosotros siquiera os consolais mutuamente. Si os cansais, no os faltará un pedrusco, en medio de la vía, que os brinde reposo.—La caridad del prójimo no dejará de acudiros en vuestras privaciones; y mañana, cuando la voz del Justo de los justos os llame á su presencia, vuestros cuerpos descansarán bajo la cripta funeraria.... ¡todo lo cual está vedado á este infelice!

La curiosidad de Abigail subió de punto al oir estas palabras misteriosas, y

—Siéntate,—le dijo,—y refiérenos tus trabajos.

—¿Sentarme?... ¡Imposible! Yo no puedo hacer alto en mi viaje: os referiré á grandes rasgos mi destino, para que aprecieis si es comparable vuestro duelo con el mio.—¿Os acordais de la ejecucion del Nazareno?.... ¡Oh, sí! ¡quién olvida aquella hora de desolacion y de tinieblas! Yo me hallaba en el zaguan de mi casa, sita extramuros de la puerta Judiciaria, cuando oí el rumor de un concurso numeroso. Me asomé, y ví salir por ella, cargado con una cruz, jadeante y escarnecido por el pueblo, al sorprendido de Getsemaní. Habia ofrecido derribar el Templo, habia predicado contra la Ley, é iba á expiar semejantes delitos. Abrumado por el madero ignominioso, hizo un momento de parada ante mi puerta, y fijó su vista en mí. Temeroso de que me fuesen á tomar por alguno de sus adeptos, y para demostrar que no lo era, le dije con acritud, indicándole el camino arriba:—«Anda, anda, blasfemo: parte de mi puerta. No quiero que un malvado descanse en ella.»—Entonces él, con voz reposada y dolorida, respondió:—«Dícesme que ande. ¡Sí! yo ando, pero descansaré. En cambio tú andarás y no reposarás, hasta la consumacion de los siglos. Llegará el dia de los dias, y cuando me veas sentado á la diestra del Padre, recordarás con mortal pesadumbre tu falta de caridad.»—Siguió el cortejo adelante, y yo presa de no sé qué emocion, entré en mi casa; mas mi hijo, niño de pocos meses, indicándome la puerta de salida con sus manitas, me gritó: —«Anda, anda.»—Sin saber adónde, partí como un autómata de mi casa, atravesé la Ciudad Santa, salí por la puerta de Benjamin, salvé el torrente Cedron, y andando, andando, me sorprendió la noche cerca de Bahurim. Entónces me senté sobre la piedra desde la que Semei maldijo al amante de Bethsabée, á ver si coordinando mis ideas, me explicaba aquel afan de caminar; mas no bien habia tomado asiento, oigo la voz imperativa de—«anda, anda»—cerca de mí. Vuélvome de todos lados. ¡Nadie en torno mio! pero como movido por un resorte, incorpóreme y me puse de nuevo en marcha; y aquí me teneis que aún no he parado. Alguna vez, desesperado, he tratado de poner fin á mi existencia, y no lo he conseguido. Me he lanzado á cien abismos, y he dado en su fondo incólume; me he arrojado al fuego, y el voraz elemento me ha respetado: las ondas del mar, en vez de abrirse para tragarme, se han endurecido hasta servir á mi incansable planta de trasparente pavimento. ¡Es inútil! No me es dado luchar con mi destino.

—¿Crees, pues, que el Nazareno era el Mesías?

—Ni lo creo ni lo niego; pero toco lo que me pasa desde que sus labios fulminaron contra mí tan horrible anatema....

—Quizás por hambre....

—No la siento, ni necesito alimentarme. Mi sér se ha estacionado en la disposicion en que se hallaba en aquel momento inolvidable.

—Entonces no podrás socorrer á Abigail que desfallece de necesidad.

—No; pero si avanzais un poco, al trasponer esa loma, hallareis un gentío inmenso de seglares y sacerdotes, vecinos de Emérita, que celebran las fiestas ambarvalias ó de la consagracion de los campos. Quizás alguno os favorezca.

—¿Vienes de Emérita?

—Sí.

—En ella moran muchos hermanos nuestros, segun dicen.

—Y es cierto; pero la mayor parte han sido convertidos por Jacob á la religion del Crucificado.

—¡Cómo! ¿Jacob ha venido hasta este extremo del mundo?

—Sí; pero ya no lo encontrareis en la ciudad. Habiéndose extendido la voz de que habia catequizado á la hija del Legado Imperial, Cayo Durmio Quadrato, éste lo mandó salir de la poblacion inmediatamente, y ayer mañana me dijeron que partió hácia el interior de la Lusitania.

—¿Y sabes tú?...—le preguntó Abigail.

—¡Oh! no me interrogues más. Ya oigo la voz implacable que me obliga á seguir mi ruta. ¡Que el cielo se acuerde de vuestras penas tanto como se olvida de las mias!

Y avanzó por la calzada.

III

Un extenso valle, en medio del cual se eleva un ara rústica; una muchedumbre abigarrada de labradores, que blandiendo rubios moragos en la diestra mano, cantan á coro; los *arvales*, sacerdotes de Céres, que avanzan en medio del gentío en forma procesional, con sus talares túnicas, sus ensortijadas barbas y sus coronas de espigas, tejidas con cintillas blancas, en la cabeza; una cerda preñada, tambien adornada con trenzas de miés, que entre las dos filas camina con paso tardo al sacrificio, y tras ella un muchachuelo vestido de arval, que conduce una bandeja de plata, sobre la que brilla el cuchillo occisal: tal fué lo que se mostró á los ojos de los hebreos, al tramontar la loma señalada por su compatriota.

Durante su descenso, el sacerdote victimario, una vez colocada la cerda boca arriba sobre el ara, tomó el cuchillo del sacrificio, y hundiéndolo en el pecho de la víctima, lo revolvió en la herida, de la cual brotó un chorro de sangre, que corrió por bajo del codillo derecho del animal.

Una exclamacion de general contento unióse á los penetrantes gruñidos de la víctima.

—El año próximo, podeis prometeros abundante cosecha,—dijo el arval á los labradores.

El monótono demétrulo, en accion de gracias, volvió á elevarse de mil bocas, miéntras el sacerdote, despojando á la cerda de sus simbólicos adornos, los colocaba bajo su exánime cuerpo y les daba fuego.

Una nube de humo, tornasolada por las puntiagudas llamas, la envolvió al instante, á cuya hoguera fueron los concurrentes arrojando, unos en pos de otros, los hacecitos de espigas que empuñaban.

Consumido el combustible, el tostado animal fué dividido y repartido en mil pedazos entre los labriegos, que los devoraron con patente fruicion.

Al pasar Sadoc y Abigail cerca del lugar del sacrificio, uno de los festejantes acercó á la boca de ésta un pedazo de tocino, diciéndole:

—Tomad vosotros, caminantes: participad de la alegría presente y celebrad la hartura venidera.

A haber sido despojo de otro animal, hubieran aceptado el convite los viajeros; mas de un semoviente tan inmundo, les estaba prohibido, por lo cual Sadoc, apartando con el brazo la mano audaz del campesino, le dió las gracias con sequedad.

—¡Cómo!—gritó el desairado:—¿desprecias la ofrenda? ¿Quieres enojar á Céres, para que torne en esterilidad la augurada abundancia?.... Tienes trazas de judío y tratarás de enriquecerte á costa de nuestra miseria. Pues, por las barbas de Sileno, si no de grado, por fuerza has de gustar mi dádiva.

Y la acercó al rostro de Sadoc que la rechazó con energía.

A las voces del invitante, acudieron otros compañeros; la indignacion contra los israelitas se hizo general: algunas piedras, que volaron en medio del tumulto, imprimieron sus cárdenas huellas enlos miembros de los viandantes. Sadoc, con centellante mirada y nervioso vigor, se preparaba á defenderse con el báculo de la agresiva multitud; y no lo hubiera pasado muy bien, si los arvales no hubiesen intervenido y convencido á los labriegos, de que la diosa de los campos no se daria por ofendida de personas extrañas á su patrocinio.

Libres así, aunque maltratados de la chusma campesina, los hebreos siguieron su itinerario, miéntras aquellos volvian á sus ceremonias.

IV

El amplio comedor se ha abierto. Cien flameros de bronce de Corinto, de las figuras más variadas y caprichosas, inundan en oleadas de luz la perfumada estancia. Sobre la cuadrilonga mesa de cedro y marfil, sin mantel que oculte sus primores, destácase, simétricamente repartido y entre pirámides de aromáticas frutas, el suntuoso servicio, matizado por los trasparentes vinos de Itálica y Sorrento, que rebosan en las urnas ánceas y en las ánforas etruscas.

Una nube de esclavos armenios y etíopes, cada uno con su *pullubrum* de plata y su toalla de hilo de Canusa, aguardan en el vestíbulo del cenáculo á los comensales, para lavarles las manos en agua de rosas.

La hora del banquete se aproxima, y los patricios emeritenses llegan al lugar del convite.

A las puertas del salon, son despojados por los siervos de sus togas y sus mantos, y pasan á él, luciendo elegantes túnicas *cenatorias*, *triclinarias* ó *convivales*.

Allí está el Flamen máximo, los tribunos legionarios, el Prefecto de la ronda, los respetables duumviros, los previsores ediles, los sutiles tabularios, todo el elemento oficial, en una palabra, de la floreciente Emérita. Y atendiendo á todos, con la mayor cortesanía, el Legado Imperial Cayo Durmio Quadrato, que á la par celebra el natalicio del *divo* Cayo Calígula y el suyo.

Recuéstanse todos sobre los purpúreos triclinios, y el banquete da comienzo.

¿A qué detenernos á describirlo?

Dos horas trascurren y llega la de los bríndis. Las cinceladas copas cretenses, chispeantes de espuma, se elevan sobre las cabezas. Las primeras libaciones salutatorias se ofrecen al hijo de Germánico: las sucesivas al anfitrion Durmio Quadrato.

Los licores, rielando á la vez que en los cálices, en los ojos y en los corazones de los congregados, excitan su locuacidad. Los esclavos se retiran, las puertas del comedor se cierran, y los respetos sociales desaparecen, para hablar de todo y en todos sentidos.

La predicacion reciente de Jacob, que unos ensalzan, otros combaten y algunos menosprecian, se pone sobre el tapete. El Flamen—¡cosa natural!—es el que más se ensaña contra ella y la impugna, llegando en un momento de exaltacion gentílica, á increpar con acritud al Legado, por no haber escarmentado ejemplarmente al detractor del omnipotente Júpiter y la voluptuosa Vénus, y haberse limitado á intimarle la salida de la ciudad.

—*Quirites*,—dijo el increpado, dirigiéndose á todos los circunstantes, por si habia alguno más que participase de la inquina del sacerdote:—puesto que estamos en familia, voy á permitirme advertiros, que un deber de gratitud me ha imposibilitado usar con él de más rigor.

—¿Por ventura,—preguntó un tribuno,—te libró, mediante alguna bendicion, de algun capricho cruel del adusto Tiberio César?

—No, por mis Penates, pues jamás tuve que lamentarme de infidelidades amistosas por parte del solitario de Caprea. Mas calculad que siendo yo cuestor en la provincia de Samaria, y al volver con el dinero recaudado en los distritos, noté la falta de uno de los *saccus* en que conducia la suma recolectada. Vuelvo grupas con mis soldados auxiliares, y me encuentro á Jacob, que habiéndose cruzado conmigo en el camino, tornaba á todo el correr de su camello, separándose de sus criados, á buscarme y á restituirme el saco perdido. Quise gratificarlo, y negóse á aceptar premio alguno por su accion: todo lo que pude recabar de él, fué que me dijese su nombre y el del Zebedeo su padre.

—Pues no hizo más que cumplir con su deber,—advirtió en tono despreciativo el Flamen.

(Continuará.)

CRONICA CIENTIFICA

LAS TRASMISIONES ELÉCTRICAS.—VERSE POR TELÉGRAFO

La electricidad, como agente de trasmision, ha hecho prodigios.

Utilizóse primero la cualidad que tiene la corriente eléctrica, por léjos que se envie, de despertar en el hierro propiedades magnéticas. Encontróse aquí un medio cómodo, seguro y rapidísimo de trasmitir señales convenidas, y así nacieron *los telégrafos eléctricos*.

Vibra una placa metálica al lado de un iman, y al acercarse ó alejarse de este en sus movimientos de va y ven produce cambios en su intensidad magnética. Si una corriente eléctrica pasa entónces rodeando al iman, las modificaciones magnéticas de éste provocan otras modificaciones correspondientes en la corriente eléctrica, y ésta es capaz de producirlas á su vez en otro iman á quien rodee léjos del primero. Y si el segundo iman tiene delante una delgada lámina metálica, ésta, obediente á las variaciones magnéticas del iman próximo, vibrará al mismo compás que vibró la primera lámina, causa de todo el funcionar del mecanismo descrito. Pero como los físicos han enseñado de un modo bien patente que el sonido no es más que el efecto que en el oído originan las vibraciones de los cuerpos producidas en ciertas condiciones, resulta que el sonido puede ser causa de las vibraciones de la primera placa, y á su vez las vibraciones de la segunda originarán un sonido en un todo semejante al que provocó el movimiento vibratorio primero. De este modo la electricidad sirve para la trasmision de toda clase de sonidos y de la palabra misma á través de obstáculos y distancias; de esta suerte nacieron los *teléfonos*.

No pararon en esto las maravillas realizadas con la electricidad. La invencion de las máquinas dinamo-eléctricas reversibles dió la clave para una aplicacion

que abre horizontes extensísimos á la industria y á la agricultura, en las cuales ocasionará una gran revolucion por los incalculables recursos que les proporciona.

En dichas máquinas se observa que la corriente eléctrica se produce gastando una cantidad de trabajo mecánico proporcional á la intensidad de la corriente; y viceversa esta corriente eléctrica puede trasformarse en trabajo mecánico reproduciendo el que la originó, salvo las pérdidas consiguientes que en toda maquinaria se observan. Teniendo, pues, una máquina dinamo-eléctrica en Barcelona, por ejemplo, y otra en un pueblo lejano, ó en una explotacion agrícola en las montañas del interior, y uniendo ambas máquinas por un hilo metálico, como dos estaciones del telégrafo, puede obtenerse el resultado siguiente:

Por medio de una máquina de vapor ú otro medio mecánico cualquiera, se hace funcionar la máquina dinamo-eléctrica de Barcelona y ésta origina una corriente eléctrica, que marcha por el hilo telegráfico á la segunda máquina situada en la explotacion agrícola del interior, cuya máquina trasforma en trabajo mecánico la corriente eléctrica. De modo que esta segunda máquina puede aplicarse inmediatamente á todos los usos á que una máquina de vapor instalada en la misma explotacion se aplicaria. De aquí se deduce que lo que se ha conseguido es enviar *fuerza* por telégrafo, como quien envia un aviso, un *despacho telegráfico*. Sorprendente resultado que, entrevisto teóricamente hace cuatro ó cinco años, se ha visto confirmado en la práctica por recientes experiencias hechas por M. Marcel Deprez en Munich y en Paris, y en las cuales se ha logrado remitir telegráficamente la fuerza á veinte, treinta y sesenta kilómetros de distancia.

Perfeccionado este utilísimo invento de modo que pueda ser fácilmente utilizado en grande y en pequeña escala, han de obtenerse resultados sorprendentes. Desde un centro hullero, donde, con carbon barato, puedan hacerse funcionar á poco coste motores de vapor que originen corrientes eléctricas, puede enviarse telegráficamente fuerza motriz á todos los puntos que lo soliciten, con tal que estén en comunicacion eléctrica con el centro productor. El carbon de piedra se consumirá en las bocas de las minas; los saltos de agua y las fuertes mareas no serán derroches de fuerza como lo han sido hasta ahora en la inmensa mayoría de los casos por no poderse utilizar al pié de las cataratas ó en las escarpadas costas la fuerza que el movimiento del agua representa

*

Pero como si aún no fuera bastante el que por medio de los *telégrafos* puedan comunicarse los hombres entre sí, á través de mares y montañas: por medio de los *teléfonos* hablarse, y con ayuda de las *máquinas reversibles*, remitirse eléctricamente la fuerza para sus industrias, aún viene en pos otra maravilla, otro resultado más sorprendente aún que los anteriores, cual es la *trasmision eléctrica de las imágenes*, es decir, que los hombres puedan *verse por telégrafo*, aunque los separen altas montañas ó mares extensísimos; aunque se hallen, en fin, en los más opuestos continentes.

Pero ¿cómo consigue semejante prodigio?—se preguntará.—Pues por un mecanismo análogo al del teléfono; que si la corriente eléctrica puede modificarse por la accion mecánica de los sonidos, aún más profundamente puede modificarse por la accion de los rayos de luz de variada intensidad y colores diversos

La fotografía demuestra que hay sustancias sumamente sensibles á la accion de la luz; si pues se encuentran sustancias que al mismo tiempo que sensibles á la luz, sean conductoras de la electricidad y que respondan á las modificaciones de la corriente eléctrica como esta respondió á las de las sustancias receptoras de la accion de la luz, el problema estará resuelto.

Ahora bien, dichas sustancias existen y se han encontrado. Supóngase, pues, una instalacion formada de un espejo receptor, pilas eléctricas, hilos de comunicacion, y un espejo reproductor. Estas cuatro partes forman, en cierto modo, un ojo gigantesco. Los hilos de comunicacion constituyen un haz de muchísimas hebras las cuales al llegar á los espejos se separan y distribuyen por las superficies de los espejos receptor y reproductor como los filetes de un extremo del nervio óptico se distribuyen por la retina del ojo humano y los filetes del otro extremo se distribuyen en el cerebro.



MIGUEL ANGEL, estatua por O. Tabacchi

El espejo receptor está formado de una composicion hecha con el cuerpo simple llamado *selenio* y con *yoduro de plata;* esta composicion constituye una especie de plancha bruñida, en la cual vienen á clavarse por detrás los centenares de filetes metálicos del hilo de comunicacion: el espejo reproductor está construido y montado de un modo semejante pero la plancha sensible está hecha con selenio y cromo.

En esta forma, el espejo receptor representa, pues, la retina del ojo humano, donde van á pintarse las imágenes de los objetos exteriores, y sensible á la accion de la luz; el haz de hilos eléctricos corresponde al nervio óptico y el espejo reproductor viene á ser como el cerebro donde se recibe la impresion efectuada en la retina.

Así las cosas, el aparato se dispone cuando haya de funcionar, en la forma siguiente:

Se coloca el espejo receptor en el fondo de una cámara oscura fotográfica, como la retina lo está en el fondo del ojo, y de esta suerte los objetos colocados delante, que pueden ser una persona, un cuadro, un monumento, una campiña, etc., mandan sus rayos de luz, como en la fotografía, al espejo receptor. La accion de estos rayos, diferente segun su color é intensidad luminosa, determina una accion química momentánea en la sustancia que forma el espejo lo cual modifica la corriente eléctrica en cada uno de los filetes metálicos que con aquel comunica. La modificacion de la corriente eléctrica se trasmite al otro extremo del haz que, distribuyéndose igualmente por la superficie del segundo espejo, origina en este las modificaciones químicas correspondientes que reproducen con fidelidad todos los matices de la luz que hirió al primer espejo.

El inventor de este prodigioso instrumento al presentarlo en una ciudad de Pensilvania ante una reunion de sabios hizo que el espejo receptor fuera colocado en una habitacion muy distante de la que ocupaba la concurrencia y ante ésta quedó el espejo reproductor. Iluminados fuertemente con luz eléctrica los objetos colocados ante el receptor, los concurrentes maravillados los vieron fielmente reproducidos en el espejo que ante sí tenian. Entre otras cosas se presentó un billete de banco, leyéndose perfectamente en la imágen reproducida la fecha y los detalles más minuciosos.

La misma corriente eléctrica es la que suministra la luz con que se representan las imágenes en el espejo reproductor, dando, por la débil incandescencia de unos puntos y por tenues descargas en otros, un ligero resplandor á modo de fugaz fosforescencia que da el mágico resultado final.

Adaptando al espejo reproductor un aparato de proyecciones y reforzando la luz, puede darse la magnitud que se quiera á las imágenes trasmitidas, y de este modo puede presentarse á modo de cuadro disolvente y ante una gran concurrencia, un objeto colocado en una ciudad lejana.

Cuando este adelanto se extienda y se monte el servicio internacional correspondiente, las maravillas que se obtengan no son para contadas.

El cuadro premiado en una Exposicion podrá ser visto á un tiempo desde todas las ciudades del mundo; la policía podrá trasmitir inmediatamente el retrato de un criminal á todas partes; los curiosos al mismo tiempo que lean la noticia de un gran hecho, podrán contemplar al que lo ha realizado. Dos personas colocadas en distintas naciones podrán verse al mismo tiempo que por el teléfono se hablan, y por último, dispuestas convenientemente las cosas se podrá asistir en un teatro de Madrid á una funcion de gran espectáculo que en otro de Paris se representa.

DOCTOR HISPANUS

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 16 DE JULIO DE 1883 — NÚM. 81

¡ABANDONADA! cuadro por L. Deschamps [illegible]

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

¡Qué calor!—Ensueños de frescura.—El corazon en la mano.—Carta á Su Majestad el cólera.—Lo que es Madrid.—El correo de la *Ilustracion artística*.

¡Uf!.... Estamos derretidos.

El otro dia sacaron de la tribuna pública del Congreso un hombre en estado de compota.

En la calle se agruparon alrededor de él varias personas.

—¿Es una masa de gelatina?—preguntó uno.

—No señor,—contestó un ujier del congreso,—es un aficionado al debate político.

La verdad es que no se pueden combinar ambas cosas so peligro de evaporarse.

Ambas cosas son:

El calor del debate; y el calor de la atmósfera.

Con una temperatura de *graduacion* extraordinaria y un sol que es verdaderamente lo que entre nosotros se llama «sol de justicia,» no hay manera posible de entrar en relacion con los sucesos del dia.

El revistero que desea estar á la altura de su mision, pide ideas á la cabeza, y el órgano del pensamiento le contesta demandándole baños y sorbetes.

Se establece una lucha singular rociada por regueros de sudor.

—¡Ea, corazon mio! no perdamos tiempo,—dice el revistero.—¡Vamos á trabajar! Recorramos las calles en busca de asuntos, oigamos el último eco de la semana.

—*Ecco il problema*,—contesta el interpelado con indolencia sibarítica.—¡Recorrer los sitios públicos bajo una lluvia de fuego! No en mis dias. Yo no soy bombero, ni salamandra, ni cosa por el estilo... Déjame entregado á mi profunda siesta.... Déjame que sueñe. Cuando has empezado á hablarme estaba recorriendo mentalmente las encantadoras y frescas playas, de finísima arena, arrulladas por las olas y por las brisas marinas. Penetraba en los bosques cuya misteriosa sombra convida á la meditacion y al descanso; trepaba por los montes coronados de nieve y me entretenia en ver los círculos que trazan las piedrecitas arrojadas en las tersas aguas de los lagos...

—Pero, dedícame siquiera unos momentos...... ¡Mira! sé razonable; nos vestiremos de dril...., gastaremos quitasol.

—Quita.... quita, que esto es muy cursi.

—Te compraré un abanico y haré que los poetas escriban en la tela versos en honor tuyo.

—¿Y crees que tendré aire más fresco despues del *donaire* de los poetas?

—Pues ¿qué quieres?

—Nada.... marcharme por los cerros de Ubeda.

—¡No seas cerril!

—¡No seas pesado! ¡Vaya, abur!

Y ¡zas!.... tuve que coger el corazon al vuelo.

Escribo, pues, con el corazon en la mano.

* * *

Pero..... ¿sobre qué voy á escribir?

¡Ah! ya sé. Dirigiré una carta al cólera. Conviene agasajar un poco á los enemigos.

Empiezo:

A Su Majestad el cólera morbo asiático:

Funestísimo señor: Probablemente no habrá llegado á manos de V. el Censo de poblacion general de España que acaba de publicarse. Los editores suelen tener olvidos imperdonables. Mandan sus obras á quien no las necesita y excluyen de la atencion á los que más pueden aprovecharse de ellas. Sépalo V., por mi conducto: entre la península, islas adyacentes y posesiones del Norte de Africa, componemos un total de 16.634,345 habitantes.

Este censo, tremendísimo señor, es muy luminoso. Se ha dado á luz cuando ya Madrid poseia infinidad de lámparas eléctricas de gran potencia luminosa, establecidas miéntras que pensamos en las lámparas funerarias á que tal vez V. en sus rastreros designios nos obligue.

Sí; nos acordamos de V. ¡y mucho! El nombre de cólera se halla en todas las bocas; y si V. no viajara cautelosamente de incógnito, veria con cuánta abundancia de plumas de alcanfor y qué bien pertrechados de láudano le recibiámos, dado caso que nuestra mala estrella le guie hasta esta capital de España que, sea dicho entre paréntesis, no le necesita.

El lujo asiático entra en nuestras costumbres: cada agente de bolsa se cree un nabab, y hay hortera del comercio que cuando sale los domingos con su ropa nueva, su puro en la boca y su aire conquistador, tiene todo el aspecto de un rajah de la India. Pero todavía no nos hemos determinado á dar carta, de naturaleza á las enfermedades asiáticas nacidas en el sagrado rio del Ganges entre cocodrilos. Somos muy aficionados á las flores, pero tenemos el raro capricho de preferir á la flor del Loto la lotería nacional que de vez en cuando toca á álguien—segun dicen,—aunque yo no lo creo.

En materias de rio nos reimos viendo al Manzanares que lame nuestros piés como perrillo faldero, y que arrastra partículas del Guadarrama, ese gigante que vela á cierta distancia de Madrid por la salubridad de los que lo habitan. Si ha oido V. decir lo contrario es que los maestros de geografía que V. haya tenido serán quizá algunos faquires muy versados en las cosas de Brahma, pero extremadamente zotes en cuestiones españolas. El Guadarrama no es un émulo de V.; mata de pulmonía algunas veces; es verdad: pero casi siempre hay que culpar más bien á la persona descuidada que sale de un baile ó de una orgía sin las precauciones debidas, que al monte que envia desde léjos sobre Madrid aires puros á guisa de sahumerios.

Ahora bien, mortífero señor; una vez que hemos sabido que usted, con toda su corte de calamidades, se hallaba en Egipto, nos hemos preguntado con ansiedad infinita:

—¿Se quedará ese impalpable destructor en el país de las momias ó vendrá desde las inmediaciones del canal de Suez á partirnos en canal á los europeos?

Si algo pudiera detener á usted en su terrible viaje, yo le comunicaria que por lo que toca á Madrid es la existencia tal cual azarosa.

¡Ni los concejales se entienden! La cuestion de las comisarías municipales da que hablar á todo el mundo, y es muy fácil que el presidente del Ayuntamiento Sr. Marqués de Urquijo tenga que hacer uso de la vara de mando que le regaló el Fomento de las Artes al recibir su investidura ¡De modo que se expone V. á no llegar á tiempo de dejarnos tiesos y *envarados!*

Crea V., por otra parte, que no han tomado forma aún el melon ni la sandía destinados á matarnos.

Tenemos mucha higiene. Las procedencias de Egipto las miramos con prevencion y á distancia. Una sola cosa nos agrada: *El milagro de Egipto* del Sr. Echegaray, el cual, por si V. no lo sabe, le diré que sabe matar á la gente, sobre las tablas del teatro, con un arte y una sublimidad extraordinarias.

Por ahí podria V. aprender algo; pero, desgraciadamente, ahora están cerrados nuestros principales teatros. El arte dormita; gran parte de Madrid se dispone á salir por esos mundos de Dios en busca de los placeres hidroterápicos, y dentro de poco sólo quedaremos en la capital los que tenemos muy poco que perder, y áun eso poco lo exponemos diariamente con entereza espartana entre las ruedas de los infinitos tranvías de esta villa y corte de Madrid ó en las luchas homéricas que se entablan á cada paso entre los conductores de esos vehículos y los de los coches Rippert que les hacen una desaforada competencia.

Todo lo encontrará V. cerrado: las academias, el Congreso, las discusiones del Ateneo, la Universidad, y muchos establecimientos que se cierran—sin duda á impulsos del calor—por liquidacion forzosa.

¿Qué queda pues?

Un ejército de periodistas que le hacen á V. una guerra formidable. Yo no sé cómo saldria V. de entre las puntas de sus plumas de acero. Ellos, que destruyen reputaciones mal adquiridas y derriban ministerios, no dejarian á V. en paz ni un solo momento.

Contarian con pelos y señales las malas tretas que V. pusiera en juego, y le acosarian de tal modo, que si no es V. un Job, por más que se halle bien avenido con los estercoleros, tendria V. que marcharse á toda prisa á su *gangosa* cuna renegando de la sanidad europea, de la vigilancia especial que aquí se ejerce, de la prensa, de la publicidad, de la civilizacion y hasta (el cielo me perdone) del *Te Deum* que oiria V. entonar, de paso, en todas las poblaciones.

Por todas estas razones, yo le aconsejo, funestísimo señor, que no emprenda el viaje.

Crea V. á un buen amigo... de léjos; y si en algo desea V. premiar los buenos servicios, envie la cruz del Elefante blanco, libre de miasmas, á su desinfeccionado conjurador que teme sus manos

El revistero.

* * *

—¡Corazoncito mio! Abro la mano para darte rienda suelta. ¡Dime! ¿Cómo enviamos esta carta?

—¡Yo creo que el calor te entorpece! La cosa no puede ser más fácil. Ponle un sobre.... ¡Así! ¡de luto! Y ahora.... á la *Ilustracion artística:*

—¿Crees que llegará?

—¡Vaya! *¡La Ilustracion artística* se lee en todas las partes del mundo!

PEDRO BOFILL

14 julio de 1883

NUESTROS GRABADOS

¡ABANDONADA! cuadro por Luis Deschamps

¡Pobre mujer! Si ha cometido una falta, harto duramente la expía.

Soñó en el amor terreno, y de esa rosa, que conceptuó inagotable, apénas percibió el aroma; pero en el corazon sintió la dura espina.

Fué madre, y un amor santo sustituyendo á un amor grosero, redimió á la pecadora, cuyo suplicio no fué por esto ménos horrible.

Ser madre y ocultar á todo el mundo este título augusto; ¿cabe dolor más agudo ó vergüenza que más deprima á los propios ojos?

No importa; esa mujer ha jurado cumplir su deber y lo cumplirá á todo trance. Enhorabuena ó enhoramala que el seductor infame la abandone y arroje al fango al inocente fruto de sus efímeras pasiones: la madre lo envolverá en el último jiron de su ropa y de su honra, y á costa de su salud, de su sangre, de su salvacion eterna si es menester, el hijo amado tendrá un nido, una cuna humilde, cabe la cual velará el ángel del arrepentimiento.

Este cuadro, uno de los que más han llamado la atencion en la última exposicion de Paris, tiene mucho que ver y aún más que considerar. Es una obra de arte y una leccion de moral. Su autor Luis Deschamps es un artista aventajado y puede estar orgulloso de ella.

ROPAVEJERAS JUDÍAS, cuadro por Ernestina Friedrichsen

Si el ropavejero es uno de esos industriales que suelen dar gato por liebre al inexperto comprador, ninguno manifiesta tanta destreza en ello como el judío, por cuanto desde sus más tiernos años recibe lecciones para hacer pasar por un objeto recien construido y flamante el que data de la época del rey que rabió, ó para vender como preciosidad arqueológica un mueble ó una prenda cuyo constructor vive todavía. Las muchachas de nuestro grabado, vigiladas por una Ester ó una Rebeca de edad provecta, que divide su tiempo entre la lectura y la direccion del trabajo, arreglan y componen cuidadosamente una alfombra adquirida á bajo precio, pero que al salir de sus manos irá probablemente á adornar algun modesto salon, dejando ántes en manos de la israelita el pingüe beneficio que sólo los de su raza saben sacar por cualquier objeto. El asunto está tratado con soltura, las figuras bastante bien dibujadas, y el cuadro en su conjunto demuestra que Ernestina Friedrichsen posee dotes nada comunes de artista.

LA SEDUCCION, cuadro por L. Casanova

Desde que el rey de los dioses dió el execrable ejemplo de descender del Olimpo en forma de doblones de la época, para captarse la buena voluntad de la señorita Danae, son innumerables los que en el juego de lo que ellos llaman amor arrastran siempre de oros.

El cuadro que hoy reproducimos es una prueba de ello. Concebido con singular acierto y tan bien ejecutado como concebido, el mérito principal del autor es la repugnancia que inspira ese viejo verde que oculta sus deshonradas canas y hace brillar á los ojos de una jóven humilde las facetas de los diamantes y el tornasol de las perlas. Podrá la deslumbrada muchacha cerrar los ojos á la realidad, pero el espectador indiferente no los cerrará á la evidencia del hecho. Una víctima más de la liviandad y de la ambicion.

Es un drama que, de puro repetido, parece un sainete basado en la estafa de los tarugos.

Acto primero: *la seduccion*. La escena tiene lugar en una buhardilla.

Acto segundo: *el fausto*. La escena tiene lugar en una carretela que pasea por la Castellana.

Acto tercero: *el final de siempre*. La escena tiene lugar en la cátedra de diseccion de un santo hospital.

Y áun así, no se conoce escarmiento.

Alejandro de Macedonia lo habia dicho:

—No hay fortaleza inexpugnable si puede hacerse penetrar en ella una acémila cargada de oro.

UNA ADQUISICION COSTOSA, cuadro por W. J. Martens

¿Necesitaremos extendernos mucho en la descripcion de este grabado? Basta un ligero exámen del mismo, juntamente con el título que al pié lleva, para que nuestros lectores comprendan que se trata de dos aficionados á las bellas artes, con sus puntas y ribetes de arqueólogos, uno de los cuales muestra al otro, con la fruicion del que posee un objeto raro, la linda estatua cuya adquisicion le ha costado un regular desembolso. Las dos figuras que, aparte de otros sencillos accesorios, constituyen el cuadro, sobresalen por su naturalidad, la expresion de sus fisonomías revelan la atencion con que á fuer de inteligentes examinan el objeto adquirido; y, en suma, si el asunto y el dibujo no son cosa extraordinaria, por lo ménos recrean agradablemente la vista.

VICTOR HUGO

Pocos hombres, en la moderna época, han sido inscritos durante su vida en el libro de los inmortales. Lo más comun es que la apoteósis empiece cuando la existencia termina; la gloria no se posa generalmente sino es encima de los sepulcros.

Dos hombres, sin embargo, han sido en poco tiempo excepcion de esa regla dolorosa; Rossini y Víctor Hugo. Ambos han subido al Capitolio por su propio pié: el último de ellos permanece en él aún, ciñendo la corona de laurel que le han ofrecido dos generaciones, y tambien aquella otra corona que en uno de sus dramas comparó y puso por encima de la corona de los reyes, la corona de las canas.

Víctor Hugo es más que un poeta, es más que una per-

sonalidad, es más que un genio; es una escuela, es una revolucion en literatura, como Rossini lo fué en música. Por esto ni en música ni en literatura ha igualado nadie sus triunfos, ni ha ejercido su influencia.

El autor de *Nuestra Señora de Paris*, de las *Orientales* y de *El Rey se divierte*, es el soberano del romanticismo que pudiéramos llamar de la raza latina. Antes que él habian roto las estrechas reglas de los eruditos Byron y Goethe, en obras inmortales, pero que jamás se popularizarán entre los pueblos del mediodía de Europa. España, Francia, Italia, nunca elegirán como modelo la poesía engendrada por el escepticismo, destinada á producir el vacío en el corazon y la horrible duda en la mente.

Víctor Hugo fué el iniciador de aquella escuela que, á pesar de andar cada dia un nuevo paso en la senda del progreso, no se desdeñaba de inspirarse en las ojivas de las góticas catedrales, en las arruinadas almenas de los feudales castillos y en los vacilantes claustros de los desiertos conventos. El gran maestro del romanticismo podrá no ser un ortodoxo, pero jamás ha sido ni querido ser un ateo. Aquel que no siente, aquel que no cree, podrá ser un gran filósofo, podrá ser un gran naturalista; pero de ningun modo será un gran poeta.

El autor de *Nuestra Señora* es la encarnacion de Calderon de la Barca, engendrando al Duque de Rivas y á José Zorrilla.

EL BESO MORTUORIO

(Conclusion)

—Pero al que yo le vivo agradecido.

—¿Y es cierto—preguntó con mal disimulado interés un edil, el más jóven de todos los reunidos,—que ha impresionado con sus homilías el corazon de la inocente Terencia?....

—¡Pcht! creo que no,—respondió el Legado, como quien trata de cortar una conversacion que no es de su agrado.

—Pues se asegura así por toda la ciudad,—insistió el terco sacerdote.

—No lo dudo; mas si os he de hablar con ingenuidad, os diré que hasta ignoro qué es lo que sobre tal particular piensa Terencia.

—O lo que es lo mismo,—continuó el jefe sacerdotal, —que consientes, con tu abandono, la perdicion de tu hija.

—Eso no, ¡voto al Erebo! pero..

—¿Tu hija dicen?—interrumpió el tribuno.—¿Con que tienes una hija y nada me habias dicho?.... Luego tú, el crapuloso amigo de Tiberio, el escéptico recalcitrante en materia de virtud y de pudor mujeriles, el que pactó conmigo, bajo juramento, en las nocturnas fiestas de Flora y al resplandor de las hogueras de la calle Patriciana, no doblar la cerviz al insoportable yugo de Himeneo, te convertiste á la odiada coyunda? ¿Has encontrado, por fin, una manzana sin gusano en el jardin de las Hespérides?....

—No, mi colega de juveniles desvaríos. Por más que he cambiado bastante de modo de pensar desde que saboreo las dulzuras del cariño filial, aún permanezco célibe.

—Entónces, ¿de qué procede tu paternidad?

—¡Ah! es una historia....

—¿Que contarás, sin duda, á tu antiguo camarada?....

—Como gustes.

Los concurrentes suspendieron sus diatribas y escucharon.

V

—¿Por qué lo he de ocultar? Mi juventud se deslizó por la corriente que la moda señalaba á los miembros de las familias patricias. Heredero de una de las más ilustres, mis dioses favoritos fueron el enibrante Baco y Vénus afrodita; y como jamás hice una ofrenda en los altares de la Prudencia ni del Buen consejo, la fortuna que heredé de los Terencios, se disipó como el humo. En las orgías que absorbian mis veladas, entablé amistosas relaciones con el hijastro del divino Octavio, quien al ceñir á su frente el laurel de oro, me nombró cuestor en Samaria, á fin de que reparase mi fortuna, que aunque jamás llegó á las de Lúculo ni Marco Antonio, montaba algunos millones de sestercios. ¿Quién podria enumerar mis eróticos devaneos? Uno solo os citaré, que bien pudiera hacer las glorias de cualquier amador: el que me inspiró Herodías, la bellísima esposa de Filipo, Tetrarca de la Traconita y la Batanea.—A pesar de mi experiencia en esa clase de achaques, aquella mujer me enloqueció. Su pasion era ardiente como los rayos de Júpiter, y acostumbrado al codicioso amor de las hijas del Tíber, me tenian admirado su delicadeza y desinterés. Una noche, al aparecer en su *cubículo*, la sorprendí llorando, por no tener, segun me manifestó, la suma necesaria para salvar un compromiso que pesaba sobre ella; y yo, que hubiera dado todas las rentas del Imperio por enjugar sus lágrimas, la pregunté cuánto necesitaba. La cantidad era respetable, pues no bajaba de cincuenta talentos (1), mas cerré los ojos, y apartándolos de las rentas del fisco, los ofrecí á sus piés. Entónces ofrecióme en garantía —¡admiraos!—una niña que criaba ocultamente, concebida y habida durante la permanencia de su esposo en Roma, á donde habia acudido á arreglar la division de la herencia de Herodes el Grande. ¿Quién era su padre?... Ocultómelo, y aunque rehusé semejante prenda, ella me la hizo aceptar, como la cosa más querida de su alma sobre la tierra, so pena de tener que entregarme, por devolucion, la suma que le habia proporcionado. Con la niña me dió á su nodriza, haciéndome especialísimo encargo de ocultar al mundo entero tal contrato, al ménos hasta que ella me devolviera los intereses recibidos. Y aquí teneis cómo de la manera más impensada, me hallé de la noche á la mañana con cuidados á que estaba bien ajeno. Hube de notar, á pesar mio, que desde aquella noche Herodías se mostraba conmigo ménos expresiva: jamás me hablaba de su hija, y al recordársela yo alguna vez, me imponia silencio sobre tal particular, hasta que saldáramos cuentas. De pronto encontré cerrado el postigo que me franqueaba el paso á su camarin: traté de investigar la causa de aquel mudo é inmotivado rompimiento, y abordando indirectamente la cuestion, convencíme de que habia sido engañado. Aquel amor que yo habia juzgado puro y sincero, no habia sido más que estudiada doblez: aquel rasgo de refinada delicadeza de darme en garantía del préstamo á un pedazo de sus entrañas, no implicaba otra cosa que una vergonzante y miserable venta. Temiendo las iras maritales, porque Filipo tornaba ya á su casa, habia logrado, por otra parte, con semejante juego, alejar de sí el peligro á que la presencia de la inocente criatura la exponia. Por entónces los satélites de Herodes Antipas, Tetrarca de la Galilea, bullian por todas partes, y como de mí no tenian porqué recatarse, me revelaron que buscaban á una hija natural de su señor. ¡Oh incesto! Mi depositada era el fruto del punible ayuntamiento de Herodías con su cuñado. ¿Y mis talentos, para qué servian en tanto?... Para pagar un veneno activo, que quitase del medio al ya receloso Filipo, y facilitase la nefanda union de Herodías con Antipas. ¡A buen seguro que si éste no se hubiese enriquecido tanto, á costa del pueblo que regía, ó hubiese sido un simple particular, no se hubiese unido á él tan fácilmente la impúdica princesa, que no abrigaba más afectos que el de la ambicion de mando y la avaricia de riquezas! Más de una vez me dieron intenciones de revelar el misterio al Tetrarca; pero dada la avaricia de éste, consideré que no habria de devolverme la cantidad prestada á su querida, y que me iba á ver, en cambio, privado de las caricias de aquella niña inocente y amorosa, que habia logrado despertar en mi alma un afecto tan nuevo como grato para mí. Trasladado de la cuestura de Samaria á la de Roma, busqué ocasion de hablar á solas con Herodías, y me ofreció que en Roma, para donde en breve partiria con su esposo, cambiaríamos *nuestros intereses*. La astucia y la diplomacia de aquella arpía, casi me convencieron de nuevo de que podia abrigar sentimientos contrarios á los que todo el mundo, y yo el primero, le habia atribuido. ¿Creeis que se presentó en Roma? ¡No por cierto! y por tanto yo, al rendir cuentas al Prefecto del Erario, tuve que abonarle los cincuenta talentos, que constituian todos mis ahorros, para no verme envuelto en un proceso. De este desfalco me indemnizaban con creces los halagos y la solicitud filial de mi jóven hebrea, que habia crecido tanto en belleza como en sentimientos nobles y delicados. ¡Creo que á haber sido hija mia, no la hubiese querido más que la queria! Viendo que mi edad maduraba, y que aquella hermosa niña parecia destinada por el cielo á endulzar mi soledad y mis achaques, la adopté *per æs et libram* ante los comicios, haciéndola pasar al efecto, para salvar su cualidad de extranjera, por hija de unos antiguos servidores de mi casa, que moraban en un pueblecito de la Campania.

VI

—Por el látigo de Belona que la historia es peregrina: solo falta que te dignes darme á conocer tu adoptada. Como recien llegado á esta ciudad, no he tenido ocasion....—dijo el tribuno.

—Voy á complacerte,—interrumpió el Legado, que poniéndose de pié desapareció tras las amplias colgaduras de un pórtico.

A poco estuvo de vuelta, trayendo de la mano á su hija, á la que seguia su nodriza Basemath, que convertida en aya luégo, no se separaba un instante de ella.

¡Cuánta juventud y cuánta hermosura!

Ni Fidias ni Zeuxis soñaron nunca tan ideal belleza.

El Pudor, enrojeciendo sus mejillas y entornando sus garzos ojos, contribuia á realzar tantos encantos.

Blanca *stola*, de lana de Apulia, ceñida al talle por deslumbrante *zona*, ó ancho cinturon recamado de perlas: ondulante *palla*, tambien blanca, guarnecida de franjas de púrpura y oro, y prendida á sus hombros por caprichosas *fíbulas:* sandalias de seda; brazaletes de oro en forma de serpientes; hilos de perlas en la garganta, y el deslumbrante *nimbus* ciñendo su frente y sujetando la abundosa cabellera, que dividida en apretadas trenzas le caian por la espalda, componian su vestido y su tocado.

Los comensales, poseidos de extática admiracion, se levantaron á una de sus asientos, á la presencia de la jóven.

—Tengo el honor de presentaros á mi carísima hija Terencia,—dijo Durmio Quadrato, no ya con satisfaccion, sino hasta con orgullo.

Apénas habia acabado de pronunciar estas palabras, de uno de los ángulos del salon se escaparon dos gritos comprimidos, pero intensos, profundos, dilacerantes.

Todos los caballeros tornaron la cabeza, y vieron un grupo de dos personas, acurrucadas en un rincon de la estancia.

Eran Sadoc y Abigail.

La presencia de aquellos séres extraños, haraposos é indiscretos, en aquel lugar y aquella ocasion, indignó á todos, y en especial al Legado, que ciego de cólera llamó á sus siervos.

—¡A ver!—les gritó:—¿quién ha permitido la entrada en este recinto á esos pordioseros?

—Señor,—se atrevió á contestar uno,—en tanta aglomeracion de gentes, se habrán deslizado á hurtadillas nuestras.

—Arrastradlos de aquí inmediatamente y entregadlos á los lictores, con órden mia de que no den paz á sus varas, hasta que hayan exhalado el último suspiro.

Los israelitas, por instinto de conservacion, se resistieron inútilmente. Sin embargo, hubo brega ántes de sujetar á Sadoc; y en medio del barullo que se produjo, se oyó medio ahogada, sin que nadie hiciese alto en ella, la voz de Abigail que exclamaba:

—¡Cayo! ¡Berenice!.... ¡salvadme!

No bien habian trasportado fuera del cenáculo á los audaces hebreos, un severo magistrado dijo al Legado:

—Adviértote, oh Durmio, que la ley Fufia prohibe aplicar ninguna pena en dias festivos, y hoy lo es.

Este recuerdo hizo al advertido dar contraórden á sus subordinados, á los que mandó que condujesen á los judíos á las catacumbas.

VII

La decoracion ha cambiado.

Al luciente y confortable cenáculo ha sustituido el lóbrego y mefítico antro, destinado á receptáculo de criminales. El ambiente que en él se respira es acre y malsano. Las paredes, llorando los crímenes de los que allí bajan, por si en sus corazones se ha secado el venero de las lágrimas, chorrean un agua turbia y salitrosa. El pavimento es un lodazal: la luz un contrabando.

Un ruido estertóreo, que á la vez participa del rugido de la fiera y del gemido humano, turba su habitual silencio.

Es Sadoc que colérico solloza.

Abigail ni da señales de vida.

—Para el mundo he sido siempre el prototipo de los séres sin entrañas,—murmuró el israelita, dando momentánea tregua á sus gemidos; -mas á haberte conocido á ti, te hubiera atribuido tan triste primacía. ¿Porqué habré vivido tan en sombras? ¿Porqué ha penetrado tan tarde mi mirada en el pavoroso fondo de tu conciencia?.... ¡Ah! ¡que Jehovah se apiade de tí, más que tú te apiadaste de las lágrimas de un padre y del destino de una hija!

No bien acababa de pronunciar estas palabras, abrióse la tortuosa puerta del calabozo, y aparecieron por ella Terencia y su aya, trayendo esta encendida en la mano una linterna de bronce.

—*¡Salve*, oh desdichados extranjeros!—dijo saludándolos la jóven.

Los encarcelados se incorporaron, y Sadoc, con voz trémula, le preguntó:

—¿Eres, por ventura, ¡oh casta jóven! el ángel tutelar de los afligidos, que vienes á consolarnos en nuestras postreras horas, ó la personificacion de la Providencia, que llegas á vengar las acciones reprobadas en el último trance de la vida?

—¡Oh!—articuló Abigail, ocultando el rostro entre las manos.

—No,—respondió cándidamente Terencia:—soy solamente un sér que procura hacer llevaderas, en cuanto puede, las penas de sus semejantes. Un compatriota vuestro me ha enseñado á *amar al prójimo como á un hermano*, y vosotros, que sois prójimos mios, no rechazareis el parentesco.

—¡Dios de Israel!—balbuceó el hebreo estremeciéndose.

—En su virtud llego á participaros que estais libres.

—¿Libres?...—repitieron con ansiedad los prisioneros.

—Libres, sí. Mis súplicas han alcanzado de mi amado padre, que es bueno como pocos, que olvidando vuestro atrevimiento, os devuelva la libertad, que yo vengo á proporcionaros por mi propia mano. Y como presumo que vuestros recursos serán escasos, os traigo estos cinco denarios, para que os ayudeis en vuestro viaje: tomad.

Y les alargó la mano, en cuyo hueco relucian las argentinas monedas.

—Permíteme ¡oh genio benéfico! que te haga una pregunta. Has dicho que tu padre nos ha devuelto la libertad. ¿Eres en realidad hija del Legado?—le preguntó Sadoc con angustia.

—Lo soy. ¿Qué te extraña?

—Dispénsame, pero efecto de mi indiscrecion, le he escuchado una historia, que me ha hecho llorar, acerca de tu filiacion. Tú no eres hija suya, más que por virtud de una ficcion legal.

—¿Y qué más da?... ¡No cambiaria yo esa ficcion por la realidad más halagüeña!

—Es que tus padres fueron de régia estirpe.

—Pero me vendieron como una esclava

—¡Tu padre lo ignoró toda su vida!

—Mas empañó mi frente con el pecado, al engendrarme.

—¿Los odias, pues?—preguntó el judío, trémulo, delirante.

—No, yo no los odio. Jacob me decia que Jesus Nazareno, cuya doctrina tengo grabada en el corazon, aconsejaba *que perdonásemos á nuestros deudores*, y yo los perdono de buena voluntad. ¡Bastante castigo tendrán los desdichados, con las acusaciones de su conciencia en

(1) Un millon de reales próximamente.



ROPAVEJERAS JUDÍAS, cuadro por Ernestina Friedrichsen



SEDUCCION, cuadro por L. Casanova

esta vida, y las penas que el Salvador les tenga reservadas en la otra!

—¿Y los conocerías de buena gana?

—Tampoco. Seria para mí un trance amargo y bochornoso. Vivan ellos olvidados de su hija, que ésta es feliz al lado de la persona que cifra en ella toda su alegría.

—Tienes razon, hermosa niña,—concluyó con visible desaliento el israelita.—¡Quien tal hizo, que tal pague!

—Tomad, pues, la limosna y partid de aquí,—dijo Terencia á Abigail, que contraida toda, ni hablaba, ni lloraba, ni parecia más que una estatua.

Ambos cayeron de rodillas para recibir la dádiva, y tomando cada cual una mano á la jóven, estamparon al par un beso en ellas, yerto el de Abigail, como debe ser el beso de la muerte, y ardiente el de Sadoc, como la lava de un volcan.

Un detalle fijó la atencion de la bella patricia, al extender su descarnada mano la mendiga para recoger la limosna. Era un lunar de bastante magnitud que dejó ver en la parte inferior del carpo.

Terencia entónces alzó la mirada al rostro de la socorrida; mas la luz mortecina de la linterna, y los enmarañados cabellos que caian sobre él, la impidieron apreciar, como hubiera deseado, sus facciones.

VIII

El pueblo se apiña en la plaza pública de Ródio, villa sita entre Pombal y Condeixa, en el vecino reino de Portugal, de la que hoy no quedan más que diseminados cimientos.

Los ojos del concurso, agrandados por la curiosidad, se fijan en un forastero que con extraordinaria elocuencia le ha explicado, durante dos dias, una doctrina enteramente nueva, y que en el instante en que lo sorprendemos, da sus últimas pinceladas verbales al cuadro de la muerte de Juan el Bautista, otorgado á una desenvuelta niña, en premio de una danza más ó ménos impúdica y excitante.

Su figura severa y majestuosa descuella sobre la muchedumbre, como el cedro sobre los juncos que crecen á su sombra. En su acento hay algo de divino que electriza, y en su frase, correcta y elegante, tanta lógica como ardimiento.

Aquel orador no es otro que Jacob, el pescador del lago Tiberiade, llamado Santiago andando el tiempo, quien dispone á su antojo del corazon del concurso.

Al terminar su oracion aquel dia, dirige maquinalmente su penetrante mirada hácia una de las salidas del pueblo, que distinguia perfectamente desde su improvisado púlpito, y retratándose en su semblante repentina admiracion, llévase las manos á la cabeza.

—¡Dios mio!—exclama.—¿No es ilusion de mis sentidos?.... ¡No! ¡ellos son!.... Herodes y Herodías; el protervo juez del santo Juan y su vengativa acusadora. ¡Vedlos allí, hermanos mios! Ellos son, ellos son los que allí vienen.

Volviéronse los oyentes hácia el lugar señalado por el Apóstol, y al divisar á los hebreos, ardiendo en saña contra ellos, por la muerte que mandaron dar al Bautista, cuya historia habia herido vivamente su imaginacion, la emprendieron á pedradas contra los proscritos.

Porque creemos inútil apuntar, que bajo los pseudónimos de Sadoc y Abigail, se ocultaban los desheredados tetrarcas de Galilea.

IX

A los dos dias, una litera, escoltada por un manípulo de *spatarios*, se detenia junto á la aldea.

El *manipular*, ó jefe de la escolta, entró en el pueblecito y tornó en breve, acompañado de un aldeano.

Aquél primero y éste despues, hablaron cortas palabras con alguien que en la cerrada litera caminaba.

Oyóse un gemido en su interior, y abriéndose la portezuela, bajaron dos mujeres.

Eran Terencia y su aya.

Aquella, comprimiendo mal sus sollozos, derramaba raudales de lágrimas.

Asaltada de una sospecha tenaz, sugerida por el lunar que habia sorprendido en la encarcelada, igual á otro que ella tenia en idéntico sitio, habia preguntado á Basemath, qué podia haber de comun entre ella y la mendiga, y de pregunta en pregunta, consiguió arrancarle la revelacion, de que aquellos dos séres errantes, miserables y escarnecidos, eran sus progenitores.

Llevada entónces de un impulso natural del corazon, á pesar de su manifestada indiferencia, salió en su busca, con permiso del Legado, á ver si los encontraba, y conseguia hacer ménos amargo el ocaso de su vida.

Hallólos, sí, pero ya tarde.

Puestos en marcha, no habian andado cien pasos, cuando una bandada de buitres, con pesado aleteo, se remontó por los espacios.

Aquellos avechuchos satisfacian su voracidad en los insepultos cuerpos de los príncipes.

—Ahí están,—dijo el aldeano á Terencia.

Esta avanzó hasta los destrozados restos de sus padres, junto á los cuales se arrodilló, y deshecha en lágrimas, pidió á Dios misericordia para tan grandes pecadores.

Algunos legionarios, miéntras ella oraba, de órden suya cavaban una fosa.

Abierta esta, Terencia se despojó de su flotante velo, y ayudada de Basemath, envolvió en él, con piedad cristiana, aquellos huesos descarnados y hediondos; depositó en ellos un beso, beso mortuorio, pero que sintetizaba toda una vida de cariño, no expresado hasta entónces por primera y última vez, y los colocó en la huesa, que pronto se cubrió de tierra y allanó el rústico rastrillo.

Si los genios protectores de las tumbas guardan relacion con las memorias que sus moradores dejaron sobre la tierra, ¡qué negros y sombríos deben ser los que giren por las noches en torno del sepulcro de los padres de Terencia!

Cáceres.

PUBLIO HURTADO

LA FERIA DE SEVILLA

Me ha tocado tantas veces ver y describir *La Feria de Sevilla*, que no sé si encontraré forma para decir algo nuevo á mis lectores.

La he reseñado en verso y en prosa, en libros y en periódicos, en estilo llano y ampuloso, en octosílabos y en alejandrinos; he tenido la inmerecida honra de alcanzar la copa de plata ofrecida á este tema por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, ántes de pertenecer á este ilustrado Cuerpo,—honra para mí más inmerecida todavía,—y el placer de ver bailar en las casillas del Prado de San Sebastian á las damas de la *highlife* y á las flamencas de pura sangre.

Ello ha de ser tambien esta vez, y deben perdonarme mis lectores. Prometo firmemente la enmienda y no volveré á pecar hasta que otro de mis editores se empeñe.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA no quiere dejar pasar sin memoria este acontecimiento que es, como si dijéramos, el terroncillo de azúcar de Andalucía, y bueno es que se sepa que en los serenos y templados dias de abril, el mundo entero tiene los ojos ó el pensamiento en las márgenes del Betis.

Desde el inglés al ruso, desde el marroquí al norteamericano, se apresuran á preparar sus arreos de turistas y á visitar la tercera capital de España. En ella *hierven* en esa época los curiosos de todos los países; por eso dije yo una de tantas veces, en romance:

«Rios que afluyen al mar
parecen las líneas férreas
que en rápidas avenidas
olas de viajeros dejan;
van y vienen los vehículos,
crujen látigos y ruedas,
y calles, plazas y hoteles
la antigua Babel recuerdan.
Un pandemonium fantástico,
una miscelánea inmensa
forman los extraños grupos
que se acosan y se estrechan;
el oxígeno se acaba,
la atmósfera se condensa
y el suelo desaparece
bajo plantas extranjeras.
Aquí un inglés cachazudo,
de patilla rubia y luenga,
da el diestro brazo á su esposa
y el siniestro á su maleta;
allí, una famosa austriaca,
larga como una promesa,
manda un convoy de tres párvulos,
dos falderos y una negra.
En este lado, de capas,
vara clásica y chaqueta,
adelantan tres alcaldes
que recatan las monteras.
Más léjos, sobre la cúspide
de una enorme diligencia
un mundo de saltimbanquis
trae los bártulos á cuestas.
De una y otra parte acuden
banqueros, hombres de letras,
cómicos, entretenidas,
gitanos, canastilleras,
celebridades artísticas,
donceles y damas bellas;
que la Feria de Sevilla
goza de fama europea
y no ha visto maravilla
el que no ha visto la Feria!»

Y así es la verdad, que maravilla ver reunidos en un solo punto, tan distintos tipos, razas y personalidades.

Las antiguas ferias de que nos hablan los historiadores arábigos, aquellas en que el Asia ostentaba sus ricas telas, sus piedras preciosas y sus perfumes; Ocaz, con sus juegos y sus certámenes, donde reinaba la paz y la alegría de tal manera, que acababan los odios de las tribus enemigas, que se reunian los poetas é improvisadores para disputarse el honor de que sus versos se bordaran en los paños que se habian de suspender de la Kaaba; las ferias itálicas, dedicadas á Feronia, diosa de las flores, ferias que llevaban al santuario de la buena diosa á los amantes y á las amadas, á los opulentos patricios y á las libres matronas de la Ciudad de Rómulo, no tuvieron jamás los encántos de la Feria Andaluza por excelencia, de la Feria de Sevilla, cuya nombradía ha logrado salvar las montañas y los mares.

Sevilla tiene para los turistas inexplicables encantos. Su Torre del Oro, su Giralda, su Catedral, su Alcázar mudejar, sus barrios clásicos y sus recuerdos orientales; la fama de sus jardines y de sus mujeres, ponderadas en cantos y relatos más ó ménos fieles é hiperbólicos, han contribuido poderosamente á dar cita en su recinto, durante la feria de abril, á un mundo de forasteros.

Esto, que de puro sabido va pasando ya á proverbio, pica el amor propio de los sevillanos y les hace extremar su condicion de espléndidos y aparatosos, hasta un punto que parece cuento.

De la misma manera que suelen gastarse sumas enormes en mantos, palios y doseles para sus imágenes favoritas, durante la Semana Santa, gástanlas en preparar sus trenes y galas de Feria y realzan su natural gracia y donosura las hermosas, abandonando por tres dias las modas extranjeras para arrojarse en brazos de las de la tierra de *María Santísima*.

En Feria, podeis ver á la sevillana de la *hig-life* en el apogeo de su gloria mundanal, usando el *airoso* traje de medio paso adornado de boleros ó de enrejados, la chaquetilla con hombreras y la mantilla blanca ó el picaresco sombrero de queso. Sus piés diminutos, calzados de un modo admirable, causan la desesperacion de los yankees y de las inglesas puras que suelen tenerlos semejantes á los de Carlo Magno; el aire especial con que llevan el abanico ó mueven la cabeza prolongada á veces por la alta peineta de concha, hace suspirar á las hijas de los broclavares que tanto se precian de la agilidad y de la gracia.

Si la clase elevada rinde tributo á los dias clásicos en Sevilla, la de más baja estofa no le va en zaga, en punto á lujo y salero. La hija de Triana ó de San Bernardo, envuelta en manton de Manila bordado, luciendo su amplia y limpia falda de percal, que cruje á fuerza de estar almidonada, llevando al cuello su pañolillo de seda de colores, se pasea del brazo de su *barbian*, por el Real de la feria, ó se reclina en el break, enseñando la media blanca como el ampo de la nieve cuando pisa el estribo á la puerta de la Plaza de Toros.

En la buñolería, *la flamenca castiza*, con los brazos desnudos y el traje recogido de un modo que solo puede describir el pincel ó el lápiz, vaga de acá para allá delante de su tienda de campaña adornada de cintas, faralaes y banderolas, y se abalanza al transeunte con gracia suma diciéndole:

—¡Saleroso, buñuelos calientes!

El barrio de San Sebastian, donde se celebra la Feria, es un llano pintoresco desde el cual se divisan la esbelta Giralda, los pináculos de las azoteas de la Catedral, los jardines del alcázar de D. Pedro, el ciclópeo edificio destinado á fábrica de tabacos, rodeado de fosos como un castillo de la Edad media y el nunca bien ponderado barrio de San Bernardo, cuna de tantas notabilidades en el arte de Pepe-Hillo y Costillares.

En este llano, embellecido por calles de árboles, se colocan en filas armónicas preciosas casillas, con techos de tijera, formadas de lienzo y tablas y separadas unas de otras sólo por una pared trasparente; estos nidos amueblados y decorados con exquisito gusto, son la residencia de las familias, que trasladan allí su mesa y su estrado durante setenta y dos horas todos los años.

Por las noches, cuando el gas se enciende, brillan las flores sobre las mesas de mármol, las lunas de los espejos reflejan los rostros graciosos de las jóvenes, que charlan con sus novios á la puerta de la casilla ó forman grupos pictóricos y escultóricos en los ángulos de la improvisada gruta de amores; cada nido de lona guarda en su seno un mundo de armonías, parece que hay en todos ellos colonias de aves diversas que cantan al mismo tiempo.

El piano, la guitarra, las castañuelas, á veces el pandero y los platillos, resuenan acá y allá; mézclanse los cantos *finos* con los *flamencos*, y en dos tiendas, que sólo se hallan lienzo por enmedio, ríndese culto á la vez—con gran contentamiento de los ingleses, que se quedan á la puerta convertidos en estatuas,—al aleman Wagner, que ha muerto demasiado pronto, y al flamenco Silverio, que todavía hace gorgoritos y quiebra primas, en su Café Cantante de la calle del Rosario en Sevilla.

El espectáculo que se ofrece á los ojos del curioso en una de estas noches en las casillas del Prado, es tan profundamente poético que solo puede borronearse en rengloncitos cortos:

Bandadas de golondrinas
que anidan en la floresta
las jóvenes andaluzas
son las noches de la feria.
Bajo azules pabellones
cantan y revolotean;
sus párpados sonrosados
se entornan, mas no se cierran.
Libros de caballerías
son los bailes para ellas,
las noches de claro en claro
suelen pasar dando vueltas.
Por eso un nuevo Gauthier
anotará en su cartera:
«Las españolas no duermen
áun cuando sueñan despiertas.»
De ver es, cuando agrupadas
bajo el techo de tijera
de esos elegantes nidos
llenos de luces y esencias,
mueven, al són del piano,
los brazos y las caderas
en la danza que á Lord Byron
trastornaba la cabeza.
De ver es, cuando la falda
provocativa y ligera
descubre sus piés menudos
como ramos de violetas;
y cuando al compás del crótalo
y la guitarra parlera,
como girándolas pasan
casi sin tocar la tierra.

Vano intento es comparar,—decia yo, tambien en romance,—las veladas griegas animadas por el pámpano, y alumbradas por las teas que sirvieron á Céres para buscar á la andariega Proserpina, con estas veladas andaluzas en las que palpita el espíritu oriental en grato consorcio con el del Occidente.

Los corrillos de jóvenes traen á la memoria, no ya las reuniones de los griegos en Chipre durante las Adonias, sino las noches gratas que pasaba el árabe en la huerta de Ruzafa, rodeado de cantarines y escanciadoras, improvisando versos, apurando copas de oloroso vino, y dejando asomar la aurora que los sorprendia soñando bajo los naranjales.

La animacion de las casillas del Prado se exterioriza durante el dia. Por la calle central, cruzan los lujosos vehículos de todo género: la canastilla y la diabla, el familiar y el break, el landeau y la carretela. Alguna que otra vez, y ya con el carácter de anacronismo, deslízase la antigua calesa adornada de alto copete con su fondo claveteado y su trasera adornada de flores pintarrajadas: los corceles de todas las razas, de media sangre y de *sangre entera*, ora cubiertos con el elegante galápago, ora soportando la pesada silla vaquera, pasean de una á otra parte; dando á la perspectiva movilidad y pictóricos detalles, las jóvenes andaluzas que cabalgan con mejor apostura que la reina Católica y hacen caracolear sus corceles, dóciles á tan dulces dueños.

Unese á este espectáculo, el abigarrado conjunto de los circos, teatros mecánicos, galerías de figuras de cera, tiendas de juguetes, aguaduchos, exposiciones de focas y serpientes boas, fenómenos vivos y muertos y desvergonzados polichinelas. Los tambores, los trombones, las cornetas, las gaitas, los címbalos, los bombos y platillos resonando á la vez en la opuesta parte, forman un concertado desconcierto difícil de explicar; los caballos de madera que giran, las figuras de movimiento que gesticulan y voltean, los clowns que saltan, los bailarines, que muestran sus mallas color de rosa sobre los aéreos andamios, acaban de dar carácter al gran cuadro, en cuyas lontananzas se ven pulular los ganados destinados á la venta; principal objeto de estas solemnidades en España.

Aquí vendria de molde recordar que la mayor parte de los paseantes emigran del mercado al sonar la hora de la corrida, y marchan aceleradamente hácia nuestro Circo taurino; pero como esto me llevaria de la mano á la descripcion completa de nuestra fiesta nacional, cosa por demás larga y penosa, prefiero recurrir á mis versos para dar una leve idea de la corrida, en sus asomos.

La colosal gradería
de espectadores se cubre
y la creciente algazara
llega á perderse en las nubes.
Como suelen las espigas,
si hay viento que las impulse,
mover sus rubias cabezas
que el sol abrasa y destruye,
en círculos ordenados
se mueve la muchedumbre
esperando entusiasmada
que el són del clarin retumbe.
Trajes de brocado y seda
la airosa cuadrilla luce
y vistosos capotillos
rojos, gualdrados y azules.
Suena la aguda señal,
el circo en bravos prorumpe
y da comienzo la lidia
segun antigua costumbre.

Aquí puede colocar el lector benévolo una de esas revistas tauromáquicas que andan impresas por los periódicos de la *facultad* y que vendrá en este sitio como de perlas. Las corridas de toros se parecen todas, con tal de que los espadas sean de cartel y los bichos de buena casta: *Sentimientos*, *Camama* y otros críticos pueden llenar este vacío que de propósito les dejo. Si el lector prefiere, por el contrario, traer á la memoria los detalles de alguna de estas fiestas que pudo ver en nuestro Circo, en una templada tarde de abril en la que doraba el sol la Giralda que domina la Plaza, brillaban los ojos de las espectadoras tras sus abanicos y bajo sus blancas mantillas, y voceaban los aficionados al ver á Lagartijo y á Frascuelo buscando los rubios á los cornúpetos, allá se las haya. Yo lavo mis manos como Pilatos y cumplo mi cometido reanudando en este punto el romance:

Cuando el sol desde el ocaso
lanza sus postreras luces
y el giraldillo acaricia
con sus doradas vislumbres,
las hermosas rebozadas
en sus tocas y en sus tules
y los mancebos montando
sus corceles andaluces,
pagado el justo tributo
á Costillares y á Cúchares,
dejan en tropel el Circo
y de nuevo se confunden
con las animadas olas
que en el mar del Prado afluyen.
Allí es fuerza que la zambra
hasta el dia se reanude,
que la guitarra se queje
y que las cañas circulen,
que á la luz de las bujías
entre espejos y perfumes
por alfombradas pendientes
las jóvenes se aventuren.
Eterno hervir vividor
ni cesa ni se interrumpe,
cada tabla es un triclinio
y cada mujer un númen.
Cerca del alegre rancho
donde resuena el adufe
la caseta aristocrática
cercada de flores surge,
junto al guardapié flamenco
la falda francesa cruje;
y turba una petenera
la serenata de Schubert.
Por romancesco derecho
que no habrá quien le dispute
Sevilla en un mismo foco
sus tradiciones reune.
De este gigantesco lienzo
son mis mezquinos apuntes,
¡dadme paleta y pinceles
que las plumas son inútiles!

Sevilla 1883

BENITO MAS Y PRAT

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Por tercera vez desde 1823 se ha levantado la tierra al pié de un cerro cerca de Rímini en Italia. Esta vez ha avanzado la pendiente por la nueva prolongacion 80 metros en una extension de 280, en cuya superficie todo está revuelto y trastornado; de la magnífica vegetacion que la cubria cuando formaba parte del valle, sólo han quedado derechos algunos olmos y castaños, pero morirán, porque sus robustas y dilatadas raíces han de estar forzosamente tronchadas. Estos levantamientos singulares no se han podido explicar todavía, siendo lo más curioso que se han verificado siempre instantáneamente, cual si fuese por efecto de la dinamita.

***

Dice el *Globo* de Lóndres que lord Derby no sancionará la anexion de Nueva Guinea; pero que ha consentido en autorizar el establecimiento de dos ó tres estaciones inglesas á lo largo de la costa; lo que, en otros términos, equivale á decir que entre las tres alternativas que se le ofrecian, el ministerio ha escogido la que por el momento salva hasta cierto punto las apariencias, por más que sea para lo futuro abundante semillero de complicaciones y disgustos.

***

El rio Irauddy tiene, en su curso por la Cochinchina, una de las mejores cascadas del mundo. La anchura de esta cascada no baja de 750 metros y su altura de 500. En la cúspide de la misma hay una rica pagoda que parece surgir de un lago hirviente y que vendrá á tener unos 50 metros de elevacion. El estruendo que semejante caudal de agua produce al despeñarse, se oye á más de una legua de distancia, y cuantos á la catarata se acercan quedan ensordecidos como si oyeran un estampido incesante de formidables truenos: cuando al dar la vuelta á un recodo del rio se halla uno delante de tan majestuosa cascada, se sienten los oídos tan atronados como cuando se oyen continuas descargas de muchas baterías de cañones durante una batalla.

NOTICIAS VARIAS

Segun dice el *Daily News*, se han contratado 20,000 chinos para trabajar en los cafetales del Brasil, mediante un jornal que no llega á dos pesetas, sin la manutencion. El pasaje entre China y Rio Janeiro cuesta 50 pesetas. El gobierno brasileño se propone contratar con estas condiciones de 400 á 500,000 chinos.

*

ANUNCIOS.—Con justo motivo se dice que los americanos son anunciadores por excelencia. Uno de los últimos números del *New York Herald* contenia *ciento treinta y dos columnas*, largas y de letra muy menuda, llenas de nuevos anuncios.

REJAS ESPAÑOLAS

No tema el lector, al ver este epígrafe, que las siguientes líneas aludan á esos diálogos entre los amantes, característicos de nuestro país y en los cuales «pelan la pava,» como se dice. Tienen otro objeto, á saber, no el uso que de las rejas se hace por aquellos, sino las rejas mismas, cosa no ménos propia y peculiar de España.

Este punto requiere alguna explicacion. Las rejas, como medio de aislar y custodiar cosas ó personas, es evidente que no son privativas de nuestro país: casi en todas partes hay, por ejemplo, conventos y cárceles; y estos lugares se hallan frecuentísimamente provistos de aquel medio de defensa, que la permite bien segura, sin cerrar por ello paso al aire, á la luz, á la vista y á la comunicacion entre el interior y el exterior: aquí, pues, no está nuestra originalidad. Pero, debido á condiciones, preocupaciones y hábitos que, de ser exactos, nos favorecerian poco, ó bien á otras causas más complejas, que los arqueólogos deben poner en claro, es lo cierto que en ningun otro país ha tomado este elemento el desarrollo que en España, hasta alcanzar en ocasiones la importancia de verdaderas creaciones artísticas. Esto se refiere tan sólo á las rejas de hierro y aun de otros metales; ya que las de madera, ora en forma de verja, ora de celosía, valla, etc., es por el contrario en los pueblos orientales, v. g. entre los árabes y los japoneses, donde han recibido mayor perfeccionamiento.

Como era natural en tiempos en que las iglesias constituian los principales monumentos y condensaban las más selectas obras de la fantasía, en ellas es donde se ofrecen, ante todo, los primores de un arte contra el cual en vano intentan competir los continuos progresos del de la fundicion en nuestros dias.

Así como la costumbre, adoptada en nuestras catedrales hácia el siglo XV, de traer el coro desde el ábside al cuerpo de la iglesia, frente al presbiterio (tal vez por el inmenso número de capitulares—en el coro de Toledo hay unas 140 sillas), ha dado á aquel departamento y á su mobiliario unas proporciones y un lujo característicos de nuestro país, así tambien esa misma costumbre es probablemente, si no la causa única del desarrollo de la rejería en nuestros templos, al ménos de las que más han influido. Se comprende que, al dividir en dos el lugar destinado al clero (volviendo en parte á la antigua disposicion de las basílicas cristianas), separando al coro del celebrante, dejando á este, con los ministros que le acompañan y sirven, en el altar mayor y llevando á los demás al otro lado del crucero, para darles cómoda colocacion, se tomase el partido de situarlo en dos cuerpos, disposicion que permite á todos los clérigos presenciar los divinos oficios: de aquí que el muro de cerramiento, que dividia al coro del resto de la iglesia, en vez de ser un mero pretil ó plúteo, como el que puede verse, por ejemplo, todavía en las basílicas de San Clemente ó de Santa María *in cosmedin*, de Roma, tuvo que elevarse, naciendo de esta necesidad el ámplio desarrollo de este departamento.

Pues cosa análoga habrá tal vez acontecido con las rejas. Las capillas todas comenzaron á cerrarse de este modo; cerróse tambien en igual forma la Mayor, á veces hasta por tres de sus frentes, dejando ver de este modo el altar desde más puntos y conservando sólo el muro de piedra en el frente, tras del retablo; á su imitacion, se levantó la reja del coro, considerado como una especie de capilla; y entre éste y aquél, partes, por decirlo así, de un mismo todo—el presbiterio, en su antiguo sentido—fué menester conservar expedita la comunicacion, problema difícil en las fiestas solemnes, puesto que los fieles apénas disponian de más espacio que el crucero para asistir á las ceremonias. Por esto se estableceria entre ambos lugares un paso, defendido por una balaustrada de los embates de la muchedumbre, más ó ménos piadosa.

Así, la Capilla principal y el coro quedaron reunidos y aislados del resto de la iglesia generalmente por tres rejas, la última de las cuales, destinada sólo á contener la multitud, ha solido conservarse siempre baja, para no entorpecer la vista del altar mayor, sin alcanzar el desarrollo é importancia de las otras, verdaderas rejas de capilla. No deja de haber, sin embargo, excepciones de esta regla: sirva de muestra el crucero de la catedral de Búrgos.

Son en nuestros templos las rejas de interés singularísimo. A pesar de la perfeccion con que el hierro y en general los metales se han labrado en otros países, por ejemplo en Alemania, ninguno hay que pueda competir con nosotros en esta materia. En Italia, donde el arte de la ferretería puede presentar nombres como el de Cellini, tal vez no hay más reja al modo de las españolas, aunque de mucho menor importancia, que la del pequeño oratorio del palacio del Podestà en Siena. Los cerramientos de sus capillas, ó son simples pretiles, aunque tan soberbios como el de la Catedral de Florencia, ó verdaderas construcciones arquitectónicas, como el maravilloso de San Márcos, cuyo sistema recuerdan nuestros trascoros y más aún el hermoso cancel del lado Sur, ó sea de la Epístola, en el presbiterio de Toledo.

No deja de dar cierta fuerza á la hipótesis ántes sentada la circunstancia de que las rejas de algun interés que poseemos no son anteriores á los comienzos de nuestra arquitectura ojival, en la transicion de la románica, esto es, á los primeros años del siglo XIII. A este tiempo corresponden la de la capilla del Sagrario de Palencia; la del altar lateral del Sur de San Vicente de Avila y la de la ventanita central de la cripta del mismo templo; la del ábside de la Catedral vieja de Salamanca y la del de San Isidoro, de Leon; la de la iglesia del Mercado en esta última ciudad; la del claustro de Pamplona, que tal vez aventaja á todas y preludia ya la forma siguiente, etc. Todas ellas constan de cintas arrolladas y combinadas con barras prismáticas, muy aplastadas, casi siempre, para formar un motivo de decoracion convencional de hojas y flores, completamente análogo á los de las antiguas filigranas bizantinas y árabes y que se repite indefinidamente; las más veces este motivo figura una especie de flor de lis.

Sucédenles las de la época puramente gótica, las cuales procuran ya formar una decoracion arquitectónica, compuesta, por lo comun, de un zócalo, el cuerpo de la reja y el coronamiento, reducido á grupos de hojas ó flores, recortadas y áun repujadas, colocadas en las claves de una arquería calada, ó sobre una sencilla cornisa. El zócalo falta con frecuencia en este tiempo todavía; v. g. en las rejas del claustro de la Catedral de Barcelona. Los barrotes verticales que constituyen el cuerpo, son, ora cilíndricos, ora prismáticos, ora de forma de balaustre; ya rectos, ya retorcidos; en ocasiones, solos, y combinados en otras con piezas curvas que se interponen entre ellos. Estos hierros terminan muchas veces en la parte inferior figurando basas de planta poligonal y están enlazados por

traviesas horizontales que los sostienen y que van poco á poco convirtiéndose en fajas adornadas En el centro, se abre la puerta de una ó dos hojas, fortalecida á los lados por pilares más gruesos al modo de contrafuertes y que suelen rematar en pináculos; sobre esta puerta se acostumbra poner los escudos. Los cerrojos, fallebas y llaves tienen tambien mucho interés. En ocasiones, la reja se combina con una construccion de piedra, verdadera fachada que le sirve de marco, como puede verse en el ya citado presbiterio de Toledo. La mejor quizá de España es la del de Pamplona: la del coro tal vez era análoga, hasta que le sobrepusieron la crestería que hoy tiene, del Renacimiento. Entre las más puras de este tipo deben incluirse la del atrio del N. (puerta del Reloj) de nuestra iglesia primada y áun algunas otras, más modestas, de las que cierran sus capillas.

Pero donde se despliegan una suntuosidad y riqueza que maravilla hasta el asombro, es en las grandes rejas de los siglos XV y XVI. Pertenecen, como desde luégo se comprende, al estilo plateresco, dominando en unas el ojival y el del Renacimiento en otras. Los nombres de los maestros Morey (el más antiguo de que se hace mérito—1389), Pablo, Juan Francés, Andino, Bartolomé, Villalpando, Vergara, Céspedes y otros incluidos en la interesante noticia del Sr. Riaño (1), van unidos á obras verdaderamente monumentales, como las grandiosas rejas de Toledo, Sevilla, Granada, Salamanca, Búrgos, Pamplona, Zaragoza, Alcalá de Henares, Palencia, Cuenca y otras muchas; pues en rigor puede asegurarse que por milagro se encontrará iglesia ó capilla de este tiempo, por modesta que sea, que no presente una reja bastante importante para que valga la pena de visitarla. Recuérdese, por ejemplo, la del convento de San Juan de la Penitencia, en Toledo.

Estas rejas del XV y XVI tienen muy otra complicacion que las anteriores. Al trabajo de forja y martillo, se juntan ahora el repujado y áun el cincelado; bustos, flameros, medallones, bichas, cariátides, estatuas de cuerpo entero y hasta grandes composiciones con muchas figuras, por lo comun en relieve, se combinan con las grecas, flores y hojas; espléndidos coronamientos las terminan; y el oro, la plata y los colores contribuyen á producir el más pintoresco conjunto que puede imaginarse. Las rejas del presbiterio y el coro de la catedral de Toledo, obra, respectivamente, de Villalpando y de Céspedes; las de Sevilla, debidas á Muñoz y á Salamanca; las de las famosas capillas: del Condestable, en Búrgos (Andino), Real de Granada (el maestro Bartolomé), Dorada, ó de Palenzuela, en Salamanca (?); las de la Magistral de Alcalá (Juan Francés); de la Catedral de Palencia (Andino y Rodriguez), todas de la primera mitad del XVI, son los más importantes ejemplares de esta época. No debe olvidarse la de San Juan de los Reyes, en Toledo, hoy colocada en el oratorio del palacio de Vista-Alegre, propiedad del Marqués de Salamanca. En Madrid, pueden verse dos de esta clase, aunque de escaso valor: una, la de la iglesia de Santo Domingo, ahora en el Museo Arqueológico; otra, más pobre aún, en la iglesia de San Pedro.—Entre todas descuella quizá, no sólo por su riqueza, en que rivaliza con las de Toledo, sino por la maestría de su composicion y la elegancia de sus formas, la reja de la capilla Real de Granada, coronada sobre la crestería, como la mayor parte de las de este tiempo, por un Crucifijo, con la Vírgen y San Juan á sus lados; parece haberse hecho entre los años 1520 á 1530.

Si de estas verjas venimos á otras, de menores proporciones, como son las que rodean á algunos sepulcros, los dos cerramientos más interesantes quizá en este género son el del enterramiento del Arzobispo Anaya en la capilla fundada por él en el claustro de la Catedral vieja de Salamanca, y la que Vergara puso alrededor del del Cardenal Cisneros en Alcalá (hoy en el crucero de la Magistral). La primera es plateresca, aunque dominando en ella el elemento gótico, y nada puede dar idea de su extraordinaria riqueza; hojas y flores menudamente picadas; ángeles, centauros y otras figuras, que acusan ya el Renacimiento, se complican, tal vez con exageracion, hasta dificultar la vista del hermoso sepulcro flamenco del fundador que dentro de ella se guarda, por fortuna y gracias probablemente á la reja, en excelente estado de conservacion. La otra, mucho más baja y sobria, es la perfecta antítesis de la de Salamanca (en cuya capilla de Talavera hay, por cierto, una semejante á esta de Alcalá, pero mucho más modesta). En rigor, puede decirse que no es obra de rejería, propiamente dicha, sino de bronce fundido y admirablemente cincelado en el más puro y correcto estilo del Renacimiento italiano, hasta constituir quizá uno de los mejores ejemplares de su clase en Europa, superando en mucho al sepulcro que custodia, atribuido, con ó sin fundamento (más bien *sin)*, á Domenico Florentino, esto es, nada ménos que al autor del importantísimo enterramiento del príncipe D. Juan en Santo Tomás de Avila.

En cuanto á rejas de ventanas en casas particulares, apremia el tiempo y quizá serán asunto de otro ligero estudio, análogo al presente. Pero es imposible dejar de recordar en medio del gran número de obras de esta clase, que todavía poseemos, las bellísimas de la Casa de las Conchas, en Salamanca, obra plateresca del XV, si es que no enteramente gótica, y en otro género, enteramente diverso, de puro Renacimiento, las de la Casa de Pilatos, en Sevilla. En Madrid y sus alrededores pueden verse algunas de este último tipo, aunque de poca importancia: v. g. las del Palacio del Pardo, del tiempo de Cárlos V. Aun estas rejas de casas particulares son raras en el extranjero: en Bolonia y en un palacio de la vía San Mammolo, hay un balcon que recuerda por cierto el de San Márcos de Leon, aunque debe ser anterior á este: el palacio, al ménos, le antecede más de un siglo.

Despues de este tiempo, el arte de los rejeros decae rápidamente: las verjas del Escorial, de Búrgos y de Avila bastan á dar de ello testimonio.

Para concluir, conviene observar que las verjas de las iglesias del Norte y Centro de España, suelen ser más bajas que las de los templos de Andalucía, las cuales tienen, por lo comun, un cuerpo más de altura y coronamientos más esbeltos y proporcionados. Cualquiera que, por ejemplo, compare las rejas del presbiterio de las Catedrales de Toledo y de Sevilla, advertirá al punto la superior elegancia de la segunda y cierta pesadez en la primera. ¿Será debida esta diferencia, que se nota asimismo entre los escultores castellanos y los andaluces (v. g. Berruguete y Montañés), al diverso carácter del pueblo y medio á que unas y otras obras corresponden? ¿Representan un diverso modo de sentir y componer, un distinto ideal, que pudiera decirse? Si esta observacion es exacta, y no una preocupacion sin fundamento, que otros más entendidos decidan é investiguen las causas del fenómeno. *Ai posteri l'ardua sentenza.*

F. GINER DE LOS RIOS

UNA ADQUISICION COSTOSA, cuadro por W. J. Martens

(1) *The industrial arts in Spain*, 1879; p. 67.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II ↔ BARCELONA 23 DE JULIO DE 1883 ↔ NUM. 82

UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA, cuadro por Inglada

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Un término á la peregrinacion de Zorrilla.—*El trovador que vaga errante.*—La lectura de poesías y el sostenimiento de la vida.—Tristes competencias.—Grandiosidad del poeta.—La ambrosía y los garbanzos.—El humo de la gloria.—Historia retrospectiva.—Lecturas en el Ateneo.—Estancia en Barcelona.—El proyecto de los granadinos.—Los cañamones del poeta.

¡Loado sea Dios! Ya podrá tener término esa peregrinacion artística que el insigne poeta D. José Zorrilla está realizando al través de las provincias españolas.

Era cosa que dolia á los amantes de las glorias de España ver que ese hijo predilecto de las musas, al cabo de su larga vida no habia sacado de su familiaridad con el Olimpo más que una corona de laurel siempre verde é inmortal, un báculo por el estilo del de Homero y una lira ó un laud ó un arpa con que acompañar sus poéticas composiciones.

Nunca se habrá podido afirmar, con más exactitud, que un vate vaticinó su porvenir lejano.

Zorrilla dijo de sí mismo hace tiempo:

Yo soy el trovador que vaga errante.....

Y en efecto, le hemos visto vagar de pueblo en pueblo, de una á otra ciudad, llenando de armonías los espacios, enalteciendo las ruinas, despertando ecos dormidos en el corazon de los que habian educado su juventud con la penetrante savia del cantar de nuestras gloriosas tradiciones, emocionando á las muchedumbres y elevando el nivel moral á excelsas y sublimes alturas.

***

Ciertamente; todo esto era muy bueno; y todos habríamos visto con grata satisfaccion las correrías del poeta, si no hubiese venido á amargar nuestro placer la idea de que el trovador buscaba en esas excursiones el mantenimiento de su vida

Si Zorrilla hubiese tenido rentas todos habríamos dicho:

—Qué feliz idea la de ese opulento poeta que recorre el mundo, no por el egoista placer de recrearse él solo, sino inflamando de viva voz, con la recitacion de sus mejores poesías, al público reunido en una sala de espectáculo.

Pero sabíamos que estaba pobre, y pensábamos:

—¡Cuán triste es la vida de ese poeta, que ha poseido incalculables tesoros de luz, de color, de esplendidez, y que se ve obligado, para vivir, á llevar esa errante y azarosa existencia, de ciudad en ciudad, á trueque de que un histrion cualquiera lo considere compañero suyo, y de que tal ó cual titiritero de esos que se hunden sables en el esófago y se engullen estopas encendidas diga, celoso de su competencia:

—¡No se gana un cuarto! Todo el mundo desprecia nuestro difícil arte, por ir á escuchar á un coplero llamado Zorrilla!

¡Esto partia el alma!

***

Terminó, pues, merced á un elocuente discurso del Sr. Castelar y á la buena voluntad de todo el Congreso, la situacion aflictiva del poeta Zorrilla.

Yo no quiero meterme á investigar el itinerario que á tal situacion le habia conducido. El hecho es que está pobre. Cantó y descuidó sin duda sus intereses. Pero no se puede negar que es el poeta en que se ha amamantado nuestro siglo. No es la impresion de nuestro tiempo con sus luchas y sus vacilaciones, sus dudas y sus desencantos; pero es el poeta que asiste desde su altura á la transformacion de la sociedad y entona himnos á las glorias pasadas, recoge las tradiciones, señala con su dedo los puntos brillantes de la historia, anima las tumbas, reconstruye los mármoles de las ruinas, y canta... canta el amor, la naturaleza, la religion, el arte, todo en fin lo que en nuestra juventud hemos sentido.

Pero el poeta que cantó *El reloj*, se olvidaba de que habia de comer de tiempo en tiempo. Montado en su Pegaso creyó que el coche ó el wagon de ferro-carril no le eran necesarios; y el néctar y la ambrosía de los dioses que tenia tan á pasto, le impidieron recordar que en el mercado no darian por todos esos manjares mitológicos ni media libra de garbanzos.

Hiciéronse numerosas ediciones de sus libros; sus dramas se representaron con éxito en todas partes y su *Don Juan Tenorio* ha llegado á ser tan necesario como las campanas y los blandones funerarios en la noche del dia de Difuntos.

Todo esto no alimenta á Zorrilla mas que con humo... ¡El humo de la gloria!

Y con esta gloriosa aureola ha estado á punto de quedar en la situacion que él mismo predijo al concluir una de sus composiciones de este modo:

Que no importa vivir como un mendigo,
Por morir como Píndaro y Homero!

***

El poeta no ha tenido que mendigar la pension de treinta mil reales que á guisa de recompensa nacional le ha concedido por votacion unánime el Congreso.

Castelar ha tendido por él la mano; ha recordado en elocuentes períodos los méritos del poeta, su gloria artística, lo que en casos análogos se ha hecho en otros pueblos y los diputados no han tenido ni un movimiento de oposicion á tal proyecto.

¡Cuán cierto es que el arte une más que nada en el mundo!

¡Ni cómo podia ser otra cosa!

Madrid debia esta satisfaccion al gran poeta.

Este fué el pedestal primero de su gloria. Despues se fué á América. Y cuando volvió tenia el carácter de un resucitado.

Las Córtes han pensionado á un poeta que ha permanecido largos años en *el otro mundo.*

Cuando llegó, la curiosidad fué general. Fué aclamado por todos los poetas. El público acudia ansioso á oirle recitar en el teatro. Alarcon, el primoroso novelista,—como buen hijo de un pueblo inmediato á Granada,—escribió una entusiasta y original carta, dando la bienvenida al poeta. Manuel del Palacio publicó en el *Gil Blas* de entónces donosas y chispeantes imitaciones—ó más bien, parodias,—del nuevo género poético de Zorrilla..... y todo el mundo á porfía trataba de conocer al poeta romántico que habia salido de España con largas melenas y volvia casi con tonsura.

Aquel entusiasmo se apagó un poco.—En Madrid se necesita cada dia un nuevo atractivo. La gran capital devora sus juguetes con voracidad monstruosa.

Años despues Zorrilla emprendió sus lecturas públicas en el Ateneo. Ese *Cid* que los lectores de la *Ilustracion artística* han visto con tanto lujo impreso, fué aplaudido, en gran parte, y aclamado en el Ateneo madrileño.

¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué fervor! ¡qué entusiasmo! ¡qué delirio!

Yo escribí entónces en el *Globo* largos artículos haciéndome eco de aquellas lecturas.

Una vez—era de noche;—en el salon de retratos me pareció que la fisonomía pintada de Zorrilla movia los ojos, y que sus labios se entreabrian para dar salida á esta frase:

¡Muchas gracias, señor periodista..., muchas gracias!

¡Pero D. José Zorrilla en persona no me dió las gracias nunca!

¿Qué me importaba á mí?

Mi objeto no era otro que contribuir á aclimatar esa fiesta de las lecturas públicas que tanto habla en favor de la cultura de los paises donde se practican.

Despues Zorrilla pasó una gran temporada en Barcelona, donde segun él mismo afirmaba halló una hospitalidad franca y cordialísima.

Y no sé ya dónde fué á parar al salir de Barcelona.

Sin duda comenzó esa peregrinacion por las ciudades de España, en cuyo curso le ha interrumpido el Sr. Castelar con sus elocuentes acentos.

¿Qué hará Zorrilla ahora? ¿Seguirá en sus excursiones? ¿Las interrumpirá?

Hé aquí una cosa con que no habian contado algunos pueblos de importancia que contando con los dedos habian sacado la cuenta de que al fin y al cabo les tocaria el turno de ver á D. José Zorrilla.

Un habitante de una poblacion por cuyas calles no ha vagado todavía el *trovador errante* me decia:

—Comprendo y aplaudo la pension; pero no debian satisfacerle la primera mensualidad hasta que no hubiese terminado el ciclo de sus correrías. ¡Igualdad ante la ley! ¡Todas las poblaciones deben ser iguales ante la poesía!

***

No hace mucho que la prensa de Granada tuvo un arranque que la ennoblece y ensalza sobremanera.

Inició el pensamiento de coronar á D. José Zorrilla, con gran solemnidad, en uno de los salones de la Alhambra.

El cantor de Granada merece este agasajo de los granadinos.

¿En qué estado se halla la cuestion? No lo sé. Pero se me antoja que está paralizada.

Seria sin embargo un espectáculo soberbio.

Toda la prensa de Granada, los escritores, las autoridades, las personas delegadas de Madrid y provincias, discursos, músicas, aclamaciones, el gozo en todos los semblantes, los recuerdos árabes de la sala de la Alhambra, la emocion, el delirio, el sol y la naturaleza de Andalucía.. ¡Qué cuadro tan magnífico para un pintor de inspiracion y talento!

***

En una de sus últimas poesías Zorrilla ha hecho su genealogía del siguiente modo:

Mi madre fué una alondra,
Mi padre un ruiseñor.

Y sin duda recordaba esto un diputado que despues del discurso del señor Castelar salió al salon de Conferencias diciendo:

—¡Ea!.... Ya le hemos votado al poeta su racion anual de mijo y de cañamones!

PEDRO BOFILL

Madrid 20 de julio 1883.

NUESTROS GRABADOS

UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA, cuadro por Inglada

Encima del portal de ese casucho hay un poste en que se lee: *casa de comida.*

Si supiera V. qué mal se come en esa casa.....

Pero, en cambio, qué bien se baila.....

Este es el secreto de su éxito.

No hay inglés cuyo *spleen* resista las viradas de una *bailaora* de la tierra de María Santísima.

Pues ¡y el gracejo de las *jaleaoras!*.... ¡Y la *vis* del acatarrado *cantaor!*....

De suerte, dirán Vds., que el autor de estas líneas es aficionado á lo flamenco....

Distingo: cada cosa en su lugar. Bien está un santo en un altar y bien está una Vénus en un Museo.

Allí, en la tierra de Andalucía, en aquella deliciosa vega granadina que hizo olvidar á los árabes su país natal y entrever un pedazo del paraíso de Mahoma; ó asimismo cabe la corriente del Guadalquivir, en los barrios bajos de aquella ciudad que el rey santo tomó á los moros, pero que despues de siglos continúa siendo tan morisca como ántes; cuadra al forastero oir los acordes de la guitarra, que parece el eco del gemido del árabe errante á merced de su corcel; ó presenciar una de esas danzas que traen á la memoria las voluptuosas ondulaciones del cuerpo de una bayadera, plegándose, irguiéndose y replegándose como una serpiente sobre los marmóreos mosaicos del Alcázar.

Pero de esto á trasladar esos cantos y esos bailes á los salones de la aristocracia; de esto á elevar un café *flamenco* á la categoría de teatro; de esto á adoptar los trajes, las costumbres y el *argot* de la gente del bronce, en competencia con las modas, la urbanidad y el habla propias de las personas de buena educacion, hay la misma distancia que de un torneo de la Edad Media á una corrida de toros de los tiempos presentes.

En el órden moral, como en el órden físico, el uso y el abuso son dos paralelas de imposible encuentro. El vino cuyo uso moderado repara las fuerzas de un enfermo, produce la embriaguez que es el más feo de todos los vicios y la más funesta de todas las enfermedades.

Enhorabuena, pues, nos plazcan las costumbres populares, pero miéntras á costumbres de cierta parte del pueblo se reduzcan. Sacarlas de su escena natural equivale á vestir á una gitana de gran duquesa ó á un sietemesino de bravo de Venecia.

Colocad la deliciosa escena de nuestro cuadro debajo de los artesonados de un palacio, y tendremos un verdadero adefesio.

LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder

El asunto de este cuadro es un feliz argumento en accion contra la multitud de los pretendidos filósofos que esgrimen sus armas en detrimento del matrimonio. Oid á esos *colegiales desengañados* ó á esos solterones por desengañar, á quienes todo se les va poniendo en ridículo la más trascendental y útil de las instituciones cristianas, y resultará que el mundo vendria á ser un paraíso anticipado sin la *odiosa cadena* que une indisolublemente el cuerpo y el alma de dos mortales.

¡Pobres gentes! Son incapaces de comprender las inefables delicias que entraña la fusion de dos pensamientos en un solo pensamiento de felicidad recíproca; son incapaces de gustar la satisfaccion que resulta de labrar la dicha de la persona á nosotros unida con el más íntimo afecto; son incapaces de presentir la fruicion inexplicable con que la fiel esposa y el fiel marido adivinan las inminentes delicias de la paternidad legítima.

Por supuesto que la *luna de miel* no es miel ni es luna, sino acíbar y tinieblas, siempre que se trata de uno de esos matrimonios de conveniencia, por desgracia harto generalizados, en que se suman los capitales y no los afectos de los contrayentes. Pero esta union reprobada no es ni puede ser la institucion de Jesucristo, que elevó la dignidad de la mujer á la altura de la del marido, haciendo á entrambos copartícipes de un mismo hogar, sin tener en cuenta quién ha pagado el mobiliario, ni quién sufraga el gasto de todos los dias.

En nuestro grabado todo respira armonía y tranquilidad. La mujer emplea su talento en ser agradable á su marido; este concentra todo su sér en la contemplacion de su esposa. El conjunto tiene los atractivos de un paraíso doméstico sin serpiente.

¿Se introducirá el reptil por alguna rendija? Hemos de creer que no. Aun á trueque de pasar por muy inocentes, lo cual nos importa poco teniendo la conviccion de que estamos en lo cierto, somos de los que sostienen que el matrimonio es la fortaleza más inexpugnable en que la humanidad puede albergar su dicha.

PLACERES DE ESTÍO, por F. Friedrichsen

Decididamente hace calor.

Cuando arde sobre nuestra cabeza el sol de julio, cuadros como este son una tentacion, un verdadero suplicio de Tántalo.

Es como si á un gastrónomo hambriento le enseñaran por un ventanillo el *buffet* de un *restaurant* de primer órden.

Pedimos perdon á aquellos de nuestros lectores que están imposibilitados de aspirar las frescas brisas de los Pirineos ó de los Alpes, por escribirles esa especie de ¡trágala!

Y lo es, con efecto, la escena que reproducimos. Difícilmente se puede dar un cuadro más seductor, animado por personajes más simpáticos.

En el centro de un bosque exuberante, á la sombra de copudos árboles que luchan ventajosamente contra los rayos de un sol canicular, es de ver un apacible lago, invitando á zambullir el cuerpo en sus límpidas aguas.

Ni este lago es ninguno de los tan celebrados de Suiza, ni nuestras ondinas pertenecen á la clase de aquellas *damas* que durante el verano abandonan las aceras del *boulevart* italiano por las playas de Trouville.

Nuestro lago es un lago casero. El placer que se dan esas jóvenes campesinas está al alcance de la mayoría de los mortales, sin necesidad de traspasar la frontera, ni hacer una *toilette* de baño tan esmerada y más comprometida que la de un baile.

Pero... ¡es tan agradable comer el *pan de la emigracion* durante los meses de verano!...

Donde dice pan, léase bizcocho, ó salmon, ó capon del Mans trufado. Es cuestion de maravedises....

El placer, como la felicidad que es el estado normal del placer, se busca siempre mucho más léjos de lo que es costumbre se encuentre. Nuestras bañistas son unas sibaritas de la hidroterapia que no han dado un céntimo de beneficio á los accionistas de ferro-carril alguno.

Y sin embargo, han descubierto un baño natural, que en manos de un empresario francés ó suizo produciria la fortuna de una comarca.

Verdad es que, en tal caso, las hermanitas de nuestro cuadro se bañarian con ménos tranquilidad y algunas más precauciones. Tan simpáticas son, que merece la pena de respetar su honesto placer de estío.

Suplicamos á nuestros lectores que no traten de averiguar dónde se encuentra ese delicioso baño....

DOS FILÓSOFOS, cuadro por G. Sus

Este grabado es copia de un dibujo del pintor Gustavo Süs, cuya especialidad era el mundo alado y sobre todo el de las avecillas en su primer período de existencia. Los dos polluelos de dicho grabado acaban de salir del cascaron y apénas saben hacer uso de sus patitas. ¿Esperan, en su inmovilidad, ese impulso de la vida individual é independiente, que tal vez presientan ya, ó meditan, no bien salidos á luz, en el debatido problema de la prioridad cronológica del huevo ó la gallina? Lo ignoramos; lo cierto es que para su tierna edad parecen demasiado pensativos, y que no se adivinan así como se quiera los pensamientos de un pollo!

ENSAYO DE UN GLOBO DIRIGIBLE

Hace pocas semanas se ha ensayado en Berlin un nuevo aparato aerostático provisto de paletas helizoidales y un timon, movidos á brazo por el aeronauta inventor doctor Wölfert. Tres veces subió y maniobró, mas aunque pareció mantenerse á ratos estacionario, y hasta que se dirigia algun tanto contra el viento, al fin siguió siempre la corriente del aire indicada por un pequeño globo-correo despedido por el navegante aéreo. Si la fuerza de este último era insuficiente, ó si eran demasiado pequeñas las hélices, ó bien si todo el sistema resultó ineficaz, no se sabe todavía, hasta que el autor se explique; pero sea como quiera, no hay que desesperar de que la navegacion aérea tenga algun dia solucion feliz; puesto que desde la última guerra franco-alemana, y desde la invencion de motores baratos movidos por gas ó por la electricidad, ha alcanzado este problema un impulso y una importancia que jamás ha tenido ántes.

SELVA VÍRGEN, dibujo por F. Lindner

A pesar de lo poblada que está la Europa, y de las continuas talas de montes y bosques que tanto han cambiado las condiciones climatológicas de algunos países, todavía hay regiones, particularmente en Alemania, donde la implacable hacha del leñador ha respetado las primitivas selvas. Una de las existentes, frondosa, densa, en la cual la naturaleza ostenta su prodigiosa exuberancia, ha inspirado al notable paisajista Lindner el dibujo cuya reproduccion publicamos, y por el cual puede formarse una idea de lo que seria la Tierra en las épocas primitivas en que el hombre aún no habia hecho desaparecer, obligado por sus crecientes necesidades, los innumerables vegetales que constituian una de sus mejores galas.

EL DUENDE ENAMORADO

Nos hallábamos en la villa de Arjona, en una casa vieja y desmantelada de nuestro amigo R.—Era una noche del mes de noviembre de 1873, fria y lluviosa, y estábamos junto al fuego sin saber en qué entretenernos. Zumbaba el viento, y nos mandaba por el cañon de la chimenea como un quejido lastimero.

—Estamos en el mes de las ánimas, dijo F. Alguna de ellas viene á pedirnos hospitalidad, y colándosenos por el tejado nos cuenta alguna triste historia en lenguaje que no entendemos.

—Lo dices en broma, observó R, y sin embargo no seria del todo imposible que alguna alma, del cielo ó del infierno, ó acaso del purgatorio, traida por el aire cuyo zumbido oimos, estuviera ahora en este escondrijo solicitando algo que para nosotros es misterio. No sabemos de qué facultades están dotadas en el otro mundo las almas de los justos y de los réprobos; hay quien supone, y paréceme que en esto nada hay que se oponga al dogma, que Dios permite á veces á las unas y á las otras visitar la tierra, vagar, digámoslo así, por los lugares que habitaron durante su existencia mortal, y áun mantener cierto comercio con los vivos....

—Explícate, porque me parece que vas á desbarrar, interrumpí yo, sonriendo ante la seriedad que iba tomando el semblante de R.

—Pues prosigo, continuó él formalmente, miéntras F y yo tomábamos en nuestras butacas una postura cómoda para escucharle, reservándonos el derecho de quedarnos dormidos cuando la exposicion de su doctrina empezase á cansarnos.—Iba diciendo, amigos mios, que el comercio de las almas de los difuntos con los vivos es cosa que ningun cristiano, medianamente instruido en los misterios de su fe, pone en duda. Respecto del trato que por nuestra desgracia podemos mantener con los réprobos, harto nos lo atestigua la Iglesia en el mero hecho de tener sus exorcistas. En cuanto á la comunicacion con los espíritus bienaventurados, claramente nos la revelan las vidas de muchos santos. Privilegio éste que Dios concede á algunos de sus siervos; perdicion aquél en que el mismo Dios precipita á muchos malvados, uno y otro comercio existen, y el que lo niegue, niega la historia y la experiencia cotidiana. Ahora, que las almas que en la otra vida se hallan purgando el reato de sus culpas despues de perdonadas en la tierra, obtengan tambien á veces el permiso de Dios para venir á nuestro mundo, no se demuestra tan claramente; pero presuncion es de no pocos hombres piadosos y doctos, conformes con la creencia general y vulgar, que á las ánimas del purgatorio otorga la clemencia divina en ciertas ocasiones licencia para venir á solicitar de los vivientes los sufragios que han menester para acabar de extinguir su pena y que se les abran las puertas del cielo.

—En lo que llevas dicho hasta ahora, podemos estar de acuerdo como buenos católicos; lo difícil será que nos pruebes que las ánimas, espíritus ó almas,—que todo es lo mismo,—ya del purgatorio, ya del infierno, vienen á nosotros, cuando Dios lo permite, gimiendo como el vapor que se escapa de la caldera, ó zumbando como el viento que penetra por las guardillas, ó bramando como el huracan, ó arrastrando cadenas, ó golpeando los techos y los tabiques; en suma, asustando á los vivos en la forma y manera que se supone lo hacen los duendes.

—El cuerpo material de que se informe el alma al aparecerse en la tierra, ora para castigo de los malos, ora para implorar sufragios de los buenos, será el que se quiera. Claro es que el miedo natural á los aparecidos desfigura y abulta la forma corpórea en que se nos presentan, ó la voz con que los oimos; pero que toman forma ó sonido, es indudable, porque como séres puramente espirituales no podrian comunicarse con nosotros. El vulgo cree en los duendes, y el no vulgo en los espíritus: lo mismo es lo uno que lo otro. La única diferencia está, á mi ver, en que los espíritus son evocados, y los duendes se nos cuelan espontáneamente como Pedro por su casa sin que nadie los llame. Pero unos y otros se nos manifiestan de una manera verdaderamente sensible, es decir, por medio de los sentidos, ya por el oído, ya por la vista. La famosa Pitonisa de Endor evocó ante Saul el ánima de Samuel, y éste se apareció á aquel rey como ominosa sombra. Las modernas pitonisas — verbigracia las hermanas Brown de los Estados Unidos—evocaban los espíritus de los difuntos haciéndoles manifestarse con golpes dados en las paredes y hablando con la misma voz que sus cuerpos tuvieron en vida. Nuestra Iglesia reprueba tales evocaciones y las tiene por arte diabólica. Si quereis leer lo que acerca de esto escribió no há muchos años en una de las más acreditadas revistas europeas,—en la *Civiltà Cattolica*,—un sabio teólogo, refiriendo una terrible sesion de *espiritismo* habida en casa de aquellas *mediums* ante un jóven francés instruido y piadoso, diputado por el celoso Obispo católico de Nueva York para que le enterase de lo que allí ocurria, os convenceriais de que no anda descaminada la divina maestra y directora de nuestras conciencias.

Mas no tratemos de ahondar en esto: dejemos que unos se rian del espiritismo y que otros lo proelamen como la teología del siglo XIX; siga cada cual su sentir, miéntras sea sin merma de la santa fe cristiana; y para que no os fastidie por más tiempo esta materia, tratada macarrónicamente por los que no somos doctores, voy á leeros una curiosa historia que con ella se relaciona, y que por ser narracion verídica escrita del propio puño de mi buen padre, que Dios tenga en su gloria, conservo entre mis papeles. Ella nos hará pasar entretenidos el resto de la noche miéntras el ánima en pena que gime en este ahumado escondrijo se entera tambien del suceso ocurrido.....

—Por si le conviene ilustrarlo con notas, interrumpió F con risa burlona.

Llamó R á su criado: le pidió el habitual refresco: trájonos copas y una botella de manzanilla; y despues de brindar los tres en sufragio del alma enchufada en nuestra chimenea, tomó nuestro amigo un legajo que tenia guardado en un escritorio de nogal, vino con él majestuosamente á ocupar un velador en que ardia un quinqué de forma primitiva, desató los papeles, sacó de entre cincuenta ó ciento de varias formas y tintas, un cuaderno amarillento cosido con seda encarnada, ya descolorida, y comenzó con grave entonacion su lectura, que decia así:

«Vivia en Arjona, donde poseo la misma casa en que ella murió, una señora jóven, hermosa y honesta, sin padre ni madre, y abundada en bienes de fortuna, la cual tenia un hermano, D. Alonso de Angulo, de perversa índole, que envidioso de que sus padres, siendo él el mayorazgo, la hubieran dejado por heredera de sus bienes libres mejorándola en tercio y quinto, juró para sí no dejarla casar y matarla ántes de que pensara ella en hacer testamento, para heredarla. Un jóven llamado D. Luis Contreras, que seguia la carrera de la Iglesia, alma cándida y afectuosa, acertó á verla en una romería: prendóse de ella, cambió de vocacion, dió de mano á sus estudios, y comenzó á galantearla rondándole la casa. No le correspondió doña Lucinda,—que tal era el nombre de la rica doncella;—pero más por curiosidad que por otra cosa, se asomó alguna vez al balcon cuando D. Luis paseaba su calle; y una hermosa noche de luna, sorprendida en aquella accion por su hermano, montó éste en cólera afectando celo por el decoro de su sangre y arremetió al amante con el acero desenvainado: el acometido sacó su espada para defenderse: riñeron, llevando el agresor á su contrario á buena distancia de la casa de la hermana, y con tan mala suerte para el amartelado doncel, que recibiendo una estocada, cayó en tierra, atravesado el corazon, sin proferir un ay. El matador le dejó tendido en el arroyo y escurrió el bulto. Como el lance habia pasado sin testigos, nadie pudo declarar acerca de él: doña Lucinda tuvo buen cuidado de callarlo; su hermano D. Alonso, al dia siguiente, paseó la ciudad sin aparentar temor alguno y como muy ajeno á lo sucedido; el muerto fué enterrado; la justicia se cansó de practicar estériles averiguaciones, y la cosa quedó en tal estado.

»Pero el ánima de D. Luis se apareció á Lucinda en forma corpórea, obteniendo de Dios permiso para expiar sus pecados junto á la mujer que habia sido causa de su prematura muerte.—Al dia siguiente de la catástrofe, al salir la luna, presentóse á ella en la sombra que proyectaban los arrayanes de su jardin, informando un cuerpo como densa neblina, con humanas facciones y proporciones. Lanzó un grito Lucinda, y llena de estupor retrocedió hácia el lado opuesto del jardin; pero medio aterrada y medio atraida por un irresistible iman, se detuvo en su carrera: llegóse á ella el aparecido, deslizándose por entre el ramaje suave y blandamente; al percibir la doncella el ambiente glacial que le envolvia, perdió el sentido y cayó en tierra; él la alzó en sus brazos, que la ceñian como si fueran de gasa ó pluma: depositóla tranquilamente en un banco de césped, y cuando volvió en sí, procuró tranquilizarla, descubriéndole quién era y el misterio de su aparicion, y cómo se hallaba en el purgatorio. Díjole mil ternezas, la reveló su estado en la otra vida, y que al conseguir de Dios licencia para purgar la pena de sus culpas en el lugar mismo que él habia elegido en el mundo para llegar á la suprema dicha del amor terreno, viéndose ya para siempre privado de lograrla, habia juntamente alcanzado el ser amparo y defensa de la que tanto habia amado. Prometióla que nunca la tocaria, como no fuese para salvarla de algun peligro, y le anunció que á todas horas se hallaria á su lado para frustrar las asechanzas que un hombre malvado,—no le dijo quién,—tramaria contra su vida, aunque ella no le viese sino muy pocas veces miéntras no se le aficionase y se acostumbrase á su trato.

»Lo que pasó por Lucinda no se explica humanamente. Ella, indiferente para D. Luis cuando tenia vida y forma física, le empezó á cobrar cariño viéndole en ánima y con aquel mero simulacro de cuerpo tangible. ¡Rarezas de las mujeres! Entregóse por fin llena de pasion al trato de aquel sér fantástico: todas las noches bajaba al jardin para recrearse con él en dulces coloquios, y casi sospecho que le pesó más de una vez, cuando estaba embebecida oyendo sus amores, no hallarse en algun peligro para que el duende la tomara en sus brazos. Con frecuencia ya, durante el dia, se le presentaba en los corredores, en las piezas deshabitadas, en los desvanes y en las mesetas de las escaleras, pues como aquella casa era muy grande, sobraban en ella parajes solitarios, ocultos á la escudriñadora curiosidad de los sirvientes.

»Llegó la Semana Santa y el cumplimiento de Iglesia, y doña Lucinda concibió escrúpulos de aquel comercio secreto, que, aunque casto é inocente, le parecia un tanto preternatural y ajeno de la vida cristiana de una huérfana bien nacida. Descubrió el caso á su confesor, y éste le prohibió severamente continuar en aquel trato peligroso para su alma. ¡Pero tenia su duende tanto atractivo! ¡la decia cosas tan halagüeñas!... Para cautivarla más, siempre sus discursos iban sazonados de santas aspiraciones al bien supremo é infinito, siempre al hablarla de su amor la arrebataba con elocuentes vuelos de mística embelesadora á la contemplacion de las inefables dulzuras que Dios otorga á sus elegidos en el paraíso. Los cuadros que ante ella ponia del esplendor, majestad y belleza de los tipos celestiales, de Dios Padre, de Jesucristo, de la Vírgen y de los coros de los ángeles y arcángeles, producian en ella un arrobamiento dichoso, durante el cual, mezclando afectos santos con materiales instintos, se contemplaba sublimada hasta el trono del Eterno en los amantes brazos de su querido espíritu, que la circundaba toda de perfumada neblina, como á la doncella griega de la fábula la nube del dios trasformado á quien acogia en su blando regazo. Estos goces, entre místicos y profanos, como originados del trato con un espíritu manchado de terrena escoria no aún perdida en el crisol del



LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder



PLACERES DE ESTIO, cuadro por F. Friedrichsen

purgatorio, la encadenaron de tal suerte, que dejó trascurrir años enteros sin volver á tomar consejo de su confesor: porque cada vez que, reconviniéndose á sí misma de su torpe debilidad, se proponia seguir las juiciosas amonestaciones de aquel y romper todo vínculo con el amado duende, éste, que no se separaba de ella un punto y leia en su semblante sus propósitos, daba tales suspiros, la dirigia tan sentidas y seductoras quejas, la asediaba tan dulcemente, que por fin la hacia desistir.

»Entre tanto, D. Alonso de Angulo, firmemente resuelto á poner por obra su designio fratricida, se habia presentado repetidas veces en la puerta de la vivienda de su hermana para consumarlo; pero siempre habia tenido que retroceder ante el alboroto que al aproximarse él movia el duende en la casa, sólo comparable con el ruido que hubieran podido hacer cien hombres de armas introducidos en ella.

»Ocurrió en esto que un famoso padre dominico, á quien apellidaban segundo apóstol de Andalucía, comparándole con el venerable maestro Juan de Avila por el extraordinario fruto que recogia en sus predicaciones, bajó á la provincia de Jaen á celebrar unas misiones, y en una de sus santas correrías llegó á la villa de Arjona. La fama de sus virtudes y de su maravillosa elocuencia llevó á oirle toda la gente granada de la poblacion, y á Lucinda con ella, que se presentó en la iglesia acompañada de su dueña; y tal efecto produjo su inspirada palabra en el corazon de la noble doncella, que iluminada y convertida repentinamente, se determinó á no volver á su casa sino para mudar en seguida de vida y de vivienda y olvidar del todo el dulce engaño en que habia estado malamente entretenida.

»¡Feliz y desdichada á un mismo tiempo!—Al dar las órdenes de abandonar aquella casa, le dirigió el duende palabras de amorosa pesadumbre, y reconvenciones capaces de quebrantar la más dura peña. Con voz entrecortada por amargos sollozos y suspiros, la rogó por todos los santos del cielo que no abandonase su antigua morada, porque si lo hacia, la iba á suceder un gran trabajo. Ella le desoyó con heróica fortaleza de ánimo: ejecutó su propósito; y no bien puso el pié en su nueva casa, el desatentado hermano, que no encontró en su umbral el tropiezo insuperable que en la antigua le habia detenido, espiando la oportunidad, penetró una noche en el aposento de Lucinda, descolgándose por una chimenea, en ocasion de hallarse enteramente sola; la dió de puñaladas, y evadiéndose por donde habia entrado, la dejó bañada en su sangre en medio de la estancia, sin que quedase allí huella de su persona.—El poder del duende no alcanzaba á defenderla fuera de su antigua morada.

»Cuando se divulgó por la villa el asesinato, D. Alonso hizo grandes demostraciones de tristeza; requirió á la justicia para que averiguase con todo empeño y celeridad quién habia sido el matador de su hermana, y ofreció recompensar con grandes sumas al que lo descubriese. Hiciéronse toda clase de diligencias, no se pudo dar con la pista del malhechor, disimulando Dios por entónces el abominable crímen, y reservándose el castigo para fulminarlo en su dia.

»Sucedia esto allá por los años 1702, cuando la majestad del rey D. Felipe V recuperaba los estados de Nápoles y del Milanesado con el esfuerzo de su brazo. D. Alonso de Angulo, heredado en los cuantiosos bienes de su infeliz hermana, fastidiado de la vida ociosa de su pueblo, se alistó para servir á su rey en la guerra de Italia, manteniendo á sus expensas una compañía de caballos; y ántes de partir, en la prevision de cualquier caso adverso de la instable fortuna, quiso otorgar testamento, y lo hizo en favor de un compañero de armas á quien debia la más desinteresada y leal amistad, y los más sanos consejos en su turbulenta vida. Este compañero suyo, llamado D. Diego de Zárate, era tio de mi abuelo. D. Alonso murió desastradamente á orillas del Pó, en el campo que lleva el nombre de *la victoria*, arrastrado por su caballo y despedazado por él en su furiosa carrera por entre las piedras y matorrales: su amigo D. Diego, llamado á recoger su herencia, volvió á Andalucía y murió santamente retirándose en sus postreros años á considerar los desengaños del mundo y hacer vida de ermitaño penitente en la sierra de Córdoba. Dejó todos sus bienes á los hospitales, y á mi abuelo unos olivares en Arjonilla y Montoro, y en Arjona esta casa que yo habito...»

—Es decir, añadió R. dejando el papel sobre el velador, esta casa donde ahora nos encontramos. Esta fué la vivienda última de la desgraciada Lucinda.

—¡Calla! interrumpió F, ¿con que aquí fué donde ella murió asesinada?

—Y en esta propia estancia, respondió R muy tranquilo.

Inquieto F, dejó la butaca y se acercó á la ventana: el cielo se habia despejado y derramaba la luna una hermosa claridad: habia cesado el aire, la noche estaba serena, aunque fria: no se movia una rama.

—¿Cómo es, preguntó un poco alarmado, que estando ya la noche tan en calma, en esta maldita chimenea continúa soplando tan fuerte el viento, y mandándonos estos lúgubres gemidos?

—Vosotros que os reís de los duendes y de las ánimas aparecidas, me lo direis, respondió con sorna R.

Volvió éste á tomar el papel, iba á proseguir su lectura, pero bajó de repente de la chimenea una violenta ráfaga, acompañada de un lamento prolongado y desgarrador; volcóse la lámpara, quedó la pieza á oscuras, y á impulso de un viento glacial, vertiginoso como tromba y ronco como el huracan, dimos los tres en tierra, medio perdido el sentido por el golpe y el estupor.

Por aquella misma chimenea habia bajado el fratricida á asesinar á la malhadada Lucinda hacia ciento setenta años.—Las ánimas de los réprobos pueden tambien tener su infierno en los lugares donde cometieron en vida sus horrendos pecados.

PEDRO DE MADRAZO

EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA

Leyenda oriental

I

Poco ántes de que los ingleses hubieran puesto su planta invasora en la India Oriental, la Rhajah soberana de Mhosum fué desposeida de sus Estados por un hermano de su difunto marido el Rhajah. En casi todo el inmenso continente índico, las antiguas leyes, á falta de varon, admiten la sucesion femenina en el poder supremo; pero allí como en todas partes, impera el derecho de la fuerza y por tanto la Rhajah Bhadoora destronada, tuvo que refugiarse en el territorio del Rey de Benares, el cual puso á su disposicion un palacio situado en la orilla del rio Meiran.

En esta campestre morada vivia la infortunada viuda en compañía de su única hija, niña de trece años de edad, y de algunos pocos y fieles servidores que la habian seguido al destierro. Bhadoora, en su fuga, consiguió salvar sus magníficos brinquiños y joyeles de pedrería, y algunos potreros y pastores leales, atravesaron la frontera, trayéndose parte del ganado caballar y lanar perteneciente á su señora. Con estos restos de su fortuna, vivia, pues, la desolada princesa, pensando con inquietud en el porvenir de su hija, en sus perdidos dominios, y en los progresos que en su conquista hacian las armas extranjeras que ya se habian apoderado de una gran extension de litoral y de poblaciones importantes, tales como Surate y Calcuta.

Decíase que la Rhajah Bhadoora era dada al estudio de las ciencias sobrenaturales y veíasela con frecuencia mirar al cielo, contemplar las estrellas y trazar rombos y figuras en un fino pergamino de Muntazamul. Quizá distraia así la honda melancolía que la devoraba y que hacíala declinar rápidamente hácia el sepulcro.

Hilda, la hija de la Rhajah, era una niña encantadora; sus ojos parecian dos diamantes negros, su tez tenia el color mate de la rosa pajiza y nada habia comparable á la esbeltez de sus formas y á la gracia de su ademan. Llevaba grabada en cada uno de sus desnudos brazos, una hoja de serbal bravío, signo de su raza soberana, y en verdad que le justificaba, pues no podia hallarse niña más impetuosa ni más diestra en los ejercicios, casi varoniles, que constituian la educacion de las hembras de alta jerarquía, en el continente oriental. Hilda montaba á caballo como una amazona, soltaba un halcon como el más hábil cetrero, y lanzaba la flecha ó el dardo con una seguridad prodigiosa; porque aunque las armas de fuego eran ya conocidas en la India, estaban poco en uso, por causa de la repulsion hácia los inventos extranjeros.

La princesita tenia un carácter alegre y expansivo y gran necesidad de espacio y de movimiento. Gustábala vagar por el campo, internarse en las seelvas ó bien nadar durante mucho tiempo en las límpidas aguas del Meiran.

En una de sus excursiones campestres vió á lo léjos una cabalgata que se aproximaba y se ocultó tras de un cañaveral, para verla pasar.

Era un lucido tropel de jinetes, de elefantes y de camellos africanos. Delante de todos cabalgaba un jóven de maravillosa gentileza; su rostro era hermoso y altivo, su amarilla túnica de Cachemira apénas ocultaba la varonil belleza de sus formas, y oprimia con sus nerviosas piernas los finos ijares de una yegua javanesa en cuyo azul paramento campeaban los dos lúpulos entrelazados que constituyen la divisa de la raza real de Benares.

A ella pertenecía el gallardo mancebo; era hijo y heredero del Rey; el príncipe Fel-Dor, que venia de cobrar los tributos á los ribereños del Meiran.

II

A poco tiempo despues del dia en que vió pasar la cabalgata, Hilda varió algun tanto de carácter y su madre la sorprendia algunas veces en actitud meditabunda. Los servidores del palacio achacaban este cambio al mismo sentimiento que á ellos les preocupaba, viendo á su señora envejecer rápidamente y hallarse cada vez más débil y abatida. Parecia evidente que la Rhajah hacia esfuerzos heróicos para sobreponerse á su melancolía, pero esta era más poderosa, y la vencia. La pobre madre y soberana destronada; por medio de un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió vivir algo más de tres años, ó mejor dicho agonizar; porque en los últimos meses su existencia fué una especie de atonía en la que aquella organizacion quebrantada sólo conservaba las facultades intelectuales.

Hilda, comprendiendo que pronto iba á perderla, apénas se separaba de su madre y casi habia renunciado á sus habituales ejercicios y excursiones.

Por fin llegó el trance previsto. La Rhajah murió á la puerta de su palacio, sentada sobre un escabel de bambú, mirando hácia la parte de Occidente en donde estaban sus perdidos Estados, estrechando con una mano la de su hija y teniendo en la otra un rollo de pergamino.

Sus últimas palabras, pronunciadas con una voz que parecia el eco de la eternidad, fueron estas:

«Hija mia: ahí tienes estos dos pergaminos, pero no leas más que el que está abierto; en ellos te lego mi alma, mi voluntad y mi esperanza de tu porvenir.»

Y Bhadoora exhaló el último suspiro.

Renunciamos á expresar el dolor de la jóven y huérfana princesa; el pintor tiene el colorido, el escultor la actitud, el músico la melodía que puede trasformar en lamento; pero la pluma se siente impotente en la anunciacion de los grandes infortunios.

Uno de los pergaminos estaba, como ya sabemos, abierto, el otro cerrado y sellado con el sello real de la Rhajah.

El primero estaba escrito y decia así:

«Hija de mi alma, pedazo de mis entrañas, fruto de un amor el más grande y más desgraciado, perfume viviente que apénas me ha sido dado aspirar en la vida; ya no me verás nunca, pero yo sí. Yo poseo el secreto de la muerte; la parte material y visible se trasforma; pero el espíritu que vivió en nosotros es eterno é inextinguible como las siete lámparas que arden ante el ara de la diosa Dheera. Yo seguiré tus pasos en la tierra, mirándote como esos astros que miran al mortal, aunque se ocultan de él en las inmensidades del cielo. Te conozco, como que te he trasmitido mi sangre; nunca la bajeza ni el vicio pueden llegar hasta tí, siempre serás pura como las aguas del Rio Sagrado; pero además yo quiero que seas feliz.

»Con este objeto sólo te encargo dos cosas y te impongo dos mandatos: hélos aquí:

»En primer lugar nunca, en ningun trance de la vida te separarás de Oronti, porque Oronti es la mitad de tu sér y á él están unidos para siempre tus futuros destinos. Para colmar estos, es necesario que conserves en lugar seguro ese pergamino, que no debes abrir ni leer hasta que llegue el primer dia del siglo venidero y con él el primer dia de la luna de las flores. Entónces, á la hora sexta de la tarde, tú, sentada en la *piedra sagrada* de la orilla del Meiran y Oronti junto á tí, sobre la arena, romperás ese sello y oirás la voz de la eternidad.

»Hija mia: velo por tí. Si el alma de las madres se extinguiese, no existiria la maternidad.

»Bhadoora. Rhajah de Mhosum.»

Hilda leyó este escrito y cumplió estrictamente los mandatos de su madre..... pero ya es tiempo de que sepamos quién era Oronti, *mitad del sér* de la princesa.

III

Ocho meses ántes de morir, aunque ya se sentia muy débil, Bhadoora hizo un extraño viaje hácia la parte del Himalaya. Por los pocos servidores que la acompañaron se supo que habia visitado al sabio bonzo Clan-durs que habitaba una gruta de la colosal eminencia; pero sólo la Rhajah penetró en ella permaneciendo allí dos dias con sus noches. Cuando volvió á su palacio en donde habia quedado Hilda, dijo á esta entregándola un objeto:

«Toma, ahí tienes tu compañero por toda la vida.»

Aquel objeto, y le hemos dado este nombre á falta de otro mejor apropiado, era Oronti, el sér más maravilloso que ha existido en la India, el país de los prodigios. Oronti tenia la vida, la figura y los sentidos humanos, pero no nos atrevemos á asegurar que pertenecia á la humanidad; porque humanidad quiere decir carne y huesos y Oronti carecia de la una y de los otros. Su epidermis estaba formada de una especie de talco sonrosado, dúctil, en el que se sentia el calor de la vida; una abundosa cabellera de color oscuro coronaba su frente, cayendo por ambos lados de la cabeza, sus facciones eran de una belleza inaudita y estaban dotadas de movilidad y expresion, y únicamente sus ojos, sin niñas, demasiado grandes en relacion á su cuerpo, hallábanse siempre fijos, sin reflejar nunca los deseos ó las sensaciones; aquellos ojos que tenian el color el brillo, y la dureza del diamante deslumbraban, mas parecian muertos.

Oronti era enano y pigmeo, porque, ¡cosa incomprensible! su estatura agrandaba ó disminuia á su

voluntad; pero no traspasando jamás la medida de un metro escaso, ni reduciéndose á ménos de una pulgada; solamente su cabeza conservaba siempre las mismas dimensiones. Esta extraña figura estaba dotada de una agilidad portentosa y daba tales saltos que parecia tener alas invisibles. Su cuerpo despedia una fragancia en la que se mezclaba el punzante olor de la canela y el suave aroma del tamarindo.

Pero el principal encanto de Oronti consistia en su voz y en su palabra. Con aquella *voz de plata*, como dice Balzac de un timbre débil pero claro y armonioso, aquel extraño sér entonaba canciones en las que la melopea se unia á la palabra y los más ingeniosos relatos se destacaban de entre un torrente de trinos y de gorjeos.

Oronti era un ruiseñor que hablaba.

¡Y qué cosas decia tan tiernas y embelesadoras! ¡De qué modo tan inaudito explicaba los arcanos de la naturaleza! Segun él el aire tiene á su servicio geniecillos invisibles, encargado cada uno de ellos de una mision especial. Uno toma el pólen de la palmera macho y le lleva á largas distancias para fecundar á la palma hembra; otro, buzo de los mares y de los rios, desprende de los bajos, partículas de algas y lamas, los saca á la superficie de las aguas para que la accion del sol los trasforme en perlas y corales; ó bien en las corrientes dulces corta el tallo de la valisneria del fondo, para que suba á unirse amorosamente á la valisneria que flota en las linfas exteriores. Los genios gnomos salen del corazon de las piedras calcáreas, y exponiendo pedazos de ellas á la elaboracion del astro del dia, vuelven á encerrarlos convertidos en diamantes. Oronti pretendia conocer y explicar los diferentes gritos de los animales y especialmente el de los pájaros. Disfrutaba de extraños privilegios; cuando se arrojaba á la corriente del Meiran, los peces en vez de huir nadaban á su lado; cuando por medio de uno de sus prodigiosos saltos caia de improviso en la copa de un árbol, las aves no se espantaban, continuando meciéndose en los ramos ó arrullándose en los nidos; bien es verdad que á ningun animal hacia daño. Sólo tenia un enemigo: el haje, esa terrible sierpecilla de la India, cuyo veneno es mucho más activo que el del ácido prúsico. El ágil enano buscaba y perseguia á los hajes, cogíalos con sus deditos y con singular destreza les quebrantaba la columna vertebral.

Oronti se alimentaba principalmente con la destilacion gomosa de la ceiba indiana, y parecia no tener necesidad de aire respirable; pues reducido á su más mínimo volúmen, acompañaba siempre en sus excursiones á la princesa, metido largos ratos en los bolsillos interiores de la túnica ó del vernuz de esta; pero cuando Hilda fatigada, sentábase á descansar y á veces se dormia en la ribera del rio ó bajo los verdes palios de una umbria, el enano vigilaba en torno de ella. En una ocasion la audaz cazadora se internó en la comarca del Asga, en donde abundan las fieras, y rendida de calor y de cansancio, durmióse profundamente.

Oronti jugueteaba á su lado. De repente oyó ruido, se adelantó hácia donde se producia, y vió venir un tigre rastreando entre los marjales. El enano retrocedió y sacó de la vaina un puñalito que la princesa llevaba pendiente de la cintura y salió al encuentro del enemigo. La fiera viendo aquella figurilla que se movia, detúvose asombrada, y en el momento en que se encogia para lanzarse, Oronti saltó rápidamente sobre su lomo, y haciéndola una incision en la parte izquierda del cuello, la dejó muerta instantáneamente.

Hilda estaba embelesada con todas estas maravillosas cualidades de su querido enano; holgaba, pues, el mandato de la Rhajah Bhadoora; aquella no se hubiera separado de él por nada en el mundo.

¿Qué niña poseyó nunca juguete más lindo, qué princesa tuvo jamás un enano tan gracioso y tan inteligente, como la princesa Hilda de Mhosum?

IV

Quince dias despues de la muerte de su madre, Hilda recibió un mensaje del príncipe Fel-Dor, en que la decia que tanto su glorioso padre el Rey de Benares, como él mismo, deploraban la inmensa desgracia que pesaba sobre ella; ofreciéndola hospitalidad en la *Ciudad Régia*, en donde su orfandad seria ménos desolada y se hallaria al abrigo de los *Estranguladores*. Constituian estos una secta misteriosa y terrible, que impulsada por el fanatismo religioso, sacrificaba en aras de no se sabe qué feroz divinidad, á cuantas víctimas caian en sus manos. Desde hacia poco tiempo, en todas partes se encontraban cadáveres estrangulados, y más de una morada campestre habia sido asaltada y destruida.

(Continuará.)

F. MORENO GODINO

DIVISIONES DEL DIA

Hay un modo de enseñar (que es el trascendentalmente científico) en el cual el Maestro se dirige sólo á la inteligencia. Hay otro modo de enseñar (que es nocional solamente) en que el Maestro no aspira más que á impresionar la imaginacion. El uno es á la vez cualitativo y cuantitativo. El otro cualitativo únicamente. El primero presenta todos los casos dentro de su ley. El segundo exhibe sólo algunos ejemplos de fácil percepcion intuitiva, y deja vislumbrar que todos los demás casos oscuros son de la misma clase que los fácilmente perceptibles. Toda enseñanza debe, pues, empezar por este segundo método; porque así todos tendrán nociones; y las nociones se convertirán más fácilmente, profundizando el estudio, en conocimientos enteramente científicos.

No hay nadie que, cerrando los ojos, no vea en su imaginacion un triángulo regular y un cuadrado. El pentágono, ó polígono de cinco lados, no se ve ya sino por los que tienen alguna educacion geométrica: el exágono vuelve á verse imaginativamente por todo el mundo, con tal de que préviamente se sepa qué es un polígono regular terminado por seis rectas. El heptágono no se ve ya bien imaginativamente ni áun por los geómetras; vuelve á verse el octógono; y nadie percibe ya el eneágono, ni el polígono regular de trece lados, ni el de 15 ni el de 31 ni el de un millar ó de muchos millares; y, sin embargo de ser absolutamente invisibles para la imaginacion los polígonos regulares de muchos lados, para la inteligencia es tan conspicua la idea de superficie cerrada por tres, como por cuatro, como por cientos ó por miles ó por millones de rectas.

Hoy que, merced á la iniciativa del Congreso de los Estados Unidos de la América del Norte, excita tanto interés el importante problema de la cuenta de EL TIEMPO COSMOPOLITA, se oye preguntar á muchas personas de posicion, y aun de carrera, sobre las bases del nuevo cómputo internacional; pero muy pronto se echa de ver que las dudas proceden, no sólo de deficiencia respecto del concepto científico de la palabra DIA, sino tambien, y esto es lo más lamentable, de carencia absoluta de conocimientos respecto de su nocion imaginativa.

Todo el mundo sabe hoy que la tierra tiene un movimiento de rotacion y otro de traslacion alrededor del Sol. (Además nuestro globo posee otros movimientos; pero de ellos puede hacerse caso omiso cuando sólo se trate en general de las divisiones del dia.)

Sábese tambien que los pueblos civilizados cuentan actualmente tres clases de dia: el dia sidéreo, ó de las estrellas; el dia natural del sol; y un dia solar medio ó ficticio.

Pero pocos se dan cuenta de lo que son estos dias diferentes; y, sin embargo, es muy fácil imaginarlos POR ANALOGÍA de movimientos.

En efecto; colóquese en el centro de una habitacion una mesa y en ella una luz, y supóngase que esta luz representa al Sol. Imagínese luégo que una veleta distante (ó cualquier otro objeto lejano, y visible desde la habitacion á través de su ventana) representa á un lucero cualquiera de los que pueblan el espacio. Con esto ya tenemos simbolizados al Sol y á una estrella, y sólo nos falta simbolizar tambien al globo en que habitamos. Fácil tambien. Póngase á dar vueltas alrededor de la mesa una persona, girando al propio tiempo sobre sí misma, como si estuviese walsando; y considérese esta persona como representante de la Tierra. Cuando esté de cara á la luz, ó sea al simbolizado Sol, será de dia; cuando esté de espaldas á él, será de noche: cuando (girando siempre sobre sus piés) haya dado una vuelta alrededor de la mesa, habrá transcurrido un año (siempre en estas hipótesis representativas) y, generalizando estas simbolizaciones adecuadamente, ya podremos, por analogía, entender la diferencia que va de los dias sidéreos á los dias solares.

Colóquese, pues, la persona en la prolongacion de la línea que une al Sol con la estrella, ó sea de cara á la luz y á la veleta, lo que significa que para el observador son las doce del dia solar. Empiece entónces su doble movimiento: de traslacion alrededor de la mesa, y de giro como de wals alrededor de sí propio; y cuando (trasladándose siempre) haya verificado una rotacion completa sobre sus piés, se hallará otra vez de cara enteramente á la veleta, pero no á la luz; pues, para ponerse del todo frente á la luz, tendrá que girar todavía un poco más. Es decir, que el dia de la estrella se ha verificado ántes que el dia del Sol; ó lo que es lo mismo, que el dia sidéreo es más corto que el solar. Y esto se le hará más y más evidente á la persona en cuestion, miéntras más y más adelante en su translacion alrededor de la mesa, girando siempre sobre sus piés, como si walsára: porque siempre en sus rotaciones se hallará de cara á la veleta ántes que de cara á la luz; y tanto lo notará cuando haya dado media vuelta alrededor de la mesa, esto es, cuando haya llegado á interponerse entre la veleta y la luz (ó sea entre la estrella y el Sol) que, entónces se hallará de cara á la estrella y de espaldas al Sol; es decir, que entónces serán para él las doce de la noche del dia solar y el principio del dia sidéreo; y, á fin de que suenen para él las doce del dia solar, ó sea para ponerse de cara á la luz, tendrá que hacer medio giro completo sobre sus piés, volviendo, por consiguiente, sus espaldas á la estrella.

Hé aquí ya lo suficiente para comprender POR ANALOGÍA que el año sidéreo tiene un dia más que el año solar.

Si fuera un círculo el camino recorrido en un año por la Tierra alrededor del Sol; es decir, si siempre distara igualmente nuestro globo del gran astro central, no habria irregularidades en la marcha de los dias; pero la órbita terrestre no es circular, sino elíptica; y por esto parece que el Sol durante el año camina con suma irregularidad. Contribuye tambien á esta irregularidad el hecho de girar la Tierra sobre sí misma alrededor de una línea inclinada respecto del plano de su órbita; (inclinacion de que principalmente depende la diferencia de las estaciones. Pero esto no es necesario para la inteligencia de lo que hay que decir respecto de las diferentes clases de dias.)

Llámase, pues, dia sidéreo el intervalo entre dos tránsitos inmediatamente sucesivos de la misma estrella fija por un meridiano cualquiera: espacio de tiempo que tiene de notable el que señala el TIEMPO ABSOLUTO de la rotacion de nuestro globo.

El dia solar natural es el espacio de tiempo que media entre dos tránsitos sucesivos del Sol por un mismo meridiano. Pero este espacio de tiempo no es de la misma duracion en todas las épocas del año, por la razon ántes indicada de la irregularidad aparente del movimiento solar (que en realidad lo es del de la Tierra).

Este dia natural del Sol es en una estacion 14 minutos y 32 segundos más corto de lo que debiera ser si el movimiento del Sol fuera uniforme; y en otra estacion 16 minutos y 17 segundos más largo; por lo cual la máxima diferencia anual asciende nada ménos que á 30 minutos y 45 segundos.

Ha sido, por lo tanto, convenientísimo inventar un dia artificial, de duracion uniforme en todas las épocas del año; y este es el dia solar medio ó civil, que aspiran á señalar los relojes ordinarios (los cuales, naturalmente, difieren mucho, por su marcha regular, de la muy irregular de los relojes de Sol).

El dia solar medio es, pues, el dia de un Sol ficticio que caminara uniformemente alrededor del ecuador terrestre en el mismo tiempo que invierte el Sol verdadero en volver de un equinoccio á otro; ó sea en el espacio de un año.

Y, hechos los cálculos correspondientes, resulta que el dia sidéreo dura sólo 23 horas, 56 minutos y 4,09 segundos de un dia solar medio; y que este, por tanto, es mayor que el dia sidéreo casi 4 minutos: (3^m 55,9094.)

Como se sabe, el dia civil (que es el dia solar medio) en España, en Inglaterra, en Francia, en América.... empieza á media noche, cuando el Sol está en nuestro antimeridiano. Pero ese mismo dia en los observatorios astronómicos empieza siempre á las 12 del dia civil. Las horas del dia civil se cuentan desde la 1 hasta las 12, dos veces cada 24 horas; pero las del dia astronómico se computan desde la 1 hasta las 24 consecutivamente; por manera que, sólo desde medio dia hasta media noche coinciden las horas astronómicas con las civiles. Así las 11 del dia civil 1.° de enero de 1883 eran las 23 del dia astronómico 31 de diciembre de 1882.

Los italianos, los bohemios y los polacos tambien dividen el dia en 24 secciones, desde la una hasta las 24.

No hay sistema ninguno que haya variado tanto en las naciones antiguas y modernas como el del inicio y el de las divisiones del dia. El hombre ha tomado unas veces como inicio del dia la salida del Sol; otras la puesta; ó bien el medio dia; ó la media noche; ó el crepúsculo, ó una hora ántes de media noche.... y ha dividido la duracion de una rotacion terrestre en 2, en 12, en 24, en 144 partes desiguales; ó bien en 2, 4, 6, 8, 12, 24, 48, 60, 96 y 100 partes iguales; sin contar por supuesto las subdivisiones de estas partes en otras mínimas; ó sea en minutos; ó sus análogas iguales ó desiguales; y hé aquí porqué es la cronometría una ciencia de grandísima dificultad y que supone erudicion vastísima; y el porqué es tan difícil señalar exactamente la fecha de un suceso antiguo importante, especialmente los astronómicos; como, por ejemplo, los interesantísimos eclipses observados en Babilonia.

EN GENERAL, los antiguos babilonios, persas, sirios, griegos, empezaban á contar el dia con la salida del Sol. Los indios, los atenienses y los galos empezaban tambien así su dia civil; pero su dia sagrado comenzaba al ponerse el Sol. Hoy cuentan igualmente los japoneses desde la salida del gran astro. Los árabes antiguos, y los modernos, han empezado siempre desde medio dia; como nuestros astrónomos actualmente. Los marinos, desde esa hora tambien principian á contar sus guardias. Los judíos, los turcos y algunos pueblos austriacos é italianos desde la puesta del Sol. Los mahometanos no árabes, de un crepúsculo á otro. Los egipcios empezaban su noche 6 horas ántes de nuestra media noche y su dia 6 horas ántes de nuestro medio dia. Tambien, como nosotros, comenzaban su dia á la media noche. Esto hacian tambien los astrónomos del Catay y de las Indias orientales. Los chinos dan principio á su dia, cuando segun nuestro cómputo son las 11 de la noche.

Pues si tanta variedad hay respecto del inicio de una rotacion diurna de la tierra, mucho mayor es la multiplicidad de las divisiones de ese propio espacio de tiempo.

Al principio sólo se conocieron en el Occidente las vagas y variables distribuciones del dia en amanecer, mañana, tarde, anochecer y noche. Luégo se fraccionó solamente el espacio de la duracion de luz solar: mucho despues el de la duracion de la noche. Los pueblos babilonios, persas, sirios, griegos, y otros, sólo conocian divisiones para la madrugada, mañana, medio dia, tarde y prima noche. Los indios efectuaban 4 divisiones: tarde,



DOS FILÓSOFOS cuadro por G. Sus

mañana, medio dia y noche, siendo las dos primeras mayores que las dos últimas. En Roma, durante mucho tiempo, sólo se anunciaba, á toque de trompeta, el paso del Sol por el meridiano. Pero, no bien se introdujo en Roma el primer reloj de Sol (293 antes de J. C.) aparato conocido hacia ya mucho tiempo de egipcios, indios, caldeos, babilonios y persas, se dividió el tiempo de luz solar en un número constante de horas, siempre en 12; de donde resultó que, el dia mayor del año, tenia cada hora 75 de nuestros minutos; y solo 45 el más corto, siendo sus horas únicamente dos veces al año (en los equinoccios) iguales á las nuestras. Lo mismo hacian los griegos. Este sistema de divisiones desiguales del dia rige aún en el Japon, donde se divide el tiempo de luz solar en 4 partes: una, desde la salida del Sol hasta medio dia; otra hasta la puesta; otra hasta media noche, y otra hasta el orto. Cada una de estas cuatro porciones desiguales se subdivide luégo en otras 3; de modo que los japoneses distribuyen el dia en 12 partes principales; las que, sólo en los equinoccios, son iguales á dos horas de las nuestras. Cada subdivision de estas se reparte además en otros 12 intervalos, de modo que el dia japonés se parcela en 144 espacios de tiempo siempre desiguales, excepto en dos solos dias cada año.

Los chinos dividen civilmente el dia en 12 partes, equivalentes á dos de nuestras horas; y cada parte en 8, equivalentes á nuestros cuartos de hora: su dia civil, pues, consta de 96 intervalos iguales, pero su dia astronómico se distribuye en 10,000 minutos iguales, por períodos de á 100.

Los malabares dividen el dia en 6 partes, cada una subdivisible luégo en 60. Los antiguos tártaros, indios y persas partieron el dia en 8 porciones, de otras 60 cada una. Los astrónomos caldeos en 60, correspondientes á 12 espacios, como los de los chinos. En Egipto, hace más de 3000 años, se seccionaba por mitad el tiempo de la rotacion terrestre, y luégo se subdividia cada mitad en 12 horas. Y, como muchos egipcios empezaban su dia á media noche, resulta que nuestra cuenta usual del tiempo es la egipcia de hace por lo ménos 30 siglos.

Hoy los marinos dividen las 24 horas del dia solar medio en 6 partes iguales que llaman guardias: de 12 á 4 de la tarde 1.ª guardia: 2.ª, de las 4 á las 8 de la noche (esta se subdivide en dos espacios iguales, á fin de que no haga siempre la misma guardia de media noche la misma mitad de la tripulacion): guardia de prima, desde las 8 á las doce de la noche: guardia de media, de las 12 á las 4 de la madrugada: guardia de alba, de las 4 á las 8 de la mañana: y guardia de la mañana, de las 8 á medio dia.

Como se ve, no puede darse discrepancia mayor!!!

Para evitar, pues, la confusion que resulta de tan arbitrarias y caprichosas subdivisiones del tiempo, y para orillar, además, las objeciones y sérias dificultades que presenta el sistema de que cada pueblo empiece á contar el dia cuando el Sol pasa por su meridiano especial, se agita hoy en el mundo científico una interesantísima cuestion: la de la cuenta del tiempo cosmopolita; y la no ménos importante de un primer meridiano internacional.

El sistema egipcio (como dice muy atinadamente el célebre ingeniero Sanford Fleming) tendria acaso su razon de ser cuando la humanidad era muy jóven todavía, y la civilizacion estaba en esta parte del mundo reducida al estrecho Valle del Nilo; pero hoy esa division del dia en dos mitades es, no sólo sobremanera inconveniente, sino que tambien la cuenta del tiempo local es enteramente incompatible con nuestros adelantos científicos, y perjudicialísima en grado sumo para los modernos intereses de la civilizacion.

Afortunadamente, no se hará esperar mucho tiempo una solucion satisfactoria.

E. BENOT



ENSAYO EN BERLIN DE UN NUEVO GLOBO DIRIGIBLE

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 30 DE JULIO DE 1883 — NUM. 83

YAQUIMO É IMÓGENE, copia de un carton de Liezen-Mayer

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Amenazas al Sol.—Su existencia rutinaria.—Lo que ganaria si la alterase.—En todas partes lo mismo.—Mis disculpas.—La universalidad del periodismo.—Los palos del Retiro.—Variacion posible en la prensa.—El valor de los artículos tasados por garrotazos.—Algunas noticias sobre *Excelsior*.—Gastos de Arderius.

Una de las más gratas ocupaciones de los madrileños, en los tiempos que atravesamos, consiste en decir pestes del Sol y en amenazarle con los puños, como hacia el Ayax de Homero.

El astro luminoso se haria acreedor á los sufragios de todos los madrileños si velara por algun tiempo sus encantos, cubriéndose de nubes y replegándose en sí mismo.

Despues de todo, el rutilante Febo es hoy dia un anciano venerable que ha asistido á todas las catástrofes y tragedias del Universo; y que tiene, por consiguiente, ideas propias sobre las cuales puede meditar durante unos dias.

Con este eclipse temporal ganaria mucho el Sol en importancia.

Hoy no nos fijamos en su belleza. Sabemos que es un astro rutinario, que aparece y desaparece todos los dias con una exactitud pasmosa; que al medio dia se coloca en el zenit quizá sin otro objeto que marcar al reloj que posee en la Puerta de su nombre la hora en que las dos manecillas se han de confundir en la parte más alta de la esfera, y que por la tarde, siguiendo estrictamente lo prescrito por los confeccionadores de almanaques, el venerable Sol, padre del Universo, se oculta tras las montañas, y emprende la caminata al país de los antípodas para tener el placer de despertarlos á su debido tiempo, diciéndoles:

—¡Ea! caballeros y señoras; arriba que ya es hora. ¡A moverse!... ¡á trabajar!... ¡á dar fe de existencia! Tened entendido que la vida no es sueño, aunque lo haya dicho mi buen amigo D. Pedro Calderon en los tiempos en que yo no me ponia jamás en los dominios españoles.

Decia pues que sabemos que el Sol hace todo esto; que es un astro fiel que no nos falta nunca, y que á consecuencia de esta misma bondad de carácter le hacemos poco caso privándole de los elogios que por su magnificencia se merece.

Pero si nos faltase durante mucho tiempo....¡Ah! ¡qué himnos no entonaríamos en elogio suyo cuando apareciese de nuevo!

Le haríamos una ovacion espléndida, inaudita, extraordinaria; nos prosternaríamos á la manera oriental ante su viva lumbre; difundiríamos por los aires cánticos de alborozo y alegría; le echaríamos cañonazos (no en ademan hostil, sino en son de salva), y pondríamos á contribucion la vena de nuestros mejores poetas para que lo ensalzaran con bellas imágenes y lo coronaran con tropos y metáforas.

Entónces recordaríamos que es el alma del Universo, que todo, merced á él, vive y se anima, que su penetrante mirada esclarece hasta las más hondas regiones del espacio, y que sin él tornarian á confundirse en la nada todos esos mundos que hoy componen nuestro sistema planetario, y donde ignoro si habrá periodistas y concejales que los apaleen, andamiajes y albañiles que se caigan de ellos y timadores que exploten á los incautos; pero donde habrá seguramente pasiones de todas clases, nobles y mezquinas, rastreras y elevadas, y lucha y sufrimiento y choques y conflictos....., ¡que esta es la vida, lo mismo aquí que en cualquier otro planeta!...

***

Me parece que el párrafo anterior no cumple con las ordenanzas de ventilacion y ligereza propias de la estacion calurosa en que nos hallamos.

Pero ¿quién es capaz de hacer referencia á los astros y planetas del universo, manejándolos como si fueran pelotas de goma?

¡Yo no tengo habilidad tan extremada!

Como aquel personaje de *El tanto por ciento* de Ayala, que desea *sobornar el tiempo*, yo intentaba sobornar el Sol con mis párrafos anteriores.

Creia que el rubicundo Apolo llegaria á decir:

—Pues.... es verdad lo que afirma ese revistero. El hombre salvaje me adoraba; y el hombre civilizado, entretenido con su luz eléctrica, no hace caso de mis prendas personales. Hagámonos desear, que el fruto prohibido siempre fué grato y sabroso al paladar del hombre!...

Y seguia yo imaginando que despues de esto el Sol se envolveria en las más impenetrables nubes, dejándonos disfrutar plácidamente de una agradable temperatura.

¡Y esto ya seria una noticia *fresca* que podria dar á ustedes!

***

Pero mi estratagema no surte efecto. El sol es un señor que no entiende indirectas ni admite recomendaciones.

Sigue pues el calor en el órden del dia.

Se abre la sesion.

Madrid se ocupa en comentar lo que ya se llama de un modo gráfico «los palos del Buen Retiro.»

Aquí todo el mundo es más ó ménos periodista. ¿Quién no ha puesto alguna vez un comunicado en los periódicos? Y áun fuera de esto, ¿quién no se ha encontrado en tal ó cual ocasion con alguno de *esos que escriben en los periódicos* y le ha dicho:

—¡Hombre! ¡A propósito! ¡Cuánto me alegro de verle! Voy á dar á V. una gran noticia, que le servirá para llenar unas líneas del periódico.

—¿Qué es ello?

—Diga V. que mi esposa ha dado á luz....

—¿Eléctrica?

—No; un niño.

Toda esa gente manifiesta cierto cariño hácia la prensa. ¡Claro!.. el periodista vela y trabaja, y persigue por esas calles de Dios las noticias á la hora, generalmente, en que el suscritor está roncando, y á fin de que sepa éste cuando se despierte al dia siguiente los robos, los incendios, las riñas, los crímenes, y las ocurrencias de todas clases que hubo durante la noche.

Tales circunstancias establecen lazos de cariño y simpatía entre los redactores y los suscritores de un periódico.

Hay lector que cree firmemente en su diario más que en el evangelio del dia.

Si le contradecís algo, le vereis sonreir con aire de superioridad y de certeza.

Entónces le vereis sacar de su bolsillo el periódico, y os dirá con la fe de un musulman:

—¡Cá!... no señor; dice aquí todo lo contrario.... ¡Y esta es la fija!

Hay tambien lectores eclécticos, y son los que pasan la vista durante el dia por varios periódicos.

Pero tampoco á estos se les puede menospreciar la institucion del periodismo.

Es cosa admitida, que la prensa es una fuerza; y así como para dar contra un yunque no busca el herrero un martillo de algodon en rama, tampoco buscó el concejal señor Párraga una caña de azúcar para el atropello del periodista señor Franco, redactor de *El Liberal*, y víctima inocente y casi indefensa de la agresion del miembro del Municipio.

Ya lo he dicho: la opinion pública se ha colocado del lado del periodista.

El buen sentido reconoce que si el escritor de periódicos se hallara bajo la constante amenaza de todo aquel que se juzgara ofendido no habria manera de tener periódicos bien escritos.

Los individuos que componen la prensa no serian por lo general hombres listos y entendidos, con facilidad para enjaretar un artículo de impresion sobre las mismas cajas de la imprenta, soltando las cuartillas una tras otra á medida que salen de entre sus dedos, y marchándose á dormir confiado en la buena fé del corrector y en su musa especial, pedestre, si se quiere, pero fiel, que nunca le hace decir cosas muy graves, y que es una verdadera inspiradora de la actualidad fresca y palpitante.

No; entónces, los periódicos serian redactados por mozos de cordel fuertes y robustos, que resistieran con furioso empuje las agresiones más ó ménos concejiles que se presentaran.

Los artículos se comentarian de este modo:

—¿Has leido el fondo?

—No; ¿es bueno?

—¡Ya lo creo! ¡Colosal! Es un artículo de cincuenta garrotazos, lo ménos.

***

En los teatros de Madrid se prepara un espectáculo nunca visto.

Esta es al ménos la opinion de los que se hallan en el secreto del famoso baile *Excelsior* que la compañía contratada por Arderius empezará á representar en el teatro de la Zarzuela el dia 1.° de setiembre próximo.

Cuéntanse de ese baile maravillas.

Desde luégo hay el gran antecedente del entusiasmo con que ha sido recibido en Milan y otras poblaciones italianas, y últimamente en Paris, donde se pone todas las noches con gran éxito en el Eden Teatro.

Además Arderius es un empresario de gran olfato. Tiene el instinto de las obras que dan dinero.

Háblase de maravillosas decoraciones: la rada de Nueva York, el istmo de Suez, la perforacion del Mont-Cenis, etc., etc.

Es una lucha entre el oscurantismo y el progreso. En esa lucha encarnizada vence, como es natural, la civilizacion. De ahí el nombre del baile: *¡Excelsior!*

¡Más arriba siempre!

Arderius dice que para no perder dinero necesita que el teatro de la Zarzuela se le llene cien noches seguidas.

Cada representacion le traerá un gasto de mas de diez mil reales.

Hace algun tiempo que está ya gastando dinero. Tiene que pagar una parte del sueldo á los artistas italianos que han venido á ponerle la obra.

Hasta el estreno del baile gasta el empresario dos mil reales diarios.

Todo esto para deslumbrarnos, para enloquecernos con su espectáculo.

¿Y si no nos deslumbra?

El cebo es muy costoso y ofrece grandes peligros..... Pero Arderius tiene una estrella que le conduce siempre á feliz puerto.

¡Veremos....!

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

YAQUIMO É IMÓGENE, copia de un carton de Liezen-Mayer

Representa este cuadro la escena 2.ª del acto 2.° de la tragedia titulada *Cymelina*, una de las más celebradas del gran dramaturgo inglés Shakespeare. Su argumento está tomado en parte de una novela de Bocaccio y en parte de una crónica de Holinshed.

La accion pasa en la Gran Bretaña y en Italia, con todas las faltas de unidad que caracterizan á los grandes genios dramáticos de los siglos XVI y XVII. Cymelina, rey de la Gran Bretaña en tiempo de César Augusto, destierra á su jóven protegido, conocido por Póstumo, á causa de haberse casado con Imógene, hija única del monarca, sin cuidarse de pedir permiso á su padre, que indudablemente se lo hubiese negado, por más que su inesperado yerno sea lo que se llama un mozo de todas prendas.

Al despedirse Póstumo de su esposa recibe de esta una sortija y en cambio la hace presente de un brazalete que Imógene jura conservar como testimonio de su fidelidad. En un dos por tres, ó sea de una escena á otra del primer acto, Póstumo se encuentra en Roma, y ponderando la virtud de su esposa ante algunos mozalbetes, que sin duda en aquellos tiempos los habia tan malas cabezas como en los tiempos nuestros, apuesta la consabida sortija contra la mitad de la fortuna de un libertino de mal género llamado Yaquimo á que éste no es capaz de corromper la virtud de Imógene.

Parte el seductor de Roma para la Gran Bretaña, recomendado por el mismo Póstumo, que con ello da una prueba de ser algo flaco de mollera, y áun cuando la hija de Cymelina es en lo fiel otra Penélope, Yaquimo encuentra medio de penetrar en el aposento á tiempo que aquella duerme, valiéndose de un artificio harto vulgar, y se apodera del brazalete, que ha de atestiguar la liviandad de Imógene.

Este es el momento de la tragedia que representa nuestro grabado. Sólo nos resta añadir que por esta vez el marido celoso obró con mejor suerte que su colega Otelo y que, despues de muchas peripecias, todo terminó á mayor gloria de Dios y felicidad de la constante Imógene.

EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Greil

El viejo guardian de la torre, veterano mutilado en defensa de la patria, acude diariamente al mismo sitio, acompañado de su gentil nietecita, que es á la vez su guía, su apoyo y su encanto. Las palomas se han familiarizado con el anciano y la niña y picotean las migajas que para ellas han sido economizadas en la frugal comida.

Y en este sitio mismo y en las mismas ideas sumergido, el veterano se pasa las horas muertas, recibiendo sobre su venerable frente el último rayo de sol y despidiéndose del dia que muere melancólicamente, tan melancólicamente como vive el pobre anciano.

La patria es harto ingrata. Cuando nuestro venerable anciano era un jóven que marchaba por el camino de la vida, lleno de fe en el porvenir y de esperanza en su amor al trabajo; cuando, fiado en su juventud y en su voluntad, formaba ideales para hacer la felicidad de sus padres y la de una jóven unida á su suerte por los más puros vínculos; la patria le arrancó á los lares de la familia, le convirtió en instrumento de cábalas políticas que no entendia, y el cañon del enemigo le privó de un miembro en sangrienta guerra promovida para ensanchar el territorio nacional.... ¡El territorio nacional!... ¿Qué le importaba de él al pobre jóven que no concebia del mundo un más allá de las montañas que aprisionaban su aldea!

Ello, empero, oid al veterano. Ningun rencor guarda á la diplomacia que destruyó sus ilusiones; hoy, como ayer, cree deberse á la bandera que defendió en otro tiempo, y más orgulloso de su nacionalidad que su nacion debiera con justicia estarlo de él, hace suyas las glorias de su patria y se resigna á su suerte con la noble fiereza del que ha cumplido con exceso su deber.

¡Respetemos al humilde inválido!.... Embellezcamos su sitio predilecto; no permitamos que las palomas nos enseñen cuál es el sitio en que llora el bravo veterano....

CONFIDENCIAS, dibujo por E. Bradel

El asunto de este cuadro es más para sentido que para explicado. ¿Qué pensamiento embarga á esos dos personajes? ¿Cuáles confidencias se han hecho? ¿Quiénes son ellos mismos?.... El artista no lo dice claramente; deja adivinarlo.

Un castillo señorial á lo léjos, al pié del castillo un lago, en la orilla del lago una barca, en primer término un frondoso bosque y en este bosque dos jóvenes absortos en vagas contemplaciones, surgidas probablemente de las confidencias que se han cruzado entre uno y otro....

El apuesto mancebo es probablemente el señor del castillo: el lago separa su propiedad de la propiedad del baron vecino. A tiempo que el jóven cruzaba el lago, una mujer hermosa se dirigia al bosque. La reunion de uno y otro no ha revestido carácter alguno de sorpresa: se esperaban.

La conversacion ha empezado como es costumbre entre buenos vecinos: el tiempo y la caza han hecho el gasto... Pero luégo....

Sin explicarse el cómo, hay horas en la vida durante las cuales el corazon necesita desahogarse, cual si temiese que, á falta de abrir una válvula, se produjera un estallido. En estas circunstancias decisivas de la vida, se toma inconscientemente el camino del cielo ó del infierno. El hombre deja de ser un ente dotado de reflexion, y obra cual á impulso de un fatalismo superior á él. El secreto de toda la vida se confia al primer advenedizo, siquiera ese secreto cueste la fortuna, la existencia, la honra del que lo revela. ¡Cuántos criminales han purgado su delito á causa de uno de esos impulsos irresistibles que, sin explicacion plausible, entregan una cabeza al verdugo!....

Las confidencias de nuestro cuadro pertenecen, por fortuna, á un órden de hechos ó de sentimientos mucho más simpáticos, y por nuestra parte se nos figura que á causa de ellas y á la vuelta de no mucho tiempo, los dos castillos vecinos han de tener un heredero comun.

EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz

¿Quién, viviendo á orillas del mar, no habrá acudido alguna vez á la playa para aspirar con deleite las frescas emanaciones de los vapores salinos y dilatar sus pulmones con las salutíferas brisas que rizan la superficie de las aguas? ¿Y quién, al llegar á la edad de los amores, no habrá disfrutado, alguna vez tambien, del doble placer de contemplar cómo espira el oleaje en la arena, teniendo á su lado á la mujer adorada y comunicándole sus impresiones y sus dichosos ensueños? A tal placer deben entregarse los dos jóvenes de nuestro grabado, muellemente reclinados en los médanos de arena que forman un dique á la invasion de las olas. Hijos de ancianos marinos, del mar y por el mar viven; séres ni bien terrestres ni bien anfibios, en él cifran sus esperanzas de ventura y de él esperan los medios para realizar sus castos deseos. El asunto del cuadro es casi un idilio, y el diestro pincel del artista ha sabido expresarlo con la sencilla poesía que requiere.

VISTAS DE COPENHAGUE

La capital del pequeño reino de Dinamarca es otra de las ciudades europeas que más prósperamente se han desarrollado en pocos años; baste decir que teniendo 182,000 habitantes en 1870, seis años despues ascendian estos á 233,000. Admirablemente situada en la costa oriental de la isla Seeland, en el extremo meridional del estrecho del Sund, principal paso del Cattegat al Báltico, se halla en condiciones por esta y otras ventajas de ser uno de los mejores puntos comerciales del Norte. Divídese en tres partes: la ciudad Vieja, la Nueva, y el barrio de Christianshavn construido en la contigua isla de Amager. La lámina que hoy repartimos dará idea de la suntuosidad ó belleza de algunos de sus monumentos, edificios ó sitios de esparcimiento, entre los cuales descuellan el parque de Oerstedt, llamado así del nombre del ilustre físico dinamarqués, el palacio de Amalienborg, edificio compuesto de cuatro palacios distintos, ó sean el del rey, el de su hermano, el de su hijo, y la escuela de marina; el palacio de Christiansborg, construccion colosal en la que trabajaron tres mil obreros por espacio de seis años; el museo de Thorwaldsen, legado hecho á la ciudad por el insigne escultor de este nombre; el soberbio palacio-castillo de Frederiksborg, residencia predilecta de los anteriores monarcas daneses; la estatua ecuestre de Federico V; la del célebre almirante Niels (Nicolás) Inel, etc., etc. Esto, unido á las abundantes preciosidades científicas, históricas y naturales que en sus varios museos encierra, y al atento trato de sus habitantes, hacen de Copenhague una ciudad digna de ser visitada por el viajero, admirada por el artista y estudiada por el hombre de ciencia ó de letras.

EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA

(Conclusion)

No obstante su duelo, un rayo de alegría animó el rostro de Hilda, al oir al mensajero del Príncipe, al cual contestó que se apresuraria á ampararse bajo tan generosa proteccion; y con efecto, dos meses despues la princesa se hallaba instalada en un palacio de Benares, que el anciano Rey habíala señalado por morada. El Príncipe Fel-Dor la dió á entender delicadamente que podia contar con el tesoro Real; pero Hilda, que era muy altiva, rehusó la oferta.

Durante algun tiempo, vivió retraida, teniendo por único consuelo de sus penosos recuerdos, la inagotable gracia de Oronti y el cariño maternal de su vieja aya Najad. Alguna vez, asomada á su mirador de bambú, veia pasar al gallardo príncipe, que la saludaba con expresivo ademan, y en aquellos momentos latia violentamente su corazon.

Poco á poco fué saliendo de su aislamiento; porque era imposible sustraerse al influjo de aquella Corte, la más esplendorosa de la India. El soberano de Benares, lleno de años y de achaques, reinaba como un Rey constitucional; pero quien gobernaba omnímodamente, era su hijo, y como este era jóven y bello, excusado es decir que la ciudad de Benares y su territorio en diez leguas á la redonda, ardian continuamente en fiestas.

Un dia el Príncipe invitó á Hilda á una cacería de milontis, y aunque tenia noticias de ella, se admiró de la destreza de la linda cazadora. Desde entónces esta, tomó parte con más frecuencia en las fiestas cortesanas y ¿quién sabe si al notar las asiduas galanterías del régio mancebo, se forjó en su imaginacion risueños castillos en el aire? porque el príncipe se insinuó primero, como casi todos los príncipes y todos los hombres, mas hallando un valladar á sus pretensiones, en la altivez de Hilda, siguió despues tratándola con mayor respeto é igual asiduidad.

Una nube vino á oscurecer el claro cielo de su naciente esperanza, con el arribo á Benares de la sobrina y heredera del Rhajah de Cachemira. Hablábase de proyectos de union entre esta y el Príncipe Fel-Dor, que aunque desmentidos en la corte, llenaron de inquietud el corazon de Hilda.

La princesa Lah, de Cachemira, hizo su entrada en Benares con una pompa verdaderamente régia, en un camarin colgado de preciosas telas de su país natal; llevado á lomo por un poderoso elefante gualdrapeado de púrpura. Delante y á los costados del paquidermo marchaban diez y seis felies ó escuderos tañendo orabines y sistros indianos. Cuatro esclavos nubios seguian á la princesa sosteniendo un palanquin descubierto lleno de valiosos regalos destinados al Rey de Benares y á su hijo; y cerraban el cortejo, seis mancebos, negros tambien, cada uno conduciendo por el bridon un caballo persa, de corta alzada pero de estampa admirable.

Todos estos esplendores pasaron por frente á la morada de la pobre y desterrada Hilda, que no pudo sustraerse á un movimiento de envidioso despecho, sobre todo al ver á la princesa de Cachemira, cuyo busto asomaba por entre las descorridas cortinas de su camarin. Era Lah muy jóven y muy hermosa, con una belleza imponente de matrona. Su principal encanto dimanaba de la blancura de su tez, que hacíala parecer originaria de la raza europea, ó de las vertientes del Himalaya, en donde el reflejo de las nieves da á la epidermis un color deslumbrante. Hilda notó todo esto y vió además al bello príncipe Fel-Dor cabalgando al lado del elefante que conducia á su nueva huésped; y ni el gracioso saludo que aquel la hizo al pasar, pudo atenuar la dolorosa inquietud de la princesa de Mohsum.

Inútil es decir que desde que se conocieron, las dos jóvenes princesas se odiaron cordialmente. Tenian ambas un objetivo de amor y lucharon para alcanzarle, con todo el encarnizamiento femenil, y con una rivalidad sin tregua. Las fiestas se sucedian en Benares, y en ellas desplegaba Lah un fausto asombroso. Hilda altiva y enamorada quiso competir con la poderosa heredera de un Rhajahlato; pero lo que para esta eran gastos, aunque extraordinarios, soportables, arruinaba á aquella, la cual iba vendiendo rápidamente sus ganados de la ribera que habia heredado de su madre.

Fel-Dor era un príncipe coqueton y bien educado, que halagado por el amor de las dos lindas rivales, no demostraba marcada preferencia por ninguna de ellas. Quizá sus asomos de coquetería estaban basados en la incertidumbre; pues en verdad era difícil la eleccion entre dos jóvenes tan notablemente hermosas aunque con distinto género de belleza.

Hilda atraia, Lah deslumbraba.

Las dos tenian cualidades superiores; Hilda era incomparable como amazona; en contraposicion, Lah hacia maravillas como cazadora, asaeteando las aves al vuelo.

Fel-Dor se deslizaba, digámoslo así, entre el amor de ambas; por eso la princesa de Cachemira, que era algo mordaz, le llamaba el príncipe *djalesh* que equivale á decir: Príncipe anguila.

V

El dia del cumpleaños del Príncipe Feldor, se celebraron en Benares unos admirables festejos. Por la mañana, en el anfiteatro de la ciudad, en aquel circo, cuya construccion, por su maravillosa fábrica, se atribuye nada ménos que á Visnou, *dios conservador* y segunda persona de la Trinidad indiana, se verificaron dos luchas: la primera de una onza con dos onagros persas y la segunda de un leon con dos tigres. Al comienzo de la tarde hubo festin, en un palacio que el príncipe habia mandado labrar en la orilla del Ganges y terminado que fué el banquete, reunióse la corte en tres inmensos salones, á fin de esperar las fiestas nocturnas.

El vicio ó pasion del juego (como quiera llamarse) ese placer doloroso y fascinador, que ha invadido á Europa, ó mejor dicho, al mundo entero, puede asegurarse que es originario de la India y de la China, y aún dura en ambos países, no obstante los códigos de Bursurcumbur y Confucio y los frecuentes edictos de los soberanos y de los emperadores. En la corte de Benares se jugaba encarnizadamente y el juego era como el complemento del lujo y de la distincion, no sólo entre los hombres, sino que tambien entre el sexo femenino, cuya educacion y costumbres se diferenciaban poco de la de estos. En las cabezas caldeadas por el sol oriental se desarrollan todas las pasiones con actividad pasmosa, y la imaginacion busca anhelante las sorpresas del azar y el atractivo de las más increibles aberraciones.

En la tarde á que nos referimos, la flor de la nobleza de Benares, se agrupaba en torno del Príncipe Feldor y de las princesas de Mohsum y de Cachemira, que jugaban *al sol*, juego que se parece algo al entretenimiento, casi infantil, llamado *la rueda del barquillero*. *El sol* está basado en la antigua astronomía india; es un círculo ó disco, colgado verticalmente, en el que hay pintadas varias estrellas, una tortuga y un elefante; porque en el Génesis oriental se supone que la tierra está sostenida por un inconmensurable paquidermo, que á su vez se apoya en una tortuga más inconmensurable todavía.

Lo que aún no han podido explicar los vedas ni los astrónomos es sobre qué se basa y sostiene ésta.

En medio de la circunferencia del juego del sol, hay una manecilla giratoria como la de un reloj, que los jugadores impulsan por medio de una varita de sándalo; si queda aquella inmóvil, sobre ó junto á alguna estrella, se pierde; si se aproxima al elefante se gana la mitad de la puesta, y si cae sobre la tortuga se gana el total.

Tampoco se ha podido averiguar por qué en el juego del sol, el astro que le da nombre brilla por su ausencia.

El príncipe Fel-Dor perdió galantemente algunos centenares de lotos de oro, moneda llamada así por tener grabada en ella una hoja de esta planta; y cedió el puesto á la princesa de Cachemira, que se declaró sostenedora ó sea *banquera* del juego. Hilda, ciega de celos á consecuencia de algunas expresivas miradas dirigidas por el real anfitrion á su rival, comenzó á apostar contra ésta; pero agitada, nerviosa y contrariada por la suerte, perdia siempre, siempre se quedaba en las estrellas; miéntras que Lah hacia que la manecilla cayese casi todas las veces sobre el elefante ó sobre la tortuga.

Hilda experimentaba el vértigo del juego, apostaba grandes sumas y quién sabe cuánto hubiera perdido, sin la llegada de la noche que puso fin á aquella martirizadora distraccion.

Cuando acabaron de jugar, Hilda llamó aparte á Lah y la dijo:

—Princesa, te debo sesenta mil lotos....

—De oro,—interrumpió Lah.

—Sí, de oro. La cantidad es considerable y debes concederme un breve plazo para solventarla.

—Yo siempre pago en el acto lo que debo; no obstante, puedes tomarte el que quieras.

—Ocho dias.

—Sean,—dijo la princesa de Cachemira volviendo desdeñosamente la espalda.

Hilda palideció, devorando en silencio aquel insulto.

¡Pobre Hilda! ¡Qué noche tan horrible pasó en medio de aquella fiesta esplendorosa! ¿Qué le importaban á ella los millares de luces que iluminaban el palacio y la ribera del Ganges? ¿Qué atencion habia de prestar á la representacion de *La segunda encarnacion de Brahama*, uno de los más ingeniosos dramas de la literatura oriental?

Hilda llevaba el despecho, la ruina.... quizá la muerte en el corazon.

VI

Porque estaba arruinada. Durante aquella existencia fastuosa, é impulsada por la fiebre del amor y de la rivalidad, habia mal vendido sus ganados del Meiran y la mayor parte de sus arracadas de pedrería.

Cuando á la mañana siguiente á aquella fatal noche, consideró su estado, comprendió en toda su extension el abismo que se abria bajo sus piés. No le importaban la ruina ni la pobreza; pero debia una cantidad enorme, cantidad casi imposible de reunir áun despojándose de los restos de su fortuna, tenia una palabra empeñada y ¿á quién? á una competidora desdeñosa y altiva. Ante esta consideracion su orgullo de raza se exaltaba. ¿Pues qué, ella, la nieta de soberanos, la hija del *generoso*, pues así llamaban al Rhajah su padre, podia ser humillada por nada ni por nadie?

Esta idea se sobreponia á todas sus amarguras, hasta á su pasion por aquel príncipe frívolo é ingrato.

Mandó llamar al jefe de sus felies, que era á la vez intendente de su casa, le enteró de su situacion y entre ambos hicieron un rápido resúmen de los



EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Greil



CONFIDENCIAS, dibujo por E. Brade

recursos disponibles; pero todos, tasados por alto, no alcanzaban ni con mucho á la cantidad necesaria. Avisó á joyeros y mercaderes, que la ofrecieron un precio exíguo por las pocas alhajas que la quedaban y pronto se convenció la desdichada princesa de que no habia esperanza para ella.

Con una palabra podia salvar la situacion, recurriendo al Rey de Benares ó á su hijo; pero preferia mil veces la muerte.

Recordó los dos pergaminos que su madre al morir habíala entregado y volvió á leer el que estaba abierto: «Te conozco, como que te he trasmitido mi sangre,»—decia el manuscrito de la Rhajah Bhadoora,—«nunca la bajeza ni el vicio pueden llegar hasta tí...»—La bajeza no, mas sí la deshonra, —murmuró Hilda estrujando el pergamino.

«Serás pura como las aguas del rio sagrado; pero además yo quiero que seas feliz.»

—¡Feliz! ¿yo feliz?—exclamó la princesa. Y luégo mirando al pergamino cerrado, repuso:—Tal vez mi felicidad esté aquí, veamos.

Pero cuando iba á romper el sello, se detuvo. Su madre la mandaba no abrirle hasta un dia que no habia llegado; y la voluntad de una madre moribunda debia ser respetada.

—Nadie leerá esto; acabará al mismo tiempo que yo,—dijo Hilda, guardando ambos pergaminos en el bolsillo de su vernuz.

Sin duda habia tomado una resolucion.

En las primeras horas de la tarde, la princesa mandó, con gran extrañeza de sus servidores, reunir en una retirada plazoleta del jardin del palacio, un gran monton de aloes, sándalos y otras maderas olorosas, formando al modo de una pira, y desde entónces pareció hallarse más tranquila y con el aspecto del que adopta una resolucion suprema. Habíala tomado en efecto; queria morir. Primeramente pensó en el baño, que es el suicidio oriental: pero su pudor la hizo preferir el fuego. «No,»—pensó,—«nadie profanará mi cuerpo con sus miradas; acaso mis cenizas volarán á las altas regiones en donde está mi madre...»

¿Qué hacia entre tanto Oronti, el maravilloso enano de la princesa? Oronti, ménos jugueton y más silencioso que de costumbre, presenció el inventario hecho por Hilda y su intendente, y la apreciacion con que los mercaderes habian avalorado los joyeles de ésta. Despues, saltó por una ventana y desapareció entre la espesura del jardin. La princesa á veces pensaba en su querido enano. «¡Pobre Oronti!»—se decia,—«no tengo valor para que muera conmigo.»

Esperaba la noche para poner en ejecucion su proyecto de muerte. Meciéndose en una hamaca, que á veces en su vaiven salia por un mirador al exterior del jardin, Hilda contemplaba tristemente el lejano horizonte cubierto de nubes cárdenas, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

¡Pobre Hilda! ¡Iba á morir en la flor de la juventud y de la belleza!

La sombra caia, el cielo tomaba el color intenso de la tarde.

De repente la princesa oyó ruido y ¿cuál fué su sorpresa viendo á Oronti que se aproximaba, tapado el ojo izquierdo con una venda y llevando un objeto en la mano?

—¿Qué es eso?—le preguntó, dejando la hamaca, —¿porqué traes esa venda?

—Una desdicha,—contestó el enano,—una torpeza que ha podido costarme la vida.

—¿Cómo?

—Quise saltar la valla del jardin, no tomé bien la distancia, caí sobre una de las lanzas de la verja y se me ha vaciado un ojo.

—¡Oh!—exclamó Hilda horrorizada.

—Aquí le tienes,—repuso Oronti, mostrando un objeto que parecia un pedazo de cristal.

—¡Pero desgraciado! debes sufrir mucho. Ven, veamos al Talud (médico) del Rey; su morada está próxima; quizá tu desgracia no sea irremediable.

—En cuanto á sufrir, nada. Respecto al Talud, ya he hecho yo esa diligencia; él me ha curado cauterizándome la cuenca del ojo; en lo que se refiere á remedio, no hay ninguno. Podria estar sin venda, pero no he querido presentarme feo delante de tí.

En este momento un siervo vino á decir á la princesa que un mercader en pedrería deseaba hablarla y poco despues presentóse un hombre de fisonomía inteligente y bondadosa, que saludándola abriendo los brazos, segun la usanza persa, la dijo:

—Princesa, he sabido que deseas vender tus joyas. Quizás pueda yo ofrecerte mayor precio, que los avaros y pobres traficantes de este país.

—Hélas ahí,—contestó Hilda señalando á un aparador en donde aún estaban las alhajas, examinadas ántes por los otros joyeros.

El lapidario las fué viendo una por una. Oronti se habia subido de un salto al aparador.

—Las perlas son magníficas,—dijo el mercader, —pero hay tantas que su valor ha bajado. Tengo entendido, princesa, que te han ofrecido quince mil lotos de oro por todos estos joyeles.

—Así es,—contestó Hilda.

—Yo puedo subir hasta diez mil rupias más, porque....

El joyero se interrumpió mirando á Oronti que sentado en el aparador jugueteaba haciendo saltar un objeto de una mano á otra.

—¿Qué es esto?—repuso el mercader, cuyo semblante expresó la mayor sorpresa.

—Un ojo que se me ha saltado,—dijo el enano con su dulce vocecita,—¿me le compras?

—¡Ya lo creo! como que es un brillante soberbio.

—¡Un brillante!—exclamó asombrada la princesa.

—Un brillante como sólo los posee el Sah de Persia, mi señor.

—¿Y en cuánto lo avaloras?

—En lo que vale en el mercado; porque mi tráfico está basado en la verdad; en ochenta mil lotos de oro.

Hilda palideció, y tomando á Oronti en sus brazos, le estrechó contra su corazon.

VII

Al dia siguiente, muy de mañana, la princesa Lah recibió una misiva que decia así:

«Princesa de Cachemira: adjuntos, y ántes del plazo fijado, te envio los sesenta mil lotos *de oro*, que te debo. Sólo esperaba esta ocasion para hacerte comprender que quien ultraja á la Princesa de Mohsum, debe matarla ó morir.

»Esta tarde, á la hora sexta, te aguardo con cuatro felies, mi arco y cinco saetas en mi aljaba, en la orilla del Ganges, junto á la fuente de los colibríes.

»*Hilda de Mohsum.*»

Los duelos femeninos, tan raros en Europa, eran frecuentes en la India, ántes de la dominacion inglesa; pues, ya lo hemos dicho, se diferenciaban poco las costumbres de ambos sexos.

A la hora fijada, las dos lindas contendientes estaban *en el terreno*. Se saludaron sin hablarse, dejando á sus escuderos que eligiesen sitio y que las colocaran convenientemente.

El jefe de los felies de Hilda, que sabia la prodigiosa destreza de Lah, hallábase consternado.

A una primera señal, las dos princesas armaron sus arcos, á una segunda, dos flechas cruzaron el aire, y ambas dieron en el blanco; la de Hilda quedóse clavada en el hombro derecho de su adversaria, la de esta fué derecha al corazon de la princesa de Mohsum, la cual, ¡cosa rara! vaciló al golpe; pero no cayó. La saeta, rasgando la túnica de Hilda, se habia despuntado. En el momento en que todos acudian al socorro de Lah, que estaba bañada en sangre, se oyó el galopar de caballos y presentóse el príncipe Fel-Dor, que, sin duda, sabedor del duelo, corria, aunque tarde, á impedirle. Hilda iba á aproximarse á Lah; pero al ver la mirada entre iracunda y desdeñosa que la dirigió el príncipe, se alejó de aquel sitio seguida de sus servidores.

¿Que habia pasado? ¿Por qué desconocido azar de la fortuna, la certera flecha de la princesa de Cachemira se habia despuntado sobre el corazon de Hilda? Apénas ésta se repuso de su emocion, no tardó en saberlo. Cuando loca de dolor, y herida en su amor y en su altivez por el comportamiento del hombre por quien habia expuesto su honra y su vida, se encaminaba rápidamente hácia Benares, sintiendo bullir una cosa en el bolsillo de su túnica, se llevó la mano y sacó de él á Oronti, al enano reducido á pigmeo; á Oronti, cubiertos ambos ojos con la venda que ántes sólo le tapaba uno, á Oronti que sonriendo la dijo:

«¡Uf! princesa, he llevado un buen golpe.»

«Visnou, el dios conservador, no ha querido conservarme la mitad de la vista que me quedaba. Ménos mal, puesto que ya sabemos que mis ojos valen algo.»

Y el ciego pigmeo presentaba á la princesa el brillante que tenia en la mano.

Hilda, muda de asombro, alzó la vista á las *altas regiones* en donde creia que moraba su madre.....

La princesa de Mohsum se apresuró á abandonar la Corte de Benares. No queria deber la hospitalidad al ingrato que la habia humillado con su despego: su orgullo la curó de su pasion.

Mandó un mensajero á su tio el Sultan de Bongao, en el archipiélago filipino, pidiéndole amparo, y trasladándose con la mayor premura al palacio de la ribera del Meiran, determinó dejar tambien esta morada tan luégo como pudiera llevarse los objetos que la pertenecian. Deseaba salir á toda costa del territorio de Benares.

Era una princesa soberanamente altiva la princesa de Mohsum.

Habia mandado fletar un buque en Calcuta. La víspera del dia en que debia emprender su viaje á esta ciudad, para embarcarse, y cuando al rayar el alba, estaba vistiéndose ayudada por su aya Najad, la anciana servidora la dijo:

«Hija mia, estamos en el primer año del siglo y en el primer dia de la luna de las flores.»

Al oir estas palabras, Hilda hizo un brusco movimiento; las rápidas y continuas emociones de los últimos dias, habíanla hecho olvidarse del tiempo fijado por su madre para abrir el misterioso manuscrito. Entónces recordó que aún no era la hora; pues en el pergamino abierto, la Rhajah Bhadoora, decia: «A la hora sexta de la tarde, tú, sentada en la *piedra sagrada* de la orilla del Meiran, y Oronti junto á tí sobre la arena, romperás ese sello y oirás la voz de la eternidad.»

La princesa, pues, tenia aún que esperar la mayor parte del dia. Conforme trascurria este, era mayor su impaciencia; su corazon hacíala presentir la realizacion de alguna cosa sobrenatural.

Vagó largo tiempo por el campo para entretener su impaciencia, siguiendo la marcha del sol; vióle ascender al zénit esplendoroso, y descender lentamente, como un broquel diamantino.

Oronti la acompañaba, cantando extrañas canciones, pero tenia que ser llevado por ella, pues el ciego pigmeo no podia como anteriormente hacer alarde de su portentosa agilidad.

VIII

Poco ántes de la hora fijada, Hilda volvió al jardin del palacio. Allí estaba la *piedra sagrada*, llamada así porque una tradicion indiana supone que fué el primer sitio de la tierra, en donde Brahma, el dios creador, fijó la planta en su encarnacion primera.

La princesa se sentó en la piedra que era un pedazo informe de granito rojo. Dejó á Oronti sobre la arena, cumpliendo el mandato de la Rhajah Bhadoora; y puso á su lado una clepsidra que llevaba consigo.

Aún faltaban algunos minutos para la hora sexta.

La tarde estaba deliciosa y el ambiente saturado de aromas. El sol poniente inundaba el jardin de efectos de luz maravillosos; los troncos de los alisos parecian de plata, y de oro las hojas. Los bengalis saltaban de rama en rama, los pájaros-moscas cruzaban el espacio con su eterna inquietud, cuando á largos intervalos, se oia el dulce canto de un ruiseñor, como si les embelesara aquella sin igual melodía.

La princesa de Mohsum, teniendo en la mano el sellado pergamino de su madre, miraba al reloj de arena, con impaciencia febril.

Por fin cayó el grano que marcaba la anhelada hora.

Hilda sintió un estremecimiento nervioso, y rompió el sello violentamente.

Desplegó el pergamino, en el que habia caractéres escritos; mas no pudo leer; círculos extraños, como los que la imaginacion ve en las pesadillas, giraban delante de sus ojos.

Al cabo, leyó:

«Hija de mis entrañas: ha sido necesario un encanto para fijar tu mente impetuosa y encauzar tu corazon, propenso á desbordarse.

»El encanto se ha cumplido.

»¿En dónde están el deber de tu gratitud, la base de tu dicha, la mano fuerte que te guie en la tierra, la conjuncion de tu alma en otra alma, y tu compañero por toda la vida?

»Mira en derredor de tí.

»*Bhadoora.*»

La princesa buscó á Oronti con sus miradas..... y se puso en pié, quedándose inmóvil de estupor, porque en vez del pigmeo, vió á su lado un gallardo mancebo de elevada estatura y anchos hombros y ¡prodigio singular! tenia las mismas facciones de Oronti, y como éste llevaba los ojos cubiertos con una venda.

—¡Hilda!—esclamó—¿Quieres ser mi alma gemela, mi compañera por toda la vida?

—¡Oh! ¡amado mio!—dijo la princesa con los ojos llenos de lágrimas de ternura—tú eres el elegido por mi madre y el prometido de mi corazon; tú me has salvado una vez de la deshonra y dos veces de la muerte. Quisiera vivir la eternidad para adorarte; yo seré la mano que te guie en la tierra; pues que mi madre no ha previsto que tú no puedes guiarme á mí.

—Bhadoora quiere decir *ciencia*, y la ciencia no se engaña jamás. Mira.

Oronti se arrancó la venda, y la arrojó al suelo. Hilda se quedó fascinada de amoroso asombro; dos

ojos negros, de ardientes y arreboladas pupilas, la envolvian en su flúido luminoso.....

Volvióse á oir el canto del ruiseñor; pero flébil y distante; parecia el eco de otro mundo misterioso y lejano.

Hilda y Oronti vivieron largos años en Bongao y nunca se ha visto un ejemplo de amor semejante. Bien así como los gemelos de Siam, parecia que estaban unidos por una membrana invisible; pues experimentaban las mismas sensaciones, y murieron casi al mismo tiempo. Fueron enterrados en un promontorio en la orilla del mar. Un terremoto cambió la faz del terreno, y en él se abrió el cráter de un pequeño volcan que continuamente humea; pero que en vez del olor sulfuroso de las materias ígneas, despide un aroma agradable como el del manatí verde. Diríase que las almas de aquellos amantes aún no han tenido tiempo de exhalar su pasion.

Hoy, la sultanía de Bongao no existe y nuestros bravos marinos que arriban al puerto del archipiélago de Tawi-Tavi; tienen ocasion de ver el penachito de humo que corona la eminencia volcánica, á la que los naturales del país, en su dialecto pintoresco, llaman *la cima olorosa*.

F. MORENO GODINO

UNA AVENTURA DE ESPRONCEDA

(Episodio histórico)

Era una hermosa noche de otoño del año 1831.

La Francia acababa de hacer una gran revolucion.

La dinastía de Cárlos X habia caido, naciendo de entre sus ruinas la de Luis Felipe, que no habia de tardar en caer á su vez.

Polignac y Guizot; los nombres de estos dos ministros siguen á Cárlos X y á Luis Felipe, como la sombra sigue al cuerpo.

A una hora avanzada de la noche del 15 de octubre, penetraban en el *Hotel Favart*, situado en la Plaza de los Italianos de esa gran metrópoli del progreso que se llama Paris, cuatro jóvenes amigos, que por la hora un tanto intempestiva á que se retiraban, por su conversacion alegre y ruidosa, por sus francas carcajadas y sus burlonas frases denunciaban á la legua que eran españoles.

Uno de estos jóvenes se apoyaba en una muleta, convaleciente todavía de una gravísima herida recibida en las barricadas durante las célebres jornadas revolucionarias de julio de 1830 en Paris, en las que los cuatro amigos habian tomado una parte activa; todo lo cual no le impedia bromear y reir con dos de los otros jóvenes, que eran sus hermanos, y con el tercero, que si no por la sangre, lo era en realidad por el gran cariño que ambos se profesaban.

El herido se llamaba Basilio; sus hermanos Alfonso y Luciano, y su amigo José. En este jóven habria podido notar cualquier observador una alegría más ruidosa que verdadera; una amarga ironía en sus palabras, una sombra de tristeza en su hermosa frente, un desden profundo en todas sus frases, y un dolor cruelísimo en su pecho, que no bastaba á mitigar la cariñosa amistad de aquellos leales amigos.

Los cuatro jóvenes que habitaban juntos en el Hotel podian ostentar con orgullo el lema que en sus escudos ostentan nuestras provincias vasco-navarras, el famoso *Laurac-bat*, que quiere decir en su severo y gráfico lenguaje *cuatro en una*. Fuera de su patria, de la que cruelmente les habia desterrado la tiranía de Fernando VII; entusiastas defensores de la libertad, de que no habian podido dotar á su querida patria, aunque para ello habian arriesgado valientemente su vida en los campos de Navarra, los cuatro jóvenes habian llegado á constituir una familia: la idea del uno era la de los otros; lo que el uno queria lo amaban todos; eran, en fin, cuatro hombres con un solo pensamiento, un solo brazo y un solo corazon.

Al atravesar por uno de los corredores del Hotel observaron nuestros jóvenes amigos un par de botas y un par de zapatos colocados á la puerta de uno de los cuartos, segun costumbre de las fondas, para que el criado los entre limpios al siguiente dia.

Este encuentro, sin importancia otras veces, les llamó en aquella noche la atencion de un modo extraordinario, sin poder explicarse la causa. Alguna razon habia, sin embargo, y esta era la pequeñez de los zapatos, que más que de mujer parecian de niña, y la cual les llevó á entablar el siguiente diálogo:

—Yo sostengo,—dijo Basilio,—que estos zapatos son de una italiana.

—Protesto,—exclamó José;—estos zapatos no pueden ser más que de una española, porque sólo las españolas tienen los piés pequeños como almendras, y redondos como las aceitunas de los olivares de Córdoba.

—¡Al fin poeta!

—¿Y porqué no han de ser de una francesa?—dijo Luciano;—¿en qué código habeis aprendido que una francesa no pueda tener el pié pequeño?

—En el mismo,—replicó José,—en que se consigna que un judío no puede ser generoso.

—¡Qué locura!—dijo Alfonso.

—Oye, Pepe.... ¿Si serán de una inglesa?

—*Vade retro.*

—Ya he dado con ello,—añadió Basilio;—estos zapatos son....

—¿De quién?—preguntaron todos.

—De una americana.

—Pudiera ser,—dijeron Luciano y Alfonso.

—¡Quizás!... una americana es un fresco capullo de esa delicada rosa que se llama España. En fin, vamos á saberlo.

—¿Qué intentas, Pepe?

—¿Qué vas á hacer, loco?

—*Santo Tomás, ver y creer.*

Y sin aguardar á más, bajó al comedor seguido de los tres hermanos, buscó al criado de guardia y comenzó á interrogarle.

A medida que el *garçon* hablaba, la frente de José se iba nublando, sus palabras eran más graves, y su emocion más profunda.

Segun el criado, aquellas botas y aquellos zapatos, que tanto habian llamado la atencion de los cuatro jóvenes, pertenecian á unos viajeros llegados aquella noche de Inglaterra; que por su acento y su idioma imaginaba debian ser españoles; que el caballero mostraba un carácter muy severo, y la jóven, que era lindísima, parecia sufrir mucho; y por último, que segun los registros del Hotel, él se llamaba D. Gregorio, y ella Teresa.

José no quiso oir más; cortó la conversacion diciendo al criado que ya sabian cuanto necesitaban, y en union de los tres hermanos, que no podian explicarse su agitacion, se encaminaron al cuarto que ocupaban en la fonda.

¿Qué hablaron? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que grave debió ser el asunto que trataron cuando toda la noche la emplearon en discutirlo, y que, apénas fué de dia, cuando los tres hermanos se pusieron en movimiento.

A cosa de las nueve salió de su cuarto, con visibles muestras de mal humor, el viajero que el criado habia indicado llamarse D. Gregorio. Alfonso le siguió, sin ser notado de él, por la Plaza de Italianos, hasta que ambos se perdieron de vista: Luciano bajó poco despues la escalera y se colocó á la puerta del Hotel, de la que no se separó un instante; y Basilio se puso de centinela á lo largo del corredor.

A los pocos instantes José penetraba en el cuarto de D. Gregorio, y caia en brazos de su adorada Teresa, á la que ya juzgaba perdida.

. . . .

Cuando algunas horas despues D. Gregorio volvió al Hotel se encontró sin Teresa.

Los tres hermanos, leales y cariñosos amigos, quedaron allí para sostener la retirada; recibieron el primer choque, y se mostraron dispuestos á todo género de sacrificios por su querido amigo.

En cuanto á Teresa y á José Espronceda, desaparecieron del Hotel. Y quizás de Paris. ¿Dónde fueron? ¡Quién lo sabe! ¿Sabia nunca Espronceda dónde iba? ¿No ha dicho él mismo en una de sus más bellas poesías

Allá va la nave
¿Quién sabe do va?

E. RODRIGUEZ SOLIS

Madrid y julio de 1883

CRONICA CIENTIFICA

TIEMPO COSMOPOLITA

Con más esperanzas que nunca de llegar á una solucion satisfactoria se agita hoy en el mundo científico el gran problema de la adopcion de un meridiano universal, punto de partida de las longitudes geográficas y del cómputo del tiempo.

El Gobierno de los Estados Unidos del Norte de América ha invitado á las demás naciones civilizadas para que se reunan en congreso internacional con este exclusivo objeto, y España ya ha contestado que considera prematura la reunion de ese Congreso ante la casi seguridad de que la cuestion ha de ser tratada extensamente en la próxima conferencia internacional geodésica que habrá de reunirse en Roma el mes de octubre del corriente año.

¡Qué progreso! ¡Con qué satisfaccion los pensadores ven ocupados á los Gobiernos en asuntos puramente científicos! ¡Qué diferencia de cuando sólo se celebraban congresos internacionales como los de la Santa Alianza, para ahogar las libertades de los pueblos!

Desde el siglo pasado los hombres de la ciencia vienen deseando que las longitudes geográficas se cuenten á partir de un solo MERIDIANO COMUN á todas las naciones. Sin embargo, los grandes inconvenientes de la multiplicidad de los meridianos de origen eran sólo patentes á los astrónomos, geógrafos, navegantes é historiadores; y no habian trascendido á la generalidad de los hombres de negocios, ni introducido perturbacion en las transacciones de los gobiernos. Pero esos inconvenientes se han hecho de notoriedad universal, desde que han revolucionado las relaciones de tiempo y de distancia los dos maravillosos agentes gemelos de nuestro siglo: la ELECTRICIDAD, como medio de comunicacion telegráfica, y el VAPOR, como medio de locomocion marítima y terrestre.

El que viaja de Paris á Viena, ó á San Petersburgo, ve que la hora de los ferrocarriles está variando continuamente hasta llegar á una diferencia de dos horas. Supongamos que un viajero va de Lóndres á la India. Sale con el tiempo del Observatorio de Greenwich; pero, no bien abandona las costas de Inglaterra, observa que su reloj difiere del de todas las estaciones, arregladas al tiempo de Paris. En Brindisi hay otro cambio. Durante la travesía del Mediterráneo, rige la hora de los buques. En Alejandría la de Egipto; en Suez otra vez la de los barcos, y así continúa cambiando cuotidianamente la cuenta del tiempo hasta tocar en la India. En Bombay el viajero se encuentra con dos horas: la local y la del ferrocarril, que es la de Madrás, donde, si no ha alterado su reloj desde que salió de Inglaterra, le encontrará atrasado unas cinco horas; y, á seguir su viaje hasta la China, el atraso ascendería á 8 horas nada ménos.

En ninguna region del mundo civilizado se deja ver tanto como en el Canadá y los Estados Unidos del Norte Americano, el gravísimo mal de la actual cuenta del tiempo; y en ninguna parte, como allí, patentiza una desagradable experiencia á los viajeros la serie de inconvenientes (que ninguna clase de precauciones puede burlar) acerca de los errores en las horas de servicio. Un viajero que parte de Halifax (Nueva Escocia) para Chicago, encuentra que en el camino rigen 7 horas distintas; y, si quiere ahorrarse no serios disgustos, habrá de arreglar su reloj al tiempo de San Juan, Quebec, Montreal, Otawa, Toronto, Hamilton y Détroit. Si se extiende de Chicago hácia el Oeste hasta llegar á San Francisco de California, seguirá observando continua diferencia en los relojes; y, por último, hallará que ha perdido unas cinco horas y media desde su salida de Halifax: ó, lo que es lo mismo, el viajero se encontrará siempre desorientado y sin hora durante todo el tránsito, por excelente y exacto que fuere su reloj.

El Canadá, sin duda, presenta un caso excepcional; porque desde la costa oriental en el Atlántico hasta la occidental en el Pacífico, hay más de 75 grados de longitud, ó sea una diferencia de más de cinco horas. El ferrocarril de TERRANOVA á BRITISH COLUMBIA alcanzará una extension como de 7500 kilómetros, y los trastornos que ocasiona el actual sistema de regirse cada estacion por su hora local se han hecho ya intolerables en un país tan laborioso y emprendedor, donde el tiempo se aprovecha *(time is money)*, y no se hace, como en España.

Así, pues, del Canadá ha partido el último impulso para poner término á este estado de cosas, insostenible ya. El Instituto Canadiense (Toronto), á propuesta del eminente ingeniero SANFORD FLEMING, presentó al Gobernador General del Canadá una proposicion relativa á la determinacion de un PRIMER MERIDIANO COMUN Á TODAS LAS NACIONES Y DE UN SISTEMA UNIVERSAL PARA LA CUENTA DEL TIEMPO, con arreglo á las necesidades del progreso moderno. El Gobernador del Canadá pasó los documentos al Gobierno inglés, y este distribuyó, extraoficialmente, ejemplares de los mismos, por medio de sus agentes diplomáticos, en las diferentes naciones civilizadas. De resultas, nuevos trabajos aparecieron ilustrando las cuestion, y España ha tenido la fortuna de ver una extensa Memoria (la cual seguimos) redactada por el Comandante Teniente de Navío D. Juan Pastorin, en que se resumen magistralmente los trabajos de Sanford Fleming, y se da cuenta del estado actual del gran problema. Las Repúblicas de México y de los Estados Unidos patrocinaron la idea; y de aquí la invitacion hecha, por acuerdo del congreso de la gran República Norte-Americana, para que en una Asamblea especial se decida este asunto importantísimo.

No solamente resultan serios inconvenientes de contar cada pueblo sus horas partiendo del paso del sol por su respectivo meridiano inferior, sino que la dificultad se agrava por antecedentes meramente históricos, segun que la civilizacion ha caminado de Oriente á Occidente ó de Occidente á Oriente.

Créese por la generalidad que el domingo coexiste en toda la tierra, y que los cristianos de todas las longitudes geográficas lo celebran simultáneamente en todas partes; y los que no han estudiado este problema oyen con incredulidad, ó por lo ménos con suma admiracion, y áun extrañeza, que el domingo sobre la Tierra comprende 48 horas desde el primer momento de su principio en el primer meridiano que lo cuenta, hasta el último de su fin. (Lo que se dice del domingo puede asegurarse igualmente de cualquiera dia de la semana.)

Quien disponga de una esfera terrestre puede adquirir perfecta intuicion del hecho. Coloque la esfera ante sí, á la altura de sus ojos y al alcance de su brazo. Suponga que el sol es un objeto cualquiera muy distante, pero que se encuentre en la prolongacion de la visual que una sus ojos con el centro de la esfera. Imprima al globo un movimiento de rotacion de izquierda á derecha. Cuando el observador tenga frente á sus ojos, por ejemplo, el cabo de Buena Esperanza, será media noche para los habitantes de esta extremidad del Africa; y, supongamos, que en aquel momento empiezan á contar allí un domingo. Siga el globo su rotacion: el cabo de Hornos se presentará ante el observador 75 grados despues, ó sea 5 horas, cuando lleva otras tantas de domingo el Cabo de Buena Esperanza. A las 8 horas de haber empezado el domingo en el cabo de Hornos, ó á las trece de iniciado en el de Buena Esperanza, tendrá principio el domingo en Nueva Zelandia, un instante despues de media noche; cuando ya es la una del domingo en el extremo Sur de Africa, y las ocho de la ma-

ñana en el de América. Continue girando el globo; y, pasadas dos horas, verá el observador aparecer la parte oriental de Australia, cuyos moradores empiezan entónces á contar el domingo, cuando ya son las tres de la tarde en Buena Esperanza, y las diez de la mañana en Hornos. Dos horas más tarde empezarán á contar el domingo en la region occidental de Australia; dos despues en Ceilan; y aún tendrán que transcurrir otras dos para que principien en la isla de Madagascar á contar el domingo de que tratamos; siendo ya las nueve de la noche en el Cabo de Buena Esperanza, donde por hipótesis se empezó la cuenta; las cuatro de la tarde en Cabo de Hornos; y las ocho de la mañana en Nueva Zelandia. Tres horas despues de haber á media noche empezado el propio domingo en Madagascar, ó sea á las 24 horas del primer inicio del domingo SOBRE LA ESFERA Y EN EL CABO DE BUENA ESPERANZA, se presentará ante el observador otra vez este Cabo; y en aquel instante de su nueva media noche terminará su domingo, y empezará su lúnes para todo su territorio, siendo todavía domingo para todo el resto de la tierra; y, por consiguiente, quedándole aun á Cabo de Hornos cinco horas de domingo, trece á Nueva Zelandia, quince á la parte oriental de Australia, etc., etc.; regiones en que progresivamente irá terminando el domingo, miéntras se suceden las 24 horas de lúnes del Cabo de Buena Esperanza...... Luego en la tierra, como conjunto, (aunque no en ningun punto particularmente) se han contado de domingo 48 horas, ó sea el tiempo empleado por nuestro globo en efectuar dos rotaciones sobre su eje; coexistiendo siempre las 24 horas de lúnes con las 24 horas de domingo. En general, y mirando al globo como un todo, cualquier dia de la semana empieza para una localidad en la mitad del que sea dia anterior para otra localidad, y termina á la mitad del que sea dia siguiente para otra! Y aún hay más. La dificultad de nuestro presente sistema para la cuenta del tiempo, no se limita á la hora y al dia de un suceso, sino que afecta áun á la semana y al mes; y, en los casos extremos, hasta al año y hasta al siglo de un suceso. Un lugar registra media noche cuando otro registra medio dia, y en una tercera localidad amanece cuando en otra cuarta anochece; con lo cual hay elementos de confusion más que bastantes para el error de un dia entero, segun el actual sistema.

Pero lo más singular es que pueblos situados en un mismo meridiano (nótese esto bien) pueden discrepar, y discrepan, un dia en su modo de contar, segun que fueron colonizados por hombres venidos del Este ó por hombres venidos del Oeste; y, así, en el Oceano Pacífico islas contiguas cuentan, EN EL MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO, diferentes dias de semana, y áun de mes en su caso. En Alaska, península del Noroeste de la América del Norte, colonizada desde el Oeste, los dias de la semana tenian 24 horas de adelanto con respecto á los de su vecina British Columbia, colonizada desde el Este; ó, lo que es lo mismo, respecto á todos los demás pueblos de América. Al establecerse, hace poco, los norte americanos en la Península (despues de cedida por Rusia á los Estados Unidos), echaron de ver los graves inconvenientes de que su sábado fuese el domingo de los primitivos habitantes; por lo cual se hizo absolutamente indispensable, para uniformar la vida ordinaria, un adecuado arreglo; y, así, en 1871, se concedió dispensa por los dignatarios de la Iglesia griega, autorizando á los Alaskainos para convertir en domingo un lúnes de su antigua cuenta; de modo que los primitivos peninsulares celebraron un domingo de 48 horas nada ménos.

La recíproca ocurria en otra parte del globo. Las islas Filipinas fueron descubiertas en 1521 por el ilustre Magallanes en el memorable viaje de primera circumnavegacion del mundo; y como fueron descubiertas y colonizadas por españoles que venian desde el Este, esas islas han estado un dia atrasadas, durante tres siglos, en la cuenta del tiempo, con respecto á los habitantes de la India inglesa, y de los paises próximos del Asia, colonizados por hombres idos del Oeste. Y es que, como es sabido, los que navegan hácia el Oeste alargan su dia, y los que caminan hácia el Este lo acortan. En esto se funda la novela de Edgard Poe titulada LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS, y la de Julio Verne titulada LA VUELTA AL MUNDO EN 80 DIAS.

Hágase girar un globo terrestre de izquierda á derecha con movimiento regular, y cada 360 grados, ó sea cada 24 horas, se nos presentará una localidad determinada; el Cabo de Buena Esperanza, por ejemplo. Supongamos que un barco salga de allí hácia América; y es claro que, nos aparecerá en la siguiente rotacion del globo, primero el Cabo y despues el barco; y, miéntras más camino haga éste, más tarde se irá presentando á nuestros ojos, y siempre trás el Cabo. Por el contrario, admitamos que el buque vaya á China; y, miéntras más adelante, más pronto se nos presentará, y siempre ántes que volvamos á ver el Cabo. Así, los compañeros de Magallanes llegaron un miércoles 9 de julio á las islas de Cabo Verde, donde los habitantes contaban juéves 10. Unos y otros estaban seguros de su cuenta; y, sin embargo, los tripulantes de la nao en que se verificó la empresa más trascendental para el saber (segun dice felizmente el señor Salas) no podian darse cuenta de que, navegando en contra de la rotacion terrestre, habian andado tanto en tres años como la tierra anda en 24 horas, esto es, 360 grados.



EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz

Por ser, pues, de un meridiano á otro, en general, diferentes no tan sólo las horas del dia, sino tambien los sucesivos dias de la semana, y hasta los dias iniciales de mes, año y siglo, resulta hoy muy difícil determinar la hora precisa de un acontecimiento; porque, cuando se nos comunican la hora y el dia de un suceso cualquiera, tenemos que entender que esa hora es la exacta para el lugar de la ocurrencia, pero no para los demás puntos del globo situados en diferentes meridianos. En efecto, si se trasmite la noticia telegráficamente, puede recibirse en algun punto hasta en dia diferente; y hé aquí un caso donosísimo, ocurrido con ocasion de un despacho telegráfico fechado en Simla un miércoles á la 1 y 45 minutos de la madrugada; el cual, habiendo sido recibido en Lóndres á las 11 y 47 minutos de la noche del mártes, hizo decir á un telegrafista, con estrambótica confusion de los tiempos pasado y futuro:

«¿Porqué han enviado mañana este despacho?»

Para evitar todos estos males, tiene propuesto el famoso ingeniero SANFORD FLEMING, hoy apadrinado por el Gobierno del Canadá, y por las repúblicas de México y de los Estados Unidos de la América del Norte, que en TODA LA TIERRA se empiecen á contar los dias en el MISMO MOMENTO ABSOLUTO DEL TIEMPO; de tal modo, que siempre sea una misma la hora para todos los habitantes de nuestro planeta; y este modo de computar el tiempo de un modo universal y científico es lo que ha recibido el nombre (nuevo en la ciencia) de «CUENTA DEL TIEMPO COSMOPOLITA».

¿Y qué se necesita para conseguir tan grandioso resultado?

Casi nada.

Meramente un convenio internacional, en cuya virtud todas las naciones del mundo civilizado empiecen á contar el tiempo, cuando se presente ante el sol un predeterminado y convenido meridiano de la tierra.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 84

EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

El perro *Invencible*.—Madrid y los perros.—Preparativos literarios para la lucha.—*Invencible* no significa que no pueda ser vencido.—Memorias póstumas.—La sociedad protectora.—Los árboles genealógicos y el arbolado de las afueras.—Decision del alcalde.—Los desastres de la bolsa.—¡Enseñar los dientes á las mujeres!

No hay que decir quién es el empresario que nos va á dar á conocer dentro de poco la fuerza muscular y la natural bravura del perro designado con el calificativo de *invencible*.

Es Ducazcal; ó por lo ménos en los Jardines del Buen Retiro, de que él es empresario, se exhibe anticipadamente en una casita que le han construido exprofeso, ese animal que ha de sostener con un leon, descomunal batalla.

Por ahora es un entretenimiento que tiene el público. Mediante un real se puede visitar al famoso perro, acariciarle, juzgar anticipadamente su fuerza y contemplarle con la veneracion con que miraríamos al Cid que

con quince lidió en Zamora,
y á los quince los venció.

***

Madrid se entusiasma extraordinariamente con los individuos de la raza canina.

Hubo un tiempo en que el célebre perro Paco llegó á adquirir una popularidad que en vano han alcanzado muchos varones dignos por sus cualidades de la vocinglera fama.

Alcibiades se equivocó de ciudad y de fecha. Debió haber vivido en la capital de España en vez de ir á desarrollar su existencia en Atenas.

Allí tuvo que cortar la cola á su perro para llamar la atencion. Aquí la hubiera llamado sin practicar esa operacion quirúrgica.

No debiera ser San Isidro el patron de Madrid: deberia serlo San Roque.

Ello es que el perro se dispone á luchar; pero yo no sé todavía qué clase de leon es el que le van á arrojar como cebo para que luzca ante la concurrencia maravillada su valentía.

Uno que está en el secreto de todas estas cosas me ha referido bajo secreto—que yo cumplo no diciéndolo más que á mis lectores—que el susodicho perro pasa las horas de ocio escribiendo una memoria con objeto de justificar sus acciones futuras.

Tiene mucho interés en que todo el mundo sepa que en materia de instituciones de gobierno, si es enemigo de los reyes, es condicion indispensable que los tales sean *reyes del desierto*.

Tambien ha pedido que le proporcionen una edicion del *Quijote*.

En esta obra inmortal del príncipe de los ingenios españoles el capítulo que más le entusiasma y en el cual se inspira siempre que tiene que entrar en lucha es aquel en que el ingenioso hidalgo reta á los leones de la jaula á singular combate.

El otro dia dejó esta nota escrita, que fué un mandato para los que le sirven:

«Que me traigan un atlas de geografía.»

¡Asombro en todo el mundo!

Aquel dia apareció una porcion de gente con los *sesos devanados*.

—¿Para qué deseará la geografía?—se preguntaban todos.

Nadie lograba explicar el asunto.

Hiciéronse consultas á las corporaciones sábias.

Unos decian:

—Indudablemente, es que el perro comprende ya la fama que va adquiriendo, y ansía recorrer el mundo y llenarlo con su gloria.

Otros afirmaban que sin duda ha oido hablar de la *Gruta del perro* y desea saber con exactitud en qué punto del globo se encuentra.

Por fin el más atrevido de sus servidores se arriesgó á preguntarle:

—¿Con qué objeto desea el ilustre *Invencible* ese tratado de geografía?

Y el famoso perro contestó por medio de un insinuante ladrido que algunos filólogos han considerado como el principio del lenguaje universal:

—¡Hombre!.... qué torpes son Vds. ¿No me van á hacer luchar con un leon? Pues pido un atlas geográfico, por si el leon que me pongan Vds. en frente resulta ser un leon del Atlas. ¡Conviene conocer los usos y las costumbres de los enemigos!

***

El nombre de *Invencible* con que han bautizado al perro, es retumbante, sonoro, heróico.... pero corre el peligro de no ser verdadero

En calidad de metáfora me parece bien.... No me lo parece tanto si se tiene en cuenta la fugacidad de las cosas humanas y áun perrunas.

Con el nombre de *Invencible* tuvo España una escuadra que parecia el terror del Universo.

¡Ni por esas! La escuadra se deshizo en fragmentos ante el ímpetu de las olas.

Napoleon I podia considerarse comò invencible. Sin embargo, tuvo un Waterlóo y su isla de Santa Elena.

Esto me recuerda los partes que envian algunos gobernadores diciendo: «¡Orden inalterable!» Y muchas veces, aún no ha tenido tiempo de llegar el parte á su destino, cuando ya el órden ha sido alterado profundamente.

No hay en el mundo nada estable y fijo.

Yo temo que el perro *Invencible*, entregado hoy en los Jardines del Retiro á las *Delicias de Cápua*, encuentre al fin y al cabo sepultura en el estómago de alguna fiera.

La experiencia me hace temer este resultado.

Ducazcal ha dado á conocer al público de Madrid muchas notabilidades más ó ménos inalterables é invencibles.

¿Quién no se acuerda de miss Leona y de la resistencia de su dentadura?

¿Quién no piensa en Bargossi?

Y el capitan Mayet.... ¿se ha borrado ya de nuestra memoria?

¿Dónde están?

Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?

La celebrada miss ha dejado los dientes en la barra de un trapecio.

Bargossi encontró competidores.

Mayet.... ¡el pobre! halló la muerte en los aires.

***

Cualquiera dirá:

—¡Vamos! ¡Entendido!.... V. pertenece á la *Sociedad protectora de animales y plantas* y trata V. de apoyar la peticion que esos señores han hecho al gobernador, á fin de que no permita la lucha....

Nada de esto. Mi sensibilidad no es tan exquisita. La guardo para las miserias humanas; y miéntras existan hombres á quienes proteger, me parece un exceso de solicitud lamentar los padecimientos de los animales, desoyendo quizá las quejas y las congojas del hombre.

Pero, francamente; entre un perro y un leon mis simpatías tienen el capricho de inclinarse del lado del primero. Puesto que á los perros se les ha dado el calificativo de *amigos del hombre*, sentiria que en la lucha pereciese un amigo mio.

Mis votos quedan reducidos á esta fórmula:

Deseo que en la lucha que se va á entablar no lleve el leon, como en la fábula, la mejor parte.

***

Y hé ahí que la mencionada *Sociedad protectora de animales y plantas* encuentra ahora un gran refuerzo en las autoridades y en varios particulares que tratan de fomentar en los alrededores de Madrid la produccion del arbolado.

Claro es que para proteger plantas lo primero que se necesita es que las plantas existan, como para guisar una liebre, es la liebre lo primero que hace falta.

Ahora bien, hay en Madrid, residencia de la corte de España y de gran parte de su aristocracia, muchos árboles genealógicos, pero el arbolado natural, productor de oxígeno, se halla en un descuido lamentable.

Salvo tres ó cuatro grandes macizos de verdura, el horizonte de Madrid, más bien que el de la capital de un país civilizado, es el que corresponde á los aduares del desierto de Africa.

El presidente del Ayuntamiento, señor Urquijo, se ha fijado en el escudo de Madrid y ha visto que si el oso no falta nunca en esta memorable tierra, en cambio hasta el madroño ha desaparecido casi por completo.

Dícese que ha destinado como base del fomento forestal de los alrededores la cantidad de doce mil duros.

Esta accion es digna de alabanza; y no cabe duda que todos los que se sienten agobiados de pesar cuando salen á las afueras y no ven más que aridez y pobreza, ventorrillos repugnantes, terrenos yermos y baldíos, contribuirán activamente á este saludable pensamiento.

***

En la plaza de la Leña donde se halla situada la Bolsa de Madrid, crecia un árbol frondoso de halagüeñas hojas, de vistosas y abundantes flores.

¡Era el árbol de las ilusiones!

Parece que esta planta se ha quebrado uno de estos últimos dias.

El vendaval financiero es más terrible que una tormenta atmosférica.

Bajo las ramas del pintoresco árbol se guarecian multitud de personas á quienes ha alcanzado la terrible sacudida.

Yo pasé por allí el otro dia. Muchos grupos estaban comentando el suceso con aire entristecido.

Creí, al principio, que se lamentaban de las desgracias ocurridas con motivo del terremoto de la isla de Ischia.

—No;—me dijeron.—Aquí ha ocurrido tambien un terremoto. Se han hundido fortunas; se han arruinado casas que parecian poderosas. El desastre de la Bolsa de Madrid ha sido *á la par* con el desastre de Italia.

Entónces me acordé del paseo de carruajes del Retiro, de algunos trenes incomprensibles, de cierto brillo no fundado en nada, del ansia devoradora del millon, del lujo, de la apariencia fastuosa y desordenada, del impalpable crédito, de la insaciable voracidad moderna....

Y me acordé otra vez de los *invencibles*.

Y exclamé con el poeta:

¡Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron!

***

Las mujeres van conquistando terreno paso á paso.

Han sido ya autorizadas por real órden para ejercer la profesion de cirujanos dentistas.

Un hombre, siempre muy blando con el sexo femenino, me decia ayer:

—No me gusta esta medida.

—¿Por qué?—le pregunté.

Y me contestó:

—Porque yo deseo usar en todas ocasiones la mayor amabilidad con las mujeres.... Y con esta determinacion del gobierno, no podré realizar siempre mi propósito. ¡Alguna vez tendré que enseñarles los dientes!

PEDRO BOFILL

Madrid 4 de agosto 1883.

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Holanda. — Amsterdam

La Holanda es un país enteramente distinto de los demás que forman el continente europeo. Es una transicion entre éste y el mar, y una muestra patente de lo que puede el esfuerzo humano, pues debe su existencia á una conquista continua del hombre sobre las aguas; es, en el sentido estricto de la palabra, un triunfo del europeo sobre el mar, al cual va cada dia robando nuevo espacio.

Antiguamente la Holanda estaba formada por un agregado de penínsulas, islas y lenguas de tierra que penetraban en el Océano, acribilladas todas de pequeños y grandes lagos, insalubres y tormentosos. A veces las aguas subian y la mitad del territorio desaparecia bajo las olas, descollando sobre ellas los inmensos bosques de gigantescos pinos como si estos estuvieran enclavados en el líquido elemento. Los rios, que no tenian pendiente en aquel país tan llano y tan bajo, henchidos por las lluvias, se desbordaban inundando los prados y formando grandes pantanos.

Una eterna niebla velaba la atmósfera; hasta el verano era frio. Huracanes, vientos, lluvias tempestuosas, eran el estado meteorológico normal del país neerlandés. ¡Qué trabajo el del hombre en este país! Desde el primer bárbaro que formó con sus manos un mísero dique amontonando tierra y clavando ramas deshojadas de los árboles, hasta el ingeniero holandés de hoy, que construye los diques con todos los adelantos de la ciencia moderna, ¡qué de esfuerzos para preservarle de las aguas invasoras!

Cuando uno piensa en que este país, que los historiadores latinos miraban como el Erebo, una especie de tierra maldita despedazada y flotante sobre las aguas, en la cual vivian sólo algunas míseras tribus salvajes, ha venido á ser una nacion fuerte y libre, altamente civilizada y civilizadora, dotada de todas las leyes que requiere la organizacion moderna, de los mayores adelantos científicos, y de una fertilidad extrema; cuando uno contempla este milagro de la lucha del hombre con los elementos, no puede ménos de exclamar: «¡Creo en el progreso, creo en el esfuerzo humano!»

El aspecto que presenta este país es original. A primera vista vense sólo inmensas llanuras cubiertas de yerba de un color amarillento verdoso, cruzadas á cada paso por canales y riachuelos; á lo léjos diversas hileras de árboles simétricos, redondeados por su copa, y á cada cien pasos un molino de viento colosal cuyas aspas mueve el viento y que hace funcionar una bomba la cual absorbe el agua de la llanura. Su atmósfera es brumosa, de un color gris blanquecino, que recuerda los fondos de los paisajes de los tapices antiguos. Efectivamente, en viendo este país se explica el porqué de aquellos colores apagados, amarillentos, grises y azules de los tapices flamencos y holandeses: los artistas reproducian el color del medio en que habitaban.

Este país tan pequeño tiene una gran densidad de poblacion. En un espacio circular de unas ocho horas de diámetro se hallan agrupadas ciudades tan grandes como Rotterdam, la Haya, Leyda, Haarlem, Utrecht, Delft y Amsterdam, llenando los intervalos una multitud de aldeas y de casas de campo habitadas por labradores y pescadores de los canales ó rios. Un espectáculo curioso se ofrece á la vista del que viaja por este país. A veces se ve pasar un gran barco por en medio de una verde llanura, de manera que parece que avanza cruzando los campos. Es que navega por uno de los numerosos canales que aquí existen y que por su estrechez y por lo crecido de la yerba que llega hasta sus bordes, estando á alguna distancia desaparece de la vista.

Curiosísimas son las ciudades de Rotterdam, La Haya, residencia de la corte, Leyda, famosa por su escuela de estudios etnográficos y orientalistas, Haarlem, en cuya casa de la ciudad están, entre otros, los célebres cuadros de Traus Hals, y los primeros impresos de Lorenzo Cóster, el cual disputa á Guttenberg la gloria de la invencion de la Imprenta; pero nos falta espacio y nos sobra materia de que tratar, para detenernos en estas poblaciones. Vamos pues á ocuparnos de Amsterdam y de su exposicion, por cierto bien notable.

Amsterdam es una de las ciudades más originales que puedan verse. Es una poblacion de pescadores y de mercaderes, esencialmente marítima, tanto, que todas sus casas, formando estrechas calles y enclavadas en los canales, se presentan á la vista cual altas popas de navíos de tres puentes. Por lo general son estrechas, regularmente altas, terminando por su parte superior en una especie de fronton muy parecido al coronamiento de popa de un buque, ó al testero de una cama antigua. Todas ellas están llenas de ventanas grandes y simétricas tocándose las unas á las otras, de modo que hay fachadas que semejan inmensas vidrieras, y se las embrea, ó da betun, desde el tejado á la planta. Los adornos sobrepuestos del dicho fronton, son por lo regular del género barroco, y figuran flores, frutos, jarrones, follajes, ó figuras alegóricas, estando pintados de blanco y resaltando sobre el color oscuro del resto del edificio. El indicado remate tiene en el centro una ventana cuadrada más pequeña que las del resto del edificio, con una ventanilla redonda á cada lado. Debajo está, en un cartel de madera, la fecha de la construccion y el nombre del propietario.

Luégo, las casas están inclinadas hácia delante y hácia los lados, siendo su forma general la de una cuña, para que así se enclaven bien en aquel terreno tan poco firme; y las unas no están pegadas á las otras, sino que sólo se tocan, todo lo cual acaba de darles el aspecto de grandes buques alineados. Limita la parte baja de los edificios una balaustrada ó verja. Una pequeña escalera construida de lado, parecida á la que tienen los vapores cuando están anclados, conduce á la entrada, la cual es estrecha, y á veces baja. Una especie de escotilla á flor de tierra forma la entrada de las tiendas, para llegar á las cuales hay que bajar cuatro ó seis escalones. De lo alto de las casas sale hácia la calle, como si fuera un botalon, una viga con una polea, que sirve para meter los muebles y los bultos en ellas, pues como las puertas son tan pequeñas, la introduccion de estos objetos se hace por las ventanas.

Rompe la monotonía de estas calles una infinidad de pináculos de los edificios públicos, de formas extrañas, campanarios de una altura más que comun, terminando su punta en una bola formada por aros de hierro y parecida á una esfera armilar. Las calles, casi todas, excepto las travesías, están formadas por dos muelles y un canal central, que va á desembocar á otro mayor hasta parar en el Amstel, los cuales están llenos de barcos y de balsas que sirven para el trasporte. Algunos vaporcillos los recorren. Infinidad de puentes forman el paso de una isla á otra de la ciudad. Algunos de estos puentes se abren por el centro y se levantan en dos mitades para dar paso á los vapores. Estos tienen en su mayor parte la chimenea articulada, la cual se baja al pasar por debajo de los puentes fijos.

Las calles, ó mejor dicho, los canales de la ciudad están dispuestos en forma de semicírculos concéntricos, cuya cuerda es el gran dique, ó *Dom*, y cuyo radio comun, que los divide en partes iguales, es el Amstel.

Establece la comunicacion entre estos semicírculos una multitud de callejuelas tan estrechas que más bien parecen grietas, ó cortes practicados entre las casas. Tan estrechas son, que los edificios se tocan por su parte superior miéntras que por la inferior dejan sólo el espacio necesario para que pasen una ó dos personas de frente.

En estas callejuelas uno se siente como poseido de un vértigo. A veces se llega á figurar uno que delira, que sueña ó que está ebrio. Siguiendo sus tortuosidades ve las casas que se inclinan hácia uno ú otro lado ó hácia delante de una manera desigual, como una fila de borrachos que quisieran hacer una reverencia. Llégase á temer que las macetas que hay en las ventanas caigan encima del transeunte.

Las aguas en ciertos canales secundarios están estancadas, las letrinas van á parar á ellas, y no se promueve la circulacion más que á ciertas horas. Esto produce un mal olor en toda la poblacion que engendra en cierta época del verano fiebres de carácter intermitente y maligno. El aspecto de las gentes es ordinario. En general visten mal y no tienen el color muy sano, al contrario de las del campo, cuya frescura encanta. Su estatura es baja, tienen el pelo rubio ó rojizo por lo general, pero vense muchos tipos de orígen español, y otros que revelan la raza israelita. Las costumbres son extremadamente utilitarias. Cada vecino ocupa una casa entera; pero á veces una casa que sólo tiene de anchura unos tres metros, la dividen entre dos, por medio de un tabique longitudinal.

La unidad monetaria es el florin, ó antiguo escudo, así es que el precio de las cosas es excesivamente elevado. Las tiendas son pobres y muy parecidas á los almacenes de nuestra Barceloneta.

La Exposicion está emplazada encima de unas lagunas que formaba uno de los canales, al extremo de la poblacion. La construccion, como todas las demás, se apoya sobre estacas.

El edificio que le sirve de entrada, y que al mismo tiempo contiene el Museo arqueológico y etnográfico, representa un palacio de arquitectura holandesa de fines del siglo XV.

Sus torres son puntiagudas y cubiertas de pizarras, teniendo por remate caprichosas veletas de hierro forjado; sus tejados forman cortante quilla que acaba en historiada crestería.

Sus ventanas son ojivales. La construccion es de ladrillo rojizo; grandes bóvedas de piedra sostenidas por haces de columnas, forman el vestíbulo. Las ventanas contienen vidrieras de colores, y los postigos están listados de los colores nacionales.

Inmediatamente despues de este edificio se encuentra el parque en que está emplazado el pabellon central. La fachada de éste es de estilo indio de la época de las religiones sectarias, aunque no muy puro. Parécese algo á un templo Visnuita. Dos torres laterales adornadas con cabezas de elefante y monstruos de formas extrañas, sostienen un inmenso chal de Cachemira, que se adelanta dando sombra á un pórtico de cuyas columnas forman los capiteles, los caballos de Persépolis. En el muro hay un bajo relieve más griego que indio; simboliza el trabajo humano.

La Exposicion es universal, pero de todo lo referente á colonias.

Nos ocuparemos de ella en la próxima revista.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes

A juzgar por la muestra del auditorio, y del templo, ni este es Nuestra Señora de Paris, ni el orador será ningun émulo de Massillon ó Lacordaire, ni los sabios de la Sorbona ó del Instituto se han congregado en la iglesia para oir la palabra de Dios.

¿Esto qué importa?.... Donde quiera que, en el interior de un lugar recogido, se eche de ver una cruz, allí existe un templo; como quiera que una voz, llena de uncion, lea tan sólo el Evangelio del dia, se pronuncia el más sublime é inimitable modelo de oratoria sagrada; cualquiera que sea la condicion y el talento del que acude al lugar santo para oir palabras de consuelo, de amor y de perdon, esté seguro el oyente fervoroso de que la palabra divina germinará la virtud en su pecho, áun sin darse cuenta de ello, como sin darse cuenta de ello la tierra se siente fertilizada por el rocío matutinal.

Todo lo que respira reposo y tranquilidad sienta bien en la casa del Señor. Cierto que alguna vez el reposo de algunos concurrentes llega á ser tan profundo que pudieran pasar por dormidos profunda y seráficamente. Esto ocurria con ménos frecuencia en el sermon, siempre que el orador supiera acomodarse á la naturaleza de sus oyentes. Pero en ello consiste, precisamente, la dificultad. No hay inteligencia, por limitada que sea, que no comprenda ó sienta á Dios, siempre que la explicacion de la idea de Dios se funde en imágenes al alcance del auditorio. Para el labrador, Dios es el Dios que hace germinar las doradas espigas en los elásticos tallos; para el soldado, Dios es el Dios que concede ó niega la victoria; para la mujer, Dios es el Dios que ennoblece á su sexo y hace velar por sus ángeles la cuna de los niños enfermos.

Hablad á cada uno segun su comprension y sobre todo, segun el estado de su ánimo, y estad seguros de haceros comprender y lo que es más, de infiltrar vuestra uncion en el pecho de vuestros oyentes. Dios es todo amor y todo consuelo, y no hay en el pícaro mundo mortal tan feliz que de consuelo no necesite un dia, ni corazon tan duro que al amor no se abra alguna vez en la vida.

BAÑOS DE MAR EN POSILIPO, cuadro por E. Dalbono

No es esta la primera vez que publicamos en nuestro periódico reproducciones de cuadros de Dalbono. La del que hoy insertamos no necesita descripcion. ¿Quién no ha oido hablar ó leido algo acerca de la amena playa de Posilipo, en el golfo de Nápoles, á donde acuden en la estacion veraniega muchas familias de la capital en busca del puro ambiente y de la grata frescura de que no es dable disfrutar en la populosa ciudad?—En cuanto á la sencilla elegancia de la composicion de este cuadro, al carácter de las figuras, al acierto en el dibujo y á la originalidad del conjunto, son caractéres en los que se revela el diestro pincel del distinguido artista italiano.

CAZADOR DE PARADA, dibujo por J. Llovera

La cinegética que, desde la abolicion del feudalismo habia perdido no poco de su importancia, ha vuelto á hacer numerosos prosélitos en todas las esferas sociales. Leyes votadas en córtes nos dicen cuándo y cómo puede matarse á ciertos animales; una vigilancia rigurosa y bien organizada cuida solícitamente de las perdices y de los conejos, cuya preciosa vida defiende por durante unos cuantos meses la presuncion de la maternidad: fúndanse casinos de especialistas dentro de los cuales Dios es Dios y Nemrod es su profeta; escríbense obras interesantes acerca de la manera más científica de tumbar desde las codornices hasta los leones, y los trenes de todos los ferrocarriles conducen los sábados y vísperas de dias festivos á un gran número de aficionados incorregibles, á quienes no escarmienta la repetida experiencia de la infructuosidad de sus madrugones y fatigas.

Hay cazadores de caza mayor y menor, como los hay que pudiéramos llamar cazadores á pecho descubierto y cazadores con trampa. Este último sistema está prohibido generalmente; mas por lo mismo tiene no pocos adeptos á quienes pudiéramos llamar aficionados ilegales ó de mala ley. Esta clase tiene distintas variantes y Llovera ha dado con la más terrible de todas.

Porque ya una vez en la pendiente, el cazador no se detiene ante la calidad de las piezas á que dirige su puntería, y por más que se diga que en nuestros campos no se encuentra caza mayor, lo cierto es que muchas veces lo que no descubre el perro lo descubre su amo. ¡Pobres, en semejante caso! Las heridas de una pasion en mal hora despertada pueden ser más funestas que las ocasionadas por los perdigones, y el fuego que despide la boca de una escopeta es ménos abrasador que la mirada fascinadora de ciertos gavilanes.

En el precioso dibujo de Llovera, la paloma torcaz parece jugar hasta ahora con el halcon; sin embargo, malo es que el halcon se haya fijado en la paloma.

Confesemos ingenuamente que de todas las cazas traidoras, la que representa nuestro grabado es la más lastimosa y de peor género. Es como tirar á una de esas avecillas que ni siquiera se recogen despues de muertas.

MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle

El Breisgau es una comarca situada en el extremo meridional del gran ducado de Baden, que comprende las dos vertientes de las montañas de la Selva Negra, y que en lo antiguo tuvo sus condes particulares; sólo está incorporado á dicho ducado desde 1805, y en la actualidad no forma una division política ó administrativa de él, sino que es puramente una denominacion geográfica de uso local.—Sus habitantes, como todos los del ducado y en especial los del sexo débil, se distinguen por la extraña moda de sus tocados, como lo prueba el de la muchacha de nuestro grabado, el cual exponemos á la consideracion de nuestros lectores, no por su comodidad y buen gusto, sino por su originalidad.

EL HAZ DE NERVIOS

I

Era Gustavo uno de esos hombres singulares cuya personalidad, como todo lo que se aparta de lo comun y vulgar, queda grabada de un modo persistente é indeleble en la memoria de todos aquellos que tienen la suerte ó la desgracia de haberlos tratado.

Conocíle en la magnífica quinta del Conde ***, situada á cinco ó seis kilómetros de Madrid, donde se habian reunido varios amigos del dueño de la posesion con objeto de dedicar unos cuantos dias al noble, y para mí cruel, ejercicio de la caza. Nunca he sido devoto de San Eustaquio: así es que miéntras mis compañeros corrian desalados por montes y vericuetos tras las medrosas liebres y los atribulados conejos, pasábame yo las horas muertas despolvoreando códices y hojeando librajos en el salon de la biblioteca en la cual mi rico anfitrion poseia un verdadero tesoro.

No trascurrió mucho tiempo sin que el número de los huéspedes se aumentase con un nuevo personaje. Era este un hombre excesivamente pálido de rostro y en extremo raquítico de cuerpo. Apénas contaba treinta y cinco años y ya sus cabellos estaban completamente blancos. Cuando llegó á la quinta íbamos á sentarnos á la mesa.

—Tengo el gusto de presentar á Vds. á mi antiguo amigo Gustavo de Carvajal,—dijo el conde ofreciendo al recien llegado un sitio á su derecha.

Desde aquel momento el nuevo compañero inspiróme un vivísimo interés despertando mi curiosidad hasta un grado sólo verosímil en las mujeres.

Gustavo estaba, como yo, poco avezado á los rudos ejercicios venatorios y era, tambien como yo, muy aficionado á los libros: nadie, pues, se admiraba de que, todas las tardes, los cazadores al regresar de sus cotidianas expediciones nos encontrasen á ambos embebidos en la lectura, sentados al lado de la chimenea de la biblioteca al amor de una lumbre que las primeras humedades del otoño hacian ya casi necesaria.

No tardó en establecerse entre Gustavo y yo cierta familiaridad de buen tono, y pronto entramos en el terreno de las confidencias. Cuando llegó este caso, cuando á favor de aquella intimidad naciente pude empezar á leer, aunque de un modo confuso, en su alma, la mia experimentó maravillosas sorpresas. Por mucho que prometiera el exterior de Gustavo, yo no podia estar preparado á las anomalías que su estado psicológico presentaba, y siempre que mi nuevo amigo me ofrecia ocasion de estudiar su naturaleza extremadamente compleja y desequilibrada, mi espíritu sentia una admiracion análoga á la que pudiera experimentar un hombre de sangre fria y criterio sereno al cual fuera dado analizar, hasta en sus más pequeños detalles, los fantásticos sueños de un fumador de opio.



BAÑOS DE MAR EN POSILIPO, cuadro por E. Dalbono



CAZADOR DE PARADA dibujo por J. Llovera

II

—Es indudable,—me decia un dia Gustavo,—que lo que hoy llaman nuestros ateneistas *sensitividad* puede aplicarse perfectamente á la facultad morbosa que caracteriza mi temperamento. Los hombres, los acontecimientos y las cosas me impresionan de una manera especial y profunda. Experimento por los objetos repulsivos una repugnancia particular que se manifiesta por signos físicos casi siempre en extremo ridículos. Los objetos agradables me conmueven del mismo modo: lo que en V. provocaria apénas una imperceptible sonrisa, á mí me haria prorumpir de seguro en estrepitosas carcajadas. La exageracion es la base de mi carácter. ¿Sabe V. por qué no soy aficionado á la caza?..... porque el ruido de las detonaciones me asusta. Y no es que sea cobarde, no; ni puede serlo quien, como yo, ha vestido el uniforme de guardia marina: al contrario, mi valor raya á veces en temeridad. No es el peligro que resulta de un escopetazo lo que me inquieta, pues me hago cargo perfectamente de las situaciones y sé que no corro ningun riesgo: además, si fuera preciso aguardar la muerte ante una carabina cargada hasta la boca, crea V. que no retrocederia un solo paso. Lo que yo temo es el ruido, la conmocion comunicada á los nervios auditivos, el sobresalto físico independiente de la voluntad. De igual modo, la risa de una persona alegre, es decir, el signo exterior de su alegría, me conmueve mucho más de lo que me conmoveria la causa de esa misma alegría si pudiera serme conocida. Ya comprenderá V. los disgustos á que me expone una manera de ser tan extravagante. En las cosas más vulgares y sencillas me empeño siempre en ver algo anómalo y desusado. Si conociese V. mi vida, probablemente no encontraria V. en ella nada extraordinario y sin embargo á mí me parece la más fantástica de todas las vidas. Tengo además que confesar que lo sobrenatural me impresiona y atrae á pesar de la resistencia que mi espíritu le opone: no creo en apariciones nocturnas, ni en brujas, ni en fantasmas; mi razon las rechaza con energía, y, sin embargo, mi naturaleza física las teme. Y si no, haga V. la prueba: ya ve V. que los dos estamos perfectamente tranquilos: pues bien, esta conversacion me ha predispuesto al miedo de tal modo que si de repente se pusiese V. á gritar que viene el diablo, á pesar de conocer todo lo ridículo del caso me veria V. echar á correr tan desatinadamente como un niño á quien se amenazase con que viene el coco.

Y al pronunciar estas últimas palabras en un tono casi festivo, la fisonomía de Gustavo se alteraba imperceptiblemente.

—Amigo mio,—le dije—es V. un hombre verdaderamente extraordinario y no puedo ocultarle la curiosidad que en mí ha despertado V. por conocer la historia de su vida.

—Tarea larga seria esta,—contestóme,—y por añadidura, enojosa: sin embargo, voy á referirle á V. una de mis más recientes aventuras. Tal vez le parecerá á V. sumamente sencilla; en cuanto á mí creo descubrir en ella la intervencion de una horrible y despiadada fatalidad.

Arrellanéme en mi butaca, encendí un cigarro, arrimé los piés á la lumbre, y Gustavo empezó su narracion en estos términos.

III

—Era un viérnes por la tarde..... fíjese V. bien en el dia..... ¡un viérnes! dia considerado por el vulgo como nefasto á pesar de haberlo dedicado los romanos á Vénus, la diosa del amor y de los placeres. El sol se despedia ya de los más altos tejados de la coronada villa con un beso triste y frio como el de una coqueta vieja, cuando yo salia del Casino del Príncipe donde acababa de perder al baccarat unos cuantos miles de reales. Intranquila la conciencia, pesado el cuerpo y engolfado el espíritu en inoportunas reflexiones sobre los azares de la suerte, dirigíame por la Carrera de San Jerónimo hácia la Puerta del Sol. La imaginacion de los jugadores perdidosos es casi siempre fecundo venero de ideas extravagantes, y en mí hubo de acreditarse este axioma truhanesco, pues durante aquel corto trayecto se me ocurrió una por todo extremo rara y singular é impropia además de todo entendimiento medianamente culto: la de visitar á la tia Mirlitona. Era esta una mujer que echaba las cartas, adivina, confeccionadora de drogas y zurcidora de voluntades, todo en una pieza, que vendia sus augurios, maleficios y encantos en una casa de la calle del Olivo, y de la cual me habia hablado un amigo mio como de una persona extraordinaria. Dirigíme, pues, á la mencionada calle y al llegar al portal de un caseron viejo y destartalado, n.° 60, entrada de la cueva donde se dedicaba la moderna Sibila á su misteriosa profesion, me detuve indeciso sin saber qué hacer. Impulsado sin embargo por una fuerza irresistible, entré. Al llegar á la mitad de la escalera, ví que por ella bajaba una jóven como de quince años cuya maravillosa belleza me llamó poderosamente la atencion. Apartéme á un lado para dejarla libre el paso y continué subiendo hasta encontrarme delante de una puerta toscamente hecha de tablas carcomidas por cuyas junturas se escapaba un fuertísimo olor de espliego quemado. Tiré del grasiento cordon de una campanilla cascada y chillona, abrióme no sé quién é introdujéronme en una sala pobremente amueblada. No habia tenido tiempo aún de examinar el lugar de la escena cuando entró la Mirlitona. Era una mujer de 50 á 60 años, baja de estatura, rechoncha de cuerpo, sombreados el carnoso labio y las mofletudas mejillas por unos cuantos centenares de cerdas que hubieran avergonzado á un granadero, y con unos ojos redondos y brillantes como los del mochuelo. Enterada del objeto que allí me llevaba, invitóme á sentarme á una mesa cubierta con un tapete verde sobre la cual extendió una baraja mugrienta y pegajosa que acababa de sacar de su bolsillo. Murmuró luégo algunas palabras cuyo significado no comprendí y levantándose de pronto exclamó:

—Usted acaba de encontrarse con una muchacha en la escalera, señorito.

—Y muy guapa por cierto—contesté yo.

—Se llama Paulina.

—¡Bonito nombre!

—¡Es extraño!—exclamó la adivina quedando por espacio de algunos segundos como sumida en profundas meditaciones despues de las cuales continuó:

—Fíjese V. bien en mis palabras, señorito. Jamás llegará V. á ser marido de esa jóven.

—Lo creo.

—Ni hablará V. nunca con ella.....

—Es posible.

—Ni volverá V. á verla.

—Lo siento,—dije yo ya un poco amostazado y sólo por decir algo.

—En fin—prosiguió la tia Mirlitona,—esa jóven morirá..... sí..... y morirá en esta casa..... pronto..... muy pronto.... mañana tal vez..... sí, mañana.... y sin embargo, señorito.....

—Qué quiere V. decir?

—Y sin embargo, si le sucediera á V. con mi hija lo que le ha de suceder á V. con esa jóven, me moriria de dolor, ¡oh sí, señorito! me moriria de dolor.

No tuve paciencia para oir más: arrojé un duro sobre la mesa, tomé la puerta y salí á la calle.

IV

—Usted se figurará sin duda,—prosiguió Gustavo,—que yo no me acordé ya más de la prediccion de aquella maldita vieja y que sus palabras no influyeron para nada en la marcha de mi vida. Pero se equivoca V. Todas las noches era presa de horribles pesadillas y la bruja se me aparecia haciendo grotescos visajes y gangueando á guisa de salmodia su extraña profecía. El modo cómo habia esta de realizarse llenaba mi espíritu de inquietud, y las contradicciones que envolvia me la presentaban á cada momento más misteriosa y espantable. Al cabo de algunos dias la conversacion con la hechicera era mi idea fija. Perdí el apetito y tomé horror al trabajo: no podia descansar de dia ni de noche, y en fin, concluí por apartarme de todo trato social y me volví grosero y casi salvaje:

Entónces, aconsejado por los médicos, tomé la resolucion, haciendo un esfuerzo supremo, de procurar remedio á mi extraña enfermedad distrayendo mi atribulado espíritu, y me dediqué á la pintura.

Una tarde salí de Madrid con objeto de tomar puntos de vista para mis paisajes, y, por la carretera de Arganda, llegué hasta las orillas del Jarama. Allí mis cavilaciones hubieron de apartarme del camino trillado y, sin saber cómo, fuí por sendas y vericuetos á parar á un sitio para mí completamente desconocido.

Era ya muy tarde y empezaba á llover.

Volví los ojos á mi alrededor en busca de un abrigo y no ví ninguno.

Entre tanto el chubasco arreciaba y yo no hacia más que andar, andar, andar siempre.

La noche habia cerrado por completo y era oscura como boca de lobo.

De pronto á la luz de un relámpago creí distinguir delante de mí, á pocos pasos, una masa negra. Era un ventorrillo y me dirigí hácia él con el corazon lleno de esperanza.

La puerta del patio estaba entornada: entré y halléme en medio de una infinidad de carros, carretas y carromatos á los que mi imaginacion revistió en el acto con mil fantásticas formas.

Otro que no hubiese sido yo hubiera llamado al motril ó á la moza de la venta y pedídoles hospedaje. Al principio tambien fué este mi propósito, pero, por lo mismo que era lo lógico y lo de sentido comun, me guardé muy bien de llevarlo á cabo.

Llamar golpeando aquellas tablas carcomidas que de seguro hubieran producido un sonido lúgubre y siniestro, hacer levantar de la cama á los que en ella profundamente dormian, y encontrarme por fin cara á cara con una Maritornes de adusto ceño que me recibiria desperezándose y echándome una maldicion entre bostezo y bostezo, todo ello formaba para mí un conjunto de dificultades que queria evitar á todo trance. Preferia la triste perspectiva de dormir bajo un cobertizo, sobre un monton de paja, exponiéndome á que luégo me tomasen por un ladron ó por un mendigo vagabundo, á la agradable de acostarme en una cama despues de haber reforzado convenientemente el desfallecido estómago.

¡Y todo por miedo de molestar! Pero tal es mi naturaleza que me lleva á sufrir verdaderas incomodidades y á afrontar peligros reales ántes que ocasionar ligeras é insignificantes molestias.

El temporal seguia arreciando: parecia que llovian chuzos.

No habia en el patio cobertizo alguno, y por tanto metíme debajo de una carreta; pero por la juntura de sus tablas el agua caia á chorro sobre todo mi cuerpo, lo que me hacia el efecto de estar tomando un baño ruso.

Salí de mi escondrijo, que otra cosa no parecia el sitio que para guarecerme de la lluvia habia escogido, y exploré de nuevo el terreno. Despues de muchas idas y venidas, dí por fin con una especie de coche que se me figuró tener alguna analogía con los que usa Cárlos Prast para servir á domicilio sus mercancías. Dí la vuelta al rededor del vehículo y ví que estaba cerrado por todos lados: pero á fuerza de tentar encontré una cosa como una placa de hierro que oprimí con toda la fuerza de mis dedos y las dos hojas de la portezuela se abrieron.

¡Oh contradiccion de un temperamento ridículo! ¡yo que no me habia atrevido á llamar á la puerta de una venta, llevaba mi audacia hasta el extremo de forzar la cerradura de un coche ajeno!

Eché una ojeada al interior del vehículo; su cavidad me pareció profunda. Esto no obstante busqué á tientas el estribo, y andando á gatas entré en el carruaje tendiéndome en su fondo cuan largo era: un objeto muy duro, con el cual tropecé, me servia de almohada, y pronto logré conciliar un sueño reparador y tranquilo.

De pronto me desperté sobresaltado.

¡Tenia miedo! Mis cabellos se ponian de punta, mis dientes castañeteaban, un sudor frio cubria todo mi cuerpo, en fin, tenia miedo.

Pero ¿de qué? imposible me hubiera sido decirlo. Y sin embargo yo estaba en el uso completo de mi razon, recordaba perfectamente todos mis actos, sabia que habia abierto la portezuela de un coche, que me habia metido en él y que allí me habia quedado dormido.

¿De dónde provenia, pues, aquel miedo irresistible? ¿Acaso del ruido de la lluvia goteando sobre los tejados ó de los quejidos del viento, ó de la noche ó de la soledad?

Yo no lo sé, pero lo cierto es que padecia como un condenado.

¡Con qué impaciencia aguardaba á que despuntase el alba!

Pero ¿por qué no salia V. de su nicho? me preguntará V.

¡Ay amigo mio! porque me hubiera sido imposible hacer movimiento alguno, porque un frio extraño paralizaba mis miembros, porque todo mi cuerpo estaba como petrificado, en fin, porque tenia un miedo espantoso!

Las tinieblas de la noche no se habian disipado todavía y sin embargo debia ya hacer mucho tiempo que yo me encontraba allí.

Entónces me hice la reflexion de que tal vez fuese ya de dia y de que yo no veia la luz de la mañana por impedírmelo la portezuela cerrada sin duda alguna por el impulso del viento.

Reanimado con aquella idea, reuní todas mis fuerzas y con mis piés empujé violentamente la portezuela; la madera crujió y los dos batientes se abrieron.

Un torrente de luz inundó mi rostro.

El espectáculo que se presentó á mis ojos me heló de terror.

¡Habia pasado la noche en uno de esos coches negros que la *Funeraria* pone al servicio del público para trasportar los cadáveres, y un ataud de plomo me habia servido de almohada!

Media hora despues supe por el conductor de aquel lúgubre vehículo que el cadáver en el féretro encerrado y que trasladaba á Cuenca era el de una jóven llamada Paulina que acababa de morir en Madrid en la casa número 60 de la calle del Olivo.

JUAN DEL HUERTO

¡¡EH!! ¡¡A LA PLAZA!!

¡Bendito sea el primero
á quien le ocurrió la idea
de hacer la primera plaza
de toros en nuestra tierra!
¡Benditos sean los hombres
que tienen sangre torera!
¡y bendita una y mil veces
tan extraordinaria fiesta!
Lector, ¿eres de los mios?
¡Claro que sí! Pues ¡aprieta!
¿Vives en Madrid? ¡Me alegro!
¿Tienes billete? Pues ¡ea!
Vente conmigo hácia el Suizo
que ya son las dos y media.

I

ANTES DE LA CORRIDA

¡Qué animacion! ¡Qué alegría!
¡Qué cuestiones! ¡Qué reyertas!
¡Cuánto coche! ¡Cuánta gente!
¡Qué animada concurrencia!
¡Cuánto señorito chulo!
¡Cuánta chula en carretela!
¡Cuánto augurio de cogida!
¡Cuánta *cogida de veras!*
¡Cuánto ruido! ¡Cuántas voces!
¡Y cuántas mujeres bellas!
—(Pues no parece sinó
que cuando hay toros, se quedan
encerradas en sus casas
todas las mujeres feas.)—
. . . .
—¡Aquí! ¡A la Plaza! ¿Nos vamos?
Señorito, uno me queda!
. . . .
—¡Paco!
—¿Qué?
—¿Vienes?
—Aguarda,
que voy á tomar cerveza.
¿Gustas?
—¿Qué he de gustar yo
de bebidas extranjeras?
El hombre que va á los toros,
es necesario que sepa
lo que ha de beber, ¿entiendes?
porque sinó se marea
y no sabe distinguir
si una vara está bien puesta,
y en la corrida es preciso
tener mucha inteligencia.
—Pues te convido á unas copas
de aguardiente!
—¡Eso *varea!*
Tratándose de aguardiente
dame todo lo que quieras.
A estas horas me he bebido
yo solo un par de botellas,
y, ya lo ves, ¡tan campante!
Con que, andando á la taberna!
Voy á llenar esta bota
de vino de Valdepeñas
pa tirársela al Gallito
aunque le rompa la cresta.
. . . .
—Gracias á Dios que por fin
te encuentro.
—Chico, dispensa.
En vez de almorzar en casa
me fuí á almorzar á la Venta,
y luégo fuí al apartado.
—¿Tú solo?
—Quiá! No! Con ella!
¡Qué bichos los de esta tarde!
—Buenos, eh?
—Son de primera!
El que ménos, de seguro
que tiene nueve ó diez yerbas.
—¡Muchas yerbas me parecen!
—No son toros; son seis fieras!
Hay uno *berrendo en negro*
más fino y con *unas velas!...*
¿Pues y otro *albardao?...* ¡Chico!
¡Qué corrida nos espera!
—¿Lo aseguras?
—¡Ya lo creo!
—Perdona que no te crea;
pues con los toros sucede
igual que con las comedias
Algunas que en los ensayos
parecen buenas, muy buenas,
en cuanto se alza el telon
el público las revienta.
—Yo no entiendo de teatros;
pero de toros... ¡Canela!
Hace seis años que estoy
abonado á una barrera;
soy muy amigo del Curro
y Frascuelo me tutea,
con que, figúrate tú
si entenderé en la materia!
¿Vienes? Aquí está mi coche.
¡Juan! ¡Arrima!
—¡Vamos!
—¡Entra!
. . . .
—Conde, vaya V. con Dios!
—A los piés de V., marquesa.
¿De toros, eh?
—Pues es claro!
¿Faltar yo? ¡Qué se dijera!
—¿Y el marqués?
—Está de cama.
—¿Grave?
—Aprensiones... pamemas.
Creo que es algo del hígado.
En fin, ni lo sé siquiera!
—Pues voy á vèrle.
—Sí! Sí!
Vaya V.; no se detenga.
El infeliz necesita
que le distraigan...
—Marquesa..
—Abur, conde, hasta despues.
—Adios, que V. se divierta!
. . . .
—Amigo Perez!...
—¿Qué pasa?
—Pues, que estoy en la miseria.
¡Que me han dejado cesante!
¡Que tengo á mi esposa enferma!
¡A mi suegro con tercianas!
¡Con pulmonía á mi suegra!
¡Al niño mayor con tifus!
¡Y al pequeño con viruelas!
—Pues, hijo, ni un hospital!
—¡Ay, Perez! ¡Si tú supieras!...
—Vamos, toma, y que se alivien!
—Muchas gracias. (¡Tres pesetas!
Voy á tomar un tendido.
¡Oh, amistad! ¡Bendita seas!)
. . . .
—¡Aquí! ¡Suba V.! ¡Uno falta!
—Chico, aguarda! Micaela!
—Antonio!
—¿Dónde me meto?
—Súbase V. á la banqueta!
—Chica, sube aquí conmigo!
—¡Ay, no! ¡Que me da vergüenza!
—Anda, y no seas tonta!
—¡No,
que van á verme las piernas!...
—Señora, suba V. pronto,
que me marcho!
—¡Que te quedas!
—Ya voy... ¡Ay Jesus! ¡Qué altura!
—¡Cállate!
—Si el coche vuelca!...
—Señora, no tema V.,
que está el Hospital muy cerca.
—(¡Ay, qué bruto!)
—Llevo ya
siete años de esta faena,
y este ómnibus no ha volcado
más que diez veces.
—(¡Friolera!)
—Cochero, que se hace tarde!
—¡Aquí! ¡Uno falta! ¡Que venga!
—Pero, hombre, ¿otro todavía?
—Eso ya no se tolera!
—Aquí ya no caben más!
—Que llamen á la pareja!
—Si sube otro nos bajamos!
¡Qué abuso!
—¡Qué desvergüenza!
—Señores, no incomodarse!
—Vamos, hombre! ¡Arrea! ¡Arrea!
Andáa!... ¡Zagala!... ¡Zagala!...
¡Lechuguina!... ¡Coronela!....
. . . .
¡Qué ir y venir de carruajes!..
Entre risas y blasfemias
por la calle de Alcalá
bajan... suben... corren... vuelan
los ómnibus y tranvías
y landós y jardineras
y berlinas y simones
y tartanas y *manuelas...*
. . . .

II

EN LA CORRIDA

—¡Borracho!—¡Tumbon!—¡Canalla!
—¡Otro toro!—¡Tio maleta!
—¡No lo entiende V.!—¡A la cárcel!
—¡Animal! —¡En la cabeza!
—¡Ese caballo!—¡Un capote!
—¡Señor Presidente!—¡¡Fuera!!
—¡Que piquen al empresario!
—¡Que lo maten!—¡Que lo prendan!
. . . .

III

DESPUES DE LA CORRIDA

Pues señor, la corridita
ha sido mala de veras.
¡Qué toros y qué toreros!
¡Qué Presidente y qué empresa!
¡Qué lidia! ¡Ni un solo lance!
¡Ni una cogida siquiera!
Le quita á uno la aficion
una corrida como esta.
¡Yo no vuelvo... hasta la próxima!
¡La próxima será buena!

VITAL AZA

NOTICIAS VARIAS

ESTACIONES TELEGRÁFICAS FLOTANTES.—Montar una estacion telegráfica en cualquier punto de un continente, de una isla ó de un islote, dice *La Revista de Telégrafos*, no es nada extraño; pero sí lo parecerá el que se trate de colocarlas flotantes sobre los mares. El entusiasta y perpetuo ministro de Correos y Telégrafos de la vecina Francia ha dispuesto se verifiquen ensayos en el Mediterráneo, estableciendo unas boyas á distancias de 60 en 60 kilómetros á lo largo del cable de Marsella á Argel, y á las cuales las embarcaciones que necesiten pronto auxilio podrán enviar una lancha para comunicar telegráficamente desde la boya con la estacion terrestre de socorro.

CRONICA CIENTIFICA

MERIDIANO UNIVERSAL

A pesar de la conformidad de los sabios en condenar la lamentable multiplicidad de los ceros de orígen, las marinas de los países más adelantados del globo siguen contando las longitudes por los meridianos de Greenwich, Paris, San Fernando, Nápoles, Cristianía, Isla de Hierro, Pulkowa, Stokolmo, Lisboa, Copenhague, y Rio Janeiro. A estos, hace poco, habia que agregar el de Washington; pero los marinos de la gran República Norte-Americana, dejando á un lado inconsiderados celos nacionales, usan ya para la navegacion el tiempo de Greenwich.

España, desdichadamente, no ha pecado por exceso de avaricia en esto de la multiplicidad; pues sucesivamente ha contado sus longitudes desde los meridianos del Estrecho de Gibraltar, Toledo, el antiguo Colegio de guardias marinas de Cádiz, San Fernando (en dos emplazamientos diferentes y casi contiguos; los de sus dos observatorios, el antiguo y el actual), Ferrol, Cartagena, Plaza Mayor de Madrid, Observatorio de la misma Capital, Coimbra, Lisboa (en tres distintos parajes correspondientes á sus observatorios sucesivos), la Catedral de Manila, la Isla de Hierro (en puntos diferentes; algunos indeterminados)....; y, como si todo esto no fuera bastante, la Sociedad Geográfica de Madrid (sociedad de tantas eminencias verdaderamente glorias de nuestra patria) designa nuevamente para meridiano de orígen uno más; el que pasa por la Punta de la Orchilla, extremo occidental de la Isla de Hierro, lugar no bien determinado aun. (!)

¿Qué impide, pues, llegar á un acuerdo respecto de la designacion del Meridiano Universal?

Dolor causa decirlo: fútiles celos nacionales.

Pero, ¿qué clase de razones pueden alegarse en esta cuestion, cuando todos coinciden en la conveniencia de un solo orígen para la cuenta de las longitudes?

Segun los trabajos de los señores Sanford Fleming y Pastorin (á quienes seguimos), las razones que se disputan la preeminencia y que mutuamente se estorban y se anulan, ó, por lo ménos, dificultan un acuerdo internacional, son

la antigüedad histórica;

la fijeza y seguridad de las operaciones geodésicas;

la facilidad de determinar siempre científicamente un meridiano especial, si éste se halla indicado por la naturaleza misma;

la conveniencia de la division de los continentes en dos hemisferios por un especial plano meridiano.

Los patrocinadores de la determinacion del cero de longitudes por la antigüedad histórica, recuerdan que Ptolomeo hizo pasar el primer meridiano por las Islas Afortunadas (Canarias) límite occidental (segun entónces se creia) de los confines de la tierra; pero, ¿quién conoce la exacta posicion del meridiano de Ptolomeo? Luis XIII, rey de Francia, ordenó que el primer meridiano se colocase en la Isla de Ferro (Hierro), la más occidental de las Canarias, calculado á los 20 grados de Paris; pero posteriores observaciones más rigorosas han patentizado que la diferencia en longitud entre Paris y la principal poblacion de la Isla de Ferro es de 20° 5′ 5′, por lo cual los franceses, para que siempre Paris esté á 20 grados justos del supuesto meridiano primitivo de Luis XIII, hicieron caminar al Este el cero de orígen 5′...5″; de modo que, así, el meridiano de Ferro no pasa por ningun punto notable, y es un círculo puramente convencional; ó, lo que es lo mismo, es el meridiano de Paris. Pouchet, gran sostenedor de la conveniencia del meridiano de Ferro, propone que España conceda en la Isla una faja de tierra, que será declarada Internacional y terreno neutro, para que allí se levante un grande y perdurable monumento

astronómico, destinado á marcar en los siglos venideros el meridiano universal, y á servir de testimonio de alianza científica entre las naciones civilizadas.

Si las razones históricas hubiesen de prevalecer, España deberia EN EL ACTO conceder la neutralizacion del terreno que se le pidiera con un fin tan altamente científico; pero, no pudiendo ascenderse hasta el meridiano ptolemaico por no ser hoy conocido, podria ostentar tan antiguos derechos como el de Ferro el de la Isla de Cuervo (Azores), escogido por Mercator en el siglo XVI, porque la brújula entónces señalaba allí el Norte verdadero; ó el del Pico de Tenerife, donde poco despues colocaron su primer Meridiano los holandeses, ó el del Cabo Lizard, usado por los ingleses ántes que el de Greenwich; y, más que todos estos, por más antiguo, el de la Isla de San Nicolás próximo á Cabo Verde; punto de partida para muchos geógrafos de hace más de tres siglos.

Siendo difícil determinar un meridiano por su prelacion histórica, la terca idea de antigüedad tomó, sin embargo, otro rumbo; y, así, se propuso el meridiano de Alejandría, porque en Alejandría hizo sus cómputos Ptolomeo; y, como todavía es más vieja que Alejandría la Gran Pirámide de Egipto, no faltó quien quisiera contar las longitudes desde allá; y, como, aunque no tan vieja cual la gran pirámide egipcia, es tambien antigua, y además excita venerandos recuerdos piadosos la ciudad de Jerusalen, en el Congreso de Paris de 1875, fué propuesto para meridiano magistral el que pasa por la Santa Ciudad de la pasion y muerte de Jesus. Por último, la *Crónica de Leon* en un trabajo muy notable, ha propuesto que se considere como meridiano inicial el de aquel punto de nuestro globo donde primeramente se cuenten en la actualidad los dias de la semana; punto hoy desconocido, pero que indudablemente existe, y que no ha de ser hoy difícil de determinar, contando con las redes telegráficas de todo el mundo



MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle

En la fijeza y seguridad de las observaciones astronómicas y geodésicas que han servido de fundamento á los mapas construidos en estos últimos tiempos estriba la segunda clase de razones en litigio. Los franceses alegan que, estando basada la carta del Estado Mayor francés, en grados contados al Este y al Oeste de Paris, el futuro meridiano debe ser el mismo de Paris; ó bien, otro que pase á una distancia de él, múltiplo exacto de decígrados, á fin de respetar el trabajo de los geodestas franceses, y no variar las líneas meridianas de aquel mapa. Pero esta exigencia de nuestros vecinos transpirenaicos puede ostentarse quizá con mejores títulos por los geodestas de otras naciones, donde se hayan hecho triangulaciones de primer órden; y no sería ciertamente España la que hubiera de ceder en este terreno á ninguna otra respecto á exactitud y precision.

Hubo un tiempo en que estuvo, como si dijéramos, de moda entre los hombres de las ciencias físicas el empeño de referir á las llamadas CONSTANTES NATURALES todos los módulos de medir. De ahí salió el sistema métrico decimal, fundado en la creencia de que el metro, caso de perderse, se volveria á encontrar y á reproducir exactamente, por suponerlo la diezmillonésima parte de un cuadrante de la tierra; empeño reproducido hace poco en nuestros dias por el sabio P. Secchi al querer sacar de las ondas luminosas el metro de longitud. Hoy los hombres de las ciencias físicas, unánimemente, han abandonado las supuestas CONSTANTES NATURALES; y, por eso, empiezan á ceder las pretensiones de cuantos quieren que el primer meridiano esté indicado por la naturaleza misma. Aquellos grandes hombres del siglo pasado tenian demasiada confianza en sus medios de medir y de calcular; y ni áun siquiera sospechaban que el radio de la tierra calculado por ellos resultaria demasiado chico, á consecuencia de más exactas mediciones. Y, sin embargo, el achatamiento polar, estimado hace un siglo en $\frac{1}{332}$, es hoy considerado como igual á $\frac{1}{289}$ y, por consiguiente, el radio de una esfera de igual volúmen que el correspondiente esferoide terrestre de rotacion, calculado en 1800 (Delambre) en 6369284 metros, está computado hoy (Listing) en 6370000: es decir, que el diámetro terrestre aparece, al finalizar el siglo actual, kilómetro y medio mayor que al empezarlo.

Laplace, pues, recomendó para MERIDIANO MAGISTRAL el de aquel punto en que eran las 12 al entrar el sol en el equinoccio vernal el año de 1250; momento en que el apogeo de la órbita terrestre coincidió con el punto solsticial de Cáncer. Herschel apoyó este meridiano inicial y universal (que pasaria á unas 8 millas al O. de Cabo Mesurado en la costa de Africa); y que, debiendo únicamente su razon de ser al movimiento aparente del sol respecto de las estrellas, no podia herir los celos y orgullos nacionales, ni alimentar la anti científica tenacidad rutinaria que áun persiste en favor de los ceros arbitrarios de longitud. Herschel llamaba TIEMPO EQUINOCCIAL á las duraciones contadas desde este meridiano dependiente solo de razones astronómicas.

Abandonado ahora el meridiano de Ferro por las principales naciones marítimas; estimadas en poco las razones históricas de antigüedad; pasado de moda el empeño de apoyarse en las constantes naturales; los más eminentes sabios fijan hoy su atencion en consideraciones sólo de conveniencia social.

Hoy cuentan el tiempo por el meridiano de Greenwich todos los marinos Ingleses, los Norte-Americanos, los Holandeses, los Belgas y los Japoneses, y gran parte de los Italianos (que tambien se rigen por el de Nápoles), de los Noruegos (que aún no han abandonado enteramente el de Cristianía), de los Alemanes (que tambien se atienen al de Paris y al hipotético de Ferro), de los Rusos (aún en parte consecuentes con el de Pulkova y Ferro), de los Suecos (tambien gobernados por el de Stokolmo y Paris), de los Austriacos (en parte sectarios del de Ferro) y, por último, de los Dinamarqueses (algunos de los cuales cuentan tambien desde los ceros de longitud de Copenhague y Paris); por manera que cuentan las longitudes desde Greenwich 37663 buques con 14600972 toneladas; y solamente 20034 buques con 5711121 toneladas las cuentan desde Paris, San Fernando, Nápoles, Cristianía, Ferro, Pulkova, Stokolmo, Lisboa, Copenhague y Rio Janeiro.

Además es, á todas luces, evidente que el meridiano no debe pasar por el corazon de ningun país populoso; porque, al llegar el sol al zenit, es decir, á la mitad de un dia solar, acabaria un dia de la semana y empezaria otro; con lo cual cada espacio de luz solar tendria dos fechas.

Conviene, pues, un meridiano que no pase á través de ninguna tierra habitada; y, examinando con este interés científico cualquier globo terrestre, se ve que dos, y solamente dos, son las secciones de la tierra que se presentan con las condiciones apetecidas:

1.° Un meridiano, á través del Atlántico, puede pasar entre Africa y la América del Sur, sin tocar ninguna porcion de estos dos continentes, evitando las islas y tierras firmes, excepto una parte de la Groenlandia Oriental;

2.° Otro meridiano en el hemisferio opuesto puede pasar por el Estrecho de Behring y por todo el Océano Pacífico, sin tocar jamás en tierra.

Cualquiera de estas dos secciones serviria para el objeto deseado; pero la próxima al Estrecho de Behring se recomienda con más especialidad, precisamente por ser el antimeridiano de Greenwich, que es el preferido próximamente por los $^{3}/_{5}$ de los buques, y el relacionado con los $^{3}/_{4}$ del movimiento mercantil del mundo calculado en toneladas.

Por él se decide SANFORD FLEMING; é, independientemente de este sabio ingeniero, el célebre presidente de la Sociedad Geográfica de Ginebra, Bouthilier de Beaumont, propone tambien, como punto de partida para la cuenta de las longitudes, un meridiano que atraviese el Pacífico y pase junto al Estrecho de Behring.

En vista de todo esto ¿qué se opone á la adopcion del meridiano universal?

¡Ah! ¡pena da de confesarlo y repetirlo!

La puerilidad de orgullos nacionales.

¿Podria álguien creer que ha habido franceses tan francamente indiscretos, que no han temido indicar que, si Inglaterra adoptase la medida métrica francesa, Francia, EN RECIPROCIDAD (!) podria hacer la concesion de adoptar el primer meridiano de Inglaterra? Pues esto consta del Boletin de la Sociedad Geográfica de Paris. Pero esta clase de argumentos ni áun parecen dignos de refutacion; y de esperar es que, apaciguados pronto los celos de una falsa patriotería, y desvanecidas las vanidades ridículas de supremacías nacionales, ante el interés sagrado de la ciencia, quede pronto aceptado un MERIDIANO UNIVERSAL, punto de partida para contar las longitudes geográficas; y que, de una vez y para siempre, con la admision de la cuenta del tiempo cosmopolita, cese lo que en dia no lejano ha de aparecer como anomalía incomprensible de nuestra época: el hecho actual eminentemente anti científico de que las manillas de los relojes estén en el MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO señalando en la tierra todas las posibles direcciones.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



Año II — BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 85

HAYDÉE, dibujo por R. Taylor

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

¡Ojo al alcalde!—La eterna cuestion de subsistencias.—Jehová y los tahoneros.—La seccion de consejos en los periódicos.—Tareas del concejal.—La mision de la prensa.—Proposiciones extraordinarias.—¡Al pan, pan; y al ladron, ladron! Los concejales *Delgados*.

Todo el mundo tiene la vista puesta en los concejales. Es cosa difícil ser individuo del Ayuntamiento.

No pasa dia sin que multitud de periódicos aconsejen al señor Alcalde las precauciones y las medidas que ha de tomar para que Madrid quede convertido en una poblacion *buena, bonita y barata*.

¡Cosa extraña! El mal no es de ahora solamente.

Siempre hubo pugna y disentimiento entre el expendedor del pan y el individuo que lo compra.

¡Decidme si recordais algun momento en que el consumidor se haya visto en el caso de elogiar la magnanimidad y la justicia del tahonero!

No hallareis seguramente este dato histórico mezclado con las mil nociones de hechos pasados que se conservan en vuestra memoria.

Nunca habreis sabido, ni por la tradicion, ni por la lectura de cronicones antiguos, que pueblo alguno haya tenido que reconocer por innegable imposicion de la evidencia que los suministradores de los artículos de primera necesidad eran razonables en su comercio y equitativos en su ganancia.

Jamás ha dicho el pueblo reunido:

—La virtud es el privilegio de los que venden objetos comestibles. Esa raza desprendida y heróica merece que la humanidad le tribute honores. Ellos se contentan con una ganancia mínima; ellos no venden ningun artículo sin que posea las condiciones de madurez, frescura y salubridad exigidas por los más elementales tratados de higiene; ellos no merman su mercancía, ántes al contrario, más bien se exceden á favor del público en el peso y en la medida.... Son dignos de que les elevemos un monumento que recuerde su grandeza de alma. ¡Ensalcémoslos, glorifiquémoslos, para estímulo y enseñanza de las generaciones venideras!

Nunca se ha podido decir eso.

El Dios de los tiempos bíblicos surtia de *maná* gratis á su pueblo escogido.

El Dios de los cristianos reparte todas las mañanas el pan nuestro de cada dia.

Pero los vendedores de ese artículo de primera necesidad no han entrado aún en la categoría de dioses. Son simples mortales con codicia y con afan de medro; y aunque tienen aficion á mantener el precio del pan á la altura de las nubes son muy apegados á los intereses de la tierra.

***

Siempre ha existido, pues, discordancia entre el consumidor y el tahonero; pero nunca se ha fijado la opinion pública con la tenacidad de ahora en esa cuestion capital del alimento de los pueblos.

En los periódicos se ha introducido una seccion de consejos al Ayuntamiento, diaria, infinita, inagotable.

El concejal que quiera satisfacer los deseos de sus administrados tiene que constituirse dia y noche en perpetuo vigilante.

Lo primero que hace al levantarse de la cama es echar una ojeada sobre los consejos del dia:

Abre su periódico y se encuentra en seguida con lo siguiente:

Aconsejamos al señor Alcalde que mande girar una visita á este y aquel establecimiento.... que cuide de las buenas condiciones de las carnes, de que el vino, la leche y otros artículos no se vendan adulterados,.... de que se quite tal ó cual foco de infeccion que existe en esta ó la otra parte.... que vea en los mercados el estado de las frutas.... que inspeccione la calidad del pan y su peso exacto.... etc., etc.

Todos estos consejos se hallan muy puestos en razon y constituyen una prueba de lo que yo he dicho alguna otra vez en estas mismas revistas escritas de pura impresion sobre los acontecimientos del dia.

Esto es; demuestran que la prensa periódica tiene otra mision más elevada y más provechosa que la de armar la zancadilla á los ministerios; y consiste en velar por los intereses públicos y levantar el nivel moral de las sociedades.

Pero, una vez reconocido esto, me hace falta preguntar:

—¿Es que los concejales no saben por sí mismos la obligacion de su cargo, y tienen necesidad, como los niños á quienes se guia por el buen camino, de que los periódicos les indiquen lo que han de hacer para cumplir dignamente su cometido?

***

Las excitaciones públicas, sin embargo, producen su efecto.

Cada concejal se propone ser un poderoso elemento que barra de Madrid la multitud de cosas insanas que por aquí pululan.

Andando por este camino, yo creo que algun dia se han de acabar los consejos.

Llegará tal vez el momento en que los periódicos no puedan aconsejar nada.

¡Y entónces será ella!

El regente de algunas redacciones entrará en la habitacion del director á última hora, diciendo:

—¡Falta media columna de original!

—¡Hombre!... ¡Falta todavía!

—Sí, señor; y los cajistas están parados.

El director tocará el timbre.

—Vamos á ver,—dirá al confeccionador del periódico.—¿Hay algo de cólera?

—Lo mismo de siempre. Una baraja de nombres egipcios; números de defunciones mil veces repetidas. La relacion de un nuevo preservativo. Cartas de un hombre científico de Rusia, de otro no ménos científico de Alemania, de otra lumbrera de la ciencia italiana, y de otra ilustracion académica francesa..... Además hay la opinion de un hombre de Estado inglés sobre la ineficacia de las cuarentenas.... ¡Todo se ha dado!

—¿No se puede alargar nada?

—Imposible, se ha estirado todo lo que se ha podido.

El director se rascará la frente.

Luégo dirá:

—¿Y con lo de Ischia, no se podria hacer media columna?

—No es fácil.... Se han llenado ya ocho cuartillas de escombros y dos ó tres de cadáveres....

—¡Malo!.... ¡malo! ¿No ha habido hoy ningun incendio?

—Yo me he inflamado con los ojos de una morena....

—¡Déjese V. de bromas!

—El viaducto de la calle de Segovia no ha sido cómplice de ningun suicidio.

—Nadie se ha tirado por él.... Ese viaducto se ha declarado en huelga.

El director reflexionará un rato.

Despues dirá:

—Haga V. unos consejos.

—El de ministros ya está dado.

—No, hombre, no; consejos al Ayuntamiento.

Aconseje V. cosas raras, puesto que la tal seccion está ya completamente agotada. Diga V.:

1.° Que el Ayuntamiento debe tratar de canalizar el Manzanares.

2.° Que seria conveniente estudiar el proyecto de convertir á Madrid en puerto de mar. Y haga V. aquí algunas consideraciones sobre la importancia del comercio marítimo y de la pesca.

3.° Que no se deberia permitir por las calles de Madrid el tránsito de ningun perro sin que fuera atado con longanizas.

4.° Que se rieguen las calles con agua de Colonia, para hacer frente á los malos olores.

5.° Que en las proyectadas plantaciones de árboles se otorgue la preferencia á los olmos que den peras....

Y todo lo demás que á V. se le ocurra.

***

La predileccion de las sesiones del Ayuntamiento ha consistido en el asunto del pan falto de peso.

¡Válgame Dios! Lo que cuesta en este país dar á las cosas su verdadero nombre.

Si un pobre, hambriento, penetra en una tahona y se lleva un panecillo para alimentarse á sí mismo ó para dar de comer á sus hijos, á buen seguro que el tahonero saldrá á la calle gritando: ¡Al ladron!.... ¡al ladron!

Y el infeliz hambriento irá por de pronto á comer á la cárcel.

Pero volvamos la oracion por pasiva. Supongamos que ese pobre tiene lo suficiente para comprar unas libras de pan.

Entra en la tahona, toma su mercancía, la paga equitativamente; y luégo descubre que al pan que acaba de comprar le faltan algunas onzas....

En este caso el tahonero es, á lo más, calificado de defraudador.

¿De qué nos sirve el diccionario de la Academia Española?

¡No seamos metafóricos! Acostumbrémonos á expresar las cosas con justicia y claridad.

Llamemos al pan, pan; y al ladron, ladron.

Y castiguémosle como á tal, cualquiera que sea el que incurra en la pena.

***

Ultimo eco del municipio:

Hay en el Ayuntamiento un individuo que es poeta. Se llama Jimenez Delgado.

Excusado es decir que en casi todas las sesiones hace uso de la palabra.

Los poetas suelen ser verbosos. Jimenez Delgado, muestra, además de inspiracion, buen sentido. Aboga con tono apocalíptico por las reformas útiles.

El otro dia un periódico dijo que el tal poeta pedia que se sometiera á los *defraudadores* á la accion de los tribunales.

Parece, sin embargo, que no habia sido él quien propuso esa medida.

Se ha hecho una rectificacion. No es el señor Jimenez Delgado sino el señor Miranda Delgado.

—¡Lo mismo da!—dijo uno.

Es que en el Ayuntamiento hay dos Delgados. ¡Naturalmente!

¡Efectos del pan mermado de peso! Si no se pone remedio, la delgadez nos atacará á todos.

En esta cuestion de alimento público hay que hilar.... muy *delgado*.

PEDRO BOFILL

Madrid 12 agosto de 1883

NUESTROS GRABADOS

HAYDÉE, dibujo por R. Taylor

La Haydée de nuestro cuadro puede ser la protagonista de la ópera de su nombre. Hasta aquí nada de particular; una mujer jóven, hermosa, de tipo y traje oriental.

Pero esa insistencia de nuestros artistas contemporáneos á inspirarse en personajes y costumbres asiáticas y africanas ¿es simple capricho, aficion ó moda inconsciente; ó puede obedecer á ese impulso, propio de los poetas y de los pintores, que, sin darse cuenta de ello, vienen á ser unos profetas mal comprendidos?

¿Será que, á fuerza de llamar la atencion hácia el Asia y el Africa, adviertan á la Europa que su porvenir se encuentra en esas partes del mundo, á donde apénas ha llegado la civilizacion en estado embrionario?

Es verdaderamente notable esa tendencia artística, y ¿quién sabe?.... Un lienzo de mano maestra, una poesía inspirada, pueden abrir nuevos horizontes á un pueblo impresionable. Europa tiene interés manifiesto en Asia y Africa; y sus pintores, como si lo tomaran á empeño, ponen constantemente ante sus ojos ejemplares de esos países poco conocidos, tan despreciados digámoslo así; y donde, á pesar de todo, existe el *mañana* de nuestras orgullosas razas, condenadas á fallecer de miseria, si el Asia y el Africa no concurren á su engrandecimiento.... La vieja Europa se parece á uno de esos nobles arruinados, que por no exhibir sus necesidades, se dejan morir de hambre en el fondo de sus inútiles castillos....

Créanme mis lectores; el genio es un estadista, un estadista que obra por sentimiento, por intuicion, por el *algo divino* que todos reconocemos en él. No es tan infalible la diplomacia oficial que no deba merecer nuestra atencion la diplomacia del arte....

EL GORILA, dibujo por Specht

El gorila fué descubierto en 1849, y podemos añadir que descubierto en mal hora. Ni los hombres ni los animales deben estarle poco ni mucho agradecidos. Por de pronto desbancó en la supremacía de los irracionales al orangutan, al chimpanzé y al gibon; al paso que su estructura y costumbres dieron nuevos argumentos á esos señores naturalistas que nos dispensan el *honor* de suponernos una variante de esos cuadrumanos. Dígasenos si con semejantes consecuencias, no es justo que animales y hombres califiquen de calamidad la aparicion del gorila.

Por nuestra parte, á la simple vista de ese mono gigante, tan repulsivamente feo, protestamos de toda analogía con ese monstruo espantable de la costa occidental de Africa. Si á algun sabio, por razones que á él le parezcan bastantes, se le ocurre incluir semejante adefesio en el árbol genealógico de su familia, con su pan se lo coma, ó mejor dicho, se lo coma con las plantas y frutos silvestres de que se alimenta su presunto ascendiente.

Nosotros somos más presuntuosos, y de acuerdo con nuestras creencias religiosas y con las demostraciones de una ciencia ménos condescendiente, sostenemos ser ejemplares de una especie única, de la cual forman parte, y por cierto parte escogida, nuestras lindas suscritoras, tesoro de la familia, encanto de los salones y flores de los paseos, que nunca nos perdonarian (y obrarán cuerdamente) el haber sospechado siquiera que tanta virtud, tanto talento y gracias tantas, procedieran de ese gorila inmundo, que podrá ser el más diestro de los cuadrumanos, sin dejar de ser el más feo de los irracionales.

LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrés

Pero señor, ¿qué tendrá de particular el uniforme de los militares que hasta tal punto es simpático á las maritornes?... La escena que Fabrés ha dibujado en Roma, puede copiarse del natural en cualquiera ciudad ó aldea que tenga poca ó mucha guarnicion. Donde quiera que echan raíces los piés de un hijo de Marte, á su sombra aparece indefectiblemente una Vénus de fregadero.

Cierto que hay uniformes vistosos y que tal simple soldado ha llenado el mundo con el eco de su nombre: Kleber, Espartero y tantos y tantos otros ilustres generales han sido viviente ejemplo de que todo lo pueden el valor, el estudio y la constancia en los empeños. Sin embargo, no es este el secreto de la seduccion ejercida por la milicia sobre una parte de la humanidad femenina.

Entre la fámula y el soldado deben existir corrientes especiales, flúidos misteriosos que hablan al cuartel de la cocina y á la cocina del cuartel. Esas corrientes, esos flúidos producen á lo sumo algun aligeramiento en el cesto de la compra; pero no es imposible que en un momento dado, determinen un verdadero trastorno en las leyes de la ordenanza ó de la economía doméstica.

En tales casos, unos dias de calabozo ó una despedida á raja tablas se encargan de demostrar á Marte y Vénus que en el jardin del amor, como en los jardines más vulgares, las rosas tienen sus correspondientes espinas.

JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES
dibujo por Barzaghi-Cattaneo

Juana Gray es una de las víctimas de la ambicion humana más inocentes y más simpáticas. A los diez y siete años y despues de un reinado tan efímero que sólo duró nueve dias, fué decapitada de órden de su triunfante rival María Tudor. La infeliz Juana, nacida en 1537, era biznieta del rey de Inglaterra Enrique VII. A la muerte de Eduardo VI se vió que este monarca la legaba el trono, quizás sugerido por el duque de Northumberland, cuyo hijo, el duque de Guildford, habia contraido matrimonio con Juana. Los partidarios de María Tudor, hermana de Eduardo VI, protestaron contra el testamento de este soberano, y alzando pendones por María, se dieron tanta diligencia, que en pocos dias, casi en horas, destronaron y prendieron á la sucesora de Enrique VII. La última escena de este lúgubre drama tuvo lugar, como hemos dicho, en lo alto de un cadalso, al que subió la desgraciada niña con su esposo y padre político, á quien la historia considera causante principal de esta hecatombe.

El autor del cuadro que publicamos ha interpretado de una manera admirable la interesante figura de esta reina de nueve dias, que desde un dorado alcázar se encuentra aprisionada en estrecha y lúgubre torre, sospechando el trágico fin que en breve le espera. El ave, hambrienta de aire y de libertad, quiere romper los hierros de su jaula; mas ¡ay! que esos hierros los ha fabricado la venganza y no los dobla ni la desdicha ni la desesperacion. Las reinas de Inglaterra han sido implacables en sus odios. ¡María Tudor es la precursora de Isabel! Juana Gray es el espejo ensangrentado de María Stuard.

CONTRIBUCION DE GUERRA IMPUESTA Á LA CIUDAD DE WISBY EN 1361
cuadro por Cárlos G. Hellquist

Deseoso el rey Waldemar IV de Dinamarca, como la mayor parte de sus antecesores, de reunir bajo su cetro todos los países escandinavos, declaró la guerra á los suecos, y en 1361 venció por dos veces á las tropas de la ciudad anseática de Wisby, de la cual se apoderó. En lugar de abandonarla al saqueo de sus soldados ó de entregarla á las llamas, como era costumbre en aquella turbulenta época, Waldemar, más previsor y positivista, se contentó con imponer á la ciudad una fuerte contribucion de guerra, á cuyo efecto, mandó levantar un trono en la plaza pública, y colocar delante de él tres grandes toneles, ordenando que los habitantes de la vencida Wisby los colmaran con su dinero y alhajas. El cuadro representa el momento en que obedeciendo estos el mandato del monarca danés, acuden de grado ó por fuerza, á depositar en dichos toneles sus objetos más preciosos.

Como reproduccion de un asunto histórico, la obra del jóven pintor sueco es una maravilla de verdad, no ya en la expresion de las rudas fisonomías de los guerreros septentrionales del siglo XIV, sino en los trajes, en los edificios y hasta en los más insignificantes accesorios, revelándose en todo el conjunto el concienzudo estudio que ha hecho el artista de lo perteneciente á aquella época. Por esta razon, y por lo vigoroso del colorido, lo correcto del dibujo y la bien entendida colocacion de las figuras, este cuadro ha llamado poderosamente la atencion en la Exposicion recien celebrada en Paris.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Ninguna belleza más seductora, más elegante y aún pudiéramos decir más coqueta, que la naturaleza en regiones tan encantadoras como las de Andalucía.

Ningun traje tan elegante como ese tapiz de césped sembrado de flores, que se pliega caprichosamente en las accidentaciones del terreno.

Ninguna cabellera tan opulenta, tan bella, como esas espesuras que ondulan sobre las lomas.

Ninguna diadema tan rica como la de zafiro, que rodea la vega, determinada por los dentellones de las distantes sierras.

Ningun diamante como el hielo eterno que brilla en el verano en la altísima punta de Sierra Nevada.

Ningun bordado, ningun prendido como el de las flores.

Ninguna franja como la de plata de los arroyos.

Ningun encaje como el de las cascadas.

Ninguna melancolía como la de la selva.

Nada tan fresco y tan perfumado y tan jóven.

Y añadid á esto el gemido del viento, el murmullo de las hojas, el canto de las aves, el balido de las ovejas, el ladrido del perro que las guarda, el canto del pastor, el zumbar de los insectos, el conjunto, en fin, que determina la voz múltiple, infinita, dulce, armoniosa, del espacio, de los árboles, de las corrientes, de las aves, de los animales, de los insectos.

¡Oh! ¡sí! la naturaleza, en la prodigiosa tierra de Granada, tiene todas las seducciones de las grandes hermosuras, y como ellas tiene tambien su ira.

Y como ellas desencadena la tempestad.

Y como ellas tiene el trueno, el relámpago y el rayo.

Se engalana como ellas, rie como ellas, como ellas se irrita, y como ellas seduce.

II

Las Angosturas del Darro, en el lugar en que apresura su límpida y undosa corriente al pié del empinado Sacro Monte, en que se asienta la colegiata Seminario de San Cecilio, no podian ser más encantadoras.

El rio que en el verano no es más que un grande arroyo, saltaba sobre unas piedras riscosas de un color de perla gris que se levantaban en medio de un pequeño ensanchamiento tapizado de césped y flores.

Grandes, esbeltos y graciosos álamos negros que cruzaban sus copas, determinaban el mareo opulento de aquel fresco y sombroso lugar.

La estrecha y profunda cortadura por donde entre los cerros corria el Darro, se prolongaba festonada por sombrosos cármenes, que acá y allá se comunicaban por medio de puentes rústicos formados con troncos de árboles.

El sol bañaba con sus últimos rayos la parte alta del Sacro Monte, dando á las hojas de sus árboles frutales un bello y vivísimo color de rosa.

Abajo, en la angostura la luz era blanda y fantástica.

Entre los árboles se determinaban penumbras caprichosas.

Allá en los fondos dominaba la sombra.

El aire era tibio y leve y el ambiente perfumado.

De tiempo en tiempo se oia el melancólico canto de un ruiseñor.

III

En el lugar que describimos, se acercaban de tal manera los flancos de la cortadura por cuyo fondo saltaba el rio en la parte de arriba del ensanchamiento, que un puente no muy largo de troncos, con balaustradas de ramas, ponia en comunicacion el un lado con el otro.

Sobre la cortadura, á la izquierda de la corriente, se veia con sus paredes blancas, sus persianas verdes, sus techos de tejas rojizas y su gran emparrado sobre una especie de glorieta empedrada de fino, con una fuente de mármol en el centro rodeada de tiestos de flores, una de esas posesiones deliciosas que en Granada se llaman cármenes y que más ó ménos extensos son á la par un jardin y una huerta.

Los cármenes de las Angosturas del Darro son incomparables.

Imposibles de describir.

Pequeños paraísos.

IV

Al otro lado de la cortadura, á la derecha del rio se empinaba el cerro.

Senderos orlados de higueras chumbas ó nopales y agudas pitas, serpeaban por la vertiente, dando acceso á una multitud de mesetas que se iban elevando hasta el pendiente camino del Sacro Monte.

En cada una de estas mesetas habia una cueva.

Cada una de estas cuevas tenia un corral y un huertecillo.

Aquellas cuevas eran viviendas.

Los que las habitaban gitanos.

La mayor parte de estos gitanos eran herreros forjadores de herraduras y clavos.

Estas cuevas que tienen en la entrada una puerta, y junto á ella generalmente una ventana enrejada de madera, están en su parte interior blanqueadas con cal.

La fragua que podia ennegrecerlas está fuera bajo un sotechado casi al aire libre.

Estas cuevas en su parte interior tienen senos más ó ménos grandes que sirven de dormitorios.

Los que viven con cierta comodidad cubren estos dormitorios con una cortina de lienzo blanco.

Las familias de los gitanos son numerosas.

Sin embargo se acomodan perfectamente en sus cuevas.

Hay en ellas aseo, y comodidad, y áun lujo.

Comodidad y lujo *sui generis*.

Todos trabajan: todos ganan.

Los hombres como herreros ó chalanes.

Las mujeres yendo á la ciudad á vender las paletas, las trévedes ó las parrillas que forjan los hombres y cordones de pelo, y cestas de mimbre, y libritos de los Santos Evangelios y diciendo la buena ventura ó echando las cartas.

Ellos son cuatreros, grandes ladrones de caballerías, pero jamás, sino con raras excepciones, se les cogerá en otro género de hurtos.

Ellas son honradas, y no se da jamás caso de que tengan amores con los *castellanos*, que así llaman á todos los que no son gitanos.

Son todos ellos zalameros, ponderativos, embusteros, alharaquientos.

Se ayudan mutuamente con una fraternidad, con un espíritu de raza admirables.

Cuando alguno cae preso todos se desviven por ayudarle.

Por hacer que el escribano eche polvos blancos á las declaraciones, ó si la causa es tan grave que no admite compostura por procurar su evasion al preso.

Tienen costumbres extrañas.

Prácticas misteriosas.

Hablan una jerga mezcla de castellano y *caló*.

Cuando hablan *caló* puro es necesario haberlos tratado mucho y ser muy prácticos para comprenderlos.

Los hay entre ellos que son unos admirables mozos y no es raro encontrar gitanas de una hermosura irresistible.

Ellos y ellas visten de una manera bizarra.

Son muy aficionados á los colores vivos y á las alhajas.

Las gitanas ricas se cubren la garganta de cadenas, de collares, de gargantillas, lo uno sobre lo otro.

Llevan grandes arracadas, peineta dorada, moño en la castaña y cuajadas las manos de sortijas.

Las que no pueden llevar finos estos relumbrones los llevan de quincalla.

Pero siempre el efecto es el mismo.

Resplandeciente, llamativo.

Todos y todas tocan la guitarra, cantan y bailan á maravilla.

Son gente alegre y chistosa y áun en sus duelos tienen una especie de gracia por lo hiperbólico de sus declamaciones, que harian reir sin la causa que las produce.

Son católicos apostólicos romanos, y sin embargo se entregan á prácticas tradicionales de una religion misteriosa.

Esto por supuesto cuando no hay entre ellos ningun extraño, y cuando de nadie pueden ser oidos ú observados.

En Granada hay gran número de ellos, y habitan ya en la larga pendiente que hay desde la cuesta del Chapiz hasta el Sacro Monte, ya en la parroquia de San Cristóbal, ya en la de San Cecilio, ya en fin, y estos son los más pobres, en las cuevas del Rabel á la izquierda del cerro de San Miguel, mirando hácia Sierra Nevada.

Casi sin excepcion en las cuevas que hay en el accidentado terreno de los alrededores de Granada sólo habitan ellos.

Ninguna de estas cuevas son naturales.

Todas han sido abiertas en los flancos de los cerros sobre las cañadas.

Este género de vivienda primitiva es la que se puede obtener con ménos gasto.

V

En la primera meseta que se encontraba cerca del puente rústico del cármen de que ya hemos hablado, habia una gran cueva.

En su género hubiera podido llamársela palacio.

Tenia una sucesion de espacios, á que daban luz perforaciones que servian de ventanas.

Una larga cuadra, encerraba ganado caballar y mular.

El tio Labrito, encubria con su profesion de chalan, otras industrias que eran las que habian hecho y aumentaban de dia en dia su fortuna.

Industrias secretas que puestas en claro le hubieran llevado á las manos del *buchí (verdugo)*.

Murmurábase, sin embargo, entre la gitanería, pero en voz baja, que el orígen de la fortuna del tio Labrito habia que buscarla en la perla de las gitanas del Sacro Monte, en Pepa la *Barbalí* (la magnífica).

Era esta una jóven como de veinte años, y contrariamente á lo comun en la raza *flamenca*, era blanca como el nácar y rubia como el oro: verdad es que tenia un par de ojos negros *como la mora* y lucientes como el sol, que no tenian nada que envidiar á los ojos más gitanos del mundo y un aliento que no habia quien la espantase ni peligro que temiese.

Ni siquiera los muertos la daban *gindama* (miedo)



EL GORILA, dibujo por Specht



LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrés

cuando es sabido el horror que los *cañís* (gitanos) tienen á los *mulós* (difuntos).

Todo esto era extraño y un conocedor podia poner muy en duda con gran fundamento la legitimidad gitana de la Barbalí.

VI

Decian algunos viejos del aduar, que veinte años ántes cuando María la Cuatrina mujer del tio Labrito no podia tener ya esperanzas de que Dios la diese hijos, y más no habiéndolos tenido nunca, habia empezado á engordar, que ya bastante gruesa se la habia llevado su marido á Murcia, y que á los tres meses habia vuelto sin grosura y con una hermosa niña recien nacida.

Hubo además la circunstancia de que, siendo muy pobre el tio Labrito, habia vuelto cargado como quien dice de *parpayas* (onzas de oro); él decia que habia hecho un buen negocio de ganado, y aunque todos sospecharon que aquello tenia que ver con la niña que habia traido y que allí habia mucha historia, todos *achantaron el mirlo;* es decir se callaron, porque el tio Labrito, que estaba en toda su fuerza, como que no pasaba de los cuarenta años, tenia muy mal genio, era muy malo con la *orate* (sangre) negra, y le daba una doble *mojada* (puñalada) de tijeras al lucero del alba por quítame allá esas pajas.

Se acostumbraron al fin, se fué gastando la murmuracion, y todos miraron á Pepita la Barbalí como hija legítima del tio Labrito y de María la Cuatrina segun lo rezaba la partida de bautismo que habian traido de Murcia.

VII

Cuando la Barbalí tenia ya veinte años y era la moza más hermosa y de más dote de toda la gitanería de las dos Andalucías alta y baja, nadie, porque fuese blanca y rubia y aseñorada, dudaba ya de que fuese gitana.

VIII

Para llegar al cármen que estaba frente á la cueva del tio Labrito, habia que bajar por un pendiente sendero que empezaba en el camino del Sacro Monte.

Un domingo habia fiesta delante de la cueva.

Habian acudido los mozos y las mozas.

Lo más terne y lo más bonito del aduar.

Tocaba unas seguidillas en la guitarra el tio Labrito, con unas manos de plata, á pesar de que ya tenia sesenta años, y algunos ántes se habia quedado viudo, lo que le habia achicado mucho, y su hija la Barbalí bailaba como una diosa con un buen mozo y repicaba unas castañuelas de granadillo, que de allí al cielo.

Parecia que un ángel se habia bajado á bailar á las cuevas.

En aquellos momentos, un hombre jóven aún, como de treinta años, distinguido, vestido de una manera elegante, con un bello traje de verano y acompañado de un hombre como de sesenta años, en cuya fisonomía se olia al curial, bajaba por el sendero que serpeando por el repecho conducia á la plataforma donde estaba con su huertecillo la cueva del tio Labrito y por delante de la cual habia que pasar para llegar al puente rústico que conducia al cármen.

Detrás de estos dos hombres, venia algo rezagado otro, que olia tambien que trascendia, á curial.

A causa de las accidentaciones de la ladera y del *zig-zag* del pendiente sendero, no se veian ni la cueva del tio Labrito, ni la plataforma ni por consecuencia la fiesta que en ella habia y á la que asistia una cincuentena de gitanos, gitanas, gitanillos y gitanillas.

Pero si no se podia ver sí se podia oir y la armonía y el jaleo del *cante* y del baile, subian sonoros por la vertiente.

De improviso el más jóven de los que bajaban se detuvo y se quedó como extático.

—¿Qué le sucede á usted, señor D. Juan? dijo el escribano que tal era la profesion del que seguido de su alguacil acompañaba al jóven.

—¿No oye usted, D. Cosme? dijo el llamado D. Juan que aparecia pálido y convulso.

—Sí que oigo, dijo D. Cosme: el que ha de ser su vecino de usted, y que es el depositario del cármen de que voy á poner á usted en posesion y su hermosa hija, se divierten como que es domingo.

Pero no veo motivo para la perturbacion que se nota en usted.

—¡Esas castañuelas! dijo D. Juan cuya voz sonaba más trémula.

—Las conozco, dijo D. Cosme: nadie ni la mejor bolera del mundo, repica las castañuelas como ella, ó los *palillos* como aquí se llama á las castañuelas.

—¡Esas castañuelas hablan! dijo más conmovido D. Juan.

Y habia en su mirada algo de una vaga insensatez.

—¡Hablan! ¡hablan! exclamó el escribano con un acento singular en que habia una expresion de conmiseracion como á causa del estado mental de D. Juan.

—Sí, hablan un lenguaje que yo no puedo explicar á usted; un lenguaje sin palabras; el lenguaje del sentimiento.

—No comprendo bien.

—¿Usted no cree, que los dedos de un sér humano, tocando unas castañuelas trasmiten algo del alma que los anima en el sonido que producen?

—Confieso que no veo muy claro.

—¿Cree usted que no revelamos en alguna manera nuestro ser moral en todos los actos de nuestra actividad?

—Confieso mi ignorancia, señor D. Juan; usted habla de cosas que yo no entiendo.

—La que toca esas castañuelas tiene el alma vehemente.

—Eso sí: la Pepa tiene un alma ¡que ya! digo si la conozco: yo no tengo otros motivos.

—Un alma poética impresionable; y como generalmente la belleza del alma está en relacion con la belleza del cuerpo, esa criatura debe ser ideal.

—Pues ha acertado usted señor D. Juan; Pepita es la mejor hembra que yo he visto en todos los dias de mi vida.

—No es adivinar, es sentir, ó lo que es lo mismo: tocar, ver.

—¡Pobre hombre! dijo para sí D. Cosme: ¡rematado! ¡chiflado!

Y luégo añadió alto:

—Pero todo eso que usted dice, no es una razon para que nos estemos aquí clavados como si hubiéramos echado raíces.

—Es que me he sobrecogido, como si se hubiese apoderado de mí una influencia terrible.

Y se puso de nuevo en marcha.

—No hay remedio, dijo para sus adentros el escribano: ¡loco de remate!

Y le siguió.

El alguacil continuaba siempre detrás.

De tiempo en tiempo D. Juan se detenia un momento y escuchaba estremecido.

El repique de las castañuelas tan expresivo para él continuaba, crecia su sonido á medida que se disminuia la distancia.

Despues de cada ligera detencion, D. Juan volvia á ponerse en marcha con una rapidez creciente.

Poco ántes de desembocar en la plataforma donde tenia lugar la fiesta, le costaba al escribano que ya era viejo una gran fatiga el seguir á D. Juan.

Parecia que el repique de las castañuelas le atraia como el iman al acero.

Al fin llegaron.

IX

A la vista de los recien llegados el tio Labrito dejó de tocar.

Se interrumpió el baile.

Callaron las castañuelas.

Se cortó el cante.

—¡Cómo, señor D. Cosme! dijo el tio Labrito que habia salido al encuentro del escribano; ¿tanto bueno por aquí?

—Sí señor, tio Labrito, dijo el escribano: aunque hoy, por ser domingo no es dia hábil, vengo con este señor que es D. Juan de Santistevan á ponerle en posesion de su herencia.

—¡Pues por muchos años! dijo el tio Labrito; ¿con que sumercé, señor, es el sobrino de D. Pedro el que se murió no se sabe de qué? ¡Fué una lástima! ¡un tan buen sujeto!

D. Juan no contestó al tio Labrito, más aún: no le oyó.

Estaba absorto, como petrificado, con la mirada inmóvil contemplando á Pepa que le miraba con una picante extrañeza.

Habia en ella algo de epigramático, de burlon.

Y sin embargo nada habia de ridículo en D. Juan fuera de la emocion con que miraba á la jóven.

—Este señor está algo tocado de la cabeza, dijo el escribano en voz baja al tio Labrito.

—¡Qué lástima! contestó en el mismo tono el gitano: pero si lo dice usted por lo de ahora á muchos les sucede lo que á él cuando ven por primera vez á la Pepa: se *chalan* y se les va el *pesqui* á paseo.

—¡Señor D. Juan! dijo el escribano tocando dulcemente en un hombro al jóven.

Pareció como si este hubiera despertado de un sueño.

—Este amigo, le dijo el escribano, es el señor José Gargoles, alias el tio Labrito, uno de los testamentarios nombrados por el señor tio de usted, y al que se ha nombrado depositario de la herencia, que es el cármen de los Avellanos, que se ve desde aquí al otro lado del tajo.

Don Juan arrojó sobre su herencia una rápida mirada indiferente y se volvió para mirar á Pepa que ya no se ocupaba de él.

En cambio un gitano buen mozo, como de veinticuatro á veinticinco años, encarnizaba su mirada fosca y malévola y claramente celosa y agresiva en D. Juan.

Este le recogió en una mirada sombría.

El gitano se puso pálido.

Empezaba un drama.

Pepa estaba hablando y riendo alegremente con otras gitanas vuelta de espaldas á D. Juan.

El escribano le llamó de nuevo la atencion.

—Vámonos hácia el cármen le dijo; miéntras llegamos el señor José irá por las llaves.

D. Juan siguió perezosamente á D. Cosme.

Parecia que la atraccion de Pepa le retenia.

Entraron en el puente rústico.

En medio de él se detuvo D. Juan.

El profundo cajon, en el fondo del cual saltaba sobre las peñas el Darro, causaba vértigo.

Del agua al puente habia por lo ménos una altura de treinta metros.

—Magnífico lugar para acabar con la vida cuando no se pueda sufrir, dijo D. Juan.

—¡Cáscaras! exclamó aparte el escribano: pues este pobre está más malo de lo que parece.

Sobrevino el tio Labrito.

Traia una porcion de llaves contenidas en una correa.

—Vamos andando, dijo: su mercé lo va á encontrar todo como lo dejó su señor tio: hasta la cama en que se le encontró muerto: yo no sé lo que dijeron los médicos que fué: pero yo digo que fué un *singulto* de que no volvió aunque yo le dí una untura fuerte de las que no dejan ni un pelo á un bicho. Y gracias á que el buen señor tenia hecho testamento: ya se ve, como tenia la manía de vivir solo, no hubo quien le socorriera: y yo se lo tenia dicho: su mercé está muy cascado, señor D. Pedro, seria bueno que se quedase con su mercé uno de los mozos; el mejor dia despierta su mercé en la *eterniá*.

Entre tanto y habiendo atravesado la glorieta cubierta por el emparrado, el tio Labrito habia abierto la puerta de la casa.

Entraron en el recibimiento.

En él no habia mueble alguno.

En la cocina, que estaba á la derecha, no habia el menor indicio de menaje.

A la izquierda habia una salita con una alcoba.

Igual carencia de muebles.

Sólo un mal lecho en el dormitorio, junto á él una silla, al fondo un viejo armario.

Habia además en la casa otras cuatro habitaciones todas tambien desamuebladas.

(Continuará.)

EL HADA DE LA FUENTE

I

D. Ferrando Laso Gonzalez de Castilla, llamado tambien el castellano de Monte Zamora, porque habitaba en una fortaleza situada á tres leguas de la ciudad de este nombre, regresaba un dia de caza de cetrería, pero sin halconeros, llevando solamente un neblí posado en su hombro y un lebrel que correteaba siguiendo al caballo de su dueño.

La tarde estaba hermosa y apacible. El sol, en su ocaso, desaparecia tras una banda de nubes purpúreas.

El cazador tenia sed, por cuya razon dejó la senda por donde caminaba, que conducia directamente á su castillo, entrándose en un bosque que habia á corta distancia en donde él sabia que manaba una fuente. Estaba ésta situada en un sitio delicioso, sembrado de corpulentos nogales, en un pradillo tapizado de verde y oloroso musgo. Al aproximarse al manantial el caballero vió con sorpresa á una jóven sentada en el rústico pilon y que vestida de blanco lino en nada se asemejaba á las campesinas de los alrededores de Toro ó de Zamora. Era la incógnita de rara y delicada belleza y parecia formada de rayos de luz y de gotas de rocío: tenia algo de diáfano y de sobrenatural: saludóla D. Ferrando quitándose el bonete y devolvióle ella el saludo, diciendo:

—Bien venido sea el castellano de Monte Zamora.

—¿Me conoceis?—preguntó el caballero.—Huélgome mucho de no ser un extraño para vos.

—Habito cerca de aquí, y no léjos de vuestro castillo; os he visto varias veces ir ó venir de caza y he oido á vuestros monteros y halconeros repetir vuestro nombre.

—Que afortunadamente no habeis olvidado. Si fueseis tan amable que me dijeseis el vuestro, le retendria eternamente en mi memoria.

—Nadie ha pronunciado jamás mi nombre; quizá no le tengo en la humanidad.

—Excitais más y más mi curioso deseo.

—Puede seros peligroso.

—Amo el peligro y sobre todo si proviene de vos.....

—Caballero, —interrumpió la incógnita poniéndose en pié,—fuerza es que os deje; ved la luna que aparece, vedla, porque nos conviene á los dos.

D. Ferrando miró á la luna creyendo observar en ella alguna particularidad. El satélite de la tierra salia de entre un grupo de nubes rojizas como una vírgen de entre las cortinas de su lecho.

Durante el momento en que el caballero habia contemplado al astro de la noche, la desconocida desapareció con gran sorpresa de aquél.

El caballero de Monte Zamora era huérfano. La sangre juvenil bullia en él, y la necesidad de afecciones le atormentaba. La hermosura de la incógnita de la fuente, su voz melodiosa y sus miradas dulces como una caricia, le causaron profunda impresion.

Muchos dias, á la hora en que el sol desaparecia, volvió D. Ferrando al manantial del bosque, con la esperanza de hallar á la que siempre tenia grabada en su imaginacion; pero siempre en vano.

El misterio, el deseo contrariado, la soledad ociosa del campo, fueron causa de que una impresion fugitiva se convirtiese en verdadera pasion.

Una tarde, sentado al pié de uno de los nogales de la fuente y apoyado en un tronco, impulsado por sus amorosos pensamientos, exclamó suspirando:

—¡Ha sido un sueño, un hermoso sueño al que es preciso renunciar!

Al acabar de pronunciar estas palabras, oyó un acento melodioso que parecia como que cantaba dentro del manantial; las notas de aquella voz no se asemejaban en nada á las del ritmo humano; tenian la vaguedad de los sonidos que se pierden á lo léjos, y quizá pasando á través de la linfa, adquirian el penetrante titilamiento de los golpes dados en un cristal. Constituian una especie de armonía intelectual que halagaba directamente al espíritu sin tener necesidad de influir en los sentidos.

El caballero se puso en pié y se inclinó sobre la fuente, como buscando en su fondo el orígen de aquel canto divino.

En el fondo del manantial no se veian más que blancas piedrezuelas diseminadas en la arena dorada.

Volvió al pié del árbol para sentarse de nuevo y ¡cuál fué su asombro al ver ocupado su sitio por la beldad, hasta entónces tan inútilmente buscada!

Una encantadora sonrisa vagaba en los labios de la incógnita.

—¿Qué teneis, caballero?—dijo ésta.—Estais preocupado como el que pretende explicarse un enigma.

—Acabo de oir un canto sobrenatural, como quizá no ha llegado jamás á oidos humanos y he querido indagar de dónde provenia; creeria que de vos, si no os viera retirada de la fuente y silenciosa.

—Pues bien, yo era la que cantaba para distraerme.

—¡Vos! ¿Pero desde dónde?

—No seais curioso, caballero; la curiosidad satisfecha engendra el fastidio, padre de la muerte.

—Conoceros no seria morir y sí vivir la vida del alma. Quien cual yo ama no muere jamás, porque tiene la eternidad tras de sí.

—¿Me amais, pues?

—Como los héroes aman la gloria y los santos el cielo.

La incógnita se quedó pensativa.

—Pues bien,—dijo,—si hablais con sinceridad, volved aquí mañana ántes de la salida del sol. Adios. No me sigais.

II

Al dia siguiente en el momento del despertar de las aves, el castellano de Monte-Zamora se hallaba junto á los nogales de la fuente. Algunas pálidas estrellas brillaban aún entre los sonrosados vapores de la mañana.

La incógnita salió repentinamente de un grupo de cañaverales que se cimbreaban cerca del manantial. Bañada por la indecisa luz del crepúsculo matutino estaba aún más bella, más diáfana, más impalpable, por decirlo así. Una corona de miosotis ceñia sus rubios cabellos que parecian estar adornados por las diamantinas gotas del rocío; llevaba un ramillete de verbena prendido al cinturon de gasa que rodeaba su esbelto talle.

Estaba rodeada de un halo luminoso, como las madonas de los pintores italianos.

Por vez primera fijó en el caballero su límpida mirada, y éste observó entónces que los ojos que le miraban con insistencia tenian el color verde oscuro de las olas del mar.

Contemplóla mudo y como fascinado. Luégo tomó una de sus manos, que abrasó á besos y quiso prorumpir en palabras de amor; pero la incógnita puso un dedo sobre los labios del castellano, que se estremeció á aquel suave contacto, y le indicó que se sentara á su lado en el pilon de la fuente.

—Yo,—le dijo,—no soy hija de hombre, y mi morada es el recóndito cauce de este manantial. Los que han presentido mi existencia me llaman *el hada de las aguas*, y vivo dichosa mecida por las linfas y arrullada por la corriente.....

—¡Os amo!—interrumpió vehementemente el caballero.

—¿Me amais? sea. Por vos abandonaré mi recinto de algas y de conchas nacaradas, despertaré al amor de la tierra, compensada por sus suaves emociones que presiento desde que os he visto; pero tened en cuenta que nosotras sólo podemos sentir el amor de esposa.....

—¡Mi esposa, sí, mi esposa eternamente adorada!

—Sabed tambien, castellano de Monte Zamora, que vuestra afeccion hácia mí ha de ser tan pura como las aguas que nos han dado el sér, y tan firme como la hoja de vuestra espada.

—Más firme, amada mia; mi acero puede romperse en los combates.

—Un perjurio por parte de cualquiera de los dos ocasionaria vuestra muerte y mi intranquilidad eterna; porque nuestro dolor es, como nosotras, inmortal.

—¡Ah! no dudeis de mí; áun cuando quisiera no podria jamás seros infiel. Mi amor por vos no acabará nunca; porque el alma no tiene fin.

—Sea, pues. Acepto vuestro compromiso, que es un pacto. Os entrego mi anillo nupcial.

Y el hada puso en el dedo del caballero una sortija cincelada con una delicadeza que no igualará jamás el arte de los hombres. No pudo aquel contenerse; la estrechó á su corazon, y unió sus labios á los labios de ella; ambos sintieron el desprendimiento mutuo de dos almas que se compenetran.

Acordado el dia de la boda, se separaron cuando comienzan en los campos las rústicas faenas.

En la mañana de aquel anhelado dia, cuando D. Ferrando entró en el gran salon de su castillo, vió sobre la mesa del centro tres primorosas bateas de oro repujado. Una contenia barras de plata, otra lingotes de oro y la tercera estaba cuajada de diamantes.

Era el dote del hada de la fuente.

Media hora despues presentóse esta; en su velo nupcial habia rayos de sol, pétalos de flores acuáticas y aromas nunca aspirados.

Celebróse la boda, presenciada sólo por los servidores de la fortaleza y desde aquel momento la existencia de ambos esposos fué un encanto, un embeleso que no puede definirse ni expresarse en el lenguaje de la tierra.

III

D. Duarte, rey de Portugal, pidió auxilio á D. Juan II, monarca de Castilla, porque habia sabido que el sultan de Marruecos apercibia una gran flota de desembarco, que amenazaba á Lisboa. El soberano español, preocupado á su vez por la actitud de Muley Hasan de Granada, que reconcentraba huestes junto á la frontera, no se decidió á ir él mismo en socorro de su hermano de Lusitania; pero queriendo en lo posible atender á su cuita, mandó á los castellanos de Fuensaldaña y de Monte Zamora, que reuniesen sus mesnadas, y que se trasladaran al frente de ellas, al vecino reino, incorporándose á las banderas de D. Duarte.

La órden del rey cayó como un rayo en el castillo de Monte-Zamora; ambos esposos quedaron anonadados, pero no la discutieron. *Nobleza obliga* y rehuir los combates hubiera sido una vileza.

D. Ferrando reunió sus mesnaderos y desplegó su pendon que la castellana coronó con una guirnalda de miosotis. El momento de la despedida fué doloroso y al abrazar por última vez al caballero, la esposa que iba á quedar sola, le dijo estas solemnes palabras:

—«Acuérdate, Ferrando, de nuestro pacto. Si me eres infiel, si el amor por otra mujer penetra en tu corazon, estarás perdido para siempre. Yo podria perdonarte, pero *los Hados* no. Si llega este horrible extremo, una señal mágica te anunciará tu próximo fin; de todo mi cuerpo sólo volverás á ver mi pié derecho; y cuando le veas, todo habrá concluido.»

El caballero, por respuesta prorumpió en protestas de amor y de eterna constancia, y, dándose el último beso, ambos esposos se separaron.

La hueste castellana llegó oportunamente á Lisboa, pues la flota enemiga estaba ya anclada á alguna distancia de la ciudad. Componíase de cuarenta naos, mandadas por Tarik Abas, primo hermano del Sultan de Marruecos, y tripuladas por kabileños de la costa y piratas argelinos.

En Lisboa todo el mundo se habia apercibido á la defensa. Las murallas estaban coronadas de gente. Las mesnadas de Saldaña y de Zamora obtuvieron el puesto de honor de guardar la playa.

Caia la tarde. Se observaban con ansiedad los movimientos del enemigo. Trascurridas las primeras horas de la noche, la zozobra se aumentó porque la flota marroquí habia apagado sus fanales y se receló alguna estratagema. Con efecto, un mensajero llegado á la ciudad anunció que cuatro bajeles moros, forzando la ensenada de Moxla, arrojaban sus tripulaciones sobre la costa. El peligro era inminente; los jinetes castellanos corrieron al sitio del desembarque, y encontraron á las hordas enemigas posesionadas de una parte del litoral, haciendo señales para que se acercara el grueso de la flota.

Trabóse un combate encarnizado. El castellano de Fuen-Saldaña cayó herido en el primer encuentro y su mesnada se incorporó á la de Zamora. El caudillo español y los suyos hicieron prodigios de valor alentando el de los portugueses. Los africanos y argelinos peleaban á la desesperada, mas por fin fueron rechazados hácia el mar, teniendo que refugiarse en sus bajeles y dejando la costa sembrada de muertos. Las huestes desembarcadas eran numerosas y escogidas y aquella rota inesperada llevó el desaliento á la armada enemiga que zarpando al romper la mañana, desapareció en la lejanía como una bandada de espantadas gaviotas.

En Lisboa el júbilo fué inmenso. Toda la poblacion salió á recibir á los vencedores. Sabíase que la victoria se debia á las armas de Castilla, y cuando D. Ferrando entró en la ciudad al frente de sus mesnadas, una unánime exclamacion atronó el espacio. El buen caballero llegó al palacio Real, con el arnés acribillado, perdida una greva, rotas las barras de la celada y partida la espada en tres pedazos.

El rey quiso abrazarle, pero el castellano le detuvo diciendo:

—No se manche de sangre V. A., básteos con la púrpura real.

La hija del rey, la bellísima infanta Orosia, miraba con emocion al héroe castellano.

IV

Tres dias despues, cuando se supo en Lisboa que la flota marroquí habia entrado en el puerto de Tánger, medio deshecha por un temporal, el rey llamó á su cámara á D. Ferrando y le dijo:

—Caballero: habeis salvado á mis Estados de una catástrofe inminente. La gratitud no se explica, se prueba; y para probar la mia al rey de España que os ha enviado en mi ayuda, y á vos, que en mi servicio habeis llevado á cabo tales hazañas, sólo hallo un medio digno de mi grandeza, cual es el de ofreceros por esposa á mi hija, la infanta de Portugal. Vos descendeis de condes soberanos en Castilla, pero áun no siendo así, vuestro singular esfuerzo os hace merecedor de la realeza.

Al oir estas palabras, el castellano de Monte Zamora sintió un desvanecimiento. ¿Qué caballero puede rehusar la mano de una princesa real?, ¿y de una princesa como Orosia, de tan peregrina é irresistible hermosura? Porque la infanta era irresistible con su imponente belleza y con sus ojos de un negro fascinador y deslumbrante; más bien que entre las verdes frondas de Cintra parecia haber nacido en el abrasado suelo andaluz.

La tentacion era grande. El matrimonio de D. Ferrando y del hada no habia sido divulgado por causa del extraño orígen de ésta.

Titubeó aquél, mas al cabo encontró en la rectitud de su carácter el valor necesario para declarar la verdad al rey.

—Es un caso inaudito,—dijo el monarca,—y recelo que una influencia mágica pesa sobre vos. Mi buen limosnero el Arcipreste de Setubal nos sacará de dudas.

Hizo llamar al prelado, y enterado éste se expresó en los siguientes términos:

—Excepto los ángeles y los santos, sólo un espíritu puede influir en la suerte de las criaturas humanas; cual es el espíritu de las tinieblas. Los mitos antiguos y los séres elementales son aberraciones de imaginaciones extraviadas. Vos, pobre caballero, habeis sido engañado por Satanás bajo la forma de una mujer. ¡Que el cielo tenga piedad de vos! Vuestra alma está perdida si no conseguís sustraeros al maligno influjo en que estais envuelto; y sólo vuestra union con una esposa cristiana, nacida de mujer, puede obrar el milagro de vuestra salvacion, ahuyentando á ese engañador fantasma.

El castellano de Monte Zamora era supersticioso como todo el mundo en aquella época; la union con un espíritu precito le aterrorizaba; las razones del prelado eran de una verdad inconcusa. Además, miéntras se verificaba aquella conferencia, el caballero veia por una ventana, á un lado á la infanta Orosia, que deslumbrante de hermosura paseaba con sus damas por el terrado, y en frente el soberbio puerto de Lisboa, cuajado de naves. El rey sólo tenia un hijo niño y enfermizo y la princesa podia muy bien heredar el trono.

Era aquello como la tentacion del Thabor, y él un débil mortal.

Cedió por fin á ella, y su enlace con la infanta quedó decidido.

V

Llegó el dia de la boda. Verificada ésta segun el ceremonial portugués, la desposada debia esperar en su morada y en su lecho la llegada del esposo. Las mujeres estaban excluidas del banquete nupcial, sin duda para que no restringiesen la expansion, un tanto libre, de los convidados.

La princesa, pues, no bien salió del templo trasladóse con sus damas al castillo de Cintra, en donde los cónyuges debian residir una larga temporada.

Poco despues del medio dia, el rey y D. Ferrando, rodeados de los primeros caballeros del reino, se sentaron á la mesa del festin.

Este fué soberbio y alegre en extremo. El castellano, brindando con los más exquisitos vinos, sólo recordaba los fascinadores ojos de la infanta. Un mensajero que venia de España turbó por un instante aquella expansion. El intendente de Monte Zamora participaba á su señor que la castellana habia desaparecido de la fortaleza, ignorándose dónde se hallaba. Esta nueva conmovió á D. Ferrando, mas luégo se repuso, suponiendo que, segun las predicciones del Arcipreste, el espíritu maligno, viendo que se le escapaba su presa, habia huido para siempre.

Continuó, pues, el banquete más alegre y más animado. Las copas se chocaban, los brindis por Castilla y Portugal se repetian. El castellano de Monte-Zamora, que cada vez pensaba con más insistencia en la princesa, que le esperaba, se levantó para brindar por última vez.

La copa vaciló en su mano, ahogósele la voz en los labios, porque enfrente de él vió un pié de mujer, un

pié arqueado y delicioso, que iba y venia rasando los tapices del muro.

Un sudor frio humedeció su frente, sintió como el estremecimiento de una pesadilla: la prediccion del hada se habia cumplido

Trató de sobreponerse á su terror. Apuró de un sorbo la copa que tenia en la mano, abandonó precipitadamente la sala del festin y montó á caballo, y seguido únicamente de un escudero, tomó el camino de Cintra, buscando en el amor de su desposada, el olvido de su preocupacion y quizá de sus remordimientos.

Cuando el rey le vió ausentarse, hizo un significativo guiño á sus convidados.

En el camino de Lisboa á Cintra hay un riachuelo que desemboca en el Tajo, y cuya corriente se atraviesa por medio de un puente de madera. El escudero portugués que guiaba á D. Ferrando quedóse sorprendido porque el puente habia desaparecido, siendo así que horas ántes debió dar paso á la princesa y á su comitiva. Esto era una pequeña contrariedad, porque el rio lleva tan poca agua, que permite vadearle, y es tan poco profundo que deja ver los guijarros del fondo. El castellano de Monte Zamora metió su caballo en la corriente, mas apénas hubo llegado á la mitad, agitóse aquella, y creció súbitamente con la fuerza de un torrente desbordado. Perdió pié el animal; una tromba espumosa envolvió al jinete y á su escudero.

El agua fué subiendo con vertiginosa rapidez.

A los pocos momentos sólo se veian dos cabezas humanas que parecian flotar separadas del tronco.

Luégo, sólo se vió una, cuyos ojos espantados miraban al cielo por última vez....

Poco despues el rio presentaba su aspecto natural y las blancas parnasias se mecian blandamente en las verdes riberas.

F. MORENO GODINO



JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES

CRONICA CIENTIFICA

LAS ONDAS Y LOS OLORES

I

Los que permanezcan algun tiempo en bosques formados por árboles olorosos de una misma especie, observarán un hecho extraño: en ciertas direcciones aumenta la intensidad del aroma; en otras apénas puede reconocerse su existencia.

Cuando álguien se fija en el fenómeno atribuye su produccion al viento, y en muchas ocasiones no se equivoca; las corrientes aéreas traen hácia nosotros enérgicas sensaciones olfativas siempre que aquellas no sean demasiado violentas, ó las llevan á otros puntos cuando se alejan soplando en direccion contraria: obran sobre los olores del mismo modo que ejercen su influencia en el sonido, y nuestros órganos perciben tambien mejor ó peor unos y otros segun que la brisa camina desde el punto de orígen hácia el observador ó en opuesto sentido.

Mas si con mayor detenimiento estudiamos los hechos, presto advertiremos que no es aquella causa la única que influye en la variada energía de los efectos: sobre la costa hay sitios donde apénas puede escucharse el monótono y casi uniforme ruido de las olas y sitios donde aumenta hasta parecer amenazador: siguiendo las orillas de muchos rios y percibiendo de ordinario su continuo susurro, éntrase á veces en regiones, como la que se denomina cañada del *silencio* en el *Guadalquivir*, que bien claramente indica con su nombre el fenómeno que en ella se observa: en los bosquetes de naranjos atraviésanse determinadas direcciones que cambian á menudo, de un dia á otro, y en ellas apénas se advierte aquel olor de azahar tan fuerte y embriagador en los demás sitios.

Observad primero el hecho ó recordadle en este momento, si le habeis observado, y preguntaos en seguida: ¿cuál podrá ser la causa de tal fenómeno?

II

Desde que pudo pensarse en el secreto de la propagacion de los olores, y pretendió el hombre crear una teoría que la explicase, se hizo corriente admitir, sin más larga discusion, que pequeñas partículas desprendidas de la masa del cuerpo eran las que llegaban hasta nuestro olfato y nos impresionaban agradable ó desagradablemente.

Cosa parecida se pensaba tambien sobre las causas y agentes productores de mil fenómenos naturales.

La luz era una tenuísima sustancia que se difundia por todo el universo llenando los cuerpos que iluminaban mediante ella, conforme pudiera penetrar su masa diluidísimo gas.

El calor caia en vaporosas cascadas desde los cuerpos calientes á los frios, acompañando diferentes veces á su esplendente compañera y en distintas ocasiones aislado y solo.

La electricidad, ménos sencilla, debia su sér á la union de dos materias y se mostraba en toda la grandeza de sus fenómenos cuando aquellas accidentalmente separadas tendian á restablecer el equilibrio y á confundirse de nuevo en una misma masa.

¿Por qué, con mayor razon, no se habia de pensar lo mismo de los olores? ¿No se veia disminuir en muchas ocasiones la cantidad de esencia encerrada en un frasco al mismo tiempo que se perfumaba el ambiente?

III

Pero es el caso que al lado de estos fenómenos, expuestos segun los indicados principios de dispersion material, existian otros cuya teoría jamás pudo establecerse sobre fundamentos iguales.

Los sonidos que se engendran en las cuerdas y placas proceden de movimientos semejantes á los de la péndola de un reloj, ejecutados por sus partículas.

La ondulacion de estos es propagada luégo al aire; él la trasmite de capa en capa, y desplegándola en todas direcciones en ondas algo semejantes á las de la superficie de un estanque, las comunica á otros cuerpos que vibran tambien con el primero.

Así, la conmocion producida sobre el empedrado por las ruedas de un coche, hace *sonar* tambien los cristales de nuestras habitaciones; y al golpe fuerte dado en cualquier rincon de un cuarto, responde el apagado sonido de los pianos é instrumentos de cuerda que haya en las salas vecinas.

¿Porqué el calor y la luz no han de ser algo parecido á esto? se preguntaron en varias épocas distintos físicos é investigadores. Pusiéronse en juego los medios que la ciencia posee para preguntar á la naturaleza, y luégo de tropezar con nuevos hechos incompatibles con la primitiva doctrina y en plena conformidad con esta, se dedujo que los rayos de calor y de luz se propagaban como los sonidos.

Más tarde, otro eminente sabio olvidado allá en los hielos de Suecia y Noruega, *Edlung*, demostró que á cierta forma de movimientos habia que atribuir tambien los hechos de electricidad, completando con los suyos una inmensa serie de trabajos realizados por diferentes físicos en el mismo sentido, y la de los descubrimientos que los coronaron.

Desde entónces no se teme tropezar con efluvios de materia lumínica, térmica ó eléctrica; se piensa que todo se halla agitado por pequeñísimas oscilaciones que dan animacion y vida al universo, y sólo se piensa que hay tenuísima y confusa mezcla de vapores que engendran sus aromas, conservándose para estos efectos la exclusiva aplicacion y especial monopolio de la doctrina antigua.

IV

Debiéndose los olores á emanaciones materiales, segun lo corrientemente admitido, hé aquí las principales consecuencias que deben ser en cada caso fáciles de comprobar.

Dando un cuerpo partículas para embalsamar el espacio, debe perder siempre algo de su peso.

Las sustancias más volátiles, aquellas que se difunden más fácilmente en la atmósfera, tendrán que ser las más olorosas y aquellas cuya presencia perciba más pronto el olfato.

Cuando haya en un mismo sitio dos, tres, cuatro orígenes de aroma, se percibirá éste dos, tres, cuatro veces más intenso en todos los puntos del espacio.

Estas son las más inmediatas, legítimas y necesarias consecuencias de la teoría material de los olores; estos los hechos cuya produccion debia observarse á cada paso: y sin embargo, es lo cierto que acontece muy á menudo lo contrario

Un grano de almizcle perfuma años y años una habitacion y no pierde nada de su peso. Este hecho citado como ejemplo de divisibilidad de la materia, es ántes bien, segun observa un físico americano, un dato en contra de la doctrina de las partículas olorosas.

Además, respecto á la segunda ley, es fácil recordar que no se cumple tampoco. Recordemos las variadas propiedades de dos ácidos de nombres bastante parecidos; el *carbónico* y el *carbólico*. El primero es gaseoso á la temperatura ordinaria, dentro del lenguaje corriente puede decirse que es más que volátil, y sin embargo, no huele: el segundo no se evaporiza hasta temperaturas relativamente elevadas, siendo, no obstante, penetrantísimo su olor.

Estos contrastes, que pueden multiplicarse en gran número, nos dicen que no son los cuerpos más volátiles los más aromáticos.

Lleguemos al último punto. Luz agregada á la luz, y sonido agregado al sonido engendran á veces, segun se dice vulgarmente, oscuridad y silencio, porque siendo originados por movimientos pendulares, podrán ser de sentidos contrarios los que lleguen á un mismo punto del espacio procedentes de dos focos distintos, y neutralizar se uno con otro. Si aquellos fueran sutiles materias, no podria esto acontecer jamás, porque agregando una masa á otra resulta en todo caso la suma de las dos.

¿Qué acontece en esto con los olores? Los datos que citábamos ántes referentes á los bosquetes con flores de un mismo aroma revelan la existencia de un fenómeno parecido al que se presenta con el sonido y con la luz. Algun experimento más anuncia lo mismo. Si estudios más delicados lo confirman, habrá que admitir que la produccion del olor en los cuerpos es debida tambien á un movimiento especial; y que no son pedazos de los pétalos de una rosa ó partículas desprendidas de un cadáver los que llegan á nuestro olfato para hacernos gozar ó causarnos repugnancia, sino ondas procedentes de pequeños movimientos que agitan tambien nuestros nervios en consonancia con ellas.

Esto parecerá á muchos peor en el primer caso y mejor en el segundo, pero será indiscutiblemente y siempre, más puro y más ideal.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 20 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 86

MELANCOLÍA, cuadro por Liesen-Mayer

REVISTA DE MADRID

Rafael Calvo y su compañía.—Viaje á América.—Pérdida para los teatros de la Península.—La ancianidad de Valero.—La ambicion del peso duro.—Conformidad del género de Calvo con los países americanos.—Veneracion por don José Echegaray.—Historia retrospectiva de un vaso.—Los derechos del autor en América.—Valero y Juarez.—¿Irá Calvo á Nueva York?—El muro de la política.—Miss Leona y los leoncitos de M. Cavanna.

Dias atrás me encontré en la calle del Príncipe con el apreciable actor D. Ricardo Calvo, quien me dijo:

—Esta misma noche partimos para Barcelona.

—¿Y despues?

—Despues, el dia 15 nos embarcamos todos en el vapor francés *Bearn* para Buenos Aires.

—¿Y su hermano de V., Rafael?... ¿qué dice?

—Va muy contento... Lleva grandes esperanzas. Nos ha infundido á todos el entusiasmo artístico. Empezaremos nuestra campaña teatral por Buenos Aires y la terminaremos al cabo de tres años en Méjico. Quizá daremos tambien á la vuelta una serie de representaciones en Nueva York, donde, como es sabido, hay una colonia española muy numerosa....

Así continuó la conversacion durante un buen rato, hasta que el simpático *galan jóven* se despidió de mí verdaderamente emocionado.

* * *

Madrid ha perdido pues algunos notables elementos del arte dramático. La presencia de Rafael Calvo y su compañía se echará de ménos cuando llegue la temporada teatral y la encontremos aún más deficiente de lo que ha sido en estos últimos años.

Hace tiempo que el arte escénico agoniza en España.

Triste es decirlo; pero es la verdad: no hay actores.

Y de los pocos que nos quedan, Valero es una gloria nacional, abrumada bajo el peso de los años, que no son, sin embargo, tan numerosos como sus coronas y sus triunfos. Pero la indeclinable ley de la vida no puede quebrantarse. El insigne creador de *La carcajada*, de *La aldea de San Lorenzo*, de *El maestro de escuela*, de *El avaro*, de *Luis Onceno* y otras cien obras escénicas se halla ya á punto de bajar el telon de boca definitivo sobre su gloriosa y accidentada existencia.

Valero podrá ser todavía durante algunos años un excelente director de escena; podrá ser magnífico dechado para la juventud que estudia y dirige su ambiciosa planta por el camino del arte escénico. En el Conservatorio podrá prestar eminentes servicios; pero las tablas no son ya pedestal adecuado para el gran artista.

Ha cumplido maravillosamente la mision encomendada á su difícil carrera. Ha hecho sentir, llorar, estremecer á dos generaciones de espectadores, ha trasportado con majestad sublime por el mundo, todas las pasiones y los sentimientos humanos; ha expresado con inimitable verdad todos los caracteres; ora ha sido audaz, ora humilde; tan pronto rey como pechero; unas veces anciano lleno de virtudes, otras veces varon lleno de vicios; la sordidez, la avaricia, el orgullo, la hipocresía, el amor, el contento del alma, todo lo ha representado tan á lo vivo, que los diversos públicos presentes en sus interpretaciones han estallado en frenéticos aplausos y le han rendido más ovaciones que á ningun poderoso magnate de la tierra.

Pero todo tiene su término.

Hoy tributamos los últimos aplausos á Valero, como los poetas y las gentes soñadoras saludan al sol que se hunde tras las montañas.

* * *

Despues de Valero, nos quedaban todavía dos actores capaces de conducir el arte escénico por brillantes caminos: Calvo y Vico.

Pero Calvo se nos ha ido. En uno de esos instantes en que el artista más mimado por la gloria se acuerda de que es hombre y sueña con montones de oro que le permitan satisfacer todos los apetitos, Rafael Calvo tuvo la vision de los pesos duros de América y comunicó sus dorados ensueños á toda su compañía.

Una noche de la última temporada, me sorprendió en el teatro Español el lenguaje de los principales actores.

El afan del negocio los habia invadido. Ricardo Calvo soñaba vagamente con la proyectada excursion á América de donde habia de traer gran cantidad de miles de duros.

Donato Gimenez me decia:

—Ya es hora de que nos preocupemos del porvenir.... Nos vamos haciendo viejos.... El trabajo teatral consume el pulmon y las fuerzas; el peso de los cascos oprime la cabeza; el albayalde, el carmin y el negro de humo arrugan la faz y destruyen la epidermis;... la memoria sufre tensiones dolorosas, los ensayos fatigan, y esas tres horas nocturnas de pasion ficticia, caldeadas por el vaho del gas de la batería y por la electricidad del público, rinden y abaten el mejor organismo. En América está nuestra fortuna.... Volveremos tal vez gastados é inútiles; ¡pero volveremos con mucho dinero!

Este sentimiento era el de todos; y hasta el último de los racionistas soñaba con pepitas de oro miéntras salia á anunciar á los personajes del drama que la mesa estaba puesta ó que una señora cubierta con un velo preguntaba por el amo de la casa.

* * *

Y han partido ya, con sus voluminosos equipajes compuestos de trajes y armas de todas las épocas, con pelucas, bigotes y barbas de todas clases y con un escogido é inmenso repertorio de obras dramáticas, donde palpitan situaciones interesantes, escenas de gran calor artístico, luchas, combates, peripecias y conflictos que sólo esperan la voz del apuntador para desarrollarse con toda su grandeza.

A decir verdad, no van descaminados los apreciables actores que parten como los antiguos argonautas en busca del vellocino de oro.

Rafael Calvo es, indudablemente, el actor más á propósito para conquistar el aplauso de los americanos. Siente con vehemencia y con pasion; tiene naturaleza de acero; dice sus papeles de un modo grandioso y exuberante que se hallará en consonancia con aquella tierra feracísima, con aquel sol ardiente, y con las imaginaciones de los que viven al influjo de tal naturaleza. Las obras de Echegaray, de Zorrilla, del Duque de Rivas, y nuestro teatro antiguo, pomposo y esplendente como ninguno, llenarán de entusiasmo el vibrante corazon de los espectadores de América.

Los dramas de Echegaray serán el evangelio que esos apóstoles artísticos predicarán por las hermosas comarcas donde corre el Rio Plata.

Su veneracion hácia D. José (como le llaman) tiene algo de la veneracion religiosa. Sufririan resignados el martirio en defensa de *El gran galeoto* y moririan con gusto entonando himnos que exaltaran *En el seno de la muerte.*

Jamás se ha visto mayor armonía entre un autor y unos actores.

Acude ahora á mi memoria un suceso.

Cuando se estrenó el *Conflicto entre dos deberes*, D. José Echegaray recibió en la mitad y al final del segundo acto una ovacion verdaderamente extraordinaria.

Rafael Calvo estuvo inspirado. Dijo aquello de....

Ni se ha hundido el firmamento,
ni han temblado las esferas

con una fuerza tal de ironía que provocó el frenesí del público.

Allí se interrumpió la escena, se rompió el hilo del encanto teatral y se hizo salir á Echegaray qué sé yo cuántas veces.

Luégo el acto concluyó rápido y soberbio. La llegada del hermano de Mercedes, la mirada de los dos enemigos; aquel reto fugaz como un relámpago que ilumina abismos y anuncia furiosas tempestades, causaron un efecto enlo quecedor en el público.

Infinitas veces se levantó el telon para hacer visibles al eminente autor y á los inspirados intérpretes de la obra.

Despues, entre bastidores, D. José Echegaray pidió un vaso de agua.

Parece que la ovacion teatral, como el hipo, exige esas libaciones.

Los dos hermanos Calvo (Rafael y Ricardo) estaban locos de contento.

Este último arrebató el vaso de manos del poeta.

—Lo quiero conservar—dijo—en memoria de esta noche.

Y en efecto, se lo llevó á su casa; y al dia siguiente llamó á un platero y le encargó que exornara aquel precioso recuerdo.

El vaso fué engastado en un elegante pié de plata, y todo alrededor del cristal se colocó una artística cinta de la misma materia con esta inscripcion: *En este vaso bebió D. José Echegaray al concluir la ovacion del acto segundo de* CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES.

* * *

Con la anterior digresion me he desviado. Quise probar el cariño que profesan á Echegaray todos los actores de la compañía de Rafael Calvo, con este, por supuesto, á la cabeza.

Por otra parte, el fecundo autor de *Un milagro en Egipto* es ya muy popular en América. Todas las compañías de por allí han puesto en escena sus obras.... Pero ¡cómo las habrán puesto! Ahora verán los americanos lo que va de lo vivo á lo pintado.

Los teatros de América no pagan derechos á los autores españoles. ¡Hace falta un Tratado de propiedad literaria con los Estados americanos!

Echegaray me decia una vez que hablaba con él de esto:

—Sí; no solamente se han representado mis obras en los teatros de América, sino que tambien se han publicado la mayor parte de mis dramas en los folletines de los periódicos de allende los mares. Esto supone para mí un desnivel de más de *treinta mil duros!*

Volviendo á mi primitiva idea, afirmaré que Rafael Calvo y su compañía realizarán pingües ganancias en América.

En Méjico fué D. José Valero, en otros tiempos, muy festejado. El decano de nuestros actores guarda del presidente Juarez gratísimos recuerdos.

Esta es su idea permanente. Siempre que aquí le ocurre algun sinsabor artístico exclama el gran actor:

—¡Ah!... no me hubiera pasado esto con Juarez en Méjico!

* * *

Pero yo no sé que á Nueva-York hayan ido jamás actores españoles.

Si Calvo realiza su proyecto, será el Colon teatral de aquella tierra.

Donde se han aplaudido actores franceses é italianos, ¿por qué no ha de haber tambien aplausos para los españoles?

* * *

Puesto que todos los asuntos de actualidad se *sublevan* contra el revistero que no puede ocuparse de cuestiones políticas, concluyamos pasando revista á los espectáculos públicos.

En el Circo Hipódromo de verano, miss Leona ha *debutado* con la misma fortuna de siempre.

Eso parece una resurreccion. Se dijo hace tiempo que la simpática artista se habia inutilizado. Tal vez fuese verdad; pero hoy por hoy la dentadura de la escultural gimnasta se halla en magnífico estado. Todas las noches se llena el Circo de un público entusiasta.

Por otra parte, en la coleccion zoológica de Cavanna ha ocurrido un caso singular: han visto la luz dos leoncitos que se exhiben por las mañanas á los espectadores.

El señor Ducazcal, dueño del Circo Hipódromo, piensa dar una funcion á beneficio de los niños, donde tengan entrada los alumnos más aplicados de las escuelas madrileñas.

Pero lo nuevo del caso es que Ducazcal tiene el propósito de invitar para esta funcion á los leoncitos de M. Cavanna.

—¿Con qué objeto?

—Para que los leoncitos vean trabajar á miss Leona.

PEDRO BOFILL

Madrid 18 agosto de 1883.

NUESTROS GRABADOS

MELANCOLÍA, cuadro por Liesen-Mayer

¿Por qué busca la bella dama la soledad, esquivándose, siquiera momentáneamente, al trato con sus semejantes, para absorberse por completo en sus pensamientos? ¿De qué procede esa nube de melancolía que vela su rostro, esa expresion de tristeza que con mano tan diestra ha representado el artista? ¿Por qué pasea distraida sus miradas por la mansa superficie de las aguas ó las fija con insistencia en el azulado firmamento? Siendo jóven, hermosa, rica, no es fácil atinar con la causa de semejante estado de su ánimo. ¿La producirá la ausencia, el amor ó alguna amarga decepcion? No queremos aventurar juicios temerarios: nuestras lectoras, más competentes en cuestiones femeniles que nosotros, más conocedoras del corazon de la mujer, puesto que es el suyo propio, adivinarán seguramente por el semblante de la heroína de nuestro cuadro el motivo de la melancolía que de tal suerte se enseñorea de todo su sér.

SALUTACION MATUTINA, cuadro por Cárlos Wunnenberg

Apénas los primeros rayos de la aurora disipan las tinieblas de la noche, cuando la jóven sacerdotisa abandona el templo y endereza sus pasos á la selva vecina. Las cándidas palomas, no más cándidas que la hermosa vírgen consagrada al santuario, descienden de las copas de los árboles y reciben de la madrugadora jóven el alimento del templo, que no sólo respeta á las aves, sino que atiende á sus necesidades.

La mitología elevaba á muchos irracionales á la categoría de cosas sagradas, y áun en determinadas creencias esos irracionales adquirian el carácter de dioses. El cocodrilo, la serpiente, el buey y distintos otros animales fueron adorados por pueblos ignorantes, que necesitaban materializar sus creencias ó darse explicaciones extraordinarias de cosas las más naturales.

El cuidado con que las palomas del bosque son atendidas por la moradora del templo, nos inclina á creer que el peristilo del cuadro es parte de un santuario dedicado á Vénus, en cuyos altares se depositaban aves de aquellas, como pia ofrenda. Quizás las que acuden al cebo de la jóven sacerdotisa han figurado ya en el ara de la diosa y de allí han pasado á poblar la contigua selva. Si así fuese, ménos malo que si los servidores del templo las hubiesen empleado en sazonar un clásico arroz.

La paloma es un animal simpático y tan propio para simbolizar el amor que hasta hace poco una pareja de ellas decoraba casi todas las camas nupciales. Sin duda por esto, en nuestros tiempos en que el amor es casi otro mito, se va suprimiendo aquel adorno y se multiplican los bárbaros tiros de palomas.

SU EXCELENCIA ILUSTRÍSIMA, por Enrique Serra

Si nuestro paisano, el distinguido artista autor de esta hermosa composicion, se ha inspirado para ella en el trato de algun prelado romano, hemos de confesar que ese príncipe de la Iglesia merece serlo.

Rostro inteligente, respetable y dulce á un tiempo, porte distinguido, conjunto armónico, sabio sin afectacion, grande sin vanidad, afable en su opulencia, el prelado de Serra es tal como la exigencia del pensamiento concibe á las eminencias de la corte pontificia, en donde, dígase lo que se quiera, nunca las nulidades escalaron primeros puestos.

Con avidez se entrega al estudio, leyendo inmensos *in folios* que le sirve un paje, vestido con hábitos clericales: este muchacho hará carrera; parece inteligente, tiene á mano todos los medios materiales para adelantar y perfeccionar su instruccion y le cobija la buena sombra de Su Excelencia Ilustrísima.

La composicion del cuadro es sencilla: más que cuadro es un estudio hecho con cariño. El conjunto, sin embargo, es agradable. En el interior de esa biblioteca se respira aire impregnado de ciencia y de tranquilidad. Si ese respetable prelado existe, todos deben acercarse á él con respeto; no precisamente porque es prelado, sino porque su aspecto es el de un hombre venerable cuya cabeza ha encanecido en el estudio, cuyas manos únicamente se han levantado para bendecir, cuyo pensamiento únicamente se ha fijado en Dios para adorarle y en los hombres para serles útil.

CAMPESINO CORDOBÉS, apunte del natural por J. Marqués

Nuestro distinguido compatriota, que es un artista tan discreto como estudioso, ha aprovechado una excursion por la pintoresca Andalucía para llenar su cartera de una preciosa coleccion de cróquis y apuntes tomados del natural en aquella tierra tan abundante en asuntos para inspirar á un artista. Muchos son los tipos que de sus característicos habitantes ha copiado, algunos de los cuales tendremos ocasion de publicar en nuestro periódico, siendo uno de ellos el que hoy damos á luz, trabajo hecho á la pluma en brevísimo espacio de tiempo, pero no por eso ménos acertado, ménos natural, y en el que se echa de ver que si bien en las deliciosas riberas del Bétis predomina la poesía, tampoco falta la prosa, personificada en los desgraciados campesinos de algunas de sus comarcas.

EL ALBAICIN EN GRANADA, dibujo por J. M. Marqués

Madrid tiene sus Barrios Bajos.

Granada tiene sus Barrios Altos.

En aquellos, como en estos, reside la flor y nata, cual si dijéramos la *crême*, de la gente del bronce.

Esto hace que los forasteros, los aficionados á estudiar las costumbres típicas de los pueblos, visiten con especialidad esos lugares y que el Albaicin sea tan frecuentado como la Alhambra.

Despues de todo, la visita tiene sus atractivos. Recorriendo las tristes y fangosas calles de ese destartalado barrio, se respira aire impregnado de musulmanismo: los viejos casuchos cuyas paredes remendadas fueron construidas por los hijos del profeta, albergan unos moradores cada uno de los cuales pudiera servir de modelo para un cuadro que representase una escena granadina del tiempo de los abencerrajes. Las cuevas abiertas en las peñas sobre las cuales se levantan los vetustos caserones del Albaicin, son las mismas que habitaron los párias desidiosos de aquella sociedad, sustituidos presentemente por familias de gitanos, tan desidiosos, tan sucios y tan *africanos* como lo fueron sus predecesores.

Examinad sus rostros y os parecerán tostados por el sol del desierto; oid sus cantos y los confundireis con los melodiosos gemidos de los árabes; reconoced sus instrumentos y son los instrumentos de sus progenitores; presenciad sus danzas y creereis estar en presencia de las decantadas bayaderas; fijaos en su traje ó mejor en su desnudez y creereis encontraros entre una tribu de la Kabilia.

Todo esto viene á la imaginacion en el Albaicin. ¿Qué es de extrañar que el Albaicin llame la atencion de cuantos visitan á Granada?

Fortuny, el grande artista, el poeta oriental de la pintura moderna, tenia una gran prediIeccion por este barrio. Todavía hay en él quien le recuerda: nada tendria de extraño que se encontrase en él quien aún le llora!....

EL CUERPO DE GUARDIA, cuadro por M. Charlemont

La partida de dados que están jugando los pajes del lindo cuadro de M. Charlemont no es probablemente más que un pretexto de que este artista se ha valido para representar en el lienzo los airosos trajes de la corte de Francisco I, vestidos por apuestos mancebos, en las más graciosas actitudes. Paños, brocados, terciopelos, pieles, sedas, joyeles, todo se armoniza en esta obra del modo más acertado con los tapices de apagados colores que forman el fondo del cuadro y hasta con el sedoso pelaje de los soberbios perros daneses que completan tan agradable conjunto. Esta combinacion de colores y de trajes, el perfume puramente arcaico que parece desprenderse del lienzo, y el cuidado exquisito con que el autor ha pintado todos los objetos y todos los detalles, ha hecho que su obra mereciera el aplauso de cuantas personas han visitado la reciente Exposicion de Bellas Artes celebrada en Paris.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuacion)

—¿Pero es esto lo que se entregó á V. tio Labrito? dijo con el acento un tanto acentuado el escribano.

—*Que malos mengues me tragelen* si aquí habia más que lo que hay y un gato, que está allá en la cueva, dijo con voz ágria el tio Labrito; y á mí que no se me venga con esas, porque cuando se me hizo depositario se escribió y escrito está que se me entregaba el cármen tal como estaba: el señor D. Pedro era muy raro. como no se podia sentar en todas las sillas á un tiempo y no venia aquí nadie, las vendió todas y se quedó con una sola y como comia en mi casa, vendió todo el ajuar de cocina, y en fin que lo que dejó ahí está: ¡la culpa tengo yo que me he metido en esto! ¡y sirva V. á los amigos para que luégo vengan con cargos!

—Que á V. nadie le hace, dijo el escribano.

—Y el que me los quiera hacer que lo mire, dijo el tio Labrito, que le planto una querella que lo baldo.

—Todo está bien, dijo D. Juan, porque yo viviré como vivió mi tio: Vds. cuidarán de mí.

—Ese es ya otro cantar, dijo el tio Labrito: haremos lo que podamos y todos quedaremos contentos.

—Pues no se hable más, dijo el escribano: vámonos á la cueva, extenderé la diligencia de haber puesto en posesion del cármen al señor D. Juan, gozaremos un rato del *jolgorio*, echaremos un trago y luégo nos iremos con la fresca.

—¡Y que nos espera una fritada y unos conejillos con arroz que hasta allí! dijo el gitano, y con unas cuantas azumbres de tinto de Baza y *pañicaró* para la sosiega, *de buten*.

—Andando y fuera penas, dijo el escribano, que el que las tiene es porque quiere, habiendo en el mundo buenas hembras y buen vino.

—Pues aquí tiene su mercé las llaves, dijo á D. Juan el tio Labrito; y V., D. Cosme, escriba V. bien claro, que yo he entregado el cármen tal y como á mí me lo entregaron.

—Pues por supuesto, dijo el escribano.

D. Juan puso en la puerta de afuera su llave y dejó pendientes de ella por la correa las otras.

—¿Qué, no cierra su mercé la puerta, señor? dijo el tio Labrito.

—No, dijo D. Juan distraido: desde ahora me quedo aquí.

—Pues mejor, dijo el tio Labrito, lo que ha de ser mañana que sea hoy; ya nos arreglaremos.

X

Pasaron el puente.

D. Juan iba disparado hácia la cueva.

Un gitano habia tomado la guitarra abandonada por el tio Labrito, habia vuelto el baile y repicaban de nuevo las castañuelas de Pepa.

D. Juan parecia trasportado.

El gitano que tocaba la guitarra, y que era el mismo que habia mirado de una manera agresiva y celosa á D. Juan, continuaba mirándole con una sombría cólera mal contenida.

D. Juan no le veia.

Estaba embelesado mirando á Pepa que bailaba con la gracia de Dios.

Se detuvo de nuevo el baile.

El tio Labrito dijo que D. Juan era el sobrino de su difunto tio y su heredero y que desde aquella propia hora se quedaba allí para hacer la misma vida que su tio.

Pepa torció su linda boca en un gesto incomprensible.

Todos los gitanos y las gitanas dieron la bienvenida á D. Juan: únicamente el que tan mal le habia mirado se esquivó por no cumplimentarle.

XI

Caia la tarde.

Se condensaba el crepúsculo.

La luna llena apareció sobre la cima de un monte y batió con su luz pálida las partes más culminantes de las Angosturas, dejando el resto en una sombra poéticamente misteriosa.

El escribano habia extendido la diligencia.

En la cueva habia una larga mesa, cubierta por algunos manteles muy blancos y orlada de platos ordinarios, pero muy limpios, al lado de cada uno de los cuales habia un cubierto de boj: cuatro grandes velones de metal de los llamados de Lucena, iluminaban la mesa; grandes panes de corteza retostada y jarros vidriados de gran cabida se veian acá y allá.

Aparecieron al fin las grandes fuentes de la fritada de jamon con tomates.

Todos tomaron asiento.

El tio Labrito colocó á D. Juan entre su Pepa y él en el centro de la mesa.

En frente entre el escribano y el alguacil, el gitano hostíl á D. Juan.

A derecha é izquierda los gitanos, las gitanas y los gitanillos que habian asistido á la fiesta, todos los cuales eran parientes más ó ménos lejanos del tio Labrito.

Todos, á excepcion de dos personas, comieron y bebieron como si para sólo esto hubieran venido al mundo.

Los dos que apénas comieron, pero que bebieron mucho, fueron D. Juan y su enemigo que se llamaba Joselito alias el Pinto, uno de los chalanes que más ayudaban en su industria al tio Labrito.

Cuando acabó la cena, despues de la sosiega del aguardiente, el escribano y el alguacil se despidieron y se fueron con los gitanos que no vivian en la cueva.

Entre ellos se fué el Pinto.

Pero no los siguió.

Se quedó rezagado á la entrada del sendero tras una grande higuera chumba.

Estaba allí tan bien oculto que solo buscándole con insistencia se hubiera podido dar con él.

En la cueva no habian quedado más que Pepa, el tio Labrito, dos gitanos que servian como criados y cuatro mozos y á más D. Juan.

Pepa se habia sentado á tomar el fresco entre las flores del huertecillo.

D. Juan, considerándose ya como un individuo de la familia, se habia sentado junto á ella.

El tio Labrito se habia sentado tambien.

No estaba fino, á lo que él creia, dejar á su hija sola con el nuevo huésped.

Tanto más que durante la cena D. Juan sin reserva alguna habia dado muestras de un enamoramiento loco.

El tio Labrito para hacer más agradable aquel tomamiento del fresco, tenia en el suelo entre las piernas un jarro de aguardiente.

El tio Labrito estaba á medios pelos.

Tomó de entre sus piernas el jarro, lo presentó á D. Juan y le dijo:

—¡Vaya! ¡tírele su mercé un bocado, que todavía cabe!

—Sí, dijo D. Juan; la embriaguez es una buena amiga.

—Eso mismo decia el señor tio de su mercé, dijo el tio Labrito, y para estar siempre bien acompañado se bebia media azumbre para almorzar, media azumbre para comer y para cenar otra media azumbre, y en los intermedios no dejaba en paz la calabacilla del aguardiente.

—Pues entónces no hay que preguntar de qué murió mi tio.

—Le diré á su mercé, señor D. Juan: el hombre ya se habia acostumbrado y el vino y el aguardiente eran para él lo *mesmito* que el agua: vaya otro traguito, señor D. Juan, que me parece á mí que está su mercé *apesadumbrao* y para las pesadumbres la *peña;* no tenga su mercé *cuidiao* que *naide* se muere por eso.

—La vida es una pesadilla, dijo D. Juan, y cuanto ántes se acaba mejor.

—Vaya, padre, que da tristeza oir á este señor, dijo con acento sonoro y lánguido la Barbalí, y yo me voy á acostar.

—*¡Jesú*, mujer, dijo el tio Labrito, y qué *desaboria* estás esta noche! ¿Pues no ves que este pobre señor viene enfermo, que se le conoce no más que se le ve!

—De manera, padre, que no está agonizando ni yo le hago falta para que viva, dijo con una ligera impaciencia y con un tanto como de desgano la Barbalí.

—Ya sé yo lo que es eso, dijo con acento duro y un tanto amenazador el tio Labrito: que el Pinto andará por ahí hulismeando, y tú no quieres que vea que tú estás junto al forastero.

—Vaya, padre, dijo Pepa entre respetuosa y altiva, que bien se conoce que V. no habla solo.

—Vamos á ver lo que tú quieres decir con eso. ¿que estoy *barlú* y no sé lo que me digo?

—No señor; yo no he querido decir eso: lo que yo quiero decir es que V. está siempre con recelos, y que ellos las más de las veces hablan por V.; que lo que es *barlú* ¿cuándo no es Pascua? ¿y eso que le hace? Con que vaya: buenas noches para todos y hasta mañana.

—Pues yo te digo que te sientes ahí, dijo con un grave acento de autoridad el tio Labrito, y al que le pese que reviente.



SALUTACION MATUTINA, cuadro por Cárlos Wunnenberg



SU EXCELENCIA ILUSTRÍSIMA, cuadro por Enrique Serra

—Vaya, pues, *gueno*, lo que V. quiera; lo mismo se me da á mí dormir aquí que en la cama, y no dirá V. que no le obedezco.

—Mire su mercé, señor D. Juan, dijo el tio Labrito: esta criaturita de Dios, que Dios me la ha dado y á su madre que en gloria esté, no ha venido al mundo más que para quemarme á mí la *arate* (sangre) y eso que es un pedazo de pan de buena, y caritativa que no puede ver una lástima, y más limpia que los chorros del agua y más *honrá* que el fuego, y cristiana, ¡vaya! que no se le apaga nunca la candelilla á la santísima Vírgen del Cármen que es su madrina; y esto de *noviajes*, ¿que si quieres? ¡pues ya se pueden arrimar al angelito, que todos los hombres, en buena hora sea dicho, le parecen poco ménos que trapos! ni la nieve que cae en la humbría por donde no pasa nadie está más limpia que ella; y no bajes tú los ojos, Pepilla, que lo que digo es más *verdá* que el pan de Dios que nos hemos comido hoy, y cuando se dice la *verdá*, completos.

—Eso digo yo, contestó Pepa levantando los hermosos ojos negros de los que arrancó destellos como de dos brillantes la luna; que no seamos tan completos que digamos lo que no le importa á nadie.

—Bien veo yo, dijo con una tristeza que tenia mucho de desesperada en su expresion D. Juan, que he entrado aquí con mal pié.

—¿Yo no sé á qué viene eso? dijo Pepa: mi padre tiene la culpa que da lugar á que se metan en estas honduras.

—Yo no sé por qué dices tú eso, chavala, dijo el tio Labrito, porque las honduras que hay aquí las puede pasar un niño descalzo sin mojarse.

—Si usté no buscara la boca, no diria yo lo que digo, respondió Pepa: en fin yo me entiendo y Dios me entiende, y en paz y lo que fuere sonará y yo no digo más porque no.

—Esto no es más que mi fascinacion, dijo D. Juan que no se podia contener.

—¿Qué es lo que su mercé ha dicho, señor, exclamó el tio Labrito, que yo no entiendo á su mercé?

—Vamos padre, dijo Pepa: como usted no sabe leer ni escribir más que su firma y no lee usted nada no conoce usted bien el lenguaje. Esto es lo mismo que si á este señor le habláramos en *caló purate:* se quedaria como san *Ginojo* en el cielo.

—¡Ya se ve, como tú eres una sábia, y no vas á Granada más que á la librería para ver si envian de Madrid algun libro nuevo y comprarlo y te pasas las horas de claro en claro atracándote de libro, véio tú ahí! Mire su mercé: algunas veces y no muy de tarde en tarde, se descuelga por aquí el señor D. Pedro Montoya, que es canónigo del Sacro Monte, y mi Pepita se mete en unas conversaciones con su mercé, que es un señor muy sabio, que yo no le entiendo una palabra: y mire su mercé, que su mercé el canónigo que es su confesor, la quiere como si fuera su padre, y si ella tuviera vocacion ya seria monja, que eso es lo que quiere D. Pedro, que dice, eso sí lo he entendido muy bien, que mi hija en la clausura seria como santa Teresa de Jesus.

—¡Ay Jesus mio! dijo la Barbalí: usted padre dice todo lo que tiene sobre el corazon, venga ó no venga á pelo.

—Los que son leales son francos, dijo D. Juan, y dicen lo que sienten.

—Pero todo el que conoce la prudencia, no dice lo que siente de improviso, porque ni sabe si puede haber inconveniente en decirlo y seria mejor callarlo, ó si pensará más tarde lo mismo que ha pensado de pronto; y que es muy flojo el corazon que no puede aguantar lo que siente y en seguida que lo siente lo vomita; y esto lo debia pensar mi padre, y no traerme á mí á una conversacion en que yo no hacia falta; y no digo más, que ya he dicho bastante y por fin buenas noches, que me duermo, y este señor me da licencia, y usted padre tambien.

—*Gueno*, hija mia, *gueno*, dijo el tio Labrito; que no quiero que digas que soy tirano contigo: pero dile á *Braquiañi* (cabrilla) y á la *Rechí* (caña) que vayan y pongan todo de limpio, hasta los colchones, la cama al señor D. Juan, que no está bien que duerma en las mismas sábanas y en la misma lana donde *palmó* su señor tio.

—Pues, por supuesto, dijo ya más afable la Barbalí; adios, buenas noches y hasta mañana.

—Adios hija y hasta mañana.

—Que Dios dé á V. un sueño de ángel, dijo D. Juan con la emocion de un enamorado.

—Muchas gracias, contestó con un acento ambiguo Pepa.

Y desapareció por la puerta de la cueva.

XII

—Vamos, otro trago, dijo el tio Labrito, que á mí me va entrando tambien el sueño, y en cuanto las chavalas le pongan á su mercé la *piltra* (cama) yo me voy á *sornar* (dormir) que el que trabaja ha de madrugar y al que madruga Dios le ayuda.

—Sí, sí, venga aguardiente, dijo D. Juan: estoy desesperado.

Y se embocó el jarro.

—¿Y porqué ha de estar su mercé desesperado? Vamos, ahora caigo; en que han andado Vds. con *diretas* (indirectas) mi hija y su mercé, ó su mercé y mi hija para que ella no vaya por delante.

—Ella será siempre la primera en donde quiera que esté.

—¡Acabáramos de reventar! dijo el tio Labrito: pues lo que á su mercé le pasa les pasa á todos con la Pepilla: no parece sino que es hechicera: pero tiene una virtud.

—Las tiene todas: una tal hermosura no pudiera ser si todo no fuera hermoso en ella.

—Pero es que su mercé no sabe la virtud que tiene mi Pepilla: y es que lo mismo que enamora á los hombres les hace tener paciencia y conformarse con que ella no los quiera: que hasta ahora no ha querido á ninguno, ni ninguno la ha perseguido: y á su mercé le pasará lo mismo: pasado mañana estará su mercé tan completo, como si ella le quisiera á su mercé aunque no le reciba á su mercé ni un requiebro.

En aquel momento sonaron dentro de la cueva las castañuelas de Pepa, y su voz dulcísima, cadenciosa, con ese *aquerelamiento* que es tan hechicero en las gitanas, cantó la copla siguiente:

Me vieron y se turbaron,
pero yo no me turbé,
que turbaciones son prendas
que no han de dejarse ver.

D. Juan que al sentir el repique de las castañuelas, se habia estremecido violentamente, al escuchar la copla se reprimió, para lo cual tuvo necesidad de toda su fuerza de voluntad.

¿Era aquella copla un aviso del favor ó un desahogo del desden?

En el estado de perturbacion en que se encontraba D. Juan, no podia determinar bien la intencion de aquella copla, que sin embargo, ejerció sobre él una influencia irresistible.

Disimuló: le dió valor lo que habia para él de una esperanza, aunque vaga, en el cantar de Pepa. La esperanza alienta.

—Vea ahí su mercé lo que son las muchachas que no tienen penas: á la cuenta la Pepilla se ha creido que teníamos conversacion para rato, y en vez de enviar las *piraldosas* (muchachas) á hacer la cama, se ha puesto á bailar con ellas.

(Continuará)

CARLOS FERNANDEZ-SHAW

POESÍAS

La época presente es cada vez más notable por la incesante aparicion de magníficos poemas; y, por lo mismo, es hoy muy difícil atraer las miradas del público entendido, solicitadas sin tregua por la valía de tantos.

Gran mérito supone, pues, cautivar la preferencia general; y hé aquí lo que ha conseguido por completo el elegantísimo Libro que el jóven Fernandez-Shaw acaba de publicar con el título de POESÍAS.

* * *

Pero ¿cómo no habia de fijar la atencion pública una serie de composiciones donde no se sabe qué admirar más,—si lo esmerado de la elocucion, lo selecto de las cadencias, lo animado de las imágenes, lo sentido de la poesía,—ó la sumision maravillosa de los más atrevidos pensamientos á las inflexibles leyes de la lengua, y á los más severos tipos de la dificilísima versificacion castellana?

Tal vez, escrúpulos personales de entusiasta cariño hácia el autor, debieran detener la pluma del que estas líneas escribe; pero la admiracion que le causan los sentidos versos del Poeta, pueden más que esos escrúpulos; seguro como está de que le darán la razon cuantos gocen los encantos de POESÍAS.

* * *

Desde luégo el jóven se revela, no solo como poeta de gran vigor y de estro exquisito, sino como naturaleza entusiasta sólo de los esplendores de lo verdadero y de lo bueno.

En su libro hay perlas, pero no hay que ir á sacarlas de pantanos pestilentes; hay pasiones, pero nunca orgías de delirios; ni en él se dan festines por las lágrimas que corren; ni hay desesperaciones convenidas; ni se tropieza en lo incomprensible; ni se hace el panegírico de las deformidades del mundo; ni se remueve el fango, para sacar de él sus mónstruos.

El libro, como todo lo bello, se halla siempre léjos de las mentiras del convencionalismo, y dentro de las realidades del sentido comun.

* * *

Conócese desde luégo que el jóven está nutrido en el estudio de los modelos; y, sin embargo, nunca es imitador.

Hubo un tiempo en que nuestra literatura erudita fué una esponja inmensa: esprimida, devolvia lo que habia absorbido. Empapada en las limpidas aguas de la Castalia fuente, sólo nos traia los aromas del Parnaso griego, incapaces ya de satisfacer el lujo refinado de la civilizacion presente.

El estudio de los clásicos se transforma en Fernandez-Shaw en su propia personalidad; como la lluvia de los cielos es aromosa y encendida flor en el rosal; gigante de sombra en el Cedro del Líbano; y benéfico purificador de las atmósferas viciadas en la frondosidad del Eucalipto.

* * *

Parecerá acaso exageracion el juicio formado de POESÍAS al que no haya leído tan extraordinaria publicacion. Más léala; y, á pesar de que siempre estamos dispuestos á rebajar la altura de toda clase de elogios, se sorprenderá muy á menudo formando parte del coro de aplausos con que la aprobacion general sanciona las bellezas del libro.

* * *

¿Quién no se une al autor, cuando, elogiando á Ruiz Aguilera, dice:

¡Cuánta grandiosidad, cuánta poesía,
ya en la lucha bravía,
ó ya en la inútil perezosa calma!
¿Y no admirar á aquel que siempre deja
en sus estrofas algo que refleja
la inmensidad, reflejo de su alma?
. . . .
¡Cuán tristes son los ecos de su lira!
No más dulce suspira
el aura resbalando entre las flores,
ni son más tiernos los quejidos vagos
de las ondas tranquilas de los lagos
al contarse en murmullos sus amores.

¿Quién no suspira con Fernandez cuando describe así el sepelio del gran lírico?

El viento quejumbroso resbalaba
y los muros besaba
del triste, solitario cementerio:
gemian las campanas lentamente,
y rodaban espesas por mi frente
las sombras de la angustia y del misterio.
De una nube en el seno enrojecido
el ancho sol caido
rápido por los cielos descendia;
iba tu luminar tambien muriendo
con los del sol sus rayos confundiendo.....
¡Eran dos soles al morir de un dia!
Lento el concurso hácia la fosa baja.....
se abrió la angosta caja
que encerraba tus míseros despojos,
se oyó el doliente religioso canto.....
¡Y no te ví! ¡las gotas de mi llanto
mataron el anhelo de mis ojos!

Es imposible citar todo lo bueno; ni áun lo que llama la atencion por la felicidad de sus rasgos: pero algo ha de citarse.

Véase la maestría y sobriedad con que está pintado el organismo, más bien social que mecánico, llamado á suprimir las nacionalidades:

. .
á la vez que, rugiendo enronquecida,
ya en el túnel voraz que la devora,
ya en la pradera que al placer convida,
paséase la audaz locomotora
como el arcángel de la nueva vida!!

¡Qué encanto hay en estos tres versos!

¡Ay! ¿qué fué del amor de los amores
más hermoso que el rayo de la luna
que salta en las corolas de las flores?

Simbolícense ideas como en el cuarteto siguiente, y nadie podrá vivir sin los encantos del ritmo.

¡Cuando el sol su cabeza fatigada
reclina en los sangrientos horizontes,
todo es sombra en la lúgubre hondonada,
todo es luz en la cima de los montes!!

Los anteriores versos son de la Oda titulada *Año Nuevo*, cuajada toda de bellezas admirables, y de donde son tambien los que siguen.

Antes que vuelva el huracan y el rayo
á cuya luz has de morir, sus flores
por las campiñas esparciendo Mayo
te brindarán aromas y colores;
y en los estivos meses,
y en las horas de calma y de sosiego,
oirás gemir las undulantes mieses
al rumor de cien ósculos de fuego.....

Para que se vea la originalidad de Fernandez-Shaw, hemos de copiar la siguiente balada, sin igual en castellano.

Tras aquellos murallones
nidos de oscuras prisiones,
cuyos duros calabozos
no ablandaron ni sollozos,
ni gritos, ni maldiciones,

vivia un Conde malvado,
que dejó doquier grabado
el sello de su furor,
solamente dominado
por el niño del amor.
El á una hermosa queria
y á su madre idolatraba;
y, cuando no enloquecia,
fiel á las dos consagraba
todo el espacio del dia.
Junto á la tranquilidad
vive siempre la inquietud;
junto al error, la verdad;
junto al crímen, la ansiedad;
junto al vicio, la virtud!
Junto al amor la sospecha
siempre iracunda vivió:
al Conde vil dirigió
su aguda, heridora flecha,
¡y el malvado sospechó!
Sospechó que á otro galan
su amante, infiel, adoraba;
sospechó ¡maldito afan!
que su madre acrecentaba
el fuego de aquel volcan.
Ardió en malditos anhelos:
Satanás reia, y Dios
llorando estaba en los cielos:....
creyó realidad sus celos,
é hizo matar á las dos.
Y al contemplar la agonía
de aquella hermosa mujer
que adoró, diz que decia,
colérico: «¡No has de ser
más que de la muerte, ó mia!»
Pasó el criminal momento;
meditó su pensamiento,
y algo tenaz y maldito
levantó su agudo grito:
¡gritaba el remordimiento!
Cuentan que cuando moria
esa luz crepuscular
con que se despide el dia,
rojos espectros veia
entre las sombras flotar.....
Y bajaba una cabeza
por el cielo, y otra en pos,
y con lúgubre tristeza
en la altiva fortaleza
entraban juntas las dos.
Buscaba al Conde inclemente
su madre, y sin el encono
que nunca una madre siente,
á su oido, balbuciente,
exclamaba: «¡Te perdono!»
En su frente delirante
dejaba un ósculo impreso:
la otra despues, anhelante,
en la frente de su amante
dejaba el ardor de un beso.
Y luégo las dos, llorando
con murmullo ténue y blando
aquel iracundo anhelo,
¡iban volando, volando
hácia la altura del cielo!....
A la mañana siguiente
á la noche en que sufrió
aquella inquietud creciente,
dos gotas de sangre vió
el Conde en su oscura frente!
No terminó su agonía
abrumadora jamás,
pues sobre su frente habia
al despertar cada dia,
dos sangrientas gotas más.
Y aquel martirio sin fin
destrozó su alma ruin,
hasta que, lívido y yerto,
una tarde cayó muerto
en la arena del jardin.

¿Puede darse una pintura más realista de la insanidad conocida con el nombre de «delirio emotivo?»

¡Cuánta originalidad!

* *

Pues, para haber originalidad en todo, hasta en lo que ménos podia sospecharse: en las formas!

Los poetas españoles no han gustado de combinar metros de tipos diferentes. Solo escribiendo silvas se permiten pasar del endecasílabo á su quebrado el heptasílabo; y, escribiendo en versos de ocho sílabas, á su fraccion de cuatro.

Fernandez-Shaw ha sido el primero en publicar combinaciones métricas nuevas, en que juegan fácilmente los versos de 13 sílabas, con los de 10 y los de 12.

Una muestra.

Ya se van acortando las tardes, bien mio;
ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor:
¡ay! ya el sol de mis sueños brillantes declina;
ya muy pronto la negra y audaz golondrina
se irá para siempre.... ¡con ella mi amor!
¡Cuántas veces al ver sus bandadas
entre nubes y mares lanzadas,
girando y siguiendo su errante volar,
he doblado con pena la frente
pensando y pensando tristísimamente:
¡Huyeron! ¡Huyeron! más ¡ay! ¿volverán?

* *

Todos cuantos críticos han juzgado el Libro de Fernandez-Shaw dedican capítulo especial á la circunstancia de no contar el autor sino apénas 17 años!

¡Qué dirian si hubieran visto, como el que esto escribe, sus primeros versos, compuestos á la edad de 12 años, cadentes ya, y nutridos!

Nadie admira el ágil y vigoroso salto del Leon, que, adulto, cae cual rayo sobre su presa; porque sabe que, de recien nacido, fueron ciegos, torpes y vacilantes sus movimientos. Pero ¿porqué no fijarse en que el águila, nacida allá en el tajo de picacho inaccesible, no pudo ensayar nunca sus vuelos, sino que hubo de salir volando bien de su nido, so pena de la vida?

Hay luces de luces. La luz de clara y odorífera bujía empieza visible apénas, crece luégo, parece despues próxima á extinguirse, y, por último, disipa las tinieblas con claridad limpia y suave. Espléndida iluminacion gaseosa simboliza las alegrías de una gran Ciudad. Letras de fuego, arcos de fuego, escudos ígneos de vetustas glorias, brillan por todas partes... Pero, para tan magnificente iluminacion, fué indispensable una luz anterior. Sin otra llama puesta en contacto con los juegos de gas, la Ciudad no habria podido manifestar su júbilo, desterrando con caprichos luminosos las sombras de la noche.

La luz eléctrica no es así: no necesita de otra. «Haya luz» dice el ingeniero; y, de repente, sin preparacion, sin crecimiento, sin vacilaciones, sin crepúsculo, aparecen en el espacio las cataratas coruscantes de una luz zenital.

Dada una determinada y especial combinacion de imanes y de hilos eléctricos, se convierte instantáneamente en sol toda fuerza existente en nuestro globo;—la combustion del diamante negro extraido de las hulleras—la asordante catarata que se precipita del monte coronada del iris—la atraccion de la luna que mueve las aguas de los oceanos en inmensas ondas de marea—las embestidas de los vientos que percuten las olas de las playas!.... cualquier potencia del Cosmos se convierte instantáneamente en luz, cuando pasa por una organizacion eléctrica apropiada.

Así el Poeta.

Pasen en imágen por una organizacion poética apropiada los crímenes de Neron,—las tribulaciones que puede traer el Año nuevo,—las glorias del fastuoso centenario de Calderon,—la severidad sin misericordia de los castigos de las Xanas,—la demencia de una amante infeliz..., y se tendrá el libro precioso con que un jóven—casi un niño—acaba de enriquecer la Lírica Castellana.

E. BENOT

ALGUNOS VACIOS DEL MUSEO DEL PRADO

Como el refran dice que lo cortés no quita á lo valiente, creemos nosotros poder afirmar con mucha valentía que nuestro Museo de Pintura es uno de los primeros del mundo, y no dejar de ser corteses declarando con igual llaneza que no encierra todo lo que fuera preciso para seguir en él un curso completo, por elemental que sea, de la historia de aquel arte.

Es, no sólo rico, sino riquísimo. Encierra más de 40 Tizianos, más de 60 Rubens, más de 50 Teniers, 10 Rafael, cuarenta y tantos Murillos, etc. etc., y posee además algo característico y sustantivo; sólo en él, por ejemplo, se puede conocer al gran Velazquez. ¿Quién no sabe estas cosas? Más aún, ¿qué buen español no las repite en todas partes? Pero, si entramos en nuestra Pinacoteca, con ánimo de recorrer prácticamente el desarrollo del arte, siquiera sea en sus momentos capitales, que es, á nuestro juicio, uno de los fines que su organizacion debe llenar principalmente, tocaremos bien de cerca sus inmensas lagunas, ya por lo que se refiere á la escasez de ejemplares típicos, pertenecientes á diversos períodos, ya en cuanto á la completa carencia de órden y sistema para el estudio histórico. Verdad es, que no sabemos que exista en toda Europa un museo de Pintura del cual no pueda decirse esto mismo. En todos se nota la falta de idea con que han sido formados y sólo en alguno que otro, como el de la Academia de Florencia, por ejemplo, hay establecido un cierto órden progresivo y á la vez de contraste que permite al estudioso formar claro concepto de la escuela toscana.

No es de extrañar ciertamente este fenómeno. Los Museos de bellas artes se han considerado hasta aquí sólo bajo dos aspectos; ó bien como destinados á la contemplacion y puro goce estético, ó dedicados exclusivamente al aprendizaje especial del artista; pero nunca como centros, donde la educacion artística, no la particular, sino la general hombre, tanto bajo el punto de vista de la inteligencia, como del sentimiento, debe desenvolverse. Con decir que la enseñanza del arte no tiene todavía cabida en ningun programa oficial de segunda enseñanza en Europa y con recordar las protestas que, contra su introduccion en el de las Escuelas, se levantaron, por la mayoría de los maestros, que podríamos llamar conservadores, en nuestro último Congreso Pedagógico, se explica con facilidad porqué los Museos no están organizados, por decirlo así, pedagógicamente. La necesidad no se ha sentido hasta ahora, y, si la funcion no existe, natural es que falte tambien el órgano encargado de realizarla.

No tenemos ánimo de decir, sin embargo, lo que en nuestra opinion debe de ser un Museo de Pintura, sino de indicar brevemente los principales vacíos que en el del Prado se notan, cuando se pretende hacer un estudio, todo lo elemental que se quiera, pero completo, que son cosas distintas, de la historia de aquel arte.

Desde luégo, hay ejemplares para poder distinguir sobre el terreno el carácter de la pintura prerafaelista y dentro de ella los tipos italianos y los del norte; para apreciar la reforma de Tiziano y la escuela veneciana, que con la pintura del aire inauguran el segundo gran ciclo pictórico; para darse cuenta de su decadencia barroca en Rubens, Van Dick, etc.; para observar la reaccion clásica en D. José Madrazo; pero no hay un sólo cuadro que permita notar la reaccion romántica. No se necesita, pues, entrar en el pormenor para encontrar lagunas; no se habla todavía de falta de pintores ó de representacion de escuelas; se trata nada ménos que de la imposibilidad de dar idea de un aspecto entero en la historia de la pintura. Ni un Owerbeck, ni un Ary Scheffer, ni un Federico Madrazo. *Las tres Marias ó el Godofredo*, que se encuentran en el Alcázar de Sevilla, están reclamando, bajo este punto de vista, un puesto en el Museo del Prado. La tendencia ecléctica, que distingue á la mayor parte de la pintura contemporánea, puede estudiarse en el Museo, al ménos por lo que toca á España, pero no tanto la última evolucion naturalista que, en el sentido de la luz y del color, sobre todo en el paisaje, caracteriza á las tendencias innovadoras del arte en nuestra época.

Determinemos un poco más este bosquejo.

Aunque la pintura es un arte moderno y su siglo de oro está en el pleno Renacimiento del siglo XVI, tiene como toda obra humana, sus precedentes, desconocidos en nuestro Museo. Dicho se está que no hablamos de pinturas egipcias, ni clásicas, cuyos ejemplares ciertamente no estarian de más si aspirase aquel á tener un carácter en todo rigor completo, ni áun siquiera de tal cual resto perteneciente al largo período de la decadencia latina, que permitiese mostrar al vivo la profunda verdad de que la tradicion y los elementos antiguos no se pierden en medio de la ponderada barbarie de los siglos medios, y de que el Renacimiento es una obra más lenta de lo que vulgarmente se cree; pero no puede tenerse por exagerado el deseo de contemplar allí una de esas horrendas tablas del siglo XIII sin ver las cuales no es posible hacerse cargo del mérito de Cimabue y Giotto y del progreso que sus esfuerzos representan.

Verdad es que el contraste seria inútil, porque faltan, no uno, sino los dos términos. Ni de Giotto ni de ninguno de los giottistas, es decir, de toda la pintura italiana del siglo XIV hay nada en el Museo.

Seria ciertamente un crímen querer llenar este vacío con alguna de las pinturas murales que forman el admirable ábside de la catedral vieja de Salamanca, de mano italiana y tal vez de la escuela de los Gaddi, pero, en cambio, seria muy acertado el hacerlo trasladando al Museo, algun que otro cuadro de esa época que suele andar rodando por iglesias de los pueblos, como el que por ejemplo, hemos tenido ocasion de ver, arrinconado y cubierto de polvo, en la famosa de San Roman de Hornija (cerca de Toro), más digna de serlo por el tal cuadro que por los pocos é insignificantes restos arquitectónicos que, del tiempo de Chindasvinto, en ella quedan.

De la reforma que tan poderosamente inicia Masaccio, abriendo un nuevo derrotero á la pintura del siglo XV, tenemos ya un representante; el peor de todos, sin embargo, para dar idea de este progreso, por el carácter esencialmente arcaico que le distingue; es Beato Angélico. Pero ni de la direccion pintoresca de Gentile da Fabriano y Benozzo Gozzoli, ni de la pagana y mitológica que distingue tan originalmente al Botticelli, ni de la realista de los Lippi, ni de la ecléctica y vulgar del Ghirlandaio, ni de la masculina y apasionada del desnudo de Piero della Francesca y Signorelli, ni de la mística y femenina, que el Perugginc resume, poseemos nada.

Un insignificante Gerino da Pistoia; dos imitaciones del Pinturicchio, un malísimo Francia (Giacomo, ó Giulio, no Francisco) y un excelente Mantegna, único que llena bien su puesto, es todo lo que queda de esa gran pléyada de que inmediatamente nacen Leonardo, Rafael y Miguel Angel. Del primero y el último es difícil tener algo auténtico, pero del segundo no perderíamos nada con cambiar alguno de sus cuadros, aunque fuese *la Perla*, con otro de su primera época que diese á conocer más claramente su enlace con Peruggino y los pintores de la Umbría.

Con los orígenes de la escuela toscana corren parejas los de la véneta. El Catena, si lo es, que en esto no hay fijeza, es impotente para llenar el vacío hasta Palma el Viejo y el Giorgione, porque el Juan Bellini della Rotonda está irrecognoscible y mejor le ayudaria á ello un *Entierro de Cristo* que, firmado por este autor, existe en el Camarin de la Sacristía de la catedral de Toledo: sea ó no Bellini, es un cuadro de aquel tiempo y de escuela veneciana.

Si alguna de las pinturas que decoran las habitaciones bajas del Palacio del Infantado en Guadalajara, aunque poco importantes, estuviesen en el Museo, servirian, al ménos, para dar una idea de la escuela propiamente romana; es decir, del núcleo de pintores que, como Julio Romano, Juan de Udine, Pierino del Vaga, etc., rodearon á Rafael, y de los cuales no tenemos tampoco representantes con cierto carácter original y decidido, carácter que el primero de aquellos lleva á su último extremo en el Palacio del Té en Mantua y que nada tiene que ver con el que nos presentan sus cuadros del Museo.

Basta de Italia.

El Norte es más afortunado y en especial una de sus ramas capitales, la flamenca. La escuela de Brujas; el influjo italiano en ella, primero con Gosaert, despues con Coxcyen y Van Orley; el gran desarrollo, por último, en Bruselas y Amberes, todo está bien representado.

No tanto la alemana, donde ni la antigua escuela de Colonia, ni las ramas posteriores de Augsburgo y Dresde, tienen gran cosa que valga la pena. Durero debe satisfacernos; pero, si los Altdorfer de la casita del Príncipe del Escorial estuviesen en el Museo, nos ayudarian algo más á conocer, por medio de sus discípulos fieles, al pintor

de Nuremberg. Algun cuadro más del grupo infiel al maestro que el Jorge Pens que poseemos, con ser este hermosísimo, necesitaríamos para demostrar la trasformacion de las escuelas alemanas merced al invasor y general influjo del arte italiano en aquel tiempo.

Poelemburg, Gerardo della Notte y Cornelio de Harlem nos indican algo de esto por lo que á Holanda se refiere, ya que de la antigua escuela en realidad nada tengamos, puesto que fuera de sus moldes cae, por su estilo tan peculiar, el Bosco, una de las grandes joyas y originalidades de nuestro museo. Los Marinus, los retratos de Ana de Cronenburch y los de Antonio Moro, sirven muy bien para demostrar cómo se alimentan los pintores nacidos en Holanda de la savia flamenca hasta que llega el gran periodo original de su arte á fines del siglo XVI hasta la conclusion del XVII.

Ejemplares tenemos, en verdad, de esta época, hasta de autores que sólo en Madrid se conocen, Obeet y Steenwyck por ejemplo; pero con todo eso, carecen aquellos, excepcion hecha del admirable cuadro de Rembrandt, de esa significacion que hace falta para dar verdadera idea de las cosas. Tal es nuestro juicio.

No ya los Glauber y Swanevelt, sino los mismos Ruysdael, nos sirven apénas para apreciar el paisaje holandés en todo su mérito; mucho ménos los Van Ostade, Sorgh, Brauwer y la cabecita de Gerardo Dow respecto á la pintura de género. Wouvermans con sus batallas tiene carácter, pero nos falta un buen cuadro de animales á la manera de Pötter en que poder observar esa rama, tal vez la más original de aquella escuela.

La misma nota en la escuela francesa.

Nada del período que va del siglo XV al XVI con Fouquet, Cousin y Clouet, de cuyo tiempo seria fácil, sin embargo, recoger en nuestro mismo país alguna que otra tabla; un Coypel para conocer el grupo propiamente francés que caracterizan La Hyre, Vouet, Lebrun, etcétera; nada que represente con carácter las tendencias de Mignard y de Lesueur: se puede conocer muy bien á Pousin y á Claudio de Lorena, es cierto; pero la serie de pintores de la Regencia, improvisadores sempiternos de un mundo pastoril, de Pierrots, de personajes empolvados, vuelve á ser casi desconocida; desconocidos los primeros y los últimos ensayos de la reaccion, desde Greuze á David, lo mismo pasa con aquellos que como Gros y Gerard (de este hay un retrato) agotan su actividad en las pompas del imperio, aunque esto poco importa, que al fin no han dejado gran huella en el arte, pero no así con los iniciadores y secuaces del movimiento romántico de Gericault á Delacroix, que vuelven al claro oscuro, á la libertad, á la pasion, á la vida; ni con aquellos que, como Ingres, llevan por divisa el dibujo, como *la honradez en el arte.*

La escuela inglesa, por último, cuyo mérito será más ó ménos discutible, pero que, al fin y al cabo, ha llenado su papel en la historia, falta en absoluto, como no se quiera contar en ella un retrato sin importancia que con interrogante lleva el nombre de Reinolds.

De España tambien podríamos decir algo; pero no cabe en los límites de este corto artículo.

MANUEL B. COSSÍO



CAMPESINO CORDOBÉS, apunte del natural por J. Marqués



EL ALBAICIN EN GRANADA, dibujo por J. Marqués



AÑO II — BARCELONA 27 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 87

ÉRASE UNA VEZ UN REY... cuadro por R. Hohenberg

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Los timos del Saladero.—El estafador y el estafado.—¿Quién engañará á quién?—¡O tonto ó bribon!—El ardid de la chaqueta.—Mujeres cogidas en el garlito.—La electricidad y el gas.—Las corrientes del gobernador.—El entierro de una bailarina.

¡Todos los años produce efecto! El ardid es ya tradicional en el Saladero. Las personas honradas tenemos nuestras costumbres anuales que por nada del mundo alteraríamos.

Los criminales del Saladero tienen tambien su rutina, su institucion para atraer con engaño el dinero de las personas, que, si no se hallan encerradas entre cuatro paredes, no es indudablemente porque no tengan merecimientos para ello.

Esa rutina, esa institucion, esa costumbre tradicional española se llama *timo*.

Podríamos sencillamente dejar de ocuparnos en esa treta criminal que se reproduce cuanto más se persigue, y que es casi una muestra en el órden moral de la fecundidad con que en el órden físico suelen presentarse ciertos fenómenos de la vida de los organismos; pero es necesario de vez en cuando fijar la atencion en esos pormenores arrojando sobre ellos de pasada un rayo de luz, aunque por la reciente prohibicion del Gobernador no pueda ser luz eléctrica.

Nunca he podido yo deslindar claramente en eso que llaman *timo* dónde se halla la frontera de la virtud y en qué punto empieza el terreno del delito.

Salvo algunos casos de verdadera inocencia por parte del que recibe cartuchos de plomo en vez de cartuchos de monedas de oro, casi siempre el que resulta engañado en esa estafa de procedimiento puramente español y esencialmente madrileño ha tenido al hacer el trato sus puntas de malicia y sus ribetes de truhanería.

En este país de Monipodios y Rinconetes acostumbra cierta gente á poner el grito en el cielo cuando una Doña Baldomera, por ejemplo, no continúa haciéndose cómplice de su sórdida avaricia y de su inmoderado afan de lucro, ó cuando en lucha de perfidia con un timador éste es quien carga á la vez con el santo y la limosna.

Cada vez que leo yo la relacion de un timo—y esta es una muletilla de todos los dias, que se repite con la seguridad de la salida del sol, ó con la fijeza del cambio de estaciones—digo para mis adentros:

—¡O es un tonto, ó es un bribon el estafado!

* * *

Dejemos al tonto, que en su propia necedad lleva el castigo, y vengamos á los bribones.

Lo he dicho ántes; una de las tradiciones que reinan con mayor conviccion en el Saladero es la de *la chaqueta*.

Si en ese palacio de los delitos hubiese una constitucion interior para régimen de los hospedados, uno de los primeros artículos diria así:

«Queda reconocido como indiscutible é inalienable el *timo de la chaqueta*.»

Ese timo consiste en lo siguiente:

Se escriben en el Saladero varias cartas que una persona amiga se encarga de dejar caer como si fueran perdidas, por las calles y plazas.

Las cartas suelen ir dirigidas á la parienta de un preso y dicen en sustancia esto:

«Tráeme una chaqueta para que me la pueda poner en lugar de la levita que llevo. Tiene guardados unos miles de reales en billetes de banco entre el forro y la tela. Estarán más seguros en tu poder que en el mio; pues me los robarian si álguien oliera que llevo esta cantidad encima. Yo tengo bastante con que me traigas *tal* cantidad, y si acaso despues me hace falta más, ya me irás enviando lo que necesite, etc., etc.»

Dias atrás se escribieron multitud de cartas por este estilo y fueron esparcidas por las calles.

¡Surtieron su efecto!

Pocas horas despues entraban sucesivamente en el Saladero muchas mujeres, cada una de ellas con una chaqueta en la mano.

Todas preguntaban por el firmante de la carta y decian ir de parte de su *hermana* á llevar tal cantidad y á entregar la chaqueta con encargo de llevarse la levita.

El timo se descubrió á tiempo, y ni los bribones de dentro ni los de fuera del Saladero realizaron su propósito.

Pregunta:—¿Qué hubiera V. hecho con las mujeres susodichas?

Respuesta:—¡Dejarlas en el Saladero!

* * *

Hemos estado á oscuras; porque oscuridad llamo yo á quedarnos unos dias sin luz eléctrica.

Hé ahí que de repente se apagó una noche el alumbrado del Buen Retiro y el señor Gobernador ha dispuesto que no se vuelvan á encender las lámparas de electricidad miéntras una comision facultativa no determine las condiciones de salud ó de buen estado de la máquina que produce la corriente.

Estoy viendo á esa comision facultativa recorrer los conductores aéreos, pararse ante las lámparas, examinar las máquinas *dinamo* y tomar el pulso á los reguladores.

¿Y qué dirá despues? ¿Hay nadie que pueda asegurar la luz eléctrica en condiciones inalterables?

Un simple defecto en una correa puede producir interrupcion de corriente. La luz eléctrica se halla expuesta á mil accidentes. Miéntras se tenga que ir produciendo á medida que se va gastando será imposible responder en absoluto de su fijeza.

Por esto hoy la luz eléctrica no domina aún por completo. En el mismo Prado de Madrid cuando arden las lámparas Siemens brillan tambien junto á ellas los pálidos faroles de gas como un reflejo del pasado.

Siempre que veo esas luces dispuestas á suplir los defectos de la luz eléctrica pienso en esos jefes de familias acrobáticas de los circos ecuestres, los cuales miéntras que sus hijos hacen maravillas en lo alto de una percha ó en los peldaños de una escalera, permanecen con la vista puesta en los artistas y dispuestos á tenderles los brazos si alguna falta de equilibrio los derribara.

¡La luz del gas es hoy por hoy la red de la luz eléctrica!

Pero esto no quiere decir que yo opine como el señor Gobernador. Me permito ser de opinion contraria. Yo en su lugar no habria prohibido el alumbrado eléctrico.

Es más; creo que se convencerá de que no ha estado del todo razonable.... y desistirá de su acuerdo.

Pero dirá el gobernador:

—¿He suprimido con gran éxito la *Estrella* (fábrica de bugías) y no he de poder suprimir la luz eléctrica?

Por regla general las corrientes de la opinion suelen estar de parte del Conde de Xiquena. Mas por esta vez ha habido excepcion: las corrientes se inclinan del lado de la *corriente eléctrica*.

* * *

Una manifestacion de un género nuevo.

Es el entierro de una bailarina.

Vino de Italia con objeto de trabajar en el *Excelsior*. Aquí la ha sorprendido el tifus llevándola al sepulcro en pocos dias.

Casi todo el personal del teatro de la zarzuela acompañó á la infeliz bailarina al cementerio.

Era un espectáculo tierno, sensible, conmovedor.

La musa *Terpsícore* se vistió de luto.

Algunos creyeron al principio que el cortejo fúnebre no era otra cosa que un reclamo de Arderius en favor del espectáculo teatral que está preparando.

Cuando yo esperaba que el cortejo fúnebre, compuesto de bailarinas, en su mayor parte, empezara á dar piruetas junto á la puerta de Bilbao, y creia que la tapa del féretro se levantaria surgiendo de allí una bailarina en forma de mariposa con un rótulo que dijese: ¡Excelsior!

Cuando todo esto esperaba repito, hube de convencerme al fin de que la triste comitiva no era una ficcion.

La pobre Ana Mecherini habia hallado la muerte léjos de su país y ántes de que el entusiasta público madrileño la tributara aclamaciones y palmadas.

—¡Poverina!.... ¡poverina!—decian sus compañeras.

La pobre artista ha realizado su *Excelsior*. Ha subido al cielo.... ¿porqué no? Olvidemos aquello de

¡Oh! jóven que estás bailando
etc., etc., etc.

No me cabe duda. ¡A estas fechas, Ana Mecherini es primera bailarina en el cuerpo de baile del Empíreo!

PEDRO BOFILL

Madrid 25 agosto de 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

La Exposicion, Parque y galería central.—Galerías de seccion.—Uniformidad de las naciones europeas.—Distinciones.—*Holanda*, su utilitarismo práctico diferente del americano.—*Bélgica*, arte aplicado á las necesidades de la vida.—Industria y máquinas.

El gran edificio de la exposicion está en medio de un extenso parque recientemente formado sobre las derivaciones de un canal. En este gran parque hay multitud de pabellones, edificios, barracas y construcciones de todo género; allí están la exposicion de bellas artes, la de las colonias holandesas, y los tipos ó modelos de las viviendas características de todas las colonias de las naciones que han tomado parte en este gran certámen, así como el comité de la prensa, la sala de conciertos, cafés, restauranes, bodegas, cervecerías, tabernas, máquinas de grandes dimensiones, cercados, campamentos de salvajes, pabellones de ciencias orientales, el *gamalan* de las danzas indígenas, etc., etc.

Al entrar en el gran edificio, inmediatamente despues de haber pasado el vestíbulo, se encuentra uno en la galería central del palacio de la Exposicion; esta divide á lo largo el interior del edificio en dos partes iguales; á ella van á parar, perpendicularmente, otras galerías, cada una de las cuales pertenece á una nacion distinta.

La gran arteria central está llena de chalets, pabellones, kioscos, columnas, estatuas, escaparates y monumentos de todas formas y estilos. De la techumbre, mezcla de nave de iglesia y de artesonado suizo, penden banderas, oriflamas, gallardetes, é insignias de todos los países. En los resaltos de la cornisa descuellan pendones de brocatel, damasco ó terciopelo, en cada uno de los cuales se ve representada la imágen de un inventor, ó de un genio de los que han sido gloria del linaje humano.

Si avanzamos por la galería central hasta llegar á la Nueva Gales, á la India inglesa ó al Japon, podremos observar un fenómeno asaz curioso, y es que todas las galerías secundarias que en ella desembocan parecen pertenecer á una sola nacion; tanta es la uniformidad de todos los productos presentados por los distintos estados europeos que aquí han concurrido. La civilizacion fundiendo las costumbres ha uniformado las industrias y las artes. No obstante, inspeccionando detenidamente las galerías laterales, vése alguna diferencia, que iremos haciendo notar.

La seccion Neerlandesa es la primera que se encuentra. A su entrada vense los guardias reales con su levita y pantalon azul y con su alto chacó, uniforme un tanto anticuado, guarnecido con vivos galones de color de naranja, que es el del blason real, de la casa de Orange; termina la seccion en una verja ó cancela monumental de estilo plateresco español de lo más puro, tanto, que se podria sospechar si sus rejas habian sido forjadas por Ivan Gomez de Toledo y sus bajos relieves fueron tallados en madera por el Berruguete ó Cano.

Y no nos equivocamos al juzgarla así, pues es la reproduccion exacta de la célebre verja del museo episcopal de Utrecht, que el emperador Cárlos V mandó construir por artistas españoles.

Lo que se encierra entre dicha verja de separacion y la puerta de entrada, ofrece un carácter sobrado particular. Todo en la seccion neerlandesa está inspirado por un utilitarismo práctico, algo á la americana. Y decimos algo, porque lo que distingue á los norte-americanos es un utilitarismo del momento, trivial, que no atiende á la serie de las cosas, ni al porvenir; utilitarismo del momento, propio de gentes que viven al dia y que prefieren la cantidad á la calidad. El utilitarismo americano tiende á satisfacer la necesidad produciendo barato. El holandés manifiesta en esta tendencia algo superior que le diferencia de aquel; en sus inventos, en sus industrias propende á satisfacer la necesidad, pero de una manera adaptada á cada individualidad, y sin prescindir del elemento artístico. Así sus objetos no son feos ni toscos ó como de municion tal cual suelen serlo los de Norte-América, sino llenos de carácter y en ciertas ocasiones, hasta de buen gusto. Lo confortable está representado por mil industrias distintas en esta seccion. Preséntanse en ella interiores de casa, como no hayamos visto en ninguna otra exposicion. Sobresalen los muebles de madera tallada estilo Renacimiento y gótico. Los tapices han llegado aquí á gran altura, demostrando que han sabido conservar, mejorándola, su tradicion. La pintura decorativa está bien entendida por demás; prodigioso es lo que nos presentan en loza de Delft. Las antiguas vajillas, los azulejos decorativos, los cuadros de paisaje y aun históricos, las chimeneas para salones, todo está ejecutado con el mayor buen gusto, tendiendo á desprenderse de ese barroquismo chinesco que habia invadido el Delft á principios del siglo XVIII.

Como artículos de importacion, figuran por la Holanda, cafés, tés, cacaos y tabacos á más de otros productos como son materias textiles, aceites, etc. Sólo que en esto el orgullo nacional les ha cegado, pues si bien los tés de sus colonias índicas son superiores, los cafés son muy medianos y los tabacos detestables. Así lo han comprendido ellos, y en los comercios y tabaquerías los presentan con etiquetas de Cuba ó de Manila para hacerlos pasar, lo cual es altamente censurable, no sólo para los que hacen tal falsificacion sino para las autoridades que lo permiten.

Como productos de exportacion á más de los generales de las industrias ya citadas, figuran un sin fin de tejidos imitacion de los de Indias, desde la indiana al cachemir, para el uso de los indígenas de las colonias Neerlandesas, á los cuales los holandeses, como decia cierto economista inglés, tratan de enseñar el cristianismo para que adquieran la idea del pudor, y así consuman mayor cantidad de telas de sus fábricas.

Unos guardias de á caballo, vestidos con un dorman verde con cordones y alamares amarillos, y cuyo colbak de largo y sedoso pelo ostenta un plumero amarillo, rojo y negro, nos advierten que estamos en la seccion belga.

En esta predomina, lo mismo el arte en su más alta acepcion que la industria en su desarrollo científico máximo.

El arte del decorado está representado en esta galería con un carácter y una perfeccion que ignoran los franceses. Los belgas han partido del arte hispano-flamenco del siglo XVI para realizar todos los prodigios de buen gusto en el *confort* moderno.

Los salones, los cuartos de estudio, las salas de recepcion, los comedores, los estrados que ellos han presentado, son verdaderas maravillas. Vese unido á todas las utilidades sérias, un arte que sólo puede compararse al de los mejores monumentos de Sevilla y de Toledo.

Han forjado el hierro, haciendo con él todo lo imaginable, desde arañas, lámparas, candelabros y faroles, hasta verjas, escudos de armas, y muestras ó emblemas de establecimientos. Han repujado el cobre presentándonos

toda clase de vasos de adorno. Han embutido, pintado y metalizado el cuero, cual lo hicieran los mejores guadamacileros de Córdoba; han esmaltado la mayólica como en Italia y Valencia. Han tallado la madera haciendo con ella muebles que son verdaderos monumentos. La piedra se ha animado bajo sus cinceles y en todo esto los modernos flamencos, con un verdadero sentido filosófico del arte, han sabido adaptarlo todo al medio y al clima, dando además á cada objeto el carácter y estilo que su material requiere. Así el hierro forjado no nos parece madera ni la madera piedra, ni ésta pierde en sus labrados y esculturas el carácter de tal.

Lo mismo pasa con sus tapices, cueros y pinturas decorativas.

No son cual cuadros que presentándonos de bulto los objetos y lejanas las perspectivas, nos agujerean la pared y los techos en que se colocan.

Los belgas, con un pleno sentimiento del decorado, empleando medias tintas, por medio de contrastes graduales y de unos tonos medios, generales, armónicos, han sabido hacer continuar la pared, el lienzo ó el techo de manera que presentándonos una escena ó un paisaje no nos quiten la idea de que aquello forma parte de una habitacion.

Por lo que toca á maquinaria han superado á los alemanes y á los yankees. Sus wagones, sus locomotoras de ferrocarril y de tranvía, sus rails, sus máquinas de vapor aplicables á mil industrias diversas, sus martinetes de forjar hierro, sus batanes de hacer papel, no tienen competencia posible. A más ha presentado Bélgica dos nuevos sistemas de alumbrado, un plan de instruccion pública, otro de trasportes á gran velocidad, otro de carreteras ferradas, y en fin una multitud de inventos útiles.

Continuaremos en la próxima correspondencia.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

ÉRASE UNA VEZ UN REY.... cuadro por R. Hohenberg

Tal es el título que ha dado el autor de este bonito cuadro á su obra, y en verdad que no puede ser más expresivo. Una respetable y bondadosa anciana ha congregado en torno suyo á sus netezuelos, y logra que den un momento de tregua á sus bulliciosas travesuras, cautivando su atencion con uno de esos entretenidos cuentos de que tan abundante acopio suelen hacer las abuelas. El artista ha representado la escena y los personajes en un período de la Edad media; pero esto es accidental, pues miéntras el mundo exista ni faltarán abuelas que de tal modo distraigan á sus nietos, ni nietos que las escuchen embelesados, ni cuentos en que los protagonistas sean un rey con tres hijas, número indispensable, las dos mayores altaneras y soberbias, y la pequeña linda, rubia, bondadosa y principal heroína del cuento. El cuadro de Hohenberg es una escena del hogar doméstico en la que todos hemos sido protagonistas, y que seguramente nadie dejará de recordar con esa melancólica complacencia con la que se trae á la memoria un bien perdido.

MUERTE DE ARQUÍMEDES cuadro por N. Barabino

El año 287 antes de la Era vulgar nació en Siracusa aquel que en Siracusa debia ser sacrificado, dejando al mundo una reputacion, no sólo de gran ciudadano, sino de ser el primer geómetra de la antigüedad. Cuarenta grandes inventos mecánicos le atribuian sus contemporáneos: la mayor parte nos son desconocidos; mas por alguno que ha llegado hasta nosotros y se emplea aún hoy dia, como por ejemplo cierta máquina para extraccion y elevacion de agua, es fácil comprender que la inteligencia de Arquímedes debia ser de primera fuerza.

—Dadme un punto de apoyo—decia una vez—y me empeño á levantar el mundo;—con lo cual dió á comprender la confianza que le inspiraba lo que hoy es considerado verdad fundamental en mecánica, ó sea que con una pequeña fuerza activa puede impulsarse una masa enorme.

Cuando Marcelo, general romano, sitió á Siracusa, lo hizo con tantas máquinas de guerra que la ciudad hubiera debido ser tomada mucho ántes de lo que lo fué, á no ser por la energía y talento con que la defendió Arquímedes. Cuéntase de esa defensa que para destruir, como fué destruida en parte, la flota sitiadora, inventó Arquímedes un aparato de espejos combinados, que recogiendo en un gran foco una masa considerable de calor solar, lo irradiase contra los buques enemigos hasta producir su incendio. A pesar de las noticias que respecto de este hecho dieron algunos autores antiguos, entre ellos Tzetzes y Zonaras, fué negado por muchos sabios modernos, entre ellos Descartes, como de imposible ejecucion; hasta tanto que los experimentos del P. Kircher, y muy especialmente los de Buffon, demostraron la posibilidad de producir por tal sistema un incendio á regular distancia.

Siracusa, empero, sucumbió: asaltáronla los romanos con valor y buena suerte, y áun cuando Marcelo habia dado órden de respetar á Arquímedes, cuyo gran mérito le era conocido, el famoso geómetra pereció á manos de un soldado ebrio de sangre, ignorante de quién era su víctima.

Arquímedes, absorbido en la resolucion de un problema, ni siquiera se apercibió del peligro que le amenazaba. Esta especie de abstraccion era en él muy frecuente. No parece sino que sus sentidos tenian el privilegio de desprenderse de la materia y remontarse efectivamente á esas esferas, cuyos secretos iba revelando al mundo.

RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA cuadro por H. Dahl

Si es verdad que las jóvenes noruegas se recrean tal como pinta este cuadro, digo ser exacto aquello de haber gustos que merecen palos. Y si alguna vez la suerte nos conduce á ese país, rogamos de antemano á sus hospitalarios moradores que prescindan con nosotros de tan conmovedor agasajo.

Eso de meterse dentro de un lanchon, convirtiéndole en columpio movido por las encrespadas olas, podrá ser muy poético, pero dudo que encuentre muchos imitadores fuera de Noruega. Si la caza, por ser imágen de la guerra, tiene ya para nosotros muy dudosos atractivos, ¿qué será ese recreo que tiene todos los honores de un naufragio?

Esto no impide que el cuadro de Dahl sea bellísimo, y á pesar de nuestra repugnancia por el ejercicio que representa, gustaríamos de ver, en la inmensidad del mar, á la luz de la plateada luna, á una de esas jóvenes valerosas, que deben tomar á los ojos de la imaginacion acalorada la forma de una aparicion fantástica, de una de esas hadas de que están poéticamente poblados los bosques y las aguas, los castillos y los jardines de las tierras del Norte.

LA CASTELLANA, cuadro por C. Probster

Por más que algunos poetas románticos, de acuerdo con esos arqueólogos que todo lo encuentran precioso con tal que cuente siglos de antigüedad, hayan tratado de describirnos como muy agradable y entretenida la vida de la mujer poco ménos que encarcelada en esos nidos de águila que se llaman, ó se llamaban, castillos feudales; ello es que, por lo que sabemos de positivo, las castellanas debian aburrirse de lo lindo, por más linajudas ó blasonadas que fuesen.

Hijas, esposas ó hermanas de algun señor, cuya mejor distraccion era talar las propiedades de un vecino empingorotado, por el simple gusto de andar á la greña con el ofendido; sin más distraccion que las místicas lecturas del capellan ó de tarde en tarde los rústicos versos de algun trovador algo ménos simpático que el del drama de García Gutierrez ó los de las novelas de Walter Scott, ¿qué habian de hacer esas pobres mujeres sino bordar bandas para los torneos ó educar palomas, como la de nuestro cuadro?

Por regla general, la educacion de las aves ó de algunas alimañas refractarias al trato del hombre, es distraccion propia de solitarios y aburridos, como por ejemplo ermitaños, prisioneros y castellanas fastidiadas. El que carece de toda suerte de pasatiempos, encuentra en sí mismo una dósis de paciencia de que nunca se sintiera capaz á poder ocupar sus sentidos en algo realmente más ameno y variado.

El autor de nuestro cuadro, que sin duda lo ha comprendido así, ha tenido el buen acierto de pintar en la fisonomía de la protagonista las huellas del fastidio.

Las palomas que vienen á recoger el grano que les arroja su mano generosa, la hacen pensar forzosamente en una libertad de que ella carece, en un espacio que para ella no existe, en unos paisajes distintos de los que se descubren desde las ventanas de su castillo, y quizás en unos afectos dulces, tiernos, correspondidos, que ella ¡ay! no sentirá, ni siquiera inspirará á ninguno de sus semejantes.

Hay que confesarlo: el gran triunfo de la civilizacion lo ha reportado especialmente la mitad bella del género humano.

UN BAILE DE CANDIL, dibujo por J. Llovera

En dos cosas esenciales se conocen los diversos pueblos del mundo, en su idioma y en sus bailes. Estos últimos son más peculiares á cada nacion, y áun á cada provincia, que el mismo idioma de sus hijos. Así, por ejemplo, se habla español en muchos Estados de América; y sin embargo, el español y el americano tienen sus bailes esencialmente distintos, tan distintos como lo es el Tango del Bolero. Francia ha impuesto sus modas al mundo; es un imperio que no destruirán ni Bismark ni Moltke; á pesar de lo cual, Paris no ha podido imponer su can-can á los extranjeros. El baile es la parte más típica é inimitable de un pueblo.

Un aleman podrá hablar el inglés como el más encopetado lord corregidor de la babilónica Lóndres; un francés podrá expresarse en español con la pureza de Cervantes y el acento de un vallisoletano.... Lo que no hará el aleman es bailar una danza inglesa, ó el francés una española, sin descubrir la hilaza extranjera.

Siendo esto así, una escena de baile popular ha de presentar en su conjunto un aspecto distinto en cada país y por él vendremos á conocer la fisonomía más característica de cada pueblo. Quien en Paris asistiera á la *Chaumière* ó al *Casino* comprenderia el temperamento dominante en Francia, ligero, sensual y nada hipócrita en las manifestaciones públicas de ese sensualismo.

Pues bien, un baile de candil á principios de este siglo daba una perfecta idea del carácter del pueblo castellano en aquella época. Y decimos con intencion *en aquella época*, porque en la nuestra ya no hay candiles sino gas, y de esos bailes característicos del país de *pan y toros* apénas quedan ejemplares en el escenario de algun teatro y en el lienzo de algun pintor.

Llovera, que tiene aficion decidida por la manolería del tiempo de Cárlos IV y Fernando VII, no podia dejar sin reproducir ese asunto, muy á propósito para su lápiz. El baile de candil que ha dibujado no es un baile de medio pelo, ántes bien la *sala* alberga á toda la aristocracia de Lavapiés y el Rastro. Ahí están, vestidas de gala, las damas que tostaban castañas en el Barquillo y las princesas que freian buñuelos en el Prado; en la distinguida compañía de los que escoltaban la cuadrilla desde la Puerta de Alcalá á la Plaza de Toros, ó esperaban el maná de cada dia fumando tranquilamente en una esquina de la de la Cebada.

Esos tipos, esas costumbres no pueden confundirse; como no puede confundirse un cuadro de Goya, en cuya escuela se ha inspirado sin duda el señor Llovera.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuacion)

Las castañuelas seguian repicando.

Otra voz gitana, pero no tan expresiva, no tan poderosa como la de Pepa, cantaba:

La *fila* de mi *chavala*
tiene el *yacque* de *lendivel*
la *chimutre* de la *aracni*
se *embleja* cuando la ve.

—¡Ah! exclamó D. Juan: ¿qué quiere decir la copla que ha cantado esa jóven?

—Mire su mercé, esa copla se la ha cantado la *Braquiñí*, que es muy querenciosa, á mi hija, y quiere decir; oiga su mercé, voy á ver si hago yo la copla de modo y de manera que su mercé la entienda.

Y despues de haber meditado un breve espacio el tio Labrito improvisó la siguiente traduccion:

La cara de mi chiquilla
como el fuego de Dios es,
y la luna de la noche
se apaga cuando la ve.

—¡Ah, sí! el fuego de Dios en la hermosura, y en las castañuelas el poder de Satanás, dijo D. Juan, despues de lo cual cayó en una especie de aniquilamiento.

Al acabarse la segunda copla, cesó el repique de las castañuelas.

A poco salieron de la cueva dos mujeres cargadas con colchones y ropas de cama, y adelantando hácia el puente lo atravesaron en direccion al cármen.

XIII

D. Juan seguia en su abismamiento.

El tio Labrito dejó ver todo lo enorme de su boca en un largo bostezo.

Habia llegado á ese momento en que la embriaguez entorpece la lengua y pesa en los ojos.

Al fin dobló la cabeza sobre el pecho y un ruidoso é insistente ronquido demostró que dormia.

D. Juan no dormia, pero soñaba.

Pepa se idealizaba, se trasfiguraba en su pensamiento.

Adquiria un prestigio divino.

Absorbia el sér entero, de aquel pobre sér que parecia no estar muy en el uso de su razon.

Tal vez lo que en él tenia algo del carácter de la locura era el resultado de una impresionabilidad irritada y hambrienta.

Algo que pudiera llamarse fiebre del corazon.

Adormilado el gitano vaciló y estuvo á punto de venir al suelo.

Despertó por lo brusco del movimiento, se rehizo, recobró el equilibrio y dijo, poniéndose trabajosamente de pié, y con la lengua gorda y torpe:

—¡Esto es bueno! parece que todo yo soy de vendo: vamos, señor D. Juan, cada mochuelo á su olivo y hasta mañana: buenas noches nos dé Dios.

D. Juan no le contestó.

Estaba de todo punto abstraido.

El gitano con grandes trabajos, gambaleando ya á la derecha ya á la izquierda, se entró en la cueva.

Cuando se rehizo D. Juan de su abstraccion se encontró solo.

Se pasó las manos por la frente.

Miró en torno suyo, como si le hubiera parecido extraño el lugar en que se encontraba.

—¡Ah sí! exclamó al fin: ¡esta laxitud de mi ser! ¡esta debilidad! ¡esta impresionabilidad! ¡mis sueños! ¡mi hastío de la vida! y ¡esa aparicion imprevista! ¡esa criatura que yo creo haber visto siempre, haber amado siempre! ¡misterio de la esencia y de las facultades de nuestro espíritu! ¡la atraccion de las almas! ¿y quién se explica esto? ¡yo la sentia sí; yo adoraba un sér invisible! Cuando me llamaron y me dijeron que tenia ó habia tenido un tio que yo no habia conocido, que ese tio habia muerto en Gra-



MUERTE DE ARQUÍMEDES, cuadro por N. Barabino



RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA, cuadro por H. Dal.

nada instituyéndome su heredero universal, yo sentí una alegría íntima, una como bienaventuranza, un sentimiento que no pueden causar todas las riquezas del mundo! era que la presentia: era que me acercaba á ella! ¡y cuánto he sufrido hasta que un amigo piadoso, una buena alma me ha procurado siendo mi fiador un préstamo para poder venir en *tercera* á Granada! ¡con cuánta impaciencia, sin saber de qué, he sufrido las veinte horas largas del camino! ¡con qué ansia apénas llegado he buscado al escribano! ¡con qué perturbacion he subido esas largas cuestas! ¡con qué especie de embriaguez he descendido desde el camino por estos agrios senderos! ¡era que me acercaba á ella! ¡y de improviso esas castañuelas terribles! ¡la reconocí, su alma, esa alma adorada que hace tanto tiempo se ha refundido con la mia se exhalaba en el sonido de las castañuelas! ¡Oh y si todo esto no fuera más que el resultado de una sobrexcitacion mia! ¡El espiritismo! ¡el magnetismo! ¡las influencias! ¡la metafísica con sus hipótesis esplendentes! ¡lo infinito del espíritu! ¡el hombre universo! ¡El hombre Dios! ¡la locura que engaña ó la verdad que enloquece! ¿quién sabe?

XIV

D. Juan dejó de hablar consigo mismo y escuchó como si hubiera esperado que obedeciendo á la evocacion de su deseo surgiera de en medio del silencio algo que le revelase el ser de Pepa.

Le ardia la frente.

Aspiraba con ansia el fresco y perfumado aire que corria por las angosturas, como si hubiera estado próximo á asfixiarse.

Un esfuerzo sobre sí mismo le puso más en relacion con la realidad que le rodeaba.

Sintió una especie de consuelo.

No podia darse una noche más hermosa, más poética, más melancólica que aquella en aquellos lugares.

Sus ojos fosforescentes en los que relumbraba la luna, iban apareciendo ménos sombríos.

Se oyeron al otro lado del puente de una manera indeterminada las sonoras y casi infantiles voces de dos muchachas; luégo dos alegres carcajadas; luégo una de las juveniles voces que decia entre risas:

—¡ *Pira* (corre) *gindoñí* (cobarde); 'que te *loyara* (coge) el *barundo* (duende); ¡hazle la *trejú!* (cruz).

Eran María la *Braquiañí* y Paca la *Reché* que habian dispuesto la cama de D. Juan y venian corriendo.

Eran dos hermosas morenas, cuya hermosura á pesar de ser incitante no podia ni con mucho compararse á la de Pepa.

—¡Vamos! dijo la Paca, recogiendo en una chispeante mirada de sus hermosos ojos negros á D. Juan: ya tiene su mercé echa la cama y bien mullida que de sólo verla da sueño; que Dios le dé á su mercé muy buenas noches.

—Dios os lo pague, niñas, dijo D. Juan.

—No hay porqué, señor, dijo María: ahí le hemos dejado á su mercé luz: y mire su mercé que hay duende: si su mercé oye algo no se asuste, que el duende no hace daño.

Y las dos se metieron en la cueva.

Cerraron la puerta.

D. Juan sintió que echaban la llave, que corrian el cerrojo y que además atrancaban.

Entónces más que nunca, solo consigo mismo, en medio de un silencio que sólo rompian de una manera dulce y monótona, el rumor de la corriente del rio allá en su hondura y el zumbido de las hojas de los árboles movidas por un viento fresco y perfumado, sintiendo el efecto fantástico del claro oscuro determinado por la luz de la luna en las bellas accidentaciones de aquel encantador paisaje, viendo desde la hondura sobre las siluetas de los cerros la inmensidad del firmamento con el centelleo de las estrellas en su misteriosa penumbra, se sintió más y más poseido por aquella realizacion inesperada en una mujer de los sueños de su alma ansiosa de amor.

La trasfiguró más y más en su fantasía.

Pepa acabó de hacerse su Dios.

Un enlanguidecimiento irresistible se apoderó de él.

Arrojó una mirada candente á la puerta de la cueva.

Hubiera querido reducirla á cenizas.

Narcotizar, aniquilar si le hubiera sido posible á lo que le impedia anegar su sér en el sér de Pepa.

Procuraba condensar su fuerza de voluntad, como buscando una fuerza magnética que atrajese á Pepa.

Los libros y las prácticas espiritistas han hecho no sabemos cuántos alucinados, no sabemos cuántos creyentes de las maravillas de la fuerza de voluntad.

Han viciado no sabemos cuántos cerebros.

Si D. Juan no era uno de estos alucinados, de estos locos, estaba por lo ménos contaminado.

Dudaba y pretendia, provocando un fenómeno magnético, esclarecer sus dudas.

Llegar á una demostracion.

XV

Y así permaneció un largo espacio cerca de una de las ventanas enrejadas de madera de la cueva, llamando, procurando atraer con toda su voluntad á Pepa.

Sonaron al fin á lo léjos, como cayendo por las vertientes de los montes, sonoras, graves y pausadas treinta y tres campanadas.

—¡Oh que reloj! exclamó D. Juan, que nunca habia estado en Granada y que no conocia la voz de la campana de la Vela de la alcazaba del castillo de la Alhambra: ¿y porqué no ha sonado hasta ahora? No, no debe ser un reloj: ha sonado treinta y tres veces.

Sin embargo, desde las once de la noche en que da treinta y tres campanadas, hasta las tres de la madrugada, la campana de la Vela es el reloj de los labradores de la vega, que les marca las horas en que pueden disponer de las aguas de las acequias para sus riegos: de las once á las doce da de tiempo en tiempo tres campanadas, una de las doce á la una, dos de la una á las dos, tres, de las dos á las tres, y á las tres otras treinta y tres cesando hasta la noche siguiente.

No sabemos qué efecto causó el sonido de la campana en D. Juan.

La luna además estaba en lo alto del cielo.

Era ya muy tarde.

A pesar de la gimnasia, por decirlo así, de la voluntad de D. Juan, Pepa no habia obedecido á la atraccion.

D. Juan habia sufrido de una manera inconcebible, cada vez que su imaginacion le habia fingido un ruido dentro de la cueva.

El ruido habia cesado.

La reja no se habia abierto.

Nada tan tenaz como un enamorado que sufre y se impacienta en una de estas esperas.

¿Y por qué esperaba D. Juan, si Pepa no le habia dado una cita?

Provocaba, ya lo hemos dicho, un fenómeno del magnetismo, por medio de la fuerza de voluntad.

Pero el fenómeno no aparecia.

En agosto las noches refrescan demasiado y singularmente en las Angosturas del Darro.

Hacia ya tiempo que D. Juan sentia un frio que acabó por incomodarle vivamente.

Su traje aunque á la moda y elegante, era muy ligero.

Uno de esos trajes de verano de lanilla que están de muestra en Madrid en las sastrerías de ropas hechas y que se obtienen por trescientos reales y aun más baratos.

Este era todo el equipaje que D. Juan traia, y una maletilla de mano con alguna ropa blanca que habia dejado en casa del escribano y que éste debia enviarle al dia siguiente.

Además de que la ligereza de su traje no le defendia del frio que se habia hecho molesto, el viento habia traido nubes de la sierra, se habia velado la luna, el paisaje ántes tan bello se habia oscurecido, se habia indeterminado tomando un aspecto siniestro y medroso; el viento habia acrecido su violencia, caian algunas gruesas gotas de lluvia y allá á lo léjos, viniendo de las alturas, se oia el estridor del trueno en las profundidades del espacio.

Se venia encima una tormenta de verano.

Los relámpagos de poca fuerza y perezosos al principio, acrecieron rápidamente en intensidad y en brevedad.

El aguacero cayó de repente como una catarata.

Todo esto hizo levantar su asedio, por decirlo así, á D. Juan y le puso en fuga hácia el cármen.

XVI

Al llegar á la extremidad del puente rústico D. Juan sintió como una doble punzadura en la espalda.

Dió un salto instintivo, y aunque la oscuridad se habia hecho casi absoluta, vió ante sí el bulto de un hombre y sin vacilar, por instinto de conservacion, se lanzó á él con una tal rapidez que logró asirle.

D. Juan era vigoroso, y tuvo la fortuna de asir á aquel hombre por la mano derecha.

La indignacion por aquel cobarde atentado cuyo autor no podia ser otro que el gitano que le habia mirado de una manera tan hostil y tan sesgada á su llegada y despues durante la comida; el amor á la vida, los celos, la ira, el miedo, porque no sabia si habia sido herido mortalmente, exacerbaron de tal manera á D. Juan, aumentaron hasta tal punto sus fuerzas, que oprimiendo como unas tenazas la mano de su enemigo le desarmó.

Sobrevino inmediatamente una lucha cuerpo á cuerpo.

D. Juan era vigoroso y no lo era ménos su contrario.

Luchaba el primero con la fuerza de la desesperacion.

Sentia correr algo tibio á lo largo de su cuerpo.

Aquel algo debia ser sangre.

El otro se esforzaba rabioso, y decia con la voz ronca y terrible y jadeando de fatiga:

—¡No, no, la Pepa no te ha de querer á tí miéntras yo viva!

—¡Ah! ¡eso es que á tí no te quiere! exclamó sordamente D. Juan.

Y redobló sus esfuerzos.

Luchando á cual podia más iban de acá para allá, sin acordarse de que su lucha tenia por terreno el estrecho puente rústico.

De improviso, ambos lanzaron un grito horrible.

Uno de esos gritos de espanto que tienen una extension prodigiosa.

Les habia faltado de improviso el terreno y se habian sentido lanzados en el espacio.

Luchando habian dado contra la feble balaustrada de madera del puente; ambos al sentirla habian buscado en ella un punto de apoyo; la balaustrada habia faltado y habian caido por la cortadura.

D. Juan se sintió retenido por algo que se doblegaba bajo el peso de su cuerpo, y á la par desaferrado de los brazos de su enemigo.

D. Juan se asió á aquel cuerpo que cedia bajo su peso y volvia á elevarse balanceando.

Se habia agarrado á él con las dos manos; era la rama de un árbol.

Se izó con la fuerza de la desesperacion y logró cruzar sus piernas á la misma rama cuyo balanceo se hizo mucho más sensible.

A poca distancia de él oia dominando el ruido del aguacero y el de la corriente que se sentia muy cercana, un rugido como de fiera.

Lució un relámpago, y D. Juan vió durante un segundo que otro hombre estaba asido con ambas manos á otra rama que se balanceaba mucho más que aquella á que él se habia adherido.

A pesar de la breve duracion del relámpago, D. Juan reconoció al gitano que de una manera tan sañosa le habia amenazado con su insistente y lúgubre mirada.

Era en efecto Joselito el Pinto, el chalan.

XVII

D. Juan habia logrado al fin ganar el tronco del árbol y por él un estrecho resalto de la cortadura.

Se habia salvado, si las heridas que habia recibido no eran mortales.

Se sentia dolorido en la espalda y la sangre continuaba corriendo.

La situacion para él era horrible.

El terror le enmudecia.

Sentia que un vértigo denso se apoderaba de él.

Que su cuerpo se cubria de sudor frio.

De repente una voz desesperada, espantosa, gritó con una fuerza desesperada:

—¡Socorro!

Era la voz de Joselito.

Lució un nuevo relámpago.

Don Juan con un extraordinario esfuerzo de voluntad habia logrado dominar aquel vértigo que podria precipitarle de su estrecho y difícil apoyo.

Vió, aunque instantáneamente, el desencajado semblante del gitano.

Sus ojos espantosos por el terror.

Un verdadero semblante de demonio.

La rama á que estaba asido pendiente de la cual su cuerpo se balanceaba en el espacio, se doblegaba.

Era una rama débil y se oia el crujimiento de su desgajo.

No podia sufrir el peso del gitano que era corpulento.

—¡Socorro! volvió á gritar con más fuerza y más desesperacion que ántes.

Entre aquellos dos gritos habia mediado, como entre los dos relámpagos, muy corto espacio.

De improviso se oyó un crujimiento mayor que cesó instantáneamente.

La rama habia acabado de desgajarse.

Al mismo tiempo habia resonado un grito de agonía.

Un verdadero alarido.

Poco despues brilló un relámpago deslumbrador más persistente que los anteriores.

D. Juan no vió á nadie.

Joselito el Pinto habia desaparecido.

Inmediatamente despues del relámpago sonó es-

pantoso un trueno semejante á una inmensa detonacion, y creció la fuerza del aguacero.

La tormenta estaba en su apogeo.

Parecia que el relámpago y el trueno se precipitaban entre los montes sobre las Angosturas.

XVIII

D. Juan gritó á su vez.

Pero el fragor de la tormenta cubria de tal manera su voz que no era de esperar la oyesen en la cueva.

—¡Si al ménos no estuviese herido! exclamó D. Juan.

La angustia y el miedo le atormentaban.

El frio le producia un espasmo insoportable.

Bajo la accion de aquella lluvia torrencial que, calando su ligero traje, corria á lo largo de su cuerpo, desfallecia.

Se agitaba en una convulsion penosa.

Tenia el cuerpo en una estrecha saliente de la cortadura y seguia asido á las ramas del árbol.

Aquel árbol era una higuera salvaje ó loca, como las llaman en el país, que agarraba como una araña sus retorcidas y ásperas raíces al flanco de la cortadura, á veinte metros cuando ménos bajo el puente.

De esta higuera al pendiente y pedregoso lecho por donde se precipitaba saltando el rio, habia por lo ménos otros diez metros de profundidad.

Se oia un ruido sordo que acrecia rápidamente.

Era el del rio que aumentaba acrecido por las vertientes de los montes.

Don Juan no sabia ya si aún corria la sangre de sus heridas ó si la lluvia casi helada que le empapaba la habia detenido.

Pero no sentia ese desfallecimiento que sobreviene cuando se ha perdido una cierta cantidad de la sangre.

No sentia tampoco el dolor de las heridas.

Habia retenido la respiracion y le habia tranquilizado en gran parte esta prueba.

—¡Si Dios quisiera, dijo, que fuesen dos heridas leves! ¡tal vez por la oscuridad midió mal la distancia! ¡tal vez por fortuna no estaba tan cerca de mí como hubiera sido necesario para matarme! ¡ha pasado ya un largo espacio desde que fuí herido y conservo todo mi vigor!

Como se ve, D. Juan estaba ya más sobre sí, puesto que raciocinaba.

Se puso á rezar.

La oracion, la esperanza en Dios, le dieron más fuerza.

Entónces á la brillante luz de un relámpago vió, que un poco más arriba del lugar en que la higuera loca arraigaba, habia una ancha covacha festonada de hiedra y de madreselva.

Se asió á ellas y probó su resistencia.

Se cercioró de que le podian sostener.

Agarrado á ellas se puso de pié, y sin dificultad logró penetrar en aquel hueco que era bastante profundo para protegerle del viento y de la lluvia.

XIX

La tormenta continuaba desencadenada, espantosa.

Era inútil gritar.

D. Juan, por aliviarse del miedo que le causaba una agonía insoportable, buscó fuerzas en sí mismo.

—Mi situacion no es tan desesperada como parece, pensaba: el abrigo de este hueco me ha reanimado: no me siento del todo mal: mis fuerzas crecen: las noches son cortas: dentro de tres horas amanecerá: la tormenta habrá pasado, habré gritado, me habrán oido, me habrán socorrido.

Esta razonable esperanza le fortaleció más y más.

Pudo pensar ya en algo más que en sí mismo aunque relacionado con su situacion.

—¿Qué habrá sido del otro? dijo; ¡el miserable, el asesino! ¡el infame! ¡no debe de amarle ella! ¡si le amara, él no hubiera sentido unos celos tan rabiosos!

Y miéntras murmuraba esto con las dos manos vueltas á su espalda se palpaba las dos heridas que apénas perceptibles al tacto, se manifestaban más por el dolor que producian al ser tocadas.

Pero un dolor ligero; un escozor.

Se tranquilizó más.

Sus ropas mojadas le molestaban mucho pero no de una manera intolerable.

El espasmo y la convulsion que era su consecuencia habian disminuido en gran manera.

Su sentimiento se esclarecia.

Y no decimos su razon, porque en sus ideas y en el sordo acento con que las formulaba habia aquello que podia llamarse insensatez, de que parecia estar constantemente poseido.

(Continuará)

SIEMPRE LA VERDAD

¿Ustedes habrán oido nombrar á esa señora?

Yo tambien.

¿Y oirán Vds. hablar de verdades como quien oye llover?

Lo mismo me sucede á mí.

Cuando yo era niño, siempré me recomendaban mis padres y maestros en primeras materias, ó en primeras letras, que no faltase á la verdad.

Nunca he faltado á las damas, á sabiendas.

Pero el niño se convierte en persona mayor, como nos denominamos á nosotros mismos, y segun cambia de pastos, muda de opiniones.

Así decia un respetable caballero andaluz, viendo á la verdad pintada en un lienzo y simbolizada en una mujer en cueros y con un espejo en una mano:

—Hasta que la han dejado sin camisa no han cesado los embusteros: aborrezco á la mentira; por no oir embustes á un mi compadre y amigo, me vine de Sevilla y cedí á la Beneficencia dos mil casas y ochenta mil fanegas de terreno de regadío que poseia en aquella provincia.

Despues de decir esto solia pedir un cigarro ó dos duros.

Nadie miente: todos los hombres.... y las mujeres, lo cual es aún más sorprendente, condenan la mentira.

La verdad en el arte, la verdad en la literatura, la verdad en la ciencia, la verdad en el baile y la verdad en la tauromaquia. No se busca otra cosa con verdadera ansiedad.

Hasta un industrial del género lúgubre ofrece al país atemorizado por el título, su establecimiento de petacas y carteras de viaje para difuntos, denominado: «La última verdad.»

Esta es la única que el hombre no desea descubrir.

—¿Qué tal va el chico?—pregunta un padre al profesor que *desasna* á la criatura,—dígame V. la verdad.

—¿La verdad?—repite el maestro, sonriendo con benevolencia.

—Sí, no me engañe V.; porque si es torpe ó no sirve, le *saco* del colegio inmediatamente y le *meto* en un oficio mecánico en seguida.

¡Para que el pobre preceptor diga la verdad!

Dos ó tres docenas de verdades que diga á los padres y se queda sin un chico y sin comer.

Así es que responde sin vacilar siquiera y acallando el grito de su conciencia ilustrada:

—El niño es un monstruo.

—¿Cómo?—pregunta alarmado el progenitor del muchacho.

—Un monstruo de talento: me pide V. que le diga la verdad, y se la digo: espontáneamente no me gusta decir estas cosas, porque ellos se crecen... con el tiempo, y las adulaciones paternales ó extranjeras.... quiero decir, extrañas, les perjudican en su porvenir.

—Es verdad.

—Ya lo creo que es verdad: vale más que se crean tontos, porque....

—Pues....

—Porque algunos, por ejemplo, como el de usted, aciertan.

¿Qué puede suceder mintiendo? ¿que el muchacho llegue á pollino ántes de llegar á hombre?

¿Con esto qué pierde el profesor?

Si Vds. por su desgracia, conocen á algun jóven que *construya* dramas, se verán á cada momento en el compromiso de mentir.

¿Quién es el vecino honrado que no ha sufrido siquiera la lectura de un drama inédito?

—Quiero que me diga V. la verdad,—así empieza el autor,—la verdad sin rodeos, y si el drama es malo, verá usted como le rompo.

—Hombre, yo no soy voto, ni tengo autoridad,—replica el paciente, para librarse del sufrimiento.

—Ya lo creo; para mí nadie como V. que es un escritor con casa abierta ó que es uno de los primeros y *más* reputados almacenistas de géneros ultramarinos.

Pues, á pesar de los alardes de modestia del jóven que se siente genio, díganle Vds. que el drama es malo; díganle Vds. la verdad, y cuenten con un enemigo mortal hasta la eternidad.

—¿Qué le parece á V. la escena en que la dama figura que se desmaya en el campo?

—Que deberia recogerla la guardia civil.

—¿A la dama?

—Y á la escena.

—¿Y la versificacion?

—Tambien es campestre.

—Y aquello de....

«Porque le pedí el castillo
que era de mi pobre hermana
que murió en edad temprana,
me contestó que era un pillo.»

¿Es fácil, verdad? muy fácil; digo, me parece.

—Y á mí; revela esa facilidad con que se escribe un disparate.

—¿Qué opina usted que debo hacer en la obra? La verdad.

—Hombre, mire V.; yo en lugar de V. lo que haria....

—¿Qué? la verdad.

—Pues usarla dentro de casa, porque para el público me parece peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí, peligrosa para V., que, segun mi opinion, se verá obligado á salir de España para la emigracion.

Pregunten Vds. á un niño la verdad respecto á cualquier delito casero de que se le supone autor, y si confiesa, casi puede contar con una paliza ó con un puntapié, por lo ménos, seguro.

Pedir á la novia que diga la verdad respecto á cualquier asunto, relacionado con la infidelidad, es pedir gollerías.

—¿Dónde has estado hasta estas horas?—pregunta una esposa á su marido que llega con retraso de dos horas, por consecuencia de un descarrilamiento.

Como el amante esposo responda:

—Voy á decirte la verdad: es indudable que se propone engañar á su mujer.

¿Pero cómo, con qué cara, como dice la gente, habia de decirla:

—Mira, no te enfaden mis revelaciones; vengo de casa de un amigo con asistencia; vamos, con amiga inclusive; hemos cenado fuerte, muy fuerte; tan fuerte que el vecino del principal golpeando en el techo nos recordaba que habia ya pasado la hora del ejercicio y de la actividad mercantil é industrial.

A una mujer fea, díganla Vds. la verdad.

A un cómico malo ¿cómo se le puede decir sin desvergüenza:

—¿Porqué no se dedica V. á la agricultura? Hay falta de brazos y sobra de cómicos malos como V., *verbi gratia*.

¡Si en pleno Congreso se dijera la verdad!

¡Si en sociedad dijéramos siempre la verdad de nuestros sentimientos, qué sinnúmero de *bofetás*, palos, balazos y estocadas registrarian diariamente y con verdad los juzgados de primera instancia!

¡Ah! Si pudiéramos decir al casero cuando pregunta:

—¿Piensa V. pagarme? ¿la verdad?

—Pues la verdad, apreciable y aplaudido propietario, no señor.

Pero vivimos en el mundo de la mentira.

Y sin embargo, oirán Vds. decir á la mayoría de las personas que blasonan de sérias y formales:

—A mí nadie me diga más que la verdad; yo siempre digo la verdad; la verdad por delante.

Siempre la verdad.

¡Desgraciados! ¡Ah!

(Me parecia que este artículo no podia acabar bien, sino en el estilo dramático. La verdad en el arte.)

EDUARDO DE PALACIO.

LO INMORTAL

(Cuento)

Los condes de Añorbe tenian en sus Estados, por aquella edad venturosa que medió entre 1793 y 1808, todo lo que puede desear un mortal codicioso de oro, gloria y placeres.

Más de 200 leguas de bosque, sembradas de pueblecillos y caserío, rentaban sin cesar, hora por hora, 1,000 ducados en cada una, á los nobilísimos señores de Añorbe. En medio de la negrura de estos espesos encinares y del verde severo de más de 500 hanegadas de olivar, lucian algunos estanques, como escudos de oro abandonados por gigantescos paladines, en momento de pereza ó cansancio.

Cuando era el mes de mayo, los rebaños del opulento señorío ocupaban todas las cañadas de la serranía y descendian al llano por noviembre, alegrando 20 leguas de tierra con el campanilleo de sus esquilas y los cánticos de sus pastores.

* * *

En el centro de los Estados de Añorbe, alzábase el castillo señorial, notable pieza arquitectónica, de gusto medio florentino, medio jónico, con su *belvedere* en que se atesoraban lienzos de Rubens y el Ticiano y una buena coleccion de obras de nuestros místicos, desde el místico-pájaro Murillo, hasta el místico dragon Rivera.

Una particularidad terrible llenaba de sombras aquella mansion real. Un voto antiguo, heredado y perpetuado desde el siglo XI, en que el primer Añorbe lució condal corona, gobernó Estados y rigió milicias y cobró annatas, obligaba á los condes á permanecer célibes, á no usar de mujer, á conservar su virginidad, y á no dar, por tanto, sucesion á sus títulos y grandezas. Venia á heredarlas siempre un pariente, sobrino ó alnado, que habia de ser soltero para poder quedar obligado á aquella moral castracion.

Así, iba la fortuna colosal de Añorbe atravesando la historia y los siglos, y su palacio, sin tener esa jubilosa fisonomía del arte itálico griego, parecia un mausoleo donde, no cadáveres en polvo y ceniza, sino hombres muertos en lo espiritual, no vivian, sino que más bien digerian la vida. Los diez salones de amplitud circense que daban vuelta á la principal plaza de armas, con sus espejos anchos como mares y cuyos marcos de prolija talla eran un desbordamiento de gongorina labor, con sus muebles de raso y concha, con sus pebeteros de oro, sus alfombras de terciopelo y sus bordados tapices, con su pueblo de lacayos y servidores vestidos riquísimamente

y su actividad festera no interrumpida, producian la impresion que produce la muerte; y el lujo hacia más honda esta impresion, porque entre las sonrisas del oro, el chispeo de los brillantes y el fulgurar de los espejos, se destacaba con más crudeza la idea de aquella familia que era la negacion de la familia, de aquel hogar donde nunca podia lucir la llama del amor, de aquellos condes eunucos que procuraban en vano derrochar en vida una fortuna de que no podian disponer en muerte.

***

Cuando Anatolio Francisco Javier, conde de Añorbe, cumplió los 50 años, trajo á su palacio á un sobrino cuarto, de diez y seis abriles, que estudiaba música y cánones en la maestría de Calbardos. Era un mozo plácido, con ménos carne que un estoque, de ojos azules, de labios descoloridos y de andar trémulo. Sus juegos infantiles fueron decir misa en altares de carton, engalanado con casullas de papel y talco. Jamás tuvo asomo de noviazgo. Su carne, trasparente como la hostia, sólo podia encerrar bondades celestiales, eucarísticas virtudes y píos anhelos.

—Hé aquí, mi buen Cruz,—dijo el conde de Añorbe una noche á su sobrino,—que la muerte me acomete. He tenido que entregarle mis piernas y ella me ha puesto en ambas los grillos de la gota. El corazon está dándome sus últimas horas de servicio... Máquina cansada..... Sus muelles se enmohecen... Hora es de que descansen.

Iba oscureciendo y estaban tio y sobrino en la Biblioteca cuyos cuadros, medio ocultos en la sombra, parecian querer borrarse en aquella hora en que la luz se va. Cruz Añorbe se asustó. Las palabras de su tio tenian cierto tono de ferocidad, de desesperacion, de desconsuelo.

—He sido un bandido, un asesino,—dijo el conde.

—¡Vos!.... Imposible.

—Sí, mi buen sobrino. Nuestra familia tiene puesto en su alma el sello de Satanás.

—¡Jesus, Dios mio!—dijo el santo mancebo con mogigata compuncion.

—Has de saber que allá, en el oscuro siglo XI, un conde de Añorbe hizo pacto con el diablo. El diablo le otorgó un licor de inmortalidad á cambio de su alma. Ese licor está encerrado en un pomo que se custodia en el arca de roble de nuestro aposento. «Cuando tú mueras,—le dijo el diablo á nuestro abuelo,—bastará que te froten las articulaciones todas de tu cuerpo con este licor para que sobrevivas, resucites y te hagas eterno. Te doy este bálsamo á cambio de que te obligues á darme tu alma. Es más: ese bálsamo está compuesto del sudor de mi caballo Belial y de sangre de mis venas. Es nuestra sustancia, tiene nuestra fuerza, os hará perversos y poderosos como á nosotros.... Pero dejareis de tener hijos. Yo soy estéril, no engendro. La virtud de crear sólo es de Dios. Así, pues, vosotros, que sereis mi criatura, mi hechura, mi trasunto, tendreis mis riquezas, mi autoridad, mi fuerza, mi eternidad, pero tambien mis imperfecciones. No podreis tener hijos.» De esta manera habló á nuestro abuelo el diablo que se le habia aparecido en la figura de una hermosa bayadera, orlada la garganta con hilillos de perlas y con una sonrisa bermeja en la pecadora y hermosa carilla.

—Pero el diablo,—dijo Cruz, haciéndose una muy reverente en la frente,—no cumplió su palabra puesto que nuestro abuelo no fué inmortal.

—Sí, la cumplió. Pero, oye.... esto es lo horrible. Nuestro abuelo llamó á un sobrino para que le heredase, é *in articulo mortis* le reveló el secreto, como yo lo hago contigo y le encargó que así que hubiera muerto le frotase las articulaciones con el bálsamo diabólico.... y el infame sobrino no lo hizo... porque viendo á su tio muerto y á él en posesion de sus riquezas, pensó con infernal astucia: «Si este muerto resucita, yo dejaré de ser el conde, el rico, el poderoso. Muerto está, dejémosle entregado á la ley terrena que manda que todo perezca, y guardemos el licor para que me sirva á mí....»

—Desde entónces,—añadió con voz ahogada el conde tras breve pausa,—todos los condes han sufrido igual deslealtad. Sus herederos han dejado el bálsamo en el frasco y á sus tios en la tumba....

—¿Y V.?—preguntó con horror Cruz.

—¿Yo?... Yo he hecho como los otros. He dejado á mi tio en la huesa, y el bálsamo del diablo continúa sin que se haya gastado de él ni una gota.

Aquí el conde prorumpió en un arranque de lágrimas y abrazándose á su sobrino dijo:

—Yo no quiero morir: por eso te he llamado á tí que eres un santo, incapaz de la infamia que todos hemos cometido con todos nuestros antepasados.... tú lo harás, sí, tú no me dejarás morir: ya sabes dónde está el frasco que contiene el licor de la eternidad. Así que muera, ya sabes cuál es tu mision.

***

De allí á una hora murió el conde, y su sobrino lleno de espanto subió al aposento, recogió con mano crispada y convulsa el pomo diabólico que estaba cincelado con sobrehumano arte, y bajó á la biblioteca donde el cadáver de su tio yacia. Puesto de hinojos delante de él, le desnudó. Ya estaba el cadáver frio, y el contacto de aquella piel le produjo á Cruz espasmos nerviosos. Destapó el pomo, frotó con el líquido azul que contenia en la sangría del brazo derecho del cadáver.

Una fuerza hercúlea se desarrolló en aquel brazo ya frio, que estrechando el cuerpo de Cruz, le atrajo hácia sí cariñosamente.

Aterrado Cruz, perdió el sentido, escapóse de su mano el frasco, y el licor azul se derramó por el suelo.

***

Al dia siguiente los criados encontraron en la biblioteca dos cadáveres; el del conde tenia enlazado con su brazo derecho á Cruz. Fuerzas terribles hubo que hacer para desasirle. El pobre Cruz habia muerto por asfixia.

El brazo derecho del conde se movia sin cesar dando fuertes puñadas en el aire. En vano quisieron sujetar aquel brazo. Dentro de la caja fúnebre el brazo seguia moviéndose con estremecimientos vigorosos y terribles. Conducido al mausoleo, aún se escuchaba á travês de las paredes de mármol el movimiento de aquel brazo, músculo inmortal de un hombre muerto.

***

¿Y este cuento que prueba? que hay una sola cosa inmortal.

La fuerza.

José Ortega Munilla

LA CASTELLANA, cuadro por C. Probster

Imp. de Montaner y Simon



AÑO II — BARCELONA 3 DE SETIEMBRE DE 1883 — NÚM. 88

CENICIENTA cuadro por C. Jennard

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Pintores y viticultores.—La filoxera.—Remedio de fantasía.—El soborno de los insectos. —La diplomacia y el queso.—Fulgores bélicos. —La paz y la guerra.—Estímulo de los animales.—Filosofía de un *protector*.—Designios de *lo alto*.

Parece que aún somos fuertes.

Es decir, aún tenemos algun poder para ganar victorias.

Y son de las más pacíficas. Las batallas y las acciones de guerra se presentan pintadas, y no hay, por tanto, derramamiento de sangre.

Lo único que se ha derramado ha sido vino.

Refiérome á los triunfos obtenidos por los pintores y los viticultores españoles en las dos exposiciones de Munich y de Amsterdam.

* * *

Resulta, pues, que nuestras pinturas y nuestros vinos son muy estimados en el extranjero.

Los pintores ya procurarán, por lo que á ellos les toca, mantener el brillo de su fama. Pero la vid tiene un enemigo formidable que no cesa de combatirla.

Es la filoxera.

Otra vez vuelve á hablarse de este terrible insecto.

¿Qué pretende?

¡Una friolera! ¡Dejarnos sin vino, sin inspiracion, sin alegría, cegar la fuente de nuestras ideas más grandiosas; arrebatarnos las divagaciones y las quimeras del cerebro!

No puede ser. Pero es preciso obrar con cautela. Hace tiempo que la ciencia se ha puesto sobre aviso —que es la mejor de las cabalgaduras imaginables—y en las Academias, en las corporaciones y en los gabinetes particulares se ha declarado al insecto guerra sin cuartel, al paso que la filoxera ha respondido con el grito unánime de «¡guerra sin cepas!»

La filoxera procede con verdadero arte estratégico. Siendo el vino lo más fuerte que nosotros tenemos, el temible insecto empieza atacando nuestras fortalezas.

Yo creo que ya no cabe más remedio que sobornar al enemigo y vencerle á fuerza de agasajos.

He aquí un remedio de pura fantasía.

Yo estableceria una especie de Congreso de sabios en el punto de España donde la filoxera hiciese más estragos.

El programa habia de ser muy variado. Recepciones, bailes, grandes banquetes, partidas de caza, espectáculos de todas clases, hípicos, gimnásticos, pirotécnicos, bufos...

En fin, todo lo mejor para divertir á la filoxera.

Al principio se resistiria, no cabe duda. Imaginad un lacedemonio, acostumbrado desde la infancia á la sopa negra de Esparta, puesto de repente ante un festin de Atenas y tendreis idea de la repugnancia que los manjares de los sabios habian de producir en los parcos estómagos de los insectos. Pero, primero el más audaz de todos ellos, despues una docena, luégo mil y al final todos se trocarian en sibaritas. El primer paso es lo que cuesta: una vez levantado el pié se irá rodando por la pendiente.

—¿Cómo llamais á esto?—preguntará un destructor de cepas.

—Eso es una pechuga,—contestaria, con voz gangosa un sabio, calándose los anteojos para ver más á las claras.

Y el insecto sacaria un libro de memorias y apuntaria: «¡Las pechugas, excelentes!»

—¿Y esto?—interrogarian otros.

—Ostras.

—Filete.

—*Foie gras.*

Etc., etc., etc.

Las lenguas filoxéricas chascarian en señal de satisfaccion infinita.

Entónces diria un sabio:

—¿Quieren un poco de vino?

—¡Con mucho gusto! Lo probaremos.

Pausa.

—¿Qué tal?

Todos los insectos paladeando: —¡Soberbio! ¡admirable! ¡divino! ¡archifiloxérico!

* * *

El momento crítico habria llegado. Cuando el pez muerde en el anzuelo se necesita mayor prudencia que nunca.

Entónces deberia levantarse el más insigne de los sabios.

—Pues bien, excelentísimos señores,—diria,—esto sale de las cepas. *(Atencion.)* La viña es la creadora del líquido que en este momento enardece nuestro cuerpo. ¡Y vosotros lo destruís inconscientemente! *(Sensacion.)* ¿No seria mejor que abandonárais este oficio, y en vez de aniquilar las viñas os dedicárais á disfrutar de los manjares que habeis saboreado y á beber el vino de nuestras bodegas? *(Muestras de asentimiento. Menudean los tragos.)* Vuestra actitud me da á comprender que no desaprobais mi pensamiento. Pasais una vida endiablada, siempre en el campo, y afanados constantemente en la misma tarea. Veníos á Madrid. Allí hay empleos para vosotros. Si quereis seguir vuestros instintos, tampoco os faltará ocasion para ello; podreis dedicaros á cualquiera de las mil granjerías que redondean á un hombre á costa de los demás prójimos. Pero en cambio tendreis banquetes á estilo del que acabamos de daros, y podreis trasegar el zumo de la vid hasta caeros sin sentido debajo de la mesa. ¡Ea, pues! nobles insectos ¿aceptais mis proposiciones?

Todos en coro: —¡Aceptamos! ¡aceptamos!

¡Y España seguiria siendo el país de los mejores vinos!

* * *

Eso de arreglar las cosas por medio de banquetes, es muy antiguo, y en muchísimas ocasiones los diplomáticos más severos han trocado las notas y los protocolos por el trinchante.

Ahora que se respira en la atmósfera un aire marcial y belicoso no estará fuera de cuento el recordar una anécdota de un antiguo secretario de embajada y referida por el primero de los cronistas parisienses.

Corria el mes de enero de 1815. Napoleon I habia caido en la red que le tendiera la sagaz Inglaterra; y un congreso de plenipotenciarios, príncipes y reyes convocado en Viena se entretenia en deshacer el mapa á fin de quitar importancia á la nacion francesa. Cortábanse mul titud de plumas, se discutia, se bailaba alguna que otra vez y se comia colectivamente todas las noches.

Lord Castlereagh,—el mismo que más tarde se suicidó con una navaja de afeitar,—era el anfitrion cierta noche en que la comida estaba muy animada. Se habian servido los postres:

—A un lado la política, señores,—dijo el príncipe de Ligne.—Hablemos de las maravillas que tenemos á la vista.

Y olvidando Rusia sus malas inteligencias con la Gran Bretaña, y las futuras rivales Prusia y Austria echando á un lado sus rencillas se entabló una viva controversia acerca de la superioridad de los quesos, en la cual cada uno de los convidados defendia los intereses de su país con un celo tan caluroso como si se hubiese tratado de la reivindicacion de alguna provincia.

El príncipe de Talleyrand pidió la palabra:

—Señores,—dijo con una gravedad que no se habia notado en él desde la apertura del Congreso,—notad que Francia no tiene representante de su industria en esta mesa, y le asiste el derecho de tenerlo. Pido que el fallo se suspenda ocho dias: yo me comprometo á presentar documentos que suministren nueva luz sobre el asunto de que se trata.

Todas las cabezas oficiales se inclinaron, y el plazo fué unánimemente concedido por la Europa entera.

* * *

Veinte minutos despues partia de Viena, reventando caballos, (aún no habia ferro-carriles) un correo de confianza portador de una nota secreta de la legacion francesa. Catorce animales quedaron sin vida á lo largo del camino; pero el dia indicado el correo extraordinario franqueaba las barreras de Viena.

Llegaba á tiempo.

El congreso se hallaba en la mesa, y un magnífico queso de *Brie*, fresco, dorado, fué presentado magestuosamente por dos lacayos y colocado encima de la mesa.

Todos los diplomáticos solicitaron probarle inmediatamente.

—Hay que reconocerlo,—dijeron en coro, despues de haberlo saboreado un rato,—Francia queda victoriosa: la palma de los quesos le corresponde legítimamente.

Talleyrand registró este triunfo en el número de aquellos que más satisfacieron su amor propio.

Es verdad que el dia anterior Francia habia perdido, de una sola plumada, tres ciudades y dos fortalezas. Pero esto ¿qué importancia tenia?

El gran diplomático confesaba á sus amigos que nunca habia gozado tanto ni representado con más orgullo á la nacion francesa.

* * *

Ahora se vuelve á hablar vagamente de dias de prueba para Francia.

Esta es la mayor novedad del dia.

Todo el mundo aguarda el *fiat lux* en medio de este caos, del cual puede resultar lo mismo una paz relativa que una conflagracion que todo lo llene de terror y es panto.

¿Será la paz? Pues esto representa una bicoca: la industria floreciente, el comercio sin trabas, la tranquilidad en las familias, la salud en la atmósfera, las bellezas del campo en todo su esplendor y los preceptos del Dios del Evangelio puestos en práctica.

¿Será, por el contrario, la guerra? Imaginémonos un afortunado general, al frente de su invasor ejército. Siembra por los surcos del terreno miembros humanos en vez de fructíferas semillas. Llena de miasmas el aire y de pavorosos estruendos el espacio. Tiene algo de Jehovah dictando entre rayos las tablas de la ley. Inmola á la ambicion millares de víctimas y se las ofrece á Dios en holocausto.

Gana la batalla y dice:

—¡Victoria completa! Tantos miles de muertos; tantos heridos. Doy gracias á la Providencia.

Y despues manda entonar un *Te Deum*.

Si este es el camino de la civilizacion, confieso mi gusto particular sin imponérselo á nadie.

¡Reniego del camino!

* * *

Parece que la *Sociedad protectora de animales y plantas* se ha salido con la suya.

No se ha permitido la lucha del perro llamado *Invencible*.

La *Sociedad* ha obtenido un gran triunfo. ¡Ya era hora! Los bípedos y cuadrúpedos de todas clases empezaban á torcer el hocico constituyéndose en secta de excépticos.

Con el resultado de la proteccion todos los animales han lanzado un *¡hurra!* general.

Hay toro tan confiado que espera ver en manos del matador una espada de algodon en rama; y los caballos suponen que las astas del toro estarán fabricadas con resorte de modo que al chocar con el menor obstáculo se hundan dentro de la cabeza.

La dificultad para los protectores estriba en dictar leyes que contenten á todos los animales.

El buey pedirá que se labren los campos con máquinas de vapor y que se construyan ferro-carriles hasta en los caminos vecinales.

El caballo solicitará triscar por las praderas y tener comercio de cebada.

El cerdo no querrá engordar nunca.

El pavo reformará como Gregorio XIII el almanaque suprimiendo en él las fiestas de Navidad.

El gato pedirá que se establezcan tranvías en los tejados.

El raton querrá dejar cesantes á los gatos.

La cabra se hará cazadora y *tirará* al monte.

Y todos los animales en fin, cada cual á su manera, pedirán lo que mejor les convenga, áun siendo en perjuicio de sus compañeros.

Sé de un *protector* que para favorecer las plantas trata de pedir que ningun edificio de la capital tenga planta baja.

Otro entró dias atrás con unas grandes tijeras en el jardin zoológico del Parque de Madrid, para cortar las melenas del leon á fin de que el calor no le molestara. Despues leyó á un camello un capítulo del Koran y regaló unas cuantas libras de almendras de Alcalá á los monos de la jaula grande.

—Diga V.—le interpelé.—Convengo en que los animales y plantas merecen atencion. Pero ¿no seria mejor que protegiéramos á los hombres? ¡Hay tanta desgracia! tanta miseria! tanto albañil que se cae de los andamios!

Y el protector me contestó:—¡Cierto!; pero á cada cual su cosa. Para las desgracias, hay la resignacion cristiana: para la miseria los asilos de beneficencia. Para los albañiles no hay más que la fatalidad. Cada vez que nace un albañil crece en un árbol determinado una capa de madera para formar el tablon de su desgracia. Suena la hora: el albañil gana su mísero jornal construyendo casas para los ricos. Y á lo mejor se oye una fatídica voz que dice «*¡Andiamo!*» Quiere decir «andamio;» pero la fatalidad no sabe pronunciar bien el italiano. Entónces el albañil se viene abajo y queda estrellado.

¡Es su *estrella!* ¿Qué quiere usted?

¡Son designios de *lo alto!*

PEDRO BOFILL

Madrid 31 agosto de 1883.

NUESTROS GRABADOS

CENICIENTA, cuadro por C. Jonnard

El solo título de este grabado nos releva de la necesidad de hacer su descripcion, pues seguramente no habrá lector, grande ni chico, que no sepa de memoria el popularísimo cuento de la pobre *Cenicienta*, y no sólo por haberlo oido referir ó leido en sus juveniles años, sino tambien por haberlo visto puesto en accion en la escena de nuestros teatros ó en la pista de los circos ecuestres.

Nos limitaremos, pues, á considerar brevemente la ejecucion de este cuadro, acerca de la cual diremos que en nuestro concepto el pintor Jonnard ha dado con el verdadero tipo de la mísera criatura menospreciada por sus padres y hermanas, de la *fregona* de la casa, á la cual ha representado atinadamente en el ejercicio de sus prosaicas funciones, relegada á un rincon de la cocina, tan bonita como reflexiva, de rostro tan bondadoso como de expresion dulcemente resignada á su contraria é inmerecida suerte, pobremente vestida y dejando descubierto el diminuto y torneado pié al cual habia de deber la rápida y brillante mudanza de su condicion. Creemos que cuantos contemplen este grabado exclamarán: «Esta es la Cenicienta tal como nos la habíamos representado,» exclamacion que será el mejor elogio de la obra de Jonnard.

ASESINATO DE IWAN NARYSCHIN en presencia de la czarina Sofía, cuadro por Korsuchin

A fines del siglo XVII, ó sea ántes de Pedro el Grande, la Rusia era considerada no sin razon, por el resto de

Europa, como un país fuera del concierto de los pueblos civilizados. El regicidio estaba en él á la órden del dia y bastaba que á los strelitz, regimientos de soldadesca, se les antojase producir una revolucion, para que la revolucion estallase y ocasionase una sangrienta hecatombe.

La regencia de la czarina Sofía, hija del czar Alejo Mikallowitz, y hermana de Iwan V y de Pedro el Grande, fué ocasion de varias explosiones del furor de las tropas rusas. En una de ellas, los strelitz, completamente desmoralizados y ebrios de sangre, invadieron el Kremlin, y sin respeto, ni áun al templo, cometieron en él toda suerte de horrores.

Entre las víctimas contóse Iwan Naryschin, que algunos suponen hermano de la regente. En vano Sofía se postró á los piés de los sublevados para aplacar su injustificado enojo: la sed de los strelitz no se extinguia sino con sangre. Cuéntase que cuando el mísero Iwan comprendió lo horrible del peligro que corria, hizo que le administrasen el viático y la extremauncion, abandonó su escondrijo llevando consigo una milagrosa imágen de la Virgen y salió al encuentro de la amotinada turba. Los strelitz se apoderaron de él en presencia de la czarina, le arrastraron por los cabellos hasta fuera de la estancia, arrojáronle desde lo alto de la escalera é improvisando un juicio y un tribunal, condenáronle á ser descuartizado. Momentos despues sus ensangrentados miembros eran sujetos con garfios á una balaustrada del palacio imperial.

Esta escena de horror es la que ha pintado Korsuchin con una verdad realmente conmovedora.

GITANA, dibujo por Inglada

¡Buena hembra, vive Dios!.... Tez cobriza, cabello negro y rebelde, labios gruesos y sensuales, ojos grandes y de mirada de reina, nariz egipcia, talle flexible como la palma, formas cuya perfeccion no es bastante á desfigurar el mal pergeñado traje que apénas las oculta, un tipo de esfinge embellecida para darnos á comprender lo que fueron mujeres bellas en la tierra de Faraones.

Cuando place á una de esas gitanas, su mirada produce volcanes; cuando le da por la contraria, petrifica á sus amadores. Ninguna *almée* miró con tanta pasion, ninguna sultana miró con mayor desprecio. Es una mujer con dos naturalezas, una de fuego y otra de hielo.

El inglés más saturado de spleen arroja á los piés de una de esas gitanas, *cantaora* ó *bailaora* ó ambas cosas á un tiempo, su apabullado sombrero y su bolsillo repleto. Para la gitana andaluza la rica Albion es una mina de plata explotada en Granada y Sevilla: los economistas, al hacer la Balanza de España, debieran tomar en cuenta este elemento de produccion, que siempre tiene mercado extranjero y contra el cual nada ha podido ni áun el tiempo, que supera en estragos á la filoxera y al oidium.

Inglada conoce bien ese tipo y lo ha reproducido con acierto. Si es copia de un modelo, si esa gitana ha pestañeado, como se dice vulgarmente, pocas veces la gitanería habrá producido otro ejemplar de más pura y bella raza.

ENSAYO DE INDEPENDENCIA, cuadro por Gustavo Sus

Pasó la primavera y con ella la época en que las tiernas palmípedas no se atrevian aún á separarse del caliente abrigo que les ofrecian las alas de su madre: llegó por fin el suspirado estío, y en sus primeros dias favorables ¡con qué placer no alardea la pollada de grata independencia! ¡con qué fruicion surca el agua ensayando por primera vez sus fuerzas, ó agita en tierra las casi desnudas alas en demostracion de victoria! Tanto más seguros pueden entregarse los patitos á sus inocentes juegos y ensayos de emancipacion cuanto que lo agreste y escondido del lugar les preserva de las acometidas de alguna alimaña, aunque andando el tiempo tal vez no les libre del plomo de algun empedernido cazador que los haga pasar del agua á su zurron sin tener en cuenta su condicion inofensiva.

El cuadro de Sus puede calificarse de pasatiempo artístico, aunque no por eso está ménos bien ejecutado, así en su conjunto como en sus detalles.

LA LECCION DE GEOGRAFÍA, cuadro por E. Pagliano

«¡Aquí está América!» dice el anciano profesor de geografía, señalando con el dedo un punto de la esfera, y llamando con ello la atencion de sus dos distinguidas discípulas, las cuales se preparan á escuchar sin pestañear la descripcion de aquella América, que si en la época en que se supone la escena, no habia producido aún tan tos tios millonarios, hacia ya pensar y soñar en sus tesoros á causa de las patrañas esparcidas sobre el Eldorado y de los galeones cargados de riquezas que el Perú y México enviaban anualmente á España.—Por lo demás, el estudio de la geografía bien merece que se le preste la atencion que manifiestan las lindas jóvenes de nuestro grabado, pues no sólo es ameno, curioso y entretenido, en cuanto á estudio á propósito para las damas considerado, sino de todo punto necesario y realmente más útil que otros muchos de los que hoy constituyen la educacion de la mujer y en los que invierten las familias cuantiosas é improductivas sumas.

De la obra de Pagliano sólo diremos que las figuras están tratadas con tanto acierto, los trajes son tan característicos de la época y los paños y ropajes tan bien entendidos; que el conjunto ofrece esa graciosa homogeneidad que realza cualquier asunto tan sencillo como el de este cuadro.

VISTA DE HAMBURGO

Esta rica y floreciente ciudad libre alemana, se halla situada á la orilla derecha del Elba, á 110 kilómetros de la desembocadura de este caudaloso rio en el mar del Norte y en su confluencia con el Alster y el Bille. El Elba tiene en Hamburgo bastante anchura y profundidad para que los buques de mayor porte puedan llegar hasta la ciudad, y descargar sus mercancías á las puertas de los mismos almacenes.

Hamburgo, poblada por 200,000 habitantes, y por unos 410,000 contando la poblacion de los arrabales, es una ciudad curiosa é interesante, que conserva en sus edificios y modo de ser muchos recuerdos de la época en que descolló sobre todas las ciudades que constituian la célebre liga anseática, así como en la parte nueva de la poblacion se revela el sello de los adelantos modernos. En 1842 sufrió un voraz incendio que duró tres dias y tres noches é hizo desaparecer 61 calles, 3 iglesias y unas 1,992 casas; pero que demostró hasta qué punto llegan los inmensos recursos y el patriótico ardor de sus habitantes; pues del seno mismo de estas ruinas ha surgido una ciudad nueva con calles anchas y espaciosas, formadas por edificios magníficos que en nada ceden á los de los barrios más hermosos de Lóndres y París.

Los canales que cortan la parte antigua de la ciudad se parecen á los renombrados de Venecia, y las casas construidas en sus orillas lo están sobre estacas. Hamburgo es el emporio comercial del Norte de Europa, no siendo ménos floreciente su industria que da vida á numerosas fábricas, talleres, fundiciones y manufacturas de toda clase.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuacion)

Su imaginacion estaba llena de Pepa y por ella repercutía con no sabemos qué saña en su memoria el recuerdo del Pinto.

—¡Cayó! ¡cayó! dijo: ¡oh! ¡y qué horrible semblante de demonio el suyo á la luz del relámpago! ¡parecia que me decia: «¡Ven, ven conmigo! ¡perece conmigo! ¡no te quedes en la vida para que ella te ame!» ¡Y cayó! ¡cayó! ¡le habrá arrastrado la corriente que habrá llevado su cadáver léjos, muy léjos! ¡su cadáver, sí! ¡oh, sí! ¡se habrá ahogado!

XX

Un destello de la conciencia en medio de aquel caos de la pasion y de la insensatez que se revolvia de su alma aterró á D. Juan.

Fuese cual fuese la perversidad de su enemigo, él no debia alegrarse de su desgracia.

Sus creencias, aunque tibias en él á causa del torbellino de ideas contradictorias que agitan en nuestros tiempos á los pensadores y á los que no lo son, sujetándoles á la influencia de una filosofía en que el refinamiento metafísico ha llegado á lo extravagante, en que pretenden amalgamarse el racionalismo y el espiritualismo, las creencias, repetimos, que habian empezado á infiltrarse en él, á determinar en él una especie de temperamento social, moral y religioso, por decirlo así, desde el seno de su madre que habia nutrido á la par su cuerpo y su alma, resurgieron en él poderosas.

Le pareció que la sombra luminosa de Cristo surgia para él del oscuro fondo de la tormenta y que le decia con su severa mirada y á la par dulce y triste: ¡«Perdona á tu enemigo! ¡ruega por él! ¿No ves que tú estás en peligro de muerte? ¿Cómo vendrás ante mí con la negra mancha del odio vengativo, si yo te llamo?»

Como se ve, si una pavorosa tormenta agitaba el espacio, no era ménos espantosa la tempestad que agitaba el alma de D. Juan.

Sólo entónces pensó que la continuacion del furioso aguacero podía acrecer ilimitadamente al rio, hacerle subir, llegar hasta el hueco que le abrigaba y ahogarle en él.

Sólo entónces observó con ansia, esperando la luz de un relámpago, la corriente cuyo rugido y cuya violencia acrecian.

Sobrevino al fin el relámpago, y vió henchida la cortadura de una corriente rauda, espumosa, turbillonante.

Condensando la fuerza de su mirada habia visto en el brevísimo tiempo de la duracion del relámpago, que cuando más, faltaban dos metros para que el rio llegara al lugar en que se encontraba.

La avenida, verdaderamente dicho, no habia tenido lugar aún, porque apénas si habia pasado media hora desde el comienzo de la tempestad.

Todo lo que habia acontecido desde entónces, el atentado del Pinto, la lucha, la caida, la retencion por la higuera loca, el desgajamiento de la rama que habia precipitado sobre el rio al gitano y las angustias de D. Juan hasta que se abrigó del hueco y cobró algun valor, todo esto, repetimos, habia pasado rápidamente.

La avenida, engrosada por los barrancos superiores, y por las corrientes de los montes en un espacio de algunas leguas, no habia tenido aún tiempo de acumularse.

Pero era indudable que debía sobrevenir aunque en aquel mismo punto cesara la tempestad.

Generalmente en los rios Darro y Genil, por la configuracion del terreno por donde, viniendo de la sierra, se extiende su lecho, la furiosa y espantable avenida sobreviene despues de pasada la tempestad, cuando se trata de las pasajeras perturbaciones de la atmósfera en el verano.

XXI

D. Juan volvió á aterrarse.

El peligro continuaba.

No se podia calcular con cuánta rapidez subiria la corriente.

Podia suceder que muy pronto, tal vez en pocos minutos, áun en segundos, el hueco que le protegia fuese inundado.

Una segunda agonía de terror mucho más angustiosa que la que ya habia sufrido, acometió á D. Juan.

Sintió un pavor horrible.

Como el del que se apercibe de un toro y escapa con la horrible duda de si será su carrera bastantemente rápida para salvarle.

Pero él no podia correr.

Sentia que el mugido del rio era de momento en momento más atronador.

El aguacero en vez de disminuir aumentaba en cantidad y en furia.

La brillantez de los relámpagos era insoportable.

El intenso fulgor eléctrico le cegaba.

En el azulado foco de aquellas exhalaciones habia como una luz de luz.

Las detonaciones de la tormenta ensordecian.

Y esto aterraba más y más á D. Juan.

¿Cómo podian oir sus gritos?

Sin embargo, gritó con todas sus fuerzas pidiendo socorro, con insistencia, con ansiedad y con tanta más desesperada extension cuanto más sentia acrecido el fragor de la corriente.

Nadie contestaba.

XXII

De improviso un inexplicable sentimiento de consuelo y de esperanza animó á D. Juan.

Habia creido oir, á pesar del estruendo atronador de la tormenta, el repique de unas castañuelas.

Esto era demasiado extraño.

Suponiendo que aquellas castañuelas fueran las de Pepa, no se concebia que en aquel momento Pepa tuviese la peregrina ocurrencia de hacerlas sonar.

El repique cesó.

D. Juan, que se habia alentado durante un momento, volvió á desalentarse.

Creyó que su imaginacion le habia fingido aquel repicar de castañuelas.

Volvió á gritar.

Instantáneamente, y de una manera distinta, D. Juan volvió á oir el repique de las castañuelas, aunque envuelto en el estruendo de la tempestad y amenguado además por la distancia.

Parecia provenir del puente.

—¡Pepa! ¡Pepa de mi alma! gritó forzando la voz D. Juan; ¡sálvame!

El mugido de la corriente crecia.

Un relámpago dejó ver á D. Juan que el agua iba alcanzando ya al lugar en que se encontraba.

El segundo repique de las castañuelas habia sido mucho más largo.

XXIII

D. Juan salió del hueco.

Avanzó el cuerpo y asido á la hiedra que arraigaba fuertemente en la cortadura, miró hácia arriba.

Vió en el puente una luz.

Aquella luz estaba inmóvil.

Pero de improviso se movió.

Descendió, continuó descendiendo.

D. Juan percibió al fin un farol que el viento impulsaba de acá para allá, pero que seguia descendiendo.

Al fin llegó á nivel de D. Juan.

Le iluminó á pesar de sus oscilaciones.

Continuaba con el cuerpo avanzado fuera de la covacha.

Los que indudablemente estaban en el puente debian verle.

Y le vieron porque el farol dejó de descender, y un nuevo repique más acentuado, más sonoro, más largo de las castañuelas se dejó oir.

El farol, en sus oscilaciones, se ponia á veces al



ASESINATO DE IWAN NARYSCHIN EN PRESENCIA DE LA CZARINA SOFÍA, cuadro por Korsuchin



GITANA, dibujo por Inglada

alcance de la mano de D. Juan, pero cuando éste iba á cogerlo, una nueva oscilacion le separaba: al fin el farol se elevó rápidamente.

La agonía de D. Juan era ya infinita.

Su ansiedad, cuando veia que ya se trabajaba por socorrerle, llegaba á un tal exceso, que empezaba á producirle el vértigo.

Sus ojos se nublaron.

Un frio intenso, que parecia nacer de la médula de sus huesos, se difundia por su cuerpo.

Sus manos empezaban á adormirse.

En medio de su perturbacion sentia que le iban faltando las fuerzas para tenerse asido á la hiedra.

Tenia la voluntad de izarse, de ganar de nuevo el interior del hueco, y no podia moverse.

Era como en esos sueños en que nos sentimos atraidos por un abismo, pretendemos salvarnos, retroceder, buscar un punto firme de apoyo y no podemos.

El farol seguia á la misma altura de D. Juan, oscilando siempre.

Pero D. Juan no lo veia ya.

Nada oia tampoco.

Su vértigo se condensaba.

Seguia asido á la hiedra, más que por una accion deliberada, por la crispatura del terror.

Por el instinto de conservacion.

Podia decirse que para él todo habia concluido.

No sentia nada.

XXIV

De improviso un ruido sordo lejano, pero formidable, se dejó oir por la parte de arriba de las Angosturas.

Aquel estruendo avanzaba rápidamente, crecia.

Era la avenida que sobrevenia al fin.

Un instante más hubiera sido el último de D. Juan.

Apareció de repente el reflejo de una luz en el interior del hueco.

Creció.

Apareció la luz en las manos de una mujer.

Aquella mujer era Pepa.

Detrás de ella aparecieron María la Braquianí, y Paca la Reché.

Las dos muchachas avanzaron, cogieron por un brazo á D. Juan, y tiraron de él no sin trabajo por la fuerza desesperada con que se asia á la hiedra.

Pepa retrocedió y subió por un boquete que habia en el fondo del hueco y que D. Juan no habia podido ver á causa de la oscuridad.

La Braquianí y la Reché arrastraron á D. Juan.

La avenida pasó en aquel momento y llenó el hueco.

Pero las tres gitanas subian rápidamente por una especie de espiral llevando consigo á D. Juan.

Cuando D. Juan volvió en sí, se encontró en un aposento, en un lecho.

Una luz iluminaba el semblante de una mujer que le miraba con ansiedad.

Aquella mujer era Pepa.

XXV

Nuestros lectores tienen derecho á que les digamos cómo Pepa la Barbalí, la hermosísima gitana blanca y rubia, habia salvado á D. Juan.

Al aparecer aquella tarde D. Juan, Pepa habia sentido una impresion extraña que no se habia explicado, y que no hubiera conseguido explicarse si lo hubiera pretendido.

Habia sido un sentimiento espontáneo, irreflesivo.

D. Juan le habia parecido un real mozo, y lo era en efecto.

Pero habia en él, en su expresion, en la atonía con que la miraba, algo que la pareció ridículo.

Experimentó en fin é instantáneamente un sentimiento de atraccion y otro de repulsion.

Habia en la ansiosa mirada con que D. Juan la abarcaba, una expresion semejante á la de un lobo hambriento y receloso, y á la par un extravío manifestado con un candor de tal manera extraño, y todo esto junto determinaba una caricatura en que lo repugnante y lo ridículo perjudicaban y áun anulaban las ventajas naturales que en él hacian un buen mozo.

Pepa, pues, le habia acogido, como en su lugar hemos visto, poco favorablemente.

Además de esto, aunque Pepa no hubiese encontrado nada repulsivo en D. Juan, aunque la atraccion hubiese sido de todo punto absoluta, le hubiera mirado con reserva.

Pepa era honrada y altiva y no podia mirar con un interés que manifestando la simpatía fuese el principio de una inteligencia amorosa, á un hombre que no pudiese ser su marido.

Ahora bien; entre los gitanos no se concibe sino como una falta enorme, más aún, como un crímen, el casamiento de una *chavosita* con un castellano.

Dado el crímen, la culpable, si no podia alcanzarle la terrible justicia gitana, porque la protegiesen las leyes, ó por la fuga ó por otra razon cualquiera, debia considerarse como maldecida por sus padres y por sus parientes, como anatematizada, excomulgada y lanzada de la tribu, como una infame que desde el punto de vista de la gitanería hubiera faltado á todas las leyes divinas y humanas.

Como una infame y como una condenada.

Este fanatismo es el que determina la pureza de la raza en los gitanos.

Pepa valia demasiado para que ni áun pudiera suponérsela capaz de un tal crímen.

Pero sobre todos los fanatismos, sobre todas las leyes, sobre todas las costumbres, sobre todas las conveniencias, está la naturaleza, esto es, el sentimiento.

La atraccion irresistible de dos séres simpáticos entre sí.

Rápidamente D. Juan fué dejando de parecer ridículo á Pepa.

Era inteligente y comprendió muy pronto que D. Juan no era un imbécil sino un enfermo del corazon.

Un hombre apasionado, un alma triste, una razon perturbada por el ansia de algo extraordinariamente deseado y no conseguido.

De tal manera habia mirado á Pepa D. Juan que ella se habia dicho:

—Si yo quisiera á este hombre, este hombre seria feliz.

Esto era ya el principio de una historia del corazon para Pepa, que estaba aún vírgen, no sólo de todo amor, sino tambien de toda aficion.

Habia tratado con un cruel desden á todos sus enamorados que eran infinitos.

De una parte la hermosura y el atractivo de Pepa eran excepcionales, y de otra se tenia por muy rico al tio Labrito.

Se decia que tenia enterrado un tesoro.

Así pues, sus dotes naturales y su dote metálico hacian sobre toda ponderacion apetitosa á Pepa, más que apetitosa, incitante de una manera irresistible.

Joselito el Pinto, á quien por lo malo y atravesado de entrañas, respetaba hasta el pavor toda la gitanería de Granada y áun de afuera donde quiera que habia alcanzado su fama de temeron que era grande, y que habia tenazmente solicitado á Pepa, sólo habia obtenido de ella desprecios y desesperaciones.

Pepa se habia apercibido de los rabiosos celos, de la ira, de los traidores intentos que el Pinto habia sentido al ver la desembozada, la insensata manera con que D. Juan manifestaba el enamoramiento en que en el mismo instante en que la habia visto, habia caido por ella.

Pepa habia visto en peligro, y en un peligro próximo á D. Juan, y se interesaba por él sin explicarse la trascendencia de su interés.

Por eso cuando se retiró para recogerse y para avisar á D. Juan que fuese más reservado, cantó repicando las castañuelas aquella copla:

Me vieron y se turbaron,
pero yo no me turbé,
que turbaciones son prendas
que no han de dejarse ver.

Despidió despues á sus dos criadas y se metió en su dormitorio.

Pero en vez de desnudarse, se sentó distraida en el lecho y permaneció inmóvil y pensativa con la graciosa cabeza inclinada sobre su hermoso seno.

De tiempo en tiempo, de su pequeña y entreabierta boca se exhalaba un profundo suspiro.

Pensaba en D. Juan.

—¡Ay madrecita mia del Cármen! exclamó al fin, ¿porqué pienso yo tanto en ese hombre? ¿qué es lo que me ha dado á mí y tan de improviso?

Entónces sintió que su padre cerraba la puerta, y que dando gambaladas á causa de su embriaguez se metia en su alcoba.

A poco el tio Labrito roncaba ruidosamente.

Era un bienaventurado.

La trompeta del juicio final hubiera sido impotente para despertarle.

Esto no era nuevo.

Todas las noches se acostaba en una tal disposicion el tio Labrito.

Su ronquido resonaba solemne en medio de un silencio profundísimo.

Y Pepa continuaba sentada en su lecho con la cabeza inclinada sobre el seno, y con la memoria llena del recuerdo de D. Juan, que sin saberlo él, estaba haciendo en la imaginacion de Pepa una conquista de D. Juan Tenorio.

Pepa reflexionaba, Pepa se defendia de sí misma y resistia.

La absorcion habia tenido lugar y producia sus efectos.

El seductor más terrible para una mujer es ella misma.

XXVI

Pasó algun tiempo.

Pepa se puso de pié é hizo un movimiento indeciso hácia la ventana enrejada de su dormitorio que daba al espacio empedrado que, cubierto por un emparrado habia delante de la cueva.

Por la parte de afuera aquella ventana estaba adornada de macetas, y tenia una como cortina de enredaderas y jazmines.

Pepa permaneció durante algunos segundos inmóvil.

Luégo se acercó lentamente á la reja como si la hubieran llamado, como si la hubieran atraido.

Su dormitorio estaba á oscuras.

Su paso habia sido de todo punto silencioso.

Así pues, no pudo verla ni sentirla D. Juan, que pensando en ella, llamándola mentalmente con toda su fuerza de voluntad, estaba sentado en la misma silla en que le habia dejado el tio Labrito muy cerca de la reja.

Pepa oia los ardorosos suspiros de D. Juan y sus palabras entrecortadas.

Ella sofocaba los suspiros que se le escapaban del pecho.

La luna, penetrando por un claro del emparrado, embellecia el simpático semblante de D. Juan.

El viento, que habia refrescado y que precedia á la tormenta, agitaba sus largos cabellos.

Pepa no se daba cuenta de por qué estaba allí en vela.

Pero continuaba inmóvil detrás de la reja contemplando á D. Juan.

Al fin la campana de la torre de la Vela con sus treinta y tres campanadas marcó las once de la noche.

Se dejaron sentir las primeras ráfagas precursoras de la tempestad.

Sobrevinieron nubes, se ensombreció la luna, empezó la lluvia.

D. Juan tomó el camino de su cármen dirigiéndose al puente.

La mirada de Pepa le seguia.

Apénas habia desaparecido D. Juan cuando Pepa vió una sombra que pasando por delante de la cueva se dirigia al puente.

En aquella sombra reconoció á Joselito el Pinto.

Se aterró.

¿Qué iba á suceder?

Al hacerse esta pregunta no vaciló.

Se fué á la puerta de la cueva y la abrió.

Salió, corrió.

Pero en el momento de llegar á la entrada del puente se detuvo aterrada.

Habia oido el doble grito de horror que ambos habian lanzado al sentirse precipitados.

A poco se oyeron los desesperados gritos de socorro del Pinto.

XXVII

Pepa corrió á la puerta de las cuadras donde dormian los dos mozos.

Llamó á grandes golpes.

No la respondió nadie.

—Ah, dijo: se habrán ido: les vale la borrachera de mi padre: ¿y á dónde van á estas horas?

El bello semblante de Pepa se nubló.

La ausencia de los mozos á aquella hora la habia infundido una mala sospecha.

(Continuará)

LA GUITARRA DE DOS CUERDAS

(Estudio del natural)

¿Sabeis qué significa ese cuadro, prodigio de belleza ideal enriquecida pródigamente por los mágicos pinceles del artista?

Ese cuadro es el encanto de todos los asiduos concurrentes á la exposicion de pinturas; tras ese lienzo se oculta un drama; este drama está manifiesto en cada uno de los detalles de la obra.

Mirad, que bien pronto comprendereis cuál es el móvil principal de esa escena que se representa ante vuestros ojos; empero solamente habeis de ser mudos espectadores; no haya entre vosotros algun Quijote grotesco y atolondrado, que, traspasando los límites de lo justo y razonable, la emprenda, á semejanza del buen hidalgo manchego, con las débiles figurillas del retablo que, nuevo maese Pedro, he de presentar ante vuestros ojos.

Voy á concretarme, pues, á desempeñar fielmente mi papel, sin andarme por las ramas, ni meterme en dibujos, describiendo en primer lugar la situacion de mis personajes, con toda la exactitud posible, procurando desechar todas esas frases altisonantes y pomposas, que forman el

repertorio cursi y amanerado de muchos escritores que venden sus obras *al por mayor*, como si los partos del ingenio privilegiado fuesen vil y prosaica mercancía.

He aquí el cuadro que quiero describiros:

En el fondo del jardincillo que cubre con su espeso follaje la caprichosa arquitectura de un elegante *hotel* situado en el paraje más pintoresco del paseo de la Castellana, hay tres figuras; las tres, interesantes; ellas dan vida y animacion al lienzo que sirvió al artista para manifestar su talento, para expresar tal vez una impresion, copia exacta de la misma naturaleza.

La escena es tierna y delicada como un canto de Lamartine ó como un idilio de nuestro divino Melendez. Allí no hay sombras; el sol derrama por todas partes sus torrentes de luz, haciendo oscilar á las mariposas entre sus rayos; los múltiples colores del arco iris osténtanse en las diferentes plantas que, prisioneras en el interior de un invernáculo, forman el conjunto más encantador y vistoso.

De las tres figuras que componen la parte principal del cuadro, una de ellas, la más interesante sin duda, es una mujer, jóven y bella, de rostro dulce y simpático, pálido, demacrado, espejo fiel de los padecimientos, de la tristeza que lentamente va consumiendo su ser, víctima de esa enfermedad incomprensible, que, debido sin duda á ciertos fenómenos fisiológicos, sólo muestra sus efectos dolorosos cuando deja mortales huellas por donde pasa.

Aquella jóven, vestida con sencillez y elegancia, la palidez de su rostro austero; el azul tranquilo de sus ojos impregnados de ese místico arrobamiento que revela el insomnio, las vigilias de la vida contemplativa del asceta; y más que nada, su porte distinguido que deja traslucir bien claramente una de esas reinas del buen gusto, que tienen por trono una butaca de su gabinete ó un palco en el *Real*, todo en fin contribuye á que aquella mujer aparezca á nuestros ojos con la rígida majestad de la antigua dama española, acostumbrada á vivir entre la alta sociedad, que hoy han dado en llamar los revisteros de salones *hig-life* madrileña.

La aristocrática jóven parece contemplar enternecida, á juzgar por la expresion de su benévola sonrisa, á un niño de pocos años, cubierto de andrajos, sucio y desgreñado que á su vez sostiene entre sus brazos trabajosamente una enorme y viejísima guitarra, implorando de la bella señora una limosna.

La tercera figura de aquel cuadro es un lindo jilguerillo que salta alegremente dentro de su prision de doradas rejas, donde su simpática dueña lo tiene sujeto para solaz y regalo de sus ojos.

Este grupo tan naturalmente reproducido en el lienzo por el artista, bien pudiera servir de discusion á esos declamadores vulgares que, estableciendo un paralelo entre la clase acomodada y el pauperismo, gritan á voz en cuello, buscando frases huecas y pomposas pero sin hilacion y sin sentido. Yo por mi parte solo sé decir que, abandonándome tranquilamente á los poéticos sueños del artista, deduje como consecuencia natural y lógica un episodio, acaso de menor trascendencia que el que pudiera encontrar toda esa turba de sabios que se llaman partidarios de las modernas escuelas filosóficas, pero al ménos, inteligible para las gentes que sólo piensan con el corazon en la mano.

He aquí el resultado de mis reflexiones.

* * *

Pedrillo, muchacho travieso y alegre de cascos, lograba captarse las simpatías de todo el mundo con su rostro de pilluelo desvergonzado y su enorme guitarra de dos cuerdas, fiel intérprete de todos sus sentimientos en las más difíciles y apuradas situaciones de la vida.

Pedrillo era libre como un pájaro; sin hogar y sin padres conocidos, caminaba por las revueltas calles de Madrid, dando al viento las roncas y tristes notas de su guitarra, implorando así la caridad de los transeuntes.

El nacional instrumento, compañero inseparable de un sér desgraciado, libre como el aire que respiraba, que sentia por momentos su inmersion en las brumas de la vida, como diria el autor de las *doloras;* aquella guitarra, en fin, regocijo tal vez en otros tiempos de los barberos de la Villa, guardaba en su seno todas las lágrimas del pequeñuelo, y quejábase amargamente con sus dos cuerdas, dejando escapar gemidos lúgubres y roncos algunas veces, y otras, punzantes y desgarradores.

El muchacho corria todo Madrid, desde el Campo del Moro al paseo de la Castellana, llamando la atencion del público con sus cantos y chanzonetas. Una tarde, detúvose ante la espesa verja de hierro que guardaba la entrada de un elegante *hotel* rodeado de jardines. La hermosa jóven, dueña de aquella morada, salió á recibirle, atraida por su voz infantil, clara y sonora, formando con él y el jilguerillo, que á pocos pasos de allí saltaba alegremente dentro de su prision dorada, el grupo que ya en otro lugar oportuno tuve el gusto de describiros.

Pedrillo fué socorrido por la dama y escapó cantando, henchido el pecho de alegría, cual si vislumbrara en lontananza un porvenir rosado como los colores de la aurora. Hasta las dos cuerdas de la guitarra sonaron entónces, caso extraño, ménos lúgubres, como si comprendieran el placer que en aquellos momentos experimentaba su compañero.

El muchacho acudió todas las tardes al *hotel* de la Castellana y ni una sola vez volvió triste y cabizbajo.

* * *

El cuadro cambia por completo merced á nuestra imaginacion que puede verlo todo con los colores que más le agradan.

Ha trascurrido el tiempo, y otra vez volvemos á encontrar á Pedrillo llorando amargamente como un desesperado junto á la verja que tantas veces se abrió para dar paso al ángel tutelar de sus sueños.

Las puertas del *hotel* se hallaban cerradas y el jardin estaba silencioso. Luz, vida, animacion, colores, todo desapareció del cuadro; sombras, tristezas, desolacion, ruina; hé aquí lo que se presentaba ante los asombrados ojos de Pedrillo.

Las voces de los vendedores, los cantos monótonos de los mendigos, la música infernal de las murgas callejeras, el chasquido de los látigos, el rodar de los carruajes, el piafar de los caballos, el incansable murmullo de la gente bullanguera que regresaba de sus paseos acostumbrados, el eco agudo de la campana de un teatro *Gignol;* todo esto llegaba confusamente á los oidos del muchacho que aterido por el frio, cubierto de nieve, empezaba á doblegarse sobre el duro banquillo de piedra que lo sustentaba, asustado por aquel fatídico rumor que llegaba hasta allí con la fuerza imponente de una tromba.

Tronaron los cielos y una lluvia torrencial vino á sustituir á los blancos copos de nieve.

Pedrillo vió entónces que la tierra se dilataba en grandes términos, cubriéndose de sombras y mostrando por todas partes la soledad, el vacío, asemejándose al abismo de la eternidad, al fondo de un inmenso ventisquero. Y en medio de las ondas torrentosas y de los espasmos de próximos terremotos, formábanse en el espacio cintas fosfóricas, semejantes á los fuegos fátuos de un cementerio, en cuyos vagos resplandores encendian sus pajuelas las brujas escapadas de tenebrosos aquelarres. Aquello era parecido al infierno que creara el genio fantástico del Dante.

El muchacho tuvo miedo; anduvo precipitadamente por el jardin algunos pasos, y tropezó con la jaula del jilguerillo llena de agua y nieve por entre la cual asomaban las plumas del pobre prisionero, muerto de frio durante aquella tempestad tan espantosa.

No pudiendo resistir por más tiempo, Pedrillo lanzó un grito desesperado y llevándose las manos á la cabeza rodó por tierra, chocando al caer con su guitarra, cuyas cuerdas sonaron por última vez al romperse, como si exhalaran un suspiro de muerte, agudo y lastimero.

* * *

Tales fueron mis reflexiones. Pronto conocí que me engañaba; el cuadro no cambió jamás.

Por espacio de mucho tiempo lo contemplé en la Exposicion de pinturas.

La dama, el muchacho y el jilguerillo, seguian formando el grupo más encantador de cuantos el Arte creara.

ANDRÉS BELMONTE

LAS GRANDES EPIDEMIAS

I

La peste.—La fiebre amarilla.

Entre los muchos enemigos que á la humanidad asedian hay tres á cuyo solo anuncio no hay hombre que no tiemble de espanto. Son la *peste de Levante*, la *fiebre amarilla* y el *cólera;* fantasmas que en cuanto asoman su tétrica faz á las puertas de Europa ponen en conmocion á todos sus moradores.

La *peste levantina* ó de Oriente ha hecho grandes estragos desde tiempos antiquísimos. Su orígen y asiento han sido siempre esas comarcas, cuna de la humanidad, ricas en luz, en calor, con vegetacion exuberante, y donde parece, por lo mismo, que la naturaleza brinda al hombre á que sea comodidad el aseo, aspiracion la limpieza, deleite la, en otros sitios, pesada carga de los preceptos higiénicos. Sucede, sin embargo, todo lo contrario. La ignorancia y el atraso lamentable en que aquellos pueblos han vivido de mucho tiempo acá, han producido la atroz incuria, la miseria espantosa, la suciedad y el desórden en que viven, circunstancias que facilitan la produccion ó desarrollo de la peste. Siguiendo, efectivamente, la marcha de este azote á través de la historia, se aprecia que su propagacion en el mundo ha estado siempre en razon inversa del grado de bienestar, de civilizacion, de higiene y de cultura de los pueblos á donde ha llegado.

No hace aún mucho tiempo se creia que la peste habia tenido su orígen en Egipto allá por el siglo VI; pero investigaciones cuidadosas ponen fuera de duda que en épocas mucho más remotas habia pasado ya por diversos países su mortífero carro sembrando el horror y la desolacion por todas partes. Rufus de Efeso en el libro IV del *Oribaso* hace una descripcion exacta y completa de la enfermedad. De estos datos y de las tablas cronológicas dibujadas por los loimógrafos más concienzudos resulta que la peste ya se mostró en Grecia una vez en el siglo noveno ántes de Jesu-Cristo, otra vez en el séptimo, tres veces en el sexto y una en el quinto. En los siglos noveno y octavo ántes de J. C. hubo tambien cuatro pestes espantosas en Siria y en el Asia menor. Hay que tener presente, sin embargo, que muchas epidemias que en distintas épocas han diezmado los pueblos del Oriente de Europa, aunque conocidas con el nombre de pestes, no eran propiamente la peste levantina. Esto debe entenderse, entre otras, con la famosa *peste de Atenas* en tiempo de Pericles y qué tan magistralmente describió Tucídides, y tambien con la epidemia que, partiendo de Selencia, el año 165 despues de J. C., diezmó durante quince años todo el mundo entónces conocido ocasionando millones de víctimas.

Sin embargo, todos estos hechos parecian ignorados casi por completo en Europa, cuando apareció, en tiempo de Justiniano, la gran peste del año 542. Los médicos de Constantinopla la tomaron por una enfermedad nueva. Ello es que empezando en el bajo Egipto se extendió despues rápidamente, arrasando la mayor parte del globo durante medio siglo. El terror y los desórdenes que ocasionó fueron espantosos; la vida perdió en todas partes su normalidad acostumbrada. Constantinopla fué de las primeras poblaciones invadidas, y con tal intensidad, que Procopio, testigo presencial, cuenta que en un solo dia perecieron 10,000 personas. La peste pasó en seguida á la Liguria, á las Galias, á España, á todas partes, haciendo tan horrorosos estragos que no habia donde enterrar á los muertos.

Del siglo XI al XV se han conocido en Europa treinta y dos epidemias de peste, algunas de memorable recordacion por lo terribles. En el siglo pasado espantaron tambien la de Marsella de 1720 y la de Moscou de 1771.

En el siglo XIX se ha visto que las invasiones de la peste se han ido reduciendo cada vez más; aislándose en ciertos focos, desde los cuales se ha asomado solamente á los países del Oriente de Europa. El año 1812 se presentó en Malta, Odessa y Bukarest. En 1828 apareció en Grecia, llevada por unos viajeros egipcios; en Turquía diezmó la poblacion en 1837 y 1838; en Siria del 1838 al 1841; en Egipto de 1832 á 1845. En 1858 se presentó repentinamente la peste junto á Benghezi, en Trípoli, créese que á consecuencia de un hambre espantosa que afligió á aquel país. En 1863 se declaró en Makiú, reducida comarca, muy montañosa, situada al Noroeste de la Persia cerca del monte Ararat. Más tarde, en 1867, se mostró en Mesopotamia, entre unas tribus árabes que acampaban á la orilla derecha del Eufrates cerca del sitio donde estuvo Babilonia. En 1870 apareció en las aldeas kurdas que bordan el Sur del mar de Urmiah, extendiéndose despues á todo el Kurdistan. El año 1874 se presentó simultáneamente un foco en la Arabia y otro en Trípoli en el mismo sitio que en 1858. En los años de 1874 al 1877 se ha mantenido la peste en las comarcas del Irak Arabi hácia el Sur de la Mesopotamia. El año 1876 estalló con tal fuerza en Bagdad que todos los atacados morian sin remedio. Por último todo el mundo recordará la formidable aparicion que hizo en 1878 esta terrible plaga por las comarcas del Sudeste de Rusia que pertenecen al gobierno de Astrakan. Europa entera se llenó de pánico y empezaron á adoptarse las más severas precauciones. Afortunadamente el foco fué aislado perfectamente y en abril de 1879 ya estaba completamente extinguido. La mortalidad fué del 80 al 95 por 100 de los atacados.

De todos modos se ve bien claramente que los estragos de la peste ya no alcanzan aquellas espantables proporciones de la edad antigua y de la media. Su campo ha quedado reducido á unas cuantas zonas del Oriente donde la suciedad y la miseria son mayores, y aún en estos puntos no es endémica, habiendo ganado mucho la humanidad en esta parte. Hoy dia ya no se consideran sucias y se sujetan á cuarentena las procedencias del Oriente, sólo por ser del Oriente, sino únicamente cuando provienen de puntos particularmente infestados. Desde que se celebraron las conferencias sanitarias internacionales de Constantinopla en 1865, el servicio sanitario de inspeccion y de prevencion está bastante bien organizado, con el cual los países de Europa están defendidos contra las invasiones de la peste de la que nos resguardará tambien la mayor higiene, comodidad y cuidado con que ahora se vive en comparacion con lo que en épocas anteriores sucedia

Hay una forma especial de la peste que se llama *peste negra* ó de la India, que segun unos se diferencia específicamente de la ordinaria ó levantina, y segun otros, no hay divergencia esencial, sino en algunos accidentes, como por ejemplo, la intensidad, pues si en la peste negra no se presentan los tubérculos de la piel, es porque los atacados suelen morir al tercer dia de afeccion pulmonar ántes de que dichos tubérculos empiecen á formarse. La peste negra devastó á Europa desde 1345 á 1350; entró con los mogoles y llegó desde las fronteras sub orientales rusas hasta las costas del Atlántico y del Mediterráneo. Despobló á Sicilia en 1346, á Constantinopla, Grecia, Chipre y Malta en 1347, á Marsella á fines del mismo año; á Módena, Aviñon, Narbona, y casi toda España en la primera mitad de 1348; Roma, Paris, Lóndres, Dinamarca y Jutlandia fueron diezmados en 1349; Polonia, Austria, y Bélgica al fin del mismo año, y las comarcas del Norte de Rusia en 1350. El desastre fué espantoso. Florencia perdió 60,000 habitantes; Venecia 100,000; Marsella, en un mes, 16,000; Viena 70,000; Paris 50,000, Saint Denis 14,000; Aviñon 60,000; Lóndres 100,000. En ménos de cuatro años Europa perdió por este motivo *veinticinco millones de habitantes*, es decir, la cuarta parte de su poblacion de entónces.

Causan horror las escenas á que la ignorancia y el espanto daban lugar en las comarcas invadidas. Sitios y ocasiones hubo en que poblaciones enteras fueron quemadas. Estaba terminantemente prohibido socorrer á los náufragos procedentes de lugares sospechosos. Miles de

desgraciados acometidos de la peste morian abandonados sin haber recibido socorros de ninguna clase, sufriendo á veces más del hambre y la sed que de la misma enfermedad con ser ésta tan terrible. Los más afortunados eran visitados desde léjos por los médicos armados de anteojos, y recibiendo por medio de máquinas los víveres que desde buenas distancias se les administraban. Frecuentemente los muertos quedaban dias enteros entre los enfermos que aún vivian!

Por fortuna estas escenas de horror han desaparecido casi por completo. Los focos de la peste se han circunscrito cada vez más y tanto los modos de contener la invasion como de tratar á los apestados van siendo más humanos.

Respecto á los carácteres de la peste se sabe que ésta se trasmite ya por contacto, ya por las ropas, ya en fin por el aire, pero en una zona muy pequeña. Son muy curiosos algunos efectos del aislamiento ó incomunicacion absoluta con los puntos infestados. Durante la gran peste de Moscou, la casa imperial de huérfanos que encerraba más de mil personas, cerró sus puertas y suprimió, en absoluto, toda comunicacion con el exterior miéntras duró la peste; no llegó á tener ni un solo atacado. Cuenta asimismo Bulard que durante las pestes que en la primera mitad de este siglo han atacado á las poblaciones de Oriente, los edificios que se sometieron á un aislamiento riguroso se vieron libres de la epidemia, citándose, entre otros, como casos muy notables, la escuela de Caballería de Giseh durante la peste de 1834; la escuela de Artillería de Tava; la escuela politécnica de Bulve; el harem de Cherify pachá, etc. En Constantinopla el palacio de Francia tenia un cuerpo de guardia ocupado por genízaros, pero separado del palacio por una doble reja. La epidemia se cebó en los genízaros y en cambio los moradores del palacio quedaron todos sanos y salvos. Estos hechos demuestran la utilidad de los cordones sanitarios y la utilidad de las cuarentenas bien entendidas.



ENSAYO DE INDEPENDENCIA, cuadro por Gustavo Sus

* * *

En cuanto á la fiebre amarilla, no puede decirse que presente tanto interés para Europa, por ahora al ménos. Su orígen en el país donde es actualmente endémica, á saber, en la América Central, está envuelto en gran oscuridad, pues parece que ántes del descubrimiento del Nuevo Mundo ya diezmaba á los indios aborígenes.

Las Antillas y el Golfo de México son el foco permanente de donde la fiebre amarilla irradia de cuando en cuando, propagándose por grandes extensiones por una y otra América y llegando á veces hasta Europa. En 1850 extendióse la infeccion desde Nueva York hasta Buenos Aires por el Sur, ocupando una zona de Norte á Sur de más de 2,000 leguas. A lo que parece la fiebre, que ahora es endémica solamente en las grandes Antillas y en algunos puntos del litoral del Golfo de México, tiende á aclimatarse hácia el continente sud-americano.

La primera vez que esta afeccion se presentó en Europa se verificó en Cádiz en 1730, segun Villalva. Despues ha vuelto á presentarse en España en 1741, 1753, 1764, 1800, 1804, 1810, 1819, 1821, 1823, 1857, 1861 y 1870. Las más terribles han sido las epidemias de 1800, 1821 y 1870. La de 1800 la ocasionaron unos navíos anglo-americanos. La fiebre amarilla empezó en seguida á ocasionar grandes estragos, celebrándose procesiones y rogativas públicas, lo cual fué perjudicial porque la aglomeracion de gentes favoreció mucho el incremento de la epidemia y la poblacion quedó devastada.

En 1821, estalló en Barcelona la epidemia más formidable de fiebre amarilla que ha existido en Europa. La Habana fué el foco y los agentes trasmisores más de 20 buques que casi simultáneamente entraron en el puerto. El número de víctimas fué incalculable. En 1870 volvió á presentarse la epidemia con gran intensidad, propagándose á toda la costa de Levante. La influencia de los primeros frios la hizo desaparecer, como en diferentes ocasiones se ha observado, reconociéndose así que las procedencias de los países donde la fiebre amarilla es endémica, son particularmente peligrosas durante los meses de calor. Esta es tambien la razon por qué esta plaga no se extiende por los lugares elevados ni en los países de mayor latitud que el norte de Francia. Sin embargo, si la fiebre amarilla fuera lentamente aclimatándose en la América del Norte, seria difícil que Europa se escapase á invasiones generales de esta enfermedad.

DOCTOR HISPANUS



LECCION DE GEOGRAFÍA, cuadro por E. Pagliano

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 10 DE SETIEMBRE DE 1883 — NUM. 89

REGALO A LOS SENORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

VOLVIENDO DE LA FUENTE, cuadro por C. Sprague-Pearce

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

El baile de Madrid y el de Galicia.—Confusion de corresponsales y revisteros.—Donon y Coppi.—La señora Pardo Bazan y la señorita Limido.—Mezcla de ideas é impresiones.—*¡Excelsior!*—La Luz vence al Oscurantismo. Nueva disposicion de las tablas.—Las decoraciones.—La ciencia en los piés. Seguir el movimiento científico.

Encuéntrome solicitado por dos fuerzas distintas: el *Excelsior* de Madrid y el *Excelsior* de Galicia.

Las ideas de estos dos bailes se mezclan y se confunden en mi cerebro.

Por un lado, el triunfo científico coreográfico del teatro de la Zarzuela, donde con mímica y con movimientos de piernas y de piés se trata de probar que en vano se ponen diques y obstáculos á la civilizacion y al progreso; y por otro lado las fiestas de la Coruña, exornadas con luces de Bengala, colgaduras, banquetes, sesiones literarias y otras manifestaciones de regocijo público, con lo cual se ha tratado de festejar la apertura del ferro-carril del Noroeste, que pone en comunicacion completa á Galicia con el resto de España, á ese bello país tan pintoresco, tan honrado y laborioso como desconocido hasta aquí de la mayoría de los españoles por causas que no son del caso enumerar ahora.

El movimiento ha sido extraordinario y sorprendente en los dos espectáculos.

El de Arderius, en la Zarzuela, deslumbra, aturde y fascina, con la animacion de las grandes masas de bailarinas, con la luz y el calor esparcidos por la dilatada escena, y por la original disposicion de ese baile *Excelsior* que abre horizontes nuevos sobre el arte de Terpsícore en Italia.

El espectáculo del ferro carril de Galicia llama tambien poderosamente la atencion, segun los corresponsales, que son los críticos y revisteros de la ceremonia.

Yo no sé quién describe con más verdad y entusiasmo su respectiva fiesta.

Cierto que los cronistas de Madrid han hecho maravillas narrando con pintorescos primores el estreno del baile *Excelsior;* pero tambien se ha de afirmar que algunos corresponsales que han ido á Galicia, remiten desde allí numerosas cartas llenas de entusiasmo y de alabanza.

Aquí obtienen todas las noches ovaciones ruidosas el profesor de baile Coppi y la incomparable bailarina señorita Limido. Allí es Mr. Donon el héroe de la fiesta, y la ilustre escritora Sra. Pardo Bazan que tiene para escribir unas manos tan hábiles como son, para bailar, ligeras y flexibles las piernas de la bailarina Limido, encanta en una reunion literaria á sus amigos y admiradores, del mismo modo que la artista italiana se lleva tras de sí en el teatro de la Zarzuela los corazones de todos los espectadores.

En Galicia, los melancólicos acentos de la gaita gallega; en la Zarzuela, la música, notable en muchas ocasiones, del maestro Marenco.

Y para que la semejanza resulte más completa, los expedicionarios de Galicia y los espectadores de la Zarzuela celebran unos y otros desde su respectivo sitio las bellezas del paisaje que les van saliendo al paso.

Los de la Zarzuela dicen:

—¡Bonitas decoraciones! ¡hermosos trajes! ¡agradable combinacion de luces y colores!

Y exclaman los de Galicia:

—¡Qué país tan encantador! ¡Cómo están ordenados los valles y las montañas, las rias y los mares para la contemplacion estética!

Estos admiran la grandeza del Creador.

Aquellos gritan entusiasmados:

—¡Los pintores!... ¡los pintores!

Y salen á la escena los distinguidos escenógrafos Bussato y Bonardi.

* * *

De esta mezcolanza de impresiones pueden resultar curiosos contrasentidos.

Las personas entusiastas llegarán á no entenderse.

—¡Qué hermoso debe ser el puente de Sesqueros!—dirá uno.

—¿Cómo de Sesqueros?—contestará otro.—¡Querrás decir el puente de Brooklin en Nueva York! Lo he visto precisamente anoche. Pasan dos trenes por él en sentido opuesto; y por debajo cruza una embarcacion á la vista del público....

—¿Has perdido el juicio? Yo hablo de la expedicion á Galicia... Todas las noches leo las hipérboles de Peris Mencheta.

—¡Acabáramos! Pues yo hablaba del baile *Excelsior*. El túnel del Mont Cenis que figura en el tercer acto del baile se confundirá con cualquiera de los túneles de la línea férrea del Noroeste.

Y habrá quien á la vista de Ismailia y del canal de Suez exclame lleno de conviccion:

—¡Gran puerto el de Vigo! ¡Y pintoresco espectáculo el de su ria!

La moda tiene, pues, actualmente dos atractivos: *El Excelsior* y Galicia.

Antes de poco, la gente, ávida de presenciar cosas nuevas, no va á saber por cuál de ellas decidirse.

Muchos se encontrarán en la Puerta del Sol, en actitud de coloso de Rodas, con un pié en direccion al teatro de Jovellanos y otro con la punta vuelta hácia la estacion férrea.

Se dirán á sí mismos:

—¿Iré al *Excelsior*?... ¿Iré á Galicia?

Y por de pronto, se decidirán al fin por encaminar sus pasos al teatro de la Zarzuela, donde pasarán tres horas agradablemente.

* * *

Dejemos, pues, las maravillas del hermoso país de Galicia, y ocupémonos del novísimo baile importado á España por el activo empresario D. Francisco Arderius con todo el aparato que marcó su autor Manzotti.

Es el baile *Excelsior*, como ya he dicho otras veces á los lectores de la *Ilustracion artística*, una brillante apoteosis de la Civilizacion y del Progreso.

Hay dos elementos en constante lucha: la *Luz* y el *Oscurantismo*.

Este se propone destruir constantemente las obras que aquella inicia y protege; pero al fin el Oscurantismo resulta siempre vencido. Las victorias de la *Luz* sirven para ir presentando á los espectadores grandes y hermosas perspectivas.

Nada tan hermoso como el cuadro final del primer acto.

Todos los genios esplendentes y benéficos pululan allí con grandiosidad suprema.

Compactas masas de bailarinas moviéndose acordadamente, las gasas, las luces, el armonioso maridaje de los colores, destacándose unas tintas sobre otras con inteligente perspectiva.... No se puede ménos de aplaudir aquel maravilloso conjunto nunca presenciado en la escena española.

La novedad del baile consiste en la disposicion de las tablas del teatro.

Forma la escena un inmenso plano en declive, desde cuya parte más alta se ven bajar oleadas de aéreas bailarinas con movimientos enloquecedores y variando las actitudes y las posiciones respectivas con tal arte y tanta hermosura que el escenario parece un gigantesco kaleidoscopio.

En el segundo acto triunfa contra el Oscurantismo la invencion de Papin; y la rada de Nueva-York surge ante los espectadores.

Despues, se ve á Volta luchando por inventar su pila eléctrica.

Por fin arranca chispas á su aparato; y esto da ocasion á un animado baile de *factorinos* del telégrafo en una sala de la estacion de Washington.

Tras de las congojas del simoun en el Desierto viene la vista del canal de Suez, y la escena se llena de gente de todas las naciones, ofreciendo un magnífico punto de vista.

Aquí la bailarina española, señorita Ortega, desempeña su papel de bayadera tan á lo vivo, que por sus movimientos voluptuosos parece una legítima *almea*.

El cuadro de la Plaza de las Naciones excede á toda ponderacion.

Jamás se ha visto en el teatro un arte coreográfico tan perfecto.

La señorita Limido, que representa la Civilizacion, entusiasma á los espectadores.

¡Decididamente hay que ver ese baile científico! La ciencia es el manjar del alma.

¿No habeis oido decir muchas veces:

—Se me ha caido el alma á los piés?

Esto no tenia ántes explicacion; y ahora la tiene.

Quiere decir que la ciencia puede hallarse alguna vez en los piés de las bailarinas.

¡Cómo se mueven!

No quedará nadie en Madrid sin estar al corriente del *movimiento científico*.

PEDRO BOFILL

Madrid 5 setiembre 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Inglaterra. Monotonía de sus productos. *Nueva Gales del Sud* y *Victoria.*—*La India inglesa.*—Las tiendas del mercado.—Las instalaciones centrales.—*Italia.*—*La China.*—Sus muebles y sus porcelanas.—*Rusia.*—*Persia*

Prosigamos nuestra reseña de lo más notable que ofrece la Exposicion colonial de Amsterdam, procediendo en nuestra descripcion con arreglo al plan que nos hemos propuesto desde un principio, es decir, ocupándonos en lo posible de la instalacion de cada potencia, colonial ó no colonial, por el órden que ocupa en el palacio de la Exposicion.

Hoy dedicaremos nuestro artículo á la instalacion de las naciones enumeradas en el sumario: en otro trataremos detenidamente de la correspondiente á España y á sus provincias ultramarinas, y sobre todo de la instalacion de la bahía de Nipe, notabilísima por más de un concepto.

Inglaterra nos presenta una multitud de productos de utilidad, pero todos marcados con ese sello especial que distingue lo inglés. Todo liso, pulido, perfectamente ajustado, pero como hecho á máquina y al por mayor. En todo predomina cierta rigidez y frialdad que no se aviene con el verdadero espíritu artístico. Así es que los muebles que presenta, son como de municion; todas las máquinas son de construccion idéntica, cuando están destinadas á iguales fines. No encontramos en los objetos expuestos por las Islas británicas, esa utilidad colonial que una exposicion como la presente requiere. Más bien son objetos útiles para el habitante del continente é islas adyacentes que para el de las colonias.

Pero si el envío de Inglaterra no ha cumplido con el objeto de este concurso, en cambio el de sus colonias está completamente dentro de los fines de éste. La Nueva Gales del Sud y la provincia de Victoria nos presentan, además de todos los aperos y medios de labranza del país, un sin fin de productos útiles, como son cafés, tés, cacaos, frutas, comestibles, alcoholes, vinos minerales nativos, metales extraidos, etc., etc. En medio de la galería central hay una inmensa columna de oro que representa millones. Esto aparte de una coleccion de documentos científicos sobre las razas del país, las especies animales y las vegetales útiles al hombre.

En estas exposiciones es donde se revela lo mucho que vale la Australia, y lo mucho que puede la iniciativa y laboriosidad de sus colonizadores.

Sigue luégo la instalacion de la India. Esta es magnífica. Todos los productos de la naturaleza y de la industria en aquel suelo, figuran allí. Una fachada como el atrio de una pagoda krisnaita da entrada por grandes arcos á dicha seccion. Lo primero que se encuentra son los elegantes guardias de la raza cruzada de los *dasyus*, con su turbante de seda anaranjada y oro, y su túnica bordada, negros de color, pero de líneas indo-germanas. Forman el tipo más bello que pueda darse de la raza de color. A la izquierda sucédense, bajo los arcos afiligranados que corren á lo largo de la edificacion, varias tiendas, en que unos indígenas venden los más ricos productos que figuran en los mercados de Calcuta ó de Bombay. El oro en pepitas, el diamante, el zafiro, el carbunclo, el granate, el rubí, la turquesa, la amatista, la esmeralda y la perla blanca ó negra del golfo de Bengala figuran en aquellos escaparates. Luégo siguen unos mostradores donde se venden los más ricos chales de Cachemira, los vistosos y tornasolados tejidos del *ayodya*, las pintadas indianas de Ceilan, los tapices que representan los *avataras de Visnú*, las ricas fajas de muselina de Dacca, de dos metros de ancho por tres de largo, tan finas y tan sutiles que pueden pasar á través de un anillo del dedo meñique. El mercader de objetos de cerámica exhibe un surtido de mayólicas y de vasos, admirable. Allí se ostentan esos magníficos jarrones rojizos de Madaras ó los botes del Sind, los cuales tienen un color dorado, que parece que siempre les da el sol, ó los platos, tazas y vasijas del Penjab, cuyos esmaltes azules sobre fondo blanco, varian del color del lapislázuli al de la turquesa, y cuyos dibujos tienen por base las elegantes líneas de la flor de *Seventi*, el loto sagrado del *país de los cinco rios;* vasos cuya forma imita siempre la de un fruto ó la de un bulbo vegetal, la adormidera, la calabaza, el melon, ó la cebolla. Tampoco faltan tiendas de granos, tiendas de pescados, tiendas de muebles, tiendas de todo lo útil que en el país se produce.

Y si de este mercado pasamos al centro de la galería, ¡qué de joyas, de bordados, tapices, plumas y muebles de marfil y nácar! Aquí se ven esas espadas de acero azul, que tanto admiraron á Alejandro el Grande, espadas que cortan un velo en el aire, espadas damasquinadas con incrustaciones de plata, oro y turquesas en la empuñadura y en la vaina. Más allá se levanta imponente una coleccion de ídolos.

El bondadoso Budha de faz impasible sentado sobre la flor del loto, es el primero que se divisa; luégo Janesa, el dios del entendimiento, con su cabeza de elefante y sus brazos múltiples, rascándose la barriga con la trompa, y reclinado perezosamente. La impúdica Laksimi, la diosa de la voluptuosidad, ocupa un rango inferior; toda ella está dorada y lleva su pavo real esmaltado en la mano. Más atrás se divisan Krisna, figura azul, del color del cielo, y Siva con los cráneos, los dardos y el fuego, negro como un carbon, contrastando con los demonios de Mara, figuras horrorosas de pesadilla que tienen algo de humano en su totalidad, pero cuyos miembros se bifurcan, se ramifican, forman expansiones foliáceas y se afiligranan, lo cual les da un aspecto intermedio entre el vegetal, el reptil y el zoófito.

En fin, despues de haber cruzado por delante de las magnificencias y aberraciones del arte indio, llegamos, pasando por entre tapices, sedas y bordados, al pabellon del comisario, donde dos elegantes guardias de los que hemos descrito sirven el té, de balde, al público de 2 á 4 de la tarde y á todas horas á los jurados, comisarios, artistas y periodistas.

Detrás de la seccion india está, como arrinconada, la seccion italiana. Italia, á falta de colonias, ha concurrido oficialmente. Sólo algunos particulares han expuesto objetos de cobre repujado, lámparas de hierro forjado y de plata, cristales de Venecia, joyas, mosaicos, estatuas de mármol y bajos relieves, reproducciones de los museos, etc., etc. Cosas la mayor parte de ellas eminen-

temente artísticas, pero que nada tienen que ver con las colonias de ningun país.

Al lado opuesto á las colonias inglesas está la instalacion de *la China*. Allí se ven esas camas torneadas de forma análoga á la de una cuna; otras caladas como una reja y que se asemejan por el tálamo que las cubre á los majestuosos lechos del Renacimiento. Muebles esculpidos, cincelados, chapeados, incrustados, pintados y barnizados con laca; entre ellos sobresalen bufetes, escritorios, consolas y arquillas para joyas, notables por la manera de presentar las figuras decorativas que ostentan pintadas ó de relieve.

Hay colecciones de marfiles preciosos, trabajos en cuero riquísimos, servicios de mesa de plata, de estaño y de porcelana que nada dejan que desear. La porcelana es en China un gran elemento decorativo, tanto que con ella se revisten los techos de los templos, las torres y las fachadas de los palacios. Esta materia cerámica tiene una soberbia instalacion en la seccion del Celeste Imperio. Las salseras, los fruteros, los jarrones para salon y jardines, los vasos *craquelés*, los *tchoui koui*, y los *hiu-tsin* cuyos adornos de flores, pájaros, peces ó insectos, no aparecen hasta que se les llena de un líquido; esto sin hablar de los ídolos, muñecos de mil clases, biombos, cajas para guantes, esencias, aromas y otros mil objetos y productos que admiran en los escaparates y estanterías de dicha seccion.

No obstante, á pesar de tantas magnificencias, la China no ha expuesto nada práctico para los europeos en su seccion, ni un solo objeto que contribuya á la colonizacion ó al adelanto de las colonias.

La *seccion Rusa* está en frente de la china. Su decoracion es bizantina pura. Sus instalaciones ostentan un sin fin de pieles de abrigo, y de pieles curtidas, con todo lo que con ellas se fabrica. A más vense allí objetos de malaquita, joyas cuyas piedras son turquesas y *ojos de gato*, telas de un gusto oriental que se asemeja mucho al persa, armas de los tártaros y de los cosacos, cafeteras, marmitas, instrumentos de cultivo, tiendas de campaña, trineos y algun objeto científico propio para las expediciones populares.

Al otro lado de la gran arteria central y detrás de la China hállase la *instalacion persa*.

Es bastante notable, sobre todo como estudio artístico, histórico y arqueológico. El Emir de Teheran, y algun otro potentado de aquel país han consignado varios objetos á comerciantes de Amsterdam para que los expusieran. Estos consisten en una coleccion de libros zendas con viñetas miniadas; varias escenas del *Bundahesh*, pintadas sobre tabla, extraidas de los templos antiguos; panoplias con armas de todas clases desde las más antiguas á las que usan hoy dia los soldados del Shah; placas esmaltadas; y unas ricas colecciones de mayólicas y de azulejos con brillo metálico, estilo árabe, que demuestran que los que fabricaban los árabes españoles y los que se hicieron más tarde en Valencia eran sólo la continuacion de los procedimientos en uso en la Persia, desde la más remota antigüedad, cosa que ya sospechábamos, pues sabido es que la civilizacion de los Beni-Omeyas de Córdoba era de orígen *abasida*, esto es persa, y ésta fué la que inició en tre nosotros dicha industria.

Además, adornan las galerías, tapices, bordados, damascos, y otras mil telas riquísimas de fabricacion especial de aquel país.

POMPEYO GENER



GITANO GRANADINO, cróquis á la pluma por J. M. Marqués

NUESTROS GRABADOS

VOLVIENDO DE LA FUENTE, por C. Sprague-Pearce

Uno de los cuadros más simpáticos de los presentados en la última Exposicion de Paris, es el que reproduce el grabado de la primera plana. Aunque el asunto es sencillo por demás, la frescura y lozanía que descuella en la campiña que forma el fondo del lienzo, la naturalidad de la única figura que en él campea, la lejana y bien entendida perspectiva y ese oloroso ambiente que parece desprenderse de las yerbas y florecillas que la jóven campesina encuentra al paso, justifican el interés con que el público ha contemplado la bonita obra de M. Sprague.

GITANO GRANADINO, croquis á la pluma por J. M. Marqués

¿Quiere el lector hallar la exacta y característica descripcion de este tipo, ligera aunque admirablemente trazado por el Sr. Marqués? Pues repase las columnas de este número y de los anteriores en que insertamos la linda novelita del popular escritor Sr. Fernandez y Gonzalez, titulada *Las Castañuelas de Pepa*, y verá que el gitano dibujado por el citado artista, y el tio Labrito de la novela son una sola y misma persona. No parece sino que el escritor y el artista se hayan puesto de acuerdo para representarnos, con esa verdad que les ha dado renombre, y cada cual en su género, el exacto tipo de un gitano granadino.

EN LA AUDIENCIA, cuadro por Francisco Netti

Tambien ha sido este cuadro uno de los que más ha llamado la atencion en la última Exposicion artística de Roma. Si los artistas, observando con más frecuencia cuanto les rodea, se inspirasen en el ambiente en que viven y respiran, el arte seria perfecto espejo de la vida moderna como lo ha sido en todas las épocas de verdadera grandeza artística. Considerada bajo este punto de vista la obra de Netti, es, como acabamos de indicar, una de las más notables de la Exposicion citada, porque representa gráficamente uno de los aspectos de la sociedad moderna; esto es, el que ofrece el público elegante buscando emociones muy discutibles en la vista de una causa formada á una mujer jóven, elegante y bella. La variedad de impresiones que experimentan las damas colocadas en la galería es la parte crítica de la obra: la procesada, en frente de los jueces y vigilada por dos guardias, es la parte dramática. Arriba la atencion y la distraccion, el escepticismo, el escarnio y la curiosidad malévola, que encuentra abundante pasto en un drama sangriento tal vez; abajo el desenlace de este drama, á cuya protagonista exhibe la justicia entre dos bayonetas, descubriendo los misterios más ocultos de su existencia.

La composicion del distinguido artista desarrolla perfectamente el tema que se ha propuesto, y demuestra que la vida moderna no carece de asuntos variados que ofrecen ancho campo de inspiracion á los pintores.

A LA PUERTA DEL CUARTEL, dibujo por Ricardo Balaca

Contémplese este dibujo con atencion, y digásenos despues si puede darse más verdad, mayor naturalidad que la de todas las figuras en él trazadas. Los respectivos tipos de esos soldados no parecen salidos del lápiz sino fotografiados; son genuinamente españoles. Cuantos hayan pasado por delante de la puerta de algun cuartel habrán visto ese sempiterno banquillo ocupado por soldados en la indolente actitud tan acertadamente reproducida por el malogrado artista, y grupos como el de esa moza, amiga de los *melitares*, que escucha los chicoleos de sus adoradores contestándolos condes desenfado característico en la de su clase.

Y ya que es esta la primera vez que honramos las páginas de la ILUSTRACION con un trabajo del Sr. Balaca, séanos permitido dedicar un melancólico recuerdo de simpatía y admiracion al que fué nuestro buen amigo, y al aventajado pintor que seguramente hubiera contribuido á aumentar las glorias artísticas de su patria si la muerte no le hubiese arrebatado en la flor de su edad, cuando su talento y laboriosidad le auguraban un brillantísimo porvenir.

UN DESENGAÑO, por C. King

Apostamos cualquier cosa á que la mayoría de nuestras jóvenes y bellas lectoras, al leer el título de este grabado y al fijar su vista en él, exclamarán al punto: «¡La habrá dejado su uovio!» Por nuestra parte no nos atrevemos á asegurarlo; pero dadas la juventud, lozanía, belleza y buena posicion de que al parecer disfruta la doncella de tan profunda tristeza agobiada, hay nueve probabilidades contra diez de que la causa de esta tristeza, que las reflexicnes de su madre no logran disipar, reconozca por orígen alguna amarga decepcion ó contrariedad en asuntos de amor. El artista no nos lo ha dicho al trazar su dibujo, pero la actitud de la desolada jóven es tan parecida á la de cuantas en semejante caso se hallan, que casi estamos por dar la razon á las que tal piensen.

EN EL DESVAN, dibujo por J. Klauss

Lo mismo en el tragaluz de un desvan que en cualquier otra parte hubiera podido representar el artista esas tres caritas tan juntas, tan risueñas, tan frescas, caras que á pesar de la travesura que revelan, demuestran al propio tiempo en las tres criaturas tal contento y tal inocencia que bien puede perdonárseles, á trueque de contemplarlas, la irreflexiva osadía con que se encaraman á la empinada ventana; rostros en fin que parece exigir un beso en castigo de su atrevimiento.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE MUNICH

En las láminas sueltas correspondientes á este número y al siguiente damos una ligera, aunque exacta, reproduccion de las obras más notables que se han presentado en la actual Exposicion de Bellas Artes de Munich. La importancia de esta Exposicion, que bien puede calificarse de la única verdaderamente internacional de cuantas se han celebrado hasta el dia, el insigne triunfo alcanzado por nuestros esclarecidos compatriotas los Sres. Pradilla (cuyo célebre cuadro *La rendicion de Granada* figura en la adjunta lámina) y Casado del Alisal, y el preeminente lugar en que tanto ellos como los demás expositores españoles han colocado en la capital de Baviera el arte de nuestra patria, nos ha inducido á consagrarla las dos láminas de nuestra Revista. En cuanto á la descripcion de los cuadros en ellas reproducidos, la hemos creido innecesaria, puesto que sus respectivos títulos y el buen criterio de nuestros lectores de sobra les darán á conocer el asunto que cada uno representa.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuacion)

Habia reparado hacia ya tiempo que los dos mozos vestian con más lujo, que lo que les permitia lo que ganaban.

¿Se irian de noche aprovechando las borracheras de su amo á la ciudad á raterear?

Este pensamiento saltó por sí mismo en la viva imaginacion de Pepa.

Pero no reposó en ella.

Nada le importaba entónces lo que hicieran los mozos.

Las voces desesperadas continuaban resonando allá abajo.

Pepa volvió á entrar rápidamente en la cueva.

Sabia que no se podia contar con su padre.

Se fué al dormitorio de la Braquiañí y de la Reché.



EN LA AUDIENCIA, cuadro por Francisco Netti



Á LA PUERTA DEL CUARTEL, dibujo por Ricardo Balaca

Las despertó.
—Vestíos al momento, les dijo.
Y se salió.
Encendió el farol y se fué al puente.
La tormenta habia ya empezado.
Vió desvencijada en una parte del puente la débil balaustrada.
La luz del farol arrancó un destello mate de algo que estaba en el suelo.
Pepa lo reconoció.
Eran las tremendas tijeras de esquilar de que se valia el Pinto para sus lances de honor, y que aunque él no fuese esquilador, llevaba habitualmente en su vaina de cuero á la espalda, atravesada en la faja.
Al ver las tijeras se estremeció Pepa.
Se le ocurrió que el forastero podia haber sido asesinado.
Pero por más que examinó el suelo no encontró señales de sangre.
En aquel momento sintió á María y á Paca que se acercaban.
Por un movimiento instintivo arrojó las tijeras al rio.
—¿Pero qué es lo que hace aquí su mercé nostrama? dijo acercándose María la Braquiañí tras la cual iba Paquira la Reché: ¡y con lo que llueve y con el tormenton que se viene encima!
—He oido voces muy lastimosas que vienen de ahí abajo, dijo Pepa: y mirad: la baranda del puente está por aquí rota.
—¿Se habrá caido ese señorito? dijo la Reché.
—Yo no lo sé, dijo Pepa que estaba aterrada: ya no grita nadie.
—¡Toma! dijo con toda su alma María: si se ha caido por aquí no hay que preguntar por qué no grita.
Pepa se estremeció y sintió en el corazon un dolor insoportable como si se le hubiera roto.
—¿Pues hay más que llamar al *Planorro* y á *Cátalo?* dijo la Reché: ellos bajarán y verán si el señorito está abajo.
—Ya los he llamado yo y no han respondido, dijo Pepa.
—Pues mire su mercé, dijo María, ya que su mercé los ha echado de ménos, á mí me parece que esos dos *arrastraos* en cuanto el amo se acuesta se van á *Grand* á *afanar* (robar).
—Eso no me importa á mí, dijo Pepa: lo que me importa es ese señor.
—Pues deje su mercé, que bajaremos nosotras, dijo la Braquiañí.
—¿Y á qué habeis de bajar? dijo Pepa; pues ¿no veis que con lo que llueve, va ya lleno el rio?
Entre tanto las tres jóvenes estaban ya completamente mojadas.
—Pues entónces, dijo la Paquira, si se ha caido se lo habrá llevado el agua.
Un estremecimiento más penoso, más terrible que los anteriores agitó á Pepa.
Entónces comprendió al fin que amaba á D. Juan.
Que habia nacido para él.
Se le apretó más y más el corazon y tuvo necesidad de un extraordinario esfuerzo para no romper á llorar.

XXVIII

En aquel momento se oyó aunque de una manera confusa la desesperada voz de D. Juan que pedía socorro.
La tormenta que ya estaba en toda su fuerza arrastraba sus voces y no las dejaba percibir en lo alto sino de una manera indeterminada.
—Alguien grita allá abajo, dijo Pepa alentando apénas.
—Sí, y ahora gritan con más fuerza, dijo Paquira.
—¡Es él, es él, el forastero! dijo con una inmensa alegría Pepa: ¡vive, vive!
—¿Pero entónces dónde está? dijo la Braquiañí.
—¡Toma! exclamó Paca, se habrá agarrado al caer á alguna higuera loca.
—¡Pues eso es, sí, eso es! dijo con un ardiente acento de esperanza y de ansiedad á la par Pepa.
Y avanzando el cuerpo por un lugar en que estaba firme la balaustrada, gritó:
—¡No se desespere V., que vamos á echarle una cuerda!
Pero D. Juan siguió gritando y de tal manera que se comprendia que el viento se llevaba la voz de Pepa y no la permitia llegar hasta donde D. Juan estaba.
—¡Esperad, esperad! dijo Pepa: él se embobaba oyéndome repicar los palillos; mis palillos suenan mucho, mucho, puede ser que los oiga: él me conocerá: yo voy por ellos: mira María, métete en la cueva y busca una cuerda larga, muy larga.
Y Pepa escapó hácia la cueva, y las dos mozas con el farol se fueron á la cuadra.

XXIX

Algunos minutos despues se volvieron á encontrar en el puente las tres jóvenes.
Pepa se avanzó al puente, sacó los dos brazos fuera, inclinó las manos hácia el fondo y repicó con ansia sus castañuelas.
Agonizaba escuchando.
Nada oyó.
Volvió á repicar con una ansia mayor las castañuelas.
Entónces fué cuando D. Juan gritó desarrollando en su desesperacion una voz infinita:
—¡Pepa, Pepa de mi alma! ¡sálvame!
Pepa le oyó perfectamente.
—¡Ay madrecita mia de las Angustias! exclamó Pepa: ¡yo te prometo pedir descalza limosna, para una misa para tí!
Y luégo, febril, impaciente, ató el farol á la cuerda que tenia la Braquiañí y lo descolgó.
Las tres estaban avanzadas á la balaustrada aguzando los ojos.
Al fin vieron á D. Juan.
—¡Ah! exclamó con una alegría inmensa Pepa, mi madrecita la Santísima Vírgen de las Angustias me ha oido! ¡está en la covacha! ¡si él hubiera sabido que por la covacha se sube al cármen!...
Pepa repicó de nuevo las castañuelas.
En seguida subió rápidamente el farol, lo desató y dijo á las dos muchachas:
—¡Vamos, por él!

XXX

Las tres se dispararon.
Llegaron á la casa del cármen.
La rodearon.
Se metieron por una cueva que tras el cármen se abria en una cortadura del terreno.
En aquella cueva en el fondo habia un boquete.
Aquel boquete se prolongaba en un tortuoso pasaje que descendia en espiral.
Llegaron y llegaron muy á tiempo.
Apénas la Braquiañí y la Reché le retiraron cuando la avenida inundó la cueva.
Le subieron y entraron con él en el cármen y le pusieron en el lecho.
La Braquiañí fué por vinagre á la cueva, volvió y poniéndoselo en las narices Pepa, á poco volvió en sí D. Juan.

XXXI

Por algun tiempo su mirada extraviada vagó de una á otra de las tres jóvenes.
Al fin se fijó en Pepa.
—¡Ah! ¡tú! ¡tú! ¡eres tú! exclamó.
En aquella exclamacion se habia exhalado toda su alma en una ternura infinita.
—Pero ¿qué es esto? exclamó Pepa.
Y su voz era trémula.
Sus ojos ansiosos devoraban á D. Juan.
No podia darse nada tan conmovedor, nada tan hermoso como Pepa en aquellos momentos.
—Esto es..... dijo D. Juan y se detuvo.
Parecia que la mirada de Pepa le reanimaba.
Que con el fuego de sus negros ojos le inspiraba.
—Esto es, continuó D. Juan, que..... bebí demasiado.... y como estaba oscuro... no sé cómo fué, caí.
Pepa le dió las gracias en una resplandeciente mirada.
Comprendió que D. Juan temia cometer una imprudencia hablando delante de las dos mozas.
—Yo oí las voces de V., dijo Pepa, y acudí.
—¡Oh! Dios se lo pague á V., dijo D. Juan.
—¿Y cómo está V.?
—Bien, muy bien, dijo D. Juan: no he sufrido más que el susto: al caer me sostuvo un árbol; me agarré á él.
—Ya lo decia yo, dijo la Braquiañí; ¡una higuera loca! ¡la que está junto á la covacha!
—¿Pero se siente V. bien, bien?... dijo con un ardientísimo interés Pepa.
—Sí, sí.... nunca me he sentido tan bien.... pueden Vds. recogerse; siento que no necesito nada.
—Pues bueno, dijo Pepa, ya que nada ha sucedido, que no lo sepa esto nadie: nadie lo ha sentido: mi padre está durmiendo que no hay quien lo despierte: ¿para qué dar que contar?
—Pues tiene V. razon, señor, dijo la Braquiañí: nadie tiene necesidad de saber nada, y la justicia se mete en todo.
—Pues por eso *sonsivela*, dijo Pepa; y ya que dice el señor que está bien, nos vamos.
—Sí, sí, y gracias con toda mi alma, dijo D. Juan.
—Pero mire V., señor, dijo Pepa, si se pone V. malo... tome V. mis palillos: los toca V. como pueda con tal que suenen mucho, y yo acudiré.
Pepa se aflojó los cordones de oro de las castañuelas que aún tenia en las manos, y las entregó á D. Juan que las tomó con ansia.
Despues de esto y tras una nueva despedida, Pepa hizo un esfuerzo y se fué con sus dos criadas.

XXXII

En cuanto se quedó solo D. Juan, besó con frenesí las castañuelas.
Luégo se quedó mirándolas con una especie de fascinacion.
Eran grandes, finas, rojas y amarillas, de las buenas de granadilla.
D. Juan estaba en un estado de sobrexcitacion extraordinaria.
Le parecia que aquellas castañuelas eran un talisman poderoso.
Que Pepa se habia valido de ellas tanto para enamorarle como para salvarle.
Su razon no funcionaba siempre bien.
Con frecuentes intervalos cedia su lugar á la locura.
—¡Ah! exclamó fijando una mirada extraña en las castañuelas: no quiero deber nada á lo sobrenatural.
Estaba desencajado, pálido, tembloroso.
Su mirada, fija en las castañuelas, tenia una lucidez fosforescente.
—Yo podria hacer que ella apareciese haciéndoos sonar.... cuando hubiese pasado un cierto espacio, cuando las criadas dormidas no pudieran oirlas... no, no, yo la he llamado con mi pensamiento: no quiero más que mi propia influencia; yo os haré desaparecer.
Y miró en torno suyo.
Vió un viejo y feo armario en el fondo de la alcoba.
—¡Oh! ¡ahí! dijo.
Y se incorporó.
Al incorporarse sintió un leve dolor en la espalda.
Sólo entónces se acordó, de que, aunque hubiese sido ligerísimamente, habia sido herido.
Sólo entónces volvieron á incomodarle sus ropas mojadas, pegadas á su cuerpo.
Metió las castañuelas debajo de la almohada.
Luégo salió del lecho.
Se sintió ágil.
Hizo algunos enérgicos movimientos y sólo sintió que el ligero dolor que ántes al incorporarse habia sentido en la espalda, se repetia.
Pero era de una manera leve.
—¡Nada! ¡nada! dijo con alegría aquel infame estaba demasiado léjos cuando me quiso matar y sólo logró punzarme.
Llevó sus manos debajo del omoplato derecho y palpó con cuidado, por debajo de sus ropas que se abrió para ello.
El agua y el frio habian abierto en las dos pequeñas punzaduras unos pequeños labios.
Los oprimió con los dedos.
El dolor que resultó fué leve.
Se tranquilizó.

(Continuará)

EL TENOR

Es una profesion para cuyo ejercicio la primera circunstancia que se exige al hombre es la de *tener voz*.
Voz de tenor, por supuesto, que en el escalafon de cantantes es el intermedio del barítono á la tiple y vice versa, sin tocar en la soprano.
Tener voz es más que *tener talento*, más ventajoso que *tener instruccion*, y que *tener buena sombra*, como dicen en Andalucía.
Cuando hablo de tenor, quiero decir de *tenor absoluto* y notable en el arte, porque hay categorías en la voz, como las hay en todas las clases sociales cantantes ó mudas.
El tenor es una especie de planta delicadísima, cuyo cultivo exige cuidados prolijos.
La garganta de un tenor de fuerza es una mina, pero su explotacion requiere tratamientos cariñosos.
Hablo de tenores de fuerza sin despreciar á los tenorinos ni á los tenedores de notas, que así puede calificarse á los de la última semifusa social.
A un nuestro amigo, maestro compositor de música muy apreciado, decia un sujeto *recien padre:*
—Sospecho que mi niño tiene voz de tenor.
—¿Tan pronto?—preguntó el maestro.
—Sí, señor, yo se lo remitiré á V. con la nodriza, para que le oiga durante cuatro ó cinco noches y pueda juzgar.....
—No, no se moleste V.; ya le oiré cuando sea grande y.....
—Llorando da el do de pecho.
—De pechos querrá V. decir: á todos los niños en esa edad sucede lo mismo.



UN DESENGAÑO, dibujo por C. King

Si los padres pudieran hacer de sus hijos tenores de *primo cartello* ó matadores de toros, sin riesgo, seguramente las generaciones venideras serian de Gayarres y Lagartijos.

Son profesiones ambas muy lucrativas; pero la segunda ofrece mayor peligro que la primera.

¡Tenor! ¡llegar á tenor! este es el sueño de los aprendices de *canto*.

Hay tenores de ópera italiana; tenores de ópera nacional; tenores de ópera *flamenca*, y tenores en lengua muerta; esto es; tenores que asisten á las procesiones en los pueblecillos, á los entierros y á lo demás que sale.

Son tenores rurales ó tenores de ida y vuelta, que, mediante una mezquina cantidad, porque en España anda mal el arte modesto, asisten con algunos compañeros, unos bajos de lance y otros barítonos usados, para amenazar ó amenizar las festividades populares.

Estos infelices tenores no crecen y se desarrollan con los cuidados y el regalo.

Son artistas espontáneos que se forman solos, en fuerza de prácticas y privaciones.

Respetemos á esos artistas y pensemos con envidia en los colosos del arte musical.

El tenor notable es el canario que pagamos más caro, segun dice un pajarero inteligente.

La casa donde se hospeda el tenor de ópera italiana, de cierta importancia, es un invernadero: no ha de penetrar en su alcoba el sol ni el viento, ni ha de elevarse la temperatura en sus habitaciones más allá de los veinte ó veintidos grados, ni ha de descender de los diez y siete ó diez y ocho.

Antes de resolverse á alquilar una casa, la examina escrupulosamente, interroga al dueño ó á la patrona, se procura informes referentes á la familia de la persona que le cede la habitacion, del barrio, de la parroquia, de la vecindad y de las opiniones religiosas, políticas y musicales del portero.

—¿Le gusta la casa?—preguntaba con solicitud la patrona de cierta casa que no es de pupilos, pero donde los admiten.

Y el caballero á quien interrogaba, que era un tenor eminentísimo, ya en el último grado de tenor, puede decirse, respondia á media voz para no abusar de la garganta:

—Molto bene mi pare.

—¿Que si le gusta la casa?—repitió la patrona, gritando para hacerse comprender por el italiano; porque Vds. habrán observado que nuestra gente llana supone que los extranjeros no hablan en español por torpeza de lengua, y no nos comprenden por torpeza de oído ó de entendimiento.

—Sí,—respondió el tenor,—ma per Dio non grite così que me fa male.

—Usted perdone, pero como los extranjeros no tienen ustedes costumbre de oir el idioma puro....

—¿Usted es soltera?

—No señor, pero soy viuda,—respondió la mujer acariciando la idea pasajera de un matrimonio musical.

—Mejor.

—Muchas gracias en nombre de mi difunto.

—¿Tiene picolines?

—¿Cómo piculines, caballero?

—Digo, ninos.

—¡Ah! no señor: veo que voy comprendiendo el italiano y á mí me parecia una lengua más turbia que la nuestra.

—¿Y dáltros hospedes?

—¿Otros? no hay en la casa más que un señor, francés, comerciante, muy rico que regresará á Paris dentro de pocos dias.

—¿Y los *vicinos*?

—¿Los bichos? en casa no hay perro y el gato no entra jamás en las habitaciones de los pupilos: á Dios gracias soy muy limpia.

Cuando se hubo enterado el tenor de las condiciones de la casa, pasó á imponer sus condiciones.

—Silencio, cuidado con abrir los balcones sin mi permisione,—dijo,—comida á mi eleccion; servidumbre, lo mismo; qué el otro huésped non fa ruido ed non ronca.

—¡Ave María!—pensó la patrona,—va á pedir que le pongan bozal al hombre.

—E poi, signora, yo quiero que V. y otra dama giovinetta me cuiden y sirvan la mesa, non voglio varones.

Ajustados en el precio y despues de pagar el tenor un mes anticipado, quedó la habitacion por suya.

¡Yo lo ví! ¡yo lo ví!

Cuando regresaba del ensayo le precedia un criado que entraba en la casa gritando:

—¡Mucho cuidado! ¡Fuera todo el mundo! ¡Cerrad los balcones, que viene el tenor!

La dueña gritaba:

—¡Las yemas de huevo! ¡la tila! ¡la zarzaparrilla! ¡el caldo! corriendo.

Y salia acompañada de una moza, á recibir al tenor, que jadeante, apoyándose en los hombros de las dos mujeres, y con el cuello envuelto en una bufanda, aunque hacia calor, se encaminaba á sus habitaciones.

—Apénas se le ve la cara,—murmuraba el portero.

—Parece una máscara,—añadia la portera.

—¿Ese está enfermo?—preguntaba algun guardia de órden público, que estaba en la calle, de servicio y habia visto entrar al artista.

—No,—respondia la portera,—es tenor de la ópera; y como padecen tanto cuando chillan en el teatro, viene el pobre doblado por el estómago.

—¡Ya!

El almuerzo y la comida de aquel hombre eran muy caprichosos.

Le ví comer lechuga con leche y azucarillos; uvas con aceite, vinagre y salsa de anchoas, codornices crudas con plumas y todo.

Segun él, la conservacion de la voz exigia tantos sacrificios y tan repugnantes combinaciones.

Llegó la noche del estreno.

El público aguardaba con ansiedad la presentacion de *Manrico* en *El Trovador*.

—Celebraré que le revienten,—decia su compañero de pupilaje, el francés, á quien mortificaba con sus gorgoritos.

Lo que pasó no es para descrito.

Hubo espectador que pidió al *Conde de Luna* que matara á volapié al *Trovador* por bribon.

Cuando regresó á su domicilio todas las personas de la casa estaban afectadas, ménos el comerciante francés que repetia:

—Me *alegra:* toma, toma lechuga y toma *gorgoritas*.

EDUARDO DE PALACIO

LAS GRANDES EPIDEMIAS

II Y ÚLTIMO.—*El cólera*

Gangadwara, Jugurnath y Conjeveram son tres ciudades santas para los pueblos fanáticos de la India y visitadas durante ciertas épocas del año por innumerables peregrinos. Más de un millon se reunen á veces en la época de la feria en Gangadwara, á la desembocadura del Gánges; pasan de quinientos mil los que en las ceremonias sagradas de junio y julio se aglomeran en Jugurnath, en la costa de Orissa al Noroeste del golfo de Bengala, y no bajan de doscientos mil los que en el mes de mayo llegan á Conjeveram, situada á quince millas al Sur de Madrás.

Llegan á los lugares sagrados todos estos peregrinos extenuados de hambre, de fatiga y de miseria, despues de

haber andado muchos centenares de leguas casi siempre á pié y bajo un sol abrasador. Reunidas, despues, á la aglomeracion de gentes y á las malas circunstancias del viaje se suman otras condiciones perjudiciales en extremo como son la mala alimentacion, la falta de agua potable, la acumulacion de inmundicias, y entónces empieza á manifestarse en aquellas apiñadas muchedumbres la aterradora faz de la epidemia.

La muerte siega á millares de aquellos infelices; en 1783, en las fiestas de Gangadwara perecieron más de 20,000 personas en ocho dias. Y es que con ocasion de tales peregrinaciones ciertas enfermedades, que aunque endémicas en aquellos países ofrecen de ordinario muy poca intensidad, estallan entónces con violencia suma y se extienden y se trasmiten despues por gran parte de la tierra.

La primera manifestacion formidable que en estas circunstancias hizo el cólera con los caractéres típicos que hoy presenta se verificó en 1817. Discuten los médicos, defendiendo unos, con M. Tholozan que el cólera se ha encontrado en todo tiempo en la India y asegurando otros, con Daremberg, que el cólera conocido en la India ántes de la gran manifestacion epidémica de 1817 era cólera esporádico y no el cólera morbo, esa mortífera plaga que desde entónces, al pasearse lentamente por la tierra de cuando en cuando, ha ocasionado tantos millones de víctimas.

La verdad es que en las relaciones de Marco Polo acerca de sus viajes por la Indo China y las islas de la Sonda hácia fines del siglo XIII no se hace mencion ninguna de la existencia del cólera en aquellos países, ni á tradiciones que revelaran sus estragos, en épocas anteriores. Nícolo Conti, que viajó por Oriente en la primera mitad del siglo XV guarda el mismo silencio con relacion á cuestion tan importante. Poggio Bracciolini, que cuenta el viaje de Conti, afirma que no se vió en la India ninguna de esas grandes epidemias que con frecuencia han devastado á Europa, y sin embargo, Conti atravesó el Indo y acompañó numerosos ejércitos en siete expediciones diferentes.



EN EL DESVAN, dibujo por J. Klauss

Mendez Pinto, viajero portugués del siglo XVI, fué muchas veces prisionero y vendido como esclavo. A su vuelta á Portugal en 1558 publicó la relacion de sus correrías, extendiéndose mucho en la descripcion de las enfermedades reinantes en la India y no mencionó nada respecto al cólera. Unicamente cuenta que sitiando el rey de Búrmah la ciudad de Prom se declaró en su ejército una terrible epidemia que mató en pocos dias más de 80,000 hombres, entre ellos 500 portugueses; pero de sus detalles en nada resulta que aquella invasion pudiera parecerse al cólera.

Entre los cronistas portugueses del siglo XVI es cuando empieza á hablarse de grandes y extrañas epidemias que ocasionaban en los países del Sur y del Oriente de Asia gran mortandad en muy poco tiempo, pero las descripciones son tan deficientes bajo el punto de vista científico, que no se encuentra en ellas apoyo para ver claramente en las plagas á que se refieren epidemias de cólera morbo, tal cual hoy se manifiesta.

Sea como quiera, es lo cierto que á partir de 1817, es cuando el cólera se ha propagado hácia Europa. En 1823, asomó la primera vez por Astrakan sin pasar adelante, como mostrando el camino por donde despues habia de propagarse. Tres veces ha cruzado la Europa desde entónces, en 1830, en 1846 y en 1865 y en las tres ha dejado terrible memoria de su paso.

La epidemia de 1830, empezó á manifestarse invadiendo en 1829 el Ghilan y el Mazanderan, provincias septentrionales de Persia situadas á las orillas del Caspio. Permaneció estacionario durante el invierno y á la primavera fué propagándose por la orilla occidental del mar Caspio mostrándose en junio de 1830 en Salian. Tomó á partir de aquel punto dos caminos; siguiendo por Bakú, Kuba y Derbent, llegó á Astrakan y remontando el Volga se extendió por todas las comarcas rusas á partir del mes de agosto, y entre tanto la enfermedad se propagaba en la otra parte por el Valle de la Kura hácia Tiflis invadiendo todo el Cáucaso. En Rusia pareció un poco encalmada la epidemia durante los grandes frios, pero á la primavera reapareció ya en las provincias occidentales rusas propagándose primero por Polonia conducido por el ejército ruso que marchó contra Varsovia. Fueron invadidas despues Moldavia y Galitzia hácia el Sur y las provincias del Báltico hácia el Norte, y desde esta region, á fines ya del año 1831 partió la infeccion para Inglaterra. El 4 de noviembre apareció en el puerto de Sunderland, el 27 de enero de 1832 en Edimburgo y el 10 de febrero en Lóndres. De Inglaterra se propagó á Irlanda, Francia y Holanda. El 15 de marzo se presentó en Calais y á los once dias en Paris desde donde se extendió en todas direcciones por la Europa occidental y meridional.

En 1846, despues de haberse manifestado en Salian, procedente del extremo Oriente, se propagó siguiendo una marcha semejante á la invasion de 1830. Apareció á principios de 1847 en Derbent, en Kuba y en Temir-Khan-Chury, desde donde fué trasportado á Rusia por los soldados enfermos enviados á tomar las aguas de Kisliar; el 16 de julio del mismo año ya se encontraba en Astrakan. Al mismo tiempo por el Sur, se corria hácia Tiflis, propagándose despues por la gran vía militar que atraviesa el Cáucaso á la altura de 7000 piés; al principio de agosto ya estaba la plaga en Stavropol, en la vertiente opuesta de la Cordillera. Por una parte, pues, el cólera franqueó el mar Negro é invadió sus puertos; por otra atravesó Rusia, Alemania, Francia, Italia, España.... Esta invasion dejó despues algunos residuos que se manifestaron por varios puntos en 1852 y años sucesivos.

La gran epidemia de 1865, siguió un rumbo muy distinto inaugurando la vía marina de propagacion, y demostrando que el peligro no está localizado á la parte del mar Caspio, sino que existe tambien y más terrible por el lado del mar Rojo.

En la Meca fué donde la epidemia de 1865 empezó su marcha. Allí habia sido importada ántes por buques procedentes de la India cargados de peregrinos. Hácia fines de abril, estalló el cólera con todo su furor en la Meca y en Medina; los médicos enviados de Egipto encontraban los cadáveres en las calles y en las mezquitas; más de 30,000 peregrinos perecieron en pocos dias.

El Egipto fué despues el primer país infestado á causa de su proximidad á la Meca. Barcos cargados de peregrinos procedentes de este punto arribaron á Suez, dieron declaraciones falsas sobre su estado sanitario y al poco tiempo, primero en las inmediaciones del Canal Mahmudié donde los peregrinos establecieron su campo y despues en Alejandría empezó á manifestarse la epidemia. A los dos meses el cólera habia matado 4,000 personas en Alejandría y más de 40,000 en todo el Egipto.

Aterrada la poblacion extranjera emigró en masa y repartió por todas partes la infeccion. El cólera se desarrolló en Constantinopla, en Smirna, Beyruth, en Mesopotamia, en Kustendjé y en Odessa desde donde se propagó en buques de vapor, á Nueva York y á la Guadalupe, apareciendo en estos puertos en el mismo dia en que los buques infestados hicieron el desembarco. De los puertos orientales del Mediterráneo se propagó rápidamente á los occidentales constituyéndose éstos en nuevos focos de donde irradió la epidemia al interior de los países respectivos. Buques conduciendo pasajeros de la Meca infestados del cólera, llevaron la epidemia á Marsella donde se presentó en junio, de Marsella se propagó á Tolon, Arlés, Paris y á toda Francia.

Un comerciante francés procedente de Marsella trajo la infeccion á España, desembarcando en Valencia el 8 de julio. La enfermedad se propagó rápidamente, primero á las comarcas de alrededor, despues á toda la Península. El 22 de julio se presentó en Barcelona, el 20 de agosto en Cartagena y en Murcia, el 6 de setiembre en Sevilla, el 1.° de octubre en Elvas, de donde pasó á Lisboa. Por la parte Norte se propagó tambien atravesando en julio Aragon y parte de Castilla presentándose en Madrid el 15 de agosto. Con terror se recuerdan los estragos que por toda la península hizo entónces la epidemia.

Por lo que se ve la vía marítima ofrece más rapidez para la trasmision del cólera que la vía terrestre. De todos modos se observa que si la marcha del cólera está en razon directa de la rapidez de las comunicaciones, nunca ha excedido á esta rapidez. La plaga fatal ha seguido siempre las corrientes humanas, los rios navegables, las vías comerciales terrestres y marinas; se ha parado donde los viajeros se hayan detenido y ha respetado siempre los sitios aislados de todo contacto exterior. Los ejércitos en movimiento han favorecido mucho la propagacion de la epidemia.

El cólera además no se propaga solamente de Este á Oeste como los chinos dicen y muchos europeos han creido, sino que irradia y se trasmite á partir de la India en todas direcciones.

El pánico que en Europa produjo la terrible invasion de 1865 provocó la reunion de las conferencias sanitarias de Constantinopla, donde sabios de todas las naciones han estudiado minuciosamente cuanto á la propagacion del cólera se refiere, y montado el servicio internacional á la sazon vigente y merced á cuyas medidas, se halla más á cubierto que ántes, á pesar del aumento de comunicaciones, de esa terrible plaga que diezma á la sazon los pueblos del Oriente.

DOCTOR HISPANUS

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 17 DE SETIEMBRE DE 1883 — NÚM. 90

OFICIAL DE ARTILLERÍA, estudio por J. Cusachs

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

El peregrino de la Meca.—Sueño y profecía.—El soplo de Mahoma.—Fin del mundo.—El *Times* de la India. Inutilidad de la profecía.—Los minerales de la Exposicion.—Ripperts y tranvías.—La poblacion de arbolado.—Dehesa de Amaniel.—Recuerdos del campamento.—Los teatros de Madrid. El nieto de *Fígaro*.

El profeta de los mahometanos parece que se entretiene en desempeñar el oficio de agorero. Ve que hoy la cimitarra y el Koran hacen muy pocas conquistas, y deseoso de meter ruido, abandona el cielo de las hurles y baja en espíritu á la tierra para soplar al oido de sus creyentes pavorosas y tremebundas predicciones.

Dias atrás fué á depositarse dentro del mismo pabellon de la oreja de un peregrino de la Meca que se hallaba entregado á los sueños orientales.

Alah sólo sabe lo que soñaba en aquellos instantes el devoto de la *Kaaba*. Tal vez gozaba las visiones de incomparables jardines como solamente podria imaginarlos el autor de las *Mil y una noches*, matizados por esplendorosos cambiantes de luz, llenos de enervantes perfumes, movidos por brisas deleitosas y poblados de pájaros de pintada pluma y de melódico gorjeo. Todas las glorias del antiguo Oriente cruzaban quizá ante la desligada fantasía del mahometano. Interminable serie de camellos cargados de oro y pedrería; grupos de odaliscas capaces de tentar al mismo Mahoma: ciudades opulentas construidas con pórfido y jaspe en cuyos muros habian labrado los más hábiles artífices finísimos arabescos más primorosos y sutiles que el encaje de mayor valía, y altas construcciones coronadas de rutilantes cúpulas que envolvian toda la ciudad en luminoso reflejo parecido á una emanacion directa de los cielos. La vigilante voz del *muezzin* resonaba en los aires, y el fatigado peregrino la escuchaba con santo recogimiento.

De improviso, la tal voz se trasformó en anuncio de destruccion y de muerte: el profeta aventó con su potente soplo todas aquellas maravillas: el devoto durmiente quedó envuelto en las cálidas arenas del desierto, y entre remolinos de fuego sonó la siguiente profecía:

—Escucha y prepárate,—dijo al fatigado viajero el Comendador de los creyentes;—el fin del mundo se aproxima. Antes de entrar en el siglo XIV de la era musulmana la tierra estallará como una bomba de cristal desprendida de las manos de un inocente niño.... Ya lo sabes. Esparce la noticia por todo el mundo.

El peregrino despertó sobresaltado.

—¡Alah es grande!—dijo;—pero tambien es muy grande el mundo. ¿Cómo voy á llevar yo la voz del profeta por toda la superficie del globo terrestre? ¿Ni qué autoridad tengo yo para que me crean?

El predilecto musulman no sabia cómo arreglárselas. Habria deseado que las montañas todas y los valles y las planicies vinieran hácia él, ya que su persona no podia emprender el viaje de circunvolucion por la tierra. A su paso hubiera gritado á las comarcas pobladas de inadvertida gente:

—¡Esta es la voz de lo alto! Preparaos; el mundo termina: no teneis más que dos meses de tiempo.

Pero comprendió que hoy la fe no mueve las montañas como en otros tiempos, y que su deseo, por lo tanto, era puramente platónico.

El peregrino, sin embargo, debe ser hombre de buen entendimiento. ¿Cómo si no le habia de elegir Mahoma para depositar en él tan enorme confidencia?

En efecto, era un sabio de Oriente el tal peregrino. Se acordó del papel que en Europa representa la prensa periódica, y dijo para su turbante:

—Si logro que un periódico de gran circulacion dé la noticia, en pocas horas la sabrá todo el mundo.

Dicho y hecho.

Ni sé cómo se las arregló; pero el caso es que la tremebunda profecía apareció dias atrás en el *Times* de la India.... (¡Esos ingleses tienen corresponsales en todas partes!) ¡A bien que al tal periódico es á quien correspondia ocuparse del asunto entre los primeros, puesto que como *Times* en inglés significa *tiempo* (¡golpe de erudicion filológica!) y como acabado el mundo no hay nocion cronológica posible, sobre el periódico indio venia á caer de lleno la mencionada profecía.

De allí ha tomado la noticia toda la prensa de Europa, y los hilos del telégrafo han parecido frailes de la Trapa clamando con fúnebre voz:

—¡Morir habemos!.... ¡morir habemos!

—¡Te amaré toda la vida!—murmuraba noches atrás en un café, al oído de una hermosa jóven, su amartelado amante.

—¡Para lo que hemos de durar!—dijo ella haciendo un mohin de gracioso escepticismo.—¡Mira lo que dice aquí!

Y le enseñó la *Correspondencia de España*.

El jóven se echó á reir.

Veia delante de sí un porvenir dichoso; y nadie abdica voluntariamente de los placeres y goces de la vida.

Sepa, pues, el visionario peregrino de la Meca que su fantástico sueño no tendria importancia entre nosotros aunque viniese envuelto en la bula de Meco.

El equivalente de la fecha musulmana corresponde en nuestra cronología al mes de noviembre, que empieza, es verdad, con el dia de Difuntos, pero en dicha fiesta Dios mediante y á despecho de Mahoma esperamos hacer nuestra visita anual á los cementerios y derramar lágrimas metafóricas en memoria de los que fenecieron, y celebrar despues con toda tranquilidad la fiesta del dia postrero del mismo mes, ó sea la del Apóstol San Andrés.

El profeta de los mahometanos no tiene el don de profecía entre nosotros.

Tengo la seguridad de que si nos obligan á escoger entre el pronóstico de Mahoma que se propone dejar cesante á la tierra y las predicciones atmosféricas del astrónomo zaragozano, tenemos en tan poca estima al fundador del Koran que le colocaremos muy por debajo del confeccionador de almanaques.

¡Ante todo somos patrióticos!

* * *

Ignoro si opinarán de igual manera los minerales de todas clases reunidos con admirable arte en la exposicion minera que ha vuelto á abrir sus puertas recientemente.

La verdad es que las catástrofes de Ischia y de Java son capaces de amilanar el mineral de mayor resistencia.

¡Montañas que se han hundido; terrenos que han sufrido dislocaciones horrorosas; el desquiciamiento y la ruina por todas partes!... No se necesita tanto para que los hermosos ejemplares de la exposicion bendigan en el fondo de sus duros corazones las maravillas de la industria humana que los ha extraido del seno de las montañas donde se representan tragedias dignas del númen de Esquilo.

—Corremos la suerte de los hombres—dirán ellos.—Si la humanidad perece, con ella pereceremos. Entre tanto, coleccionados en este recinto donde acuden diariamente tantas personas á visitarnos, en medio de artísticas construcciones y de jardines frescos y amenísimos, no podemos desesperar de la vida.

La exposicion minera no fué compatible con el calor; y hoy que la temperatura empieza á ser más soportable, todo Madrid acudirá á disfrutar del hermoso espectáculo que ofrece el certámen minero.

La excursion es ahora más fácil que ántes. Los coches Riperts llegan hasta la puerta; ventaja que no pueden tener los tranvías destinados á seguir constantemente las inflexibles líneas de hierro que les marcan el paso como las pautas señalan á los niños que empiezan á escribir la direccion que han de dar á sus garabatos.

* * *

No cabe duda de que Madrid tiende á hermosearse. Las plantaciones de árboles que ideó el marqués de Urquijo serán dentro de poco una hermosa realidad en la dehesa de Amaniel, histórica por varios conceptos.

Allí descansaron en ámplio campamento las tropas que venian á Madrid despues de concluida la guerra civil última.

Todavía recordamos como si fuese un suceso de ayer el entusiasmo con que la poblacion madrileña acudió á aquel árido sitio para saludar al ejército.

Era una procesion, una romería, un jubileo. Mucho ántes de que amaneciera todos los caminos que conducen á la dehesa de Amaniel estaban convertidos en bulliciosos hormigueros.

La guerra daba un abrazo á la paz: las tiendas de campaña levantadas en el espacioso terreno rebosaban de alborozo. Los agudos sones de los clarines al rayar el alba no significaban destruccion ni muerte. Los cañonazos no esparcian el terror: eran salvas que retumbaban agradablemente en el espacio.

Ahora se están haciendo en aquel mismo terreno los preparativos para la plantacion de arbolado; es decir se construirá en la dilatada superficie otro nuevo campamento de árboles frondosos que enviaran á Madrid suaves brisas y temperatura apacible.

Antes de poco veremos establecida en la Dehesa de Amaniel una alegre y vocinglera colonia de pájaros.

¡La plaza de Santa Ana donde se encuentra instalada desde tiempo inmemorial la venta de pájaros se va á morir de envidia!

* * *

Desde los tiempos en que España *se abrió al cartaginés* incautamente creo que nunca se han abierto en Madrid tantas cosas como en estos dias.

Rechinan las puertas de todos los teatros.

¡Oh!.... dentro de poco, no sabremos dónde acudir. ¡Tanto será el empeño con que nos solicitarán de todas partes!

El teatro Lara ha comenzado ya sus funciones. Y seguirán la *Comedia*, el *Español*, *Apolo*, *Variedades*, *Eslava*.... y qué sé yo cuántas otras salas de espectáculo que se proponen arrancarnos todas las carcajadas ó todas las lágrimas de que tenemos hecho acopio.

La compañía de la *Comedia* tendrá el mismo artístico conjunto de los demás años.

¿Quién no conoce al actor Mario? Como hombre es el tipo de la caballerosidad y de la hidalguía de carácter.... ¡Como artista es inmejorable!

Nadie dirige como él la escena. Así el público le corresponde llenando su teatro todas las noches.

Este año la *Comedia* ofrece en su personal artístico una novedad.

Debutará un jóven de distinguida alcurnia literaria.

Básteme decir que se llama Mariano Larra.

¡Que la memoria de su ilustre abuelo el inmortal *Fígaro* le sea propicia!

PEDRO BOFILL

Madrid 14 setiembre 1883

NUESTROS GRABADOS

OFICIAL DE ARTILLERÍA, estudio por Cusachs

Cusachs es lo que puede llamarse un artista por intuicion. Notable oficial de un arma distinguida en todos los ejércitos, tuvo un dia el capricho de coger los pinceles y ensayarse en la pintura, sin más antecedentes que un impulso superior á su cálculo, ni más profesor que cierta fuerza ignota que hizo correr su mano sobre el lienzo. Pintó su primer cuadro porque sí; y si hoy se le pregunta cómo se ha hecho pintor, es posible que no acierte á dar explicacion más concluyente. Y sin embargo, la explicacion huelga donde la evidencia existe.

Quien conozca á nuestros oficiales del arma de artillería, el arma de Cusachs en el benemérito ejército español, ha de hacer justicia al talento del pintor y hasta al cariño del compañero. Nuestro oficial de artillería, estudiado por un *idem*, es marcial por su continente, inteligente por su semblante, elegante por su traje y actitud, en una palabra, es un verdadero estudio que da por resultado un cumplido tipo.

LA CRÍTICA DEL COLEGA, acuarela por H. Bellangé

Que son colegas no puede negarse: ambos cultivan el divino arte de Apeles y de Velazquez, con la única, aunque notable diferencia, de que el uno lo profesa en su más elevado concepto, y el otro dedicado á pintar rótulos y muestras de tiendas. Esto no obstante la modestia del primero es tal que somete su trabajo á la crítica del segundo, quien envanecido con tal muestra de deferencia se reviste de cómica gravedad para emitir el fallo que le aconseja su larga experiencia. Este solo tipo perfectamente estudiado, basta para hacer agradable á la vista la linda acuarela de Bellangé.

EN EL FONDO DE LA SELVA, cuadro por L. Farbach

Con objeto de dar toda la posible variedad á nuestros grabados, incluimos en este número el risueño paisaje de dicho título, notable por más de un concepto, y en especial por el acierto y soltura con que el autor ha dibujado el frondoso ramaje de los árboles y por la perspectiva que en gradaciones y tonos bien entendidos se va perdiendo en los segundos términos del cuadro.

UNA NOTICIA HALAGUEÑA, cuadro por C. Kiesel

No es esta la primera vez que insertamos en nuestra publicacion reproducciones de obras de tan celebrado autor. La que hoy figura en nuestra quinta plana es una prueba más del partido que sabe sacar de las circunstancias más sencillas de la vida para dar tono, color y animacion á sus cuadros. No es el asunto, que á la verdad no tiene nada de particular, lo que llama la atencion en este, sino la gracia, la belleza, la elegancia de la hermosa dama que lee complacida y sonriente el halagüeño billete; es el donaire y gusto artístico con que están tratados los paños de la figura, es en fin todo, el conjunto y los detalles, realzados además por el admirable buril del grabador Brend'amour, que es hoy una verdadera eminencia en su arte.

TRANVIA FUNICULAR

De algunos años á esta parte funciona en la capital de California un sistema de tranvía que tiene por objeto facilitar el trasporte de personas por calles angostas y de fuertes pendientes. El buen éxito que ha tenido este nuevo sistema y las múltiples ventajas que ofrece, han hecho concebir la idea de aplicarlo tambien á tranvías comunes.

En el centro de la via y por debajo del empedrado corre un tubo de hierro, y por dentro de éste un cable de alambre de acero sobre garruchas colocadas de trecho en trecho. En las subidas hay otras garruchas inversas que impiden que el cable frote contra la parte superior del tubo, y con objeto análogo hay en las curvas garruchas laterales. Un coche guia, al cual se enganchan otros de pasajeros, se une por medio de un aparato ingenioso y una barra de acero que pasa por una rendija longitudinal del tubo al cable, y se desprende del mismo á cualquier instante á voluntad del conductor. Una máquina de vapor fija en el extremo de la vía tira, enrolla y desenrolla sobre un tambor el cable y mueve así el tren con una velocidad de 8 á 12 y medio kilómetros por hora. La longitud total de la

vía es de 3200 metros, el ancho 150 centímetros y la mayor pendiente de 75 metros por 1000. El gasto total incluyendo todo el material móvil y fijo, bastante caro en San Francisco, se calcula en 1 millon de pesetas.

Las garruchas en el interior del tubo se hallan á la distancia de 12 metros una de otra. El cable tiene 23 milímetros de diámetro, y las garruchas de las curvas 1'65 hasta 2'4 metros, miéntras las colocadas en el interior de los tubos sólo tienen 28 centímetros. A fin de descubrir á cualquier instante el menor desperfecto en el cable pasa éste descubierto en un gran trecho.

La rendija longitudinal del tubo tiene 22 milímetros de ancho y para que el lodo, polvo, agua y demás cuerpos extraños que desde la calle necesariamente caen por esta rendija no ensucien la cuerda y entorpezcan su curso, está colocada esta, no en el centro debajo de la rendija, sino al lado de la vertical, conforme se ve en el corte trasversal de la vía, representado en la figura 3. Esta disposicion exige un aparato más complicado, atendida la gran solidez que es imprescindible para unir el coche-guía al cable á fin de que este lo arrastre.

Es evidente que este sistema de tranvía excluye todo descarrilamiento, por cuya razon es el más adecuado para pasar por calles estrechas; no siendo ménos cierto que una vez establecido conserva mejor el empedrado que los otros sistemas conocidos.

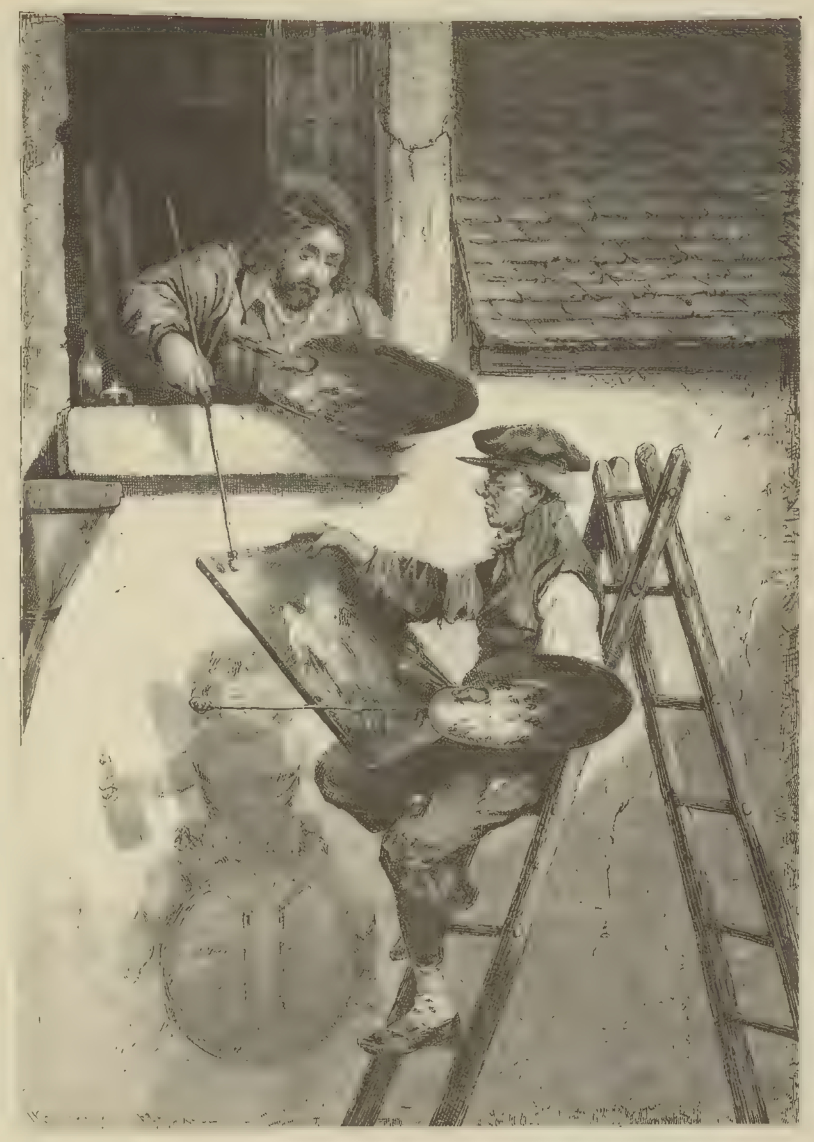
Para prevenir el inconveniente y las consiguientes desgracias que podria originar la rotura súbita del cable, ó un descuido del conductor del coche-guía en las paradas imprevistas y en aquellas que se hacen para la admision de pasajeros, hay, no solamente en este coche, sino en todos los demás, un aparato automático que coloca en el momento de la parada una fuerte cuña debajo de cada rueda, además de otro freno eficaz que funciona tambien por sí solo, siempre que los coches bajan grandes pendientes.

La máquina de vapor que mueve el cable en el tranvía de San Francisco tiene un cilindro de 35 centímetros de diámetro por 70 de curso, y para evitar toda interrupcion en el servicio, por causa de algun desperfecto imprevisto, ha colocado la empresa desde el primer dia dos motores y dos generadores de vapor iguales.

Si á esto se agrega que la vía es doble, hay que convenir que este sistema resulta en extremo económico y que merece ser tomado en consideracion para dotar de este medio de trasporte moderno no solamente un sin número de poblaciones cuyas calles y alrededores llenos de subidas y bajadas las han privado hasta ahora de este progreso, sino lo que es muchísimo más importante, para aplicarlo á los ferro-carriles económicos en aquellos puntos donde las pendientes de las calzadas ó terrenos en que se establecen pasan de un 4 ó 5 por ciento, en cuyas circunstancias las mejores locomotoras de estas vias apénas pueden arrastrar un peso igual al suyo propio, sin contar el rápido menoscabo de las máquinas. Puede aplicarse tambien este sistema á los puntos que sólo suelen ser muy concurridos en ciertas estaciones del año.

El progreso vertiginoso de las comunicaciones, ya sean marítimas, ya terrestres por líneas de vapor, ferro carriles, telégrafos eléctricos ó por alambres telefónicos que presenciamos desde apénas dos decenios y que tan poderosamente aumenta el tráfico, el contacto de los pueblos, el bienestar general, y la ilustracion, es debido en gran parte al progreso colosal de las industrias metalúrgicas y en especial á la del acero que hoy se fabrica más barato que hace pocos años el hierro, y facilita construcciones que ántes no era posible imaginar, como sucede entre mil otras con los tranvías y ferro carriles económicos.

Por la importancia que suponemos ha de tener el nuevo tranvía funicular nos hemos apresurado á publicar en las columnas de la ILUSTRACION ARTÍSTICA los anteriores detalles, incluyendo además los tres grabados que á él se refieren para la mejor inteligencia del texto.



LA CRÍTICA DEL COLEGA, acuarela por H. Bellangé

UN LEGADO PARA LOS POBRES

Por más que oigamos decir y áun digamos nosotros mismos con frecuencia que la humanidad está dominada por todos los vicios y que sus virtudes son escasísimas, habremos sin embargo de confesar que en el fondo no es tan mala como parece, y que en mil ocasiones ha dado y sigue dando pruebas de sentimientos caritativos y amor al prójimo. Estos los manifiesta de varios modos que sería prolijo enumerar, pero que están en la conciencia y en la memoria de todos: entre otros, y concretándonos al asunto de nuestro grabado, por las mandas que las personas piadosas legan al morir en beneficio de los pobres y desamparados. Más de una vez habrá tenido ocasion el lector de presenciar esa triste exhibicion de miserias, esa abigarrada agrupacion de séres deformes, de individuos cojos, mancos, ciegos, tullidos, etcétera, que se agolpan á la puerta ó en las antesalas de la casa mortuoria donde los albaceas hacen la distribucion del legado.

El cuadro que estos grupos ofrecen no tiene de halagüeño sino el deseo que inspiran en el que lo contempla de unir sus bendiciones á las de los mendigos socorridos, y de hallarse á su vez en disposicion de imitar en su dia el noble ejemplo del testador.

Considerado desde este punto de vista el grabado á que nos referimos es simpático, por más que peque un tanto de convencional realismo.

UN CUSTODIO FIEL, cuadro por G. Wertheimer

Es evidente que la atrevida nadadora no podia haber confiado á mejor guardian la doble custodia de su ropa y de su vida, entregada á las caprichosas olas. El inteligente y magnífico animal, haciéndose digno de la confianza en él depositada, no desampara las prendas de vestir de su ama, pero al propio tiempo vigila con mirada fija los movimientos de ésta, pronto á lanzarse al mar en su auxilio si fuese necesario.

En cuanto á la ejecucion del cuadro, nós limitaremos á llamar hácia él la atencion del lector, persuadidos de que sólo tendran plácemes para una obra que acredita el talento artístico del pintor Wertheimer y del grabador Brend'amour.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Conclusion)

—Yo me quitaria estas ropas mojadas que me incomodan mucho, añadió: pero entónces no podria llamarla: porque la llamaré magnéticamente por medio de la voluntad y vendrá: sí, vendrá como acudió á salvarme: yo la llamaba con toda mi alma: sí, vendrá, pero ántes de llamarla es necesario que desaparezcan esas castañuelas.

La vista de D. Juan volvió á fijarse en el viejo armario que estaba al fondo de la alcoba.

—¿Y cómo, dijo D. Juan, habiendo desaparecido casi todos los muebles ha quedado aquí este?

D. Juan tomó la luz que estaba sobre una mezquina mesa y se acercó al armario para examinarle.

Era uno de esos antíguos muebles del siglo pasado, de nogal tallado ricamente, y por los cuales un comerciante pide á los aficionados á antigüedades artísticas un dineral.

Examinando más el mueble, D. Juan reparó que estaba empotrado en la pared.

De la misma manera estaba empotrado en el suelo.

Entónces comprendió porqué aquel mueble, sien-



EN EL FONDO DE LA SELVA, cuadro por L. Farbach



UNA NOTICIA HALAGUEÑA, cuadro por Conrado Kiesel

do tan rico, no habia desaparecido como los otros que indudablemente habian amueblado la casa.

D. Juan salió á la puerta exterior de cuya llave puesta en la cerradura habian quedado pendientes por una correa otras llaves.

Entre ellas debia estar la del armario que aparecia cerrado.

En efecto D. Juan encontró entre el haz de llaves una pequeña.

Desenhebilló la correa y la sacó.

Volvió al dormitorio.

Tomó de debajo de las almohadas las castañuelas de Pepa.

Se fué al armario y metió la llave en la cerradura.

Estaba esta premiosa.

Señal evidente de que aquel armario no se habia abierto en mucho tiempo.

D. Juan forcejó.

Al fin se desechó el fiador de la cerradura.

Pero las hojas estaban tambien premiosas.

Extremando sus esfuerzos D. Juan logró al fin una pequeña abertura en la parte superior, y metió en ella la mano derecha.

La parte inferior resistia.

Parecia que allí las dos hojas se habian unificado.

Un violento esfuerzo hizo al fin saltar las hojas.

La tabla inferior del armario, que estaba completamente vacío, se habia levantado como violentada por el esfuerzo.

El pasador que aseguraba la una de las hojas que cebaba en la barra del fondo y que no habia sido levantado, habia violentado la barra y la tabla á ella unida.

—Pues bien, dijo D. Juan: ahí debajo de esa tabla haré desaparecer las castañuelas: comprendo que esto es tal vez una manía: pero no quiero volver á oirlas: me recordarian momentos terribles: ellas desde el momento en que las oí ántes de verla á ella me trastornaron, me la hicieron adivinar.

D. Juan continuaba en un estado de alucinacion.

No se le ocurrió que la cuestion no eran las castañuelas, sino las manos de Pepa que de una manera tan poderosa repicándolas las hacia hablar.

D. Juan echó mano al barrote y vió que cedia con facilidad.

Que la tabla del fondo del armario se corria á la manera de un cajon.

—¡Ah! exclamó D. Juan: ¡un secreto del armario con el cual he dado por casualidad! ¿Habrá algo en este secreto?

D. Juan dejó el tablon á medio descorrer y se pasó la mano por la frente.

Habia concebido una esperanza y temia una decepcion.

Permaneció inmóvil algunos momentos y luégo en un rápido movimiento acabó de correr la tabla.

Se levantó para tomar la luz y examinar el fondo del armario en el cual habia aparecido un oscuro hueco.

Al volverse lanzó un grito de alegría.

Delante de sí habia visto á Pepa.

¿Porqué estaba allí?

El, distraido con la faena del armario, no la habia llamado con la voluntad.

Era innegable que ella habia ido por voluntad propia.

XXXII

La negra, luciente y poderosa mirada de Pepa, pasaba de D. Juan al negro hueco que en el fondo del armario habia quedado al descubierto.

La mirada de Pepa interrogaba.

Parecia decir:

—¿Qué buscabas ahí? ¿qué hay ahí?

Por contestacion D. Juan tomó la luz, se acercó al armario é iluminó su fondo.

Los dos lanzaron al par un grito de sorpresa.

El fondo del armario estaba lleno de pequeños talegos.

¿Qué podian contener sino dinero?

Sobre los talegos habia un cofre de hierro como de pié y medio de largo por uno de alto y de ancho.

—¿Yo no sé á qué he venido yo ahora cuando V. estaba haciendo esto? exclamó con la voz trémula Pepa.

—Yo no sabia que eso estaba ahí, respondió con la voz no ménos trémula D. Juan.

Y miraba con más codicia que á lo que habia en el fondo del armario, á Pepa.

Pepa lo comprendió, se sintió orgullosa y feliz del amor de D. Juan y sonrió como un ángel glorioso.

Aquella sonrisa iluminando su hermosura la hizo resplandeciente.

—Si es un tesoro lo que hay ahí, dijo D. Juan, él y mi vida y mi alma tuyos.

—Yo no venia por nada, dijo Pepa bajando los hermosos ojos y poniéndose encendida como el fuego, sino porque me moria de angustia: ¡madre mia, que yo no sabia lo que era querer, y que tan pronto se podia querer como yo.... te quiero!

—¡Tu alma! exclamó D. Juan mirando con una agonía de amor á Pepa.

—Sí mi alma y mi vida, dijo Pepa; nos iremos con los castellanos y nos casaremos,... aunque me maldiga mi padre.... aunque digan de mí lo que quieran los gitanos.... aunque me busquen y me maten.

Pepa diciendo esto era toda alma, toda pasion, toda hermosura, toda sensualidad, y al mismo tiempo toda castidad.

Un arcángel humano.

—Eso vencerá á tu padre, dijo D. Juan señalando á los talegos, y no te maldecirá.

—¿Y qué falta hace eso? dijo irguiéndose Pepa. ¿Irás tú á creer que por eso he dicho yo lo que te he dicho?

—Si tú llegas á creer que yo pienso eso, dijo D. Juan, lo arrojo todo al rio.

—¿No es verdad que me quieres tú á mí más que á todos los tesoros del mundo? dijo Pepa envolviendo á D. Juan y acariciándole enamorada con la mirada más gitana del mundo.

—¿Pues no te he de querer si desde que oí tus castañuelas me morí y cuando te ví, ví un cielo, y luégo, como si esto no bastara te debo la vida?

—¿Y no te he de querer yo á tí, si creí que aquel maldito te amenazaba, y me morí, y luégo resucité cuando te ví vivo y que al abrir los ojos me decias con ellos: yo te quiero?

Entre los gitanos de la misma manera solicita y requiebra el hombre á la mujer que la mujer al hombre.

La iniciativa de unos amores puede partir lo mismo del hombre que de la mujer.

Dadas estas costumbres, este temperamento, nada tiene de extraño la ternura con que Pepa hablaba á D. Juan, y en cuanto á lo violento de su situacion lo disculpaba lo excepcional por que ambos jóvenes habian pasado en el poco tiempo que habia trascurrido desde que por primera vez se habian visto.

—Pues bien, dijo D. Juan, no te ofendas si vuelvo á decirte que por eso (y señaló al fondo del armario), si es un tesoro, tu padre consentirá, y si no lo es lo arriesgaremos todo.

—¿Pero sabias tú que eso estaba ahí? repitió Pepa mirando con una poderosa fijeza á D. Juan.

—No: yo te lo juro por tu vida y por mi alma.

—Y entónces...

—Es que yo queria esconder tus castañuelas donde no volvieran á parecer, y me pareció bueno ese armario: al abrirle ha parecido eso.

—¿Por *tu salú*, es eso de verdad?

—¿No te digo que por tus entrañas que es lo que más quiero en este mundo?

—¿Y por qué querias tú que no volviesen á parecer mis palillos? dijo Pepa haciendo un gracioso mohin de burla.

—Porque ántes de verte los oí y me enamoré de tí.

—¡Calla! ¿porque los meneo bien?

—Porque creo que están encantados y que encantan á quien los oye.

—¿Y crees tú en esas brujerías, chaval? ¡ay qué gracia! ¡pues si te se pone que yo tengo hechizos en los ojos querrás sacármelos!

—Tienes razon, Pepa: el encanto que en tí me enamora está en tí misma.

—Mira, corazon; cuando Dios cria á dos corazoncitos para que se *ajunten*, en cuanto se arriman ya está: yo soy tu mujer, y en prenda de ello allá va esa mano que ningun hombre ha tocado todavía.

—¿Y los brazos?

—Tambien... luégo... cuando venga el cura.

—Bendita seas, que yo estaba agonizando y loco, y me has dado la razon y la vida.

—Bueno: pero vamos á lo que más importa, dijo Pepa tomando un aspecto grave y cuidadoso: ¿y ese maldito? yo me he encontrado sus tijeras en el puente y las he tirado al rio: no habia sangre en el suelo: no te ha herido: ¿no es verdad?

—No, dijo D. Juan, que no queria poner ni áun levemente en cuidado á Pepa.

—¿Y entónces que fué?

—Que le sentí, que me volví á él, que le desarmé y luchando caímos del puente abajo.

—¿Y luégo?

—A él se le desgajó la rama á que se habia agarrado y cayó al rio.

—Pues mira, cállatelo, que eso no lo sabe nadie más que tú y yo, y como ya sé todo lo que queria saber, y te he dicho todo lo que te queria decir, quédate con Dios y hasta luégo, que pronto amanecerá.

—¿No eres ya mi mujer?

—¡Sí señor que sí, desde las uñitas de los piés hasta la puntita de los cabellos!

—Pues mira: es menester que veamos juntos eso que nos ha dado Dios.

—Bueno, chiquillo, que despues de lo que nos queremos eso es miel sobre hojuelas.

D. Juan tomó un talego y lo puso sobre la mesa.

Estaba lleno de duros mejicanos.

De la misma moneda eran otros diez.

Habia además cuatro llenos de onzas de las de cabo de borra.

—¡Y todo esto tenia tu tio, exclamó con asombro Pepa, y vivia aquí en un destierro!

—¿Quién sabe? dijo D. Juan: pero veamos lo que hay en este cofre.

Y lo sacó y lo llevó á la mesa.

Pendiente de una de las asas de un cordon de seda estaba la llave.

Abrió D Juan.

Apareció una multitud de estuches de tafilete de diferentes tamaños y formas.

D. Juan tomó uno ovalado y lo abrió.

Pepa que miraba con una viva curiosidad (¿y qué mujer por desinteresada que sea no lo es cuando se trata de alhajas?) ahogó un grito de sorpresa y se puso pálida como una muerta.

Habia visto su retrato.

O mejor dicho, el retrato en miniatura de una dama de su misma edad, y de tal manera semejante á ella, que hubiera podido decirse que aquel era su retrato.

—¡Angel mio! exclamó con delirio D. Juan en un arranque de emocion suprema: ¡tú no eres gitana! ¡esta señora es indudablemente tu madre!

—¡Cállate, cállate! que me pongo mala, exclamó Pepa.

Y cogió el retrato, lo miró trasportada y rompió á llorar.

—¡Mira! ¡mira lo que en este destierro tenia mi tio! exclamó D. Juan, ¡quién sabe si tú eres su hija!

—Pero puede ser que ahí haya algun papel con la explicacion de esto, exclamó con vehemencia Pepa.

—Es posible, es posible, dijo D. Juan.

Y sacó con una precipitacion febril todos los estuches.

En el fondo del cofre apareció una cartera de seda que contenia algunos papeles.

D. Juan los sacó.

Abrió uno de ellos.

Era un pliego de papel sellado.

Contenia un testimonio en forma.

En él se expresaba, que una señora cuyo nombre se callaba por una razon de honor, habia tenido de unos secretos amores con D. Pedro Yañez de Prado una niña: que el D. Pedro la reconocia secretamente como su hija natural, pero que, José Gargoles, y su mujer María del Tránsito, la tomaban como su hija legítima, por medio de una simulacion que se habia hecho, pero obligándose á reconocer siempre que la niña llamada María Josefa, nacida (aquí la fecha) en Murcia, y bautizada como hija legítima suya, era hija natural del D. Pedro: y que esta ficcion se habia hecho, por conveniencias, y por cubrir lo ilegítimo del nacimiento de la niña miéntras fuese necesario.

Resultaba en fin probado por aquel documento que Pepa era hija natural del tio de D. Juan.

Los otros papeles eran una correspondencia amorosa.

En ella se descubria todo.

Pepa era hija de la duquesa de R.... que segun constaba de aquella correspondencia no habia podido casarse con el hombre que amaba por la oposicion de su padre el duque.

De otra carta enlutada resultaba que cuando muerto su padre, la duquesa queria legitimar, uniéndose á su amante, á su hija, fué acometida de unas calenturas que la mataron rápidamente.

—A lo ménos mi madre no engañó á nadie ni fué más que desgraciada, dijo Pepa.

—Con este testimonio, estas cartas y parte de este oro, tú serás legitimada, alma mia, exclamó D. Juan: y ahora benditas sean tus castañuelas, que sin ellas sin el supersticioso terror que á mí me causaban, no hubiéramos descubierto esta historia y este tesoro que dejó ocultos la muerte repentina de mi tio.

—Sí, benditas sean mis castañuelas, dijo Pepa, y tu *chifladura*, que hizo que les tuvieses miedo: mira, vida mia, todo esto no es más sino que estaba de Dios.

XXXIII

Dos años despues la hermosa señora del conocido periodista D. Juan Yañez de Prado, se convertia en la excelentísima señora duquesa de R.... habia sido legitimada ganando un ruidoso pleito y por consecuencia habia heredado el título y el patrimonio de su madre.

En su gabinete, bajo un cristal, en un marco de oro se veian dos castañuelas de granadillo, y

cuando álguien, extrañando aquella singularidad, le preguntaba la causa, contaba con muy buena gracia la historia que acabamos de relatar.

Pero suprimia siempre á Joselito el Pinto, modificando de una manera no esencial la historia.

Sólo á nosotros nos la contó íntegra añadiendo que nunca se supo lo que de Joselito habia sido.

Sabe Dios á dónde le habia llevado la avenida.

Cuando acabó de contarme la historia me dijo:

—Para los que no creen en la providencia de Dios, haga V. con mi historia una novela y póngale V. por título «LAS CASTAÑUELAS DE PEPA.»


M. F. Y GONZALEZ



TRANVIA FUNICULAR DE SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

CAPRICHOS PATOLÓGICOS DEL LENGUAJE

No hace mucho tiempo ocurrió un grave percance á un distinguido orador parlamentario. Levantóse á hablar, llena la cabeza de ideas y animado por la inspiracion. ¡Cuál seria su asombro al verse imposibilitado de decir una sola palabra! ¡Cuál seria el asombro de la Cámara al ver un orador avezado á la polémica tartajeando algunos sonidos inarticulados, sin poder proferir ni áun el sacramental: Señores diputados! A los pocos segundos el orador mudo caia herido de un grave ataque apoplético.

Abundan los casos en que un sujeto se acuesta sabiendo tal vez media docena de idiomas y se levanta por la mañana sin saber dar los buenos dias en ninguno. Pero lo más notable de estos casos es que la lengua no está paralizada; puede fácilmente moverse en todos sentidos, y la inteligencia está intacta. El sujeto puede hablar mentalmente; y con el pensamiento lúcido y el órgano de la articulacion expedito, ha perdido repentinamente el maravilloso don del lenguaje oral.

En esta situacion pueden presentarse dos casos. Unas veces el sujeto conserva el lenguaje escrito; otras veces, como olvidó el hablar, olvidó el escribir. Y es verdaderamente extraño el estado del hombre que, pudiendo formular mentalmente su pensamiento, ni puede expresarse de palabra, ni puede escribir tampoco ni áun su propio nombre, sin parálisis, se entiende, de la mano correspondiente. Y no será por la falta de uso, pues momentos ántes lo mismo podia ser un Walter Scott que el mejor pendolista de un ministerio.

En otras ocasiones no sólo se pierde el lenguaje oral y escrito, sino que el lenguaje interno, el lenguaje mental se pierde tambien. Se pierde el recuerdo del idioma propio. Se conocen las cosas, se distinguen sus propiedades, se tiene idea de sus relaciones, pero no se retienen los nombres, ni los adjetivos, ni los verbos, ni los demás signos gramaticales expresivos de los objetos y de las ideas.

Más notables son todavía los casos en que un sujeto olvida en brevísimos instantes el leer. El dueño de una magnífica biblioteca penetra en ella para recrearse en la lectura de sus autores favoritos, abre un libro y las palabras impresas dejan de tener para él significacion ninguna. Son meros garabatos negros; los ve, sí, como el hombre sin cultura, pero no son ya para él signos gráficos de las ideas.

Su inteligencia permanece, no obstante, inalterable; su vista tan fina y penetrante como siempre.

¿Pues y los casos en que un sujeto conserva perfectamente el oído y deja de entender las palabras? Percibe todos los ruidos y sonidos; siente el ruido de las palabras tal como suenan, mas no aprecia su valor intelectual, es como si le hablaran en idioma extraño.

Con el lenguaje musical escrito puede ocurrir lo propio. El mejor artista, en un momento cualquiera, puede perder la facultad de leer ó escribir música que oye, siente y ejecuta con toda perfeccion.

Y no se crea que son estas afirmaciones caprichosas. Son hechos positivos; abundan en los archivos científicos y son bien conocidos por los buenos observadores. Tucídides ya habla de ellos. Plinio cita á Massala Corvinus, el orador, que olvidó su propio nombre. Al presente, el estudio de las lesiones del lenguaje es uno de los capítulos más cultivados y mejor conocidos de la patología cerebral. Verdad es que estos hechos no siempre ocurren tan limpios, tan libres de toda complicacion, tan aislados como los hemos presentado; pero áun así descritos, no sólo son posibles, sino reales, y nosotros hemos presenciado infinidad de casos así como algunas de las cómicas escenas que naturalmente han de originar estos caprichos del lenguaje.

VISTA DE PERFIL DE UN COCHE Y SECCION LONGITUDINAL DE LA VÍA

Tenemos pues: un individuo que no sabe articular las palabras, pero que mentalmente se las representa. Se llama esto en la ciencia *afasia atáxica* ó mejor *afasia motriz*, lo que significa que no habla porque no articula.

Otro individuo que ha perdido la facultad de hablar mentalmente y de palabra. Este se halla bajo el punto de vista del lenguaje como el niño ántes de aprender á hablar. Denomínase esto *afasia amnésica*, que indica que se le olvidaron las palabras.

Un tercero que no puede escribir las palabras que perfectamente piensa, lo que constituye *la agrafia*.

Otro que ve las palabras escritas, pero que no aprecia su significado, como si fuesen caractéres chinos ó cúficos, á lo que se llama *ceguera verbal*.

Otro, en fin, que sin ser sordo no entiende lo que oye, sin ser de los sordos que no quieren oir y esto se llama *sordera verbal*.

Hemos visto tambien que existe una *ceguera verbal* y una *sordera verbal musicales*.

Pero por singulares que sean estos hechos, lo es más aún que puedan explicarse con gran sencillez gracias á los progresos de la ciencia.

Un médico sabedor de estas cuestiones os daria la explicacion en una sola frase: os diria que la funcion del lenguaje es un *arco sensitivo motor* complejo, una *accion refleja* complicada y que la interrupcion en distinto sentido de la corriente nerviosa da la clave de aquellos extraños resultados. Nosotros seremos más claros para todo el mundo. Pueden considerarse los fenómenos patológicos indicados como pérdidas parciales de la memoria, como *amnesias parciales*.

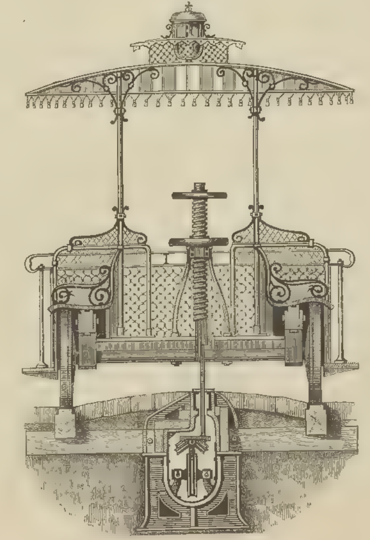
Lo primero que resulta de los hechos expuestos es que la funcion del lenguaje no es simple; compónese, en efecto, de numerosos factores tanto de sensibilidad como de movimiento. Otra verdad que no se acomoda con las nociones psicológicas profesadas, pero demostrada tambien por los hechos, es, que, así como hay memoria de las sensaciones hay tambien memoria de los movimientos, y que hay muchas memorias, puede decirse que tantas como sensaciones y como combinaciones motrices, pudiendo perderse la memoria de ciertas sensaciones ó de ciertos movimientos quedando íntegras las memorias restantes.

Pues suponer ahora que á un sujeto se le olvidan repentinamente los movimientos necesarios para la articulacion de las palabras; tendremos entónces el caso de la *afasia motriz*. Hablará muy bien para sí, pero como no articula, la expresion oral es imposible.

Esta pérdida de la memoria de un órden determinado de movimientos nada tiene de absurdo. Si habeis aprendido á tocar el piano ó la guitarra, por ejemplo, y dejais de ejercitaros en la ejecucion de tal ó cual pieza durante mucho tiempo, áun recordándola mentalmente no podreis tocarla por haber olvidado los movimientos necesarios.

Supone ahora otro individuo á quien repentinamente se le olvidaron no una ó varias palabras como á todos nos ocurre, sobre todo con idiomas que sabemos pero que no ejercitamos, sino absolutamente todas las palabras, y entónces tendremos el caso de la *afasia amnésica*.

La *agrafia* es tambien fácil de concebir por una *amnesia* repentina de los movimientos propios de la escritura.


VISTA DE FRENTE DEL COCHE-GUIA Y SECCION TRASVERSAL DEL TUBO POR DONDE CORRE EL CABLE METÁLICO

En cuanto á la *ceguera* y *sordera verbales* no son tampoco difíciles de concebir; entendemos lo escrito porque recordamos los sonidos y consecutivamente las ideas á que corresponden los signos gráficos, y entendemos lo que otro nos dice porque recordamos que cada sonido es símbolo de determinado objeto ó concepto. Si perdemos repentinamente estos recuerdos, ni conoceremos el valor fonético de la escritura ni el valor intelectual de la palabra articulada.

Verdad es que alguno sonreirá á esta explicacion que en resúmen es decir que no se articula ó no se habla mentalmente ó no se escribe, lee ó entiende, porque se ha olvidado entender, leer, escribir, hablar mentalmente ó articular, y dirá seguramente que la cuestion es saber la causa de tan repentinos y singulares olvidos. A eso vamos.

En la capa superficial del cerebro, llamada sustancia gris, que se halla dispuesta en pliegues ó circunvoluciones, se hallan archivadas todas las sensaciones y representadas todas las combinaciones motrices voluntarias. No se sabe bien todavía la perfecta distribucion de los distintos órdenes de sensaciones y de movimientos; pero se considera bien probado que en la tercera circunvolucion frontal izquierda está el archivo de los elementos sensitivos y motores del lenguaje.



UN LEGADO PARA LOS POBRES

Esta circunvolucion, llamada de Broca en honor de uno de los investigadores más afortunados en estos estudios, puede considerarse por lo tanto como el órgano cerebral del lenguaje, que resulta compuesto de varios centros conglomerados correspondientes á la representacion ideal de las palabras como sonidos, como imágenes ó como movimientos; y se comprende bien que cuando una lesion; que cuando una alteracion patológica destruye todos ó alguno de estos centros, el sujeto quede privado de la funcion correlativa. Los documentos coleccionados durante mucho tiempo en aquel archivo han desaparecido. Aún hemos de mencionar la más curiosa alteracion del lenguaje que será fácilmente comprendida despues de lo expuesto. Es el caso de aquellos enfermos en que no hay conformidad entre la palabra pensada y la palabra formulada oralmente. Quieren decir «sombrero» y dicen, por ejemplo, «peine;» quieren decir «sol risueño» y dicen «rey de copas,» con la circunstancia notabilísima de que las más de las veces el enfermo no se apercibe de la aberracion singular de que es víctima.

Ocurre en estos casos que no hay correspondencia entre los centros de representacion ideal de las palabras y los centros motores de articulacion.

Hay además de ordinario *amnesia* en estos enfermos y su vocabulario queda reducido en ocasiones á cuatro ó seis palabras con las cuales cree el enfermo expresar todas sus ideas que son variadas y numerosas. Hemos conocido y asistido á un general enfermo de reblandecimiento del cerebro que creia decirlo todo con sólo estas palabras: «sale el sol de la Rita,» que á tan mínima expresion se habia reducido el caudal de su lenguaje, y el buen señor se enfadaba mucho si su interlocutor se quejaba de no entenderle.

Llama la atencion que sea sólo una circunvolucion izquierda, la tercera frontal, la depositaria de la funcion del lenguaje; pero hay que tener en cuenta que lo mismo ocurre con la mayor parte de las aptitudes mentales. Seguramente la intervencion del hemisferio izquierdo es mayor en las actividades psíquicas de todo órden. Somos pues, *surdos de cerebro*. Mas por el contrario en los que usan de preferencia la mano izquierda parece que es la tercera circunvolucion frontal derecha la encargada de la funcion del lenguaje.

Las sencillas consideraciones expuestas sobre la funcion del lenguaje prueban bien elocuentemente cómo las funciones más sublimes del hombre dependen en absoluto de su organizacion material.

ESCALPEL



UN CUSTODIO FIEL, cuadro por G. Wertheimer

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 24 DE SETIEMBRE DE 1883 — NUM. 91

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ENCANTADOR MERLIN, dibujo por Gustavo Doré

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Apertura de los Tribunales.—Lamentos de un gabinete y aspiraciones de una sala.—Decorado de las Salesas.—Falsificacion de efectos timbrados.—Las ilusiones del litógrafo.—Una magnífica tempestad.—La region donde se forjan los rayos.—Liquidacion... de las nubes y no de la Bolsa.—El *Padre Santo*.—Importancia del pararayos.—Herreros y electricistas.—Ultimos ecos.

Siguen las aperturas.

Ultimamente se ha verificado la de los Tribunales; y en esta solemne ceremonia dicen que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia ha dado lectura á un discurso notabilísimo.

Las distintas salas del Tribunal Supremo tuvieron representacion en la apertura; y yo hube de dar explicaciones á la sala de mi casa para hacerla comprender que si no ha sido invitada, es porque hasta la fecha no ha tenido que ver cosa alguna con los tribunales de justicia.

Ya tiempo atrás me sucedió algo parecido á esto con mi gabinete.

Sin duda oyó decir á álguien:—¡Parece que habrá cambio de Gabinete!...

Y en cuanto yo llegué á mi casa me pareció que me recibian de mal talante las paredes.

Dice el refran que tienen oídos... Yo añado más: creo que deben tener hasta puños y lengua, porque me amenazaron con aspecto iracundo y me hicieron las siguientes reconvenciones:

—Conque, nos quieres cambiar... ¿eh? Anda, ingrato, que en el pecado llevarás la penitencia! ¿No vale nada para tí el que hayamos sido partícipes de tus penas y tus alegrías? Nosotras conocemos tus cualidades y tus defectos.. En presencia nuestra has levantado el velo que encubre tu carácter, y te hemos visto tal cual eres, en la intimidad más profunda... en la desnudez más completa. ¡Y tratas de abandonarnos!... Eres un monstruo de deslealtad y felonía!

Costóme trabajo hacer entrar en razon á mi gabinete. Por fin se aplacó.

Pero respecto á las perplejidades de mi sala no he hallado otra manera de calmarlas que leer en alta voz el extracto del discurso del Ministro publicado con elogio por la mayor parte de los periódicos.

No en balde, sin embargo, alcancé la victoria. Tuve que hacer una concesion.

—Oye,—me dijo con irresistible zalamería mi sala;—puesto que todo el mundo está de apertura, ¿por qué no abrimos nosotros tambien algo?

—Está bien,—contesté.—Voy á abrir los cajones de la cómoda.

Ha comenzado, pues, el año judicial de 1883 á 1884.

Todos los criminales se habrán sentido en ese dia fuertemente impresionados.

Los que pasaran por delante de las Salesas en la ocasion en que se acababa de celebrar la solemne ceremonia pudieron escuchar las alabanzas que se tributaban al edificio cuyos locales han sido recientemente decorados.

La instalacion de los tribunales de justicia ha quedado totalmente completada.

Los salones forrados de damasco, las cornisas doradas y los bustos de legisladores célebres parecen decir:

—Ahora.... ¡vengan criminales!

Dos de estos comentaban la ceremonia sentados en las gradas de la escalinata.

—¡Chico!... con discurso y todo,—decia uno de ellos.

—¡Bah! retórica y nada más. Ellos abren con discurso... ¡Nosotros abriremos con ganzúa!

***

El descubrimiento de una vasta falsificacion de efectos timbrados le hace á uno desconfiar hasta de su propio timbre de voz.

Tenia su asiento en la calle del Meson de Paredes. Los agentes de la autoridad sorprendieron al dueño de la casa fingiéndose portadores de encargos amistosos. Poco despues el Gobernador civil y el juez penetraban en la estancia.

El delito estaba descubierto. El litógrafo que enviaba todas las noches fuera de su domicilio el producto del trabajo cotidiano no debe haber sacudido todavía la estupefaccion que el hecho le causara.

Se halla tan acostumbrado al falseamiento de las cosas que ni el Gobernador le debe parecer una autoridad de veras, ni es fácil que tome en serio el interrogatorio del juez que le instruye causa.

—¡Cuidado que hay gente bromista en el mundo!—dirá. ¡Pues no se empeñan en fingir que han descubierto mi industria y que la van á castigar con arreglo á lo que dictan las leyes!

El litógrafo pensará: —¡Bueno! Me van á formar causa... Pero todo ello redundará en provecho mio, porque yo mismo les podré surtir de pliegos sellados que tienen el mismo valor que el papel de estraza.

El carcelero le parecerá un mal actor forjado en troqueles clandestinos; y cuando le lleven la comida se echará á reir diciendo:

—¡Vamos, confiese V. que este panecillo es de *pega* y que esta carne se halla fabricada con fibras de estopa!

Escribirá á sus amigos:

«Estoy pasando el otoño en el palacio de unos individuos muy *guasones* que se empeñan en hacerme creer que estoy preso. Para lograr su objeto han arreglado mi habitacion á la manera de cuarto del Saladero; y la cosa debe haberles costado un dineral, porque verdaderamente la ilusion es completa. En fin, tengo hasta rejas con grandes barrotes imitando hierro. ¡No sé cómo pagar tanto obsequio! Ayer pedí una cajetilla de cigarros..... ¡Vamos si seré yo listo! En seguida comprendí que la marca no era de las que yo fabricaba en mi casa. ¿No lo digo? ¡Todo me lo falsifican!...

¡Hasta el tabaco!»

***

En lo que no hubo falsificacion alguna fué en la magnífica tempestad que se cernió dias atrás sobre esta capital de España.

Fué inesperada, fulminante. ¡La naturaleza suele tener esas genialidades!

Parece que en las regiones donde se forja el rayo abrieron el libro de cuentas corrientes y notaron que Madrid estaba desde hace mucho tiempo desprovisto de chispas eléctricas.

—¡Esos madrileños,—dijo el forjador,—no hacen pedido alguno! ¡Si creerán que pueden pasar fácilmente con la chispa ingeniosa de sus escritores y de sus autores dramáticos!

—Lo que más se gasta en Madrid,—dijo un dependiente,—son rayos de sol. ¡Oh! de esto hacen un grandioso consumo. Los ingleses, cuyo sol no tiene más brillo que un queso de bola, envidian las oleadas luminosas de los españoles. Pero estos son poco aficionados á las tormentas. Demasiado atormentados se encuentran ellos por una porcion de causas....

—No importa: es necesario enviarles muestras de la última fabricacion. Escoged algunos rayos de los mejores, con su acompañamiento de agua, granizo y truenos. ¡Que no falte nada!

Y en efecto, por tren *express*, en gran velocidad, se recibieron en Madrid unas cuantas centellas de primera clase.

La atmósfera se nubló repentinamente.... Empezaron á caer gotas de agua de gran tamaño que se extendian sobre las baldosas como manchas de aceite.

—Parece que el firmamento se liquida,—decian algunos.

—Sí,—añadian otros;—todo el mundo liquidará ménos los bolsistas quebrados á consecuencia de las últimas operaciones.

Las calles se poblaron de paraguas. Pero, sí.... ¡de bastante servian! Lo que hacia falta eran para rayos.

Los truenos estridentes, secos, pavorosos, atemorizaron á la muchedumbre.

Uno de los primeros rayos vino destinado á una persona de confianza, á un regador del Retiro, nombrado por apodo *Padre Santo*, y el cual habia cometido la torpeza de guarecerse debajo de un pino.

Otras muchas exhalaciones serpentearon por la atmósfera y cayeron sobre Madrid descantillando los aleros de los tejados, paralizando los cuerpos de algunas personas y recorriendo itinerarios sorprendentes y raros.

La tempestad concluyó pronto; pero al dia siguiente todo el mundo tenia en la boca esta interjeccion que por lo vehemente casi llegaá ser blasfemia: ¡Truenos y rayos!

En casos semejantes los electricistas obtienen triunfos innegables. Ellos explican en las tertulias y en las mesas de café, en las oficinas las condiciones que ha de tener el para-rayos para conducir fácilmente la descarga eléctrica al centro de la tierra.

En Madrid estas explicaciones son muy necesarias.

Pocos edificios están protegidos contra los efectos del rayo. La ciencia, por regla general, ó vuela á mayor altura ó se queda más baja.

¿Quereis saber en manos de quién se halla depositado en Madrid, generalmente, el servicio de para rayos?

La mayor parte de los que se ven elevarse por encima de los edificios de esta corte se hallan colocados por herreros y cerrajeros que han hecho de este trabajo una ocupacion lucrativa.

¡Y los para-rayos para ser eficaces exigen muchos conocimientos científicos y exquisitos cuidados!

Ahora bien; yo no trato de negar la competencia en su oficio de los que se dedican á tan importante tarea.

Pero ser buen herrero, no equivale ni con mucho á ser buen electricista.

¡Encargar á un fabricante de objetos de cerrajería la colocacion y conservacion de un para-rayos es como encomendar la construccion y la conduccion de un buque á un carpintero!

***

Ultimos ecos de la semana.

—¡Qué atrevimiento!... Han robado *al encuentro* un reloj en las Cuatro Calles.

—¡Hombre!... pues me parece que no hay motivo para escandalizarse...

—¿Que no?

—No, señor; ¡peor hubiera sido para *Cuatro Calles* cuatro relojes!

***

Si las ferias de Madrid fuesen capaces de ruborizarse, hace tiempo que se quedarian sin salir de casa para no oir las cuchufletas y sátiras de que son objeto todos los años cuando llega la época en que hay costumbre de celebrarlas.

Hé aquí su última definicion:

—¿Qué son las ferias de Madrid?

—¡Mucho ruido... y muchas nueces!

PEDRO BOFILL

Madrid 21 setiembre 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Austria. -*Francia* y su estilo barroco. -Buen gusto en la tipografía.—Bahía de *Nipe*.—Colonizacion y su porvenir.—*España*.—Consideraciones sobre el carácter científico de su exposicion.

Poco de notable tiene *la seccion austriaca*. Muebles de Viena, cromos, artículos de quincalla de un carácter frívolo, objetos nikelados, carruajes lujosos, magníficos arneses, algunas telas, un escaparate de cristalería de Bohemia de muy buen gusto, y joyas con esmaltes y turquesas de estilo Renacimiento aleman. Por lo demás casi nada de aplicacion á colonias.

A continuacion de la seccion austro-húngara, encuéntrase la seccion francesa.

Espléndida en verdad es la exposicion de la vecina república. Telas riquísimas para señora, para mueblaje, para otros varios usos; joyas de gusto exquisito, perfumería, quincalla, trenes, carruajes, cristalería, porcelanas é instalaciones de muebles y tapicerías, formando verdaderas habitaciones, estilo Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI, Luis Felipe, y en fin, de todos los Luises posibles é imposibles; es decir barrocos todos, recargados y de mal gusto. Apénas hay dos instalaciones que no brillen por su esplendidez sibarítica; pero apénas hay dos que tengan un carácter verdaderamente serio, que estén decoradas con verdadero estilo, y que puedan servir para el albergue de una persona formal. Sólo son propias para el hotel de alguna mujer de mundo, para la casa de algun *parvenu*, ó para la habitacion de alguno de los *leaders* del *sport*. Nada del buen gusto y del profundo sentimiento del arte, que campea en todas las instalaciones belgas; nada tampoco de ese estilo severo y varonil, y altamente decorativo, inspirado en las obras de los arquitectos y escultores de los siglos XV y XVI, que se hace admirar en todas las instalaciones de Munich y de Nuremberg. El carácter francés, superficial y brillante, más amigo de las medias tintas suaves que de los contrastes enérgicos, de las miniaturas que de los bocetos, que atiende más á lo acabado de los detalles que á los efectos de conjunto, ha preferido lo que en Paris se llama estilo nacional, es decir, ese falseamiento de la antigüedad con influencias chinescas y refinamientos afeminados, ese esplendor ampuloso creado á los rayos convencionales de un sol de laton de un monarca que tuvo el orgullo y la necedad de creer que él era el Estado, y de erigirse en dictador del gusto, como se habia erigido en dictador del poder. Apénas hay un par de instalaciones, cuyos objetos están inspirados en los del Museo Cluny, en la buena época de Enrique IV, que se hallen exentas del mal gusto general.

Llena además la seccion francesa todo lo relativo á modas, en especial lo que se refiere á la *toilette* de las señoras.

Por fin, y esto es casi lo único laudable que dicha seccion contiene, la librería de Paris muestra sus grandes escaparates llenos de obras editadas con muy buen gusto, impresas de una manera esmerada, con grabados ó cromos, instructivas unas, recreativas otras. Llaman la atencion la casa Quantin por su esmerada tipografía y manera artística de presentar sus volúmenes; y la casa Rouveyre, establecimiento editorial nuevo que ha debutado con una coleccion de obras escogidísimas y estéticamente presentadas bajo todos conceptos. La llaman tambien por su correctísima tipografía, las obras impresas en la casa Joavs, buscadas por todos los bibliófilos.

En medio de la gran galería central descuella un monumento elevadísimo que remata en una estatua sentada la cual simboliza á España. Toda la columna, así como los escaparates que la circundan, está destinada á la exposicion de nuestros tabacos de Cuba, Filipinas y Puerto-Rico: distínguense los dos Caruncho, en los aparadores que forman la base, con otras muchas marcas de la *Vuelta de abajo*. Detrás de dicho monumento, divísase una instalacion soberbia. Un inmenso lienzo, pintado al estilo impresionista por el señor Tirado, nos presenta la vista de la *bahía de Nipe*, con su puerto natural, con su vegetacion exuberante y lozana. Detrás figuran los planos de dichos terrenos con los proyectos de la colonizacion de los mismos. En su parte baja obsérvanse simétrica y ordenadamente presentados todos los productos que por un cultivo inteligente han sido arrancados á aquella naturaleza tan fecunda. El almirantazgo inglés, lo mismo que el ministerio de Marina de Francia, habia indicado la conveniencia de utilizar esta gran bahía natural, la que podria contener en caso de necesidad todas las escuadras del mundo. Dicha prevision es hoy una realidad. La bahía está ya aprovechada y sus terrenos empiezan á cultivarse por una compañía tan activa como inteligente. En ella, despues de desbrozados los terrenos, se ha plantado

caña de azúcar, tabaco, café, y otros vegetales productivos, y á más se han cortado maderas, se han extraido minerales, y se han utilizado todos los productos del país. Una vez abierto el istmo de Panamá, el puerto de Nipe vendrá á ser uno de los primeros, tal vez el primero de los puertos de la América Central, y la hoy naciente ciudad de *Caridad de Nipe*, será una nueva Habana con todos los recursos de las villas norte-americanas.

El director de los trabajos de la sociedad es el infatigable D. Enrique Crespo, hijo del Senador por Cuba. Las autoridades civiles y militares de la isla han prestado todo su apoyo mandando el personal militar necesario para los primeros trabajos de urbanizacion. Creemos que á no tardar la bahía de Nipe será una verdadera gloria de la colonizacion española.

Llaman tambien notablemente la atencion en la galería central las dos grandes instalaciones de nuestras primeras compañías de vapores. La una pertenece á la compañía Lopez: desde el modelo acabadísimo en madera, de los buques, hasta la fotografía y planos de los diques, no hay detalle alguno referente á sus vapores, que haya olvidado dicha compañía. Igual podemos decir de la instalacion del Sr. Marqués de Campo, espléndida como ninguna, en la que figuran todos los datos que por lo que se refiere á sus trasportes, pueda desear el ingeniero naval más exigente. Las dos antedichas compañías han obtenido el diploma de honor del Jurado con harto merecimiento.

De notar es, por su admirable ejecucion, todo lo que relativamente al armamento ha presentado la maestranza del *arsenal de la Habana*. Jamás habíamos visto armas de fuego de mayor precision y ajuste, instrumentos ni armas blancas más bien templados y mejor construidos segun sus respectivos usos. Unos arcos de estilo árabe de café, ó de casa de baños, dan entrada á la gran galería lateral española que termina en la *Galería del trabajo*. No sé qué manía tonta les ha dado á todos los que decoran las galerías y pabellones españoles de todas las exposiciones posibles, de construirlos de estilo morisco. Ni el estilo árabe es nacional ni lo fué nunca. Los sarracenos fueron un pueblo invasor enemigo que echamos de nuestra patria y del cual no hemos conservado ni la lengua, ni la religion, ni los usos. Sólo algo de su arte quedó en los sitios en que estuvieron localizados más tiempo. Así no es arte nacional, sino arte provincial de un determinado período histórico. No negamos que algun elemento morisco, ó mudejar, como el alicatado, la mayólica, el azulejo y el guadamacíl pueden y deben ser utilizados en la construccion de un edificio de carácter nacional; pero estos detalles, que precisamente nadie emplea, no arguyen el que el plan general del edificio deba de ser árabe. El arte griego, el fenicio, el romano y el gótico, tendrian igual derecho á pasar por arquitecturas nacionales. La arquitectura que á nuestro sentir es la única que puede erigirse en nacional es ese Renacimiento particular nuestro, iniciado en la buena época de Cárlos V, que se llama *plateresco*. Este es el arte que se encuentra en los patios de Zaragoza y en las casas consistoriales y de Pilatos de Sevilla; que se ve en Salamanca en la universidad, en Guadalajara, en Navarra; que se halla lo mismo en los castillos del Pirineo que en los palacios de Andalucía; arte que podemos estudiar en Coimbra en los atrios de las iglesias, en Barcelona en el patio de la Convalecencia; que habia producido joyas arquitectónicas como la ya desaparecida casa Gralla; que se implantó y aclimató en los países en que dominamos, y lo admiramos en Pavía, y en las casas consistoriales de Amberes y de Leyda y en las verjas de las iglesias de los Países Bajos. Este es el arte genuinamente nacional que con ligeras modificaciones se adapta á todos los caracteres de todas las provincias y que sirve para todas las necesidades modernas, pudiendo ostentarse sin impropiedad lo mismo en un comedor que en un estudio, en una taberna lo propio que en un palacio.

La seccion española está llena de los productos de los tres principales grupos de colonias nuestras: Filipinas, Cuba y Puerto-Rico, y Fernando Póo é islas de Africa. Faltan las Canarias.



MUCHACHA GRANADINA, cróquis á la pluma por J. M. Marqués

En general la seccion está bien instalada y quien diga lo contrario prueba que se deja seducir más por el aparato óptico que por el órden lógico de las cosas. Como lo dijo muy bien el presidente general del Jurado internacional, la exposicion española es una exposicion verdaderamente científica.

Figuran en primera línea la Flora de Filipinas, trabajo de una profunda erudicion botánica y de un espíritu raro de clasificion llevado á cabo por nuestro paisano el jóven ingeniero señor Vidal; obra que ha sido premiada con justicia con el diploma de honor y que varias naciones van á distinguir con condecoraciones concedidas á su autor. Igual mérito científico revela la *ictiología cubana* del naturalista señor *Poey*, padre del conocido escritor del mismo nombre. Admiracion ha causado la taxonomía de los peces que dicho autor ha presentado, á cuantos sabios han visitado nuestro departamento. Sigue luégo todo lo relativo á la historia de Indias, libros antiguos sobre la conquista y colonizacion de nuestras posesiones de los que se desprende, que en el fondo nuestra colonizacion no ha sido ni con mucho tan bárbara como la inglesa. En lugar de destruir la raza y sustituirla nos hemos mezclado con ella en casi todos lo puntos. Este tema ha sido motivo de una interesante conferencia del señor D. José del Perojo. La tésis ha consistido en que de las tres maneras de colonizar, á saber, la inglesa que destruye la raza para sustituirla, la holandesa que la mantiene, desarrollándola y dirigiéndola, y la española que se mezcla con ella, esta es la mejor. Sólo disentimos en lo de que debemos este carácter al elemento árabe, cuando este carácter es esencialmente latino. En el próximo artículo concluiremos la revista de la seccion española y terminaremos tambien la de las galerías, pasando á describir los pabellones del parque.

POMPEYO GENER



VIDA CAMPESTRE, dibujo por Montbard



EL EXPOSITO, cuadro por J. V. Carstens

NUESTROS GRABADOS

EL ENCANTADOR MERLIN, dibujo por G. Doré

Siempre que se contempla un dibujo del célebre cuanto malogrado artista, se renueva la sorpresa que causa el vigor y la energía de su lápiz así como lo atrevido y original de la composicion. Estas cualidades descuellan de un modo notable en el grabado que publicamos, en el cual el afamado dibujante ha competido en maravillosa osadía con cuanta pueda ofrecernos la más exuberante naturaleza, presentando un bosque de corpulentos y apiñados árboles que, aunque exentos de ramaje, asombran por la robustez de sus troncos y por sus descomunales y tortuosas raíces. La venerable figura del anciano encantador parece verdaderamente inspirada en las leyendas británicas que le dieron vida, y el cuadro en fin ofrece un conjunto en el que, sin faltarse á la verdad artística, se percibe cierto ambiente como de encantamiento, emanacion sin duda del personaje que figura en primer término.

MUCHACHA GRANADINA, cróquis á la pluma por J. M. Marqués

En los anteriores números hemos tenido ocasion de ir insertando varios tipos andaluces, entresacados del album de viaje de nuestro compatriota el Sr. Marqués. Habiéndonos ocupado, al describirlos, de este distinguido artista y de su estilo particular, sólo añadiremos que el bonito dibujo que hoy insertamos forma parte de esa coleccion de tipos verdaderamente populares cuya publicacion anunciamos oportunamente.

VIDA CAMPESTRE, dibujo por Montbard

Este bello dibujo es de esos cuya contemplacion excita el deseo de «huir del mundanal ruido» dejando el agitado bullicio de las ciudades por la tranquila vida del campo. Todo en él es calma, naturalidad, y plácida frescura; todo en él convida á vivir libre de enojosas trabas, comprendiéndose que en sitios tales la juventud crezca lozana y la ancianidad se conserve vigorosa, como se echa de ver en las figuras, que más bien son partes accesorias que elementos principales de tan pintoresco cuadro.

EL EXPÓSITO, cuadro por J. V. Carstens

¡A cuántas consideraciones se presta el exámen de este bien ejecutado cuadro! ¡Cuántas reflexiones podria sugerirnos el abandono de esa inocente criatura por sus desnaturalizados padres! Preferimos sin embargo dejar que el lector haga las que su recto corazon le dicte, seguros de que no tendrá palabras bastantes para anatematizar una falta, mejor dicho, un crímen, gangrena de nuestra sociedad, y que ni áun las mismas fieras cometen. Por lo demás, el artista ha tenido el buen acierto de hacer ménos repugnante dicha falta, presentando al abandonado expósito á la puerta de un convento, cuyos religiosos moradores no dejarán seguramente de velar por la vida de la pobre víctima de algunos culpables amores, criándola y educándola mejor tal vez que sus mismos padres. El asunto, tan patético como se ve, está artísticamente tratado, las figuras son expresivas, y en los rostros de los monjes se revela á la vez la compasion, la extrañeza, la curiosidad y el horror que les causa tan inesperado hallazgo.

RESTAURANT EN LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Entre las múltiples construcciones que tan variado conjunto dan á la Exposicion colonial de Amsterdam, llama la atencion por su caprichosa originalidad el restaurant-cervecería situado en la plaza principal de aquel recinto. Lo constituyen dos inmensos toneles, como el célebre de Heidelberg de fama universal por su inmensa cabida; sólo que de las entrañas de aquellos no sale únicamente cerveza, sino toda clase de manjares suculentos con que restauran sus fuerzas los concurrentes á la Exposicion. La ocurrencia como se ve es verdaderamente original, y los monumentales toneles uno de los rasgos característicos del país en que aquel certámen se celebra.

EL SEÑOR BURGOMAESTRE, cuadro por Max Volkhart

La lectura de nuestras contiendas con Flandes y los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII nos ha familiarizado con ese tipo puramente germánico, con esos célebres alcaldes, que á pesar de su bonachon aspecto y de la obesidad que casi era en ellos característica, en más de una ocasion dieron muestra de energía y siempre de celo por los intereses de sus administrados. La idea que generalmente nos habíamos formado de ellos, la vemos perfectamente reproducida en el burgomaestre de Volkhart, el cual lo ha representado recibiendo con su *bonhommie* peculiar á un veterano que sin duda viene á ponerse á sus órdenes y que á su vez es un acabado tipo de aquellos capitanes flamencos que con tanta energía supieron hacer frente á las aguerridas huestes españolas.

BATALLA DE WOERTH, cuadro por E. Lang

Una de las primeras batallas que se trabaron durante la última guerra franco-prusiana fué la de Woerth, desgraciada para las armas francesas. El aventajado pintor Lang ha querido conmemorar este sangriento encuentro, representando en el lienzo una de las cargas dadas por la caballería bávara contra las tropas enemigas. Hay en el cuadro esa animacion, ese vertiginoso movimiento propio de lances de semejante naturaleza, y que á pesar del indisputable mérito con que el artista ha sabido representar sus múltiples detalles, inspiran en el ánimo el horror, y repugnancia con que toda alma sensible contempla los desastres de la guerra, sobre todo cuando están tan gráficamente reproducidos como en el cuadro de Lang.

EL PÁJARO EN LA NIEVE

(Novela)

POR D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

Era ciego de nacimiento. Le habian enseñado lo único que los ciegos suelen aprender, la música; y fué en este arte casi una notabilidad. Su madre murió pocos años despues de darle la vida; su padre, músico mayor de un regimiento, hacia un año solamente. Tenia un hermano en la isla de Cuba que no daba cuenta de sí; sin embargo sabia por referencias que estaba casado, que tenia dos niños muy hermosos y ocupaba buena posicion. El padre, indignado, miéntras vivió, de la ingratitud del hijo, no queria oir su nombre; pero el ciego le guardaba todavía mucho cariño; no podia ménos de recordar que aquel hermano, mayor que él, habia sido su sosten en la niñez, el defensor de su debilidad contra los ataques de los demás chicos y que siempre le hablaba con dulzura. La voz de Santiago, al entrar por la mañana en su cuarto diciendo: «¡Hola, Juanito! arriba, hombre, no duermas tanto,» sonaba en los oídos del ciego más grata y armoniosa que las teclas del piano y las cuerdas del violin. ¿Cómo se habia trasformado en malo aquel corazon tan bueno? Juan no podia persuadirse de ello, y le buscaba un millon de disculpas: unas veces achacaba la falta al correo; otras se le figuraba que su hermano no queria escribir hasta que pudiera mandar mucho dinero; otras pensaba que iba á darles una sorpresa el mejor dia presentándose cargado de millones en el modesto entresuelo que habitaban: pero ninguna de estas imaginaciones se atrevia á comunicar á su padre: únicamente cuando éste exasperado lanzaba algun amargo apóstrofe contra el hijo ausente, se atrevia á decirle: «No se desespere V. padre; Santiago es bueno; me da el corazon que ha de escribir uno de estos dias.»

El padre se murió sin ver carta de su hijo mayor, entre un sacerdote que le exhortaba y el pobre ciego que le apretaba convulso la mano como si tratase de retenerle á la fuerza en este mundo. Cuando quisieron sacar el cadáver de casa sostuvo una lucha frenética, espantosa, con los empleados fúnebres, Al fin se quedó solo; pero ¡qué soledad la suya! Ni padre, ni madre, ni parientes ni amigos: hasta el sol le faltaba, el amigo de todos los séres creados. Pasó dos dias encerrado en un cuarto recorriéndolo de una esquina á otra como un lobo enjaulado, sin probar alimento. La criada, ayudada por una vecina compasiva, consiguió al cabo impedir aquel suicidio: volvió á comer y pasó la vida desde entónces rezando y tocando el piano.

El padre, algun tiempo ántes de morir, habia conseguido que le diesen una plaza de organista en una de las iglesias de Madrid, retribuida con catorce reales diarios; no era bastante, como se comprende, para sostener una casa abierta por modesta que fuese; así que, pasados los primeros quince dias, nuestro ciego vendió por algunos cuartos, muy pocos por cierto, el humilde ajuar de su morada, despidió á la criada y se fué de pupilo á una casa de huéspedes pagando ocho reales; los seis restantes le bastaban para atender á las demás necesidades. Durante algunos meses vivió el ciego sin salir á la calle más que para cumplir su obligacion; de casa á la iglesia y de la iglesia á casa. La tristeza le tenia dominado y abatido de tal suerte que apénas despegaba los labios; pasaba las horas componiendo una gran misa de *requiem* que esperaba se tocase por la caridad del párroco en obsequio del alma de su difunto padre; y ya que no podia decirse que tenia los cinco sentidos puestos en su obra, porque carecia de uno, sí diremos que se entregaba á ella con alma y vida.

El cambio de ministerio le sorprendió cuando aún no la habia terminado: no sé si entraron los radicales, ó los conservadores ó los constitucionales; pero entraron algunos nuevos. Juan no lo supo sino tarde y con daño. El nuevo gabinete, pasados algunos dias, juzgó que Juan era un organista peligroso para el órden público y que desde lo alto del coro en las vísperas y misas solemnes, roncando y zumbando con todos los registros, le estaba haciendo una oposicion verdaderamente escandalosa. Como el ministerio entrante no estaba dispuesto, segun habia afirmado en el Congreso por boca de uno de sus miembros más autorizados, á tolerar imposiciones de nadie, procedió inmediatamente y con saludable energía á dejar cesante á Juan, buscándole un sustituto que en sus maniobras musicales ofreciese más garantías ó fuese más adicto á las instituciones. Cuando le notificaron el cese, nuestro ciego no experimentó ninguna clase de emocion más que la sorpresa; allá en el fondo casi se alegró porque le dejaban más horas desocupadas para concluir su misa. Solamente se dió cuenta de su situacion cuando al fin del mes se presentó la patrona en el cuarto á pedirle dinero; no lo tenia porque ya no cobraba en la iglesia. Fué necesario que llevase á empeñar el reloj de su padre para pagar la casa. Despues se quedó otra vez tan tranquilo y siguió trabajando sin preocuparse de lo porvenir. Mas otra vez volvió la patrona á pedirle dinero y otra vez se vió precisado á empeñar un objeto de la escasísima herencia paterna; era un anillo de diamantes. Al cabo ya no tuvo qué empeñar. Entónces por consideracion á su debilidad le tuvieron algunos dias más de cortesía, muy pocos, y despues le pusieron en la calle, gloriándose mucho de dejarle libre el baul y la ropa, ya que con ella podian cobrarse de los pocos reales que les quedaba á deber.

Buscó una nueva casa, pero no pudo alquilar piano, lo cual le causó una inmensa tristeza; ya no podia terminar su misa. Todavía fué algun tiempo á casa de un almacenista amigo y tocó el piano á ratos; no tardó, sin embargo, en observar que se le iba recibiendo cada vez con ménos amabilidad y dejó de ir por allá.

Al poco tiempo le echaron de la nueva casa, pero esta vez quedándose con el baul en prenda. Entónces comenzó para el ciego una época tan miserable y angustiosa que pocos se darán cuenta cabal de los dolores, mejor aún, de los martirios que la suerte le deparó. Sin amigos, sin ropa, sin dinero no hay duda que se pasa muy mal en el mundo; mas si á esto se agrega el no ver la luz del sol y hallarse por lo mismo absolutamente desvalido, apénas si alcanzamos á ver el límite del dolor y la miseria. De posada en posada, arrojado de todas poco despues de haber entrado, metiéndose en la cama para que le lavasen la única camisa que tenia, el calzado roto, los pantalones con hilachas por debajo, sin cortarse el pelo y sin afeitarse, rodó Juan por Madrid no sé cuánto tiempo. Pretendió por medio de uno de los huéspedes que tuvo, más compasivo que los demás, la plaza de pianista en un café. Al fin se la otorgaron, pero fué para despedirle á los pocos dias: la música de Juan no agradaba á los parroquianos del *Café de la Cebada;* no tocaba jotas, ni polos, ni sevillanas, ni cosa ninguna flamenca, ni siquiera polkas; pasaba la noche interpretando sonatas de Beethoven y conciertos de Chopin: los concurrentes se desesperaban de no poder llevar el compás con las cucharillas.

Otra vez volvió á rodar el mísero por los sitios más hediondos de la capital. Algun alma caritativa que por casualidad se enteraba de su estado socorríale indirectamente, porque Juan se estremecia á la idea de pedir limosna. Comia lo preciso para no morirse de hambre en alguna taberna de los barrios bajos, y dormia por cuatro cuartos entre mendigos y malhechores en un desvan destinado á este fin. En cierta ocasion le robaron miéntras dormia los pantalones y le dejaron otros de dril remendados. Era en el mes de noviembre.

El pobre Juan, que siempre habia guardado en el pensamiento la quimera de la venida de su hermano, ahogado ahora por la desgracia, comenzó á alimentarla con afan. Hizo que le escribiesen á la Habana, sin poner señas á la carta porque no las sabia; procuró informarse si le habian visto, aunque sin resultado; y todos los dias se pasaba algunas horas pidiendo á Dios de rodillas que le trajese en su auxilio. Los únicos momentos felices del desdichado eran los que pasaba en oracion en el ángulo de alguna iglesia solitaria: oculto detrás de un pilar, aspirando los acres olores de la cera y la humedad, escuchando el chisporroteo de los cirios y el leve rumor de las plegarias de los pocos fieles distribuidos por las naves del templo, su alma inocente dejaba este mundo que tan cruelmente le trataba y volaba á comunicarse con Dios y su Madre Santísima. Tenia la devocion de la Vírgen profundamente arraigada en el corazon desde la infancia: como apénas habia conocido á su madre, buscó por instinto en la de Dios la proteccion tierna y amorosa que sólo la mujer puede dispensar al niño; habia compuesto en honor suyo algunos himnos y plegarias y no se dormia jamás sin besar devotamente el escapulario del Cármen que llevaba al cuello.

Llegó un dia, no obstante, en que el cielo y la tierra le desampararon. Arrojado de todas partes, sin tener un pedazo de pan que llevarse á la boca, ni ropa con que preservarse del frio, comprendió el cuitado con terror que se acercaba el instante de pedir limosna. Trabóse una lucha desesperada en el fondo de su espíritu; el dolor y la vergüenza disputaron palmo á palmo el terreno á la necesidad; las tinieblas que le rodeaban hacian aún más angustiosa esta batalla. Al cabo, como era de esperar, venció el hambre. Despues de pasar muchas horas sollozando y pidiendo fuerzas á Dios para soportar su desdicha resolvióse á implorar la caridad: pero todavía quiso el infeliz disfrazar la humillacion, y decidió cantar por las calles de noche solamente. Poseia una voz regular y conocia á la perfeccion el arte del canto; mas tropezó con la dificultad de no tener medio de acompañarse. Al fin, otro desgraciado, que no lo era tanto como él, le facilitó una guitarra vieja y rota, y despues de arreglarla del mejor modo que pudo y despues de derramar abundantes lágrimas salió cierta noche de diciembre á la calle. El corazon le latia fuertemente; las piernas le temblaban; cuando quiso cantar en una de las calles más céntricas no pudo; el dolor y la vergüenza habian formado un nudo en su garganta. Arrimóse á la pared de una casa, descansó algunos instantes y repuesto un tanto empezó á cantar la romanza de tenor del primer acto de *Favorita*. Llamó desde luégo la atencion de los transeuntes un ciego que no cantaba peteneras ó malagueñas, y muchos hicieron círculo en torno suyo, y no pocos al observar la maestría con que iba venciendo las dificultades de la obra se comunicaron en voz baja su sorpresa y dejaron algunos cuartos en el sombrero que habia colgado del brazo. Terminada la romanza empezó el aria del cuarto acto de la *Africana*. Pero se habia reunido demasiada gente á su alrededor y la autoridad temió que esto fuese causa de algun desórden, pues era cosa averiguada para los agentes de órden público que las personas que se reunen en la calle á escuchar á un ciego demuestran por este hecho instintos peligrosos de rebelion, cierta hostilidad contra las instituciones, una actitud, en fin, incompatible con el órden social y la seguridad del



RESTAURANT EN LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Estado. Por lo cual un guardia cogió á Juan enérgicamente por el brazo y le dijo:

—A ver; retírese V. á su casa inmediatamente y no se pare V. en ninguna calle.

—Pero yo no hago daño á nadie.

—Está V. impidiendo el tránsito.—Adelante, adelante si no quiere V. ir á la Prevencion.

Es realmente consolador el ver con qué esmero procura la autoridad gubernativa que las vías públicas se hallen siempre limpias de ciegos que canten. Y yo creo, por más que haya quien sostenga lo contrario, que si pudiese igualmente tenerlas limpias de ladrones y asesinos, no dejaria de hacerlo con gusto.

Retiróse á su zahurda el pobre Juan, pesaroso, porque tenia buen corazon, de haber comprometido por un instante la paz intestina y dado pié para una intervencion del poder ejecutivo. Habia ganado cinco reales y un perro grande. Con este dinero comió al dia siguiente y pagó el alquiler del miserable colchon de paja en que durmió. Por la noche tornó á salir y á cantar trozos de ópera y piezas de canto: vuelta á reunirse la gente en torno suyo y vuelta á intervenir la autoridad gritándole con energía:—Adelante, adelante.

¡Pero si iba adelante no ganaba un cuarto, porque los transeuntes no podian escucharle! Sin embargo, Juan marchaba, marchaba siempre porque le estremecia más que la muerte la idea de infringir los mandatos de la autoridad y turbar, aunque fuese momentáneamente, el órden de su país.

Cada noche se iban reduciendo más sus ganancias. Por un lado la necesidad de seguir siempre adelante y por otro la falta de novedad que en España se paga siempre muy cara, le iban privando todos los dias de algunos céntimos. Con los que traia para casa al retirarse apénas podia introducir en el estómago algo para no morirse de hambre. Su situacion era ya desesperada. Sólo un punto luminoso seguia viendo tenazmente el desgraciado entre las tinieblas de su congojoso estado: este punto luminoso era la llegada de su hermano Santiago. Todas las noches al salir de casa con la guitarra colgada del cuello, se le ocurria el mismo pensamiento: —«Si Santiago estuviese en Madrid y me oyese cantar me conoceria por la voz.» Y esta esperanza, mejor dicho, esta quimera, era lo único que le daba fuerzas para soportar la vida.

Llegó otro dia, no obstante, en que la angustia y el dolor no conocieron límites. En la noche anterior no habia ganado más que cuatro ó seis cuartos. ¡Habia estado tan fria! Como que amaneció Madrid envuelto en una sábana de nieve de media cuarta de espesor. Y todo el dia siguió nevando sin cesar un instante, lo cual les tenia sin cuidado á la mayoría de la gente y fué motivo de regocijo para muchos aficionados á la estética. Los poetas que gozaban de una posicion desahogada, muy particularmente, pasaron gran parte del dia mirando caer los copos al través de los cristales de su gabinete, y meditando lindos é ingeniosos símiles de esos que hacer gritar al público en el teatro «¡bravo, bravo!» ú obligan á exclamar cuando se leen en un tomo de versos: «¡qué talento tiene este jóven!»

Juan no habia tomado más alimento que una taza de café de ínfima clase y un panecillo. No pudo entretener el hambre contemplando la hermosura de la nieve, en primer lugar porque no tenia vista y en segundo porque aunque la tuviese era difícil que al través de la reja de vidrio empañada y sucia de su desvan pudiera verla. Pasó el dia acurrucado entre el colchon, recordando los dias de la infancia y acariciando la dulce manía de la vuelta de su hermano. Al llegar la noche, apretado por la necesidad, casi desfallecido, bajó á la calle á implorar una limosna. Ya no tenia guitarra; la habia vendido por tres pesetas en un momento parecido de apuro.

La nieve caia con la misma constancia, puede decirse con el mismo encarnizamiento. Las piernas le temblaban al pobre ciego lo mismo que el dia primero en que salió á cantar; pero esta vez no era de vergüenza sino de hambre. Avanzó como pudo por las calles enfangándose hasta más arriba del tobillo: su oído le decia que no cruzaba apénas ningun transeunte; los coches no hacian ruido y estuvo expuesto á ser atropellado por uno. En una de las calles céntricas se puso al fin á cantar el primer pedazo de ópera que acudió á sus labios: la voz salia débil y enronquecida de la garganta; nadie se acercaba á él ni siquiera por curiosidad. «Vamos á otra parte» se dijo, y bajó por la Carrera de San Jerónimo caminando torpemente sobre la nieve, cubierto ya de un blanco cendal y con los piés chapoteando agua. El frio se le iba metiendo por los huesos; el hambre le producia un fuerte dolor en el estómago. Llegó un momento en que el frio y el dolor le apretaron tanto que se sintió casi desvanecido, creyó morir y elevando el espíritu á la Vírgen del Cármen, su protectora, exclamó con voz acongojada: «¡Madre mia, socórreme!» Y despues de pronunciar estas palabras se sintió un poco mejor y marchó ó más propiamente se arrastró hasta la Plaza de las Córtes: allí se arrimó á la columna de un farol, y, todavía bajo la impresion del socorro de la Vírgen, comenzó á cantar el *Ave María* de Gounod, una melodía á la cual siempre habia tenido mucha aficion. Pero nadie se acercaba tampoco. Los habitantes de la villa estaban todos recogidos en los cafés y teatros, ó bien en sus hogares haciendo bailar á sus hijos sobre las rodillas al amor de la lumbre. Seguia cayendo la nieve pausada y copiosamente, decidida á prestar asunto al dia siguiente á todos los revisteros de periódicos para encantar á sus aficionados con unas cuantas docenas de frases delicadas. Los transeuntes que casualmente cruzaban lo hacian apresuradamente, arrebujados en sus capas y tapándose con el paraguas. Los faroles se habian puesto el gorro blanco de dormir y dejaban escapar melancólica claridad. No se oia apénas ruido alguno si no era el rumor vago y lejano de los coches, y el caer incesante de los copos como un crujido levísimo y prolongado de sedería. Sólo la voz de Juan vibraba en el silencio de la noche saludando á la Madre de los Desamparados. Y su canto más que himno de salutacion parecia un grito de congoja, algunas veces, otras, un gemido triste y resignado que helaba el corazon más que el frio de la nieve.

En vano clamó el ciego largo rato pidiendo favor al cielo; en vano repitió el dulce nombre de María un sin número de veces acomodándolo á los diversos tonos de la melodía. El cielo y la Vírgen estaban léjos al parecer y no le oyeron; los vecinos de la plaza estaban cerca pero no quisieron oirle. Nadie bajó á recogerlo; ningun balcon se abrió siquiera para dejar caer sobre él una moneda de cobre. Los transeuntes, como si viniesen perseguidos de cerca por la pulmonía, no osaban detenerse.

Al fin ya no pudo cantar más: la voz espiraba en la garganta; las piernas se le doblaban; iba perdiendo la sensibilidad en las manos. Dió algunos pasos y se sentó en el sitio de la acera al pié de la verja que rodea el jardin. Apoyó los codos en las rodillas y metió la cabeza entre las manos. Y pensó vagamente en que habia llegado el último instante de su vida; y volvió á rezar fervorosamente implorando la misericordia divina.

Al cabo de un rato percibió que un transeunte se paraba delante de él y se sintió cogido por el brazo. Levantó la cabeza y sospechando que seria lo de siempre, preguntó tímidamente:

—¿Es V. algun guardia?

—No soy ningun guardia,—repuso el transeunte—pero levántese V.

—Apénas puedo, caballero.

—¿Tiene V. mucho frio?

—Sí señor... y además no he comido hoy.

—Entónces yo le ayudaré... vamos... ¡arriba!

(Concluirá)

CRONICA CIENTIFICA

LOS TERREMOTOS

La reciente catástrofe de Ischia ha causado honda consternacion. Cinco mil víctimas, adornadas de oro y de diamantes, sepultadas repentinamente entre las ruinas de lujosos edificios y de salones de conciertos, en una noche de atmósfera serena y en un clima encantado; cinco mil víctimas relacionadas en su mayor parte con los órganos de la publicidad periódica, han excitado naturalmente la conmiseracion pública con un interés excepcional. La memoria ha recordado que hace tres años los terremotos y los temblores de tierra se vienen sucediendo con frecuencia alarmante, y el temor de que análogas desgracias pudieran sorprendernos hace citar las conmociones del suelo en julio y agosto de 1881 en Manila y su territorio; las de Carintia y Kief á fines del mismo año; las de Italia, Isla de Chío y litoral del Asia Menor, California, Costa-Rica y China hace un año ó poco más; las recientes trepidaciones en Rusia, Austria, los Alpes y los Pirineos; y, sin ir más léjos, las ocurridas en nuestra misma Península en Ciudad Real, Almería, Archena, Murcia y Granada; así como las sentidas por primera vez en la época moderna en Lóndres y París.

La imaginacion abulta y exagera la proximidad de los peligros, y con tantos más visos de razon, cuanto que sabios de nota salen anunciando que los terremotos han de continuar; fundándose unos en que hay relacion entre las dislocaciones del suelo y el aumento de las manchas del sol, que ahora van á su máximun; y otros, en que se han acumulado considerablemente los hielos en el polo sur de la tierra; y este acúmulo de masa pesada en un punto del planeta, tiene de causar necesariamente diferencias de presion en la corteza terrestre, que han de traducirse en dislocaciones del suelo

***

Verdaderamente no hay razon CIENTÍFICA para la alarma que cunde; porque, hasta ahora, no hay ciencia ninguna respecto de las energías encerradas en las entrañas de la tierra; y más seguro es que hemos de morir de los accidentes comunes que amenazan á cada instante nuestra existencia, que no aplastados bajo los escombros de nuestras casas derribadas de repente por una convulsion del suelo.

***

La superficie de la tierra está en continua agitacion, aunque nos parezca la imágen de la estabilidad. Hay puntos como Copiapo, en Chile, donde los temblores de tierra ocurren diariamente de un modo perceptible. En otras regiones los temblores acontecen con frecuencia suma, como en las islas Filipinas. En la mayor parte del planeta la agitacion de la costra terrestre sólo es perceptible por medio de instrumentos delicados y de invencion reciente, llamados seismómetros, de una raíz griega, *seismos*, que significa propiamente *zarandeo*, movimiento de una criba. Casi todos los seismómetros del dia consisten en un gran peso suspendido verticalmente. Si el suelo se mueve, el peso se pondrá en oscilacion; y, si aparatos de precision registran mecánica ó fotográficamente la direccion y la amplitud de las oscilaciones, se tendrán datos seguros acerca de la agitacion experimentada por el suelo de la localidad; y, comparado ese dato con el de otras localidades, podrá venirse en conocimien-

to del punto de donde partió el impulso y del área á que se extendió.

Los aparatos seismográficos registradores acusan movimientos diarios de la corteza terrestre en todo el globo, variables segun las estaciones, coincidentes en determinada direccion en algunas localidades (hácia Occidente en Neuchatel, Greenwich y Cambridge) y segun otras direcciones en otros observatorios; pero los datos recogidos hasta ahora no son sino los primeros materiales para la formacion de una futura ciencia que se llamará seismología.

Sin embargo, las observaciones recogidas, aunque escasas, han dado suficiente motivo para creer que un terremoto es el tránsito de una onda ú ondas de compresion elástica en una direccion cualquiera desde la vertical hácia arriba hasta la horizontal en cualquier azimut á través de la corteza terrestre. Esta onda ú ondas pueden partir de uno ó más centros de impulso, y pueden ó no ir acompañadas de movimientos de la mar, dependientes de la intensidad del impulso y de las circunstancias de posicion entre las tierras y los mares.

Esta teoría es debida á R. Mallet.

Hay regiones terriblemente visitadas por estas grandes ondas seísmicas. En el antiguo reino de Nápoles, durante los tres cuartos de siglo trascurridos desde 1783 á 1857, perecieron, por efecto de los terremotos, 111000 personas; más de 1500 cada año. Verdaderamente el hombre no pertenece á una raza de cobardes; pues que goza viviendo en los lugares de peligro.

* *

EL SEÑOR BURGOMAESTRE, cuadro por Max Volkhart

Los seismólogos dividen las convulsiones del suelo, como desde hace siglos las han dividido los españoles de la América del Sur; en temblores de tierra y en terremotos.

En los temblores, el suelo oscila durante algunos segundos; los objetos no bien seguros caen á tierra, las lámparas colgadas oscilan, algunas puertas se abren ó se cierran, tal vez se rajan ó agrietan las paredes; pero el daño no se extiende á más. Estos temblores de tierra ocurren la mayor parte de los dias del año en muchos puntos de la América del Sur: de Chile, por ejemplo.

Pero nada tan terrible como la segunda clase de convulsiones terrestres: los terremotos. La tierra oscila como las olas del mar, ó se levanta de abajo á arriba repetidas veces; como si gases comprimidos quisieran volar el techo de una gran caverna; caen las casas y los muros de los más fuertes edificios, de repente y en espantosa confusion: al fragor de los sillares que se chocan con golpe tremebundo, de los techos que se tronchan, de los menesteres del lujo y de la necesidad que se hacen añicos... se mezcla el grito desgarrador de los que mueren, y el penetrante alarido de los que aún viven apresados en los escombros. La tierra se abre, y de las grietas brota agua. Hasta los pájaros huyen. Si el terremoto ocurre á orillas del mar, el mar se retira para volver á los pocos minutos como pororoca inmenso, y cubrir con sus aguas cuanto no se encuentre á más de cincuenta piés de altura sobre el nivel de la pleamar.

En estas giganteas irrupciones marinas ni áun los barcos se salvan.... ¡No cabe más horror! A veces anuncian el terremoto bramidos subterráneos. Otras veces no: nada lo anuncia, como en Ischia acaba de suceder.

Suelen los terremotos extenderse á distancias inmensas: en el de Chile de 1835 la convulsion terrestre se sintió en un radio de más de doscientas leguas. En el gran terremoto de Lisboa de 1755 las inundaciones del mar llegaron hasta Cádiz. En Europa no se recuerda terremoto más destructor que el de 1755. La ciudad de Lisboa quedó arruinada, y en sus escombros perecieron más de 30000 de sus habitantes. Mesina quedó destruida en 1783, y no ha sido posible calcular el número de los que murieron en la parte Sur de Sicilia y en los campos de Calabria. El primer dia de 1837, la Siria fué castigada de un horrible terremoto, en que Damasco, Acre y Tiro padecieron considerablemente y en que Tiberiade y Safet quedaron enteramente derruidas. Dícese que en el reciente terremoto de Java han sucumbido más de 100.000 personas.

El archipiélago Indico está sujeto á continuos terremotos; pero aún más lo está la América del Sur. Guatemala, despues de un horrible terremoto en 1717, se vió arrasada en 1773. En Caracas más de 12000 de sus habitantes quedaron sepultados en las ruinas del espantoso terremoto de 1812, algo ménos destructor que el inmediato de 1826. Bogotá sufrió mucho en 1827. Cuarenta mil personas murieron en el terremoto de Quito y Riobamba en 1797. Lima fué primeramente destruida en 1687, y despues por segunda vez en 1746, cuando el mar cubrió el Callao, sumergiendo á todos sus habitantes. Valparaiso vino á tierra en 1822; pero ninguna ciudad ha sido tan infeliz como Concepcion, destruida por los terremotos y las invasiones del mar en 1730, en 1751, y en 1835.

Los antiguos historiadores hablan poco de las terribles catástrofes producidas por las invencibles convulsiones del suelo; pero, por las escasas noticias que pueden obtenerse, especialmente en Tucídides, bien se echa de ver que entónces no eran ménos espantosos que en la actualidad los efectos de los impulsos interiores que á veces parten de las entrañas de la tierra.

* * *

¿Cuál es el orígen de los terremotos? ¿Cuál su causa? Nada sabemos. La seismología empieza á registrar algunos hechos, que sólo indican relacion con el MODO de producirse los fenómenos. Los astrónomos quieren ver coincidencias cósmicas con la aparicion de los cataclismos; y los geólogos desean explicarlo todo por razones puramente telúricas. Puede ser que unos y otros tengan parte de razon. Si el núcleo de la tierra es flúido, las posiciones de la luna pueden ocasionar modificaciones en el centro de gravedad, y hasta ondas interiores de marea. Si la mayor ó menor cantidad de manchas solares ejerce en nuestro globo influencias eléctricas, esas influencias podrian traducirse fácilmente en ondas seísmicas. Por último, es indudable que el enfriamiento de la tierra ha de ir contrayendo su masa interior; y, si esa masa se encuentra en el estado flúido, ó en el pastoso, al contraerse dejará espacios en hueco entre ella y la costra terrrestre, la cual, por la mayor resistencia de sus materiales sólidos, no podrá ya estar en contacto con la masa flúida ó pastosa; y, por necesidad, la corteza terrestre habrá de plegarse por sus puntos de menor resistencia, para no quedar en hueco y apoyarse en el núcleo interior; pliegues que, verificándose lentamente, darán lugar á los cambios paulatinos y micro-seísmicos de la inclinacion de ciertos lugares respecto de su vertical, como observan algunos astrónomos; si acontecen sin gran violencia serán el orígen de los temblores de tierra; y, si ocurren de golpe y con gran intensidad, podrán ser el orígen de los terribles cataclismos de los terremotos. La teoría de los volcanes introduce modificaciones en todos estos sistemas.

De cualquier modo que sea, la hipótesis más favorablemente acogida es la que busca en fenómenos puramente telúricos el orígen de las horribles catástrofes á que la de Ischia ha dado tanto interés de actualidad.

E. BENOT

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA [illegible] — NÚM. 92

CAPULLO [illegible]

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Candidez de algunos españoles.—Filantropía periódica de los ingleses.—La devolucion de Gibraltar y la prensa de Lóndres.—El *cliché* perdurable.—Yo tambien caí en el lazo.—Desaparicion del cólera.—El último dardo. Mr. Thuilier, mártir de la ciencia.—La union de actores y autores.—Proyectos de *Teatro Nacional*.—Lo primero que hace falta son buenos dramas.

Algunas personas han sido cándidas en extremo...

Pues ¿no han creido en la devolucion de Gibraltar á España por Inglaterra?

¡Ah!... ¡corazones sencillos! No sabeis que la cuestion de Gibraltar es un espejismo que los ingleses suelen tender sobre nuestro horizonte, para descargar su conciencia histórica y para mantener entre nosotros la fama de filántropos.

Sí; el asunto de la devolucion de Gibraltar se reproduce ya periódicamente como los eclipses del Sol ó de la Luna, como el paso de los cometas, como la aparicion de auroras boreales.

Algunos ciudadanos impresionados por esta noticia, no saben generalmente cuál es la situacion y la importancia de Gibraltar.

Pero han oido hablar de esto. Tienen estereotipada en la memoria la usurpacion de los ingleses y desean reivindicarla, borrarla, hacerla desaparecer de las páginas de la historia y del haz de la tierra.

Llega un momento pues en que los periódicos ingleses están algo escasos de original.—¿En qué nos ocuparemos? se preguntan una mañana.

Efectivamente, no saben de qué hablar. Tienen agotadas todas las cuestiones. La cuestion de Oriente, no da juego en estos instantes. La de Alemania y Francia... ¡Guarda, Pablo! Esa es mejor no tocarla; no sea cosa que se enciendan los ánimos y tenga Inglaterra necesidad de abandonar su actitud enigmática para salir á la luz del dia, con bandera desplegada, en pro de uno ú otro de los contendientes. ¿La cuestion del cólera?... ¡Bah! ¡pues si esto ha pasado á la categoría de meteoro fugaz, y se ha perdido ya en lontananza, como se pierde el Nilo formando sinuosidades entre los terrenos del Egipto! No hay nada, nada... ¡nada!

—Bueno, pues,—dice el jefe de la redaccion (por no decir, como algunos, *redactor en jefe*, lo cual me parece un galicismo formidable). Ya que no tenemos grandes asuntos en qué ocuparnos, nos ocuparemos de España, de Gibraltar, de la conveniencia y alta moralidad de la devolucion, etc., etc.

Periódicamente suelen hacer esto los ingleses. Yo estoy en la cúspide del camino de la vida, y puedo asegurar que desde que me preocupo por las cuestiones públicas (y áun muchas veces por las privadas), he tenido ocasion de presenciar varias ediciones de ese *cliché* constante, eterno, monumental, que se llama la devolucion de Gibraltar á España.

La primera vez—confieso mi inocencia—me entusiasmé.

Yo estaba entónces en la edad poética é ilusoria de la vida.

Parecíame que Inglaterra habia sido una nacion desconocida y calumniada.

—¡Cómo—decia yo para mis adentros, y áun quizá para mis afueras, pues me parece recordar que manoteaba desaforadamente paseando por la Rambla de Barcelona en el momento de leer en un periódico la satisfactoria noticia!—cómo, decia yo, se atreve nadie á sostener para Inglaterra el dictado de *pérfida Albion* que los franceses inventaron en un instante de exaltacion bonapartista... Ese es un país, cuyos individuos reconocen los errores de sus antepasados y tratan de borrarlos deshaciendo lo que ellos hicieron llevados por el egoismo y el interés del momento. ¡Viva Inglaterra!

Luégo estuve un gran espacio de tiempo aguardando la devolucion.

Y esperaré, como esperan los judíos la venida del Mesías.

La primera seccion de los periódicos que leia era la de las agencias telegráficas, para ver si en ella se daba alguna noticia compendiosa, pero concreta, del asunto que me preocupaba.

¡Nada! ¡La agencia Havas sostenia un mutismo desesperante!

Iba á la estacion férrea y á los viajeros que llegaban y que eran conocidos mios les preguntaba:

—¿Qué hay de la devolucion?

Y no se me ocurria hablar de otra cosa en la calle, en el café, en las tertulias y en todas partes.

Un dia cayó la venda de mis ojos. Me convencí de que todas aquellas indicaciones de los periódicos ingleses no tenian fundamento alguno ni trascendencia de ninguna clase.

No eran más que el desahogo temporal de unos cuantos redactores faltos de lema para sus trabajos periodísticos.

Andando los años he visto que la cuestion se reproduce en algunos periódicos ingleses intermitentemente.

Es, como he dicho ántes, un espejismo que nos ofrecen los periodistas de la Gran Bretaña. Todas las generaciones van encontrando ese oásis. Yo tropecé con él en mis mocedades y solté á todos los puntos cardinales mi entusiasmo. Otros se han entusiasmado hace pocos dias, al saber que algunos diarios de Lóndres proponian al gobierno inglés que devolviera Gibraltar á España, y no faltará tampoco quien lance gritos de júbilo en lo porvenir cuando vea reproducida la buena intencion que, más que otra cosa, es un adoquin de los que componen el *empedrado del infierno*.

Pero yo siento quitar la ilusion sobre este particular á los que todavía la conserven. ¡Es inútil!

Así, buenamente, sin reclamacion ni gestion por nuestra parte, sin grandes tanteos diplomáticos, sin protocolos, sin obligaciones ni compromisos, no espereis, ¡almas sencillas y cándidas! que Gibraltar vuelva á formar parte de la nacion española.

¡El peñon de Gibraltar no se traspasa de una á otra nacion como se envia en un café, de mesa á mesa, un terron de azúcar!

* * *

Ya no habla nadie del cólera. El peligro parece que está conjurado; y nosotros somos así: en cuanto libramos la pelleja ya no volvemos á acordarnos del peligro.

Los que me hacen el señalado favor de seguir mis pobres trabajos semanales, recordarán una carta que en los momentos de más estupor dirigí yo á su alteza el Cólera morbo asiático.

Pues bien, sabedlo, lectores galantes y corteses... El Sr. de Cólera no me ha contestado. Se ha marchado,—no sé si con viento fresco—hasta del mismo Egipto donde al parecer tan á gusto estaba; y ha cometido la vil infamia de matar al despedirse á uno de los individuos de la comision francesa llegada allí para estudiar los efectos de la epidemia.

Era una comision científica, noble, desinteresada, afanosa por la salud del mundo entero.

Partió de Europa la comision formada por instigaciones de M. Pasteur, uno de los sabios más profundos en cuestiones miasmáticas. Iban valientes y resueltos contra lo desconocido.

La Europa toda les admiró. ¿Acaso no eran agentes nuestros, agentes de la humanidad, encargados de levantar la punta del velo que encubre el misterioso problema de esa enfermedad terrible llamada *Cólera morbo*?

Pues bien; tal vez la funesta plaga reinante en Egipto se atemorizó á la vista de aquellos representantes de la ciencia tan decididos y heróicos.

El hecho es que el cólera empezó á moderar sus ímpetus. Se paralizó, retrocedió, apeló á la fuga; pero al huir, volvió como los antiguos parthos la cabeza y disparó un dardo envenenado contra uno de los individuos de la comision francesa. La mortífera saeta envenenó la sangre de M. Thuilier, ferviente sacerdote de la ciencia, de 30 años de edad, que al lado de su maestro M. Pasteur habia hecho en Paris los más interesantes y provechosos estudios.

Ha muerto el sabio francés con la aureola del militar luchando denodadamente por los grandes ideales de la vida en el campo de batalla.

La noticia de esa defuncion ha entristecido á todo Paris, á toda la Francia, á la Europa entera.

Dejó las seguridades de su laboratorio para arriesgar su existencia en provecho de la humanidad asustada ante las amenazas coléricas.

No iba á trabajar exclusivamente para su país; porque si hubiese traido de Egipto una observacion luminosa, una receta medio infalible para la curacion del cólera, no tan sólo los franceses, sino los hombres de todos los países la hubieran aprovechado.

La triste muerte de Thuilier afecta, pues, á todo el que siente latir un corazon en su pecho.

Los periódicos de Paris le han dedicado sentidas frases.

Séame tambien permitido á mí desde las columnas de esta ILUSTRACION ARTÍSTICA, que tanto se difunde por el mundo, tributar al héroe francés una lágrima de pena y un recuerdo de gratitud y simpatía.

* * *

Andan por ahí corrientes favorables para el arte escénico.

Valero, Vico y la Mendoza Tenorio, que no han sabido entenderse para entrar á formar parte de la compañía del teatro Español, parece que se han unido para trabajar en el teatro de la Zarzuela tan pronto como se deje de representar el baile *Excelsior*.

Circula además una exposicion dirigida al Gobierno para que este apoye y proteja la formacion del *Teatro Nacional*.

Esta es una palabra monumental que necesita ir encuadrada en un primoroso marco.

Y el marco han de constituirlo las buenas obras dramáticas de cuya falta adolecemos, por desgracia hace muchos años.

Es verdad que D. José Echegaray ha señalado un rumbo nuevo y glorioso á nuestra literatura dramática.

Pero... García Gutierrez está ya muy viejo; Tamayo no escribe; Nuñez de Arce se halla retraido; Zorrilla no piensa empalmar su gloria de hoy con la gloria de otros dias.....

En este caso ¿cómo, ni con qué elementos se ha de fundar el *Teatro Nacional*?

¡Verdaderamente, la exposicion que los reclamantes dirigen al Presidente del Consejo de Ministros es muy *expuesta*.

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

CAPULLO, dibujo por J. R. Wehle

Las mujeres han sido comparadas á todo, al cielo, á la tierra y al infierno, al reino animal y al vegetal y hasta al sideral.

A nuestro modo de ver, la comparacion más apropiada es la de la flor: la mujer pasa propiamente por las faces de boton, capullo, flor exuberante, flor marchita y hoja seca. El dibujo de Wehle nos da una agradable idea de la mujer capullo, de la mujer en aquella edad especial en que la niña ya no existe y la mujer, propiamente dicha, no existe aún. Vedla: la soledad del bosque la es simpática: en ella encuentra á sus amigas las flores, que, prendidas en sus trenzas, realzarán su hermosura; y sus vírgenes oidos escuchan con delicia el murmullo del viento entre los árboles, deslizando en ellos palabras misteriosas, cuyo sentido desconoce y que, sin embargo, estremecen su vírgen corazon.

Un vago presentimiento la deja comprender que todo muere en este mundo, así la hoja que apénas retoña, como el sentimiento que apénas se inicia; y al tender la vista por el horizonte que descubre á través de las ramas, echa de ver que el cielo tiene sus nubes en el horizonte, como las tiene el más puro horizonte de la vida.

Por esto es triste el semblante de la niña; por esto su corazon, áun sin explicarse el motivo, presiente más tempestades que dias serenos; y la expresion de prematura melancolía que se halla difundida en el rostro de la jóven, es prueba de que el autor de este dibujo entiende, á la par, los perfiles del cuerpo y los perfiles del alma.

PASTOR ITALIANO, dibujo por J. Llimona

Si las bellas artes, particularmente la pintura y la escultura, se limitaran á la reproduccion de la naturaleza con una fidelidad que pudiéramos llamar fotográfica, de fijo que en lugar de haber ido de Fra Angélico á Murillo, habríase anticipado el antipoético realismo de Courbet. Mas como la mision del genio es embellecer á la naturaleza en el órden físico, como la mision del filósofo es embellecerla, ó sea mejorarla en el órden moral, de aquí el idilio, hermosa mentira; pero que no quita un ápice de mérito ni á las poesías de Virgilio ni á la prosa de Florian. Cierto, ciertísimo es que los pastores y los corderos de la Arcadia no son verdaderos corderos ni verdaderos pastores; pero tampoco es verdadera la barba del Moisés de Miguel Angel, lo cual no desmerece esa portentosa obra del coloso de la escultura.

El pastor de nuestro dibujo, sin ser un Nemorino, no es, tampoco, una copia fiel de los rústicos y sucios pastores que pueblan las montañas con sus ganados, como ni siquiera el instrumento que toca es el caramillo vulgar con que la inmensa generalidad de sus compañeros deseullan el oído de los *touristes*. Pero esto no impide que la figura esté correctamente trazada y que su autor merezca aplauso por el talento con que ha reproducido á la naturaleza, dejando á la verdad en el justo medio que conviene á las bellas artes.

ARIADNA ABANDONADA, cuadro por E. Dalbono

La hermosa hija del rey Minos perdióse de amor por Teseo, el héroe ateniense que penetró en el laberinto de Creta y dió muerte el feroz Minotauro gracias á la madeja de que le proveyó Ariadna para que le sirviera de indicador en su arriesgada empresa. Teseo, ingrato, abandonó á su protectora y se embarcó en busca de nuevas aventuras, una de las cuales fué hacer la guerra en el país de las Amazonas, arrebatar á su reina, y de buen ó mal grado de esta esforzada mujer, casarse con ella.

Ariadna, cuando vió alejarse al pérfido amante, loca de desesperacion, quiso echarse en pos de él á través de las olas; pero exhausta de fuerzas, áun ántes de que el mar pusiera en peligro su vida, cayó sobre la arena, sin duda cual la representa el autor de nuestro cuadro, extenuada y ocultando con las manos su vergüenza y sus lágrimas.

LAS ESPIGADERAS, dibujo por Ricardo Balaca

Desgracia es que nuestros mejores artistas satisfagan en temprana edad su tributo á la muerte.... ¡Qué maravillas de luz hubiera obrado Fortuny á disponer de los años que otros despilfarran dilatadamente!.... ¡Qué no hubiera producido el valiente Sans si á fuerza de voluntad se pudiera detener la marcha del tiempo!... ¡Y qué escenas de costumbres no hubieran brotado de la paleta de Balaca si, nosotros los primeros, no llorásemos su muerte prematura!....

¡Pobre Balaca!.... Observador serio, dibujante fácil, compositor concienzudo, sus obras tienen dos grandes cualidades, la sobriedad con que están concebidas y la verdad con que fueron ejecutadas. Balaca no era en pintura un poeta; pero su pincel tenia la elegancia y el color típico de un escrito de Mesonero Romanos. Sus *espigaderas* que hoy publicamos son ejemplo de ello: esos campos son nuestros campos castellanos, esas mujeres son las pobres criaturas que cumplen el precepto de ganar el pan con el sudor de su rostro. Este cuadro es hijo de un buen apunte del natural, al que Balaca rendia artístico culto.

LA REVANCHA DE GERMÁNICO,
escultura por Francisco Jerace

En las cercanías de Detmold (Westfalia) junto al bosque de Teutoburgo, álzase una colina y en la cima de ella un gigantesco monumento, rematado por una colosal estatua de Arminio, el jóven germano que, en lucha por la independencia de su patria, venció al cónsul Varo y á sus cincuenta mil legionarios de Roma.

La ciudad eterna no se avino con la idea del vencimiento y confió al general Germánico el encargo de tomar la revancha de aquel desastre.

Y con efecto, siete años despues (el 769 de Roma) Germánico ganaba en la llanura de Idistaviso aquella célebre victoria que destruyó en un dia la obra laboriosa del inmortal Arminio, y los romanos, rendidos á la fatiga de matar, levantaron un montículo con los trofeos mismos ganados á los germanos, y en él, segun refiere Tácito, trazaron los nombres de los pueblos vencidos.

Sin duda un legítimo sentimiento de gratitud patriótica determinó la ereccion del monumento á Arminio, á cuya vista, probablemente, el orgullo nacional romano, inspirando al escultor Francisco Jerace, ha producido el grupo que representa nuestro dibujo, que es un verdadero proyecto de monumento compensatorio del de Detmold. Ese proyecto ha sido admirado en la última exposicion nacional de Turin y así por lo grandioso de su conjunto como por lo sentido de su ejecucion, ha sido considerado obra de primer órden. Quizás en el entusiasmo producido por esa obra escultórica éntre por algo el sentimiento del desquite de un pueblo que, como el italiano, se siente tanto más humillado por el monumento de Arminio, en cuanto ya el tedesco no pisa, en són de conquistador, las provincias lombardo-venetas.

El dia en que el proyecto de Jerace pase realmente á ser monumento público, la revancha de Germánico será doble, pues existirá en la historia del pueblo y en la obra del arte.

ASUNTO GRAVE,
cuadro por W. Volkhart

Cedant arma togæ - decia el gran orador latino, cuya frase traducia con su habitual gracejo nuestro inmortal D. Juan Eugenio Hartzenbusch, diciendo:—Al escribano toca dirigir este fregado.

Tal es el asunto de este bellísimo cuadro.

Un hombre de armas consulta á un hombre de letras.

¿Acerca de qué versa la consulta?...

Por acabado que sea el dibujo y por más que de la expresion de sus personajes pudiera decirse que *están hablando*; la pintura más sublime nunca pronunciará frases concretas.

El genio no puede llegar á semejantes detalles.

Por algo dijo el célebre actor D. Antonio Guzman á un no ménos célebre coreógrafo, á propósito del lenguaje mímico:

—A ver; dígame V. por signos: pasado mañana llega mi suegra de Toledo.

ANGUSTIAS, dibujo por J. M. Marqués

El autor de ese tipo de gitana andaluza lo ha bautizado con el nombre de Angustias. ¿Será, efectivamente, el nombre del original? Pudiera muy bien serlo.

Es cosa rara, pero que tiene su explicacion plausible, la predileccion que las clases más humildes sienten por la Vírgen María. Y es que el pueblo, sin darse cuenta de ello, propende á lo dulce, á lo amante, á lo poético; y estas tres circunstancias concurren eminentemente en la Madre de nuestro Dios. Además, los gitanos, y aún más las gitanas, comprenden que si algunos poderosos de la tierra las consagran un momento de atencion y las arrojan á los piés una moneda y un sombrero, en pago de unos momentos de espectáculo; no por esto dejan de formar en la porcion más despreciada de la humanidad, en la porcion de los párias, que, con este ú otro nombre, existe aún en este mundo. Obsérvese, sino, cómo sus cantilenas son tristes; cómo sus danzas podrán ser voluptuosas, pero no son alegres; cómo sus hermosos ojos en lugar de mirar con cariño, miran amenazadores.

Cuando tan humilde papel se representa en el mundo, es muy natural que el desgraciado busque un refugio en el seno del *Consuelo de los afligidos*. Una gitana que se llame Angustias, y son muchas las que así se llaman, lleva en su nombre el estado de su ánimo y el remedio de sus penas.

LA VUELTA DE LA ESCUELA,
cuadro por L. Vollmar

¿La vuelta de la escuela?.... ¿Le parece al lector que ese niño vuelve de la escuela? A nosotros se nos figura que el autor de ese delicioso cuadro ha aplicado irónicamente el título.

En la mirada penetrante de la madre, en la expresion burlona de la sonrisa de la abuela, en la contemplacion interrogadora de los hermanitos y más que todo en la actitud del muchacho héroe de la escena, se echa de ver que éste puede venir de cualquier parte, ménos de la escuela. El mozo ha hecho novillos y sin duda no es el primer caso: por su picaresco semblante habríamos de juzgar que nos las habemos con un toreador consumado.

Mañana la excelente madre conducirá por sí propia al bribonzuelo á presencia del maestro, quien para convencer á su cerril discípulo de los inconvenientes anexos á tales excesos, es probable que apele al poderoso argumento de unas buenas disciplinas.

El asunto está tratado con pasmosa naturalidad; no hay en todo él una figura que no esté perfectamente en situacion, ni un detalle que desentone la armonía del conjunto. Cuando un cuadro está bien concebido y felizmente ejecutado, la explicacion resulta de él mismo y este es su mayor mérito. Un cuadro nunca debe ser un acertijo ilustrado.



PASTOR ITALIANO, dibujo por J. Llimona



ARIADNA ABANDONADA, cuadro por E. Dalbono



LAS ESPIGADERAS, dibujo por Ricardo Balaca

EL PAJARO EN LA NIEVE

(Conclusion)

El caballero cogió á Juan por los brazos y le puso en pié; era un hombre vigoroso.

—Ahora apóyese V. bien en mí y vamos á ver si hallamos un coche.

—¿Pero dónde me lleva V.?

—A ningun sitio malo ¿tiene V. miedo?

—¡Ah! no; el corazon me dice que es V. una persona caritativa.

—Vamos andando..... á ver si llegamos pronto á casa para que V. se seque y tome algo caliente.

—Dios se lo pagará á V. caballero... la Vírgen se lo pagará... Creí que iba á morirme en ese sitio.

—Nada de morirse... no hable V. de eso ya. Lo que importa ahora es dar pronto con un simon... Vamos; adelante... ¿qué es eso; tropieza V.?

—Si señor; creo que he dado contra la columna de un farol... ¡Como soy ciego!

—¿Es V. ciego?—preguntó vivamente el desconocido.

—Sí señor.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nací.

Juan sintió estremecerse el brazo de su protector; y siguieron caminando en silencio. Al cabo éste se detuvo un instante y le preguntó con voz alterada

—¿Cómo se llama V.?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Juan Martinez.

—Su padre de V. Manuel, ¿verdad? músico mayor del tercero de Artillería ¿no es cierto?

—Sí señor.

En el mismo instante el ciego se sintió apretado fuertemente por unos brazos vigorosos que casi le asfixiaron y escuchó en su oido una voz temblorosa que exclamó:

—¡Dios mio, qué horror y qué felicidad! Soy un criminal; soy tu hermano Santiago.

Y los dos hermanos quedaron abrazados y sollozando algunos minutos en medio de la calle. La nieve caia sobre ellos dulcemente.

Santiago se desprendió con brusquedad de los brazos de su hermano y comenzó á gritar salpicando sus palabras con fuertes interjecciones:

—¡Un coche, un coche! ¿no hay un coche por ahí?.. ¡maldita sea mi suerte! Vamos, Juanillo, haz un esfuerzo; llegaremos pronto al puesto... ¿Pero señor, dónde se meten los coches...? Ni uno sólo cruza por aquí... Allá léjos veo uno... ¡gracias á Dios!... ¡Se aleja el maldito!... Aquí está otro... éste ya es mio. A ver cochero... cinco duros si V. nos lleva volando al hotel número diez de la Castellana...

Y cogiendo á su hermano en brazos como si fuera un chico lo metió en el coche y detrás se introdujo él El cochero arreó á la bestia y el carruaje se deslizó velozmente y sin ruido sobre la nieve. Miéntras caminaban, Santiago teniendo siempre abrazado al pobre ciego, le contó rápidamente su vida. No habia estado en Cuba sino en Costa Rica donde juntó una respetable fortuna; pero habia pasado muchos años en el campo sin comunicacion apénas con Europa; escribió tres ó cuatro veces por medio de los barcos que traficaban con Inglaterra y no obtuvo respuesta. Y siempre pensando en tornar á España al año siguiente, dejó de hacer averiguaciones proponiéndose darles una agradable sorpresa. Despues se casó y este acontecimiento retardó mucho su vuelta. Pero hacia cuatro meses que estaba en Madrid donde supo por el registro parroquial que su padre habia muerto; de Juan le dieron noticias vagas y contradictorias: unos le dijeron que se habia muerto tambien; otros que reducido á la última miseria, habia ido por el mundo cantando y tocando la guitarra. Fueron inútiles cuantas gestiones hizo para averiguar su paradero. Afortunadamente la Providencia se encargó de llevarlo á sus brazos. Santiago reia unas veces, lloraba otras mostrando siempre el carácter franco, generoso y jovial de cuando niño.

Paró el coche al fin. Un criado vino á abrir la portezuela. Llevaron á Juan casi en volandas hasta su casa. Al entrar percibió una temperatura tibia, el aroma de bienestar que esparce la riqueza: los piés se le hundian en mullida alfombra; por órden de Santiago dos criados le despojaron inmediatamente de sus harapos empapados de agua y le pusieron ropa limpia y de abrigo. En seguida le sirvieron en el mismo gabinete, donde ardia un fuego delicioso, una taza de caldo confortador y despues algunas viandas aunque con la debida cautela por la flojedad en que debia hallarse su estómago: subieron además de la bodega el vino más exquisito y añejo. Santiago no dejaba de moverse dictando las órdenes oportunas acercándose á cada instante al ciego para preguntarle con ansiedad: —¿Cómo te encuentras ahora Juan?—¿Estás bien?—¿Quiéres otro vino?—¿Necesitas más ropa?

Terminada la refaccion se quedaron ambos algunos momentos al lado de la chimenea. Santiago preguntó á un criado si la señora y los niños estaban ya acostados y habiéndole respondido afirmativamente, dijo á su hermano rebosando de alegría:

—¿Tú no tocas el piano?

—Sí.

—Pues vamos á dar un susto á mi mujer y á mis hijos. Ven al salon.

Y le condujo hasta sentarle delante del piano. Despues levantó la tapa para que se oyera mejor, abrió con cuidado las puertas y ejecutó todas las maniobras conducentes á producir una sorpresa en la casa; pero todo ello con tal esmero, andando sobre la punta de los piés, hablando en falsete y haciendo tantas y tan graciosas muecas que Juan al notarlo no pudo menos de reirse exclamando: ¡Siempre el mismo Santiago!

—Ahora toca Juanillo, toca con todas tus fuerzas.

El ciego comenzó á ejecutar una marcha guerrera. El silencioso hotel se extremeció de pronto como una caja de música cuando se le da cuerda. Las notas se atropellaban al salir del piano, pero siempre con ritmo belicoso. Santiago exclamaba de vez en cuando:

—¡Más fuerte, Juanillo, más fuerte!

Y el ciego golpeaba el teclado, cada vez con mayor brío.

—Ya veo á mi mujer detrás de las cortinas... ¡adelante Juanillo, adelante!... Está la pobre en camisa... ¡ji... ji... me hago como que no la veo... se va á creer que estoy loco... ¡ji ji!... ¡adelante, Juanillo, adelante!

Juan obedecia á su hermano aunque sin gusto ya porque deseaba conocer á su cuñada y besar á sus sobrinos.

—Ahora veo á mi hija Manolita que tambien sale en camisa... ¡calle, tambien se ha despertado Paquito!... ¡No te he dicho que todos iban á recibir un susto!... Pero se van á constipar si andan de ese modo más tiempo... No toques más, Juan, no toques más.

Cesó el estrépito infernal.

—Vamos, Adela, Manolito, Paquito, abrigaos un poco y venid á dar un abrazo á mi hermano Juan. Este es Juan de quien tanto os he hablado, á quien acabo de encontrar en la calle á punto de morirse helado entre la nieve... ¡Vamos, vestíos pronto!

La noble familia de Santiago vino inmediatamente á abrazar al pobre ciego. La voz de la esposa era dulce y armoniosa: Juan creia escuchar la de la Vírgen: notó que lloraba cuando su marido relató de qué modo le habia encontrado. Y todavía quiso añadir mas cuidados á los de Santiago: mandó traer un calorífero y ella misma se lo puso debajo de los piés; despues le envolvió las piernas en una manta y le puso en la cabeza una gorra de terciopelo. Los niños revoloteaban en torno de la butaca acariciando y dejándose acariciar de su tio. Todos escucharon en silencio y embargados por la emocion el breve relato que de sus desgracias les hizo. Santiago se golpeaba la cabeza: su esposa lloraba; los chicos atónitos le decian estrechándole las manos: ¿No volverás á tener hambre ni á salir á la calle sin paraguas, verdad tiito?... yo no quiero, Manolita no quiere tampoco... ni papá, ni mamá.

—¡A que no le das tu cama, Paquito! —dijo Santiago, pasando á la alegría inmediatamente.

—¡Si no *quepe* en ella papá! En la sala hay otra muy grande, muy grande, muy grande...

—No quiero cama ahora,—interrumpió Juan... ¡me encuentro tan bien aquí!

—¿Te duele el estómago como ántes?—preguntó Manolita abrazándole y besándole.

—No, hija mia, no: ¡bendita seas!... no me duele nada... soy muy feliz... lo único que tengo es sueño... se me cierran los ojos sin poderlo remediar...

—Pues por nosotros no dejes de dormir, Juan,—dijo Santiago.

—Si, tiito, duerme, duerme—dijeron á un tiempo Manolita y Paquito echándole los brazos al cuello y cubriéndole de caricias...

. . . .

Y se durmió en efecto. Y se despertó en el cielo.

. . . .

Al amanecer del dia siguiente un agente de órden público tropezó con su cadáver entre la nieve. El médico de la casa de socorro certificó que habia muerto por la congelacion de la sangre.

—Mira, Jimenez—dijo un guardia de los que le habian llevado á otro—¡Parece que se está riendo!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LAS CODORNICES

Uno de los mortales que más envidio en este pícaro mundo es el *obispo de las codornices* de la isla de Caprea.

¡Qué feliz seria yo si se me concediera en un rinconcito de España lo que se le concede al buen prelado en el golfo de Nápoles! Cuando llegara la semana de San Márcos, vulgo *semana codornicera*, echaria las campanas á vuelo y reuniendo á mis queridos feligreses, les diria:

—Amados católicos: vosotros teneis la obligacion de darme como tributo todos los años cien codornices por cabeza ó en su equivalencia quince *julios de plata*, que es lo mismo que si dijéramos en Castilla, treinta reales. Pues bien, yo os relevo de esa contribucion, porque para matar codornices me basto yo y me sobro con mi perro y mi escopeta, sin ayuda de vecinos; conque cuidadito con tocar ni á una sola pluma de esas avecillas emigradoras que vienen todos los años á visitar nuestras hermosas y fértiles vegas.

Despues de esto colgaria mi traje sacerdotal, que entorpece la agilidad de las piernas, y ni el *San Juan Nepomuceno* hizo más fuego en la gloriosa derrota de Trafalgar que haria yo por las poéticas campiñas que embellece con ricos cambiantes de luz el rojo fuego del Vesubio.

Mi única ocupacion (despues de cumplir con los santos preceptos de la Iglesia) seria perseguir sin tregua á las codornices *verdes*, las más apetecidas, las más codiciadas por los cazadores de pura sangre, por los que saben saborear la verdadera poesía de la caza.

Pero desgraciadamente ni yo soy el *obispo de las codornices* de la isla Caprea, ni poseo ningun privilegio para cazarlas en España sin temores ni sobresaltos ántes del 1.° de agosto.

La verdad es que á los pobres cazadores *impenitentes* nos ha roto un *alon* la funesta ley de caza que nos rige, prohibiéndonos cazar las aves de paso y sujetándolas á una *veda* rigurosa que está reñida con el famoso refran de: *á ave de paso, cañazo*.

Indudablemente los sabios legisladores cinegéticos que redactaron la ley de caza de 1879 no tuvieron en cuenta las condiciones especiales de la codorniz, y es una injusticia que á una avecilla tan ingrata y tan egoista se le tributen las mismas deferencias que á las aves estacionarias.

Además, las aves de paso no se han mirado nunca como una riqueza nacional: todas las leyes, pragmáticas y decretos que sujetan á una *veda* lógica y necesaria á los animales salvajes durante el tiempo de su procreacion, excluyen de esta *veda* á la codorniz durante el tiempo de su tránsito por España.

La codorniz, esa avecilla sibarita, encanto y deleite de los buenos aficionados á la escopeta, esa emigradora ingrata que no tiene querencia ni cariño á la tierra donde ha nacido, que huye de la campiña donde cantó sus amores y aprendió la gimnasia de las alas cuando aquellos campos por falta de lluvias auguran al labrador una mala cosecha; la codorniz, perpetua emigradora, que sólo busca las regiones donde sonrie la abundancia porque el incesante deseo de su egoismo se reduce á satisfacer su gula y entregarse en brazos de su regalada indolencia, no ha sido considerada nunca por los sabios legisladores cinegéticos digna del justo respeto de la *veda*, como fueron ayer y lo serán mañana otras aves estacionarias que donde nacen mueren y no cometen nunca la ingratitud de abandonar á su patria aunque la esterilidad de los campos las amenace con el hambre.

La codorniz constituye además el encanto de los verdaderos cazadores y la educacion práctica del perro. La sábia naturaleza la hizo emigradora, porque de lo contrario no existiria como no existe el *francolin* ni otras especies que, por su vida indolente y pocos recursos para defenderse de la tenaz persecucion de los hombres, ha hecho desaparecer del reino animal el genio de Rogerio Bacon inventor de la pólvora.

Inútil seria colocar á la codorniz en el número de las aves sagradas del Capitolio. El decreto de Julio César prohibiendo matar á la codorniz bajo pena de la vida seria *oido* con desdeñosa indiferencia por esas perpetuas viajeras, porque al sonar la hora de la emigracion abandonarian gozosas las playas hospitalarias, yendo á buscar á otras regiones los perpetuos sobresaltos de una guerra sin cuartel.

Los ingleses trataron de aclimatar en la Nueva Zelandia la codorniz: un buque trasladó á aquellas apartadas regiones algunos centenares de avecillas emigradoras; tenian allí abundancia, tranquilidad, de nada carecian; el hombre no las molestaba: pero llegó la época de la emigracion, se reunieron en la costa reclamándose con su ardiente canto, y una noche de luna creyendo apercibir el aire de tierra que las anuncia el sembrado emprendieron el vuelo pereciendo ahogadas en las anchurosas soledades del Océano Austral sin encontrar la costa apetecida.

Inútil seria sancionar una ley rigurosa con el afan de aumentar la procreacion de la codorniz en España, porque la codorniz es el barómetro de las buenas cosechas y tiene por tradicional costumbre huir de los campos estériles como los hombres huyen de las poblaciones apartadas.

Todas las leyes de caza excluyen á la codorniz de la *veda*, permitiendo que se maten durante la época de su tránsito con el permiso y la autorizacion por escrito de los dueños arrendatarios de las tierras donde se hallan.

Si yo me atreviera dirigiria una exposicion á las Córtes, diciendo: «Señores diputados, cuatro años de experiencia han demostrado que la ley de caza de 1879 adolece de defectos, de contradicciones graves, de odiosos privilegios que se hallan en contraposicion con las costumbres de un pueblo que, como el nuestro, se rige por un sistema político que hace á los hombres iguales ante la ley y que ha relegado al olvido los irritantes privilegios de feudalismo.

»Si es difícil la creacion de un Código civil para que los hombres se rijan y respeten, más difícil es la creacion de un Código rural cuya aplicacion muchas veces se halla encargada á delegados de la Autoridad, los cuales por falta de ilustracion y criterio para penetrar el espíritu de la Ley se ven en el caso de cometer abusos mortificadores precisamente con aquellas personas que, creyéndose seguras al amparo de la Ley, van confiadas á buscar algunas horas de solaz y esparcimiento en el grato ejercicio de la caza

»La Ley más hermosa, la más respetada y ante la cual todos los hombres honrados inclinan la cabeza es aquella que, protegiendo por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, no se presta á mistificaciones desconsoladoras y cuyos artículos, claros como la luz del sol, encierran en su espíritu una lógica incontrastable al alcance de todas las inteligencias.

»No hay un propietario, un hombre de letras, ni un cazador que rinda respeto á la lógica y á la equidad, que

no encuentre defectuosa la actual Ley de caza que nos rige, que no lamente los abusos que al amparo de ella se cometen, precisamente por los mismos que debian respetarla y hacerla cumplir

»Algunos artículos se hallan en abierta rebelion los unos con los otros. El art. 15 considera *cerradas y acotadas todas las tierras de cualquier clase pertenecientes á dominio particular*, miéntras que el artículo 18 usurpa unos derechos legítimos y sagrados al propietario pequeño, prohibiéndole que defienda sus intereses de agricultor á ménos distancia de quinientos metros de las lindes de su finca.

»Estos quinientos metros, este odioso privilegio que alimenta la caza del rico con los sudores del pobre, tiene algo de aquellas odiosas pragmáticas del feudalismo que prohibia á los villanos matar los *francolines*, imponiendo la pena de la pérdida de la mano derecha á los contraventores.

»Afortunadamente si hoy existieran los *francolines* podrian cazarlos lo mismo los plebeyos que los señores sujetándose los unos y los otros á los preceptos de la ley.

»La irritante limitacion de los quinientos metros ha dado motivo á más de diez mil expedientes que constan en los tribunales de justicia, reclamando daños y perjuicios, porque miéntras el dueño de un monte puede ejercer libremente los derechos de dominio dentro de su finca, al propietario pequeño que posee una viña ó un campo de pan llevar en las lindes de este monte se le prohibe exterminar la caza que le roba el producto de sus afanes, que hace infructuosa la santa perseverancia del trabajo, prohibiéndole defenderse de los enemigos que le invaden á menor distancia de quinientos metros de las tierras colindantes, etcétera, etcétera.»

Pero de seguro que no me harian caso: bastante atareados andan los padres de la patria con la política menuda del dia para ocuparse de si la caza produce en España cincuenta millones de pesetas al año, si se extraen todas las semanas dos mil perdices para Francia cogidas con los infames *alares* y otras *menudencias* que están á cien mil leguas de distancia de *La derecha*, *La izquierda* y de *El centro*.

Así pues, dejo la empresa de elevar una exposicion á las Córtes solicitando la reforma de la Ley de caza á pechos más varoniles que el mio, porque yo hace cuatro años que vengo lamentándome en todos los tonos susceptibles al diapason literario y desgraciadamente nada he conseguido.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH



LA REVANCHA DE GERMÁNICO, escultura por Francisco Jerace

LOS GIGANTONES DE CARNAVAL

No hace mucho que, visitando yo una ciudad de nuestras Castillas, famosísima por lo tocante á cosas de clerecía, ví, arrumbados en el camaranchon de su principal iglesia, unos tremendos muñecos de palo y algodon, destinados á figurar antiguamente en las procesiones de Semana Santa.

Representaban los descomunales polichinelas á varios personajes célebres, tenidos entónces en grande estima por el vulgo, que todavía creia en algo. El Cid, Santiago y Santo Tomás andaban por las calles en aquellos buenos tiempos, vestidos de mojiganga. Bailaban los tan reverendos señores sus danzas descompasadas delante de los pasos; asustaban á las mujeres con el abrir y cerrar de sus fauces desquijaradas, haciendo abortar de terror á muchas hembras en estado de embarazo; servian de blanco á los incrédulos muchachos, los cuales se adiestraban en el manejo de las hondas, tirando piedras á la cabeza del santon; y, por último, eran los heraldos que anunciaban, en aquel desfile de monstruos de trapo, á la temible tarasca. Cerraba ésta la marcha religiosa con su hinchada barriga de escamas, su rabo de serpiente, su cuello de tortuga, y sus angulosas aletas de dragon. Y luégo que los altares dejaban el luto por la muerte de Cristo, y la collareja de campanitas del coro se estremecia tocando á gloria, todos aquellos fantasmones ilustres volvian á sus mechinales, quedando hasta otro año al cuidado de los ratones.

Cuando á estos huéspedes de antaño hice mi reciente visita, no pude ménos de pensar que si ellos están hoy en desuso, en cambio tienen modernamente una familia de descendientes que han heredado la jerárquica casta de los *gigantones*. Me he afirmado en esta idea al mirar ahora los escaparates de trajes para máscaras. ¿No son, en sustancia, los mismos los *Pierrots* modernos que los *gigantones* antiguos? La raza humana celebrará eternamente sus fiestas disfrazándose de aquello que le causa más admiracion ó más regocijo. Y, es menester desengañarse; el ideal de los tiempos presentes estriba en ser *pierrot*, es decir, tener la manga ancha, la cara lisa, sembrada la vestimenta de oropeles, los piés alojados en chanclas para no dejarse sentir, y la cabeza terminada en clavo para meterla por todas partes. Será en vano que desde la anaquelería del comerciante en antifaces nos guiñen con sus ojos espachurrados ó nos suspendan con sus órbitas vacías, rostros deformes, erisipelosos, narigudos, arrebolados, cadavéricos, jeremíacos ó idiotas; sobre todos ellos campeará la carátula del *pierrot*, de expresion astuciosa y ladina, de rasgos secos y tirantes, y del color finísimo del albayalde, simbolizando juntamente la avaricia, la indiferencia y el clorótico afeite del impudor.

Y sin necesidad de esperar á que el loco Carnaval se vista su hopa de cascabeles, como sentenciado á morir por risa, encuentran los *gigantones* en cualquiera época del año sucesores suyos. ¿Quién no reconocerá como tales á muchos figurones de levita y chistera, que son los danzantes de nuestros teatros, academias y parlamentos? El crítico Cántaro, el orador Rana, el poeta Mirlindo, el actor Vanidad, y el sainetero Candileja, son admirables representantes de aquellos vetustos armatostes, todo pomposo relumbron por fuera, y polilla y vaciedad por dentro. No, no ha menester el hombre que el calendario le diga cuándo debe cubrir su cara de carne con otra de papel pintado. Para que mi corazon no crea en la felicidad ni ponga su punto de reposo en lo falso de la vida, no le es preciso sentir el bullicio y oleaje del mundo hipócrita que lava sus sucias pasiones en un Jordan de fuego para prepararse á entrar en el Calvario de la penitencia oficial. Yo escucho, desde la mesa en que escribo mis pensamientos, los gritos de las muchedumbres que se aturden sin saber por qué, que corren ignorando á dónde, que se hablan no atendiendo á lo que dicen, que van publicando muchas verdades bajo el embozo de las mentiras, y atesorando muchas mentiras que juzgan neciamente verdades que deben ser calladas. ¡Horror! La multitud siempre equivocada. ¿Y el genio errará tambien? Shakespeare, Cervantes, Calderon, Franklin, Newton, Miguel Angel, Víctor Hugo.....

Perdóneme el lector si, al llegar aquí, corto el hilo á mi artículo. La puerta de mi habitacion se ha abierto, y una mujer ha entrado por ella.... No me pregunteis quién es ni qué señas tiene, porque ni importa saber lo primero ni podré determinaros lo segundo. Sólo os diré que es una mujer que me sonrie cuando lloro, que me presenta su seno si se



ASUNTO GRAVE, cuadro por W. Volckhart

dobla mi cabeza, que me hace ser amigo de la noche, que me cose los botones que se le caen á mi paletot, que sazona una ensalada al primer golpe de vinagreras, y que, en fin, sabe mullir un colchon mejor que muchos escritores componer un libro. Como veis, es una mujer vulgar y prosaica, sin incentivos sensuales, ajena á todo artificio amoroso, y que cuando abre sus brazos abraza con todo el cuerpo No he tratado nunca de investigar su procedencia; halléla al volver de una esquina, sola y sin llamativo alguno, como flor abandonada en el campo. Sus faenas, al mismo tiempo, no pueden ser más humildes. Tiene prurito en soplar el polvo de sobre mi mesa, en limpiarla con una rodilla, y en dejarla reluciente como un oro; dice que de este modo no corren peligro de ponerse blancas las mangas negras de mi levita. No hay contento igual al suyo cuando, levantándose por la madrugada, viene descalza y de puntillas hasta donde yo estoy leyendo, y cierra el libro que tengo en las manos, apaga la bujía, y entre arrechuchos y empellones me conduce á la alcoba. La risa que le produce esta escena la tiene convulsa muchas veces hasta por la mañana. Eso sí: yo soy el único encargado de sacarla á paseo; sin mí no iria la infeliz ni á la puerta de la gloria. Es verdad que cuando me acompaña lo hace con la misma modestia que lo haria un perrillo ó un báculo de viaje. Hoy, como fiesta de Carnestolendas, la he prometido regalarla en un ventorrillo. La casa se nos cae encima.... Lector, perdon te pido de nuevo, porque me voy de bureo con mi cocinera....

No sé si un trago de felicidad hace ser buenos á los hombres; pero es lo cierto que el aire vivo de la poblacion agitada ha disipado las nubes de mi espíritu y equilibrado los humores de mi cuerpo. Gigantones del alma soñadora y descontenta son esas creaciones de la imaginacion que, como bolas de jabon, se rompen al primer choque con la realidad. ¡Hoy todos son felices, al ménos aparentemente! Las panderetas de las estudiantinas, sacudiendo el polvo de las escuelas, lanzan al viento sones alegres y jacarandosos. El contento hace voltear diablescamente las esclavinas de los dominós abigarrados que encubren á prójimos ansiosos de placeres por estar hastiados de tristezas. El que no se divierta hoy puede creerse condenado ya á llorar todo el año. Si mañana alborota las plazas será castigado por el código. ¡Venga pues, la bulla y la algazara! Dejemos á un lado á los autores que han iluminado los oscuros cerebros humanos, y cuyos nombres desconoce mi fiel amiga, ó, lo que es más risible, los toma por nombres de pescados. ¡Oh, laureles de la fama estéril! ¿de qué servís si no servís para adobar un plato de anchoas?

A tiempo conocí lo infecundo de mis trabajos, y tiré la pluma cuando vino á llamarme mi cocinera. —Me he arrojado por esos mundos del diablo, con ella del brazo. ¡Cuántas damas encopetadas he visto que se apartaban á un lado para dejarnos paasr! —Cortesía oprobiosa del orgullo endiosado que teme manchar su traje de seda, ya que su cuerpo es un puro cieno. —Seguimos adelante, olvidando lo visto, que es como pensar en lo futuro, que no se ha visto todavía. Llegamos, por fin, al ventorrillo; é instalándonos, mi pareja y yo, alrededor de una mesa, hemos comido como unos canónigos, es decir, hasta reventar en paz y en gracia de Dios.—A pesar de la solemnidad del dia, aquella casa de comidas campestre se hallaba casi desierta. A la entrada, bajo un cobertizo de parra entretejida, cuyos tallos nudosos y retorcidos proyectan en el suelo una zona de signos arabescos, se puso la mesa. Unos guiñapos, que querian ser manteles, pardos, deshilachados á trechos y húmedos, fueron tendidos sobre la tabla, con objeto, sin duda, de que los platos, al ser colocados encima, estuvieran más en blando. Fuera de esto, el apetito no encontró tropiezo, porque los manjares, dicho sea con verdad, estaban exquisitos. Salpimentados fuertemente, como los vocablos del populacho, á quien sirven de pasto cuotidiano, caian en el estómago, sosteniendo una lucha encarnizada con la bilis depositada allí para devorar toda presa.—Mi buena mujer me ha hecho disfrutar de unos goces que nunca pensé yo saborear tan completamente.

—Hé aquí,—me he dicho, —lo que es la felicidad. No descubriéndose á sí misma, se la encuentra donde no se la espera. No es la hermosura que aguija el deseo; no es tampoco la luz que deslumbra los ojos; ménos, la satisfaccion de un ansia prolongada, por la imposibilidad ó la abstinencia. Si felicidad es algo, mucho se le parece la conformidad natural y sencilla de nuestras inclinaciones con un objeto cualquiera, que esté al alcance de la mano. ¡Cuántas sombras he perseguido en mi vida, las cuales, al tenderles los brazos, se han desvanecido para siempre! Los primeros sueños de amor, cuyas flores no han producido fruto; los arrebatos generosos de la inteligencia, que se siente jóven, estrellándose en los escollos del mar de la vida; los conatos de una obra buena perdiendo su fuerza y su prestigio en el sordo torbellino del fracaso; todos esos vigores que dan savia al alma, al empezar la carrera de la existencia, secándose y marchitándose, y dejando en el corazon sólo la espinosa escobilla de despojos que deja en el tallo todo capullo agostado. Ya ese mundo de visiones maravillosas, como figuras de una linterna mágica, se borró del cristal de la fantasía. Y esta carencia de luz ideal produce una enfermedad en el espíritu, la que, como todas las que inficionan el sér moral, se arraiga, se extiende y es incurable Y no me deis la panacea del olvido para afecciones de esta índole; el dolor de la tristeza que viene del desencanto es hondo, muy hondo, y es como los garfios que se arrojan á un pozo para sacar algo: muchas veces, revolviendo el fondo, quedan agarrados á las entrañas. Sin embargo, ¡oh contrastes del organismo humano! una comida rústica y frugal, celebrada al aire libre, en compañía de una pobre muchacha, ignorante, mal educada y zafiota, ha bastado á volverme el anhelo por el trajin de la vida.

Dimos fin á nuestro ventorril banquete, y volvimos á la poblacion. Ya mis ojos, más alegres, se han gozado en la contemplacion del movible espectáculo que á cada recodo del camino con distrayente variedad se ofrecia. Era la hora del anochecer. Pandillas de máscaras, muchas ya sin careta, vagaban en todas direcciones, con sus flotantes vestiduras. Llevábanse detrás arremolinada la gente, como á impulsos de una tromba. Tal vez algun chiquillo, aparejado de demonio, con sus orejas y su cola de percalina tricolor, pasaba solo y perdido entre la multitud, llevando pintada en su rostro encendido la expresion de la inocencia que se ahoga en la confusion y vaivenes de la vida. Atravesamos por medio de los corros carnavalescos, poniéndonos en direccion de nuestra casa. Gran tino era necesario desplegar para abrirse vía entre aquel desordenado apiñamiento de cabezas locas. Logrélo, por fin, y dando gracias á mi ama de llaves por haberme dado la de la felicidad, héteme aquí en mi habitacion, sumergido agradablemente entre los almohadillones del sofá. La oscuridad en que se halla, por disposicion mia, mi cuarto, me permite ver dibujadas en el aire negro las siluetas de mis pensamientos, ensayados en túnicas de fantasmas. Pero, volviendo del otro lado, puedo ya exclamar satisfactoriamente: «¡Ya os conozco; sois los *Gigantones* apolillados que ví hace poco en aquella iglesia!» Dicho esto, llamo á mi hacendosa mujer, le pido la cena, y, encendiendo un cigarro, me entretengo en ver cómo se disipan en la atmósfera las nubes de humo del tabaco, que paulatinamente va ardiendo entre mis dedos, como la mecha de una vida á la que no estimula ningun soplo de viento.

José de Siles



ANGUSTIAS, dibujo por M. Marqués

Imp. de Montaner y Simon

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II BARCELONA 8 DE OCTUBRE DE 1883 NÚM. 93

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Acontecimiento único.—El ardor patriótico.—La Universidad y la Institucion libre de Enseñanza.—¿Quién es Pedregal?—Mis principios.—Triunfos del revistero.—Gentío en la estacion del Norte.—Recuerdos de la fiesta del Hipódromo.—Ovacion al rey.—Transformacion de la Pastor en el teatro de Eslava.—*La Vírgen del Pilar dice...—¡Paris-Murcia!*

Todos los acontecimientos apuntados en mi cartera quedan hoy relegados al término de lo mezquino, lo insustancial y lo inservible.

Quizá cuando esta revista llegue á mis lectores se haya desvanecido algo la atmósfera que hoy envuelve á la poblacion de Madrid; pero la verdad es que en los momentos actuales no es posible hablar de otra cosa que no sea el ardor patriótico que inflama á toda la capital y que busca salida por medio de impetuosos arranques y de indignadas exclamaciones.

¿Quién se acuerda por ejemplo de que acaba de abrirse la Universidad, ni del discurso leido en tan solemne acto?

En otras ocasiones, se habrian hecho grandes comentarios sobre esa fiesta de la cultura pública, y se hubieran



UN PEDAZO DE CIELO, cuadro por F. Bachmann

examinado punto por punto las tendencias del doctor encargado de la ceremonia en el amplio salon del Paraninfo.

Pero hoy... Caza mayor quita menor, segun dice un adagio castellano; y es bien seguro que la mayor parte del público ilustrado de Madrid ignora hasta el nombre del disertante.

Lo mismo ha pasado con la apertura de la *Institucion libre de Enseñanza*. Ese alto cuerpo docente ha inaugurado tambien sus cursos, juntando en derredor de la mesa rectoral gran número de eminencias literarias y científicas.

Preguntad á cualquiera si ha oido el notable discurso del Sr. Pedregal.

Y es fácil que os conteste con la interpelacion que en otros tiempos se hizo tan famosa:—¿Quién es Pedregal?

La *Institucion libre de Enseñanza* no es de actualidad en estos instantes de exaltacion patriótica y de ardor bélico. Las togas están á punto de verse obligadas á ceder su puesto á las armas.

Hoy no priva más que una enseñanza.... la *enseñanza* de los puños cerrados.

* *

Héme aquí pues en un grave apuro.

Este no puede ser palenque donde los partidos políticos libren batalla.

Cuando yo cojo la pluma para comunicar semanalmente mis impresiones á los lectores de este periódico, lo primero que hago es darme un baño de imparcialidad y buscar mis inspiraciones en el sentido comun, que por regla general suele ser el ménos comun de todos.

Así pues, yo digo para mis adentros:

—Aquí hay que defender todo aquello que es noble y levantado, y fustigar y combatir con inexorables censuras, todo lo que es ridículo, lo que se presenta fuera de lugar, lo que perjudica al adelanto y á la cultura pública.

Si yo fuera capaz de envanecerme por algo, diria:

—No han sido vanas é inútiles algunas indicaciones hechas por mí en estas revistas. Un dia y otro he estado conbatiendo la mala colocacion de los andamiajes. He levantado mi pobre voz en favor de los albañiles... Pues bien; el Ayuntamiento de Madrid está de mi parte puesto que ha tratado sériamente en sus sesiones de obligar á los maestros de obras á que garantizaran con mejores andamios las vidas de los infelices operarios. ¿Se realizará?... No lo sé; pero si es necesario volveremos á la brecha. *¡Gutta cavat lapidem!*

Los vendedores de pan mermado de peso, de quienes tambien me he ocupado algunas veces, andan ahora algo más derechos. Y los chiquillos miserables y harapientos, pululando por Madrid y constituyendo una mancha repulsiva, una nota discordante en el gran concierto de lujo y bienestar que en las calles de esta capital se observa,... esos pobrecitos séres, por los cuales decia yo á los protectores de la Infancia:

—No podreis vanagloriaros de vuestra obra miéntras no hagais desaparecer tamaña miseria.

Y á los protectores de animales y plantas:

—Bueno es cuidar de las bestias y de las flores; pero todo esto se hallará muy en su lugar cuando no haya séres desvalidos de cuerpo y alma, faltos de instruccion, de vestidos y de alimento...

Pues bien; esos chiquillos, si no mienten las voces que han corrido, están próximos á desaparecer de las calles de Madrid. El Sr. Gobernador trata de que se les proporcione amparo; con lo cual prestará un doble servicio:

A la moral pública;

Y al ornato de esta villa y corte.

* *

¿Dónde voy á parar con todo esto?..¡Reanudemos el hilo!

Decia que me encuentro en un grave apuro.

Madrid está de fiesta. Al través de los cristales de mi ventana estoy viendo ondear en estos momentos la bandera nacional y las colgaduras de los balcones de enfrente.

El único asunto de que puedo hablar no se acomoda bien á mis costumbres de cronista.

¡Lo reconozco! La efervescencia patriótica es hoy la única comidilla de Madrid.

Ayer bajaron oleadas de gente á la estacion del Norte. El anden rebosaba de entusiasta muchedumbre; y en los alrededores bullia un hormiguero humano, compuesto de todas las clases de la sociedad. Es un hecho.

Hoy la concurrencia á la estacion será todavía más numerosa. Los vivas y las aclamaciones indemnizarán al rey de las torpezas de una parte del pueblo de Paris.

Si con un anteojo de gran fuerza pudiesen ver los parisienses sensatos la aglomeracion de gente alrededor de la estacion del Norte, es fácil que á alguno de ellos se le ocurriera exclamar:

—Hay tanto público reunido como lo hubo en el Hipódromo de Paris el dia en que llevados de nuestro espíritu ferviente y humanitario dimos la gran fiesta en provecho de las víctimas de Murcia, Almería y Alicante.

* *

Estoy escribiendo esta revista en los momentos solemnes. Yo no puedo, por tanto, formar parte de la muchedumbre; pero he leido los periódicos, escuché la opinion en los cafés y en las calles, y sé de antemano que la ovacion que se haga al rey será entusiasta.

Todo se impregna de la emocion del dia.

Ayer mismo en el teatro de *Eslava*, recientemente abierto, ocurrió una explosion.... ¿de gas? no.... de patriotismo.

Representábase la revista cómica *Ellas y nosotros*, en la cual desempeña la actriz Juana Pastor un papel de artista francesa. Lo regular es que cante unos *couplets* y haga unos movimientos acancanados que todas las noches han merecido los aplausos del público.

Pero ayer, la estética era otra. Se convino en que los *couplets* no valian nada.

Salió la Pastor á la escena, y apénas hubo llegado á dos pasos de la concha del apuntador, y se dispuso á cantar, comenzaron á oirse protestas y rumores en la sala. El público tenia tambien su papel bien aprendido. Así es que entre los que protestaban y la elegante artista hubo avenencia en seguida.

Aparentó decir con sus gestos la actriz:

—¿No quereis canciones francesas? ¡Lo comprendo! Estábamos ántes equivocados. ¡La *jota*, no hay nada como la *jota!*

Y haciendo una seña á los músicos empezó á cantar aquello de

La Vírgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa.... etc. etc.

Y resonaron los aplausos, y salió Ducazcal á dar vivas á España.... y concluida la funcion fuéronse los espectadores á sus respectivas casas, y se durmieron pensando como el emperador Tito:

—¡No hemos perdido el dia!

* *

Esa brillante imaginacion española se calmará dentro de unos dias. Somos vivos como la pólvora; sentimos nuestro corazon enardecido por el sol meridional que cae sobre nosotros como lluvia de fuego; tenemos el ímpetu de la dignidad que no consiente ni un ápice de ofensa; somos fieros, nobles, altivos,.... no cabe duda. Pero, pasados los críticos instantes de la indignacion, reconoceremos que los vocingleros de Paris no son la ciudad parisien ni el pueblo de Francia.

En todas partes hay chusma, y esta no puede representar el espíritu ni el corazon del pueblo donde se guarece.

Las manifestaciones públicas hechas ayer y hoy en Madrid son naturales y justas.

Todo pueblo que se cree herido, protesta con dignidad y energía.

No nos acordemos, pues, hoy de ningun acontecimiento baladí. La humareda patriótica borra y extingue todos los demás sucesos.

¡Está bien!.... hagamos ahora nuestro *Paris-Madrid*....

Mas ¡por Dios! que los gritos de unos cuantos centenares de parisienses degradados y embrutecidos no nos hagan olvidar nunca lo que vale Paris, su cultura, su espíritu humanitario, su cortesía.

¡Realicemos nuestro *Paris-Madrid;* pero acordémonos de *Paris-Murcia!*

PEDRO BOFILL

Madrid 4 octubre 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

España.—Documentos de las sub-comisiones.—*Cuba, Puerto-Rico, Filipinas, Fernando Póo, la Península*.—Vinos.—*Brasil y América del Sud*.—*El Japon*.—*Alemania*.—Aspecto guerrero.—El parque y sus pabellones.

Continuando la revista de la seccion española, haremos notar una verdadera biblioteca de memorias, folletos, libros y escritos, que las *sub-comisiones provinciales* de Cuba, de Puerto-Rico, de Filipinas y de Fernando Póo han presentado, relativas á la geología y mineralogía del país, á la estadística de la poblacion, á los medios de existencia, estado sanitario, estudio de enfermedades endémicas, estudios clínicos, lenguas de los indígenas, colonizacion, formas de gobierno, usos y costumbres, religiones, etc., etc.; todo lo cual va acompañado de planos y modelos de buques, de casas, de fortificaciones, de hospitales y de vehículos.

Riquísimos son los productos agrícolas de Cuba. Cigarros sin competidores como los de Caruncho; azúcares; fibras de plátano para hacer papel de cigarrillos y fibras textiles para sogas, cuerdas y telas, de la planta llamada por los botánicos *Hibiscus Tillanus;* piñas, magüeys, plátanos, yucas, pitas, boniatos, manatís, sagús, cuerdas de mayagua, maíz, arroz, algodon, cacao, café, té, añil, vainilla, y una rica coleccion de palomas de cuevas.

La isla de Puerto-Rico expone una infinidad de especies de café, riquísimas todas ellas, algodon y tabaco en rama, en hoja y trabajado; ron de primera calidad; aguardientes de caña, azúcares y mieles, achiote, maíz, algodon, arroz, mate, semillas de copaiba, bambúes, mármoles preciosos; minerales de manganeso, hierro, cobre, y fosfatos calizos; carbon mineral, etc., etc., y aparte de estos productos naturales, una riquísima coleccion de collares y hachas de piedra, é ídolos cinocéfalos de sus primitivos habitantes, lo cual ha llamado altamente la atencion de los antropólogos.

Las islas Filipinas han enviado la coleccion más completa de todo cuanto en un país producen la naturaleza y los hombres. Entre los productos expuestos nos limitaremos á citar los principales, como son, arroz de mil clases diversas, azúcares, cañas para bastones, petates, amacones y bayones, chocolates diversos, vinagres de coco, tabaco en rama y trabajado, cacao, mongo, sal, piñas, añil, vino de manga (excelente tónico), aceites de cortezas, aceites esenciales de un sin fin de plantas, grasas vegetales, una infinidad de clases de fibras textiles y de tejidos diversos, sedas finísimas, esteras, nipa, trajes del país, maderas de construccion y de lujo, de mil clases distintas todos los instrumentos del cultivo de la tierra y todos los arreos de pesca; una riquísima coleccion de minerales, y un sin fin de artefactos. Además, figuran en esta instalacion una coleccion notabilísima de ídolos de los primitivos habitantes de estas islas, personificacion de la sombra, ó del *desdoble*, de los antepasados, lo cual, al parecer de eminentes historiadores de la religion y de profundos sociólogos, pareceria indicar que las creencias religiosas no se originaron en el temor, sino por el contrario, en la reproduccion en la mente humana de las imágenes queridas de los progenitores difuntos.

Fernando Póo ha dado á conocer productos que hasta ahora ni siquiera se sospechaba fueran explotables; tales como el fruto del árbol del pan, canela riquísima, bambúes, caoba, ébano, materias tintóreas, café de primera calidad, tabaco muy parecido al de Cuba, pimienta, azúcar terciado de muy buen sabor, aceite de palma y miel. Además, hay un esqueleto y huesos de negros *bubis* con varias fotografías de los mismos, y todos los instrumentos, armas y adornos que usan, con los ídolos, cuchillas sagradas, flautas, esquilones é insignias sacerdotales de su religion, la cual está aún en el grado de un polidemonismo de los más imperfectos.

La Península ha presentado vinos de muchas clases, coleccionados por la Sociedad de agricultores.

Tal aceptacion han tenido, que á más de los muchos premios que han alcanzado, han sido objeto de grandes pedidos.

Figuran tambien en las estanterías de la península, aguardientes, licores, aceites naturales y refinados, algunos medicamentos, y las principales aguas medicinales.

En resúmen, la Exposicion Española no es una Exposicion que llame la atencion por su aspecto lujoso como la Francesa, ni por el arte de sus escaparates é instalaciones como la Belga, pero es la seccion que más ha respondido al objeto del programa, pues ha dado á conocer á Europa un sin fin de productos que no conocia y le ha presentado el cuadro completo, estadístico, moral, intelectual, industrial, marítimo, agrícola y sanitario de nuestras colonizaciones. Es, como dijo el presidente del Jurado internacional, una verdadera exposicion científica en toda la acepcion de la palabra.

Saliendo de la seccion de España se encuentra la *Galería del trabajo*, en la que se ejercen un crecido número de pequeñas industrias, á la vista del público.

El Brasil y la América del Sud ocupan el extremo diametralmente opuesto, siendo muy poco lo que han presentado.

El Japon tiene una galería entera. Su exposicion es de muy buen gusto artístico, pero bien poco tiene que ver con las colonias, ni con los medios de colonizar. Lacas riquísimas, muebles pintados é incrustados, tazas y vasijas de todas formas, de metal blanco, de bronce y de porcelana; marfiles, cueros imitacion de los antiguos de Córdoba, sedas, papeles, armas del país, objetos de bambú, muñecas, máscaras de sus histriones, abanicos, parasoles, etc., etc., industrias todas símiles á las de los chinos, sus hermanos en raza, pero ejecutadas, pudiéramos decir, más sériamente.

Llegamos, por fin, á Alemania, la última de las naciones en el órden de galerías, y una de las primeras por su exposicion. Fortificado en una especie de ciudadela feudal, separado de los demás reinos como por una muralla inexpugnable, erizado de armas, lleno de medios de ataque y de defensa, se nos presenta el imperio germánico como representando el predominio del hierro y del acero en la lucha material por la existencia. Su aspecto es formidable. Al entrar en esta seccion, si no fuera por el aspecto tranquilo que presentan los dos *chalets*, el del *vino del Mosela* y la *cervecería de Nuremberg*, uno retrocederia lleno de terror; pero una vez pasados los umbrales de la instalacion Alemana, no se puede ménos de admirar los productos de aquellos laboriosos industriales. Los objetos de hierro forjado que han presentado Munich y Nuremberg, admiran; son tan artísticos, tan llenos de carácter, tan bien entendidos, que no puede pedirse más al martillo, á la lima y al buril.

Si saliendo de la seccion del hierro, vamos á la del bronce y á la del cobre, veremos en ellas verdaderas maravillas del repujado, del fundido y del cincelado; y si pasamos á la del vidrio, hemos de encontrar en ella ventanales con escudos, lemas, personajes y otros asuntos, esmaltados en colores que la imaginacion más poética jamás ha soñado, y vasos cuyas filigranas y cuyas medias tintas compiten en delicadeza con las de Venecia.

Profunda impresion estética nos causan tambien las *fayences* y objetos de barro cocido y barnizado: ya sea en los colosales bocks esmaltados de azul, con personajes y divisas de relieve, ya sea en las monumentales chimeneas, estilo gótico y estilo renacimiento, cuyo dibujo parece concebido por Durero: la cerámica alemana se ha llevado la palma. Su madera tallada y el mueblaje preséntanse en esta seccion á mayor altura que en otra alguna, lo mismo que el decorado de las habitaciones. El renacimiento de la buena época de Cárlos V, combinado con el gótico florido, es el estilo que en esos artículos domina. Al lado de las instalaciones de Dissel de Munich

y de Bembé de Maguncia, todas las de los franceses parecen quincalla.

En fin, la seccion alemana nos ha presentado una coleccion de obras de enseñanza, nada lujosas, pero las primeras en la instruccion pública, y en especial en la de las colonias de todos los países conocidos, por estar en las lenguas de los respectivos pueblos indígenas, y adaptadas á su inteligencia.

Hemos terminado con la Exposicion del Palacio; salgamos de él, y vayámonos al parque, extensísimo jardin que rodea el edificio en que están contenidas las galerías de las naciones. En esta explanacion levántanse una infinidad de construcciones, pabellones, casas, columnas, restauranes, tiendas, kioskos, chalets, monumentos, etc. Si empezamos á recorrerlo por su parte izquierda nos encontraremos con el *palacio de las colonias holandesas*, en que están expuestos todos los productos de éstas, y todo lo relativo á sus razas, usos, costumbres, religiones, navegacion, agricultura é industria. Al lado de este edificio llama la atencion todo *un pueblo javanés*, con sus casas de bambú, elevadas sobre el nivel del suelo para que resistan las inundaciones; con sus animales domésticos; con sus carros y sus arados; con sus extraños barcos de forma monstruosa y velas de colores chillones, anclados en el cañal. Al fin de este pueblo está el célebre edificio indio del *Gamolang*, en el cual se sirven *almuerzos visnuitas*, compuestos de arroz con muchas salsas, especias y carnes desconocidas para nosotros. Miéntras los comensales comen, una bayadera baila, con los atributos sagrados, la danza religiosa en honor á Khrisna, el dios del amor, danza muy parecida á un zapateado al són de unos instrumentos que tañen unos indios, instrumentos que tienen algo del tambor, de la caldera y del *tam tam* chinesco.

El pabellon de agricultura, con sus invernaderos, nos muestra las diversas formas de las especies vegetales de todos los continentes. Detrás de este la colosal *galería de máquinas*, nos presenta mil inventos para economizar tiempo y esfuerzo en el trabajo, sobresaliendo en ellos los alemanes, más aún que los americanos é ingleses. *La exposicion de vehículos y medios de locomocion* está en el centro y forma el tránsito al palacio de la *Exposicion de pinturas y esculturas*. En él están regularmente representadas Bélgica, Holanda y Francia; pero mal todas las demás naciones, por haber concurrido á la exposicion de Bellas Artes de Munich. Ya á la derecha, encontramos un sin número de tiendas y pabellones en los cuales se venden cigarros de la Habana, de Filipinas, de Puerto-Rico, y de los llamados de Hamburgo; entre estos pabellones están dos espendedurías de vinos de España, de Madera, de Italia, de Francia y de Grecia. Siguen, esparcidas por todo el parque, las cervecerías, entre las cuales citaremos las de Pilsen, y la famosa de Heidelberg, el *Gallo y las llaves*, cuya forma es la de un inmenso tonel. *El pabellon de las canteras belgas* levanta sus torres al otro lado del canal, miéntras llama la atencion del lado de acá, la artística casa, estilo renacimiento, del célebre *Lúcas Bools*, el inventor del Curaçao. No léjos y adosada al pabellon del correo y del telégrafo, está la *antigua panadería flamenca*. Cuatro grandes *cafés restauranes*, con galerías al aire libre, forman, con el *gótico pabellon de los vinos del Rhin*, la plaza central del parque, en la cual toca la mejor orquesta de Berlin. Dos grandes puentes conducen á la parte anterior del parque, en la cual levántanse, entre otros, tres pabellones monumentales, *el del Rey de Holanda*, el de *la Ciudad de Amsterdam* y el de *la prensa*. El primero contiene un museo de objetos curiosos y artísticos de la ciudad; el segundo es un edificio con varias estancias ricamente amuebladas al estilo flamenco, para recibir al monarca; y el tercero es el centro de los periodistas y literatos de todo el mundo, centro en el cual se encuentran estancias amuebladas con mucha propiedad en diversos estilos, y un salon central inmenso, en cuyas mesas se leen todos los periódicos é ilustraciones que se publican en todas las lenguas. Ya hácia la salida se halla el *pabellon de la talla de los diamantes*, despues del cual, saliendo ya por el *palacio del Museo*, no hay más que subir á su piso principal y admirar allí la exposicion de antigüedades, especialmente del tiempo de la dominacion y guerra con los españoles, que es el más completo que se conoce.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

UN PEDAZO DE CIELO, cuadro por F. Bachmann

Hogar tranquilo y lujoso, un tierno infante dormido en muelle cuna, una jóven madre velando el sueño de su hijo, elegancia, fortuna, dicha, un ambiente saturado de felicidad; en el interior la maternidad con todos sus atributos y la puerta de este alcázar defendida por el invisible ángel de la paz conyugal... ¿Qué más puede apetecerse para demostrar que aún cabe cómo gozar honestamente en este pícaro mundo?

La verdad del hecho es que, teniendo la felicidad á mano, ó siendo muchos los que la tienen, se empeñan en irla á buscar, no sólo muy léjos, sino en un mundo artificial á gusto de consumidores estragados.

La naturaleza humana es un problema sin solucion precisamente porque el error originario depende del planteamiento de los factores. Nos hemos empeñado en que la paternidad es una carga, en que el amor conyugal es una antigualla ridícula, en que el hogar doméstico es una cárcel inaguantable; y á puro asentir en estas mentiras, nos alejamos de una verdad inconcusa, ó sea que la felicidad terrenal está en razon directa de la práctica de una virtud al alcance de todos.

Compréndase el encanto de la paternidad y habremos resuelto el problema.

LOS INFORTUNADOS, cuadro por Juan Geoffroy

La vista de este cuadro impresiona tristemente. El autor se ha propuesto, sin duda, excitar la compasion del público á beneficio de una parte de la sociedad desvalida, y para ello ha dibujado, con realismo desgarrador, distintos tipos afectados de esa pobreza de sangre, de esa horrible anemia que tantas víctimas inmola á nuestro lado.

Agreguemos á esa enfermedad la agravacion de la miseria, y tendremos un ejemplar tristísimo de la humana desdicha, que no impide, sin embargo, que la humanidad disipe harto á menudo los tesoros de su salud y de su caja, haciendo que las faltas de los padres caigan sobre las cabezas de los hijos y de los hijos de éstos.

El cuadro que reproducimos es, como dijo Eguilaz, una verdad amarga y una gran verdad.

EL TOQUE DEL AVE MARIA, cuadro por C. Becker

La campana de San Marcos toca el *Angelus* y la familia del patricio veneciano interrumpe su plática para encaminar á la Vírgen sus oraciones y depositar una ofrenda de flores ante la dulce imágen de su patrona.

Todo en este cuadro respira plácida calma: los acentos del bronce religioso tienen el poder, siquiera miéntras duran sus vibraciones, de apaciguar las tempestades del alma. El patricio que se descubre piadosamente, quizás fué sorprendido por el toque de la campana en el momento en que acariciaba horribles proyectos de venganza. Porque no hemos de olvidar que la escena tiene lugar en Venecia y que los magnates de la célebre república se profesaban entre sí mortales odios. ¡Ay de cada uno de ellos si la voz del cielo, la voz de las campanas no viniera á interrumpir la ilacion de sus sangrientos proyectos!

Por fortuna, la boca que pronuncia el *Angelus* nó puede en algun tiempo proferir sentencias de muerte. El culto á la Vírgen está inspirado en los dulces afectos del amor más puro, y cuando en la hiel del corazon se mezclan siquiera algunas gotas de bálsamo celestial, la mano vengadora deja caer el arma homicida, por instinto se junta á la otra mano, y entrambas se elevan á Dios defiriendo á su justicia la causa del ofendido.

OBJETOS DE CERÁMICA

Los tres jarrones que reproducimos en este número, son otras tantas muestras de la perfeccion á que ha llegado el arte cerámica, en la cual compiten ya los modernos industriales con los renombrados artífices de la antigüedad etrusca, griega y romana. El segundo es un jarron adquirido en el Japon por el museo de Kensington por el precio de 2250 pesetas, habiendo ofrecido el gobierno japonés por recobrarlo una cantidad mucho mayor. Los otros dos, fabricados en Europa, se distinguen, como aquel, por la elegancia de sus formas, por la vivacidad y consistencia de sus colores, y por el gusto de su ornamentacion de estilo greco etrusco, el más á propósito para objetos de esta clase.

UN MODELO, tipo por M. Marqués

Una frase oportuna califica á un hombre de ingenio. De la propia manera un apunte al lápiz descubre á un artista.

A la simple vista de los tipos esbozados por Marqués, se echa de ver la facilidad con que este pintor ejecuta sus obras. Hay en su ojo una seguridad y en su mano una firmeza, que aparecen en sus obras más insignificantes; porque las obras de arte no son buenas ó malas segun que el autor ha querido darlas ó quitarlas importancia; sino que con ser de un hombre de talento, este ha de revelarse á pesar de todo. Sucede con el verdadero mérito lo que con el agua que se coge con la mano: cuanto más esta se cierra, tanto más aquella se escapa.

TIPOS GEORGIANOS, dibujo por A. Berisse

Deseosos de dar la mayor variedad posible á nuestra publicacion, ofrecemos hoy en la lámina suelta una coleccion de tipos orientales georgianos ó comunes en la Georgia, copiados del natural con tanta naturalidad artística como inteligencia etnográfica por el pintor arriba citado. Hoy, que parece haber renacido la aficion al estudio de aquellos antiguos países, á donde se encaminan tantos y tantos exploradores y viajeros, los unos para hacer profundas investigaciones históricas y los otros para conocerlos bajo el punto de vista de sus usos y costumbres, creemos interesante la publicacion de los mencionados tipos, que dan una idea del atraso en que viven los pobladores de una region tan célebre en otro tiempo, y á la que puede calificarse de cuna de la humanidad.

DESARROLLO DE LA MARINA

En nuestra agitada época se sabe y sobre todo se habla de tan diferentes cosas, se ve tan á menudo representado cuanto hay ú ocurre en todos los países, que los objetos ó los asuntos pasan por nuestra vista ó nuestra inteligencia con la velocidad de un tren á todo vapor y por consiguiente sin que podamos apreciarlos con exactitud siquiera aproximada. Esto mismo aviva el deseo de conocer todo lo nuevo, y hace que lo que cuenta ya larga fecha se haya de presentar de un modo muy conciso, si ha de poder ocupar un puesto entre tantas y tantas novedades. De aquí resulta que los resúmenes históricos, las ojeadas retrospectivas sean interesantes, sobre todo cuando se trata de lo que se conoce mal ó se ignora en absoluto; pues gracias á ellos se consigue evitar que las personas no interesadas en el asunto, que son las más, pasen adelante cuando para su comprension no les basta una rápida ojeada.

En virtud de estas consideraciones, creemos que no carecerá de interés el trazar, aunque á grandes rasgos, la historia de la navegacion en los pasados siglos, representando en las páginas de la ILUSTRACION lo que ha servido sucesivamente al hombre para salir del rincon en que nació, é ir á explorar mares desconocidos, arrostrando ignorados peligros, y llegando por último á conocer y á disfrutar de todo cuanto nuestro planeta produce.

Los principales Museos de Marina de Europa, incluso el de nuestra patria, nos proporcionan los medios para hacer dicho resúmen, por cuanto no tan sólo contienen lo que los pueblos más civilizados han producido en punto á industria naval, sino que en los objetos ó modelos que custodian se echan de ver los limitados esfuerzos de los pueblos salvajes, cuya ignorancia en la produccion de los metales les ha impuesto los mismos límites de accion y les ha obligado á valerse de los mismos materiales que á nuestros antepasados de la edad de piedra y de bronce. En dichos museos no sólo se conservan modelos de embarcaciones exclusivamente europeas, sino tambien de todos los mares conocidos, mas como tan considerable resúmen en objetos materiales hubiera sido extenso en demasía para reproducirlo en un periódico ilustrado, y como por otra parte lo que más nos interesa es lo que más particularmente nos atañe, hemos creido oportuno limitarnos á formar un conjunto de lo que puede llamarse marina europea, agrupada en una sola página.

Parte este conjunto de una piragua lacustre, encontrada há poco tiempo en el lago de Neuchatel. A esto se han limitado todos los pueblos ribereños de mares procelosos más largo tiempo que aquellos cuyos bonancibles climas les permitian arriesgarse más, y por tanto perfeccionar sus embarcaciones; y estas canoas ó piraguas eran las usadas por los primitivos habitantes de las costas orientales y del Sur de España. Los egipcios, pueblo que ha precedido á todos los demás, nos han dejado en sus monumentos representaciones de sus buques, en los cuales empleaban casi exclusivamente el remo, pues la vela sólo servia de auxiliar. En los barcos de Ninive vemos dos órdenes de remos, lo propio que en los griegos; los romanos adoptaron casi todas las formas de las embarcaciones propias de cada país en que dominaban; por eso sus modelos son tan numerosos; por lo general eran grandes, ricamente adornadas, sólidamente construidas y con dos y á veces tres órdenes de remos, si bien por ser esto muy embarazoso no usaban por lo general más que un solo órden. Sus naves tenian los extremos muy levantados sobre el agua, ostentando vistosos adornos y llevando uno ó varios espolones de bronce en forma de cabezas de animales ó rostros de monstruos, por lo que se llamó *rostros* á las proas: sobre la popa se elevaba un pabellon ó cámara suntuosamente adornada, y junto á ella las enseñas del pueblo romano. En todas estas embarcaciones el timon consistia en un grande y ancho remo sujeto á un costado, y las velas eran comunmente cuadrangulares y suspendidas por la mitad de sus respectivas vergas.

Despues de la caida del imperio romano y de la irrupcion de los bárbaros, la marina decayó sobremanera; las lujosas y grandes naves fueron desapareciendo, y sólo el comercio siguió construyendo algunas embarcaciones de formas toscas, movidas por remos, de borda ó bandas muy bajas para que los remos pudieran entrar y salir fácilmente en el agua, y bastante largas. La Edad media empleó remos múltiples; pero los hombres se colocaban en el mismo banco, y á veces cinco, seis y hasta nueve de ellos manejaban un mismo remo, llamado *scaloccio*, usados en las galeras y galeazas.

La parte izquierda de nuestro grabado muestra las trasformaciones de la nave de remos desde los orígenes de nuestra historia hasta hace unos doscientos años. Su comparacion con la parte derecha, dedicada al Océano, permite ver la gran ignorancia en que se estaba de la antigua historia marítima de esta parte de Europa, pues son escasísimos y relativamente recientes (siglo XI) los documentos de donde se han podido sacar datos acerca de las naves oceánicas. De los pocos que tenemos resulta que apénas se usaba en ellas el remo, que llevaban velas cuadradas, á menudo llenas de bordados, y que iban armadas de castillos y alcázares, siendo conocidas con el nombre de *naos*. Estos buques carecian tambien de timon, sirviéndoles de tal uno ó dos grandes remos puestos á popa, y el aparejo para manejar sus velas era bastante complicado.

No se tienen noticias más seguras acerca de las naves que trasportaron á los cruzados á las costas de Asia, ni de las que condujeron la cruzada de San Luis á las de Africa, ni de las que doblaron el Cabo de las Tormentas á las órdenes de Vasco de Gama cuando fué al descubrimiento y conquista de la India, si bien se sabe que en su construccion eran mucho más marineras que las anteriores, y que ya empezó á adoptarse en ellas las velas latinas. La *galera* fué dominando en las escuadras reales con ventaja, pues su gran número de remeros las impulsaba vigorosamente y su poco calado las permitia acer-



LOS INFORTUNADOS, cuadro por Juan Geoffroy



EL TOQUE DEL AVE MARIA, cuadro por C. Beeker

carse mucho á las costas; llevaban dos mástiles colocados muy á proa con grandes velas latinas. Usábanse tambien las *fustas*, *leños* y otras embarcaciones menores. Estas naves pasearon por todo el Mediterráneo las gloriosas enseñas de Aragon y Castilla durante los siglos XIV y XV.

Tampoco hay seguridad completa relativamente á la forma de las célebres carabelas de Colon, si bien ateniéndonos á los datos legados por los contemporáneos, el célebre piloto Juan de la Cosa entre otros, y á la autoridad de ilustrados marinos, como el erudito Sr. Fernandez Duro, dichas embarcaciones eran más grandes de lo que generalmente se cree, de marcha rápida y de construccion sólida, con dos castillos alterosos á popa y á proa, más elevado el primero que el segundo, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo, y trinquete y mesana latina. La marina mercante adoptó en los siglos XV y XVI este tipo de barco por su construccion económica y ligereza en el andar.

Vense á continuacion en el grabado las naves con que los holandeses suplantaron á los portugueses en Oriente y que perfeccionaron lo bastante para pasar largo tiempo como maestros en construccion. El aspecto de los dos lados de la línea de separacion muestra la diferencia producida por los mares, pues por una parte las aguas más tranquilas del Mediterráneo dieron orígen á la embarcacion baja y larga que recibió el nombre de *sutil*, y predominó siglos enteros en dicho mar con sus remos hasta fines del siglo XVII, y por otra parte vemos el buque redondo, grueso, corto y más alto que, más á propósito para las olas del Océano, casi no usó más que velas cuya maniobra requeria pocos brazos, y en el cual se podian hacer largos viajes que con las galeras no era dado efectuar á causa de los muchos víveres que necesitaba su numerosa chusma. Esta division, marcada por la linea trazada en medio del grabado, ha subsistido hasta que el aparejo y el arte de manejarlo llegaron á ser bastante perfectos para navegar sólo á impulso del viento, pudiendo decirse que á este arte de dirigir la maniobra del velámen se debe el conocimiento del mundo que la galera no habria podido recorrer jamás.

Todos estos barcos llevan velas cuadradas, algunas superpuestas y aferradas á sus gavias y no á las vergas, como posteriormente: además tienen ya timon de goznes, cuya primera época es difícil fijar, pero que es una invencion importante que parece perteneciente á Europa, así como el modo de acomodar las velas á la fuerza del viento tomando rizos. Merced á ambos inventos, se pudo agrandar el barco y darle un motor más poderoso, y por consiguiente afrontar mejor los temporales navegando distancias cada vez mayores. De doscientos años á esta parte, han permitido tambien maniobrar buques de cinco puentes superpuestos, cuatro de ellos armados de cañones que pesaban cuatro millones y medio de kilógramos, y desplegar casi 4,500 metros cuadrados de velámen, que el hombre ha podido manejar con sus débiles manos en todo tiempo.

El segundo grabado ó sea el inferior representa los adelantos marítimos de toda clase; la galera armada de cañones, así como la galeaza que no cambia ya hasta su desaparicion de la escena marítima; la vela latina consagrada especialmente á la navegacion por el Mediterráneo y que continuó usándose en los elegantes jabeques hasta principios de nuestro siglo, presentando así los últimos restos de una marina especial desaparecida á causa de la adopcion de tipos propios para todos los mares, figurados en las últimas líneas del dibujo.

El navío de guerra recibió su perfeccionamiento á mediados del siglo XVII, sirviendo de ejemplo el que representa el francés *La Corona*, buque que ofrece una mezcla de las velas del Océano y de un resto de los usos del Mediterráneo, por su proa larga y baja, y por su popa, de altura exagerada; dos escesos que no se remediaron sino despues de muchos años, como se puede ver examinando el navío holandés de 1680 y el *Royal Louis* de 1692. Nótase que el aparejo es muy extenso y la maniobra más fácil: sólo el bauprés no estaba bien situado ni bastante sostenido con cuerdas, porque aún se tenia mucho empeño en defender los extremos del buque, lo cual era necesario, porque en tiempo de calma el navío estaba inmóvil, al paso que la ligera galera tomaba las posiciones que queria; mas era ya sobrado débil su artillería y no se la podia dar mayores dimensiones para que llevase más, razon por la cual se habia renunciado tambien á la galeaza. Por esto el papel de las galeras fué declinando á medida que se perfeccionó el navío, y desapareció poco á poco de las escuadras, siendo probable que la última la emplearan los rusos en el mar Negro en 1796.

Siguiendo el órden cronológico, vése cómo se disipan cada vez más las formas de la galera, y cómo se da ménos altura á las popas, elevando en cambio los costados y las proas hasta ponerse á nivel con aquéllas; el velámen adquiere una extension de la que apénas ha excedido ya; la maniobra corriente toma buenas direcciones y la arboladura va sólidamente sujeta con muchos obenques y estays. Si el *Sin Par* de 1770 apareciese hoy en nuestras radas, nada tendria que envidiar en cuanto á la esplendidez de sus ornamentos. Tambien se notará poca diferencia entre el *Wagram* de 1800 y otro navío del mismo género modificado en sus partes superiores, el *Montebello* de 1835, que termina la hermosa serie de los navíos de vela de doscientos años á esta parte. Al lado del más poderoso de los buques de guerra, habia otros menores; como los navíos de 80, de 74 y por fin las fragatas que en su conjunto apénas diferian de ellos más que por el número de cañones Por último, las corbetas sólo los tenian sobre cubierta: todos estos buques eran de tres palos, pero la ventaja de la division de las velas tiene un límite, y disminuyendo de tamaño, los navíos se convertian en bergantines de dos palos ó en goletas de velas trapezoidales ó en balandras.

La serie de barcos figurados en el dibujo permite apreciar estos cambios y admirar los resultados de la ciencia y de la industria humana durante los últimos siglos. A esto se habia agregado la buena distribucion interior y un órden admirable, que habian hecho la residencia en el mar tan salubre como la de las viviendas terrestres y que contrastaba con las enfermedades que aún á principios del siglo hacian de la navegacion un juego de azar casi tan peligroso como la guerra. Todo esto era obra del hombre, resultado de su destreza, del conjunto de sus esfuerzos; él es quien enseñoreaba un velámen que á veces tenia 4,500 metros de superficie, que desplegados daban al navío el aspecto de una catedral vista de lado; él, quien aprovechando los vientos, llegaba con seguridad á su destino; jamás se han demostrado mejor la inteligencia y el arrojo; pero tambien, ¡cuánta destreza y audacia se habian de emplear en las vergas cuando hacia mal tiempo! Aún no se habia presentado la máquina para unir sus esfuerzos á los del hombre, con la cual se ha llegado á tal grado de perfeccion que el navío de vela se ha visto desdeñado; el majestuoso tres puentes, la elegante fragata han sido el canto del cisne de la marina de vela, y quizá tambien el de su inteligente oficial y el de su bravo marinero; la destreza y la audacia han sido reemplazadas por la fatiga y la suciedad; el humo ennegrece las velas y hasta se renuncia á emplearlas; pero en cambio la calma y el viento contrarios son hoy tan desconocidos como entorpecedores ántes. Hoy basta poner una máquina á un barco para que reuna todas las cualidades apetecibles, y áun se le cubre de hierro para hacerlo invulnerable; pero la ciencia moderna ha preparado ya un reptil terrible; el torpedo; y el leon deberá temer á la pequeña serpiente.

UN PIANO DE ERARD

La sala cuadrada del Conservatorio, destinada al público, estaba llena de gente. A la cabeza, y á un lado de la escena, se veia con su aspecto serio y misterioso la mesa del tribunal de exámenes. Porque, en efecto, el espectáculo que allí atraia la curiosidad de tantas personas, era la distribucion de premios entre los alumnos del dulce arte de la música. Coronaba todo esto un magnífico piano, donde los contrincantes debatian el tema del programa. Este instrumento se adelantaba hácia el proscenio, y parecia mostrar sus blancos dientes de marfil á aquel que no aplaudiese á las muchachas bonitas que llegaban á acariciarle.

Era el último dia de ejercicios. Durante un mes entero, pudieron oir las golondrinas apostadas en los balcones de la sala, una misma pieza, repetida hasta lo infinito. Era una pieza de Chopin, llena de cascadas de armonía y de reptiles de notas. Saltaban aquellas, esplendorosas como sábanas de íris; retorcíanse estos como collares de guijarros. Y entre gammas y arpegios, escalas y compases, trinos y gorjeos, aquella maravillosa partitura fué pegándose, por decirlo así, á la pared, semejante á un tapiz desenrollado por completo.

Por fin, el último de los alumnos tocó sobre el clave sonorísimo la pieza de oposicion. Los plácemes del auditorio extinguiéronse entre las voces del que pregonaba la lista de los artistas agraciados; y ya se disponian á salir á la calle los espectadores, cuando un preludio, ejecutado en el piano, los hizo volver atrás.

—¡Aún queda otro!—prorumpieron varios aficionados.

—¡Luces! ¡luces!—exclamó una parte de la gente.—¡Luces, que no se ve al que toca!

—Pero, señores, si ya nadie queda por examinarse—vociferó un juez del tribunal.

—Será algun chusco -dijo un señor grave—que se quiere divertir con nosotros.

Pero la pieza de Chopin, pues no era otra la que en aquel momento se tocaba en el piano, seguia su curso, cada vez más pujante y estruendosa, y con un desempeño magistral. No se oia el traqueteo de las teclas que tanto desperfecciona la pureza de los sonidos. Era aquello como una música aérea, tocada por manos invisibles. Algo de sobrenatural levantando en sus alas, y sutilizando alguna realidad del mundo. Bien pronto, la gente que escuchaba quedó estupefacta, clavada en su sitio, consagrada completamente á la percepcion de aquella tan inesperada como mágica aventura.

—¡Bravo! ¡Bravo! gritaban de todos lados.

—Ese es quien debe llevarse el premio—decia una voz de artista despechado.

—Pero ¡si es colosal!

—¡Si es un pianista de primer órden!

—Calladse; que quien está tocando es el Maestro Arpegios.

Entre tanto, la multitud habia invadido el proscenio Un aglomeramiento espantoso bullía hácia aquel lugar. Los hombres, por algo son los más fuertes, saltaban sobre las mujeres, sin atender á delicadeza ni cortesía alguna y se lanzaban al tablado, donde campeaba el piano. Era aquello un hormigueo de levitas negras, de calvas relucientes, de cuellos blancos, destacándose de una manera vivísima sobre el fondo oscuro.

Tras breves momentos aparecieron algunas luces en la escena. Todos los ojos fijaron allí, con una avidez indecible de suprema angustia, sus miradas más penetrantes y escudriñadoras. Esta expectativa febril descomponia los rasgos del rostro haciendo aparecer todas las caras desencajadas. Dijérase que se asistia á la consumacion de un crímen, que se presenciaba una catástrofe vigorosamente representada en un drama.

De pronto, cuando ya las luces llegaron al lugar del piano, todos los que le rodeaban lanzaron un grito poderoso, horrible, aterrador.

—¡Dejadnos ver! —tronó la muchedumbre.

Y, en efecto, á poco, quedó vacío el escenario.

Entónces pudieron todos contemplar que el piano, que aún seguia tocando.... ¡estaba solo!

—¡Es extraño!

—¡Es sorprendente!

—¡Es maravilloso!

Decian los concurrentes, mirándose unos á otros.

—Aquí hay mácula—murmuró un hombre que tenia aspecto de jefe de policía;—¡que registren ese piano!

Realmente, á los ojos de la razon, un piano que toca solo no podia verificarlo sino por medio de un resorte. Todas las familias de los escolares se alborotaron creyendo, como cosa indudable, que aquel piano tenia dentro un cilindro convenientemente dispuesto para dar forma á todos los puntos del tema. Bien pronto, ya no hubo persona que no tuviese aquel piano por un piano de manubrio.

Los jueces, sin embargo, mandaron abrir y descomponer el instrumento á vista del público. Pieza por pieza, fué extendiéndose todo él sobre el escenario, el cual, rociado de tantos trozos informes de marfil, de hierro y de madera, parecia un campo de batalla cubierto de restos.

Pero, entónces, tuvo lugar otro fenómeno aún más maravilloso. De cada trozo salia sonando la partitura de Chopin; mas con tal precision se ajustaba cada cual de las partes componentes á la armonía comun, que el todo resultaba una obra agrandada, agigantada, avasalladora de ejecucion y de melodía.

Ya no cabia duda de que allí habia algo superior al artificio del hombre. Todos los espectadores salieron á la calle, convencidos plenamente de que habian asistido á un espectáculo de magia. El Director del Conservatorio remitió el piano á su dueño, diciéndole lo ocurrido.

El piano pertenecia á un fabricante, el cual habíalo remitido á la escuela de música para que con los ejercicios de los examinandos perdiesen su dureza original las teclas del instrumento. Era, por lo demás, un magnífico piano-muestra, un soberbio y lujoso *Erard.* Palo santo, nácar, oro, marfil, concha, cristal, hé aquí las materias de que estaba formado. Podia decirse de él, que era una boca de coral encerrando un suspiro.

Harto sintió el fabricante de pianos la desventura de su *Erard.* Primeramente abrigó la idea de que reduciria á razon su loco clave. Pero, despues, comprendiendo su impotencia, y que el piano, de dia y de noche, seguia tocando la pieza de Chopin, se puso furioso. Una vez, por fin, desesperado, tomó una hacha, y empezó á golpes con su precioso instrumento. Los pedazos volaban por el aire, caian al patio, se escondian en los rincones, plantábanse sobre las cómodas; pero, la música no cesaba. Oíanse dos astillas de caoba formar un duo de notas deliciosas; varias espinas de hueso, vibrar en fila componiendo un coro encantador. Era aquello una serie de fonógrafos multiplicados hasta lo infinito y hasta la eternidad.

El fabricante, por último, arbitró un extremo recurso. ¡Al fuego!—dijo, y no quedó partícula del piano que no fuese reducida á cenizas. Sin embargo, en las noches de viento, oíanse sonar sinfonías extrañas en lo alto de la chimenea.

Y es que toda costumbre, fuertemente impresa en nuestro sér, áun convertida en humo, guarda siempre ecos de lo que fué, representó, amó ó contrahizo en su orígen.

JOSÉ DE SILES

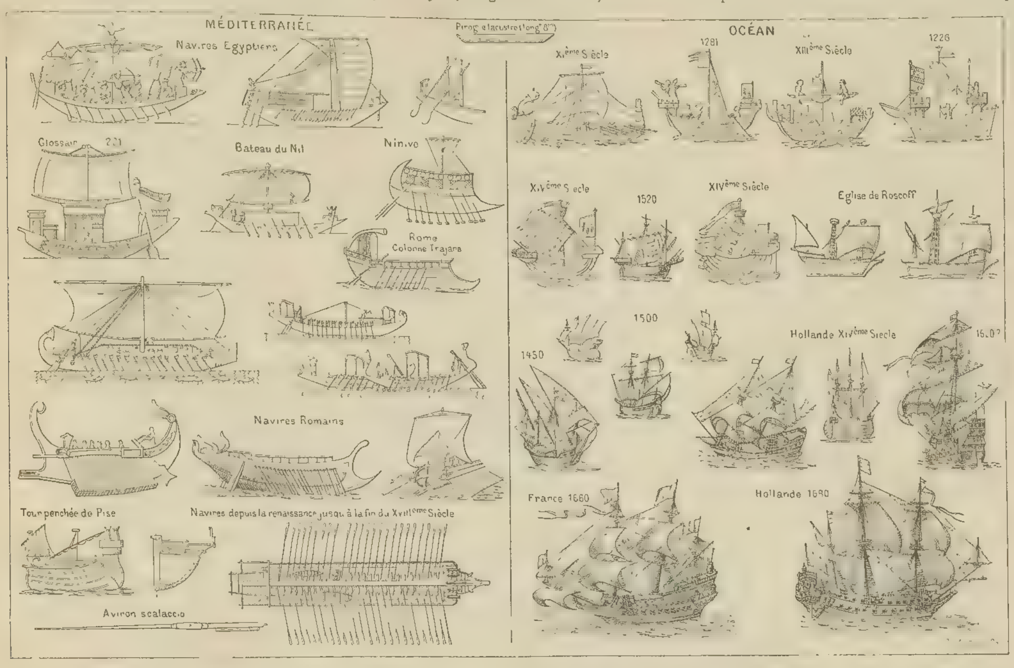
LA ESCULTURA CASTELLANA

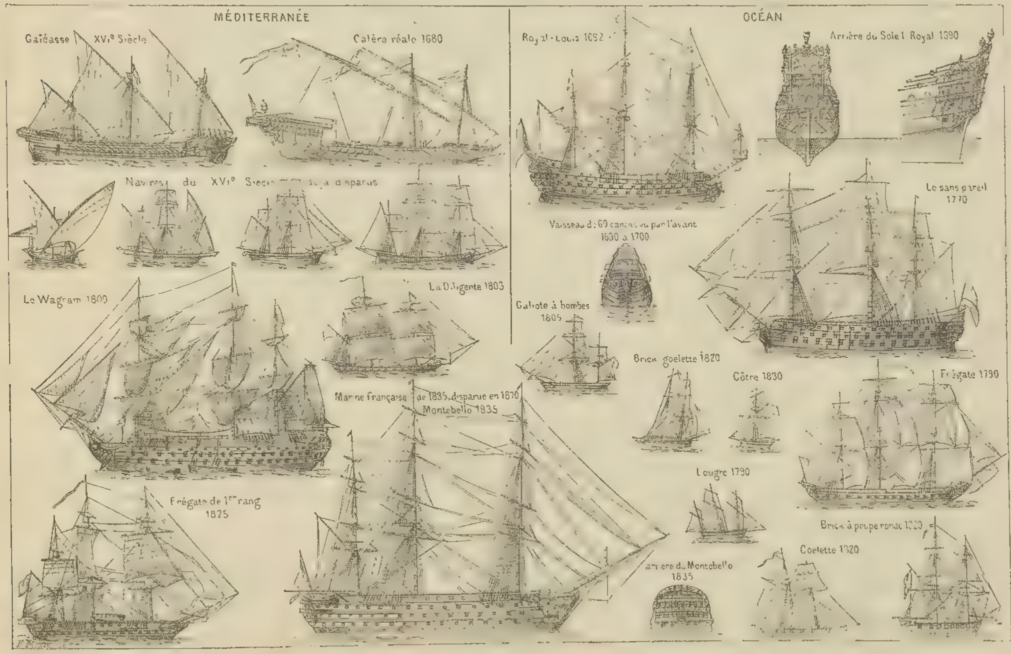
Tras el influjo francés en nuestra escultura románica y gótica, vino el flamenco, al decaer aquel último estilo y entrar á reinar la casa de Borgoña. Gil de Siloe, Rodrigo Aleman, Dancart y otros muchos representan esta tendencia en retablos, portadas, claustros, sepulcros, sillerías, trascoros, imágenes, etc. Su influjo debia, sin embargo, ceder á su vez ante otro más potente, que fué, despues de varias oscilaciones, el que prevaleció al cabo, dando el impulso definitivo de que ya no habria de apartarse en general nuestra escultura. Este influjo fué el del Renacimiento italiano, espléndidamente manifestado en ejemplares tales como la fachada de la Universidad de Salamanca, ó la de las Casas Consistoriales de Sevilla, y que no es sólo en la escultura principalmente decorativa donde debe ya estudiarse; pues, á partir de este tiempo, la estatuaria independiente tomó inmenso desarrollo y, bajo esta inspiracion, produjo considerable número de imágenes destinadas á la veneracion de los fieles y concebidas ya sin sujecion á una determinada construccion arquitectónica, sea sepulcro, retablo, portada, etcétera. La talla en madera, á que habian dado grandísimo desenvolvimiento dos de los elementos más importantes y característicos de las iglesias españolas,—los

retablos y las sillerías de coro,—predominó sobre las otras formas y materiales; y pintándose, dorándose y estofándose casi siempre, se hizo el tipo nacional por excelencia de nuestra escultura. Crucifijos, estatuas aisladas de santos, y grupos, á veces complicadísimos, y principalmente destinados á los «pasos» de Semana Santa, son ahora los asuntos que preponderan respecto de todos los demás, ántes familiares.

De las tres grandes regiones artísticas donde se experimenta más decididamente este influjo, á saber, la oriental (Aragon, Cataluña, Valencia), la meridional (Andalucía y Extremadura) y la central (las Castillas), la última es la primera, por lo ménos en el órden del tiempo. ¿Qué nombre español, por ejemplo, puede ponerse al lado del de Berruguete en todo el siglo XVI? Balmaseda, Villalpando, Juan de Juni, Gregorio Hernandez, Becerra mismo, quedan muy por bajo. Ninguno muestra aquella energía de idea y de composicion, aquella grandiosidad, aquella nobleza, aquel aliento que viene derecho de Italia, pero que, del lado acá del Pirineo, sólo él sabe sentir cual corresponde.

Téngase en cuenta, sin embargo, que esta superioridad incuestionable de Berruguete no arguye precisamente imponderable mérito absoluto. El es nuestro primer es





DESARROLLO DE LA MARINA, (grabado tomado del periódico LA NATURE de Paris)

cultor del Renacimiento; pero, comparado con sus compañeros de Italia, que siguen como él la direccion impresa á su arte por Miguel Angel, apénas llega á la excelencia de un Juan de Bolonia, por ejemplo, ó de un Pompeyo Leoni, cuyas obras, de que tan nobles muestras poseemos en el Escorial, en Valladolid y en Madrid, le aventajan en sobriedad, clasicismo y pureza. El genio español ha sido, más bien que escultural, pictórico.

Nacido Berruguete en 1480 en Paredes de Nava, en el corazon de lo más castellano de Castilla, y sobre todo de esa Castilla la Vieja, tan grave, tan adusta, tan entristecida, tan pálida, cuyo paisaje, como ha dicho un pensador original, está en el cielo, es decir, en las pompas de su azul profundo hasta la negrura y de sus incomparables celajes, estudia con Miguel Angel en Florencia; vuelve 15 ó 20 años despues á España, y bajo la proteccion de las clases ricas, empuja briosamente la tendencia que empieza á significarse por entónces en pro de la imitacion italiana. El reinado de Cárlos V señala, como en Francia el de su rival Francisco I, la preponderancia de este gusto entre nosotros; de la propia manera que el de Fernando é Isabel coincide con las últimas llamaradas del gótico y comienzos del plateresco. Viene éste á mezclar formas y motivos italianos á las principalmente flamencas con que se despide en España el estilo ojival, hasta tanto que esas formas, emancipadas y victoriosas del gusto espirante, adquieran cabal independencia en el puro Renacimiento que á poco se ostenta ya en Sevilla, en Granada, en Leon, en Búrgos, en Salamanca, en Zaragoza, en Toledo. Desde su vuelta, hasta 1561, en que muere en esta última ciu-

dad, y en un salon del mismo hospital de Tavera, donde acababa de terminar el sepulcro del Cardenal fundador, su postrera obra, no sólo Castilla, sino toda España, hierve en monumentos y esculturas conformes al nuevo estilo y nacidas al estímulo del artista castellano, escultor, pintor y arquitecto á la par, como su maestro y en general como los más de los insignes promovedores del bello arte en Italia. A juzgar por el inmenso número de obras que corren con su nombre, y no obstante una vida de 80 años y de más de 60 de actividad creadora, hay que suponer que en muchas de ellas, sobre todo en las más complicadas, sus concepciones han debido ejecutarse por multitud de discípulos, pero bajo su direccion y áun con su intervencion frecuente; práctica por lo demás usual y cuya realidad confirma en muchos casos lo desigual del desempeño.

VASIJA DE JASPE ARTIFICIAL

El carácter de este escultor se advierte al punto en la castellana gravedad y reflexion del pensamiento; en la nobleza y amplitud de la composicion; en el vigor de las actitudes, que llegan muchas veces á ser exageradas y violentas; en la firmeza del dibujo; en el esmerado y concienzudo estudio de las cabezas (la parte quizá más sobria de sus estatuas), desnudos, paños y toda clase de pormenores; y por último, en el sabor de la grande escuela, merced á la cual, áun en medio de sus mayores extravíos, sabe guardar una nobleza que le impide caer en vulgaridad ni medianía. Por lo comun, no es gracioso, ni distinguido, ni elegante; sino varonil, rico, severo, complaciéndose en representar la robustez de la musculatura contraida bajo los más penosos y hasta inverosímiles esfuerzos, ántes que la facilidad de una vida que nada oprime ni perturba. Queden para otros la serenidad, el reposo, la plácida sonrisa de los dioses griegos; él prefiere el romano espectáculo de la lucha que retuerce las formas hasta la contorsion en el atleta y en el dios, en la mujer y el jóven, en el viejo y el niño. Su más famosa obra (la mitad de la sillería alta de la Catedral de Toledo); la más suave y de movimiento más sobrio (el sepulcro del Tostado, en la de Avila); la más noble y hermosa (las estatuas del retablo de San Benito, en Valladolid, muy superiores á la renombrada sillería del mismo convento y ciudad), muestran siempre las mismas virtudes y los mismos defectos, eclipsados á veces por aquellas, como en el hermoso grupo del sacrificio de Isaac perteneciente al retablo citado y que puede admirarse en el Museo de Santa Cruz.

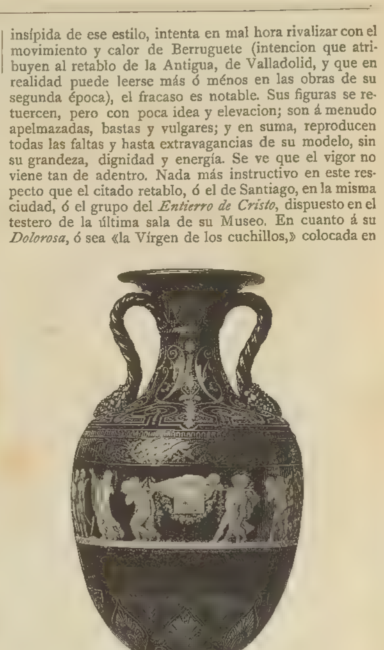
¿Cabe decir otro tanto de los demás escultores castellanos? Descuella entre todos los del tiempo Gaspar Becerra (1520-1570); pero, suponiendo que, á pesar de su orígen andaluz, deba colocársele entre los artistas de Castilla, por ser esta la region donde vivió ,y donde se acabaron de formar su espíritu y su fantasía, educados, cual los de Berruguete, en Italia, bajo la inspiracion del mismo inimitable modelo, es lo cierto que, como no sea en el célebre retablo de Astorga, que no he visto y pasa por su obra maestra, en lo demás permanece inferior á Berruguete. Hay en él, cierto, mayor sobriedad y naturalidad en el movimiento, y tal vez más poética expresion en los rostros, que preludian ya el místico romanticismo de la escuela andaluza del XVII, llegada á su apogeo con Montañés, Roldan y Cano; pero la primera cualidad no siempre viene de la conciencia de una fuerza superior que sabe contenerse y dominarse, sino de debilidad; y con la segunda anuncia en algun modo la decadencia de



VASIJA DE PORCELANA EXISTENTE EN EL MUSEO DE KENSINGTON

la estatuaria, que olvidando su primera mision (la representacion íntegra de la forma corporal humana), pugna por competir con la pintura, concentrando la expresion en el rostro y desdeñando el resto de la figura, hasta el punto de acabar por sustituirla con un maniquí escondido bajo vestiduras ricamente bordadas.

En cuanto á Juan de Juni, otro de los más célebres, y, aunque extranjero, de los más genuinamente españoles por el tono general de sus obras, es inferior aún. En su primera manera, conserva todavía un cierto sabor purista y semi gótico, tan agradable como el que se advierte en la Vírgen del altar mayor de la Catedral nueva de Salamanca; pero cuando, descontento de la tranquilidad un tanto insípida de ese estilo, intenta en mal hora rivalizar con el movimiento y calor de Berruguete (intencion que atribuyen al retablo de la Antigua, de Valladolid, y que en realidad puede leerse más ó ménos en las obras de su segunda época), el fracaso es notable. Sus figuras se retuercen, pero con poca idea y elevacion; son á menudo apelmazadas, bastas y vulgares; y en suma, reproducen todas las faltas y hasta extravagancias de su modelo, sin su grandeza, dignidad y energía. Se ve que el vigor no viene tan de adentro. Nada más instructivo en este respecto que el citado retablo, ó el de Santiago, en la misma ciudad, ó el grupo del *Entierro de Cristo*, dispuesto en el testero de la última sala de su Museo. En cuanto á su *Dolorosa*, ó sea «la Vírgen de los cuchillos,» colocada en la iglesia de las Angustias y en la cual quizá se inspiró Corral más tarde para la suya en la Vera Cruz de Salamanca, es amanerada, aunque de más varonil estilo que la obra de su imitador.



JARRON DECORADO CON ADORNOS GRECO-ETRUSCOS

En Valladolid puede estudiarse, como en parte ninguna quizá, á otros escultores castellanos. Si desde Berruguete á Juni, el arte decae, mayor es todavía el descenso desde Juni á Gregorio Hernandez, sucesor de ambos en el órden del tiempo (1566-1636), y áun del último en la casa y taller, pero que seria temeridad comparar un solo instante con el ilustre hijo de Paredes. Su *Santa Teresa* y su *Cristo* son estatuas medianas y agradables; pero nada más. Su famoso *paso* del *Descendimiento*, en la iglesia de la Cruz (donde abundan sus obras) y su otro *Descendimiento* en la primera sala del Museo, son muy desiguales; y aunque sólo habrá hecho él las principales figuras, éstas tienen poco interés, ménos sentimiento y ninguna delicadeza, siendo tan vulgares algunas que cuesta trabajo comprender cómo ha podido su autor adquirir, áun en España, modernamente tan pobre en este arte, el renombre de que en general viene gozando.

Dejando ya á Jordan, Villalpando, Doncel, Juan de Badajoz, Covarrubias, y tantos otros herederos de estos principales representantes de la escultura castellana y concluyendo por una observacion general sobre el conjunto de esta escuela, podria decirse que su más alta personificacion se halla sin duda en Berruguete, y en el herrero Vergara, cuyos sucesores, faltos en general de sus cualidades, han solido exagerar sus defectos. Es la escultura castellana, por lo comun, escasa de idea y de sentimiento, sólida y maciza, por decirlo así, grave, austera, solemne. Notoriamente discípula de la gran escuela de Miguel Angel, cuando conserva un soplo del espíritu italiano, mejora en pensamiento, en vigor y en gracia; cuando esto no acontece, es seca, fria, desgarbada, basta, y en general insignificante, oscilando entre la vulgaridad y el amaneramiento.

Sin embargo, Berruguete solo bastaria á librarla del olvido, no obstante la respetable, pero apasionadísima opinion de Street, quien jamás encuentra ocasion de aprobar obra alguna del Renacimiento: sirva de muestra lo que dice precisamente á propósito del hermoso retablo de San Benito, ántes citado: «la arquitectura es mala, la escultura es mala y el pormenor es malo; todas las tres cosas son malas en su género, y su género el peor posible.»

La frase es feliz y graciosa; pero el pensamiento se recomienda á la indulgencia y humanidad de lós lectores.

F. GINER DE LOS RIOS



UN MODELO, tipo por J. Marqués

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1883 — NÚM. 94

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La atmósfera patriótica.—El frio y las playas francesas.—*Todo Madrid* se halla en Madrid.—Banquete en honor de Colon.—Tierra y huevo.—La dimision del marqués de Urquijo.—Planes frustrados.—Los consejos y el concejo.—Los cementerios de Chamberí—Razonamientos de un vecino.—Libros nuevos.—Los primores de Pedro A. de Alarcon.—El dibujante Cilla.

Merced al patriotismo de la atmósfera se hallan ya entre nosotros todas las familias que aún permanecian en las playas francesas. La temperatura se enfrió de una manera rápida é inesperada; el cielo se cubrió de nubes, y por la tierra se extendió un insoportable tapiz de barro.... Hasta llegó á nevar en algunos puntos.

En vista de esto se dijeron los españoles que todavía se hallaban en Francia:

—Llegó la hora de regresar á nuestra querida patria. Demos prueba de no permanecer indiferentes á los sentimientos nacionales. Vámonos á Madrid, y busquemos el calor de la patria en las *soirées* invernales, en las representaciones del teatro Real, en los conciertos y demás diversiones públicas, hasta el verano próximo, por lo ménos....

Y hé ahí que todas las ilustraciones madrileñas, las damas de alto copete y de extraordinaria hermosura, los personajes políticos, las altas individualidades de la ciencia, de la banca y del comercio pululan ya por Madrid, fraguando planes para la temporada que de un modo brusco se nos ha venido encima.

Sí; la entrada del frio ha sido intempestiva.... Se ha colado de rondon sin aviso prévio. Llegó callandito, silencioso, caminando con las puntas de los piés, como la bailarina Limido, y esparciendo sobre nosotros, á boca de jarro, esta órden imperiosa:

—¡Gabanes! caballeros, gabaneros, abrigarse bien si no quieren coger una pulmonía ó cuando ménos un fuerte constipado que no se lo quiten de encima hasta abril del año que viene.

En honor de la verdad la mencionada órden ha sido obedecida. Ya parecen las calles de Madrid sucursales de Rusia.

Sólo se ven algunos infelices con levitilla de verano. Confiaban en la fuerza de la costumbre y en la inflexibilidad del almanaque; creian que aún habia de durar quince ó veinte dias la placidez de la atmósfera y la suavidad de la temperatura.

Se han visto de repente sorprendidos, á traicion, á mansalva, contra todos los principios beligerantes.

Y han dicho para sus adentros:

—¡Es fuerte *empeño* el del invierno en manifestarse tan de sopeton, cuando nosotros tenemos aún la capa *empeñada!*

***

El teatro *Real* abrirá pronto sus puertas; pero ántes de que se esparzan por aquella aristocrática sala las sublimes concepciones de los maestros del divino arte, las chillonas pinturas del techo presenciarán desde su altura un banquete monstruo, fenomenal en honor de Cristóbal Colon.

Mucho se habla de esta reunion que ha de celebrarse en el teatro Real el dia 12.

Los periódicos han publicado notables listas de personas adheridas á la idea del banquete. El *menú* dicen que lo va á servir Lhardy, el rey de nuestros reposteros; y se anuncian discursos de varios oradores elocuentes.

España y América se darán allí un efusivo abrazo y un cordial apreton de manos.

En este banquete no se dará la castaña á nadie; se dará la piña, la guayaba, y demás frutos coloniales. Será de rigor el rociarse con agua de Colonia.... Y á los postres, á manera de manjar emblemático, y ántes de que los ricos vegueros de la Vuelta de Abajo produzcan espirales de aromática humareda, cada individuo recibirá un huevo sobre un plato.

La operacion que se habrá de hacer con él, se reducirá á lograr que se mantenga levantado sobre la punta.

Despues podrán venir los discursos, encomiásticos, fervientes sobre Cristóbal Colon, en mi concepto, uno de los más egregios varones que la humanidad ha producido. Pero ántes de celebrar el triunfo del ilustre genovés sobre la incógnita Naturaleza, convendrá recordar sus luchas con la enconada envidia de los hombres.

El grito de ¡Tierra!... ¡tierra! es la victoria de Colon sobre el universo.

Miéntras que el acto de plantar el huevo, de pié, es la victoria del ilustre navegante sobre la malignidad humana.....

¡Y la mayor parte de las veces la lucha con los hombres es más terrible que la lucha con los desatados elementos de la Naturaleza!

***

¡Dígalo, sino, el Marqués de Urquijo!

¿Qué le importaba al que fué ayer alcalde presidente del ayuntamiento de Madrid, ver las condiciones insalubres de esta capital y la aridez de sus alrededores? ¡Nada! Todo lo hubiera vencido su fuerte voluntad encaminada al bienestar del vecindario. Pero tuvo que luchar con los concejales, y cayó rendido.

Hace pocas mañanas que el vecindario de Madrid recibió al despertarse esta incomprensible noticia:

«El señor marqués de Urquijo ha salido de la capital para sus posesiones de Moraleda.»

Luégo se supo que habia dimitido el cargo que tan acertadamente desempeñaba.

Supóned que una noche viéramos en el baile *Excelsior* á la luz huyendo precipitadamente... ¡Nos llenaríamos de asombro!

Pues lo mismo nos sucedió al ver que se marchaba el marqués de Urquijo.

No ha sido una dimision; ha sido una evasion.

El ilustre presidente del ayuntamiento huye de los concejales. ¿Por qué? No entra en mis atribuciones el ahondar semejante terreno.

Pero lo cierto es que el expresidente del ayuntamiento de Madrid se habia granjeado con sus propósitos el aprecio público.

Es un acaudalado personaje, que sin duda se proponia dejar en Madrid gratísima memoria de su gestion administrativa; y aspiraba tal vez por único premio á tener en lo porvenir en alguna calle ó plaza de esta capital, como Pontejos y Mesonero Romanos, un busto ó una inscripcion que perpetuara su nombre.

Parece que han sido vanos todos sus esfuerzos. Sus planes reformistas han hallado oposicion formidable en gran parte de los miembros del municipio.

El señor Marqués ha dejado al partir los doce mil duros de su peculio particular que habia prometido para hermosear con arboles la capital y sus alrededores.

Es un donativo que le honra y le enaltece.

Todo Madrid lamenta su dimision; y los periódicos de más importancia han publicado sendos artículos referentes á este delicado asunto.

Yo sospecho que el señor Marqués de Urquijo no querrá oir hablar en mucho tiempo de cuestiones concejiles.

Seria capaz de no parar hasta los confines del mundo si supiese que álguien habia de molestar sus oidos con razones que al ayuntamiento se refieran.... y el grave compromiso habrá sido para el alcalde de Moraleda si al saber la llegada del ilustre Marqués se ha presentado á cumplimentarle.

—¡Basta!... ¡basta! —le habrá dicho.—Considéreme V. como un amigo; pero ¡por Dios! no enarbole V. delante de mí su vara de alcalde. Yo me propuse dar en Madrid cumplida satisfaccion á los buenos *consejos* del vecindario; pero no he podido aguantar el *concejo.*

***

Hay en esta capital un populoso barrio que vive casi constantemente en íntimas relaciones con los muertos.

Es el barrio de Chamberí, rodeado de cementerios y molestado por los miasmas que despiden los depósitos de cadáveres.

Los habitantes de Chamberí no tienen el gusto de los antiguos, que celebraban banquetes en presencia de los restos de la familia.

Hoy han cambiado las cosas. Cuando uno se asoma á un balcon desea verlo todo, flores, árboles, carruajes y peatones transitando por la calle.... todo, ménos gozar la perspectiva de los cementerios.

Esta cuestion será eterna. Los vecinos se quejan; hacen instancias, dictan protestas, publican comunicados... ¡Que si quieres! Los cadáveres permanecen junto á sus viviendas llenando sus pulmones de partículas mefíticas é insalubres.

Ayer me decia uno:

—Mi corazon es un cementerio. Desde jóven perdí mis ilusiones y levanté en honor suyo un magnífico mausoleo en el fondo de mi alma... Despues me hicieron traicion varios amigos y me engañaron algunas mujeres.... ¡Tuve que construir otra serie de tumbas dedicadas á la amistad y al cariño amoroso!.... Creí en algunos gobernantes, y hoy los tengo en el corazon convertidos en pavesas. Me acogí á los ideales artísticos. Sucesivamente fuí clásico, romántico, naturalista; y todas esas formas van cayendo en mi opinion cortadas por la segur del desencanto. Con las primeras canas levanté un monumento mortuorio á mi juventud.... Hoy, ni canas me quedan ya.... Hoy estoy calvo, pero con una calvicie parecida al mármol de mis tumbas.... De modo, amigo mio, que yo soy una necrópolis viviente; pero entierro dentro de mí los cadáveres que me pertenecen, las ilusiones, las dichas, los ensueños, las esperanzas, la juventud, el amor... ¡Y no estoy dispuesto á vivir en compañía de los difuntos que los coches fúnebres llevan diariamente en gran abundancia á los cementerios municipales!

Los vecinos de Chamberí se quejan con muchísima razon. Por esto mismo quizá no se les atiende. Vivimos en la época de las *sinrazones.*

***

Han aparecido en los escaparates de las librerías dos volúmenes nuevos.

Prescindiendo de la impresion de esos libros, que está hecha con gran esmero, bastará decir el nombre de los autores para dar á comprender su importancia.

Uno de ellos se titula: *Historia de las ideas estéticas en España* y está firmado por D. Marcelino Menendez Pelayo.

El otro es de D. Pedro A. de Alarcon y lleva el título de *Juicios literarios y artísticos.*

El primoroso estilo del Sr. Alarcon es conocido de todas las personas que leen en España.

En este volúmen van contenidos varios trabajos de los tiempos juveniles del autor y otros de fecha más cercana. Pero en todo el libro brilla esa mágica forma, ese ropaje esplendoroso que constituyen la peculiaridad inimitable del autor de *El sombrero de tres picos.*

Tener un libro de Alarcon entre las manos y hojearle, es tener una sarta de perlas y entretenerse en irlas desgranando.

***

Se hablaba en un círculo del dibujante Cilla.

—Dibuja bien, decia uno; pero ¡es lástima que se llame ese nombre!

—¿Por qué?

—Porque á la menor desgracia que le suceda se expone á perder la personalidad masculina.

¿Cómo es eso?

—Sí; porque todo el mundo exclamará entónces:— *¡Pobre-cilla!*

PEDRO BOFILL

Madrid 10 octubre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach

Forma parte este retrato de aquella galería berlinesa de tipos bellos, de que la *Ilustracion artística* ha publicado ántes de ahora varios ejemplares.

A simple vista se echa de ver que, á pesar del nombre que lleva el cuadro, su autor no se ha propuesto pintar escrupulosamente á la célebre emperatriz, escándalo de su tiempo. Pero si el aficionado trae á la memoria las escenas que tan triste fama dieron á la esposa del emperador Claudio, es indudable que Kaulbach ha reproducido tal como la imaginacion se la figura, á la mujer ambiciosa, disoluta, cruel, que tan odioso nombre ha dejado en la historia y que tan indigno partido sacó de la singular hermosura con que la favoreció la naturaleza. Pocas, muy pocas veces, un hermoso perfil ha reflejado tan gráfica y honestamente el imperio de las más desordenadas pasiones.

PLACERES DEL CAMPO

El campo es, para los niños criados en la ciudad, lo que el espacio para los pájaros nacidos en una jaula; la libertad en los movimientos, en el traje, en los inocentes placeres de la infancia, sin institutrices que gruñan, ni mamás que les castiguen por mancha más ó ménos en su cara ó en sus vestidos. Preguntad á una niña como la de nuestro cuadro, si prefiere el campo á la ciudad, siquiera en esta habite un palacio, y os contestará afirmativamente con toda su alma.

Los padres, por su parte, gozan presenciando las expansiones de sus tiernos hijos y bendicen los saludables efectos del aire puro y del resinoso ambiente de los bosques, que coloran las mejillas y dilatan los pulmones de los delicados séres condenados á vivir en malsanas ciudades.

El campo se ha hecho para los que aman la libertad sinceramente: por esto apénas es querido sino de los niños.

ALEGRILLO ESTÁ

Tiene la cerveza pícaras jugadas y entre ellas la de subirse algunas veces al quinto piso de sus bebedores. Algo de esto le ocurre á ese parroquiano de la modesta cervecería que representa nuestro grabado.

Como cuadro de costumbres, esta obra pudiera estar firmada por el mismo Teniers, á quien recuerda y de quien no desdice. Todos los tipos son acabados, las actitudes naturalísimas, la combinacion de grupos hecha con facilidad suma, el local y los accesorios ejecutados con perfecto conocimiento de causa. La figura del bebedor chispo es de una verdad sorprendente.

En una palabra; de este cuadro podríamos decir que tiene olor, color y sabor.

CICERUACCHIO, grupo escultórico por Héctor Ximenes

Este grupo es la apoteósis de dos víctimas de la libertad de Italia.

Cuando en 1849 verificó Garibaldi su célebre retirada de Roma, siguióle en su triste campaña Angelo Bonnetti, conocido por Ciceruacchio, acompañado de su hijo, niño de 13 años. Hechos prisioneros con otros varios soldados, por los croatas, en las orillas de Po de Gnocia, despues de separarse del general con ánimo de penetrar en Venecia, fueron conducidos ante el jefe del destacamento, quien ordenó la inmediata muerte de todos los prisioneros, sin exceptuar al niño Lorenzo Bonnetti. Esta bárbara sentencia fué ejecutada el 9 de agosto de 1849.

El autor de este grupo ha estado verdaderamente inspirado en su obra. La actitud noblemente fiera de Angelo y la muy simpática de su hijo, que al parecer quiere desviar los proyectiles dirigidos á su padre, interesan doblemente á cuantos conocen la historia de esos dos mártires, que dieron la vida por la independencia de su patria.

LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam

Esta persecucion no es la de Diocleciano, ni mucho ménos; pero no deja de ser molesta. Es mucho empeño el de ese figuron que no deja á sol ni á sombra á nuestras lindas jóvenes.

No hay mujer alguna que se ofenda porque un hombre la haga blanco de sus galanterías; pero de ésto á encontrárselo hasta en la sopa, como quien dice, hay una distancia inmensa.

Además, nuestro perseguidor no es ciertamente cruel como el Diocleciano de la historia; pero tampoco tiene sus gracias, entre ellas la de ser emperador, que es una de las gracias más graciosas que puede tener un hombre á los ojos de una mujer. Al contrario, es semi viejo, semiobeso y parece semi tonto. Con tales circunstancias no es de extrañar que su presencia cause un semi-enojo á otra de las damiselas, sentimiento que el pintor ha reproducido con tanto acierto como la petulancia del impertinente galanteador.

El gran Condé la víspera de la batalla de Rocroy, cuadro por Bida

Fatal en sumo grado fué para España el reinado de Felipe IV, ó mejor dicho el de su valido Gaspar Guzman de Pimentel, conde-duque de Olivares. Miéntras el rey, olvidado de sus deberes de toda clase, corria tras las comediantas por los bosquecillos del Retiro, el conde-duque debilitaba el poder en el interior y le malquistaba en el extranjero con las primeras potencias de Europa.

Entónces perdimos la famosa batalla de Rocroy, librada el 19 de mayo de 1643, y ganada por el jefe del ejército francés, Luis II, duque de Enghien y príncipe de Condé, á la temprana edad de 22 años.

Este general, que comparte con Turena la fama de ser el primer táctico de su tiempo, casó con una sobrina del cardenal Richelieu, á quien debió, no sin justicia, los grandes adelantos que tempranamente hizo en su carrera.

La víspera de la batalla de Rocroy, Luis de Condé, como Juan de Austria ántes de empeñar la batalla de Lepanto, puesto al frente de su ejército, imploró la proteccion del cielo para Francia; escena conmovedora, llena de grandeza, que Bida ha trasladado al lienzo con singular talento, siquiera sea de deplorar que el héroe de la jornada aparezca en el segundo término de la composicion.

LA DUENDE

I

Si el duende es femenino, ¿cómo se ha de llamar? La duende, con permiso de la Academia.

Porque la verídica historia que vamos á referir, acaecida en el pueblo de Carabanchel, tiene por protagonista un duende del sexo bello.

—Duendes y trasgos en el siglo XIX! ¡Estupendo anacronismo y aventura inverosímil!—dirá escandalizado algun espíritu fuerte, de esos que no creen en el diablo y creen en las mesas giratorias y en los mediums parlantes y flamantes.

Paciencia, lector caro, que hasta el fin nadie es dichoso. La historia tiene sus fueros y debemos respetar los fueros de la historia.

II

No he podido averiguar el año, el mes y el dia en que Tomás Fernandez, el jóven más rico y guapo de Carabanchel, vió morir en la flor de su edad á Tomasa Perez, su dulce cónyuge y querida prima; pero es lo cierto que enviudó Tomás, quedando dueño de su libre albedrío, de su florida juventud y de algunos miles de renta.

Aunque jóven, rico y libre, se aburria como un lord, y, mitigados los recuerdos de su Tomasa, volvió á pensar con las sabrosas dichas del santo matrimonio. Las personas graves del lugar querian enderezar sus pasos por tales senderos; mas la estadística de las pollas aptas para contraer el lazo bendito no arrojaba más que dos nombres: María, la hija del alcalde, y Pepa, la sobrina del cura. Las demás no eran dignas de la mano de Tomás.

La hija de la autoridad civil tenia más soberbia que un Czar de todas las Rusias ántes de la aparicion del nihilismo, sin estar su belleza y su capital á la altura de su soberbia. La sobrina de la autoridad eclesiástica parecia tímida como una gacela, y, aunque su rostro era angelical, no respondian sus intereses económicos á sus primores estéticos. Entre las dos candidaturas la eleccion no era difícil: Pepa valia más que María.

Esto mismo recapacitaba Tomás Fernandez en los ocios de su viudez.

III

Una tarde, sentado con otros jóvenes á la puerta del herrador, discurria acerca de los solaces é inconvenientes del Himeneo. Como no le habia ido mal con su difunta Tomasa, se manifestaba dispuesto á cargar otra vez con la cruz del matrimonio. Sólo le retraia de dar el paso fatal un escrúpulo asaz extraño: temia recibir unas calabazas. ¡El, la primera potencia, jóven, guapo, rico y viudo, ser desdeñado por cualquier potencia de segundo ó tercer órden! Despues de largas disquisiciones sobre el tema conyugal, concluyó el orador su discurso de esta manera:

—Nada, amigos mios: la soledad es mala consejera. Dios no quiere que esté solo el hombre. Decia un viudo hipócritamente:

> Rosa, mi fe, mi amor, mi vida entera,
> desde que estás en la mansion del cielo,
> la *soledad* tan solo es mi consuelo....
> ¡Y era la *Soledad* una bolera!

Yo no quiero soledades de esa laya. La Santa Madre Iglesia condena el celibato vicioso. Pero lo difícil es acertar cuál es la compañera mejor para el largo viaje.... Y dado caso que se acierte, ¿querrá la elegida acompañarnos en la peregrinacion? El hombre propone y la mujer dispone. El hombre se fija muchas veces en la desventura y está á su lado la felicidad, ocultándose pudorosa. Costumbres malas. ¿Por qué la mujer no ha de tener voz y voto en asunto de tan vital interés como su dicha? ¿Por qué la mujer no ha de buscar novio? Se me dirá que el pudor, la timidez, la castidad.... ¡Razones de pié de banco! ¡Preocupaciones!

El orador tosió, aplaudió el veterinario, los pollos corearon el aplauso, se enardeció Tomás y dió fin á su perorata con este rasgo de elocuencia:

—¡Abajo las trabas despóticas! Yo juro no casarme sino con aquella que se sirva hacerme una declaracion en regla. La isla de San Balandran es una utopia realizable. ¡Viva la isla de San Balandran!

Burla burlando dijo tal vez esas cosas nuestro héroe, pero se creyó que hablaba muy en serio. No volvió á decir á ninguna jóven «buenos ojos tienes,» y, asegurando á todo Carabanchel que el casarse es una carga llevadera, no se detuvo á buscar, ni siquiera á indicar, la persona que podia ayudarle á llevar la carga. Y con un perro y un criado siguió viviendo en su casa, entre los hastíos de su soledad y los goces de su independencia.

Desde que prometió no casarse sino *sub conditione*, hizo dos curiosas observaciones: 1.ª que María, la del alcalde, estaba más expresiva y afectuosa que nunca; y 2.ª que Pepa, la del cura, estaba más séria y reservada que ántes. Esto es, todo lo contrario de lo que él deseaba. Así es el mundo.

IV

Vivia Tomás en una casa antiquísima, lindante con la parroquial. Antaño formaron las dos una sola.

El dormitorio del jóven estaba precedido de una sala extensa, adornada con muebles viejos, sillas contemporáneas de Godoy, una escopeta medio rota, un cuadro de San Antonio asaltado por tentadoras visiones, y un armonium en que la difunta tocó más de una vez *El último pensamiento*....

El jóven viudo, aunque tenia cerca á su encantadora Pepa, no la veia. Ni balcon, ni ventana ni orificio alguno ponia en comunicacion á los vecinos. La vecindad hacia así más triste la soledad del jóven.

Pensando en las vecinas guapas, se acostó una noche de Otoño. Las brisas frescas jugueteaban en los árboles ya escasos de hojas y las estrellas pestañeaban en las alturas. Zar, el perro de Tomás, dormia al pié de su lecho. El criado en una habitacion próxima á la puerta de la calle. Vaporosas imaginaciones flotaban en el ambiente. Profundo silencio dominaba en la aldea.

Y Tomás no lograba conciliar el sueño.

De pronto, notas vagas, misteriosas, cruzaron la sala y se esparcieron suaves por el dormitorio.

Eran las armonías del *Ultimo Pensamiento*.

—¿Quién está ahí?—gritó, saltando de la cama el jóven...

Y llegó al piano, y no vió sombra alguna ni sintió pasos de nadie. ¡El armonium, solo, tocaba el *Ultimo Pensamiento!*...

Acordándose de Tomasa, de Pepa, de los duendes, de las hadas, de los sueños del amor y del arte... Tomás volvió á su cama y siguió despierto.

Así estuvo, en vela, hasta que la estrella de la mañana le mandó dormir.

Y se durmió.

¡Soñando que se casaba!

V

A la noche siguiente, el sueño se apoderó fácilmente de Tomás. Necesitaba descanso.

Las estrellas no pestañeaban, aunque se lamentaban los aires de andar sueltos por los campos. Niebla densa entenebrecia á Carabanchel.

Sonaron las doce, ¡hora de los espectros!

No se oyó la voz del armonium: se oyó el ladrido de Zar.

¿Qué ocurria?

Fosfóricas luces vagaban por la sala y enviaban sus pálidos reflejos hasta el dormitorio; una sombra, blanca y alta, discurria con pasos callados por la casa de Tomás...

Este se levantó y con precauciones parecidas al miedo llegó hasta la sala.

¿Qué vió?

Un espectro envuelto en blanquísimo sudario; un cuerpo largo como un álamo y un rostro pálido como un muerto.... Los ojos brillaban como luciérnagas.

Se oyó un gemido, las luces se apagaron, la sombra se desvaneció, y Tomás, entre curioso y asustado, retrocedió á su cama. Zar temblaba como el Czar de las Rusias.

El jóven no dió parte, ni á su criado, de aquel extraño acontecimiento. Cargó la vieja escopeta; registró el armonium buscando el resorte misterioso que le hacia tocar; inspeccionó los rincones todos de aquellos aposentos sin encontrar secreto alguno; cerró, al venir la noche, la puerta que comunicaba la sala con lo restante de la casa; puso al lado de su cama un sable inconmensurable, de su tatarabuelo; y se apercibió á acometer ó perseguir la temerosa aventura. Un duende en nuestros dias (porque esto acaeció no ha muchos años) es cosa digna de escribirse y dibujarse en la *Ilustracion Artística*.

Tantæ molis erat....

VI

Pasaron algunas noches sin novedad.

Llegó una, oscura como boca de lobo.

A las doce en punto hirieron los oídos de Tomás ruido lúgubre de cadenas, ayes lastimeros y ladridos alarmantes.

El perro habia sentido al fantasma.

El jóven, que dormia vestido esperando la nocturna visita, cogió el sable y la escopeta y se dispuso á entrar en la sala contigua, teatro de aquellas escenas pavorosas.

Pero ántes de que se moviera del lecho, la vision dibujó sus contornos en la puerta del dormitorio. Parecia una sombra blanca esclarecida por la luz de las estrellas.

—¿Quién eres?—preguntó Tomás, con mezcla de temor y de vergüenza.

—Yo,—contestó una voz dulcemente femenina.

—¿Qué buscas?

—A mi marido.

—¡Tu marido! Pues ¿cómo te llamas?

—¡Tomasa!.... ¡Ingrato! Me has olvidado por la hija del Alcalde.

—¡Yo!....

—¡Tú! ¡Olvidarme por María! No mereces perdon.... ¡Una coqueta!

—Te engañas: yo no te olvido nunca. ¡Si fuera por otra!

—¿Y quién es ella? Te prohibo en absoluto que me elijas semejante heredera.

—Nunca. Esa sucesora seria indigna de tí! Tendrás otra....

—¿Cuál? No hay más que una.... ¡Pepa!

Al oir estas palabras, Tomás saltó del lecho. Huyó el fantasma. Las luces y ruidos cesaron. Ladró el perro. Y.... en el momento crítico en que la vision se desvanecia, filtrándose por la pared, el jóven cojió un extremo del vestido que la envolvia.... y un grito, un ruego, el llanto de una mujer le detuvieron....

Pepa, la sobrina del cura, estaba á sus piés de rodillas.

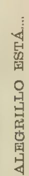
Tomás le dió un abrazo; oyó de sus labios la balbuciente confesion de su amor; le juró amor cual el suyo vivo y eterno; le prometió casarse con ella en breve plazo; la acompañó hasta la puerta secreta, oculta por el cuadro de las tentaciones de San Antonio, y se volvió á su cama soñando con las huríes de Mahoma y con todas las mujeres más bellas, á las cuales vencia en bondad y hermosura—segun opinion del enamorado—la sobrina del cura de Carabanchel.

Mis últimas noticias son que Tomás y Pepa se casaron y fueron felices hasta cierto punto; porque sólo llega hasta cierto punto la mundana felicidad.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA



PLACERES DEL CAMPO



ALEGRILLO ESTÁ....

DESPUES DE MUERTO

POR DON VICENTE COLORADO

I

Erase que se era un hombre de hasta treinta y nueve años de edad, lacio de carnes, angosto de pecho, largo de cara y de extremada estatura.

La color de su rostro, la estructura de sus manos y la agilidad seca y pronta de sus movimientos, denotaban en él un hombre de temperamento nervioso, acrecentado por la pobreza de su sangre y una idiosincrasia biliosa, como ahora se dice, que le tenian en una constante irritabilidad y humor de todos los diablos.

Llámase D. Pablo Gil de las Encinas, y al decir de la cédula personal, era de estado casado y propietario de profesion lo cual quiere decir que carecia de ella.

Pero á quien Dios no le da profesion, la ociosidad le da manías, y D. Pablo Gil de las Encinas, estaba dominado por una que no le daba punto de reposo.

La manía de D. Pablo era la higiene.

Porque es de saber que desde el punto y hora en que naciera, su temperamento linfático-nervioso-bilioso, no le dejó vivir, crecer y desarrollarse con salud perfecta en época alguna de su vida, como á primera vista lo dicen y delatan largos costurones de escrófulas, multitud de cisuras de sanguijuelas y su enteca, enclenque y encanijada figura.

Esta debilidad y pobreza de su constitucion orgánica cosiéronle en su infancia y juventud á las faldas de su señora madre, de las cuales se desprendió para pasar á las de su buena esposa, sin haber visitado escuela, instituto ni universidad algunos, y sin haber frecuentado el trato de los hombres en casinos, ateneos, cafés y otros lugares.

El mimo y la excesiva tolerancia con que le criara su madre, hicieron de D. Pablo un carácter duro, antojadizo y violento, el cual contrastaba grandemente con el apacible y tímido de Cármen, que así se llamaba su mujer.

No podia sufrir contrariedades, gustando ser obedecido á la primera palabra, al primer gesto; indicando las cosas con una mirada y las ideas más complejas con un monosílabo y á veces con un quejido.

Como todos los monomaníacos era profundamente egoista, sacrificando, sin remordimiento alguno, á cuantos séres tenia á su alrededor, al más pequeño de sus deseos y caprichos.

Su irritabilidad moral le producia graves y dolorosas crísis, las cuales terminaban siempre por largos ataques de catalepsia que le dejaban como muerto.

—En uno de estos se queda V. sin marido; habian dicho en varias ocasiones los médicos á la mujer de D. Pablo.

Estos accidentes ahondaron más su monomanía por la higiene, avivando al mismo tiempo su aprehension y temor á la muerte; dándole ocasion y motivo para ser más exigente y martirizar más á su sabor á su mujer y á su hija, pobres séres esclavos de aquel temperamento.

—No os quejeis nunca delante de mí aunque os esteis muriendo; no me deis jamás noticias tristes aunque se hunda el mundo; sólo quiero oir risas y palabras alegres. ¿Habeis entendido?

Doña Cármen suspiraba y Pilar su hija, quedaba muda y pensativa.

—¡Parece que os complaceis en llevarme la contraria! ¿Por qué poneis esas caras tan tristes? Tú, Cármen, ¿por qué suspiras? Pilar ¿por qué no hablas? ¡No se puede vivir con vosotras!

Y tiraba el libro de higiene contra el suelo, pateaba, lloraba y le daban convulsiones; y la madre y la hija, para calmarle, reian con una risa forzada que daba ganas de llorar y que á él le enfurecia lo que no es decible.

Un dia se sentaron á comer, segun costumbre; el sitio de Pilar estaba vacío; doña Cármen tenia el rostro desencajado y en sus ojos las lágrimas habian dejado amargas huellas; sin embargo, reia y reia la buena señora haciendo una horrible y espantosa mueca.

—¿Y Pilar?

Doña Cármen no contestó.

—¿No come hoy con nosotros? ¿qué la pasa?.

—No tiene apetito, susurró la madre haciendo grandes esfuerzos por contener los sollozos.

—Pues, si no quiere comer, que no coma; pero eso no es obstáculo para que ocupe su puesto. Ya sabeis que me exaspera la más pequeña falta en mis costumbres, y como todos los dias la veo, no me aprovechará la comida si no viene. Anda, llámala; ve á buscarla; corre.

Doña Cármen no se movió.

—¿No me has oido?

—Sí, hombre, te he oido. Allá voy, allá voy; y no se movia.

—¿Eres tonta ó qué te pasa?

—No te incomodes; no te enfades. ¡Si no hay motivo para ello!

—¡Pilar! gritó Don Pablo con voz de trueno.

Llamó despues al criado.

—Diga usted á la señorita que venga, que venga al instante, que se lo mando yo.

—Pablo, ¡por Dios! no te acalores. Ya vendrá; ya vendrá; pero ahora, ahora, ahora no puede venir.

Y las lágrimas cayeron silenciosas de sus ojos.

—¿Por qué lloras?

—Si no lloro.

—¿Qué sucede?

—No sucede nada.

—¿Qué me ocultas?

—¡Yo ocultarte!......

—¿Está enferma Pilar? Acaba. ¿Se ha muerto acaso? ¡Este solo disgusto me faltaba!

Doña Cármen no pudo contenerse por más tiempo y rompió en gemidos agudos, en tanto que su marido, golpeando la mesa con el puño y el suelo con los piés, rugia.

—¿Se ha muerto? ¿se ha muerto? ¡si no se puede vivir con vosotras! ¡si vais á matarme á desgracias!

—Dios no lo quiera! ¡pobre hija de mi alma! ¡Dios no lo quiera!

—¿Qué tiene?

—Se ha indispuesto.

—Pero ¿qué tiene?

—Está enferma.

—No te digo eso; te pregunto qué tiene? — Y cada vez iba D. Pablo dando gritos más fuertes.

—Una calentura, nada.

—¿La ha visto el médico?

—Sí, dijo inconscientemente doña Cármen.

—Y ¿qué ha dicho?

—A dicho.....

No se atrevia á terminar la frase.

—Concluye de una vez ¿qué ha dicho el médico?

—Nada; nada.

—Dí la verdad.

—Es sólo una calentura.

—Mientes, mientes; algo más te ha dicho.

—No miento.

—Júramelo por la salud de Pilar. ¿No contestas? ¿Lo ves como querias engañarme?

—Pues bien, ha dicho que tiene viruelas.

Don Pablo quedó aterrado.

—¡Viruelas! ¡Esto no puede seguir así! ¡Viruelas! ¡Ese mal es contagioso! Tenemos que alejarla, separarla de nuestro lado.

A doña Cármen se la habrian las entrañas de pena y se la encojía el corazon de pesadumbre; y lloraba, lloraba como una Magdalena.

—¡Hay que mandarla al hospital!

—¡A nuestra hija!

—Va á infestar la casa.

—Me marcharé con ella.

—¿Pensais dejarme solo? ¿Quieres dejarme morir como á un perro entre estas cuatro paredes? ¿No sabes que te necesito, que no sé hacer nada por mí mismo y que estoy delicado, muy delicado?

—¡ Mi hija no vá al hospital; nadie la moverá de esta casa, de su habitacion, de su lecho!

La leona defendia á su cachorro.

—¡Eso es, ¡me abandonas! ¡nadie me quiere! ¡nadie puede verme! ¡nadie se interesa por mí! ¡Estoy solo en el mundo! solo, solo, solo.

Y ponia el grito en el cielo, los dedos se le crispaban, inyectábansele los ojos y retorciendo su cuerpo débil y flaco de arriba á bajo, de derecha á izquierda, golpeaba la cabeza contra las paredes como si estuviera loco.

—Yo, yo seré quien se marche de esta casa. No quiero veros, ni oiros, ni saber cosa alguna de vosotros. ¡Ah, mi madre, mi pobre madre! ¡Si ella viviera no me pasaria esto! ¿Por qué te conocí? ¿por qué me casé?

Se arrancó los cabellos á puñados, la espuma burbujeaba en su boca; tuvo un momento espantoso, pareció que iba á estallar su cólera abriéndose la carne y asomando los huesos á través de ella. Extendió los brazos, se enderezó rígido sobre las puntas de los piés, un calofrio intenso sacudió todos sus músculos, se aceraron sus nervios, y á poco, cayó en el suelo como cosa muerta cae.

—Un médico, un médico, gritó doña Cármen á los criados, que venga en seguida un médico; á escape.

II

La catalepsia semeja la muerte de tal modo que se confunde con ella. Paralízanse las funciones orgánicas, la inmovilidad endurece los músculos, se enfria la piel, las facciones toman aspecto cadavérico y la respiracion se corta completamente.

Esta falsificacion á engañado á muchos hombres doctos y llevado al sepulcro á bastantes séres vivos.

Por regla general el cataléptico conserva su inteligencia y conocimiento enterándose de todo cuanto pasa y ocurre á su alrededor; es un sér vivo dentro de un cuerpo muerto. ¡Cuántos atacados han asistido á sus propios funerales, oido las lágrimas de sus parientes y amigos, la voz del sepulturero llamando á sus ayudantes para meterle en la fosa, y despues, el ruido de la tierra cayendo sobre la caja, la piedra cubriendo la tumba ó el golpe seco del ladrillo que va tapiando el nicho!

Cuando el médico llegó á la casa de D. Pablo, éste estaba ya en el lecho en donde le habian acostado despues de desnudarle.

Hizo un detenido reconocimiento del enfermo por espacio de media hora.

—¿Qué hay, doctor? no me oculte usted nada; decia á cada instante doña Cármen.

El doctor estaba sombrío y no decia palabra, siguiendo sus investigaciones con gran calma y reposo, tras de los cuales se escondian mil temores y sobresaltos.

—¿Vive? preguntaba doña Cármen.

—El caso es grave, muy grave.

Don Pablo, rígido é inmóvil, lo escuchaba todo; su pensamiento seguia el pensamiento del doctor con grandes angustias y amarguras. Al oir las últimas frases del médico, sintió como si una garra de infinitas uñas, largas y retorcidas, le arrancase de cuajo el alma y la arrojase léjos de su cuerpo, cayendo en el vacío.

—¡Dios mio! ¿tan grave está?

—Señora, en otras ocasiones he dicho á usted lo peligrosos que son estos ataques. Hay que estar dispuestos á todo.

Don Pablo oyendo esto se veia ya á sí mismo en la agonía; el miedo y la aprehension, le anticipaban, allá en su fantasía, el funesto desenlace que aún no habia llegado, y se creia muerto.

—Es preciso tener valor, señora.

—¡Ah, usted no me dice la verdad! ¡Mi Pablo ha muerto!

—No, no, señora; no ha muerto. Pero si dentro de cinco minutos el ataque no ha cedido, habrá que perder la esperanza de salvarlo.

El enfermo lo oia todo, todo; é iba devorando sílaba por sílaba como si bebiese plomo fundido.

El médico tomó algunas precauciones para favorecer la reaccion bienhechora.

—¡Ya ha pasado un minuto! decia toda acongojada doña Cármen mirando la esfera de un reloj.

—Dos minutos.

—Tres minutos. ¡Vírgen santa, madre mia, ten piedad de nosotros!

Cuando Don Pablo oyó á su mujer que faltaban algunos segundos nada más para decidir de su vida ó su muerte ya su alma habia perdido las ideas de espacio, tiempo y relacion.

—¿Y bien, Doctor?

—Señora, todo es inútil; dentro de algunos instantes D. Pablo habrá dejado de existir.

Estas últimas palabras las oyó todavía clara y distintamente el enfermo, el cual, al penetrarse de su significado, sintió desvanecérsele el ánimo en una nada de sombras frias y mudas, sin límite ni término; y como si la muerte consistiera en el aniquilamiento conscio del sér se vió á sí mismo aniquilado...... y perdió el conocimiento.

El muerto se habia desmayado.

III

Despues de haber cedido el ataque, el desmayo se prolongó largo tiempo. El médico, sospechando que la debilidad le habia amodorrado y rendido, hizo que se le abrigara y dejase solo, recomendando el silencio y el descanso.

—¿Duerme? preguntó doña Cármen.

—Sí; dijo el doctor para abreviar explicaciones; y despues que hubo visitado á Pilar y extendido algunas recetas, se volvió á su casa.

IV

Cuando Don Pablo recobró el conocimiento estaba solo en su cuarto; miró y no vió.

Ya fuese efecto del ataque ó ya del estado moral de su espíritu ó de ambas cosas á la par, lo cierto de ello es que sus sentimientos y sentidos se habian embotado y que su inteligencia discurria confusamente.

—¡Me he muerto!—pensó, al recobrar el conocimiento y se quedó como en éxtasis algunos minutos, trascurridos los cuales, ordenó sus ideas dándose cuenta de su situacion y estado.

—Lo recuerdo perfectamente; acabo de morir hace un instante, y, sin embargo, recuerdo, muerto

y todo, el tiempo que he vivido, cuántas cosas en mi existencia he hecho, los séres que he amado, el mundo que dejo, mis padres, mi mujer, mi hija, mis posesiones, mis amigos, biblioteca, viajes y costumbres, todo, todo lo recuerdo.

Y como si estas frases fuesen varios sumandos que tratara él mismo de reunir en una cantidad ó producto total, concluyó diciendo:

—La muerte es recordar.

Tan convencido estaba de este pensamiento que la tranquilidad y la calma más absolutas se apoderaron de su espíritu y se abandonó al no ser, sin protestas ni resistencias de ningun género; no ménos convencido estaba Don Quijote de que la venta era castillo, los molinos gigantes y los apacibles rebaños de ovejas, formidables ejércitos armados de todas armas.

Poco á poco sus sentidos fueron recobrando su habitual lucidez; abrió los ojos y en medio de las sombras distinguió confusamente su habitacion en la cual se encontraba; sus manos palparon, y por la impresion que en todo el cuerpo sentia, adquirió el convencimiento de que se hallaba acostado; sus oídos atentos, percibieron esa multitud de rumores que llenan los lugares más silenciosos.

—Cualquiera diria que estoy vivo, se dijo; y persuadido de que todo podia ser ménos esto:— El alma es inmortal y eterna, continuó pensando, y al desprenderse del cuerpo conserva, por lo visto, sus facultades de igual suerte y con mayor vida que que cuando habitaba en la tierra. Ahora comprendo por qué se ha dicho que el sueño es hermano de la muerte. Dormido el cuerpo, el alma recobra su imperio, y como si fuera realidad, continúa su interrumpida existencia dando cuerpo y vida á los séres y á las cosas que la imaginacion forja.

El que duerme, y dormido sueña, oye ruidos que no hay, gusta manjares que no come, vé lugares que no existen, aspira aromas que no se exhalan, palpa objetos que no toca; anda y no tiene movimiento, habla y no tiene voz, se duele del golpe que recibe y ni el dolor ni el golpe existen; el hombre, en sus sueños, ama y odia con la misma intensidad que despierto, es cobarde y valiente, es héroe ó asesino, rico ó pobre, feliz ó desgraciado, imbécil ó genio......Y lo más sorprendente de todo esto, no es lo que ve ó lo que piensa, lo que siente ó lo que hace, lo que quiere ó lo que dice, sino que, como si aquel sueño fuera su sola vida, pierde la conciencia de la verdadera y teme el despertar de igual modo que una vez despierto, teme el morir.

Estos fenómenos prodigiosos del sueño y de la vigilia, cuyas causas y leyes no conocemos, se manifiestan, á lo que observo, en el alma despues de que el cuerpo ha dejado de existir, con igual semejanza y parecido que en el sueño y que en la vida, de tal suerte que si no estuviera convencido de que he muerto, pensaria que estoy vivo.

Y como corolario de todas estas premisas en las cuales creia á piés juntillos concluyó diciendo:



CICERUACCHIO, grupo escultórico por Héctor Ximenes

—La muerte es soñar.

Y satisfecho, tranquilo y resignado, saltó de la cama, se vistió, abrió el balcon y, echándose de codos sobre la barandilla, murmuró.

—Soñemos.

(Continuará)

ASOCIACION DE IDEAS

Tantum scimus quantum memoriam habemus

Para dar enlace y continuidad á nuestros pensamientos, á nuestros afectos, emociones, proyectos é ideas, á toda nuestra vida interior nos valemos de la memoria. Revela ésta la persistencia é identidad de nuestro sér personal en medio de las distintas dimensiones del tiempo (el ántes, el ahora y el despues) y traduce en serie enlazada y ordenada la memoria lo ya sucedido por el recuerdo, lo que actualmente acontece por la conciencia efectiva de ello, y lo que sucederá por la prevision. Recuerdo de lo pasado, conciencia efectiva de lo presente y prevision de lo porvenir (pues que vivimos en un presente lleno del pasado y preñado de lo porvenir, segun la hermosa frase de Leibniz), son momentos distintos de una misma funcion espiritual, la que encamina sus esfuerzos á enlazar solidariamente nuestros recuerdos de lo pasado con nuestras esperanzas en lo porvenir, constituyendo de este modo la personalidad en centro, al cual convergen las enseñanzas que se recogen de lo que fué, con las advertencias que hemos de tener en cuenta para lo que será.

Tomada en este ámplio sentido la memoria es la expresion de nuestra racionalidad en el tiempo ó el medio de que nos valemos para acentuar lógica y prácticamente el sello de nuestra personalidad en el decurso vertiginoso de los sucesos, dando unidad á lo múltiple ó reuniendo la multiplicidad en lo uno, es decir, incorporando el pasado con el porvenir en el presente. Con esta delicada y trabajosa urdimbre traza el individuo su vida y realiza la especie su historia, pudiendo por lo mismo afirmarse que la memoria es la historia del individuo y que la historia es la memoria de la especie. Esta ley de la solidaridad moral, que se traduce en la memoria, se corresponde con la de la atraccion universal de los cuerpos en el órden material, pues de igual modo que se atraen los cuerpos desde el átomo imperceptible por su afinidad química hasta el astro inconmensurable por su gravitacion, se enlazan las ideas unas con otras en un parentesco más ó ménos próximo por virtud de la tendencia ingénita en nuestro espíritu á la racionalidad, es decir, á buscar lazos y conexiones de lo múltiple con lo uno. Y así como el desequilibrio ó falta de ponderacion de estas leyes, que rigen la existencia de los cuerpos naturales, produce una perturbacion en el órden material, de que son eco y manifestacion las tormentas y cataclismos del cielo y de la tierra; la ausencia de esta solidaridad de nuestra vida, la falta de la memoria acusa un desequilibrio en el órden

espiritual, de que son eco y manifestacion la manía, la locura y la imbecilidad, tormentas y cataclismos del cielo y de la tierra de este mundo moral, cuyas afinidades con el natural asombran y maravillan cuanto más diligentemente se estudian y observan. Toda perturbacion mental va acompañada siempre de la pérdida parcial ó total de la memoria (amnesia), pues implica, con el olvido de lo pasado, resorte indispensable de nuestra vida, la pérdida de la conciencia de nuestra personalidad.

Queda en efecto el desmemoriado á riesgo y ventura de la última impresion que recibe, sin que pueda, enajenado de sí, encauzar su iniciativa en los sucesos, que le circundan, que no domina, sino que le avasallan y arrastran. Se convierte entónces el hombre, que necesita vivir tanto de recuerdos de lo pasado como de esperanzas de lo porvenir, en juguete y siervo de alucinaciones maniáticas, que no hallan correspondencia, ni acuerdo con lo que le rodea. La hipocondría, el instinto del misántropo, el aislamiento del maniático, la exaltacion del visionario y la creacion subjetiva y arbitraria de un mundo imaginario son otros tantos anuncios de los desarreglos totales ó parciales de la memoria, que engendran para el individuo la triste situacion del que se halla solo en medio de la multitud y desterrado dentro del enjambre de las criaturas. Siempre son idénticos los efectos de la perturbacion de la memoria. Proceda dicha perturbacion de la pérdida del recuerdo (amnesia,) de su exaltacion (hiperemnesia) ó de su interrupcion (lapsus); en uno y otro caso, dada la alteracion del recuerdo, se perturba el don de la prevision. Como este representa la anticipacion para lo futuro de la racionalidad de nuestra inteligencia (razon teórica) base de la racionalidad de nuestra vida (razon práctica), luégo que se altera, malea ó perturba, trae consigo el desórden de nuestra vida y da lugar á errores y supersticiones, que sirven de rémora á la perfectibilidad del individuo y al progreso de la especie.

La múltiple variedad de los sucesos, que se producen con una rapidez vertiginosa, pasan y acontecen para el desmemoriado, sin que le sea posible establecer lazo entre ellos, y buscando tierra firme, siente desaparecer bajo sus piés toda base de sustentacion. Se halla entónces el individuo en completo desacuerdo con el mundo que le rodea y en vez de esparcir y dilatar su personalidad, necesita recluirse en sí mismo, huir del medio que le circunda y asfixia y, cual si se encontrara en atmósfera contraria á su naturaleza (el hombre en el agua ó el pez en el aire), ha de fabricar por sí mismo un mundo de alucinaciones, que se traduce despues en errores sin cuento y en tropiezos sin término.

Lo que acontece en tales casos es que la ley de la memoria denominada subjetiva, que asocia los estados interiores del espíritu, segun determinadas relaciones, se ejercita sin correspondencia ni conformidad con la ley objetiva ó real, que tiene como base las conexiones de los objetos entre sí. Y al traducir interiormente por medio de lazos, conexiones y parentescos los estados ó impresiones de nuestro interior, sigue la exterioridad de los acontecimientos su órden inflexible y aquellos se convierten en alucinaciones, que agigantan su divorcio de la realidad de las cosas, centuplican el error y aumentan el desórden y perturbacion de la mente. La ley subjetiva de la memoria, llamada tambien de la sugestion ó asociacion de las ideas, ha sido elevada por algunos á principio fundamental de nuestra racionalidad (el asociacionismo inglés); pero la asimilacion dinámica, en que consiste, vale y es legítima, en cuanto conforma con el órden real, que los sucesos tienen entre sí, miéntras que si es guiada por relaciones frívolas, de apariencia y puramente formales es la causa ocasional de multitud de errores y áun de graves perturbaciones de nuestra racionalidad. Apénas si la ley de la sugestion puede exceder el fundamento en que se basa, es decir, la homogeneidad de estados presentes con otros que se recuerdan por su semejanza (la alegría que recuerda otros estados alegres) ó diferencia y contraste (el placer excesivo, que evoca por contraste el recuerdo de una pena indefinida).

Pero, como dice Locke, «cuando ideas que sólo tienen entre sí un lazo casual, se repiten una despues de otra, se unen por el hábito en el espíritu y áun se estiman inseparables,» en lo cual se encuentra una fuente abundante de errores y supersticiones; porque relaciones frívolas y accidentales (contigüidad, semejanza de palabras etc,.) se convierten en relaciones de causalidad y de semejanza reales.

Estas vanas asociaciones, de que ofrece ejemplos sobre todo la candidez irreflexiva de la inteligencia del niño y del hombre inculto, son las que engendran las supersticiones populares. Así, por ejemplo, designamos la idea de Dios por palabras que implican cualidades humanas, llevadas á un último límite, y la fuerza del hábito identifica, asocia el símbolo con la realidad en él significada y por ende el simbolismo absorbe la realidad y la superstición sustituye al sentimiento religioso. Para no citar más que un ejemplo, la cebolla, que hace llorar al que la toca, fué entre los egipcios un emblema de la divinidad y áun adorada como tal. De igual manera los símbolos que representan plásticamente una verdad moral son tomados, merced á una asociacion artificiosa, por la verdad misma. Símbolo de la hospitalidad y de la amistad, la sal entre los antiguos, se ha tomado despues por la cosa misma y cuando se vierte el salero en la mesa, estiman algunos que es indicio de una gran desgracia, de que han de surgir odios y rencores. La conducta licenciosa (de un Tenorio, ó de un bandido legendario) acompañada de ciertos rasgos generosos se pone á veces por cima de una vida arreglada, porque á ésta se asocia cierta falta de buen tono.

Las falsas ideas, que son corrientes entre la generalidad, acerca de los cometas, de los eclipses, de fechas funestas (el núm. 13 por ejemplo), del encuentro con determinadas personas, de lugares en que ha ocurrido alguna desgracia, etc., son producidas por estas falsas asociaciones, en virtud de las cuales relaciones fortuitas de contigüidad en el tiempo ó en el espacio se convierten en relaciones de causalidad real. Entre ellas las más usuales son las asociaciones de simultaneidad, porque sólo requieren el ejercicio de la percepcion sensible para producir el lazo entre dos ideas.

Para evitar estos errores es preciso labrar hondo y récio en el fondo de nuestro espíritu por medio de la reflexion, observar con sinceridad, comparar con exactitud, recurrir una y otra vez á la experiencia, generalizar con gran prudencia, aspirar á percibir, en vez de estos lazos artificiosos, las relaciones esenciales entre las cosas; en una palabra, ejercitar la ley subjetiva de la sugestion de nuestros recuerdos en conformidad con la ley objetiva, que rige el enlace real de unos objetos con otros. Entónces y sólo entónces dejaremos de ser víctimas del error y de la superstición y convertiremos la memoria á su mision propia, que es la de expresar en la forma sucesiva del tiempo la racionalidad de nuestra inteligencia y por ende la de nuestra vida.

U. GONZALEZ SERRANO



LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 22 DE OCTUBRE DE 1883 — NÚM. 95

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Lluvia de oro.—Voz de falsete.—El rastro del delito.—Un presidiario suelto.—Los pretendientes de Madrid.—Caligrafía del Congreso.—Los frutos de Higuera.—Pension para diez alumnos de canto.—¡El leon!... ¡el leon! -Ron... de Jamaica.

Los transeuntes de la calle de Alcalá volvieron dias atrás súbitamente la cabeza al escuchar un tentador sonido metálico que se produjo en el empedrado.

No era vana ilusion de los sentidos; era sí, aparentemente, una verdadera lluvia de oro, como si Dios hubiese querido premiar las acciones buenas de los hombres pagándoles un anticipo de gloria con monedas de cinco duros; ó como si algun banquero de esos tan encopetados que se andan por las nubes, hubiese volcado una de sus arcas repletas del codiciado metal, con objeto de hacerse admirar de los miserables peatones de la tierra.

Los transeuntes quedaron por el momento asombrados.

El corazon de Newton viendo caer la histórica manzana no palpitó con tan ansiosa alegría como el corazon de algunas personas que se hallaban inmediatas al sitio de la lluvia de oro.

Las monedas se desparramaron por el suelo describiendo giros fantásticos y arrojando en derredor de sí fulgores deslumbrantes. Entonaron al caer una música melódica, cadenciosa, regocijante, despertando en el alma ideas de dicha, de grandeza y de bienestar.

Los testigos de dicha escena no sabian que la voz de aquellas monedas era voz de falsete.

En efecto, estaban falsificadas.

Así le dijeron al público, que repuesto ya de su impresion primera trataba de arrojarse con avidez sobre aquel botin caido de los aires, algunos agentes de la autoridad que guardaban la puerta de la casa en frente de la cual se habia verificado el fenómeno.

Los transeuntes comentaban el hecho, cada cual á su manera.

—¡Eso es algun mete....oro! decia uno.

—Yo creo que es una reproduccion de la escena mitológica de Júpiter y Dánae,—replicaba otro.

—No señor, es el cuerno de la abundancia, que se vierte sobre nosotros.

—¡Ay! no nombre V. esas cosas,—decia una mujer poniéndose en jarras.—Diga V. mejor.... el jarron de la abundancia.

—En esa casa debe de vivir algun potentado insigne, algun nabab poderoso....

—Un Creso....

—Un Nabucodonosor....

—Un mago que haya descubierto la piedra filosofal.....

—No, señores,—dijo el agente de órden público.—Segun todos los indicios es un falsificador que arroja el fruto de su crímen á la calle.

***

Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay porqué,

dijo el poeta.

La mujer del falsificador viéndose de repente sorprendida habia tirado á la calle desde el cuarto piso, un cajon lleno de monedas falsas.

Pero el marido quedaba allí frente á frente de un alférez de la Guardia civil, con un estoque en la mano, y lanzando al que iba á prenderle furiosas y violentas acometidas.

El alférez se defendió briosamente con un revolver. Hizo retroceder al criminal, hasta que subieron á la casa otros agentes.

Esto ocurria en tanto que la multitud agrupada en la calle hacia comentarios acerca del cajon y las monedas que habian caido de lo alto.

Poco despues salieron custodiados un hombre y dos mujeres.

—¡Ese debe ser el monedero falso!

—Claro que lo es....

—¿Y esas mujeres?

—Pues.... la una será su esposa, y la otra su madre política....

—¡Hombre! la política siempre, danzando en los asuntos del dia.... ¡Cómo se conoce que estamos en tiempo de crísis!

***

¡Despues se ha descubierto que el monedero falso es un prófugo del presidio de Alcalá que burlaba las pesquisas y la accion de la justicia desde el año 1864!

El general Odonell hizo esta observacion paradójica:

—España es un presidio suelto.

La frase del eminente político español no era otra cosa que una frase de efecto.

Pero si toda España no es presidio, hay que reconocer al ménos que andan libres por esta península que afecta en todos los mapas la forma de una piel de becerro (y esta es sin duda la explicacion de que una gran parte de los españoles sea tan aficionada á los toros), no se puede negar, repito, que andan por ahí sueltos muchos presidiarios.

Yo me horripilo al pensar que puedo haberme codeado alguna vez con el susodicho monedero falso fugado de presidio ¡Quizá estuve sentado junto á él en el teatro!... ¡Tal vez me ha pedido lumbre del cigarro en la calle!.... Y ¡quién sabe si en el tranvía ó en el café he trabado conversacion con él y he dicho despues para mis adentros:

—¡Qué buen hombre debe de ser ese! Lleva la virtud y la honradez pintada en su fisonomía!

En el interrogatorio podrán decir al monedero falso:

—Usted se escapó de Alcalá.

—Sí señor, es cierto; pero ya estaba en vías de reintegracion á mi destino.

—¿Cómo es eso?

—Sí; Alcalá me atraia. No habia tenido fuerzas suficientes para volver al presidio. Pero estaba haciendo méritos. Vea V... ¡vivia en la calle del mismo nombre!

***

La necesidad de las crísis políticas la demuestran algunos haciendo notar la gran multitud de personas que hay en Madrid sin oficio ni beneficio de ninguna especie.

Veis por ahí gran número de individuos, perfilados, elegantes, vestidos con arreglo al último figurin....

Preguntadles:

—¿En qué se ocupa V.?

—Por ahora, en nada,—os contestarán.—Estoy esperando á ver si sale algo.... Si cayese el ministerio, quizá me colocaria.

El genio emprendedor, industrial y laborioso característico de otras partes no tiene aplicacion entre nosotros.

Hay mucha gente que no sabe en qué emplear sus conocimientos. La política es el señuelo de multitud de pretendientes

Así, cuando os encuentra en la calle algun individuo de esos y os pregunta:

—¿Qué hay de cosas? ¿Cae fulano?.... ¿Sube mengano?

No creais que teneis ante la vista un hombre que suspira por el buen régimen de las instituciones, ni por la mayor ó menor suma de libertades.... No; teneis á un futuro diente de la rueda administrativa. En su pensamiento no hay más que vacantes y plazas por cubrir.... Un sillon y una mesa en tal ó cual ministerio, una nómina, un *primero de mes*, un *abono* de años de servicio, más fecundo que el guano del Perú y los abonos minerales de todas especies.

La falta de ocupacion para tanto jóven de carrera, ha inspirado muchas veces provechosos artículos de periódico con este lema: «Más industriales y ménos doctores.»

Pero el mal parece que no se remedia.

Ahora mismo se han presentado 70 aspirantes para tres plazas de calígrafo vacantes en el Congreso.

¡Dichas plazas están dotadas con el sueldo de seis mil reales!

Los más hábiles pendolistas de Madrid han presentado sus instancias escritas con primorosos trazos de pluma y orladas con adornos caligráficos de gran valía.

¡Setenta para tres! ¡No hay más remedio; sesenta y siete habrán escrito sobre el papel sellado tan inútilmente como si hubiesen escrito sobre la movediza arena!

***

Hé ahí un Higuera que habrá dado buenos frutos. Es un señor que se llamaba *Higuera* de apellido, y que al morir ha dispuesto que la renta de una importante finca suya se destine á costear la carrera de canto á diez jóvenes de ambos sexos faltos de recursos.

Parece que la pasion musical fué uno de los mayores atractivos del Sr. Higuera.

Indudablemente se dijo muchas veces en vida:

—¡Qué gloria crear un Gayarre, dar desarrollo á un Masini! En el mundo hay poca gente que cante bien. Algunos cantan en la mano; otros cantan si los hostigan; hay poetas que hacen cantos.... de pedernal en lugar de hacerlos líricos.... Y el canto flamenco se halla muy extendido.

Pero el *bel canto*, ¡oh! el *bel canto* lo poseen pocos.

¡Yo voy á instituir una decena musical que perpetúe mi nombre!

Es sumamente laudable la disposicion testamentaria del citado filarmónico.

¿Quién sabe?.... ¡Tal vez alguno de los jóvenes sobre quienes recaiga su pension llevará con el tiempo el buen nombre de España en los principales escenarios del mundo!

Si esto sucede, ¡oh, *dilettanti* del porvenir! no arrojeis coronas de laurel á los aplaudidos artistas.

Les corresponderán coronas de Higuera.

***

El otro dia hubo gran agitacion en el Parque de Madrid.

Corrió la voz entre la numerosa concurrencia de aquellos jardines, de que el leon de la Casa de fieras se habia salido de la jaula.

No era cierto. El anciano animal permanecia tranquilo y sosegado miéntras la muchedumbre corria despavorida.

Sé de positivo que el leon ha tratado de saber quién habia esparcido la falsa alarma para demandarle de injuria y calumnia ante los tribunales.

Leo en un periódico:

«Ha sido nombrado jefe del personal del ministerio de Ultramar el señor Ron.»

¡No puede darse un nombramiento más apropiado!

El señor Ron, jefe en Ultramar....

¡Vamos; será ron de Jamaica!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 octubre 1883

NUESTROS GRABADOS

RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó

Los Aristarcos que tanto se ceban en la crítica de las actuales costumbres, que despues de todo no son dignas de la Tebaida, ¿qué hubieran dicho en aquellos tiempos, por ellos tan suspirados, en que cada calle era teatro de escenas parecidas á la que tan gráficamente ha dibujado el autor de este cuadro? Manolas descocadas, ó damas idem, que allá se confundian unas y otras, provocando con mucha gracia y escaso pudor á los transeuntes; un rapista haciendo la barba en plena calle á un caballero tan blanco de pelo como verde de intentos; unos estudiantes que conocen la guitarra mejor que el Digesto y que utilizan el latin para echar piropos subidos de color en la lengua de Ciceron; un fraile que en lugar de estar recogido como Dios manda, pasea sus alforjas repletas de aquellos comestibles que ha ido mendigando perezosamente á zafias verduleras; personajes son de exhibicion frecuente á la luz del sol que iluminó los últimos años del pasado siglo y los primeros del actual; pero esto no impide que tipos de esta naturaleza, por no decir de esta calaña, desdigan del respeto que siempre debieran infundir y guardar, las mujeres, los hidalgos, los escolares y los religiosos.

EL SALON, cuadro por Luis Leloir

Háse dado en llamar *salon* á la exposicion de cuadros que periódicamente se celebra en alguna capital, y el autor de la lámina que reproducimos ha demostrado en ella que si en un *salon* se reunen por regla general cuadros de todos los géneros, su diestro lápiz sabe reproducirlos tan variados como el capricho los apetezca. Desde la pintura histórica representada por una escena que tiene mucha semejanza con otra del segundo acto de los *Hugonotes*, hasta un estudio de la raza felina; desde el paisaje hasta los tipos de época y de costumbres varias; en todo ha estado discreto el autor, cuyo talento se adapta á la variedad en los gustos.

Algunos distinguidos pintores han dado pruebas de lo vasto de su genio acumulando diversos asuntos en un solo cuadro y empleando principalmente el recurso de reproducir, bien el almacen de un ropavejero, bien la galería de un anticuario. Leloir ha prescindido de buscar la forma de exponer, y ha expuesto de una manera más sencilla, más rudimentaria, pero que tiende más directamente al fin que se ha propuesto.

SAVONAROLA predicando en Florencia contra el lujo, cuadro por L. Langenmantel

En la segunda mitad del siglo XV, Florencia, gobernada por los Médicis, presentaba un brillante aspecto; pero debajo de aquel manto recamado de oro existia un cuerpo debilitado por toda clase de vicios. Jerónimo Savonarola, fraile dominico, de palabra tan ascética como sus costumbres, se propuso poner remedio á la depravacion general. Iniciador de la reforma religiosa, tronó contra el lujo, contra la enervadora política de los Médicis, contra el relajamiento de las comunidades religiosas, contra todo cuanto, á juicio del dominico, merecia el desprecio de los hombres y el anatema de Dios. Por un momento prevaleció su doctrina y consiguió tal popularidad, que fué el verdadero árbitro de Florencia. Pero sus enemigos eran sobradamente poderosos para no derribar á un humilde fraile, cuya única fuerza consistia en su arrebatadora elocuencia. Restablecidos los Médicis en el poder, perseguido por el Estado como trastornador y por la Iglesia como hereje, fué condenado á muerte y quemado vivo, junto con dos de sus más entusiastas discípulos, en la plaza pública de Florencia, aquella ciudad que poco ántes fué escena de sus triunfos.

¡QUIÉN VA!... dibujo por A. Fabrés

Hay hombres que constantemente llevan la mano al ala del sombrero, como los hay que la llevan continuamente al puño de la espada.

Cuando decimos *hay*, quizás debiéramos decir *habia*.

Por lo mismo que al presente no se usa espada, tampoco son muy usados los espadachines. Es una raza como la de los elefantes blancos; no se ha extinguido, pero le falta poco.

Fabrés no ha conocido á esos hombres, pero los adivina con singular intuicion y los dibuja con particular acierto.

Testigo de ello el grabado que hoy publicamos.

—¡Quién va!...—exclama ese fantasmon del tiempo de Enrique III.

Y al extremo de un brazo muy largo se está viendo una tizona mucho más larga que el brazo. ¡Ay del hombre á cuyo pecho se dirija la punta de este acero!...

A cualquiera se le ocurre que un encuentro con semejante personaje habia de terminar forzosamente con una de cuchilladas.

Entónces las fondas eran ménos comunes que en nuestros dias.

EL PASTOR EN ACECHO

Cuando, en las frias noches de invierno, nos arrebujamos en las confortables mantas de lana, ó cuando combatimos el catarro con sendos vasos de leche caliente, ó cuando, sentados cabe una limpia mesa, damos buena cuenta de alguna chuleta aderezada con maestría culinaria, ¡cuán poco nos acordamos del triste pastor que, aterido de frio, rendido por la tos y medio muerto de hambre, lleva á apacentar esos ganados que tan generosamente atienden á nuestras necesidades!

Y sin embargo, ese pastor es un elemento de gran importancia en los resultados de la vida social. Supongamos que cualquiera de los sibaritas que se aprovechan de los productos de la ganadería en sus múltiples formas y empleos, debiera apacentar esos rebaños, guiándoles durante el verano á los montes elevados, conduciéndoles en el rigor del invierno á los abrigados valles.... Lo más fácil seria que el rigor del clima, la desnudez de los campos y la astucia de los lobos, nos dejaran sin vellones, sin leche y sin chuletas.

Compadezcamos, pues, y admiremos á ese niño pastor que tan grandes servicios nos presta, y bendigamos á Dios que le dotó del sentimiento de la música para endulzar su soledad y consolarle del olvido del mundo.

LOS POSTRES, cuadro por Augusto Kaulbach

Dejaríamos de ser admiradores del arte si no rindiésemos culto á los ilustres nombres de Velazquez, de Rafael, de Murillo, Ticiano, Wan-Dyk, Vinci, y otros genios, cuyas portentosas obras son privilegiado ornamento y riqueza de museos y galerías. Pero cuando por suerte nos hallamos delante de un Fortuny, de un Delacroix, de un Pradilla, de un Overbeck, de un Kaulbach, plácenos sostener que nuestro siglo XIX no debe estar tan materializado como se le supone, cuando produce obras tan sentidas y tan bellas cual han ostentado las exposiciones contemporáneas de las Bellas Artes.

Hermoso ejemplar del arte moderno es el cuadro que hoy reproducimos. Examínese como se quiera y dígase si cabe mayor maestría y mayor sencillez á un tiempo; si es posible cautivar la atencion por medios más naturales y si al pié de esa pintura, que pudiéramos calificar de tan ingenua, desdeñaria poner su firma el más venerado de los profesores habidos.

DESPUES DE MUERTO

(Conclusion)

V

Cuando doña Cármen entró á preguntarle si habia descansado:

—Sí, querida; he descansado perfectamente, dijo sonriendo por primera vez en su vida, quiero decir en su muerte. ¿Y Pilar? ¿está ya buena?

—Sigue mejor.

—Vamos á verla.

—Pero, Pablo, ¿no sabes que?......

—No importa; vamos á verla.

—Espera un momento, espera.....

—Para qué......

—Si no te incomodases......

—Habla sin cuidado alguno.

—Pues, bien; ahora es imposible ver á Pilar.

—¿Por qué razon?

—Las viruelas están supurando, y en este período de la enfermedad, el contagio es más seguro.

—Mayor motivo entónces para que yo la vea. Necesitará que se la atienda, que se la cuide; vamos, vamos. No me separaré de su lado hasta que esté restablecida.

Diciendo esto se dirigió á la alcoba de la enferma; doña Cármen quedó maravillada ante tan increible trasformacion. Durante muchos dias no cesaron sus sorpresas; D. Pablo asistió á su hija, olvidándose de sí mismo, con una abnegacion sublime; no descansó un instante. Por su mano dió á Pilar las medicinas; la puso y renovó los vendajes; durmió á su lado recostado en la misma almohada, tomando los alimentos de la enferma en el mismo plato y con el mismo cubierto. Pasada la convalecencia el carácter de D. Pablo fué el más alegre y decidor de la casa. ¡Qué locuras hacia! ¡qué cosas tan chistosísimas ideaba! ¡qué cantares! ¡qué bailoteos! ¡qué risas!

—¡Se habrá vuelto loco! pensaba á todas horas doña Cármen.

Pero no; su salud aumentaba de dia en dia; engordaba; se endurecian sus músculos; la sangre circulaba con abundancia por sus venas y arterias, bien repleta de glóbulos rojos, como lo delataban el sonrosado color de su piel y el rojo subido de sus labios y encías. ¡Qué guapo, qué hermoso y qué fuerte estaba! Se habia rejuvenecido, ó segun la frase gráfica de doña Cármen; se habian llevado un hombre y traido otro.

Los ataques catalépticos no volvieron á presentarse, desaparecieron completamente y la monomanía higiénica se fué para nunca más volver.

Nadie se explicaba semejante cambio, y á no verlo, ¿quién lo hubiera creido?

VI.

Una tarde de otoño, se paseaba D. Pablo con su mujer y su hija por las afueras de la poblacion. Ya comenzaba á anochecer cuando decidieron volverse á casa. Al doblar un recodo del camino ofrecióse á la vista de nuestros tres personajes el más espantoso espectáculo que pudieran sospechar. Una casa, una miserable casucha de un guarda, compuesta de dos pisos, bajo y principal, ardia como una tea, más aún, como un monton de hojas secas.

Las llamas subian desde el piso bajo al principal y de este al tejado como un ramillete de fuego.

En el único balcon de la casa, una niña, de tres á cuatro años de edad, lloraba, agarrada á los barrotes de hierro, llamando á grandes gritos á su madre, la cual llegó al poco tiempo rugiendo como una fiera. A no haberlo impedido se hubiera arrojado en la hoguera y perecido en ella ciegamente.

—¡Mi hija! ¡mi hija! repetia angustiada la pobre mujer extendiendo sus brazos al aire.

D. Pablo, sin dudar un instante, con una tranquilidad de espíritu conmovedora y sonriendo cual si se dispusiera á trepar á un árbol á coger fruta, se adelantó hácia la casa rechazando á su mujer, á su hija y á otras personas, las cuales, aterradas, quisieron detenerle.

Con agilidad y presteza se asió á los hierros ardientes de una ventana baja, y adelantando unas veces el pié y otras las manos, subió, en medio de las llamas que prendieron en todo su vestido, hasta el balcon donde se hallaba la pequeña, volviendo con tan pesada carga á descender, de la misma suerte que habia subido.

Al poner el pié en el suelo dió dos ó tres pasos y cayó en tierra desplomado. Todos corrieron á él y le arrancaron á pedazos la ropa todavía ardiendo, y perdido el conocimiento, lo envolvieron en una manta y lo trasladaron á su casa.

Se le declaró una inflamacion espantosa en la cabeza; las manos y los brazos tambien se le hincharon; debia sufrir horriblemente y sin embargo no se quejaba. En lo que podia manifestarse su pensamiento, parecia estar contentísimo.

Trascurridos quince dias la inflamacion comenzó á bajar, y al mes ya habia desaparecido casi totalmente. Entónces se observó que habia perdido la vista.

—¡Ciego, Dios mio, ciego!

Su mujer y su hija estaban desconsoladas. Don Pablo, por el contrario, se hallaba alegre y resignado con su nueva desgracia.

Su familia y sus amigos, asombrados, no sabian cómo explicarse todo aquello.

Un dia le interrogó hábilmente su mujer sobre el extraordinario cambio que habia sufrido su carácter y el valor heróico que habia manifestado meses ántes salvando á una criatura de las llamas.

—No tiene nada de particular, mujer, la dijo don Pablo, acariciando á doña Cármen bondadosamente; y prosiguió: Un año ántes de mi muerte, paseándome por la márgen derecha del rio, ví á un jóven de unos diez y seis años que se estaba bañando. En la orilla opuesta á la que él y yo nos encontrábamos florecian unas matas de malvas hermosísimas, cuya flor tomaba yo todos los dias en infusion. Si quieres ganarte medio real, le dije al chico, tráeme todas las flores de malva que ves allí enfrente. El muchacho, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se dirigió hácia la otra orilla, pero ántes de haber llegado á la mitad del camino le arrolló la corriente, y desapareció á mi vista. Como entónces las impresiones fuertes me producian los ataques aquellos de catalepsia que padecí en la tierra, cerré los ojos. me volví de espaldas y eché á andar huyendo de semejante escena. Al dia siguiente supe por los periódicos que el infeliz se habia ahogado.

Ahora bien, si no tuviese la evidencia de que estoy muerto y bien muerto, y de que todo cuanto me ocurre es sueño y nada más que un sueño, es seguro que la niña del fuego hubiera perecido como el muchacho del rio; no habria asistido á Pilar variolosa, ni sufrido con paciencia los dolores de las quemaduras, ni mucho ménos me conformaria con la ceguera. Pero como estoy muerto y todo lo que pasa es mentira, dispuesto estoy á tirarme de cabeza por el balcon en la seguridad de que nada ha de sucederme. Y si quieres convencerte por tí misma, espera un momento y lo verás.

Y diciendo esto se dirigió á tientas al balcon por donde se hubiera arrojado á no impedírselo doña Cármen, la cual, llorando silenciosamente, le decia que no era menester la prueba, pues estaba convencida de que todo cuanto le habia dicho era verdad; pensando para sus adentros que su desgraciado marido habia perdido el juicio de todo en todo.

Consultados los médicos y sometido á varias experiencias D. Pablo, declararon todos aquellos señores que el ciego estaba loco de remate, en cuya opinion murieron unos y otros.

VICENTE COLORADO

LOS OJOS DE CERA

Muchas zonas recorrió la flechilla del disco barométrico sin hacer estacion en ninguna; franqueó, tiritando, la region de las nieves perpetuas; cruzó, encendida de calor, por arenales calmosos; salvó de un brinco mares en borrasca; se volvió loca en el polo; y en fin, despues de una ligera indecision, se detuvo en tiempo revuelto. Al lado estaban las lluvias, con sus charcas pantanosas, sus miasmas pútridos, y sus negras calenturas; y, en una línea más allá, no sé si se rebullia el infernal conciliábulo de espectros con guadaña, avispados ojeadores de la muerte, cuya diversion consiste en cazar, ocultos en la sombra, la salud andariega.

***

Declaróse una epidemia en el aire, extendiéndose por toda la villa. El sol fué inculpado igualmente en el criminal cataclismo. El vulgo atribuyó parte no escasa del hecho tremendo al inocente zumo de frutas melosas. Y entretanto, los químicos sacaban de sus laboratorios, estupendos paliativos para el mal. Orondas píldoras, primorosas pastillas, ungüentos balsámicos lucieron junto á la bomba verde de las farmacias. Pero, la enfermedad pasaba como ave que lleva el ala rota, salpicando á diestro y siniestro puñados de agujas en los ojos. ¡Cuántas caras de niños quedaron sin sonrisas! El limpio cristal por donde mira al mundo la inocencia, se veia, en casi todas estas tiernas criaturas, jaspeado de gotas de sangre. ¡Y no me hableis de medicamentos! El colirio de rosa, el láudano adormecedor, cumplian lo mejor posible con su milagrosa ocupacion de destilar consuelos. Pero, eso fué todo.

***

¿Para qué mecer la cuna del niño que está acostado sobre espinas? El columpio del sueño es para él una rueda erizada de garfios. Vidrios desmenuzados se incrustan en sus pupilas hinchadas, protegidas de los picotazos de la luz por sola una tira de lino. ¡Nunca la fe estuvo mejor simbolizada! Acercais á los labios, que fueron rosas, un brebaje sombrío diputándolo por agua trasparente, y la boca confiada se lo traga, pidiéndoos más. En el rincon de oscura alcoba demanda el deseo infantil un teatro, y la imaginacion compasiva de la enfermera, llena de decoraciones y de aparatosas maquinarias aquel reducido trecho, apto sólo para contener un nido. Las paredes se truecan, bajo la brocha ardorosa de la fiebre, en telas pintadas; los muebles toman proporciones monumentales; los vestidos colgados se animan; y sus pliegues diseñan personas.... Hasta ahora el espectáculo es fácil, bello, encantador. Pero, de pronto, se despierta el gusano de la oftalmía, y con su aguijon encolerizado taladra el ojo enfermo. ¡Ah! no movais la cuna del niño que apoya su cabeza sobre puntas de zarzas.

***

Atad el freno á la curiosidad desbocada. Pisad sigilosamente las losas de mármol del palacio de la marquesa Celia. No importa que aplasteis los soberbios tulipanes, que, sobre jarrones japoneses, adornan las galerías. Seguid impasibles, sin protestar, la ola de taciturno bullicio que se agita por la gran casa. El mundo de satélites, escuderos y cortesanos que danza alrededor de todo magnate, pónense allí en movimiento esta noche. Los balcones blasonados dejan ver por entre sus maderas entornadas el relampagueo de luces corriendo de una sala á otra. Al doblar una esquina de aquellos muros adamascados, se detienen dos transeuntes y se dirigen una pregunta:—¿Cómo está la niña?—Esta misma interrogacion se oye repetir en todos los ángulos, bajo todos los techos artesonados del aristocrático edificio. Hasta en la cocina subterránea, iluminada por la roja llama de la chimenea, entre el vaho de las cacerolas, junto al macizo mobiliario de nogal avellanado, el indocto colegio de los marmitones salmodia soñoliento esta frase: ¿Cómo está la niña?

***

Es esta un sér delicado, fino, compuesto de nervios de sensitiva, ojos abiertos y luminosos, cabecita rubia y tez aterciopelada. Una de esas mariposas que habreis visto revolotear, en tardes de paseo, al lado de un cuadro de verdura. Tienen alas de blondas y coronas de flores; y si un rayo de sol prima-



EL SALON, cuadro por Luis Leloir



SAVONAROLA PREDICANDO EN FLORENCIA CONTRA EL LUJO cuadro por L. Longenmantel

veral llega á herir sus vestidos de gasa, urge á la fantasía aferrarse con argollas de buen sentido á la realidad, para no creer que son ángeles flotando entre nubes de fuego. Pues bien, esta niña, este adorable juguete de carne sonrosada, estaba á punto de perder los ojos. ¿Concebís un cielo sin estrellas? Entónces concebís el alma de un niño sin miradas.

* * *

Este virginal lirio paciente, ahora mustio y quizás tan próximo á desprenderse del tallo, fué único fruto de una floracion consagrada por el altar, pero maldecida y desbaratada por la falange endiablada de la discordia y de la falta de seso. La marquesa Celia tuvo por marido un hombre, que sin ser positivamente un monstruo de perversion, las obras infames que provenian de sus manos, tomando su orígen pristino en su chato caletre, sobrepujaban en resultados desastrosos á las del más abyecto de los séres del órden zoológico. Fué padre por un olvido de la naturaleza. El divino engendro que abrigó en sus entrañas Celia debió pertenecer sin duda al amor de un hombre, no á la hozadura de un sapo. A los dos meses de matrimonio y cuando su jóven esposa habia empezado apénas á gozar de los austeros deliquios de la mujer que se siente madre por vez primera, el loco marido huyó en busca de aventuras entre bailarinas y tahures. Estos pólipos que chupan lo más precioso de la vida, la sangre y el oro, admitieron al prófugo calavera dentro de sus ranchos gitanescos, de sus rediles lobunos. ¿Qué sombra de remordimiento podia proyectar en su alma enturbiada su hogar sin jefe, su esposa abandonada? Esta no pudo acallar por mucho tiempo los gritos de su corazon lacerado. Era, al fin, mujer, y el hombre, fiel ó traidor, á quien ella habia entregado todas sus virtudes, todos sus encantos, todos sus pudores, todos esos secretos perfumes del capullo aún no florecido, el hombre aquel, dueño discrecional de ella, no podia serle indiferente. Así, lloró largamente el triste acontecimiento. Mas, luégo que nació su hija, que los cuidados maternales reclamaron parte muy principal de sus atenciones, la viuda en vida no se encontró tan sola. La niña vino al mundo enfermiza, como flor que brota en tierra escaldada. Fué preciso á sus pulmones endebles el hálito robustecedor del campo. De este modo la niña de Celia pasó casi toda su infancia, separada de su madre; aunque viviendo en consorcio íntimo con otra madre más fecunda y eternamente viva: la naturaleza. La marquesa no contrarió los gustos de su hija, pero ¿domó los suyos propios?

* * *

Habia pasado ya la media noche, y el sueño no parecia por casa de Celia. Al salon biblioteca convergian las miradas todas de los asistentes, pues allí se debatía encarnizadamente la salvacion de la niña. Allí estaba plantado el tribunal, de cuyo fallo se hallaba suspendida la general expectativa. Entre estantes de caoba, atestados de libros dorados, y estatuas de yeso, recordando facciones de inmortales, se reunia el cenáculo de doctores de la ciencia médica, jueces inapelables de la vida del cuerpo. Deliberaban con calor, con suprema agonía, con verdadera abnegacion, como si el móvil de aquella junta de sabios no tuviera por estipendio la remuneracion pecuniaria de una profesion lucrativa sino el modesto salario de una accion buena. Famosos eran todos ellos. Cada cual revolvia el fondo del saco de su erudicion y vertia torrentes de adivinaciones sibilíticas. Tantas bocas, tantos oráculos. Sí; aquellos hombres, rígidos, severos, consumidos por el estudio, aunque fortalecidos con el manejo constante del peligro, decian palabras que tenian mucho de inspiracion profética. No faltaba tampoco á esta aureola la periferia crepuscular del misterio. No se oian otras frases que «atrofia de pupilas,» «dislocacion del cristalino,» «hernia del íris,» «congestion de la coroides,» «hemorragias retinianas,» «filaria en el cuerpo vítreo.» Eran vocablos de un lenguaje técnico, notas del pentágrama de la sabiduría, que componian una cancion bien triste. ¿Qué habia de efectivo en esto? Nada: la duda, lo oscuro, el embrollo de las ideas, la ruina de todo cálculo. El oftalmoscopio dijo algo, pero sin prestar mucha fe á sus aseveraciones. Habia neuralgia facial afectando sobre el órgano de la vision. Una complicacion de fiebre perniciosa hacia más espinoso el asunto. Era un caso raro. ¿El paludismo, la amaurósis congénita ejercian allí algun influjo? Nada de cierto, sino que la niña sufria horriblemente, y que, aquella noche, habia asomado en el azul de sus pupilas una nubecilla blancuzca de pésimos agüeros.

* * *

No, no; la marquesa no queria consolacion ninguna. Si la larga ausencia de su hija y las atracciones de la esfera de lujo en que se movia su pié pudieron desviar la inclinacion de sus afecciones de mujer, el amor materno en ella no habia experimentado alteracion alguna. Celia era una mujer de temperamento apasionado, y todos sus sentimientos se elevaban en ella, muchas veces con la sola evocacion de un recuerdo, á un grado extremo de tension y de sonoridad. En tales casos tenia súbitas resoluciones, cuyos efectos, buenos ó malos, iban siempre acompañados del prestigio de sus dotes sobrenaturales. Era en realidad, prodigiosamente bella, de distincion suma, y de un espíritu que brillaba en su rostro con fulguraciones fascinadoras. ¡Ah! codicia del mal, ¿por qué pusiste tu mano maldita sobre el corazon de Celia? Aquella noche, sin embargo, noche reveladora de verdades ocultas, iba á ser tambien, para la marquesa, noche de grandes decisiones. La ola del amor maternal fué hinchándose de momento en momento en los mares infinitos de su alma. No; ella no podia consolarse. Su hija iba á quedar ciega. Era madre ante todo, ¿qué le importaba lo demás? Aquel afecto puro, santo, celeste, ¿no podia ser al mismo tiempo el incienso que fumigara el aire algun tanto viciado de su vida? No le hableis de otra cosa que de su hija enferma. Ved la madre, despertada de su letargo, recorriendo habitaciones, llena de solicitud, y ofreciéndose á todos los servicios, ansiosa de ser útil, pero descubriendo en todos sus trafagosos ademanes la dificultad embarazosa de una mujer no hecha á las prácticas del oficio doméstico.

* * *

¡Apártate de aquí, impertinente favorito de una hora de extravío mujeril! Huye del lugar donde se cobija el dolor. ¡Oh, tú! el más almidonado, el más antipático de los lechuguinos; tú, puritano de las ridiculeces de la moda, y á quien mercedes concedidas sin merecimiento hicieron el más odioso, el más exigente, el más soez de los amantes. No turbes, polilla ruin de virtudes femeninas, la gravedad del momento con la aparicion de tu faz cómico-melodramática. Limpia, si tienes valor, el estigma del desprecio que escupió sobre tu frac verde la mujer engañada. Oculta entre el cieno, como reptil ponzoñoso, la camisa miserable de pasados adulterios, ¡oh, tú, el más criminal de los criminales galanteadores de estufa, de los parásitos de amor!

* * *

La culpa tomó por bestia suya á la virtud. La virtud se encabritó contra el ronzal de la culpa y gritó: «¡á tierra!» La culpa cayó al polvo, donde fué pisoteada por los inmundos animales de la abyeccion, de la miseria y del aburrimiento.

* * *

Avanzaba la noche fatal, en que hubo de manifestarse la crísis de la enfermedad de la niña, con síntomas alarmantes, y la madrugada no trajo entre sus alientos de frescura ningun alivio que calmase los dolores de grandes y de pequeños. Celia habia llorado mucho. Sus oídos parecian tapiados á todo consejo de resignadora conformidad. Reprochábase de haber sido hasta entónces tan indiferente para con su hija, y la alucinacion roedora de su conciencia llegaba hasta el extremo de acusarla como motora añeja de los males presentes. Escrúpulos del delirio ó confesiones de movimientos íntimos encarcelados de larga fecha en su alma, todos los pensamientos que acudian en tropel á su mente la delataban como causa, cómplice é iman de la pena que habia caido, como un rayo, sobre la frente inmaculada de su niña. La marquesa no podia parar mucho rato en un mismo sitio. Ansias estranguladoras subian á su garganta y atormentaban cruelmente su espíritu con ideas ofuscadoras y mortales. La ciencia se removia impotente, desconcertada, como brújula sin norte. ¿Qué remedio? La madre habia sacrificado su pasion liviana ante los ayes de angustia de su hija. Pero, no bastaba esta accion, que, más que holocausto propiciatorio, era la justa penitencia, no cumplida, de un delito inulto. Todo aparentaba conjurarse contra los propósitos reconciliadores. Tratamientos terapéuticos, vigilancia inusitada, cuidados prodigados á todo pretexto resultaban como no empleados. Y la madrugada tocaba á su término, y el alba blanqueaba el cielo, sin que en los ojos de la niña se reflejase un rayo de mejoría.

* * *

—¡Piedad, piedad, Dios mio! he sido una gran pecadora. Mis faltas fueron graves y multiplicadas; que no recaiga el castigo que yo merecí sobre quien es inocente. Sé que dí al olvido mis deberes, sé que la misericordia no debe estar de parte mia. Pues bien, Señor, aplacad ese enojo que mata, que ciega á la hija de mis entrañas para toda su vida. ¿Qué quieres de mí? ¿Mis errores? los expiaré; ¿mis vanidades? quedarán reducidas á pavesa. Una reparacion inmensa, inmediata, sírvate de desagravio. Pide. No sé qué darte... lo que más estime, lo que más halague mi orgullo... ¡Mis joyas!... tómalas todas, que se las lleven y que resplandezcan en tus altares.

* * *

No aguardó Celia que, á otro dia, fueran abiertos los talleres de orfebrería y artes suntuarias, y que pusiesen á la vista el rico contenido de sus escaparates deslumbradores, sino que, llamando en una tienda, penetró en ella como el náufrago que se procura con su propia mano socorro. Dentro de los armarios de palo santo, se veian ejércitos de argentados y auríficos artefactos, que reñian escaramuzas, en la oscuridad, lanzándose llamaradas de aderezos y chispazos de pedrería. ¡Qué bien se cubria de gloria el buril entre aquellos escuadrones de primores manufactureros, mostrando sus lindos arañazos sobre piezas, que representaban un caudal de coste! La dama pidió lo que deseaba, y á su postulacion, mil estuches y cajas acolchadas de seda saltaron sobre sus resortes, dejando ver afiligranadas arquitecturas de oro y plata en su seno. Celia encontró lo que buscaba. Eran unos ojos de oro irisados de diamantes. El valor de esta prenda votiva superaba en cientos de onzas al de sus numerosas joyas. ¿Cómo estaba allí tan oportunamente obra tan excelsa y tan rara? Celia no se ocupó de investigarlo. Dejó en el mostrador todos sus aderezos, pendientes, camafeos, anillos, collares y sortijas junto con rollitos de papeles de una gran estima en el comercio. Pero ¿qué valia esto, si aquellos ojos de oro llenos de luces representaban los ojos de su hija llenos de tinieblas?

* * *

—Parte facultativo.—Sigue el reflujo de la inflamacion con redoblamiento de los trastornos visuales. Aplicóse la pomada mercurial sobre la region ciliar, sin obtener resultado satisfactorio. No han cesado de cabrillear, ante la retina de la enferma, los círculos brillantes, las estrellas rojas, las nieblas abigarradas, los globos fosforescentes. Temor de que estos síntomas sean precursores de ulceraciones. Tratamientos preparatorios para la operacion terrible. ¿Se le aplicará directamente el cloroformo á las venas ó se administrará este anestésico por la vía respiratoria? No hay que pronosticar venturas, cuando el diagnóstico está orlado con cenefa de tristeza.

* * *

Habian trascurrido dos dias. El voto riquísimo de Celia parecia no alcanzar más gracia de la Providencia que la que posee un amuleto para con un fetiche. La niña empeoraba visiblemente. La desesperacion alborotó con rudeza el alma de la marquesa, la cual, delante de tan infructíferos esfuerzos, llegó á abrigar pensamientos de irreligion. Su belleza habia desaparecido casi por completo. En pocas noches, su cuerpo, no habituado á la vigilia, demacró en términos que holgaron sobre sus contornos, espléndidos ántes, todas las estrecheces y ceñimientos de las ropas. La marquesa no se conocia. Tenia desmadejado el cabello, los ojos desmesuradamente agrandados y hundidos, con círculos violáceos en sus bordes, la boca resquebrajada, el rostro todo descompuesto y marchito. ¡Su niña ciega! Hé aquí el gusanillo que se habia entrado en su cerebro y trastornaba profundamente sus hilos vitales. Ya no le cupo duda de que el tormento de la hija era respuesta á la liviandad de la madre. Habíanse agotado todos los recursos de la ciencia, puesto en práctica medios sobrenaturales y divinos. Todo inútil. La víctima, al ser echada sobre las brasas del hecho, se resolvia en humo y se dispersaba por el aire. Amoríos, galas, gustos que endulzan el paladar de los antojos, fueron arrojados, como cosa que sobra para el viaje, en el camino nuevo labrado por las circunstancias fatalistas. Sí, todo habia sido estéril y vano. Pero, Celia era mujer de condicion exaltada y tocaria á las fauces mismas del abismo ántes que cejar un paso dado en el curso de las intemperancias. Primero fué madre poco creyente, despues fué madre supersticiosa. ¿Qué seria finalmente? Sí, llegó, llegó á la sima, al precipicio donde la arrastraban sus exageraciones. ¡Pobre mujer! Era una naturaleza incompleta por lo mismo que atesoraba tantas perfecciones.

* * *

—¡Celia! querida mia, no llores: tus ojos pueden enfermar tambien. ¡Y son tan hermosos!

—Estos ojos serán arrancados de mis órbitas porque gustaron á la vanidad de un necio y envilecieron los deseos de una desdichada.

* * *

Sí; la marquesa ofreció saltarse los ojos si su niña curaba, y la niña... curaba. Desapareció todo fenómeno grave. Organos, membranas y tejidos fueron observados por el oftalmoscopio, y ahora dijo éste que se hallaban bien. La niña curaba de aquello que fué amago de catarata; su ascenso á la salud fué rapidísimo; pero todavía no veia. La marquesa comprendió entónces lo enorme de su ofrecimiento. Le pareció horrorosa la accion á cuya realizacion se habia comprometido con vínculos sagrados. Dudó, luchó con su conciencia, sintió á su lado el demonio incitador de su hermosura. Miróse al espejo, y faltóle poco para caer al suelo desvanecida, con sólo figurarse desprovista de sus hermosos ojos. No; ella no podia realizar un tan cruel sacrificio. Pero durante este intervalo de vacilaciones angustiosas, la niña sufrió otra recaida, cuya súbita brusquedad tenia algo del golpe inferido por mano oculta. Ya no hubo remedio. La marquesa se decidió á dejarse ciega por su hija.

* * *

Encerrada está la marquesa en su gabinete. ¿Qué hace? Poner en obra una tremenda palabra. En tanto, el médico de cabecera, prueba á quitar la venda á la niña. Esta se incorpora en su lecho, da un grito; salta al suelo y echa á correr por las habitaciones del palacio, diciendo:

—¡Mamá! ya veo; ya veo, mamá mia.

¡Quién sabe si será ya tarde! ¡quién sabe si la mano culpable traspasó el límite de la pena y cortó con el dogal el cuello! Todo estaba en silencio en el aposento de Celia. Cuando hubieron llegado á la puerta la niña y el doctor, vieron á través de los vidrios, un espectáculo aterrador: la marquesa apuntándose á los ojos con las cuchillas afiladas de unas tijeras.

* * *

La niña y el doctor entraron.

—¡Madre, madre mia! gritó aquella; ¿qué vas á hacer? Si yo ya veo. ¿Me quieres mucho?

—Celia, dijo el doctor sujetando el brazo de la dama, no tentemos la Providencia. Mucho ha hecho V. ¡Basta ya! No exageremos. La culpa debe ser tambien piadosa consigo misma. Nunca para los sacrificios midamos á Dios con el rasero con que medimos al hombre. Este podrá ser ambicioso y vano: amará lo que reluce ó lo que hace ruido. Mas para con Dios, dar oro es agravio, destruir una obra suya, sacrilegio. ¡Ofrendas humildes al que lo posee todo! Celia, para el que todo lo ve bastan sólo.... unos ojos de cera.

JOSÉ DE SILES

CRONICA CIENTIFICA

LA NAVEGACION AÉREA

Otra solucion más

I

Las *revistas francesas* se han ocupado recientemente de una nueva solucion, ideada por Mr. Duponchel, para este inaccesible é interesante problema: *la direccion de los globos*.

Dar á nuestros lectores una ligera noticia del sistema propuesto por el inventor, es el objeto del presente artículo.

Las infinitas soluciones que han ido apareciendo y desapareciendo, desde el dia memorable en que Mongolfier vió elevarse por el cañon de su chimenea la carta providencial, orígen del descubrimiento que nos ocupa, pueden dividirse en dos grandes grupos: *aparatos más pesados que el aire*, imitaciones más ó ménos ingeniosas del vuelo de las aves; y *globos propiamente dichos*, ó aparatos más ligeros que el aire ambiente.

De los *primeros* la experiencia ha ido dando cuenta; y todas las tentativas realizadas han tenido desenlace ridículo ó dramático segun los casos, pero siempre han terminado por sainete ó por tragedia.

De los *segundos* nada ha resultado decisivo, y el problema está aún allá entre las nubes, sin que nadie logre alcanzarlo: sólo se ha llegado á esta conclusion, que desde el primer momento hubiera podido sospecharse: que no se dará direccion á los globos hasta que se descubra *un motor* de gran potencia y de poco peso.

De todas las experiencias realizadas, las del célebre Giffard son á no dudarlo las más interesantes: el eminente ingeniero fué el que por vez primera se lanzó á los aires con una máquina de vapor, y con penachos de humo dejó escrito en el espacio para un porvenir más ó ménos



¡QUIÉN VA!.. dibujo por A. Fabrés

remoto prueba patente de su audacia y de su talento.

Pero la máquina era débil, la corriente atmosférica poderosa, y apénas si logró ejecutar en los aires alguna que otra evolucion.

Sin embargo el camino seguido por Giffard es el buen camino, y por él llega á demostrarse la *posibilidad teórica* de resolver el problema, como veremos en breve.

Tenemos en el espacio una *resistencia*, que puede ser enorme: *el aire*, *el viento*.

Necesitamos una *potencia* superior al esfuerzo resistente, y esta potencia, que será *una máquina*, porque la fuerza muscular de uno ó de varios hombres no basta, ha de *ser pesada* y tanto más pesada cuanto más potente ha de ser.

De donde resulta á primera vista esta especie de círculo vicioso, en que dan vueltas los inventores perdiendo al fin el sentido y la cabeza: *grandes máquinas* para tener gran fuerza allá en los aires; *grandes globos* para que tengan gran fuerza ascensional y puedan llevarse por entre las nubes el motor; y por lo tanto, *grandes superficies* resistentes. Pero *creciendo* estas, *crece* la accion del viento, y es forzoso *aumentar* la energía de la máquina y su peso; y á mayor peso, mayor globo, y mayor superficie, y mayor resistencia; y otra vez vuelta á aumentar la potencia del motor, y su peso, y las dimensiones del globo; y otra vez vuelta á crecer la superficie, y á crecer la resistencia; y de nuevo mayores máquinas, mayores globos, mayores superficies, mayores resistencias, y así á recorrer sin término lo que hemos llamado impropiamente círculo, porque es vertiginosa espiral en que la máquina, el globo y la resistencia se persiguen siempre creciendo y sin alcanzarse jamás, miéntras el mísero inventor en el centro del torbellino siente la atraccion del abismo y la desesperacion de la impotencia.



PASTOR EN ACECHO

¿No es verdad que esto es lo que á primera vista parece?

¿No es verdad que casi se ve una máquina que persigue á un globo y á una resistencia, creciendo todos á una, y sin llegar el motor á dominar y á vencer el esfuerzo resistente?

Pues si esto se ve, se ve mal, porque la Geometría, la pura Geometría demuestra lo contrario.

¿El diámetro de un globo se hace 2, 3, 4, 5 veces mayor?

Pues la superficie de su envolvente será 4, 9, 16, 25 veces más extensa: es decir, que crecerá como *los cuadrados* de las dimensiones lineales.

Pero es el caso, que los volúmenes crecen aún más aprisa, porque aumentan con los siguientes números: 8, 27, 64, 125, que son *los cubos* de los diámetros.

Y esto es todo, y en estas tres series está la demostracion de nuestro aserto.

1, 2, 3, 4, 5, 6..... para las dimensiones lineales del globo, su *diámetro* por ejemplo;

$1, 2^2, 3^2, 4^2, 5^2, 6^2$..... ó sean 1, 4, 9, 16, 25, 36 ... para las *superficies*;

$1, 2^3, 3^3, 4^3, 5^3, 6^3$ ... ó sus iguales 1, 8, 27, 64, 125, 216....para los *volúmenes*.

Ahora bien, las *resistencias* varian proporcionalmente á las superficies ó sea á los números de la *segunda línea*; pero la *fuerza ascensional* y por lo tanto el peso de la máquina y su *potencia* aumentan en la proporcion que indican los números de la *tercera línea*; de donde resulta, que EN TEORÍA es posible construir un globo capaz de elevar por los aires una máquina de tal fuerza, que venza la accion de las corrientes atmosféricas por violentas que puedan ser.

La potencia persigue á la resistencia, como decíamos ántes, pero con mayor velocidad que esta última: cuando la resistencia se *cuadruplica*, la potencia se hace *ocho veces* mayor; si la resistencia *es nueve veces* lo que ántes era, la potencia es *veinte y siete* veces más crecida; llega la resistencia á *diez y seis*, pero al mismo tiempo llega la potencia á *sesenta y cuatro* y así sucesivamente.

Es una especie de *sport del espacio*, en que al principio toman la delantera los flamígeros caballos de la tempestad, y quedan atrás los *caballos de vapor*, pero en que al fin la velocidad de estos crece de tal modo, que alcanzan y vencen á los primeros.

Supongamos que en el ensayo de Giffard la resistencia del aire ó sea la fuerza del viento era 8 veces mayor que la fuerza de la locomotora: construyendo un globo semejante á aquel, cuya longitud sea 10 veces mayor, la nueva resistencia será $8 \times 10^2 = 8 \times 100 = 800$; pero el volúmen, la fuerza ascendente, el peso de la nueva máquina y su potencia será 1×10^3 $1 \times 10 \times 10 \times 10 = 1000$, donde resulta una energía motriz superior á la accion resistente 800.

Hé aquí, pues, la demostracion de la *posibilidad teórica*; pero en la misma demostracion apuntan ya las inmensas dificultades prácticas del problema.

Fácilmente se dice: «constrúyase un globo *diez veces* mayor que otro en dimensiones lineales;» pero no es tan fácil, ni *técnica* ni *económicamente*, construir un globo de 300 metros de longitud.

Y cuenta que sólo hemos supuesto que la fuerza del viento era 8 veces mayor que la del motor de fuego; pero ¿y si fuese 20 ó 30 veces más elevada aquella que esta?

Dificultades mecánicas, dificultades de ejecucion material, dificultades de estabilidad, dificultades de coste, un mundo de obstáculos se opone á la completa solucion del problema.

En este fantástico *sport* que imaginábamos, los caballos de la tempestad marchan libremente por los aires, los caballos de vapor encuentran á cada paso abismos por zanjas y muros inquebrantables por barreras.

En tal estado se halla la cuestion, cuando aparece el invento objeto de este artículo: en él hay *una idea* digna de ser tenida en cuenta, aunque no es la que hacen resaltar y colocan por decirlo así en primer término los varios artículos que tenemos á la vista.

Expliquemos, pues, á nuestro modo la invencion de Mr. Duponchel.

La idea fundamental es sencilla: no es *la máquina pájaro*; ni el *globo ordinario* de aire caliente, de gas del alumbrado ó de hidrógeno, de fuerza ascendente fija; es el *globo pescado*.

Un globo de *fuerza ascendente variable;* unas veces sube, otras desciende, y de nuevo vuelve á subir, y así va dando bordadas en un plano ó en diversos planos verticales ni más ni ménos que un buque sobre la superficie horizontal de los mares.

1.° El globo de que se trata es de paredes variables y flexibles, y su volúmen puede ser mayor ó menor: basta para ello colocar en su interior grandes vejigas que sean como las vejigas natatorias de los pescados y que estén en comunicacion con la atmósfera.

2.° El gas del interior del globo puede calentarse ó enfriarse á voluntad.

¿Se calienta? Pues se dilata, comprime las vejigas, llena mayor espacio, y en suma hay *mayor espacio ocupado por el gas*, de donde resulta un exceso de fuerza ascensional. El globo sube y la subida del globo es una fuerza motriz.

¿Se enfria? Pues se contrae, la atmósfera penetra en las vejigas, las hincha y reduce el espacio que ocupa el gas, el sistema pierde fuerza ascendente y cae.

La caida del globo, como su anterior ascension, es una nueva fuerza motriz.

3.° La fuerza motriz que resulta de la subida del globo y de su descenso es la que se utiliza para darle direccion, ya ejecutando verdaderas bordadas por medio de velas ó planos inclinados, ya utilizándola en algun sencillo mecanismo.

Sólo nos falta por explicar un solo punto, á saber, cómo se calienta y cómo se enfria el gas que lleva el globo en su interior.

Efectúase esta operacion por el vapor de agua: un hogar, una caldera, un sistema de tubos por el interior del globo, tubos por los cuales circula el vapor en ciclo perenne: y no más: tal es el nuevo sistema propuesto á la Academia de Ciencias de Paris.

En el próximo artículo, que será el último, terminaremos esta sumaria descripcion; y áun aventuraremos algunas reflexiones sobre el novísimo invento.

Digamos de antemano, que en esta materia toda confianza es imprudencia, y toda excesiva severidad, cuando se trata de sistemas teóricamente racionales y posibles, es torpeza é injusticia.

¿Quién sabe en qué pedazo de roca estará el grano de metal?

JOSÉ ECHEGARAY

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 29 DE OCTUBRE DE 1883 — NÚM. 96

LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begschlag

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Las cenizas de la gloria.—Restos de Saavedra Fajardo.—El señor Fuentes y monseñor Isbert.—Ultimo viaje.—Una misa de campaña.—La Sociedad Económica y los premios de virtud del trabajo.—Los objetos de la exposicion de minería.—El crímen de la calle de San Vicente.—Madrid horrorizado.—¡A los cementerios!

¡Singular privilegio de los grandes hombres!

Puede suceder que en vida sean despreciados, desatendidos.

Pero despues que han muerto, la humanidad empieza á echarles de ménos. Se reconocen sus virtudes, ó su talento, ó su valentía, se celebran sus obras como cosa extraordinaria, se les reviste en la memoria de cierta majestad, se les envuelve en radiante aureola, y se dice:

—¡Es una gloria de la patria!

Entónces suele suceder que se buscan y se pagan á exorbitante precio todos los objetos relacionados con el grande hombre.—Los museos de antigüedades no se forman de otra cosa que de cachivaches pertenecientes á personalidades ilustres fallecidas las más de las veces en medio de la mayor indiferencia.

En tales casos el pensamiento más culminante es buscar los restos del personaje ilustre.

Pero.... ¿dónde están esos restos? ¿Quién sabe de ellos? Murió, y se le enterró. No se recuerda más, ni se conserva dato alguno que testifique el cuidado de quien desea perpetuar con unas míseras cenizas los restos de un varon eminente que da lustre á la patria.

Revuélvense en todas partes una porcion de huesos: tibias, fémures, cráneos, omoplatos....

Pero el grande hombre no parece.

Un dia,....—dia providencial, que para que estuviera exornado con todo el aparato que su argumento requiere, debiera ser un dia con mucho sol, con purísimo cielo azul, con brisas perfumadas y ambiente saludable,—se oye una voz que dice:

—¡Aquí están! No cabe duda; son restos auténticos: hay inscripciones que lo patentizan.

La gente ilustrada de la poblacion se dedica entónces á rendir su culto á un muerto.

El fervor literario, científico ó artístico se enardece; los corazones sienten dentro de sí la viva llama del recuerdo: las academias se agitan; los sabios se contentan pensando que si sus contemporáneos les olvidan, las generaciones venideras se extasiarán ante su pulverizado esqueleto; y alguno que otro que pretende todavía pasar plaza de simpático y buen mozo se pregunta mirándose al espejo:

—¿Qué figura haré yo metido en una caja dentro de dos ó tres siglos?

* * *

No quiero decir con mis anteriores párrafos que D. Diego Saavedra Fajardo, el gran diplomático del siglo XVII, fuera ménospreciado de la sociedad en medio de la cual vivia. No; antes al contrario, es de suponer, viendo que asistió en representacion del rey Felipe IV á tantos Congresos, y que visitó en el espacio de más de treinta y cinco años numerosos Estados donde brillaba aún á la sazon la influencia española—es de suponer, repito, que fué hombre agasajado y tenido en gran valía por sus contemporáneos,—salvo la malignidad corrosiva de los envidiosos,... que nunca han faltado ni faltarán miéntras existan méritos que roer en el mundo.

Pues bien, á pesar de esto, se habian perdido los restos del gran Saavedra Fajardo. (Yo tengo pasion por el profundo y correctísimo autor de las *Empresas políticas* y la *República literaria.*)

Vino de Murcia, patria del insigne hombre de Estado, el cronista de la provincia Sr. Fuentes, con ánimo decidido á investigar hasta salir airoso dónde estaban guardados los restos de Saavedra Fajardo.

El Sr. Fuentes queria dar con las fuentes, digámoslo así, de la sepultura.

Y se dió tales mañas, asociado á un sacerdote de mucha ilustracion, monseñor Isbert, presidente de la colegiata de San Isidro, que al cabo de algun tiempo de pesquisas fueron descubiertas en una de las bóvedas de aquel templo las venerandas cenizas del esclarecido murciano.

Tal lo aseguran por lo ménos las personas inteligentes en estos asuntos.

La Academia de la Historia propondrá el destino que haya de darse á los restos de Saavedra Fajardo.

Es fácil que recorran las calles de Madrid para ir á su depósito definitivo.

Este viaje será indudablemente el último.

Transitó mucho en vida el escritor ilustre.

Lo dice él mismo en los prefácios de sus obras. Todas ellas están pensadas é ideadas durante los viajes. Componia mentalmente, y llevando sus obras grabadas en el pensamiento, las trasladaba al papel en las horas dedicadas al descanso en las posadas donde pernoctaba, y las cuales en aquel tiempo no serian ciertamente muy confortables.

El inmortal espíritu de Saavedra dirá desde el empíreo donde debe gozar igual reputacion que en la tierra:

—Está visto que yo he de realizar todas mis cosas viajando.

* * *

La *Sociedad Económica Matritense* habia preparado una gran fiesta en la Exposicion de minería.

Se habia acordado que se celebrara el domingo. Debia haber misa militar en la gran escalinata del pabellon central, asistida por representaciones de todos los cuerpos de la guarnicion de Madrid.

El programa era seductor. La ceremonia religiosa habia de estar servida con objetos sacados de la misma exposicion. Los candelabros serian los de la renombrada fábrica de San Juan de Alcaraz; se iban á colocar trofeos del Museo Naval detrás del altar... todo se surtia de allí mismo, ménos el sacerdote; pues aunque los propietarios de las aguas minerales aseguraban que sus productos servian para *cura* de enfermedades no alcanzaban las órdenes para decir misa.

Bandas de música, el brillo de las armas, el color de los uniformes, las cimeras de los cascos al viento, el agudo són de los clarines... ¡Hubiera estado magnífico!

Además los productos de la funcion se destinaban á premiar en algunos obreros meritorios la virtud del trabajo.

El precio de la entrada podia servir para todo el dia: los locales de la exposicion estarian adornados gallardamente. Y por la noche debia haber gran iluminacion de Bengala y fuegos artificiales.

¿Quién duda que medio Madrid se habria dirigido desde hora muy temprana al ameno sitio del Parque?

Pero... la Sociedad Económica propone y las nubes disponen. Se aguó la fiesta. Estuvo lloviendo todo el dia.

A pesar de esto la misa se celebró. ¡Mas de qué manera!

La tropa estuvo asaeteada constantemente por los hilillos de agua que el cielo les dirigia.

Y acudió poquísima gente.

¡Es natural! La beneficencia mojada no da nunca buenos resultados.

La virtud del trabajo se quedó sin premio.

La atmósfera tiene su lógica especial que nosotros, los mortales, no comprendemos.

* * *

Era un dia de desgracia, á pesar de no ser mártes, sino domingo.

No solamente llovió agua sino que llovieron desdichas.

Por la noche á las once y media ocurrió la tragedia terrible de la calle de *San Vicente alta* que todo Madrid comentaba con estupor al dia siguiente.

Ese individuo disparando los tiros de un revolver á boca de jarro contra los padres de la mujer á quien habia amado es un monstruo de iniquidad acerca del cual no han dicho todavía los periódicos todo lo que de él se murmura en voz baja.

Hay en el fondo de la cuestion una perversidad refinada, que sin duda esclarecerán los tribunales.

Hace tiempo que no habia preocupado á los corazones crímen alguno de tan honda manera como el de la calle de San Vicente.

Excusado es recordar aquí los pormenores del suceso. ¿Quién no los conoce ya?

Los periódicos de grabados sangrientos publicarán la vista del crímen, con exceso de horror y con ausencia de arte. El público vulgar contemplará la estampa con avidez curiosa.

Pero el público caritativo, sentimental, humanitario, correrá á socorrer la orfandad (si es que el padre no salva la vida) de los nueve hijos que desde el domingo por la noche están sin amparo, gracias á la criminal procacidad de un brazo asesino.

* * *

Las tiendas de objetos fúnebres lucen con todo su tétrico esplendor.

Coronas de azabache y de siemprevivas, plañideros angelitos, figuras lacrimatorias, urnas, lápidas... todo el arsenal de la vida recordando la muerte se halla dispuesto para el próximo dia de Difuntos.

Ha llegado el momento de que la humanidad entera diga:

—¡A los cementerios!

Como dice en dia de Carnaval:

—¡Al Prado!

Y en dia de San Isidro:

—¡A la pradera!

Este es el mundo: una novia con arcaduces fijos para la risa, para el jolgorio y para el llanto.

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de octubre de 1883

NUESTROS GRABADOS

LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begschlag

El cuadro que copiamos es un portento de lo que pudiéramos llamar manifestacion de un sentimiento íntimo: el semblante de esa jóven madre respira felicidad, alegría; no esa alegría tan efímera como la causa que la produce, sino la dicha inefable que resulta de la satisfaccion de un deseo tan noble como legítimo, el deseo de amar lo que es *carne de su carne y hueso de sus huesos.*

Toda mujer honrada, toda madre digna de serlo, que son la casi totalidad de las madres, ha de encontrarse reproducida moralmente, ó sea por su fisonomía moral, en el semblante de esa dama que lleva en brazos á su pequeño tesoro, con la fruicion y el justificado orgullo con que una emperatriz lleva el globo del mundo.

¡Bien hayan los pintores que se inspiran en tan delicados asuntos!....

RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado al agua fuerte por Rembrandt

En diferentes épocas se han pagado crecidísimas sumas por cuadros y dibujos de artistas célebres; pero en nuestros dias es cuando mayores cantidades se han dado por estampas de las cuales existen ejemplares impresos de mérito enteramente igual.

Cuando se vendió en 1873 el *Hundred guilder* de Rembrandt, reproduccion del *Jesus curando á los enfermos*, por 1180 libras esterlinas (29,500 pesetas), se dijo que aquella obra que reune al mérito la escasez se vende siempre á un precio elevado; pero que en cambio parece casi una locura pretender tan gran suma por una obra simplemente *curiosa*.

Cuando esto se dijo ingenuamente y respecto del precio pagado por una de las más artísticas obras de aquel gran grabador al agua fuerte, no podia suponerse que en muy último se diera mayor cantidad por un ejemplar de un grabado representando á un sujeto poco conocido, y que artísticamente considerado no es mejor que muchos otros del célebre holandés.

El grabado que representa el retrato del abogado doctor Pedro van Tol y del cual damos hoy un verdadero facsímile en la página tercera, fué ejecutado por el famoso Rembrandt en Amsterdam. De la primera tirada parcial sólo existen hoy, segun se sabe, cuatro ejemplares; uno en el museo Británico, otro en el del Louvre y otro en la coleccion nacional de Amsterdam. El cuarto se vendió el 10 de mayo último en Lóndres y lo adquirió M. Clement por cuenta del baron Edmundo de Rothschild, de Paris, cuya coleccion solamente contaba con un ejemplar de la *segunda tirada* de la plancha. El ejemplar últimamente adquirido es el único que no se habia puesto en venta y esto explica la gran competencia surgida entre los licitadores, y la increible suma de 37,750 pesetas por la cual ha sido adjudicado.

Era la estampa en cuestion la joya principal de la coleccion del Doctor Juan Griffiths, y esto hizo que concurrieran á la subasta los aficionados más conocidos de nuestro tiempo, habiéndose hecho otras pujas tan elevadas relativamente como la precedente.

Baste decir que entre otros grabados de Rembrandt obtuvieron 12,625 pesetas un ejemplar de la segunda tirada del *Burgomaestre Six*; 7,700 pesetas un paisaje y un ejemplar del *Hundred-guilder* 7,925.

Estos precios excitaron vivamente la curiosidad de los presentes que anhelaban ver qué sucederia cuando tocara el turno al ejemplar del *doctor Van Tol*. Los señores Noseda y Clement de Paris sostuvieron principalmente la lucha, y ya creia el segundo haber ganado, cuando el Sr. Addington, uno de los primeros coleccionistas de Lóndres, pujó hasta 1,500 libras esterlinas, pero finalmente, por 10 libras más, quedó la ansiada rareza por el agente de Rothschild.

LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, por Julio Berger

¡Cuán solos quedan los muertos!.... decia uno de nuestros más notables poetas contemporáneos.

Es cierto: los muertos quedan solos, muy solos, á ciertas horas del dia, ó mejor de la noche. Pero cuando el difunto ha amado en vida y ha sido amado, cuando deja una viuda que vive solamente del recuerdo de mejores tiempos, cuando existen huérfanos que se reunen á una hora dada para hablar espiritualmente con el muerto por medio de la oracion; el que yace debajo de tierra no queda solo, porque la tierra aprisiona y pudre la materia, pero el alma flota incorruptible por la atmósfera purísima donde se cruzan las salutaciones castas y los suspiros de los corazones sangrados por la desgracia.

Y viene un dia, dia triste para los indiferentes, plácido empero para las almas sensibles, y la viuda y los huérfanos rezan sobre una sepultura y deponen en ella la simbólica corona de siemprevivas. Aquel dia la tierra de la fosa parece trepidar bajo las plantas de los séres queridos, como si otro Lázaro tratara de surgir de la tumba que ablandan las lágrimas de aquellos desgraciados. ¡Ay!... El más allá de la muerte tiene tambien su mundo y sus expansiones... Bien dice la Iglesia cristiana: «Los que mueren en el Señor no mueren eternamente.»

YA TIENES CARTA.... dibujo por Ricardo Balaca

¡Cuántas cosas quiere decir esta sencilla frase:—Ya tienes carta!...

Por de pronto deja suponer que la muchacha á quien se dirige no puede tener sino una carta, ó que cuando ménos una sola carta es la que la interesa entre tantos millones como se escriben todos los dias.

Y es así, con efecto. ¿Qué le importa á la enamorada doncella cuanta correspondencia es conducida por todos los ferro carriles, buques y vehículos del mundo, inclusa la correspondencia diplomática y la *de España*, exceptuando la carta de aquel ausente que partió para el ejército, despues de haberla jurado amor eterno?

¡Ay!... El que espera, desespera, y la jóven se ha desesperado muchas veces pensando en que una bala enemiga puede dar cuenta de su amado, ó que tal vez ¡horri-

ble idea! una muchacha, más hermosa que ella, la ha suplantado en el amor de un ingrato....

A tantas angustias pone término una carta, un pedazo de papel con unos cuantos renglones escritos y un corazon atravesado por una flecha con honores de lanza.

¡Bendito el que inventó la escritura y más bendito aún el que ideó el correo!....

TIPO GRANADINO,
dibujo por J. M. Marqués

Si el mérito del artista ha de juzgarse por la franqueza de su ejecucion, por el desembarazo con que realiza su propósito, por la feliz aplicacion de aquello que un profano llamaria una mancha y no es sino el feliz golpe de vista y la seguridad con que el gran Velazquez empastaba el color en un lienzo; el autor de ese dibujo es indudablemente un artista, cuyos más insignificantes trabajos llevarán impreso el sello de su talento.

LA SILUETA,
cuadro por J. Herterich

En época todavía reciente solia recorrer los pueblos rurales de algunos países extranjeros cierta clase de artistas, cuyo género especial consistia en sacar la silueta de cuantos cedian á sus instancias. Armados siempre de papel y tijeras, recortaban con la presteza que da la práctica y con mayor ó menor acierto el contorno del rostro de chicos y grandes, ganándose así su precaria existencia. Este sencillo asunto es el que ha escogido el pintor Herterich para su bonito cuadro, en el que las figuras están colocadas con acierto, revelándose en él la maestría en el dibujo que tanto distingue al citado artista.

JÓVEN FLORENTINO,
cuadro por Gustavo Courtois

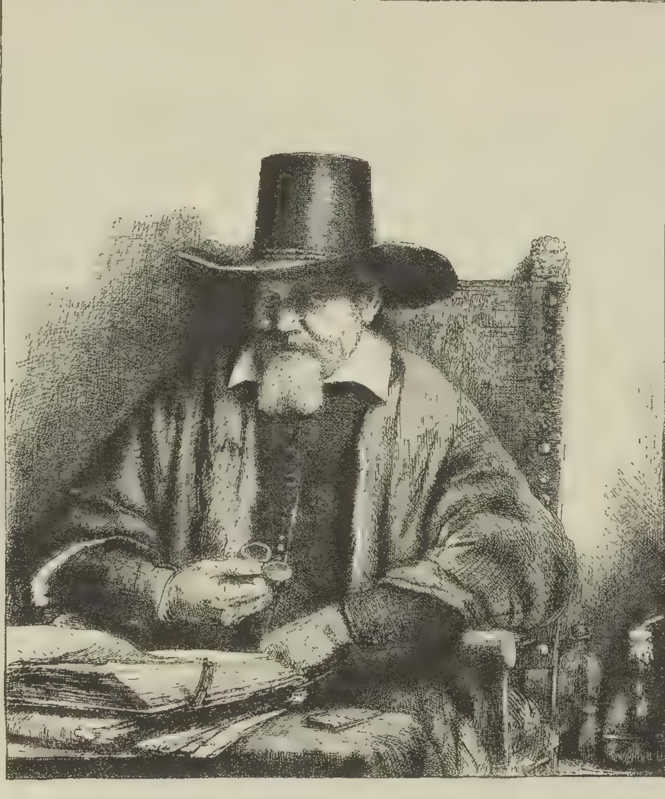
Hubo una época en que Florencia, emporio de la poesía y de las bellas artes, reunia cuantos atractivos puede apetecer un ente superficial entregado á los placeres más efímeros. Entónces la galería de los *Oficios* rebosaba de extranjeros y las aguas del mezquino Arno desaparecian debajo de las góndolas tripuladas por hermosas jóvenes y artistas entusiastas. La política de los Médicis, tan brillante como enervadora, fomentaba esos espectáculos teatrales, esas comedias de magia, que cautivan al espectador miéntras duran las luces de Bengala.

A una de esas épocas se refiere el cuadro de Courtois. Un jóven florentino, falto de más séria ocupacion, juega con unos gatos.

¿Es una sátira de la época? ¿Es un epigrama?....Muy posible.

El gato, como las sociedades corrompidas, saca á lo mejor las uñas.

Los gatos del florentino del siglo XV arañaron á su madre, y la herida ha tardado siglos en cicatrizarse.



RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado al agua fuerte por Rembrandt
(Copia de una estampa adquirida por el precio de 1510 libras esterlinas por M. Clément)

EL FÉMUR DE JUAN CRUZ

POR DON JULIO PARRA DE MURVIEDRO

I

Una mañana, el doctor Moran, catedrático de clínica del colegio de San Cárlos, al hacer su visita diaria al hospital provincial de Madrid, del que era primer cirujano operador, se encontró en el peristilo con el practicante de guardia.

—¿Hay alguna novedad?—le preguntó.

—Sí señor, un caso extraordinario.

—¿Qué es?

El practicante le dijo que á las siete de la mañana habian traido al hospital á un hombre peligrosamente herido, con la cabeza completamente desprovista de la piel en la parte derecha superior y con una fractura del hueso temporal. El herido era un jóven gallego, criado de servir en una casa de la calle de Atocha, n.° 70..... Al ir á colocar una cortina de lona en su varilla, cayó de la escalera de mano por fuera de la barandilla del balcon del piso tercero, chocó con la cabeza en una reja saliente del bajo y quedó tendido al borde de la acera.

Trasportado al hospital, aún con vida, fué lavado y vendado, despues de haberle afeitado la cabeza.

Algun tiempo despues de colocado en la cama, el pobre jóven volvió en sí, miró estúpidamente á cuantos le rodeaban, pero no contestó á ninguna de sus preguntas. El portero de la casa en donde habia acaecido la catástrofe dijo que el lesionado se llamaba Juan Cruz, que era soltero é hijo de una lavandera á quien no se habia podido avisar, por hallarse en el rio.

El doctor Moran se presentó en la sala en donde se hallaba el doliente; examinó rápidamente á este, rodeado de varios practicantes, y en seguida entró en su gabinete particular, volviendo á salir vestido con el *traje de practicar operaciones*.

Comenzó su visita de inspeccion, haciendo entre tanto algunas preguntas á los practicantes que le acompañaban.

—¿Cuántos muertos desde ayer?

—Dos.

—¿Qué casos?

—Fiebre tifoidea y cáncer abdominal.

—¿Se ha encontrado algun cadáver para mi clínica particular?

—No señor.

—Ya hasta los muertos escasean; la ciencia morirá por no poder hacer experiencias.

No encontrando nada de particular en la visita, el doctor volvió á acercarse á la cama del jóven gallego, al cual destapó diciéndole:

—Incorpórese usted.

—No puedo—contestó el herido, que como ya sabemos se llamaba Juan Cruz. El doctor, que era algo tardo de oído, entendió mal y exclamó bruscamente:

—¿Qué es eso de no quiero? A ver, levantad á ese hombre.

Juan Cruz levantado en brazos dió un gemido, y, mirando al doctor con ira, comenzó á decirle improperios entrecortados por ayes de dolor.

—Quitadle el vendaje— mandó el médico; pero impacientado por la lentitud de la operacion, hízolo él mismo por medio de dos ó tres violentos tirones.

Juan Cruz bramaba de dolor y de rabia. Y exasperado prorumpió en una nueva serie de dicterios contra el doctor.

Estaba espantoso, con sus ojos que giraban en sus órbitas, miéntras que de sus labios caia una baba sanguinolenta.

—¡Hombre perdido!—dijo el doctor sin hacer caso de la cólera del paciente,—difícilmente llegará á mañana. Tapadle—y luégo, dirigiéndose á uno de los practicantes repuso: —Martinez, vea usted si puede proporcionarme el cadáver de este mozallon. Ofrezca usted por él ochocientos y llegue hasta mil reales.

Juan Cruz, que conservaba el conocimiento, oia todo esto mirando al doctor con una expresion indescriptible.

II

El doctor Moran era soltero, catalan, habia hecho sus primeros estudios en la Facultad de medicina de Montpeller y terminado su carrera en Barcelona. Posteriormente, establecido en Madrid, gozaba de gran reputacion y contaba con numerosa clientela.

Habitaba en una buena casa de la calle de Santa Isabel, y tenia una sala de clínica particular en la de la Verónica, en donde se entregaba por completo á sus experimentos científicos; pues su larga estancia y sus frecuentes viajes al extranjero, habíanle familiarizado con los sistemas más modernos de curar.

Ocupábase especialmente en experiencias basadas en la electricidad á la que, en fisiología y terapéutica, concedia gran importancia.

Respecto á su carácter, habia diversas opiniones; entre la clientela distinguida se le tenia por un hombre fino y amable; pero entre sus enfermos pobres, y particularmente en el hospital, se le creia un hombre sin corazon y sin sentimientos, que se complacia en atormentar á cuantos caian en sus manos.

Quizá ambas versiones eran verdaderas.

El doctor Moran estaba muy contrariado porque, no obstante su reputacion, no se le dejaba aplicar sus teorías eléctricas á los enfermos del establecimiento benéfico, por cuya razon habia establecido una clínica particular.

Al anochecer del dia en que Juan Cruz ingresó en el hospital, un practicante se presentó en casa del doctor, en el momento en que éste se sentaba á comer, y le dijo que el jóven gallego habia muerto por la tarde.

—¿Ha podido usted adquirir el cadáver?—preguntó el doctor.

—Sí señor, á eso vengo. Le he comprado, segun indicacion de usted, en mil reales que he ofrecido á la madre del finado.

—¡Magnífico!—exclamó el doctor frotándose las manos.—Que me le lleven mañana temprano á la calle de la Verónica, y no bien usted y los practicantes de mi seccion terminen la visita, vayan ustedes á mi sala de clínica, en donde presenciarán fenómenos extraordinarios.

—Yo por mi parte no faltaré—dijo el practicante despidiéndose y dejando al doctor satisfecho de la adquisicion que habia hecho y con la idea de la sesion científica del dia siguiente.

III

La sala de clínica particular del doctor Moran estaba formada de dos grandes piezas cuyo tabique medianero habia sido derribado. Altos estantes llenos de instrumentos quirúrgicos y de pilas eléctricas de todas dimensiones cubrian las paredes.

En medio del salon destacaba una gran mesa de operaciones, rodeada de algunas banquetas.

A la mañana siguiente al dia en que comienza esta historia, sobre la mesa habia un bulto cuidadosamente tapado con un hule.

A las once próximamente entró en la sala el doctor, seguido de algunos practicantes; estaba radiante de alegría.

El médico y dos de los asistentes, designados por él, vistieron el traje á propósito para practicar ope-



LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, cuadro por Julio Berger



YA TIENES CARTA, dibujo por Ricardo Balaca

raciones anatómicas, y, dispuestos los utensilios necesarios, comenzó la sesion.

El doctor tiró del hule que cubria el bulto, y apareció el cuerpo muerto del pobre Juan Cruz enteramente desnudo, que era corpulento, fornido, velludo, de piés y manos enormes, y que aunque tenia los ojos cerrados, presentaba en su fisonomía un aspecto de amenaza feroz.

—Señores—dijo el doctor—aunque este cuerpo está casi destrozado en su parte capital, conserva intacto el sistema nervioso, y es por lo tanto muy á propósito para nuestras experiencias. Saben ustedes que yo he conseguido restablecer la circulacion de la sangre por medio de mis aparatos; pero esto no es todo; gracias á mis estudios y desvelos, he obtenido el resultado de que un muerto ejerza todos los movimientos vitales, y hasta que pronuncie algunas sílabas elementales. Prosiguiendo en mis investigaciones, espero terminar mi tratado fisiológico, dando así la clave de una segunda vida. Ahora, pues, comencemos nuestros experimentos.

Dichas estas palabras, el doctor tomó una pila eléctrica de medianas dimensiones, montada sobre cuatro ruedas, y comenzó sus demostraciones en el cadáver de Juan Cruz, haciendo ejercer á este, gradualmente, la mayor parte de los movimientos materiales.

El doctor, satisfecho del efecto que producia en los admirados circunstantes, descansó un rato, y luégo dijo:

—He reservado para el fin las experiencias decisivas, que me hacen esperar que andando el tiempo y perfeccionados los aparatos, será un hecho la resurreccion humana. Hasta ahora ustedes sólo han visto funcionar los órganos por series: el experimento que voy á intentar, nos demostrará la conjuncion de los movimientos físicos y de las facultades intelectuales.

Inmediatamente colocáronse al rededor de la mesa tres aparatos eléctricos de gran potencia, cuyos hilos se comunicaban con el cadáver, y no bien comenzaron á funcionar, Juan Cruz se agitó convulsivamente.

Luégo, al tomar incremento las corrientes, vióse al muerto incorporarse apoyado en una mano, extender las piernas, tocar el suelo y tenerse en pié.

—Estos movimientos instintivos—dijo el doctor—constituyen la primera parte.

Aproximóse al cadáver, llevando en la mano sus mágicos hilos, y conforme se los fué aplicando, Juan Cruz abrió los ojos fijándolos en el operador, extendió un brazo y comenzó á andar lentamente.

Por último, lanzó un grito agudo que estremeció á los circunstantes, los cuales vieron atónitos coincidir los movimientos del muerto con los del doctor; hasta tal punto que, turbado uno de los practicantes, dejó caer el hilo que sostenia y que correspondia á los movimientos de los músculos inferiores.

Entónces el cadáver cayó á plomo en el suelo. Colocaron el cuerpo en una extremidad de la mesa.

IV

—Volvamos á empezar—dijo el doctor;—pero para evitar una caida, empecemos haciendo la experiencia sobre la mesa.

Unas cuantas corrientes fueron bastantes para que Juan Cruz se pusiera en cuclillas, prestándose á las experiencias del doctor. Gritó á voluntad de éste, fijando en él una mirada espantosa.

Uno de los asistentes dijo al doctor:

—Parece que el muerto quiere devorarle á usted con la vista.

Esta chanza produjo un efecto siniestro, y nadie la rió.

—¡Todos mis enemigos fuesen como este gaznápiro!—dijo el médico poniéndose frente á frente del muerto.

Parecian dos adversarios que se amenazaban mutuamente.

—Con un solo movimiento de mi mano puedo aniquilar la cólera de este rencoroso de ultratumba—repuso el doctor.—Vedlo aquí.

El médico retiró los hilos que tenia en la mano, y lo mismo hicieron, á su ejemplo, los dos practicantes que le ayudaban; el muerto, volviendo á su rigidez cadavérica, extendió súbitamente sus piernas, y sus dos piés, golpeando al doctor en el pecho con una fuerza colosal, hiciéronle caer al suelo.

—Ah! tunante!—exclamó, levantándose mal trecho: luégo repuso:

—Admirad, señores, la fuerza de la naturaleza.

Los asistentes estaban preocupados.

—Me falta explicar á ustedes—prosiguió el médico despues de una breve pausa,—el modo con que he conseguido arrancar gritos y sonidos á los cadáveres, haciendo funcionar á los músculos de la boca, de la lengua y del pecho; ved el mecanismo.

Y al decir estas palabras, el doctor introdujo un dedo en la boca del muerto desviando el hilo que afectaba al músculo de la quijada inferior, que se cerró y los dientes mordieron cruelmente el dedo, haciendo prorumpir al operador en un agudísimo grito y soltar el aparato que tenia en la otra mano.

Cuando cesó el flúido, Juan Cruz quedó inmóvil sobre la mesa, dejando escapar la corriente de aire que tenia en los pulmones y produciendo un ruido siniestro.

El médico, vencido por el dolor causado por el mordisco, se dejó caer sobre una banqueta.

Así terminó aquella sesion científica.

Más sereno el doctor despues de haber curado y vendado el dedo lesionado, despidió á los asistentes, prometiéndoles para otro dia más sorprendentes fenómenos.

V

El doctor Moran, durante el resto del dia, estuvo muy nervioso y sobrexcitado.

Por la noche durmió poco y mal, sufriendo pesadillas en las que se mezclaban vagamente Juan Cruz, pilas eléctricas colosales, bisturís gigantescos y dos ojos llameantes que le miraban con una expresion de odio salvaje é inextinguible.

La lesion del dedo no le dejaba sosegar y no bien fué de dia se levantó casi tambaleándose.

Tenia una gran calentura.

Se trasladó, segun costumbre de primera hora, á su sala de clínica particular, y por primera vez en su vida se estremeció á la vista de un cadáver; el cadáver de Juan Cruz, que mutilado y espantoso yacia sobre la mesa de diseccion.

Dió órden de que se le llevaran al Colegio de San Cárlos.

Cuando despues de su visita al hospital provincial volvió á su casa á almorzar, abrióle la puerta una criada y al ir á entrar quedóse inmóvil en el recibimiento; Juan Cruz estaba allí, parado junto á una ventana entreabierta, rojo por las desolladuras de su epidermis y teniendo un objeto en la mano.

Moran se adelantó lentamente, como atraido y fascinado por aquella vision.

Al aproximarse exhaló un suspiro de desahogo.

—¡Soy un animal!—pensó.—Es Santiago.

Santiago era el criado del doctor, que en traje matinal de franela encarnada regaba las flores de una jardinera que habia en la ventana que daba al patio.

—Estoy muy excitado—se dijo el médico.—Es necesario que me dé el aire.

En vez de almorzar salió de su casa y se dirigió distraidamente hácia la plaza de Anton Martin.

Al entrar en la calle de Atocha se encontró de manos á boca con un amigo y compañero, el doctor Romero, médico distinguido y antípoda, digámoslo así, del doctor Moran.

Este era materialista acérrimo, aquel espiritualista apasionado; Romero creia que la existencia es un aliento de la divinidad; Moran suponia que es producto de una fermentacion química.

Despues de una discusion científica que llevó á los dos doctores hasta el fin de la calle Mayor, pasando por la plaza del mismo nombre, Romero enterado de los incidentes de la sesion de electricidad, dijo á su amigo:

(Continuará.)

JUSTICIA DE DIOS

Vivia en Córdoba en tiempo del justiciero Felipe II un hidalgo llamado D. Luis Gomez, el cual estaba casado con D.ª María de Argote, señora muy noble, rica, jóven y bella, en quien habia tenido tres hijos varones, mozos de aventajadas prendas y de los más bizarros de la ciudad. Tuvo D. Luis la debilidad de poner los ojos, dando al olvido el decoro que debia á su casa y familia, en una linda doncella que, sin profesar, se hallaba retraida en el convento de Santa María de las Dueñas: dió en regalarla agasajando juntamente á sus amigas, que eran no pocas, y pasó tan adelante aquel galanteo, cebáronse tanto en el gusto de verse y tratarse aquellos adúlteros y casi sacrílegos amantes, que por fin un dia, perdiendo el D. Luis el freno de la vergüenza y del temor, se arrojó á decir á D.ª Catalina (que así se llamaba la jóven novicia) que no profesase, que él le daba palabra de casarse con ella, matando á su mujer.

Por monstruoso que sea un propósito, una vez formulado de palabra, lleva algo en sí que le hace viable, y algo que subyuga la voluntad del sujeto á quien halaga: D.ª Catalina escuchó á su amante entre alarmada y seducida, pero retuvo en su corazon aquella promesa, y fué suspendiendo su profesion por más de ocho años.

No hay regla, por austera que sea, que no se quebrante con la porfía: perdióse tanto á Dios la vergüenza (dice el viejo manuscrito anónimo que nos sugiere la sustancia de esta historieta) (1), que al fin se le concedió á D. Luis licencia para entrar en el convento; y el medio que para esto se empleó fué hacer una trampa en el suelo de la sacristía y abrir un paso subterráneo que se comunicaba con ella, por el cual el robador de la honra de la doncella entraba y salia á su antojo. Esto al cabo se llegó á descubrir, y creyó la superiora haber puesto remedio al criminal comercio; pero la malicia del caballero y la codicia de ocho monjas amigas de la novicia, que entraban á la parte, imaginaron una de las mayores libertades de que son capaces los ánimos pervertidos, y fué, que las referidas monjas envolviesen á D.ª Catalina en un colchon cubierto con una sábana, y la dejasen caer, rodando por el tejado, á otro tejado más bajo de la vivienda de una mujer á quien las religiosas llamaban la madre Marta, que tambien estaba cohechada. Hízose así, y por esta industria diabólica lograba D. Luis estarse las horas enteras entretenido con D.ª Catalina, hasta que, recibido aviso de las amigas, se separaban, ella para volverse á meter en el colchon, del cual tiraban con ganchos para subirla á su aposento, y él para salirse á la calle, muy sereno, por la puerta de la nueva Celestina.

Tambien esta estrategia vino á descubrirse, y en vista de tan gran maldad, y de que semejante escándalo no podia disimularse, dióse cuenta al Obispo. Como D.ª Catalina no era profesa, el buen prelado dispuso fuese enviada á casa de sus padres, y que en las monjas fautoras de tan grave delito se hiciese un severo escarmiento. Dejaremos á las culpables sufrir su castigo, que no nos dice el manuscrito cuál fué; D.ª Catalina, constituida ya en la casa paterna, iba á sufrirlo mucho mayor, dispuesto por la divina Providencia.

Dió á luz á los pocos meses una niña, hermosa por extremo, mas no tuvo la infeliz madre el triste consuelo de gozar sus gracias, porque ántes de ocho dias se le declaró la terrible enfermedad conocida con el nombre de fuego de San Anton, con tanto asombro de los médicos de la ciudad, que todos unánimes declararon ser aquello un castigo de Dios. Arreció el mal, llegó el trance de tener que decir á la paciente que se moria; y ella, muy resignada á la voluntad divina, mandó que le trajesen dos Padres de la Compañía, con quienes se confesó de todos sus pecados, con tanto dolor y arrepentimiento, que los Padres se retiraron edificados y persuadidos de que el Señor la habia perdonado. Murió D.ª Catalina, y quedó la ciudad pasmada, porque como en aquel tiempo era grande el espíritu religioso en todas las clases, se consideraba y comentaba aquel suceso cual ejemplar terrible de la justicia del cielo, inexorable y ejecutiva cuando cobra al contado las deudas de los pecadores sin darles moratorias.

Ni se hablaba entre los más timoratos de otra cosa que del castigo que á D. Luis le estaria reservado.

Era, cuando esto sucedia, Corregidor de Córdoba, D. Pedro Zapata, sobrino de D. Francisco Zapata, Presidente de Castilla, el cual, despues de practicadas las diligencias oportunas, dió aviso por razon de su oficio á la majestad del rey D. Felipe II, quien hizo el sentimiento que era razon hiciese un monarca tan justo y religioso. Este, luégo que recibió la carta del Corregidor, mandó juntar el Real Acuerdo, y se sentó en él como presidente. Estaban los magistrados mirándose unos á otros, considerando qué podria haber sucedido de tanta importancia que motivase aquel pleno presidido por el rey. Al fin tomó éste la palabra, y con toda la fuerza de razones que el caso requeria, manifestó lo que le habian avisado de Córdoba, y que estaba resuelto á hacer un escarmiento notable dentro de los términos de justicia, lo cual seria un gran servicio á Dios, quedando además la autoridad real respetada y la vindicta pública satisfecha.

Oidas las razones del rey, todos se ofrecieron á servirle, y viendo Felipe II su celo, comisionó para el caso á un Alcalde de corte, encargándole con mucho encarecimiento que procediese en aquel negocio con la severidad, la prontitud y el secreto que de él se prometia.

Partió el Alcalde á grandes jornadas, mas aunque fué grande su sigilo, no pudo evitarse que un deudo del delincuente barruntase la comision que llevaba, y que diese velozmente aviso al suegro de D. Luis, D. Diego de Argote, el cual acababa de hacer entrega del Corregimiento de Cartagena, en que habia prestado al rey un señalado servicio. Consistia éste en haber prendido allí al Marqués de Mondéjar, trayéndole preso al castillo de Chinchilla: hecho de que habian holgado mucho el monarca y toda la corte. Avisado, pues, D. Diego, y noticioso de la indignacion de Su Majestad, aplicóse sin demora á procurar el remedio; hizo inmediatamente llamar á su yerno, y entre ambos concertaron poner por obra el único medio que en tan apretados lances suele surtir efecto, que es hacer correr el dinero. Dádivas quebrantan peñas, dice un antiguo refran muy anterior al tiempo en que acontecia lo que vamos narrando, y tan en práctica estaba entónces el adagio, que pocos años despues lo vertia en estribillo, segun su donoso estilo, la retozona musa del cordobés Góngora, cantando:

poderoso caballero
es Don Dinero.

Llegóse D. Luis al convento de Santa María de las Dueñas: preguntó muy resuelto por la Abadesa; recibióle ésta fosca y avinagrada, echándole en cara su poca vergüenza; pero el corruptor la declaró en seguida y sin ambages su propósito, reforzándole con consideraciones encaminadas á persuadirla de que con perderle á él, nada iban á ganar ni la pobre D.ª Catalina, ya difunta, ni el convento, cuya buena fama, por el contrario, quedaria comprometida, porque divulgándose los pormenores del pasado escándalo, ella, la Abadesa, pasaria en la pública opinion como una superiora inepta y descuidada, las

(1) *Libro de cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba, etc.* MS. de la Real Academia de la Historia, D. 129.

monjas, compañeras de la víctima, como livianas y encubridoras; y finalmente nada se obtendria en la reformacion de las costumbres de la santa casa, porque los tiempos más inclinaban á la relajacion y al disimulo que á la correccion de las humanas flaquezas. Díjole por último que causado ya el daño, é irreparable éste, la prudencia aconsejaba sacar de los sucesos el mejor partido posible, y que era locura granjearse enemistades y odios donde se podia lograr provecho y agradecimiento.—La Abadesa, mujer de cortos alcances segun lo que de esta plática resultó, se dejó vencer de las perversas sugestiones que por boca de D. Luis le imbuyó el comun enemigo, y más aún de cierto elocuente ademan que aquel hizo de echar mano á la bolsa que llevaba debajo del bohemio; y mudando de gesto, le permitió entrever su predisposicion á un acomodamiento, con lo cual, animado el seductor, le puso incontinenti en la mano una suma de dos mil ducados en oro, con promesa de darle cuatro mil más para las religiosas que vivian bajo su autoridad si empleaba ésta de modo que lograse su conformidad; y algun dinero tambien, con regalillos de tocas y conservas, para la piadosa Marta, aquella vecina en cuya casa habian pasado sus dulces coloquios con D.ª Catalina. Tomó la Abadesa el dinero, más resuelta que si tomara un buleto para poder hacer colacion en cuaresma con magras y perdices, y como no habia tiempo que perder, dado que llegaba el Alcalde de corte á marchas forzadas, exigió D. Luis que reuniese en seguida á las monjas para exponerles el caso, imponiéndoles el secreto, con graves amenazas (que por cierto estaban de más) si á él faltasen. Juntas ellas en la espaciosa celda de la superiora, cuya puerta se cerró con llave y tranca miéntras aquel aguardaba en el locutorio la respuesta, repitióles la Abadesa como un loro todas las sofisterías que so color de conveniencia y prudencia humana le habia inculcado el hidalgo, y que tenia ella grabadas en su memoria; las astutas monjas, pervertidas ya desde que el adúltero amante se habia captado con sus dádivas la complicidad de aquel rebaño infiel al divino Esposo, haciéndose al principio las melindrosas y las escarmentadas con el pasado castigo, desistieron al fin de toda gazmoñería ante la promesa de los cuatro mil ducados; y avisado D. Luis de su aquiescencia, partió velozmente en busca de la recompensa ofrecida, que ellas se repartieron aquel mismo dia, añadiendo como obra de supererogacion el rezo en coro de una corona de once dieces por la salvacion del ánima de tan cumplido caballero. Quitóle á éste su buena suerte un grave estorbo llevándose Dios en aquella coyuntura al buen prelado, varon discreto que á nadie habia comunicado el feo suceso ocurrido en el monasterio; de modo que solo quedaba el Corregidor como autoridad que oficialmente hubiese denunciado á Su Majestad el hecho. Convínose con la Abadesa y sus monjas en que todo se negase á pié juntillas, y se dijese que la D.ª Catalina habia salido del convento por hallarse gravemente enferma de calenturas intermitentes, que la habian llevado al sepulcro por no poder resistirlas su delicada complexion. El padre de la víctima y los médicos que en su dolencia la habian asistido, fueron tambien sobornados por D. Luis: dió éste al padre cuatro mil ducados, lo mismo que habia dado á las monjas, y á los galenos les tapó la boca con mil ducados á cada uno. Verdad era que el caso se habia hecho tan público, que por toda la ciudad se referia y comentaba; pero ¿cuántas invenciones y patrañas no se divulgan entre la gente ociosa y pasan por verdades, debiendo su orígen á cualquier corro ó mentidero de mozalbetes maldicientes? Lo difícil era desvirtuar el dicho del Corregidor, á quien no se podia cohechar con todo el oro del Perú. ¿Cómo desmentirle y neutralizar los efectos de la declaracion que iba á prestar ante el Alcalde delegado del rey? Algo habia que fiar á la suerte, y de pechos grandes es el arrostrarla.



TIPO GRANADINO, dibujo por J. Marqués

Llegó á Córdoba el Alcalde de corte, y creyendo dar un golpe maestro, sin quitarse siquiera el polvo del camino se presentó en el convento de las Dueñas á comenzar sus diligencias. Pero lo que empezó sin sospecharlo fué una bien estudiada comedia. La Abadesa y las piadosas monjas, apartadas del mundo y extrañas á los cuentos de la gente, nada sabian del hecho denunciado por el Corregidor; no tenian la menor noticia de que sus depravados enemigos, envidiosos de la dicha que disfrutaban ellas en su pacífica morada, hubieran podido atreverse á convertirla en objeto de odiosos tiros inventando una fábula tan deshonrosa, descabellada é impía, tomando pié de un suceso comun é inocente, cual era la vuelta al hogar paterno de una novicia enferma, para quitar á esta desgraciada y á todas ellas su honor y su buen nombre suponiéndolas culpadas del más escandaloso delito. Convencido el Alcalde de la sinceridad de sus explicaciones, se retiró de la santa casa muy satisfecho, pensando así en sus adentros: ¡Véase lo que es dar crédito á chismes de lugar! Estas pobres mujeres han sido calumniadas por algun perillan desairado, de los muchos que rondan las tapias y claustros donde se encierran monjas bonitas, y el simplon del Corregidor, hombre de poco mundo, de exagerado celo y de anchas tragaderas, se lo ha creido todo, y para manifestar amor al servicio de su rey, tan justiciero y religioso como lo es nuestro D. Felipe II, le ha ido con el cuento sin molestarse en tomar ántes las necesarias averiguaciones. Pero yo soy hombre de buen olfato, y ya le diré á ese Corregidor imprudente lo que hace al caso.

Y fuese el bobalicon á su posada á descansar, lleno de enojo y de desprecio hácia el Corregidor, á quien pensaba dejar corrido por su candorosa credulidad, tan impropia de un magistrado de su experiencia y de sus años. Pero ántes de verse con él, y para afirmarse más en su juicio, formado con tan incomprensible ligereza, determinó tener una entrevista con el padre de la novicia, á quien el vulgo (tal era ya su firme creencia) suponia torpemente burlado; buscóle aquel mismo dia en su casa, habló con él, y como le hallase en la relacion de la enfermedad y muerte de su hija en un todo acorde con lo que las monjas le habian referido, sin más diferencia que aquellas exclamaciones naturales en quien todavía lloraba la pérdida de aquel sér querido arrebatado al paternal cariño en la flor de su juventud, pura y sin mancilla, se confirmó en su necia persuasion de que todo habia sido cuento y sugestion de popular maledicencia.—Quiso todavía remachar más el clavo, y se dirigió á los médicos que habian asistido en su enfermedad á D.ª Catalina: les interrogó, oyó de ellos el mismo lenguaje que habia oido del padre y de las religiosas, y entónces, gozoso y triunfante, se dirigió á obtener del Corregidor Zapata la bochornosa confesion de su necia credulidad, de su grosero error, y de la imprudente alarma en que habia puesto al rey y á todo el Real Acuerdo.

Era el Corregidor D. Pedro Zapata un hombre prudente, serio y reflexivo, si bien algo tardo en formar cabal juicio de las cosas; pero como el Alcalde de corte tenia ya incrustada en la sesera la conviccion de que habia obrado con ligereza dando crédito á una patraña, discutieron inútilmente, disputaron, se acaloraron, y el delegado de la autoridad real se despidió de él desabrido y descontento, pero persuadido más que nunca de que su mision no tenia otra causa que un alarde de impremeditado celo. Volvióse, pues, á Madrid, á manifestar á Su Majestad que no habia en todo Córdoba quien se querellase de D. Luis, y que para encausar á éste de oficio no habia tampoco asidero, porque todos los que se habian supuesto interesados en su castigo declararian en su favor; y así se deshizo el nublado que sobre la cabeza del perverso corruptor se cernia, el cual se contempló ya libre de la justicia de la tierra.

No lo estaba, en verdad, de la justicia del cielo. Y para mayor edificacion de mis lectores, voy á transcribir ahora al pié de la letra la breve relacion del castigo inesperado que D. Luis Gomez tuvo, segun lo refiere el viejo manuscrito que tengo á la vista.

«En Córdoba se usa encerrar el ganado que se ha de matar todas las tardes de los viérnes, y para esto se junta toda la poblacion de la ciudad, por ser cosa de mucho entretenimiento. Un dia de estos se fué D. Luis á pié: entróse en una casa para ver desde allí los toros, que se sacan á lidiar con cuerdas. Sucedió que vino un toro cerca de la casa donde estaba D. Luis: entró la gente de tropel, y sin poderse él valer, cayó de espaldas, y sin hablar más palabra lo llevaron muerto á su casa con grande admiracion de los presentes, y no sin recelo de que habia sido castigo y pena de sus culpas el morir tan de repente, sin confesion ni otra diligencia de christiano.»

PEDRO DE MADRAZO.

CRONICA CIENTIFICA

LA NAVEGACION AÉREA

Otra solucion más

II Y ÚLTIMO

Ya dimos en el artículo anterior una idea general del sistema propuesto y sometido á la academia de Francia por M. Duponchel para resolver el problema que indica

el epígrafe de estos ligeros apuntes.

No es el *ave artificial;* no es el *globo con su correspondiente propulsor;* es el *pez,* un colosal cetáceo de los aires, una enorme ballena con piel de seda y cauchouc, con entrañas de hidrógeno y vapor, con sus aletas laterales y dorsales, con su clásica cola, y con su hogar y su caldera á modo de gigantescos pulmones.

En una palabra: no se trata de la *aviacion,* sino de la *pisciviacion,* como el autor llama á este nuevo procedimiento para surcar el espacio con rumbo determinado y preciso.

El mecanismo está en tierra apoyándose sobre fuertes patines, ni más ni ménos que una mesa ó un banco sobre sus cuatro piés: se inyecta hidrógeno en el gran cuerpo cilíndrico del globo y éste va perdiendo poco á poco de su peso hasta quedar próximamente en equilibrio: el hidrógeno pesa ménos que el aire, la diferencia representa una fuerza ascendente igual al peso de todo el sistema, de los aeronautas, del combustible y del agua, de modo que este pez artificial de los aires está si sube ó no sube, como vulgarmente se dice: su estado es el de una ballena en el fondo del mar momentos ántes de elevarse. Pues en tal estado el aeronauta enciende el hogar, hierve el agua de la caldera, despréndese el vapor, penetra en el globo ó en los tubos que por su interior circulan, y calienta el hidrógeno dilatándolo como es consiguiente. Si llega á ocupar dicho gas un volúmen, doble, por ejemplo, del que ocupaba, á expensas por de contado del espacio que le cedan las vejigas natatorias, su fuerza ascendente habrá duplicado, y el globo abandonará esta mísera tierra remontándose por los espacios con la fuerza ascendente que corresponde á la dilatacion.



LA SILUETA, cuadro por J. Herterich

Pero ahora bien; ciertos pesos convenientemente situados determinan al ascender el globo una determinada inclinacion de su eje respecto al horizonte, y tenemos en último análisis algo así como un *plano inclinado que sube.*

Las reglas más elementales de la estática, la experiencia constante de hechos análogos, y hasta el sentido comun demuestran, que el sistema mecánico de que se trata, buscando la menor resistencia, eterna ley de la naturaleza, no subirá verticalmente, sino que por el contrario tomará cierta direccion oblicua en el sentido general del eje mayor del aparato: subirá, pues, en *determinada direccion,* y tenemos resuelto á medias, al ménos en teoría, el problema de dar direccion á los globos.

Supongamos que así subió la máquina pisciforme de M. Duponchel y que así ganó, por ejemplo, en sentido horizontal 10 ó 12 kilómetros con una velocidad de 7 á 11 metros por segundo.

Primera bordada del buque-pez de los espacios.

Pero ya está arriba á 3,000 ó 4,000 metros sobre el suelo: pues cesa la circulacion del vapor; á la caldera vuelve para que no se pierda; el gas que habia llegado, pongo por caso á 50°, comienza á enfriarse y á contraerse cediendo espacio á las vejigas, y todo el mecanismo comienza á caer; aprovechándose si se quiere esta caida para que circule el aire relativamente frio de la atmósfera por los tubos por donde ántes circulaba vapor y para que se precipite el enfriamiento del hidrógeno por esta combinacion auxiliar.

Cae el globo hemos dicho, y este descenso es una nueva fuerza que podemos utilizar, como utilizamos la fuerza ascendente, para impeler en la direccion apetecida á todo el mecanismo: basta para ello dar al eje y por lo tanto al cuerpo del pez-aéreo, á sus aletas y á su cola ó timon la inclinacion que por el cálculo se determine para cada caso. Bajará, pues, no un globo sino una cierta clase de *plano inclinado,* y no bajará por la vertical, sino en la direccion general de su eje, y ganaremos de este modo un nuevo espacio horizontal.

Segunda bordada del ballenato de las nubes.

Antes de llegar á tierra volveremos á inyectar vapor en el globo ó á lanzarlo por los tubos, volveremos á dilatar el hidrógeno, volveremos á ganar fuerza ascendente y á subir con direccion inclinada y á ganar espacio horizontal.

Tercera bordada; á la que seguirá otra más y cuantas sean necesarias *para llegar á la meta,* salvo error, desengaño ó catástrofe.

Tal es en pocas palabras y en lenguaje vulgar el invento de M. Duponchel, ingenioso á no dudarlo, si no completamente nuevo, nuevo en gran parte, y quién sabe si al fin y al cabo no será la fecunda semilla de algun descubrimiento de verdadera importancia.

La crítica *á priori* es peligrosa y es poco ménos que inútil: la experiencia, la gran maestra, y el porvenir, el gran juez, decidirán en último término: y por hoy nos limitaremos á indicar lo que en el proyecto de M. Duponchel hay de más original y de más profundo.

Dijimos en el artículo anterior que el problema de la navegacion aérea estaba reducido á buscar un motor de *mucha potencia y de poco peso,* y aunque otra cosa parezca la solucion de M. Duponchel va por este camino.

En efecto, ¿cuál es la fuerza que comunica direccion al globo? La componente horizontal de la fuerza de ascension sobre la especie de plano inclinado por donde desliza el mecanismo.

¿Y de dónde procede la fuerza ascendente? De la diferencia de densidad entre el aire y *el hidrógeno dilatado,* es decir, de la *dilatacion.*

¿Y cuál es la causa de la dilatacion? El vapor, y en último análisis *el combustible* que arde en el hogar.

Así el nuevo catecismo de preguntas y respuestas que precede, con toda su infantil monotonía, nos ha conducido á este resultado preciso é importantísimo: la fuerza ó mejor dicho la energía mecánica que da direccion al globo es la que procede de la combustion del cok. Esta misma combustion seria el orígen de la fuerza de toda máquina de vapor que hubiese podido elevar el globo para utilizarla como propulsor aéreo; este mismo cok fué el que movió la máquina de M. Giffard en sus notables experiencias ya citadas. Pero allí *para utilizar la energía* de la combustion se empleaba un mecanismo: cilindros, émbolos, varillas, aparatos de distribucion, un conjunto de piezas molestas y pesadas; aquí la máquina se ha reducido á su menor expresion y á su *menor peso,* que es lo que más importa, á saber: *una caldera.*

En suma, el *calor de la combustion* se convierte casi directamente *en fuerza motriz,* que es el desideratum de la ciencia moderna.

La máquina de vapor, en concepto de algunos, es un aparato absurdo y semi bárbaro segun lo que desperdicia la fuerza del combustible. El cok que arde es la verdadera fuerza, y hay quien dice que sólo un 2 por 100 se utiliza en la máquina de vapor: exagerado es á no dudarlo semejante cálculo, pero en todo caso es lo cierto que no llega á utilizarse del 9 al 10 por 100 y que utilizar directamente la combustion seria, como ya hemos dicho, un verdadero triunfo.

Hasta qué punto el invento de M. Duponchel realiza esta aspiracion es problema que puede examinarse teóricamente, porque la Termodinámica da medios de avanzar un juicio provisional, miéntras la experiencia decide; pero ni éste es el momento oportuno, ni la índole de esta publicacion consentiria que entrásemos en cálculos y lucubraciones físico matemáticas, ni mucho ménos lo consentiria la paciencia de mis lectores.

He creido, sin embargo, oportuno dar conocimiento al público de una idea digna por lo ménos de ser tenida en cuenta; y si no ha llegado el dia en que volemos, vayámonos mostrando dispuestos á subir en cuerpo y alma al ancho espacio, por el afan que muestren en ir allá la intencion y el deseo.

JOSE ECHEGARAY

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 97

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por E. Blaas

REVISTA DE MADRID

La biblioteca del Ateneo.—Mudanza de ese establecimiento.—La antigua casa y la nueva.—El salon de sesiones.—El concurso de los pintores.—Aumento de secciones.—La música en boga.—El hombre más festejado de Madrid.—*Apolo*, San José y *San Franco de Sena*.—Rehabilitacion del teatro.—Apoteósis de Arrieta.—Diálogo en el pasillo.—El *Demi-monde* en la *Comedia*.—*¡Beefsteack* á la española!

Dentro de pocos dias transitarán por las calles de Madrid una porcion de vehículos cargados con la ciencia y el arte de todas las generaciones humanas.

No habrá principio, ni sistema, ni teoría, que no se pueda considerar incluido en aquellas cargas preciosas que recorrerán el trayecto comprendido entre la calle de la Montera y la calle del Prado, y harán su entrada triunfal en un edificio recientemente construido.

Los hombres indoctos verán pasar indiferentemente aquellos carros de mudanza; pero la gente instruida, las personas que anhelan ardientemente la cultura pública, se inclinarán respetuosamente ante el cúmulo de libros trasportados á sus nuevas estanterías, diciendo con frases encomiásticas:

—¡Ahí va la biblioteca del Ateneo!

***

En efecto, el Ateneo se mudará dentro de algunos dias. Tiene casa propia, merced á los auxilios de muchas personas que todavía conservan vivo y tenaz el sentimiento de la ilustracion patria.

Cierto que las más delicadas esencias no pierden su perfume ni sus excelentes cualidades por estar contenidas en vasijas de mezquino barro. «El hábito no hace al monje»—dice el refran; y al través de un cuerpo de mísera apariencia puede alentar un espíritu de gran penetracion y de altísimos vuelos.

Pero siempre es mejor dar un buen albergue á las cosas que llevan consigo muchos quilates de enaltecimiento.

La antigua casa del Ateneo,—aquella en que todavía reside, pero que muy pronto será abandonada,—es mezquina, pobre y fea. La nueva casa, en cambio, tiene condiciones para el fin á que se halla destinada.

Los arquitectos han hecho maravillas. La casa, vista desde fuera, parece que no ha de bastar á contener todo el número de socios. La fachada es hermosa, pero estrecha. La irregularidad del solar ha hecho que el frontispicio del Ateneo sea una especie de símbolo de la sabiduría. El acceso al gran templo de la ciencia es limitado y dificultoso.... Pero despues de haberse cruzado el pórtico, se ensancha el dominio intelectual y el alma recorre amplísimos espacios.

Tal es lo que pasa en el Ateneo. Despues de una fachada que parece, por su estrechez, una cinta de piedra,—permítaseme el símil,—tejida con primorosas labores y agujereada por una gran puerta, el local se extiende por dentro, tomando considerable parte de un jardin, y ofreciendo á la vista extensos salones de conversacion y de lectura, una biblioteca montada con arreglo á los últimos adelantos, un salon de sesiones, alto, espacioso, bien acondicionado, con la debida separacion entre los asientos del público y los de los socios, con elegantes tribunas para que puedan asistir señoras, con hermosa luz zenital durante las horas de dia, y con magníficos aparatos de iluminacion durante la noche,—un salon, en fin, que por su propia belleza inspirará elevados conceptos á las personas que allí esgriman, en lid provechosa, las armas de su inteligencia.

Imaginad ahora todo esto, decorado por nuestros primeros artistas, cuyo pincel se ha puesto á disposicion de la Junta del Ateneo, y algunos de los cuales han terminado ya con este objeto preciosas pinturas; suponed la animacion, el entusiasmo que invadirá aquellos salones el dia en que se inauguren; calculad la importancia que indudablemente tendrá el discurso que ha de leer el actual presidente D. Antonio Cánovas del Castillo; dad por supuestos los aplausos, las enhorabuenas mutuas, las albricias y los plácemes de todos los socios... y despues de todo esto podeis considerar mentalmente instalada esa docta Sociedad en su nuevo edificio, que están terminando multitud de obreros, y que dentro de poco será brillante ornamento de la calle del Prado.

El Ateneo aumenta sus trabajos. En los cursos pasados no habia más que tres secciones dedicadas al choque de los debates:

Seccion de literatura, seccion de ciencias físicas y naturales, y seccion de ciencias morales y políticas.

Pues bien; en la nueva casa proyéctase introducir dos secciones más: la de ciencias históricas, y la de música.

¡Oh! socios filarmónicos, habeis vencido. El piano estaba desterrado del Ateneo. El piano entrará ahora con todos los honores de su rango.

El bello ideal de los *dilettanti* del Ateneo es abarcar todas las esferas del arte y de la ciencia.

En una palabra...; quieren tocar muchas teclas!

***

No ha de privarse el Ateneo de sesiones musicales, cuando la música es lo que más priva.

Yo mismo haria uso del pentágrama musical si no temiera que estas revistas saliesen con-*fusas*.

Lo cierto es que por encima de todas las combinaciones políticas de gobernadores, de secretarios, de altos empleados, flota en los actuales momentos un nombre que por privilegio de unanimidad absoluta se halla en todos los labios.

¡Este nombre es el de Arrieta!

La persona hoy por hoy más festejada en todo Madrid es el inspirado autor de la música de la zarzuela *San Franco de Sena* que todas las noches lleva al teatro de Apolo un numeroso contingente de admiradores.

Arrieta es el *suceso* del dia.

Se le agasaja, se le mima, se trata de celebrar banquetes en honor suyo, y se recogen suscriciones en varios establecimientos para regalarle una corona que ciña sus sienes de artista.

El fervor del público es justo y merecido.

Sobre esa magnífica obra, ideada mucho ántes de morir por el insigne autor dramático Ayala, ha vertido el señor Arrieta verdaderos raudales de inspiracion divina.

A su soplo creador se han desvanecido las preocupaciones que alejaban al público del teatro de Apolo.

Era este un coliseo desgraciado. Sea porque se hallaba edificado en el solar de un templo, sea porque el público no se encontraba á su sabor en aquellos palcos profundos y sombríos, de estilo francés, y desprovistos de la alegría que es proverbial en los teatros españoles, lo cierto es que la ausencia de espectadores ha arruinado en varias ocasiones á los distintos empresarios del teatro de Apolo.

Pero hoy el aspecto ha cambiado.

Entre Apolo y San José, bajo cuyo patrocinio se halla la iglesia inmediata, parece haberse firmado un convenio.

El dios Apolo presta el local, y *San Franco de Sena* pone de su parte la música sublime de Arrieta.

Corresponde al público proporcionar el entusiasmo, y satisface el tal su parte alícuota con fervor tan extraordinario que todas las noches hace salir al palco escénico una porcion de veces al Sr. Arrieta.

Algunos desearian verle salir en el aire, sustituyendo la aparicion milagrosa del final del segundo acto, con nubes, y corona, y ángeles á los piés para mayor exaltacion de su gloria.

Pero el ilustre director del Conservatorio dice sonriendo:

—No; esto no me corresponde. Yo podré haber escrito música agradable, música que entusiasma al público; pero... *música celestial*... ¡De ninguna manera!

***

Oido en un entreacto:

—¿Qué te parece la traduccion?

—¡Hombre! ¡Si no lo es!..

—¡Cómo que no! Pues ¿qué quiere decir esto: *Franco* (moneda francesa) y *Sena* (rio que pasa por Paris)?

—¡De modo que segun tu opinion deberia habérsele puesto otro título!

—Sí; este, por ejemplo:

Peseta del Manzanares.

***

Gran triunfo de la señora Tubau y de los señores Mario y Sanchez de Leon en el teatro de la Comedia.

Representan el *Demi monde* admirablemente.

María Tubau de Palencia hace el papel de baronesa *d'Ange* con gran pericia artística.

Mario imprime un imborrable sello de naturalidad y de intencion filosófica al carácter de Olivier de Jalin.

Y Sanchez de Leon parece que ejecuta su apasionado papel de Nanjac montado en unos zancos... Tanto es lo que ese apreciable actor se ha crecido.

Los tres obtuvieron incesantes aplausos... Y da gusto oir en castellano... en buen castellano, ¡palabra de honor! las agudas frases y los ingeniosos conceptos de Alejandro Dumas, hijo!

Don Luis Valdés, traductor de la obra, merece los encomios del público.

No es como esos arregladores que destruyen la obra original, á pretexto de acomodarla á los usos y costumbres de España.

¡Horror! Yo comparo esos arregladores con los que van á cenar á un café diciendo al mozo:

—Tráeme un biftek.

—Está bien, señorito.

—Pero... oye; que lo hagan á la española.

PEDRO BOFILL

Madrid 3 noviembre 1883.

NUESTROS GRABADOS

SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por E. Blaas

El bello cuadro de este notable artista, cuya reproduccion, admirablemente grabada por Brend'amour, insertamos en la primera página, ha llamado con justicia la atencion en la última Exposicion artística de Viena por la belleza de las figuras, la correccion del dibujo y lo delicadamente vigoroso del colorido, cualidades que distinguen en alto grado al pintor de Blaas. Hijo éste de otro artista tirolés de quien recibió sus primeras lecciones, ha recorrido las principales naciones europeas ávido de estudiar y de perfeccionarse en su noble profesion, y hoy se halla establecido en Venecia, en cuyas costumbres, así antiguas como modernas, ha buscado los asuntos de la mayor parte de sus lienzos, asuntos que sabe tratar con la soltura y acierto que se echan de ver en los dos tipos femeniles de nuestro grabado.

LOS ÚLTIMOS GLADIADORES, por J. Stallaert

Esta hermosa composicion, interesante por su asunto, grandiosa por su concepcion, ejecutada vigorosamente y con pleno conocimiento de época, es una bella apoteósis de la influencia del cristianismo en las costumbres paganas. La accion tiene lugar en la ensangrentada arena del circo: dos gladiadores, etíope al parecer el uno y galo el otro, han reñido con el odio que inspiran la rivalidad en los ejercicios corporales y la diversidad de raza. Uno de ellos ha sucumbido y su contrario, en el paroxismo del furor, vá á hundir en el cuerpo del vencido el horrible tridente cuyas heridas son mortales de necesidad. Ni el pueblo embrutecido pide gracia para el infeliz que va á perder la vida, ni las vestales, esas inconcebibles vírgenes embriagadas por el hedor de la sangre de los luchadores, se toman la molestia de levantar la mano en señal de perdon. Vestales y pueblo necesitan emociones crueles: los dioses del Olimpo no predisponen los corazones á la clemencia.

Un hombre, empero, se atreve á arrostrar el furor del pueblo y la ira brutal del gladiador; un anciano venerable é inerme se lanza á la arena del circo y en lugar de blandir la espada que mata, levanta al cielo la mano que bendice y pronuncia junto al vencedor las sublimes palabras símbolo de la nueva doctrina: *amaos los unos á los otros como hermanos.* El luchador atónito contempla con más asombro que odio al que de tal suerte contiene su vengativo brazo; un nuevo mundo parece surgir á su vista; Dios llama á su pecho por boca del inspirado cristiano... El bárbaro que iba á dar la muerte á su semejante, quizás la reciba resignadamente: la fe cristiana convirtió á muy esforzados gladiadores en más esforzados mártires.

EL PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS construido segun los planos de M. Polaert

La nacion belga ha demostrado prácticamente cuánto vale un pueblo ilustrado, siquiera no figure en el número de las grandes potencias que lo son únicamente por la suma de sus habitantes ó el alcance de sus cañones. El dia 15 de octubre último inauguró su nuevo palacio de justicia, el más vasto edificio de Europa (26,000 metros superficiales) empezado á construir en el reinado de Leopoldo I, y cuyo coste ha ascendido á unos 50 millones de pesetas. En él se albergan digna y hasta lujosamente todos los tribunales de la capital, desde el de Casacion hasta el de Paz, desde el civil en su más inferior instancia hasta el militar en su más elevada jerarquía. Veintisiete salones destinados á tribunal propiamente dicho y doscientas cuarenta y siete dependencias, constituyen este inmenso palacio, situado en el punto culminante de la ciudad, al extremo de la calle de la Regencia.

Es tal la fastuosidad empleada en decorar este monumento, que algunos han creido deber criticarla por excesiva. No estamos de acuerdo: el templo de la Justicia nunca será excesivamente magnífico. Quédense esas censuras para aquellos pueblos que construyen hipódromos cuando carecen de hospitales ó levantan plazas de toros miéntras albergan á la magistratura en exiguas y hasta indignas estancias de conventos suprimidos.

REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por L. Nono

¡Pobre mujer!.... Ha cometido una de esas faltas que la ley no castiga, pero que la sociedad no perdona. Arrodillada, postrada, abatida mejor dicho, ante una imágen de la Madonna en la calle principal de Chioggia, la jóven atribulada busca un refugio á la sombra de aquella reina de los cielos que pesa simultáneamente los pecados de las almas débiles y las lágrimas de los corazones arrepentidos. La madre del Dios de los cristianos es ménos implacable que algunos de sus puritanos adoradores; la Vírgen de Belen no puede echar en olvido las palabras de su Hijo: —El que se encuentre exento de pecado, arroje la primera piedra.

Luis Nono es un pintor veneciano que en poco tiempo ha adquirido justa celebridad. El cuadro que le reproducimos llamó poderosamente la atencion en la última Exposicion romana de bellas artes. El rey de Italia adquirió este notable lienzo, impregnado de un sentimiento tanto más verdadero, en cuanto se exhibe y comunica con mayor economía de recursos rebuscados.

E PUR SI MUOVE, dibujo por Enrique Serra

El recuerdo de la célebre frase del inmortal Galileo es donosísima ocurrencia del autor de esta composicion. Dos hombres de armas han penetrado, Dios sabe cómo, en la estancia de un sabio, y sin respeto á la ciencia, hacen de

los infolios profana mesa de su báquico recreo. Uno de esos hombres, mal seguro sobre las piernas, aplica entram bas manos sobre la esfera terrestre, que gira bajo la presion del ebrio, de igual suerte que gira la estancia, si el soldado ha de dar crédito á sus sentidos embrutecidos por el vino. Entónces es cuando le viene naturalísimamente á la memoria la exclamacion de Galileo.

Este dibujo acredita una vez más que Enrique Serra se dedica al arte con fe y con éxito.

EL FÉMUR DE JUAN CRUZ

(Conclusion)

—Está V. exaltado y febril. Vuelva á su casa y durante unos dias no se ocupe V. de nada. Las heridas producidas por trabajos de anfiteatro suelen tener malas consecuencias.

Moran siguió á medias el consejo de su compañero. En vez de acostarse inmediatamente y ponerse á dieta por causa de la calentura, volvió á su casa é intentó almorzar. Se sentó á la mesa, mas no bien lo hubo hecho, vió enfrente de él á Juan Cruz, sentado y mirándole fijamente.

El doctor se puso en pié, se llevó la mano á la frente, trasladóse á su despacho, escribió una receta que envió á buscar inmediatamente y se acostó.

Comenzó á delirar, y su ama de llaves, excelente mujer que le servia hacia muchos años, mandó llamar al doctor Romero. Este declaró que el enfermo tenia calentura perniciosa grave, causada por envenenamiento anatómico.

Moran, en su delirio, repetia incesantemente el nombre de Juan Cruz y extendia los brazos como para rechazar al espectro.

Pasados algunos dias, disminuyó la fiebre y el doctor entró en la convalecencia; pero su mirada reflejaba un extravío que hizo temer mucho por su razon.

Por fin se restableció y emprendió su acostumbrado género de vida. Sin embargo, no volvió á entregarse á sus experimentos, ni puso los piés por la sala de clínica de la calle de la Verónica.

VI

Una mañana el doctor se dirigia hácia el hospital, bajando por la calle de Santa Isabel.

Al llegar junto á la fuente, en la que sólo habia algunas mujeres, un golpe de viento se llevó el sombrero de aquel, haciéndole volar por encima del pilon. Moran y las mujeres, que le habian visto caer al suelo, le buscaron inútilmente; el sombrero habia desaparecido.

Cerca de la fuente jugaban algunos muchachos, pero no era creible que estos le hubieran tomado y pudiesen ocultarle.

No pareció: aquello era maravilloso.

Al retroceder á su casa para tomar otro sombrero, el doctor se encontró con uno de los practicantes que habian presenciado la última experiencia eléctrica practicada en la calle de la Verónica, y enterado por aquel del incidente del sombrero, dijo chanceándose:

—Indudablemente es una mala pasada del rencoroso Juan Cruz.

Moran no le contestó. Subió á su casa, tomó un sombrero y en vez de ir al hospital, se dirigió á la del doctor Romero, que á aquellas horas tenia consulta pública.

—Amigo mio,— le dijo,—vengo á hablar á V. de cosas graves. La verdad es que yo creo que me voy volviendo loco; el espectro de Juan Cruz no se separa de mi vista, me sigue por todas partes; y yo quiero pedir á V. un favor.

—Cuantos V. necesite; sabe que somos antiguos amigos.

—Pues bien, obsérveme V., y apénas note en mí algo grave, condúzcame lo más ocultamente que pueda á un manicomio.

—Pero, hombre.....

—Sí, amigo mio, á un manicomio. No quiero dar el doloroso espectáculo de mi demencia.

El incidente temido por el doctor no tardó en acaecer. Un dia, estando practicando una operacion en el hospital, comenzó á gritar: «¡Juan Cruz, Juan Cruz!» y arrojando el bisturí por una ventana salió á la calle corriendo.

Aquella misma tarde, el doctor Romero, pretextando una consulta, le condujo al manicomio de Carabanchel, de cuyo director era amigo.

Durante algun tiempo hubo que aplicarle la camisa de fuerza. Despues, se fué sosegando; pero indudablemente siempre creia ver el espectro de Juan Cruz, pues así lo indicaba la fijeza de su mirada.

Se encerró en un silencio sombrío y no contestaba á las preguntas del médico que le asistia. El doctor Romero iba á verle con frecuencia. Moran le miraba cara á cara; pero no le conocia ó fingia no conocerle.

—¡Qué cosa tan pobre es el cerebro humano! —decia aquel al director del establecimiento.—Hé aquí una gran inteligencia aniquilada en un momento por un exceso de materialismo. El materialismo produce la barbarie y esta engendra la locura: el espiritualismo es la fuerza del entendimiento y el orígen de la vida.

El doctor Romero, por causa quizá de su fervor espiritualista, cristiano y, por consecuencia, creyente, se afilió, aunque mediante lentas gradaciones, á la escuela espiritista. Primeramente vió sin creer; despues, poco á poco, llegó á creer sin ver. Su ambicion científica y su carácter predispuesto á lo sobrenatural hiciéronle aspirar á ser *medium* y lo consiguió.

Comprendiendo el desvío de la facultad de medicina hácia la secta espiritista, Romero ocultó cuanto pudo sus aficiones, y este misterio redoblaba el atractivo de sus creencias.

La catástrofe de Moran y la historia de Juan Cruz le afirmaron más y más en aquellas; y en las relaciones del doctor sin corazon y del cadáver atormentado veia diseñarse el dedo de la Providencia.

VII

El doctor Romero asistia con frecuencia á una reunion espiritista, en donde una sociedad *escogida* se entregaba á sus lucubraciones.

Allí, evocados por la fe de los adeptos, desfilaban los espíritus más célebres, contestando complacientemente á las preguntas mas difíciles.

Una noche acaeció en la sesion un suceso extraordinario.

El *medium* (que era el doctor) habia evocado el espíritu de San Francisco de Sales.

Al formular la pregunta de ordenanza:—¿Quién está aquí?—el espíritu dió sobre la mesa una serie de golpes que traducidos en letras ofrecieron por resultado el nombre de «Juan Cruz.»

El doctor, estupefacto, repitió la pregunta, y los golpes repitieron el mismo nombre.

Los circunstantes se hallaban sorprendidos: ¿Quién era Juan Cruz? ¿Cómo se atrevia á competir con el Cid Campeador, Santa Teresa, Napoleon I habituales asistentes á aquellas reuniones? y sobre todo ¿por qué habia usurpado el puesto de un santo tan caracterizado como San Francisco de Sales?

El doctor se vió obligado á dar algunas explicaciones respecto á Juan Cruz y reanudó su interrogatorio.

—¿Eres Juan Cruz?

—Sí.

—¿De dónde vienes?

—No quiero contestar.

—¿De qué país eres?

—De Rivadeo.

—¿Por qué no hablas gallego?

—Porque no me da la gana.

—¿Por qué has venido sin llamarte?

—A pedir que me den sepultura.

Al oir esta frase todos los presentes se conmovieron.

—¿Quién te ha negado el reposo mortal?

—Mi verdugo.

—¿Quién es?

—Angel 1.°

—Insolente! no te burles de nosotros! ¿Quién es?

—Un médico.

—¿Cómo se llama?

—El doctor Romero.

Al oir esta respuesta, el pobre doctor experimentó un ligero síncope, y miéntras se serenaba, como la reunion estuviese muy interesada, prosiguió una señora rubia, que era una notable *medium*, el interrogatorio interrumpido.

—¿Qué pides, pues?

—Ya lo he dicho; sepultura.

—¿Dónde?

—En tierra santa.

—¿En Jerusalen?

—No, en tierra santa ordinaria.

—¿Dónde está tu cuerpo?

—No lo sé.

—¿Podrá enterrarse?

—Quizá.

—¿Y si no se encuentra?

—Romero irá á Carabanchel.

Al oir esta respuesta del espíritu, el buen doctor que ya habia vuelto de su desmayo, se estremeció de piés á cabeza.

Toda la reunion opinó que era necesario buscar el cuerpo de Juan Cruz y enterrarle.

VIII

El honrado y crédulo médico sabia que hay espíritus injustos y burlones, pero esto no obstante, la acusacion fulminada por Juan Cruz contra él le preocupó grandemente. Quizá la moral del mundo de los espíritus era más exigente y depurada que la de la tierra. Tal vez él habia sido cómplice inconsciente en las desgracias del jóven gallego, exasperando con sus eternas polémicas el materialismo y la crueldad del doctor Moran.

Además, Juan Cruz habia dicho:

—Romero irá á Carabanchel.

¿Cuál era el sentido de esta frase: una advertencia ó una amenaza?

Desobedecer á un espíritu era cosa grave, y por tanto, el buen médico se propuso cumplir á toda costa los deseos del muerto. Sabia que los despojos de este, despues de la sesion de electricidad, habian quedado en la sala de clínica de la calle de la Verónica; el doctor tenia las llaves de la casa que su compañero Moran le habia dado cuando, sintiéndose enfermo, le encargó la asistencia de su clientela; y por consecuencia, el primer cuidado de Romero fué registrar minuciosamente la sala de diseccion y de experimentos.

Pero ni el cadáver, ni siquiera los restos de Juan Cruz, estaban allí.

Se trasladó al hospital provincial y vió á Martinez, el practicante favorito del doctor Moran. Este le dijo que el cadáver se hallaba en poder del preparador anatómico del doctor para montar el esqueleto y que si queria verle, en aquella hora debia hallarse en la sala de clínica del Colegio de San Cárlos.

En efecto, Romero lo encontró allí y le pidió el esqueleto, en nombre del doctor Moran por el que estaba completamente autorizado en todo lo concerniente á asuntos profesionales. El preparador le dijo que la montura de la pieza anatómica estaba á punto de quedar terminada y que al dia siguiente por la tarde, se la enviaria á su casa.

Con esta promesa Romero se tranquilizó algun tanto. Una vez en su poder, haria enterrar la osamenta de Juan Cruz y punto concluido.

Aquella noche se presentó en la sesion espiritista, contó las diligencias que habia practicado y propuso la evocacion del espíritu de Juan Cruz. Un orador pidió la palabra y declaró que dicha evocacion era inconveniente, que el espiritismo debia ocuparse de cosas más trascendentales y que por última vez accedia á los deseos del doctor Romero.

La evocacion, pues, comenzó bajo malos auspicios.

El mismo doctor sirvió de *medium*, y no sin gran trabajo consiguió que acudiera el espíritu rebelde; y como era *medium* de escritura, fué consignando en un papel las respuestas del interrogado.

—Juan Cruz, ¿estás aquí?

—Sí.

—Pronto serás enterrado.

—No, falta algo á mi cuerpo.

—¿El qué?

—Busca.

—¿La carne? eso es natural.

—No, falta utra cusiña.

—¿Y si se ha perdido?

—Esu nu es cuenta mia; te hagu respunsable.

El doctor se estremeció.

—¿Por qué hablas en gallego?

—Purque me da la gana.

—¿Dónde encontrar lo que te falta?

—En Carabanchel. El otru perru de doctor lu sabe.

—¿Y qué hay que hacer?

—Llévale un huesu y él te dará otru.

—Basta—dijo el orador de oposicion—Si el doctor Romero tiene cuentas particulares, á nosotros no nos importa. Necesito evocar el espíritu de Olózaga para que explique el sentido de la célebre frase:

¡Dios salve al país, Dios salve á la Reina!

IX

El pobre doctor salió casi loco de la sesion espiritista; la insistencia de Juan Cruz en hacerle cargar con la responsabilidad le aterrorizaba.

Se acostó y no pudo conciliar el sueño: tenia pesadillas despierto.

Por primera vez, admitió ó se esforzó en admitir que el espiritismo es una farsa, producto de imaginaciones exaltadas; y abrigó la esperanza de que el esqueleto del gallego, cabal y completo, le



LOS ULTIMOS GLADIADORES, cuadro por J. Stallaert



EL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS, construido segun los planos de M. Polaert

probaria que todo aquello era sólo el efecto de la alucinacion de sus sentidos enfermos.

A las altas horas de la noche le rindió un sueño profundo, y cuando se despertó eran las cuatro y media de la tarde.

Afortunadamente aquel dia no habia sido de consulta particular; pero sin embargo no faltó á la visita de sus enfermos.

Estando vistiéndose apresuradamente, se presentó el preparador anatómico trayendo el esqueleto de Juan Cruz.

El doctor le examinó con febril impaciencia.

La montura era admirable, no faltaba ninguna pieza. El pobre médico respiró con satisfaccion; el espíritu ó él se habian engañado. Pero al hacer jugar las articulaciones del esqueleto, quedóse atónito de sorpresa y de dolor; el *fémur* derecho era más corto y tenia un color imperceptiblemente más amarillento que el izquierdo. ¿A qué era debido esto? indudablemente habian sustituido un hueso con otro.

El doctor estaba anonadado: Juan Cruz tenia razon; la ciencia espiritista era una verdad inconcusa y él se hallaba bajo el peso de una gran responsabilidad espiritual y quizá material.

—¿Qué significa esto?—preguntó al preparador, que estaba presente.—Ha habido mistificacion en la osamenta.

El preparador, titubeando, dijo, que en efecto, á fuerza de instancias, y por poco tiempo, habia accedido á que un alumno de San Cárlos, amigo suyo, se llevara un fémur, que no habia podido devolverle porque habiéndole á su vez prestado á un compañero, á este se le habia extraviado. No sabiendo qué hacer para salir del conflicto, buscó un fémur á propósito para adaptarle á la pieza anatómica, pero no pudo conseguirlo por las extraordinarias proporciones de los huesos. Por lo demás, sólo una mirada tan ejercitada é inteligente como la del doctor, podia notar la diferencia.

Este se habia quedado como petrificado. Rogó al preparador que á toda costa buscara el *fémur* auténtico; pero el *artista en huesos* dijo, meneando la cabeza:

—Es imposible, señor. Temiendo el carácter duro y exigente del doctor Moran, dueño del esqueleto, he practicado las mayores diligencias para recobrar la pieza perdida. La fatalidad se ha mezclado en todo esto; el segundo estudiante habia hecho un viaje con objeto de pasar una corta temporada al lado de su familia, y el hueso se extravió ó en Madrid durante su ausencia, ó tal vez en el camino.

El doctor no sabia qué hacer.

El don de segunda vista de los espíritus era indudable y debia serlo tambien la infalibilidad de sus venganzas. Un recurso quedaba para encontrar quizá el *fémur* perdido; el espíritu de Juan Cruz habia dicho aludiendo al doctor Moran: «llévale un hueso y él te dará otro;» pero Romero vacilaba. ¿Cómo entenderse con un loco, despertando en él las ideas que le han hecho perder la razon?

El pobre doctor pasó dos dias luchando contra el temor y la incertidumbre. Durante la noche soñaba con Juan Cruz y de dia le veia en todas partes.

Un suceso acaecido en el hospital provincial aumentó sus terrores; un enfermo maltratado por un enfermero, amenazó á este diciéndole que, áun muerto, se vengaria. La defuncion no se hizo esperar y el cuerpo fué llevado á la sala de diseccion y colocado sobre la mesa de trabajo. El enfermero, que estaba allí, despues de permitirse algunas bromas á costa del muerto, iba á marcharse, pero resbalando en un charco de sangre, tendió maquinalmente la mano para buscar un punto de apoyo, y encontrólo en los muslos del cadáver que estaba al borde de la mesa: á la presion inferior, se levantó el busto del difunto, cuya cabeza chocó con la del enfermero, destrozándole el cráneo; pues sabido es que no hay nada tan duro como la cabeza de un muerto.

Esta venganza de *ultra-vita* era evidente; no se puede jugar con la gente del otro mundo.

X

La inquietud y la excitacion del doctor Romero llegaron á su período álgido.

Su repulsion á ver á Moran se basaba en la duda. ¿Cómo podria darle este la pieza que faltaba al esqueleto de Juan Cruz? Verdad es que el espíritu podia haberse expresado en sentido figurado; *dar el hueso*, podia equivaler á indicar los medios de buscarle.

En cuanto al recelo de excitar la locura de Moran, era un inconveniente secundario; bien podia arriesgarse la razon de un impío por el laudable fin de llevar á cabo una obra cristiana, cual es dar sepultura á los despojos de un muerto.

Romero se decidió: no podia vivir agobiado por el peso de aquel temor y de aquella incertidumbre.

Envolvió el *fémur* falso en un paño, le encerró en una caja de madera y partió para el manicomio de Carabanchel.

Su primer cuidado fué tomar informes del director del establecimiento, respecto á Moran.

Este se hallaba relativamente bien y enteramente tranquilo, tanto que se le permitia andar por todas partes. En cuanto á su estado moral no era posible clasificarle. Generalmente se encerraba en un obstinado silencio; unas veces conocia á las personas que le hablaban y otras no.

—La aficion ó manía saliente de ese pobre médico—dijo el director—consiste en hacer ejercicio y estar al aire libre. Véale V. ahora mismo paseando por el terrado, con el frio que hace sin nada en la cabeza.

En efecto, era una tarde nublada de los últimos dias de Noviembre y soplaba un airecillo nada agradable.

—Yo no quiero contrariarle—repuso el director. —La naturaleza es previsora y he observado que el mejor tratamiento para los dementes es permitirles todas las expansiones posibles.

—¿Podré hablar á Moran?—dijo Romero.

—V. siempre, amigo mio—contestó el director:—no faltaba más. Siga ese pasillo y saldrá al terrado. Quisiera acompañar á V., pero oigo la campana de la portería, que anuncia visita. Voy á ver quién es.

Romero envuelto en su carrik, abrigo que empezaba á estar en moda, y llevando debajo la caja que contenia el *fémur* colgada del hombro por medio de un cordon de seda, se dirigió hácia el terrado.

Es preciso describir, aunque someramente, el lugar de la escena para mayor claridad de los sucesos subsiguientes.

Figúrese el lector un terrado de ocho ó diez metros de altura que domina á un patio con honores de jardin al cual se baja por medio de una escalera. El terrado, primitivamente, estaba bordeado de una balaustrada de madera, que posteriormente y para mayor seguridad, ha sido sustituida por otra de hierro. En la tarde á que nos referimos, trozos de la antigua valla estaban arrancados y varios albañiles y cerrajeros se ocupaban en colocar la de hierro.

En el patio, junto á la pared del terrado, habia un pozo con brocal de piedra.

El doctor Moran paseaba lentamente y á veces se detenia para mirar distraidamente los trabajos de los operarios.

En una de estas paradas se aproximó á él el pobre doctor Romero.

XI

—Buenas tardes, amigo mio,—dijo con voz conmovida.

El loco le miró con fijeza y contestó:

—Buenas tardes.

—Hallo á V. de muy buen aspecto—repuso Romero, que no sabia qué decir;—pronto volverá V. á Madrid, donde su presencia es necesaria.

—¿A Madrid? murmuró Moran maquinalmente.

—Sí, amigo mio. Desde que V. falta no se entienden en el hospital. Ahora comprenden la gran superioridad de V.; tanto que la facultad de medicina ha acordado permitirle que ensaye su sistema eléctrico.

Al oir estas palabras los ojos del loco se animaron, pero no dijo nada.

—La última sesion de V. ha dejado rastros indelebles—prosiguió Romero—y sólo se habla de los maravillosos resultados obtenidos por medio de la electricidad en el cadáver de Juan Cruz.

Moran hizo una mueca indescriptible, retrocedió tres ó cuatro pasos, llevó ambas manos á las sienes como para evocar un pensamiento, y volviendo á ganar el terreno perdido, se aproximó á Romero y poniéndole el puño junto á la nariz en ademan amenazador exclamó:

—¿Por qué me hablas de Juan Cruz?

Al ver aquella amenaza y aquellos ojos extraviados y fulgurantes que se clavaban en los suyos, fascinándole, el azorado doctor retrocedió á su vez.

—¿Por qué me hablas de Juan Cruz?—repitió el loco—¿Qué tengo yo que ver con la *caro data vermibus*?

Indudablemente en aquel breve espacio, el flúido de demencia que despedia la mirada de Moran se trasmitió al infeliz Romero, tan predispuesto á su influencia; pues instantáneamente su rostro se congestionó, sus dientes rechinaron de ira y exclamó con furibundo acento:

—¡Impío, verdugo! La carne estará comida de gusanos, pero los huesos están insepultos y el espíritu vive eternamente. El espíritu de Juan Cruz, ese espíritu á quien has atormentado, me envia aquí para que le devuelvas lo que le has robado. Toma y dame.

Y miéntras proferia estas palabras, se desabotonó el carrik, abrió la caja de madera, y desenvolviéndole del paño, presentó el *fémur* á Moran.

No es posible explicarse la impresion que este recibiria. Fijos los ojos en el hueso, comenzó á andar de espaldas, retrocediendo ante Romero que le acosaba, diciendo:

—Toma y dame, pero dame pronto; no es justo que dos espíritus honrados padezcan por causa de tu grosero materialismo.

Y se adelantaba más y más hácia Moran y este retrocedia con la mirada espantada y el paso vacilante.

Entónces uno de los operarios que trabajaban en colocar la balaustrada de hierro, dió un grito y se dirigió corriendo hácia el loco. Ya era tarde; éste habia llegado al límite del terrado por un sitio en que aquella estaba desmontada, y perdiendo pié, cayó al patio.

Al caer, chocó con la cabeza en el brocal del pozo, y quedó tendido en tierra, muerto instantáneamente.

¡Cosa rara ó providencial! Al ser reconocido, presentaba igual lesion que la que originó la muerte de Juan Cruz: tenia la cabeza completamente desprovista de la piel y una fractura del hueso temporal.

El doctor Romero, despues de dos años de demencia tranquila, mística y llorona, sólo salió del manicomio de Carabanchel para ser trasladado al cementerio de la Patriarcal.

JULIO PARRA DE MURVIEDRO

MATIITAS

Yo te confesaré, D. Juan, primero,
que ese blanco y carmin de doña Elvira,
no tienen de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Siempre que oigo hablar del realismo en el arte y del naturalismo de Zola, surge en mi espíritu el recuerdo de un drama realista ó de una realidad dramática que presencié hace ya bastantes años, en que fuí, no simple espectador, sino casi parte de por medio y cuyo protagonista fué Matiitas; el pobre Matías del Paso, que en paz descanse: bien lo necesita.

Matías del Paso era un chico de ingenio felicísimo, de talento claro y de gran corazon; habia nacido poeta y si sus no comunes disposiciones naturales hubiesen recibido el auxilio indispensable de la cultura y de la instruccion, habria pasado con glorioso rénombre á la posteridad. Desgraciadamente para él, ni sus padres adivinaron en sus ojos la llama del genio, ni áun habiéndola adivinado habrian sabido qué hacer con una luz que ni servia para trabajar por la noche, ni daba calor bastante para hacer hervir el puchero. Matías, ó Matiitas como solian llamarle á causa de su poca estatura, fué siempre para sus parientes y allegados un haragan: solamente la madre comprendió algo de lo que en el fondo del alma de su hijo se ocultaba y por eso trabajó cuanto pudo para hacerle memorialista.

Y la madre se salió con la suya y logró, no sin grandes sacrificios y venciendo numerosas dificultades, instalar á su hijo en un establecimiento digno de competir con el del inolvidable sargento Mayor, á quien nosotros no hemos conocido, pero de cuyo valor y de cuya caligrafía se hacen lenguas cuantos le conocieron.

Pues señor, que notando cartas, memoriales y esquelas pasó Matías una parte de su vida sin que ni él mismo echase de ver lo mucho que valia, ni ménos lo advirtiesen los toscos sirvientes, los mozos rudos, los quintos groseros y las criadas torpes que de ordinario constituian su clientela y que le daban lo estrictamente necesario para vivir muy mal, á cambio de muchas desazones y continuas pejigueras.

Ocurrió un dia que al vecino del cuarto tercero, capitan de caballería con sus dejos de poeta y sus ribetes de literato, le dieron un ascenso con lo cual hubo en la casa una semi revolucion. El asistente, que tenia ley á su amo y que casi celebró más que el interesado mismo el suceso, consultó con el memorialista sobre la manera y forma de manifestar su regocijo, y Matías, á quien sucedia lo que al poeta latino que dijo:

Quidquid tentabam scribere versus erat

y que más de una vez habia dictado memoriales cuajados de endecasílabos y de alejandrinos, juzgó lo más delicado y lo más propio dedicar al nuevo jefe una composicion en quintillas. Muy bien pareció al asistente la idea del memorialista, con que sin perder tiempo pusieron manos á la obra y burla burlando salieron ocho quintillas que no habria rechazado Moratin el padre para su famosa *fiesta de toros*. Loco de gozo el asistente subió en dos zancadas la escalera de la habitacion y casi sin aliento entregó los versos á la capitana á fin de que ésta los entregase á su marido. No era la capitana lo que podríamos llamar una doctora; pero, sin ser injustos, no debemos negarla el título de bachillera; leyó las quintillas y admiró que tan agudos conceptos hubiesen tomado forma y sér en aquella mollera cuyos aposentos parecia que de-

bieran hallarse desalojados; pero quien de ningun modo cayó en el garlito fué el capitan que muy luégo advirtió cómo los versos y la frase y el estilo y todo estaba á mucha distancia del pobre Bartolo; que así se llamaba el asistente. Interrogó á éste; el infeliz confesó de plano, y en esta confesion tuvieron orígen las tribulaciones y sufrimientos de Matías.

El capitan recien ascendido adivinó lo que ni los padres, ni los parientes del memorialista habian adivinado; aquella misma tarde al salir con su mujer á paseo dirigió la palabra á Matías y bastó un cuarto de hora de conversacion para que el militar, hombre de mundo, que habia corrido como suele decirse *las siete partidas*, comprendiese que habia encontrado una mina y se decidiese á explotarla.

Al dia siguiente hizo que Matías subiese al piso tercero y encerrándose con él en su despacho le habló en estos términos:—Matías, es preciso que V. estudie algo: un poco tarde es ya; pero nunca para el bien fué tarde y más vale tarde que nunca: es necesario que aproveche V. sus disposiciones para la poesía y es un crímen que permanezca estéril, infecundo, un ingenio como el de V.—Pero señor, respondió todo atortolado el memorialista, yo soy apasionado por los versos, lo confieso; siento aquí algo (y se tocaba en la frente) y más todavía aquí (y se llevaba la mano al corazon); pero ¡ay! las exigencias prosaicas del estómago no admiten aplazamientos: el tiempo que yo emplease en estudiar seria tiempo perdido para mis necesidades y mis urgencias; así pues, he de renunciar á tales pretensiones.—Nada de renunciar, interrumpió el soldado, porque yo me encargo de todo. Vamos á ver, ¿cuánto saca V. de su profesion de memorialista?

—Pues, un dia con otro,—contestó despues de pensarlo un instante Matías,—un dia con otro bien sacaré seis reales.

—Corriente, pues desde hoy tiene V. ocho por ser mi escribiente ó mi secretario particular. Yo utilizaré los servicios de V. un par de horas al dia; las restantes puede V. dedicarlas al estudio.

Los que por espacio de muchos años han tenido precision de resignarse á ocupar un puesto que á conciencia era muy inferior á ellos; los que han necesitado sofocar generosas aspiraciones, impulsos nobles, tendencias dignas hácia el ideal, sojuzgados y abrumados por la pesadumbre inmensa de las realidades, comprenderán, sin esfuerzo, cuánto fué el gozo de Matías; aceptó desde luégo y expresó como pudo (y pudo muy poco) su reconocimiento.

Al dia siguiente vendió por catorce reales los muebles y enseres de su escritorio, traspasó el establecimiento y comenzó á ejercer sus funciones de escribiente y á disponer sus tareas de estudiante.

Matiítas fué desde entónces el escribiente de D. Tadeo, y como escribiente de D. Tadeo le conocian todos los amigos del capitan y en este concepto fué presentado en algunos círculos literarios, tertulias y cafés á que D. Tadeo concurria.

No trascurrieron muchos meses sin que los resultados justificasen la prevision de D. Tadeo. Matías comenzó á escribir ensayos que tímidamente presentaba á su principal (así nombraba á D. Tadeo); éste los leia con fingida indiferencia y los guardaba diciendo siempre:—Aún vale poco, aún vale poco esto; debes hacer más; sirves para mucho más. Y hoy le encargaba un artículo de costumbres, y mañana un juguete cómico, y despues un cuentecito en verso, y más adelante una oda, y así, sin acabar nunca los encargos y sin quedar nunca satisfecho aunque jamás le devolvia los originales. Matías, el lector lo ha adivinado sin duda, era un para poco, un pusilánime; todo lo que tenia de altos vuelos y de grande inspiracion como poeta de empuje y de nervio, tenia como hombre de apocado y meticuloso: su cortedad rayaba ya en la tontería; sólo así se explica que durante tres años estuviese D. Tadeo utilizando los trabajos de su escribiente para publicar, como si fueran de D. Tadeo y por D. Tadeo firmados, trabajos literarios de todas clases: composiciones para certámenes, en muchos de los cuales obtuvo premio, artículos para periódicos, piezas para el teatro, poesías para publicaciones humorísticas, todo lo cual creó á D. Tadeo envidiable reputacion de excelente poeta, de literato ingenioso y de autor cómico de mucha *vis*. Al cabo, bien porque alguno comprendiese que D. Tadeo no era de la madera de los que hacen esos juguetes con *vis cómica*, bien porque Matías viese representar alguno de sus juguetes y advirtiese que en el cartel atribuian la paternidad á D. Tadeo, bien por otra causa que yo ignoro, Matías se enteró de lo que ocurria, y bien que cobarde y humilde, á lo cual contribuian en gran parte las sugestiones de la gratitud que segun él debia á D. Tadeo, se atrevió á hacer algunas ligeras indicaciones sobre el asunto.

Don Tadeo no negó el hecho: bien que ¿cómo habia de negarlo? pero demostró como tres y dos son cinco que lo habia llevado á cabo en bien de Matías.

—Usted—le dijo,—es muchacho de porvenir, y por el contrario, soy yo viejo: la reputacion de V. como poeta podria padecer apadrinando hoy esas composiciones defectuosas de un principiante; yo, un militar que por aficion sólo me dedico á la literatura, puedo poner ahí mi firma sin perjudicarme. Así y todo, como, en efecto, ya las cosas de V. van siendo aceptables, yo continuaré firmándolas; pero se las pagaré bien.

Matías nunca habia imaginado que por sus composiciones pudiera cualquier dia cobrar algo; así pues, aceptó con gratitud, y recibiendo cuatro pesetas por un artículo, y dos duros por una comedia, y real y medio por un epígrama y un soneto, pasó malamente otro par de años. Y á todo esto la fama, algo discutida, de D. Tadeo volaba y Matiítas continuaba sumido en la oscuridad del anónimo.

Y fué lo peor del caso que D. Tadeo, con intencion perversa y abusando del ascendiente que sus años, su posicion y los supuestos favores hechos á Matías le daban sobre éste, hizo que su infeliz escribiente contrajese el vicio de embriagarse. Constantemente beodo, recorriendo tabernas y lupanares, solamente de vez en cuando y siempre que la necesidad de beber más le apremiaba, tenia Matías momentos de lucidez que aprovechaba para escribir lindísimos juguetes ó artículos chispeantes que vendia por algunos reales, siempre muy pocos, á D. Tadeo.

Aquel filon explotado tan sin conciencia, la riqueza robada tan descaradamente llegó á su término; las obras de Matías comenzaron á carecer de inspiracion; el público las hallaba flojas, sin brio, sin gracia, sin aquella *vis cómica* que las prestaba en otro tiempo animacion y vida. D. Tadeo en vista de esto, hizo con Matiítas lo que se hace con las cosas inútiles; le arrojó de su casa.

Entónces comenzó para Matías una vida de privaciones y de sufrimientos indecibles.

Pasaba los dias sin comer y las noches durmiendo al raso: si por acaso le dejaban dormir en un figon donde habia comido unas sopas, considerábase el más afortunado de los mortales.

Componia unas aleluyas, recordaba su antigua profesion de memorialista y escribia memoriales, y hambriento casi siempre y casi siempre tambien ebrio, causaba al propio tiempo repulsion y lástima.

Un dia, por acaso, encontró su inspiracion antigua, su fecundidad que juzgó perdida para siempre; escribió una comedia llena de gracia, rebosando de chiste y al mismo tiempo con cierto saborcillo amargo que le daba carácter; Matías queria que aquella obra se representara dando él su nombre; aquello era para Matías comenzar su rehabilitacion; guardaba cuidadosamente el manuscrito; pero una noche en que carecia de dinero para aguardiente lo enajenó por veinte pesetas: pocas horas despues le encontraron los dependientes de la autoridad completamente sin sentido y en medio del arroyo. La gloria y la rehabilitacion que esperaba, habíanse reducido á una cena opípara y á una borrachera monumental.

El manuscrito de Matías habia ido, sin embargo, á poder de un inteligente y que además de ser inteligente no se engalanaba nunca con plumas ajenas: explotaba su negocio, pero no robaba la gloria. Llevó la obra al teatro y la obra alcanzó un éxito inusitado: el público llamó al autor, y el autor, á quien sus amigos habian hallado como siempre embriagado en la calle, salió sostenido por dos actores, pálido, sudando á mares, y sin saber lo que le pasaba.

Oyó los aplausos, escuchó las aclamaciones, saboreó su triunfo y los que le sostenian le oyeron murmurar entre dientes:

—Eso, eso; soy yo; no es D. Tadeo que era un alcornoque: soy yo, el genio, el poeta, quien ha hecho esto; pues espera, espera, que todavía haré más y entónces me sacarán en triunfo por las calles.

Pocas semanas despues Matiítas moria en una cama del hospital.

Aquella emocion y su funesto vicio habian ocasionado su muerte.

El editor sacó de la obra algunos miles de duros.

Matiítas fué enterrado de limosna.

Algunos amigos lamentaron su desgracia y consagraron grandes elogios á su talento.

Muchos, que le habian negado el saludo ó un socorro cuando vivo, honraron la memoria del muerto; así sucede de siempre.

¡¡Pobre Matías!!

Lo repito: Descanse en paz: bien lo necesita.

A. SANCHEZ PEREZ

GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE

DE LOS SEÑORES ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS

El experimento de este nuevo globo ha tenido lugar en Paris el 8 de octubre último, pero ántes de dar cuenta de sus resultados conviene describir los materiales que hemos empleado en su construccion.

El globo dirigible eléctrico se compone de tres aparatos distintos: 1.° el globo propiamente dicho; 2.° el aparato de gas que sirve para hincharlo, y 3.° el motor eléctrico destinado á imprimirle movimiento por medio de un hélice que, girando, busca en el aire su punto de apoyo.

La construccion de un buque aéreo de forma prolongada ofrece sérias dificultades, pudiéndose guiar solamente por los datos de dos ensayos anteriores, el de Enrique Giffard en 1852 y el de M. Dupuy de Lome en 1872. En el pequeño modelo que hicimos funcionar cuando tuvo lugar la Exposicion de electricidad, adoptamos, como medio para suspender la barquilla, una percha longitudinal inferior análoga á la del buque aéreo de vapor ideado por M. Giffard. Posteriormente nos pareció preferible colocar un hélice en la parte posterior de una grande barquilla paralelepipédica, de elevacion bastante para resguardar al propulsor del peligro de un choque al verificar el descenso. En este caso, la barquilla habia de unirse al globo por medio de cuerdas de suspension oblicuas y las deformaciones del sistema debian evitarse por medio de bandas flexibles sujetas á entrambos lados del globo.

Con sujecion á estas reglas ha sido fabricado el globo por mi hermano, en los talleres de M. H. Lachambre, que ha tomado á su cargo la construccion del buque aéreo. Por de pronto se fabricó un pequeño modelo de 15 metros cúbicos de capacidad y únicamente despues de haber experimentado sus condiciones en estado cautivo, nos arriesgamos á construir el gran globo.

El aeróstato eléctrico tiene una forma parecida á la de los globos de M. Giffard y de M. Dupuy de Lome: 28 metros de longitud de punta á punta y 9m20 de diámetro en su centro. Hállase provisto en su parte inferior de un cono de apéndice terminado por una válvula automática. La tela es percalina hecha impermeable por medio de un barniz nuevo de calidad superior. El volúmen del globo es de 1.060 metros cúbicos.

La bolsa ó red de suspension se halla fabricada de tiras cosidas á unos husos longitudinales que las sostienen en la posicion geométrica que deben ocupar. Las tiras dispuestas de esta suerte se adaptan perfectamente á la tela hinchada y no sobresalen de ella ni poco ni mucho, como sucederia con las mallas de una red.

La red de suspension se halla sujeta á los flancos del globo por medio de dos angarillas laterales flexibles, que toman perfectamente la forma de aquél, de punta á punta, pasando por el ecuador. Estos soportes son fabricados de latas muy delgadas de nogal adaptadas á unos bambúes serrados longitudinalmente, solidado por medio de trenzas de seda. En la parte inferior de la bolsa hay una especie de patas de oca rematadas por veinte cuerdas de suspension que se reunen de cinco en cinco á los cuatro ángulos superiores de la navecilla. Esta tiene la forma de una jaula: sus materiales son bambúes unidos entre sí y consolidados por medio de alambres de cobre forrados de guta-percha. La parte inferior de la navecilla está construida con travesaños de nogal que sustentan una cesta de mimbre. Las cuerdas de suspension envuelven completamente la navecilla; se han entretejido con la cestería inferior y forrado anticipadamente con una capa de cautchuc que, en caso de avería, las preservaria de todo contacto con el líquido ácido contenido en la barquilla para alimentar las pilas.

Las cuerdas de suspension se hallan ligadas entre sí por una corona de cordaje colocada á dos metros encima de la navecilla.

Los aparatos de detencion y descenso, cuerda de áncora y demás se hallan sujetos á esa corona que, además, sirve para repartir por igual la traccion en la bajada. El timon fabricado con una haz de seda sin barnizar sostenido en parte por un bambú, se halla adaptado igualmente á la parte posterior de esa corona ó círculo de cuerda.

Hé aquí el peso de las diferentes piezas empleadas en el globo:

El globo propiamente dicho, con sus válvulas.	170	kilógs.
La red, el timon y las cuerdas de suspension.	70	»
Correas laterales flexibles.	34	»
Navecilla.	100	»
Motor, hélice y pilas, con el líquido para hacerlas funcionar durante dos horas y media.	280	»
Aparatos de detencion, áncora y demás. . . .	50	»
Peso del material fijo.	704	»
Dos viajeros con sus instrumentos.	150	»
Lastre elevado.	386	»
Peso total.	1,240	»

La fuerza ascensional era de 1250 kilógramos, y por consiguiente, siendo el volúmen del globo de 1060 metros, el gas tenia una fuerza de ascension de 1180 gramos por metro cúbico, resultado jamás obtenido con el hidrógeno.

Desde fines de setiembre el aparato de gas estaba en disposicion de funcionar; el globo colocado sobre el terreno, bajo una tienda movible, á fin de poderlo hinchar inmediatamente; la navecilla y el motor se hallaban en un cobertizo próximo, y mi hermano y yo aguardábamos simplemente que el tiempo nos fuera propicio para hacer el ensayo.

Desde el sábado 6 se determinó el alza barométrica; el domingo 7 amaneció con buen tiempo y viento ligero; por lo cual decidimos hacer dicho ensayo el siguiente lúnes 8 de octubre de 1883.

A las ocho de la mañana empezamos á hinchar el globo, cuya operacion duró hasta las dos y media de la tarde; facilitada por medio de cuerdas ecuatoriales que colgaban á derecha é izquierda del globo, á lo largo de las cuales bajamos los sacos de lastre. Cuando se hubo llenado el globo, procedióse á la instalacion de la barquilla y de los recipientes de ebonita, cada uno de los cuales contenia 30 litros de disolucion ácida de bicromato de potasa. A las tres y veinte minutos, despues de haber estivado el lastre en la barquilla y procedido á las operaciones para el equilibrio conveniente, nos remontamos lentamente con viento ligero del E. S. E.

En tierra no hacia poco ni mucho viento; pero, como sucede á menudo, iba en aumento á medida que la altura era mayor, habiendo podido constatar, merced á la traslacion del globo por encima del suelo, que á la altura de 500 metros su velocidad era de 3 metros por segundo.

Mi hermano se ocupaba especialmente de graduar el lastre con la mira de mantener el globo á una altura constante y poco distante de la tierra. El globo permaneció con toda regularidad á una altura de 400 ó 500 me-

tros, estuvo constantemente hinchado y el exceso de gas se escapó por la dilatacion, abriendo con su misma presion la válvula automática inferior, que funcionó perfectamente.

Algunos minutos despues de la partida hice funcionar la batería de pilas de bicromata de potasa, compuesto de cuatro artesas con seis compartimientos, ó sean veinticuatro elementos montados en tension. Un conmutador de mercurio nos permitia hacer funcionar segun nuestra voluntad, seis, doce, diez y ocho ó veinticuatro elementos, imprimiendo de esta suerte cuatro distintas velocidades al hélice, que varió de 60 á 180 vueltas por minuto. Con doce elementos en tension pudimos comprobar que la velocidad del globo era insuficiente; pero al encontrarnos encima del bosque de Boloña, cuando hicimos funcionar el motor á gran velocidad, merced á los 24 elementos, se obtuvo un efecto muy distinto. La traslacion del globo se hacia cada vez más apreciable ó sensible, experimentando viento fresco producido por nuestro desplazamiento horizontal. Cuando el globo presentaba al viento su parte anterior, es decir, cuando su punta delantera se dirigia hácia el campanario de la iglesia de Auteuil, próxima á nuestro punto de partida, hacia frente á la corriente aérea y permanecia inmóvil, lo cual pudimos comprobar cotejando algunas señales de la tierra debajo de nuestra barquilla. Desgraciadamente el globo permanecia breves momentos en esta posicion favorable y despues de haber funcionado con regularidad durante algunos momentos, experimentaba súbitamente algunos movimientos giratorios que el timon no podia impedir del todo.

A pesar de esas rotaciones, que hallaremos manera de evitar en otros ensayos, volvimos á empezar la misma maniobra durante más de veinte minutos, lo cual nos permitió estacionarnos sensiblemente encima del Bosque de Boloña.

Al querer cambiar de sitio cortando el aire en direccion perpendicular á la marcha de la corriente aérea, el timon se hinchaba como una vela y las rotaciones se producian con mucha mayor intensidad; deduciendo de estos hechos que la posicion que ha de guardar un buque aéreo debe ser tal que su eje mayor forme con la línea del viento un ángulo de pocos grados.



REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por Luis Nono

Hechas las pruebas que dejamos referidas, detuvimos el motor y el globo cruzó por encima del Monte Valeriano. Una vez tomada la corriente del aire, volvimos á voltear el hélice, marchando entónces en el sentido de la corriente aérea, con aumento de velocidad en la traslacion del globo y obteniendo fácilmente, por la accion del timon, desviaciones á derecha é izquierda de la línea del viento. Pudimos constatar este resultado por el sistema que ántes habíamos empleado, ó sea tomando puntos de mira en la tierra, al igual que en esta pudieron comprobarlo distintos observadores.

A las 4 y 35 minutos verificamos nuestro descenso, tomando tierra en una llanura próxima á Croissy-sur-Seine, gracias á las excelentes maniobras de mi hermano. El globo eléctrico permaneció hinchado todo aquel dia y el siguiente; no habia perdido cantidad alguna de gas y permanecia tan hinchado como al tiempo de emprender el viaje. Pintores y fotógrafos han podido reproducir nuestro buque aéreo, en medio de una muchedumbre simpática, procedente de distintas poblaciones.

De buena gana hubiéramos emprendido el mismo dia una segunda ascension; pero el frio de la noche habia determinado la cristalizacion del bicromato de potasa en nuestros depósitos de ebonita, y la pila, que no se habia agotado, se encontraba, á pesar de todo, sin poder funcionar. Hicimos conducir el globo en estado cautivo á orillas del Sena, junto al puente de Croissy, donde, á pesar nuestro, hubimos de proceder á deshincharlo, perdiendo en breves instantes esa gran cantidad de gas que tanto nos habia costado preparar, en cuya operacion nos secundaron amablemente no sólo los vecinos de la localidad, sino los propietarios de varias quintas cercanas. Hemos de manifestarnos particularmente agradecidos á M. Poitrineau, arquitecto, que dió asilo á los viajeros y á su globo.

Sin entrar en mayores detalles tocantes á nuestro regreso, deducimos de nuestro primer ensayo:

Que la electricidad proporciona al aeróstato un motor de los más favorables y cuyo empleo en la barquilla es sumamente fácil;

Que en el caso concreto de nuestro globo eléctrico, cuando nuestro hélice de 2 metros 80 centímetros de diámetro giraba con una velocidad de 180 vueltas por minuto, con un trabajo efectivo de 100 kilográmetros, habíamos de hacer frente á un viento de 3 metros por segundo, cuidando de que en el descenso, la corriente no nos desviase de la línea del viento, cosa que parecia sumamente factible;

Que el sistema de suspension de la navecilla á un globo prolongado, por medio de cinchas oblicuas afectas á unas angarillas laterales flexibles, es de una seguridad perfecta.

Debemos añadir que nuestra ascension de 8 de octubre no debe apreciarse sino como un ensayo preliminar que se repetirá con las mejoras de que es susceptible nuestro material; debiendo hacer observar que en ese primer ensayo teníamos en la barquilla un exceso considerable de lastre y que en los sucesivos experimentos nos será sumamente fácil emplear un motor más poderoso.

La navegacion aérea no se creará de una sola vez: necesita repetidos ensayos, esfuerzos múltiples y una constancia á toda prueba.

GASTON TISSANDIER

(Concluirá)

GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 98

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ANGEL DE LA MAÑANA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL ANGEL DE LA MAÑANA

No existe una sola madre que no crea en este ángel. El autor de ese cuadro no ha hecho otra cosa que dar forma á la piadosa fantasía de esas madres. Ahí está, no hay madre que no le vea, cabe la cuna del tierno hijo, inclinado sobre ese otro ángel de quien quiere ser defensor y hermano, rodeado de luz, envuelto en atmósfera purísima que por un momento convierte la humilde estancia en pedazo del cielo.

¡Oh! Y no son éstas visiones maternales.... El ángel existe, Dios le envia junto al niño; pero viene un momento en que el niño rechaza al ángel, en que el niño se halla dominado por las pasiones del hombre; el ángel abandona la tierra, y al pensar en las flaquezas del mundo vierte una lágrima de dolor en el seno del Eterno.

EN LA IGLESIA, cuadro por D. Skutezky

El autor de este cuadro ha demostrado poseer el don del sentimiento, mediante el cual su produccion es algo más que la vista del interior de un templo tomada por medio de la fotografía. La impresion que produce el lienzo es esencialmente mística, pero de un misticismo poético, simpático, dulce y tranquilo, como el semblante de esas madre é hija que oran al pié de los altares.

El pintor que así embellece este sencillo asunto, ha pasado sin duda muchas y muchas horas en el interior del santuario, aspirando el humo del incienso, saturándose de esa música, vaga como un coro de ángeles y de santos, que recorre desde las sublimidades de Palestrina hasta la sencilla majestad del canto llano; recogiendo y aquilatando por sí mismo las impresiones del ceremonial de la Iglesia y elevando al cielo el distraido pensamiento, que parece desvanecerse compenetrando en aquella atmósfera especial que es una atmósfera distinta de la del mundo.

Tal es el efecto que causa el interior de una iglesia católica y que nunca producirán ni la reforma con su desnudez ni el islamismo decorando sus mezquitas ni más ni ménos que sus serrallos. Por ello, á la vista de este cuadro, sentimos como un impulso que nos conduce á la adoracion del Señor en sus imágenes; y este es el triunfo, el mayor triunfo, para el autor del lienzo.

JUGANDO A LOS NAIPES, cuadro por G. Barison

El juego es vicio funesto y el jugador que no se ha aleccionado en tantas y tan terribles experiencias como registran los anales del tapete verde, es un sér degradado, digno de confundirse con los irracionales. Quizás por esto el autor de este cuadro ha tenido la donosa ocurrencia de relegar á los jugadores á la cuadra, único sitio indicado para entregarse á tan vergonzoso entretenimiento.

La ejecucion es buena: las figuras son gallardas y su actitud, perfectamente natural, acredita al pintor de correcto dibujante.

Como otros varios de los muchos artistas que han tratado este asunto, ha incurrido en la tendencia de hacer soldados á los jugadores. Sin negar que la profesion de las armas influya de una manera notable en el desprecio de los bienes terrenos, que es en algunos viciosos la excusa de su mal comportamiento; no podemos asentir á esta especie de sambenito arrojado á una clase benemérita.

La humanidad es débil, pero la humanidad se compone de algo más que de soldados.

EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, por Langeval

Triste y melancólico es el paisaje; la atmósfera, cubierta por igual de una capa de nubes que, privando á la tierra de los rayos solares, indican la inminencia de una nevada; los árboles desnudos de follaje y extendiendo sus ramas cual los descarnados brazos de un esqueleto; la vecina laguna próxima á congelarse; el ganado pastando con dificultad la escasa y húmeda yerba que junto á sus orillas queda; las dos campesinas que acuden á refugiarse en su humilde hogar ántes que las sorprenda la nevada; todo anuncia que la naturaleza ha entrado en ese período de glacial sopor del que no despertará ya hasta la llegada de los bonancibles dias de abril.

El paisaje de Langeval, sencillo y sobrio en detalles, pero pintado con la inteligencia que se advierte en sus acertados toques, hace pensar con deleite en el benéfico calor de la chimenea y en el abrigado lecho.

LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR cuadro por Sofía Lowe

El título de este cuadro es el de una comedia del gran poeta inglés Guillermo Shakespeare, de una de cuyas escenas está tomado el asunto. El inmortal autor de *Hamlet* y *Otelo* no siempre se dedicó á producir esas colosales tragedias en las cuales la sublimidad de la concepcion corre unida al profundo conocimiento de las pasiones que agitan al corazon humano. En distintas ocasiones dió, por el contrario, excelentes pruebas de que su musa se prestaba á tratar asuntos cómicos, y en *las alegres comadres de Windsor* demostró hasta qué punto era flexible aquel talento que en todos los géneros era igualmente grande.

En la citada comedia personificó en Falstaff al hombre sensual, esclavo de sus groseros apetitos, puesto en ridículo á causa de sus pasiones; tipo que le sugirió en parte la reina Isabel de Inglaterra, por complacer á la cual parece que escribió esta obra. En ella, Falstaff persigue con sus galanteos á una mujer casada con un hombre extremadamente celoso: la honesta muchacha quiere escarmentar á su perseguidor, el cual, á fin de evitar la cólera del vengativo marido, en una situacion comprometida, preparada por aquella, no tiene más medio que escapar metido en su seron de ropa sucia. Esta singular aventura del gordo Falstaff ha inspirado á una admiradora del gran dramático inglés, el bonito cuadro que hoy reproducimos.

LA MADRE DE CARLOS V (1)

APÉNDICE Á LA OBRA «*Historia de Felipe II*» POR H. FORNERON

No sin disgusto se desgarra una página de historia que expone hechos conocidos y aceptados por todo el mundo, reanimados por los pintores y cantados por los poetas. La vacilacion sube de punto, cuando hay que sustituir una leyenda patética con el relato de hechos verdaderamente criminales. Pero cuando aparecen de súbito las pruebas despues de trescientos años, no es cosa de cerrar los ojos. Hay una emocion más profunda y mucho más instructiva que en la leyenda en los detalles de la lucha verdadera entre una madre cuya abnegacion nunca se cansa y un hijo á quien ha depravado el hábito del poder. Así lo han creido los sabios del *Record Office* al publicar los documentos que revelan la suerte de la madre de Cárlos V (2).

I

Hasta nuestra época, admitian los historiadores como hecho rigorosamente demostrado que la heredera de los reinos de Fernando de Aragon é Isabel de Castilla se habia vuelto loca de pesar á la muerte de su marido Felipe el Hermoso. Este recuerdo corrió siempre unido á su nombre y no se la conocia sino por *Juana la Loca*. Ante esta incapacidad el poder vino á caer en manos de su hijo. Los episodios de este drama íntimo los relata en estos términos un historiador de Cárlos V (3): «Siempre á la cabecera de la cama durante todo el curso de la enfermedad de su esposo, ni los ruegos ni las instancias pudieron arrancarla de allí un momento, con estar en el sexto mes de su embarazo. Sin embargo, cuando su esposo espiró, no derramó una lágrima, no lanzó siquiera un suspiro: su dolor era mudo y tranquilo; pero continuó al lado del cuerpo de Felipe con la misma solicitud y ternura que si hubiera estado lleno de vida. Despues que con su vénia lo hubieron enterrado, hizo que lo sacaran del sepulcro y se lo llevaran á su propia habitacion, donde vestido con su más precioso traje, lo puso en una cama de respeto. Y como hubiera oido contar á un fraile la historia de un rey que resucitó á los catorce años pasados de su muerte, volvia los ojos al cuerpo inanimado y de hito en hito lo miraba con la esperanza de que volviera á la vida. Para colmo de demencia estaba celosa de su marido muerto y no permitia que sus damas se acercaran á la cama de respeto.»

La poca verosimilitud de estas invenciones pintorescas no fué bastante para impedir que se acogieran sin discusion; y precisamente bajo esta forma deseaba Cárlos V que se conocieran los hechos: no dictó él los términos; dejó sólo que se desarrollara la leyenda. Fué indicada con vacilacion por el cronista Sandoval, referida en cartas particulares por Pedro Martyr, y acogida y desenvuelta mucho más tarde por el jesuita Mariana (4). La correspondencia de Cárlos V y todas las piezas relativas á la reclusion de Juana la Loca se hallaban en la torre de Simancas, encerradas en un cofre, bien conocido, que nadie se atrevia á abrir: la autoridad que habia impuesto el suplicio y exigido el secreto parecia tan formidable, áun despues de tales y tantas revoluciones, que todos temblaban y se guardaban muy mucho de llevar la mano á aquel cofre cerrado hacia siglos. Uno de los archiveros que empleaba Inglaterra en copiar en España las piezas relativas á su historia, se obstinó en conocer el cofre misterioso y pudo al fin, en 1868, examinar los tan guardados documentos.

Pocos detalles ofrecen sobre la infancia de la princesa Juana. Dan á entender que era de carácter obstinado y taciturno, sin ser por eso altanera y agria como su hermana Catalina, casada con Enrique VIII de Inglaterra; sábese, además, que preferia las costumbres religiosas de los sacerdotes franceses á las prácticas estrechas y fanáticas del clero español: es uno de los primeros cargos articulados contra ella. «Ha dado treinta florines á uno de esos bodegones de Paris» (5), escribe uno de aquellos religiosos españoles que bebian agua clara y se disciplinaban las espaldas sin perjuicio de que sus sentimientos fuesen tan duros y sus costumbres tan poco severas como las del clero regular. Tenia á la sazon diez y ocho años (6), y hacia uno que estaba casada con un príncipe austriaco de quien se decía que la maltrataba y que positivamente la faltaba á la fidelidad conyugal, como quiera que no se ocultaba para cortejar á sus damas de honor. De cómo estas humillaciones íntimas agriaron el carácter y excitaron los nervios de la jóven princesa, uno de sus cortesanos lo refiere con una ingenuidad que permite apreciar exactamente el estado mental de Juana en aquella época (7). Bien que fuera muy hermosa y lo más gentil de su persona que pudiera verse jamás y tan cabal para querer que no tardó más de un año en tener un hijo, sin embargo á causa de la juventud del rey y de los consejeros que le rodean, la buena de la reina ha dado en tener algunos celos y nunca los ha podido dejar; y ha ido esto tan adelante que la buena de la reina no ha tenido en tres años más gusto ni sosiego que una mujer condenada ó falta de juicio. Y á decir verdad tenia á las veces razon, porque como os he dicho, su marido era hermoso, jóven, fuerte, y le parecia que en esto del amor podia hacer más de lo que hacia; y por otra parte trataba con gente moza que le traian mensajes y presentes de ciertas damiselas y solian llevarlo á malos pasos. Con esto la buena de la reina estaba como mujer desesperada, encerrada siempre y tan aburrida que no queria ver ni hablar á nadie, salvo á los que necesariamente habian de servirla...Y luégo que vió á su reino, no paró hasta que las damas que estaban en su compañía fueron despedidas; y hubiera querido dar á conocer públicamente sus celos y su locura y tanto hizo que se quedó sin compañía de mujer.»

Disensiones conyugales, indocilidad para con los frailes y obstinacion de carácter no bastan para constituir esos síntomas de locura inminente que llaman los sabios *neurosis vesanica*. Sin embargo, el mismo padre, el rey Fernando, hubo de concebir, al parecer, el proyecto de hacerla pasar por incapacitada, á fin de conservar solo el poder en detrimento de su hija y de su yerno, cuando vió á la reina Isabel en su última enfermedad. Fernando de Aragon, que con un sistema de hábiles perfidias acabó de afianzar la dominacion de España é Italia, no estaba dispuesto á ceder la corona de Castilla, y aprovechándose de la ausencia de Juana y de Felipe, que se hallaban en Flandes, hizo dictar á su esposa moribunda letras patentes bajo esta fórmula: «Por cuanto puede acaecer que la princesa esté absente, ó estando en los reynos no los quisiere ó podiere regir ó gobernar... el rey Fernando conservará el poder en Castilla (8).»

Primero y precioso paso. El padre ha notado con alegría los pesares y extravagancias de su hija, y los explota junto al lecho mortuorio de la madre, buscando vagas palabras que velen su pensamiento para que el amor maternal no se subleve; y todavía hace repetir las mismas palabras en el testamento para poder invocar este doble testimonio, cuando llegue la oportunidad de despojar á su hija.

Pero Juana tiene un defensor. Su marido Felipe de Austria, que no quiere dejarse despojar por su suegro de la herencia de Isabel la Católica, denuncia á la Europa esta maquinacion; escribe á Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, que Fernando de Aragon, á fin de dar buen color á la usurpacion de dicho gobierno hizo publicar y correr la voz de que la reina su hija estaba loca, por lo cual debia él gobernar en su nombre. Despues se presenta audazmente en Castilla declarando que el rey D. Fernando, su suegro, habia usurpado sus reinos privando de ellos á la reina su esposa y á sus hijos.

Fernando se habia en efecto apoderado de Castilla en cuanto murió su esposa, declarando que su hija estaba demente y que su marido la tenia encerrada, lo que segun las palabras textuales de Felipe el Hermoso, eran *embustes y patrañas* infinitas (9).

Véase pues en qué circunstancias y en pro de qué intereses viene á caer esta imputacion en la pobre reina. Visto está quién la acusa y quién la defiende; pero ¿tenia Felipe verdadero interés en defenderla? En vano se llama y hace llamar Felipe primero, rey de Castilla: el poder real, la fidelidad de los vasallos, los votos de los próceres son exclusivamente para Juana, á cuyo lado se sentará como una sombra; y sumiso á la nueva reina tendrá que sufrir las importunas quejas de sus celos y renunciar á sus

(1) Este artículo forma sencillamente un capítulo del apéndice á la obra *Historia de Felipe II* por H. Forneron, que vamos á publicar desde 1.° de año próximo en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL. Su autor ha desplegado en ella un lujo de erudicion incontestable y tanto más de apreciar en cuanto ha empleado tanto talento y tantas vigilias en ilustrar un período histórico que interesa principalmente á España. Mr. Forneron ha hecho luz, muchísima luz, en su obra, y los hechos en ella revelados son tan graves y tan nuevos para la generalidad, que más de una duda cabria respecto de su exactitud, si no hubiera puesto singular empeño en designar las purísimas fuentes de su relato.

Cuando su aparicion, dió lugar esta obra á interesantes polémicas entre historiadores de primera nota; polémicas que es muy posible se reproduzcan en España tan pronto como sus literatos y eruditos se enteren de esta *Historia de Felipe II*, á nuestro modo de ver la más completa y fundamentada de cuantas hasta el presente han visto la luz pública. Prueba es de ello el artículo ó capítulo que insertamos y que, á no dudar, será leido con vivísimo interés. Al terminar la lectura, nuestros suscritores se trasladarán sin duda mentalmente desde Tordesillas á Yuste y comprenderán que los tormentos del padre apénas redimieran las faltas del hijo.

Autorizados por Mr. Forneron para editar exclusivamente su obra en España, aprovechamos esta ocasion para rendir al ilustre historiador la expresion de nuestra gratitud y anticipar á nuestros favorecedores la buena nueva de esta publicacion.

(2) Calendars of letters and state papers relating to the negociations between England and Spain, preserved in the archives de Simancas and elsewhere, edited by G. A. Bergenroth. Supplement to vol. I and II. Longman, 1868.

(3) Robertson, lib. I, pág. 301, version Suard.

(4) Lib. XXIX, cap. III y V.

(5) Fray Andrés á la reina Isabel, 1.° set. 1498, pág. 50.

(6) Nació en 1479, perdió á su madre el 26 de nov. de 1504, y á su marido el 25 de set. de 1506.

(7) Relacion del viaje de Felipe el Hermoso por un caballero de su séquito (sin duda el señor de Salaing). Extracto publicado *Bull. com. roy.* hist. de Belg. t. VI, 2.ª serie, 1854, pág. 30, segun el MS. de Bibl. nac. Dupuy, n.° 503.

(8) Carta-patente de la Reina, 23 nov. 1504, Bergenroth, pág. 65. La reina muere tres dias despues.

(9) P. 73

alegres galanteos. ¿No seria mejor entenderse con el viejo suegro? Esto quiere precisamente Fernando, el cual viéndose abandonado de todos los castellanos, se presenta casi solo y con fingida humildad á la cita de Villafáfila, donde le espera Felipe. Es el 27 de junio de 1506. El astuto viejo arrastra á su yerno á la iglesia. «Era vigilante, cauto y sutil, y no hay historia donde se haga mencion de que le engañaran nunca (1).» Desde el pórtico se les ve discutir largamente bajo la bóveda de la iglesia: el aragonés gesticula con animacion; el austriaco parece que se decide á su pesar. Muy luégo parecen de acuerdo, salen y firman un tratado, mejor dijéramos tres: por el primero, cede Fernando la corona de Castilla á sus *amados hijos*; por el segundo se estipula que Felipe poseerá solo este reino, si Juana se niega á tomar parte en el gobierno, en razon de sus enfermedades ó de sus pasiones que no pueden respetuosamente consignarse (2). Con esto hace el padre comprender á su yerno la ventaja de excluir á su hija; trasforma en cómplice al protector; vende su renuncia para obtener la condenacion de Juana. Pero el tercer documento hace más clara aún la intriga; este mismo Fernando que acaba de demostrar á su yerno la cuenta que le trae hacer creer en la demencia de Juana, escoge esta misma ocasion para negarla, y redacta una protesta secreta ante notarios revocando cuanto se habia estipulado en los otros dos documentos de Villafáfila (3).

Este último acto acaba de dar á comprender el pensamiento de Fernando. A los tres meses escasos de la entrevista de Villafáfila, muere Felipe el Hermoso, cuyas entrañas se entierran precipitadamente, y se hace desaparecer al que se alaba de haberle dado el *brebaje* (4). Fernando de Aragon vuelve á apoderarse de Castilla, y mantiene á su *muy amada hija* en la prision en que hacia tres meses la habia encerrado su marido.

Así, proclamar la incapacidad de Juana para conservar la corona de Castilla; ofrecer esta corona á su yerno que defiende la capacidad de su mujer; obtener á este precio que sea encerrada Juana como tal loca, por su propio marido; estar apercibido por medio de una protesta secreta á prevalerse de la capacidad para excluir á su marido, si no puede lograrse su envenenamiento; apoderarse del mando en cuanto se logre la muerte de Felipe, y proclamar en alta voz que Juana, como loca rematada, debe permanecer en su prision: hé aquí los medios empleados por Fernando para retener la soberanía del reino de Castilla.

II

Felipe el Hermoso habia muerto en Burgos; Juana estaba encerrada en Tordesillas. Su padre la mantuvo allí bajo la vigilancia y guarda de un aventurero llamado Mosen Ferrer, quien hubo de incomunicarla de tal manera que no supo la reina la muerte de su padre (5) ni el advenimiento de Cárlos, su propio hijo.

Hallábase Cárlos en los Países Bajos: no habia visto á su madre desde su primera infancia, y habia crecido en la creencia de que la reina estaba loca. Cederle el poder hubiera sido hacer la infelicidad de sus pueblos: no podia tener ningun escrúpulo ni vacilacion en suceder á su padre. ¿Habia de remorderse de los sufrimientos de una mujer recluida por espacio de diez años, condenada por su abuelo y hasta peligrosa si se despertaban en su nombre los rigoristas instintos de la lealtad castellana? Rara vez debieron haberle hablado de su madre, y no pensó siquiera en ella durante la embriaguez de los primeros meses de poder. Su madre era para él una molestia, no un remordimiento; estaba en la ignorancia, no en el crímen.

Pero la ignorancia no se prolongó mucho tiempo. Gobernaba en su nombre España el cardenal Jimenez de Cisneros, y llegó á saber con horror el severo prelado que el alcaide Mosen Ferrer maltrataba á la madre de su soberano, ora por ser de suyo perverso, ora por domar las rebeldías de una mujer moza, amén de reina, exacerbada con un encerramiento de diez años. Estaba, en efecto, tan desesperada la reina en aquel silencio, en aquella soledad, en aquel universal olvido y abandono que hubo de resolverse á morir de hambre, y Mosen Ferrer.... confesó á Cisneros.... que le habia hecho dar *cuerda* (6).

De dos maneras puede apreciarse esta confesion: ó significa simplemente que se azotó á la jóven reina con una cuerda, ó bien expresa la forma de tortura llamada de cuerda, que se empleaba en la cuestion jurídica y consistia en la suspension por los brazos con peso en los piés. Sea de ello lo que quiera, horrorizado el cardenal, se dió buena prisa en participar á Cárlos el ultraje.

Al saber que á su madre le habian dado cuerda, acaso sintió el hijo vergüenza; pero no manifestó más que enojo contra el bueno del cardenal que iba con tales impertinencias en medio de tan alegres regocijos. «Sabed, le escribió rudamente, que á mí los que en esto quisieren meter la mano, no ternán buena intencion.» Ni siquiera pensó en reemplazar á Mosen Ferrer. Pero el buen Cisneros le relevó, aunque no sin temor de reincidir en el alto desagrado por este exceso de celo, pues su amigo Diego Lopez de Ayala le escribió desde Bruselas que sólo por mera forma se hablaba allí de la reina; que era gente peligrosa y convenia tener bien cerrada la boca.

La pobre madre tuvo, sin embargo, un momento de alegría, viendo presentarse en la prision en que estaba hacia ya doce años á su hijo Cárlos el dia 15 de marzo de 1518. Pero no logró despertar en aquel corazon un impulso de ternura: el hijo se limitó á instalar un nuevo carcelero, D. Bernardino de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, conde de Lerma, y á darle por instrucciones (7) que no saliera nunca, que ninguna de las mujeres que la asistian supiera lo que él le dijera, secreto absoluto para todo el mundo, y que á él solo debia dirigirse para todo lo que tuviera que escribir de ella.

Este cuidado de ocultar á las damas de servicio las conversaciones que el marqués de Denia habia de tener con la reina, prueba que Cárlos las habia prescrito de ante mano y que sabia que los proyectos fraguados no tenian probalidades de éxito, sino á condicion de ser ignorados. Tratábase de obtener de la reina un documento que hiciera constar su demencia de una manera pública é incontestable. Para ello quiso Cárlos valerse de la ignorancia en que Mosen Ferrer la habia tenido y ordenó á Denia que hiciera creer á la reina que vivia aún el rey Fernando su padre y la indujera á escribirle una carta. Ya cundian narraciones sobre aquella reina que rehusaba creer la muerte de su marido y esperaba que se despertara despues de muchos años; estas suposiciones hubieran recibido confirmacion preciosa, si se hubiera podido producir una carta destinada á otro muerto: hé ahí el lazo tendido por el hijo á la madre. Le he dicho, escribe el marqués de Denia á Cárlos, que la causa primera del viaje de Vuestra Alteza á estos reinos ha sido el deseo de suplicar al rey Fernando que le diera alguna más libertad.— Pero la reclusa tuvo el instinto del peligro y con esa obstinacion muda de las mujeres oprimidas, se negó á firmar la carta que la comprometia, sin desanimar por eso á sus opresores, que muy luégo improvisaron otro ardid.

El emperador Maximiliano habia muerto hacia algunos meses, y Cárlos fué elegido para sucederle: Cárlos escribió, pues, á su madre diciéndole que Maximiliano acababa de cederle desinteresadamente la corona imperial y que estaba ella, por tanto, en el deber de escribirle una carta dándole las gracias: hasta el borrador ó minuta de la carta le fué presentado á la reina por el marqués de Denia. Pero este escribia luégo con despecho, contestando al emperador: «Dixe á S. A. como á V. M. habian elegido emperador, y questo avya procurado el señor emperador como buen padre y que V. M. lo hazia saber por *aquella carta*, y mostregela, y que Su Alteza la devya de ver y responder á ella y aun al señor emperador besandole las manos por la merced á V. M. avya hecho. Dixome que por cyerto olgara mucho dello, y que la carta otro dia la verya.»

De esta manera se la hace vivir en un mundo imaginario; no se la habla más que de muertos y se la oculta la suerte de sus hijos vivos. La cuerda de Mosen Ferrer es acaso ménos criminal que esta serie de supercherías. Este esfuerzo del dueño de Europa contra su propia madre, atontada por los sufrimientos de tan largo cautiverio, para probar, caso necesario, ó determinar la demencia de la pobre reina; este cambio de confidencias con el cómplice, estas miserables maquinaciones, revelan una bajeza de que hay pocos ejemplos tan curiosos.

El primer resultado obtenido por el marqués de Denia fué abatir el orgullo de la reina, la cual despues de trece años de dura reclusion, fué á humillarse ante la marquesa de Denia «Dyceme, escribe Denia á su amo, dyceme tantas buenas palabras para atraerme á esto que me espanta como las dice quien está como S. A. y aunque no es sin trabajo de la marquesa y mio remediar y escusar estas cosas.» Lo que pide la reina con tales y tantas súplicas no es sino aire que respirar. «Quiere salir fuera, añade el marqués; yo le he respondido todas las veces que en esto me ha hablado que el tiempo es con poca salud... Me ha dicho que yo escriba que no puede sofryr la vida que tiene, que ha tanto tiempo que la tiene aquí encerrada y como presa, que mire que es razon que sea mejor tratada.»

III

La libertad apareció de súbito despues de catorce años de prision, á fines de agosto de 1520. Los comuneros de Castilla, al mando de Juan de Padilla, se presentaron delante de las torres de Tordesillas para libertar á la reina, cuyos derechos habia usurpado Cárlos V. El marqués de Denia tuvo que franquearles las puertas. Acto contínuo se abrió una informacion sobre las causas de la prision de la reina, produciendo resultados precisos y concordantes. «Casi todos los criados y servidores de la reyna, escribe á Cárlos V el cardenal Adriano, á quien el emperador ha delegado sus poderes, mientras lo eleva al solio pontificio, dizen que S. A. ha sido agraviada y detenida por fuerza catorce años en aquel castillo, como que no estuviera en sí, habiendo estado siempre en buen seso y tan prudente como lo fué en el principio de su matrimonio.» El cardenal ha hecho que se le remitan las piezas de la informacion, está consagrado á Cárlos V, cuyo maestro ha sido, y en pugna con el partido que sostiene los derechos de doña Juana; necesita sobre todo estar en gracia del emperador para lograr sus aspiraciones al papado; pero á pesar de tan graves intereses tiene la buena fe de declarar sin vaguedades que la reina no está loca y de repetirlo así á Cárlos en una segunda carta. «Echaré fama por todo el Reyno que la Reyna está en cumplido seso y bien dispuesta para mandar como lo estaba la Reina doña Isabel su madre.»

Este período de libertad dura tan sólo tres meses y medio (8). Rodeada de rebeldes, no tiene la reina mas que poner una firma para dar con su adhesion fuerza legal al movimiento liberal de Castilla, para desposeer á su hijo, reivindicar el poder y asegurar el triunfo de los comuneros. El cardenal Adriano lo reconoce así: «Que la reina, dice, firme la proclama y es el único modo de hacer perder todo el reino. Lo perdereis sin resistencia posible, si firma.»

La madre, sin embargo, se negó con abnegacion conmovedora á poner la firma que habia de despojar al hijo desnaturalizado; la madre deshonrada, negada, recluida y atormentada hacia tantos años, no habia podido arrancar de su alma el amor á su hijo, y rehusó unirse á los enemigos de Cárlos. «La Reyna, anuncia Hurtado de Mendoza á Cárlos V, dixo muy buenas cosas á los que aquí estaban, quando le dixieron que V. M. se llamaba rey en perjuicio de S. A.: dixo que así se acostumbraba por autoridad del Reyno. Quando le dixieron que habia hecho muchos daños en él, dixo que no la rebolbiese nadie con su hijo, que todo lo que tenia era suyo, y que él miraria por ella.» En esta crísis, Cárlos V parece verdaderamente enternecido: no habla ya de la demencia de su madre, no formula agravios, está completamente entregado á su inquietud, «por el atrevimiento grande y desacato que se ha hecho á la reyna, mi señora, en quitar de su servicio al marqués y marquesa de Denia.» Son sus palabras textuales en la carta que dirige á su maestro, el cardenal.

La abnegacion de Juana, su serenidad y firmeza en medio de aquella gente armada, mantiene la legalidad y el derecho en manos de Cárlos V. Los próceres de Castilla combaten á los comuneros, los vencen y entran en Tordesillas. Todos admiran la generosa actitud de la reina: el conde de Haro la declara que está en libertad; Hurtado de Mendoza escribe al emperador que tiene á la reina por enteramente cuerda.

Sabe Cárlos V que se ha vencido la rebelion y no siente ya ninguna inquietud: ni siquiera escribe una palabra á su madre, limitándose á reponer á su lado al marqués de Denia y á su esposa, para volver á cerrar tras ellos las puertas del castillo de Tordesillas.

Sucede frecuentemente que el verdugo es quien odia á la víctima: miéntras ésta se resigna abatida, el carácter de aquél se agria por efecto de su propia perversidad, se irrita ante la sumision, ahoga en el rencor sus remordimientos. El marqués de Denia, privado, por algunos meses, de la princesa á quien tenia la obligacion de atormentar, disimuló tan poco su alegría al echarla mano otra vez, que el honrado Mendoza se creyó en el deber de prevenir al emperador. «El marqués de Denia viene aquí con más pasion de la que era menester. V. M. debe mandar que se temple mucho y la marquesa: segun la pasion que tiene y la mala voluntad con que le reciben, creo que no seria bueno lo que hiciesse.»

Sin embargo, acaso no sea simple ferocidad lo que inspira al de Denia los malos tratamientos de este segundo período de la reclusion. Es lícito creer que estaban prescritos en las instrucciones formales de Cárlos V, pues no sólo los hace conocer escrupulosamente el Denia en su correspondencia, sino que ninguna de las cartas que los denuncian, como la de Mendoza, atrae al marqués reprension de ninguna clase.

Uno de estos gritos, elevados á Cárlos V en favor de Juana, revela en toda su realidad un dolor que interesa observar.

Cuatro meses despues de la muerte de su marido, habia dado á luz la princesa en su prision una niña que habia crecido encerrada con ella. La niña no habia conocido otra existencia, no habia salido jamás de las torres de Tordesillas. No hubiera tampoco la infeliz niña formulado quejas, si la conducta de la marquesa de Denia no hubiese hecho intolerable su situacion. La pobre niña encontró al fin ocasion de hacer llegar á su hermano una ingenua carta, carta que se encontró tambien en el cofre de Simancas. La princesa, que tenia entónces quince años, se quejaba de la vigilancia de la marquesa que no le permite escribir á su hermano sino lo que ella la dicta; que la registra y la *saca casi los ojos* si lleva cartas encima; que la despoja de su ropa para dársela á sus hijas, sin dejarla nada en su poder. Luégo continúa: «Vuestra Majestad provea por amor de Dios que si la Reyna mi señora quisiesse pasearse al corredor del Rio ó salir á su sala á recrear, que no lo estorven; la marquesa y sus hijas mandan á las mujeres que no la dexen salir á la sala y corredores, y la encierran en su cámara, que no tiene luz ninguna sino con velas.»

Malhadada intervencion que fué causa de un nuevo tormento. Cárlos V dió órden de separar á la hija de la madre. «No, exclamó Juana, no quiero dexalla, porque he miedo que el Rey me la ha de tomar, como hizo al infante, y por buena fe que si tal fuese que me echasse por una ventana abaxo ó me matase con un cochyllo.» «Los hijos,

---

(1) *Historia de Bayardo*, por el Leal Servidor, pág. 388.

(2) Bergenroth, pág. 79. «Segund sus enfermedades y pasiones que aquí no se expresan por la onestidad.»

(3) «Por quanto á todos es notorio el grande agravio que la Serenísima reyna doña Juana, mi muy cara y muy amada fija, e Yo recebimos en la contratacion (protesta y se reserva sus derechos) para fazer lo que devo y soy obligado por derecho natural á la dicha Serenísima reyna, mi fija, para que cobre su libertad y derechos.»

(4) «El bocado.» Proceso de Lopez de Araoz, citado por Bergenroth, pág. 37.

(5) Sabido es que el rey Fernando de Aragon, como nuestro rey Luis XII, murió algunos meses despues de haberse casado con una princesa muy jóven.

(6) Mosen Ferrer á Cisneros, 6 marzo 1516. «Porque no muriese dexandose de comer, por no cumplir su voluntad, le hube de mandar dar la cuerda por conservarle la vida.»

(7) Cárlos al marqués de Denia, 19 de abril, 1518. «Fué bien no darle lugar á salir fuera, y cuando os hable, no consintais que ninguna de sus mujeres ni otra persona esté delante.»

(8) Del 24 de agosto al 5 de diciembre de 1520.



EN LA IGLESIA, cuadro por Skutezky



JUGANDO Á LOS NAIPES, cuadro por C. Barison

repuso Denia, no andan siempre con sus padres.—Dixome que no curasse dalle consejo, que no queria sino su niña.» Tuvo, sin embargo, que someterse al sacrificio: habiéndole dicho que la princesa iba á casarse con el rey de Portugal, la abrazó... y quedó sola.

IV

A veces se permitia á la reina salir de la cámara alumbrada con velas para pasearse en el corredor. «Habrá un mes, escribe Denia, que salió á un corredor y comenzó á dar voces, y porque no oyessen á S. A. yo mandé á las mujeres que le suplicassen que se entrasse en su cámara, y si no lo hiziesse, la metiessen; y viendo que lo querian hazer, entrose: ha quedado tan ordenada, que no hace sino lo que le suplicamos y así come cada dia. Yo siempre crey que estando S. A. en la indisposicion, no podia aprovechar ninguna cosa tanto como alguna premia (1); aunque es muy grave cosa pensar el vasallo en hazella á su señor.» Es la segunda vez que el marqués de Denia habla al emperador de este medio de domar á su madre. «Tenga V. M. por determinado, le habia dicho ya, que no se puede hazer con voluntad de Su Alteza, y en verdad que hazelle premia V. M. en muchas cosas serviria á Dios y á Su Alteza.» El marqués hubo de emplear la violencia, si lo juzgó conveniente, como quiera que Cárlos V no le contestó, ni supo autorizar ni prohibir el uso de la tortura contra su madre. Cuando el sentido moral desciende á este grado, suele el sentimiento religioso servir de freno; pero estaba la fe harto pervertida en Cárlos V para no mostrarle en sus adversarios enemigos de la Iglesia. El emperador hubo de imaginarse fácilmente que su madre estaba entregada á la impiedad, olvidando que ni fraile era Lutero todavía cuando fué encerrada Juana y que desde entónces no habia tenido comunicacion alguna con el exterior.

Sin embargo, el marqués de Denia refiere en todas sus cartas que la reina se niega á oir misa en su prision. Es difícil de suponer que no haya sido sincero el marqués en sus acusaciones, cuanto más que se declaraba dispuesto á emplear la violencia para vencer esta culpable resistencia. «Vacilo todavía, dice, porque seria más conveniente que viniere ella de su propia voluntad; pero con la ayuda de Dios, Su Alteza vendrá presto.» Puede creerse que la reina buscaba un pretexto para que la condujeran á otra iglesia fuera del castillo, obteniendo por este medio aire y luz durante algunos momentos al dia; ó bien que su corazon se sublevaba ante tanta miseria, abandono y desesperacion. Acaso tambien aquel longuísimo encierro, sin aire, sin luz, sin conversacion, comenzaba ya á obrar sobre su cerebro. En todo caso importa notar que su confesor, Fray Juan de Avila, escribia por entónces á Cárlos V diciéndole que estaba en sano juicio; que el servicio que prestaba á Su Alteza llevándole los consuelos de la religion los habia bien de menester, pero que el marqués queria apartarlo de ella.

El hijo vió con despecho esta intervencion del confesor y se hizo el sordo á sus quejas, como á las de su hermana, como á las del buen Hurtado de Mendoza, como á las de los Rdos. Cardenales Cisneros y Adriano. El honrado Fray Juan de Avila tuvo el valor de continuar por espacio de algunos meses, escribiendo á su señor, á pesar de su silencio. «A V. M. suplico por servicio de Dios envie á mandar al marqués y á la marquesa tambien que me traten bien y no me molesten.» No podia creer el buen religioso que un hijo empujara á su madre á la impiedad para acusarla mejor de demencia. Juan de Avila fué despedido: desde el seno de su convento quiso continuar tan valerosa lucha; pero fué muy luégo reducido al silencio.

Esta tentativa fué la última muestra de interés que recibió la reina Juana: todos sus hijos la olvidaron, hasta la infanta que habia crecido en su prision. Si su nuera, la piadosa y altiva emperatriz Isabel, fué á hacerle una visita á Tordesillas, no fué por manifestarla cariño, no; fué por arrebatarla las pocas alhajas que la quedaban. «Necesito un descargo, escribe el marqués de Denia: el chambelan Rybera se ha llevado los objetos que le ha indicado la emperatriz, y como yo soy el responsable de ellos, pido un resguardo.»

No se puede negar con absoluta certeza que Juana hubiera tenido cierta propension á la manía ó un desequilibrio en sus facultades; pero no hay sistema nervioso por sano que se le suponga, que pueda resistir un régimen, sostenido cerca de cincuenta años, de encerramiento sin aire, sin luz, sin movimiento, de abandono universal, de vejaciones, de crueldad, de desesperacion. La locura vino al fin, con un cortejo de sufrimientos indecibles y de alucinaciones espantables. La reina, vieja ya, veia un gato negro que devoraba á su padre y á su marido; daba alaridos pavorosos y se negaba á todo aseo, sin proferir, empero, jamás una palabra de maldicion contra su ingrato hijo. Cuarenta y nueve años pasó en aquella cámara, en aquel mismo suplicio: fué encerrada á mediados de 1506 y murió en 1555 «dando gracias á Dios, que ponia fin á su vida,» escribe su nieta Juana.

El admirable descubrimiento de esta correspondencia clasificada y escondida por espacio de tres siglos, permite apreciar en esta carencia de todo sentimiento tierno el valor moral de Cárlos V, y las rudas impresiones en medio de las cuales fueron educados todos los miembros de su familia.— FORNERON.

(1) Esta palabra significa violencia, opresion, tiranía, segun el diccionario de Dominguez, y apremio, fuerza, coaccion, segun el de Salvá y el de la Academia española: es la idea de la tortura.

EL MEDIUM

—¡Si supieras, mujer!
—Tú dirás, Antonio.
—Vengo del espiritismo.
—¿Y qué es eso?
—Mira; figúrate tú que te sientas á una mesa.
—Bueno.
—Que pones las manos encima.
—Enterada.
—Pues, bien; al poco tiempo la mesa se mueve.
—¿Y quién la mueve?
—Ella sola.
—¡Quiá!
—¡Que sí, mujer!
—¡Que no, marido!
—Te digo que sí, y sí.
—La moverán con los piés.
—¡Porra! se mueve ella sola; yo lo he visto.
—¿Y qué más?
—Espera, que todo se andará. La mesa se mueve, ¿estás?
—Estoy.
—Pues, bien; entónces se dice, ¿hay espíritu presente?
—¡Qué barbaridad!
—No me interrumpas.
—Sigue, hombre, sigue.
—Si la mesa se vuelve á menear, es que hay espíritu presente; y, entónces, tú, pongo por caso, empiezas á hablar con el espíritu.
—¡Jesus, María y José! ¿Y qué voz tienen los espíritus?
—No tienen voz.
—Entónces, condenado, ¿cómo han de hablar?
—Hablan con las patas de la mesa.
—¡No tienes tú mala pata!
—Te digo que sí.
—¡Tonto! ¡todo te lo crees!
—¡No he de creer! Te digo que lo he visto yo; sí, yo he estado hablando con los espíritus.
—Pero, ¿cómo hablan?
—Por el abecedario.
—¿Como los chicos?
—Una cosa semejante. Mira; tú preguntas, es un decir, el nombre de tu madre, y el espíritu contesta dando golpes.
—¡Aprieta!
—El primer golpe es *a*, el segundo *b*, el tercero *c*, y al llegar á la *c* se para un buen rato; es decir que la *c* es la primera letra del nombre de tu madre. En seguida comienza á dar otros golpes; *a* un golpe; *b* otro golpe; *c* otro golpe; otro *d*; y otro *e*; y vuelve á pararse otro gran rato, porque la *e* es la segunda letra del nombre de tu madre; y así luégo la *l* hasta que dice una por una todas las letras que tiene el nombre de Celipa.
—¡Quiá! eso no es verdad.
—Tan cierto como la luz que nos alumbra.
—¿Crees tú que me chupo el dedo?
—¿Cuánto te apuestas á que sí?
—Lo que quieras.
—No seas testaruda, mujer. Ahora mismo acabo yo de preguntar á los espíritus cuántos cuartos tenia en el bolsillo y me dijeron que tres perros chicos. Míralos; ¡justos y cabales! Despues les pregunté qué edad tenia, y en esto se equivocaron un poco, pues dijeron que tenia 55 años.
—Pues 55 tienes.
—No, que tengo 47.
—Y los que anduviste á gatas.
—Te digo que tengo 47.
—Tienes 55, vejestorio. Ahora sí que voy creyendo que sea verdad eso de los espíritus.
—¿Quieres que hagamos la prueba?
—Vamos á verlo.
—Siéntate aquí, en medio de la sala; aquí la mesa, y aquí, enfrente, yo. Pon las manos abiertas y extendidas sobre el tablero, así, como yo las pongo. ¡Ea! quietecita hasta que la mesa se menee por sí sola. No hables y piensa en alguna persona que se haya muerto y á la cual tú hayas conocido.
—Ya pienso.
—Fíjate bien, y dí su nombre, sin hablar alto ni bajo.
—Ya lo digo.
—Llámala con el pensamiento.
—Ya la llamo.
—Muchas veces, muchas.
—¡Ay, que se me duerme el brazo!
—No te muevas porque se va á perder la virtud; ten paciencia y espera pensando en la persona que ha muerto y á quien tú has conocido.
—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡que se mueve la mesa!... que se mueve!
—Calla, que voy á hacer la pregunta. ¿Hay espíritu presente?
—Se vuelve á mover.... ¡Parece brujería!
—Estate quieta, mujer. Espíritu, ¿cómo te llamas? *A*, *b*, *c*,.. *l*. ¿Empieza con *l* el nombre de la persona á quien has llamado?
—Sí, con *l* empieza.
—¿Lo ves? Espíritu, ten la bondad de decir la letra que sigue. *A*, *b*, *c*,... *u*. ¿Es *u*?
—*U* es.
—Pues, ahora la otra. *A*, *b*, *c*,... *i*. ¿Es *i*?
—Sí.
—Entónces ¿será Luis?
—Eso es, eso es; el nombre de mi padre.
—Pregunta ahora tú lo que quieras.
—Que cuánto tiempo hace que se murió.

. . . .

—Ha dicho que siete años. ¿Lo ves como es verdad?
—Ahora quiero preguntarle una cosa en secreto, sin que tú te enteres.
—Pregunta.
—Ya está.

. . . .

—Dice que no.
—¡Ay! ¡me ha quitado un peso del alma! Espera, que voy á preguntar otra cosa en secreto. Ya lo he preguntado.

. . . .

—Ha dicho: Andrés.
—Sí, sí: ya lo habia yo entendido.
—Dí, ese Andrés ¿es el tabernero?
—Y á tí ¿qué se te importa?
—Ahora soy yo quien va á preguntar en secreto.
—Quiero saber ántes lo que vas á preguntar.
—No.
—Sí.
—No; ha de ser en secreto.
—No hay secreto que valga.
—Despues que conteste te diré lo que es.
—Con esa condicion, sea.

. . . .

—Ha dicho que sí.
—¡Demonio, demonio!...
—¿Qué preguntaste?
—Que si te dice chicoleos Andrés el tabernero.
—Mira, Antonio, mira, tengamos la fiesta en paz y no gastes más bromas. Ni á mí me dice chicoleos el tabernero, ni la mesa se mueve, ni aquí hay espíritu, ni mi padre se habia de meter en camisa de once varas.

VICENTE COLORADO

EL CURA DE RIOTINTO

POR DON V. BARRANTES

Si ven Vds. por ahí á Pedro Antonio de Alarcon ántes que yo, díganle que ya conozco al P. Muley. Desde que leí *El niño de la bola*, convencido plenamente de la existencia corporal del párroco de Santa María de la Cabeza, porque tipos tan reales no los inventa nadie, aunque tenga la fecunda vena y el espíritu de observacion de mi amigo el novelista académico, ardia yo en deseos de tropezar con el P. Muley por esos mundos, y en cuanto atisbaba un cura de misa y olla, capaz de responder á un nombre árabe y de pegar un pechugon al Niño de la Bola como argumento definitivo en una escena dramática, hecho atalaya de su persona, me ponia á deletrearlo menudamente.

¡Cuántos chascos me he llevado por esos pueblos y aldeas! No ciertamente por encontrar sacerdotes antipáticos, ú opuestos por lo ménos á mi ideal, que yo, en buen hora lo diga, tengo la fortuna de pasar de largo donde barrunto cosas desagradables; pero tipos de bondad y mansedumbre, de jovialidad y franqueza, de sencillo saber y uncion religiosa, como el P. Muley, fuerza es buscarlos muy despacio en una clase, hoy sometida por desgracia á duras pruebas, por la pobreza abatida, por la indiferencia general humillada, y objeto de constante observacion malévola por parte de casi toda la sociedad, que así la obliga á disimular sus virtudes, y tal vez, triste es decirlo, á prescindir de ellas en apariencia ó en realidad para aligerar las cargas que la abruman.

Hé aquí el ticianesco retrato hecho por mi amigo el novelista, que yo tenia como clavado entre ceja y ceja:

«Don Trinidad Muley era uno de aquellos curas á la antigua española, á quienes aman y respetan todos sus feligreses y cuantos los conocen, sin distincion de partidos políticos ni áun de creencias religiosas: curas que sin ser liberales ni dejar de serlo, ó mejor dicho por no tener opinion alguna sobre las *cosas del César*, pero sí una altísima idea de las *cosas de Dios*, no perdieron nunca ese amor y ese respeto... curas indígenas por decirlo así, que aman á su patria como cualquiera hijo de vecino, sin tener nada de cosmopolitas, de europeos, ni áun de ultramontanos... por lo que rara vez legan su nombre á la Historia;

curas en fin de la clase de católicos rancios, sin ribetes de política, ni de filosofía.... un verdadero hombre de bien, lleno de caridad ingénita, iluminada por la palabra de Cristo.... pobrísimo de humanidades, pero no de ciencia del mundo, ni de conocimiento del corazon humano... genio llano, francote y hasta bromista cuando no habia motivo para estar serio.»

Hallándome este verano en las minas de Riotinto, visitéla pobre iglesia del pueblo, en ocasion que acababa la misa diaria con poca concurrencia y ménos aparato. Aunque no católicos, algunos de mis galantes *cicerones* ingleses habian entrado conmigo. Era el momento en que el sacerdote daba la bendicion á los fieles, de espaldas al altar, y no olvidaré nunca la bondadosa curiosidad con que nos miró. Sin distraerse, ni perder un punto su grave continencia, nos habia *calado* á todos, como dice el vulgo en su gráfico lenguaje.

No habíamos dado una docena de pasos fuera de la iglesia, cuando se incorporaba con nosotros un desconocido en quien yo no reparé.

—¡El señor cura! ¡ya está aquí el señor cura! —exclamaron á la par y con extremada alegría todos mis acompañantes, así ingleses como españoles.

Aquella unánime acogida me chocó, y no ménos el tono de expansiva jovialidad que desde el primer momento empezó á reinar entre nosotros. Miéntras el señor cura repartia apretones de manos, sonrisas y palabras afectuosas, cada inglés le dirigia una pregunta, un saludo, ó una frase cariñosa.

Es hombre alto, de buena edad, fornido aunque no de muchas carnes, trigueño, de facciones pronunciadas, algo cejijunto, boca y labios grandes, no muy cuidadoso de su persona, pero tampoco desaseado, de modales abiertos sin demasía, de hablar sencillo y vulgar que nunca raya en lo rústico, vivo é inquieto como si le retozara en las venas sangre árabe, y sobre todo, con unos ojos y un mirar cuya expresion no se olvidan nunca al que una vez los ha observado.

Vestia un leviton negro de paño que por lo lustroso contará su par de lustros, y chaleco y pantalon negro en análogo estado de conservacion. Un gorro de terciopelo, tambien negro, con deshilada borla resguardaba su cabeza de aquel sol de Riotinto, que aunque de mañana se acercaria á los 30 grados. Nada en él era indigno de un sacerdote, porque hasta su jovialidad y sus perpetuos movimientos parecian imponerse cierto límite difícil de explicar.

Cuando llegamos á la plaza, nos rodeaba una turba de chiquillos que se nos metian entre las piernas y no nos dejaban andar por agarrarse á la levita del señor cura. Todavía quedaban vendedoras en el mercado, y todas tenian algo que decirle, ó él algo que decir á todas. El tono respetuoso de ellas corria parejas con la amable franqueza de él.

Pero cuando mis recuerdos de *El niño de la bola* y del Padre Muley llegaron á ser vivísimos fué al entrar en los vastos almacenes que la compañía minera tiene establecidos en la plaza para sus trabajadores, almacenes cuya organizacion es uno de los estudios más curiosos que en Riotinto pueden hacerse. Ni M. Le Play ni Meliton Martin dejarian de aprender algo en aquella colmena humana. Invádela á toda hora una multitud de compradores, principalmente mujeres, y la algarabía de los muchachos al ver al señor cura fué cosa de ensordecernos.

Pues ¡y sus madres! Todas tenian algo que consultarle, ya de sus compras, ya de sus asuntos caseros. El pobre D. Antonio estaria mareado, si no estuviera en su elemento.

—¿Qué le parecen á V. estas mantillas para lo que nazca?—decia una mujer con la barriga á la boca, metiéndole materialmente piezas de bayeta por los ojos.

—Elíjame V. tela para un vestido, señor cura, gritaba más allá una zagalona sonrosada como una flor.

—¿Qué le sentará mejor á mi enfermo, jamon ó gallina?—venia á consultarle una compradora de comestibles.

—¿Cuándo me dice V. la misa por mi difunto?—le preguntaba una vieja muy quedito.

Y más bajo aún otra decia:

—Tengo que contarle á V. una cosa que me pasa con mi suegra.

Miéntras una matronaza, que ponia de pié sobre el mostrador á un jayan de cuatro años:

—¿Vestiré ya á mi niño de pantalones?—gritaba á cuello tendido.

Y aquel santo varon, en vez de aburrirse y mandarlas á paseo, á todas contestaba pertinentemente con la sonrisa en los labios, repartiendo á la par á los chiquitines besos y palmaditas en los mofletes. Era cuadro digno de buen pincel, un hombre membrudo y corpulento como el P. Antonio, destacándose al lado del mostrador, sonriente y rebosando santa complacencia en medio de aquella jauría que lo acosaba. Yo no pude ménos de preguntarle si estaba aburrido, que era en mí un verdadero tema.

—No señor,—me contestó sencillamente;—como he bautizado á estos muchachos y casado á estas picaronas, los quiero á todos, y me gusta que me quieran á mí.

En nuestra visita á las minas, se repitió la escena corregida y aumentada. Bajábamos en batea, que es un wagon entoldado con banquetas centrales. Nuestras anteriores excursiones habian sido rápidísimas, como quien dice á tiro hecho. La máquina con agudos y atronadores silbidos, iba constantemente pidiendo *via libre*, y sólo nos deteníamos en el punto designado al maquinista préviamente. Esta vez fué el señor cura un tirano para nosotros. A cada momento sin pedir permiso al Director ni á inglés alguno de los que nos acompañaban, decia al maquinista—«pára aquí»—y áun ántes de parar, saltaba de la batea y desaparecia por aquellos barrancos ligero como un corzo.

Yo iba aprovechando estas ausencias para adquirir noticias de mi P. Muley.

—Tendrá algun enfermo por esas barracas,—me decian;—alguna parida, algun herido, algun vacunado....

—¡Vacunado!—exclamé lleno de asombro.—¿Cuida él de eso?

—Cuida porque quiere, pues ya sabe V. que tenemos un servicio médico bien montado; pero gracias á él va perdiendo importancia la viruela, que era el cólera morbo de Riotinto. Desde el mes de noviembre en adelante la epidemia reina casi en absoluto sobre estos campos volcánicos. No hace muchos años todavía la mortalidad alcanzaba hasta el 36 por 100; pero establecida la revacunacion y tomada espontáneamente á pechos por el señor cura, hoy no llegan las víctimas á la mitad. ¡Y qué afanes le cuestan y qué sudores! Portugueses y gallegos, que son la mayoría de los mineros, se resisten á la lanceta como si les fueran á dar barreno en el brazo, parte por temor natural al sufrimiento físico, parte por el de inutilizarse para el trabajo más de los dos ó tres dias que los ingleses abonan de parada al que se revacuna. Allí es de ver á nuestro D. Antonio enredado con ellos en discusion,—«¡bruto!» por acá —«¡animal!» por allá, y algunas veces á sopapos, que todo eso y mucho más se necesita para convencerlos.

—¡Qué! ¿les pega?—exclamé con asombro.

—Cuando ménos se lo catan. ¡Si tiene unos puños!.... Pero como ven que lo hace con buen fin, como ellos dicen, y que esos mismos puños le sirven para cogerlos en brazos cuando les da una calentura ó les sale un barreno malo, y andar cargado tres ó cuatro kilómetros por estos andurriales, é ir él mismo por las medicinas que receta el médico, y velarlos por la noche, y consolar y distraer á sus mujeres y áun darles un duro si les hace falta, con otras muchas cosas por el estilo, tengo para mí que no hay minero que le duela cuando les sacude el polvo y que de buena gana guardarian como reliquias los cardenales que les suele hacer. D. Antonio Muñoz Arteaga es un hombre sin par, que sólo observado de cerca puede ser comprendido. Bajo esa corteza ruda, todo lo que hay son flores. Desde Riotinto á Huelva y desde Huelva á Sevilla su popularidad es legendaria, como dicen Vds. los escritores, porque está el terreno sembrado de hechos suyos que él olvida; pero el pueblo, no. ¿Cuesta trabajo en alguna parte encontrar enterrador para los que perecen de viruela? Como él ande por allí no se quedarán sin enterrar, que los mete en el hoyo al mismo tiempo que les reza el *De profundis*. En una ocasion teníamos estos hospitales atestados, y la enfermedad reinaba en todo el distrito de la Real Zalamea, de suerte que ningun pueblo podia favorecernos. ¿Qué hace mi D. Antonio? Mete en un carro á los que ya no cabian aquí; el carrero se le escapa; dirige él mismo las mulas, que lo sabe hacer como andaluz castizo; va á Huelva; no le reciben por temor al contagio; tampoco se apura; va á Sevilla; lucha tres ó cuatro dias con las autoridades, consigue al fin camas en el hospital para sus enfermos, y se vuelve al punto en su carro á ver si hay en Riotinto otros nuevos que llevar. Hasta ahora que yo se lo cuento á V., nadie le ha celebrado aquella hazaña de Hércules; pero nadie por aquí la olvida.

(Continuará.)

CRONICA CIENTIFICA

LA EXTENSION Y LA IMPENETRABILIDAD

¿Entre los personajes y las cosas que nos atormentan ó nos encantan en los ensueños, y los personajes y las cosas que percibimos en el estado de vigilia, no hay positivamente más diferencia sino la de que los sucesos imaginados en los ensueños ocurren sin sujecion á órden ninguno, y los sucesos que pasan ante nosotros durante la vigilia se presentan constantemente en un cierto órden invariable, siempre el mismo para la misma clase de fenómenos?

¿Lo real (como quieren cuantos niegan la realidad de la materia) es efectivamente producto de lo ideal, pura objetivizacion del YO? ¿No hay nada fundamental que oponer á las aseveraciones del idealismo? ¿Es efectivamente un sueño nuestra vida?

«Indudablemente las cosas, si existen, no son lo que nos parecen», confiesan cabizbajos hasta los que imaginan teorías sobre la constitucion real de la materia. Al cuerpo que me causa mal nada le duele: el que me produce placer no siente regocijo. El olor, el sabor, el sonido, el color, son, fuera de mí, MOVIMIENTOS; y no hay medio de negar lo que predican las ciencias físicas, que han escrito tratados portentosos, tanto sobre las vibraciones sonoras del aire, como sobre las vibraciones luminosas del éter.

Del estado del organismo humano depende, sin duda alguna, en gran manera, el resultado sensible de las impresiones de los cuerpos; de modo que estas aparecen diferentes en el mismo hombre, segun las condiciones normales ó anormales de su idiosincrasia; y muchas, conocidamente, difieren de hombre á hombre.

A mí, agitado, me parece fria una atmósfera que, despues de descansar, se me antoja sofocante.

Al tísico le incomodan sonidos que, en salud, toleraba, y que los demás escuchan indiferentemente. Con jaqueca, oyen bien sujetos tardos de oído. Resfriados, perdemos temporalmente el olfato. Muchas personas no distinguen de colores; quizá el cinco por ciento de los hombres, y el dos por ciento de las mujeres. Esta incapacidad de percepcion cromática, llamada Daltonismo, porque la padecia el famoso Dalton, ha sido causa de horrendas colisiones de buques, y de terribles naufragios en noches serenas, por no poder diferenciar los oficiales de guardia las luces roja y verde de los buques que, conforme al código marítimo internacional, indican el rumbo. Los daltonianos deben ver las cosas como nosotros las imágenes fotográficas, puesto que ellos, por lo comun, solo diferencian lo claro de lo oscuro. Algunos, en verdad, diferencian algun que otro color, pero confunden lastimosamente todos los demás; y es cosa de pasmo, y á veces de risa y compasion, verlos clasificar en el mismo grupo colores tan distintos, por ejemplo, como el rojo y el azul, cuando se les dan sedas ó telas de los colores más rabiosos y distintos, encargándoles que pongan juntos los que les parezcan iguales. Personas hay que no pueden comer fresas sin experimentar fiebre urticosa. A otras, estremece el contacto de la cáscara de un melocoton, áun comiendo gustosísimos la fruta, si otro se la monda. Ha habido quien no podia oir cantar á un gallo sin horripilarse. Las telas rayadas de dos colores causan náuseas en algunos. El olor y el sabor de los ajos es para muchos enteramente insoportable. Los persas llaman «manjar de los dioses» á la asafétida. Las cloróticas comen con pasion pedazos de búcaro, creta, cal, carbon y hasta ceniza. Así como no hay dos relojes iguales, cada organismo tiene su CARACTERISTICA especial, que lo diferencia de todos los demás sus similares. Y esto es general, y no cualidad propia solamente del sér humano. El rojo irrita al toro bravo, al búfalo, al elefante....

Muchos animales anuncian, por un marcadísimo desasosiego, la aproximacion de las tormentas. Personas hay que sienten agitacion indefinible en una atmósfera electrizada: otras excitacion insólita, análoga á un exceso agradable de la actividad....

¿Es todo, pues, pura apariencia? ¿Todo afectivo? ¿Todo puramente sensible?

¿No hay nada en el mundo material idéntico siempre para el mismo hombre, é independiente por completo del estado idiosincrático de su sensibilidad? ¿No existe nada en el mundo exterior siempre y constantemente igual de hombre á hombre?

Sí. Existe. LA EXTENSION; claman los que no quieren ver triunfante al idealismo,

Y, efectivamente, si un arquitecto traza los planos de un edificio, siempre para el mismo arquitecto tienen los planos idéntica representacion; y, no sólo para él son en todo tiempo símbolo permanente de construccion determinada, sino que para todos los arquitectos del mundo simbolizan las propias relaciones; tanto que, con ellos, todos y cada uno levantarian idéntico edificio. El ingeniero construye los modelos de sus máquinas, y el artífice las realiza puntualmente á la escala que se le pide. El geómetra demuestra propiedades de los cuerpos, y la verdad de las demostraciones jamás cambia en su entendimiento, ni tampoco en el entendimiento de los que las estudian y comprenden.

La EXTENSION salva, pues, el abismo. Hay algo fundamental que no depende nunca de nuestra sensibilidad ni de sus idiosincrasias, y que siempre se nos manifiesta con caracteres constantes: idénticos en el mismo hombre, é iguales de hombre á hombre.

Y los que proclaman esta clase de hechos dicen seguidamente:

«Luego existe el mundo exterior.»

¡Atrevido es el salto!

Por de pronto, en geometría consideramos el espacio sin cuidarnos de si el espacio está ó no vacío de materia. Solo en mecánica nos vemos precisados á admitir la materia como *substratum* de las fuerzas. Las ciencias matemáticas se fundan, pues, en las IDEAS de espacio y de tiempo. Las formas geométricas son la CONCEPCION de la manera cómo una parte del espacio está separada del resto. Pero, nótese bien: las IDEAS y las CONCEPCIONES son fenómenos de la razon humana; y no suponen la REALIDAD OBJETIVA. Podemos imaginar la aniquilacion del

universo: todas las religiones la han imaginado; pero de ninguna manera nos es posible concebir la del espacio y la del tiempo, conceptos esenciales del pensamiento; ley de la razon humana, necesaria como toda ley, y sobre la cual es inútil discutir. Y, así, áun supuesta la aniquilacion del universo entero, siempre concebiremos necesariamente un espacio infinito, vacío durante tiempo infinito. Pero de la necesidad de una idea no nos es lícito deducir su realidad objetiva. Si hay dos montes de oro en alguna parte, y cinco en otra parte, NECESARIAMENTE, su conjunto sumará siete. Pero de la NECESIDAD DIALÉCTICA de la suma, no se deduce la necesidad real de tales montes áureos. La NECESIDAD LÓGICA de las verdades geométricas no es, por tanto, prueba concluyente é indiscutible de la objetividad de la EXTENSION.

Por otra parte, la extension es una IDEA en nuestro entendimiento, descomponible en otras dos:

multiplicidad
contigüidad

En primer lugar, pudiera no haber materia, y existir, sin embargo, la idea de multiplicidad de afecciones en nuestro entendimiento. Los berkelianos admitian la multiplicidad, y negaban, sin embargo, la realidad objetiva. La idea de multiplicidad, pues, sólo exige la de percepcion de cambios.

En segundo lugar, admítase la idea de multiplicidad: admítase tambien la de contigüidad: pudiera entónces suceder que lo que nos parece contigüidad fuese, fuera de nosotros, el ÓRDEN INVARIABLE con que muchas fuerzas externas modifican á la vez, SIMULTANEAMENTE, nuestra inteligencia; y que LO FATAL Y NECESARIO de esa ordenacion de resultantes fuese en nosotros, correlativamente, PERCEPCION de la contigüidad. Fuera de nuestro sér, ÓRDEN FATAL en fuerzas con poder para modificarnos: dentro de nuestro sér, PERCEPCION CORRELATIVA, con los atributos de PLURALIDAD y CONTIGUIDAD, caracteres de los cuerpos extensos.

En tercer lugar, la idea de extension no es la de cuerpo extenso. Y esta es la gran objecion. Las verdades de la química moderna inducen á creer que hay últimas partículas, indescomponibles por medios químicos, y mucho ménos por acciones mecánicas. Estas partes diminutísimas están unas junto á otras y nos modifican simultáneamente. Pero la idea de EXTENSION no necesita de la de CUERPO; y, en tal caso, la idea de extension queda reducida á la de CONTINUIDAD: á la de algo extenso y sin límites, en que ciertamente podemos concebir formas, es decir, extensiones trazadas científicamente ó *ad libitum*; pero no separaciones del resto de la continuidad infinita. Sin duda se nos resiste concebir la infinita divisibilidad de la materia; pero se nos impone, como necesaria, la inacabable é infinita divisibilidad de la continuidad. Así, pues, siempre que concebimos EXTENSION MATERIAL, concebimos pluralidad; pero la pluralidad no es carácter suficiente, porque no siempre que hay pluralidad imaginamos necesariamente extension. A la par de la pluralidad de partes, tenemos que concebirlas CONTIGUAS unas á otras, formando un todo material. Pero lo que en ese todo nos parece contigüidad, pudiera ser ordenada simultaneidad de efectos múltiples. De una parte, lo que EN REALIDAD esté compuesto de muchas moléculas con existencia individual y propia, no puede constituir un todo sin discontinuidad; pero, de otra parte, la trasmision de la fuerza á distancia es un concepto ininteligible sin la CONTINUIDAD REAL Y OBJETIVA; porque, si no existe un INTER-MEDIO CONTINUO entre el punto que se mueve y el punto que es movido, hay que devorar el absurdo de que en la NADA puede haber ALGO: MOVIMIENTO, TRASLACION, TRANSMISIONES. Es preciso admitir ese ALGO REALMENTE CONTINUO, substratum de las afecciones y movimientos materiales; y ese algo continuo (sin discontinuidad en parte alguna, porque cesaría de ser continuo) NECESARIA Y FATALMENTE CONTINUO, podria ser lo que en la realidad correspondiera esencialmente á nuestras percepciones de la extension. ¿Porqué no habia de ser ese enigma que llamamos contigüidad (y que nadie ha logrado explicar todavía) la modificacion que nos causen multiplicidades de fuerzas que en la continuidad obren sobre nosotros, simultánea y fatalmente, ligadas entre sí de un modo necesario, y no con independencia unas de otras, ni en tiempos sucesivos? Un sabor, un olor, un sonido... no producen siempre el mismo efecto en el mismo hombre; y de cierto lo producen diferente en cada individuo de la especie humana; pero la idea de extension no varía jamás en el mismo hombre, ni tampoco de un hombre á otro, porque la idea de extension es una PERCEPCION, no de un fenómeno fisiológico de nuestro organismo, siempre variable, sino la percepcion de un órden invariable en las fuerzas del exterior, fatales y necesarias en su manera de obrar, y, por necesidad, no discontinuas.

Pero si la extension, pues, pudiera ser la percepcion del modo de obrar de sistemas especiales de fuerzas; ¿no quedaría triunfante el idealismo?

Ciertamente.

Y hé aquí porqué recurren los físicos á la idea de IMPENETRABILIDAD. Lo que me resiste no soy yo. Yo ejecuto actos conforme á mi naturaleza; pero á cada instante me encuentro detenido; y es contradictorio que yo me resista á mí propio.

La prueba, pues, de que existe la materia, dicen naturalistas de nota, es que la voluntad encuentra resistencias.

Pero tambien hay aquí otro salto.

Las resistencias no prueban la existencia de un mundo material, sino la existencia de fuerzas solamente, antagónicas á mi voluntad.

Además, si la impenetrabilidad se define como la resistencia que ofrece la materia á que un cuerpo ocupe el lugar ocupado por otro, desde luégo nos presenta la física casos en que la mezcla de dos cuerpos ocupa menor volúmen que la suma de los espacios ocupados por ellos individualmente. Así, y por ejemplo, dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno forman dos volúmenes de vapor de agua: un volúmen de ázoe y tres de hidrógeno suman sólo dos de gas amoniaco. Los cuerpos, pues, son porosos, esto es, dejan entre sus partículas grandes intersticios donde cabe que se alojen otros cuerpos; al modo que (y pase lo vulgar del ejemplo) en una caja llena enteramente de huevos, cabe enorme cantidad de serrin en los espacios de uno á otro. Además, es de alta probabilidad que el contacto de dos cuerpos sea sólo aparente. Fuerzas repulsivas (de que verdaderamente nada sabemos) se excitan entre las partículas de los cuerpos, ántes de que ocurra el contacto, que sin ellas se verificaría; de manera que la idea de impenetrabilidad está hasta cierto punto desmentida por la de porosidad; y la de porosidad depende de la de fuerzas que impiden el contacto. Pero esto no contraría lo esencial de la idea: sólo hace que no se tome en absoluto.

La idea, pues, del mundo exterior se funda principalmente en la IMPENETRABILIDAD, ó sea en la de fuerzas resistentes al YO; y en la necesidad de admitir como real y objetiva la continuidad, por ser incóncebible la transmision de fuerza á distancia sin un inter-medio continuo y real, substratum de las fuerzas que se nos revelan en los fenómenos de la impenetrabilidad.

¿Qué es ese substratum? No se sabe.

Pero creemos que existe, y en eso se apoya nuestra fe en la existencia del mundo exterior.

E. BENOT

EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, cuadro por Langeval

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 99

FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Fluctuacion numérica.—Manifestacion en memoria de Figueras.—La pasion como factor importante.—El don de Baranda.—Investigaciones del porvenir.—La obligacion del revistero.—Los muertos ilustres.—El trabajo es la mejor *mina*.—Los toros y el capitan Castanet.—El descanso nocturno.—Triunfo del Gobernador.—*La noche triste* de Hernan Cortés.

Unos decian:

—¡Tres mil!

Otros:

—De cuatro á cinco mil....

Quiénes hacian subir el número á seis ú ocho mil.

Algunos afirmaron que eran diez mil.

Y últimamente la comision organizadora que dió cuenta por telégrafo de la manifestacion del domingo, trasmitió por los alambres esta cifra:

¡Diez y seis mil!

Verdaderamente, no sabe uno á qué atenerse.

Parece que las manifestaciones á favor de un muerto, si no resucitan al difunto, gozan por lo ménos del privilegio de reproducir el milagro de la multiplicacion de los panes y los peces.

***

Yo ví formarse en el Prado los primeros grupos de personas que habian de dirigirse al cementerio civil, para tributar un cariñoso recuerdo á D. Estanislao Figueras con motivo del aniversario de su muerte.

La reunion fué aumentando; la carretela con la gran corona dedicada al difunto se puso en actitud de marcha; los manifestantes se alinearon más ó ménos correctamente, y por fin aquella masa negra empezó á andar en direccion al Jardin Botánico y á la Ronda de Embajadores.

Pero no tuve ocasion ni posibilidad de contar el número de personas que rodeaban la carretela y la seguian formando el fúnebre cortejo.

Estas operaciones son harto difíciles; y se puede asegurar que siempre que ocurren casos semejantes no son las matemáticas las que entran en juego para contar las personas, sino que en vez de valerse de la aritmética, se acude al recurso de las afecciones favorables ú hostiles.

La simpatía ó la antipatía son factores importantísimos para tales ceremonias.

No hay manera de saber el número de concurrentes con imparcialidad y exactitud.

Los enemigos del suceso ven ménos gente de la que en realidad se halla congregada.

Y en cambio los fervientes miran la agrupacion con cristales de aumento.

Como hay que juzgar al simple golpe de vista, prodúcense en la retina de ambas clases de observadores erróneas ilusiones ópticas.

La verdad consistiria tal vez en un justo medio; pero lo que se halla de por medio es la pasion, y no hay manera posible de que la justicia se sobreponga á ella.

Hace muchos años que residia á temporadas en Madrid un sujeto aragonés llamado Baranda que era una gran notabilidad en esto de contar series de objetos al primer golpe de vista.

Baranda llegó á ser popular en todos los cafés y tertulias de esta corte.

Le escribíais en un papel gran cantidad de números, y en seguida fijando una rápida y penetrante mirada en los guarismos decia la cifra total acertándola casi siempre y equivocándose tan sólo alguna que otra vez en tres ó cuatro unidades.

Contabais un puñado de garbanzos ú otros objetos claramente visibles y los arrojabais al aire.

Baranda los sorprendia al vuelo y os daba cuenta del número de objetos que se habian desprendido de vuestra mano.

Igual operacion ejecutaba con las fichas de un dominó: las extendíais todas desordenadamente; despues quitabais dos ó tres, á hurtadillas, y en cuanto él volvia la cabeza y fijaba sus ojos en las fichas os decia con toda seguridad el número de puntos que faltaban.

No sé qué se ha hecho de ese individuo. Tal vez haya muerto y se halle espiritualmente en las regiones de lo infinito contando las innumerables estrellas del cielo;..... pero instintivamente me acordé de Baranda el domingo último, y lo eché de ménos pensando en el buen servicio que habria podido prestar sumando el número de personas que á última hora de la tarde se hallaban reunidas junto á la tapia del cementerio civil y escuchaban á los distintos oradores que desde una tribuna improvisada arengaban á la muchedumbre.

A falta de este requisito, el público imparcial no sabe con certeza el número de personas que allí hubo.

Ni hace gran falta tampoco este pormenor estadístico.

No es un dato que importe para el porvenir; y si en los tiempos venideros hay algun sabio que pretenda esclarecer la exactitud de semejante suceso, la misma vaguedad é incertidumbre de la noticia prestará cierto encanto al rebuscador de datos históricos.

Por lo demás, la manifestacion en memoria de D. Estanislao Figueras se celebró muy ordenadamente.

Es un hecho de la semana del cual he tenido que dar cuenta.

El cronista imparcial y severo no ve nunca en estos casos el interés político: no se alegra ni se turba; no prorumpe en ditirambos ni jeremiadas. Expone y narra á grandes rasgos los sucesos del dia....

Y el acontecimiento á que me he referido ocupó, favorable ó adversamente, la atencion de todo Madrid en la tarde del domingo último, dia 11 de noviembre.

***

Cuando espiraron en la boca del último orador las postreras palabras, el sol se hundia en el ocaso.

El luminoso astro llevaba consigo á otras regiones multitud de impresiones del dia.

¡Qué tarde aquella! La atmósfera se habia ofrecido al pueblo de Madrid límpida y suave, convidando á todo el mundo á dejar las estrecheces del hogar doméstico y esparcirse por calles y plazas, por jardines y paseos.

Preciso es convenir en que el invierno economiza por ahora sus rigores.

Las noches son húmedas y frescas; pero las horas de sol son esplendorosas, radiantes, apacibles.

Con esa benignidad del domingo coincidieron multitud de sucesos, de fiestas y regocijos.

El espectador curioso no sabia dónde acudir.

Primero se efectuó el entierro del general Izquierdo acompañándole gran número de amigos á su última morada.

La Parca se entretiene estos dias en segar cabezas respetables que han tomado una parte importante en el desenvolvimiento de la nacion española.

Hace poco que bajó á la tumba el general Córdova; despues le tocó su turno al ilustre hombre de Estado D. Fernando Alvarez que en medio de los embates de la política habia sabido conservar esa integridad de carácter que aprecian siempre juntamente amigos y adversarios. Pasaron unos dias y circularon estas frases:

—¿Sabes quién ha muerto?

—¿Quién?

—El Teniente general D. Rafael Izquierdo.

Y hoy mismo, en tanto que escribo estos renglones, tengo á la vista otra esquela mortuoria que dice así:

«Don Pedro Nolasco Aurioles ha fallecido.»

Este último nombre que figura en la lista necrológica de estos dias pertenece á un varon ilustradísimo que desde el año 1852, con motivo del atentado del cura Merino contra doña Isabel II, recorrió una brillante carrera ocupando elevadísimos puestos y distinguiéndose por sus acendradas cualidades....

Digo pues, que los sucesos del domingo empezaron por el entierro del general Izquierdo. Entre tanto se celebraba en la exposicion de minería la gran fiesta organizada por la Sociedad Económica Matritense.

Las inclemencias del tiempo habian desbaratado la ceremonia durante dos semanas.

Por fin la virtud del trabajo tuvo su recompensa y en la tarde de ese domingo, despues de la misa de campaña, concedióse á varios trabajadores el premio correspondiente.

La exposicion fué visitada por multitud de personas.

Un honrado matrimonio conversaba de este modo al salir de la fiesta de la exposicion, ya entre las primeras sombras de la noche:

La mujer:—Hemos pasado el dia agradablemente. Pero, dime, que relacion hay entre los trabajadores y los objetos de mineralogía.

El esposo:—Sí, mujer; ambas cosas están relacionadas. El trabajo es para el hombre la mejor mina.

***

Sigamos el programa del domingo.

A la una, ya lo he dicho, se empezó á formar en el Prado la manifestacion en memoria de Figueras.

Y poco despues pululaba por la Puerta del Sol y por la calle de Alcalá un gentío inmenso, con la alegría en el alma y la viveza en el cuerpo.

Oíanse á cada paso estos diálogos:

—¿Á dónde vas?

—¡A los toros! ¿Quieres venir?

—No, voy á otra parte.

—Me extraña.... Tú tan aficionado á la tauromaquia.

—Por lo mismo no voy. El corazon me dice que la corrida será mala.

—¿Lo crees así?

—¡Vaya! El instinto no me engaña á mí nunca.

—Y ¿dónde vas á pasar la tarde?

—En los *Jardines del Buen Retiro*. Es funcion variada. Ya ves, hay *fantoches* en el escenario del teatro; luégo carrera de obstáculos al rededor del kiosco. Además, quiero ver la ascension en globo del capitan Castanet, que dicen que es muy intrépido.

—Sí; el juéves último subió á gran altura.

—Pues hoy se va á perder de vista. Estas cosas van siempre de menor á mayor.

—¿Te dice el corazon que se va á matar como el pobre Mayet?

—No; es pronto todavía. Ya le tocará su turno. Ahora tiene que acreditarse; subir muy alto unos cuantos dias; aproximarse á la region de las estrellas. Luégo se estrellará tal vez.... ¡Es el término de la carrera!

—Pues entónces esperaré ese dia para ir á verle. A mí me gustan las emociones fuertes. Por eso voy á los toros, y cuantas más cogidas presencio más satisfecho salgo de la plaza.

—Ea, pues, ¡ahur!

—Adios.... ¡hasta la noche!

***

Y en efecto, la corrida, segun los inteligentes, ofreció poco atractivo.

El capitan Castanet hizo proezas en el aire, yendo á descender á distancia de algunas leguas.

Los concurrentes á la manifestacion llegaron por la noche rendidos á su casa.

Los que habian presenciado la fiesta de la exposicion minera cayeron en la cama con la pesadez de los minerales.

Los serenos decian á las once de la noche.

—¿Qué ocurre? ¡Madrid está desierto!

Madrid roncaba descansando de la agitacion del dia.

Y parece que el Gobernador á última hora se frotaba las manos de contento.

—Está visto, decia, que la poblacion de Madrid tan trasnochadora en otros tiempos, va moralizando su vida. Yo mando desocupar á las dos en punto de la madrugada todos los cafés y establecimientos de comida. Pues bien, ya mi vigilancia es inútil. Esta noche no se ve un alma por ninguna parte.

***

La Correspondencia dijo en la noche del domingo:

«Con tantos aniversarios como hoy se han celebrado se ha echado en olvido uno muy importante; el del nacimiento de Hernan Cortés.»

La Correspondencia no estaba en lo justo. Aquel dia habian celebrado sesion las comisiones del congreso de geografía colonial y mercantil donde se han discutido importantes cuestiones referentes á los países conquistados por el audaz capitan extremeño.

Además, la noche entera del domingo estuvo dedicada á Hernan Cortés.

Fué un recuerdo de *La noche triste.*

PEDRO BOFILL

Madrid 17 noviembre 1883.

NUESTROS GRABADOS

FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick

Esta preciosa composicion está inspirada en una de esas baladas alemanas, poéticas, tristes, fantásticas, como la mayor parte de las tradiciones y consejas con que los pueblos del Norte alimentan la cándida imaginacion popular. Dice así:

«Léjos, muy léjos, al pié de las montañas azules, en el centro solitario de un bosque de abetos frondosos, viejos y gigantescos, se halla un admirable prado cuya primavera es eterna.

»A nadie le es dado encontrar ese sitio: su emplazamiento es desconocido, la senda que á él conduce se ha olvidado.

»Por maravillosa obra, cruza el verde prado un solo arroyuelo: su cauce está completamente lleno de dulce leche, en vez de límpida agua. El más brillante arco íris ilumina sus preciosas flores, cuyo cáliz rebosa dulce miel del cielo.

»Allí, en las calladas noches de luna, el Dios de las madres conduce á los niños huérfanos; les alimenta con dorada miel y en la plateada corriente les deja beber, alegres, la dicha que no tienen; les abraza con dulzura y sus ojos de cielo irradian amor materno sobre los niños prematuramente abandonados.

»¿Quién sabe, quién puede decir dónde tiene lugar esta agradable escena? Pero ello es lo cierto que el tierno infante sonrie en su cuna; y hasta los que han perdido á su madre, muestran, en su rosada faz, algo como el bendito reflejo de la lejana patria celestial.»

El autor de este cuadro ha vencido con admirable talento las dificultades que ofrece el materializar, el dar forma prosaicamente humana á una idea fantástica, á un imposible que, sin embargo, hay que poner al alcance de las gentes. Ese genio fecundo, esa fuente de leche, ha encontrado quien la sintetizara sin que la grosera realidad perjudicase en lo más mínimo la delicadeza de la balada en que se inspira.

HÚNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss

El pueblo húngaro ha sido maltratado por sus opresores. Durante muchos años el látigo del austriaco ha

cruzado sus espaldas, y mantenido en una supina ignorancia, apénas ha discurrido de lo propio y de lo ajeno con el limitado criterio del que siente necesidades que no puede satisfacer.

De un pueblo que vive en semejantes condiciones, no es de extrañar que produzca gran número de bandoleros y hasta que se forme una idea equivocada del bandolerismo. Así se explica que la mayor parte, ó la más *escogida*, de los bandidos húngaros, haya alcanzado los honores de la leyenda, como Fra Diávolo en Italia ó José María en España. En realidad, el ladron húngaro tiene sus ribetes de *caballero sensible* y no es difícil que cuando en vez de dar en el clavo da en la herradura, haga una limosna á su necesitada víctima.

Como su sistema de vida le obliga á tener buenas armas y buen caballo, cuando éste falta á algun miembro de la partida, el bandolero húngaro se provee de un lazo á propósito, y con la destreza de un mejicano ó de un argentino hace presa en el animal que más llama su atencion en el solitario potrero.

Nuestro grabado representa al ladron de caballos en el acto de ir á utilizar su peligrosa habilidad.

LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO, cuadro por C. Hellqvist

Martin Lutero, religioso agustino, nacido en 1483 y fallecido en 1546, es la personalidad más trascendental de aquel siglo XVI, que produjo papas como Julio II, emperadores como Cárlos V y reyes como Francisco I. En lucha abierta con la Iglesia romana, fué en 1521 citado ante la Dieta de Worms y por ella desterrado del imperio de Alemania, donde, sin embargo, tenia muchos partidarios la nueva doctrina y el heresiarca poderosos amigos. Uno de estos, Federico *el Sabio* de Sajonia, comprendiendo el peligro que corria su amigo á su regreso de Worms, le hizo arrebatar por sus hombres de armas de entre los soldados que le conducian, dándole seguro hospedaje en el castillo de Wartburgo, á donde llegó el 4 de mayo de 1521. La llegada de Lutero al sombrío castillo sajon es lo que representa nuestro grabado. En este refugio empezó la traduccion de la Biblia á la lengua vulgar y redactó muchos de los escritos que tanta resonancia tuvieron en Europa, dando por resultado la disidencia más grande y continuada de cuantas han suscitado los hombres á la religion del Crucificado.

GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués

Este bonito croquis copiado del natural por el Sr. Marqués, no necesita descripcion. Pertenece á la serie de dibujos cuya publicacion anunciamos en uno de los anteriores números, y es una prueba más del acierto y facilidad con que nuestro compatriota sorprende, por decirlo así, al modelo que se propone copiar, para reproducirlo fielmente en el lienzo ó el papel.

LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA

Napoleon I era todavía el favorito de la fortuna; pero sus mismos triunfos iban labrando su ruina. Embriagado por el éxito, como Alejandro, como Cárlos V, soñó en la monarquía universal, y atentó á la independencia de los pueblos. Estos no vieron, no pudieron ver en él, sino al destructor de las nacionalidades; el emperador se olvidó de que el general Bonaparte debia su grandeza al esfuerzo supremo de aquella Francia que, amenazada por la coalicion de Europa, vió alistarse á todos sus hijos en los ejércitos de la república.

Lo que habia hecho Francia, lo hicieron otros pueblos: España dió el ejemplo. Si los esforzados hijos de Zaragoza no se rindieron hasta que los cañones franceses destruyeron el último de sus baluartes, los rudos habitantes de Moscou incendiaron voluntariamente sus hogares á trueque de que en ellos no se hospedasen los soldados del insaciable conquistador.

El cuadro que reproducimos es animado ejemplo del entusiasmo que produjo en Alemania, como en todos los pueblos de Europa, la idea del peligro en que se hallaba la patria. Al llamamiento del soberano, síntesis entónces de la nacionalidad, acuden todos sin excepcion alguna, ancianos y mancebos, soldados y paisanos, varones y mujeres; una sola es la idea, una sola la voluntad, uno solo el entusiasmo.

Dos años despues, el gran Napoleon era conducido á Santa Elena, prisionero de los ingleses, ni más ni ménos que el domador conduce, en una estrecha jaula, al humillado rey de las selvas.

Es que Napoleon podia vencer á todos los ejércitos mercenarios del mundo; pero ni Napoleon ni conquistador alguno, pudo destruir el sentimiento de la patria cuando engendra ejércitos de voluntarios.

EL CURA DE RIOTINTO

(Conclusion)

—Es una Odisea de la caridad cristiana,—dije yo.—Confieso que me pareceria inverosímil, si no fuese tan verdadera.

—En otra ocasion,—tampoco habia ferro-carril aún,—quedaron huérfanos varios niños de pecho, y estaban enfermas ó convalecientes casi todas las mujeres que teníamos paridas. El apuro era grande. Mamando de limosna poca y mala leche los pobres huerfanitos se nos morian por momentos. D. Antonio, que estaba desesperado, coge una noche su caballo, se va á Huelva, y á las veinticuatro horas nos traia multitud de paquetes de harina láctea, que en Riotinto nadie conocia. Acababa de leer el anuncio en *la Correspondencia*.

—¿Y de dónde ha venido este cura ejemplar?—dije yo.

—De abolengo,—me contestó mi interlocutor muy gravemente.

—¡De abolengo! no comprendo á V.

—Lo que se hereda no se hurta. Es sobrino de un famoso P. Domingo, de historia muy dramática y no poco misteriosa, que murió en Herrera en opinion de santo por los años de 45 ó 46. Todavía le encomiendan allí los niños y le rezan las beatas. Este su sobrino era arriero, y se hizo sacerdote, Dios sabe cómo y por qué.

—Por abolengo divino,—dije yo.

En esto llegó la hora de nuestro regreso á Huelva, y el P. Muñoz seguia reunido con nosotros sin perjuicio de meterse en todas partes y hablar con todo el mundo más que con nosotros. En vano agoté la cortesía para que se retirara á descansar. Ni lo necesitaba ciertamente, ni me hacia gran caso. Hablando con los ingleses en un idioma que al mismo cardenal Mezzofanti volveria loco, parecióme que los acosaba con demandas que ellos oian de buen grado. Así llegamos al tren, que no puede decirse á la estacion en un punto como Riotinto donde es estacion cuanto terreno abarca la vista, pues excepto por los tejados, por todas partes circulan trenes. El primero que ocupó su asiento fué mi buen cura.

—Voy con Vds.,—me dijo.

—¿Hasta Huelva?

—No, señor. Me volveré en cualquiera de los trenes que suben á las minas.

Quise disuadirle, achacando á cortesía aquel viaje; pero él me replicó en tono sencillo, aunque algo serio:

—Voy á ver á mis feligreses de las estaciones. Tengo algunos enfermos, y mañana boda en Candon, de una muchacha á quien quiero mucho. Voy á ver si está bien preparada.

Me vino de perlas aquel viaje, para tratar á solas con él un punto que me tenia intrigado, como dicen los galicistas. En cuanto nos despedimos de nuestros galantes anfitriones y la locomotora en marcha nos separó del simpático y ya medio andaluz Alfredo Gough, abordé resueltamente á mi D. Antonio, preguntándole:

—Y con estos ¿cómo le va á V.?

—¿Con quién, con los ingleses? Mejor que con los españoles.

Yo me quedé de una pieza, como suele decirse. Todas mis ideas sobre incompatibilidad religiosa, todo lo que habia oido contar, que no era poco, sobre propaganda protestante en las minas de Riotinto, se alzó en mi imaginacion como una catapulta contra la simpatía ya rayana con la veneracion que me inspiraba el buen cura católico, é iba á caer en un silencio de mal agüero, cuando uno de mis amigos de Huelva que me habia acompañado á las minas, se apresuró á decir, adivinando la situacion de mi espíritu:

—¿Pues no ha de irle bien con los ingleses al P. Antonio, si les saca cuanto quiere para su iglesia?

—¿Para la Iglesia católica?—dije yo.

—¿Para cuál ha de ser, hombre?—repuso el señor cura en tono dulce, que á mí me pareció algo sombreado de reconvencion á mis pensamientos.

—¿Derriban al fin la parroquia,—prosiguió mi amigo,—para ensanchar la calle? Estoy seguro de que entónces le harán á V. una catedral.

—No tanto, no tanto,—dijo el señor Muñoz;—pero siempre harán una buena iglesia. Lo que es á mí,—añadió enérgica y gallardamente arrojándose del tren,—no me derriban la vieja, miéntras no pueda decir misa en la iglesia nueva. Ni lo pensarán siquiera; yo respondo de que no lo pensarán.

Tan absorto iba yo en mis pensamientos que me asusté de aquella salida del señor cura, que materialmente se tiró del tren, parado ya en la primera estacion, sin que nosotros lo advirtiéramos. Con aquel hombre no se puede hablar cinco minutos seguidos, porque parece sentenciado al movimiento continuo. Despues le ví con terror varias veces coger el tren ya marchando, correr por los estribos con la agilidad de un guarda-freno, y pasarse de unos carruajes á otros, como aquel que en su casa propia se va de la sala al gabinete.

En la primera estacion le recibieron con gritos de júbilo; sin duda no le esperaban aquel dia. Entróse á ver á un enfermo, hizo varias preguntas y encargos, se sentó, se levantó, se paseó por el anden y me dió tiempo afortunadamente para completar su biografía.

—No lo dude V.,—me dijo mi amigo haciendo resúmen de sus noticias.—Los ingleses le quieren tanto como le respetan, no sólo por su carácter evangélico, sino por su popularidad, que le hace dueño de las minas, de los mineros y de todo el mundo. No hay voz que suene más en toda la provincia de Huelva que la del P. Antonio, y eso que como V. ve tiene siempre la sonrisa en los labios, nunca pronuncia una palabra más alta que otra, y solamente se enfada con los portugueses y gallegos, cuando no quieren vacunarse. Aquí entra él,—añadió mi amigo en voz baja.—Pregúntele V. por la ermita de San Roque.

Yo lo hice al pié de la letra.

—Eso se lo habrá dicho á V. este pícaro,—contestó el señor cura, encarándose con mi amigo el de Huelva.—Pues, nada, que me derribaron á S. Roque.

—Pero despues de hacerle otra ermita mejor;—añadió mi amigo.

—Por supuesto.

—Acudiria V. al señor Arzobispo,—dije yo.—Se formaría un largo expediente....

—Ni un papel de cigarro. Me dijeron los ingleses:—«Hay que derribar la ermita, señor cura.—Perfectamente, señores mios; háganme Vds. otra.—Se hará.—Se derribará.—Pues empecemos á derribar.—¿No es mejor que empecemos á construir?» —Y como ellos obraban de buena fe y yo tambien, no se derribó la ermita hasta que yo tenia la nueva hermosa y reluciente como un oro. ¡Si no podia suceder otra cosa! ¿les pedia yo algo para mí? Ellos además son buena gente, que nadie sabe, sino el que los trata á fondo como yo, qué aldabonazos les está dando Dios ahora en la conciencia á casi todos los ingleses. Dicen que en lo antiguo llamábase su tierra la isla de los Santos, y yo no extrañaria que le volviera el nombre á aquella tierra. En resúmen y en plata, que nada les pido para mi iglesia católica, ni para el culto católico, ni para el hospital, ni para mis pobres, que me nieguen. Hasta una parroquia nueva me harán andando el tiempo, que ya hemos hablado de ello muchas veces. Pues la capilla de Santa Bárbara va á seguir el camino de la de San Roque. Quieren hacer allí un depósito de aguas. No me opongo, con tal que me hagan otra capilla que siempre será mejor.

—¿Producirá mucho la parroquia?—dije yo.

—Seria mejor que un obispado,—contestó mi amigo,—en manos de otro hombre.

—¿Para qué quiero yo el dinero?—repuso el P. Antonio sencillamente.—Yo sólo necesito tener siempre un duro sobrante para cuando me lo piden prestado.

De asombro en asombro, llegamos á un sitio donde me dijo de repente el P. Antonio:

—¿Tiene V. sed?

—Sí, señor.

—Verá V. qué agua tan rica hay aquí, cosa muy rara en todas las orillas del Tinto.

—¿Vamos á llegar á alguna estacion?

—No señor; á la fuente Utrera, que está en el campo.

—¡En el campo!

Y aumentando mi asombro hasta lo indefinible, sacó la cabeza por la portezuela gritando al maquinista:

—Muchacho, para en la fuente Utrera, que vamos á beber..

Y en efecto el tren se paró.

Hasta en el ferro-carril manda aquel hombre.

V. BARRANTES

LA NOCHE DE SAN JUAN

Dejad que gire, en la cerradura de oro, la llave de los sueños; que rompa los velos flotantes sobre la atmósfera de la realidad. No todo ha de ser relato de hechos espeluznantes, verdades acibaradas, disecciones nauseabundas, zambullidas exploradoras en el fango de la existencia. La campana del buzo se sumerge muchas veces, resistente y sufrida, en el fondo impenetrable del océano. Corre por él asombrando á los monstruos de las olas, choca contra los filos cortantes de los escollos, y rueda á las cavernas que sirven de tumba á los náufragos. El héroe nadador sube siempre, glorioso y enrojecido por el ahogo de su triunfo, á la azul superficie de las aguas. Es saludado por las aclamaciones de los marinos, por los hurras de la multitud; el vasto elemento no puede entónces servir de ceñidor á su orgullo. Pero un dia se marcha á sus excursiones misteriosas, y no vuelve. Aquel sitio llega á ser lugar trágico, hasta que una vela pasa por all



HÚNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss



LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO, cuadro por C. Hellqvist

sonriendo á los jugueteos de la brisa, y entre la espuma de su estela renace otra vez la confianza, la calma, la alegría espantada con la lúgubre catástrofe. Hoy mi pluma impelida por blandos cefirillos va á recorrer las floridas riberas del pasado. ¿Quereis refrescar los piés en el rocío de las yerbas, y colocar vuestras plantas de adulto en las huellas que dejaron vuestras plantas de niño? Pues venid; allá voy yo. Emprendamos juntos el camino.... ¡Ah! se me olvidaba: dejad atrás todo el bagaje molesto que hayais ido adquiriendo en los mercados del mundo, así como la ciencia, la duda, la ambicion, las pasiones, el remordimiento, la incredulidad, el hastío, el desencanto, la razon escaladora con que echamos abajo las ilusiones. Creedme: para el trayecto que á recorrer vamos no hay necesidad de nada de eso. ¿Estamos convenidos? Entónces, adelante.

* * *

El dia habia sido hermoso. El sol derramó sobre las pequeñas pero bien blanqueadas casas de la aldea toda la luz que guarda el astro divino en sus mundos de hornos. A lo léjos, y destacándose vivamente sobre lo verde del paisaje, aquel grupo cariñoso de paredes nevadas ofrecia un aspecto moralizador al espíritu, grato para los sentidos; parecia un rebaño pastando en calma sobre un prado. Ligeras espirales de humo ceniciento vagaban por cima como hálitos visibles del redil, rayaban el horizonte, se doraban al sol, y perdiéndose, recortadas en jirones blanquecinos, como plumas de cisne, por el infinito espacio. Llegó la tarde, y los rumores de la naturaleza formaron su himno que era como la sinfonía que anunciaba la serena magnificencia de la noche.

Abríase en medio de la aldea una plaza, la cual, horas ántes, habia sido alfombrada de finísima arena y humedecida suavemente por el riego. Era aquel el sitio donde se habia convocado al pueblo para festejar la noche más alegre del verano. No bien la lámpara roja del astro del dia ocultó su luz detrás de los montes lejanos, cuando empezaron á salir de todas las casas las gentes y á tomar puesto en el escenario al aire libre del lugarejo. Muchachas robustas, frescas y empurpuradas, como flores de madroños silvestres, andaban aquí y allá, cantando, riendo, jugando con los piés el trenzado de las danzas que se habian de bailar durante la noche. Los ancianos, sintiendo en la sangre helada el picor del fuego juvenil, dejaban tambien el rincon ahumado de las cocinas, ese nido de la vejez, y alisados sus cabellos blancos, afeitado el rostro, y embutido el cuerpo en el vestido de paño burdo reluciente, que estrenaron gallardamente cuando mozos, se preparaban á presidir la fiesta, desembuchando, en caso preciso, el gran repuesto de relaciones conservadas en su memoria codiciosa. Pandillas de zagalones, enjaezados de ropas nuevas guarnecidas de caireles, su sombrero redondo, su faja fina al talle, y sus borceguíes de cuero dorado, cruzaban igualmente las calles, estremeciendo las rejas con sus sonatas de regocijo y sus vibraciones melancólicas de guitarras. Por último, las madres abandonando, una vez al año, los trastos del hogar (pobres trastos que miraban con tristeza la fuga de sus amas), se mostraban en público, orondas y risueñas, dando la mano á su enjambre de polluelos, espigados y ariscos como rosas de alcaparra.

Vino la noche, y con ella la fiesta deseada. En cortos momentos vióse la plazoleta inundada de personas, todas ahogadas en las perspectivas halagüeñas de un placer inmediato. Frondosas acacias mosqueteadas de las blancas estrellas de sus flores, daban sombra y perfumes á aquel recinto destinado al goce de una noche serena. Sonó, acompasado y monótono, el tamboril, preludió la flauta no sé qué canciones ocultas en sus agujeros, y el baile empezó á moverse aéreo y cadencioso, con sacudimientos de enaguas y tecleo de piés vertiginosos. En el centro chisporroteaba una hoguera, cuyas llamas rojizas y convulsas se reflejaban con fugaces misterios sobre la paredes, donde á su vez corrian las sombras de los bailarines como fantásticas apariciones.

Era la velada de San Juan. El amor, desprendiéndose de sus arreos de caza, paseaba jugueton y travieso por entre las parejas, insinuándose dulcemente en sus más íntimos coloquios. No se contentaba con representar el papel de espía sino que, acordándose de que era niño, trepaba por las ramas de los árboles, se columpiaba en las cintas de los cabellos de las muchachas, cabalgaba sobre el rayo lumínico de una mirada, ó se asía á la cola del eco de una voz argentina. Volaba de un lado á otro estrechando aquí una mano, más allá una cintura, murmurando al oído de éste frases mágicas, posando en los labios de aquél un dulce soplo, algo más que un soplo, quizás un beso. Y entre tanto suspiraba la música, se mecian las hojas, cruzaban fugitivos, como acoplados pájaros viajeros, los novios, y la brasa embermellonada del candelorio seguia devorando los verdes troncos de retama, que como sierpes endiabladas se retorcian, saltaban, se enroscaban, crujian sus extremidades, y sacaban por las bocas de sus resquebrajaduras millares de sangrientas lenguas de fuego.

* * *

¿Cómo mi prima y yo nos encontramos allí aquella noche? La rústica aldea no se hallaba sola en medio de aquellos campos, dorados de mieses, ó tapizados de huertas de un verdor aterciopelado. En efecto, no léjos del lugarejo se alzaban los muros ruinosos de uno que fué, en tiempos añejos, castillo, y que, en época más inmediata, era una confortable casa de recreo, pertenencia de una tia mia, arcaico recuerdo en piedra de nuestros antepasados. La torre de enmedio se habia caido al suelo, no pudiendo estar más de pié, haciendo la centinela á los siglos. Como una cara vieja, mostrábase calva y desdentada, eternamente abiertas sus hendiduras de pedruscos, cual mandíbulas desquijaradas. Con el desplome de los cuerpos altos habíanse grieteado, cuando no aplastado los pisos inferiores, y como consecuencia de esta arquitectura de la destruccion, aquel torreon feudal, tan lleno de resquicios, habia venido á ser el palacio del aire. Sin embargo, algunos emplastos, aplicados si no sábiamente, por lo ménos con no escaso conocimiento de las dolencias de los edificios, pudieron restablecer al enfermo, afirmando sus nervios, ó si quereis más claro, enderezando sus vigas, con lo cual quedó, ya que no radicalmente curado, en un estado de soportable convalecencia.

Para mí no tenia pero. Mis ojos, que al sol de la fantasía adquirian poder de sorprender por doquiera horizontes desconocidos para el vulgo, misteriosos espejismos, auroras boreales maravillosas, miraban como fascinados aquellos vetustos paredones, curtidos y tostados por el cañoneo perpetuo de los elementos. Sepulcro de hadas parecíame, mayormente cuando ya pasada la media noche, al canto del gallo, entre el silbido del viento, se oian (aún se me ponen los pelos de punta) se oian voces, gemidos, lamentos de séres condenados sin duda á tormentos monstruosos, á interminables desgarramientos de entrañas. ¡Oh! ¡Cómo entónces gozaba yo (no os admireis del contraste) imaginando cárceles subterráneas, donde los espíritus de los muertos en pecado sufrian incalculables suplicios! ¡Es tan bonito pintar sobre el cristal de la inocencia las sombrosas fealdades del crímen! Venian luégo, para completar mi fantástico cuadro, las volanderas brujas, montadas en palitroques de escobas que barrian las nubes; y por último, á la claridad de la madrugada que aparecia entre el marco de mi ventana como una cortina azul, espantando con mi pañuelo todas aquellas visiones fastidiosas, me dormia, creedlo, me dormia soñando con los ángeles y con mi prima que era otro ángel.

Fué aquel un verano verdaderamente caluroso; su ardor era de fiebre; el sol parecia tener calentura. Mi tia (Dios la tenga en su gloria), que por no sé qué ambicioncillas frustradas de mi tio (el Señor le haya perdonado), tenia un humor no muy celestial y á quien se le subia con cualquier trastorno atmosférico el mercurio de la bilis á la cabeza, no bien contó sobre el almanaque el veinte y dos de junio, determinó de pasar el estío entero en su granja, nombre que daba á aquel esqueleto de piedra, pero nombre que nosotros nos guardábamos muy bien de cambiar por otro, y nombre que espero respetareis tambien vosotros. Así, consecuentes con este atractivo que ejercia el torreon sobre los miembros todos de la familia, una mañanita fresca y sonriente como la frente de una muchacha, nos pusimos en marcha á nuestra tierra de promision, abandonando precipitadamente nuestros cuarteles de invierno.

El viaje era largo, el camino polvoriento, cuando no pedregoso, y geografiado de zanjas. No era tampoco nuestro equipaje de un transporte fácil y cómodo. El ajuar de mi tia, compuesto casi todo de instrumentos higiénicos ó terapéuticos, tales como un baño de hojalata, un fumigatorio, un sillon cama, otro con agujero en el fondo para no sé qué uso misterioso, y un ejército de barreños, tazones, jofainas, vendajes, tubos, etc., todo este repertorio, digo, de cosas de mi tia llenaba por sí solo el carro. Felizmente mi prima y yo éramos soberbios andarines, y gran parte del viaje fué resuelto á pié. Contar las picantes peripecias á que dió lugar aquella peregrinacion á través de barbechos es tarea que requiere otro lugar y más espacio que de los que se dispone cuando se viaja aprisa. Ocurrieron, sin embargo, tales sucesos, que mi prima, al recordarlos despues, se ponia como una amapola.

Tenia mi prima diez y seis años. Llamábase Sola, y era la Sola más linda, más graciosa y más irresistible de todas las Solas, desesperaciones de hombres. Tan bonita era, tan guapa que no sé describirla. Imagínaos que tomais un pincel, que embrazais la paleta pictórica y que echais mucho negro para pelo, ojos y cejas, mucho blanco para manos, cuello y frente, mucho rosa para mejillas, rojo para labios, perlino para dientes, aconchado para uñas, azul para venas y algo de tornasol para los cambiantes acerados del cabello y para las líneas sombrosas de las redondeces de la garganta y del rostro, y con todo eso..... no teneis aún más que los materiales, á lo más cuatro tiznones, á lo sumo un boceto desperjeñado visto á través de una fria y borrosa niebla. La luz material, la expresion del alma, la fugaz conformacion de los contornos corporales moldeados bajo la impresion instantánea de un sentimiento, toda esa inmensa red de los atractivos con que se envuelve la simpatía suprema, escapa de los dedos, deslumbra la vista como un rayo, y deja sólo en el espíritu la vaga y dudosa incertidumbre de un sueño.

Decir que yo estaba enamorado de mi prima, seria como decir que el sol quema, que el mar tiene olas y las alas se hicieron para el aire; seria, pues, decir una cosa que el más ignorante presume ó adivina por lo ménos. Sí; yo estaba furiosamente apasionado de aquella muchacha de ojos negros y rasgados, de nariz fina y correcta, de labios frescos y risueños como pétalos de rosa recien abiertos, de trenzas gruesas y enroscadas como un cestillo de ébano sobre su frente de nieve sin mancha. Dejadme que repita de nuevo que estaba loco por ella. Era la primera vez que amaba; es decir ¡fué la única vez que amé! Mis sentidos y facultades sufrian entónces esa trasformacion misteriosa y llena de hervores á que se someten las savias vitales, dentro de la redoma de la naturaleza, cuando la película del niño se alarga para formar el cuerpo del jóven. Afan de explayarse fuera y ocupar con su sér todo el espacio apodérase del alma nueva; á la par, el seno vírgen tiene un cristal de pureza y de luz donde el mundo se refleja rodeado siempre de nimbos de auroras; de un lado y otro brota la armonía, saltan las corrientes magnéticas de la fuerza creadora, enciéndese la chispa de la confianza impulsora de las acciones; y hé aquí á un rapazuelo convertido en héroe con la sola potencia que le presta el genio tumultuoso de sus años imberbes.

Yo no veia á mi alrededor á nadie más que á mi prima. Parecíame que estaba compendiado en ella el universo entero. Todas las ideas de mi mente eran de ella, todos los latidos de mi corazon por ella eran. Quedábame largas horas contemplándola mudo y extático, y como absorbido por un prestigio sobrenatural que me imposibilitaba de todo movimiento, de toda energía que no correspondiera al arrobamiento maravilloso. No habia tenido aquel amor esos preludios de pasion con que se anuncia la edad de las tempestades. Yo no habia vagado por los campos, solitario y meditabundo; tampoco habia llorado por súbitas é ignoradas tristezas; y ni áun siquiera me habia deleitado contando esos diamantes de fuego que se ven fosforesciendo sobre la bóveda azulada en una noche serena. De pronto engolféme en los mares eróticos, y por ellos caminaba sin borrascas, á favor del viento, y llevando por brújula el iman de las miradas de mi prima.

Juzgad, pues, mi dicha, viéndome al lado de la que amaba y gozando de la libertad y grato aislamiento que ofrece el campo á quien sabe apreciar su trato íntimo, escuchando sus voces de paz y de reposo.

Sin saber cómo, veia florecer en mi mano los sueños más dulces de la vida. Desde el amanecer hasta la hora en que nos separábamos, que era cuando ya la noche iba más que mediada, pasábamos el tiempo en pláticas de amor, en confesiones de interioridades, en planteamientos de planes para un porvenir risueño. Yo no me saciaba de verla jamás; y estábame á veces las horas muertas mirando su rostro, las pintas rojas de su piel rosácea, las chispas de luz que brillaban en sus ojos, ó el suave, sedoso y finísimo vello negro que sombreaba ligeramente las comisuras de sus labios de grana. Sus miradas me seguian por doquiera, su voz me despertaba miéntras dormia. Os lo repito: estaba ferozmente apasionado de mi prima.

* * *

Fuera de esto, los dias siempre iguales trascurridos bajo un mismo techo, adolecian de cierta monótona regularidad. La verbena de San Juan vino á romper el nudo de la madeja enfadosa. Nuestra juventud, amante del bullicio, unida á la vejez fastuosa de mi tia, que gustaba como una reina de recibir ho-



GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués

Anduvimos casi sin hablar largo espacio; cruzamos atajos, salvamos zanjas, saltamos pedruscos que como tortugas yacian pegados al fango cubiertos del verdor aterciopelado del musgo; enzarzamos los piés entre espinos y chapoteamos en los marjales; tronchamos arbustos; desparramamos entretejidas enredaderas; caminamos, en fin, á través de los obstáculos y escabrosidades que hacian el viaje más dificultoso, pero más entretenido. Íbamos mi prima y yo como dos cervatillos, á quienes se les da suelta despues de largo encarcelamiento. Mi tia, entre tanto, marchaba por la angosta senda que, como blanca cinta, serpeaba al borde de las heredades. Muchas veces, en las sinuosidades y recodos de la vereda, ó tras los telones espesos de algun grupo de árboles que se interponia entre nosotros, mi tia nos perdia de vista y entónces nos llamaba; nosotros le respondíamos riendo, ella nos decia que nos acercáramos, nosotros fingíamos acceder momentáneamente á sus deseos, pero, en realidad, cada vez nos íbamos alejando más y más unos de otros, hasta que al fin concluimos por perdernos.

La primera impresion que experimentamos en nuestro descarrío fué un sentimiento de confusion que nos lanzó á un aturdimiento extraño y temeroso.

menajes aunque fueran de rústicos labriegos, fué causa de que se rompiera la cuerda tirante de la ordenanza doméstica á que parecíamos estar sujetos en la granja solariega. Así, pues, hiciéronse presto los preparativos de viaje, como temerosos de que, por lo inusitado del decreto liberaticio, hubiera una contra órden inmediata y de un sentido opuesto y reaccionario. Dispúsose iria asnalmente montada, acompañada por un guarda de la finca, que llevara del ronzal á la noble aunque retozona bestia, para que en caso de encuentro borricuno, no hubiera el correspondiente escarceo amoroso, á que son tan propensos los orejudos animales. Mi prima y yo seguiríamos andando á mi tia. Hízose así y hénos en marcha á todos.

Empezaba á declinar la tarde. El sol, rodeado de algunas nubes, enrojecia las cumbres de las montañas distantes, miéntras que los valles se envolvian en mantos de azuladas sombras, tranquilos y silenciosos como preparándose al sueño. El cielo estaba claro, iluminado de una luz gris, sólo interrumpida á trechos por los reflejos del ocaso que trazaba en la atmósfera largas franjas doradas, como pliegues acuchillados de una capa gigantesca. Fijando atentamente la vista, se descubrian, al cabo de un rato, algunas estrellas, que, ahogadas en los océanos de claridad lechosa del firmamento, parpadeaban como ojos de fuego sumergidos entre infinitas neblinas. Al mismo tiempo los últimos rumores del dia se balanceaban temblorosos en el aire como alas cansadas que no pueden sostenerse y caen al suelo. Los pájaros buscaban sus nidos, las flores la sombra fresca, el viento los filos de las hojas más tiernas donde tocaba las tenues canciones con que arrulla á la tierra. Todo permanecia callado, dormido. Sólo el ruiseñor, de cuando en cuando, soltaba sus notas de cristal, que, como una cascada de perlas, se perdian por el bosque silencioso.

Sin embargo, bajo aquel velo oscuro de sensaciones flotantes habia algo de real y estable que pugnaba por darse á luz; este algo era la certeza de nuestra soledad, estado que tenia mucho de diabólico y que hacia asomar involuntariamente á nuestros labios el vago diseño de una sonrisa de triunfo. A pesar de todo, mi prima no pudo ménos de mostrar sorpresa; su rostro se encendia y palidecia á un tiempo mismo; su respiracion entrecortada, sus palabras incoherentes y sus ademanes cohibidos denotaron la actitud de embarazosa indecision en que se hallaba. Quise yo tranquilizarla, volver la confianza á su espíritu, calmar aquel pecho que, como asustado pajarillo, aleteaba inconsideradamente. Corrí á un lado y otro en busca de mi tia, trepé á las copas de los árboles más encumbrados y con mirada exploradora investigué el espacio vacío. En el ardor de mi tarea, acrecentado por la afliccion que iba apoderándose del alma de mi amada, llegué á posesionarme tan bien del papel de indagador que mis ojos tomaron esa expresion devoradora del leon que escudriña con sus pupilas inflamadas una presa por el vasto desierto.

Pero fué estéril todo trabajo; despues de media hora, larga como lo son todos los momentos trascurridos en el campo, mis caminatas no dieron otro resultado que el extraviarnos más en aquel enredo de árboles, sendas, picachos y atolladeros. Híceselo ver así á mi prima y hablando en verdad, la medrosa señorita no se sobrecogió mucho con esta revelacion mia; sin duda se habia familiarizado ya con la situacion extremada á que el azar nos habia conducido. Noté, por el contrario, un cierto abandono en ella que me la volvió más adorable. El peligro grande ó pequeño compartido por dos séres identifica dos distintas naturalezas y acerca los opuestos electróforos de los caracteres. En aquella ocasion, por lo ménos, ocurrió de este modo. Tuvo entónces conmigo mi prima tales intimidades que me pasmaron. Pasó su brazo por el mio, estrechóse á mí como pudiera hacerlo un niño en el regazo de su madre. El menor ruido de las hojas la estremecia de miedo y su mano se apretaba entre la mia con opresiones convulsivas y apasionadas.

La noche entre tanto habia tendido sus gasas negras por el aire; todo aparecia oscuro, y como envuelto en un velo gigantesco.

Borráronse los lineamientos de las cosas y las sombras produjeron formas espectrales. Los árboles se ordenaban en larga procesion cortada sólo por algun espacio más tenebroso, que un macizo de follaje destacaba á la vista. Bajo las masas de sombría verdura, algunas menudas llamas de fuego azul vacilaban á cada soplo del viento, alargándose ó encogiéndose en el húmedo suelo; la errática tribu de luciérnagas establecia su campamento entre los terrones fangosos, y encendia sus faroles de fósforo para alumbrarse en las tinieblas. El horizonte á su vez resplandecia con su enjambre de abejas de oro, que durante la noche no cesan de mover sus alas de rayos. Todo parecia dispuesto á pasar tranquilamente las horas del sueño; todo estaba en calma excepto nuestros dos corazones. En medio de la laberíntica oscuridad era imposible hallar salida segura á nuestros pasos extraviados. Caminamos, sin embargo, por algun tiempo. Mi prima empezaba á sentir la fatiga, cuando arribamos al borde de un arroyo. La idea de descanso brotó á un tiempo mismo, como la luz de dos disparos hechos á la par, en nuestros cerebros. Reposo, sí, paz fortalecedora era lo más urgente. ¿Pero cómo obtenerlo sin riesgo alguno? La orilla inmediata á nosotros estaba cubierta de lodo; ¿y la de más allá? ¡oh! la de la otra márgen se mostraba vestida de una yerba fina y flexible como alfombra de sedosos plumones. Era aquello verdaderamente un oasis, una isla robinsoniana, una Arcadia que surgia de entre la selva para refugio de dos amantes náufragos.

¿Cómo contaros mi ventura, mi enajenacion, mi delicioso delirio, cuando, para vadear las honduras de las aguas fugitivas, tomé en mis brazos la dulce carga del cuerpo de mi prima? ¿Cómo referiros las palpitaciones de su seno, que como dos ondas gemelas se movian contra mi pecho agitado? ¡Ni cómo relatar tampoco la suave y dulcísima impresion de su aliento apresurado sobre mi boca abrasadora! ¿Cómo, de igual modo, narraros el sublime dejo y abandonamiento suyo, sus brazos en torno de mi cuello, sus piés tocando mis rodillas, su talle descansando en mis manos cruzadas, todo su sér apoyado en mí, como una flor delicada sobre un tallo lozano y robusto? Corria bullicioso el arroyo bajo nosotros, y desplegaba, al rodar, sus mil escamas azules, y murmuraba, en cada hueco que lamian sus lenguas de acero, conversaciones mágicas y halagadoras, sin que pudiera atraer nuestra atencion, embebida con el placer egoista que nos brindaba aquella aventura. Cuando llegamos á la otra orilla y dejé caer á mi prima, sentí que no podia mantenerse de pié. La creí acometida de accidente. Mas ella, anticipándose á toda pregunta, me cerró los labios con su mano. No sé qué me dijo, que era feliz, muy feliz, que á nadie amaria en el mundo más que á su primo. ¡Oh! era yo tambien muy feliz; y yo no queria á otra mujer más que á ella sobre la tierra. Así permanecimos gran parte de la noche, solos, bajo el cielo estrellado, unidas nuestras almas y nuestras manos por un mismo afecto, sin pensar en lo porvenir, ajenos de todo cuidado, concentrando en un minuto de placer la amargura infinita de la vida.

***

La luna asomó su faz arrebolada entre las crestas de un monte. Pensamos entónces en buscar á mi tia. Una esquila sonando precipitadamente, y cada vez más distinta, nos advirtió que una caballería se acercaba. Llegó en efecto á donde estábamos: ¡era mi tia! Nada nos dijo, mas á la mañana siguiente, por disposicion suya, abandonaba la quinta-torreon. Mi prima se casó. Yo corrí muchos lugares. Dolores, caidas, reveses, caprichos de fortuna han bamboleado, como huracan tempestuoso, el árbol de mis recuerdos marchitos. Pero ¡ay! no puedo olvidar nunca aquella noche de San Juan pasada al lado de mi prima. Pureza, entusiasmo, bondad, hermosura, nobleza, celestiales encantos eran las flores que nos rodeaban. ¡Ya pasó! Muchas veces pienso que lo he olvidado; pero, no; la memoria de aquella noche vibra constantemente en mi mente, como música lejana y vagarosa, cuyos principales ecos bastan para que el espíritu, que la conoce, la recomponga en su oído, enamorándole como la primera vez que la oyó trémula de embeleso.

CÁRLOS ARIAS Y MOLLEJO

GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE

de los señores

ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS

(Conclusion)

(Véase la página 359)

Descrito el conjunto de nuestro aparato, daremos ahora algunos detalles acerca de sus diferentes órganos, en especial el motor dinamo eléctrico y las pilas de bicromato de potasa que hemos construido teniendo en cuenta nuestros experimentos.

El motor es una máquina Siemens de nuevo modelo construida exprofeso en los talleres de París, compuesta de una bobina bastante larga con relacion á su diámetro, montada sobre un bastidor de madera. Esta máquina, que pesa solamente 54 kilógramos, produce un trabajo de 100 kilográmetros.

El hélice está formado por dos paletas helicoidales forradas de seda barnizada, cuya deformacion está contenida por la accion de dos tensores de alambre de acero. Este hélice tiene 2 metros 85 de diámetro y se halla unido á la máquina por la intermediacion de una transmision de engranaje en la proporcion de $^1/_{10}$, que produce, por consecuencia, 180 vueltas por minuto, cuando la bobina da 1,800 en igualdad de tiempo.

La batería eléctrica, que podria llamarse el generador del globo de hélice, tiene la misma superficie de zinc y carbones que nuestra batería de ensayo, el mismo número de pilas y el mismo volúmen de líquido. Para reducir considerablemente este volúmen hemos empleado cuatro artesas de ebonita de 6 compartimientos en lugar de los 24 recipientes aislados los unos de los otros. Además, hemos dado alguna mayor elevacion á los vasos, lo cual nos ha permitido disminuir un poco su ancho: la figura 1 representa una de las cuatro baterías empleadas en el globo eléctrico, tal como ha sido ensayada en el laboratorio. Se compone, como es de ver, de una grande artesa con seis divisiones, cada una de las cuales forma un elemento de pila y contiene, montados sobre tiras de cobre plomizadas, 11 carbones delgados y 10 zincs, colocados alternativamente uno al lado de otro.—Los zincs se hallan sujetos á la parte superior por medio de pinzas ó uñas flexibles que permiten renovarlos fácilmente á cada experimento: estos zincs tienen de espesor 0m,0015, para que funcione la pila durante 3 horas y deben estar fuertemente amalgamados. Cada compartimiento se halla provisto en su parte inferior de un tubo delgado de ebonita que comunica con un conducto lateral, unido por medio de un tubo de cautchuc á un gran cubo de ebonita muy ligero que contiene solucion ácida de bicromato de potasa. Al levantar el cubo por medio de una cuerdecita que pasa por entre unas poleas colocadas encima del nivel de la batería, ésta se llena en virtud del principio de los vasos comunicantes, el líquido obra sobre los zincs y pasa la corriente; al paso que cuando se baja el cubo de tal suerte que ocupa la posicion de la fig. 1, el líquido penetra por el tubo de cautchuc, la pila se vacía y cesa de funcionar. Compréndese que por este sistema las pilas comunican entre sí, pero únicamente por medio de conductos estrechos: la resistencia del líquido es bastante para que esta comunicacion no influya en la marcha áun cuando los elementos estén montados en tension.

En la barquilla del globo eléctrico habia cuatro baterías parecidas á las de la fig. 1 ó sean 24 elementos montados en tension, alimentados por cuatro cubos de ebonita conteniendo cada uno 30 litros de la disolucion de bicromato de potasa. La batería se halla situada en la navecilla, que tiene 1m90 de longitud y 1m45 de latitud, de manera que ocupe el menor sitio posible. Dos artesas de ebonita formando doce elementos se hallan colocadas trasversalmente á 0m35 del fondo de la navecilla, y las dos restantes se hallan fijadas á 0m15 por encima: estas artesas están puestas sobre travesaños de madera y aseguradas por medio de hilos tensores; los depósitos de ebonita de los dos ángulos posteriores de la navecilla alimentan las pilas altas, y los otros dos depósitos, situados más cerca de la batería, alimentan las pilas inferiores. Entre los cuatro cubos hay un espacio libre reservado para el operador, que puede hacerlo funcionar todo por sí mismo, tiene al alcance de sus manos las cuerdecitas para elevar los cubos, los ganchos para fijar esas cuerdecitas á la altura que se quiera, el conmutador de vasito de mercurio para dar paso á la corriente y las cuerdas del timon del globo.

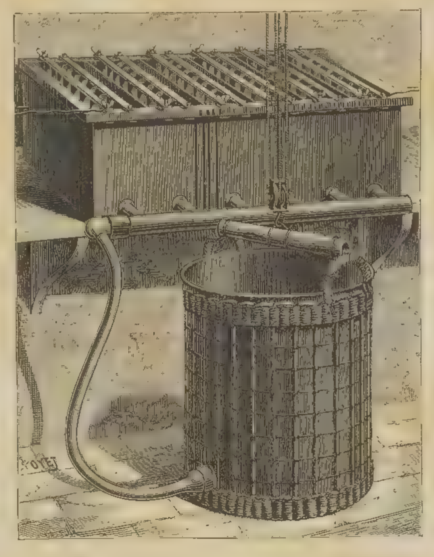


Fig. 1—BATERÍA DE SEIS ELEMENTOS DE PILA DE BICROMATO DE POTASA

La disolucion de bicromato de potasa empleada para hacer funcionar la pila es muy concentrada y fuertemente ácida: se echa en los cubos á la temperatura de unos 40°, lo cual permite aumentar considerablemente la cantidad de sal disuelta é influye de una manera sensible en su accion. Cuando los 24 elementos montados en tension obran sobre el motor, el trabajo efectivo producido es de 100 kilográmetros.

El conmutador de vaso de mercurio empleado se halla dispuesto de tal suerte que permite hacer pasar como se quiera la corriente de 6, 12, 18 y 24 elementos, obteniéndose de este modo cuatro velocidades de hélice.

Los cuatro cubos de ebonita que constituyen los depósitos se hallan forrados de una sólida hoja de cautchuc, con un pequeño agujero destinado á dar paso al aire cuando el líquido sale y atado al rededor del cubo por medio de un hilo de cobre forrado de guta-percha. El cierre por este sistema es sumamente seguro y áun en caso de choque no puede desparramarse la menor cantidad de líquido. Los cubos de ebonita vacíos pesan solamente tres kilógramos cada uno y están reforzados con un tejido de mimbres que les sirve de soporte: unas delgadas cuerdas que pasan por poleas, sirven para levantar los cubos por encima de las pilas cuando hay que llenarlos y, por al contrario, para bajarlos cuando se quiere vaciarlos. En el fondo de la navecilla hay una cubeta de cautchuc, destinada á recibir el líquido en caso de avería. La pila completamente cargada, incluso el líquido, pesa cerca de 180 kilógramos.

Debajo del motor hay un pequeño cesto de mimbre, perfectamente visible en nuestro grabado, en el cual se colocan la alcuza del aceite para el motor, un pequeño frasco con mercurio para llenar los vasos del conmutador colocados en un bloque de boj y los útiles necesarios para desmontar la pila en caso de avería. Esta parte de la navecilla es la posterior. En la delantera se colocan los sacos de lastre, los aparatos de detencion y la persona que ha de maniobrar durante el descenso.

Nuestro dibujo se ha ejecutado con rigurosa sujecion á la verdad y reproduce fielmente todos los detalles de la carga de la navecilla y la manera cómo va sujeto el motor. La máquina Siemens y el hélice que impulsa se hallan colocados sobre una traviesa de nogal, consolidada, además, por medio de hilos muy rígidos, cuya tension puede darse á voluntad y que unen los cuatro extremos de su bastidor á las traviesas superiores é inferiores de la barquilla.

El manejo de esa máquina es sumamente fácil desde la navecilla de un globo. Todo bien preparado ántes de dejar tierra, basta meter un pequeño tenedor de cobre en los vasos de mercurio del conmutador para que den vueltas las paletas del hélice.

No hay peligro de incendio, ni el cambio de peso puede hacer variar la altitud del buque aéreo equilibrado en el aire, ni el operador tiene que ocuparse manualmente de cosa alguna. Unicamente la electricidad podia llenar tan cumplidamente las condiciones fundamentales del motor aerostático.

Pasado el próximo invierno, al regreso del buen tiempo, el primer globo eléctrico de hélice volverá á tender su vuelo.

GASTON TISSANDIER

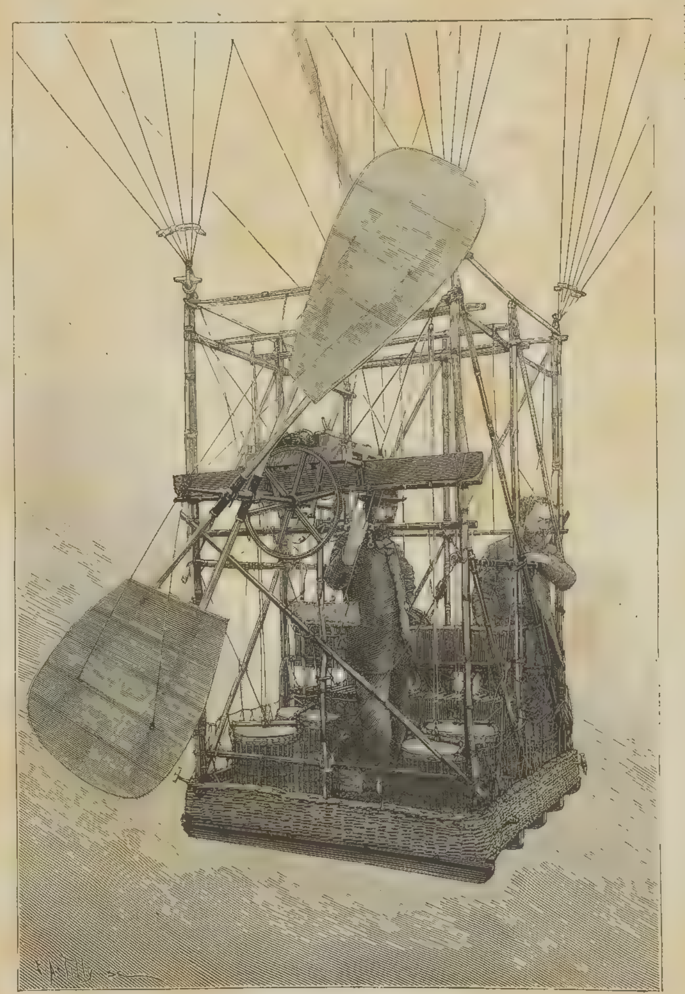


Fig. 2.—BARQUILLA DEL GLOBO ELÉCTRICO VISTA POR LA PARTE DEL PROPULSOR

IMP. DE MONTANER Y SIMON

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 100



EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

El teatro Real.—La fiereza del público.—Tempestad desencadenada.—Eficacia del frac y de la corbata blanca.—Cambio de ópera en concierto.—Buen éxito de *Mefistófeles*.—No ocurre nada.—Descenso de la Bolsa.—El *Anuario taurino*.

Me parece que debo una explicacion al teatro Real.

En el curso de mis revistas he procurado siempre dedicar algunas frases á los distintos teatros de esta corte á medida que la importancia de las obras ó algun detalle de ejecucion lo reclamaban.

Pero no me he ocupado del teatro Real.... Es verdad que si yo debo esa explicacion referente al gran coliseo musical, él nos debia por su parte excelentes voces, interpretacion esmerada, prodigios de arte, en fin, que hubiesen promovido en nosotros instintivas corrientes de entusiasmo....

Y nada de esto nos ha dado.

Mi silencio tiene, pues, justificacion. Hasta ahora el teatro Real no ha estado á la altura de su importancia.

El público de Madrid favorece con notable ahinco aquel teatro. En las buenas temporadas prodúcese allí el fervor artístico en grado eminente. El público forma un conjunto especial, unánime; y merced á sus inapelables decisiones ora eleva á los artistas al quinto cielo de la ovacion y de la fama, ora los somete á pruebas terribles, y ahoga su voz entre protestas formuladas por murmullos, voces de reprobacion y silbidos.

El público es un monstruo colosal, avasallador, imponente, que unas veces se muestra plácido y tranquilo, y otras ruge y se agita con fiereza incontrastable.

Pues bien, este año, el monstruo ha tenido pocas ocasiones de manifestar su agrado.

Hace algunas noches que llegó al colmo de su furia.

Trasformar de repente la ópera *Lucia* en *Dinorah*, era para el público, que ya otra noche habia acogido esta última ópera de mala manera, como si á un animal enjaulado y hambriento le dieran á comer un manjar que le repugnase.

La explosion se hizo esperar muy poco. Fué tolerada la sinfonía de *Dinorah* que es una maravilla de instrumentacion.

¡Pero nada más!

Se levantó el telon, y la gritería más estrepitosa resonó por los ámbitos del espacioso teatro.

La tempestad se desencadenó con ímpetu violento.

No hubo apelacion. Al contrario; un dependiente de la empresa que salió á las tablas para calmar con algunas frases las iras del público fué rechazado unánimemente.

Aturdido con semejante suceso el pobre hombre se habia olvidado de ponerse el frac y anudar á su cuello la corbata blanca.

¡Enorme delito! ¡Cantar mal por un lado y olvidar las reglas de la etiqueta por otro!... ¡Habráse visto cosa semejante!

Este error tuvo sin embargo fácil enmienda.

El dependiente se retiró abrumado bajo el peso de la rechifla pública y volvió á presentarse poco despues hecho todo un caballero.

¡Enhorabuena! Entónces se le escuchó. No hay nada que contribuya tanto á la agudeza del oido como un frac y una corbata blanca vistos sobre un hombre que quiere hablar en el proscenio de un teatro. Los médicos que curan las enfermedades del oido debieran siempre ir vestidos con las prendas susodichas.

Hubo armisticio.

El dependiente manifestó la imposibilidad de cantar otra ópera. Aduló grandemente los intereses del público, y amansó la fiera anunciando la funcion del dia siguiente, y prometiendo una serie de sinfonías para concluir *concertadamente* aquella noche tormentosa.

En efecto, la funcion de ópera quedó trocada en funcion de concierto.

Y la orquesta hizo verdaderos primores.

Porque..... es preciso decirlo, los profesores de la orquesta del teatro Real no pueden ser responsables de las malas facultades de algunos artistas.

Felizmente, ha lucido el sol despues de la tormenta.

Se ha cantado el *Mefistófeles* de Boito con gran éxito. Las señoritas Theodorini y Borghi estuvieron admirables. Masini hizo un papel de Fausto magistral. Sus extraordinarias facultades granjeáronle como siempre unánimes y frenéticos aplausos.

***

La actividad de los acontecimientos se halla suspendida. La semana de Madrid ofrece una aridez semejante á los campos que rodean á la capital de España.

¿Quereis saber qué ocurre? Pues.... no ocurre nada.

Es decir, la *procesion anda por dentro*, como vulgarmente se dice.

Atravesamos una situacion verdaderamente psicológica. Todas las miradas se hallan fijas en la *Bolsa*.... ¿Y qué es la Bolsa? Una entidad que sube y baja á impulsos de aspiraciones secretas, de recónditos temores, de noticias vagas.

Yo he recorrido los teatros en busca de impresiones nuevas.

En todas partes he preguntado:

—¿Qué hay de nuevo por aquí?

—Nada;—me han contestado.—¡La Bolsa está bajando!

Despues he pasado revista á las librerías, y en todas ellas he oido pedir el *Anuario*.

—¿Qué *Anuario* es ese?—pregunté.

Y me contestaron:

—El *Anuario taurino*, recopilado por el revistero de toros que en *El Imparcial* firma sus ingeniosas revistas con el seudónimo de *Sentimientos*.

Quizá no sea de este lugar la mencion de semejante libro. Aunque el toreo se engalana con el sobrenombre de arte, yo tengo para mí que está á gran distancia de las artes calificadas de *bellas*.

Pero hay tanta gracia en ese libro escrito por Eduardo del Palacio; tiene ese fecundísimo autor un caudal de alegría, de donaire, de agudeza tan inagotable, que bien me puedo permitir en breves frases recomendarlo á los numerosos aficionados.

Además el libro en cuestion está lindamente ilustrado por el artista Lizcano.

Hállanse las páginas del *Anuario* llenas de hermosas viñetas que armonizan perfectamente con la viveza del texto.

La venta realizada en las librerías es ya considerable. Dice Fernando Fe:

—Yo tengo mi apellido puesto en este libro.

PEDRO BOFILL

Madrid 23 noviembre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

El príncipe Federico Guillermo Nicolás Cárlos de Alemania es huésped de la hidalga nacion española. LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que por suerte se encuentra alejada de la candente arena política, no necesita saber la causa de la venida del príncipe; le basta con que éste haya pisado, en són de amistad, tierra de España, para desearle toda suerte de dichas bajo el hermoso cielo de nuestra patria.

El heredero de la corona imperial ha cumplido cincuenta y dos años el 18 de octubre último: á los veintinueve era ya oficial general. Al frente del segundo cuerpo de ejército batióse en Sadowa contra los austriacos, y al frente del tercero peleó contra los franceses en Woerth, en Estrasburgo, en Nancy, y sobre todo, en la para siempre memorable batalla de Sedan, en cuyos campos se enterró á un imperio moderno y resucitó un imperio caducado históricamente. Su biografía militar termina en el sitio de París: su talento, su valor y su buena suerte le han valido el grado de feld mariscal, suprema jerarquía en la milicia alemana. Hay que hacerle justicia: tiene ganados bravamente sus entorchados. A su cuna podrá deber muchas condecoraciones que adornan su pecho, el Toison de oro, la Legion de honor, la Jarretiera, los collares de la Anunziata y de San Andrés; pero sus ascensos en el ejército á nadie los debe; son premio de su indisputable mérito.

En 25 de enero de 1858 casó en Lóndres con la princesa Victoria Adelaida, hija mayor de la reina Victoria, que á la sazon contaba poco más de diez y siete años. Ha celebrado últimamente sus bodas de plata: su padre hace ya más de dos años que celebró las de oro. Seis hijos tiene, dos varones y cuatro hembras: el primogénito, Federico Guillermo, cumplirá pronto veinticinco años.

Dícese del príncipe que es persona de vasta instruccion y que conoce bastante á fondo la literatura española. Añádese que siente vivas simpatías por nuestro pueblo, el cual se las agradecerá tanto más en cuanto ménos se acuerde de nosotros al discutirse los grandes problemas de la política europea; y se le supone partidario de la paz, en cual caso Dios se lo premie.

En Madrid se han dispuesto grandes fiestas en su obsequio, como es muy natural en semejantes casos. Figura entre aquellas una corrida de toros, y lo sentimos vivamente. Los toros podrán ser un espectáculo muy nacional; pero dudamos que en Lóndres, por ejemplo, se obsequiara oficialmente á un príncipe extranjero con una representacion de *boxe*, por más que semejante barbaridad sea muy nacional y muy del gusto de los ingleses.

Es de esperar que el príncipe no juzgará de la cultura española por las escenas que tengan lugar en la piaza de toros. A nosotros se nos figura que con más gusto asistiria S. A. á la representacion del *Alcalde de Zalamea*, ejecutado por Valero y Vico, lo cual fuera más digno de la patria de Calderon.

UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F. Smallfield

Este actor pertenece á tiempos pasados. En los nuestros, cuando un actor se retira, que nunca ocurre miéntras no le retira el público con sus desaires, muy al contrario de criar opíparamente á un enjambre de gatos, le ocurre algunas veces envidiar la suerte de los felinos que disfrutan de la vida tendidos indolentemente sobre adamascado sofá ó acurrucados encima de la caja del brasero de alguna vieja solterona.

El actor de nuestro cuadro se ha retirado con todos los honores y por lo visto con todo el sueldo. Esto le permite recibir á esa jóven, probablemente una actriz en embrion, con el aire protector de una majestad, que si ha dejado de gobernar, no por esto se siente ménos poseida de su importancia. La jóven, por al contrario, penetra en la estancia con cierta timidez, con esa timidez propia del soldado que se dirige á un general famoso. Sin duda ha oido referir los triunfos escénicos del personaje cuya proteccion solicita, y al encontrarse con un simple mortal allí donde creyó habérselas con un semi dios vestido de brocado y talco, el mismo desencanto es causa de su turbacion. ¿Quién sabe si iba prevenida para introducirse con un centenar de alejandrinos de Racine, y no acierta con un prosaico:—Dios guarde á V., caballero?

Los dos personajes del cuadro están en situacion y el conjunto tiene notable sabor de época.

EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann

Con dificultad puede darse una imágen más completa de la fuerza bruta. La lucha está empeñada entre los dos irracionales más poderosos del desierto: el búfalo es el contendiente más digno del leon.

Algo mayor que un toro regular, dotado por la naturaleza de un armamento que hace poco ménos que irresistible su acometida, robusto, ágil, diestro en el manejo de sus terribles cuernos, el búfalo es el solo animal que puede medir sus fuerzas con las fuerzas y las armas del rey de los bosques.

A su poder hay que juntar su valor, y con valor y con poder se permite disputar al leon la presa que éste cree segura, ya no traidoramente como la pantera, ya no por medio de la resistencia pasiva como el elefante; sino frente á frente, rugiendo con la misma fiereza de su rival, como un coloso reta á otro coloso, como un rey disputa á otro rey una corona.

La escena es espantosa y cuando, al par de la sangre, se mezclan los rugidos de entrambas fieras, ningun habitante del bosque, incluso el tigre real, es osado á salir de su caverna por temor de saciar la sed de matanza de que los combatientes se hallan poseidos.

Y cuando uno piensa que el hombre, tan débil en el órden físico, doma al leon y al búfalo y hace pesar sobre uno y otro el despotismo de su inteligencia, es fuerza acoger con una sonrisa de compasion á esos filósofos que todo lo reducen á materia y para los cuales el rey de la creacion no pasa de ser un animal de órden bastante secundario, que puede terminar en el mono ó quizás proceder de él.

UNA BODA EN BRETAÑA
Preparativos para el banquete.—El baile.

Bretaña es el país de Francia que ménos vive en Francia, al ménos en la Francia moderna. Allí las personas y las cosas, las fisonomías, los trajes y las costumbres, parecen haberse estacionado hace mucho tiempo.

Así, por ejemplo, una boda, que, por lo regular, no pasa de ser una fiesta de familia, constituye un verdadero acontecimiento, en que toma parte toda la poblacion de la localidad en que se celebra, y áun todos cuantos quieren agregarse voluntariamente. Los bretones tienen costumbres patriarcales y sabido es que la hospitalidad es el más generalizado deber en los pueblos primitivos. De esta suerte, no es de extrañar que cuando llega la hora del banquete, se coma en todos los aposentos de la casa paterna, sin perjuicio de sus afueras; espectáculo que recuerda las opíparas bodas de Camacho tan apetitosamente descritas por el gran Cervantes.

No es ménos típico el baile que tiene lugar despues del banquete, baile tan tranquilo y honesto que casi casi deja de ser baile.

Al dia siguiente, con las sobras abundantes del anterior festin se adereza nuevo banquete, en que se sientan todos los pobres de la comarca, servidos, con amabilidad suma, por las familias de los novios.

Muchos son los *touristes* que encuentran soporíferas las costumbres bretonas; y sin embargo no carecen de poesía y de encanto para aquellos que respetan cual se merece á los pueblos unidos en el comun sentimiento de Dios y Patria.

MONUMENTO Á ALEJANDRO DUMAS
proyectado por Gustavo Doré

Paris acaba de satisfacer una deuda de honor, pues empeñado se halla el honor de los pueblos en perpetuar la memoria de sus grandes hombres. Alejandro Dumas (padre) el popular novelista, el inagotable proveedor de los principales folletines franceses, el célebre autor de *Los tres mosqueteros* y del *Conde de Montecristo*, tiene un bello monumento en la plaza Malesherbes de la capital de Francia.

Ese monumento fué proyectado por Gustavo Doré, que para honrar á tan insigne escritor se necesitaba el concurso de tan insigne artista. La idea es tan sencilla como apropiada: en el pedestal un grupo de tres personas figuran deleitarse en la lectura de una de las obras del fecundo ingenio: estos lectores pertenecen á distintas clases sociales, pues el mayor mérito de Alejandro Dumas consistió en hacerse interesante para todos. Jamás su talento sirvió á una causa dada; de aquí su verdadera popularidad. Remata el monumento la hermosa estatua del gran novelista, tranquilamente sentado, reflejándose en su semblante, á la par de su poderosa inteligencia, aquel festivo humor que fué su mejor amigo en la opulencia y en la desgracia, que de todo hubo en su accidentada vida.

El general aplauso con que ha sido acogida esta obra, demuestra que á la gloria póstuma se camina por la bello senda que recorrió Alejandro Dumas, y no por el fangosa torrente que en mal hora cruzan Emilio Zola y sus adeptos.

VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO á España

La llegada á nuestra patria del príncipe imperial de Alemania, nos ha sugerido la idea, que creemos aprobarán nuestros lectores, de publicar algunos grabados que tengan relacion con su viaje. A este fin damos hoy en lugar de la acostumbrada lámina suelta, y aparte del retrato de S. A. I. que incluimos en la plana primera, cuatro páginas que contienen una vista del *Prinz Adalbert*, buque de la armada alemana en que el príncipe ha efectuado la travesía de Génova á Valencia; otra, de grandes dimensiones, de dicho puerto italiano; otra de un punto de la pintoresca costa valenciana, y por fin otras tres que representan la *Plaza Mayor* y la *Puerta del Sol* de Madrid, y el régio alcázar de los monarcas españoles.

En los siguientes números insertaremos asimismo otras vistas de las poblaciones que recorra el príncipe Federico Guillermo durante su excursion por España.

EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

I

Durante una velada primaveral, Tony Grice, el famoso *clown*, vulgo payaso, lucia como de costumbre sus habilidades; ejecutaba con limpieza y garbo extraordinarios sus saltos y cabriolas, sus equilibrios y caidas, sus tumbos y contorsiones, en la redonda arena del Circo de Price.

¿Y el público? ¡Oh, el público!... Baste deciros que se trataba de una noche, no, de un *dia de moda*, para comprender vosotros que aquél era numeroso y ofrecia un conjunto abigarrado que, partiendo del buen tono, remataba en cursi. Y esto se explica fácilmente: apénas un círculo cualquiera cobra fama de distinguido, concurren á él muchas personas vulgares, gran número de elementos extraños, anhelosos de distinguirse, cual si al respirar la atmósfera del salon, del teatro ó lo que sea, por la garganta y por las ventanas de la nariz hasta la médula de los huesos se les entrara la distincion; ésta, á pesar de ello, no se improvisa ni se finge á los ojos del buen entendedor; la distincion es innata en las personas á quienes con frecuencia se la otorga la naturaleza sin más ley que su capricho; por esta razon sin duda, yo recuerdo haber visto, y vosotros tambien, duquesas muy vulgares y costureras muy distinguidas.

El buen tono, ó sea la flor de la sociedad, lo compone, pues, una exigua minoría; todo lo demás es hojarasca. Aquella noche, en el Circo, veíanse aquí y allá, en los palcos y en las sillas, algunas damas aristocráticas destacándose entre la multitud, como encendidas rosas entre las oscuras hojas de un rosal.

Todo ello no obsta para que una gran parte del público, sobre todo el de las gradas, se hallara pendiente, crispado, mejor dicho, ante las gracias y desgracias de su payaso favorito. Eran de ver y de admirar lo fijo de las miradas, lo abierto de las bocas, lo estirado de los cuellos, lo violento, en fin, de las posturas, en aquellos cuerpos, dentro de los cuales parecia el alma saltar y contorcerse como el *clown* sobre la arena. A cada gracia de éste, á cada gesticulacion inesperada, á cada equilibrio difícil ó á cada salto peligroso, aquella estupefacta muchedumbre oscilaba y agitábase de un modo semejante al de las copas de un robledal, sacudidas por un viento huracanado, fingiendo con sus aplausos, murmullos y risotadas, el crujido de las ramas al desgajarse y chocar unas con otras.

En una silla de las de tercera fila, confundido entre los espectadores, veíase á un jóven de rostro simpático y porte distinguido, en quien lo muy cepillado y no flamante de su traje revelaban á los ojos del sagaz observador más aseo que fortuna. Este jóven, con ojos y manos puestos en un periódico, parecia no cuidarse poco ni mucho de las habilidades y chocarrerías del payaso que á los demás regocijaba.

De pronto, los aplausos se hicieron más fragorosos y más expansivas las risotadas; en el mismo momento el jóven, habiendo sin duda terminado su lectura, dobló el periódico y lo guardó maquinalmente en el bolsillo posterior de su *chaquet*.

—¡Que se repita! ¡Otro! ¡Otro!—gritaban como energúmenos muchos admiradores del *clown*.

—¡El tren! ¡El tren!—añadian los restantes.

Nuestro jóven sacó un flamante reloj de níkel, miró en él la hora, hizo una mueca imperceptible y paseó por el Circo una mirada distraida, una de esas miradas que se fijan en todos sin ver á ninguno. No obstante, entónces vió.... á su derecha, dos sillas más allá, en la misma fila, vió á una jóven, casi una niña, cuyas prendas y circunstancias visibles despertaron su instinto observador. La niña, llamémosla así á pesar de la longitud de su falda, sin ser lo que se llama una real moza, atraia á medida que se la miraba: tenia una cabeza artísticamente colocada sobre los hombros; la caida de éstos, el cuello, la espalda y el seno dibujaban suaves, graciosas y undulantes curvas; su cabello, fino, ensortijado y lustroso, no cabia en un sencillo sombrero de paja, tan parco en adornos como rico de elegancia; la frente de la niña era espaciosa y no la velaba esa especie de flequillo de rizos con que las mujeres se empeñan en inventar gracias ramplonas, destruyendo las naturales; tenia muy pobladas las cejas y muy largas las pestañas, muy negros los ojos, muy blancos los dientes, muy rojos los labios, muy correcta la nariz, redonda y carnosa la barba; su aterciopelado cútis era de un color moreno claro y casi diáfano; lo inteligente de la mirada y lo modesto al par que distinguido de su porte, absorbieron del todo la atencion de nuestro jóven, cuyos ojos se posaron en la niña, como en la copa de una acacia dos pardillos cansados de volar.

Tony Grice y otros dos *clowns*, singularmente unidos de piés y manos, rodaban en aquel momento sobre la arena del Circo, simulando los vagones de un tren disparado á gran velocidad, miéntras el público aplaudia á más y mejor la habilidad de los payasos; éstos deshicieron de improviso el tren, púsiéronse en pié de un salto y comenzaron á darse unos á otros de cachetes, entre brincos y carreras desordenadas, chistes groseros, ademanes innobles, que provocaron entre la multitud estrepitosas risotadas.

La niña no pudo contener un leve gesto de impaciencia, y un ligero bostezo contrajo la rosada boca, haciendo resaltar la blancura de sus dientes. Este bostezo y este impaciente gesto acabaron de atraer al jóven.

—No la divierten las chocarrerías; alma delicada y culta,—dijo para sí.

—¿Te aburres, hija mia?

—No, papá, jamás me aburro á tu lado,—respondió sencillamente la interpelada.

El designado con tan respetable título era un caballero flaco y canoso, de aspecto simpático, y vecino de silla de nuestro jóven.

—Si te parece, nos iremos,—repuso.

—De ningun modo; quiero ver los leones.

—¿Pues no decias que te asustaban?

—Así es la verdad; pero el susto supone una emocion, la emocion oculta un sentimiento, y quien no siente no vive.

Estas palabras, proferidas con adorable sencillez, sacaron, si vale la frase, sacaron de quicio el alma de nuestro jóven. Miró á la niña con expresion tan singular, que ésta, al advertirlo, se ruborizó.

—¿Falta mucho para la exhibicion de esos animalitos?—preguntó el caballero.

La niña tentó sus bolsillos y dirigió una mirada en torno de su persona, buscando inútilmente el programa de la funcion.

—Si me permite V...—se aventuró á decir el jóven, alargando el suyo al caballero.

Este aceptó, dándole las gracias con exquisita cortesía.

—*Caballo montado á la alta escuela por Mlle. Marietta.... La percha maravillosa.... Intermedio de....* Faltan tres números,—dijo devolviendo al jóven su programa, despues de recorrerlo rápidamente con la vista.

Los *clowns*, en tanto, continuaban haciendo de las suyas. En aquel momento, Tony Grice se detuvo en el punto de la arena más inmediato al que ocupaban nuestros personajes, y dirigiendo la vista y el ademán hácia la niña, profirió estas palabras:

—Mi estarrr enamorrado de esa señorrrita.

—¿Osté?—le preguntó un segundo *clown*.

—M'

—*Allora vi darò un schiaffo.*

¡Paf!... ¡Puf!... Oyéronse dos sopapos y ambos payasos rodaron por la arena. El público soltó una ruidosa carcajada.

La niña, cubierta de rubor, no sabia qué postura adoptar ni adónde volver los ojos. El caballero la miraba con inquietud y dirigia al propio tiempo furiosas miradas á los *clowns*.

Como éstos se dispusieran á proseguir la broma, nuestro jóven les arrojó un puñado de cigarros que distrajeron la atencion de los payasos, llevándolos al lado opuesto del redondel, hasta que saltando y riñendo, desaparecieron entre los aplausos de la multitud.

—¡Gracias á Dios!—profirió involuntariamente el jóven.

—¡Cómo! ¿No le gustan á V. los payasos?—preguntó el caballero.

—Ni chispa.

—Creí....

—¡Oh!.... ¡no!—interrumpió el jóven, como quien se apresura á rechazar una grave acusacion.—Si les arrojé mis tabacos, fué para librar de sus impertinencias á esa señorita.

La niña, ruborizada como nunca, se inclinó ligeramente.

—Por lo demás, estos espectáculos me parecen de lo más amanerado, y no suelo concurrir al Circo sino una vez por temporada, cuando se anuncia en él algo extraordinario. Esta noche, pongo por caso, he venido á ver al capitan Cardono y sus cinco leones.

—Tambien nosotros,—afirmó el caballero.

—En cuanto á los *clowns*,—repuso el jóven,—los aborrezco con toda mi alma, en el buen sentido de la palabra, por supuesto; quiero decir que aborrezco al *clown*, no al hombre. Esos trajes abigarrados y anti-estéticos, esas pelucas terminadas en punta, esos rostros embadurnados, esas frases estúpidas, esos modales grotescos y esos golpes simulados, me parecen una monstruosa abdicacion de la dignidad humana. Al verlos, en lugar de echarme á reir, si no temiera el ridículo, me echaria á llorar... A llorar, sí,—prosiguió con cierta exaltacion;—á llorar por la dignidad humana, víctima de esos bufones innobles, por la estética disfrazada de payaso en ese traje ignominioso, por la inteligente expresion que, á semejanza suya, puso Dios en nuestro rostro, enterrada bajo esa nutrida capa de albayalde; por el buen gusto y la delicadeza, en fin, muertos en ese público mayor de edad, que los aplaude y con ellos se divierte.

La calurosa peroracion del jóven, quizás por lo imprevista, iba cautivando al caballero hasta el punto de hacerle olvidar, á pesar de sus aficiones ecuestres, que Mlle. Marietta montaba en aquel momento á la alta escuela un magnífico caballo. En cuanto á la niña, lo fijo de su mirada, lo inmóvil de su actitud, descompuesta sólo por algunas ligeras cabezadas de asentimiento, revelaban claramente el interés, no me atrevo á decir el entusiasmo, con que oia al jóven.

—Con todo,—prosiguió éste,—enfrascado en tales y tan tristes consideraciones, pienso á lo mejor que los *clowns* son hombres obligados á luchar por la existencia, á defenderse así del hambre que devora á quien no come, y entónces no puedo ménos de compadecerlos y de sentirme profundamente conmovido. ¡Ah! juzgamos con ligereza de las cosas y no solemos ver sino la superficie de ellas. Ese mismo *clown*, que acaba de entregarse á una verdadera orgía de saltos y cabriolas, de ordinarieces bufas, de risas sardónicas y de chistes trasnochados, ¡quién sabe! Acaso, obligado por la necesidad, haya venido al Circo despues de ver morir á su madre, á su hermano ó á su hijo, y todas esas gracias que tanto han divertido á los espectadores no sean otra cosa que accidentes del llanto ó convulsiones del dolor; acaso, al volver á su domicilio, despues de la funcion, le aguarde en él su padre moribundo ó la miseria con su implacable séquito de horrores; acaso sienta su corazon destrozado por las torturas de un amor sin esperanza; acaso él mismo sea un hombre culto, sensible, ilustrado, y el primero en reprobar su bajo oficio, y el único en reirse de ese público vil al cual divierte. ¡Horrible, muy horrible el llanto, sangre del alma herida por el dolor; pero más horribles aún el chiste forzado, la carcajada sardónica, la mueca con honores de risa bajo la cual se esconde el llanto!....

El caballero, absorto en escuchar al jóven, ni siquiera miró al redondel cuando Mlle. Marietta, haciendo saltar la valla del mismo á su caballo, desapareció entre un trueno de palmadas. La niña, en tanto, sin replicar palabra, apresuróse á enjugar una lágrima indiscreta que, á pesar de ello, no pasó inadvertida al orador.

—Sin embargo,—concluyó este último,—no considero necesario el oficio de *clown*, ni que ese público grosero venga á divertirse con tales chocarrerías: existen profesiones, oficios más nobles con que atender al preciso sustento, espectáculos más cultos é instructivos con que proporcionarse unas horas de solaz y esparcimiento.

Proferidas estas palabras, todos callaron, entregado cada cual á las reflexiones que el caso le sugiriera.

—¡Papá, papá, los leones!—dijo al fin la niña, alborozada.

En efecto, una enorme jaula, cuyo interior ocultaban grandes planchas de metal, rodó al impulso de forzudos brazos hasta el centro de la arena. Un rugido imponente como una voz de mando, terrible como una amenaza de muerte, estremeció á la con-



UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F Smallfield



EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann

currencia, hizo latir aceleradamente los corazones, concentrarse las miradas y la atencion en el lugar donde se ocultaban aún los reyes del desierto.

—¿Ve V.?—repuso el jóven dirigiéndose nuevamente al caballero,—ese espectáculo será peligroso, inmoral, todo lo que V. quiera; pero no degrada y, por mi parte, confieso que me seduce. Encuentro algo terriblemente grande en esa lucha y en esa victoria del hombre sobre el bruto, de la inteligencia sobre la fuerza, del rey de la creacion sobre el rey de los bosques. Luégo, ese palpitante interés, esa emocion suprema que experimenta todo un público hasta ver quién vence á quién, en lugar de degradarlo, desarrolla en su corazon el sentimiento y le presta nuevo brio.

El caballero hizo con la cabeza una señal afirmativa que secundó la niña.

Cayeron las planchas que ocultaban el interior de la jaula, y el público pudo admirar, con toda su rugiente fiereza, á cinco leones, cuyos ojos inyectados en sangre, cuyas flotantes melenas y garras amenazadoras parecian desafiar á los espectadores. Observóse en el compacto público cierta undulante agitacion que recordaba un campo de rubias mieses sacudidas por el viento.

El capitan Cardono saltó en medio de la arena, siendo saludado con un aplauso general. Era un hombre en toda la fuerza de la edad, moreno, nervudo, de gentil presencia, de mirada audaz, robusto cuello y abundosa melena, cual si en ella quisiera competir con los leones. Llevaba la cabeza descubierta; vestia botas de montar, ajustado y recio pantalon de ante, largo casacon de paño con bordados, ceñido por un cinto de cuero, en el cual brillaban las cinceladas culatas de dos pistolas, y empuñaba un látigo en la diestra.

Dirigióse resueltamente á la jaula de los leones que, al verle, rugieron de coraje; abrió con cautela la puerta y entró cerrándola tras sí. Las cinco fieras comenzaron á saltar desordenadamente en todas direcciones, amenazando con garras y fauces al capitan, sin que por ello se atrevieran á tocarle. Era de ver y de admirar cómo el intrépido domador les daba de latigazos, irritándolos con el gesto y con la voz; ya con saltos redoblados los veia sobre su cabeza, cual banda de hambrientas águilas, ya revolverse rugientes á sus piés, alta la garra y la fauce amenazante; ya avanzaban furiosos contra él, ya retrocedian acorralados hasta un rincon de la ferrada jaula. El capitan echó mano á sus pistolas, cada una de dos cañones, y uno tras otro descerrajó los cuatro tiros á las feroces fieras. Y las voces imperiosas del domador, y los rugidos imponentes de los leones, y el estruendo de una y otra detonacion, y el resplandor de los fogonazos, y el rápido saltar y revolverse de aquellos cinco brutos en torno de una figura humana, formaban un conjunto salvaje, informe, aterrador, que helaba la sangre en las venas y suspendia la respiracion en los pulmones. Era aquello algo parecido á una lucha de titanes, á las embestidas del mar alborotado, á los ímpetus del huracan tronchando un bosque de encinas seculares; era, en fin, un espectáculo aterrador, indescriptible.

Nuestro jóven, no obstante, intentó describirlo, diciendo:

—¡Soberbio! Así, en la jaula del cerebro humano, luchan y se revuelven las pasiones, más rugientes aún que las fieras del desierto, contra la razon, su domadora. Miéntras la razon triunfa, como aquí el domador de los leones, el latente espectáculo cerebral no deja de ser una diversion, un nuevo encanto de la vida; pero si las pasiones, es decir, las fieras, devoran á la razon, que debió domarlas, el hombre es devorado á su vez por las pasiones, la conciencia sucumbe y el espíritu rueda hasta el fondo del abismo.

—¡Bien comparado, jóven!—no pudo ménos de exclamar el caballero.

La niña, aunque nada dijo, posó en el semblante del filósofo una mirada investigadora, larga y profunda, cual si quisiera penetrar hasta el doblez más recóndito de su alma.

En el mismo instante, el capitan, saliendo de la jaula, cerraba rápidamente la puerta, hasta la cual con sus amenazas y rugidos le acompañaron los leones, entre una tempestad de bravos y palmadas que el público, entusiasmado, tributaba al domador.

Por tercera vez salia éste al redondel á saludar y ser saludado por los espectadores, cuando la niña, de pié y con el abrigo puesto, se dispuso á abandonar el Circo, seguida de su padre. Ni uno ni otra lo verificaron sin dirigir un ligero saludo al jóven, que contestó respectivamente:

—A los piés de V... Beso á V. la mano.

Luégo, su primer impulso fué levantarse y seguirles, con objeto de averiguar el domicilio de la hermosa niña. Considerando empero un vil espionaje semejante accion, inmóvil en su sitio, se contentó con no perderlos de vista hasta que hubieron desaparecido.

II

En Madrid, nada más fácil que averiguar la vida y milagros del prójimo: la rodante murmuracion os los cuentan cien veces sin que querais saberlos. A los ocho dias, Miguel (así se llamaba nuestro jóven) supo que el caballero, llamado á su vez D. Justo del Cigarral, último vástago de una noble familia toledana venida muy á ménos, habia renunciado á ostentar el título de conde, por avenirse el condado muy mal con su mermada fortuna; que el dicho D. Justo veíase en la precision de desempeñar un destino en el ministerio de Estado, con el haber de siete mil quinientas pesetas anuales; supo, además, que este funcionario público era viudo y que con Lucía, su única hija, habitaba un tercer piso en la calle de Bailén; supo, en fin, para feliz coronamiento de sus informes, que al dejar atrás los quince abriles, ya la discreta hija de D. Justo hacíase digna de su nombre bautismal, pues por su belleza de alma y cuerpo *Lucía lucía* donde quiera que se presentase.

Miguel recibió con singular satisfaccion tales noticias y alegróse por todo extremo de que la niña no fuese rica, considerando muy discretamente que las riquezas suelen ser foco de corrupcion, ó verdugos del sentimiento, ó valladar infranqueable para un jóven pobre, aspirante á la mano de una doncella opulenta, honrada y no mal parecida.

En Madrid, nada más fácil que disminuir la distancia entre dos ó más personas, gracias al frecuente y expansivo trato social de los madrileños. En su consecuencia, á los dos meses de la referida exhibicion de los leones en el Circo de Price, fuese casualidad, fuese obra del primero, Miguel, Lucía y el padre de ésta se encontraron de nuevo en una tertulia, y fueron mutuamente presentados por la señora de la casa. Padre é hija supieron entónces por boca del mismo jóven, que éste era natural de Madrid; que formaba parte de una modesta y poco numerosa familia; que habia terminado la carrera de leyes, bien que sin pleitos todavía, y que era, como la hija de D. Justo, huérfano de madre. Supieron poco despues, y eso no lo dijo Miguel, pero lo notaron ellos, que poseia una educacion esmerada, unos conocimientos nada vulgares, un espíritu recto, un *sentido* para él mal llamado *comun*, puesto que era muy superior al de la inmensa mayoría de los mortales, y una delicadeza de gustos y sentimientos todavía ménos comun entre los individuos del sexo no siempre con razon apellidado fuerte.

Una de las conversaciones entre nuestros personajes versó sobre la funcion del Circo de Price, durante la cual se conocieran, sobre los espectáculos gimnásticos y los *clowns*, vertiendo Miguel tantas y tan luminosas ideas, formando tan atinados conceptos, descubriendo tan exactas apreciaciones, que acabó de granjearse en breve las ya nacientes simpatías de D. Justo y de su hija.

Miguel tenia un verdadero interés en concurrir á la tertulia, que se verificaba todos los juéves, y sus nuevos amigos, por otro lado, tampoco faltaban á ella.

Lucía se iba acostumbrando insensiblemente al trato de Miguel, y si tal vez fuera aventurado decir que amaba al jóven, no lo será el asegurar que amaba su conversacion, lo cual venia á ser lo mismo, profesando á su interlocutor una reconcentrada simpatía y una franca admiracion hácia el saber y entendimiento que aquél, sin vanidad y sin querer, á cada paso revelaba. Y no eran por cierto injustificados estos afectos de Lucía: el trato de Miguel, además de su exquisita finura, era encantador por lo original; en cuanto á su conversacion, amena, pintoresca, salpicada de imágenes ingeniosas, de pensamientos profundos ó sublimes, expresados siempre en un lenguaje llano y culto, no se parecia á la de los demás hombres. No solia abusar de la galantería, pero al usarla alguna vez, eclipsaba con ella á todos los galanteadores de oficio; y como quiera que no las prodigaba, sus frases galantes tenian más valor que las de ningun otro. Sin duda por aquello de que adonde quiera que fueres haz lo que vieres, bailaba como un simple y frívolo mortal, sin dar importancia al baile y burlándose ántes bien de los bailadores, á cuyo propósito solia decir que el salon, atestado de parejas saltarinas, se le antojaba enorme olla donde hirviesen judías.

Por lo demás, Miguel admiraba constantemente la discrecion y belleza de Lucía, y bien podia decirse de él que estaba enamorado, aunque en modo alguno declarase á su amiga semejante sentimiento.

Ambos habian bailado juntos muchos valses y ejercido repetidas veces el noble comercio de sus ideas, cuando una velada, en la tertulia, la amiga dijo al amigo:

—Miguel, ¿quiere V. que juguemos un décimo á la lotería?

—¡Cómo! ¡Es V. jugadora!

—He tenido una corazonada.

—¡Tambien supersticiosa!

—¿Quién se libra, siquiera un momento, de supersticiones?

—No he jugado nunca.

—Mejor; dicen que el que juega por vez primera, gana.

—Preocupaciones.

—Creo que con V. me va á tocar.

—Siendo así, no quiero incurrir en la crueldad de negar á V. la suerte. Estoy á sus órdenes, Lucía.

Sin fe en las corazonadas, ni en el azar, Miguel aceptó, por complacer á su amiga, y tambien por otra razon ménos generosa: le halagaba aquella comunidad de intereses con Lucía.

Jugaron, pues, á medias un décimo de seis pesetas, y como era de esperar, no les tocó.

—No hay justicia en la tierra,—dijo Lucía,—V. merece ser rico.

—No me asuste V.; si lo merezco, jamás llegaré á serlo.

—Renuncio á probar fortuna por ese lado,—repuso la jóven.

Y se burló discretamente de su corazonada, y no volvió á mentar á Miguel la lotería.

En esto se fué acercando la canícula y, segun costumbre de todos los años, comenzó en Madrid la dispersion general. Miguel, á pesar de ello, no abandonó la corte, porque no le era fácil permitirse viajes de recreo, ni podia resolverse á imitar con este objeto á los que toman dinero prestado ó se arruinan tras fútiles caprichos. D. Justo y su hija tampoco la abandonaron, ya por análogas razones que Miguel, ya por atender el primero, escrupuloso en grado sumo, á las exigencias de su destino. De acuerdo con otros tertulianos, que igualmente permanecian en Madrid, trasladaron la reunion á los jardines del Buen Retiro, durante las noches de concierto.

(Continuará.)

FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE CAZA

EN LA CIUDAD

Aquel dia experimentóse un extraño fenómeno que no dejó de alarmar á los sabios. Absurdos rumores corrieron por la tierra, y hallando eco en los corazones timoratos, hicieron creer á algunos que una nueva irrupcion de hunnos y suevos amenazaba el antiguo mundo, á esta Europa desdentada y achacosa, como vieja harta de goces y alifafes.

Las escopetas saltaron dentro del armero, y disparándose voluntariamente, aguzaron el oído para escuchar las armonías alegres de vida, primavera y juventud, que el campo enviaba á la ciudad en brazos del aire.

Un zurron de caza abrió su boca, mostrando aquellas sus honduras de tela de lienzo manchado con sangre de conejos. Las perdices urbanas que dentro del jaulon de alambre languidecian como *Eugenia Grandet* esperando al amor de su alma, esponjaron el plumoso ropaje, alargaron el cuello, entornaron dulcemente los ojos, y abriendo el rojo pico parlero, exclaman, poco más ó ménos, el siguiente estupendo discurso: «¡Llegó, llegó la fecha! Ah ingratas hermanas nuestras, que nos tachais de falsas y traidoras, porque, con nuestro cantar alharacoso y alegre, os atraemos ante la escopeta de los hombres; no es culpa nuestra el que vosotras vengais...

»Nosotras cantamos porque nos sale del alma el cantar; porque, enfermas de *saudade*, si no cantáramos nos ahogaríamos; porque así como la caldera de vapor habria de reventar si no arrojase el blanco vaho, nosotras reventaríamos si no echásemos al mundo los gorjeos de nuestra pena negra y sin fin. ¡Dia feliz! Mañana saldremos al campo; mañana nos oireis cantar... pero no acudais. ¡Contestadnos desde léjos!...

Los sombreros de paja de inconmensurables alas quisieron tomar vuelo como enorme mariposa, hasta colocarse en las cabezas de los cazadores, que agrupados á la sombra de aquel emparrado, habian sentido hervir en su cerebro la burbuja que determina la idea segun los materialistas, y trazaban sobre el mantel de la mesa el plan de la próxima expedicion venatoria.

Son un ejército por lo numerosos; una tribu salvaje por lo desigual de sus armas y vestidos; una comunidad de frailes por lo cuidadosamente que rellenan las alforjas de apetitosos bocados, y el ventrudo botillo pezoso y rezumon de corroborante zumo divino y excitante. Unos llevan correcto vestido de exquisita elegancia, sombrero de fieltro con pluma de pavo real, que coqueta se balancea como el pompon de un cabo de gastadores. Otros van en mangas de camisa, como el *Don Frutos* de Breton. No falta quien se cubra el velloso pecho con gruesa tela de crudo lienzo, ni quien lleve los rudos brazos al aire ennegrecidos de ludir con soles y tramontanas.

Todos llevan el mismo pensamiento: cazar. Sus escopetas serán más ó ménos costosas y certeras, pero todos desempeñan el mismo oficio: cazan. Unos se encaminan al castillo elegante, donde les aguardan todas las comodida-

des de la ciudad y todos los placeres campestres, miéntras otros dormirán, á cielo descubierto, sobre la dura tierra, con la cabeza apoyada en el zurron; pero éstos y aquéllos, al reposar sus cuerpos sudorosos despues de la faena del dia, cuando el dios del dormir les toca con su dedo índice en las cansadas pupilas y caen en un sopor dulce y deleitoso, sueñan con un amanecer sonrosado, fresco; con una ladera erizada de zarzales, gallombas y lentiscos de la cual, como que brotan los conejos en cuadrillas, las perdices en falanges, las codornices en bandadas, los gamos en inmensidades numéricas; y en que, sobre toda esta animacion de la floresta, mil bocas de fuego sacan sus lenguas de pólvora inflamada, pronunciando palabras que matan, diezman y asolan á los míseros habitantes de la selva.

En el pueblo, la botica es el cuartel general de los cazadores. Allí se espera el dia de la apertura de la caza y suelen oirse estas palabras:

—«Mañana es.»

—«De hoy en ocho dias... al campo.»

—«Pasado mañana.... sobre las armas.»

—«Hoy he llevado al herrero la escopeta para que le gobierne el gatillo. ¡Hay que estar preparados!»

Estas son las voces que, corriendo por el mundo hicieron temblar á los más tímidos, dándoles ocasion á pensar en que algun desaguisado bélico meditaban los «eternos enemigos del órden....» ¡Ved qué temor más infundado! Si hubiesen oido á los cazadores de la botica cuando decian á seguida:

—«La perra *Sola* está sublime.... ¡Ha de menear bien á la gente de pelo corto!»

—«*Sultan y Canelo* están deseando salir al campo.... ¡Qué inquietud la suya!.. Hoy han roto dos veces la cadena.»

—«Mi *Gerundio* y mi *Alambre* tienen alborotado el pueblo con sus ladridos.»

Si esto hubieran escuchado los espíritus tímidos temblones, habrian comprendido que no se trataba de una revolucion ó guerra, sino de una gran partida de caza, en solemnidad de haberse abierto las imaginarias puertas del campo, girando sin chirriar sobre los goznes mohosos de la ley.

Hay quien, sin embargo, no goza de esta dichosa felicidad agreste: es un hombre que se esconde de los cazadores de órden, un demagogo de los campos, un *nihilista* práctico: el cazador ilegal, para el cual no hay meses de veda.

¿Cómo ha de alegrarse de un suceso que á él le quita el dominio exclusivo del monte? Al decirle «Se te permite cazar,» si él está ya cansado de recorrer todos los rincones del mundo donde puede haber caza, es como si á un amante le dicen: «Esa mujer es tuya en cuerpo y alma» cuando está ya hastiado de sus gracias y cuando sus caricias han marchitado el lirio de su pureza virginal.

Estos cazadores, que adelantan á la época de la caza, me parecen unos monstruosos avaros que quieren que el árbol les entregue su fruto ántes de echar las hojas. ¿Sabeis quién es su digno acompañante? No el perro, que es bicho legal y honrado como pocos, sino esa alimaña hirsuta, larguirucha, mal oliente y escurridiza que se mete por los agujeros de las casas subterráneas donde los conejos moran, y dispersa las honestas tertulias de estos doctos animalillos: ¡el huron!.... El huron es el esbirro de los campos.

EN EL MONTE

Un cazador místico, que lleva en el hondo bolsillo de su chaqueta una edicion primorosa de fray Luis de Granada, dice que aquella noche—la de la apertura de la caza—cuando era ya pasada por filo la hora de las doce y la luna palidecia en lo alto de la inmensa techumbre celestial como un reverbero falto de luz, entre lo más enrevesado y oscuro del sombroso monte, escuchó un lejano sonido de bocinas, cantares misteriosísimos é indescifrables, coros de voces que, pareciendo humanas bajaban del cielo, y otros rumores, capaces todos de espantar al mismo leon de la Mancha, á D. Quijote, digo, el hidalgo invicto é insigne. Refiere el mismo cazador que de aquella oscura lacería de brazos de abetos, ramas de lentiscos y matorral espeso que forma allí una especie de cortina de follaje, surgió un tibio resplandor, que fué poco á poco aumentando hasta que en su foco se dibujó la silueta del santo patron de la caza, de San Huberto, rodeado de jaurías ladradoras, trofeos de liebres, y perdices muertas y otros atributos.

Pero yo no creo á este cazador místico, y tengo para mí que aquella noche debió apagar su sed con el dorado jugo de las cepas jerezanas, y que aquel polvo de sol liquidado, y no otra cosa, fué lo que le hizo ver visiones.



UNA BODA EN BRETAÑA (preparativos para el banquete)



UNA BODA EN BRETAÑA (el baile)

Lo que me consta, es que el campo se llenó de gritos de dolor cuando por todos los senderos fué desembocando una multitud de gente armada. No hubo conejo seguro, liebre tranquila, ni perdiz, en paz de Dios. Aquí sonaba un tiro; allí sonaba otro; las lejanas montañas devolvian multiplicado el fuego de la fusilería y los ladridos de perdigueros, *pointers* y galgos.

Cuando llegó la tarde y la mortífera gente se replegó hácia su rancho hubo más de una liebre viuda que tuvo que rodearse al cuello un pedazo de tul, en señal de pena por haber perdido á su amado esposo. Muchas palomas murieron de la horrible impresion que les hizo el fogonazo de un aprendiz de tirador, al cual le marró la puntería. Algun conejo, veterano en tales achaques, huyó cojeando con un perdigon en una zanca, y el olor de la pólvora en los chamuscados y nobles bigotillos. ¡Cuántas compa-

ñías de emigradoras codornices que habian firmado pacto de union con la pata derecha en las arenas de África, fueron dispersadas por el plomo y el fuego!

¡Muchas, muchas, muchas debieron de ser!

Pero ¿qué quereis?.... Si nosotros no nos comiéramos á la solícita república de animalejos, estos se devorarian entre sí.

Además, ¡qué placer no produce al hombre de las ciudades ese baño de cuerpo entero de la naturaleza, á virtud del cual el espíritu en las églogas se apodera de su alma! El duelo de un hombre culto bien vale el duelo de un conejo.

¡La caza abierta! ¡el campo libre! ¡el monte hirviendo en séres vivos, desde el escarabajo á la mariposa, desde el raton al ciervo! ¡hombres de las ciudades, salid á respirar el aire embalsamado y confortativo! La salud os aguarde del brazo del placer.

J. ORTEGA MUNILLA

LA CATEDRAL DE ÁVILA (1)

I

Para el conocimiento de nuestra arquitectura cristiana en la Edad Media, pocas localidades ofrecen más interés que la pequeña ciudad del Adaja. Cierto, que no posee el cúmulo de monumentos importantes que presentan Salamanca ó Toledo; pero con ser tan corto, relativamente, el número de los suyos, constituyen un eslabon inexcusable en la historia de nuestras grandes construcciones. La Catedral, S. Vicente, S. Pedro, S. Segundo, las ruinas de S. Isidoro, por una parte, á más de las murallas, Santo Tomás y las muchas casas particulares de los siglos XV y XVI, por otra, son ejemplos del mayor interés, y alguno de ellos insustituible, de la serie de nuestros estilos románico, ojival, del Renacimiento y plateresco.

No sólo es en este órden en el que Ávila descuella. En punto á escultura, su valía es casi igual: baste citar el sepulcro, único tal vez en España, de S. Vicente; las hermosas estatuas de este templo, más románicas que las de Santiago y análogas á las de San Martin de Segovia más bien que á las de Oviedo: las de la puerta N. de la Catedral, correspondientes con las de Burgos y Leon; el sepulcro del Tostado; el del príncipe D. Juan, en Santo Tomás (quizá el mejor que en su estilo podemos presentar en España) y la sillería de este mismo templo. Por último, para no hacer más larga esta enumeracion, puede asegurarse que seria difícil estudiar debidamente, sin los datos que Ávila encierra, la escuela castellana de pintura de los siglos XV y XVI; y que la platería, la herrería y otras artes afines, están allí representadas por admirable modo. Sirvan de ejemplo los púlpitos de la Catedral, ó la custodia de Arfe.

La primera obra que llama la atencion del viajero al acercarse á la ciudad, son sus murallas. Hay que acordarse de Lugo y Carcasona, para conceder que en otra parte subsista una construccion análoga. Más aún. Si bien el recinto y las fortificaciones que protegen la antigua ciudadela de la Galia meridional, son anteriores á las defensas abulenses (como levantadas por los visigodos sobre restos (2) romanos, en tiempos en que los dominios españoles se extendian desde la desembocadura del Tajo á la del Loire); y si á sus reformas y modificaciones van unidos los nombres de los albigenses, de San Luis, de Felipe el Atrevido, presentando un ejemplar, único en Europa, de la arquitectura militar desde el siglo VI al XIII, las murallas de Avila, posteriores á la primera época de las indicadas construcciones, quizá no han sufrido tanto y se presentan más puras y homogéneas, sin trazas (á lo ménos, á primera vista) de grandes alteraciones ni restauraciones. Comenzadas—algunos, probablemente sin razon, añaden «y concluidas»—por D. Ramon de Borgoña á fines del siglo XI, bajo la direccion de los famosos ingenieros extranjeros (?) Casandro y Florin de Pituenga, á quienes tantas cosas se atribuyen, cercan por completo la ciudad en la extension de unos 2,500 metros: miden de altura 10 ó 12, por unos 3 de espesor; constan de 86 torreones, que se elevan á veces hasta 16 metros, y tienen 10 puertas, cada una de ellas flanqueada por dos de dichos torreones, enlazados por un arco. Entre las otras torres, sobresalen la del Alcázar, y singularmente la que forma el ábside de la Catedral.

Es este del mayor interés, por presentar un bello ejemplo de los ábsides fortificados de la época románica: v. g. el de S. Sernin, en la misma citada Carcasona, que, como el de Avila, forma parte del recinto amurallado de la ciudad. Dentro de este vasto tambor, taladrado por pocos huecos, dividido en paños verticales por columnas y pilares alternados, y coronado por un parapeto almenado, tras el cual se eleva otro más alto, paralelo al primero, se hallan dispuestas las naves y capillas de la cabecera de este templo. Dichas capillas, de planta circular y escasa luz, se encierran en el grueso del muro, sin acusarse al exterior; y las dos naves que dan vuelta al presbiterio y cuya division se apoya sobre delgadas y atrevidas columnas, forman un *chevet*, tal vez, despues del de Toledo, sin rival en España. Toda esta parte corresponde á la transicion del estilo románico al primitivo ojival, que domina en los arcos y bóvedas, miéntras aquel se presenta en los pilares, columnas y aristones, y es dudoso pertenezca á una época anterior á los últimos años del siglo XII. La planta de la cabecera adolece de cierta irregularidad é incongruencia con el resto. Por ejemplo: está compartida en cinco naves (sin contar las capillas absidales), miéntras que el cuerpo de la iglesia, de una anchura equivalente, sólo tiene tres. Esto no obstante, el efecto es severo y hermoso. En dicha parte del templo, al respaldo del altar mayor y rodeado de muy poco graciosos relieves, del gusto del Renacimiento, se encuentra el sepulcro del famoso obispo abulense Alonso de Madrigal, el Tostado, obra de Berruguete, en el mismo estilo; pero tan superior, cuanto que probablemente es la mejor del escultor castellano: pues, á pesar de lo recargado de la composicion, excede en mucho á otras que pasan por sus obras maestras, v. g. la sillería de Toledo: las actitudes son más naturales, la composicion más sentida y el conjunto más fino y delicado.

Menor interés tiene el retablo de pintura del altar mayor, tras del cual se encuentra este sepulcro. Es del XV y de estilo plateresco, alternando los arcos canopiales, un tanto enrevesados, del gótico en la agonía, con las columnas y pilastras del Renacimiento. Consta de tres pisos, subdivididos en paños por las grandes líneas de la armadura. Estos paños son obra de Santos Cruz, Juan de Borgoña y Berruguete (Pedro); y, á pesar de la benévola y respetable opinion de Street, su principal importancia es con respecto á la historia del arte, sobre todo á la de nuestra pintura tan poco estudiada aún: pues sus cuadros, ni son «de gran mérito,» ni están «admirablemente pintados.» Los mejores son los del piso inferior, probablemente de Santos Cruz; los del intermedio deben pertenecer á Borgoña y semejan mucho á las pinturas murales de la Sala Capitular de Toledo; y los de la última zona corresponderán á Pedro de Berruguete. En ninguno de los tres prepondera el influjo germánico, como tambien añade Street, sino el italiano. Notemos al propio tiempo el contraste de esta benevolencia del eminente arquitecto con el silencio en que pasa, no sólo el sepulcro, ya citado, del Abulense, sino el pequeño retablito de mármol, tambien de estilo italiano, colocado al pié del otro y uno de los más finos que poseemos. El desden con que mira las obras del Renacimiento es sin duda la fuente de estos errores.

La justa severidad que por el contrario despliega con motivo de las irregularidades de construccion del presbiterio están muy en su lugar; si bien el efecto estético de esta parte de la catedral, segun él mismo reconoce, es indisputable bajo otros respectos. El triforio, con sus ajimeces de herradura; las vidrieras de colores, aunque ya del último tiempo, de las ventanas superiores de arco redondo, y el contraste entre ambos órdenes, hacen de este presbiterio, á pesar de sus faltas, uno de los más bellos que pueden verse en nuestras catedrales.

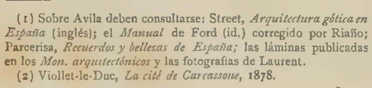
El crucero consta de dos tramos de bóveda en vez de uno, volviendo las naves laterales: lo propio que acontece por ejemplo, en Leon. En él se encuentran los dos célebres púlpitos de hierro dorado (gótico flameante el uno y el otro del Renacimiento, que con el de San Gil en Burgos y los de Santiago y Toledo de bronce), son quizá los más importantes ejemplares que de este género nos quedan; no así las rejas del coro y el presbiterio, pesadas é insignificantes. Tampoco tienen gran valor los altares de mármol que junto á los púlpitos adornan el crucero, á pesar de su fama y de la rica labor, en el estilo del XVI, á que la deben sin duda. El coro es algo vulgar, sobre todo en su parte arquitectónica; la sillería, tambien del Renacimiento, es un poco mejor, pero muy inferior á la gótica de Santo Tomás, no obstante atribuirse ambas, tal vez sin razon, al mismo autor, Cornielis.

MONUMENTO ERIGIDO EN PARIS Á LA MEMORIA DE ALEJANDRO DUMAS, (proyectado por Gustavo Doré)

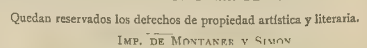
Desde el crucero, el cuerpo de la iglesia corresponde ya al segundo período del gótico, presentando el estilo característico del XIV, salvo en la parte inferior, propia del XIII y cuyos pilares, de sabor románico todavía, probablemente estaban destinados á sostener otra clase de obra; fenómeno frecuente en estos edificios y del cual resulta una compensacion entre la elegancia de los motivos geométricos que dominan en la ventanería y rosetones (tapiados hoy é inútiles algunos) y el gusto sobrio y severo del cuerpo inferior y las naves laterales, á cuyo carácter contribuye el tono uniforme y oscuro de la piedra, que no es ya el granito manchado de rojo, que constituye el material de la cabecera y que por cierto á primera vista no parece granito, sino arenisca abigarrada.

De los sepulcros (la mayor parte del XIII y el XIV) que pueblan en gran número el templo, sólo debe aquí mencionarse—por razon de brevedad—uno de los colocados en la primera capilla de la nave N., debajo de la torre, por presentar una cornisa árabe de hojas convencionales en el estilo granadino; de los demás objetos conviene recordar una escultura, copia de la *Pietà* de Miguel Angel, la pila bautismal gótica y varios retablos de pintura española, del XV al XVI, que convendria estudiar con detenimiento.

F. GINER DE LOS RIOS


(1) Sobre Avila deben consultarse: Street, *Arquitectura gótica en España* (inglés); el *Manual* de Ford (id.) corregido por Riaño; Parcerisa, *Recuerdos y bellezas de España;* las láminas publicadas en los *Mon. arquitectónicos* y las fotografías de Laurent.

(2) Viollet-le-Duc, *La cité de Carcassone,* 1878.



IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 101

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL SASTRE DEL CONVENTO, dibujo por E. Grützner

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La hospitalidad madrileña.—El príncipe Federico Guillermo.—¡Es simpático!—Los festejos.—Aficion de Madrid á las paradas militares.—El desfile.... *cortado*.—Recepcion en Palacio.—Magnificencia de la corte.—Funcion de toros.—Las labradoras de Valencia y las palomas de *Apolo*.—¡Gran Marina!—La tierra de la hidalguía.

El esmero y la eficacia con que aquí se cumplen los deberes de la hospitalidad pueden llegar á ser condiciones que acrediten á esta capital de España como una de las más ricas en materia de hospitales.

Tenemos un huésped altísimo, imperial, egregio, en nombre del cual piensan y obran hace algunos dias gran número de madrileños.

El príncipe aleman Federico Guillermo constituye la preocupacion de multitud de habitantes de esta villa y corte, donde no hay diversion ni festejo de cualquier clase que no lleve al arroyo de las calles animacion y bullicio extraordinarios.

Yo no sé lo que pensará el heredero de Prusia de esta poblacion que no se deja aventajar por ninguna otra en la exhibicion de vistosas colgaduras y en el lujo y magnificencia de sus recepciones; pero á juzgar por la serenidad olímpica de su rostro, el huésped de Alemania debe de estar satisfecho.

No son las caras del Norte las más á propósito para reflejar al exterior los pensamientos del alma. En vano buscaríais la huella de una impresion grata ó desagradable en la inmovilidad estatuaria de esa figura sobre la cual han estado fijos los ojos de los madrileños durante las ceremonias y los regocijos públicos.

Aparte del temperamento tranquilo y reposado que es propio del país donde el príncipe ha nacido, tal vez aconseje la diplomacia ocultar toda impresion que ponga de manifiesto el estado del ánimo. Si esto es así, el príncipe Federico Guillermo, insigne militar fogueado en reñidísimas batallas, además de ser un esforzado adalid, tiene todas las ventajas de un hábil diplomático.

En estos climas sentimos y expresamos nuestras intimidades de otro modo.

El pueblo de Madrid ha sido, como siempre, espontáneo en sus manifestaciones. Vió al príncipe el dia de su llegada y dijo:

—¡Es simpático!

Volvióle á ver en el teatro Real miéntras se representaba en honor suyo el *Mefistófeles* de Boito ante un público distinguidísimo por su posicion, sus honores, su elevacion y su belleza, y la gente que estuvo toda la noche con los gemelos de teatro fijos en el palco real, continuó afirmando que el príncipe de Alemania era un hombre apuesto, gallardo, de arrogante figura y aspecto simpático.

Despues se le vió en la revista de tropas. Este acto militar es uno de los que más agradan al pueblo de Madrid. Acude siempre á las paradas un gentío inmenso. La marcialidad llena los aires; respíranse por do quier efluvios bélicos; los clarines suenan con agudeza estridente; las armas y los uniformes brillan heridos por los rayos del sol como si fuesen ascuas de oro; los penachos ondean majestuosamente á impulsos del aire; los caballos piafan; las cureñas rechinan; hay agitacion, rumores, movimiento extraordinarios....

Para los madrileños pudo ser la revista un despliegue de fuerzas considerable. Al príncipe aleman, acostumbrado á los grandes ejércitos de su patria y á guiar al combate numerosos miles de soldados, debió de parecerle un pobre entretenimiento aquel desfile, gallardo, eso sí, vistoso, pintoresco, como lo son siempre las tropas españolas, pero reducido á las proporciones de quince ó diez y seis mil hombres.

Nuestros soldados sabian que los miraba un gran general extranjero, y que en aquella tribuna levantada en frente del Dos de mayo estaba la Europa entera congregada en las personas de sus representantes.

Además, habia en la tribuna excelentes damas, dechado de elegancia y de belleza; y los oficiales del ejército español redoblan instintivamente su apostura marcial cuando están bajo los rayos de unos ojos de fuego.

Al pié de la tribuna el príncipe aleman, acompañado del rey D. Alfonso, presenciaba el desfile. Estaba casi inmóvil sobre su caballo, vestido con un uniforme blanco que era el *blanco* de todas las miradas. Más bien que un personaje de carne y hueso parecia una estatua ecuestre.

Concluido el paso de la infantería el desfile tuvo una interrupcion.

No se sabe por qué causa la artillería tardó unos minutos en empalmar el desfile.

No se sabe por qué causa.... Yo lo sospecho. ¿Fué el encogimiento de los cañones al saber que habian de pasar delante del príncipe heredero de Prusia?

¿Fué temor?.... ¿fué cortedad?

¡Lo cierto es que el desfile quedó *cortado!*

* * *

Lo sé por buen conducto; una de las cosas que más llamaron la atencion de Federico Guillermo de Prusia fué el aspecto imponente de la entrada del palacio real por la gran escalera, con doble fila de alabarderos, y al pié de la cual se hallaban agrupados en brillante conjunto los gentiles-hombres, las damas de la aristocracia y la servidumbre toda de Palacio.

La magnificencia de la corte española es ya tradicional en Europa.

El príncipe dijo textualmente estas palabras:

—¡No he visto recepcion igual en mi vida!

Para observar en el ilustre huésped otra manifestacion de asombro necesitamos imaginarlo en la corrida de toros.

Suponed todo lo más inverosímil, lo absurdo, lo imposible... pues todo ello puede suceder más fácilmente que dejar de obsequiar con corrida de toros á las elevadas personas que vienen á visitarnos.

Lo corrida se dió, como no podia ménos de darse, y asistió á ella, como es tambien natural, el príncipe heredero de la corona de Alemania.

El inmenso gentío de la plaza volvia sus ojos al palco régio cada vez que ocurria en el redondel alguna cosa notable.

Vióse el huésped de esta villa y corte regocijarse varias veces y dar muestras de que le gustaba el espectáculo.

Sobre todo, lo que dicen que más encanto le producia era la suerte de banderillas.

Pidió que le subieran un par de banderillas para verlas de cerca, y una pica y una capa torera.

El príncipe aleman llevará á su patria esas muestras de la bravura española.

Y cuando le pregunten sobre la fiesta de los toros, de la cual existen pocas ideas en Alemania, pues ese país donde la cultura alcanza un grado altísimo, conoce á Lope de Vega, á Calderon, Tirso de Molina y demás autores clásicos españoles, pero no ha desarrollado aún su veneracion por la escuela de Pepe Hillo,—cuando le pregunten sobre dicha fiesta, el príncipe imperial podrá contestar:

—¡Oh! hasta las mujeres... y el mismo sol en España son toreros. Las mujeres estoquean con los ojos: el sol pica.

* * *

Todo lo habrá visto ántes de ahora el príncipe aleman ménos corridas de toros y mujeres como las catorce que le recibieron en Valencia, vestidas de labradoras con lujosos trajes de oro y pedrería y sosteniendo en sus manos canastillas de frescas y olorosas flores que fueron ofrecidas al ilustre huésped entre eficaces muestras de galantería.

Así las ideas tiernas salieron al encuentro del egregio visitante desde que puso el pié en tierra española.

De Valencia á Madrid vino atravesando un país florido y lleno de follaje; y el festejo que la Diputacion provincial piensa ofrecerle en el teatro de Apolo vendrá á completar la delicada accion de las catorce labradoras valencianas.

En dicho teatro se representará *Marina;* los programas de la funcion serán perfumados, las señoras serán obsequiadas con ramos de flores, y en el momento en que la familia real y el príncipe de Alemania tomen asiento en su palco se soltarán multitud de palomas.

Confieso que no veo el simbolismo. Muy agradable será ver revolotear las palomas; pero aún así y todo convendria que esto significase algo.

Tal vez pretende la comision que esas aves recuerden las palomas mensajeras de tiempo de la guerra.

¡No lo sé! Yo creo, sin embargo, que al echar mano de ese recurso ornitológico, lo más apropiado á la obra que se va á representar habria sido las aves marítimas.

No me cabe duda de que la música de *Marina* gustará al huésped ilustre que se alberga entre nosotros.

¡Y en la eleccion de obra sí que se ha revelado singular talento!

Es para que diga el príncipe imperial, recordando las buenas condiciones de nuestros soldados:

—¡España tiene un brillante ejército!

Y añada, recordando la funcion de *Apolo:*

—¡Ah!... y tiene tambien una incomparable *Marina!*

* * *

Todo Madrid ha visto, pues, al príncipe imperial de Alemania.

¡No se ve un príncipe así todos los dias! Cierto que no pasa año sin que penetre por las puertas de esta capital de España algun personaje extranjero, algun embajador, algun potentado, alguno de esos séres cuyo privilegio es como el de los cometas en el cielo, aparecer unos dias, deslumbrar á la multitud de espectadores y perderse por último en los confines del horizonte.

La generacion actual puede recordar fácilmente la brillante serie de personalidades ilustres que han atravesado la Puerta del Sol en magníficos y lujosos carruajes Desde Muley el Abbas y los embajadores annamitas hasta el príncipe de Gales, los reyes de Portugal y el actual atractivo del dia, el príncipe Federico Guillermo, media una brillante comitiva de hombres notables de todos los países.

Pero hay que confesarlo; en la comparacion obtiene el príncipe imperial ventajas.

Madrid le ha otorgado una simpática hospitalidad.

No podia esperarse otra cosa.

Por más que digan algunos, España sigue siendo aún la tierra clásica de la hidalguía.

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de noviembre de 1883

NUESTROS GRABADOS

EL SASTRE DEL CONVENTO, por E. Grutzner

Esta composicion, en la cual compite lo natural con lo correcto, ha inspirado á cierto poeta aleman unos versos que terminan con la siguiente idea:

Las dos cosas más difíciles de remendar son el corazon humano y el hábito de un fraile.

Ahora bien, el personaje de nuestro dibujo, por ser fraile y por ser sastre, se halla en el caso de zurcir hábitos y apañar conciencias. Calculen Vds. si le ha caido qué hacer á nuestro personaje.

Por fortuna, su simple aspecto nos revela que la paciencia se halla en él á la altura de la tarea y que la misma tranquilidad con que enebra la aguja emplea en tranquilizar el ánimo de una devota ó en echar una leccion de moral á las ovejas descarriadas.

Esa apacibilidad de carácter era muy propia de ciertos elementos monásticos para los cuales se escribió el aforismo: «Nunca Fray Modesto fué guardian....»

Pues ese Fray Modesto podia muy bien llamarse Fray Util, y el aforismo no prueba otra cosa sino que en todas partes cuecen habas, y el cocinero es el único que las huele y no las cata.

Para estos casos ordena la regla propinarse una fuerte dósis de *resignacion*, virtud muy recomendable, receta de primer órden, sobre todo cuando los ahitos de arriba la prescriben á los hambrientos de abajo.

LAS POMPAS DE JABON, acuarela por J. R. Wehle

Todos hemos tenido la envidiable edad de esa preciosa niña y todos, como ella, hemos hinchado gotas de jabon que producian esferas de esmaltados tornasoles. Juguetes del aire más leve, flotaban cortos instantes en la atmósfera, hasta que aquella brillante pompa, globo de metal pulimentado que reflejaba todos los colores del arco iris, reventaba en el aire, convirtiéndose en imperceptible gota de agua.

Todos hemos sido niños y hemos hecho pompas, y es lo malo que frecuentemente continuamos haciéndolas en edad provecta.

Los cálculos del hombre de negocios que confia haber atascado la rueda de la fortuna, las ilusiones de la jóven que cifra su orgullo en la contemplacion de su efímera belleza, las cábalas del político que sueña haber unido su suerte á la suerte de todo un pueblo, la corona que el conquistador cree tener al alcance de sus cañones, ¿qué otra cosa vienen á ser sino pompas de jabon que en el aire flotan un punto y en el aire se disipan?

Todos hemos hecho pompas como esa hermosa niña; todos sabemos lo que vale un mundo revestido exteriormente de hermosos colores y en su interior lleno de viento, nada más que de viento.

LA INUNDACION, cuadro por Roberto Russ

Los cuatro elementos de la naturaleza son, á la vez, sus principios constituyentes y sus mayores enemigos.

De estos enemigos, el agua es, indudablemente, el más terrible.

El fuego es un contrario más leal, más altivo, más generoso. Con la misma furia que amaga se deja combatir. Si no se le puede extinguir, se le aisla; se le da, como si dijéramos, una presa á devorar, y la llama, cual si se diese por satisfecha, se debilita, se apaga, se torna brasa, la brasa rescoldo, el rescoldo fria ceniza; bien así como una fiera agitada por el hambre, despues de satisfecha su necesidad, deja de lanzar rugidos, se calma poco á poco y termina por dormirse junto á los despojos de su presa.

El agua es un enemigo más tenaz, más cruel, más implacable. Principia por lamer hipócritamente á su víctima, en seguida la envuelve, la impide toda defensa, y sin detenerse ante la consternacion de una familia, de un pueblo, de una region entera, sube, sube incesantemente; arrastrándolo todo, hombres y cosas, el ajuar del pobre, la cosecha del rico, las flores de los verjeles y la espiga, que representa el pan de toda una comarca.

El aspecto de una inundacion entristece y aterra, bien así como si la region inundada se convirtiera en vasto y monótono cementerio. El cuadro que hoy reproducimos da una perfecta idea de esa catástrofe. ¡Pobres caminantes!.... En mal hora emprendieron su viaje: el temporal se desata sobre ellos; mas quizás la mayor tempestad es aquella que destroza sus corazones al considerar que debajo de ese líquido sudario yace el cadáver de su esperanza.

EL CAPITAN MAYNE REID

El popular escritor inglés, cuyo retrato publicamos en la sexta plana, ha fallecido en Lóndres el 22 de octubre último á la edad de 67 años. Oriundo de Irlanda, pasó en edad juvenil á la América del Norte, cuyas regiones ménos conocidas visitó como viajero y como militar al servicio de la Union; vivió seis años con los indios de las praderas, estudiando su modo de ser y sus costumbres, y fué herido

de gravedad en el asalto de Chapultepec por el ejército anglo-americano.

De regreso á la patria, establecióse en Lóndres, dedicándose á escribir sus amenas é interesantes novelas, tan populares hoy en Europa y en América, y en las cuales describe como testigo presencial los episodios é incidentes de la vida de las praderas. Su fecundidad era tal que el número de sus obras pasa probablemente de setenta. Ultimamente se ocupaba en escribir una *Historia de la guerra de México* en 1845, que la muerte le ha impedido terminar.

PAPELERA DEL PALACIO REAL DE MADRID

El Palacio real de Madrid encierra valiosos objetos no tan sólo en pinturas, esculturas y tapices, sino en otras obras de arte. Entre éstas figura una preciosa coleccion de muebles, con incrustaciones de bronce dorado y porcelana, de los que es un ejemplo la linda papelera reproducida en nuestro grabado. Su estilo es de la época de Luis XVI, y la porcelana de las incrustaciones, admirablemente esmaltada é incrustada, procede de la fábrica del Retiro, destruida cuando la invasion francesa de principios de este siglo, y que tan famosa se hizo en toda Europa por la excelencia y perfeccion de sus productos.

SIR GUILLERMO SIEMENS
distinguido electricista

Las ciencias físicas, y en particular la parte de estas que tiene relacion con la electricidad, están de luto. A la reciente muerte del distinguido físico francés M. Bréguet, tenemos que agregar la del célebre Siemens, cuyo nombre venia figurando en casi todos los adelantos realizados en tan importante rama de la ciencia. Nacido el 4 de abril de 1823 en Leuthe, poblacion de Hanover, y por tanto de orígen aleman, ha pasado, sin embargo, la mayor parte de su vida en Inglaterra, donde habia fundado y dado impulso á grandes empresas científicas é industriales, entre ellas la fabricacion de cables eléctricos submarinos de Charlton, West Woolwich, y la de acero de Landore, Swansea, de la cual salen semanalmente más de mil toneladas de metal. Aparte de estas empresas, Guillermo Siemens ha hecho progresar notablemente la ciencia, con sus inventos y descubrimientos, solo ó asociado con sus tres hermanos, siendo los principales el método para dorar y platear por el galvanismo, la bomba de aire, el telar de agua, la máquina de calórico, varios aparatos para anotar las observaciones científicas del Observatorio de Greenwich, el hornillo de gas, etc., etc.

Era individuo de la Sociedad Real de Lóndres y del Instituto de ingenieros civiles, Presidente de la de ingenieros electricistas, y de la de ingenieros industriales, y en abril último mereció el alto honor de que la Reina le nombrara caballero.

LA DECLARACION, cuadro por Enrique Rasch

Hay momentos de la vida en que el hombre vende aquellos sentimientos que más cuidadosamente oculta á la persona que los inspira. Estos momentos los determina casi siempre lo imprevisto; la hora, el sitio, la soledad, la influencia de un sol abrasador ó de una bruma pesada, algo que nos conduce insensiblemente, que nos arrastra, que nos anima, que nos arroja, digámoslo así, contra el escollo que hubiéramos querido evitar.

El galan de nuestro cuadro se encuentra en uno de esos momentos: sus labios dan paso á la declaracion de un amor, que hasta entónces habia contenido respetuosamente y su mano temblorosa se atreve á aprisionar la de la mujer que le fascina.

Todo ha concurrido para determinar esta conducta, que una hora ántes hubiera parecido al amante el colmo de la audacia. La fatalidad ha reunido á la jóven pareja en el estrecho recinto de una barca: el sol declina, el mar está en calma, el mundo se halla léjos, tan léjos á los ojos de nuestro enamorado que éste se olvida de él; la atmósfera está saturada de amor, las mansas olas mecen voluptuosamente la pequeña nave....

La naturaleza ha sido más poderosa que la prudencia: en la barquilla tiene lugar un idilio de amor. Dios no permita que la tempestad agite las aguas y aún ménos el corazon de los felices amantes.

LA VENTA DEL CABALLO, cuadro por A. Pusztai

La compra de un caballo es cuestion de mucha importancia en los pueblos rurales. Un caballo es á menudo en ellos la piedra angular del edificio doméstico. Él abre el surco en la tierra que ha de recibir la siembra, produce el abono que ha de alimentar esa tierra, extrae el agua que ha de regarla, conduce las gavillas del campo á la era y el trigo de la era al granero; y despues que ha sido explotado por cuenta de la humilde hacienda de su dueño, conduce al molino la cosecha ajena, á la poblacion distante el ajuar del vecino que levanta su domicilio, y á la feria la acomodada familia que se permite el lujo de un vehículo. El caballo es el mejor amigo del pobre labrador: no es de extrañar, por lo mismo, la importancia que da á su adquisicion.

Esta importancia se halla bien determinada en el cuadro que hoy reproducimos, escena de costumbres tratada con facilidad y holgura, cuyos personajes, con ser varios, no se perjudican ni embarazan los unos á los otros, ántes bien todos desempeñan su papel y lo desempeñan con naturalidad. El dibujo es correcto y el conjunto produce impresion muy simpática.

EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

(Continuacion)

III

Una de ellas, miéntras Lucía se hallaba distraida en conversar con varias compañeras y en oir unos valses de Chopin, Miguel tenia entablada con don Justo la siguiente conversacion:

—Confieso,—decia el último,—confieso que la peticion de V., por proceder de quien procede, me lisonjea en extremo; empero, hay que mirarlo todo; la felicidad de mi hija no es una bicoca.

—Tiene V. razon.

—El asunto ofrece dificultades...

—Váyalas V. exponiendo, á ver si las allano ó me convencen.

—¿Ha consultado V. la voluntad de Lucía?

—Por indicacion suya provoco esta conversacion.

—Perfectamente, ya tenemos un dato para resolver el problema; pero....

—¿Qué?...

—Mi hija es una niña; no tiene más que diez y seis años.

—¡Tanto mejor! Así podremos esperar. Ella diez y seis, yo veinticuatro, aunque tardemos cinco...

—Para fundar una familia son necesarios recursos, muchos recursos en estos tiempos.

—El mundo los ofrece á quien sabe buscarlos.

—Lucía, ya se lo dije á V., no tiene nada; fabricar castillos sobre mi sueldo de empleado, es fabricarlos en el aire; cualquier dia me dejan cesante ó me jubilan. Aparte de mi sueldo, sólo poseo en Toledo nuestra casa solariega y una huerta, que si se van á vender, no dan nada por ellas; que si se van á explotar, producen ménos todavía. En cuanto á V...

—Yo....

—No lo tome V. á ofensa, pero es V. pobre, amigo mio, bastante pobre, aunque digno de mejor suerte.

—¿Qué importa? Trabajaré. Dios hizo el mundo de la nada; un hombre decidido, que es la imágen de Dios, bien puede hacer algo con su actividad é inteligencia. Por eso he fijado á V. un plazo de cinco años, porque me propongo trabajar.

D. Justo clavó en el jóven una mirada escrutadora, diciendo al propio tiempo:

—¡Cinco años! ¿Sabe V. lo que significa ese plazo para las vicisitudes del sentimiento, para las debilidades del corazon humano? En cinco años, se puede amar y dejar de amar diez veces.

—¡Oh!... Me ofende V.

—No es ofensa, amigo mio, es una mera suposicion, no despreciable en el presente caso. V. sabe que el sentimiento suele ser independiente de la voluntad.

—¡Nunca, cuando la voluntad es fuerte, incorruptible la conciencia!—exclamó Miguel con ardorosa frase. Despues añadió, dulcificando la voz: —¡Tan poco fia V. en los méritos de su hija para suponerla capaz de inspirar afectos pasajeros!

El noble padre sonrió.

—En fin,—dijo Miguel,—yo sólo pido á V. permiso para querer á su hija y permitir que ella me quiera. La trataré, es cierto, con mayor intimidad, pero tambien con el respeto debido á ella, á V. y á mí propio. Si llego á comprender que no la puedo hacer dichosa, yo seré el primero en retirarme. Lucía nada perderá.

—¿Y la paz del alma? ¿Y la virginidad del corazon? Son su único tesoro.

—¡Oh!... Nada tema V.!

D. Justo pareció reflexionar.

—El caso es árduo,—dijo.

—En apariencia, tal lo creo; en el fondo es muy sencillo.

Al proferir Miguel estas palabras, terminaron los valses de Chopin, y la orquesta, hábilmente dirigida por el maestro Vazquez, fué saludada con un nutrido aplauso. Lucía, sentada á alguna distancia entre sus amigas, dirigió á Miguel una mirada de interrogadora ansiedad. El jóven procuró tranquilizarla con una sonrisa, y bajando la voz, dijo á don Justo, para el cual no pasara inadvertida la mirada de su hija:

—Me hallo dispuesto á acatar su voluntad; ¿qué me contesta V...? ¿Sí ó no?

—En vista de tantas y tan graves dificultades...

—¡Acabe V.!..

—A cualquier otro le diria que no; á V. le digo que sí.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, padre mio!...

—¡Chito!...Tenga V. juicio; nos observan.

Desde aquel momento, Miguel, sobre el mismo campo de batalla, ascendió de amigo á novio.

Aprovechando hábilmente una ocasion para acercarse á ella, se apresuró á participar á Lucía el resultado de la conferencia con D. Justo. Lucía era vehemente, y estrechando convulsa la mano del jóven, murmuró sin poderse contener:

—Miguel, ¡qué feliz soy! ¡Cuanto *te* quiero!..

Luégo, avergonzada de este arranque involuntario, se encastilló en un obstinado y pudoroso silencio.

El primer *tú* de la mujer amada, encierra para todo amante tierno dulzuras inefables; la suprema felicidad no halla palabras con que expresar sus sentimientos. Miguel, enfrascado en sus dulces reflexiones, no hubo menester de grande esfuerzo para respetar el silencio de Lucía.

IV

Al dia siguiente, pasada la primera conmocion, el entendimiento claro de Miguel se apresuró á recobrar su imperio, y aguzado por el amor, trazó mil planes lucrativos.

—¡Si nos tocara la lotería!—dijo.—Ya Lucía, aquella vez, jugó... ¡quién sabe si con igual objeto!... Las mujeres son tan originales, tan incomprensibles!... La lotería... ¡bah!...además de ser una inmoralidad, como todos los juegos, es la esperanza de los desesperados, y yo disto mucho de estar desesperado... ¡Qué he de estar!... Muy al contrario, soy el más dichoso de los mortales. Luégo, el dinero de la lotería, áun suponiendo que me tocara, no aprovecha. ¿Conozco yo álguien á quien enriqueciera la lotería? No, por cierto. Los dineros del sacristan cantando se vienen, cantando se van; *ce qui vient par la flûte, s'en retourne par le tambour*, que dicen los franceses.

Segun advertirá el lector, Miguel, en el colmo de su alborozo, no bastándole con una lengua, hablaba dos.

—¡Qué diantre!—prosiguió,—trabajaré; el trabajo es la mayor nobleza, *labor prima virtus* (ya hablaba tres).

Al fin, cansado de hablar, reflexionó sériamente.

—Abogado soy,—se dijo;—si los pleitos no vienen á mí, yo iré á los pleitos.

Apénas concluido el verano, Miguel habia anunciado en los periódicos la apertura de su bufete, Manzana—6—2.° y repartido tarjetas á los amigos.

¡Ay! Miguel tenia talento, mucho talento; mas, dígase lo que se quiera, no es esta la primera cualidad para hacer fortuna. Los hombres más eminentes de todos los países vivieron y murieron pobres, en su inmensa mayoría, si no tenian algo por su casa. El medro material requiere audacia, suerte, travesura, flexibilidad, lo que el vulgo suele llamar la *manga ancha* y otras cualidades, ó defectos, segun se miren, que no constituyen el talento de ley.

A Miguel, pongo por caso, hallándose un dia en la soledad de su bufete, se le presentó cierto sujeto á encomendarle la defensa de cierto litigio. El letrado examinó el asunto con la escrupulosidad que el caso requeria, y luégo dijo á su cliente:

—Es causa perdida.

—¿Cómo?

—Que no tiene V. razon.

—Aun siendo así...

—De defender á álguien, defenderia yo á la parte contraria.

—¿Es decir que se niega V...?

—La justicia, la ley ántes que todo.

El cliente salió, creyendo haber tropezado con un loco. Por lo que toca á Miguel, se quedó diciendo para su capote:

—¡Sociedades anónimas en quiebra!.. Sí, ya sabemos lo que es eso. ¡Malditas leyes! ¡Qué sutiles y caprichosas son! A veces parecen dictadas con la diabólica intencion de estrangular al hombre honrado.

Cuando aquella misma noche refirió el suceso en casa de su futura, Lucía le oyó con entusiasmo. Don Justo nada dijo, pero meneó la cabeza con aire pesaroso.

Así trascurrió más de un año, sin que Miguel lograra aumentar gran cosa los veinte mil reales de renta con que vivian él, su hermana y su padre, muy anciano. Es de advertir que este último aprobaba las relaciones de Miguel y de Lucía, habiéndoselo manifestado á D. Justo, por escrito, en la imposibilidad de verificarlo de otro modo, pues su vejez y sus achaques no se lo permitian.

El jóven, en la soledad de su bufete, se pasaba muchas horas cavilando.

—¡Entendimiento, ayúdame!—proferia á lo mejor, dándose palmadas en la frente.

En esto, andando el tiempo, un cambio de ministerio de los harto frecuentes en España, dejó cesante á D. Justo, con filosófica resignacion por parte de éste y con no pequeño disgusto de Lucía.

—No asustarse,—dijo Miguel,—esa es la suerte, una verde, otra madura; ya nos echó la verde, la madura no se hará esperar.



LAS POMPAS DE JABON, acuarela por J. R. Wehle



LA INUNDACION, cuadro por Roberto Russ

Trascurridos algunos meses de inútiles gestiones para lograr la reposicion de D. Justo, padre é hija, viendo agotarse su reducido peculio, consistente en escasos ahorros, resolvieron hasta mejor ocasion trasladarse á su casa solariega de Toledo, donde gracias á los rendimientos de la huerta y de la casa, alquilada en parte, al feliz gobierno de Lucía y á las economías de ambos, se procuraron un mediano pasar.

Esta separacion, como es de suponer, afligió á la niña en gran manera, y no ménos á Miguel, si bien las continuas cavilaciones de éste le distraian un tanto de su afliccion. Además, escribia frecuentemente á su prometida y verificaba á Toledo dos viajes mensuales.

V

Cierta mañana, recibió Miguel la correspondiente carta de Lucía. Bien ó mal escritas, todas las cartas amorosas vienen á decir lo mismo, con las variantes exigidas por la situacion y circunstancias particulares de cada enamorado. En vista de ello, por no cansarlos, haré gracia á mis lectores de la aludida carta; pero es el caso que, entre muchos otros, contenia el párrafo siguiente:

«Mi amiga Julia, á quien en mejores tiempos solí prestar pequeñas cantidades, te entregará diez duros que me debe. Cómprame con ellos un décimo de la próxima lotería de Navidad.»

—¡Vaya, otra corazonada!—murmuró Miguel.

Y se apresuró á comprar el décimo, refunfuñando para su capote que Lucía estaba desconocida, pues no era discrecion, sino locura, el invertir tanto dinero en un juego de azar.

Como quiera que el sorteo estaba próximo y á él no le era fácil ir ántes á Toledo, nuestro jóven se apresuró á enviar el número á su novia.

«Adjunto mando el número,—le decia;—si te toca el premio grande, telegrafiaré en el acto; si no, te escribiré cualquiera que sea el resultado.»

Trascurrió el 23 de diciembre, dia del sorteo, sin que Lucía recibiera telegrama alguno de Miguel. En el mismo dia de Navidad, recibió del jóven una carta, en la cual se leian estas palabras:

«Segun tú misma verias, la suerte no te favoreció poco ni mucho. Te incluyo el desdichado décimo para que lo rompas con tus propias manos.»

—¡Qué delicado!—pensó Lucía rompiendo, en efecto, aquel papel.

Algunos dias despues de entrado el año nuevo, el jóven hizo á Lucía y á D. Justo su visita acostumbrada. Los dos amantes hablaron de la lotería y se rieron de su mala suerte. Miguel, con todo, parecia algo meditabundo.

Cuando éste hubo partido, cierta íntima y toledana amiga de Lucía, que presenciara parte de la visita, dijo á la hija de D. Justo:

—¿No has reparado una cosa?

—¿Qué?

—Miguel ha trocado su reloj de níkel por otro de oro.

—No, no lo he advertido.

—Pues lo ha sacado dos veces. ¡Oh, y es magnífico! Reloj y leontina juntos lo ménos le habrán costado diez mil reales.

—Eso significa que Miguel prospera en sus negocios, y francamente, lo celebro, porque ello equivale á prosperar los dos.

—¿Nada te ha dicho?

—Nada. Ya tú ves, ocupados en hablar de otras cosas...

—Distraccion de enamorado. No obstante...

—¿Hay algo más?

—La cuestion de intereses no es para olvidada en vuestro caso.

—¡Bah!—replicó Lucía,—si realmente ha prosperado, Miguel querrá darme una sorpresa, y á su tiempo lo sabremos.

—Sí, lo que fuere sonará,—añadió la amiga, con cierto retintin.

Y acto seguido varió de conversacion.

Lucía y Clara, que así se llamaba la amiga, casi de la misma edad y toledanas las dos, eran amigas de la infancia y en la actualidad vecinas, habitando casas fronterizas en *Zocodover*, vocablo arábigo-castellano que viene á significar *plaza digna de ser vista*. Lucía cultivaba la amistad de Clara, por costumbre, por bondad y por recurso más que por inclinacion, puesto que la segunda distaba mucho de igualar á la primera en discrecion y en nobleza de sentimientos. En los pueblos y en muchas ciudades de provincias, faltas del bullicio y las distracciones propias de las grandes capitales, se hace necesaria cierta intimidad y frecuencia en el trato, con objeto de combatir el fastidio. Las dos amigas se veian, pues, diariamente y solian pasar juntas algunas horas, entregadas á la conversacion, á la lectura ó á labores de su sexo, miéntras D. Justo entraba y salia, despachaba su correspondencia, cuidaba de la administracion de su mermada hacienda ó entregábase á su vez á esas mil tareas insignificantes que constituyen la ocupacion de un hombre ocioso. Clara, sin ser el prototipo de la mujer chismosa, era una de esas almas pequeñas, de esas inteligencias, digámoslo así, en embrion, que os hablan de nonadas, que se preocupan de mil cosas fútiles, que al ponérseles entre ceja y ceja, verbigracia, el costoso abanico de una amiga ó el sombrero extraordinario de un vecino, no descansan ni sosiegan hasta averiguar el coste, la procedencia y el por qué de aquellas prendas.



EL CAPITAN MAYNE REID

A las veinticuatro horas de la referida conversacion, Clara dijo á Lucía:

—¿Querrás creer que apénas he pegado los ojos en toda la noche?...

—¿Y eso?

—Pensando en el reloj de oro de tu Miguel.

—¡Qué tontería!

—Ese chico, no lo dudes, *ha escarbado* en alguna parte.

Al oir este inculto lenguaje aplicado á su novio, Lucía reprimió un gesto de disgusto y respondió con una calma celestial:

—Si ha ganado dinero, tanto mejor para él. ¿Qué nos importa?

Clara volvió á la carga.

—El premio grande de la lotería de Navidad,—repuso,—importaba diez millones.

—Bien; ¿y qué?

—Un décimo, un millon. Ya tú ves si con cincuenta mil duros se pueden adquirir un buen reloj y una excelente leontina de oro.

—¡Ya lo creo! ¿Piensas, pues, que á Miguel le haya tocado la lotería?...

—Tocado precisamente, no; es decir, puede haberle tocado y no haberle tocado. Si mal no comprendí, ayer hablásteis de un décimo, no premiado, que él tomara por encargo tuyo.

Con la rapidez del rayo, Lucía comprendió la vil sospecha y replicó severamente:

—Mira, Clara, si algo te importa mi amistad, no me vuelvas á hablar de eso.

Su amiga obedeció.

A la mañana siguiente, Lucía recibió una perfumada y elegante carta: era de Julia, la misma amiga que entregara á Miguel los diez duros con que fué comprado el décimo. Se puso á leerla entre indiferente y curiosa; mas á medida que iba leyendo, pintábase en su rostro una vivísima sorpresa. La carta concluia así:

«...Dejaste en la tertulia un vacío difícil de llenar. ¡Lástima que no concurras á ella! Verias á Miguel muy amigote de la ministra de Hacienda. ¿Se amarán? No sé. Echan cada párrafo... A propósito de Miguel, ya te diria que le entregué los diez duros, pues segun me manifestaste, pensaba ir á Toledo, con objeto de admirar tantas maravillas artísticas. ¿Te los devolvió? Gracias.

»Chica, lo que se ve en este Madrid! Miguel, protegido por la ministra, debe de haber hecho algun *chanchullo* ó sacado la lotería. Figúrate que ayer entraba yo en casa de Ansorena al tiempo que él salia. Me extrañó verle allí, pues ya sabes que nunca anduvo muy sobrado. Detúvose á saludarme, y como yo, por favorecerle, le propusiese la defensa de un pleito de papá, me contestó que habia cerrado su bufete. ¿Ha comprado algo ese caballero?—pregunté por curiosidad en la platería.—Acaba de encargar un aderezo por valor de quince mil duros,—me respondieron. No sé como no solté la carcajada. ¿Se casa nuestro amigo? Tú debes saberlo; recuerdo que en otro tiempo *te lo colgaban*.

»En fin, que te diviertas. Recibe un beso de tu agradecida—JULIA.»

Es de advertir que, excepto la familia de Miguel, D. Justo y Clara á quien no fuera posible ocultárselas, todos ignoraban las relaciones del jóven y de Lucía.

Esta última dejó caer la carta de su amiga.

—¡Es singular!—pensó,—nada me ha dicho.

Y permaneció meditabunda. No es que desconfiara de Miguel, pero la ofendia el silencio del jóven. ¿Por qué callaba? ¿Qué se proponia? ¿Mentiria Julia? ¿Qué interés tenia en ello? ¡Quién sabe! ¡En Madrid, es la gente tan ligera, tan vil, tan inconsciente á veces la murmuracion! Parecia indudable que Miguel hubiese realizado algun negocio de importancia, ya que se permitia gastar quince mil duros en alhajas; pero ¿de qué manera, por qué medios? ¡Buenos estaban los tiempos para improvisar fortunas! Luego, aquellas alhajas, ¿á quién las destinaba? ¿A ella, su novia? ¿A qué ocultarlo entónces?

En estas confusiones, volvió Clara, como de costumbre, á reunirse con Lucía. La muy curiosa, sin adivinar ni darse cuenta exacta de lo ocurrido, tuvo algo parecido á una instintiva revelacion, al observar el continente ensimismado de su amiga. Entónces, no sin algun temor, se atrevió á deslizar en la conversacion estas palabras.

—¿Dónde cayó el premio grande de la lotería de Navidad?

—En Madrid,—respondió maquinalmente Lucía.

—¿Ves? ¡Otro dato!

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿Piensas aún que Miguel?...

—¡Líbreme Dios de semejante cosa! Pero dime, Lucía, ¿por qué no pudo tocarle á Miguel el premio grande?

—Por una razon muy sencilla; porque no jugaba.

—¿Estás de ello bien segura?

—Me lo hubiera dicho; nada me oculta.

—Siendo así...

—Además, en Madrid hay trescientos mil habitantes, de los cuales el que más y el que ménos puede decirse que casi todos juegan á esa lotería.

—Yo he leido en un periódico que le tocó á un abogado.

—Y yo en otro que á un bolsista.

—Pudo tocar á los dos.

—Sea. ¡Hay en Madrid tantos abogados!...

Como se ve, Lucía ya toleraba una discusion acerca de lo mismo que ántes no quisiera oir.

En cuanto á Clara, era infatigable.

—¿Qué fué del décimo que jugaste? —dijo.

—Miguel, por delicadeza, me lo envió para que yo misma lo rompiera.

—¿Y lo rompiste?

— En el momento de recibirlo.

—¿Sin mirarlo?

—Sin mirarlo.

—¡Tonta!

—Por curiosidad, por distraccion, habia ya mirado el número que el mismo Miguel me remitiera ántes del sorteo.

—¿Y ese número coincidia con el del décimo?

—Sin quitar ni poner una cifra. Todavía lo recuerdo, era el 3,015.

—Y salió premiado un treinta mil.

—No te canses, Clara; la honradez de Miguel para mí es indiscutible y no tolero que nadie la ponga en duda.

—¡Oh! líbreme Dios...

—Ya tú misma ves que su delicadeza y tales pruebas hacen imposible toda sospecha.

—Así es la verdad.

—¿No me envió primero el número? ¿No me envió despues el décimo? ¿No coincidian uno y otro? ¿Donde está el engaño? ¡Ea! doblemos la hoja.

Clara pareció reflexionar y repuso al cabo:

—Estas noches en que duermo mal, me las paso haciendo proyectos y recordando historias. ¿Quieres oir una?

—Dí.

—Cuentan de un sujeto que fué á la Habana á probar fortuna.

—¡Van tantos!

—Y que jugó á una lotería de allá.

—¡Dale bola!

(Continuará)

LA VOZ ETERNA

Es huérfano, pobre y ciego de nacimiento.

Ha oido bramar sobre su cabeza las tempestades de muchos inviernos, y sin embargo parece un niño porque la falta de luz es causa de que su inteligencia y su organizacion física se desarrollen lentamente.

El sol de estío lanza sus flechas de oro sobre los techos y cúpulas del pueblo de *pan y toros*. Todo reluce, todo se abrasa, todo reverbera. Madrid es la *Villa de fuego cercada*, como dicen los antiguos cronistas.

Por eso el ciego mendigo se tiende á la sombra que en un suelo cubierto de yerba y cascajo proyectan los muros de la iglesia de San Jerónimo. Antes se ha sentado, como de costumbre, en la subida del Retiro: pero no pasa nadie. El ciego *ha visto la soledad* y se ha retirado á su cuartel de invierno y de verano, al lado de la casa de Dios, que está cerrada.

El atrio del templo, que no tiene verja, le ofrece abrigo durante los meses del frio, y sus paredes de mampostería préstanle sombra en la estacion de los calores.

El templo y el mendigo guardan entre sí algun punto de semejanza; el primero es un conato de arquitectura gótica; el segundo una mueca de hombre.

* * *

—¡Viva Fernando el deseado!

Despues relinchos de caballos, estridentes chillidos de trompetas, estruendosas salvas de artillería, choque de aceros, voces de mando, redobles de tambores.

Todos aquellos rumores de gloria, envueltos en oleadas de polvo, llegan hasta el pobre ciego.

Sus ojos se dilatan interiormente, y á través de sus cuencas, que son dos sepulcros vacíos, su imaginacion aguzada por el hambre cree distinguir hasta el brillo de las corazas y la ondulacion de las banderas.

Hay revista en el Prado.

El entendimiento del cautivo de las tinieblas presiente sensaciones indistintas, y una intuicion magnética le hace adivinar los febriles pensamientos de la multitud.

El pueblo, fascinado como siempre por el prestigio del momento, no cesa de aclamar á su ídolo:

—¡Viva Fernando el deseado!

Pero de entre las aclamaciones de la muchedumbre salen dos lamentos: uno íntimo y reconcentrado, aspiracion recóndita del espíritu; otro expansivo y exterior, instinto estrepitoso de la materia. Estos dos lamentos, sin embargo se compenetran, y juntos suben á las alturas. El miserable mendigo, alzando al cielo sus ojos muertos, olvidado por ese pueblo del cual inconscientemente formula los votos, votos impersonales, siente en su cerebro golpear esta palabra:

—¡Luz!

Y despues con voz gangosa profiere una frase, frase hecha, monótona, banal, y que no obstante encierra algo de terrible y misterioso porque resume todas las necesidades y miserias de la vida:

—¡Una limosna por amor de Dios!

* * *

Gran revista en el Prado.

Han trascurrido diez años.

Los mismos ruidos, las mismas voces, el mismo polvo.

—¡Viva la Reina Gobernadora!

Una sombra, sin embargo, turba la alegría popular.

Las salvas del cuartel del Retiro se confunden con algunos disparos lejanos.

El representante de lo pasado está á las puertas de Madrid. Las boinas blancas, azules ó encarnadas se diseñan en el horizonte.

Pero la augusta dama pasa y sonrie, los soldados presentan las armas, y el pueblo tranquilizado por aquella sonrisa, exclama:

—¡Vivan las dos Reinas!

Y allá arriba, en la subida del Retiro, cerca de su iglesia protectora, está, como siempre, el mendigo que se estremece al oir aquel clamoreo. Sus manos es extienden como queriendo asir el vacío, y una oleada de llanto interior hace parpadear sus ojos.

Y siente golpear en su mente la palabra

—¡Luz!

Y sus labios formulan la eterna frase, que es una protesta:

—¡Una limosna por amor de Dios!

* * *

Gran revista en el Prado.

Han trascurrido muchos años.

Tres astros regios se han eclipsado.



PAPELERA DEL PALACIO REAL DE MADRID

Los mismos rumores, y el mismo polvo que nubla la luz.

Las turbas gritan, gritan desaforadamente:

—¡Viva la República!

—¡Viva el general!

—¡Viva el pueblo!

Al elegido del infortunio se le crispan los pocos cabellos grises que coronan su frente llena de arrugas, y detrás de la pared del sagrado atrio sigue acorazándose contra el hambre, porque presiente que el estigma del hambre durará eternamente miéntras el pueblo grite siempre sin darse cuenta del sentido de sus gritos.

La agitacion de las multitudes es como el estremecimiento de las hojas de los árboles: pasa la brisa, el viento ó el huracan, y vuelven á quedar inmóviles.

Por eso el mendigo, terrible y eterna esfinge de los males y de los deseos recónditos de la humanidad, formula su eterna protesta:

—¡Una limosna por amor de Dios!

* * *

Gran parada y desfile en el Prado.

La muchedumbre se apiña; innumerables compañías, regimientos y escuadrones pasan bajo los arcos triunfales; el cañon truena en salvas; las corazas relucen; las banderas ondean.

—¡Siempre lo mismo!

—¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey!

El mendigo, ante esos gritos de la vida, siente correr por sus venas el frio de la muerte.

¡Todo vive ménos él!

Es ya muy viejo. Su piel se ha trocado en una corteza cenicienta y rugosa: sus manos, que siguen implorando la caridad pública, se asemejan á dos gavillas de sarmientos resecos.

Pero su voz es siempre robusta y continúa salmodiando la terrible fórmula del hambre:

—¡Una limosna por amor de Dios!

* * *

Y así, de año en año, de revista en revista, de vociferaciones en vociferaciones, aclamando nombres y cosas distintas, los que escuchan atentamente los clamores de la tierra han oido siempre, en medio de los gritos revolucionarios y de los estrépitos aparatosos de la fuerza, la voz eterna, la voz verdadera, la íntima voz del terrible y simbólico mendigo, del vigilante de la noche de la humanidad que anuncia la hora exacta de los dolores del pueblo, del incorruptible centinela de la conciencia universal, del sacerdote que sintetiza fielmente la oculta plegaria de la multitud resumiéndola en un suspiro.

Pontífice inflexible de la fraternidad, titular autorizado de la ceguedad física, nunca cesa de clamar por la ceguedad moral.

¡Luz, luz, luz!

Y en tanto que el pueblo procura ocultarse á sí propio sus verdaderas aspiraciones y sueña con quimeras adormecido al son de las alegres músicas, al repiqueteo de las campanas echadas á vuelo y al estruendo de las salvas de artillería entre cuyo humo no ve fluctuar una amenaza perpetua, él, el mendigo, la cabeza levantada al cielo, los brazos extendidos palpando las tinieblas, permanece acurrucado en el atrio de la vieja iglesia, su cuartel de invierno y de verano, y con voz más triste y quejumbrosa que nunca continúa implorando de la caridad pública una migaja del pan de cada dia que derrochan sus hermanos.

El ciego tiene ya noventa años: tendrá ciento...tendrá mil...¡Quién sabe!

Los siglos oyeron la voz de Ashavero, *el condenado á la vida*:

—¡Señor, ten piedad de mí! ¡Haz que muera y que descanse!

Pero dejaron de oirla.

¿Sucederá lo mismo con esta otra voz del *condenado á las tinieblas*?

—¡Una limosna por amor de Dios!

FABRICIO

LA CATEDRAL DE AVILA

II Y ÚLTIMO

Viniendo ahora á la sacristía, es una hermosa construccion gótica, con más carácter francés quizá que ninguna otra parte de la iglesia y superior á la más de las sacristías de nuestras catedrales. La iluminan hermosas ventanas; la cierra una bóveda octogonal, apoyada sobre arcos, y la decoran una arcada en el cuerpo de luces, cuatro grandes composiciones en relieve, de escaso valor, y un altar y retablo de mármol, del Renacimiento, profuso, como casi todos, pero de no mucha mayor importancia que aquellas.

Decididamente, á lo ménos, desde el siglo XV, jamás hemos sido escultores. Ni Berruguete, con sus imitaciones de Miguel Angel, ni Becerra, más sobrio y expresivo, ni Montañés, quizá el más sentido y poético de todos, ni Cano, último de estos maestros, pueden ponerse en parangon, aunque sea de léjos, con el Greco, Velazquez ó Ribera, ó bien, dentro de su propio arte, con las admirables estátuas del Pórtico de la Gloria, en Santiago, ó las no ménos admirables de Leon. La contienda de Berruguete con Felipe de Borgoña, en la sillería de Toledo, es muy instructiva en este punto. En cuanto á idea, á impulso genial y valentía, vence Berruguete, no obstante el amaneramiento de sus retorcidas figuras; miéntras que las de su competidor, son mucho más naturales y correctas, pero vulgares y frias. Ambos ceden, sin embargo, ante el maestro Rodrigo, autor del cuerpo inferior, mucho más puro y firme, y que les precede medio siglo. No parece sino que el Renacimiento fué todo lo contrario de lo que dice el nombre para nuestra escultura. Cierto que algunas cabezas de las casas consistoriales de Sevilla, de la Universidad de Salamanca, ó del patio de los Irlandeses y la fachada de Santo Domingo, en esta última ciudad, son excelentes; pero ¿quiénes son sus autores? Los que se conocen, extranjeros. Además, cuando el genio de un pueblo no puede ya acometer la estatua, empresa capital de este arte, todavía guarda brio suficiente para la escultura decorativa, de que podemos presentar bellos ejemplares, sin duda. Pero

—debe repetirse una y mil veces—en punto á estatuas, para hallar entre nosotros cosa comparable con las obras clásicas extranjeras de la época cristiana, hay que buscarla ántes del siglo XV.

En la ante-sacristía (á que da ingreso una puerta y reja de buen gusto), y en la sacristía misma, se guardan algunas alhajas de interés: viriles, platos, cetros, reliquias, arquetas, etc. No es lícito olvidarse de la hermosa custodia greco romana, de Juan de Arfe, tal vez la más interesante que de este gusto poseemos, análoga á las de Sevilla, Valladolid y Sahagun, obras tambien del mismo renombrado artífice, como á la de Palencia, que lo es de él y de Benavente. Un cáliz esmaltado italiano, del XIV, el libro de la jura de los Obispos, con bellas filigranas y esmaltes del XV, y algun otro viril, deben tambien notarse.

El claustro, situado al S., y bastante desfigurado, es, segun Street, del XIV tambien y tiene bellas proporciones. Encierra, sin embargo, muchos sepulcros anteriores, en el primer estilo gótico, todavía inspirado de las tradiciones románicas. ¿Será, pues, el actual, una reconstruccion? Han de mencionarse asimismo la capilla de la Piedad, abierta en el ala de Poniente, y la del Cardenal, del XV, mucho mayor, dividida por una buena reja plateresca, alumbrada por dos ventanas, con vidrieras que se atribuyen á los maestros Santillana y Valdivieso, y emplazada delante de la Sala capitular, á la cual da ingreso. Toda esta parte, así como las de las sacristías y construcciones anejas, se hallan indicadas con suma inexactitud en el plano de Street, en otros puntos excelente.

Dos palabras, para terminar, sobre el exterior de este hermoso templo. Ya se ha hablado del ábside, casi único en su género, entre nosotros. La puerta del N. y la torre son las otras dos construcciones que conviene notar; pues la fachada principal, salvo la parte inferior del único y sencillo portal que en ella se abre, ha sido tan bárbara y anacrónicamente restaurada, en el estilo pseudo gótico, como la de la Catedral de Toledo. En cuanto al resto del edificio, desaparece tras de las construcciones posteriormente agregadas. Exceptúanse los pináculos y algo de las almenas y cubiertas, que se destacan á veces sobre lo demás; aquellos son robustos y severos, coronando los contrafuertes, decorados por una arquería del mismo gusto.

La indicada puerta del N., junto á la cual queda todavía una parte del crucero de principios del XIII, con sus canecillos románicos, es, sin duda, como afirma Street, una de las más bellas de nuestras iglesias, sólo comparable, dice, á las de Búrgos y Leon, quizá superiores, pero con cuya traza general guarda gran semejanza. Consta de un cuerpo inferior, con seis estatuas á cada lado; sobre este cuerpo, descansa una rica archivolta de otros tantos órdenes, ornamentada en sus cinco huecos con estatuillas, delicadísimas algunas; en el centro del tímpano, formado por esta archivolta y el dintel horizontal de la parte superior de la puerta, se halla el Salvador, sentado, dentro de su aureola; y tres fajas horizontales dividen el espacio restante en cuatro paños, ocupado por composiciones, cuyos asuntos son los usuales (la Cena, la Coronacion de la Vírgen, etc.). Todo ello presenta el gusto del XIV, salvo el pórtico del XV, que protege esta bella fachada, apoyado en sus contrafuertes laterales y coronado por una crestería con sus correspondientes pináculos. A igual época, segun todas las apariencias, pertenece el arco de tres centros que, por bajo del dintel, cierra la puerta y cuya forma y ornamentacion, así como las de las jambas en que descansa, no parecen compatibles con el estilo general de esta portada, á pesar de la respetable opinion del ya citado Street (al cual, empero, hay que recurrir siempre que se trata de nuestra arquitectura de la Edad media.) No es difícil hallar señales de los remiendos posteriores. Añádase que las esculturas, inferiores tal vez á las de Búrgos y Leon, como aquel asegura, son excelentes sin embargo y de semejante estilo, si bien hay quien censura el exceso de composicion con que el autor ha rellenado materialmente el tímpano, y en especial la faja inferior. ¡Qué distancia, con todo, entre esta superabundancia y el apelmazamiento de tiempos ulteriores; v. g. de la Catedral Nueva de Salamanca!

A cada lado de la portada de Poniente y sobre las naves laterales habia proyectada una torre; pero sólo la del N. O. se concluyó. Es gótica, sólida, prismática, de base cuadrada, con dos contrafuertes de igual figura en cada uno de sus frentes, cuyos ángulos decoran gruesos *crochets*, de corto pedículo, que á primera vista, por esta razon, tienen alguna semejanza con los adornos de bolas del XV; cada contrafuerte termina por robustos pináculos adornados de manera análoga, excepto los de atrás, que están almenados. Tiene dos cuerpos, á más de la planta baja (que forma una capilla, segun se dijo ya); y en cada cual de ellos, dos ventanas ojivales, separadas tan sólo por un pilar, adornadas con los mismos ganchos y coronadas por frontones. En su parte superior, los lienzos llevan una ancha faja de tracería gótica en relieve y sobre ella corren las almenas, cuya forma de prisma terminado por una pirámide, recuerda las arábigas y es comun en tantos otros monumentos españoles.

F. GINER DE LOS RIOS



SIR GUILLERMO SIEMENS (distinguido electricista)



LA DECLARACION, cuadro por Enrique Rasch

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1883 — NUM. 102

HOJAS DE DICIEMBRE, cuadro por M. Jenoudet

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Semana de regocijos.—El manto de púrpura de la Naturaleza.—La aurora boreal, un gobernador y D. Nicolás María Rivero.—El monumento de Isabel la Católica.—Porvenir del escultor Oms.—La via monumental de Madrid.—Cuentas del Gran Capitan.—Los estrenos de la semana.

¡Semana entera dedicada á fiestas y á regocijos!.... semana en que hasta los pobres acogidos en los establecimientos benéficos de la Diputacion Provincial han disfrutado comidas extraordinarias,.... semana en que el pueblo de Madrid se ha dado el placer de conmemorar el reinado de Isabel la Católica; y se ha hecho un ensayo de naturalismo en el teatro de Novedades, miéntras que en el de Lara los espectadores alfombraban el piso con billetes de Banco;.... semana feliz, semana pintoresca, que has resucitado á los antiguos alguaciles de casa y corte haciendo primero que se pasearan por Madrid con motivo de la proclamacion de la bula, y obligándoles despues á que se instalaran en la escalera del palacio del Ayuntamiento, y presenciaran reverentemente la subida de los dichosos de Madrid que habian podido lograr un codiciado billete y acudian risueños, engalanados, á la famosa recepcion del Municipio;.... ¡semana excepcional, yo te saludo!

Merecerías que el cronista usara pluma de oro y papel vitela para consignar sus impresiones; eres digna del frac y de la corbata blanca; te has hecho acreedora á cuartillas perfumadas, como los billetes de la funcion de gala en Apolo, y á que la péñola del revistero no se sumerja más que en un frasco de la reina de las tintas!

* * *

Para hermosas tintas, la Naturaleza. Ella ha celebrado con toda esplendidez la importancia de estos dias. ¿Qué valen los programas de las corporaciones oficiales? Los gallardetes y las banderolas, los grandes cortinajes y los primorosos tapices.... ¡todo esto resulta insignificante, pobre, mezquino, en comparacion del manto de escarlata con que se ha cubierto el cielo durante las puestas de sol!

Ha sido realmente un espectáculo magnífico, que ha hecho palidecer de envidia á los carbones de la luz eléctrica.

—Sabíamos—han dicho los tales—que nuestro arco voltaico no podia ganar en hermosura al arco íris, tendido sobre un cielo negro y abarcando un horizonte inmenso; pero desconocíamos ese fenómeno crepuscular que se manifiesta por Poniente y que atrae las miradas de todos los madrileños.

Ese fenómeno no es más ni ménos que un alarde de la Naturaleza.

Las fuerzas naturales se reunieron en consejo.

La tempestad ofreció su música de truenos y sus fulgurantes rayos.

Eolo dijo:

—Yo silbo admirablemente.... ¿Desato los odres de mis vientos?

Los cefirillos ofrecieron sus caricias; y la atmósfera se brindó á decorar el firmamento con fantásticas colgaduras de nubecillas.

—Nada de esto—dijo el sol.—Yo presidiré las fiestas. Quiero que el príncipe aleman guarde memoria de la prodigalidad del sol de España, ya que él es tan buen *soldado*. Durante el dia alumbraré á la capital española con mi rutilante faz alegre y satisfecha. Y en las primeras horas de la noche les dejaré mi extenso manto purpurino descansando sobre las montañas de Occidente y llenando de acarminada luz un inmenso espacio del cielo. Entre tanto preparará su decoracion la noche con su manto negro tachonado de estrellas, y los madrileños se acostarán pensando en el brillante crepúsculo y preguntándose:

—¿Qué será eso?

Efectivamente: ¿qué es eso?—hemos preguntado todos.

Y como siempre sucede en semejantes casos, cuando se observan esos fenómenos inusitados en la atmósfera, mucha gente, no sabiendo qué título dar al luminoso espectáculo del cielo, lo ha bautizado con el nombre de *aurora boreal*.

No importa atribuir el Boreas á Poniente: el caso es hallar una denominacion científica á un suceso que tal vez no sea otra cosa que aglomeracion de vapores en la atmósfera, atravesados por los últimos rayos del sol que se ha hundido en el ocaso.

Si los espíritus de las personas que existieron presencian, desde la region en que se hallen, los fenómenos atmosféricos, el espíritu de D. Nicolás María Rivero debe de haber lanzado en vista de nuestro cielo purpurino una estrepitosa carcajada.

Y es que habrá acudido á su memoria la disposicion que tomó en caso análogo, hace diez ó doce años, cuando él era ministro de la Gobernacion en la tierra.

El caso fué sumamente chistoso.

Un resplandor rojizo apareció, como ahora, al anochecer, en el horizonte.

Y como entónces hallábanse al órden del dia las revueltas políticas, hubo un gobernador de cierta provincia que azorado y perplejo puso al ministro de la Gobernacion un telégrama en términos parecidos á éstos:

«Un vivísimo resplandor ha aparecido en el horizonte. Ignoro las causas. ¿Qué hago? Miéntras inquiero las causas, espero órdenes.»

El bueno de D. Nicolás se puso al habla con el gobernador en el telégrafo y le dijo:

—Eso que usted ha observado en el horizonte es un fenómeno atmosférico conocido por el nombre de *aurora boreal*; y es de tal naturaleza que siempre que se produce, presentan la dimision los gobernadores de esa provincia.

El gobernador dimitió en seguida.

Tal vez fuese muy perspicaz para las cosas de la tierra... Pero no se pueden ignorar de esa manera las cosas del cielo.

* * *

Hemos inaugurado el mejor de los grupos estatuarios de esta corte.

Es un monumento dedicado á Isabel la Católica.

La reina se halla cabalgando en un caballo que si no fuera de bronce, temeríamos que echase á andar, en vista del movimiento, de la animacion y de la vida que el escultor ha sabido comunicarle. Isabel la Católica viste cota de malla, corona real y manto de pedrería: con la mano izquierda sostiene las bridas y ostenta en la derecha levantada al aire un cetro que remata en una cruz bizantina.

Caminan á la derecha de la reina el cardenal Mendoza vestido de hábitos y con el evangelio en una mano; miéntras que á la izquierda, un poco más adelantado que el cardenal, se ve la gran figura de Gonzalo de Córdoba vestido con traje de guerra. Todo el grupo descansa sobre una roca tambien de bronce, colocada en un pedestal de estilo árabe. Hay escudos alegóricos alrededor y en el frente que mira á Madrid se lee esta inscripcion en caracteres góticos:

A
ISABEL LA CATÓLICA
BAJO CUYO GLORIOSO REINADO SE REALIZARON
LA UNIDAD NACIONAL Y EL DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS.
EL PUEBLO DE MADRID
1883.

El autor del grupo y del pedestal es el notable escultor catalan Sr. Oms pensionado en Roma. Dicho artista revela condiciones excepcionales, y es una brillante esperanza de la patria.

Los cuatro pares de columnitas que sostienen el pedestal son sin embargo demasiado ligeras. Parece que se han de doblegar bajo el peso material y moral de la grandeza que sostienen.

Hacia yo esta objecion á un amigo mio, y éste me dijo:

—Es verdad; al parecer el pedestal es débil, endeble.. pero hay que fijarse en el estilo de las columnas.

—¡Estilo árabe!—dije yo.

—No, hombre, no: son... columnas de Hércules.

—Y de la altura del pedestal ¿qué me dice usted? ¿No conviene usted conmigo en que el grupo se ostentaria con más majestad si estuviese á mayor altura?

—No digo lo contrario.... pero es que sin duda lo han hecho tan bajo para que el grupo estuviera al alcance de todas las inteligencias, y de todos los cortos de vista.

El grupo escultural tiene detalles preciosísimos. Es indudablemente uno de los mejores monumentos de Madrid; y el domingo último subia una procesion de gente Recoletos arriba, y al cabo de tres cuartos de hora de camino llegaba la comitiva al pié del grupo escultural como llega rendida una caravana del desierto al pié de una pirámide egipcia. Para que la ilusion fuese más completa quedaban aún sin destruir en el arrecife del paseo las construcciones de madera pintada y adornada con jeroglíficos, que se habian improvisado alrededor del monumento de Oms el dia en que se inauguró con la asistencia de la familia real española y del príncipe heredero de Alemania.

La estatua de Isabel la Católica se ha llevado muy léjos. Tiene por vecindad el Hipódromo y dos construcciones que cuando estén terminadas darán ciertamente importancia á la plaza en cuyo centro se eleva el monumento.

Estas dos construcciones son: la Institucion libre de enseñanza, y el palacio de la Exposicion Hispano colonial que se proyecta celebrar en 1855.

Además se van levantando por allí magníficos hoteles, casas desperdigadas ahora en el rojizo y árido terreno que envuelve á la capital de España. No cabe duda que aquello es el Madrid del porvenir; pero miéntras que dicho espacio se puebla, el brioso caballo de Isabel la Católica podrá servir de modelo á los caballos que corran por la pista del Hipódromo.

* * *

Vendrá un tiempo en que el prolongado trayecto recorrido desde el paseo de invierno que se está trazando en las inmediaciones de Atocha hasta la plaza del hipódromo será la verdadera via monumental madrileña. La estatuaria exhibe en esa larga serie de paseos todos los géneros y todos los estilos: la horticultura con la fuente de la Alcachofa; las Bellas artes con la estatua de Murillo, colocada en frente del Museo de pinturas; el patriotismo, con el monumento del Dos de Mayo; la mitología con las fuentes de Neptuno, de las Cuatro estaciones y de la Cibeles en el Prado; y la historia de España con la estatua de Colon que pronto quedará empingorotada en la altísima columna que se está erigiendo frente á la Casa de Moneda, y la estatua del Marqués del Duero que antecederá al monumento de Isabel la Católica á poca distancia del obelisco de la Fuente Castellana.

Como se ve nos ha entrado el buen gusto por las estatuas. ¡Ya era hora! Madrid ha sido en otros tiempos la capital de Europa que ménos monumentos conmemorativos tenia.

* * *

¿Quereis saber quién ha estrenado el grupo escultural de Isabel la Católica?

Dos timadores.

Acompañaron todo el dia á un individuo recien llegado de Guadalajara.

A la caida de la tarde le invitaron á visitar el grupo de Oms.

¡Cómo era posible que un hijo de la histórica Guadalajara pasase un dia en Madrid sin ver á Isabel la Católica!

Llegaron allí: era ya de noche. El desprevenido provinciano abrió su cartera, y 6000 reales en billetes pasaron en presencia de la gran Isabel á los bolsillos de los timadores.

Luégo echaron á correr.

El prójimo de Guadalajara se quedó solo.

Gritó, voceó, acudieron guardias....

En resumidas cuentas, el provinciano al contar su dinero se encontró con que los timadores le habian hecho las cuentas del Gran Capitan.

Pero lo hicieron con todo el aparato que el argumento requiere.

¡Lo habian llevado al pié de la estatua de Gonzalo de Córdoba!

* * *

Estrenos teatrales de la semana:

Fatinitza. (Se escuchó con agrado, pero no entusiasmó. Nadie niega que la música es como toda la de Suppé, deliciosa; pero el público del teatro Circo de Price está encariñado con Boccaccio y la Mascota. No les saqueis de ahí. *¡Boccaccio for ever! ¡Mascota* ó la muerte!)

En Novedades, *L'Assommoir.* (Exito de curiosidad más que otra cosa. Asistió el público que va á todos los estrenos; escritores, poetas, artistas, literatos, críticos.... Todos se saludaban, todos se conocian.

A quien no se conoció fué á Zola.

¡Estaba á muchos miles de leguas de distancia!)

PEDRO BOFILL

Madrid 7 diciembre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

HOJAS DE DICIEMBRE, cuadro por M. Jenoudet

Hay hojas que el huracan arranca de los árboles que echan sus raíces en la tierra, y hay otras hojas que la muerte arranca del árbol de una vida que echó raíces en nuestro corazon. Una de estas últimas hojas está próxima á caer.

¡Pobre niña!... Apénas sintió sobre su frente el sol de la esperanza, gracias si su inconsolable abuela la conduce á que la bañe el pálido sol de invierno, ese sol que, con ser tan breve, durará probablemente más que la existencia de la enferma.....

El cuadro de Jenoudet impresiona tristemente: en él todo muere; en el horizonte el dia, en el árbol las hojas, en las manos de la niña las flores, en la enferma el porvenir que empieza, en la anciana el pasado que desaparece, dejando por toda huella una lágrima de fuego.....

Todo muere en este cuadro, símbolo de cuanto vive; pero no todo muere igualmente. El árbol despojado de sus hojas en diciembre, recobrará nuevas hojas en mayo; las flores que mueren de frio son sustituidas por otras flores que el calor fecunda..... Unicamente para esa infeliz anciana se muere enteramente la humana flor á cuya agonía asistimos; flor delicada para la cual nunca existió la primavera, boton helado en su tallo áun ántes de envanecerse con sus colores y con sus aromas

El autor de ese cuadro debe haber renovado muchas heridas: su triunfo, como muchos otros triunfos ménos inocentes, debe haber costado muchas lágrimas.

¡MIAU!... cuadro por G. Wertheimer

Las niñas se sienten inclinadas á los gatos: Dios nos libre de suponer, como algunos, que es por simpatía de temperamento.

¿Acaso las mujeres arañan? Hay quien contesta en sentido afirmativo. Las mujeres que saltan al rostro del que bien las quiere, no son mujeres como las demás, sino arpías á quienes el diablo permite tomar aquella forma.

Seamos justos: del mero hecho de que esa pobre niña haga buenas migas con su gato ¿se ha de desprender lógicamente que trate de aprender sus mañas? Nosotros creemos todo lo contrario; la desgracia de muchas mujeres no consiste en ser gatas, sino ratones que tienen la debilidad de simpatizar con felinos traidores.

Dejemos que esa hermosa niña juegue tranquilamente con ese animal, que tal vez sea el único sér que se presta á recibir sus caricias; pero advirtámosla caritativamente el peligro que corre, si no vigila los menores movimientos de su pequeño tigre.

DELICIAS DE LA MATERNIDAD, cuadro por Conrado Kiesel

La maternidad ha sido y será fuente de inspiracion para todo artista amante de lo bello en la forma y en el fondo. Por lo mismo que es un sentimiento purísimo que da lugar á múltiples manifestaciones, hay buen número de cuadros que, con expresar el mismo asunto, difieren en su ejecucion segun la manera de sentirlo sus respectivos autores.

Pocas veces, sin embargo, alcanza la ejecucion un éxito tan completo como el obtenido en el cuadro que hoy publicamos. La pureza del sentimiento maternal trasciende á la belleza física de la jóven madre; la dicha de que se halla poseida resplandece en la dulcísima expresion con que se fija en el hijo de sus entrañas. Contemplando á esa mujer se participa en algo de su felicidad; es una obra de propaganda que vale tanto ó más que un tomo de disertaciones acerca las delicias del hogar. Y no es chanza: esa mujer es jóven y hermosa; puede disfrutar del mundo, brillar en sus fiestas, ser la envidia de otras mujeres, que es el *summum* de las vulgares aspiraciones femeninas... Y sin embargo, renuncia, más que renuncia, olvida por completo lo que ántes fué su mayor deseo y no concibe la existencia del placer allí donde su hijo no se encuentra al alcance de sus miradas.

¿Quereis curar á la mujer del mal de frivolidad y coquetería, que son, por lo general, los dos puntos flacos en donde las muerde la serpiente? Hacedlas madres: la maternidad las trasformará.

BUSTOS ROMANOS de pórfido

Estas dos obras de arte, labradas en hermoso pórfido rojo y existentes en el Palacio real de Madrid, proceden de las excavaciones de Herculano, que como nuestros lectores no ignoran, fué una de las ciudades sepultadas por las cenizas arrojadas por el Vesubio durante la famosa erupcion del año 79. Ambos bustos son sin duda los de dos caballeros romanos de los primeros años de la época cristiana, y en el modo admirable con que están esculpidos así como en la expresion que el artista ha sabido comunicar á la dura piedra, se revela la pericia y maestría de los escultores romanos de aquella época, que tan bellos ejemplares nos han legado de su arte.

UNA CONFIDENCIA, dibujo por J. Scheurenberg

Cuando dos lindas jóvenes se retiran al perfumado retrete de una de ambas, y se entregan en él con cierta fruicion á la lectura de un billete comentando sus frases con placentera sonrisa, ¿de qué podrá tratar este billete? ¿Qué mano habrá escrito sus líneas? No creemos equivocarnos al asegurar que de diez veces, las nueve estarán trazadas por algun entusiasta galan, y el texto inspirado por el pícaro cieguecito. Y que en esta ocasion es así, no cabe dudarlo, pues el artista parece haber cuidado de darlo á comprender á juzgar por los amorcillos que tapizan las paredes del fondo. La confidencia de la amiga recien llegada es pues amorosa: que el apasionado autor de la carta debe esperar lisonjera correspondencia tampoco parece dudoso, pues el efecto producido por sus frases no es de burla, sino de agrado, de esa satisfaccion que hace sentir á una muchacha la deseada conquista. Sólo falta que la amable confidente sepa aconsejar á su amiga lo que verdaderamente le convenga en tan árduo asunto, escollo más trascendental de lo que parece; pues ¡cuántas inexpertas jóvenes han tenido que deplorar amargamente las consecuencias de una confianza mal depositada!

TRICICLO ACUÁTICO en el que M. Terry ha cruzado el estrecho de Calais

A fines de julio último se aventuró un osado velocipedista inglés, M. Terry, á efectuar la travesía del estrecho de Calais en un triciclo de su invencion. Hé aquí en qué términos da cuenta de tan arriesgado viaje un periódico técnico titulado *The Bazaar:* «M. Terry salió de Dover á las nueve de la mañana y llegó á Calais ocho horas despues. La distancia en línea recta es de unos 32 kilómetros, pero teniendo en cuenta el movimiento de la marea, debió de ser mayor. Basta fijar la vista en nuestro grabado para comprender la construccion particular de la máquina. Las ruedas ofrecen marcado contraste con el ligero aspecto habitual de los triciclos. En lugar de llantas de acero hueco guarnecidas de cautchuc, las llevan de más de un pié de profundidad y de diámetro casi igual: al parecer son de cautchuc y están reunidas con barras. En su circunferencia exterior presentan salientes que forman á modo de paletas como las de un buque de vapor: esta llanta está fija á un aro de hierro plano unido al eje por medio de fuertes rayos. Las dos ruedas constituyen así una máquina de doble accion, y están puestas directamente en movimiento por el eje, acodado en sentido inverso, disposicion que puede ofrecer algun reparo cuando se trata de un triciclo comun, pero que es muy conveniente en este caso particular. La ruedecita posterior hace las veces de timon.

»La flotacion de las ruedas es considerable, y más que suficiente para sostener el peso de una persona, de suerte que ésta no corre riesgo de ahogarse, consideracion que no deja de ser atendible, pues aunque el triciclo se vuelcara, el viajero puede flotar asido á él. Naturalmente, conviene más en las aguas tranquilas, pues creemos que un viajero sorprendido por un temporal se hallaria en situacion poco envidiable, áun cuando, dada la distancia que media entre las ruedas, no dejaria de estar aún en seguridad.

»Tal vez no esté lejano el dia en que se celebren carreras acuáticas, como hoy se celebran las terrestres.»

VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO á España

Segun anunciamos en nuestro penúltimo número, acompañamos al presente, en vez de la acostumbrada lámina suelta, otras cuatro páginas de grabados que representan vistas y episodios alusivos á dicho viaje. Estos son la salida del príncipe aleman del puerto de Génova á bordo del *Prinz Adalbert;* tres dibujos referentes á la travesía; una vista general de la Alhambra de Granada, y la entrada de S. A. I. en Madrid.

EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

(Continuacion)

—Ya verás, es muy curioso el caso. Figúrate tú que se verifica el sorteo; que el susodicho sujeto mira su número en la lista y ve que nada le ha tocado.

—Pues, como á mí, todo ello me parece lo más natural del mundo.

—Espera. Figúrate, además, que en el momento de estar el aludido mirando su billete, una negra que no sabia leer y que jugaba tambien, le alarga otro billete, suplicándole que haga el favor de mirarlo.

—¿Y qué?

—En el acto ve el sujeto que á la negra acaba de caberle en suerte el premio grande.—Toma, dice, nada te ha tocado. Y le alarga el propio billete, que aún conservaba en la mano, quedándose con el premiado.

—Es, en efecto, un caso muy curioso y... muy infame!—observó Lucía.—Afortunadamente, estamos en Toledo, no en la Habana, y ni Miguel ni yo somos negros, á Dios gracias.

—Cierto; mas dime una cosa. No se trata ahora de Miguel, sino de cualquier sujeto parecido al de la Habana.

—Miguel es mi novio; sus intereses son los mios; todo engaño entre los dos seria necio; y sobre necio, ocioso.

—En circunstancias semejantes á las tuyas,—insistió Clara,—¿no te parece á tí fácil mandar primero el número, despues el décimo de un sorteo atrasado, y quedarse con el billete valedero, en el caso de resultar éste favorecido por la suerte?

—¿Y si por casualidad saliera premiado el número antiguo?

—El apuro no es mortal: se atribuye el caso á una equivocacion posible; y como quiera que el número valedero no fué premiado y el otro caducó, se hace inútil todo pleito; la cosa no pasa de una ilusion desvanecida. ¿Viste bien si tu décimo pertenecia al sorteo de Navidad?... Lo natural es no mirar sino el número.

Lucía, apurada la paciencia, se levantó sin contestar, y dando un portazo nervioso, abandonó la estancia.

¿Creereis que Clara se retiró ofendida, en la conviccion de que su amiga era sobrado necia y susceptible?..

VI

Lucía, por su parte, habia quedado sumida en un mar de reflexiones. Su confianza en Miguel era ciega y áun algo más: era el dogma de su amor. Pero ¿quereis algo más firme, más invulnerable que el dogma religioso? Sin embargo, viene la impiedad; analiza, discute y acaba por negar ese dogma. Lucía tambien acababa de discutir con Clara el suyo, y á solas comenzó á analizarlo. Si no estoy mal informado, Maquiavelo es quien ha dicho: «Calumnia, que algo queda.» Fuesen calumnia ó no lo fuesen, todas las noticias y suposiciones relativas á nuestro jóven acabaron por mortificar á Lucía. Las noticias de Julia por un lado, las á un tiempo sándias y sutiles insinuaciones de Clara por otro, alteraron la constante serenidad de su espíritu, y pensó que era muy posible, no tratándose de Miguel, sino de cualquier otro, tomar por encargo ajeno un décimo de la lotería, quedarse con él y con el premio si le correspondia alguno, enviando á la persona interesada primero el número, despues el décimo de cualquier sorteo atrasado, puesto que por lo regular nadie lee un billete de la lotería como si fuera un libro, una carta ó una cuenta, y todos solemos limitarnos á mirar el número. Pensó, además, que en el caso de notarse el cambio ó de figurar, por una rara coincidencia, en la lista de los premiados el número del décimo no valedero, fácil era salir del apuro diciendo:—Me he equivocado mandando un décimo por otro; ahí va el nuevo y verdadero. Todo este juego, que Lucía no osaba, por amor á Miguel, calificar de estafa ni de *timo*, consistia en correr sin peligro el albur de que el interesado notara ó no notara la antigüedad del billete, albur tanto más fácil de arrostrar cuanto mayor fuese la confianza de la persona engañada. En fin, si ni Julia ni Clara mentian, ¿á qué cerrar Miguel su bufete? ¿A qué gastar nada ménos que quince mil duros en alhajas? ¿De dónde procedian aquella leontina y aquel reloj de oro que Lucía en su amante distraccion no reparara? ¿Y aquella íntima amistad, aquellos largos párrafos con la señora del ministro, con una casada? ¿Seria Miguel un libertino? Todo eso y mucho más pensó Lucía, involuntariamente, sin atreverse á ofender á Miguel con la confirmacion de tales pensamientos.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de chismes?—concluyó. ¿Quién falla un proceso sin oir al acusado? ¿Necesito, no desvanecer dudas que no abrigo, necesito, sí, tranquilizarme? Pues el mejor recurso para ello es apelar á la lealtad de Miguel. Que venga; le interrogaré y él me devolverá la calma.

Más sosegada con esta decision, escribió al jóven que deseaba verle cuanto ántes, para tratar asuntos de los cuales dependia la felicidad de ambos.

Trascurrieron tres dias sin que Lucía volviera á ver á Clara que, dándose por resentida, se habia encerrado en su casa.

En cuanto á Miguel, léjos de acceder á los deseos de su novia, contestó con una extensa carta despidiéndose para Lóndres, adonde sin pérdida de momento le obligaba á trasladarse un asunto del mayor interés, superior á su voluntad, y del cual dependia tambien la felicidad de ambos. Se lamentaba en sentidas frases de no serle posible ver á Lucía ni á D. Justo ántes de partir, y procuraba tranquilizar á la primera, diciendo que en breve volveria para no separarse jamás de su lado, para llevarla al altar, hacerla venturosa y recibir de ella á su vez la ventura tan necesaria á su existencia.

Con semejante carta subieron de punto las confusiones de Lucía, y si no llegaron á convertirse en vehementísimas sospechas, fué porque habiéndola leido, releido y analizado palabra por palabra, vió que, salvo una reserva inexplicable, salvo la clave de lo que no comprendia, aquella carta, desde la cruz á la fecha, rebosaba amor, sinceridad y un sosiego de que no goza la conciencia del malvado.

Los hombres de talento,—pensó Lucía,—tienen la facultad de fingir maravillosamente aquello que no sienten. Pero no, Miguel es bueno, estoy segura de ello; aquel semblante, aquella mirada no mienten, ¡no pueden mentir!

Lucía puso en conocimiento de su padre el repentino viaje de Miguel, y D. Justo acogió la noticia con viva curiosidad.

—¿Y no explica el objeto?—preguntó.

—Ni una palabra.

—Es extraño. Sin embargo, apostaria á qué ese viaje no es ajeno á tu próxima boda.

—Así lo espero,—respondió Lucía.

Y ambos variaron de conversacion.

Miguel escribia con irregularidad, mas tambien con extension. Daba minuciosos detalles de los sitios que iba recorriendo; describia con acertada diccion las maravillas y singularidades de la capital de la Gran Bretaña, luciendo en comentarios y descripciones sus conocimientos universales y su claro entendimiento, sin hablar palabra del objeto de su viaje, ni de cosa capaz de evitar á Lucía la confusion en que se hallaba.

Ella le escribia tambien, respetando la reserva del jóven, pues tenia sus motivos para no tratar desde léjos y por cartas, una cuestion que para siempre habia de quitarle ó devolverle el grano de felicidad homeopática que el cielo se dignara otorgar á los mortales. Sólo una vez se atrevió á levantar una punta del velo preguntando á Miguel la causa de tal viaje á Lóndres; mas fuese que en realidad se distrajera ó que juzgase oportuno hacerse el distraido, Miguel pareció no haber reparado en la pregunta.

Lucía entónces resolvió callarse y esperar, una vez que el jóven le aseguraba su próximo regreso, añadiendo que sus asuntos marchaban viento en popa.

¡Ay! el que espera desespera, y eso le ocurrió á Lucía: no pudo evitar cierto inquieto frenesí, con alternativas de profunda melancolía, de la que no bastaban á sacarle los mimos de Clara, quien reconociendo su indiscrecion, se habia reconciliado con ella y desviviase en su obsequio. D. Justo advirtió el estado de su hija y atribuyó lo primero á la ausencia de Miguel, mas luégo hubo de recelar mayor motivo, y al fin la interrogó. En vano quiso Lucía eludir la explicacion: acosada por su padre, y á fuer de buena hija, confesóle sus temores; dióle á leer la carta de Julia; refirióle detalladamente las indiscretas insinuaciones de Clara, y manifestó sin rebozo la necesidad de saber á qué atenerse.



¡MIAU!, cuadro por G. Wertheimer



DELICIAS DE LA MATERNIDAD, cuadro por Conrado Ki[illegible]

—¡Diantre!—profirió D. Justo.—Si no se tratara de un muchacho como Miguel, de una tonta como Clara y de una aturdida como Julia, confiésote que me alarmaria. Por de pronto, lo de la lotería, si bien cabe en lo posible, es tan excepcional, que lo considero un solemne disparate. En cuanto á la carta de Julia, si ésta no ha tergiversado las cosas, ya es harina de otro costal.

Lucía suspiró.

—Con todo,—repuso D. Justo,—á Miguel le creo un hombre honrado y sério. ¿Se ha encerrado en una incomprensible reserva? Sus motivos tendrá. No, aquella mirada noble y leal, aquella sonrisa franca, no son un antifaz hipócrita; te confieso que de lo contrario me llevaria un solemne chasco. Sobre todo, hija mia, opino que no debes preocuparte ántes de tiempo; para llorar nunca es tarde. Tengamos un poco de paciencia; esperemos el regreso de Miguel, y si él no habla en seguida, entónces seré yo quien le hable gordo. ¡Qué diantre! Ya no puede tardar...Ese muchacho al fin no es ningun Creso, ni siquiera un Salamanca, para pasarse media vida en la ciudad más cara de Europa.

Pena confiada es media pena: Lucía, un tanto más tranquila, volvió á sus ocupaciones ordinarias.

En cuanto á D. Justo, aunque procuró consolar á su hija, no las tenia todas consigo.

VII

Por aquellos dias, la suerte vertió una inesperada gota de néctar en el cáliz de nuestros amigos: sin saberse cómo ni por dónde, D. Justo, que llevaba siete meses de cesante, fué repuesto en su destino. La credencial llegó de la corte, sin más explicaciones que: *atendidos los servicios prestados*, etc.

Lucía se alegró por tres razones: primera, por su padre á quien idolatraba; segunda, por salir de Toledo, donde Clara, con la mejor voluntad del mundo, no dejaba de importunarla muchas veces; y tercera, por volver á Madrid, donde le seria más fácil entrar en averiguaciones respecto de Miguel.

D. Justo y su hija ordenaron, pues, la administracion de sus reducidos bienes, cerraron su casa de Toledo, y á la semana de recibir aquél su credencial, llegaron á Madrid instalándose provisionalmente en una fonda.

La primera entrevista de Lucía y Julia fué cordial. Echáronse una en brazos de otra y se besaron con efusion, la primera por egoismo, la segunda por rutina y por aturdimiento. Pasadas las naturales expansiones, Lucía dijo á Julia:

—¿Qué tal la reunion?..

—Muy animada; han presentado á mucha gente nueva; sólo nos faltabas tú.

—¿Sabes algo de Miguel?

—Lo que te dije.

—¿Y la ministra?

—Tan campante. Apénas se acuerda de Miguel y le nombra raras veces. En cambio, cuando le nombra....

—¿Qué?

—Hace de él unos elogios....

—¿Se despidió de tí?

—¿La ministra? ¡Si no ha salido de la corte!

—No, Miguel.

—¡Ah! Sí, en casa estuvo una tarde. Nos dijo que marchaba á Lóndres.

—¿Nada más?

—Tampoco se lo preguntamos. Por cierto que iba guiando una hermosa berlina, con lacayito y todo.

—¿Suya?

—No, de Lázaro.

—¡Qué me cuentas!

—Lo que oyes. A propósito, ¿has visto una casita, modesta, pero muy linda, que están construyendo en la calle del Cármen?



BUSTO ROMANO DE PÓRFIDO, Palacio real de Madrid

—No he reparado.

—Tambien dicen que es de Miguel. Yo no lo creo.

La confusion de Lucía llegó al colmo.

—¡Casa y berlina!—pensó.—Ahora lo entiendo ménos.

— Lo dicho; nos va á dar una sorpresa,—profirió D. Justo al oir la noticia. Y añadió para sí:—¿Qué diantre de negocios habrá hecho ese chico?...

Lucía, cada vez más inquieta, tuvo una ocurrencia: visitar á la familia de Miguel, á ver si le daban alguna luz. Aunque, como era natural, vivian en buenas relaciones, no se veian sino de tarde en tarde á causa de los continuos cuidados que exigian la salud y los achaques de D. Fernando, padre de Miguel y de Rosa, al cual consagraba ésta la mayor parte de su tiempo. Rosa era el reverso de la medalla de Clara y de Julia: casi siempre metida en casa, ni frecuentaba la sociedad, ni tenia amigas con quienes murmurar, ni se le daba un ardite de cuanto ocurria de puertas afuera. Dotada de entendimiento claro, de bondadoso corazon y de modestia suma, al conocerla, habia simpatizado con Lucía á la cual queria ya fraternalmente; jamás veia una lástima sin compadecerla y era incapaz de chismes ni de envidia. Al ver entrarse á Lucía por las puertas de su modesta habitacion, le dijo alborozada:

—¡Qué gusto! ¡Tú por acá! Te hacíamos en Toledo.

Lucía refirió en breves palabras la reposicion de D. Justo y el regreso de ambos á Madrid.

—¡Cuánto me alegro!—repuso Rosa.

—¿Y tu papá?—preguntó Lucía.

—Algo mejor de su gota. Ahora entraremos; se alegrará mucho de verte.

—Tambien yo. ¿Y Miguel?

—Ya lo sabes; está en Lóndres. Escribió ántes de ayer diciendo que en breve nos dará un abrazo.

Lucía se hallaba perpleja y vacilante: no sabia como dar á entender á Rosa que casi desconfiaba de su hermano. Tendió la mirada por la habitacion y nada vió en ella que revelara un cambio de fortuna.

—Te encuentro así, como triste,—le dijo Rosa. ¿Te contraría la vuelta á Madrid?

—De ninguna manera.

—Pues ¿qué te pasa?

—La verdad, me preocupa...

—¿La ausencia de Miguel?

—No, la ausencia precisamente, no; el motivo de su viaje. Nada me ha dicho.

—¿Querrás creer que tampoco papá ni yo lo sabemos? —respondió candorosamente Rosa.

—Algo os diria.

—Sí, nos dijo que de su viaje dependia la felicidad de todos, incluyéndote á tí; no te olvidó.

—¿Nada le preguntásteis?

—Mil cosas; y nos contestó que no le mortificáramos, que nada podia responder y que á la vuelta lo sabríamos todo. ¡Ya se ve! Como papá está embobado con él, y á mí me ocurre otro tanto, y Miguel es el alma de esta casa, nos quedamos con nuestra curiosidad.

—¿Es cierto que ha cerrado su bufete?

—Sí, unos dias ántes de partir; pero yo espero que vuelva á abrirlo. Por cierto que, al cerrarlo, se compró un reloj y nos entregó diez mil reales, importe de un pleito, segun dijo. El pobre siempre se sacrifica por nosotros.

—Me han asegurado que se está haciendo una casa.

—¡Una casa! Como no sea de carton!.. ¡Vaya una ocurrencia!

—Yo sé que Miguel tiene dinero, mucho dinero, se aventuró á decir Lucía.

—¿Te lo ha confesado?

—Lo sospecho.

—No sé. Él jugó á la lotería de Navidad. Como no le tocara el premio grande... Pero ¡quiá! nos lo hubiera dicho. ¿Quieres que entremos á ver á papá?

—Vamos.

Segun se ve, Lucía nada pudo poner en claro. Por un lado la tranquilizaban las fáciles y sencillas respuestas de Rosa, sobre todo el que ésta ni siquiera sospechara de su hermano; por otro lado, la preocupaba un poco lo del premio grande, cuya posibilidad manifestara su futura cuñada, aunque sin creer en ella.

—Si vuelve, ya no puede tardar; esperemos,—se dijo con resignacion.

(Concluirá)

EL FONDO DEL VASO

Puse el vaso sobre mi mesa, llenélo de agua hasta los bordes. El líquido cayó sobre el cristal entre espumas de nieve y burbujas del color del íris. Mil puntos luminosos, como estrellas de un cielo microscópico, chispearon al través de las facetas ovaladas del vaso, que, como huellas de dedos, formaban en el fondo un capullo de hojas plateadas.

Poco á poco fué quedándose tranquilo aquel lago de cuatro pulgadas, sobre cuya superficie rielaba el resplandor de mi bujía, como una luna melancólica y temblorosa.

Y, por fin, dejáronse ver á lo largo de las paredes exteriores del pálido cristal gotas diamantinas, semejantes á lágrimas, cuajadas y suspensas allí por un soplo del viento.

Voraz sed abrasaba mis entrañas y hacia chasquear secamente la lengua dentro de mi boca. Apliqué con afan los labios al consolante refrigerio, y, de un sorbo, me bebí hasta la mitad. No puedo definir exactamente lo que experimenté entónces; pero sí creo que se calmaron muchos de los fuegos pertinaces de mi espíritu.

Chisporrotearon, como para apagarse, los tizones de las ansias de la fiebre, que producen las pasiones. Un humo fuerte y acre ascendió, en retorcida columna, hácia mis ojos, por cuyas pupilas ensangrentadas asomaron, como entre brumas, los relámpagos del llanto. Glorias, ambiciones, sueños, amores, encantos, deseos, esperanzas, afectos, ilusiones, pasaron unos tras otros, extinguiéndose por mi mente oscura, como esas hormigas de oro que corren locamente, hasta desaparecer, sobre un papel que se quema.

Trascurrió breve rato; y otra sed, más intensa que la anterior, apretó mi garganta. Llevé de nuevo el vaso á mis labios, y, de otro sorbo, agoté la otra mitad de agua que quedaba. Sentí, con este segundo refrescante, desvanecerse todos aquellos sentimientos indefinibles que, esperando un sér y una forma, andan vagando en el

cáos de nuestra inteligencia. Deliquios, embelesamientos, fantasías, caprichos, idealidades, imaginaciones, arrebatos, instintos, maquinaciones, antojos, se deshicieron rápidamente en el espacio del cerebro, como fuegos erráticos que se alejan y se descomponen bajo la bóveda azulada de la noche.

Por último, una sed más tenaz, más punzante, más calcinadora, derramó en mis pulmones un hálito ardiente como el de un horno. Yo me ahogaba, me retorcia convulsivamente, y tendí mis manos al vaso, pidiéndole consuelo. En el fondo aún existia una levísima laminilla de agua; volqué el vaso de lleno sobre mi boca repetidas veces; pero ¡ay! siempre quedaba allí algo brillante, terso, escurridizo que escapaba á mis afanes.

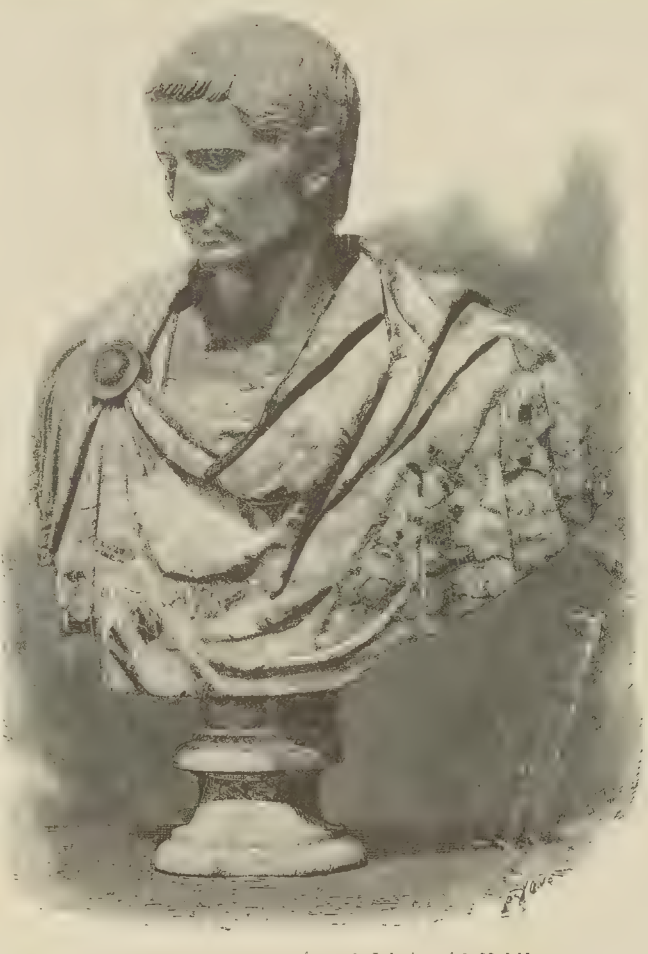
La sed, entre tanto, crecia, se extendia por todo mi sér, abrasaba todo mi organismo: nervios, venas, huesos, carnes, músculos, vísceras y entrañas. Aquello era estar sumergido en una hoguera hecha con el incendio de cien ciudades juntas; era haber naufragado en un océano de fuego.

¡Agua! ¡agua! gritaba yo; y una y otra vez vaciaba la botella en el vaso y éste entre mis fauces caldeadas. Mas, siempre, siempre, una gota imperceptible temblaba en el fondo, me miraba como un ojo lejano, se sonreia como una cara vista bajo un lente burlesco

Yo clavaba allí mis miradas; y aquella diminuta perla aplastada, aquella cascarilla de nácar, me fascinaba, me mareaba como el fondo de un abismo. No sabiendo qué hacer, furioso, desesperado, arrojé el vaso contra el suelo. Cuando alcé los cascos rotos, aún estaba en el fondo la gota; pero era sólo una ampolla de aire interceptado en el cristal.

¡Aquel infinito de mis ansias era un desperfecto de fabricacion!

JOSÉ DE SILES



BUSTO ROMANO DE PÓRFIDO Palacio real de Madrid

LOS VOLCANES

A la catástrofe de Ischia ha seguido el cataclismo de la isla de Java. Segun dicen los periódicos, en la bahía de Lampond la destruccion ha sido completa en una extension de 8 kilómetros. La lava invadió de tal modo el rio Jacatana que las aguas se abrieron nuevo cauce. La isla de Anius se inundó enteramente: en parte la de Midah; y en las de Baby y Tjiribon perecieron todos los habitantes. El Estrecho de la Sonda no es navegable ya por los mismos parajes que anteriormente; porque el fondo ha variado en la conmocion de la isla de Krakatoa. Las ondulaciones del agua del mar producidas por el hundimiento de tantas islas se propagó hasta Borneo. El número de muertos de resultas del espantoso cataclismo se estimó al principio en 30000:.... despues algunos periódicos lo han hecho ascender hasta 100000!!

* * *

Un oficial de la marina francesa, Mr. Delauney, fundándose en los movimientos de Júpiter y de Saturno, presentó á la Academia de ciencias de Paris en 1877 y 1879 trabajos acerca de los terremotos, anunciando grandes sacudidas terrestres para abril ó mayo de 1878, para 1883, para 1886, y para otras épocas tambien en lo que resta de siglo. Y sucedió que precisamente el 2 de mayo de 1878 hubo violentos temblores de tierra en Alsacia y Suiza; el 10 y los siguientes dias en las islas Sandwich; y el mismo 10 en Perú, Bolivia y casi toda la América del Sur; algunos tan violentos que la ciudad de Iquique quedó totalmente destruida. En 1883 han ocurrido los desastres de Ischia y de Java.... ¿Ocurrirán tambien los predichos para 1886, y anunciados como inmensamente más destructores que los recientemente ocurridos?....

La Academia de ciencias juzga coincidencia pura el cumplimiento de las predicciones (?) del marino Delauney; quien, fundándose en que el acaso está á su favor insiste en sostener sus terribles vaticinios para 1886; pero los hombres dedicados á esta clase de estudios continúan creyendo que no hay aún ciencia seismológica; que no existen fundamentos de prediccion; que tal vez haya algo de verdad en las influencias cósmicas, especialmente en la sospechada accion de las manchas solares; pero que al enfriamiento terrestre, y á las demás causas telúricas que son su consecuencia ineludible debe atribuirse la naturaleza de tan terribles fenómenos, introduciendo convenientemente en la explicacion la teoría de los volcanes.

* * *

Cuando un volcan está en actividad, y durante la erupcion, hay convulsiones del suelo, y á veces terremotos horribles. Ahora bien, ¿todos los movimientos del suelo dependen de los paroxismos volcánicos?

No, sin duda. La corteza terrestre aparece repetidamente plegada en terrenos no conexionados con las regiones volcánicas, y la geología no deja la menor duda acerca del particular. Enormes alteraciones de terrenos se han verificado este siglo en Caracas y en el Valle del Mississipi, produciendo permanentes cambios en la antigua hidrografía; y, sin embargo, nadie ha intentado probar que tales dislocaciones están relacionadas con las energías de los volcanes.

Pero, si no todos los pliegues, anfractuosidades y movimientos del suelo pueden ser atribuidos á las fuerzas eruptivas ni áun siquiera en la mayoría de los casos, apénas es concebible la erupcion de un volcan, sin temblores de tierra ó terremotos terribles. Y hé aquí por qué la seismología no puede prescindir de la teoría de los volcanes.

* * *

¿Cómo no ha de haber convulsiones espantosas en un suelo que se abre; de donde brotan vapores en cantidades inmensas; de donde salen rios de rocas fundidas, nubes de escoria y de cenizas, agua hirviendo, y moles de lodo, todo en masas enormes capaces de formar montañas; ó donde se hunden islas, se ciegan estrechos y se disloca el fondo de los mares?

En 1538 se elevó á la altura de 440 piés en 48 horas el Monte Nuovo sobre el Lago Lucrino, despues de padecer durante dos años continuos temblores todo el territorio de Nápoles. En 1669 se agrietaron los flancos del Etna; y, á través de enormes aberturas se levantó el Monte Rossi hasta la altura de 450 piés. En 1759 se alzó en el valle de Méjico hasta 1700 piés el Cono de Jorullo, cubriendo con sus lavas cerca de 3 millas y media. En los dos años de erupciones del Skaptaa Iokul (Islandia) la lava corrió en una direccion 50 millas, y 40 en otra, con anchos respectivamente de 15 millas y de 7, y un espesor medio de 100 piés, que llegó hasta 600 en algunos sitios..., vomitando una cantidad tan considerable de materias eruptivas que hubieran podido sepultar á Lóndres bajo un cono tan alto como el Pico de Tenerife. En 1815 las erupciones del terrible Tomboro en Sumbava (islas de la Sonda) fueron más que suficientes para formar 3 montes nada ménos que del tamaño del Mont Blanc. ¿Qué son, pues, comparadas con estas formidables eyecciones, las más violentas descargas del Vesubio, que sólo ascienden á un millon, ó millon y medio de metros cúbicos?

* * *

Los volcanes, en general, ocupan determinada posicion. Hállanse situados al lado del mar ó de considerables masas de agua; y los hoy extinguidos lo estuvieron en la vecindad de antiguos lagos ó de brazos ahora en seco de Oceanos primitivos. Por manera, que esta especialidad de situacion hace ver claramente que los pliegues y las dislocaciones del suelo en la inmensidad de los terrenos no emplazados junto al mar, no han podido en modo alguno depender de las fuerzas eruptivas.

* * *

Las erupciones consisten en torrentes de rocas derretidas (flúidas ó pastosas); en la violenta eyeccion de nubes de escorias y cenizas acompañadas de grandísimas piedras; en torrentes de estos materiales mezclados con agua en cantidades tan enormes que Las Moyas (así se llama en los Andes á estas erupciones de lodos) cubren á veces valles enteros y hasta tuercen el curso de los rios; en masas inmensas de vapor de agua, acompañadas de otros gases; y en imponentes chispas eléctricas, verdaderos relámpagos, observados ya por Plinio.

* * *

¿De dónde procede el considerable calor que funde las rocas eruptivas? ¿Porqué estas rocas están constituidas por determinados cuerpos, áun en las regiones más distantes? ¿De dónde procede la inmensa cantidad de agua que, especialmente en forma de vapor, aparece en las erupciones volcánicas? ¿Qué origina los gases compañeros del vapor de agua? ¿Cómo se producen las manifestaciones de electricidad?

Estas grandes cuestiones entrañan otras, todas complicadísimas, que han ejercitado los talentos más poderosos de la época, Humboldt, Darwin, Daubeny, Scrope, von Buch, Lyell, Mallet....; de modo que la literatura referente á los volcanes es hoy muy rica, y las teorías emitidas muy numerosas, por haberse ido modificando las doctrinas primitivas al compás de los nuevos descubrimientos y de los últimos grandes adelantos; por lo cual no es obra fácil ni ligera desentrañar el definitivo Credo de los sabios.

* * *

Lo que con más facilidad ha recibido explicacion han sido las manifestaciones de la electricidad. Desde la invencion de la máquina hidro-eléctrica de Armstrong, se ha visto en los relámpagos de los volcanes una potente produccion de la electricidad de frotamiento en la escala colosal correspondiente á las más activas fuerzas de la naturaleza; y, con efecto, el roce de los glóbulos del vapor de agua con los demás materiales eruptivos da razon suficiente del un tiempo inexplicado fenómeno.

* * *

Pero ya no ha sido tan fácil dar cuenta de la composicion de las rocas eruptivas; por lo cual ha habido que elaborar cuidadosamente una hipótesis bastante compleja, conocida con el nombre de TEORÍA DE LA OXIDACION SUBTERRÁNEA.

Segun ella, á la profundidad de pocas millas, el interior de nuestro planeta contiene en abundancia los metaloides alcalinos, hierro y otros metales, azufre y sales de azufre; y, por consecuencia, ocurren dos clases de fenómenos.

La humedad del aire, y el aire mismo, generan lenta produccion de gases (nitrógeno, ácido carbónico, hidrógeno sulfurado....) que se elevan á la superficie del terre-



UNA CONFIDENCIA, dibujo por J. Scheurenberg

no, y salen en los manantiales y con las aguas termales; á veces á una temperatura muy superior á la normal.

Pero bajo el mar, y á lo largo de las costas donde los agrietamientos del fondo han de ser numerosos, el agua puede tener acceso hasta las sustancias metálicas y los metaloides; y generarse los fenómenos rápidamente y con enorme intensidad. El agua marina se descompone al contacto de esas sustancias: el agua cede su oxígeno á los metaloides: el hidrógeno liberado se combina con el azufre en parte, y en parte con oxígeno procedente de la atmósfera; fórmase hidrógeno sulfurado, y reconstitúyese agua. Así se aisla el ázoe, y éste puede ya salir libre ó constituir sal amoniaco con el hidrógeno y el cloro del agua marina.... etc., etc.

A grandes rasgos, esto es muy admisible; pero, cuando se trata de explicar casos concretos, la hipótesis de la oxidacion subterránea encuentra dificultades de gran consideracion.

* * *

Suponiendo grandes masas de vapor y temperaturas muy elevadas (que no hay dificultad en admitir puesto que el calor de muchas lavas ha podido fundir la plata) se tiene ya la potencia necesaria para explicar las erupciones. Una columna de lava de la altura del Pico de Tenerife puede ser equilibrada por el vapor á ménos de 500 grados; y, con temperatura de solos 350° ya puede adquirir el vapor la tension necesaria para lanzar, como el Vesubio, grandes piedras hasta tal altura que tarden 11 segundos en caer al nivel del cráter.

El vapor de agua en masas considerables tiene, pues, fuerza bastante para agrietar el suelo, conmoverlo, lanzar nubes de escorias y cenizas, llenar los tubos de los cráteres con rocas fundidas que estén subiendo y bajando en ellos segun las fuerzas del vapor y de los gases que lo acompañan; hasta que, al fin, cuando el vapor y los gases no puedan abrirse paso á través de las columnas de lava, hagan que estas rebosen por lo alto de cada cono, ó rompan los flancos de la montaña donde se han establecido los canales de la erupcion ascensional.

* * *

Pero la verdadera dificultad del problema no está en la explicacion de estos fenómenos, de importancia capital verdaderamente, aunque de segundo órden junto á la del orígen del calor, causa de la fusion de las rocas eruptivas y de la tension espantosa del vapor de agua y de los gases.

Las regiones volcánicas de los Andes revelan un vasto sistema de actividad subterránea; y con razon se atribuyen las perturbaciones de Las Cordilleras á un inmenso mar interno de roca fundida situado bajo una parte muy considerable de la América del Sur.

A medida que se baja al interior de la tierra la temperatura va aumentando: (un grado por cada 11 á 13 metros; que en esto hay variacion segun la clase de terrenos); y el calor á que los cuerpos han de estar sometidos á profundidades comparativamente pequeñas, habia hecho pensar á muchos geólogos que la corteza de la tierra no debería pasar de 60 millas ó 70. Darwin casi ha demostrado que el terreno volcánico de la América está cubierto de sólo una capa sólida de unas 20 millas de espesor. Pero, por otra parte, los trabajos matemáticos de sabios insignes, á cuya cabeza se hallan los de Hopkins, tienden á establecer que el espesor mínimo de la corteza terrestre ha de ser como de $^1/_5$ del radio del planeta; es decir, como de 200 millas á 300; de manera que, para conciliar unos resultados con los otros, se ha llegado á sentar que los lagos subterráneos de materias fundidas deben hallarse en enormes cavidades contenidas en el grueso de la corteza terrestre, y situadas á profundidades del suelo de 20 millas como mínimo á 70 como máximo.



TRICICLO ACUÁTICO
en el que M. Terry ha cruzado el estrecho de Calais

Así, pues, una porcion de materia MÁS FUSIBLE que la masa general del globo, existe en estado de fusion cerca de los mares, ó debajo de los mares, en oquedades inmensas ó inmensos recipientes subterráneos; aislados unas veces, y comunicantes otras entre sí por canales más ó ménos dilatados.

Pero ¿de dónde procede el calor que funde las rocas?

De la enorme presion que las capas terrestres producen sobre estos lagos subterráneos de fundidos materiales; al cual se junta la temperatura de las reacciones químicas, no bastante por sí sola para explicar la magnitud de tan potente fusion.

Mas surge una gran dificultad. ¿Cómo á tan alta temperatura no se disocia el agua en sus dos elementos, hidrógeno y oxígeno? La objecion es tan atendible que, en efecto, ha obligado á admitir que los elementos del agua han de existir disociados en el interior de la tierra, y en un estado de grandísima densidad; de modo que no pueden combinarse sin un descenso de temperatura en la parte alta de las cavernas de esos inmensurables mares subterráneos. Pero, descendiendo la temperatura, entónces, asociados nuevamente, y convertidos en vapor de agua, darán lugar á las ligeramente indicadas reacciones químicas, y se abrirán paso hasta lo alto de los cráteres, solos, ó empujando las columnas ascensionales de lava, cuando su cantidad y su tension sean suficientes.

* * *

Así, pues,—calor procedente de la enorme presion de las capas terrestres sobre vastísimas cavernas henchidas de materias más fusibles que las del resto de la costra sólida de nuestro planeta;—calor, además, de las combinaciones químicas originadas por los elementos del agua con esas sustancias fusibles y fundidas;—y tension enorme del vapor del agua formado cuando sus elementos se asocian en un descenso de temperatura.... hé aquí, á grandísimos rasgos, los fundamentos de la teoría más aceptada para dar razon de la causa de los volcanes; de la ascension de las lavas hasta lo alto de los cráteres; de la composicion de los productos eruptivos; de los fenómenos de toda erupcion; y de los consiguientes cataclismos que los anteceden y acompañan.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 103

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea

REVISTA DE MADRID

Mi refugio contra el mal humor.—La plana de anuncios.—Compendio de la vida.—El llanto sobre un sombrero.—Arderius regenerador del arte dramático.—Muerte de *El roble herido*.—Gérmen de *La pasionaria*.

Cuando la baja temperatura me retiene soñoliento y perezoso junto á la chimenea; cuando recibo ingratitudes de algun amigo, ó surgen terribles desengaños en el curso de mi vida; en esos momentos de humor atrabiliario en que instintivamente sentimos el vacío dentro de nuestra alma; en esas horas tristes de la existencia en que parecemos sombras destinadas á purgar en este mundo faltas no cometidas, en que la naturaleza carece de encantos, y la buena música fatiga nuestro tímpano como si fuera insoportable ruido, y el mejor libro nos causa bostezos; en esos instantes en que consideramos la filosofía como fárrago insustancial é indigesto, y la astronomía nos parece hipótesis incierta, la geología una suposicion aventurada, la moral hipocresía, el arte convencionalismo; en que tenemos el sentido de lo bello tan embotado que nos comeríamos mondada la poética manzana de Páris y veríamos con gusto freirse la simpática alondra que vigilaba los amores de Romeo y Julieta de Shakespeare;.... cuando todas estas sensaciones desagradables me acometen, suelo hallar un eficaz lenitivo á mis pesares recorriendo con la vista indolentemente las accidentadas planas de anuncios de los periódicos.

Una seccion de esta naturaleza vale entónces para mí mucho más que una medicina y que un buen consejo. Hallo en ella lo que no encontraria en la distraccion más absorbente.

Una seccion de anuncios es una enciclopedia inagotable de hechos, de ideas, de recuerdos, de esperanzas, de todo cuanto germine y haya germinado en la mente y en el corazon humano.

Vida y muerte, risas y llanto, miseria y altivez, ciencia y charlatanismo, arte y rutina, nimiedades que parecen algo y *algos* que parecen *nada*, vicios sociales, recuerdos históricos, la humanidad entera, en una palabra, desde los antiguos tiempos hasta nuestros dias, se presenta estereotipada en aquel casillero de letras y de palabras á tanto la línea.

***

Aquí una orla negra y una cruz en medio, seguida de un nombre y una serie de mundanales títulos, me recuerdan que la vanidad humana ni siquiera cede su imperio ante la tumba.

Allá una almoneda de muebles de lujo despierta en mí la idea de los adelantos de la industria. Y evoco el progreso y retrocedo á los antiguos tiempos, y asisto mentalmente á los ensayos, á los tanteos, á las vigilias que ha tenido que realizar el hombre para llegar á esa perfeccion de formas y de comodidades que ahora notamos en los muebles modernos. ¡Y luégo, las consideraciones filosófico morales á que se presta la tal almoneda!.... ¡Qué infinidad de bellezas se habrán sentado en aquellas sillas! ¡Cuántos misterios se habrán contenido en aquellos armarios! ¡De qué inefables dichas, de qué inocentes quejidos, de qué trances de muerte habrá sido testigo aquella cama! La historia entera de una familia, ó de varias, se ha desarrollado en aquellas tablas. El nacimiento con las *dolorosas* sonrisas maternales, el himeneo, con los pudorosos escrúpulos, la muerte con su cadavérica faz y el amarillento resplandor de los blandones....

En otra parte la venta de una carretela, de un palacio, me indican tal vez una vida entregada á la disipacion, á la locura, al desenfreno. Una riqueza que se ha extinguido; una luz que se ha apagado; un cigarro que ha ardido hasta la colilla, y del cual no quedan ya más que cenizas.

Allá leo: *Se ha extraviado un perro*, etc., y digo:—«Es fácil que se encuentre.»

Y más abajo: *Se ha perdido una cartera con billetes de Banco*, y exclamo:

—Probablemente no se encontrará.

En otra parte dice: *Salida del vapor tal ó cual haciendo escala en Suez*. Y aparece de repente ante mi vista toda la antigua civilizacion egipcia, con sus momias, sus cocodrilos sagrados, su culto á la muerte, sus monolitos. Fínjome el inmenso poder de los Faraones, la castidad de José, los ardorosos ímpetus de la esposa de Putifar, la funesta hermosura de Cleopatra. Y además recuerdo á los primeros navegantes, á los audaces exploradores españoles y portugueses, á Vasco de Gama, á Sebastian Elcano, á Colon, á Hernan Cortés, á Pizarro, á los atrevidos holandeses, á los exploradores del Polo, y á Julio Verne, en fin, cuyos preciosos libros supongo que serán conocidos de todos mis lectores.

Allá un jarabe especial que tiene propiedades para curar todas las dolencias. El doctor Garrido flota en esta parte de la seccion de anuncios entre nimbos de gloria. La tierra puede ser un paraíso, acudiendo á los específicos del ruidoso farmacéutico.... En otro lado se anuncia una de las cosas más peliagudas, *¡el aceite de bellotas!*

A un extremo, tal ó cual tendero que cansado de buscar fórmulas para atraer al público, vendiéndole géneros de mezcla de algodon por lana y usando varas cercenadas por varas enteras, acude al recurso de que se valen ciertos partidos políticos para ocultar sus miserias, y en tono de manifiesto al país empieza un pomposo anuncio de este modo: *¡Madrileños!* etc.

Una jóven doncella se ofrece para ama de cría, y ante este ofrecimiento la moral se cubre la cara yendo á ofrecer sus servicios á otra parte.

Se compran cajas vacías de tabacos habanos.... ¡Te veo! mañana mismo me las ofrecerás llenas de cigarros argelinos, pretendiendo hacerlos pasar por legítimos de la Vuelta de Abajo!

¡Y esa pobre mujer que implora en dos lacónicos renglones la caridad pública!

¡Oh! no temais; á esa no la llevarán al asilo del Pardo. Ha tenido diez y seis ó veinte reales para exhibir en letras de molde su miseria, y esto basta para que se la considere como privilegiada. Las palabras de un anuncio no tienen harapos; y los trapos rotos son precisamente los únicos objetos repulsivos á nuestra sociedad positivista. Cubrid la fealdad moral con crujiente seda y hallareis quien la envidie; presentad la belleza del alma con jirones y zapatos rotos, y la atropellarán cocheros, la silbarán chiquillos, la rechazarán hombres y la llevarán presa agentes de órden público.

Nada de esto le ocurrirá á la infeliz mujer del anuncio; pero en cambio, al dia siguiente recibirá visitas oficiosas, tendrá que contestar interrogatorios suspicaces, y á vueltas de alguna que otra limosna noble, anónima, desconocida, sufrirá humillaciones sin cuento y vergüenzas infinitas.

Aquí *una señora sola recibe uno ó dos pupilos. Se advierte que no es casa de huéspedes....* Pero es de fijo la casa de la viuda de un coronel ó de un intendente. Esta misma señora es la que asiste todas las noches al café cantante, donde saborea á la vez una zarzuela y media tostada de arriba: es la que se olvida de dar el chocolate á sus pupilos porque la entretiene la modista con sus perifollos ó la peinadora con su tocado; la que hace frecuentes visitas al Monte de Piedad y á las casas de préstamos, y la que alimenta dos pasiones arrebatadoras: una por un pollo (casi hombre) y otra por un perro faldero (animal) ó vice-versa.

***

Dias pasados me conmoví profundamente leyendo varios anuncios.

Uno de ellos decia:

«Al que entregare á D. Alfonso I P un sombrero viejo, muy viejo, roto, muy estropeado y sin forro, se le gratificará generosamente por ser el único y antiguo recuerdo de una hidalga familia.»

¿Habrá elegía, habrá sonata, habrá pintura que pueda expresar fielmente el dolor de que están impregnados estos renglones?

¡La melancolía de un alma aristocrática, el despecho de los sombrereros, el dulce regocijo de los traficantes en trapos viejos.... todo esto lo habrá alumbrado el sol en un mismo dia!

Confieso un perverso impulso. Durante unos minutos acaricié la idea de abollar mi sombrero, quitarle el forro y hacerle cómplice de una superchería.

Deseaba interrogar á D. Alfonso, penetrar los secretos íntimos de aquella hidalga familia sin cabeza, pero con sombrero, y sacar de todo ello un argumento para una novela, un drama ó una zarzuela bufa.

Pero me contuve: ví que mi sombrero no tenia el superlativo grado de vejez que se reclamaba, y recordé al mismo tiempo que ya es algo tarde para escribir en bufo.

***

Las almas mejor templadas suelen tener momentos débiles. Cárlos V se asustó á la vista de un cometa. Arderius que fué el gran pontífice de Momo en otros tiempos ha cambiado ahora de conducta: cultiva el arte serio; tiene una compañía compuesta de algunos actores de primer órden, y opone al éxito de *San Franco de Sena* en Apolo, las obras dramáticas de nuestros primeros autores.

Su intencion es laudable. No le falta más que suerte. Y no la ha tenido buena con la primera obra que ha estrenado.

Titulábase *El roble herido* y pasó á ser en la noche del estreno el *roble muerto*.

Sobre las astillas de este árbol se levantará muy pronto *La pasionaria* de Leopoldo Cano.

¿Es buena?.... ¿es mala? Sólo sé que corren de ese drama excelentes noticias.

¡Ojalá logre esa *pasionaria* apasionar al público!

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea

Buen talante, buen humor, buena espada: hé aquí á Molena, capitan de los tercios de Flandes, á las órdenes del inflexible Duque de Alba. De él ha aprendido á hacerse temer de sus subordinados, á los cuales, sin menoscabo de S. M. Católica, ha franqueado las bodegas de distintos conventos. Bebe como un tudesco, se bate como un francés y galantea como un español: no hay tabernero, duelista, ni dama, que no conozcan su bolsa, sus estocadas ó sus chicoleos. El mundo entero le es patria, ó mejor dicho, cualquier país es para él tierra de conquista ó de Jauja: algunas veces se extingue su bolsa, raras veces su sed, nunca su buen humor. Juega como el Estudiante de Salamanca, monta como un centauro, jura como un renegado, canta como un sevillano, caza como un tirolés, y lo mismo pide prestado á los judíos, que les escolta hasta dar con ellos en las hogueras del Santo Oficio.

Tal es el tipo de nuestro grabado; y ciertamente ha de concederse que raras veces el artista ha acertado, como en este caso, al dar forma á un ideal cuyo inspirador pertenece á la historia.

¿ME AMA?... cuadro por W. Amberg

La humanidad tiene necesidad absoluta de creer. Esta necesidad bastaria por sí sola á distinguirla y hacerla especie única entre todas las especies. Cuando esas creencias toman una inclinacion torcida, se producen sensibles alteraciones en el claro juicio de los individuos, y de aquí las supersticiones ridículas de brujas y trasgos y las más comunes de que no es prudente comer trece individuos en una misma mesa, ni acometer empresa alguna en mártes, con otra porcion de necedades por el estilo, prohijadas por gentes que parecen sérias.

Las mujeres son más propensas que los hombres á esas debilidades, y las niñas enamoradas incurren frecuentemente en la tontería de interrogar al porvenir, valiéndose de medios que con frecuencia son causa de graves conflictos. Uno de esos medios, y por cierto de los más inocentes, es consultar á las flores, que segun se deshojan en esta ó aquella forma, contestan afirmativa ó negativamente á la pregunta que se las dirige. Esta consulta viene haciendo la jóven de nuestro cuadro, tipo cándido, que practica el acto supersticioso con una ingenuidad que nos inclina á perdonárselo. ¿Acaso no es circunstancia eximente de pena la perturbacion que en el alma producen los impulsos de un primer amor?

Margarita Hartstein conducida al suplicio, cuadro por P. Ouderaa

En 1555 hallábase Amberes ocupada por los españoles. Una mujer, desgraciadamente hermosa, inspiró á cierto médico, apellidado Abanzo, una de esas pasiones que todo lo atropellan. Un dia el médico apareció asesinado: Margarita, la dama que inspiró aquella pasion, se confesó autora del crímen, al cual hubo de apelar, segun dijo, para salvarse de la deshonra. Los jueces hicieron caso omiso de esta circunstancia, y la homicida fué condenada á perecer en la hoguera.

La pobre sentenciada se ha detenido ante un calvario para dirigir al cielo su plegaria de agonizante; pero el terror, el instinto de conservacion, son en la jóven superiores á la piedad, y en lugar de dirigir la vista al Dios que tambien pereció en un patíbulo, la vuelve á pesar suyo hácia el verdugo, que corresponde á esa mirada suprema con otra mirada de brutal indiferencia.

Los demás personajes del cuadro están perfectamente en situacion: el semblante compasivo de las mujeres que acompañan á la víctima, contrasta con la dureza de alguno de los soldados que la custodian; al paso que el de la muchedumbre recorre todos los tonos, desde el de la simpatía hasta el de la simple curiosidad. El lugar de la escena está perfectamente escogido y la impresion producida por el conjunto es tan triste como el asunto que ha inspirado la composicion.

GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Carlier

El autor de este precioso trabajo, que ha llamado poderosamente la atencion pública en la última exposicion francesa trienal, ha dado forma plástica al problema del dominio del mundo, exponiendo las dos fuerzas que se lo disputan, una con los simples recursos de la fuerza bruta, otra con el auxilio de la inteligencia, que domina las más comprometidas situaciones. Es, en rigor, el combate eterno entre la materia y el espíritu, entre la ignorancia y la ilustracion, entre lo que destruye y lo que crea.

La idea de simbolizar la fuerza material por medio del pulpo, uno de los monstruos más repugnantes y de más inferior órden en la escala de la creacion, y la fuerza intelectual ó raciocinio por medio de un jóven enamorado, que lleva á cabo por sí solo una empresa arriesgadísima; esta idea, decimos, no es original de Carlier: el escultor la ha tomado de un admirable capítulo de la novela de Víctor Hugo, titulada *Los Trabajadores del mar*. Ello, empero, no disminuye el mérito del artista que ha ejecutado el pensamiento con verdadera maestría. Si el monstruo marino ha sido bien estudiado del natural, la expresion y actitud del animoso Gilliat son felicísimas, pues sin ocultar el terror que le inspira su enemigo, revelan que la razon produce la serenidad y que el cálculo, ó sea la inteligencia, obtendrá el triunfo sobre la materia bruta.

LA LECTURA, cuadro por Diana Coomans

La época actual, caracterizada principalmente por los notables adelantos en las ciencias y en la industria, es tambien notable por el desarrollo que adquieren las bellas artes y por el entusiasmo con que á ellas se consagran así los artistas como los aficionados de todos los países. En este feliz impulso no podia quedar rezagada la más bella mitad del género humano, y así como en los siglos XVI y XVII descollaron eminentes pintoras, en el tiempo presente no faltan tampoco entusiastas damas que se dedican

con afan al noble arte de la pintura. Más de una vez hemos insertado en nuestra ILUSTRACION copias de cuadros de algunas de ellas, y en el presente número damos la de un bonito lienzo de la señorita Coomans, que si en realidad no es una obra perfecta, revela en su autora envidiable aptitud y conocimientos nada comunes. Y en efecto, la dama romana que lee con profunda atencion los caractéres estampados en el *papyrus*, está trazada con soltura, los pliegues del ropaje muy bien entendidos, los muebles y demás accesorios son característicos de la época, y en todo el conjunto parece reinar un ambiente que nos traslada á Pompeya, ó Tívoli ó á las preciosas quintas del Agro romano de aquella apartada época.

GITANOS HÚNGAROS, cuadro por F. Bohm

Nada más cierto que el que en este mundo no se contenta es porque no quiere. El autor de este cuadro ha tratado de demostrárnoslo.

La familia que tan alegremente pasa el rato, tiene bien poco que agradecer á la suerte. Su vivienda es más que humilde, su traje apénas es el preciso para cubrir su desnudez: hay en el aduar, probablemente, ménos pan que buen apetito y, para colmo de desdicha, los miembros de esa familia pertenecen á la raza universalmente despreciada. A pesar de todo hay buen humor por lo visto, y este buen humor da lugar á una escena agradable, pintada por Bohm con singular maestría.

LAS NARICES DE SU ALTEZA

(Cuento popular)

POR DON CÁRLOS COELLO

I

Un precioso códice del siglo XIII y otros documentos curiosísimos que hemos tenido recientemente ocasion de registrar en el famoso archivo del Haya, en la Biblioteca Nacional de París, en la de El Escorial, y en otras particulares nos permiten referir á los lectores de *La Ilustracion Artística* esta extraña historieta.

Pero no pasaremos adelante sin hacer aquí pública nuestra gratitud hácia nuestros doctos y buenos amigos los señores D. Aureliano Fernandez Guerra y D. Marcelino Menendez Pelayo que con su bizarría acostumbrada nos han proporcionado más datos de los necesarios para aderezar nuestra relacion, algunos de los cuales han tenido la esplendidez de regalarnos, teniéndolos nosotros á la vista miéntras escribimos y á la disposicion del lector curioso (y más que curioso) que quiera tomarse la molestia de examinarlos.

II

El códice de que hablamos en primer lugar, gallardamente escrito sobre pergamino con variadas y brillantes letras de colores, no permite dudar al historiador moderno, por desconfiado que sea, de que aquel famoso Rey que rabió de feo y Maricastaña, su augusta esposa, fundaron la ciudad de Bábia é hicieron de ella la capital de su ilustre monarquía.

Como las dichas de este pícaro mundo no son nunca completas, aquellos señores que, salvo la supina fealdad del marido, no tenian más que motivos de felicidad, vieron transcurrir diez y ocho años de venturoso consorcio sin masculina sucesion directa. Tenia en cambio el Rey que rabió una hija, blanca como la leche, coloradita como una manzana y hermosa como un sol, que, fuera de las naturales preocupaciones de rey, le consolaba de la falta del hijo varon que no quiso concederle el cielo.

No pareceria bien que historiadores formales como nosotros hiciesen ni siquiera mencion aquí de la absurda fábula inventada y propalada por romancistas sin conciencia y en la cual se supone que el Rey que rabió, ó, para hablar con más propiedad, la reina su mujer tuvo ántes de la princesa Rosalinda, semi heroína de esta historia, otras tres hijas metidas en tres botijas y arrojadas al mar de real órden de su augusto padre. Los que levantan tan feroz calumnia á aquel modelo de padres cariñosos, de esposos pacíficos y de reyes constitucionales, procuran fundar su atrevido aserto en la fealdad de las tres embotijadas criaturas, sostienen que eran el vivo retrato de su padre, que este no se habia dado cabal razon hasta entónces de lo refeísimo que era, que entónces habia rabiado por primera vez y que con objeto de quitar de la circulacion pública aquellas fotografías suyas, vamos al decir, se resolvió á romper el *cliché* para evitar que de ellas saliesen al mundo nuevas reproducciones.

Nos guardaremos muy bien de detenernos á combatir semejantes absurdos. Hay cosas indignas de refutacion.

III

Rosalinda, ya lo hemos dicho, no se parecia en nada á su padre: era una criatura encantadora y traia embobado á todo Bábia, muy especialmente al gran Cardona, Ministro universal del Rey que rabió, hombre de apuesta figura y tan listo como la fama pregonera se ha encargado de asegurar.

Tenia Cardona por Rosalinda, de quien era padrino (honor que la corte juzgó oportuno concederle cuando nació la princesa, como justo galardon de sus servicios en el ministerio y en la cámara) un afecto verdaderamente paternal. Aquel especie de Bismarck de Bábia, sobre quien pesaba la resolucion y responsabilidad de todos los negocios de Estado, se miraba en los ojos de la princesita y no encontraba descanso mejor ni mayor placer despues de una conferencia diplomática de catorce horas ó de una sesion de esas que no se acaban nunca, que irse á palacio, coger á Rosalinda, sentarla sobre sus rodillas como si fuera una niña de cuatro ó cinco años y pasarse el tiempo sin sentir hablando con ella, más casi que por hablarla por comérsela con los ojos, por respirar aquel sabroso y purísimo aliento y por completar su alma con aquel sér que era lo primero del mundo para el excelentísimo señor.

Cuando Rosalinda era muchacha y el ministro estaba ménos gordo y pesado, cuentan las crónicas de aquel bendito país que Cardona jugaba con Rosalinda al escondite, al molinete y á la comba; y añaden que cuando S. A. se cansaba de estos juegos agitados y fatigosos, el favorito de sus padres se ponia á cuatro piés y la paseaba por los régios salones del alcázar haciendo de caballito y piafando y cabeceando en toda regla ni más ni ménos que hacia Enrique IV de Francia con sus hijos, hubiera ó no embajadores delante.

El Rey que rabió se explicaba perfectamente estas preferencias y atenciones del Ministro hácia la princesa por su adhesion y amor á la monarquía; y la reina Maricastaña, que adoraba en su hija, lo que hubiera extrañado es que el ministro se comportase de otra manera.

IV

Apénas cumplió los quince años la hermosa Rosalinda, dijo Cardona á sus padres: «Llegó la ocasion de casar á Su Alteza.» El rey se conformó, como siempre, con la opinion de su ilustre consejero y la Reina consideró el consejo sumamente oportuno.

Pero ¿con quién casaban á la princesa? Así como otros padres no encuentran novio para su hija buscándole por todos los rincones del mundo, los padres de nuestra historia experimentaban la dificultad que los franceses con frase exacta y concisa sin verdadera traduccion en castellano llaman *l'embarras du choix*. Era tan grande la fama de la belleza, de la discrecion, de las virtudes y del soberbio dote de la novia, que todas las familias imperiales y reales del mundo se disputaban el honor y la ventaja de entroncar con la del Rey que rabió. Tal era el número de cartas de soberanos, príncipes y duques reinantes, que, apénas conocida la resolucion de casar á la princesa llovieron en la Secretaría de Estado, que al oficial encargado de abrir los sobres se le hincharon los dedos índice y pulgar de la mano derecha, y dos jóvenes de lenguas empleados en la interpretacion de *idem* tuvieron malas las suyas respectivas de tanto y tanto traducir y leer en voz alta para que el ministro, que, naturalmente, no poseia todos los idiomas del mundo, comprendiese aquel galimatías amoroso-diplomático.

Rosalinda, que era una muchacha inocente como pocas, sólo puso una condicion para casarse cuando se le habló de marido: que el novio fuese jóven y guapo. Rosalinda sabia por una de sus camaristas que de los padres feos suelen nacer hijos espantosos y ella no queria echar al mundo diablos sino angelitos. Decíale su padre que, á veces, del marido y de la mujer más arrogantes y más hermosos nacen chiquillos descuchumizados y entecos, así como no es extraordinario que de un padre feo de verdad nazca un hijo bonito de véras, y el Rey que rabió ponia á su hija el ejemplo de lo sucedido en su casa; pero la reina Maricastaña, mujer muy experimentada y previsora, afirmaba ser lo más seguro para la paz del matrimonio y para el cumplimiento de los deseos de la princesita que ésta se casara con hombre á su gusto.

V

Los lectores de la *Ilustracion Artística* formarian bien pobre idea de Cardona si yo no les dijese que tenia ya hecha su eleccion desde el punto y hora en que comenzó todo aquel tejemaneje.

El reino de Bábia, muy rico en agricultura y por consiguiente en ganados, tenia pocos y malísimos puertos de mar; y tanto para el caso de una guerra como para las continuas necesidades de la industria y del comercio, convéníale la alianza con un Estado poseedor de lo que en él escaseaba.

El ministro responsable se fijó desde luégo en la vecina isla de Trapobana, cuyo monarca estaba ya viejo y achacoso y cuyo príncipe era muchacho de valor, de ingenio, de excelentes prendas de carácter y de una belleza física perfecta, segun testimonio de cuantos trapobaneses habian pasado por Bábia.

Cardona idolatraba á la princesa y lo primero para él era la felicidad de Rosalinda, claro está; pero Cardona, como hombre de Estado, no podia tampoco descuidar la felicidad y el porvenir del país donde habia nacido y cuyos destinos regía (y repartia) desde tan antiguo.

Bien examinado todo, resultó siempre indudable para el ministro que Rosalinda debia casarse con Pino de Oro: primero, porque este reunia las condiciones necesarias para hacerla venturosa, y segundo, porque á la muerte del Rey que rabió y heredando Rosalinda el trono de Bábia necesitaba un marido capaz de regir monarquía tan importante y á quien el pueblo pudiera disculpar su calidad de extranjero con la idea de que Bábia y Trapobana, aliadas y gobernadas por un mismo rey, iban á merendarse á cuantas naciones del mundo se permitieran alzarles el gallo. Rosalinda, encantada con las buenas noticias que recibia de la apostura de Pino de Oro, aguardaba con impaciencia el retrato que en tales casos es de ritual que manden los novios á sus prometidas; los Reyes veian con gusto que su hija se inclinase á lo que, segun Cardona, iba á estarle mejor, y ya se felicitaba éste del buen resultado de sus planes, cuando la llegada de la dichosa miniatura vino á derribar el edificio de sus ensueños como un débil castillo de naipes.

Pino de Oro, el hermoso Pino de Oro, el ponderado Pino de Oro era buen mozo y de elegante porte; pero tenia unas narices que excedian bastante del tamaño usual y corriente. Indudablemente en Trapobana gustaban las narices largas y robustas y allí las del príncipe harian un soberbio papel; pero en Bábia habia sobre ese punto aspiraciones más modestas y Cardona comprendió desde luégo que si Rosalinda llegaba á ver aquel retrato el asunto estaba perdido. Llegó hasta á hablar solo y á decir: «¡Despues de tantas y tantas ponderaciones salir ahora con esto! No puede ser: le pareceria mil veces peor de lo que es en realidad y estas narices, respetables de suyo, se aumentarian á sus ojos.

»¡Malditas sean las ponderaciones! En fin, esta boda es conveniente bajo muchos aspectos y yo no soy hombre que retroceda porque unas narices, aunque sean tan grandes como estas, se interpongan en su camino.»

(Continuará)

EL PREMIO GRANDE

(Conclusion)

VIII

Don Justo y su hija abandonaron la fonda de los *Leones de Oro*, donde provisionalmente se hospedaban, habiendo tomado un cuarto tercero en la calle del Cármen, junto á la plaza del Callao, por casualidad casi enfrente de una linda, si bien no espaciosa casita en construccion, que recordó á Lucía ciertas palabras de Julia.

A las dos de una hermosa tarde, hallábase la doncella asomada al balcon, sumida en mil opuestas reflexiones y contemplando la susodicha obra, cuando desde dentro la llamaron para poner en sus manos una carta. Lucía rompió el sobre con precipitacion y leyó, radiante de alegría; la carta estaba fechada en Paris, era de Miguel y anunciaba que dentro de cuarenta y ocho horas iria personalmente á ofrecerle nombre y vida.

—De suerte que pasado mañana... ¡Ah! no, no,—balbuceó Lucía,—si en él existiera doblez, si fuesen ciertas las insinuaciones de Clara, Miguel no volveria á mi lado.

Apénas D. Justo entró en su casa, al salir de la oficina, se encontró con dos brazos al cuello y unos labios en el rostro: era Lucía que, loca de contento, volaba á darle la feliz noticia.

—Sin embargo, hija mia, hay que pedirle explicaciones,—profirió D. Justo con alguna severidad.

—Pero, papá, ¿qué más explicaciones que esta carta? Léela.

—Está bien; pasado mañana saldremos de dudas.

En efecto, á las nueve de la mañana del indicado dia, Miguel dió á D. Fernando y á Rosa el abrazo prometido.

—¿Y Lucía?—preguntó á su hermana.

—Buena; la otra semana estuvo aquí.

—¡Cómo deseo verla!

—¿No te extraña encontrarla en Madrid? La dejaste en Toledo.

—Me telegrafiaron á Lóndres la reposicion de D. Justo.



¿ME AMA? cuadro por W. Amberg



MARGARITA HARTSTEIN CONDUCIDA AL SUPLICIO, copia del celebrado cuadro de P. Ouderaa

—¡Torpe de mí!—repuso Rosa.—Olvidaba que entre novios no hay secretos.

—Segun y conforme,—masculló Miguel.

Y apénas se hubo ó le hubieron quitado el polvo del viaje, sin almorzar, se lanzó á la calle.

Lucía le esperaba impaciente; mas con gran sorpresa suya y de D. Justo, Miguel no pareció en todo el dia. ¿Adónde habia ido? ¿A ver á la ministra? Quizás. Lucía estaba en ascuas.

Por fin, á las nueve de la noche, el jóven, elegantemente vestido, luciendo el reloj y la leontina objeto de la punzante curiosidad de Clara, se presentó en casa de D. Justo.

La recepcion no fué tan cordial como lo hubiera sido por la mañana: el padre estaba amoscado; la hija, nerviosa.

—¿Cuándo ha llegado V.? —preguntó el primero.

—Esta mañana, á las ocho y veinte, con cinco minutos de retraso, paraba el tren en la estacion.

—¿Cómo no viniste ántes?—preguntó callandito Lucía.

—Ocupaciones; ya te contaré.

—Jóven, tenemos que hablar,—repuso D. Justo.

—Mañana,—respondió Miguel.

—¿Mañana? ¿Por qué no hoy?

—Me es absolutamente imposible. Crea V. que no deseo otra cosa.

—Está bien; mañana ¿á qué hora?

—Por la tarde, á las tres.

D. Justo, algo contrariado, se puso á leer *La Correspondencia*. El jóven, muy quedo, dijo á su amada:

—¿Te gustaria ser condesa? No ignoras que tu padre tiene derecho al título, con sólo pagar....

—¡Ambicioso!—replicó Lucía.—Lo que tú quieres es llam ute conde.

—¿Yo? Demasiado conoces mis ideas sobre el particular: respeto, como intereses creados, los títulos antiguos; pero si de mí dependiera, aboliria los modernos; no venero otras noblezas que la del entendimiento y la del alma. Bajo este punto de vista, á tí te considero una princesa; con todo, si tú quieres ante el mundo....

—No,—interrumpió discretamente Lucía;—nobleza obliga, y hartas obligaciones tenemos que cumplir en esta vida. Luégo, los tiempos han cambiado, y á nosotros nos toca cambiar con ellos. Lo que ayer fué grande, hoy pudiera ser ridículo. En nuestra edad, á los títulos nobiliarios no se les respeta, se les tolera y nada más. Finalmente, yo soy pobre y no podria...Un título mal llevado ántes envilece que encumbra.

—Siendo así, hasta mañana.

—¡Cómo! ¿Ya te vas?

—Tengo que hacer.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Pero ¿no me cuentas....

—¡Imposible! No hay tiempo.

—Son las diez. ¿Puede saberse adónde te diriges?

—Sí, con tal que lo calles; voy á ver al ministro de Hacienda.

—¡A la ministra querrás decir!—pensó Lucía.

Y no pudo pegar los ojos en toda la noche.

IX

La siguiente visita fué decisiva. Miguel sacó de los bolsillos del gaban varias cajitas que, oportunamente examinadas, resultaron contener un magnífico aderezo y algunas preciosas chucherías. Las cajas llevaban la etiqueta de Ansorena. Eran los quince mil duros de que hablara Julia, convertidos en topacios, esmeraldas, perlas y brillantes, labrados con primor y artísticamente montados en oro y esmaltes.

Miguel estaba radiante de orgullo y ebrio de satisfaccion.

—¿Qué significa eso?—le preguntaron.

El jóven, aunque nacido en Madrid, era oriundo de la provincia de Santander, y respondió usando una interjeccion de su país:

—¡*Otra*! Es el regalo de boda. ¿No me caso con Lucía?

En aquel momento llamaron á la puerta, y dos dependientes de una tienda principal trajeron un juego de costosa mantelería.

Lucía se hallaba como quien ve visiones; el mismo D. Justo creia estar soñando. Ya iba á tomar la palabra cuando el jóven le atajó:

—Aún no he concluido,—dijo. Y añadió, desdoblando un papel:

—Voy á leer á Vds. el borrador de la escritura de esponsales. Vds. dirán si les acomoda.

Segun aquel contrato, Miguel dotaba á Lucía en dos millones de reales, reservándose para sí el resto de su fortuna, pues no queria, segun dijo, que ni su padre ni su hermana careciesen de cierto bienestar.

—¿A cuánto ascenderá el resto de la fortuna de usted?—le preguntó D. Justo.

—A otros dos millones, próximamente,—respondió Miguel.

El padre dirigió á la hija una mirada significativa. Lucía, levantándose, so pretexto de dar algunas órdenes domésticas, salió de la estancia.

Apénas quedaron solos, el hombre maduro dijo al mozo:

—Miguel, todo esto está muy bien y honra á la generosidad de V.; pero....

—Sé lo que me va V. á decir,—interrumpió el jóven.

—Ya comprenderá V. que la felicidad de mi hija y mis deberes paternales....

—D. Justo, ¿ha leido V. *La Correspondencia* de esta mañana?

—No, no leo más que la de la noche.

—Entónces, tome V.

Y Miguel alargó el periódico á su futuro suegro. Los ojos de éste cayeron sobre el siguiente suelto:

«En altos círculos oficiales oimos anoche tributar calurosos elogios al jóven y ya eminente hacendista D. Miguel Otañes, por la consumada habilidad y ventajosas condiciones con que, comisionado dicho señor por el Gobierno, ha sabido negociar en Inglaterra el empréstito de cien millones de pesetas ó sean próximamente cuatro millones de libras esterlinas, de que hace algun tiempo hablamos á nuestros lectores. Este empréstito, sobre aliviar de un modo considerable las cargas del Tesoro, permitirá al Gobierno explotaciones ántes imposibles, cuyos rendimientos abrirán las fuentes de la riqueza pública. El señor Otañes ha regresado á Madrid; le felicitamos sinceramente á él y al ministro del ramo.»

—De modo...—profirió D. Justo, estupefacto.

—Que aquí me tiene V.,—respondió Miguel,—dispuesto á casarme con Lucía cuanto ántes.

—En efecto, habia oido hablar de ese famoso empréstito; pero ignoraba... ¿Cuánto le ha producido á V.?.

—El uno por ciento de comision, unos cuatro millones de reales.

—Pues, como vulgarmente suele decirse, se ha puesto V. las botas. Pero ¿cómo diablos se las arregló V. para....

—Ha sido un triunfo del amor. Mi bufete producia una miseria; yo anhelaba á todo trance la mano de Lucía. Comencé á fraguar mil proyectos arriesgados.

Miguel, á semejanza de algunos hombres, cuando rebosaba felicidad, se hacia un poco pedante, y no pudo contener un latinajo:

—*Nemo sua sorte contentus est*, nadie está contento con su suerte,—prosiguió.—Por esta razon sin duda, existe cierta desorganizacion social que no sé si V., D. Justo, habrá observado.

—No á fe.

—Nadie está contento con ser lo que es, y muchos cambian de oficio ó profesion; el poeta, pongo por caso, se hace político; el político, millonario; el millonario, á fuerza de juego y trampas, pordiosero; el médico, autor dramático; el arquitecto, editor; el comediante, crítico ó poeta; y en cuanto á comediantes, no hay que hablar, porque todos lo son.

—¡Lo que sabe este chico!—pensaba D. Justo.

—Pues bien,—continuó Miguel,—por no ser ménos, yo, siendo abogado, me metí á hacendista.

—Pero ¡si no tenia V. una peseta!

—Precisamente por eso me metí, porque el que la tiene la pierde, y el que no, la gana. Yo conocia á fondo la economía política, el derecho mercantil, el internacional, el administrativo, la lengua inglesa y no sé cuántas cosas más que habia estudiado y de nada me servian. Oí hablar del empréstito como de una cosa difícil, no decidida aún,y me propuse explotarlo. Es verdad que yo no trataba al ministro del ramo, pero trataba á su mujer, lo cual era casi preferible; V. la trata ó la conoce tambien, fué contertulia nuestra.

—No sabia....

—Pues sepa V., además, que con frecuencia la política y la hacienda las manejan nuestras mujeres, con unos hilos muy delgados, tan sutiles, que no se ven. ¡Ah! Se horrorizaria V. si observara la política entre bastidores. El ministro, el diputado, el hombre público, muchas veces no son más que *fantoches* pendientes de los hilos de la pasion ó del capricho, de cuyos hilos tiran ó aflojan á su antojo la hermana, la novia, la esposa ó la manceba. Así anda, en cambio, la cosa pública. Pues, como iba diciendo, nuestra ministra de Hacienda es una señora muy honrada y muy discreta; es amada y ama con pasion á su marido. Cultivé la amistad de ella, simpatizamos, lo solicité y me puso en relaciones con el ministro, que á la sazon, como Diógenes, buscaba un hombre. Mi audacia, no, mi amor, hizo lo demás. Cuando le propuse ir á negociar el empréstito:—¿Qué años tiene V.?—me preguntó.—Voy á cumplir los veintisiete.—Pocos son.—¿Qué importa?—le repliqué,—¿no vemos viejos niños y niños viejos? Estas palabras le hicieron mella.—¿Habré dado con otro Salamanca?—murmuró. Yo estaba decidido á todo.—¿Por qué no?—le contesté. Y apénas hubo él accedido á mis deseos, tuve yo otro golpe de audacia, ó de amor, como quiera V. llamarlo.

—¿Cuál?—profirió D. Justo, asombrado.

—Pues ahora no voy á Lóndres,—dije al ministro,—si no es con una condicion.—¿Eh?—exclamó como si le hubieran aplicado un latigazo.—Ahí la tiene V.—repuse, entregándole una nota, en la cual pudo leer estas palabras: «Se desea la reposicion de D. Justo del Cigarral en su destino de...» etc., ya sabe V.

—¡Miguel, es V. una alhaja!—prorumpió, entusiasmado, el padre de Lucía.

—Mi osadía ante el ministro le hizo gracia.—Basta,—profirió,—hablaré del asunto á mi compañero de gabinete, y dése V. por complacido.—Siendo así, estoy á sus órdenes.—Apercíbase V. para el viaje. Como quiera que me lo pagaban y no habia de ir hecho un pordiosero, me entregaron una respetable cantidad en metálico y en letras sobre Lóndres. Yo tenia algunos ahorrillos que iba atesorando, con objeto de invertirlos en algo que á Lucía y á mí nos produjera: compré con ellos un reloj de oro, porque un reloj de níkel, ya V. ve, señor D. Justo, ir á negociar con un reloj de níkel un empréstito de cien millones de pesetas era bochornoso. Compré, pues, el reloj con mis ahorros, y entregué el resto á mi familia. Por aquellos dias hice una escapatoria á Toledo para despedirme de Vds.; empero, reflexionando luégo que tal vez disgustara á Lucía mi viaje, que V. y ella me acosarian á preguntas, resolví callar y despedirme por escrito, segun lo verifiqué.

—Una locura hizo V., con todo.

—¡Una locura!

—Sí tal; la de encargar en casa de Ansorena esas alhajas por valor de quince mil duros.

—¡Ah! Sabia V....

—Y tambien mi hija.

—Pues, mire V., señor D. Justo, una calaverada, lo confieso; aquello fué quemar mis naves: necesitaba algo que me obligara á no salir de Lóndres sin haber recabado para España los cien millones; tenia, además, una vivísima impaciencia por casarme, á ser posible, el mismo dia de mi regreso, y queria las alhajas á mi gusto. En último resultado,—todo lo pensé,—si mis gestiones fracasaban, nadie está obligado á pagar lo que no toma: con dejar en su tienda el aderezo, no habia quien, en honor de la verdad, pudiera llamarme estafador. Luégo, Ansorena lo venderia fácilmente; el aderezo es precioso, y nuestras damas, bien lo sabe V., se desviven por las joyas.

—Paso por ello, sea. Pero ¿cómo diantre nos ocultó V. el objeto de su viaje? Con saberlo nos hubiéramos ahorrado muchas inquietudes.

—¡Ah! Bastante lo sentí. Tenia motivos, en mi concepto poderosos, para callar: el amor propio del ministro, los periódicos de oposicion, el natural temor á un fracaso...En fin, ello es que Su Excelencia me encargó la reserva más absoluta, y hasta anoche, despues que hubimos examinado el asunto bajo todos aspectos, no permitió que fuese divulgado.—Cálleselo V. á su propio padre,—me habia dicho. Y yo, fiel á la consigna, no se lo dije ni á mi novia.

—Miguel, eres un mozo de provecho!—exclamó D. Justo, tendiéndole la mano y apeando el tratamiento. Tengo una verdadera satisfaccion en casarte con mi hija.

—A pesar de ello,—respondió el jóven,—no es completa mi alegría.

—¿Cómo así?

—Me he enriquecido á expensas del Estado; hubiera podido desempeñar gratuitamente ó por un módico estipendio, la misma comision.

—¡Bah! No te apures por eso. ¡Buenos están los tiempos para andarse por las ramas! Cualquier otro hubiera hecho lo que tú, y en igualdad de circunstancias, mejor es que esos millones paren en manos de un hombre honrado, el cual, por añadidura, ha sabido merecerlos.

—¡Amor, tirano amor,—balbuceó Miguel,—no hay conciencia que no tuerzas, ni voluntad que no doblegues!..

En aquel momento abrióse la entornada puerta de la estancia y apareció Lucía. Al verla, Miguel sintió desvanecerse todos sus escrúpulos, como los rayos del sol desvanecen la vaporosa niebla.

La jóven, llena de ansiedad, dirigió á su padre una mirada interrogadora. D. Justo se contentó con responder:

—Tranquilízate, hija mia, Miguel es digno de tí y nos honra al aceptar tu mano.

El jóven se inclinó modestamente. En cuanto á Lucía, satisfecha con estas palabras, sintió que el amor usurpaba el puesto á la curiosidad y no quiso saber más.

La alegría iluminó aquellos tres semblantes.

—No he perdido un segundo para apresurar el anhelado instante,—dijo Miguel;—además del contrato matrimonial, que sólo espera nuestras firmas, todo se halla preparado. Mañana es el tercer aniversario de nuestro feliz encuentro en el Circo de Price; pues bien, mañana á la una, á la Vicaría; á las siete, comida de familia en Fornos, y por la noche, al Circo, donde nos conocimos.

—Pero ¡si este año no hay leones!—exclamó Lucía.

—¡Y á tí te aburren los *clowns*!—añadió D. Justo.

—¿Qué importa?—repuso Miguel. Bien cuadra la filosofía al hombre insensible ó desgraciado; cuando uno siente y es feliz, nada analiza, todo lo ve de color de rosa, y un *clown* se le antoja un dios.

X

La antevíspera de la boda el jóven preguntó á su amada:

—¿Te gustan los viajes?

—Los adoro.

—¿Qué país prefieres visitar?

—Amo la historia, el arte y la naturaleza.

—Comprendido, iremos á Italia y á Suiza.

—¿Y mi padre? ¿Y el tuyo y tu hermana?..

—Segun nuestras instrucciones, cuidarán de amueblar en tanto la casa cuya construccion toca á su término, y que ha de albergarnos á todos á nuestro regreso.

—¿Qué casa?..

—La de enfrente, la misma que has visto construir desde tus balcones. Habitaremos los cuartos segundos, y el resto para renta.

—¿Pero es nuestra esa casa?

—La he comprado en un millon.

Lucía recordó las palabras de Julia. Cuando ésta las profiriera, se hizo eco de una murmuracion sin fundamento. Más tarde Miguel, viendo la casa, se enamoró de ella y la adquirió; de suerte que esta vez la murmuracion, como el asno de la fábula, habia hecho sonar la flauta por casualidad.

Corta, pero escogida concurrencia asistió á la ceremonia nupcial, que se celebró con toda solemnidad y lucimiento. Segun es de suponer, no faltó Rosa, la hermana de Miguel, y el mismo D. Fernando, padre de ambos, se hizo conducir al templo, á pesar de su gota y sus achaques. Clara, aunque fué convidada, se excusó desde Toledo, no queriendo hallarse en presencia del hombre á quien habia ultrajado, más que por gusto ni mala voluntad, por distraer su ociosa y raquítica imaginacion.

Julia fué la que hubo de sonrojarse y prometerse para lo sucesivo mayor comedimiento, al ver á la digna y simpática ministra servir de madrina á la novia.

Como quiera que el novio comenzaba á gozar de alta consideracion, y algunos admiradores oficiosos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, ya le indicaban para la cartera de Hacienda, con la que él ni siquiera soñaba, no hay para qué decir si los regalos fueron espléndidos y los bombos ruidosos.

XI

Lucía, ebria de felicidad, no habia vuelto á devanarse los sesos acerca de la improvisada fortuna de Miguel, cuyo orígen, con la preocupacion y quehaceres de la boda, tampoco D. Justo le habia revelado.

Hospedándose de paso para Italia en un lujosísimo hotel de Paris, despues de cambiar entre finas holandas las dulces primicias de su amor, la esposa dijo al esposo:

—¡Con que te habia caido el premio grande!

—Sí,—respondió él.

—¡Y te lo tenias tan callado!..

—Todo el mundo lo sabia.

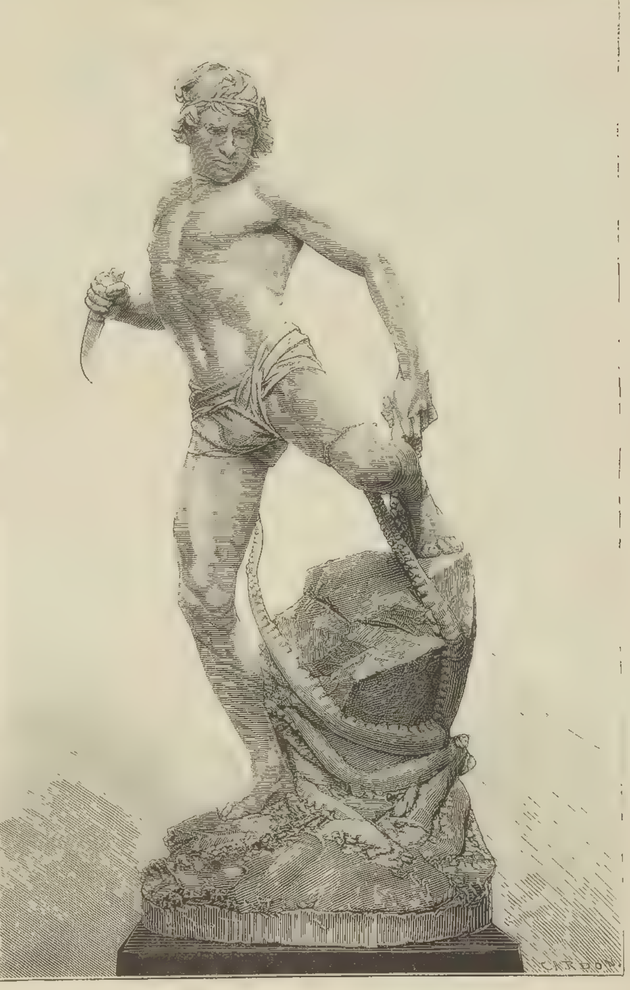
—Todo el mundo... ménos yo.

—Pero ¡si el premio grande eres tú misma!.. ¿A qué mayor premio podia yo aspirar?

Ella iba á formular una protesta, cuando Miguel le selló los labios con un beso.

En cuanto á Lucía, juzgando suficientemente premiado el billete de su existencia, no volvió á acordarse de la lotería.

JUAN TOMÁS SALVANY



GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Cardier
Inspirado en la novela de Víctor Hugo *Los Trabajadores del mar*

CRONICA CIENTIFICA

MÁQUINA DE VAPOR SIN FUEGO Y SIN HUMO

En un periódico científico de los Estados-Unidos hemos leido la descripcion de la máquina de M. Moritz Honigmann de Grevenberg, que segun parece ha sido ya empleada en la traccion de algun tramway, y que es aplicable á estas vías así como á ferro carriles subterráneos, túneles y minas por la circunstancia especialísima y recomendable en alto grado de no exigir fuego ni producir humo; y no creemos fuera de propósito, dar á nuestros lectores habituales, una ligera idea del nuevo é interesante invento.

Trátase de una máquina de vapor: el agua convertida en flúido aeriforme constituye la fuerza motriz, ni más ni ménos que en las locomotoras ordinarias: existe como en estos aparatos y como en las máquinas fijas ó en las máquinas marinas una caldera donde el líquido hierve: pasa despues á los cilindros motores donde funciona por los procedimientos ordinarios, y hasta aquí nada hay nuevo ni distinto de lo que todo el mundo conoce y ve diariamente en fábricas y vias férreas.

Pero aquí empieza lo extraño y lo paradójico: no hay hogar (al ménos en la apariencia), ni fuego, ni combustible, ni humo.

Decimos que nada de esto hay en la apariencia, pero en la realidad hay *combustible y combustion*, y si no hay humo quedan al ménos *cenizas*.

Sólo que es preciso ampliar estos conceptos de *combustion* y de *ceniza*, con arreglo á las ideas modernas de la química y de la termodinámica.

Toda *combinacion química* en que hay *desarrollo de calórico* es una verdadera combustion para nuestro objeto: todo cuerpo que en presencia de otro es solicitado por la afinidad de ambos es *un combustible*; y todo residuo químico, ó sea todo producto cuyas afinidades estan *saciadas*, es un verdadero residuo y una verdadera ceniza para el caso.

Lo que á la industria le importa cuando busca fuerzas motrices es encontrar cuerpos que deseen combinarse (si esta palabra *deseo* es lícita tratándose del mundo inorgánico); lo que le interesa es que el trabajo de combinacion sea enorme y que el desarrollo de calórico sea el mayor posible; lo que contraría y mata toda aplicacion es encontrarse con sustancias inertes, saciadas y muertas, que todo es uno para nuestro problema dinámico.

Encuentra la industria carbon de piedra en las galerías de las profundas minas, tiene aire en todas partes, descubre que el oxígeno de éste y el carbono de aquél poseen afinidad invencible, y los pone en presencia y en condiciones favorables para que se unan: despues recoge el calor que el choque archimicroscópico de las moléculas ó de los átomos de ambas sustancias engendra y lo utiliza como potencia motriz en el vapor.

No es otra la teoría de esa admirable máquina que da nombre á nuestro siglo.

Y no es otra tampoco la teoría de la máquina de Moritz Honigmann.

Si el carbono y el oxígeno tienen gran afinidad, si apetecen combinarse, si al combinarse desprenden unas 8,000 calorias por cada kilógramo de cok, que á razon de 425 kilográmetros por caloria son 3.400,000 kilográmetros; la *sosa cáustica* y el *agua* tambien gozan de gran afinidad, tambien se combinan si se hallan en presencia y tambien desarrollan cierta cantidad de calórico al unirse en los estrechos lazos químicos de un hidrato.

Tal es la clave de la nueva máquina que describimos: en ella se utiliza la absorcion del agua ó mejor dicho del vapor por la sosa cáustica: ésta es en cierto modo el *combustible*, el vapor de agua hace el papel de *oxígeno* de la combustion ordinaria, y el calor desprendido en dicha absorcion es el que calienta la caldera.

Entremos ahora en algunos pormenores.

Todo el mecanismo redúcese á los siguientes elementos:

1.° La *caldera* generadora de vapor.

2.° El *cilindro motor* y las demás piezas receptoras como en las máquinas ordinarias.

3.° Alrededor de la caldera un depósito de forma adecuada con *sosa cáustica* ó con una solucion concentrada de esta sustancia, por ejemplo, 500 kilógramos.

Y esto es todo: ni más hogar, ni más carbon, ni más fuego, ni más chimenea, ni más condensador: y con esto trabaja un tranvía durante cinco horas segun los datos que tenemos á la vista.

Hé aquí ahora la explicacion.

El hidrato de sosa desarrolla una gran cantidad de calorias para su formacion, y áun otras nuevas calorias para nuevas disoluciones. Este calor evapora el agua de la caldera no de otra suerte que el calor de los hogares hace hervir el agua en las máquinas ordinarias.

Se produce, pues, vapor á 7 atmósferas, pongo por caso, y á la temperatura de 165° que es la que corresponde á esta presion y actúa en el cilindro motor sobre el émbolo desarrollando cierto trabajo, 4 caballos de vapor, por ejemplo, para lo cual consume 0,7 de caloria.

Despues de haber perdido esta cantidad de calor, ó

mejor dicho, de haberla transformado en energía mecánica, llega al depósito del hidrato de sosa que lo absorbe, desarrollando una gran cantidad de calórico; tanto que puede elevar la disolucion á más de 300° y este calórico es precisamente el que activa el hervor de la caldera, el que evapora nuevas cantidades de agua y el que actúa en la máquina como fuerza motriz. Es decir que la absorcion del vapor por la sosa engendra vapor, y la nueva absorcion de este nuevo vapor, otra cantidad nueva y así sucesivamente.

¿No es esto el movimiento continuo? preguntará algun malicioso ó algun desconfiado.

No ciertamente y ya hemos explicado porqué.

Tanto no lo es, que así como el carbon despues de absorber cierta cantidad de oxígeno no puede absorber más y se convierte en humo y en cenizas, así la sosa despues de absorber cierta cantidad de vapor, no puede absorber nuevas cantidades y el hidrato de sosa, ya inerte y diluido con exceso, es la verdadera ceniza de aquel singularísimo hogar. Es preciso por lo tanto sustituir la sosa consumida por nueva sosa al cabo de cierto número de horas.

Nótese además que al absorber el depósito de sosa el vapor que acaba de actuar, no altera la presion primitiva de dicho depósito, la cual continúa siendo de una atmósfera y no más que de una atmósfera, circunstancia importantísima, porque esa presion es la *contrapresion* del cilindro motor.

Pero tal sistema, dirá tal vez alguno de nuestros lectores, debe ser muy caro: ¡ahí es nada! ¡sustituir sosa al cok! ¡hidratar un álcali en vez de quemar carbon de piedra! la idea podrá ser exacta en teoría y áun prácticamente posible, pero bajo el punto de vista económico debe ser en extremo costoso dicho sistema.

La objecion es fundada, pero el inventor sale al encuentro y la desvanece con facilidad suma.

Cuando la sosa está bien hidratada y bien disuelta, cuando es incapaz de absorber nuevas cantidades de vapor y de engendrar nuevas calorías, se retira el depósito sustituyéndolo por otro en plena actividad, y se lleva el ya gastado á la estacion central del tranvía á *regenerarlo*, es decir á evaporar por medio del fuego toda el agua que absorbió la sosa cáustica. Segun los datos que nos suministra el periódico americano de donde extractamos esta noticia, con una libra de cok se evaporan diez libras de agua y vuelve á su primer estado y en disposicion de actuar de nuevo la sosa empleada, la cual de este modo no se consume nunca ó al ménos dura meses y áun años.

Vemos que, en último resultado, la verdadera fuerza motriz es la que engendra la combustion del cok empleado para regenerar la sosa; sólo que se quema en la estacion en vez de quemarse en la locomotora.

El ciclo de la operacion queda con lo dicho completo y cerrado.

1.° El agua y la sosa cáustica *están separadas* á cierta distancia una masa de otra; como *un peso* en lo alto de una torre y abajo el suelo, la tierra, la gran masa atractiva.

2.° *El agua* ó sea el vapor y la *sosa cáustica* se unen en el depósito de la locomotora, absorbiendo esta á aquel, que es como decir precipitándose uno á otro, que es, repetimos todavía, como si cayese el peso desde lo alto de la torre al suelo. En esta union se desarrolla calórico y de este modo el depósito de sosa se convierte en verdadero hogar de la locomotora.

3.° El vapor engendrado, despues de actuar como fuerza motriz, va al depósito de sosa, con una contra-presion de una sola atmósfera, y alimenta aquella especialísima combustion que en este caso llamase *hidratacion* y *disolucion*.

Es decir que condensador y caldera en esta clase de máquinas todo es uno.

4.° La sosa ya inerte; ó de otro modo, la *sosa cáustica* y *el agua* ya unidas, que es como decir *el peso al pié de la torre* y su energía ya gastada, llévanse á la estacion central donde por medio de la combustion del cok se *separan*. Lo cual equivale á volver á subir el peso á lo alto de la torre, á preparar un nuevo trabajo motor, á transformar la afinidad ya satisfecha del carbon y el oxígeno en afinidad potencial de la sosa y del agua.

Tal es la teoría de la nueva máquina en sus rasgos generales: un estudio más detenido, un juicio crítico completo de los datos numéricos consignados sobre los cuales hay mucho que decir, y una apreciacion técnica del invento sobre el cual algo hay que decir tambien, todo esto en suma no es materia propia para artículos de mera propaganda.

Nos limitaremos pues á resumir las ventajas del novísimo sistema segun su inventor.

Primera. La máquina ni lleva fuego ni da humo.

Segunda. La contra-presion es constantemente de una atmósfera.

Tercera. El condensador y el hogar son una misma cosa, porque están reducidos al depósito de sosa cáustica.

Cuarta. Si bien es cierto que al fin y al cabo la verdadera fuerza motriz que se consume es la del cok que se quema para regenerar la sosa, no es ménos cierto que la combustion puede hacerse en condiciones *mucho más económicas* en una estacion fija que en una locomotora en movimiento.

Quinta. El peso de la máquina es muy reducido en comparacion con el de las máquinas de vapor análogas. «Donde se necesita, dice el inventor, una máquina de 10 toneladas de las últimas, basta con una máquina de 4 toneladas, de las mias.»

Y ya sólo nos queda una observacion para concluir.

Hemos hablado muchas veces de la energía del calor solar: pues hé aquí un nuevo medio de utilizarlo.

En vez de emplear cok para regenerar la sosa, empléese el calor del sol en evaporar el agua, y la energía dinámica del álcali perenne é inalterable será como el ave fénix que renace de sus propias cenizas.

JOSÉ ECHEGARAY

LA LECTURA, cuadro por la señorita Diana Coomans

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO II — BARCELONA 24 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 104

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La *Pasionaria.*—Entusiasmo del público.—Salidas del autor.—Omision de los lunares.—Futuros triunfos.—El corazon y la ley.—Las mujeres que matan.—El asueto de los estudiantes.—El calendario de ayer y el almanaque de hoy.—Los números que salen.

El único foco de calor que hay ahora en Madrid es el teatro de la Zarzuela.

La pasionaria enardece los corazones. Todas las noches acude numeroso público á aplaudir la obra de Leopoldo Cano. ¡Cuestion de arte mezclado con temperatura!

—Yo no sé—decia un individuo el otro dia,—lo que tiene la obra de Cano. Para mí es una estufa.... un brasero. Yo voy á verla todas las noches. Llego al teatro helado de frio; y apénas se levanta el telon empiezo á sentir

LA VÍRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael

que un agradable calor recorre mi cuerpo. El corazon me late con fuerza inusitada. Me entusiasmo, grito, aplaudo con furor; y con las palmadas entra en reaccion el frio de las manos; me abraso en amor artístico, me creo en el Ecuador, y empezaria á desnudarme de mis ropas si las conveniencias sociales no lo impidieran.

***

Ello es que la obra de Leopoldo Cano ha tenido un éxito formidable, descomunal, completo.

Yo no puedo ocultar mi alegría.... ¿Por qué disfrazar los sentimientos que echan raíces en lo más recóndito del alma? Leopoldo Cano es amigo mio; pero esto no seria bastante para justificar mi entusiasmo. ¡Tiene uno tantos amigos vulgares, de esos que poseen excelentes condiciones morales, pero que no pueden ser presentados sin detrimento de la buena fama literaria ante un público ilustrado y distinguido! La hombría de bien no significa siempre brillante inspiracion, estro penetrante y fecundo, miras desenvueltas, franqueza extraordinaria, punto de vista social, acierto artístico.... no. Cuando se trata de un hombre bueno en materias literarias se quiere decir:

—Tengo el gusto de presentar á ustedes á don Fulano de tal. Es poeta, autor dramático, con más intencion que un toro de Miura; éste os hace reir y os hace llorar á la vez; guarda en su alma la llave de vuestros sentimientos; tiene á discrecion suya el sarcasmo y la sátira aguda para flagelar despiadadamente los vicios sociales; hunde en el fondo de las cosas humanas su afilado bisturí, y arranca las entrañas al crímen ofreciéndoselas al público con magistral y soberano atrevimiento; este autor no se anda con tapujos..... le dice á la sociedad: «¡tú eres así; enmiéndate!» Y al código le vocifera estas palabras: «¡eres incompleto, frio! es necesario que te reformes en defensa de la pobre mujer seducida....»

Este es Leopoldo Cano. Todas las noches tiene que salir infinidad de veces al proscenio del teatro de la Zarzuela para satisfacer el ansia y el entusiasmo del público.

Es una tarea que halaga el amor propio y que redondea el bolsillo, pero que no se halla inscrita en la lista de personajes de ninguna obra dramática.

Si los autores conocieran de antemano el éxito podrian escribir en la primera página de sus obras:

PERSONAJES

D. Fulano de Tal...
D. Mengano...
La señora de éste...
La hija de aquél...
El amigo...
El criado...
Etc., etc., etc., etc.
Y el autor.

NOTA.—Este último personaje saldrá, interrumpiendo la escena, en medio de los actos, cuando al público se le antoje, y saludará galantemente á uno y otro lado, como diciendo:

—Gracias, señores; muchas gracias. Nos entendemos... Estamos de acuerdo. Yo he pasado muchas noches en vela, dando vida á esos tipos que veis ahora moverse en estas tablas... Les he infundido una pasion, un sentimiento, una tendencia; les he dado un alma, como la da Dios al sér que se forma en el claustro materno; les he puesto despues en contacto entre sí, y de la diversidad de caractéres y de las peripecias de la vida han surgido estas combinaciones, estas luchas, estos conflictos que vosotros aplaudís ahora... Gracias; muchas gracias.. La ovacion que me tributais quedará grabada en el fondo de mi alma.. Y ahora, me retiro, para que descanseis un poco durante el entreacto y emprendais despues de nuevo el hilo de mi trama hasta el desenlace, con el cual soñareis durante la noche, y de cuya catástrofe os acordareis mañana en medio de la vulgar y prosaica realidad de la vida.

***

¡Qué dicha para los autores si todos pudieran decir esto!

Pero desgraciadamente, son pocos los escogidos.

Entre estos pocos, lo repito, figura Leopoldo Cano.

La pasion no me ciega.

Yo sé que *La Pasionaria* tiene defectos. A pesar de lo deslumbrante y esplendoroso y magnífico que es el sol, ¿acaso los críticos del astro del dia, que son los astrónomos, no descubren multitud de manchas en el luminar celeste?

¡Ah! pero no importa: la naturaleza se anima, se despliega y sonrie bajo sus ardorosos besos: las flores le dedican sus matizados colores y sus perfumes; los insectos zumban y aletean en loor suyo; la atmósfera límpida y azul toma en presencia del sol la brillantez de una turquesa; la alegría recorre los aires; el bienestar invade los corazones; todo son himnos y alabanzas al padre de la luz, al señor del Universo...

Los dias encapotados y nebulosos equivalen para los séres de la tierra á representaciones teatrales llenas de aburrimiento y fastidio..... Los dias serenos y apacibles son funciones de buen éxito.

¡La obra de Leopoldo Cano ha sido, pues, un espectáculo de primavera!

Prescindamos de sus lunares.

¿La aplaude el público con entusiasmo delirante? Sí. ¿Invade la espaciosa sala del teatro de la Zarzuela, durante los tres actos de la obra, una especie de corriente eléctrica que se apodera de las almas y las coloca unánimes en tension extraordinaria? No cabe duda. ¿Se rien los espectadores y lloran á la vez, y aplauden, y producen murmullos de aprobacion y asentimiento? Es evidente. Pues entónces, *La Pasionaria* tendrá larga vida. Los tipos que forman la trama de esa obra recorrerán en triunfo todos los teatros de España. Aquel Justo, pérfido, hipócrita, artero, será odiado en todas las provincias. No habrá un solo pueblo de alguna importancia donde el hermoso carácter de Marcial, vaciado en el espíritu de España, emprendedor, audaz, franco, desinteresado, algo *quijotesco* en fin, no encuentre acogida simpática. Las personas sensibles llorarán con las desgracias de la pobre Petra (la Pasionaria): su hija Margarita se hará un predilecto lugar en todos los corazones. Aquel juez tan aficionado á la tauromaquia que al parecer lo que mejor ha estudiado son las leyes de Toro, produciria en todas partes sonoras carcajadas. Y D. Perfecto y D.ª Lucrecia serán mirados con repulsion donde quiera que se presenten.

Esto vale tanto como decir que el drama de Leopoldo Cano encarnará en la sociedad española. La idea que lo ha inspirado es laudable y oportuna. El corazon y la ley se hallan en constante pugna.

La mujer, ofendida hasta el último extremo, se toma la justicia por su mano. Hunde un puñal en el pecho de su ofensor...

Y el público sanciona este desenlace con ruidosos aplausos.

Hace tiempo que en Francia, despues del célebre proceso de María Biére escribió Alejandro Dumas un libro titulado *Las mujeres que matan*. Era un libro de solemne disculpa, de atenuacion vigorosa y esforzada.

Pues bien, Leopoldo Cano ha llevado con no ménos atrevimiento que el célebre autor francés este pensamiento al teatro.

Su nuevo drama pudiera llamarse:

La mujer que mata.

***

Algunos estudiantes han tratado de pedir anticipadamente el tradicional asueto que disfrutan durante las Pascuas de Navidad.

Los fieles cristianos de todos los países celebran con un dia, con dos lo más el recuerdo del natalicio del Señor; pero los estudiantes, en cuyo juvenil corazon deben de grabarse como en blanda cera las efemérides religiosas, necesitan muchos más dias que el resto de los mortales para entrar de nuevo en la análisis profana de las ideas.

El estudiante podrá mirar por lo que á la ciencia incumbe, hácia el porvenir, no lo niego; pero afirmo que respecto á almanaques se encuentra á la altura de los que se publicaban en los tiempos de Mari-Castaña. ¡Excelentes libros! Aún los recuerdo con cierto deleitoso estremecimiento. Un juicio del año que terminaba con el sacramental «*Dios sobre todo*», y unas cuantas páginas en que artísticamente alternaban las predicciones atmosféricas, los ayunos y abstinencias, los dias de sacar bula, los nombres de los varones virtuosos que han merecido el título de santo... y todo ello ilustrado con multitud de cruces que indicaban otros tantos dias de holganza, á la manera que ciertas manecillas pintadas en algunas paredes indican que en la direccion del dedo vive álguien que ofrece al transeunte sus servicios.

El calendario ha sido el libro con el cual se han educado generaciones enteras.

Aún hoy dia se ve colgado en las cocinas de las casas de campo y es consultado diariamente por los sencillos labradores que estudian en él, si deben ó no guiar su yunta al trabajo, ó si una próxima lluvia reblandecerá el suelo de sus propiedades.

Mas, por lo general, parece que el diablo, que no cesa de estudiar el medio de hacer mal tercio á los huéspedes del Paraíso, ha metido la pata en los almanaques, haciendo que el santoral, en otro tiempo exclusivo objeto de tan piadoso librito, sea hoy dia solamente un pretexto para que escritores más ó ménos intencionados descarguen en sus páginas todos los cuentos y chascarrillos amontonados en su mollera durante todo el año, ó para que los dibujantes de chispa luzcan su habilidad trazando sobre el papel graciosas caricaturas.

Antiguamente el calendario parecia decir al cristiano: «Hoy es tal santo; recuerda que ese varon hizo esto y lo otro y lo de más allá: en conmemoracion de lo cual, debes alimentarte con yerbas y dejar los trabajos del campo.»

En una palabra, el calendario era la sumision, la templanza, el recuerdo de sufrimientos y martirios: hoy dia el almanaque nos invita á reir, á solazarnos, ofreciéndonos ratos de buen humor y alegres y gozosas expansiones.

No hablo del almanaque de pared. Este es aún más moderno, y tiene un carácter puramente comercial. Cada dia se arranca una hoja. Tiene algo del corazon que va perdiendo una tras otra sus ilusiones.

***

Eco de la lotería.

Un loco tenia fama de acertar los números que salian premiados.

Un sujeto fué á verle suplicándole le escribiera los números que habian de salir.

El loco escribió:

2,305
11,252
48,679

—Apréndaselos usted de memoria, dijo al que le consultaba.

Y despues hizo una bola con el papel, se la metió en la boca, la mascó un rato, la tragó y concluyó diciendo con aire de profecía:

—¡Mañana sin falta saldrán estos números!

PEDRO BOFILL

Madrid 21 diciembre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael

Si cupiera aplicar á un artista la denominacion de *celestial*, Rafael y Murillo se disputarian este calificativo, y el juicio de la crítica quizás permaneciera indeciso perpétuamente.

Cuando nos fijamos en una *Inmaculada* del pintor sevillano, nuestra vista se extasía en la contemplacion de aquel tipo místicamente ideal, *inmaculado*, digámoslo así, expresivo de un sentimiento tan distante de la tierra, como distantes se encuentran de ella las vaporosas nubes en que sienta su planta la Reina de los ángeles.

Pero cuando, por dicha, tropezamos con una *Virgen* del pintor de Urbino y leemos en la biografía de este insigne artista que ese tipo de belleza y de candor que en ella admiramos, es retrato de una mujer que ha existido, que amó frenéticamente al pintor y de quien fué amada con igual intensidad, comprendemos la pasion, la idolatría del gran maestro por la Fornarina, por esa criatura humana que así se prestaba á ejecutar lo divino.

Véase, si no, el cuadro cuya copia publicamos, en el cual únicamente cabe que la vista se aparte de la contemplacion de la Madre para recrearse en la del Hijo. Aquilata el valor de este cuadro el correcto dibujo de su reproductor y el respeto y seguridad con que ha sido grabado esta vez; doble circunstancia indispensable cuando se trata de saborear, siquiera á mucha distancia de la realidad, las bellezas de una obra del primer pintor de Italia.

RESPETEMOS LOS JUICIOS DE DIOS,... cuadro por W. Amberg

La dama de ese cuadro, que tan amargamente llora, debe haber sufrido una de esas pérdidas para las cuales no hay en la tierra compensacion ni consuelo. Huyendo las banales manifestaciones de la amistad oficial, que pretende sepultar la pena bajo una balumba de cumplimientos estériles, se ha trasladado al campo, en busca de aquella soledad que, más generosa, no pretende extinguir el llanto del afligido, única válvula contra el inminente estallido del corazon.

Allí, empero, la amiga verdadera ha ido en su busca, y á solas, bajo las inmensas bóvedas del majestuoso templo de la naturaleza, la habla de Dios y de sus inescrutables designios, de Dios que ha prometido el reino de la luz perpetua á cuantos hayan llorado mucho en este valle, envuelto casi siempre en las tinieblas de la pena.

Tal es el tema desarrollado en esta composicion; y áun cuando el autor no ha dado grande importancia á los personajes, el conjunto produce el efecto deseado y explica cumplidamente el tema que se ha propuesto ejecutar.

MUERTE DE RUBENS, cuadro por Brée

El dia 30 de mayo de 1640, los buenos ciudadanos de Amberes se estremecian oyendo el fúnebre doblar de una campana que anunciaba la agonía de un hombre. Bien pronto, al toque de agonía sucedió el toque de muerte, y más de una rodilla se doblegó espontáneamente y de muchos labios salió una plegaria, bien sincera, por el alma de Pedro Pablo Rubens, el gran maestro de la escuela flamenca, fallecido á los 63 años de edad, en la plenitud de su gloria.

El pintor Brée ha dotado al Museo de Amberes de un lienzo en que describe, por medio de los sublimes recursos del arte, los últimos momentos del portentoso genio que, gracias á un favor no muy comun de la Providencia, fué á un tiempo feliz diplomático y habilísimo cuanto fecundo artista, y en todo y por todo el hombre más afortunado de su tiempo.

El cuadro de Brée satisface por completo el propósito del autor. En el centro el agonizante Rubens que, anciano y moribundo, conserva todavía un resto de su seductora belleza, y siente sobre su frente el postrer rayo de sol, último favor que le ha pedido al cielo. A la derecha de Rubens sus dos hijos y sus discípulos luchan entre el temor y la esperanza de algunos instantes más de vida, al paso que en el lado opuesto, perdida toda ilusion, la jóven y bella segunda esposa del gran pintor, Elena Forman, cae desmayada en brazos de Gevaerts, secretario de Estado é íntimo amigo de Rubens. En frente de éste el notario que autoriza su última voluntad, interroga al testador con la mirada, cual si estuviera pendiente de una frase suprema; miéntras, á espaldas del maestro, los ministros de la religion encomiendan á Dios al cristiano á quien acaban de administrar los últimos sacramentos.

El asunto está perfectamente interpretado: la ejecucion prueba que, entre artistas, no siempre son enemigos los de un mismo oficio.

LA MITRA DE NAVIDAD,
busto modelado por E. Clarasó

Ese muchacho pertenece á la galería de los tipos que se van. Cuantos peinan canas, y algunos que ni áun canas peinamos, recuerdan con fruicion esa mitra de papel de estraza, grosero envase de unos barquillos suspirados por la tierna infancia durante trescientos sesenta y cuatro dias al año. ¡Ay, lectores mios!.... Por aquel entónces los hombres, y sobre todo los niños, se contentaban con muy poca cosa: la idea del pavo de Pascuas llenaba por completo la imaginacion y la mesa, y cuando al final del clásico banquete, compuesto invariablemente de macarrones, puchero y la indispensable ave indiana, con intermedio de ensalada de apio, aparecian las dos únicas variantes conocidas de turron, fino y de Alicante, y pasaban del fogon á los manteles los frágiles barquillos; la turba menuda proferia un grito de entusiasmo, que degeneraba en sabrosa risa al posarse en la cabeza de uno de los vástagos el enorme cucurucho que habia contenido las delgadas golosinas propias de la festividad celebrada.

Clarasó ha tratado con acierto al improvisado *obispo* de sobremesa, cuya ingenua sonrisa nos da á entender el éxito obtenido por esa inocente broma de Navidad.

LA CORONACION DE MARÍA,
cuadro por Moretto de Brescia

El autor de este cuadro puede ser calificado de maestro en la buena escuela italiana. Si en su conjunto es de admirar la elegancia de la composicion, en algunas particularidades de su dibujo, y muy especialmente en las figuras correspondientes al lado de la Vírgen, son de ver rasgos que no desdeñaría el mismo Rafael. El asunto ha inspirado, ántes y despues, varios cuadros; si bien en el que hoy publicamos los santos que entran en la composicion, son, como en cada caso, los de devocion especial en el pueblo de Celso, para cuya iglesia de San Nazario fué pintado este lienzo, San Francisco de Asís, San José, el arcángel San Miguel y San Nicolás.

En cuanto al autor, conocido por Moretto de Brescia, hay que hacer constar que ni se llamaba Moretto, ni Brescia era el lugar de su nacimiento. Llamábase Alejandro Buonviccino y nació, en 1485, en Rovatto, pueblo no muy distante de Brescia. Pintor esencialmente místico, pertenece á la correcta escuela que hizo imperecedera el genio inmortal del autor de *la Perla*.

ALEGORIA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO, cuadro por el Correggio

Este célebre lienzo del insigne artista italiano Antonio Allegri, vulgarmente conocido por el Correggio, es otra de las brillantes páginas de la historia de la pintura italiana durante los siglos XVI y XVII. En él ha figurado el autor á María, teniendo en brazos á su divino Hijo á quien contempla amorosamente, y el cual examina á su vez el libro de su futura historia cuyas hojas sostenidas por el evangelista San Márcos, le va enseñando un ángel. A la izquierda del niño Jesus está María Magdalena, una de las figuras culminantes de dicha historia, en actitud de besarle los piés, como se los besó arrepentida cuando hombre, y el Redentor parece perdonarla de antemano, posando cariñosamente su mano sobre la cabeza de la pecadora.

Es inútil que encarezcamos las bellezas de este cuadro en cuanto á su ejecucion: basta contemplar la lámina, soberbiamente grabada por Mauro Gandolfi, para que hasta la persona ménos competente admire la obra del Correggio.

LAS NARICES DE SU ALTEZA

(Conclusion)

VI

Cardona se resolvió, pues, á hacer que la princesa admitiera el novio elegido por él, y se preocupó poco de las consecuencias de su resolucion. Él era hombre que confiaba, y podia confiar, en los recursos de su ingenio.

De todos los demás pretendientes á la mano de Rosalinda llegaron á la Corte de Bábia retratos que, en opinion de los originales, habian de abrasar con fuego de amores el sensible corazon de la ilustre doncella. Aunque entónces la pintura distaba bastante de ser lo que es hoy y no habia por las Cortes de aquellos tiempos pintores de Cámara capaces, como un Federico Madrazo, de divinizar una hermosura, disimular una fealdad y humanizar un mico, todos los pretendientes procuraron y consiguieron dar buena idea de sí aumentando el pequeño su estatura, disimulando el gordo su obesidad, apareciendo el flaco, dulce y tierno el de afeminada fisonomía, varonil el selvático y duro de facciones, y todos en general con un semblante respirando salud y buen humor.

Como Cardona queria sacar triunfante la candidatura del príncipe Pino de Oro, apénas iba recibiendo retratos se encerraba con un artista de toda su confianza y á quien pagaba espléndidamente su trabajo y ponia á aquellos pobres señores..... probablemente tan feos como en su mayor parte serian mirados cara á cara.

La princesa iba viendo y desechando retratos y ya solo le quedaba por ver el del heredero del trono de Trapobana; pero habia ella encontrado tan horribles todos los demás, y Cardona, en cuyo talento y cariño tenia plena seguridad, le contaba tales cosas de las prendas morales de Pino de oro, que, aunque su retrato no acababa de llegar nunca, ella se resolvió á casarse con él, diciendo á sus padres:

—Cardona me asegura que ese es el novio que me conviene más. Segun él, es de una figura muy simpática y agraciada y supera á todos en las prendas del ánimo. Díganle Vds. que venga cuando quiera y encarguen hoy mismo mi *trousseau* á Paris.

VII

Cardona se apresuró á complacer á la princesita, y en Trapobana fué tal la impresion que produjo la noticia de ser Pino de oro el preferido, que el rey Perico, padre del novio, se murió de gusto, quedando aquel por dueño de sus estados y convertida la princesita en futura reina de una de las mejores islas del mundo. Rosalinda habia tenido presentes para su eleccion las virtudes y perfecciones morales de Pino de oro, y así premia el cielo,—cuando se digna premiarlas,—la sensatez de las vírgenes y la abnegacion de las altezas reales.

Pasados los meses de luto, verificadas en Trapobana la jura y coronacion del nuevo rey con ménos aparato y con ménos temores que los que ahora ha habido en la del nuevo Czar de todas las Rusias, Pino de oro, acompañado de brillante séquito, se dirigió á la capital de Bábia para casarse con la princesa Rosalinda.

Las costumbres y las ordenanzas cancillerescas parecian aconsejar y autorizar la ida de la mujer al país del esposo con quien habia de vivir y donde habian de residir ambos; pero el Rey que rabió era un soberano de gran importancia política, el príncipe Pino de Oro se pasaba de galante y atento y, además, la corte de Trapobana no estaba para fiestas y regocijos públicos despues de la muerte del rey Perico, no siendo cosa de que la princesa Rosalinda hiciese una boda de *requiem*, por decirlo así, bajo el frívolo pretexto de la muerte de un suegro.

VIII

Nuestros lectores están persuadidos de que Cardona era hombre de mucho mérito y no extrañarán que fuese grande el número de sus enemigos. Grande era, en efecto, y si algun disgusto dejó de dársele en aquella ocasion fué porque no hubo medio humano de que él lo tomara.

De la cámara de la princesa trascendió á todo el palacio real la curiosa historia de los retratos enviados á Bábia por los amartelados pretendientes de Rosalinda, y la circunstancia de haber sido elegido Pino de oro sin que la princesa tuviese la menor idea de su figura produjo verdadero escándalo. La prensa de todas clases tomó por su cuenta el asunto y unos periódicos atacando sin consideracion al Ministro, otros defendiéndole con torpeza verdaderamente ministerial, no le dejaron hueso sano y llevaban camino de arrebatarle mucha de la popularidad que tenia en el reino. Llegó á hablarse hasta de la publicacion de un folleto explicando en qué cantidad habia comprado á Cardona el difunto rey Perico, y el hábil consejero, aunque podia despreciar cierto género de ataques, comprendió al fin que su posicion era un poco falsa y que convenia hacer algo.

Pronto adoptó su determinacion sirviéndole para comenzar á realizarla una interpelacion de que fué objeto sobre el asunto del retrato en la cámara de los Nones,—que se llamaba así porque en ningun caso podia ser par el número de sus miembros, merced sin duda á una preocupacion parecida á la que obliga á tomar nueve, once ó trece y nunca diez, doce ó catorce baños en los establecimientos de aguas minerales de España.

Cardona se levantó tranquilamente á contestar al interpelante y con la sonrisa en los labios, con una calma que llegó á desconcertar á sus enemigos, aseguró que el Príncipe Pino de Oro, á pesar de ser hombre de arrogante y gallarda figura, no habia querido, por considerarlo impropio y poco airoso, enviar su retrato hasta que el exámen de otras prendas suyas decidiese ó imposibilitase su eleccion; pero que, una vez elegido, no habia tenido el menor inconveniente en enviar su *vera efigie* y que esta seria expuesta al público en la Puerta de la Luna (el sitio más céntrico de Bábia) de un momento á otro.

Con esta declaracion forzoso fué que cesaran las hablillas, y la curiosidad por saber cómo era el príncipe Pino de Oro embargó enteramente el ánimo de la multitud.

Decíase aquella noche por los cafés, y la prensa oficiosa lo confirmaba plenamente, que Cardona habia hecho copiar en tamaño monumental la miniatura venida de Trapobana y que el gigastesco lienzo, de diez varas de largo por cinco de ancho, estaria colgado desde el amanecer hasta el anochecer del otro dia en la fachada del Principal. (Así llamaban en Bábia al Ministerio de la Gobernacion.)

Hubo quien tomó posicion en aquel sitio público desde las doce de la noche, y no faltó una señora que, empujada por la gente que iba llegando y queriendo á toda costa ser de las primeras en ver la pintura, se pasó ocho horas metida en agua hasta muy cerca de la cintura en el pilon de una fuente que habia en el centro de la Puerta de la Luna.

IX

Cardona se habia ido desde la Cámara de los Nones al estudio del pintor encargado del retrato monumental del príncipe.

—¿Está contento V. E. de mi trabajo? preguntaba el artista al ministro espiando en la severa fisonomía de éste un gesto de aprobacion.

Cardona con los lentes calados examinaba á conveniente distancia la pintura y replicaba al pintor:

—No señor, no estoy satisfecho: esas narices son todavía pequeñas.

—¿Pequeñas?—exclamaba desolado el retratista.—Repare V. E. que las he aumentado en una tercera parte.

—Pues aún es poco. Es preciso que la nariz del Príncipe Pino de Oro sea en ese retrato tan grande como todo el resto de su cuerpo.

Oyendo hablar así á Cardona, creyó el pintor que aquel hombre habia perdido la cabeza; pero conocedor de su genio y temeroso de perder él la suya si se propasaba á contradecirle, subióse en su escalera, tomo tiento, paleta y pinceles y la nariz de Pino de Oro eclipsó á aquella que nuestro famoso Quevedo comparaba á *un elefante panza-arriba*.

Cuando Bábia entera, congregada en la Puerta de la Luna, vió aquel mascaron, las carcajadas las cuchufletas, los gritos de indignacion verdadera ó fingida llegaron hasta el Real Palacio y se abrieron paso hasta las mismas habitaciones de la princesa.

—¡Os quieren casar con un monstruo, señora!—gritaba una dama de honor y mérito, que habia tenido el honor de pasarse la noche al sereno y el mérito de haberse colocado en primera fila para ver el retrato.—Con las narices de vuestro prometido se puede remediar un regimiento de chatos y quedarse él con las necesarias.

—¡Aquello no es nariz, señora!—vociferaba un gentil-hombre encantado de ser chato por primera vez en su vida.—Aquello es monumento público

—Cardona abusa del cariño que vuestra Alteza le profesa,—observaba el oficialito de guardia retorciéndose el bigote y pensando sin duda en lo feliz que seria la princesa casándose con él.

Rosalinda se creyó víctima del más atroz de los engaños y rompió á llorar desconsoladamente; Maricastaña recordó la primera época de su matrimonio, se abrazó á su hija y lloró tambien, aunque sin acusar á Cardona, á quien debia mucho, segun aseguraba entre suspiros y sollozos; y el Rey que rabió, á juzgar por lo que bufaba y pateaba, parecia que iba á rabiar de nuevo, no faltando quien sospechase que en esta ocasion llegaria á morder.

Pero no se crea que el rey acusaba á Cardona: su rabia era contra los que se permitian acusarle en presencia suya y olvidar lo mucho que él y su esposa le debian.

Todo se volvia en la régia cámara discusion y batahola imponderables, á que puso término la princesita disponiendo con voz entera que enganchasen su coche y declarando que en aquel mismo instante iba á ver el retrato oculto para ella y conocido ya de toda la poblacion.

Cardona apareció entónces y, con asombro general de todos los presentes, ofreció el brazo á Su Alteza y se brindó á servirla de escudero.

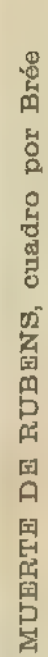
Ver la princesa el retrato, lanzar un grito de sorpresa y de indignacion y asegurar que ella no se casaba con aquellas narices, todo fué uno.

Un suceso casual y realmente imprevisto vino á aumentar la confusion y á complicar las cosas: el príncipe Pino de oro, espoleado por el afan de ver pronto á su bella prometida, habia hecho el viaje á marchas forzadas y, segun aviso de un correo, entraba ya por las puertas de la poblacion.

Describir el efecto que aquella noticia produjo seria empresa punto ménos que imposible. La curiosidad y la expectacion se hicieron aun más grandes; todo el mundo tenia fijas sus miradas en el rostro de Cardona y al ver que en él se dibujaba una son-



RESPETEMOS LOS JUICIOS DE DIOS....., cuadro por W. Amberg



MUERTE DE RUBENS, cuadro por Brée

risa de satisfaccion, todo el mundo creyó que el ministro se habia vuelto loco.

X

Bábia entera corrió al encuentro de aquel á quien ya llamaban todos allí *el príncipe narigudo*. Viéronle al fin el pueblo y la princesa, y princesa y pueblo á la par lanzaron un grito de asombro y quedáronse con un palmo de boca abierta.

Las narices del príncipe eran grandes, sin duda; pero, comparadas con las del retrato ofrecido por Cardona á la consideracion pública, no ofrecian nada de particular: parecian hasta narices.

—¡Aunque son grandes, no son para tanto!—decia todo el mundo.

—¡No son para tanto! repetia la princesa respirando libremente, mirando con terror las narices del lienzo y con alegría las del original.

Uno de los enemigos más encarnizados del ministro llegó á decir á la princesa:

—Señora; esto ha sido una intriga para casaros con un chato.

La princesa encontró suficientes las narices de su futuro esposo, se casó gustosísima con él, fué una de las mujeres más felices del mundo y fué siempre esposa fidelísima porque, siguiendo el consejo de Cardona, no comparó nunca las narices de Pino de oro con otras que con las del retrato.

Y sin sacar deducciones filosóficas de un hecho histórico que convida á grandes pensamientos, permítanme los lectores que termine esta verídica relacion con la consagrada frase de

«Colorin, colorado,
mi cuento ya está acabado.»

CÁRLOS COELLO

FANTASÍA

EL ÚLTIMO DIA DEL AÑO

Hace doce meses próximamente que tracé sobre una cuartilla la siguiente fecha:

1883

Aquella cuartilla y sus once compañeras estaban en blanco.

En vano quise llenarlas con mis pobres pensamientos; en vano se ofrecieron á los lectores de *La Ilustracion Artística* en ordenada columna; faltábales la misteriosa gota que hace derramar el vaso, que levanta el nivel del mar, como afirma un poeta amigo mio; faltábales otra fecha que no podia escribirse aún:

¡1884!

Entre estas dos fechas, hay un período entero hácia el cual he de volver los ojos. Puede representarse por otras doce cuartillas llenas de garrapatos, tachones y patas de mosca.

Los doce meses del año.

Y, en efecto, ¿qué es un año? Un libro de memorias en el que vamos sentando, dia por dia y á pesar nuestro, cierto número de ideas, hechos, arrepentimientos y resoluciones.

De la misma manera que el que escribe mancha la hoja cada vez que logra sentar en ella la pluma; el que piensa, gasta una serie de instantes ó de minutos que están perdidos para siempre.

La palabra que ahora trazo, ocupa una parte de la línea é inutiliza un poco de papel; el pensamiento que desenvuelvo mata y absorbe un espacio de tiempo.

Sólo tachando ó borrando, es decir, buscando lugar á la palabra, puede volverse sobre lo escrito; sólo obrando y viviendo, es decir, anulando con nuevos actos los actos realizados anteriormente, puede volverse sobre lo vivido.

Lo escrito, escrito está en el tiempo, aunque se borre ó se olvide; lo hecho, se perpetúa á veces con la destruccion: el nudo de Gordio no pudo deshacerse ni áun con la cuchilla de Alejandro.

Sobre doce cuartillas decoradas á guisa de membrete con los extravagantes signos del zodiaco, va el pobre mortal dejando sus impresiones y señalando las efemérides de su existencia.

Unos las escriben con pluma de cisne, otros con pluma de ganso, varios con pluma de acero. Hay quien usa indistintamente tinta azul, tinta negra y tinta roja.

Suelen escribirse con lagrimas.

Al cerrar el inútil cuaderno que va á colocarse en los armarios del pasado; biblioteca en la cual no hay volúmen que se mezcle ni se extravíe, á pesar de las fullerías del cronista y del erudito, todos sienten un estremecimiento incomprensible y extraño.

Parece que nos arrancan las hojas del corazon y que se encuadernan con nuestra piel: las agujas y las cuchillas de las encuadernadoras, suelen penetrar hasta el tuétano.

Yo he hojeado muchas veces mi librejo ántes de darlo al olvido; su vista me ha hecho gozar y sufrir al propio tiempo; sin embargo, hay que confesar que los goces apénas ocupan el lugar de las letras iniciales. ¡En cambio, qué largos períodos de dolor; qué interminables páginas de sufrimientos!

Y ¿creen ustedes que es mi cuaderno solo el que terminaba de tan ruin manera? No tal, los de los demás mortales, que pude ver cerca del mio, á orillas del Leteo, comenzaban y terminaban del mismo modo.

Hé aquí el de un poeta:

—«He visto caer las hojas, en ese triste período de la efoliacion en que los árboles se quedan á la vergüenza y pugnan en vano por cubrir su esqueleto con las retorcidas ramas; he visto romperse las olas coronadas de espuma como tropel de ilusiones que se deshacen al contacto de la realidad mundana; he visto desaparecer las estrellas una á una como almas en pena que dejan el azul visible por el azul soñado; he visto la flor marchita y la hoja seca ¿cómo no he podido ver el cielo risueño, alegre el sol y la tierra cubierta de flores?»

El de un enamorado:

—«Un dia solo se ha vestido por mí de gala la naturaleza; un solo dia del año: el dia en que la ví por vez primera.

»Sentí lo que sintió Dante al saludar á la *bella creatura de bianco vestita;* lo que sintió Becquer cuando *llegó al fondo de su alma el sol* y vió que *se sonrcian los cielos* y *la tierra*.

»Ese dia ha perfumado los trescientos sesenta y cinco restantes: ha sido para mí, grano de almizcle, astilla de sándalo y lágrima de esencia de rosa.»

El de una dama del demi-monde:

«Durante todo el año, he sufrido, inútilmente la opresion del corsé, la pesantez del peinado, y el tormento de mis botitas francesas: otros senos, otras cabezas y otras plantas han brillado al par en los salones provocando mi envidia y mis celos.

»Tan sólo una noche pude vencer á mis rivales: cubrí mi seno de joyas y mis hombros de encajes, y pude presentarme más hermosa y más desnuda que ellas.

»Llevaba encima todo el precio de mi honra.»

Estos cuadernos y otros muchos se desarrollan durante la vida del individuo formando un todo mal compaginado: Átropos, una de las tres viejas parcas que cuidan de la maraña de nuestra existencia, segun los mitólogos, cortando el hilo de un tijeretazo, pone el *finis coronat* á la obra, y la entrega al anciano bibliotecario.

El último dia del año y el último dia del hombre tienen siempre un lado comun que sólo puede explicarse por el prestigio que ejerce en nosotros lo que va á dejar de ser ó lo que ha sido. En ambas ocasiones se acercan al mortal las Horas y las Hadas llevando en sus manos la lámpara de los recuerdos y el libro de las memorias.

Oigo en este momento sus voces que se confunden con los tañidos de la campana y con el ruido del péndulo; hé aquí lo que dicen al mortal en su misterioso lenguaje:

Hada 1.ª—Soy la Primavera: ¿te acuerdas? Soplaban las primeras brisas y abrian las primeras flores; el cielo estaba azul y la tarde hermosa. ¿Qué sentiste al ver á aquella elegante niña cuyo bonito tonelete azul y blanco la hacia asemejarse á una mariposa grande, con penachos de oro? ¿Por qué la seguiste sonriendo, y la ofreciste la mano para saltar la barda de la huerta?

¡Desdichado! Recuerdas su menudo pié, y comprendes á Tíbulo haciendo elegías al de su amada.

¡A tus años, preocuparse por dos almendras!

Hada 2.ª—Soy el Estío: ¿me tienes en memoria? La tendida era estaba llena de miés dorada. El labriego, sentado sobre el trillo, era la viva imágen del travieso Faetonte; tú veias saltar el grano de oro bajo los cascos de los corceles, y sonreias al hallar en tal punto la cosecha.

¿Qué sentiste al multiplicar imaginariamente aquellos granos que iban á llenar tus arcas?

Hada 3.ª—Soy el Otoño: ¿me has olvidado? El cielo estaba plomizo, tu esposa sonreia melancólicamente; sus labios húmedos como el lirio besado por la niebla, te decian algo incomprensible como un enigma de amor. Desde el balcon en que os encontrabais se divisaban el mar y el cielo lleno de constelaciones.

¿Qué pasó por tí, cuando contemplando el cuadrado del Pegaso y el seno de Andrómeda, la hermosa constelacion de las tres estrellas, te pidió que le alcanzaras la más grande?

Hada 4.ª—Soy el Invierno: ¿me sientes? Cae la nieve; el viento de la noche hace retemblar los cristales de la marquesina y azota los árboles del jardin cercano. El pobre mendigo que pasa cerca de tu morada se guarece, si se lo permite el rabioso can, en el estiércol del establo. Tú celebras la clásica fiesta de diciembre, cabe la chimenea encendida; rodeado de tus amigos ó de tus deudos; cerca de la amante ó de la esposa. ¿Qué dices del témpano y de la escarcha? ¿qué del chispeante noche-bueno y del pobre que tirita á tu puerta?

Yo diria que la injusticia cruza por la tierra embozada en una racha de viento.

. . . .

Pero digan lo que quieran las Hadas y las Horas, preciso es no hacerlas caso, cuando hablan á soñadores y poetas.

Un año para el hombre que ni sueña ni poetiza es un poco de tiempo en el que pueden realizarse muchas cosas de provecho.

Para un comerciante, se traduce en trescientos sesenta y cinco negocios, por lo ménos; para un político, en cuarenta y ocho cambios de gabinete; para un bolsista en una serie determinada de negociaciones cabalísticas.

Un hombre de mundo ve en él un período de entretenimientos, un filósofo un espacio de tiempo como otro cualquiera, un desheredado una larga suma de privaciones y trabajos.

Unos cuentan los dias del año por los negocios que hicieron, otros por las horas de poder que lograron, estos por los aplausos, aquellos por las monedas; todos por los sufrimientos.

Para estos y para aquellos el pesar del año que huye es puramente relativo y transitorio. Y, en efecto, un año que huye no es más que el heraldo del año que llega.

Ola tras ola va rompiéndose el mar en las playas; año tras año va rompiéndose en el tiempo nuestra existencia.

Alguien ha dicho que en la cara está la edad. Esa es una verdad como un templo. ¿Qué importancia tendria para nosotros el tránsito de los años si no dejaran sobre nuestro rostro cabellos blancos y señales negras?

Una de las cosas más difíciles es determinar la edad de las mujeres.

Desde Lupercio Argensola hasta nuestros dias, no ha habido fisiónomo que lea en el rostro de una mujer que no quiere pasar de los treinta y cinco la verdadera edad que cuenta. Para determinarlo con claridad seria preciso arrancarles el corazon ó la careta.

He preguntado á una entretenida el por qué le entristecia el fin del año y me ha contestado, que porque un año más siempre supone un amante ménos; á una viudita reciente le hacia llorar el año nuevo porque veia desaparecer poco á poco el dolor que la acompañaba y se iba sintiendo cada vez más viuda y más sola.

Sé por experiencia propia que hay algo más triste que la última campanada del año que huye.

El sonido del último duro que sacamos de la faltriquera.

Con el último dia del año suelen irse las alegrías y los placeres.

Con el último duro se van siempre los admiradores y los amigos.

Dicen los ingleses que el tiempo es oro. Si esto es cierto el metálico de la humanidad se ha reducido en este momento á trescientas sesenta y cinco unidades.

Hé aquí la razon de la crísis monetaria por que atravie sa España. Los años que gastamos inútilmente.

BENITO MAS Y PRAT

EL POSTRE DE NOCHE-BUENA

I

Terminada la cena de Noche-Buena, con que nos obsequió el cónsul de Austria en Valencia, y ántes de tomar el café, la señora de la casa dijo:

—¿Me permiten Vds. que abra el balcon? hace aquí mucho calor.

—Aquí y en todas partes, señora,—observó uno de los comensales;—en nuestro país seria inconcebible esta temperatura en una noche de Navidad.

La bella y amable anfitriona abrió el cierre de cristales y todos salimos al gran balcon corrido del consulado, que da á la calle de las Barcas.

La noche, en efecto, estaba magnífica, y áun calurosa, especialmente para la mayoría de los invitados, acostumbrados á climas frios.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamé yo.

—Digna del gran misterio que hoy se conmemora,—dijo la señora del cónsul, que era sinceramente piadosa.
—Hoy parece que hay más estrellas en este cielo en el que siempre brillan tantas.

Súbito oimos un preludio, y dirigiendo á la calle nuestras miradas, vimos á un niño que apoyado en un árbol pulsaba las cuerdas de un arpa pequeña.

Tendria de doce á catorce años y estaba pobremente vestido. Sus cabellos, que asomaban por debajo de una gorra de forma extraña, tenian ese color rubio mate peculiar á las razas del Norte: el reflejo de la nieve acaso habia impreso en su semblante el color de deslumbrante blancura del tipo germánico, oscurecido en las mejillas por la accion del aire y del sol meridionales. Sus ojos eran azules, y su boca estaba modelada con una gracia verdaderamente infantil.

Al vernos, se quitó la gorra, que dejó en el suelo, hizo un breve preludio en el arpa, y con voz clara y penetrante que no carecia de expresion, acompañándose con una melodía que me recordó los melancólicos motivos galaicos, cantó la siguiente

BALADA

«Niño, muy niño, dejé las verdes montañas de Glaris, atravesé los prados de Uri que hormiguean en florecillas, seguí la ribera del Rhin, donde se abrevan los corzos y canta el regaliolo; y buscando los climas en donde el cielo es más azul y el sol calienta más, entré en Italia, la patria de los santos, de los poetas y de los héroes, con mi arpa querida.

»He visto Génova, la de los palacios de mármol, Milan, la de alegres plazas, Florencia, rica en jardines; he cantado en las orillas del Arno viendo tejer la paja primorosamente y aspirando el olor del heno segado, miéntras hacia resonar mi arpa querida.

»En Nápoles he acompañado en sus bailes á las gallardas pescadoras de la Margelina; en Bayas he visto la tumba de un poeta rodeada de tulipanes, y en Roma, en la plaza más hermosa del mundo, he recibido la bendicion del

pontífice que bendecia á la ciudad y al universo, de rodillas yo al lado de mi arpa querida.

»He visto inclinarse los sauces, trepar las zarzas, entrelazarse los sarmientos; he oido gorjear á los pájaros y contestarles zumbando los insectos; he sorprendido á las nevatillas durmiendo debajo de las hojas; y de la voz chillona del mirlo y de las dulces modulaciones del ruiseñor, he aprendido sones para tocar en mi arpa querida.

»He viajado como las golondrinas, he saltado en los bosques como los cervatillos, me ha humedecido el rocío como á las gervas de la montaña; miéntras la brisa matinal jugueteaba entre las cuerdas de mi arpa querida.

»He sido feliz con tanta luz, con tanto aire y con tanto verdor. La primavera se vestia para mí de galas, los caminos se cubrian de fina arena, y yo andaba por ellos sin temor ni cansancio, porque ¡me es tan dulce el peso de mi arpa querida!

»A veces llegaba á la puerta de una cabaña, cantaba y tañia, y me oian con placer y luégo me daban pan blanco y queso más blanco todavía, y yo continuaba mi camino siempre con mi arpa querida.

»Otras veces llegaba al umbral de un palacio muy hermoso, y al través de la verja veia los pavos reales desplegar el abanico de su cola, y no bien comenzaba á cantar, acudian niños muy bellos, y señoras muy buenas y muy compasivas, que con sus blancas manos me daban monedas de mucho valor, y yo seguia muy contento mi camino, con mi arpa querida.

»Así cantando he cruzado el hermoso país de Francia, lleno de rios; y luégo las comarcas andaluzas que me recordaban las verdes y ásperas montañas de Glaris, y en donde las mujeres tienen fuego en los ojos y música en los labios; y habiéndome dicho que aquí hormiguean las flores como en los prados de Uri, quise que tambien Valencia oyera los sones de mi arpa querida.

»Ya veia al léjos las torres de la ciudad. Caia la lluvia. Yo estaba cansado y me senté en el pretil de un puente. Miré al rio que venia lleno de agua, arrastrando légamo, hojas secas y troncos de árboles; sentí un vértigo, hice un movimiento para echarme hácia atrás y ¡ay de mí! dejé caer á la corriente mi arpa querida.

»La ví caer y detenerse junto á un sillar, y entónces, loco de dolor y desesperacion, me entré en el rio, luché con las aguas y asiéndome á los zarzales que nacen en los intersticios de las piedras del puente, pude alcanzar con mi mano, y volver á la ribera con mi arpa querida.

»Mas ¡ay! desde entónces me abandonaron la fuerza y la salud. Las buenas gentes me encontraron tendido en el suelo y casi moribundo. He estado tres meses en la casa en donde, á nombre de Dios, se cura á los enfermos, teniendo por único consuelo al lado de mi cama á mi arpa querida.

»He recobrado la salud, pero mis esperanzas se han desvanecido. Caminando durante los apacibles dias del otoño, contaba con volver á las azules montañas de Glaris, y en la noche de Navidad, sentado en el hogar entre mi abuelita y mis hermanas, contarlas las hermosas cosas que he visto, y preludiar el serventesio de Noche-Buena, en mi arpa querida.

»Pero el invierno y los dias de poco sol, me han sorprendido en la tierra.

»Esta noche mi abuelita y mis hermanas llorarán por mí, porque desde aquí no pueden oir los sones de mi arpa querida.»

II

Los que comprendieron esta balada, cantada en aleman, estaban conmovidos.

La señora del cónsul mandó al niño subir y éste se presentó en la sala á tiempo que los criados servian el café.

La bondadosa anfitriona tomó la bandeja en que habian traido las tazas, y nos la fué presentando uno por uno, diciendo:

—¡Señores, para que este niño pueda volver á ver las montañas de Glaris y los campos de Uri que hormiguean en florecillas!

La bandeja se llenó de monedas de oro y plata.

—¡Gracias, señores!—dijo la amable postulante.—Ustedes han costeado el Postre de Noche-Buena.

Dos dias despues fuí á felicitar las Pascuas á Madame Everard, la cual, como me habia prometido, me dió la balada del niño traducida al castellano.

—¿Y el niño?—la pregunté.

—¡Oh! el niño ya está caminando. No ha podido pasar la Noche-Buena en su hogar; pero comerá en él las tortas de Pascua Florida, haciendo dormir á su abuelita con los sones de su arpa querida.

F. MORENO GODINO



LA MITRA DE NAVIDAD, busto modelado por E. Clarasó

EL LENGUAJE

COMO CÓPULA MENTAL

La expresion exterior de todo lo que nos afecta y conmueve parece ser la idea más general que se puede formar del lenguaje, tomado en su sentido amplio; y la reaccion, con que se manifiesta toda modificacion sensible, el concepto más rudimentario del signo. — De este modo se expresan los animales y tambien el hombre, cuando usa el lenguaje emocional, apareciendo mecánica y *fatalmente unidos el signo y lo significado.* Cómo se queja aquél á quien duele algo, rehace sobre su impresion y la traduce al exterior el que se encuentra modificado ó afectado. Observacion es ésta que da ocasion para inducir, algo precipitadamente, que el lenguaje es funcion exclusivamente mecánica.

Pero si á aquella primera observacion añadimos la no ménos importante de que el hombre aisla interiormente los signos, que toma del exterior, y los combina con lo significable segun relaciones de diferencia y semejanza, usándolos y aplicándolos con una amplitud y flexibilidad de que ofrece muestras palpables el hipócrita, tendremos que corregir aquella ligera induccion, reconociendo que no existen fatalmente unidos el signo y lo significado, en el lenguaje humano. A diferencia del animal, que no usa nunca utensilios, ni aparatos tomados de la naturaleza (un palo, un compás) porque no puede aislarlos; el hombre se apropia y aisla los materiales tomados de las formas sensibles (sonidos, figuras, dibujos, posiciones de su cuerpo), suspende la solidaridad con lo mecánico y revela su iniciativa propia en la informacion del signo, adaptándolo á la naturaleza de lo significado.

Obra pues el hombre *espontáneamente* en la produccion del lenguaje y toma todo su cuerpo y mediante él todo lo sensible como elementos, de que dispone y se sirve para expresar sus estados interiores. Así el cuerpo es el signo total de nuestra vida interior y muy especialmente aquella parte, en que es más delicada y compleja su constitucion, la fisonomía, segun lo declara el aforismo vulgar «que la cara es el espejo del alma.»

En esta consideracion fundó sus trabajos sobre *Fisiognómica* el célebre Lavater, queriendo inducir atrevidamente del aspecto exterior de la fisonomía á las condiciones morales de un sujeto (aspecto de santo, fisonomía de honradez, cara de malvado etc.); pero, aunque es cierta aquella consideracion general, no sirve, sin embargo, *grosso modo* para precisar nuestra naturaleza interior, ya que la fisonomía no puede referirse sólo al aspecto exterior del rostro, ni la configuracion mecánica del organismo, debida en gran parte á la ley de la adaptacion, es suficiente para llevar al conocimiento de las funciones anímicas, cuya base hay que referir á regiones totales del cuerpo y en ellas más á su conexion dinámica con todo el organismo que á su estructura exterior ó posicion mecánica. Por exactos que aspiren á ser los principios en que se apoye la Fisiognómica, es menester no olvidar que el hombre puede rehacer sobre sí y dominar la expresion exterior para que no revele su condicion interna, sin lo cual seria inexplicable cómo van el héroe y el mártir gozosos á ofrecer su vida en holocausto de una idea y cómo el que imagina una trama traidora, el hipócrita, el que semeja el llanto que la tradicion atribuye al cocodrilo, marcha á su

fin, ocultando, más cuidadosamente que el avaro sus tesoros, lo infame de sus intenciones con la falaz apariencia de su rostro.

Es por consiguiente innegable que la espontaneidad individual establece conexiones del signo con lo significado, contribuyendo así á la formacion del lenguaje é interrumpiendo el lazo inflexible en el animal entre las acciones y reacciones mecánicas de lo exterior. De esta iniciativa espontánea son luégo consecuencias *el timbre* de la voz, sello impreso por la personalidad en la apropiacion y uso de los órganos vocales, la fisonomía ó carácter de la palabra (lo mismo hablada que escrita) que da orígen al *estilo* y sobre todo que el lenguaje sea para el hombre una *cópula mental*, es decir, una conversacion exterior del sujeto que habla consigo, cualidad que importa mucho fijar para desechar el error de creer que existe un enlace mecánico entre el pensamiento y la palabra, cuando aquél, que es el fondo, precede racionalmente á la palabra, que es la forma. Ya Egger hace notar esto mismo en la infancia y afirma que, aparte que los niños estropean las palabras que oyen y aprenden por la debilidad de sus órganos en la articulacion, tienen, sin embargo, una verdadera *iniciativa verbal*, que seria mayor, si no fuera porque se les da la lengua hecha. A la vez conviene observar que varios hombres, por ejemplo, pueden referir un suceso idéntico en el fondo, y cada cual lo contará á su manera, revelando todos en la informacion del signo su espontaneidad individual. Más significativo es aún el paralelismo fisiológico de órganos vocales con el oído, como se nota en las equivocaciones, corrigiendo en seguida que los hemos cometido los errores de pronunciacion; porque el oído es como un espejo, en que nos vemos hablando.

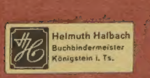
Léjos de existir en el lenguaje union mecánica de la palabra con los estados interiores que queremos significar, preceden á aquella, y aún se producen sin ella, como se observa que acontece cuando nos cortamos hablando ó cuando no encontramos palabra adecuada para expresar nuestro pensamiento. Precisamente lo que da relieve y claridad á la palabra es el pensamiento (las palabras nuevas son signos de nuevos pensamientos ó nuevas relaciones de éstos) y así, lo que se concibe claramente, con claridad se expresa. ¿Cómo ha de haber union mecánica de la palabra con el pensamiento, cuando decimos de muchos discursos que son mar de palabras y desierto de ideas y decimos tambien de algunos oradores que tienen palabra premiosa, pobre, y pensamiento profundo? La cópula mental se acentúa y toma plasticidad en la conversacion interior de los hombres, que poseen una imaginacion muy viva y fácilmente impresionable y en ellos la palabra mental, la interior es tan intensa á veces que llega á producir alucinaciones. Cuantos han escrito sobre el caso célebre de la sordomuda y ciega Laura Brigdman, dicen haberla observado hablando consigo por medio de sus manos, que apoyaba en las rodillas, hablando con una y contestando con otra.

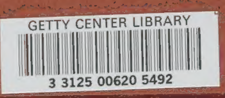
Sólo una falsa interpretacion del hábito (de pensar y hablar á la vez), que es lo que más se parece á la naturaleza, nos hace creer que siempre que pensamos hablamos, como si la *reverie*, el deliquio del místico y la inspiracion del artista no fueran estados interiores del alma que no han encontrado todavía palabra que los exprese, ni signo que los exteriorice. Así es que hablamos primero con nosotros mismos, proyectamos en la imaginacion el signo y despues lo concretamos plásticamente para exteriorizarlo. Efecto de esta espontaneidad inicial, que educada por la reflexion, condiciona favorablemente para expresar nuestra racionalidad, llega el hombre á dominar, con sus impresiones, los signos que tiene comunes con el animal, aún aquellos que por estar ligados con la contextura de nuestro organismo, parecen inflexibles, fatales y solidarios con el medio natural. Hasta estos profundos limbos del lenguaje emocional llega el dominio que puede adquirir el hombre sobre sí mismo. Y en su virtud es asequible que el mártir, cuyas entrañas se tuestan y calcinan en medio de cruentos é inefables dolores, sonría alegre y tranquilamente; que el cómico se sirva del gesto, segun el célebre actor inglés, como de gamma de la fisonomía de los músculos, como de alfabeto expresivo de las pasiones y que el hipócrita pueda llegar á convertir el lenguaje emocional en disfraz para ocultar su pensamiento.

U. GONZÁLEZ SERRANO

CORONACION DE LA VÍRGEN, cuadro por Moretto de Brescia

IMP. DE MONTANER Y SIMON


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5492

